AAE6794

LA

Semana.

Revista Noticiosa, Literaria i Científica.

REDACTADA POR

Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

BIBLIOTECA NACIONAL
COLLECTIO MEDINENSIS

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

TOMO PRIMERO.

SANTIAGO.

Imprenta del Correo, Pasaje Búlnes, núm. 14.

1859.

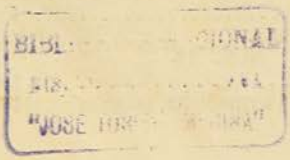
INDICE DEL PRIMER TOMO.

	páj.
NUM. 1.	
A nuestros futuros lectores	1
Todos tienen razon	3
Ayer i hoi, (poesía)	5
Zigzags i paradojas (traduccion)	5
Magdalena	8
La verdad despues del baile	10
El hombre propone i Dios dispone, (romance)	11
Bajo el castaño de las Tullerías, (traduccion).	13
Ecos de la semana	14
NUM. 2.	
Los reformadores, I	17
A un rizo de pelo de mi madre, (poesia)	19
Apariencia i realidad	20
Traducido de las Comtemplaciones de Victor Hugo, (poesia)	22
Un matrimonio encantador	23
Los cuentos de la reina de Navarra, (comedia)	25
Ecos de la semana	27
Despedida	30
Crónica de la quincena	31
NUM. 3.	
La Sociedad de Instruccion primaria	33
Los quijotes del amor, (poesia)	35
Verdad que parece paradoja	36
El suelo natal, (poesia)	38
Los cuentos, etc. (continuacion)	38
Una venganza	43
Una distinguida artista	45
Ecos de la semana	45
NUM. 4.	
Juicios europeos de un escritor americano	49
De los trabajos literarios en Chile	51
La brisa, (poesia)	52
La sarjenta Candelaria	53
En un entreacto	56
Los cuentos, etc. (continuacion)	59
Crónica de la quincena	61
Ecos de la semana	62
NUM. 5.	
Los reformadores, II	65
Exposicion industrial de España i Sud-América	67
En un álbum, (poesia)	69
Sin mas auto ni mas traslado	70
A la señorita A.	76
Lo que vale un emperador	77
Soneto	77
Ecos de la semana	77
Entusiasmo italiano	80
NUM. 6.	
La cuestion de libertad	81
Mnazile i Cloé, (traduccion)	83
A un pasajero, (traduccion)	83
Las mujeres i el corazon	84
El monje de Kremsmünster, (traduccion)	85
Toilette, estilo i gramática	88
A las estrellas, (poesia)	89
Mosaico	90
Crónica de la quincena	92
Ecos de la semana	93
NUM. 7.	
Presente i porvenir	97
Un homicida	99
Algunos matrimonios	102
Amor, (poesia)	105
Deseo, (poesia)	105
Los recuerdos	106
A mi suerte, (poesia)	107
Los cuentos, etc. (continuacion)	107
La pastorcilla, (poesia)	110
Ecos de la semana	110
NUM. 8.	
Enervamiento social	113
La colonia i la república	115
Un drama en el campo	116
Adela, (traduccion)	120
Un homicida, (continuacion)	120
Remordimiento (poesia)	122
Los cuentos, etc. (continuacion)	124
Luz i calor	125
Ecos de la semana	126
NUM. 9.	
Plaza al progreso	129
Un drama en el campo, (conclusion.)	131
Los placeres de Santiago	136
Un homicida, (continuacion)	138
Un cuento de flores, (poesia)	141
A tí, (soneto)	141
Europa	142
Ecos de la semana	142
NUM. 10.	
La fuerza i el derecho	145
D. Bernardo Vera i Pintado	147
Las baraturas	150
Un homicida, (continuacion)	153
A las niñas	154
Los cuentos, etc. (continuacion)	156
Ecos de la semana	158
NUM. 11.	
Las reformas	161
Los padres i los padrinos	163
Un homicida, (continuacion)	166
A mi pluma, (poesia)	169
Fisiolojía del cronista	169
A la vejez viruelas, (poesia)	171
La cuestion italiana	172
Al mar, (soneto)	173
Mosaico	174
Ecos de la semana	174
NUM. 12.	
Poesias de D. Guillermo Matta	177
Los banquetes patrióticos	180
La poesia de un nombre	183
Un homicida, (conclusion)	185
Las dichas de este mundo	188
Consejo, (soneto)	189
Ecos de la Semana	190
NUM. 13	
Los que sueñan	193
Poesías de don Guillermo Matta, (conclusion.)	195

	páj.
La poesía de un nombre, (conclusion.)	198
Las elecciones	201
A la naturaleza del Oriente de Bolivia, (poesía)	203
Crónica de la quincena	205
A. C. J. (cancion.)	206
Ecos de la Semana	206
NUM. 14.	
Cuatro novelas de Alberto Blest Gana	209
Poesia i familia	211
¡Gloria! (poesía)	213
Plácemes i pésares	214
Los cuentos, etc. (continuacion)	218
Ecos de la Semana	222
NUM. 15.	
Estabilidad	225
Contrastes.—Lo de ántes i lo de ahora	227
Algo sobre la libertad	229
A mi madre, (poesía)	231
Influencia social de las ideas sobre lo bello	232
El recuerdo, (poesía)	235
Los cuentos, etc. (continuacion)	235
Crónica de la quincena	237
Ecos de la Semana	238
NUM. 16.	
Sociabilidad i progreso	241
La vida.—Estudio primero: El hombre	243
Las desgracias de don César	245
El ideal de Schiller, (poesía)	248
Un error judicial	249
Los cuentos, etc. (continuacion)	252
Ecos de la Semana,	254
NUM. 17.	
Un nuevo texto de Economía política (artículo primero.)	257
Delirios de Safo, (poesía.)	261
Los novios	262
Las desgracios de don César, (conclusion.)	265
Un error judicial, (continuacion.)	268
Al amor, (poesía.)	270
Ecos de la Semana	271
NUM. 18.	
Un nuevo texto de Economia política, (artículo segundo	273
La utilidad en su carácter subjetivo	276
A Rosa, (poesía.)	278
Mentira i verdad	278
En la muerte de una niña de quince años	280
Un error judicial, (continuacion)	281
Al sol del Diez i ocho de Setiembre, (poesía.)	283
Los cuentos, etc. (continuacion.)	283
El Diez i ocho de Setiembre	286
Crónica de la Semana	288
NUM. 19.	
Un nuevo texto de Economía política (conclusion.)	289
Al sol de Setiembre, (poesía)	292
Un hombre a la moda	294
Un error judicial, (conclusion.)	297
Pobreza i riqueza	300
Esperanzas íntegras, (soneto.)	302
Ecos de la Semana	302

	páj.
NUM. 20.	
Las sociedades hispano-americanas, I	305
El dolor i el alma	307
A mi madre al partir, (poesía.)	310
Un hombre a la moda, (continuacion.)	311
El relojero i los relojes, (fábula.)	315
La mentira, (fábula.)	315
Los cuentos, etc. (continuacion.)	316
Ecos de la Semana	318
NUM. 21.	
Dictámen del Jurado en el certámen abierto por el *Círculo de amigos de las letras*	321
La revolucion de las colonias hispano-americanas ¿fué un hecho necesario o accidental.	323
A la Independencia de América, (poesía.)	327
Se despide para el otro mundo	329
Un hombre a la moda, (continuacion.)	331
La prensa francesa juzgada por el señor Montt.	332
Fany, (poesía.)	335
Ecos de la Semana	335
NUM. 22.	
La Independencia de la América ¿fué un hecho necesario o accidental?	337
Oda a la Independencia de América	339
A la independencia de América, (poesía.)	340
Poesías de Juan Leon Mera	341
Se despide para el otro mundo, (conclusion.)	344
Un hombre a la moda, (continuacion.)	348
Ecos de la Semana	351
NUM. 23.	
Las sociedades hispano-americanas, II	353
Poesías de Juan Leon Mera, (conclusion.)	355
Alcéfiro, (poesía.)	358
Influencia de las estaciones sobre las facultades del hombre	358
Un hombre a la moda, (conclusion.)	361
Ayer i hoi, (poesía.)	365
Los cuentos, etc. (continuacion.)	366
Círculo literarario	368
Semana teatral	368
NUM. 24.	
Las sociedades hispano-americanas, III	369
De la literatura Chilena	371
Poesías: A	377
— En el album de la señorita doña A. E.	378
Escenas de aquel tiempo: velorio de un anjelito	378
Soneto	382
Ecos de la Semana	382
NUM. 25.	
Las sociedades hispano-americanas. IV	385
Don José Fernandez Madrid, Poesías	387
Soneto	392
Algo sobre la palabra *palabra*	393
De la literatura chilena, (continuacion.)	395
Una palabra al informe del jurado	396
Al indulto del 14 de Octubre, (soneto.)	399
Ecos de la Semana	399
SUPLEMENTO AL NUM. 25.	
Los cuentos de la Reina de Navarra, (comedia) (conclusion.)	401

FIN DEL INDICE.



La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, mayo 21 de 1859. Núm. 1.

LA SEMANA.

SANTIAGO, MAYO 21 DE 1859.

A nuestros futuros lectores.

Comencemos por ser sinceros.—Al iniciar la presente publicacion, no estamos libres de temores i desconfianza. La suerte que ha cabido a los periódicos de este jénero, dados a luz en anteriores ocasiones, no es por cierto tal que pueda infundirnos tranquilidad i aliento. Por el contrario, su corta existencia nos ofrece a primera vista una triste disyuntiva: o la tarea que se impusieron fué demasiado ímproba i anonadó sus esfuerzos, o el público los secundó mal, negándoles su imprescindible favor. Por otra parte, no nos alucinamos respecto a la proteccion i ayuda que podamos esperar; conocemos que en Chile el gusto de la lectura empieza apénas a formarse, que son mui pocos los que acojen con agrado los ensayos que se hagan para propagarlo, que la mayoría se muestra indiferente a tales propósitos i que no faltan tampoco quienes los condenen como estériles i frívolos, descargando de paso sobre sus autores un absurdo desprecio. Pretendemos a la cooperacion de los primeros, desearíamos mucho tener de nuestra parte a los segundos, i en cuanto a los últimos, nada mejor podemos hacer que respetar sus opiniones, pagándoles en tolerancia su esclusivismo.

Ya lo veis; no nos hacemos cuentas alegres, como vulgarmente se dice. Pero este es el presente, que por lo que hace al porvenir no pensamos de igual manera. Acaso nos mecemos en una cuna de ilusiones falaces, mas permitidnos de todos modos la espresion de nuestros convencimientos. Bien sabido es que el progreso de un pueblo no es sino el aumento constante e indefinido de su actividad en las diversas esferas de la existencia; motivos pasajeros pueden acelerarlo en unas, retardarlo i hasta adormecerlo en otras; pero tarde o temprano, ha de restablecerse el equilibrio i la armonía dominar sobre el desacuerdo. Ahora nos preguntamos si no hemos progresado en el órden material de un modo rápido i positivo, i si deberémos desesperar de igual fortuna en el campo de la intelijencia! Nos atrevemos a creer que nó. Verdad es que ésta se ha quedado mui atras en la carrera; pero así debia ser, porque sus exijencias admitian espera, al paso que las necesidades de la condicion física no pueden ser aplazadas; es fuerza llenarlas o perecer. La intelijencia, falta de accion, llegará a aletargarse, pero jamas a morir.—No creemos, pues, dar pábulo a vanas quimeras, cuando esperamos que una feliz e indefectible reaccion vendrá a poner en fiel los dos platillos de la balanza, la materia i el espíritu.

Hasta aquí nuestros temores i espectativas. Ved ahora lo que será nuestra tarea i el pensamiento que ha promovido i debe animar esta publicacion.

Hemos pensado desde luego que la primera condicion que ha de satisfacer un periódico, si quiere ser leido, consiste en el interes actual que despierta, cualquiera que sea por otro lado el objeto capital de sus trabajos. No puede aislarse de la sociedad a quien se dirije sin frustrar ese interes, i para despertarlo i conservarlo es preciso que tome parte en su vida cotidiana, que se mueva, se repose con ella, que sienta, piense, raciocine i calcule bajo sus inspiraciones mas justas i jenerales, que ria cuando ella rie, bostece cuando se permita ella tal libertad i aun llore con su llanto, bien que con estricta moderacion; es menester que frecuente con ella sus paseos, se divierta o aburra en su teatro,

baile en sus *soirées*, haga baza en esas pláticas nocturnas llenas de encantador fastidio, que el invierno promueve al amor de la lumbre de una chimenea en nuestros salones elegantes, o a la orilla del monumental bracero en círculos mas modestos, miéntras que la lluvia con su eterno i monótono chasquido azota el suelo i regaña sin parar. Es fuerza, ante todo, que sea curioso, sin dejar de ser discreto, que trate de sorprender sin traicionar el secreto de tantas pasiones, que diariamente se despiertan i van a chocar unas con otras, de tantos caractéres diversos, que se cruzan i atropellan, de tantas voluntades opuestas, que se ajitan i luchan. El movimiento incesante de estos elementos, el juego sin tregua de tales resortes, es lo que forma la vida de una sociedad, produciendo un drama de colosales proporciones repetido i diversificado hasta el infinito. Los actores de ese drama están en todas partes, son todos los que respiran i se ajitan en el círculo social: el ídolo inclemente que, bajo las formas hechiceras de una graciosa niña, fulmina con el rayo de sus desdenes a sus postrados adoradores; la linda viuda que suspira por un muerto cuando los vivos suspiran por ella; la jóven fuerte con sus cuarenta inviernos que pasa su tiempo deliciosamente en hacer sustracciones aritméticas i empieza ya a esperar poco de este desesperado recurso; el viejo de diez i ocho años que se ejercita en una operacion inversa i cree seriamente haber apurado en una copa vacía la hiel de los desengaños; el político que quema sus naves i el que aguarda todavía las suyas, aquel César que pudo ser Bruto, i este bruto que quiere ser César, i otras mil variedades i matices que fatigarian la mas perseverante clasificacion. Asistentes asiduos a este inmenso teatro, en que nadie se escapa de representar, quien como protagonista, quien como segundo papel, como comparsas el mayor número; buscarémos en él las novedades i con fidelidad i discrecion las contaremos en nuestras revistas. Este es el camino por donde creemos llegar a ese interes de actualidad, al cual aspiramos para nuestra publicacion.

Mas, si bien es ésta una condicion de existencia que debe llenar todo periódico, no es por eso el objeto primordial de nuestros esfuerzos, ni el fin que especialmente perseguirémos. Nuestras aspiraciones van mas allá; i sin pretender locamente justificarlas, harémos cuanto nos sea dable para hacérnoslas perdonar. Ambicionamos a constituir nuestro periódico en el órgano del arte i la ciencia, que alborean en nuestro horizonte; a convertir estas columnas en los anales de su incremento i progresos. ¡El arte i la ciencia! es decir, el sentimiento, por una parte, que despierta a la imajinacion guiada i enfrenada por la razon austera; i esta, por otra, lanzada por ese mismo sentimiento i armada del raciocinio; el uno que busca sin tregua la espresion de la belleza; la otra que ensancha sin descanso el campo de la verdad; en una palabra, las flores i los frutos de la intelijencia humana. Pretencioso es sin duda nuestro propósito, encumbrada nuestra aspiracion; pero tambien son fuertes los apoyos que hemos buscado, poderosa la cooperacion con que contamos. Muchos notables injenios, entre los que han ilustrado nuestra literatura en este último tiempo, nos aseguran desde luego un firme sosten prestándose bondadosamente a ser nuestros colaboradores. No por esto circunscribimos a ellos su número; ántes bien, solicitamos desde ahora un contingente de trabajos de todos los que en Chile pagan tributo a las letras. Deseamos que nuestro periódico sea una liza abierta a todos los talentos, así a los que empiezan a manifestarse como a los que la edad i el estudio han madurado, donde todas las opiniones tengan cabida, todas las ideas encuentren la espresion de la publicidad, sin sujecion ni reticencias, con independencia i buena fé.

Nuestros gustos i costumbres nos enlazan intimamente con el movimiento europeo i nos fuerzan a seguir con interes sus complicadas i rápidas evoluciones. De tal suerte que no creeríamos cumplir de un modo completo con nuestro propósito, si no hiciéramos entrar en nuestro programa una revista destinada a este objeto.

La forma i estension tipográficas de

esta publicacion no quedan irrevocablemente reguladas por las que ofrece el presente número. Sin estrechar en ningun caso sus actuales proporciones se irán éstas por el contrario ensanchando impulsadas por la proteccion del público. Seguros una vez de ella, organizarémos una escojida biblioteca de novelas, historia, viajes, etc.; destinada esclusivamente a nuestros suscritores, quienes recibirán gratis cada seis meses uno o dos volúmenes de ella.

No queremos ser mas pródigos de promesas, de las que nunca llegará a usarse con bastante sobriedad, i terminamos aquí el prospecto de *La Semana*.

LOS REDACTORES.

Todos tienen razon.

INTRODUCCION A UN ESTUDIO SOBRE LA PRENSA.

LA PRENSA ES UN MAL:
LA PRENSA ES UN BIEN:

La prensa es el veneno de nuestras sociedades:

La prensa es su fuente de salud i vida:

La prensa es la revolucion en permanencia:

La prensa es el pararayos de las tempestades políticas:

¡GUERRA A LA PRENSA!
¡PASO A LA PRENSA!

Estos son, en resúmen, los diversos juicios, las diversas opiniones que sobre la prensa se emiten.

Es cierto que hai en el dia pocos que a cara descubierta combatan esa gran tribuna de los pueblos modernos, que unida al vapor, i la electricidad, lleva de un polo a otro, con la rapidez del rayo i la fuerza de la locomotiva, las grandes verdades, los grandes descubrimientos, las grandes ideas; hace vivir a los pueblos de una propia i misma vida; prepara, por la comunidad de pensamientos, la comunidad de costumbres, de creencias, de gustos, de inclinaciones i tendencias sociales; acercando mas cada vez la realizacion de ese hecho, mirado como un sueño, como una quimera, como un delirio: la confraternidad de todos los pueblos, la destruccion de toda frontera, la refundicion de todas las sociedades en una sola sociedad, de todos los estados en un solo estado, de todas las razas en una sola raza.

Sin embargo, preciso es confesar que todos los que atacan como todos los que defienden a la prensa tienen justicia i razon.

Sobre todo, entre los pueblos de Hispano-América sobran, por desgracia, los motivos para maldecir, para mirar de reojo, por lo ménos, la prensa i sus frutos.

¿Cuándo vémos vivir, moverse, ajitarse a la prensa?

Cuando las cosas políticas entran en calor. Cuando los partidos se diseñan. Cuando se acerca una revolucion o una eleccion.

El resto del tiempo la prensa permanece muda o casi muda: casi no se piensa, no se habla ni se escribe.

Pero llegue el momento de la lucha i los diarios aparecen: i aparecen ¿para qué?

Para azuzar las pasiones, para poner en tela de juicio las mas trascendentales cuestiones de la vida de los pueblos, para reco rdarles su atraso, su postracion, lo que pueden ser i lo que son; para abrirles un camino casi siempre errado i funesto,—porque no es inspirado por la fria razon sino por el espíritu preocupado, acalorado por el combate, ofuscado por su humo, exacerbado por los resentimientos, por los odios que siempre trae aparejados la polémica.

Entónces solo se conocen i pueden aconsejarse medios estremos, solo se sabe cortar el nudo gordiano con la espada.

Ya la prensa no es la espresion de la sociedad, sino de los diversos partidos que se disputan el poder: se limita su esfera de accion, su mision se bastardea, su influencia se minora, su prestijio vacila.

La parte ilustrada de la sociedad, que siempre es reducida, se pone en guardia, mira con desconfianza los cuadros ora tristes, ora risueños, que de la pública situacion se le hacen; pero no así la mayoría, es decir, el artesano, el labrador, el soldado de la industria i del trabajo.

Este, constantemente disgustado del presente que nada para él tiene de halagüeño, aguijoneado por el deseo de mudar de condicion i prefiriendo, como todo desgraciado, lo desconocido a la ingrata realidad, se siente atraido, dominado, se hace el esclavo de todo el que le tiende la mano para ayudarle a marchar; de todo el que le promete descorrerle el velo del porvenir, que es para él muchas utilidades i poco trabajo, muchas satisfacciones i poca fatiga.

Mecido en un mundo de ilusiones color de rosa, creyendo a pié juntillas a su Mentor, deja a un lado el cepillo o la horma i toma el periódico, i se empapa en sus declamaciones, i trunca con él por los males reales o mentidos, pero siempre exajerados, que aflijen a la patria.

I aquí tenemos al industrial convertido en hombre político, dejando por la política su trabajo, perdiendo su tiempo en estraviarse abandonando la pacífica i fructuosa vida del taller por la turbulenta i envenenada de la plaza pública i de los clubs; donde vá a aprender no a ser buen ciudadano, buen padre, buen esposo, buen hijo i hombre laborioso, sino a ser partidario rabioso, conspirador, ciudadano peligroso, hombre de tumulto i de revolucion.

Los que esto observan con ojo imparcial,

condenan como funestas para la paz i el órden público, la prensa i los clubs, la publicidad i la asociacion, porque ven en ambas una abundante simiente de trastornos.

I ya tenemos miradas de reojo, con temor, con sobresalto esas dos poderosas locomotivas del progreso social; i no sin razon por cierto.

Por eso no falta motivo para decir que el diarismo no ha sido hasta ahora entre nosotros sino el prólogo del drama revolucionario.

¡Sin embargo, cuán distinta no es su mision!

La prensa no ha estado jamas llamada a traer ni preparar las revoluciones por la via de las armas. Al contrario: la prensa ha venido a hacer esas revoluciones imposibles, innecesarias; ha venido a hacer que la discusion ganando la delantera a las bayonetas, reemplace las balas por las ideas, las espadas por las plumas, el ruido de los trenes de artillería por el de las prensas de vapor, i que en vez de sangre corra a torrentes, si se quiere, la tinta.

Su mision es, pues, eminentemente pacífica i conciliadora.

Desde que abandona esa senda se traiciona a sí mi s na i tambien traiciona a la sociedad.

¿Qué discusion es posible, cuando los partidos se han lanzado al campo de batalla para dirimir sus diferencias?

¿Podrá dejar oir su voz la prensa entre el redoble del tambor i el atronador estrépito del cañon?

De cierto que nó.

Por eso, cuando la prensa grita: — guerra! firma su sentencia de muerte, se pone con su propia mano una mordaza.

Pero para que la prensa sea lo que debe, es necesario que sea superior a todos los intereses, pasiones, odios i ambiciones del momento; es necesario que no se haga el eco de éste o el otro partido, de ésta o la otra bandería, de éste o el otro hombre, sino de los grandes intereses sociales en jeneral; es necesario que busque remedio a todos los males de la sociedad, i no los haga mas intensos; que lleve consuelos al que padece, esperanzas al que desespera, vigor al débil, ilustracion al ignorante, creencias al que duda, verdades al que vive en el error, realidades al que sueña; es necesario, en una palabra, que empapada, penetrada por su alta mision jamas se deje influenciar por los hombres, sus miserias i sus egoismos i diga a todos la verdad tanto a los que están abajo como a los que están arriba, pueblo i poder, oposiciones i gobiernos.

Para que esto suceda, es indispensable que la prensa no sea sostenida por un hombre o por un partido, sino por la sociedad.—I he aquí, lo que entre nosotros no sucede, aparte de mui cortas excepciones.

En jeneral todos los diarios i periódicos que aparecen traen su bandera, vienen a sostener tales o cuales ideas.—Desde este momento su mision está falseada: esas publicaciones tienen que ver, que tratar, que resolver todas las cuestiones que se susciten bajo una luz esclusiva i siempre la misma.

Entónces ¡adios mision de la prensa, adios imparcialidad, adios independencia, adios razon, adios justicia, adios discusion, adios conciliacion!

Todo lo que se opone a esas ideas, que sirven de punto de mira, de criterio a la publicacion, es malo; solo es bueno lo que con ellas armoniza.

El bien social, los intereses bien entendidos de los pueblos tienen que hacerse a un lado; no hai mas bien social ni mas intereses bien entendidos, que los que ayuden a esas ideas a marchar, a propagarse, a triunfar i dominar.

La prensa echa entonces en olvido la sociedad para acordarse del partido; la discusion reposada, madura i razonable, cede el paso a la polémica fogoza, inmoderada, acre, personal i ciega.

I no puede ser de otro modo.

El hombre, el círculo o el partido que sostienen una publicacion, lo hacen para que represente i defienda sus intereses ante todo. Por lo tanto tiene que defender esos intereses, aun cuando esten en ocasiones, como no puede ménos de suceder, en pugna con los intereses sociales. Porque, si el hombre está sujeto a error, mucho mas lo estan los partidos políticos siempre en lucha, siempre acalorados, siempre preocupados, siempre viéndolo todo al travez de las neblinas del odio o por lo ménos del resentimiento.

Pedir, pues, al diario que representa a un partido, que cuando este partido pierda rumbo, vaya en desacuerdo con el bien i la felicidad públicos, se lo advierta, le censure su estravío, sería, no cabe duda, pedir imposibles.

Ese diario nació para sostener a todo trance a quien le dió vida. Desde que abandona, le abandonan, i tiene que morir. Es fuerza que, si no quiere suicidarse, traicione la mision de la prensa, i sostenga a su partido hasta en el mal camino, i abogue contra la sociedad si él así lo quiere, i llame colorado lo que es negro i verde lo que es azul, i en vez de buscar la luz busque las tinieblas, i en vez de sostener la verdad sostenga la mentira, i en vez de salvar la patria la lanze al precipicio; i que, en fin, en vez de ser el eco de las necesidades, esperanzas i aspiraciones sociales, sea, en infinidad de casos, la puerta por donde salen a desparramarse entre las masas las ambiciones, las pasiones i los odios de algunos especuladores políticos.

Lo volvemos a repetir, pedir a un diario, al que ha dado vida un partido, que abogue en toda ocasion por los intereses sociales, es pedir imposibles.

Si queremos que la prensa sea la espresion de la sociedad, el representante de sus inte-

reses, el defensor de sus libertades i prerrogativas, el faro que le muestre constantemente el puerto de su salud i su progreso, sosténgala la sociedad.

Miéntras así no suceda las cosas marcharán como hasta hoi.—La prensa no será el interprete de los deseos, necesidades i aspiraciones de la sociedad, sino de las buenas o malas pasiones, de las buenas o malas intenciones de un círculo.

No será siempre luz sino muchas veces tinieblas.

No será discusion sino polémica;
No será conciliacion sino division;
No será amor sino odio;
No será paz sino guerra.

Que esta situacion concluya, que la prensa sea entre nosotros la poderosa locomotiva del progreso social en la industria, en las artes, en las ciencias, de la fraternidad i la concordia en política, de la felicidad pública, en una palabra; hé aquí a lo que todos debemos tender con fé i perseverancia.

Que cada uno traiga su continjente a esta grande obra i ella se llevará a término, no le dudemos:—Creamos i esperemos!

J. Arteaga Alemparte.

Ayer i hoi.

(poesia.)

Quizá ayer, cuando las flores
Mirabas de tu ventana,
Pensaste que sus colores,
Su perfume i sus primores
No vivirian mañana;

Mas no pensaste, confiada!
Que eras tú una flor tambien,
I que a la nueva alborada
No latiría tu sien,
Ni ardería tu mirada.

Tocadla!—tan solo acaso
Duerme un sueño pasajero,
I ese ánjel es el lucero,
Que desparece en su ocaso
I a lucir vuelve altanero.

Ai! no!—Cual humo sutil
Que el ardido aroma exhala,
Fuése la niña jentil!
—¡Ayer tanta risa i gala,
Hoi blanco, helado marfil!

Un dia lleva a otro dia
Hojas secas, cuerpos yertos;
I al tocar a su agonía,
El de ayer al de hoi se fia
Para que entierre sus muertos.

I en el calvario, que sella
Las puertas de la existencia,
Desparece toda huella,
Apágase toda estrella,
Estínguese toda ciencia.

En taciturna tristeza
Se envuelve así el pensamiento,
Cuando mide con certeza
Lo que dura la belleza,
Lo que vive el sentimiento.

Cual ténue idea que en vano
Pide a la lengua espresion;
Como en el aire liviano
El hálito del verano
Disipa alegre cancion,

Así perece la infancia
I la blanca juventud,
Del patricio la arrogancia,
Del patriota la constancia
I la voz de la virtud;

Así se van los amores,
Así se van las caricias,
De la pasion los ardores,
I sus fugaces delicias,
I sus cálidos dolores.

Mas ese raudo turbion,
Que abisma en un cementerio
Toda forma i toda accion,
No arrastra todo el misterio
Del hombre i de su mision.

Alma cobarde, que estrellas
En la materia tu vuelo
I solo hallas en el suelo
De tu camino las huellas,
La causa de tu desvelo,

Aspira mas pura esencia,
Alienta ambicion mas noble;
I cernerse en la eminencia
Verás una luz inmoble,
Blanca, eterna:—Es la conciencia!

Domingo Arteaga Alemparte.

Zigzags i paradojas.

(Traduccion de La Semana.)

—

I.

IDEAS RETRÓGRADAS.

¿Qué dirá allá arriba o allá abajo (porque esta es solo cuestion de antípodas) el Creador de todas las cosas de la conducta que observamos en este globo terrácueo? Habia inventado una máquina bastante bonita con cuatro piés, la cual se llamaba caballo. Esta máquina viviente, que se reproducia por sí misma, se enganchaba a los carruajes, se dejaba poner sillas sobre el lomo, i nos trasportaba de uno a otro punto con una rapidez que habia parecido suficiente hasta ahora; pero hai hombres que con nada se contentan i sienten, como aquel rei de España, no ha-

ber estado con Dios cuando hizo el mundo, porque le habrian dado excelentes consejos. Esos tales, a fuerza de indagaciones, combinaciones i esfuerzos, han parado por fabricar un animal de hierro, cobre i acero, que bebe agua hirviente i come fuego, tiene ruedas por piernas, i no puede andar sino sobre rieles. Esta bestia monstruosa, que refunfuña, gañe eructa i produce todo jénero de singulares ruidos, arrastra enormes pesos mas veloz que el viento!.....El viento dije? qué comparacion tan añeja! el viento se queda mui atras del vapor.—Esta bestia no se fatiga, aunque se cubra de sudor; no obstante, tiene de comun con el ex-caballo, que muerde el freno si se le estropea, estalla como una granada i hace pagar mui caro su velocidad. En el ánimo del pueblo, una locomotiva pasa por un ser dotado de vida, i confieso que participo un tanto del sentir del pueblo.—¿No ha descubierto hace poco un sabio químico que el hombre era un aparato consumidor del carbono? En los procesos que han solido promover los desastrosos accidentes de los ferrocarriles ¿no habeis notado en las deposiciones de los testigos frases como esta: la locomotiva tal era una máquina caprichosa, tenia sus dias buenos i malos?—Una máquina caprichosa! qué espantosa palabra! qué abismo tan profundo! El capricho, es decir la voluntad, la vida; habrá pues de aquí a algunos años, máquinas que vivan!

Por medio de tal invencion, acabo de andar treinta leguas largas en ménos de cuatro horas.—Estoi furioso; me parece que se han detenido con demasiada frecuencia, que se han perdido veinte minutos. Tanto valdria viajar en simon, o sentarse sobre un caracol. En otro tiempo, cuando se andaba cuatro leguas por hora, era aquella una carrera infernal i se pagaban cinco francos de gajes. Verdad es que teniamos bastante ruido en cambio de nuestro dinero: los postillones hacian crujir sus látigos, los caballos sacudian racimos de cascabeles i arrancaban al pavimento millares de centellas, las ruedas imitaban el fragor del trueno, eramos zangoloteados, lanzados de un ángulo al otro del caruaje, ajitados como dentro de una criba. Se me ocurrió esta reflexion, i mi cólera se apaciguó.

Otra reflexion se me viene al espíritu: Un vértigo de rapidez se ha apoderado de las poblaciones modernas; todas las ideas converjen hácia este punto. Ya no es bastante el vapor: búscanse en el aire comprimido, en el fluido eléctrico, motores aun mas poderosos. Cruikshanck, el caricaturista, representa algunos viajeros que parten para Bengala, los cuales se colocan en una enorme bomba que un mortero va a despedir a su destino. En 1959, esta chanza será de pésimo gusto. La via del aire va a abrirse bien pronto. En Francia, en Inglaterra, muchos de esos locos que se llaman jenios cuando realizan su pensamiento, buscan los medios de dirijirse por entre las capas atmosféricas.—Este medio, lo encontrarán; acaso está ya encontrado.—Entre tanto, voi a contaros una historieta.—Un Ingles (podria ser tambien un Escoses) habia inventado una máquina para volar; acabada la máquina, el Dédalo británico quiso ensayarla solemnemente; invitó mucha jente a almorzar; el almuerzo fue largo i magnífico; los vinos de Francia i España se virtieron con profusion: tras lo cual bajaron al patio para hacer el esperimento. El *gentleman*, al tiempo de partir, alegó que habia comido mucho, bebido mas que comido, que estaba un poco pesado, que le seria difícil elevarse desde el suelo, i que reclamaba de la respetable sociedad el favor de subir con la máquina a la orilla de un techo, desde cuya altura tomaría vuelo mas a sus anchas. Concedióscle graciosamente tal facilidad; hasta las aguilas se la otorgan, i se lanzan en el aire desde alguna roca o desde algun pico. Situado en el borde del techo, trató el *gentleman* de volar dos o tres veces, sin abandonar por eso el elemento sólido. La concurrencia esperaba con ansiedad; pero nuestro hombre, deteniéndose repentinamente, se puso a gritar con voz de Stentor:—John!

Presentóse John.

—Eres criado mio?

—Si, señor.

—Te pago para que me sirvas i hagas cuanto te mande.

—Si señor.

—Está bien! entra en esa máquina i lánzate.....

—Señor, dispénseme Ud.; no sé volar.

El amo se encolerizó, el criado se mantuvo firme, i con grande entretenimiento de los espectadores, se trabó una disputa en regla.

—Señor, yo le limpiaré a Ud. las botas, iré a traerle agua caliente, cepillaré la ropa, pero no quiero romperme el cuello por obedecer a Ud.

—Pero yo respondo de todo, mis cálculos son exactos; i por otra parte, pónle precio a tu esqueleto, te lo pagaré.

John no pareció convencido, resistió, i fue despedido gloriosamente.

Aqui se presenta una cuestion de derecho de las mas interesantes: ¿Un amo inventor puede exijir de su criado, como servicio, que ensaye sus mecánicas i tome parte en sus esperiencias?

Decia hace poco que la rapidez era una de las necesidades de la época.—¡Debe sin duda de haberse descubierto hace poco parajes mui deliciosos, mui atractivos, para que sea necesario llegar tan presto! A qué Otahiti, a qué Eldorado, a qué paraiso terrestre llevan esos caminos, esos *railsways* inflexibles? Jamas la tierra fué mas enojosa; todas las diferencias desaparecen, es casi imposible distinguir una ciudad de otra; la calle de Rivoli nos amenaza con estender indefinidamente sus arquerías; los *paletoes* i los *makintoch* han

hecho que desaparescan todos los trajes pintorescos.--I por otra parte, llegar es siempre triste aun cuando se llega a una cosa buena. Querria que un nuevo trastorno jeolójico viniese a atormentar la faz del globo, convirtiese en abismos los valles, levantase hasta los cielos las montañas i destruyese todos los caminos. ¡Cuánta prisa se darian entónces a reinventar los caballos, los asnos i las mulas!

—¡Qué hermoso viaje seria ir a Rouen!

Algunos años hace, hicimos juntos el viaje de Rouen, en una pequeña barca, tres o cuatro amigos (no éramos muchos pero éramos mui jóvenes,) ora a la vela, ora a fuerza de remos, a la deriva las mas veces. Abordábamos a islas desconocidas, llenas de sauces i mimbre, mas orgullosos con nuestros descubrimientos que si fuéramos aventureros españoles en marcha para la conquista de América. Sorprendiamos a las arvelas en su intimidad. De tiempo en tiempo se daba vuelta la barca. Qué lindos naufrajios! nos zabullíamos e ibamos a recojer nuestro cargamento suavemente estendido en el fondo del rio, sobre un lecho de fina arena.—Una sola cosa me contrarió durante aquella deliciosa navegacion: uno de nosotros tenia una escopeta i tiraba a las golondrinas.....Confieso que jamás he alcanzado a comprender el placer que pueda haber en enviar un grano de plomo a un pobre pajarito que goza inocentemente de la vida que Dios le dió, que nada en el aire i la luz, dando lindos gritos i sin hacer a nadie mal. Felizmente la pólvora se mojó i las golondrinas pudieron voltijear sin peligro en torno de nuestro bote. Aquel viaje memorable duró tres dias. Al poner el pié en el muelle, decia: Tan pronto!—Hace pocos dias, en la estacion del ferrocarril, decia: Por fin! Es cierto que.....

—

II.

PAISAJE I SENTIMIENTO.

El tiempo está sereno. Algunas nubes que empañaban la pureza del cielo han sido barridas por la brisa de la noche. El camino sube i baja, caprichoso como una mujer bonita. Grandes árboles proyectan sobre él sombras fantásticas, en que entran los caballos tiritando. La luna se ha levantado circundada de un círculo de vapores. Los caballos humean, i marchamos en medio de una nube como los Dioses de Virjilio.

Acabamos de pasar cerca de una casita medio enterrada en masas de vejetacion. Una sola ventana brilla en la fachada oscura. Una lámpara puesta al lado de una cortina de muselina dibuja una vaga silueta, como la de alguien que lée o trabaja. ¿Será un hombre o una mujer? es una niña, estoi seguro.—Sin duda es linda. Me dan no sé qué deseos de bajarme del carruaje, golpear a la puerta de esa casa i establecerme en ella por el resto de mis dias. Qué bien que estaré allí! El sitio es encantador, i ya estoi enamorado del cuerpo a que pertenece la sombra que acabo de divisar.

—Acaso allí es por donde mi felicidad aguarda que pase: mañana, esa ventana se abrirá a los perfumes del alba, una cabeza rubia i encarnada, como un melocoton en su peluza sutil, aparecerá en medio de un marco de follaje formado por las guirnaldas de la parra.—¡Qué alegre no seria ver sobre las gradas un grupo de niños jugando con las orejas de un soberbio mastin!--De qué color seria el amueblado de su cuarto?--Celeste i blanco..... fresco i suave como ella..... Hé! corazon, te hinchas; todavía tan propenso a las quimeras?..... Qué cosa tan estraña es el mundo! He consumido grandes fragmentos de mi vida al lado de personas que no podia sufrir, i que el acaso de las circunstancias habia puesto en mi camino, i en esa casa por delante de la cual paso para no volver, en que probablemente jamás entraré, puede encontrarse el alma mas adecuada a la mia, la forma mas grata a mis ojos.—El camino forma un recodo, ai! tengo húmedos los párpados.....—Ea! soñador, consuélate; era una vieja que, las gafas sobre la nariz, rezaba entre dientes ántes de acostarse.

A la izquierda, en el fondo de un valle bañado de vapores, el rio brilla i espejea bajo los rayos de la luna, que parece como que lava en el agua la orla de su túnica de plata; todo duerme, excepto un faro que con su ojo abierto i rojizo mira en las tinieblas.

¿Por qué los pintores, que han hecho tantas escenas de dia, han representado tan pocas veces la noche? Es este un lado nuevo que podria copiarse: la noche no es tan negra como lo parece i comunmente lo creen los mortales virtuosos que se acuestan i se duermen a las nueve. Hai pocas noches completamente oscuras, aun en los climas del norte. Ademas de la luna, especie de sol blanco, están los rayos de las estrellas, mil vagos reflejos del dia que há desaparecido o va a renacer, no sé qué fosforecencia de los objetos. Un gran colorista que estudiase la noche *con amore* descubriría escalas de matices de una armonía, i hasta de una variedad sorprendentes, efectos verdaderamente maravillosos i nuevos; todas las menudencias, todas las miserias, traicionadas sin piedad por el dia, desaparecen. El dia es grosero, cínico, nada perdona; en la noche, no se distinguen sino las masas, los grandes claros i las grandes sombras: es decir, la poesía, la melancolía, el misterio. I ademas, si es fuerza confesarlo, uno de los grandes encantos de la noche, a mi ver, es que los vecinos están acostados, i dejan libre el puesto a la naturaleza i a Dios.

Preciso es decir tambien que no se puede pintar sin ver claro, i que los efectos de noche se ejecutan en el dia; i ademas, quién juzgaría de la verdad de tales cuadros? Los gatos, los amantes i los poetas, animales inquietos, furtivos, amigos de las tinieblas, que salen cuando todos se recojen. TEÓFILO GAUTIER.

Magdalena.

(Fragmentos del diario de un hombre de bien.)

15 *de agosto de* 1850 *por la noche.*

El sacrificio está consumado. ¡Pobre Magdalena! He aquí una nueva víctima del poder del oro.

¡Qué bella estabas la primera vez que te ví! Qué dulce era tu sonrisa! Cómo se retrataban en tu rostro todas las felicidades de una conciencia tranquila!

Cuán diferente era tu aire hacen algunas horas! A cada momento las lágrimas asomaban a tus párpados. Tu pura frente habia perdido su irradiacion. Parecias mas bien una víctima que una desposada.

Sí, eras una víctima sacrificada en el altar del *Becerro de Oro*, de ese dios ante quien todos se humillan, i a quien todos los mortales, todos los hijos de este siglo del positivismo, de la hipocresía, del egoismo i del cálculo tienen erijido un altar en su corazon.

Oh! cómo sufrias cuando el sacerdote te hizo dar la mano al que iba a ser tu marido! Cómo temblabas! ¿No es cierto que ha sido ese el minuto mas amargo de tu vida?

Cuando el sacerdote te preguntó con voz solemne :—Quiere Ud. por esposo a. . . . tus lábios iban a decir la verdad, ibas a decir: No! Pero tus ojos se encontraron con la severa mirada de tu padre, i entónces pronunciastes un débil *sí* i caiste desvanecida en los brazos de tu pobre madre. ¡Cuántos dolores, cuántos tormentos en esos pocos segundos! Las fibras mas delicadas de tu corazon habian estallado! La armonía de tu alma se apagó! La felicidad, la esperanza, el placer i la alegría te dieron su último i triste adios! Solo te quedó la resignacion i la paciencia!

Terminada la ceremonia, es decir, inmolada la víctima, la música dejó oir sus acordes, la alegría empezó a desparramarse por los salones.

Yo no pude soportar mas tiempo una burla tan impía, tan cruel, tan atroz a la desgracia i me retiré.

Al ir a abandonar el salon me encontré con el padre de Magdalena.

—Qué es eso? se marcha Ud? No quiere Ud. participar de nuestra alegría, de nuestra felicidad, me dijo.

No sé que le contesté.

Viejo sin corazon! se gozaba en la venta de su hija!

17 *de agosto.*

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Hoi he visto por la primera vez a la desventurada Magdalena despues de su matrimonio.

¡Qué cambio en dos dias! Cuánto debe sufrir! Sus ojos habian perdido su brillo; sus mejillas estaban cubiertas con un rosado enfermizo ; su respiracion era difícil; cada uno de sus movimientos una fatiga.

Cuando entré al salon, estaba medio reclinada sobre un divan de terciopelo lacre, lo que hacia resaltar mas su palidez. Su mirar resignado, las hondas ojeras que rodeaban sus ojos, la palidez marmórea de su frente, su cabeza medio inclinada en un lánguido escorso, sus lábios entreabiertos i como al ir a proferir un suspiro o una queja, hacian de ella la mas verdadera imájen del sufrimiento i la resignacion.

Su madre, sentada en una poltrona a su lado, la contemplaba en silencio. De cuando en cuando una furtiva lágrima rodaba por sus mejillas, arrugadas mas bien por el sufrimiento que por la edad, i llevaba la mano a su frente como para disipar alguna triste idea que la tiranizaba.—Ai! es que el corazon de esa madre todo lo presentia.

Quise retirarme para no despertarlas de su arrobamiento ; pero ya era tarde.

Magdalena fué la primera que me vió, i como adivinase mi intencion me dijo :

—Qué! se marcha Ud? Le ha dado a Ud. miedo nuestra tristeza? Dicen que la tristeza es contajiosa? habrá Ud. temido el contajio?

—No, Magdalena, no, le respondí.

Quizo sonreir, pero la sonrisa se heló en sus lábios.

—Sufre Ud., Magdalena, la pregunté, fijando sobre ella una mirada escudriñadora.

—No, amigo mio, nada, me contestó con la precipitacion de una persona que creyendo haber cometido una falta trata de repararla.

Esto me bastó para hacer de mis presentimientos, de mis conjeturas una realidad. Magdalena sufria, Magdalena era desgraciada, era una ave a la cual se la habian cortado las alas, un cristalino i manso arroyo cuya fuente habia sido enturbiada i detenida. Magdalena debia morir de dolor. Esto era tambien lo que habia adivinado su madre. El corazon de una madre es tan leal!

Cuando me levantaba para despedirme, entró el padre de Magdalena i tras él su marido.

Habia visto a este hombre varias veces en sociedad, pero jamas hasta hoi habia parado en él mi atencion.

La primera impresion que su vista me hizo fué desagradable, i a medida que lo observaba, este desagrado iba tomando las proporciones de una marcada antipatía.

Me saludó con cortesía ; le respondí friamente.

El marido de Magdalena es un hombre como de cuarenta años, de corta estatura, cargado de espaldas i algo gordo. Sus ojos pequeños i vivos manifiestan la penetracion i la astucia. Su frente aplastada i angosta deja adivinar un hombre vulgar. Su andar i sus maneras son sin nobleza, sin esa gracia que hace presentir al hombre de buena sociedad. A pesar de lo regordete de su rostro, sus mejillas están cubiertas de una palidez biliosa que no da mui buen testimonio de la moderacion de sus apetitos. Su nariz i sus lábios son

gruesos. Sin embargo, el conjunto no es malo: *¡Sobre todo tiene quinientos mil pesos!*

Despues de algunos minutos de charla insustancial me retiré.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

1.° *de setiembre.*

Magdalena ha sido separada de su madre. —Qué irá a ser de esa pobre avecilla a quien tan cruelmente se le arrebata su madre i su nido?

. . . . . .

He divisado a Magdalena en el paseo, su andar era lánguido, su palidez cada vez mas pronunciada, sus saludos parecian un último adios!

Esto me ha entristecido; pero aun mas la indiferencia, la frialdad de su marido. En el largo rato que los seguí no le dirijió una sola vez la palabra. A todos miraba, a todos saludaba, con todos se sonreia ménos con su esposa, con la que era de apostar se fastidiaba a mas no poder.

. . . . . .

15 *de setiembre.*

Me he despertado a las primeras claridades de la mañana.

Mi sueño era tranquilo. Vagos ensueños me han asaltado en todo el curso de la noche.

Me acababa de levantar cuando mi criado entró a mi habitacion con una carta para mi. Por el sobrescrito conocí era de la madre de Magdalena. Un estremecimiento nervioso se apoderó de mis manos al abrirla.

La carta decia estas palabras:

«Mi mejor amigo:

«Magdalena, mi adorada Magdalena, acaba de morir. Venga Ud.

«De Ud.

JERTRUDIS. ***"

Me vestí precipitadamente, para acudir al llamado de esa madre desventurada, cuyo dolor i cuyo abandono habia adivinado por su carta.

Cuando llegué a casa de Magdalena, todo estaba en silencio. Como era la primera vez que entraba en su casa, traté de buscar un criado que me orientara; pero no dí con ninguno.

Me introduje entónces por la primera puerta que encontré abierta, daba entrada a los salones, que estaban desiertos.

Al cabo de un cuarto de hora, viendo que nadie se presentaba, hice ruido.

—¿Quién es? preguntó una voz débil, desde una pieza contigua al salon donde me encontraba.

Inmediatamente conocí la voz de la madre de Magdalena, i sin contestar me dirijí a la habitacion de donde saliera.

Qué espectáculo, Dios mio, el que se ofreció a mi vista al abrir la puerta!

En el centro de un ancho i elegante lecho una mujer jóven i pálida parecia dormir con un sueño de ánjel; su boca entreabierta como que buscaba una sonrisa. A su lado i contemplándola, o mejor adorándola, una anciana vestida de negro, de mirar resignado.

A la cabecera del lecho, sobre una mesa de noche, una rosa blanca prematuramente marchita, i cuyas hojas iban cayendo una tras otra sobre el mármol negro de la cubierta. En el resto de la habitacion todo era desórden. Las cortinas de la ventana caidas, hacian que una luz indecisa bañara ese cuadro indescriptible.

Quedé, como clavado en el dintel de la puerta. No sé lo que por mí pasaba en ese momento. No era el cadáver de una jóven lo que sobre ese lecho veia, no era a una madre desconsolada lo que observaba a sus piés: nó. Lo que ahí veia, lo que ahí observaba era como una vision anticipada de ese mas allá que todos anhelamos. Solo Tintoreto hubiera comprendido este cuadro, hubiera adivinado el santo, el inmenso dolor de que estaba poseida el alma de esa madre, que se gozaba en el aserbo placer de contemplar a su hija durmiendo el último sueño.

La voz de la madre vino a sacarme de mi arrobamiento.

---¿Qué hace Ud. ahí? entre Ud., me dijo.

Pero viendo que yo no cesaba de contemplar a Madaglena:

---¿No es cierto que era hermosa? agregó en tono dulce i resignado. ¿No es cierto que no parece una jóven muerta sino un ánjel dormido? Pobre hija mia!

Esa madre tenia razon. Jamas habia visto un perfil mas delicado, una frente mas pura i mas bella. Esa mujer cuyo corazon no palpitaba ya, cuyo pecho estaba en calma tenia algo de sobre humano, algo de divino, algo que la hacia ofrecerse a mis ojos no como un ser como los demas, no como un cadáver, sino como un ensueño, como una ficcion de la fantasía en delirio. Necesité tocar su frente yerta para convencerme tenia delante de mi una mujer i una mujer ya cadáver, i no una de esas visiones que los poetas creen ver revoletear en torno de su lecho, cuando su imajinacion, su alma i su corazon empiezan a despertarse a las armonías de la belleza, de la grandeza, de la pureza i del arte.

Despues de un largo silencio, agregó la madre de Madaglena, como quien recuerda algo que habia olvidado a su pesar:

—Amigo mio, lo habia mandado llamar a Ud. ¿no es verdad?

---I aquí me tiene Ud., le respondí.

---El esposo de Madaglena se ha marchado ayer sin presumir la desgracia que se nos ha venido encima, mi marido hace dias que está en el campo, así es que me tiene Ud. sola. Espero de su buena amistad me ayudará Ud. en el penoso trabajo de rendir a Magdalena los últimos deberes.

Descanse Ud., la contesté, tan admirado de su presencia de ánimo como compadecido de su aislamiento.

Qué desgraciada debe ser esa mujer! No se tiene su fortaleza de espíritu en el mas cruel de los dolores sin el hábito de la desdicha.

. . . . . .

. . . . . .

Ya está todo arreglado. Mañana conduciremos a su última morada el inanimado cuerpo de la desventurada Magdalena.

No hai duda: hai seres que nacen solo para sufrir. La fatalidad!. . . . . .

. . . . . , ...

. . . . . .

. . . . . .

16 *de setiembre.*

Una multitud indiferente ha acompañado hoi al cementerio el cadáver de Magdalena.

Qué iba a hacer toda esa jente en torno de esa tumba? Iba a rendir un postrer homenaje a la desgracia? Iba a derramar una lágrima, a dedicar un suspiro a esa flor prematuramente marchita?

Nada de eso. En todos los rostros se pintaba ora el disgusto, ora el tedio, en algunos hasta la alegría, en ninguno el pesar.

Es que toda esa turba iba no por la muerta sino por los vivos. Es que toda esa turba iba porque Magdalena tenia un padre, un marido i parientes de influencia. Esa turba iba al cementerio no a orar sobre la tumba del muerto, sino a adular a los vivos.

Miserias de la vida, dice el vulgo.

Triste lote de una sociedad sin alma i sin corazon, decimos nosotros.

. . . . . .

Muchas conjeturas se hacen sobre la muerte de Magdalena. Los médicos dicen que ha muerto de tísis. El mayor número es de su opinion.

Solo su madre sabe la verdad i yo la presiento: Magdalena ha muerto de dolor.

Amaba, i se la mandó olvidar ese amor. La realidad lejana de ese amor era la sávia de su vida: enlazándola a un hombre a quien apénas conocia, esa sávia se agotó: el árbol tenia que marchitarse i morir!

I todo por unas cuantas monedas.

Ese ánjel fué vendido, i la sociedad i. . . . . lejitimaron, santificaron esa muerte que era un asesinato. Pero la herida no ha goteado sangre, ha sido silenciosa, hipócrita; en este caso la justicia de los hombres nada tiene que hacer ni que decir.

¡Funesta pasion, funesto frenesí el del oro! Por oro el padre vende a su hija, el marido a su esposa, el hermano a su hermana, el amigo a su amigo, el ciudadano a su patria.

Oro! Oro! pasion tres veces funesta: tu eres la verdadera fatalidad de los tiempos modernos: tu eres el mal jénio del siglo!

J. Arteaga Alemparte.

La verdad despues de un baile.

No hai un mas fiel reflejo de la vida i del mundo, de su ruido, su pompa, su oropel i su nada, que un baile.

Todo en él, al principiar, es esperanzas, ilusiones, sueños, hermosas perspectivas, dulces palpitaciones; pero, a medida que las horas pasan, las desilusiones, las esperanzas frustradas, el cansancio del alma i del cuerpo, la realidad, en fin, empiezan a apoderarse de los concurrentes. Cuando el baile termina, el hastío se ha apropiado mas de la mitad de las almas, la desesperacion de no pocas, i la esperanza cuando mas ha quedado reinando en uno que otro corazon.

Todos, al entrar en un salon de baile, van en busca de algo; todos, al salir, notan con tristeza i con disgusto, que en vez de ese algo que buscaban han dejado talvez mucho: la belleza alguno de sus atractivos; el enamorado quizá el mejor de sus sueños, de sus engaños; i cuántas ai! la tranquilidad del espíritu i del corazon, robada por algun seductor avieso, que les ha modulado al oido, entre las vueltas de un vals o de una polka, en medio de esa atmósfera cargada de sonrisas, de suspiros, de miradas de fuego, de murmullos, de luces i de mentira, palabras de amor, que han durado el espacio de una noche, i las han preparado al desengaño, i las han hecho gustar las primeras i amargas gotas de la hiel de las desilusiones.

Pero no solo la belleza, el amor i la inocencia ven entristecerse, marchitarse i caer una de las flores, pocas horas ántes mas hermosa i lozana de su ramillete; todos, todos los concurrentes, escepto los necios, al ir a beber el placer, la felicidad, la alegria, se han encontrado con la nada cuando no con el tedio.

Nada de exajerado tendria decir que un baile se parece a un entierro mas de lo que muchos creen. —Al cementerio vamos a depositar el cuerpo ya cadáver, cuando el alma, la sensibilidad, el movimiento; todo eso que se les ha antojado llamar vida a los mortales, lo ha abandonado. Ahora bien: si al cementerio vamos a dejar el cuerpo, al baile vamos a dejar lo que forma la mejor parte de la vida, lo que hace que sea algo, que la amemos, que la llevemos en paciencia: a un baile vamos a dejar la felicidad. I no hai que tacharnos de exajerados.

Si posible fuera leer en el fondo del corazon de cada uno de los concurrentes a un baile, en el momento que se da señal de retirada, cuántos poemas llenos de amargura, de desesperacion, de rabia, de lágrimas silenciosas, i por ser mas amargas, de ayes, de blasfemias, de maldiciones i anatemas al placer que se buscaba i que se ha escapado, no se sorprenderian. Del placer al dolor no hai mas que un paso!

Entrad a un salon en el momento en que el último de los asistentes lo abandona. ¿Qué aspecto os presenta todo? El de

la desolacion. Por todas partes no se divisan sino bujías que dan su último resplandor, flores prematuramente marchitas que se doblan sobre su tallo i ven desprenderse sus hojas una a una, jirones de tul, encajes despedazados, cadenas i piedras desprendidas a los tocados; en fin, todos los despojos de las destruidas armas de la belleza, la elegancia i la seduccion.

Todo parece manifestar que en ese salon acaba de librarse una batalla. I esto es cierto. Ahí, acaban de estar en lucha la realidad i la ilusion, la verdad descarnada i la mentira dorada; i esos restos que yacen por tierra, esos encajes, esos tules, esas guirnaldas pisoteadas, esos guantes despedazados, han sido las armas del combate, los servidores de la ilusion i la mentira.

Quién sabe si ese guante que yace ignorado, despreciado, ajado, ha evitado se sorprenda un secreto, que pudo haberse adivinado por el marmóreo hielo de la mano.

Quién sabe si esos restos de una bella guirnalda han dado frente de ánjel a una mujer sin corazon.

Ah! si uno de esos despojos pudiera hablar, pudiera contarnos cuanto ha visto, cuanto ha oido, qué de virtudes que el mundo cree reales, sin sombra de impureza, que hasta la idea del vicio desconocen, no se convertirian en la última palabra de la corrupcion de los sentidos i de los estravíos del corazon.—Entónces descubriríamos quizá en el ánjel a la prostituta; en la madre sin reproche a la adúltera sin conciencia. Entónces descubriríamos talvez que aquellas a quien el mundo persigue con su crítica, no tienen mas culpa que ser francas, que dejan hablar a sus corazones, que no quieren usar a toda hora la careta de la hipocresía. Así es siempre el mundo: a la franqueza la llama vicio, a la hipocresía virtud.

I sin embargo es necesario someterse a sus fallos. I sin embargo es necesario conformarse con sus caprichos, perseguir, escarnecer, despreciar, herir en su fibra mas delicada a esas almas que comprendiendo su nada lo desprecian; pero a quienes con todo mata su fallo.

Quién es el que ha vivido tan poco que no haya encontrado en su camino a mas de un ser a quien el mundo rechaza, calumnia, anatema tiza, i que encerraba en su corazon inagotables tesoros de amor, de caridad, de grandeza, de nobleza, de resignacion i de humildad. Dió un traspié en el resbaladizo camino de la vida, no guardó las apariencias, no vistió la careta de la hipocresía; i esto bastó para que la maldicion cayera sobre él, para que todos lo huyeran, para que fuese el blanco de todos los desprecios, para que la madre le señalára a la hija, el marido a la esposa, el amante a su prometida como un alerta viviente contra el vicio, cuando en el fondo no era sino un argumento en favor de la hipocresía.

Ai! desgraciado del que no guarda las apariencias, o no tiene bastante oro para comprar la adulacion, para atar a su carro, para hacer enmudecer la severidad del mundo!

El dilema es fatal, solo la hipocresía o la riqueza valen, tienen carta de ciudadanía ante el mundo.

Golpeaos el pecho con frecuencia, sois virtuoso.

Haced grandes aspavientos cuando se os habla del menor desliz del prójimo, sois moral.

Tened dinero aunque sea a costa del sudor del pobre, de la honra, de la tranquilidad de una familia, sois honorable.

Rodad coche, sois hombre de importancia.

Lanzaos ahora en todos los estravíos, en todos los vicios, en todos los crímenes, sin temor.

Vuestros estravíos se llamarán debilidades.

Vuestros vicios, pasatiempos.

Vuestros crímenes, estravagancias.

De este modo, lo que a otro conduciria camino recto a la deshonra, al presidio, os lleva a la celebridad.

Si arrastrais una vida entregada al vicio, se dice que sois hombre de *vida alegre.*

Si profanais el hogar de una familia honrada, si seducis a la jóven inocente, si arruinais a un padre incauto, se dice que sois calavera de *buen tono.*

I las madres os sonrien, i las hijas suspiran por vos, i todas a una voz dicen: *es un soberbio partido!* I todos os buscan para saludaros, para cortejaros, para elojiar vuestras necedades, para llamaros hombre de chispa cuando no sois mas que un cínico. Todo esto, bien entendido, sin renunciar al derecho de decir de vos, cuando ya os vean léjos, lo que mereceis.

I todavía habrá quien crea en el mundo i en sus goces, que se sienta alhagado por su aprobacion i tema sus sentencias? preguntarás acaso querido lector o bella lectora, si has tenido la amabilidad de seguirme hasta este punto.

Sin duda que hai muchos que tal necedad cometan; i talvez entre los primeros el autor de lo que leído llevas. I esto por varias razones.

La primera: porque mas vale la paz que la guerra.

La segunda: porque la inconsecuencia es el triste lote de todos los humanos.

La tercera: porque.....

Pero mas vale nos guardemos las demas en el tintero, como hemos hecho con buena parte de las reflexiones que han venido a nuestra pluma escribiendo este capricho.

—Abur, lector!

—Felices noches, encantadora lectora!

J. Arteaga Alemparte.

El hombre propone i Dios dispone.

(Romance)

I.

Tras larga, enojosa calma
Apiadóse al fin la brisa
I al paciente marinero
Volvióle la faz propicia.

A su soplo cariñoso
La turjente lona se hincha,
Desperézase la nave,
I el mar en ondas se riza.

Polvo de perlas levanta
En su carrera la quilla,
I va dejando a su espalda
De luz i plata una cinta.

Los cielos de azul vestidos,
De azul el oceáno pintan,
I solo miran los ojos
Celeste monotonía;

I en vano del horizonte
Los contornos escudriñan,
Que ni aún viene a consolarlos
Embustera nubecilla.

I ya la vista se cansa,
I el ánimo se fatiga,
I el perezoso fastidio
Poco a poco nos conquista.

No quiere la voluntad,
La esperanza no respira,
El pensamiento reposa,
Bosteza la fantasía:

Grato intermedio sin goces
Entre el no ser i la vida,
En que la indolente calma
Placer i pena aniquila.

II

Del barco en el ancha popa
Pensativo está un mancebo,
Mientras juguetea el aura
Con sus rizados cabellos.

Varonil es su figura,
Vivo su rostro i abierto,
I espresiva la mirada
Que anima sus ojos negros;

Graciosa curba modela
Su frente, do sin esfuerzo,
Como en plácida laguna,
Se refleja el pensamiento.

Sobre sus delgados labios
Vagar parece un momento
Una tímida sonrisa,
Cual ave que ensaya el vuelo;

I mal pueden sus vestidos
Esconder el movimiento
Que los latidos reaviva
I acelera dentro el pecho.

---Qué voz despierta su espíritu?
Es la voz de fiel recuerdo,
O de amables esperanzas
Los armoniosos acentos?

O acaso el uno i las otras
Reunen sus blandos ecos,
I en fantástico desórden
Divagan por su cerebro!

—Léjos de su hermosa patria,
Del campo paterno léjos,
Piensa en él, en ella piensa
Con amoroso desvelo;

I dibuja en su memoria,
Con el lápiz del deseo,
Los paisajes de otros dias
Que mirar crée de nuevo.

—Al pié de verde colina,
Allá, del valle al estremo,
De una casita risueña
Distingue el cándido aspecto;

Un círculo en torno trazan
Los álamos corpulentos,
I un arroyo entre las flores
Eses forma con su sesgo.

El sol fatigado espira
Falto de luz i de fuego,
I una cinta de celajes
Pone límite a los cielos.

—La grave melancolía
Semeja diáfano velo
Sobre la faz de la niña
Que allí divisa el mancebo.

Es una rosada vírjen,
De la aurora fiel remedo,
El sueño de sus vijilias,
El buen ánjel de sus sueños;

La graciosa compañera
De su infancia, a quien bien presto
Esposa podrá decir
I estrechar contra su pecho.

Ella tambien, le parece
Que medita en el secreto
Del alma, i que su semblante
La reflexion vuelve sério:

Piensa en él, sin duda, i cuenta
De la ausencia los momentos,
Con afan infatigable,
Con impaciente desvelo.

I una lágrima, un suspiro
Que ajita su blanco seno. . . . . .

III.

Súbito, inmenso rujido
La atmósfera conturbó,
De humo denso i rojas llamas
Desprendióse un pabellon,
I subió hasta las alturas
Solemne, angustiosa voz,

Breve lamento infinito,
Ronco ¡ai! de la afliccion,
Súplica, grito o blasfemia:
Misericordia, Señor!!!

. . . . . .

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Bajo el castaño de las Tullerías.

(Traduccion de LA SEMANA.)

ESCENA PRIMERA.

DOS ALDEANOS.

Primer aldeano.—¿Cómo vá, compadre? Lo veo medio triston.

Segundo aldeano.—Lo mismo se puede decir por Ud., padre Matias.

Prim. ald.—Estoi triste, compadre, porque conozco que me he engañado acerca de la vocacion de mi hijo.

Seg. ald.—Ni mas ni ménos que lo que a mí me pasa.

Prim. ald.—Pues es cosa singular. Mi hijo, desde chiquito, era un delirio el que tenia por contar con los dedos i doblar los pañuelos de su madre; motivo por el cual lo destiné al comercio.

Seg. ald.—Igual cosa me ha pasado con el mio, padre Matias, como que parece que a la caza le salia su vocacion. Era una pasion la que tenia por vestirse de artillero, i a la edad de ocho años tocaba la caja que daba gusto. Lo dediqué a la milicia.

Prim. ald.—¿I quién creeria que el diablito no ha sido capaz de sumar dos i dos ni de distinguir la seda del coton? Pues me lo acaba de decir su patron.

Seg. ald.—En cuanto al mio ha puesto los pies en polvorosa en la primera escaramuza.

Prim ald.—I sin embargo a mi chico no le falta caletre.

Seg. ald.—Lo que a mi no me admira, padre Matias, pues al mio no le falta empuje. Adios. (*Se alejan.*)

ESCENA SEGUNDA.

DOS ESTRANJEROS *que llegan por diversos lados se ponen a contemplar los brotes del castaño*

Primer estranjero.—(*Aparte.*) Tiene brotes nuevos i está echando flores, en verdad que es un árbol maravilloso.

Segundo estranjero.—(*Aparte.*) Estos franceses son bien fanfarrones; así hai flores en el árbol, como en la mano.

Prim. estranj.—(*Aparte.*) Pues yo tenia idea de que no era tan alto.

Seg. estranj.—(*Aparte.*) Es un arbolillo como cualquiera otro.

Prim estranj. (*Aparte.*) No me pesa haberlo visto.

Seg. estranj.—(*Aparte.*) No lo pondria yo en mi jardin aun cuando el rei me lo ofreciese. (*Se alejan*).

ESCENA TERCERA.

UN JENERAL *con su mujer.*

El jen.—Nancy, sentémonos aquí si te parece.

Nancy.—Creo haberos oido decir que teniais que tomar órdenes en el castillo.

El jen.—Precisamente:--Voi a ir inmediatamente, i miéntras vuelvo me esperarás aquí. (*Se sientan junto al castaño.*) Estos primeros dias de primavera son insufribles.

Nancy.—No son de esa opinion los poetas, mi querido jeneral.

El jen.—Me gustaria que les ablandasen la cabeza a tus poetas, mi querida, para enseñarles a juzgar las cosas.

Nancy.—Una medida mui útil, señor.

El jen.--A propósito ¿qué te parece? ¿es cierto, como me han dicho, que me han tostado el rostro los soles de Africa? ¿Es verdad que estoi ahora mui moreno?

Nancy.--¿Vos, moreno?

El jen.--Sin duda alguna: ayer no mas me han dado por ello el parabien, i te aseguro que no me desagrada.

Nancy.--¿I porqué?

El jen.—Porque es cosa que a un hombre le sienta bien; sobre todo cuando es militar i tiene una barba negra. ¿No eres de la misma opinion?

Nancy.--Sí jeneral. ¿Quién es aquel que nos saluda?

El jen.--Es Beaudoin. ¡Pobre diablo! ¿Sabes lo que ha hecho con él su mujer?

Nancy.--Absolutamente.

El jen.--Si es cosa mui graciosa! Pero no creo que me sea permitido contártelo.

Nancy.--¿Cómo queriais entónces, que lo hubiese yo sabido por otro conducto?

El jen.—Tienes razon.--Te lo diré en dos palabras--Tu sabes, Nancy, que las historias de los ayudantes seductores son tan conocidas como las del robo a la americana.--Pues bien! al bueno de Beaudoin se le antojó presentar su ayudante a su mujer, i le dió entrada en su casa, i le sentó a su mesa, i. . .

Nancy.--Jeneral, es una historia de bivac, la que me estais contando.

El jen.--En conclusion, querida, el desenlace contiene circunstancias tan orijinales, que los mejores amigos de Beaudoin, a cuyo número pertenezco, no hallan a qué santo encomendarse, para no reirle a la cara.

Nancy.--No comprendo como pueden reirse de un marido engañado, a ménos que sea tambien hombre de aventuras.

El jen.--Si, sin duda alguna. Pero Beaudoin, querida, es una excepcion. Te digo que hai detalles capaces de desarrugar la frente de un podestá. Si es mui gracioso! (*Se rie*) Mira, Nancy, aquí tienes a Lespars, del cual te hablé el otro dia.

Nancy.--¿Quién ese Lespars?

El jen.—Ese era mi ayudante hace dos meses.

Nancy.—Ah! puede ser.

El jen.--Cómo, puede ser!—Si el otro dia he sudado, mujer, contándote la historia de su herida cerca de Ouchda! El fué el que dió aquel célebre hachazo a un jefe Kabila.

Nancy.--Si mal no me acuerdo, creo que me dijisteis que habia muerto.

El jen.—Pues ahí lo tienes tan vivo como cualquiera otro.

Nancy.--¿Cuál es? aquel jóven de chaleco blanco?

El jen.---Nó, ese nó; allí, cerca de la estátua, una cabeza hermosa, bigotes retorcidos.

Nancy.--Pues no tiene porte militar.

El jen.---Pues son mui engañadoras sus apariencias. Si lo oyeses hablar, parece una jovencita. Te lo he de presentar, si lo permites.

Nancy.--Como gusteis. Solo sí que en poco tiempo mas me habreis presentado todo el rejimiento.

El jen.--Uno mas o ménos es poca cosa.

Nancy.--Es un principio que nos puede conducir demasiado léjos.

El jen.--Te lo voi a buscar. . . . Te acompañará mientras voi al castillo. ¿No te parece?

Nancy.---Como os parezca jeneral. (*El jeneral se vá i vuelve con Lespars.*)

El jen.--Este es Lespars, de quien te habia hablado.

Nancy.---Señor!---Tened la bondad de sentaros.

El jen.--(*En voz baja a Lespars*) No hai que intimidaros: ella tiene un buen fondo.--(*Alto.*) Voi al castillo, Nancy. El señor te hará compañía. Escusadme, Lespars, vuelvo al instante. (*El jen. se aleja.*)

ESCENA CUARTA.

NANCY, LESPARS

Nancy.--¿Porqué no habeis venido esta noche, querido amigo, i sobre todo ¿porqué me habeis dado cita bajo este castaño?

OCTAVIO FEUILLET.

Ecos de la semana.

Santiago, mayo 20 de 1859.

SUMARIO.—Antítesis i curbas.—Prueba de un sistema confirmado por un proverbio.—Una historia en dos preguntas.—Los descendientes de nuestros abuelos. —Zarzuela, spleen, pesadilla.

Ciertos entes raros, doblemente raros por su escasez i orijinalidad, llamados filósofos, han tratado de esplicar i definir el universo considerándolo únicamente como un conjunto de relaciones, fuera de las cuales desaparece la existencia. Sin tener, queridos lectores, mas que una aficion mui mediocre a la filosofía, no dejo de participar de tal opinion, ni alcanzo a asir, en cuanto nos cerca, otra realidad que una constante comparacion entre dos términos opuestos, un antagonismo incesante entre dos estremos, en una palabra, una eterna i múltiple antítesis. En efecto, si suprimimos los tontos ¿quiénes son los cuerdos? si quitamos del medio la mentira ¿qué es la verdad? si anulamos el mal ¿qué es el bien? si desterramos la muerte ¿qué es la vida? si proscribimos la vejez ¿qué es la juventud? i sin la fealdad ¿qué es la belleza?—Comprendereis que podria ir mui léjos por este camino, si vuestra paciencia, lectores, no estuviese de por medio.—No sé si semejante órden será bueno o malo, o mas bien no puede ser ni bueno ni malo desde que no hai otro que oponerle; pero es una realidad que existe, i acaso su existencia es la única realidad. Inflexible como una lei natural (que en cuanto a las civiles sobrado bien han probado su flexibilidad), ciego como los golpes de la fortuna, está en todas partes para avasallarlo todo. Quizá no convendrá el lector enteramente en mi opinion, pero a lo ménos no dejará de reconocer conmigo que, sin tal antítesis, estaríamos defraudados de una gran suma de espectáculos interesantes e inocentes distracciones. No habria, por ejemplo, batallas, ni pujilatos, ni discusiones lejislativas, ni personajes políticos, ni hombres necesarios, ni chismografía, ni no sé cuantas buenas cosas mas. La vida llegaría a ser entónces prodijiosamente insípida i uniforme; porque partiendo todos de un mismo lado, la lucha de los intereses que se encuentran en un mismo camino, de los deseos que se disputan el paso, dejaria de existir; este manantial inagotable de alegrías i decepciones quedaría cegado; i marcharíamos cada cual al lado de nuestro vecino sin contemplarnos mas que de perfil, sin jamas cruzarnos, ni mas ni ménos que si fuésemos la asímptota i la hipérbola de los matemáticos.

Estas reflexiones i otras muchas mas, no ménos amenas i profundas, enhebraba yo en mi cabeza cuando tomé la pluma para contaros una curiosa historia, que ha sido esta semana el tópico de conversacion en muchos círculos. En vez de entrar incontinenti en el fondo de la cuestion, como diria i no haria un miembro de la cámara, preferí, por prolongar vuestra honrosa compañía, entregarme un momento al delicado placer de filosofar, dando un pequeño rodeo, describiendo una curba, para hablar la lengua de las ciencias exactas. Por otra parte, haciéndolo así, pienso que he seguido la práctica mas jeneral, que da la preferencia a las curbas sobre la línea recta. I a decir verdad, no veo que ésta tenga mas ventaja que ser el camino mas corto; mas en cambio, qué monotonía! qué despotismo! En esta gloriosa época de independencia i versatilidad, el gusto se ha pronunciado irrevocablemente por las curbas. Preguntadlo sino a las mujeres bonitas, a los artistas, a los oradores parlamentarios, a los gobiernos, a los buques que navegan contra el viento i a tantos otros que condenan sin remision la línea recta.—Un hombre, uno de mis lectores, por ejemplo, está enamorado de una preciosa niña, i ésta, segun todas las apariencias, lo está tambien de aquel. Deseais sin embargo, como es natural, tener en este punto una certidumbre completa, i para adquirirla, hai dos sendas que escojer: la recta i la curba. Si adoptais la primera, fracasais de seguro; mas tomad por la segunda i alcanzareis fácilmente la certeza apetecida. Es esta favorable? coronais vuestra dicha: Por el contrario es un desengaño? os queda el recurso de poder hacer cómodamente una retirada honrosa.—Pero os habia prometido una historia, que iba echando en olvido i que viene mui a tiempo para confirmar mis teorías. Leedla:

Mercedes S..... es uno de los modelos mas seductores del jénero femenino. Coronad un cuerpo proporcionado i esvelto, delicado i flexible, con

una cabeza que desesperaria a mas de un pintor, si quisiese copiarla, que nadie dejaria de admirar, si tuviese la fortuna de verla. Completad en seguida este conjunto agregándole unas manos, que en conciencia no podrian llamarse sino manecitas, sirviendo de remate a dos brazos torneados en la nieve, i unos piés mas concisos que la harenga de un Espartano. Por este procedimiento, llegareis a tener la tercera parte de la idea, que forma mi heroina, porque los otros dos tercios son para su corazon, que es de oro, i para su jenio, despierto i alegre como una golondrina al salir el sol. No es difícil concebir ahora que la tertulia de la señora de S ..... es de las mas numerosas i un centro mui principal de nuestra juventud *fashionable;* que los admiradores de Mercedes forman una falanje crecida, que sus tributarios tampoco no son escasos, ni ménos asiduos sus pretendientes. Pero estos están hoi de duelo; uno de esos eventos imprevistos en toda lucha acaba de desordenar sus filas i ponerlos en derrota.

Voi a contaros el caso tal como ha sido, pues lo tengo de buen oríjen.

Era una noche de las primeras de esta semana. —Un corro de caballeros, mas o ménos jóvenes, mas o ménos elegantes, mas o ménos verbosos i decidores, pero sin duda toda jente de buena lei—guantes amarillos, calzado de charol i camisa irreprochable—estacionaba en torno de la señorita de la casa, manteniendo encendida una de esas interminables conversaciones de salon, que se anudan fácilmente i se desanudan sin trabajo, en que se charla mucho, se escucha mui poco i no hai nada que oir.

—Qué prefiere Ud., Merceditas?—preguntaba a ésta un jóven de figura insinuante i simpatica, que no parecia ignorarlo, i no habria tenido que enmendar nada en su vestido, a no ser unas desdichadas flores rojas, que invadian, sin justificacion ninguna, el campo de su chaleco, con grave daño en la armonía de los matices.—Qué prefiere Ud.? la amabilidad o la hermosura?

—Porqué esa pregunta?

—Porqué?..... Yo mismo no lo sé a punto fijo. Pero si es embarazosa.....

—No tal! i en prueba de ello sin vacilacion le digo a Vd. que estoi por la amabilidad. Una persona hermosa no es muchas veces amable; pero, una persona amable dejará rara vez de parecer hermosa.

—Pienso que da Vd. a esa cualidad mas virtudes que las que tiene.

—Es que acaso Vd. la entiende de otra manera que yo.

—Podría ser..... mas me parece que es simplemente el constante deseo de agradar.

—Esa no es sino una parte de ella..... Hai muchos que desean i no saben agradar.

—Para mí,—saltó un muchacho alegre i despabilado que estaba impaciente por hacerse oir,—el mas amable es el mas amado.

—Pero eso es tomar el efecto por la causa,—alegó un cuasi-abogado, cuasi-imberbe, que empezaba a entablar una lítis con el cuello de su camisa, plegado ilegalmente sobre la garganta, que amagaba con un cardenal.

—Nó, nó!—esclamó un nuevo interlocutor—el mas amable es el que ama un poco a todos i no ama mucho a nadie.

—Eso no puede tener otro nombre que diplomacía.

—Yo creo—dijo Mercedes con una sonrisa malignamente graciosa—que la amabilidad consiste en tres *pocos*; solicitar poco lo que se pretende, esperar poco el conseguirlo i fiar poco en sí mismo para alcanzarlo. I luego añadió con intencion, dirijiéndose a uno de los tertulios que se mantenia a un lado i charlaba tranquilamente con una soltera de treinta años.

—No es Vd. de mi opinion Sr. F.....?

—Aun no la tenia en este punto, señorita, respondió el interrogado,—mas ya que es Vd. tan buena que me da la suya, poca cordura seria no abrazarla.

—Sobretodo, cuando Vd. la seguia ántes de conocerla—articuló Mercedes con un embarazo lleno de emocion.

Un pánico mortal se apoderó del coro al oir tales palabras. Esta curva tan inesperada, esta frase tan decisiva, los desconcertó enteramente. La derrota no podia ser mas completa i vergonzosa. El afortunado vencedor era un pretendiente de fresca data, que no habia muchos dias frecuentaba la casa i a nadie entraba en cuidados; un hombre de veintiocho años escasos, de fisonomía agradable sin ser hermosa, de modales desembarazados sin brusquedad, civil sin afectacion, digno sin terquedad, que hablaba poco pero a tiempo, espresaba sus ideas sin imponerlas i no se acordaba de su vestido despues de habérselo puesto.—Vió a Mercedes i la admiró, habló con ella i quedó enamorado.—Cómo procedió para llegar al feliz término que hemos visto? Bien claro está, describió una curva.

Dos dias despues, un casamiento quedaba definitivamente arreglado.—Este exabrupto matrimonial ha provocado durante la semana mil versiones i prestádose a otros tantos comentarios. Yo lo miro como una triunfante prueba de la ventaja de las curbas i una confirmacion del proverbio: casamiento i mortaja.... sabeis lo demas.

—Me dicen que está Vd. de plácemes, don Cipriano; que se establece Panchita.

—Si, amigo mio; asi es en efecto..... Las hijas mujeres, es preciso que se casen.....

—I tambien los hombres....

—No, eso es ya otra cosa—interrumpió don Cipriano.—No corre tanta prisa....

—I cuál es el nombre del agraciado?—volvió a preguntar el primer interlocutor, que no era otro que uno de esos incorrejibles cronistas de vidas ajenas, que no parece que tuvieran una propia de que ocuparse, tan poco se curan de ésta i tanto de aquellas.

—Don Fortun Calvo, un vecino de Rancagua....

—Cuál de ellos?

—Qué! hai otro que se llame así?

—Como que sí, ... yo conozco dos vecinos de Rancagua que tienen este mismo nombre i apellido; i para distinguirlos, llaman a uno Calvo el rico i a otro Calvo el pobre. Vd. echará de ver la razon de estos diversos calificativos. ..

—Ya! ya! Pero entiendo que mi futuro yerno es el primero, el.... el rico....

—No podia ser de otra suerte. Un hombre de buen sentido como Vd....

—A lo ménos, él me ha hablado de proyectos mui estensos que piensa realizar, de especulaciones considerables..... i Vd. concibe que sin capital.....

—Oh! no hai duda.....

—I aunque no he llegado a esplicarme con él en

el particular, espero no sufrir un desengaño.....

—Soi de la opinion de Vd.

—Sin embargo, buscaré la ocasion de hacerlo.... pero ella misma me sale al encuentro.—I dirijiendo la palabra a un sujeto bastante *espectable* que entraba a la sazon:

—De Vd. hablábamos, don Fortun....

—Ah! i a propósito de qué, si no es indiscreta mi pregunta, dijo el recien llegado.....

—Es que este caballero me contaba la identidad de nom re i apellido entre Vd. i otro vecino de Rancagua, que para distinguirlo llamaban.....

—En efecto, hai uno.....

—Calvo el pobre.....

—Así suelen decirme algunos majaderos,—dijo el futuro yerno visiblemente embarazado.....

—Ah! .....

—Mas.....

Habia en esos dos monosílabos todo un mundo de transformaciones. La perspicacia del lector nos exime de desentrañarlas.

Inútil seria deciros que Panchita vió soltera la terminacion de esta semana i verá en el mismo estado la de muchas otras.—Don Fortun, por su parte, no habia justificado esta vez su nombre de pila. En cuanto a don Cipriano, si hu iese sido mas fuerte en historia, no habria dejado de recordar que los gansos salvaron el Capitolio.

La guerra a los indios en la primavera próxima, se ha dado esta semana por cosa hecha. Si así fuese, los sables i bayonetas del ejército no tendran mucho tiempo para dormir dentro de la vaina, ni correrán peligro de enmohecerse.—Pero vale mas oir lo que se dice, que decir lo que se oye. Acerquémonos, si os place, complacientes lectores, a aquel corrillo i escuchemos.

—Es positivo, decia un señor entrado en años.—Me lo ha asegurado mi sobrino Estevan, que acaba de hablar con don Pedro, a quien le dió la noticia persona bien informada.

—Yo tambien lo sé a no quedar duda i aplaudo el pensamiento. Es una determinacion que tiempo ha debió tomarse—contestó uno del círculo.

—Por cierto!—agregó un marido sumiso que jemia hacia quince años bajo el yugo de una despótica consorte.—Es una condicion de nuestra independencia nacional.

—I una exijencia premiosa de la integridad del territorio—observó un cuarto, cuya integridad personal cojeaba visiblemente.

—Nuestra jeografía.... nuestra civilizacion.... todo en fin....—añadió un quinto tratando de formular una frase de efecto.

—La verdad es,—notó a su turno un *amateur* de la homeopatía,—que la idea me gusta i la creo el mejor remedio de la situacion..... *Similia similibus curantur*,—agregó en seguida completando su pensamiento con mal disfrazado placer.

Estas i otras muchas discusiones, deliciosas todas i graves a porfía, han ilustrado, en la presente semana, la cuestion—indios, i segun todas las apariencias continuarán ilustrándola, hasta que la primavera venga a tocar la campanilla i dar por cerrado el debate.

Se anuncia que el teatro va a ser comunicado con el público, a no ser que el público se niegue, como otras ocasiones, a comunicarse con el teatro. Un nuevo empresario, cuyo nombre es una garantía de acierto, esta en vísperas de celebrar con la Municipalidad un contrato con este fin.—Es probable que no sea ni lírica ni dramática la compañía que funcionará desde luego;—la iniciativa le tocará, segun se dice, a una compañía de zarzuela. Este es un jénero, casi desconocido entre nosotros i ensayado mui recientemente en España, la cual cree seriamente en su orijinalidad i no sufre se diga que es hijo de la Opera cómica i del Vaudeville frances.

Hasta ahora esta esperanza teatral es la única precaucion que se ha pensado tomar, para combatir el fastidio de las largas veladas i forzosas reclusiones que el invierno trae consigo. Las recientes calamidades públicas tienen desazonada a nuestra sociedad que, harta de llorar, incapaz de reir i poco dispuesta a divertirse, se siente presa del *spleen*, enfermedad británica, como sabeis. El crudo otoño en que estamos, con su palidez i sus hojas secas, cópia fielmente la situacion. Es este, entretanto, un estado que influye penosamente en el ánimo i del cual es preciso hacer por salir. Sobre todo es peligroso para las personas jóvenes e impresionables.—No ha muchas noches una linda niña se despertó sobresaltada i fué a refujiarse llorosa en el dormitorio de su mamá:—se habia soñado casada con un nieto de Caupolican.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Prevencion.

Aunque hemos tenido especial cuidado de no remitir nuestro periódico sino a aquellas personas de cuya cooperacion no podemos dudar, rogamos a los que no deseen suscribirse a él, que devuelvan en esta imprenta la esquela que le acompaña. Los que así no lo hicieren hasta el juéves de la semana entrante, seran contados entre nuestros suscritores.

El segundo número de LA SEMANA aparecerá el sábado 28 del presente mes, empezando con él los trabajos de nuestros ilustrados colaboradores.

Hemos escrito anticipadamente a Francia para procurarnos un corresponsal que nos envie quincenalmente un *Correo de Paris*, que vendra a enriquecer nuestras columnas. Figurara tambien en ellas un sucinto boletin de noticias, relativa a las que de Europa i América nos traiga cada *Vapor*.

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Reunido un número regular de suscriptores empezarémos a formar la BIBLIOTECA DE LA SEMANA, a que se refiere nuestro prospecto, dando lugar en ella a lo mas nuevo e interesante que se escribe sobre novelas, historia, viajes, etc.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones únicamente en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Bulnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
JOSE TORIBIO MEDINA

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, mayo 28 de 1859. Núm. 2.

LA SEMANA.

SANTIAGO, MAYO 28 DE 1859.

Los reformadores.

I.

Un ai! doloroso i desgarrador se escapa de lo mas íntimo del corazon de las sociedades humanas.

A medida que progresan, ese grito de angustia se deja oir mas claro i distinto, i acusa un malestar que los adelantos mismos sociales parecen agravar. Nada puede ahogarlo, ni el bramido de la locomotiva, ni el estridente estrépito de las máquinas de vapor, ni ese ruido confuso, inmenso, formidable que llena el espacio en las grandes capitales, en los grandes centros de la industria i el comercio: él vence a todos esos ruidos, se cierne por cima de ellos i vá a llevar a las almas, a unas espanto, a otras repugnancia, a algunas compasion.

¿Qué es lo que produce ese grito?—La miseria.

En nosotros no despierta esta palabra todas las tristes ideas, todas las lúgubres imájenes que en un hijo del viejo mundo.

Sin que la miseria deje de existir i mui real, mui verdadera i mui punzante entre nosotros, como algunos acaso lo pretenden, sin embargo no ha alcanzado el espantoso grado de desenvolvimiento que en el continente europeo.

Aquí hai mas pobreza, mas mendicidad que miseria: ahí la miseria casi carece completamente de esos grados.

Aquí tenemos hombres que visten harapos, que no tienen mas que un escaso alimento para recuperar su cuerpo fatigado por el esceso del trabajo, que estan faltos de una luz para alumbrar sus veladas i de un lecho para reposarse: ahí tenemos familias, poblaciones enteras que a veces ni harapos visten, ni alimento encuentran todos los dias i cuyos miembros van a morir en la acera de alguna calle, a la puerta de la taberna o del palacio, ateridos de frio, estenuados por el hambre i la fatiga.

Aquí basta ser laborioso para pensar sin miedo en el dia siguiente: ahí el dia siguiente es el espanto del hombre trabajador.

Aquí nadie muere por falta de trabajo: ahí se muere por falta i por esceso.

Aquí el hombre que dice:—tengo hambre, encuentra casi siempre quien se detenga a oir su reclamo, a satisfacer su necesidad: ahí el hombre que dice:—tengo hambre, solo consigue hacer apretar el paso a quien le oye.

Aquí la miseria es posible de evitar: ahí la miseria es inevitable.

¿Qué puede la caridad pública ni la caridad privada en favor de dos, de tres, de cuatro mil obreros que quedan sin trabajo por la invencion de una máquina, por la paralizacion de una fábrica? Nada o casi nada.

Pero, aun dado caso que a costa de algunos sacrificios se pudiera dar alimento a esas inmensas falanjes ¿no seria triste ver convertidos en mendigos, es decir, humillados, degradados, a hombres en toda la plenitud de su fuerza? Qué se dirá de una sociedad en que tienen que mendigar o morir hombres jóvenes i vigorosos?

Esto manifiesta una falta de equilibrio en la manera de ser, en la constitucion orgánica de las sociedades, que pide un pronto remedio.

Es necesario marchar a la estincion de la miseria, peligro efectivo i permanente para la armónica i tranquila vida de los pueblos.

Todo paso, toda conquista de la sociedad debe tener por fin primordial un aumento de bienestar en la masa de los

asociados. Puede decirse que este es el salvo conducto del progreso.

Hai una aspiracion innata en el individuo a mejorar de situacion. A medida que las sociedades progresan, que las intelijencias se alumbran, esa aspiracion se despierta mas poderosa i mas constante. Por lo jeneral el hombre pierde en resignacion lo que gana en deseos, en necesidades, en ilustracion.

Por eso el progreso mismo, si ante todo no tendiera a mejorar la situacion no solo moral e intelectual del hombre sino tambien su situacion material, seria no solo un mal, sino un tormento, una via dolorosa para la mayoría de los miembros de una sociedad.

Esto no necesita de prueba.

Sin embargo, hai muchos que creen que el progreso desenvolviéndose bajo las leyes que en el dia lo rijen, en vez de ser una fuente de salud i vida para las sociedades, es un manantial de dolores, de lágrimas, de engaños i de miseria.

Empujados por su creencia, encontrando en cuanto existe el mal, por una subversion, segun ellos, de las leyes de la naturaleza, echan por tierra familia, propiedad, relijion, costumbres, hábitos i tendencias sociales.

La familia, como fuente de egoismo i jérmen de tiranía;

La propiedad como una traba;

La relijion, como santificadora de iniquidades;

Las costumbres, hábitos i tendencias sociales, como diversas i multiples manifestaciones del vicio.

Es necesario cambiar de arriba a abajo la vida del hombre i de las sociedades; pero no en un siglo ni en dos sino inmediatamente.

Es necesario que no haya pobres, que todos seamos ricos.

Es necesario que no haya proletarios, que todos seamos propietarios.

Es necesario que no haya ociosos, que todos seamos trabajadores.

Es necesario que no haya vicio ni crímen, que todos seamos la virtud en persona.

Es necesario que no haya ni leyes ni tribunales, ni presidios, ni cárceles, ni policía; que todo lo que puede contrariar, limitar, restrinjir en un ápice la libertad del hombre, sea destruido, desaparezca.

Es necesario, en una palabra, hacer del mundo un paraiso i del hombre un ánjel.

Grande i bella empresa por cierto, i mas grande i bella a ser hacedera!

Que andando el tiempo hemos de ver a la propiedad desprendida de sus abusos, a la pobreza curada de sus dolores, estendido el imperio de la moralidad, purificadas las leyes de sus reminiscencias bárbaras, es casi fuera de duda. Estas son las tendencias del progreso. Pero que todo esto i algo mas lo hemos de poner en obra de la noche a la mañana: hé aquí el sueño, la químera, la utopía.

¿Cómo destruir la propiedad?---No hai mas medio que la fuerza.

¿Cómo estinguir la pobreza? El solo medio es la comunidad.

¿Cómo estender el imperio de la moralidad? Cómo hacer moral a una sociedad?---¿Será a fuerza de decretos, de leyes, de órdenes? Bastará decir al vicio, al crímen: *vade retró!* como a Satanas, para que tome la fuga? Soñadores, despertad!

Clamamos contra el reinado de la fuerza, que enjendra los abusos, las desigualdades, los privilejios, i sin embargo es siempre a la fuerza a la que pedimos su apoyo para derrocar a la fuerza.

Solo la libertad puede salvar, llevar a buen puerto a las sociedades. Todo sistema que no la tome por bandera, leal i noblemente, no hará sino retardar, hacer mas difícil, mas largo i peligroso el camino del progreso.

Por aquí es por donde falsean todos los sistemas de los reformadores modernos. Se apellidan apóstoles de la libertad, i no son sino la fuerza con gorro frijio.

¿Donde está la libertad en el comunismo?

¿Donde está la libertad en el furierismo?

¿Donde está libertad en el sansimonismo?

¿Qué vendria a hacer de las sociedades cualquiera de estos sistemas?

Conventos i nada mas que conventos.

Queriendo salvar al hombre de sus males, de la tirania que al presente pesa sobre él, se le envuelve en las redes de una tiranía aun mas vasta, mas constante i mas insoportable.

¿Qué diriamos de un gobierno que nos reglamentara hasta el mas inocente de nuestros pasos, que nos obligara a vestir de tal o cual manera, a comer a tal o cual hora, que nos determinara el tiempo de nuestro trabajo, etc., etc.?

De cierto que no habria ni se ha imajinado tiranía mas espantosa, despotismo mas estenso.

Pues ahí va a parar buena parte de los reformadores modernos.

I todos creen salvar la libertad, cuando no hacen mas que lanzarla al precipicio; labrar la felicidad social, cuando no hacen mas que agravar la infelicidad del hombre; haber encontrado la última palabra del progreso, cuando no harian sino retardarlo.

Sin embargo, las meditaciones, los trabajos de los reformadores no han sido infructíferos para las sociedades. De en medio de sus errores, de sus estravíos, de sus sueños, casi siempre ha despuntado mas de una verdad de importancia i trascendencia.

¿Cuánto no debe la economía política i aun la filosofía a Saint-Simon i sus discípulos?

La primera de estas ciencias, que va caminando, segun todas las apariencias, a convertirse en la gran ciencia de las sociedades, debe mas que ninguna otra a los reformadores modernos: su desenvolvimiento, las nuevas conquistas que hace cada dia, la inmensa influencia que ha tomado en la marcha de las sociedades son la obra casi esclusiva de esos soñadores.

Por eso los anatemas que contra ellos se lanzan diariamente, la perpetua alarma en que se pretende tener a la sociedad a su respecto, los odios, las malas pasiones que se despiertan para hacerles la guerra, acusan de parte de sus enemigos injusticia i mala fé.

No hai hombres ménos peligrosos que los que viven de sueños.

Sobre todo es necesario recordar que esos utopistas contra quienes se truena por la prensa, en la cátedra, en las conversaciones del hogar, van en persecucion de una grande i notable idea: la ruina del mal i el triunfo del bien en toda la faz de la tierra.

Si yerran, si toman un falso camino, si pierden rumbo en ese penoso viaje, acordémonos que es santa su tarea, i que si se estravian no es por falta de buena voluntad.

Respeto al jénio!

Compasion para los que le burlan!

JUSTO ARTEAGA ALAMPARTE.

A un rizo de pelo de mi madre.

Cabellos de mi madre idolatrada,
Por qué en mis tristes manos os contemplo?
Porque cual otro dia, en libres ondas
No os estremece el bullicioso viento?

Por qué al veros mis lágrimas resbalan,
I silencioso, en ellas os anego?
Por qué mis labios con amor ardiente
Imprimen en vosotros tierno beso?

Por qué al lucir la cándida mañana,
Despues de orar agradecido, al cielo
Os miro acongojado i pensativo
I os oprimo amoroso contra el pecho?

Por qué yaceis aquí desordenados?
Por qué así os abandona vuestro dueño?
O acaso os dejó libres una noche
Al dormirse tranquila sobre el lecho?

Ah! si, una noche en que amorosa i tierna,
Al entregarse adormecida al sueño,
Tendióme con tristeza aquella mano
Que me mostró, al nacer, la luz del cielo.

La mano que en las horas de mi infancia
Me guió de la vida en el sendero;
Mano que ahora busco en mi camino
Pero que nunca en mi camino encuentro!

Solo vió de mi vida los albores,
Cual de la aurora el diáfano lucero
Que entre las blancas brumas matinales
Lanza benigno su fugaz destello!

Talvez previó mui corta mi existencia

I al contemplarme próximo a su término,
Ofreció a Dios la suya en sacrificio
I el Criador la recibió en su seno!

De su vida tan rápida en memoria
Guardo siempre constante estos cabellos:
Cuando anegado en lágrimas los miro
I su primera lucidez contemplo,

Me digo alucinado, aun es mui jóven,
La noche de su vida está mui léjos,
Aun el pálido tinte de las canas
No anuncia de la tarde los reflejos.

Mas al volver de mi delirio amante
Desengañado mi ilusion advierto,
Ah! el pelo es la dorada siempreviva
Que brota de las tumbas de los muertos!

Cual conserva este rizo idolatrado
Su primitivo lustre, así en mi pecho
Brilla por siempre puro, madre mia,
De tus fugaces años el recuerdo!

El es la única flor que he consagrado
Para adornar tu funerario lecho;
Color le presta el sol de mi existencia
I con mis tiernas lágrimas la riego.

Ella es al par que hermosa, melancólica
Como del sol los últimos destellos
Cuando entre negras nubes, desde ocaso
Baña con luz opaca el monte opuesto.

O flor querida, tus abiertas hojas
Siempre a mi corazon presten consuelo
I perfumen el resto de mis años
Con el aroma de pasados tiempos.

I solo cuando el árbol de mi vida
Incline su ramaje macilento,
Cuando mi corazon, sensible ahora
No pueda con su llanto darte riego,

Entónces, sí, marchítense tus hojas,
Mas al rodar a impulso de los vientos
La mas fresca de todas quede presa,
Como memoria mia, en este pelo.

MARTIN JOSÉ LIRA.

Apariencia i realidad.

Cada uno ha definido al hombre a su manera.

Sin entrar a averiguar la exactitud, precision ni verdad de tantas definiciones como se han dado i sin tratar de echarlas tampoco por tierra de una sola plumada; vamos a nuestra vez a definir tambien al animal hombre, a ese animal llamado el rei de la creacion porque habla, i nada mas que porque habla; que si por eso no fuera, podria i deberia apellidársele con mas propiedad, el esclavo, el juguete de la creacion.

Larga, entretenida i sabrosa disertacion podria entablarse sobre este tema; pero, como ella no viene a nuestro propósito, la dejamos a un lado i volveremos a nuestra definicion del hombre; a quien, apesar de todas las definiciones de los filósofos, i apesar del riesgo de ser tachados de paradojales, definiremos a nuestra vez: la mentira en permanencia.

I no hai que asustarse, lector amigo, de mi definicion. Sígueme hasta el fin, i verás si tengo o no razon.

Tomemos al hombre en el estado de naturaleza, en ese estado en que aun no se habia inventado lo mio i lo tuyo, es decir, los ricos i los pobres, las apoplejias i las hambrunas.

Pues bien: en esa época que se ha convenido en llamar la mas feliz, inocente i candorosa de la ya bien larga vida del humano linaje, la mentira imperaba de un polo a otro de este bajo mundo.

No se nos diga que nó.

¿Habian hombres i mujeres i por consiguiente amantes i maridos?---Por cierto que sí.---Luego habian mentiras a diestro i siniestro.

Pero esa época duró poco i tan poco que hai muchos que, sin embargo de tener una alta idea de Rousseau i de don Quijote, de su veracidad i erudicion histórica, ponen en duda no solo sus bondades sino hasta su existencia.

¿Como salió el hombre de ella?---Por la mentira.

Se le dijo era mucho mejor la propiedad que la posesion, la division que la comunidad, vivir i obrar segun ciertos preceptos que segun el capricho de cada uno, ser mandado que mandar, ser defendido que defender: i tienen ustedes que el hombre se hizo propietario i súbdito,

Verdad es que en la apariencia ganó: en vez de no tener nada, tuvo algo; en vez de estar constantemente espuesto a sufrir la lei del vecino mas fuerte, se sometió a una lei igual para ambos; en vez de ser el incesante custodio de su vida i la de los suyos, encontró quien se encargara de reemplazarlo: pero en la realidad ya fué otra cosa.

Preguntadlo de no, al que hace dos dias que no come, al que viste harapos, al que trabaja de sol a sol, al que tiene que hacer con la justicia, es decir, con jueces, escribanos i abogados, al que está abajo por haber querido estar demasiado arriba, i al que estando arriba se ha visto, por uno de esos rápidos golpes de la fortuna, abajo, mui abajo.

Todos estos, no hai duda, gritarán contra

la mistificacion que se les ha hecho sufrir, i pedirán los unos la abolicion de la propiedad, los otros la de los códigos, los de mas acá la de los gobiernos.

I aquí tenemos de nuevo en campaña la apariencia i la realidad, tenemos la mentira en permanencia.

Ese que en apariencia aboga por la abolicion de las propiedades; en la realidad aboga por ser él propietario.

El otro que en la apariencia pide la estincion de los códigos; en la realidad quiere que los códigos siempre lo protejan

El de mas acá que en la apariencia habla, perora, clama por la ruina de los gobiernos; en la realidad a lo que aspira, con lo que sueña es con ser él gobierno.

Si no me creeis, haced al proletario propietario, al pleiteante desgraciado, pleiteante feliz, gobierno al enemigo del gobierno, i pedidles en seguida su opinion sobre la propiedad, sobre los códigos i sobre el gobierno.

Regla jeneral: el hombre no dice nunca la verdad, es primero mártir que confesor.

Pero hai algo mas raro todavía, i es que miente sin intencion, que dice mentira creyendo decir verdad.

Preguntad a un necio lo que juzga de un hombre de talento; a una mujer fea lo que le parece una hermosa; a un orador lo que parece otro orador; a un cómico lo que le parece otro cómico: a un ministro, a un periodista, a un hombre de partido lo que le parecen sus cólegas.

Ninguno dirá la verdad, ni la fea, ni el orador, ni el cómico, ni el ministro, ni el periodista, ni el partidario, ni siquiera el necio. Sin embargo, todos creerán haberla dicho, i en la apariencia acaso así ha sucedido; pero en la realidad nunca por nunca.

Cuando se observan con estension todos los trabajos del hombre, sus deseos, esperanzas i aspiraciones, pronto se descubre en cuanto piensa, dice, hace, una marcada tendencia a ocultar la realidad.

Por eso, ya que de definiciones estamos, definirse podria el progreso humano: el triunfo de la apariencia sobre la realidad.

¿Qué es el vapor i la electricidad acortando las distancias, sino un triunfo de la apariencia sobre la realidad?

En la apariencia por medio de la máquina de vapor el espacio se acorta, con el favor de la electricidad este espacio casi no existe para la emision del pensamiento, a que ella sirve de alas; realizándose así en toda su aparente verdad las palabras del latino: *verba volant.*

Pero si en la apariencia el espacio se ha abreviado para la marcha del hombre, i es casi nulo para su pensamiento; en la realidad el espacio es siempre el espacio.

Lo propio que con el vapor i la electricidad, sucede con todos los inventos, con los mas grandes descubrimientos del hombre.

¿Para qué se cubrieron nuestros primeros padres con hojas de higuera? para hacer triunfar la apariencia sobre la realidad.

¿Para qué nos cubrimos nosotros en el dia con hojas mas perfeccionadas, i, sobre todo, mas compactas? para conseguir el mismo objeto.

¿Para qué se inventaron las pantorrillas postizas, cuando se usaba el calzon corto? para que habia de ser, para alcanzar el propio fin.

¿Para qué se ha inventado el corsée, ese tormento voluntario que las mujeres se imponen diariamente, i ese otro mas moderno de la crinolina? para conseguir ni mas ni ménos el mismo fin.

¿Para qué se compone una fea, suspira una coqueta, miente un enamorado, llora un poeta, habla de desengaños un engañado, de millones un pobre, de suntuosos banquetes un hambriento, de honor un infame, de virtud un vicioso, de franqueza un hipócrita, de jenerosidad un avaro, de sinceridad un hombre doble, de sobriedad un ebrio, de lealtad un traidor? con el mismo, con el mismísimo fin.

¿Para qué se han inventado las visitas, los pésames, los plácemes, los apretones de mano, los saludos, las sonrisas de intelijencia, las protestas de amistad? para lograr un idéntico fin.

¿Para qué se han inventado las cortes i los cortesanos, las embajadas i los embajadores, los pueblos i los congresos, los diputados habladores i los diputados *pensadores*, las elecciones i los intendentes, las constituciones i las leyes que reglan su ejercicio, las rectas i las curbas, las secantes i las tanjentes, los caminos reales i los vecinales? demas está contestar.

¿Para qué se fincha i formaliza i se mete en su levita un ministro, i tiraniza a su mujer i a todo el que bajo su férula cae, el aspirante que se arrastra en presencia del poderoso, que se humilla, que se cuelga a su casaca, que barre sus antesalas? redundancia imperdonable seria contestar: buscad un ministro que se finche i un aspirante que se arrastre, miradlos al rostro, i en el encontrareis una respuesta clara i terminante, un triunfo espléndido de la apariencia sobre la realidad.

¿Para qué se dividió el año en doce meses, las estaciones en cuatro, los dias en veinte i cuatro horas? para mayor gloria ni mas ni ménos de la apariencia; porque en la realidad el año para nadie tiene doce meses, ni las estaciones para nadie son cuatro, ni las horas del dia veinte i cuatro.

¿Cuántos meses tiene un año para el hombre feliz?

¿Cuántas estaciones tiene ese mismo año para un enamorado?

¿Cuántas horas tiene un dia para el que lo pasa al lado de la mujer que ama, para el que vé en él la realidad de sus sueños, de sus ilusiones?

Ahora ¿cuántos siglos tiene un año, cuántos

inviernos, cuántas horas un dia para el que padece, para el que espera sin esperanza, para el que ha visto huirse la última ilusion en compañía de la última peseta, su último amor en compañía de su último rival, su último amigo en compañía de su última casaca?

¿Para qué se ha inventado la aritmética, esa ciencia que se cree la exactitud, la realidad en persona? ni mas ni ménos que con el propio objeto que todas las invenciones del hombre.

Dos i dos en la apariencia son cuatro; pero en la realidad nó.

¿Cuántos son cuatro para el que nada tiene? Cuántos son cuatro para el que tiene ese mismo cuatro elevado al cuadrado?

I tenemos que la aritmética, esa ciencia que, todos imajinan realidad, verdad, no lo es sino en la apariencia.

Podriamos recorrer aun todas las demas ciencias, todas las artes, todas las industrias, cuanto el hombre ha inventado o está por inventar, i no veriamos en todo sino un triunfo de la apariencia sobre la realidad.

Ahora, amigo lector, ¿no es cierto que nada de aventurado han tenido nuestras definiciones del hombre ni del progreso?

Por eso si quisiéramos definir a su vez la vida humana diríamos:—Es una lucha constante entre la apariencia i la realidad.

La última palabra del progreso será, no hai que dudarlo, el triunfo completo i sin vuelta de la apariencia.

Cuando se ha dicho que el mundo es una mascarada se ha dicho una verdad incontestable:—El mundo es una mascarada en que la apariencia es siempre la careta de la realidad.

Reasumiendo:

El hombre, es la mentira en permanencia.

El progreso, el triunfo de la apariencia sobre la realidad.

La vida una incesante ilusion.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

TRADUCIDO

DE LAS

Contemplaciones de Victor Hugo.

I.

LA SANSANITA.

Ella inquieta i enojosa
Me dijo al verme a su lado
«Siento en la espalda una cosa»
I ví en su cuello nevado
Un insecto color rosa.

Cobarde amante no ví
En vez de insecto dañoso
Que tan solo para mí
Estaba en su lábio, allí,
El beso tierno, amoroso.

Las aves cuando me vieron
Que estaba junto con ella,
De su ramaje salieron
I alegres todas batieron
Sus alas sobre la bella.

Era la niña bonita,
Fresco su lábio i se rió,
Su blanco seno palpita
. . . . . .
Yo cojí la sansanita
Pero el beso se escapó.

II.

LA GUINDA.

¡Un dia de verano, el sol de enero!
¡Quién aguanta el calor! Fuera locura
Cuando hai en el jardin fresco sendero
Con su techo de ramas i verdura.

¡I el parron es tan bello! ¡Hai tantas flores,
Tan grata sombra i delicioso ambiente!
I se escucha el murmullo de la fuente
Con que dice al arroyo sus amores.

Elisa me convida i yo la sigo
Caminando tras ella silencioso,
I ni tan solo una palabra digo
De aquel propio silencio temeroso.

Ella al verme callado se reía
Con esa risa que al amor provoca,
I en su rosada i deliciosa boca
Su lábio de carmin se estremecía.

Ella, mujer al fin, encuentra luego
Fácil salida a posicion tan dura,
I me muestra de un árbol la hermosura
Lleno con frutas de color de fuego.

«Comamos guindas, coqueteando esclama
«Voi a subir para comer mejor.»
I el brazo apoya en la flexible rama
Con porte airoso i sin igual primor.

Pone en el tronco su lijera planta
I comienza a subir; pero el vestido

Entre tanto follaje i rama tanta
Se quedó entre las hojas suspendido.

Yo la miraba desde el pié del árbol
I una pierna le ví,—pierna torneada,
De tan suave perfil, tan delicada,
Cual el de Paros cincelado mármol.

Rompe el amor la temerosa valla
I me pongo a subir con devaneo,
Que en el desmayo de sus ojos leo
Lo que su boca celestial me calla,

Ella una guinda con sus lábios toma
I volviendo la cara me la ofrece,
Yo me acerco a cojerla, i me enloquece
De flor tan pura el delicado aroma.

Era Elisa un encanto, era una hada,
Era un rayo de amor, un embeleso;
Yo loco de placer con su mirada
Dejé la guinda por tomar un beso.

Santiago, mayo de 1859.

Camilo H. Cobo.

Un matrimonio encantador.

> Leur jalousie, si toutefois ils sont jaloux, est, à tout prendre, de bonne composition, non pareille à celle de ce noir démon d'Othello, qui étouffe les femmes dans un lit de plumes, mais plus digne de ces joyeux compagnons qui, lorsque le joug matrimonial les fatigue, au lieu de se tourmenter le cerveau pour une femme, en prennent sur-le-champ une autre—ou celle d'un autre.
>
> Byron (Beppo, historia veneciana.)

I.

En un salon en que el lujo i el gusto, personajes que casi siempre andan de riña entre nosotros, hacian ostentacion de toda su inventiva, se encontraban muellemente reclinados cada uno en su poltrona, i a respetable distancia, un hombre i una mujer.

El hombre tendria treinta años; la mujer veinte. Es decir, que ambos habian llegado a esa edad en que el mundo empieza a vérse por su lado real, en que el hombre se hace calculador, frio, indiferente, i la mujer ménos espansiva, ménos sentimental i por consiguiente ménos apasionada.

La belleza i elegancia del salon, los primores que en él estaban como amontonados, le daban un aspecto tan alegre, que cualquiera hubiera apostado que sus dueños eran dichosos. Sin embargo, no era así. Prueba terrible contra los que creen, que la riqueza i el lujo son el núcleo de la felicidad.

No habia mas que mirar a nuestro hombre para ver en su fisonomía, en sus movimientos, el tédio, el cansancio i el disgusto de que estaba poseida su alma.

Su compañera no le iba en zaga. A cada instante echaba la vista sobre un reloj colocado enfrente de ella, i lanzaba un débil suspiro o hacia una mueca de disgusto.

Despues observaba a nuestro hombre por bajo los párpados, con esa maestría que solo las mujeres poseen, i esclamaba a media voz con una mezcla de despecho i de desasociego:

—¿Si se marchará alguna vez, Dios mio? Cárlos debe tardar poco en llegar. La hora de la cita se acerca.

Dichas estas palabras, clavó sus dos grandes ojos negros sobre el reloj con tanta persistencia, como si quisiera detener la aguja, que ya iba a marcar las ocho de la noche.

El marido por su parte,—porque ya nuestros lectores habrán adivinado que estos dos *espliníticos*, eran una pareja matrimonial,—prendia un cigarrillo tras otro, sacaba a cada momento su muestra i decia:

—Que despacio caminan las horas; pero aun mas despacio el injénio cuando se quiere inventar una mentira pasable. ¿Qué le diré a mi pobre Delfina para marcharme sin despertar sus celos? porque es necesario que me marche: Andrea debe estar impaciente de tan larga espera.

Faltaba un minuto para las ocho. El disgusto i el desasociego de Delfina aumentaban. Ya no clavaba la vista en el reloj sino en la puerta que servia de principal entrada al salon.

En esto su marido se acercó a ella i le dijo:

—Delfina, un negocio urjente me obliga a abandonarte. No te incomodes: pronto estaré de vuelta.

Delfina suspiró con fuerza. Su rostro iba a traicionar su alegria; pero conteniéndose, le contestó con un finjido jesto de desagrado que le hubiera envidiado la mejor actriz.

—Vaya Ud., vaya Ud. Siempre tiene *negocios urjentes* que le impiden hacerme compañía.

El marido sin responder la besó en la frente i partió.

Al ir a salir echó una última mirada sobre Delfina i se dijo para sí:

—¡Cómo me fastidia mi mujer!

Delfina por su parte esclamó:

—¡Qué pesado es mi marido!

I dejó caer tranquilamente su bella cabeza contra el respaldo de la poltrona.

Aprovechando de la postura de Delfina no tomarán a mal nuestros lectores el que tratemos de hacer su retrato, sin embargo de que es una de esas hermosuras mas bien para vistas que para descritas.

Hai ciertas fisonomías que nos llaman la atencion, que nos encantan, que nos electrizan si se quiere; pero que si tratamos de buscar el por qué de la impresion producida no lo encontramos. De esas era Delfina. Un pintor

no habria tenido nada que reprochar a su frente que era magnífica, a su nariz que era de una pureza asombrosa, sobre todo entre las americanas, a su boca que era un boton de rosa, a su barba que era fina i casi transparente, a su talle que era esvelto; pero nada de eso era lo que formaba la belleza, el encanto de esta mujer; era un no sé qué que habia en sus ojos, en su sonrisa, en cada uno de sus ademanes; un no sé qué, que las palabras i hasta el pincel serian impotentes para trasmitir.

Los que creen los ojos la faccion decisiva, los batidores de la belleza, irian a buscar la solucion del enigma, en la lánguida animacion de sus grandes ojos negros velados por largas i sedosas pestañas.

—Los que creen que la sonrisa es la que decide de los atractivos de la mujer, irian a buscar la solucion de ese enigma en las palabras que asomaban a sus lábios cada vez que se entreabrian.

—Otros irian a buscar la palabra de esa belleza en su nariz, en los oyuelos de sus mejillas o quien sabe donde.

Pero, despues de una madura observacion, todos se verian burlados en sus investigaciones; pues a nadie se le ocurriria que todo el atractivo de esa mujer, lo que decidia de su belleza era su color: Delfina era morena; pero de un moreno que llamariamos *el tormento de los pintores*. ¡Qué moreno, Dios mio! Un moreno mas trasparente, mas diáfano que el blanco porcelana de las ladies inglesas de *pura raza*; un moreno en que la sangre se veia circular por las venas; un moreno que Delacroix no sabria encontrar ni a medias apesar de la riqueza, de la superabundancia de colores de su paleta. Un moreno, en fin, que vale por todos los blancos posibles i quizá imposibles.

Delfina era en una palabra, i para abreviar su retrato, una belleza que con justicia puede llamarse peregrina. Hé aquí el único adjetivo que la conviene.

Volvamos a nuestra narracion.

II.

Un cuarto de hora, justo, hacia que el marido de Delfina habia abandonado el salon, cuando un jóven vestido con una elegancia sin reproche, de rostro alegre i animado, de maneras corteses i desenvueltas vino a reemplazarle.

Cuando entró, Delfina estaba de veras impaciente: se habia levantado seis u ocho veces de su poltrona, habia mirado quinientas el reloj, habia bostezado i hasta habia dado unas cuantas pataditas encantadoras, con un pié mas encantador todavía.

—Vaya que se hace Ud. aguardar, amigo Cárlos, le dijo, cuando lo tuvo al alcance de su voz, con un tono en que el desagrado, el despecho i el desprecio se daban la mano. Anda atrasado su reloj de Ud., a lo que veo, de algunos dias a esta parte.

—No, Delfina, nó, solo desde anoche ha dado en marchar demasiado despacio, contestó Cárlos con intencion.

Delfina hizo un jesto de disgusto, sus ojos se clavaron en Cárlos con una mirada llena de compasion, i rodando su poltrona hácia él, que se habia sentado a alguna distancia, le dijo:

—¿No será, amigo mio, el corazon i no el reloj el que anda mal desde anoche?

—Uno i otro, Delfina, respondio Cárlos con resolucion.

—Me gustan a mas no poder los hombres francos: son tan raros, yo siempre he sido apasionada por todo lo fuera de lo comun; la trivialidad me da dolor de corazon, me enferma de los nervios.

—Vamos, Delfina, deje Ud. a un lado ese tono de broma, que en este momento viene mui mal, i escúcheme Ud.

—¿Se enfada Ud., Cárlos? Vaya, le escucho.

—Delfina? se acuerda Ud. de la primera vez que nos vimos? Fué en casa de la señora de T**

—¿I a qué viene todo esto, caballero?

—Escúche Ud., Delfina i lo sabrá.

—Ya le he dicho a Ud. que todo lo vulgar me enferma.

—Como iba a Ud. diciendo o recordando, continuó Cárlos, como un hombre resuelto a hacerse escuchar, la primera vez que nos conocimos fué en casa de la señora de T*** Apesar de hacer dos meses escasos a que se habia casado Ud. ya su marido habia sido reemplazado en su corazon por. . .

—A qué vienen todos estos detalles, Dios mio! ¿Se ha propuesto Ud. aburrirme con la historia de mis amores? Cárlos, si Ud. quiere que le siga escuchando, tenga entendido no quiero que se me hable del pasado; porque para mí no existe; tampoco del presente, porque empieza a fastidiarme. Si Ud. quiere hablarme del porvenir, le escucho, de no me marcho.

—Señora, es Ud. una mujer sin corazon!

—Gracias mil, señor, es Ud. un hombre galante hasta no mas.

—Perdone, Ud., Delfina; pero. . . .

—Está Ud. perdonado.

—Ya que Ud. no quiere, Delfina, que le recuerde el pasado, no lo haré; está bien.

—Ni el presente tampoco, amigo Cárlos. Yo pertenezco a la nueva escuela, soi mujer del porvenir.

—Pero. . . Delfina. , , es necesario. . . que hable a Ud. sobre lo ocurrido anoche en el. . . baile. Pretende Ud. que sea ciego, sobre lo que he visto, sordo sobre lo que he oido, i que me calle sobre lo que he adivinado.

—Con qué esas teníamos? Con que está Ud. celoso porque anoche en el baile he charlado largo rato. . . .

—Toda la noche, señora.

—Bien, sea toda la noche, con mi primo

Eduardo. Pero, que quiere Ud. es mi primo, es tan amable, acaba de llegar de un largo viaje, narra tan bien sus aventuras, que a una se la pasan sin sentir las horas escuchándolo. ¿Hubiera querido Ud. que le dijera: retírate, porque Cárlos de *** está disgustado de verte a mi lado?

—Delfina, basta de burlas. Lo que hai de cierto es que Ud. jamas me ha amado ni ha amado a nadie porque. . . .

—Por qué se detiene Ud. a medio camino, concluya Ud. su frace, que no habia de carecer de efecto. . . . ¿No la concluye Ud.? Pues bien: yo la concluiré por Ud., por que soi una mujer sin corazon, iba a decir Ud., Cárlos, ¿no es cierto?

I Delfina lanzó una estrepitosa carcajada.

Cárlos palideció, sus manos se crisparon, un sudor frio empezó a empapar su frente, sus ojos se estraviaron i dirijia miradas ora terribles, ora compasivas a Delfina, que se habia arrellenado mui tranquilamente en su poltrona.

Ese hombre amaba de veras. Ese hombre tenia celos.

Despues de un largo silencio, Delfina se enderezó en su asiento i, mirando el reloj, dijo con intencion:

—Van a dar las diez, mi marido no debe tardar.

—Comprendo, señora, dijo Cárlos, mordiéndose el labio inferior hasta hacer brotar la sangre, comprendo, señora, comprendo. Me arroja Ud. de su casa, donde no soi ya sino un estorbo. Gracias, señora, gracias. Es Ud. un ánjel. . . . .

—Malo, ¿no es verdad? agregó Delfina sonriendo.

Cárlos nada contestó. Hizo un saludo glacial a Delfina i fué en busca de su sombrero. Al tomarlo arrojó una última mirada a Delfina i dijo a media voz:

—¡Es un demonio!

Delfina, por su parte, cuando lo vió salir esclamó, soltando una carcajada:

—¡Es un necio!

III.

Pocos momentos despues llegó el marido. Delfina, al verlo, le dijo con un tonito de reprension que daba deseos de cometer muchas faltas para ser reprendido a cada minuto.

—¿Ya volvió Ud.? Creí no se vendria en toda la noche.

—¿Anjel mio, me aguardabas?

—¿Pues no lo hago todas las noches?

—Es verdad. Esta mujer me adora, dijo para sí el marido.

—¡Qué bueno es mi marido! se dijo para su capote Delfina.

—¡Qué matrimonio tan encantador! decimos nosotros i para nosotros, lector amigo.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos (1).

PERSONAJES.

CARLOS V, rei de España.
FRANCISCO I. rei de Francia.
GATTINARA, ministro de la casa del rei de España.
HENRIQUE D'ALBRET, jentil-hombre bearnés.
BABIEZA, correo de gabinete.
MARGARITA, hermana de Francisco I.
ISABEL DE PORTUGAL, novia de Cárlos V.
LEONOR, hermana de Cárlos V.

Damas, caballeros, pajes, oficiales i carceleros.

La escena pasa en Madrid.

ACTO I.

Un salon del Palacio.

ESCENA I.

CARLOS V, *sentado en un sillon a la izquierda, en desabillé de terciopelo;* GATTINARA *de pié a su lado.*

GATTINARA.

¡Cómo, señor! ¿yo que creia que se me habia indispuesto con V. M., yo que esperaba vuestra vuelta a Toledo como la señal de mi desgracia, recibo de mi señor, del poderoso Cárlos V, el título i el empleo de ministro del palacio?

CARLOS V.

Para que el humo del poder no se te suba a la cabeza, tenemos que decirte cuales son las razones porque te hemos escojido a tí, simple segundon de una casa ilustre, i dádote la preferencia sobre los demas. Tu que eres jóven i sin esperiencia, tu te dejarás guiar por mí.....como no tienes fama de político, no te atribuirán a tí como lo hacian con el viejo duque del Infantado, tu predecesor, todo lo que yo audaz o hábilmente emprenda. En fin, tu tienes una ambicion, una ambicion desenfrenada.

(1) Señor D. Fernando Zegers,

Santiago, mayo 14 de 1859.

Querido amigo i maestro: Al publicarse esta traduccion de una de las mas bellas producciones del injénio de SCRIBE, he querido que su nombre de Vd. vaya al frente de ella. ¿Ni a quién pudiera yo mas justamente dedicar mi trabajo?

Vd. que pudo enseñarme lo que sé de las lenguas española i francesa, Vd. que supo inspirarme el gusto por las ricas literaturas de ambos pueblos, es el verdadero autor de mi traduccion.

Si en algunas ocasiones me he separado del orijinal, he creido encontrar razones para ello. Los que, como Vd., poseen con perfeccion ámbos idiomas, se hacen cargo de la dificultad que ofrece la traduccion de las obras dramáticas, trabajo ingrato por demas i que no tiene entre nosotros ninguna especie de remuneracion.

Por lo mismo que nadie es mejor juez que Vd., tampoco habrá ninguno que sepa, con mayor prudencia, disimular las faltas que contenga esta version de su siempre agradecido discípulo,

HERMOJENES DE IRISARRI.

GATTINARA.

¡Ah, señor!

CARLOS V.

No te disculpes. Es tu principal mérito a mis ojos. A mas, lo que perjudica a los hombres de estado son las mujeres; por ellas se perdió el rei de Francia, el caballero Francisco I, en otro tiempo mi rival i hoi mi prisionero aquí, en Madrid. Por ellas el duque Felipe de Austria, mi padre, espuso un trono i ¡su vida quizás! i yo mismo, (i esto debe estar en la sangre) casi he comprometido veinte veces los planes mas hábilmente concebidos por un antojo, un capricho del momento.... amores que no duraban mas que el espacio que media entre un deseo i un pesar..... mientras que tu Gattinara..... yo te he observado..... impasible i frio.

GATTINARA.

¿Lo cree V. M.?

CARLOS V.

Sí, i hé ahí porque te he nombrado ministro. Ahora hablemos de negocios. ¿Qué tenemos esta mañana?

GATTINARA.

Desde luego, señor, que V. M. fije el dia de su matrimonio con la Infanta doña Isabel de Portugal!

CARLOS V.

Recien llego..... i apénas si he tenido tiempo de mirarla; pero tu Gattinara que el año pasado estuviste seis meses en Lisboa como enviado estraordinario, ¿tú veías a la princesa Isabel?

GATTINARA, *con embarazo.*

Sí, señor!

CARLOS V.

I mui a menudo, segun dicen.

GATTINARA, *lo mismo.*

Algunas veces, señor! Sobrina del rei Manuel cuya hija aun existia, la Infanta Isabel vivia en la soledad, ordinaria herencia de príncipes sin crédito; se le encontraba tambien mui poco mérito; pero despues, i gracias a las circunstancias, ha adquirido mucho.

CARLOS V.

Hoi la veré en misa i mañana a la tarde en su habitacion, donde deseo que haya recepcion; tu se lo harás saber. En seguida ¿de qué tienes que hablarme?

GATTINARA, *abriendo una cartera.*

De una audiencia pedida a V. M.

CARLOS V.

¿Por quién?

GATTINARA.

Por un francés, el conde Henrique d'Albret que ha sido herido en Pavía.

CARLOS V.

¿Qué viene a hacer a Madrid?

GATTINARA.

Pide participar de la cautividad del rei Francisco I, su señor.

CARLOS V, *con frialdad.*

¡Debe ser mui jóven!...

GATTINARA.

Mucho, señor.

CARLOS V.

¡Pues!.... Noble proceder. Difícil seria rehusarle el tal permiso si se le diese audiencia. (*Con lentitud*). I por esto.

GATTINARA.

¿Le concede V. M. esa audiencia?

CARLOS V.

Compónte como puedas, Gattinara, para aplazarla indefinidamente..... A otra cosa.

GATTINARA.

I este es el asunto mas importante i mas grave. ¿Qué conducta deberé observar con el rei Francisco I, vuestro cautivo? Tres meses hace que está prisionero en Madrid, sin que haya podido, apesar de todas sus instancias, obtener una entrevista de su hermano el emperador Cárlos V. ¿Cuáles son las intenciones de V. M.?

CARLOS V, *con aire distraido.*

¿Mis intenciones?

GATTINARA.

¿Consiente V. M. en verlo i en hablarle?

CARLOS V.

¡No!

GATTINARA.

¿Luego pensais en darle la libertad?

CARLOS V.

¡No!

GATTINARA.

Entónces, señor, qué quereis hacer?

CARLOS V.

¿Tú no adivinas?

GATTINARA, *tímidamente.*

Casi..... Creo, si se me permite decirlo, que V. M. trabaja en este momento en no hacer nada, i cuenta conmigo para que le ayude a fin de obtener por la impaciencia i el fastidio de la cautividad, concesiones que jamas se hubieran hecho.

CARLOS V, *mirando a Gattinara con bondad.*

Mucho tiempo hace que estás de pié, Gattinara... siéntate.....

GATTINARA, *rehusando.*

¿En presencia del Emperador?

CARLOS V, *invitándole.*

El Emperador lo quiere (*con bondad*). A tí fué a quien desde luego yo mismo propuse, hallándome en Toledo, para la custodia del rei Francisco I, nuestro hermano..... Qué ha pasado con él?..... quiero saberlo todo..... lo primero, su entrada en Madrid.. ..

GATTINARA.

Ha sido magnífica..... hubiérase dicho que no era la de un cautivo, sino la de un vencedor, la de un monarca que entraba en su capital. Los españoles gustan de los valientes, señor; i un rei que,

BIBLIOTECA NACIONAL "JOSÉ TORIBIO MEDINA" BIBLIOTECA AMERICANA

rodeado, de veinte bravos, habia combatido hasta el último momento contra un ejército entero, ese rei caballero, que habiendo recibido ya tres heridas rehusaba rendirse al condestable de Borbon, a un traidor, i escojia a un leal oficial, a un español, para entregarle su espada que este recibia arrodillado..... todo esto habia exaltado las cabezas; las casas estaban empavezadas con las armas de Francia; ramos i flores alfombraban las calles i todos los balcones estaban guarnecidos de lindas damas que ajitando sus pañuelos esclamaban: ¡Viva el rei de Francia!

CARLOS V, *haciendo esfuerzos para sonreirse.*

¿I el rei de España?

GATTINARA.

Poco en él se pensaba en aquel momento; lo que a mi no dejó de chocarme i disgustarme profundamente.

(*Continuará.*)

Ecos de la semana.

Santiago, mayo 27 de 1859.

SUMARIO.—Efectos nocturnos de óptica i acústica,—Lo que cuesta un consejo gratis. — La universidad i el almanaque.—Fraternidad universal.—Eterna dictadura.—Segunda vista.

No hai nada como el miedo o el misterio para exaltar la imajinacion. Qué aprehensiones tan estrañas, qué ideas tan caprichosas, qué suposiciones tan exhorbitantes no acosan el ánimo del que cruza a solas un camino a la hora en que el gallo canta por segunda vez, es decir, despues de media noche. El silencio universal de esa hora deja ocioso el oido, la oscuridad menoscaba la vista, el frio entorpece el tacto, el polvo absorbido por las narices falsea el olfato, i la botella de aguardiente que se esconde en las alforjas no permite al paladar sino mui de tarde en tarde un pasajero ejercicio; pero, en medio de esta inaccion de los sentidos, la imajinacion retoza a sus anchas. El sueño del mundo real despierta los mil mundos de nuestros sueños, mientras que las potencias corporales dormitan en medrosa incertidumbre. A semejante hora todo parece verosímil; hai fascinaciones como las de un opositor i pavores como los de un ministerial en dias de revolucion. Un caminante, por prosáico i escéptico que sea en la vida sedentaria, cuando viaja solo por un camino en medio de la noche, seguro está que no se haga poeta i rime fantásticas estrofas, mecido por el vaiven de su caballo puesto al trote corto, verdadero símbolo de la resignacion perseverante.

Ahora, entre un viajero que atraviesa los campos i un honrado vecino de Santiago que se recoje a su casa bajo idénticas condiciones de tiempo, no encuentro otra diferencia notable que los medios de locomocion; el uno se sirve de cuatro i el otro jeneralmente de dos piés. Por lo demas, el silencio de las calles no es ménos profundo que el de los caminos, i la luz del gaz es por lo ménos tan dudosa como la de las estrellas (verdad que si fuese bien apreciada, decidiria a nuestra Municipalidad a suprimir un gasto que solo tiene lucimiento durante el dia). En cuanto a los aguijones nocturnos de la imajinacion, en ninguna parte son tan poderosos como en una ciudad populosa, sobre todo en Santiago, reunion confusa de elegantes casas, modestas habitaciones i pobrísimos asilos, que se levantan caprichosamente las unas junto a los otros i realizan un delicioso Polichinela arquitectural.

Esto que ahora os digo u os escribo, benévolos lectores, lo pensaba en noches pasadas, de las doce a la una, término medio entre los pocos relojes públicos que cuentan las horas a los vecinos de esta capital. No tenia cita a que acudir, sentia poco sueño i el temor de una constipacion no inspira sérios cuidados antes de los cuarenta; seguia, de consiguiente, distraido i sin darme prisa el camino de mi casa. A poco andar, entré en una de esas calles en que la lei de los contrastes pesa con mas fuerza, en una calle del mas exajerado romanticismo. No habia claridad ni ruido;—la oscuridad i el silencio conducen a la meditacion.

De quién será esta bonita casa? me preguntaba al pasar por delante de un edificio de suntuosa apariencia. Ah! ya recuerdo es de X..... En este momento se mete sin duda en cama, i mientras su criado le saca las botas, un pensamiento ingrato le preocupa ostensiblemente: es un pensamiento paternal.—Tres visitas en una semana! tres horas cada una! lo que hace en todo nueve horas,.... bien empleadas por cierto! No se ha desprendido un momento del lado de Carolina.... Si esta muchacha cometiese la locura.....Voto a! casar a mi hija con un figurin..... No ha de ser mientras yo viva!—i preparándose a pasar de la vijilia al sueño, se persigna, bosteza i entre la señal de la cruz i la espansion de la boca, murmura mas tranquilo:—yo poudré remedio.

Entre tanto, la sospechada Carolina, fresco pimpollo, festiva criatura rubia como una espiga de trigo, ha entrado en su dormitorio, se ha mirado al espejo i ha comenzado tambien a pensar consigo misma; pero el sueño vendrá mas tarde a sus párpados i el monólogo será mas largo i mas.....

¡Qué miserable aspecto el de la casa siguiente! Es uno de los escasos vestijios *inmuebles* de la república..... del año 10. Aquellos hombres estaban mui atrasados, no sabian edificar, ni andar en coche, ni comer bien, ni vestirse con gracia, ni tántas otras cosas que ahora sabemos..... Verdad es que supieron conquistar i conservar la independencia de nuestra tierra, las franquicias de sus hijos i unas cuantas pamplinas mas; pero todo eso no tenia realidad ni aplicacion útil; era pura me-

tafísica; i sobre todo, el tiempo es un gloton insaciable, i la *herencia de nuestros padres* no le ha dado mucho trabajo para engullírsela.—El *de profundis* de aquella altisonante poesía lo habia entonado Rioja anticipadamente:

Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Los habitantes de esta casa-rèliquia no son mas afortunados que su fachada. Es un trio femenino: una pobre viuda i sus dos hijas. La primera está ya acostada si no dormida, las segundas cosen junto a una mesa. Que bonitas muchachas! un viso de seriedad i tristeza echa como un velo trasparente sobre sus risueños semblantes, llenos de graciosa resignacion. Trabajan despacio, porque el frio entorpece sus manos i la tarea, prolongada con exceso esta noche, comienza a marcar en sus facciones la palidez de la fatiga. Qué interesante cuadro! qué feliz conjunto! juventud, belleza i trabajo!

En este momento se cierra la puerta de la casa vecina. Es esta una construccion indefinible. Segun todas las conjeturas esteriores que puedo hacer, parece datar del año 23, haber sido refaccionada despues del 29, remendada el 41, repintada diez años mas tarde i estucada no ha mucho. Es una charada de barro, tejas i maderas.—Quién vive en ella?—Un personaje político. . . . . Silencio! no interrumpamos las combinaciones de su fantasmagoría.

Estoi enfrente de la casa de P. . .—Es probable que algunos de mis lectores hayan asistido ahora dos meses a su matrimonio con Deidamia, Q... codiciable lote femenino, que le adjudicó su buena estrella.—Pero Deidamia aun no se ha acostado ni parece que tenga mucho sueño. Sentada delante de un espejo, se ocupa en deshacerse el tocado pausadamente para engañar su contrariada impaciencia. P. . . no se ha recojido todavía. El lúnes volvió a las once, anoche a las doce, esta noche. . . . es claro que será mas tarde.—La luna de miel ha entrado en el segundo cuarto menguante.

Si no me engaño aquel que se introduce en su casa silbando la *romanza* de *Lucrecia*, es mi amigo Favio. Va de buen humor, no cabe duda. El pulso tampoco habrá estado malo, i las carambolas habrán sido abundantes. Es una pasion desordenada la que tiene al billar i a la astronomía: los cuerpos esféricos lo fascinan, lo sacan de quicio.—¡No permita el cielo que su vocacion a la ciencia de los Caldeos lo encumbre hasta Santa-Lucía i desde allí nos aseste el telescopio! Qué horror! un nuevo volúmen de observaciones sobre nuestras costumbres! i en ingles! i en cuartomayor!

A este punto llegaba en mi ambulante monólogo, cuando un ai! estridente, dado en un falsete imposible, sobrehumano, en un falsete-Mamoni, vino a arrancarme *exabrupto* de tan deliciosa ocupacion.

Era un retoño del patriarca Noé que, tratando de reproducir en tierra firme los balances del buque en alta mar, habia ido a encallar su cabeza, a guisa de proa, en el abdómen de un sereno que, a guisa de banco de arena, estaba durmiendo por casualidad.—Unos cuantos planazos, ajustados a ordenanza, vengaron con usura al desvelado guardian de la seguridad pública. . . . pero nó a mí. El eco de aquel desesperante falsete me persiguió hasta mi casa i crei oirlo en sueños como el sonido del cuerno de Rui Gómez de Silva.—Dios os libre, lectores, de semejantes ecos, sobre todo si salen de un cuerno.

Dos cosas, cuando ménos, dan los amigos graciosamente: un cigarro i un consejo. Sin tomar en cuenta que los consejos gratuitos son una de las catorce obras de misericordia, constituyen ademas entre nosotros una práctica administrativa; nuestros consejeros de estado, como sabeis, no son retribuidos.

Esto tuvo presente sin duda don Honorato cuando en dias pasados entraba en casa de su amigo don Fructuoso Gavilan, en busca, no de un cigarro, sino de un consejo.

Es don Honorato un hombre que podria decirse de buen sentido, sin el candor de su buena fé, i de provecho, sin la irresolucion de su jénio. Pero, desgraciadamente, no conoce mas dobleces ni pliegues que los de una carta; i antes de emprender un viaje cualquiera, hace i deshace cinco veces la maleta. Por lo demas es intachable;—no escribe para la prensa i tiene dinero.

El señor Gavilan es otra cosa; es todo un hombre *vivo*, a quien la fortuna hace tiempo le habria hipotecado sus fincas, si las tuviese.

—Buenos dias, don Fructuoso,—comenzó don Honorato alargándole la mano.

—Felices, amigo mio,—respondió Gavilan; i entreviendo con espanto en la actitud de su visitador deplorables tendencias a conversar largo, se apresuró a agregar:

—I qué vientos me lo traen a Ud. por esta su casa?

—Tengo dos asuntos entre manos que quisiera ver terminados; pero ántes de resolverme, desearia mucho saber el parecer de Vd.

—Mi parecer?.... i para qué?

—Va Vd. a oir.

—Ya escucho.

—Sabrá Vd. que pienso dar a interes unos pocos reales i tomar una esposa.

—Mui bien! Es decir que anda Vd. en dares i tomares. Pero hasta aquí no veo.....

—Qué me aconseja Vd?

—Sobre qué? sobre el préstamo o sobre el casamiento?

—Sobre ambas cosas.

—Entonces vamos por partes. A quién quiere Vd. prestarle su dinero?

—A un jóven Alegría que, me dicen, es mui laborioso i tiene una propiedad..... Vd. debe de conocerlo.

—Sí, creo que hai algo de eso.

—En tal caso, Vd. opina que le preste?

—Si le inspira a Vd. confianza.....

—Sí, si; la opinion de Vd. me decide; haré que se estienda la escritura. I mi matrimonio, qué dice Vd. de él?

—Cuál es la novia, si se puede saber?

—Ah! no ha caido Vd..... Mariquita B.....

—I están allanados los preliminares, el consentimiento de la novia aunque.....ese puede omitirse; pero el de la familia, el de los padres?.....

—Todavía nó; pero pienso, si a Ud. le parece, pedirla.

—Si Vd. cree que han de dársela, pídala.

—I si me la niegan. . . . .

—No la pida Ud.

—Pero deseo casarme.

—Cásese Ud.

—Entónces, es cosa resuelta: sigo el consejo de Ud., la pído i me caso. I ahora mismo voi a comprar para regalarla. . . . . Qué le parece a Ud. que compre?

—Ah! quiere Ud. desde luego pensar en las arras? Me parece bien i le aconsejo a Ud. que compre un aderezo de perlas que he visto en la joyería de K. . . . es bonito i barato. Dígale Ud. al joyero que va de mi parte, para que no le suba el precio.

—Perfectamente! es Ud. incomparable, amigo mio, i jamas podré pagarle a Ud. tanta bondad. Adios, hasta luego.

—Hasta mas ver.

Don Honorato, víctima siempre de su indecision, procedió desacordadamente al poner en obra los consejos de su amigo. Compró el aderezo primero i elevó en seguida la solicitud matrimonial.

Al dia siguiente, recibia una negativa a sus pretenciones, i no sabia que hacerse con las perlas.

Pocas horas mas tarde, si hubieseis entrado en el escritorio de Gavilan, le habriais visto asentar en su libro de caja estas dos partidas:

A dinero recibido del joyero W. K. . . por realizacion de un aderezo de mi finada esposa, que le tenia consignado. . . . . . ps. 517,50

A id. id. de Orestes Alegria por cancelacion de su pagaré a mjo. . . . » 2.435

. . . . . .

El mártes, si mal no me acuerdo, al doblar una esquina me encontré con don Honorato, que estaba parado como esperando a alguno.

Qué hace Ud?—le pregunté.

Estoi pensando si entraré en aquella joyería para ver de vender por cualquiera cosa estas zarandajas que, como Ud. sabrá, ya no me sirven, o si iré ántes al concurso de un tal Orestes Alegría que.. . . . Qué me aconseja Ud?

—Haga Ud. como mas le cuadre.

—Entónces, sigo el consejo de Ud.

I nos despedimos.

En una era de luces i cordura, como la nuestra, los Salomones i los Sanchos empuñan el cetro i se dan la mano; los Quijotes siguen siendo caballeros andantes.

——

Se ha discutido no ha mucho i casi se ha resuelto en la universidad la cuestion siguiente: Si el discurso que un miembro de este sabio cuerpo debe pronunciar o leer al incorporarse en su seno, leido o pronunciado seis años mas tarde, se ha pronunciado o leido *oportunamente*. A primera vista la cuestion es gramatical i estrictamente académica, aunque hai quienes piensan que es atmosférica, i llevada al terreno de las aplicaciones, no cabe duda que quitaría de un golpe a la Facultad de Teolojía tres de sus miembros, que están hace largo tiempo en el pleno goce de otros tantos sillones universitarios. Pero, como veis, si la controversia tiene algun interes, no es para las ciencias o las letras, que no tocan en el asunto pito ni caja, perdonándome esta vulgaridad poco académica.

Entretanto, os estoi hablando de la Universidad como si la conocierais, lo que bien podria no ser, si no sois bachilleres o licenciados en alguna facultad o compiladores de testos didácticos, aprobados por supuesto. De aquí en fuera, la influencia de esta corporacion en nuestra vida intelectual es casi nula. I sin embargo, la preside un venerable injénio, que muestra en su cabeza blanca, no tanto las huellas de los años, como los vestijios de una laboriosidad constante, inmensa i fecunda; i en sus honoríficos asientos es fácil distinguir la flor i nata de nuestros talentos e ilustraciones. Asi, seria un lamentable error, decir que la ciencia no tiene voz entre nosotros, cuando lo que le falta es eco. La sordera intelectual es mal endémico de nuestra tierra i hace que en el órden de la intelijencia se reproduzca un fenómeno bastante frecuente entre los artilleros, a quienes el estampido del cañon vuelve a la larga tardos de oido.

Tampoco seria justo negar que la organizacion imperfecta de la docta corporacion se presta a las mil maravillas para aislarla en su movimiento. En la esfera de la intelijencia, mas que en otra alguna, la libertad es el ajente forzoso de su accion progresiva, como las sujeciones i trabas el oríjen de su inanicion.

En cuanto a los discursos académicos de que hablábamos, han promovido diversas apreciaciones, no de su mérito que es indisputable, sino de su oportunidad. No habreis dejado de oirlas, queridos lectores, i acaso pensaréis como yo, que nunca está de mas leer el Almanaque.

——

Supongo que algunos de mis lectores habrán asistido a la reciente exhibicion de osos, inaugurada esta semana; aunque no avanzaré igual suposicion hasta mis graciosas lectoras, que sin salir de casa ven satisfecha una novedad vieja ademas para ellas. Pocas habrá que desde algun balcon o ventana o, lo que se estila mucho ménos, desde la puerta de calle no vean diariamente mas de un oso.

Esta curiosa exhibicion no tiene, pues, atractivos sino para el sexo masculino, que puede contemplar en ella una nueva fórmula del progreso. Es delicioso, en verdad, observar a aquellos animalitos, colocados casi a la altura de nuestra civilizacion, amaestrados en la danza, el pujilato i la gastronomía, que hacen lindas piruetas, tragan enormes bocados con envidiable apetito i se dan de trompiscones con su tutor. A veces tambien se toman con él otras familiaridades mas íntimas i espansivas, pero propias todas de su injenuidad e infantil cultura. Tierno espectáculo es este sin duda para todo filántropo; i los amigos del progreso no pueden ménos que mirarlo como un gran paso dado hácia la fraternidad universal.

Nuestra hermana del Norte es la que nos ha enviado esta nueva espedicion. La poderosa república no deja por anexar ni los osos.

——

Con el invierno, las cordilleras dan nuevo espesor a su manto de nieve i nosotros, pobres mortales, a nuestros vestidos de lana. Si en algo son aquellas superiores a nosotros, es en la simplicidad de su traje, que les cae del cielo, como el maná a los nietos de Jacob. Miéntras tanto, nada revela mas nuestra inconsistencia i pequeñez que la necesidad de vestirnos por piezas i a compás. Para colmo de tribulaciones, la civilizacion nos ha traido la moda, el peor de los despotismos i el mejor medio de despotizar. La naturaleza, por su parte, no parece sino que coopera, con el cambio de sus estaciones, a las volubilidades de esta vieja coqueta.

Como ya habreis sospechado, lo dicho no es mas que un preámbulo psicolójico, un exordio de retórica, porque mi intencion, (perded cuidado, lectores,) es simplemente hablaros de las modas de invierno.

Al Cesar lo que es del Cesar; las vuestras primero, jentiles lectoras.—Me es sensible desde luego no poder deciros nada de los trajes de *soirée*, que están todavía en la mente de los modistas i no seria discresion sacarlos de su escondite; lo cual significa que las *soirées* aun no han comenzado.—Los trajes de paseo i visita son los únicos que se prestan a la observacion. Está resuelto que el vestido no lleve mas que una falda, se toleran sin embargo hasta dos, pero tres de ningun modo; i es casi indispensable que entre en su composicion la quilla, precaucion marítima mui acertada en mares tan borrascosos como los nuestros. Los reparos contra el frio que se han estimado mas poderosos i felices, son los *burnous* i las *levitas*, notable usurpacion de nuestra propiedad, pero inofensiva si no va mas abajo. Entre los colores decididos i enérjicos el negro azabache es casi esclusivo, i en los medios colores manifiestan igual propension al monopolio el gris-raton i el café-puro o con mui poca leche. Los peinados se mantienen inalterables.—El mayor número que debe calzar un pié femenino es el.....

En la seccion masculina, los *menchicoff's*, *scotchman* i demas abrigos tártaros i septentrionales prolongan mas i mas su lonjitud; las levitas, por el contrario, van acortando mucho sus pretensiones en este órden. Las corbatas—devantales, que dominaron el invierno pasado, están hoi proscritas en jeneral, prefiriendo los hombres de buen gusto dejar a la vista o encubrir a medias con una corbata larga el candor..... de la camisa. Nótase entretanto, que los pantalones van tomando un carácter musulman mui alarmante. El orientalismo, lo he temido siempre, parará por subyugarnos.

Ninguna otra revolucion puedo apuntar en los dominios de la moda. Los coches llevan siempre cuatro ruedas i los vecinos de Santiago dos piés.

——

Nuestra sociedad continúa bostezando. Solo de tarde en tarde suspende tan espontánea ocupacion para oir alguna triste historia o llorar desgracias íntimas. Hablábase ayer, en el salon de la señora H..... de un matrimonio reciente i ya mal avenido. Muchas lástimas se habian prodigado a la esposa poco afortunada, cuando la señorita de la casa, la preciosa Lesbia atolondrada solterita de diez i siete años, observó a su turno con chistosa gravedad:

—Le aconsejé tanto que no se casase! Bien sabia yo lo que es el matrimonio!

—Qué dices niña?—replicóla vivamente la señora H.....

—Nada, mama! Si es que.....

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Despedida.

Sabemos que en pocos dias mas el distinguido señor Luciani debe dejarnos para regresar a Europa.

Desterrado de su patria desde 1849 como miembro de la Asamblea Constituyente roma-

na, el doctor J. B. Luciani llegó a Chile hace año i medio i se estableció en esta capital, donde ha practicado su profesion de médico con la intelijencia el celo i el desprendimiento mas recomendables.

Santiago, no lo dudamos, sentirá vivamente la pérdida de este caballero que a sus vastos conocimientos, a la dignidad de su carácter i a la rectitud de sus juicios, une los mas bellos dotes de la intelijencia i del corazon.

Crónica de la quincena.

EUROPA.

La espectativa es lo que caracteriza la situacion del viejo mundo en estos momentos. Todos los ojos están fijos en la Italia donde parece que está el nudo gordiano de la política europea.

¿Cómo se desatará ese nudo?—Hé aquí la cuestion que tiene en alarma a las esferas todas de la sociedad europea: capitalistas, industriales, ajiotistas, diplomáticos, hombres políticos, demócratas i aristócratas, rojos i moderados, hombres de guerra i hombres de paz.

Las simpatías por la Italia, esa cuna de la civilizacion del occidente, esa madre del jénio en la poesía i en el arte, son jenerales; pero no así los deseos de ver encendida la guerra. Los hombres de bolsa, sobretodo, son los mas empeñados en predicar la paz, en disipar de los ánimos todo temor de guerra. Aun entre los partidarios mas decididos de la libertad italiana no faltan tampoco quienes prediquen la paz, por la desconfianza que les asiste de que el desenlace de la guerra no sea para la Italia libertad, sino solo un cambio de dominacion.

Sin embargo, miéntras unos predican la paz, miéntras otros tratan de probar la imposibilidad de la guerra, el Austria continúa haciendo sus aprestos militares, artilla fortalezas, acordona rios, mina puentes, mueve nuevos cuerpos de tropas sobre las fronteras del Piamonte, que por su parte no se duerme. La Italia toda es un verdadero volcan. De todos sus estados, sobretodo de Lombardía i los ducados, la corriente de emigracion al Piamonte, se hace cada dia mayor. Se asegura que la lejion italiana que forma i mandará Garibaldi monta ya a mas de 6,000 hombres.

La guerra, es pues, la esperanza de la oprimida Italia. Ojalá no sea falaz como toda bella esperanza!

Entre tanto la diplomácia se ajita como es de regla, hai un nutrido fuego graneado de notas diplomáticas. La Inglaterra parece que quiere a todo trance evitar la guerra. Lord Cowley, trabajaba activamente en Paris en este sentido. El ministerio francés se muestra, a lo que traspirarse se puede, mas accesible de lo que se aguardaba, a resolver todas las dificultades a punta de diplomácia.

A este propósito se habla de la próxima reunion de un congreso de las cinco grandes potencias europeas para que resuelvan por sí i ante sí la cuestion pendiente. Sin embargo, como las bases que el Austria propone, como punto de partida para las discusiones de ese congreso son inadmisibles, por mas que lo contrario digan la Inglaterra i la Francia, es mui de temer que tras largas i fatigosas discusiones, la diplomácia tenga que darse por impotente i ceda el paso a las armas, esa última *ratio regum*.

Quien ganará con todo esto es el Austria, que decidida como está por la guerra, solo quiere ganar tiempo para prepararse a ella con espacio.

Si las hostilidades se rompen, la guerra será, mal que pese a los optimistas, jeneral. Ni una sola de las grandes potencias europeas, dejará de tener comprometido en ella algun interés de vital importancia para su ambicion i su poder presentes.

¿Saldrá de ella la libertad i la independencia de la Italia? Puede ser.

¿Saldrá de ella la ruina del Austria, la revolucion de la Francia, el triunfo de la democrácia en Europa? Tambien puede ser.

Todo es, pues, dudas, temores, desconfianzas, oscuridad, caos. Pocas veces de algunos años a esta parte ha ofrecido la política europea un horizonte mas revuelto, mas rebelde a las conjeturas. Por nuestra parte hacemos votos porque sea la causa de la democrácia i la libertad la que aproveche de todas estas emerjencias.

La vida interior de los diversos estados europeos poco o nada ofrece de notable. La Francia, siempre bajo la bota imperial, está muda. Su vecina, la España, ocupada en charlar en sus Cortes i en acusar ministros por dilapidaciones escandalosas hechas a su tesoro. El ministro O'Donnel sosteniéndose mal que mal a favor de la fatiga que pesa sobre los partidos. Los recelos del gabinete español con el de Washington por motivo de las pretenciones que se suponian a este último de apropiarse a Cuba, parecen terminados. Los sentimientos manifestados por el nuevo enviado de la Union cerca del gobierno español son sobrado pacíficos i tranquilizadores.

La Inglaterra por su parte está de parabien. La insurreccion de la India ha sido completamente sofocada. Los rebeldes batidos en todas partes, han visto agotarse sus tesoros, dispersarse sus fuerzas, i han tenido que tomar la fuga. Los principales jefes de la rebelion, entre los que se cuenta Nana Sahib, Begum i muchos otros, eran activamente perseguidos por las tropas inglesas.

Ahora de la Inglaterra depende el que la insurreccion indica haya dicho su última palabra. Si sorda a la leccion que acaba de recibir continua tratando al Indostan como pais conquistado, la insureccion volverá a estallar de nuevo, i ántes de mucho, mas estensa, mas pujante i terrible que

la primera vez. ¿I quién puede decir de quien seria entónces la victoria? Si se quiere, pues, retardar la independencia de ese pais, es necesario tratar ante todo de hacerlo olvidar su triste situacion de pais conquistado, de esclavo; en vez de humillarlo levantarlo, en vez de esplotarlo ayudarlo a marchar; es necesario que la Inglaterra deje de ser su carcelero i se haga su protector. Ya la época de las conquistas hechas i mantenidas con el favor de la espada está mui lejos. En la mitad del siglo XIX, no hai conquista, no hai dominacion posible sino es la que ata a los pueblos por medio de la identidad de ideas, de costumbres, de creencias, de intereses, tendencias i aspiraciones sociales. Todo otro sistema es absurdo, funesto e infructífero.

Fuera de la terminacion de la insurreccion índica i de la crísis ministerial, que parece inevitable, la vida de la Gran Bretaña nada de notable ofrece en esta quincena.

AMERICA.

Ningun suceso de alta importancia, a no ser la revolucion del estado de Santander en la república neo-granadina, ha tenido lugar en ambas américas durante la pasada quincena.

Méjico sigue como siempre envuelto en su interminable guerra civil. Desde que la anarquía disparó su primer fusilazo, hará ya la miseria de dos años, vapor tras vapor se aguarda ver terminada la guerra; sin embargo ese término no viene i la anarquia reina i gobierna, si la anarquía puede gobernar, en toda la estension de la república mejicana.

Con el órden i la paz que han huido, parece que para siempre de esa desventurada república, ha huido tambien la riqueza pública i privada, el comercio se ha visto completamente paralizado, la agricultura ha corrido la propia suerte por falta de brazos; caminando todo a una ruina tan completa como inevitable.

Ahora se dice que los constitucionales ganan terreno, que el gobierno de Juarez adquiere cada dia nuevos partidarios, i empieza a levantar el estinguido crédito de la república. Pero hace tanto tiempo a que esto mismo se nos está diciendo, hace tanto tiempo a que estamos esperando ver entrar a Méjico en el camino de la paz i de la lei, que tememos que tan buen pronóstico no se realice.

Ojalá nuestro temor sea infundado, i se abra cuanto ántes para la república mejicana, para su propia honra i la de nuestra raza, una nueva era de tranquilidad i progreso.

En los Estados-Unidos tampoco ha ocurrido suceso alguno de trascendencia: aparte de un incendio en Nueva Orleans, la vida de la Union ha corrido tranquila i completamente entregada a sus grandes intereses comerciales.

Los estados centro-americanos siguen tambien en paz, i dando cada dia nuevo empuje a sus progresos materiales.

Venezuela empieza a batir en todas partes a la insurreccion, el gobierno se afianza, el espíritu de órden va ganando el terreno que pierde aquella.

Otro tanto podemos decir de la Nueva-Granada. La revolucion de Santander, sofocada a los pocos momentos de haber nacido, es una prueba espléndida de que no es la libertad ni la democracia la que alimenta las revoluciones. Esa revolucion, obra esclusiva de los moderados, de esos *Tartufos* de la política, que predican la paz i el órden cuando están arriba i solo viven de conspiraciones i motines cuando estan abajo, ha sido ultimada por el pueblo.

La Nueva-Granada está llamada a dar a sus hermanas, las repúblicas de Hispano-América, nobles ejemplos i elocuentes lecciones de lo que puede la libertad para el progreso de los pueblos. Ella es un argumento viviente contra los pesimistas que creen que solo látigo en mano se puede llevar por buen camino a la raza latina en América!

La guerra entre el Ecuador i el Perú no habia dado un solo paso. Guayaquil continuaba bloqueado, pero nada mas.

En el Perú se temia por momentos una revolucion. Los ánimos sobre todo en Lima estaban ajitados.

Castilla sin embargo se sostiene i se sostendrá aun por mucho tiempo, mal que pese a sus enemigos.

J. Arteaga Alemparte.

Para el siguiente número empezarémos a publicar la lista ya bien larga de nuestros suscriptores.

Condiciones de la suscripcion.

La Semana aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Reunido un número regular de suscriptores empezarémos a formar la Biblioteca de la Semana, a que se refiere nuestro prospecto, dando lugar en ella a lo mas nuevo e interesante que se escribe sobre novelas, historia, viajes, etc.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones únicamente en la Imprenta del Correo, pasaje Búlnes.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Junio 4 de 1859. Núm. 3.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JUNIO 4 DE 1859.

La Sociedad de Instruccion Primaria.

La Instruccion da un nivel a las intelijencias, un suelo a las ideas. Desde que un pueblo conoce sus derechos, no hai mas que un modo de gobernarle, instruirle.

(EMILIO DE GIRARDIN, *de l'instruccion publique en France.*)

Entre los rasgos característicos de las sociedades hispano-americanas se cuenta de los primeros su absoluta falta de iniciativa.

Todos vemos, palpamos el mal, clamamos contra él, pedimos su estirpacion, conocemos los medios de conseguirla; pero nadie dice : pongámosnos a la obra, o si alguien lo dice, es para no ser oido.

Por eso, cuanto paso damos en la via del progreso es obra casi siempre, esclusiva de la fuerza de los sucesos, que tienen que empellonear a nuestra sociedad para que marche.

Ni una sola de las esferas de la vida i de la actividad social deja de resentirse mas o ménos de tan funesta inaccion.

Cuántos pensamientos, cuántas ideas fáciles de realizar con un grano de fé i un poco de constancia no yacen olvidados, cuando no despreciados como quimeras, como sueños.

Sin embargo, pocas sociedades mas hambrientas que las americanas, i sobre todo la nuestra, de adelantos en todo órden, de llegar a la última palabra del perfeccionamiento en las artes, en las ciencias, en la industria i en las letras.

¿Quién no pide de voz en grito alientos para el arte i la ciencia? Quién no es el primero en deplorar amargamente la postracion, el ningun apoyo que alcanzan?

Existe un acuerdo, una unanimidad que maravilla para reconocer el mal; pero ¿cuántos son los que ponen su hombro para sostener a los que emprenden atacarlo?—Bien reducido número.

De esta manera todo va en nuestra sociedad como Dios i la fortuna quieren.

I todavía hai quien se queje de lo poco que se hace, cuando deberia admirarse de que se haga algo!

Este no es un arranque de pesimismo, mui léjos de eso, es la realidad i nada mas.

Los hechos en apoyo de lo que decimos abundan en todos los campos de nuestra actividad. Nuestra sociedad pretende realizar un imposible; andar sin moverse, llegar sin ponerse en camino.

De un estremo a otro de la república se grita : libertad! ilustracion! progreso! instruccion para el pueblo!—Pero de aquí no pasamos : es preciso que todos esos bienes nos vengan del cielo, como el maná a los hijos de Israel.

Fatal apatía, incomprensible falta de fé, cuyos dañados frutos empezamos ya a gustar.

Hai un hecho palpitante que prueba mejor que todos los argumentos, que habla mas alto que todas las lamentaciones, que da la mas exacta idea de la inmovilidad en que vivimos, de nuestra absoluta falta de accion.

Hacen tres años escasos a que varios jóvenes ilustrados concibieron el pensamiento de fundar en Santiago una sociedad para la instruccion del pueblo. Apénas concebido este pensamiento se vió realizado, con la creacion de la Sociedad de Instruccion Primaria.

Los bienes que esa Sociedad lleva hechos a la instruccion en su corta i nada holgada existencia son incalcula-

bles.—Sus escuelas, sembradas en toda la estension de la capital, han dado educacion a una inmensa cantidad de niños, adultos i hasta viejos.

Puede asegurarse sin temor que, desde la fundacion de las escuelas de esa sociedad, se ha doblado i aun triplicado el número de niños que en Santiago saben leer i escribir.

Ahora: ¿cuánto mayores no hubieran sido los beneficios de ese noble i feliz pensamiento a haberle prestado nuestra sociedad la cooperacion que debia i podia?

Pero no solo lo ha ayudado mal, sino que en este momento la Sociedad de Instruccion Primaria, completamente olvidada, marcha camino del cementerio.

¿I en qué momentos sucede esto?

Cuando grandes ideas de rejeneracion i progreso bullen en todas las cabezas; cuando el pais parece mas dispuesto que nunca a echarse cuerpo i alma en el primer camino que se le abra, por mui largo i difícil que sea, siempre que lleve a la realidad de sus esperanzas.

Decididamente buscamos la rejeneracion por errada vía; al fin del viaje veremos lo que sale.

Años hace que venimos trabajando por aclimatar entre nosotros la verdad republicana, por hacer de nuestra tierra, una tierra de libertad.

Para conseguirlo hemos hecho unas cuantas guerras civiles: hemos tenido en política muchos nombres propios i pocos principios, muchas ambiciones i poco patriotismo, muchos odios i bien poca jenerosidad. En una palabra: hemos ido a buscar la república i la libertad, en el seno de la anarquía, en el lodasal de las malas pasiones.

La república es discusion i no guerra.

La libertad es armonía i no desórden.

Ilústrese al pueblo, llévese la luz i el calor de la instruccion hasta las últimas capas sociales, i entónces veremos qué ideas imperan, quién manda a la sociedad si la verdad o el error.

Es necesario que el arado abra la tierra ántes de arrojar en ella la semilla; es necesario echar los cimientos ántes de levantar las murallas. Todo otro procedimiento es antilójico i, por consiguiente, funesto.

Si queremos cerrar una vez por todas el período de sangre en que por tanto tiempo hemos vivido, instruyamos al pueblo, démosle derechos, pero tambien deberes i conciencia de ellos.

Esto es lo que pide la felicidad social, esto es lo que la época ordena.

El progreso es el triunfo de la intelijencia sobre la fuerza.

Todo el que tiende a dar la supremacía a la segunda vá contra el progreso: donde la fuerza impera la intelijencia tiene que enmudecer.

Por eso el santo i seña de todo hombre de progreso debe ser:

¡Guerra a la fuerza!

¡Paso a la intelijencia!

Ya no hai revolucion alguna fecunda si no es pacífica. Las bayonetas i los cañones espantan el progreso.

El primer paso en esa fecunda e inmensa obra es la instruccion del pueblo.

¡Amigos del progreso, soldados de la intelijencia, apostoles de la libertad i la república, unios para dar al pueblo instruccion i habreis desempeñado la mitad de vuestra tarea, andado lo mas difícil del camino!

Pero no solo ciertas i determinadas entidades sociales deben llevar su contin-jencia a esta obra, todas las clases, todas las fortunas deben tambien llevarlo:

El que algo tiene, parte de sus economías;

El que nada tiene, su buena voluntad.

No nos equivoquemos, la instruccion del pueblo es un bien para el industrial, para el comerciante, para el agricultor, para el capitalista; no solo para el pobre sino tambien para el rico; no solo para el niño sino tambien para el hombre; no solo para los gobernados sino tambien para los gobernantes.

Porque la instruccion del pueblo significa libertad i progreso, es decir:

Para el industrial, trabajo;

Para el comerciante, ventas;

Para el agricultor, buenas cosechas;

Para el capitalista, seguridad;

Para los gobernados, respetabilidad;

Para los gobernantes, estabilidad.

Formemos, pues, el gran partido de la instruccion. El momento ha llegado.

Una asociacion que tiene por fin ese gran pensamiento yace olvidada, vá a tener que paralizar su marcha por falta de cooperacion i ayuda, no la dejemos morir, sacudia nuestra capital su apatia, apuntale ese edificio que se viene al suelo, sople con su poderoso aliento en ese casi estinguido hogar de ilustracion, i habrá cumplido con un noble e inmenso deber, i echado los mas sólidos cimientos para el adelanto i rejeneracion presente i futura de la patria.

Sea alguna vez Santiago, la capital, es decir, la cabeza i el corazon de la república, no solo de palabra sino tambien de hecho.

Sea alguna vez Santiago cabeza i brazo, palabra i accion.

Mañana deben reunirse los pocos miembros con que aun cuenta la Sociedad de Instruccion Primaria para decidir sobre su porvenir.

Si nuestra sociedad les tiende la mano, esa sociedad se levantará mas erguida i fuerte que nunca. Si así no sucede, será necesario pedir al cielo que la tierra le sea lijera.

Sacudamos alguna vez nuestra apatía, esa guillotina en que ya llevamos decapitados tantos nobles i fecundos pensamientos.

¡Movámonos, por Dios, movámonos! Dejémos de ser nada: seamos algo.

Hombres de buena voluntad: manos a la obra!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Los quijotes del amor.

Prestadme un par de rimas oh! poetas
Para tratar con melodioso acento
Del poder del amor i las pesetas
De nuestro pobre corazon tormento;
Que a tan grave cuestion quedan sujetas,
I es fuerza confesarlo, aunque lo siento,
Cuantas la ciencia nos propone hoi dia
I discuten los sábios a porfía.

Es de todo hombre principal tarea
Buscar la dicha para ser feliz;
I ya cargue en su pecho una presea
Que sirva a la tontera de barniz,
O bien vista de fraque o de librea,
No diera por la vida una perdiz
Sin la esperanza que cada uno abriga
De dejar en la tierra quien le siga.

Al niño apénas le revienta el bozo
Que ya en su corazon secreto fuego
Le hace caer el infantil rebozo
I perder la inocencia i el sosiego;
I tanta es la inquietud i el alborozo
Que tan fatal pasion produce luego
Que el que solo ha aprendido a persignarse
No piensa en otra cosa que en casarse.

De reprobar en jeneral no trato
Del corazon el amoroso cebo,
Que no a todos conviene el clericato,
I quien pasa de mozo a ser mancebo
Bien puede abandonar el celibato;
Inclinacion que condenar no debo
Que es remedio eficaz el matrimonio
Contra mil tentaciones del demonio.

¿Pero quién puede tolerar la charla
Del niño imberbe que al dejar la escuela
De amor i de pasion a todas parla
I de Inés a Isabel i a Marta vuela;
I de Tenorio i Lovelás echarla
Pretende luego, i la esperanza anhela
De ser en las tertulias i paseos
El blanco de amorosos devaneos?

Si por ventura a una mujer prudente
No le basta de amor tierna promesa,
Pronto esclama con ánimo doliente:
« Que ya a su vida el desengaño pesa
« Que no comprenden su pasion ardiente
« Que está su corazon *hecho paveza*
« I que a alumbrar su porvenir no alcanza
« El luciente fanal de la esperanza.

I le oigo ya que dice en sus cantares
I en sus horas de vela i de fatiga:
« En el mundo el amor no tiene altares
« I a los poetas el dolor prodiga,
« I no hallarán un eco mis cantares
« Aunque mi propio corazon los diga,
« Que en esta sociedad seca i gastada
« El oro es todo, el corazon es nada.

« I siempre voi marchando año tras año
« En pos de la ilusion i no la encuentro;
« I en la dicha que busco está mi daño
« Que no halla en mi pesar seguro centro:
« Por eso cuando toco el desengaño
« En mi propio dolor yo me concentro,
« I me gozo al pensar que es mi destino
« Solo abrojos hallar en mi camino.

« Talvez alguna flor hermosa veo
« Que su aroma al pasar despide acaso,
« I siguiendo mi loco devaneo
« Tocarla quiero cuando cerca paso;
« Mas me engaña mi amor i mi deseo,
« I al estenderla cariñoso brazo
« La voz me dice que el destino evoca
« Marcha no mas, tu desengaño toca.

«¡Qué me importa tu amor! Vaya en buena
« En otro corazon a dominar [hora
« El mio, ya lo vés, ni cree ni adora
« Ni por penas de amor sabe llorar.
« Ya el desengaño al porvenir colora
« Con los negros matices del pesar;
« Halle en la muerte mi ilusion perdida
« Que es mentira el amor, corta la vida.»

Mas no basta el amor, que no es comida
Que llene la barriga; i no de estopa
Hizo Dios la mujer. Cosa sabida
Es que aquí, como en Asia i en Europa
I en todas partes donde el hombre anida
Se necesita trajinar la sopa,
Por mas que algun doctor en su bufete
Arroje despechado su bonete.

Quijotes del amor, tiernos Cupidos
Que predicais a la mujer constancia,
¿Pensais por vuestra cara ser queridos?
¿Acaso vuestro porte i elegancia
Os dá derecho para ser maridos?
¡Vive Dios que es sobrada petulancia
De la dicha buscar la dulce meta
Sin tener en la bolsa una peseta.

Que los pesares de la vida aumento
Diráme algun romántico en embrion;
Que la lei condenar del sentimiento
Es quitar a los hombres la ilusion;
Mas no vale un comino el argumento
Si escuchamos la voz de la razon;
I el supremo hacedor, si bien me fundo,
No fué romántico al crear el mundo.

Eche lastre a su buque i dore el casco
Quien quiera navegar hasta la orilla,
I en hacerlo presente me complazco
Que así se boga con segura quilla;
El que tiene *cum quibus* no hace *fiasco*
Pese a la romántica cuadrilla,
Pues tiene mucha fuerza un «yo te quiero»
Cuando vá acompañado del dinero.

Ni hai que juzgar del corazon amigo,
Cual lo pinta en sus dramas Victor Hugo,
Que el amor sin la plata vale un higo
I es el dinero de la vida el jugo;
Que el matrimonio, como yo lo digo,
Tiene de cierto, pues a Dios le plugo,
En Chile como en Francia iguales trabas
Que aquí como en Paris se cuecen habas.

Santiago, junio de 1859.

Camilo H. Cobo.

Verdad que parece paradoja.

La jeneralidad cree, i nosotros hemos sido por mucho tiempo de su opinion, que hai en el hombre un inmenso fondo de egoismo.

Todos o casi todos gritan a una voz: guerra al egoismo! Miéntras el egoismo sea la norma de las acciones del hombre nada irá a derechas en este bajo mundo.

Oh! lo que contra el egoismo se ha escrito haria algunos *in-folios*: filósofos, poetas, periodistas, oradores sagrados i profanos todos han clamado, todos han dado un ramalazo a esa gangrena de las sociedades.

Nosotros mismos, pobres diablos, para no ser ménos que ellos, no hemos dejado de enrristrar mas de una vez tambien la pluma para lanzar nuestro brulote contra ese caballero. Sin embargo, en este momento nos arrepentimos mui de veras de todo lo que podemos haber dicho, i aprovecharemos la primera oportunidad para reparar nuestro tuerto.

En contrario al comun sentir opinamos, que los males que a la flaca i achacosa humanidad aflijen tienen su fuente, no en el egoismo del hombre, sino en su falta de egoismo.

Grande es el número de los errores que corren el mundo con carta de ciudadanía en el pais de la verdad, i ese no es de los ménos gruesos.

Cuanto existe se dice: existe para mayor honra i gloria de Dios i felicidad del hombre.

Sin entrar a discutir la exactitud i verdad de la primera parte de ese dicho, discusion que dejamos a la iglesia i sus doctores, vamos a poner en tela de juicio la de la segunda, de la que depende talvez la mala opinion que el hombre tiene de si mismo, o, con mas propiedad, de sus semejantes.

Desde luego empezamos por negar que cuanto existe sea para mayor felicidad del hombre. Mui al contrario, creemos que cuanto en este mundo tiene entrada la tiene para su mayor tormento.

El hombre no es mas que un pobre engañado que anda, corre, vuela, se fatiga i muere tras la pista de la felicidad sin darle caza jamas.

Desde la cuna emprende esa escursion: así es que desde la cuna comienzan para él las desasones, los disgustos, las contrariedades, las desilusiones i desengaños.

I nada hai mas natural.—Todos corremos en busca de la felicidad ¿pero, sabe alguno qué realidad se significa con esa palabra?

Si nos fuera posible preguntar a cada una de las personas que pasan por nuestro lado durante un dia, durante una hora siquiera, en lo que consiste para ellas la felicidad, seguros estamos no habria dos que la persiguieran por el propio camino.

Un comerciante nos diria:—la felicidad para mí estriba en realizar un buen negocio que llevo entre manos.

Un enamorado nos diria:—la felicidad se cifra para mí en una tierna mirada de la hermosa a quien adoro.

Un acreedor nos diria: —que me paguen mis deudores i soi feliz.

Un deudor nos diria:—que cesen de andarme pisando los talones mis acreedores, i tiene Ud. en mí la felicidad en carne i hueso.

Un ministro nos diria:—sosténgame yo en el ministerio i no pido ni deseo mas.

Un militar nos diria:---atrape yo un grado mas, i mi felicidad es hecha.

I como el comerciante, el enamorado, el acreedor, el deudor, el ministro i el militar piensan todos en un momento dado. Para todos está la felicidad en aquello que mas de cerca, que con mayor fuerza les preocupa i mas ahincadamente desean.

Pero ¿disipada esa preocupacion, satisfecho ese deseo el hombre es ya feliz?---Mui léjos de eso; una nueva preocupacion, un nuevo deseo vienen a reemplazarlos, realizándose así para cada hombre en el largo camino de su vida el suplicio del Tántalo de la fábula.

Con cada dia que aparece, aparece tambien en el oriente de la existencia del hombre, una esperanza, una aspiracion, un anhelo mas hácia la felicidad, i torna a proseguir su camino de risa i lágrimas, de fé i duda, de sueño i realidad, de alegrías i tristezas, de suplicios i maldiciones, de constante espectativa: cayendo aquí, levantando allá, volviendo a caer unos cuantos pasos mas adelante, i así cayendo i levantando, riendo i llorando, creyendo i dudando hasta ese término de toda humana carrera, hasta esa última jornada de su viaje, hasta esa última palabra del problema de la vida humana: la tumba?

¿I ha encontrado en alguna parte esa felicidad de todos los instantes, inmensa, sin límites como su anhelo, como su aspiracion, como el ideal que vivia en su alma, que la acariciaba, que la mecia suavemente, que la alagaba, que la bañaba en la perfumada atmósfera de la ilusion? En ninguna.

Cada uno al ir a asir eso que creia o imajinaba la felicidad se ha encontrado con un engaño de mas, una esperanza de menos i deseos i aspiraciones nuevas que tornar a perseguir.

¡Desgraciado del hombre que siempre tuviera en memoria la realidad de la existencia! Nada habria mas pesado e insoportable.

Pero, por una felicidad, i esta es talvez o sin talvez la única verdadera que alcanza el ser humano, hai en todos los corazones un fondo de indiferiencia, de distraccion que los salva.

No hai duda, i quien la abrigue concéntrese en sí mismo, la felicidad es cuando mas una ilusion en este bajo mundo, todo nace, vive, respira para mantenerla.

Luego, si en alguna parte está la felicidad es en la ilusion, es decir, en lo mas fugaz, en lo mas tenue, en lo mas delicado i vaporoso que hai en la vida. Así, si la felicidad es algo, es algo como la gota de rocio que muere con el primer rayo del sol.

Pero es lo peor del caso que el hombre no solo no da jamas caza a la felicidad, sino que siempre la anda espantando, por decirlo así.

Desde que el mundo es mundo i el hombre hombre, cuanto paso ha dado éste, cuanto ha inventado, cuanto ha descubierto, sus usos, sus costumbres, sus hábitos, sus tendencias e inclinaciones, todo va sin quererlo i aun sin saberlo a hacer cruda guerra a la felicidad.

I de no ¿a dónde está la felicidad, en el amor, en la amistad, en la ambicion, en el odio, en la venganza o el perdon, en la crueldad o en la clemencia; i en todo ese semillero de sentimientos, de pasiones, de vicios grandes i pequeños, bellos i feos, simpáticos i repugnantes que se dividen la existencia del pobre ser racional?

Si la hai, es de esas felicidades que duran una hora i sirven solo para hacernos mas amarga la realidad de todos los instantes.

El amor es la sávia de la vida, se dice: es el opio del corazon decimos nosotros: muchos sueños, muchas ilusiones color azul cielo, muchas bellas fantasmas, dulces palabras, tiernas protestas, mucho ruido i pocas nueces, muchos castillos en el aire que la realidad tumba por tierra al primer soplo. I despues ¿qué es lo que queda?—La nada, el vacío, la displicencia, el tedio. I sin embargo cuanto no se ha hablado, i se habla, i hai por hablar del amor.

Lo que decimos del amor, se puede decir tambien de la amistad, esa esclavitud con cadenas doradas; de la ambicion, ese fuelle de la humana intelijencia, que cesa de soplar cuando debia soplar mas fuerte i que nos hace ir a traspiés el camino de la vida; del odio i demas malas pasiones; de la clemencia i demas buenos sentimientos.

Pero dejemos esas altas rejiones en que sin pensarlo ni quererlo hemos de ser cojidos a lo mejor del camino por la metafísica, esa ciencia que trabaja i está en via de alcanzar el alto fin de que el hombre no se entienda a sí propio ni sea entendido de los demas, i volvamos al mundo de los hechos, a la realidad, a lo que se vé, se siente i se palpa.

Las sociedades modernas, i por consiguiente el hombre, corren a toda brida en la época que alcanzamos el camino del progreso. Esta es una verdad. Pero hai otra verdad en que pocos han parado mientes, i es que el progreso tiende a minorar la felicidad del hombre.

Paradoja i paradoja insostenible, seguro estoi vá a esclamar mas de uno de mis lectores al llegar a este punto.

Convenimos desde luego con nuestros lectores en que esa verdad parece paradoja; pero si convenimos con ellos en que tal es su aire, es preciso que a su vez convengan con nosotros en oirnos probarles que es verdad i mui verdadera.

¿ Qué es lo que pretende el progreso i que es lo que ya tiene obtenido?

No te vayas a reir, lector amigo. Pues, el progreso pretende nada ménos que todos nos pongamos pantalones, que todos sepamos leer i escribir, distinguir lo bueno de lo malo, lo mejor de lo peor, lo bello de lo feo, que todos sepamos, en una palabra, darnos cuenta de nuestra situacion, que nadie atraviese por este pícaro mundo como un autómata, es de-

cir, i para abreviar, que todos seamos desgraciados.

Tu diras que lo que el progreso pretende es santo. Pues yo digo que lo que el progreso pretende es una crueldad, es una abominacion, i me fundo:

Primero; en que obligarle a ponerse pantalones al que nunca los ha llevado, es someterle a un tormento que nada puede justificar.

Segundo; en que nada hai mas triste, nada hace al hombre mas desgraciado que el tener conciencia de su situacion.

I tercero; en que valiendo mas la vida automática que la racional, por cuanto sus dolores son mucho mas reducidos i ménos persistentes, se hace un mal mui real al que de ella se le saca.

¿Te han convencido mis razones, lector amigo?

Para hablarte con sinceridad, lo dudo i mucho.

Otra pregunta i concluimos:

—¿Me has entendido?—Quién sabe... puede sér... ¿no es así?....

J. Arteaga Alemparte.

El suelo natal.

(Fragmento de una traduccion de Lamartine.)

Tu nombre, patria mia, los labios pronunciaron,
I en su destierro espléndido mi corazon latió;
En mi alma enternecida sus ecos resonaron
Cual la voz de un amigo, o de su andar el son.

Montes que de sus brumas otoño revestía,
Valles que tapizaba la escarcha matinal,
Coronas de los sauces que el hacha desparcía,
Torres que plateaba la tarde al espirar.

Paredes denegridas, laderas, clara fuente,
Do gota a gota vía tu manantial caer
En su ánfora el labriego, miéntras pacientemente
Los otros platicando esperaban su vez,

Choza donde chispeaba la llama de almo fuego,
Techos, que el peregrino ansiaba ver humear,
Seres inanimados, ¿teneis una alma, luego,
Que a la nuestra se enlaza i que la fuerza a amar?

. . . . . .

¡Como espiga en la hera, dispersó así la vida
A la madre i los hijos del campo paternal,
I el dulce hogar semeja el nido, de do huida
La golondrina, yace en larga soledad!

La hierba que verdece en torno por el suelo
Los senderos domésticos comienza a deshacer;
I la hiedra, flotando como un manto de duelo,
Cubre a medias la puerta i se abraza al dintel.

Talvez no dista el dia—¡presajio tal evita,
Oh Dios!—que un estranjero con el oro vendrá
A hacerse dueño de estos lugares, do aun habita
De mis antepasados la sombra sin edad;

Entónces los recuerdos de la cuna i la tumba,
—Cual huyen las palomas del árbol, que abrigó
Su nido allá en las selvas, cuando el hacha lo tumba,
Sin tener ya otro asilo,—huirán así a su voz....

Ah! Señor, no permitas tal duelo, tanta afrenta!
¡No toleres, Dios mio, que esa humilde heredad
De una a otra mano pase en ominosa venta,
Cual campo de proscritos o albergue de maldad!

Que un codicioso estraño huelle con pié insolente
De nuestra cuna el sulco en medio del verdor,
Al huérfano despoje, duplique i su oro cuente
Do la indijencia sola opulenta se halló,

I tu nombre blasfeme donde nuestros acentos
Mi madre en tu alabanza nos hizo modular!
Ah! prefiero mil veces que, presa de los vientos,
Cuelgue el techo en jirones del muro al vacilar;

Que en las hendidas lozas, las malvas, los espinos,
Las flores de la tumba levanten su cerviz;
Que alce allí Filomena en la noche sus trinos
I se mire el lagarto al crudo sol dormir!

Que bajo el ala abriguen sin miedo sus hijuelos
Las palomas fieles i el modesto gorrion,
I a hacer su nido venga el ave de los cielos
A este sitio que un dia la inocencia albergó!

Si el número que ha escrito en su libro el destino
Dilatase mis años hasta blanca vejez,
Anciano afortunado, concluya mi camino
Entre estos monumentos de mi sencilla fé!

I cuando en tristes ruinas el hogar bendecido
Incorpóreas sombras tan solo poblarán,
Los nombres, los parajes, de tanto ser querido
La idolatrada imájen puédanme retratar!

. . . . . .
. . . . . .

D. A. A.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos (1).

Continuacion.

CARLOS V.

¡El buen Gattinara.!

GATTINARA.

Pero en el palacio aun todavía hubo mas. Qué recepcion ¡gran Dios! tertulias, bailes. . . . fiestas. . . . Nuestras marquesas, nuestras duquesas, lo que habia de mas elevado en la corte, comenzando por la princesa Leonor, vuestra hermana, venia todos los dias a rendir homenaje al vencido de Pavía que tenia corte plena i se entronizaba en vuestro lugar! Todo esto me ha parecido un crímen de lesa majestad!. . . . Sin contar que semejante recibimiento debe haber hinchado demasiado su corazon. . . . I hacerlo mas difícil

para los avenimientos. Yo me dije: puesto que V. M. me habia dejado pleno poder con respecto a ese asunto, que era necesario quebrantar su fuerza i debilitar su valor por el abandono, la soledad, i substituir a una dorada cárcel, una verdadera cautividad.

CARLOS V, *levantándose.*

Mui bien!

GATTINARA.

Pero lo que era entónces difícil, hoi lo es aun mas.. . . Ya hace quince dias que la hermana de Francisco I, la princesa Margarita, está en Madrid.

CARLOS V.

I bien?

GATTINARA.

I bien! . . . Para llegar hasta aquel hermano cuya vista le está prohibida, no ha dejado en vuestra ausencia uno solo de los consejeros de la corona que no haya conseguido interesar en su favor. A los unos les cuenta las fatigas i los peligros de su viaje, hecho en el rigor del invierno, en pais enemigo, para traer consuelos a aquel hermano, su ídolo i su Dios!. . . . En otros despertando los antiguos sentimientos de orgullo i jenerosidad española, les recuerda que el Cid daba libertad, sin rescate, a los reyes moros que vencía. En los salones de palacio trata de política con el presidente de la audiencia de Castilla, de versos con vuestro secretario, de teolojía con el gran Inquisidor, i si por casualidad encuentra algunos severos e impasibles hidalgos, para quienes sus seducciones sean impotentes. . . . se dirije entónces a sus mujeres. Con las mas jóvenes toda es ternura i galantería; se ocupa con las maduras del tocador i de las modas francesas: a estas las cuelga de sus palabras recitándoles alegres i sencillos cuentos; inagotable aljaba de malicias femeninas que las mas veces han provisto de dardos las mismas que la escuchan. Confidente i amiga íntima de todas, no hai quien no la consulte, sobre el corte de un vestido de baile, la forma de una alhaja o el órden de una fiesta. En fin, aunque mujer, todas las mujeres la idolatran i la toman por modelo. Asi es, que desde algunos dias, señor, vuestra corte está desconocible: a la gravedad española, al respeto de la etiqueta, a la plática séria i decente de nuestros salones, se ha visto desalojada por la alegría, el aturdimiento frances; esto no es mas que una continuada bulla de conversaciones, de canciones, de risotadas; de manera que se diria que con su rei cautivo, Paris entero se encuentra en Madrid.

CARLOS V, *levantándose con gravedad.*

Sí, Margarita es tanto mas peligrosa, cuanto que a todas sus cualidades i sus defectos, añade la de ser una mujer honrada. Virtud galante i loca en apariencia, pero apoyada en una verdadera devocion, parapetada por una alta coqueteria; nada conozco tan difícil de vencer como esa prudencia que siempre está de trisca. (*Con aire descuidado*). Sabes, Gattinara, que yo debí casarme con ella?

GATTINARA.

Vos, señor.

CARLOS V.

La hice solicitar en matrimonio, i desenfadadamente me dió calabazas.

GATTINARA.

Concibo entónces que V. M. haya resuelto no verla.

CARLOS V.

Es la primera persona que ví ayer a la tarde a mi llegada de Toledo, en el aposento de mi hermana Leonor de Austria, al lado de mi futura la princesa de Portugal. Acababa de bordar una escarcela cuyo trabajo admiraba yo, i preguntándole (lo que casi era obligarla a que me la ofreciese) ¿a quién destinaba aquella obra maestra?. . . . Al mas leal de los caballeros, respondió con frialdad. . . . I no me la ofreció! . . .

GATTINARA.

¡Pues es orgullo. . . . es insolencia!

ESCENA II.

Los mismos; BABIEZA *entra por la puerta de la izquierda; trae una capa i un rico justillo en el brazo.*

CARLOS V, *que ha permanecido absorvido en sus reflecciones.*

¿Quién está ahí?

GATTINARA.

Babieza, el ayuda de cámara i correo de V. M.

CARLOS V.

¡Qué vuelva!

BABIEZA, *bajo a Gattinara.*

Ya he vuelto tres veces.

GATTINARA, *al rei que acaba de sentarse delante de la mesa a la derecha i que mira un mapa jeográfico.*

Dice que ya ha vuelto tres veces.

CARLOS V.

Que espere!

BABIEZA, *bajo a Gattinara.*

No hago otro cosa.

(Babieza entra al gabinete del rei a la izquierda. Durante este tiempo, Gattinara se acerca al rei que, sentado delante de la mesa de la derecha, estudia siempre su mapa de jeografía).

GATTINARA.

Asi es que ¿V. M. encuentra inútil la presencia de la princesa Margarita en Madrid?

CARLOS V, *sin mirarlo.*

Sí.

GATTINARA.

I peligrosa.

CARLOS V, *del mismo modo.*

Sí.

GATTINARA.

Entónces es preciso alejarla prontamente.

CARLOS V.

No.

GATTINARA, *asombrado.*

Pues ¿cómo es eso señor? . . . ¿I por qué?

CARLOS V, *mostrándole con el dedo el mapa jeográfico.*

He aquí Gattinara un mapa de la Europa que a menudo miro. Cuando veo que, por desgracia, alguna provincia angula o entre corta mis estados i cuya posesion pudiera alinearlos o redondearlos; semejante idea absurda o no, me ocupa i me absorbe hasta el momento en que la provincia, cueste lo que costase, me pertenece. Despues ya no vuelvo a pensar en ella, sino en otra. Pues bien, viendo ayer a esa atrevida princesa avanzar asi en mis dominios, una idea me ha sonreido de repente,

GATTINARA.

¡Oh cielo!. . . . ¡una nueva provincia que conquistar!

CARLOS V, *con calor.*

¡Tu lo has dicho! . . . La batalla está empeñada desde mucho tiempo entre Margarita i yo. Ella se ha aparecido aquí como invencible para arrebatarnos nuestro prisionero con las armas de sus encantos. . . . Qué triunfo. . . . si, sin concederle nada. . . . obtuviese yo. . . . i sí, dejando en Madrid su orgullo i a su hermano prisionero, se volviese sin poder decir como él: *Todo se ha perdido, ménos.* . . . (*con viveza.*) Veamos. . . . tu odio español no sonrie a semejante plan. . . . Hemos triunfado del hermano, triunfaremos de la hermana. ¡Vive Dios!, Margarita es tan bella, que su conquista equivaldria a una segunda batalla de Pavía.

BABIEZA, *volviendo a entrar.*

Señor!. . . . .

CARLOS V.

Todavía tú, ¿qué quieres?

BABIEZA.

Vestir a V. M. para ir a misa.

CARLOS V.

¡Cierto! ¡lo habia olvidado!

BABIEZA.

I luego pedir a V. M. para mí. . . .

CARLOS V.

Para tí! Por Santiago! ¡i que se diga que yo soi el insaciable! Pues hé aquí uno a quien yo con todo mi poder, jamas he podido dejar satisfecho. Cuando era yo aun muchacho. . . . . tuvo en una partida de pelota i por desgracia para mí. . . . .

BABIEZA.

La ventaja de que V. M. me sacase un ojo.

CARLOS V.

¡La ventaja! i dices bien! porque con ese pretesto, no hai pretension por exajerada que sea que no te parezca natural. . . . . Preciso será ¡Dios me perdone! hacerte ministro.

BABIEZA, *con mal humor.*

Los hai que no tienen mejor vista que yo.

CARLOS V.

Le he dado una pension, lo he nombrado mi correo de gabinete. Ayer, no mas, por sus ruegos, lo he nombrado mi ayuda de cámara, i esto todavia no basta. . . . . Veamos. . . . . ¿qué mas quieres? qué otro destino se te ocurre?

BABIEZA.

Que V. M. me quite uno.

CARLOS V.

¡Cáspita! pues por la rareza de la peticion, concedido. . . . .

BABIEZA

Como correo de gabinete de V. M. me hace viajar de Madrid a los Paises Bajos, de Francia a Alemania i de Nápoles a Cádiz. Esto no importaba nada cuando yo era soltero. . . . . pero ahora que soi casado, i bien, señor, puede decirlo Gattinara, casado con la mas bonita i coqueta niña de vuestros estados. . . . .

CARLOS V, *sonriéndose.*

Que son bastante latos, gracias a Dios!

BABIEZA.

Demasiado que lo son! i se asegura que no pensais sino en acrecentarlos mas. ¿Qué será de mí entónces. . . . . porque yo no puedo ocultar a V. M. . . . . que soi, celoso. . . . . pero celoso!. . . .

CARLOS V.

Como un árabe.

BABIEZA.

Como un marido que siempre está de viaje, siempre ausente, i que, de vuelta a su casa, no puede ver mas que con un ojo. Así, V. M. que me creia ambicioso, comprenderá que me hará un verdadero servicio quitándome este maldito empleo, tanto mas cuanto que estoi seguro que me dará otro en cambio.

CARLOS V.

Pensaremos en ello. . . . . Prepara mis vestidos: ya te sigo.

GATTINARA, *con inquietud i a media voz.*

V. M. cuenta con concederle. . . . .

CARLOS V, *del mismo modo.*

¡Yo! ¡Dios me libre!. . . . . ¡Un correo de gabinete celoso. . . . . es un tesoro!. . . . . siempre estará rabiando por volverse. . . . . nadie podria reemplazarlo!

BABIEZA, *próximo a entrar al cuarto del rei vuelve sobre sus pasos.*

Ah, señor, ... se me olvidaba. I esto no es cosa que a mí me atañe. . . . . esta vez es de parte de la princesa Margarita. . . . .

CARLOS V.

Eh, habla pronto. . . . . Por ahí debiste empezar.

BABIEZA.

Preferí comenzar por mí; (*presentándole una carta*) no porque esta noble señora no sea tan graciosa, que apénas se sonrie cuando ya uno se siente cautivado el corazon. . . . . i ella siempre se sonrie.

GATTINARA.

Cuando yo os decia, señor, que a todos los ha embrujado, hasta a los ayudas de cámara.

BABIEZA.

¡Si le debo tanto!..... Me dijo el otro dia echando una mirada al capitan de alabarderos, mi íntimo amigo: ¿Cómo es que Babieza no repara en que se le hace la corte a su mujer?....

GATTINARA, *vivamente.*

¡El capitan de alabarderos!....

BABIEZA.

I era cierto. ...

CARLOS V, *que acaba de recorrer la carta.*

O cielo!....

GATTINARA.

¿Qué hai, señor?

CARLOS V.

Me pide un salvo conducto para volverse, es decir, para trastornar todas mis combinaciones. (*Paseándose con ajitacion*) ¿Cómo se concibe que quiera salir de España, si yo no le dejo ver a su hermano, si hoi no resuelvo su rescate i su libertad?

GATTINARA, *con intencion.*

Razon tenia yo para decir que la princesa Margarita turbaria no solamente a toda la corte..... sino tambien al mismo emperador.

CARLOS V, *con calor.*

Que parta..... que se vaya..... consiento en ello..... Haz tu mismo ese salvo conducto..... pero que se vaya. Porque en cuanto a mujeres, Gattinara, si solo se tratara de sus falsedades i coqueterías o traiciones..... Pero ellas ocupan i de tal manera, que lo hacen a uno perder el tiempo que consagrára a los negocios. Por eso..... ¡cuidado con ellas! (*a Babieza*). Vamos..... ven..... (*Sale con Babieza por la puerta de la izquierda*).

ESCENA III.

GATTINARA, *solo, mirando salir a Cárlos V.*

¡Oh grande i hábil monarca, que por medio de vuestros espías, o de vuestros embajadores creeis conocer los secretos de todos los soberanos de la Europa, ¡cuán poco sabeis de lo que pasa en vuestra casa, i sobre todo aquí!.... (*señalando el corazon*). Ah! ¿con qué estais en que yo no pienso en ninguna mujer? yo que de buena gana las amara a todas. Ah! ¿con qué creeis que ellas conducen a un hombre de Estado a su perdicion?.... ¡Yo que espero deberles mi elevacion! A tí, primero, divina Sanchica, mi primer amor, a quien he casado con el señor Babieza, i colocado cerca de la futura reina de España; i a tí tambien a quien no me atrevo a nombrar, flor desconocida que sombría vejetastes en la corte de Lisboa, desapercibida para todos, ménos para mí..... noble princesa..... tan insignificante como bella, tan simple como imprudente..... porque ya cartas i juramentos se habian cambiado entre nosotros..... i entónces, oh! potente emperador, fué que no contento con todas vuestras conquistas, vinisteis a robarme la mia, cuando un trono le estaba destinado, i ¡pretendeis que debo renunciar a él, i para siempre, sin prévias indemnizaciones! No, no, por mas que digais; por las mujeres, por la vuestra me elevaré, i llegaré, sin que lo sospecheis, a una fortuna que vos me labrareis i que ella me habrá proporcionado. (*Se abre la puerta del fondo*). Ella es..... i la princesa Margarita la acompaña..... ¿Qué tendrán que decirse?

ESCENA IV.

GATTINARA, ISABEL, MARGARITA, UN PAJE.

(*Isabel entra seguida de sus damas i hablando con Margarita.*)

MARGARITA, a *Isabel.*

Sí, señora, V. M. debe de ser de nuestra opinion, i no titubear mas..... Ah! es terrible, es atrevido..... será una gran revolucion..... qué importa.

GATTINARA.

¡Ai Dios mio!

MARGARITA.

Solo a vos os estaba reservado semejante golpe de estado.

GATTINARA.

¿Pues de qué se trata?

MARGARITA.

De los cuellos subidos, de las golillas encanutadas. Digo, i creo que todos serán de mi opinion, que cuando se tiene tan bella, tan preciosa, tan ebúrnea garganta como la de la reina, debe proscribirse para siempre una moda absurda, recurso de la mediocridad, i que estoi segura que ha sido inventada por alguna princesa o emperatriz jorobada..... ¡alguna que con razon deseaba guardar el incógnito! pero nosotras, señora, nosotras ¿por qué no descubrirnos?..... tengamos ese valor..... la opinion pública estará por nosotras i los hombres tambien.

GATTINARA.

¿Lo creeis?

MARGARITA.

Comenzando por vos, señor Gattinara, i por el mismo emperador..... que segun he creido notar, no gusta del disimulo, en ese jénero al ménos!....

ISABEL, *mirando el libro de oraciones que Margarita tiene en la mano.*

¡Ah! que devocionario tan bonito! (*tomándolo i mirándolo.*) ¡Con las armas de Francia, (*Abriéndolo i hojeándolo*) i con tan lindas láminas!....

MARGARITA.

Pintadas por mí!.... se me figura que la princesa Leonor que todo el dia está en oracion tendria deseo de poseer mi libro..... pero si él puede ser del agrado de V. M.

ISABEL, *vivamente.*

Gracias, princesa, gracias!.... quiero mostrárselo al emperador!....

GATTINARA, *acercándose.*

Acaba de encargarme un importante mensaje

para su augusta novia..... para ella sola..... (*todas las damas se retiran al foro a algunos pasos de distancia. Margarita vá a sentarse cerca de la mesa, a la derecha, i Gattinara desciende con Isabel al estremo del teatro a la izquierda*).

GATTINARA, *a media voz.*

El emperador aguarda a Vuestra Alteza en misa..... es preciso ir.

ISABEL, *fastidiada.*

Eso mas!..... (*despues de un instante de silencio*). Gattinara..... me fastidio!.....

GATTINARA.

Esa es la única ocupacion de una reina de España.

ISABEL.

Solo la princesa Margarita me divierte.....

GATTINARA.

¡Oh cielo! la quereis!....

ISABEL.

No..... pero ella me divierte..... i luego siempre me hace tan bonitos regalos!..... ¡mirad qué lindo es este oratorio!..... qué elegantes son sus adornos!

GATTINARA.

Desconfiad de ella.

ISABEL.

Pues es singular! lo mismo me dijo ella de vos.

GATTINARA.

Ah!..... no es malo saberlo! (*a media voz*). Al volver de la capilla con el emperador, V. A. podrá darle las gracias por mi nombramiento de ministro que ha producido el mejor efecto. V. A. podria añadir que ha recibido cartas del rei Manuel, su tio.

ISABEL.

¡No es cierto!

GATTINARA.

Lo mismo dá!..... i que a él le agradaria así como a vos misma, que el rei de España me concediese su órden del Toison de oro, complemento de mi dignidad. (*Vivamente i en voz baja viendo que Margarita se levanta*). Pero la princesa Margarita nos mira i quizás nos escucha.

ISABEL.

No lo parece.

GATTINARA.

Por eso mismo, (*en alta voz*). Sí, señora, S. M. se lisonjea de ver a V. A. ahora en la capilla, i mañana, tales son sus propias palabras, en la recepcion que tendrá lugar en vuestros aposentos.

ISABEL, *aterrorizada.*

¡Ai! ¡Santa Maria! ¡que vá a ser de mí!.....

MARGARITA, *acercándose prontamente.*

¿Qué cosa, señora, causa la turbacian en que os veo?

ISABEL.

¿Cómo? ¿no oís? el emperador nos pide para mañana una tertulia ¡privada!.... ¿qué diversion pudiéramos?....

MARGARITA.

La verdad es que en calidad de rei..... es mas difícil divertirlo que a otro cualquiera ... pero empeñándose el amor propio, es imposible que no salgamos airosas; le daremos música..... i si lo quereis yo misma leeré un cuento que acabo de terminar... i cuyo título picará quizas la curiosidad de S. M. i de nuestros jóvenes caballeros....

ISABEL.

¿Lo titulais?

MARGARITA.

Lo que agrada a las damas.

ISABEL.

Me he salvado!...Ah! que buena sois, (*locamente*) por mas que digan....

MARGARITA *mirando a Gattinara que hace un jesto para impedir que siga hablando Isabel.*

Por mas que digan!... Hé aquí, señor Gattinara, una declaracion de guerra..... que debe ser vuestra....

GATTINARA.

Mal me juzga V. A.; no tiene V. A. cerca del emperador un servidor mas solícito por sus intereses.

MARGARITA, *con aire burlesco.*

¿De veras?

GATTINARA.

Puedo probároslo!...

MARGARITA, *del mismo modo.*

Para eso os sobrará habilidad.

GATTINARA.

V. A. habia encaminado esta mañana por conducto de Babieza una peticion, que S. M. parecia hallarse poco dispuesto a conceder..... i yo fuí quien a fuerza de instancias..... hice que el emperador consintiese en vuestra partida.

MARGARITA, *aparte.*

Oh cielo!...

GATTINARA.

Me ha encargado anunciaros que desde hoi podeis dejar a Madrid..... así es que voi a preparar el salvo conducto que necesitais i que yo mismo tendré el honor de poner en manos de V. A. (*Saluda a Margarita i sale por la puerta de la izquierda, miéntras que Isabel i sus damas salen por el fondo.*)

ESCENA V.

MARGARITA, *sola,*

¡Dejar a Madrid!... ¡me lo permite!... i yo soi quien por apresurada pierdo quizas la partida.... Ayer tarde, sin embargo, cuando me retiré sin responder al emperador i sin mirarlo.... parecióme ver en sus ojos un despecho.... una cólera... que me daba buena esperanza. (*Con un suspiro*) Vamos! todos se engañan, hasta las mujeres.... i yo puedo haberme engañado! (*Con dolor*). ¡Herma. no mio..... amado hermano mio.... yo que al dejar mi pais juré libertarte i llevarte conmigo, parto!... ¡sin verte, sin abrazarte, sin haberte habla-

do de la Francia! Ah! que no me han faltado ni audacia, ni valor;... ¡cuántas veces con la sonrisa en los labios i la desesperacion en el corazon, he pensado en tí, para tener el valor de ser coqueta, i conseguir agradar. ¿Pero ahora qué puedo? sola i sin amigos, en esta corte donde todo me abandona (*viendo a Henrique d'Albret que entra i lanzando un grito de alegría*) ¡Ah! ¡Henrique d'Albret!

HERMOJENES DE IRRISARRI.

(*Continuará.*)

Una venganza.

(Histórico.)

I.

A la falda de una montaña de la Sierra-Morena, sobre las risueñas orillas del Guadalquivir, se levantaba en el siglo XIV, una pequeña habitacion, envuelta en cañas i plantas marinas i bañada por las aguas del rio.

El viajero que hubiese penetrado en esta casita, cierto dia, a la hora de la siesta, habria podido contemplar un cuadro encantador. Una cabeza de mujer, suave i graciosa, estaba apoyada sobre el hombro de un hermoso jóven de fisonomia varonil i apasionada. Viéndolos estrecharse la mano en silencio, mirarse largo tiempo, hablarse en ese mudo lenguaje del corazon, tan lleno de atractivos, de elocuencia, de poesia, se habria adivinado sin trabajo el tierno sentimiento que los unia.

El jóven se llamaba Gil Perez, ejercia en Sevilla el oficio de zapatero, i mas de una noble señora, al ir por la mañana a la catedral, volvia furtivamente la vista a la tiendecilla del artesano.

La jóven se llamaba Julieta; era sin duda la criatura mas linda, la niña mas deliciosa que jamas trensó las mallas de una red.

Mientras que estaban allí, solos, sin testigos importunos que espiasen su felicidad, que intimidasen su amor, se abrió la cabaña repentinamente, i un hombre entró. Llevaba los pantalones arremangados i el pobre traje de un pescador. Su estatura era elevada i flaca; su fisonomía ruda i tostada. Pareció descontento de encontrar en su casa una visita que no deseaba; adelantándose en seguida hasta Perez i Julieta, desprendió bruscamente sus manos enlazadas.

A este movimiento inesperado, dió Gil algunos pasos atras, i lanzando al pescador una mirada inquieta: — Qué tienes hoi, Gomez? le dijo con sorpresa dolorosa. No sabes que amo a tu hija con todas las fuerzas de mi alma? No has visto hace dos años crecer dia por dia ese sentimiento, convertirse en el blanco constante de mis esfuerzos, en mi mas cara esperanza? Por qué separar nuestras manos, si el amor las enlaza i Dios las unirá bien pronto? —No, Gil, replicó el viejo con voz breve, Julieta no puede pertenecerte, jamas será la mujer de un cobarde?—De un cobarde? dices... Cuándo ha empalidecido Perez ante un peligro....., rehusado a la debilidad su brazo... puesto a la vida un precio que no debe asignarle un hombre?—Cobarde, tres veces cobarde es el hijo que no venga a su padre?

Gil Perez permaneció inmovil.—En nombre del cielo, esplícate mas claro, Gomez..... que fatal misterio está encerrado en tus palabras!... Rompe el velo espeso que me oculta la verdad..... A la muerte de mi padre, estaba yo léjos de Sevilla; habia seguido a mi tio a Carmona... A mi vuelta, Antonio Perez ya no existia..... Todo estaba lúgubre i helado en los lugares donde habia dejado la calma i la alegria..... Muijóven entonces, no comprendí sino vagamente la estension de la desgracia que acababa de caer sobre mi familia..... Sin embargo quise conocer su causa; interrogué con calor a mi madre; contentóse ella con responderme; «mas tarde!» —I ese término no ha llegado todavia, no es cierto!..... Es que su corazon ha desfallecido, Perez... Su amor a tí ha sido mas fuerte que su dolor..... te ha preferido a su odio!—Oh! habla, habla Gomez, tengo veinte años ahora: debo saberlo todo!

Julieta estaba temblando; se echó sobre el anciano, como para retener las palabras que pendian de sus labios: Silencio, padre mio, silencio, si me amais!—Nó, dijo el pescador, el momento ha llegado..... Acércate, Gil, i escúchame:— Hace diez años, habitaba la felicidad en casa del zapatero Perez..... Tu padre habia adquirido en su oficio nombre i reputacion, i el porvenir le prometia una fortuna bien adquirida, honradamente acumulada... Por este tiempo, vino a establecerse en Sevilla el canónigo Henriquez..... Vástago de una casa ilustre, pariente de Albuquerque, dotado de todos los méritos de un cumplido cortesano, figuraba entre los favoritos del rei don Pedro. Sin embargo, esa posicion tan codiciada i brillante no le hacia feliz; una deformidad atormentaba su existencia... Era cojo. Instruido de la habilidad de Perez, recurrió a ella; pero toda la maestria de Antonio fracazó contra una deformidad tan pronunciada. «Tu torpeza mereceria la horca!» esclamó el canónigo tirándole a la cara. Aunque artesano, tenia tu padre dignidad, tanto como si hubiera cargado una sotana o una espada. «No debeis acusar de tal falta, le respondió, sino a la naturaleza.» Con esta respuesta, la cólera de Henriquez se trocó en furor. Levantóse, tomó un baston, i aplicó un golpe tan terrible sobre la cabeza de Antonio, que tu padre cayó para no volverse a levantar.

Las manos de Gil Perez se crisparon convulsivamente.

—Qué te diré! Cuando vió tu madre que traian el cadáver de Antonio, un delirio furioso se apoderó de su espíritu i de su corazon; cojió un puñal, i quiso vengar en la sangre del canónigo el asesinato de su esposo; pero

acordóse entónces de que tenia un hijo, un pobre huérfano, para quien debia vivir: creyó que la justicia le ayudaria a castigar al asesino; depuso sus lágrimas i su dolor a los piés del capítulo. Bien sabe Dios qué patéticos ruegos no dirijió a esos intérpretes de la lei, que humildes palabras no la inspiró para enternecerlos su desesperacion. Los jueces no dejaron de escucharla sin interés i emocion; prometiéronle una reparacion ruidosa... i ocho dias despues, fué condenado el canónigo..... A ser ahorcado... interrumpió Perez.—A abstenerse del coro por un año.

Siguióse un largo silencio. Gil se levantó: Te doi gracias, Gomez, dijo con los lábios pálidos i los dientes apretados; pero te engañabas hace poco: el hijo que no venga a su padre es mas que cobarde; es infame.

Al contemplar su rostro descompuesto i lívido, el viejo pescador sintió un punzante pesar de haber levantado un huracan de pasiones en el corazon de Perez hasta entonces tan sereno, i apacible. Adonde vas Gil, le pregunto con ansiedad. A abrazar a mi madre!. I despues? Adios, Julieta...; Adios, Gomez!. Oh! padre mio, dijo sollozando la joven Española, qué habeis hecho?

II.

En el oscuro sitio vacio que habia en esta época a un lado del Alcázar, se paseaba un jóven a pasos ora lentos, ora precipitados. Estaban sus vestidos desarreglados i cubiertos de polvo; sus cabellos desgreñados i sucios cubríanle las sienes, i podia leerse toda una historia de dolores en el resplandor sombrio de sus ojos, en la vivacidad convulsiva de sus movimientos, en la mezcla de cansancio i odio que su fisonomia respiraba.

Permaneció así largo tiempo, fija la vista en las columnas del palacio, como si hubiese querido descifrar las inscripciones que al partir para el destierro habian dejado los Moros en las murallas de la antigua mezquita. Poco a poco el crepúsculo difundio por Sevilla su bruma vaporosa, eclipsando con sus tinieblas los dibujos de las academias árabes i los chapiteles dorados de las iglesias. Repentinamente se detuvo el desconocido i tembló, al divisar en la oscuridad un monje que se adelantaba al Alcázar. Una larga sotana de raso atada a la cintura por un cordon con borlitas de oro, descendia hasta los talones del monje, no encubriendo sino a medias unas elegantes sandalias de terciopelo.

Cuando el recien llegado estuvo solo a mui corta distancia del jóven que le observaba con ávida fijeza, dejó éste rápido el sitio en que se mantenia oculto un instante hacia, i se dirijió al monje gritando: Don Henriquez.... Soi yo! —Pero quién eres tú? murmuró el canónigo con una voz en que disputaba la sorpresa con el temor.-No me conoces?... repitió Gil con un acento salvaje; no conoces al hijo de Antonio Perez!... Has olvidado que tu víctima tenia un hijo, i que ese hijo llegaria a ser hombre... Ocho dias hace que te acecho cuando pasas, para encontrarte por fin a solas i decirte: Me matastes a mi padre; has condenado a mi madre a diez lentos años de desesperacion..... Tu memoria se ha atravesado como un obstáculo sangriento entre la felicidad i mi destino!... Reconcíliate con Dios, asesino! ha llegado el momento de la espiacion... tus gritos no hallarán eco a esta hora; tu sangre no se verá en la oscuridad.

Al oir las palabras del artesano, al ver sus ojos chispeantes, pálidos sus labios, todos los síntomas de una cólera inflexible, de una resolucion invariable, don Henriquez, que habia podido hasta entonces creer que intimidaria al hijo de Perez el carácter de que estaba revestido, vió disiparse tal esperanza; comprendió que el abatimiento, la humildad, el ruego, eran los únicos medios de salvacion que le quedaban en aquel momento, el único escudo que podria acaso protejer su vida:--Un asesinato involuntario no es un crímen, dijo juntando las manos, he muerto a tu padre; pero sabe el cielo que no deseaba su muerte. Hai ademas falta alguna que el remordimiento no alcance a borrar! Qué quieres? qué deseas?... Tan elevada como sea tu ambicion, tengo el poder de satisfacerla... Te arrancaré de la miseria; te aseguraré una fortuna brillante; te haré poderoso, respetado...--I feliz, no es cierto?--Quizás.--Tus dones resucitarán a tu víctima?--Servirán para levantarle una tumba...--I piensas que bajo tales condiciones perdonaré a su asesino?--Jesucristo perdonó a sus verdugos... Olvidarás mi falta para ver solo mi arrepentimiento!--Oh! no, no, esclamó Gil Perez, no rescatarás con lágrimas tu crímen, aunque hubieses de pasar tu vida entera vertiéndolas... Tu oro ha podido corromper a la justicia; pero yo seré menos venal que la lei... Seré mas severo que Dios!

Hablando de esta suerte, el hijo del zapatero cojió por el cuello al canónigo. Siguióse una lucha terrible pero corta. Una puñalada i un indecible grito de dolor le pusieron fin. Gil se inclinó sobre el cuerpo de Henriquez, como para buscar en él un resto de vida que no encontró: el sudor corria a grandes gotas por su frente; miró con amarga tristeza, con secreto espanto, la sangre que manchaba sus vestidos i manos.--Oh! Gomez, Gomez, esclamó, cuánto valor no es necesario para vengar a su padre asesinando!

III.

Con policía tan vijilante como la de don Pedro, no podia tal asesinato quedar ignorado, i era imposible que su autor se escapase por mucho tiempo de las pesquisas i del castigo. En efecto, no tardó Perez en ser aprehendido. El proceso se instruyó con estremada rapidez, porque Gil no vaciló en confesarlo todo. No tomando para nada en cuenta las circunstancias que atenuaban la gravedad de su crímen, lo condenaron los jueces a ser ahorcado, quedó su prision desapiadadamente

cerrada para todos los que amaban al desgraciado. En vano su madre vagó dia i noche por delante de las sombrias murallas de su calabozo; en vano intentó Julieta ablandar con su lloro el corazon de hierro de los carceleros; en vano quiso Gomez verse con Perez, para solicitar el perdon del infeliz a quien habian empujado al abismo; todo fracazó contra una consigna bárbara, i Gil tuvo que sacar de sí mismo fuerzas para soportar esa horrible soledad de que solo el verdugo debia arrancarle.

Entre tanto no tardó la sentencia de muerte en divulgarse por Sevilla. Instruido de este asunto, el rei curioso por conocer sus particularidades, ordenó que trajesen al condenado a su presencia.--Don Pedro, jóven entonces, en el primer período de su reinado puro todavia de los excesos i crueldades que, mas tarde, llegaron a deshonrar su memoria, se preciaba de gran veneracion a la justicia.

Se presentó Gil a don Pedro, sereno i frio, sin jactancia como sin debilidad.--Estás acusado del asesinato de don Henrriquez? le dijo el rei.--Lo he cometido.--Porqué motivo?--Para vengar a mi padre asesinado indignamente!--Don Henriquez era noble...--Don Henriquez era hombre!

I en pocas palabras, con el acento de sinceridad que no puedesalir sino de un noble corazon, contó Gil su historia a don Pedro, las razones de la venganza, la manera como se habia realizado. Gil fué elocuente, persuasivo i veraz. El rei, sin embargo, no manifestó emocion ninguna, no dejó sorprender ninguna muestra de interes, ninguna señal de simpatía; pero volviéndose al *primer assermente*:--A qué pena, preguntó, fué condenado hace algun tiempo el asesino de Antonio Perez?--A que se abstuviese del coro por un año.

Don Pedro arrugó las cejas.--Por Santiago! exclamó, la lei no puede admitir diferencias ni reconocer privilijiados. Revocamos la sentencia del capítulo, i condenamos al hijo del zapatero a que se abstenga de hacer zapatos por un año.

Al oir estas palabras tan poco aguardadas, este perdon repentino e inesperado, la fisonomia de Gil palideció; sus piernas se doblegaron, i cayó sin sentido a los pies del rei.

El gozo mata como el dolor; pero Gil, a lo que parece, no quiso morir. Cuando volvió a la vida despues de un desmayo de muchas horas, se halló trasportado a la sombra de las poéticas montañas de la Sierra-Morena, sobre las riveras floridas del Guadalquivir, junto a la casita de Gomez, delante del cielo i de las olas que no esperaba volver a ver. Oyó la voz áspera del pescador, que decia:--Eres un valiente mozo, Gil!

La voz agradecida de su madre que decia:--Bendito seas, hijo mio!

La suave voz de Julieta que decia:--Recemosle a Dios, esposo mio!

BENEDICTO GALLET.

Una distinguida artista.

Se corre que la simpática pareja THIERRY-BERNARDELLI no formará parte, como lo aguardabamos, de la nueva compañía que debe en pocos dias mas empezar a funcionar en nuestro teatro.

Si esto llegara a suceder perderiamos, sin duda, la mejor pareja de baile que hemos tenido i acaso tendremos por estos teatros.

Grandes son, segun se nos asegura, los sacrificios que los nuevos empresarios, estan dispuestos a hacer para satisfacer las exijencias de nuestra descontentadiza i difícil sociedad, esto ha sido parte para que no demos entero crédito a la voz que ha circulado sobre la partida de la señora *Thierry*.

Cuando se trabaja por formar una nueva compañia completa, nadie dudará que una artista como la señora *Thierry* no solo no está de mas en ella, sino que contribuirá no poco a que ese fin se alcance.

Estamos ciertos de ser los intérpretes de los deseos de nuestra sociedad, al pedir a la empresa de nuestro teatro, no deje abandonar, si le es posible, la capital a la simpática pareja *Thierry-Bernardelli*.

Ecos de la semana.

Santiago, junio 3 de 1859.

SUMARIO.—Los que van i los que vuelven.—Lo que dicen i maquinan dos solteras en estas tardes frias.—El cementerio del otoño.—Puertas cerradas, ideas abiertas.—De la instruccion primaria en Chile.—Conversaciones de salon.

¿Os gustan los ancianos, jóvenes lectores? Por lo que hace a mí, declaro con vuestro permiso que les tengo la mas acendrada afeccion. De los que he hallado en mi camino, pocos son los que no figuran en mi memoria entre las prendas mas queridas que el pasado nos deja transformadas en recuerdos. No tengo sino razones mui ambiguas para creer en las benéficas virtudes de mi sino; así es que pienso que, en este punto, no ha perdido la fortuna su nivel ordinario en obsequio mio, i que vosotros, como yo, al subir la colina habreis encontrado muchos que de ella bajaban, i apretando su mano, la simpatía habrá dilatado vuestro corazon. Es grato, en verdad, i sobre todo provechoso mirar esas cabezas canas que han dado la vuelta a la existenecia i leen con reposada atencion las últimas pájinas de su propia historia, tratando así de retardar el temible desenlace. ¡Cuántas alegrías, cuántos sinsabores, qué de aventuras i contrastes en cada capítulo de ese libro, reimpreso i leido cotidianamente! Lectores bisoños, hemos hojeado con presurosa indiferencia la primera parte del nuestro i comenzamos la segunda con interes codicioso: —la heroina aparece en la escena, es una Circe a menudo, i Ulises no es ahora su huésped. Fuerza es entónces buscar un Mentor. Los viejos lo son siempre para nosotros, i hai muchos que valen tanto como el compañero de Telémaco. Sus palabras, pronunciadas con lentitud, enlazadas sin esfuerzo, son siempre cuerdas, i

mas de una vez elocuentes, cuando las anima el calor de una sonrisa discreta i avara.

Si hubiese sido pintor, habria agrupado en un lienzo tres cabezas i pretendido dar con ellas la espresion de la dicha mas envidiable i duradera: —En el centro, la enérjica lozanía de la juventud impresa en el rostro varonil de un hombre a los veinticinco años; a su izquierda el májico semblante de una mujer jóven, envuelta en ese prestijioso velo que la belleza, la debilidad i el pudor echan sobre las cabezas femeninas, i a su derecha un veterano de la vida, arrugada la frente, canos los cabellos, afable la mirada. ¿No es cierto que tal cuadro simboliza la historia del alma humana? Razonador mas activo que profundo, poeta mas que razonador, el hombre jóven lleva en su ser dos elementos que luchan de continuo i rara vez armonizan: la razon que guía, el sentimiento que empuja. Dócil un momento a las inspiraciones de aquella, arrastrado con mas frecuencia por los alhagos de éste, el espíritu creador de la juventud se pervierte i esteriliza en las fatigas de la incertidumbre, cuando está obligado a andar su camino sin práctico ni compañero. Realizad, por el contrario, mi cuadro, colocad a mi héroe entre la mujer apasionada i el discreto anciano, haced que oiga alternativamente el espansivo acento del corazon i la voz cautelosa del juicio esperimentado, dad un móvil i una norma a su accion poderosa, i lo vereis tomar sin vacilaciones, recorrer sin tropiezo la senda de la felicidad. —Sentir, pensar, obrar: tales son las tres unidades de la comedia humana.

Hai, entretanto, quien piensa, i acaso vosotros, benévolos lectores, tambien pensais que la felicidad no pasa los límites de la infancia i se disipa con ella. ¡Cuántos idilios no se han compuesto para ensalzar la venturosa inocencia de los primeros años! Pero ellos son, mas que sinceros, vengativos; en buena cuenta, no son mas que un reproche, hijo del despecho, contra las adversidades del presente. Apreciada la cuestion con imparcialidad (si esta es alguna vez posible), la felicidad no existe en la infancia, porque tampoco existe la desgracia. El sentimiento dormita todavía, i la intelijencia se despierta solo a medias con el ejercicio de la memoria i comparacion, i con los aguijones de la curiosidad.

Pero hace un buen rato, a lo que creo, que os estoi hablando de viejos i jóvenes, de mitolojía i pintura, de sentimiento e intelijencia i de algo mas que ya he olvidado, cuestiones todas mui amenas e instructivas, mui conformes sin duda con el *utile et dulce* de Horacio Flacco, i que sin embargo suelen hacerse fastidiosas a la larga. Llevado de este temor, levanto mi bloqueo psicolójico i voi a contaros una historia flamante i poco conocida, asilándome así en mi primera intencion, estrictamente narrativa, os lo juro.

No hace muchas tardes ni, de consiguiente, hace mas dias que, pasando cualquiera de mis lectores por cierta calle, habria divisado sin trabajo, al traves de los vidrios de una ventana, abierta en la fachada de una casa, modesta i alegre mas que vistosa en su aspecto.... habria divisado, digo, muchas cosas; pero entre todas ellas habria distinguido i mirado, con peculiar atencion i mui complacido tambien, dos que no eran, propiamente hablando, cosas sino personas, i no como quiera personas vulgares, indefinibles a fuerza de definidas, condiciones ordinarias de fisonomía, principios jenerales de personalidad; sino dos criaturas increibles, dos nietas de Eva, que ostentaban aunados los atractivos de la belleza, de la gracia i la frescura. Es mas difícil que lo que se piensa, encontrar reunidas estas tres condiciones que, cada una de por sí, bastarian i han bastado en ocasiones para trastornar un imperio, cuánto mas una república. En efecto, los correctos perfiles de la belleza tienen cierta severidad que rara vez es graciosa, por su parte la gracia es ménos bella que risueña i bonita, i la frescura, con su injénuo candor, quita a aquella los encantos de su misterio i a ésta los secretos de su inocente malicia. La madre naturaleza, no obstante, habia constituido con feliz acuerdo, en las dos creaciones de que os hablo, esos tres poderes femeninos, tan formidables, al ménos, i tan bien avenidos, en el caso presente, como los tres poderes del Estado (que aunque son seis, tres de ellos, como es sabido, son nominales i puramente científicos).

Sentadas cerca de la ventana, sostenian, segun todas las apariencias, una conversacion tan grave como pueden permitírsela a una niña sus diez i ocho años. Un airecito de seriedad, la mas cómica i deliciosa, jugueteaba en sus semblantes casi infantiles. Hubieran ellas querido, de buena gana, parecerse a Siéyes, pero nadie habria reconocido el *fac-simile*.

—I tú tambien, Ines? decia a este tiempo la una.

—Sí, María,... La noticia te sorprende?

—No tanto como me alegra.

—De veras? Pues a mí, me gustó tambien en un principio, me gustaba ayer mismo; pero ahora....

—Qué! no te gusta ya?

—No es eso exactamente, sino que tengo miedo.

—Miedo! i de qué?... o a quién?... Acaso al que va a ser tu marido?

—Es poco temible, no es cierto? I sin embargo....

—Pero entónces....

—He soñado anoche.

—Me vas a contar ese sueño tan poco matrimonial, porque yo tambien....

—Tú tambien has soñado?

—Sí; pero díme el tuyo ante todo.

—Oh! nó; me hace mal hasta recordarlo.

—No sabes que los sueños, si se callan, se realizan?

—Me prometes no reirte del mio?...

—Qué pregunta!... Vaya! empieza.

—I decirme el tuyo en seguida?

—Sin duda.... Pero estoi esperando que principies.

—Soñé que me hallaba en un inmenso jardin. Cuantas flores conozco i muchas que jamas habia visto estaban allí, engastadas en el verde esmalte de innumerables plantas; fucsias, jacintos, magnolias, margaritas, dalias, camelias, azucenas, rosas, juncos, violetas a millares. Era un mundo entero de aromas i colores. Julio estaba a mi lado, i asidos de la mano corriamos locamente por un laberinto de calles infinitas. Aquella atmósfera perfumada, en que marchábamos envueltos, nos embriagaba deliciosamente, i nuestros ojos seguian deslumbrados las primorosas fantasías, los indecibles caprichos de aquel diluvio de matices. Nuestra carrera se precipitaba gradualmente i salvaba poco a poco todos los límites de la mas acelerada rapidez. Mi compañero no se mostraba, sin embargo, satisfecho de ella, i su marcha crecia en ve-

locidad a cada nuevo paso que dábamos. Hacia muchas horas que corriamos de esta suerte por aquellas sendas floridas, sin habernos desayunado siquiera, i ya era tiempo de comer. Pero Julio no parecia que hiciese memoria de tal circunstancia; su ardor, léjos de desmayar, cobraba por instantes nuevo aliento, i aquel paseo alado lo enajenaba. No así yo, que principiaba a ceder al cansancio i a sentirme desazonada. Me hostigaba ya el pródigo perfume de tantas flores, que mis ojos habian contemplado al principio con curiosa alegría, con indiferencia mas tarde, i al fin con hastío. En vano me esforzaba por detener la impetuosa carrera de Julio; no me oia ni sentia tampoco la resistencia de mi mano, enlazada con la suya. Llegó al cabo un momento en que las fuerzas me faltaron: abandoné su mano i caí al suelo temblando de fatiga. Julio ni aun volvió la cara para mirarme; se alejó rápidamente i desapareció a mi vista, que con trabajo pudo divisarlo un breve espacio, a la incierta claridad del crepúsculo naciente. Me ví sola, presa del pavor mas angustioso, de la mas cruel desesperacion; quise llorar i no pude, iba a gritar.... i desperté.

Dichas estas palabras, miró Inés tímidamente a su compañera, i haciendo una linda mueca burlona, con que pretendia paliar su emocion, agregó:

—Qué tontería! no te parece?

—Quién sabe! dijo María, que luchaba visiblemente con un pensamiento tenaz.

—I tu sueño? Me has prometido....

—Sí, sí;—i como hablando consigo misma, añadió luego:—Es estraña la coincidencia!

—Empieza pues.

—Viajábamos yo i don Prudencio, el que de aquí a poco será mi marido, por un camino desconocido i desierto. A uno i otro lado de la calzada se estendia una llanura sin árboles, sin verdor ni vejetacion alguna, que prolongaba su estension hasta perderse de vista. Ibamos dentro de un coche cómodo, arrastrado por cuatro caballos que trotaban con uniforme cadencia. De tiempo en tiempo me asomaba a la puertecilla del carruaje, para buscar alguna novedad en el espacio interminable de aquel estéril i monótono camino. Engañada siempre en mi esperanza, volvia a sepultarme en el fondo del coche. Una que otra vez me dirijia la palabra don Prudencio, mas empeñado en la lectura de *El perfecto vinícola*, que en dar pábulo a nuestra conversacion insustancial i pasajera. Los caballos continuaban trotando con desesperante igualdad, sin fatiga ni afan, sin prisa ni lentitud; i las ruedas daban vuelta sobre el suelo sin hallar el mas leve obstáculo a su jiro maquinal. Poco a poco me fuí haciendo insensible al suave movimiento del carruaje i me adormecí en la inaccion. Corria entretanto el tiempo i el camino no cambiaba de aspecto ni me prometia, aunque remoto, el fin del viaje.—Cuándo llegaremos, amigo mio? pregunté a don Prudencio.—Nunca, me contestó con la mas perfecta tranquilidad.—Creí entónces que iba a espirar de fastidio i desfallecimiento; me lancé a la portezuela para escaparme de mi prision ambulante... i desperté como tú.

Quedose María un momento pensativa i dijo luego a Inés:

—Qué piensas de mi sueño? No es verdad que se parece al tuyo?

—Como el otoño a la primavera.

—El uno trae el invierno i la otra el verano.....

—I nuestros sueños nos traen tambien un aviso.

—Acaso!

—Sí, no cabe duda.—Mi futuro es demasiado jóven.

—I el mio sobrado viejo.

—Julio nunca piensa sino con la imajinacion.

—I don Prudencio con el raciocinio i el cálculo.

—Las novelas i los versos lo cautivan de un modo esclusivo i temible.

—Como al mio las viñas i las ovejas.

—Tiene mucho corazon Julio, pero poca cabeza.

—Si don Prudencio no tuviese tanta!

Guardaron las niñas breve silencio, hasta que saltó Inés, cambiando de tono:

—Te pesaria quedarte soltera?... nó para siempre..... sino por ahora.....

—Qué idea!.,.. no es posible..... arreglado todo como está...,..

—Lo mismo me pasa a mí, i sin embargo.....

—Qué?

—No me caso.

—Pero tu mamá ha dado su consentimiento no permitirá;.....

—He imajinado un medio de salvar ese inconveniente.

—Cuál?

—Hacer que Julio desista de propio motivo.

—I cómo?

—Diciéndole, cuando venga esta noche, que quiero, una vez casados, que arrendemos una chácra para poner una lechería. I en consecuencia, le rogaré que me lea *El arte de hacer quesos*.

—Ai! no me queda a mí tal recurso.

—Por qué no?

—Porque nada querria mejor don Prudencio que ese aprendizaje.

—Pero no querria leerte una novela.

—Es cierto! i podria..... mas no tengo ningun libro en casa; a mi tio no le gusta que yo lea.

—Creo que mi hermano trajo uno en dias pasados. Mi mamá me ha prohibido el leerlo, no el prestarlo; va a servirte a las mil maravillas. Debe de estar sobre aquella mesa.

—Ah! sí, aquí está; es *La Dama de las camelias*.

—Te la presto por esta noche.

. . . . . .

Al dia siguiente, la madre de Inés recibia una carta de Julio, i el tutor de María otra de don Prudencio; renunciaban entrambos al matrimonio, aquel por no hacer quesos, éste por no leer *La Dama de las camelias*.

En último análisis el oríjen de toda existencia animal no es quizá sino el movimiento, i en todo caso es este el medio obligado por donde la vida se dá a conocer. Se engañaria mucho, sin embargo, el que dominado por esta creencia declarase a nuestra sociedad materia inerte, porque penetrada de frio i de reposo, se mantiene en sedentaria apatía i no se deja ver en la Alameda. Le acontece a este paseo lo que a los hombres caidos en desgracia, que ven desaparecer, con los vestidos de la prosperidad, la muchedumbre de sus amigos. La alameda ha perdido a un tiempo su follaje i sus paseantes.

Apénas si allá en cuando, unos cuantos amigos fieles a su infortunio i soledad recorren sus calles con semblante receloso i acosados del frio. Entónces la conversacion recae naturalmente sobre lo que todos sentimos ¡ai! demasiado bien, sobre la estacion.

—Me gustaria mucho este tiempo si fuese ménos

crudo,—decia anteayer un optimista aficionado al *comfort*, envuelto en una ancha capa, con que encubria el *scotchman*, superpuesto a un *paletot* dentro del cual se escondia una levita.

—El otoño tiene para mí un encanto inconcebible,—observó un poeta lírico.—Es ahora cuando puede comprenderse que la vejetacion ha vivido, porque la vemos morir, i esas hojas que mudan de color i caen son los síntomas de su agonía.

—Es triste, mui triste!—esclamó con acento dolorido un poeta elejiaco.—Este paseo ha dejado de ser tal, para convertirse en el Cementerio del Otoño.

——

La apertura del teatro continúa en el estado poco satisfactorio de simple esperanza.

El Congreso ha abierto sus sesiones el miércoles último, lo que acaso os interese saber e ignorábais probablemente.

——

Un *quid pro quo*, ocurrido esta semana, ha hecho reír a muchas personas a espensas de una sola, lo que, bien mirado, es bastante equitativo.

La señora X..... cuyo buen gusto i elegancia son proverbiales, recibió tres dias hace una visita. Era un caballero de provincia que su marido ausente le recomendaba.

Presentó este a la interesante dama sus respetos i la carta de introduccion, que fue abierta i leida aparentemente. Terminado lo cual, preguntóle la señora X... con amable sonrisa:

—Cuál es la gracia de Vd., señor?

—La mas desgraciada, señora; la ha leido Vd. sin poder retenerla.

—De veras?.... Ah! ya caigo.....

El provinciano terminó su visita como la habia empezado, es decir, anónimo; i salió a la calle para soplar a la oreja de cuantos conocidos hubo a mano que la señora X... no sabia leer!

Entretanto, las campanas del progreso tocan a muerto por la Sociedad de Instruccion Primaria.

——

La conversacion continúa siendo el entretenimiento capital i esclusivo de los mejores círculos. Oigamos, si os place, un instante lo que se dice.

Uno (*entrando*).—Qué frio!

Otro (*que ha entrado*).—Lloverá?

Un tercero.—Me parece que está helando.

Un abogado (*a media voz*).—Poco importa; la temperatura no influye en los pleitos.

Un agricultor (*alto*).—No diga Vd. tal! Si las nubes no se hacen mas jenerosas, las cosechas serán malísimas.

Un comerciante.—Como es ahora el estado del comercio, que está postrado.

Un médico.—La estacion se muestra únicamente propicia al desarrollo de unas pocas enfermedades sin persistencia.

Un militar.—Descuide Vd, doctor, Pasado el invierno, tendrá V. bastantes *sujetos* para sus autopsias; le ofrezco, por mi parte, quinientos araucanos.

Un escéptico.—Lo que bien podria no ser así.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

A nuestros suscriptores.

Las dificultades consiguientes al buen arreglo de la reparticion de un periódico, han hecho que hasta ahora no hayamos podido repartir la *Semana* con la exactitud que deseamos.

Como es mui posible que algunos de nuestros suscriptores no hayan recibido el segundo número, les suplicamos nos dispensen, i se sirvan mandarlo reclamar a esta imprenta o pedirlo al repartidor.

Para el próximo número empezaremos a publicar la lista de nuestros suscriptores, habiéndonos sido imposible hacerlo en este, como lo habiamos prometido, por los motivos mas arriba indicados.

Indice.

Al fin de cada semestre recibirán nuestros suscriptores un índice de las materias contenidas en todos los números del periódico salidos en ese espacio de tiempo, juntamente que una portada por si desean encuadernarlo.

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Reunido un número regular de suscriptores empezarémos a formar la BIBLIOTECA DE LA SEMANA, a que se refiere nuestro prospecto, dando lugar en ella a lo mas nuevo e interesante que se escribe sobre novelas, historia, viajes, etc.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones únicamente en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Junio 11 de 1859. Núm. 4.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JUNIO 11 DE 1859.

Juicios europeos de un escritor americano.

Una imprenta de Paris acaba de dar a luz un libro interesante que lleva por título: *Ensayo sobre el gobierno en Europa, por A. Montt.* La materia de este libro es europea, su autor americano. Aunque en otro órden, los hijos del Viejo Mundo hacen frecuentemente algo parecido a esto: toman de nosotros las materias primeras i las transforman en sus manufacturas.

Es sin duda conocido para muchos de mis lectores el nombre de don Ambrosio Montt, redactor del *Mercurio*, como fue hace algunos años, su corresponsal despues desde Europa, i colaborador de varias publicaciones periódicas ántes de ser redactor i corresponsal.

Fruto parece que es el libro citado de las detenidas observaciones que ha tenido su autor ocasion i voluntad de acopiar, en cinco años de viajes por Europa i de residencia en sus centros mas populosos i activos.

«El *equilibrio*, o sea la unidad de la espada, el *cristianismo*, la unidad de la fé, i la *opinion*, la unidad del criterio i de las costumbres: tales son las tres bases sobre las cuales descansa ese admirable monumento que se llama civilizacion o *unidad de la Europa*.» Son estas las palabras con que termina el autor la primera parte de su libro, presentando así en compendio un enigma curioso i sorprendente, que las ideas i razonamientos de que va precedido no descifran sino a medias. En verdad que la coaccion de la espada, el imperio de la fé i la influencia de la opinion son tres elementos poco homojéneos, que constituyen otros tantos poderes mal dispuestos a avenirse entre sí. De suerte que, a pesar de la pródiga amplitud de significacion que el autor les concede, su enlace no es afortunado, i el concierto que resulta, si puede llamarse un monumento admirable, nunca podrá serlo a lo menos por su duracion. No es preciso ser mui medroso para temer por la civilizacion de la Europa cimentada en tales apoyos; pero, es fuerza estar mui deseoso de ver, para contemplar su unidad en la existencia simultánea de tres entidades que, si no son enemigas, no se dan tampoco la mano.

La segunda i tambien última parte del *Ensayo* analiza los ajentes de la civilizacion europea, que la índole de las razas preponderantes clasifica naturalmente en dos grandes secciones: los Latinos i los Anglo-Sajones. Personifica la Inglaterra de un modo esclusivo la influencia anglo-sajona i la Francia representa hoi la influencia latina, que empieza a sentirse débil i fatigada i vé un rival poderoso, i usurpador en la enérjica accion de la primera, mucho mas jóven i de consiguiente mucho mas fuerte que ella. La una declina de su apojeo, adonde va a tocar la otra.

Sobre esta trama ha tejido el autor su obra con tino i habillidad. Leyéndola se echa de ver sin trabajo, que es un escritor de mundo, lleno de sagacidad i buena crianza. No se afana mucho por mantener la nacionalidad del idioma, usa de él con soltura i gracia, i así comunica a su estilo facilidad i movimiento. Jamas se da prisa a resolver la cuestion, fija el punto de partida, se pone en marcha i llega al fin deseado con segura tranquilidad; sin que el lector, por su parte, haya recordado muchas veces el camino andado, ni asustádose

del que tiene delante.—Aun habria que decir muchos bienes del libro en cuestion, si los elojios, como la crítica i acaso mas que ésta, no exijiesen autoridad competente.

Observando el Sr. Montt, en los paises que ha visitado, los hechos mas constantes i jenerales que forman su vida actual, se ha empeñado en conciliarlos unos con otros i cifrar en su conjunto la razon de existencia de la civilizacion europea. Apasionado del hecho? que pocas veces se niega a justificar, alejado del derecho, que no siempre armoniza con el hecho, concede a aquel la fuerza de este i se engaña con la realidad. Profesa la práctica por sistema, adora en el triunfo de la accion consumada, i desdeña los principios que no han salvado los umbrales de la teoría. Así es que a la par acepta i reconoce por instrumentos de la civilizacion, el equilibrio europeo tal como hoi existe, los ejércitos permanentes en su planta actual, i la intervencion de las grandes potencias en los negocios de las pequeñas, por una parte, i por otra, la tolerancia relijiosa, el libre exámen i la libertad de la prensa. Su múltiple accion prepondera i con ella la unidad, la justicia i el bien. El Sr. Montt sabe latin i acaso ha hecho memoria de las palabras de Lucano: *Causa dis victrix placuit*.

La realidad, sin embargo, tiene tambien sus ilusiones de óptica, i es fácil ser deslumbrado por el esplendor de sus victorias. Pienso que no ha dejado de ceder un tanto a tal fascinacion el autor del *Ensayo*, cuando se detiene a contemplar el estado de la Inglaterra i de la union americana, las maravillas de su organizacion, la liberalidad de sus instituciones, los prodijios de su cultura i el bienestar i felicidad de sus hijos. Son por cierto grandes esos dos pueblos i ofrecen al mundo un ejemplo de cordura i vigor mui envidiables; pero no creo que ellos sean tan grandes, cuerdos i poderosos, que no tengan flaquezas, defectos i debilidades mui notables; ni creo tampoco que la raza latina adolezca de vicios mas capitales que los anglo-sajones i fuese ménos favorecida de la suerte en la reparticion de virtudes i buenas prendas. Hai, sí, una circunstancia que influye bastante en el porte mas o menos ventajoso con que se manifiestan una i otra raza, circunstancia que nace de su carácter respectivo. El amor patrio i la discrecion son dotes marcadísimas en el ingles, en el norte-americano i en cualquiera otro de oríjen semejante, i unidas con una vanidad nacional un si es no es excesiva, infunden en cada uno de ellos el deseo de realzar el prestijio de su pais i mantener, con la propia importancia i reserva habituales, entero su buen nombre, ocultas sus miserias. Es raro oir a un ingles que se lamenta del pauperismo i degradacion horribles de la plebe de Lóndres i de otras ciudades populosas, de la propiedad territorial, monopolio de unos pocos, de las farsas electorales, de los *meetings* o mascaradas políticas i de algunas otras calamidades británicas; un ciudadano de la Union jamas se acuerda sino de su marina mercante, de sus manufacturas colosales, de Nueva-York i del presidente Washington; pero nosotros los miembros de la raza latina, aficionados a llorar o reir e incapaces de toda gravedad, nos complacemos en escarnecer las flaquezas i ridiculeces de nuestro hermano el vecino, tarea que suspendemos de tarde en tarde para jimotear sobre nuestros propios infortunios, no siempre reales. Somos los hijos pródigos de la sinceridad.

Me parece que el Sr. Montt es demasiado severo con las teorías i los sistemas, que si producen, es cierto, en ocasiones la utopia, auxiliadas de la lójica formulan a menudo las prescripciones de la moral i se hacen así una norma excelente en el curso de las aplicaciones. Son ellas los ajentes del progreso indefinido de la humanidad i, en consecuencia, una voz amiga que consuela i alienta a los que viven desheredados del presente i, con ánimo recto i tenaz, soportan sus traveses pasajeros i esperan en el dia de mañana. I no creo por otra parte, que sea esta una creencia ilusoria i estéril. Es fecunda en recursos para la desgracia, que se preserva con ella de la depravacion, i es verdadera por mas argumentos que se la opongan. No hai

sino observar a la humanidad en su historia para conocer que anda. Sin tener la fé de Galileo, se puede responder a los que la condenan al reposo: *E pur si muove.*

¿Quién negará que la práctica i la esperiencia son útiles i positivas, asibles i provechosos sus resultados? pero no llevan en su seno toda la existencia ni, mucho ménos, son todo el código de sus leyes. La costumbre ha sido proscrita de la lejislacion moderna mas perfeccionada, los hechos son fugaces i transitorios i el mundo moderno por fortuna no tiene que sufrir el yugo de una nueva lei, que seria tan ciega, tan absurda como la del mundo pagano cuando dijo (mis lectores me perdonarán esta nueva cita latina:)

Fata volentem ducunt, nolentem trahunt.

Domingo Arteaga Alemparte.

De los trabajos literarios en Chile.

Tiempo es ya de establecer en este mundo la dignidad de los talentos secundarios.

Eujenio Pelletan, *Horas de trabajo.*

Las bellas palabras que por epígrafo de este artículo hemos tomado, deben ser la divisa de todos en la difícil carrera de las letras. Sí, ya es tiempo de reconocer que es digno de aprecio para todo el que aspira al bien de la humanidad i de su patria, esta hermana predilecta de cada cual en la gran familia humana, el puesto de talento secundario. No es solo la luz de los planetas la que alumbra i fecundiza nuestro globo; sus satélites le envian tambien sus resplandores, su calor i su luz, contribuyendo al desarrollo magnífico de la creacion. El orgullo debe, pues, dejarse a un lado cuando se trata de entrar como labrador en el fecundo i elevado campo de la intelijencia, porque todo esfuerzo, toda tentativa hecha para enriquecer la mas brillante herencia del ser nacional, recibe las mas veces del mundo su merecida recompensa.

Tambien nosotros, como muchos, hemos arrojado a veces la pluma con el invencible desaliento del desengaño; tambien, en medio del trabajo, hemos creido divisar la sardónica sonrisa de una sociedad a quien egoista i apática se ha hecho casi una costumbre el apellidar; pero despues hemos querido profundizar las causas que helaban nuestro entusiasmo, nos hemos acercado para divisar esa sonrisa i percibir mejor la hiel de su sarcasmo: nuestra indagacion, lejos de traernos desaliento, ha vigorizado nuevamente nuestra fé i, tratando de palpar mas de cerca, el egoismo tan decantado de la sociedad, lo hemos visto reducido en escasos i miserables círculos, que apenas merecen mencionarse, donde el soplo del materialismo o de la envida ha apagado la llama divina del espíritu. Entonces hemos creido de nuevo en la eficacia de los esfuerzos secundarios, hemos encontrado muestras de aprobacion donde solo creimos cosechar indiferencia i desprecio i seguimos adelante nuestra humilde tarea, confiados en el porvenir i apoyados en el noble deseo de arrojar una piedra siquiera en los cimientos del inmenso edificio del progreso comun.

A las inquietas declamaciones de los que, sintiéndose con fuerza, abandonan la tarea culpando a la indiferencia de la sociedad, nosotros responderemos diciéndoles que busquen en su voluntad la enerjía que su propia indiferencia les roba i hallarán en el trabajo i la perseverancia su propio desengaño. Chile se encuentra ahora como esos campos que solo esperan la mano del cultivador para rendir frutos abundantes i sazonados; la civilizacion ha arrojado ya los cimientos que preparan la intelijencia: tened constancia i vereis convertirse en flores las que creiais zarzas i malezas. No es el aprecio por los trabajos literarios lo que falta, es la constancia i el entusiasmo de los que pueden cultivarlo.

El viejo mundo se nos dirá, nos envia las producciones de su mas cultivado espíritu i las fuerzas desmayan a la sola idea de luchar con su inmensa superioridad. Nuestras convicciones a este respecto, sin apoyarse en una presuncion pueril o desmedida, nos alejan de semejante temor. Nosotros creemos que la literatura no es un palenque donde cada campeon, para obtener los aplausos de los espectadores, necesita sobrepujar a los demas i terrasar al adversario con el bote de su lanza. En el campo pacífico del estudio, negamos que deba haber contendores i rivales: las intelijencias, por el contrario, se dan la mano para ayudarse en la empresa i el público acoje los ensayos de cada cual, apreciándolos tarde o temprano en lo que valen i animado las mas veces de induljencia por todo lo que es obra de los que han nacido en el mismo suelo. La desdeñosa apreciacion de alguno que solo se precie de leer libros de allende los mares, ademas de ser un juicio que por su peso a nadie arredra, merece mirarse como una opinion aislada i no como la fórmula del sentimiento social. A ménos de ser un libro cuya comprension demande conocimientos previos i especiales, las producciones de amena literatura encuentran en nuestros círculos ilustrados una acojida benévola i cordial.

En el dominio de las letras, sobre todo, nunca las sociedades han tenido que buscar a sus trovadores o novelistas, sino que éstos han debido inspirarles, por sus trabajos, el gusto por tan hermosa ocupacion del espíritu. Desde los cantos informes de algun oscuro bardo del Ejipto, que buscara su inspiracion en las misteriosas leyendas de la civilizacion

primitiva, hasta los que en nuestros dias han marcado con su jénio una época en el catálogo grandioso de los siglos, no creemos que ninguno haya esperado que la sociedad a quien iba a dirijirse, fuese un juez competente para apreciar las obras de su injenio. Todos ellos, por el contrario, han hecho resonar su voz en medio de sociedades que no se hallaban preparadas para oirlas, salvando las épocas modernas solamente, i esas sociedades, las mas veces, han escuchado su voz, alentando sus empeños.

Entre nosotros, ademas, la crítica ha perdido sus mordaces i punzantes sarcasmos, que en tiempos no lejanos, despleglara contra todo el que pretendía dar un paso en la via literaria: los escasos juicios que en los últimos tiempos ha producido nuestra prensa, en análisis de obras nacionales, han llevado el sello de la jenerosidad i del buen criterio reconociendo el mérito i atenuando con induljencia los defectos.

Nada se opone, pues, a que todos los que sienten el noble deseo de emplear su pluma al servicio del porvenir literario de Chile, ensayen sus fuerzas en favor del cultivo social al que todos deben su parte en la esfera de sus alcances, sin retraerse jamas por la modestia de la ofrenda, o la pequeñez del impulso que sean capaces de dar a las conquistas de la civilizacion, por medio de la poderosa palanca de las letras. Siendo nueva, ademas, nuestra sociedad, la mision de los escritores del dia es echar los cimientos de un edificio que mas diestros artífices, despues, vendrán a enriquecer i a completar. Las sociedades americanas en jeneral, i la chilena entre ellas, no han llegado aun, en punto a cultura literaria i científica, a esa especie de saciedad que parece al presente aquejar a los grandes mundos europeos. El espíritu de los pueblos jóvenes se alimenta con mas sencillas producciones que el ya gastado de las naciones que han vivido mucho de la vida intelectual; entre nosotros puede ser nuevo lo que solo arrancaría al refinamiento de aquellos pueblos, una fria mirada de compasiva indiferencia. En América, pues, suelo pobre aun de notabilidades literarias, puede reclamarse mejor que en cualquiera punto de Europa la consideracion i el apoyo para los talentos secundarios: de ese modesto círculo, bien podría mas tarde adelantarse el hombre en cuya frente el dedo de Dios hubiese estampado el sello resplandeciente del jénio.

Pedir, por otra parte, a nuestra naciente literatura una completa orijinalidad, es exijir la ajilidad del adulto al niño que empieza a dar sus primeros pasos apoyado en el brazo de su madre. Aspirar a obtener esa orijinalidad ántes que el estudio haya madurado las dotes naturales de la intelijencia, es presumir mui alto, sin razones para ello, i olvidarse de que todo ha menester de un principio para alcanzar despues al perfeccionamiento deseado. La marcha progresiva de la civilizacion a travez de los tiempos i de las naciones, nos manifiesta que cada pueblo ha recibido de otro las primeras bases de su futuro progreso i que esa civilizacion en su paso ha ido enriqueciéndose con lo que cada raza ha podido legarle despues de recibirla de otros climas. En esa marcha colosal emprendida desde la India (la primera cuna de las ideas puestas al servicio del progreso) a las ardientes rejiones del Ejipto, de allí a Fenicia, de ésta a la Grecia, i de la Grecia a la Italia, que envió sus irradiaciones a todos los puntos de la Europa, ningun pueblo ha desdeñado los beneficios de las luces por no haber tenido orijen en su seno. Lo que se observa de la civilizacion en jeneral, puede aplicarse a la literatura, esta espresion mas avanzada de la cultura social. Nosotros, al recibirla de Europa, no debemos desmayar porque parezca haber llegado a su apojeo; talvez la América está llamada a enriquecerla, siguiendo la lei que la historia puede atribuir a la naturaleza. La orijinalidad, ademas, no es obra de unos cuantos años ni de una sola jeneracion; siendo una espresion del perfeccionamiento jeneral, debe formarse de los adelantos progresivos de las jeneraciones que van sucediéndose, las que buscarán su inspiracion en su clima, sus costumbres i su suelo, dándole necesariamente la nueva forma que ha de constituir su ser con la marcha de los tiempos.

Volveremos a repetirlo: lo que se opone, entre nosotros al desarrollo literario, es principalmente la propia apatía de los que pueden ayudarlo. Si le falta el impulso de estraños auxilios que pudieran vigorizarla en su marcha, punto que aquí no tocaremos, esos auxilios pueden conquistarse, estamos ciertos, con la perseverancia i el estudio de los que inician la obra, animados de desprendimiento i buena voluntad. Si la vida material está ceñida a los estrechos límites fijados por la naturaleza, la vida intelectual no reconoce término ni valla, por que no pertenece al hombre aislado sino a la humanidad, su savía es la herencia de los pueblos. Qué importa que despues del trabajo los resultados sean modestos i oscuros: valdrán al menos una ofrenda que habremos depositado en el altar de la civilizacion i que será recojida por todos los que crean con sinceridad en la grandeza del porvenir!

Mayo de 1859.

ALBERTO BLEST GANA.

La brisa.

Nuestra vida se desliza
Cual la brisa
Sobre las olas del mar,
Pues que siempre vá corriendo
Removiendo
Nuestra dicha sin cesar.

I cual ella no nos deja

Ni una queja
De oculto i traidor afan,
Pues las penas, los amores
I dolores
Tambien con ella se ván.

Mas la brisa a cada instante
Vaga errante
Sobre pintado verjel,
I talvez con embeleso
Lleva el beso
De la rosa i el clavel.

Asi nuestra alma pasando
Va gozando
De una májica ilusion,
I busca para su gloria
La memoria
De un amante corazon.

I a la brisa sus pesares
I cantares
Dice amante el trovador,
Pues le trae en blando jiro
Fiel suspiro
Del objeto de su amor.

En su canto dolorido
Suspendido,
Se extasía con pasion,
Porque el aura grata i queda
Le remeda
Cuanto dice el corazon.

I ya espresa el sentimiento
Vago, incierto
De la ardiente juventud,
O ya melodiosa jira
Cual suspira
Menlancólico el laud.

Luego pasa silenciosa
Vaporosa
Sobre el tallo de una flor,
I le alaba sus primores
I colores
Murmurándole su amor.

O ya riza dulcemente
La corriente
De un arroyo jugueton,
O bien canta a la azucena
Cuanto pena
Por decirle su pasion.

Yo amo esa brisa i sin cesar anhelo
Gozarla en la estacion florida i bella
Cuando su réjio manto viste el cielo
I es un rico diamante cada estrella.

Cuando de verde se reviste el campo
I despide la flor su grato aroma,
Cuando calienta el sol con tíbio lampo
I canta sus amores la paloma.

La pena a veces con su amarga hiel
Del placer i la dicha nos despoja,
Como de otoño la ventisca cruel
Arranca de los árboles la hoja.

Es grato entónces espaciar el alma
Por la azulada i silenciosa esfera,
I contemplar en deleitosa calma
De los Andes la blanca cabellera.

Yo amo esa brisa deliciosa i pura
Que recoje perfumes del oriente,
I me gusta sentirla en la espesura
Resbalando fugaz sobre mi frente.
Yo amo del bosque la encenada oscura
I me embriaga el murmullo de la fuente:
Me siento renacer cuando la brisa
Arranca a cada flor una sonrisa.

Mayo de 1859.

CAMILO H. COBO.

La Sarjenta (a) Candelaria.

Hace dos años a que en una de esas largas i pesadas noches de invierno me hice conducir por un amigo a casa de la Sarjenta Candelaria. Siempre habia tenido el deseo de conocer a esta heroina i de pedirle que me refiriese ella misma la historia de las gloriosas proezas con que ilustró su nombre, durante la segunda campaña restauradora del Perú.

Desde las primeras palabras que se cruzaron sobre este tema, pude conocer que estaban vivos en ella los recuerdos de Ancach i Pan de Azúcar i que ni la distancia de los sucesos ni la influencia de una naturaleza enfermisa habian alcanzado a amortiguar la enerjia de su espíritu. El alma del soldado latia en su pecho i sus palabras, sus actitudes mismas se animaban de una ardorosa espresion cada vez que le llegaba el turno en el relato a alguna de las peligrosas aventuras de su vida militar.

Lijeros apuntes anotados entonces i corroborados mas tarde por la compulsa de documentos i por la aseveracion de testigos presenciales son los que hoi van a servirme para delinear algunos razgos biográficos de la Sarjenta Candelaria.

El tema es digno de la prensa. Tiempo hubo en que la fama de ese modesto nombre se estendió por todos los ámbitos de la República, inspirando por do quiera la simpatía que inspira el heroismo i conquistando el poderoso ascendiente que ejerce sobre la imajinacion del pueblo todo cuanto sale de la marcha ordinaria de los sucesos humanos. Una mujer sobreponiéndose a su sexo, combatiendo animosa en los campos de batalla i excediendo en valor i en entusiasmo a los mas bravos, se-

(a) Dispensen los puristas si esta *a* les suena mal. A trueque de conservar la designacion que da el pueblo a un nombre glorioso, vale la pena de hacer un desaire a la Gramática.

rá siempre un tipo de elevado interes, sea cual fuere el rol que le haya cabido desempeñar. Si es grandiosa la figura de Juana de Arc, salvando en Francia la relijion i el trono, no por eso pierde sus poéticos colores la imájen guerrera de la Amazona a quien creaciones fantásticas nos pintan encarnizada en los combates.

Chile ha tenido tambien sus Amazonas, i ninguna por cierto mas digna de este nombre que la heroina de Yungai.

No entraremos en minuciosos detalles sobre todas las incidencias de su vida. Mecida en humilde cuna, la época de su infancia i la de su primera juventud nada ofrecen que pueda interesar a los lectores.

El año de 1833 la encontró en Valparaiso al servicio de una familia holandesa que se preparaba para ir a establecerse en el Callao. Ese instinto aventurero que caracteriza a nuestro pueblo i que ha poblado de chilenos casi toda la costa del Pacífico, la indujo a seguir a sus patrones, aceptando propuestas de una mediana conveniencia.

Poco tiempo habia trascurrido despues de su llegada al Perú i ya un disgusto con aquellos la privaba de los únicos recursos, de la única relacion con que podia contar. Fué en vano que intentara volverse a Chile; sabido es que por lo que hace a estar quemadas las naves, todo pobre en pais estraño se llama Hernan Cortez.

I sin embargo, como no hai mal que por bien no venga, segun lo asegura un adajio, quizá fué la buena estrella de la Sarjenta quien le suscitó esas dificultades. Vuelta a su pais i lejos de los sucesos que la ligaron mas tarde a las glorias del ejército restaurador, el nombre de Candelaria Perez se habria perdido en la oscuridad i en vez de hacer eco en dos repúblicas, apenas habria tenido otro teatro que algun apartado barrio de nuestras ciudades.

Sea como quiera, el hecho es que no pasaron muchos meses sin que la Candelaria se estableciera de una manera ventajosa, merced a la proteccion desinteresada de un ingles que la habilitó para que pusiera una fonda. Ocupada de este negocio, en el que permaneció hasta el arribo del ejército chileno, ofrecierónsele repetidas ocasiones de desplegar su carácter altivo i sostenido, con cuyo auxilio logró tener a raya a la jente *non sancta* que de ordinario frecuenta los establecimientos de esa clase. Su reputacion de valiente se habia estendido por el pueblo i no fué despues una sorpresa para los habitantes del Callao el saber que *la chilena*, como ellos la llamaban, habia pasado a ser la bizarra Sarjenta del ejército restaurador.

Lleguemos de una vez al año de 1838. Declarada la guerra entre Chile i la Confederacion Perú-Boliviana, el Jeneral Guarda uno de los mas decididos sostenedores del protector, habia sido nombrado por éste gobernador del Callao. A mas de los magníficos preparativos de defensa que convertian el castillo de Felipe IV en una fortaleza inespugnable, aquel activo lugar teniente tomaba todas las medidas de policía militar que le aconsejaban los apuros del momento o las animosidades consiguientes al estado de guerra. Los chilenos, víctimas en el resto del Perú de una persecucion encarnizada, no podian esperar suerte distinta en el Callao; asi es que no bien habia asomado nuestra escuadra tras de la isla de San Lorenzo, cuando ya se les ordenaba abandonar el puerto en el perentorio término de veinte i cuatro horas i bajo apercibimiento de severas penas.

La Candelaria que hasta entonces se habia mantenido consagrada esclusivamente a su negocio tomó el asunto a pecho i determinó no solo burlar la órden sino mantener una activa comunicacion con la escuadra. Entendióse para el efecto con el capitan de un buque norte-americano que secundó sus miras a medida del deseo, conduciéndola a bordo i volviéndola a tierra diariamente. Fácil es medir las ventajas que de esta comunicacion podian reportar los jefes chilenos; pero como la empresa tenia sus peligros, ellas no fueron mui duraderas. Una esclava de la misma Candelaria instruyó a la autoridad de lo que ocurria i unos cuantos soldados hicieron lo demas. Pocas horas despues nuestra heroina se encontraba cargada de cadenas en un oscuro i estrecho calabozo, sufriendo insultantes burlas de sus guardianes i privada hasta de las mas lijeras comodidades de la vida.

En tan triste situacion, ella veia pasar los dias i los meses sin que viniera a consolarla ninguna esperanza de libertad. Habia oido el cañoneo cuando el ejército restaurador entró a Lima; mas como las tropas de la Confederacion permanecian dueñas del puerto, no dudaba de la derrota de los chilenos, que por otra parte le confirmaban los carceleros, molestándola con la idea de una próxima ejecucion.

Quiso al fin la suerte que cierto dia pasase el jeneral Guarda por la puerta de su calabozo i que ella pudiera llamar su atencion i obtener una audiencia. Por esa secreta simpatía que hai entre almas de temple enérjico, el jeneral se dispuso bien hácia la prisionera, i despues de haberle oido impugnar en términos acres i casi descomedidos la conducta de sus propios ajentes, acabó por ponerla en libertad.

Escusado parece decir que su primera diligencia fué dirijirse a nuestro ejército, todavia acantonado en Lima i que allí recibió de sus futuros compañeros de armas la entusiasta acojida a que la hacian acreedora su decision i sufrimientos. El jeneral Búlnes, que ya antes habia intentado con empeño su rescate, le dispensó tambien espresivas muestras de aprecio i simpatía i la hizo partícipe de la suerte del ejército, asignándole un sueldo i ocupándola en asuntos del servicio.

Como su larga residencia en el Callao le habia dado el conocimiento práctico de las localidades, confiósele desde luego la comision de dirijir avanzadas que pusieran en alarma a los del castillo. Unida para el efecto a una compañía del Carampangue, no dejó pasar una sola noche sin hostilizarlos, matándoles jente, echando salitre en los pozos de donde bebian los soldados i esparciendo proclamas en los contornos mismos de la fortaleza. Durante los treinta o mas dias que duraron estas escursiones manifestó por su bravura, ni una vez desmentida, i por el acierto de sus movimientos que era digna de la confianza con que la habian distinguido sus jefes.

Mientras esto ocurria, llegaba Santa Cruz con su brillante ejército a las puertas de Lima. Esta posicion era desventajosa para el nuestro; así es que obligado a desalojarla, tomó naves en Ancon i desembarcó en Huacho a la mañana del siguiente dia. Fraccionado allí en dos grandes divisiones, encaminóse primero una de ellas hácia la provincia de Huailas, siguiéndole los pasos no mucho despues la otra al mando del jeneral Torrico. La Candelaria iba incorporada en esta última.

Yo la dejaria llegar silenciosamente hasta el pueblo de Huaraz, capital de aquella provincia, si durante la penosa travesía que conduce a él, no hubiera hecho otra cosa que participar de las fatigas del ejército. Pero es el caso que en Chiquian, aldea intermedia, tuvo lugar un suceso digno de especial mencion.

Cansados los nuestros, despues de una larga jornada, se entregaban al sueño i a los pasatiempos, sin cuidarse de una numerosa partida que, al mando del jeneral Moran rondaba los contornos. Todo estaba en la descompostura de un ejército ajeno del peligro, cuando se hizo saber a Torrico que una avanzada enemiga se acercaba. Ignorante este jefe del número de tropas que venian sobre él i temeroso de comprometer un encuentro en la desventajosa posicion que ocupaba, dió inmediatamente la órden de marcha i entregó, como medida preventiva, cincuenta soldados a la Candelaria para que trepando sobre un cerro inmediato, espiara a los contrarios i les resistiese si preciso fuera. No bien se habia cumplido esta disposicion, cuando una respetable partida de siete compañías enemigas tomó la falda del cerro. La situacion era crítica. Sin medios de escapar i viendo que el ejército se retiraba a marchas redobladas no habia otro partido que entregarse o desafiar la muerte en una lucha desesperada. Nuestra heroina se decidió por este último, i despues de haber desplegado su jente en guerrilla, dió principio a un vivísimo fuego que obtuvo digna contestacion.

Prolongóse la lucha por tres horas. Sea que faltase a los contrarios el empuje necesario, sea que no se resolviesen a trepar la altura por no divisar una prudente compensacion entre el peligro i los resultados de la empresa, el hecho es que la noche sobrevino, sin que el combate se hubiese decidido.

Un indio desertor llegó entonces por fortuna a la posicion de los chilenos. La coyuntura no podia ser mas ventajosa para éstos, que desconociendo absolutamente las localidades, mal podian tentar una escapada al amparo de la oscuridad. Asi pues, arriesgando el todo por el todo i resueltos a morir si la fatalidad o la traicion los contrariaba en su tentativa, dejaron su puesto i se entregaron a la discrecion del indio para que los condujera a Recuai.

La suerte les fué propicia. Despues de haber marchado toda la noche por caminos estraviados, llegaron a ese pueblo a las siete de la mañana.

El jeneral Torrico, que tenia fundados motivos para no esperar a la Candalaria i a los suyos, encontró apenas palabras bastantes con que encomiar su heroismo i quiso que ella misma fuera a Huaraz a dar cuenta de lo ocurrido al jeneral en jefe. Data desde entonces su grado de Sarjento.

No pasaron muchos dias sin que las dos divisiones del ejército formaron un solo cuerpo, ni pasaron mucho tampoco sin que Santa Cruz llegara en su busca.

Mientras los restauradores mantenian su cuartel jeneral en Caraz, el protector establecia el suyo en Ancach. Preciso fué buscarlo en esta excelente posicion, i ya el 19 de enero de 1839 solo dos jornadas escasas mediaban entre ambos campamentos.

Preámbulos sangrientos precedieron a la gran batalla que dió en el siguiente dia tantas glorias a las armas chilenas.

La altura de Pan de Azúcar, elevada sobre una pendiente casi perpendicular habia sido coronada con cinco compañías federales, que debian protejer a mansalva el campo enemigo. Lanzarlas de su puesto era empresa tan temeraria como importante. El coronel peruano Ugarteche i el valiente i malogrado comandante Valenzuela recibieron la órden de acometerla al mando de los cazadores de los batallones Valparaiso, Carampangue i Santiago i de la sesta compañía de Cazadores del Perú.

No nos detendremos en pintar los razgos de heroismo que por ambas partes contendientes ofrece ese glorioso asalto. Baste para el propósito de este artículo recordar que la Sarjenta Candelaria, avanzando en primera fila, fué tambien la primera que arrebató un estandarte al enemigo. Sus compañeros de armas recuerdan con admiracion el arrojo que desplegó en aquel sangriento torneo, i ella misma al hacer la relacion del suceso refiere que contribuyó grandemente a alentarla la presencia en las trincheras de un antiguo enemigo que le dirijia groseros insultos i a quien acometió antes que a nadie, dejándolo en el sitio.

Inútil es decir que la batalla decisiva en el campo de Yungai no fue para ella sino la continuacion de sus anteriores proezas. Siempre

a la vanguardia buscando los peligros, sirvió entonces, como antes, de poderoso aliento a los que combatian a su lado i puso dignamente el sello a su bien merecida fama de bravura.

Un año mas tarde, el 18 de diciembre de 1839, los vencedores de Yungai entraban a Santiago en medio de las mas entusiastas muestras del regocijo popular. La Sarjenta Candelaria con chaquetilla i gorra militares cruzaba tambien por la Alameda al mando de su mitad, recibiendo los aplausos i las aclamaciones de la multitud. Dias de triunfo fueron aquellos para ella. Los mas altos personajes le prodigaban felicitaciones i adonde quiera que pareciese la galantería i la admiracion le ofrecian sus homenajes.

Esa época empero, fué breve como el entusiasmo. Apagado su pasajero brillo, una triste monotonía ha dominado en la vida de la Sarjenta, bastando apénas a disiparla de vez en cuando uno que otro testimonio de que permanece aun vivo en el pueblo el recuerdo de sus glorias.

Era si no me engaña la memoria el 20 de enero de 1849, dia en que se representaba en el teatro de la República un drama peruano titulado *La batalla de Yungai*. Uno de los papeles principales de la pieza estaba consagrado a nuestra heróina que desde la testera de un palco veía a la Sarjenta Candelaria de bastidores arrancar frenéticos aplausos a la concurrencia. La coincidencia era curiosa por cierto, i el público que a poco andar se apercibió de ella, volvió sus miradas hácia la Sarjenta del Pan de Azúcar i redobló sus aclamaciones. Esta ovacion ha sido la última de que ha podido gozar.

La Candelaria debe rayar a la fecha en los cincuenta años. Es de estatura mediana i su cuerpo respetado de las balas, no lo ha sido de las enfermedades que casi la han reducido a la condicion de inválida.

A la época en que la conocí, una pobre i reducida pieza era su habitacion. Chile ha sido siempre parco para premiar las glorias de sus hijos, i aun cuando hai mucho de bueno en este espartanismo, convendria aplicarlo en ciertos casos con ménos rigor.

Una pension vitalicia que permitiera a la Candelaria pasar cómodamente el último tercio de su vida seria un premio debido a la singularidad de sus servicios i un estímulo para el porvenir. El valor del soldado tendria siempre una valiosa prenda que lo asegurase si nunca faltaran en nuestros ejércitos mujeres como ella.

VICENTE REYES.

En un entreacto.

Ah! qué de marchitas rosas
En su primera mañana!
Ah! que de niñas donosas
Muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
Al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

(ANDRES BELLO.)

Acababan de dar las ocho de la noche, cuando un coche tirado por dos briosos tordillos se detuvo delante del perístilo de nuestro teatro.

La noche era tan hermosa como fria, era una de esas noches de agosto en que, miéntras las estrellas parece como que tiritan, nosotros los mortales damos diente con diente.

Apénas el coche se detuvo un lacayo de galoneada librea corrió a abrir la portezuela.

La primera persona que bajó fué un hombre ya entrado en años, envuelto en una capa mas larga de lo que pide la elegancia, pero aun corta para lo penetrante del frio, que habria sido en esa noche un argumento en pró de la realidad de la materia para el mismo Pirron.

—Cáspita! dijo nuestro hombre.

I volviéndose al coche agregó:

—Cuidado Mercedes, i tu tambien María: abrígate bien porque la noche está cruda.

—No temo al frio, papá, contestó, al mismo tiempo que saltaba sobre las húmedas piedras de la plazuela, con mas gracia i lijereza que un gorrion al despuntar las primeras claridades del alba, una niña que tocaba ya a esa edad que el Dante llama la primavera de la vida.

Tras la jentil María, bajó su madre.

Cuando entraron en el teatro el telon caia i las últimas armonías de la orquesta se apagaban.

Los concurrentes del patio tomaban por asalto todas sus salidas i se desparramaban por los corredores.

Los anteojos abandonaban sus cajas i empezaban a ser apuntados en todas direcciones.

Los cuchicheos, las miradas de intelijencia, las sonrisas, los furtivos suspiros, los arranques de celos o de despecho, las crueldades i las bondades de esas soberanas absolutas que tienen por solio los primeros asientos de los palcos, se cruzaban en todas direcciones.

El telon cayendo habia suspendido la ficcion para dar paso a la comedia real.

Pocas veces habia estado mas concurrido el teatro que en esta noche. Si mal no recordamos, la ópera que se cantaba era a beneficio de una de las cantatrices mas simpáticas al público.

Solo un palco del segundo órden habia quedado vacio durante el primer acto.

—Mira Andres, decia un jóven vestido con irreprochable elegancia a otro que a su lado se sentaba, la señora Mercedes Cuadros no ha venido.

—Lo mismo te iba a hacer observar, Francisco, contestó Andres.

—¿Qué será?

—Quien sabe. Dicen que la señorita Maria suele tener frecuentes indisposiciones desde hace algun tiempo, i.....

En este momento la puerta del palco solitario abriéndose, vino a cortar la conversacion de los dos jóvenes.

La primera persona que entró en él fué Maria. Un murmullo de admiracion acojió su llegada.

Cincuenta anteojos, por lo ménos, le fueron apuntados.

Un suave carmin invadió sus mejillas. Dudó un momento; pero, repuesta pronto de su emocion, ocupó con un embarazo lleno de gracia uno de los primeros asientos.

La madre para quien no habia pasado desapercibida la impresion producida por la belleza de Maria, se sonrió i acercándose a su marido le dijo a media voz:

—¿Has notado, Manuel?

—¿Qué cosa? respondió este.

—Como ha sido recibida nuestra Maria.

—¿Con qué les parece bien hé? Pues no hemos descubierto nada nuevo.

En seguida agregó, mirando a Maria con el orgullo del artista que contempla su obra:

—Anjel mio! Cierto que está divina.

Razon tenia el anciano. Pocas bellezas mas acabadas, mas simpáticas, mas dulces i puras que la de Maria. Era imposible mirar a esa niña sin amarla; pero con un amor lleno de respeto i santidad. Parecia que la atmósfera que la circundaba, que ella perfumaba con su aliento, alumbraba con su mirada, estaba cargada de emanaciones purificadoras.

Poned sobre un talle delicado i flexible como el tallo de una flor, una cabeza de un corte admirable, realzada por una frente blanca como el mármol i diáfana como la porcelana. Agregad a esto una nariz sorprendente por la fineza i la resolucion de sus líneas, dos ojos verdes i rasgados, llenos de vaguedad en su mirar, labios de carmin, dientes de perla i una barba de corte puro i atrevido; i aun así, solo tendreis una pobre idea de la belleza de Maria.

Pero habia algo de mui estraño en esa jóven: no se la podia contemplar, admirar sin sentir a poco andar el corazon oprimido, húmedos los párpados, sin que algo como un fatal presentimiento viniese a llamar a la puerta de nuestra sensibilidad.

¿Qué producia esta impresion?—Quién sabe.

Notábanse sí en ese rostro, en todo el esplendor de la juventud, ciertas medias tintas melancólicas, ciertas sombras fugaces que, a la edad de Maria, solo el dolor o la desgracia producen.

Sin embargo Maria no sufria, Maria no era desgraciada.

Un mes apénas hacia a que habia dejado el colejio por el mundo, donde hasta aquel dia su vida corriera en perpetuos triunfos.

Una verdadera falanje de adoradores la cercaba. Cada noche recibia diez protestas de amor i por lo ménos cinco declaraciones en toda regla. Pero todas las banalidades del mundo, todas esas protestas mentidas, todas esas necias declaraciones pasaban por su alma como la luz por el cristal, sin quitarle nada de su pureza.

Libre su corazon, pura su alma ¿por qué habia de sufrir? qué nube podia empañar el cielo de su existencia?

Ahora, volvamos a nuestros conocidos del patio.

II.

La llegada de Maria vino a cambiar completamente el tema de su conversacion.

Francisco al verla esclamó con una mal reprimida alegria:

—Al fin! Qué bella está!

—De veras, dijo Andrés. Si está en su noche..... Pero..... observa..... de todas partes se vuelven a mirarla.

Francisco nada contestó: es que nada oia, ni nada veia sino a Maria.

Clavados sus ojos en la jóven, seguia con una apasionada persistencia el menor de sus movimientos, su mas rápido e imperceptible ademan. Si hablaba, si se sonreia él tambien hablaba i sonreía maquinalmente, i echaba hácia adelante la cabeza como si tratara de oir el sonido de su voz, la armonía de su sonrisa.

Palabras inarticuladas se escapaban de sus lábios, suspiros comprimidos levantaban su pecho, relámpagos de pasion brotaban de sus ojos, sus mejillas, pálidas de suyo, se cubrian de un subido encarnado.

—¡Qué bella es! decia a media voz, Oh! yo la amo! si me correspondiera, pero.....

—¿Qué estás diciendo ahí? le preguntó Andrés.

—Nada, contestó Francisco con marcado embarazo.

—Como nada: tú hablabas de correspondencia.

—Yo!

—Sí, tú.

—Te has engañado.

—Talvez.

Francisco tornó a sumirse en su contemplacion.

Andrés por su parte, no queriendo darse por derrotado, se entregó a observarlo.

No le fué, por cierto, difícil adivinar lo que pasaba en el alma de su amigo.

Despues de un corto silencio, dijo a Francisco, tocándole en el hombro i con intencion:

—¿Quieres que vayamos a hacer una visita a la señora Cuadros?

Francisco guardó silencio.

Sus ojos se encontraron con los de Maria, que hacia rato advirtiera la persistencia con que era mirada: un vivo encarnado coloreó sus mejillas i bajó la vista.

Pero un instante despues sin quererlo, i sin

saberlo, sus miradas cayeron de nuevo sobre Francisco, que no cesaba de contemplarla.

Algo, como un poder estraño, llevaba su vista en la direccion del jóven.

A poco andar sintió apresurarse los latidos de su corazon, acelerarse su respiracion, amontonarse en su pecho impresiones nuevas i desconocidas hasta entonces para ella.

Una melancólica alegría se apoderó de su alma, i creyó verse rodeada, penetrada de una atmósfera cargada con todas las armonías de la felicidad, la esperanza i la ilusion.

Parecíala ver la risa en todos los labios, la alegria en todos los semblantes, bondad en todos los corazones, i un mundo de placeres para ella ignorados en las miradas de Francisco.

Era la segunda vez que veía a ese hombre, con quien apénas habia cruzado unas cuantas palabras de cortesía, i sin embargo en aquel momento hubiérale entregado sin vacilar su destino, comunicádole sus mas íntimos secretos, dejádolo leer sin temor en el májico libro de su alma.

En una palabra, i para ahorrar digresiones, Maria amaba a Francisco.

Escusado nos parece decir, despues de todo lo que en este hemos observado i sorprendido, que tambien amaba i con todas las fuerzas de su alma i su corazon.

Su amor, no por ser repentino, era ménos sincero i ménos puro.

No sabremos asegurar si las semillas de esa pasion habian crecido i brotado en una sola noche en su corazon, como sucediera a Maria; pero lo que si podemos aseverar es que en esa noche se despertaron, se animaron, echaron raices i flores.

—¿Con qué vamos, sí o nó, a visitar a la señora Cuadros? volvió a 'preguntar' Andrés a Francisco.

—¡La amo, nos amamos, Andrés! contestó este tomando la mano de su amigo i sin dejar de mirar a Maria.

—Ya lo sabia..

—Lo sabias.

—Sí, ¿i qué tiene ello de raro?

—Pero..... si nada te habia dicho..... si este amor que es para mí la existencia, mas que la existencia, la felicidad en el presente i en el porvenir, acaba de nacer, ha sido la obra de un segundo.

—Si no me lo habias dicho, lo habia adivinado.

—Ah! Andrés, la amo, la adoro!

—Vamos: ven a echarte a sus piés.

—Nó, Andrés, nó..... La amo..... i..... sin embargo,..... tengo.... miedo de este amor.

—Vaya: te juro que no entiendo. Lo que me dices es pura metafísica romántica.

—No, Andrés; es lo que siento.

—Pues tienes modos de sentir que no te envidio.

—Dejemos esta conversacion.

—Sea.

—Cuando uno es feliz no se sabe hacer otra cosa que gozar, que embriagarse en la felicidad. Pasa tan pronto! Tu querrias que te esplicara por qué tengo miedo, por qué tiemblo! ¡por qué tiemblo, Andrés! pero no sé, no puedo comprender, ni uno solo de los sentimientos que se agolpan a mi corazon, uno solo de los presentimientos que asaltan mi imajinacion i están al trocar mi alegría en llanto, mi placer en dolor. La amo, Andrés, la amo! pero me parece que..... yo no sé lo que iba a decir..... tengo miedo, Andrés, tengo miedo!

—Pero, es estraño.

—Yo no sé que voz habla en mi corazon i me dice.....

Francisco se detuvo.

—¿Qué te dice? le preguntó Andrés sobresaltado.

—Me dice..... Mira a Maria ¡qué pálida está!

—Cuánta rareza, dijo Andrés echando la vista hácia el palco donde se encontraba Maria.—De veras!

Francisco no se habia engañado: Maria estaba estremadamente pálida, su respiracion era penosa, sus ojos, sombreados por un círculo azulejo, tenian ese brillo enfermizo i ardiente que procura el dolor.

—¿Qué tienes hija mia? le preguntó su madre con angustia.

—Maria está enferma, dijo al mismo tiempo don Manuel con no ménos angustia.

—Sí: no sé que tengo.... La cabeza me arde, el pecho.....

No alcanzó a concluir, una toz seca vino a cortar sus palabras.

Su madre palideció, don Manuel arrugó las cejas, Francisco que tambien la oyó, sintió oprimirse su corazon.

—Vámonos, vámonos! dijo doña Mercedes.

—Sí, vamonos, agregó don Manuel.

—Pero, si no es nada, les replicó Maria mirando hácia el patio.

Francisco ya no estaba allí.

—Si Uds. quieren, agregó luego con dulzura.

—Sí, sí! dijeron a un tiempo los padres i se pusieron de pié.

En este mismo momento se dejaban oir las primeras armonías de la orquesta i el telon se levantaba.

Todos los corredores i el salon del teatro estaban solitarios, solo en uno de los arcos del perístilo se mantenia apoyado un hombre que parecia presa de mil encontrados sentimientos.

Cuando Maria asomó por la puerta de salida, nuestro hombre se enderezó, hizo ademan de acercársele, pero se contuvo, i un suspiro no ménos estrepitoso por ser comprimido se escapó de su pecho.

Maria se detuvo un instante, llevó la mano a su corazon para contener sus latidos, i lanzó sobre nuestro hombre una de esas miradas que encierran todo un mundo de amor i de esperanza.

Francisco, a quien ya han conocido nuestros lectores, se estremeció: sus lábios dejaron escapar involuntariamente un:

—Te amo!

Que llegó claro i distinto a los oídos de Maria, que se estremeció a su vez.

Quien hubiera logrado leer en el alma de esos dos jóvenes, cuántos poemas llenos de pasion, de amor, de pureza e inocencia no habria sorprendido.

El que alcance alguna vez a dar un cuerpo en el lienzo, o a describir con palabras lo que pasa por dos corazones que se aman en un solo segundo, habrá hecho el mas gran cuadro que hai por hacer, escrito el poema mas sublime que hai por escribir.

Pero esto es imposible ¿cómo darle un cuerpo, cómo describir la armonía?

El poema del corazon se adivina, se siente, pero no se escribe.

III.

DOS DIAS DESPUES.

La tarde estaba triste i fria.

Algunas nubes, que parecian como perdidas, corrian el espacio.

El sol poniente doraba con sus pálidos rayos las cimas de los montes i bañaba el ruedo de las nubes con los mas caprichosos juegos de luz i de color.

La luz se iba pesarosa. La noche pedia con imperio su puesto.

Un velo de vapores azulejos, que son como el manto de la naturaleza, empezaba a envolverlo todo.

Acababa de dar las seis.

En este mismo momento un coche se detuvo delante de la puerta principal de nuestro cementerio.

Un jóven completamente vestido de negro bajó de él.

Su andar era vacilante, la palidez de su rostro, las profundas ojeras que rodeaban sus ojos, su dificultosa respiracion, los suspiros que se escapaban de su pecho, las lágrimas que humedecian sus mejillas, todo indicaba que un punzante i profundo dolor poseía el alma de ese hombre.

Una vez en el patio se detuvo, miró hácia a todos lados, lanzó un profundo suspiro, enjugó dos lágrimas que asomaban a sus ojos i tornó a continuar su camino.

A poco andar volvió a detenerse i a mirar hácia todos lados.

Ningun otro ruido se oia que el de los cipreses mecidos por el viento.

—Por aquí es, dijo, si no me equivoco. Vamos adelante. Valor!

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras seguia de nuevo su marcha, i mas resuelto que ántes.

—Aquí es, esclamó cayendo de rodillas delante una tumba que se conocia habia sido cerrada hacia apénas algunas horas.

Despues nada se oyó.

¿Quién era ese jóven?—Era Francisco.

¿Qué venia a hacer al cementerio?—Venia a orar sobre la tumba de Maria!

J. Arteaga Alemparte.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

ESCENA VI.

MARGARITA, HENRIQUE D'ALBRET.

HENRIQUE, *inclinándose delante de ella.*

Señora!... señora!... al fin os vuelvo a ver!....

MARGARITA.

Vos en este palacio! vos, Henrique, a quién hasta ahora he creido herido i prisionero....

HENRIQUE.

Estoi sano... ya estoi libre.... i corro a Madrid a solicitar....

MARGARITA.

¿Qué cosa?

HENRIQUE.

El favor de ser encarcelado con el rei.

MARGARITA.

¿Es posible?

HENRIQUE.

Sé que no es fácil; pero con protecciones!!!.. i las tengo... desde luego, vos, señora Margarita. Jentil-hombre de vuestra casa, pertenezco a V. A. R.... mas os pertenezco que al rei vuestro hermano, i cuando supe que estabais en Madrid... me dije... Iré, que bien podrá la princesa hacer algo por un criado fiel.

MARGARITA.

¡Ah! pobre D'Albret.... cuando nada puedo para mí misma... cuando ni siquiera he podido acercarme al rei!... que si vos tuvierais protecciones, decídmelo luego, no soi orgullosa, me aprovecharé de ellas.

HENRIQUE.

¡Vos, Dios mio!

MARGARITA.

En la posicion en que nos encontramos... todo puede servirnos.... es preciso no despreciar nada.... veamos.., hablad...

HENRIQUE.

Os acordais señora de aquel dia que en Fontainebleau, dictándome vos, escribia yo aquel cuento tan interesante i tan verdadero, en que un pobre jentil-hombre hubiera querido a costa de su sangre merecer solamente una mirada de una gran señora...

MARGARITA.

No me acuerdo.

HENRIQUE.

Por mas señas que el cuento ¡no estaba acaba-

do.... i que para conocer el desenlace os dije: «mañana será, señora?» Pero V. A. con triste i severo semblante me respondió: «Mañana no, Henrique, porque mañana todos los caballeros salen a la guerra con el rei de Francia.» Entónces, esa noche escribí a mi madre al Bearne, para que me enviase su bendicion, i al siguiente dia vine, ántes de partir, a pedir órdenes a V. A...

MARGARITA.

Es verdad!....

HENRIQUE.

I V. A. me dijo: «Velad por el rei, mi hermano, no os separeis de él.» Me he batido en Pavia a su lado, he sido herido a su lado i hecho prisionero con él... ¿no os lo escribió señora?

MARGARITA.

¡Ah! tantas desgracias, tantos sufrimientos han pesado sobre él desde aquel dia fatal...

HENRIQUE.

Que me ha olvidado. (*Con dolor*). Yo solo le pedí una cosa: que pusiese en noticia vuestra, que vuestras órdenes habian sido ejecutadas.... Ah! ¡todos los príncipes son ingratos!

MARGARITA, *mirándole i sonriendo.*

I las princesas?...

HENRIQUE.

¡Ah! conozco algunas tan soberbias i tan terribles que no concederian aun a aquellos que mejor las sirven, una mirada de afecto o de compasion....

MARGARITA, *tendiéndole la mano.*

Pero yo no soi de ésas, Henrique.

HENRIQUE, *inclinándose i besándole la mano.*

¡Ah! qué injusto era yo! Disponed de mí, señora ¡hablad, ordenad!...

MARGARITA.

Pues bien, solo os mando que acabeis vuestra historia que quizas la habreis tomado demasiado arriba.

HENRIQUE.

Nó, señora, era necesario. ..

MARGARITA.

Cierto; nosotros los narradores o historiadores, tenemos nuestros privilejios....

HENRIQUE.

Cuando el rei fué trasportado a España, quise seguirlo, siempre por obedeceros; mis heridas no me lo permitieron, i se me dejó solo en una fortaleza..., es decir, entregado a los cuidados del carcelero i de su sobrina... era mi enfermera, i gracias a su proteccion....

MARGARITA.

Ah. esa es la protectora de que me hablabais... una niña...

HENRIQUE.

Nó, señora, una jóven.

MARGARITA.

Que os amaba?...

HENRIQUE.

Oh! nó, señora... (*con tristeza*). ¡A mí nadie me ama!...

MARGARITA.

Mentis, porque os avergonzais. Así que está convenido, os amaba.... i vos tambien sin duda?...

HENRIQUE, *con calor.*

¡Oh por lo que hace a mí, juro a V. A. que no hai tal, i que eso era imposible!

MARGARITA.

I .... por qué?....

HENRIQUE, *con embarazo.*

¿Por qué?.... por razones.....

MARGARITA.

Que no podeis decir.

HENRIQUE.

Si, señora!.... I la principal de todas es que amo a otra!....

MARGARITA.

Ba! para vosotros los hombres ese no es un obstáculo.

HENRIQUE.

Ah! qué blasfemia.....si supiérais..... si conocié-seis a la que amo.....

MARGARITA, *con viveza.*

No quiero conocerla..... pero deseo saber el desenlace de vuestra historia que nunca se acaba.

HENRIQUE.

Allá voi, señora, allá voi. La sobrina del carcelero que habia venido a pasar algun tiempo con su tio, la niña Sanchica, era casada con el correo del rei, con el señor Babieza.

MARGARITA, *asombrada.*

De veras!....

HENRIQUE.

I al volverse a Madrid, me dijo en voz baja: contad conmigo; antes de un mes estareis en libertad. I en efecto, asi sucedió..... pero yo ignoro de qué manera.

MARGARITA.

Yo si que la sé. Porque Sanchica i su marido son potencias en la corte. Ambos protejidos por el emperador, por el nuevo ministro!.... i vos podeis en efecto por ellos.....

HENRIQUE, *con turbacion.*

Es que yo no quisiera dirijirme a Sanchica.....

MARGARITA.

Por qué?

HENRIQUE, *del mismo modo.*

No podria decirlo..... (*con viveza*).... i luego tengo otra protectora,....

MARGARITA.

Otra mas!....

HENRIQUE.

En el momento en que iba a habérmelas con un capitan de alabarderos que me impedia el paso, aparece una dama jóven a quien hago una reverencia i quien, oyendo mi nombre, esclama: «El señor conde Henrique d'Albret, el fiel servidor de

Francisco I—¿sois francesa? le dije—Nó, soi española..... pero confiad en Dios i en vuestros amigos; yo os obtendré una audiencia del emperador, en esta mañana, despues de misa.»

MARGARITA.

¿I quién tendrá semejante influjo?....

HENRIQUE.

Lo ignoro. Era una jóven vestida de blanco, de triste i suave continente. Se diria que acababa de llorar, porque aun tenia los ojos colorados..... i mirad..... héla aqui!....

ESCENA VII.

Los mismos, LEONOR *precedida de dos pajes a quienes despacha con un ademan despues de su entrada, saliendo por la puerta de la derecha.*

MARGARITA.

¡La hermana de Cárlos V, la princesa Leonor de Austria!...

LEONOR, *avanzando precipitadamente hácia Henrique.*

Señor d'Albret.... Entrad pronto, entrad en esa galería que está sola. El emperador que sale de misa, pasará por ella para ir al consejo. No me atrevo a aseguraros que os concederá vuestra peticion.... pero, al ménos le hablareis.... es todo lo que puedo hacer.

HENRIQUE.

Ah, ¡señora! mi reconocimiento!...

LEONOR.

Id, id, no perdais tiempo. (*Henrique sale por la puerta de la derecha*).

ESCENA VIII.

MARGARITA, LEONOR.

MARGARITA.

Gracias, Leonor, gracias. A mí me habeis servido protejiendo a un jentil-hombre de nuestra casa.

LEONOR.

¡Tan leal, tan valiente!

MARGARITA.

¡Vos lo coneceis bien!

LEONOR.

I sin embargo tan modesto! ¡tan respetuoso!

MARGARITA.

Apénas se atrevia a poner los ojos en mí,

No confieis en eso.... no hai jente mas temible.... que la que vé sin levantar la vista, ¡i el señor d'Albret ha notado bien que V. A. acababa de llorar!

LEONOR, *turbada.*

¿Yo?

MARGARITA, *con prontitud.*

Si se tratara de una felicidad!... yo seria discreta; pero cuando se trata de un sentimiento!.. por qué no se me ha de permitir que yo participe de él? ¿por qué, desde que llegué a Madrid, la única persona a quien yo hubiera querido amar, parece que me huye i me teme?... Yo lo he visto!...

LEONOR.

Es verdad, princesa, yo no sé mentir. Se os dice tan espiritual.... i de un mérito tan superior.... que eso asusta!...

MARGARITA.

Desde léjos!... así como esos temidos castillos donde se pretende que penan las ánimas! ¡se acerca uno a ellos... i que encuentra..... nada! Esto sucede conmigo ¿no es verdad?

LEONOR.

Ah! nó, i lo que estais diciendo lo prueba. Ademas... yo soi española i devota! Mi confesor me repetia que erais mala católica.

MARGARITA.

El no sabe nada de eso!

LEONOR.

Que en Francia, i para con el rei vuestro hermano, siempre defendiais a los protestantes.

HERMOJENES DE IRRISARRI.

(*Continuará.*)

Crónica de la quincena.

EUROPA.

La cuestion italiana sigue siendo la gran preocupacion de los principales centros de la vida europea.

La diplomácia no cede ni un punto de sus pretenciones de ver resueltas todas las dificultades por su solo medio. Sin embargo, la fé en la diplomácia vá perdiendo cada dia mas terreno. Los mismos que le piden su ayuda no cesan de prepararse a la guerra.

Luis Napoleon hace diarias protestas sobre lo pacífico de sus sentimientos; pero al propio tiempo hace venir sus mejores tropas de Africa, pone en actividad todos sus arsenales i se prepara a mover una division de 38,000 hombres sobre la frontera reneana.

Lo mismo que la Francia obra la Inglaterra, que hace colosales aprestos navales, la Prusia que se prepara a levantar un empréstito, el Piamonte que continúa engrosando su ejército, así como el Austria.

Mientras tanto los partidarios de la paz a todo trance i los diplomáticos continúan aguardando con ansia la reunion del Congreso de las cinco grandes potencias, congreso que nada ha de hacer, ni nada tampoco puede hacer.

Para que ese congreso zanjara de un modo satisfactorio las dificultades pendientes, seria necesario que empezara por dar al Austria un golpe mas fuerte del que puede recibir con la guerra misma, si la es adversa. Este primer paso no es otro que la abdicacion, que la renuncia formal hecha por el Austria no solo a su dominacion sino tambien a su influencia en Italia.

¿Haría esto el Austria? Se lo propondria siquiera el Congreso?—Seguro es que no.

Por eso, ese congreso, en que tantas esperanzas vinculan los amigos de la paz, lo mas que puede alcanzar es retardar la guerra, aplazarla, mas nunca conjurarla.

La guerra es ya un hecho. Lo único que queda por saber es si se realizará pronto, i si de ella saldrá la salud i la libertad de la Italia.

Esta continúa preparándose a ella con ardor, fé i constancia cada vez mayores. El entusiasmo ha

ganado a todos sus hijos sin distincion: nobles i plebeyos, ricos i pobres, hombres i mujeres; todo el que siente latir en su pecho un corazon verdaderamente italiano contribuyen a la santa cruzada de independencia i libertad, que creen alborea para su patria.

La inmigracion al Piamonte se ha hecho jeneral. Los voluntarios incorporados en el ejército sardo montan ya a 12,000 hombres, i la corriente de inmigracion no se detiene.

Sin embargo, es mui de temer que la desgraciada Italia no saque sino nuevos desengaños de la guerra que se prepara. Ninguno de los campeones que en ella tomarán parte combatirá por sus intereses, todos son empujados, todos llevan por divisa el propio engrandecimiento, ninguno el de la Italia.

¿Será Napoleon, será el czar Alejandro los que la darán libertad, los que gasten millones por su independencia?

Es triste, pero es cierto; la Italia sacará de la guerra, de todos sus sacrificios, de toda su abnegacion, de todo su heroismo un cambio de dominacion: dejará de ser austriaca para ser francesa! ¡Jamas la rejeneracion, la independencia, ni la libertad de un pueblo ha venido en la punta de las bayonetas estranjeras! Si la Italia quiere rejenerarse, ser libre como lo puede i lo merece, conquiste la libertad, busque la rejeneracion por su propia cuenta i riezgo.

Todo, fuera de lo que con la cuestion italiana se toca, pasa desapercibido en estos momentos en el mundo europeo.

La disolucion del Parlamento inglés que en otras circunstancias habria tenido un inmenso eco, ha pasado en estos momentos casi desapercibida.

Lo que esta disolucion ha provocado ha sido la derrota del gabinete en la cuestion de la reforma electoral. A pesar de la fogosa impugnacion de lord Palmerston i Mr. Bright, que se han opuesto tenazmente a la disolucion, ésta tendrá lugar mal que pese al veterano estadista i a sus partidarios; asi lo ha anunciado Mr. Disraeli en una de las últimas sesiones del parlamento.

Por lo que a los otros estados europeos respecta, su vida interior poco ofrece de notable.

En Baviera habia tenido lugar una crísis ministerial.

La Holanda i la Béljica habian celebrado un tratado para defenderse mútuamente en caso de una guerra europea.

La Rusia trabajaba por contraer un empréstito nacional.

La Turquía sigue caminando como mejor puede.

La España es la que mas ofrece de notable, pero bien poco tambien, en su vida interior.

El clero combate cada dia con mas encarnizamiento i mas franqueza al ministerio O'Donnell, el que se dispone por su parte a hacerle frente en todos los terrenos i a no dejar por emplear ni la fuerza en caso necesario.

Continuaban circulando, como es de regla, ruidos sobre una próxima crísis ministerial. Sin embargo, es de creer i de esperar que tal crísis aun está lejana. Hé aquí como se espresa con este motivo un periódico español.

«Se ha empezado a hablar de que el conde de Jumuri podria ser llamado a reemplazar al presidente actual del consejo. El señor conde de Jumuri es famoso por las conservas de frutas americanas con que obsequia a sus amigos; i por tanto, tratándose de formar un gabinete esencialmente conservador, ninguno ofreceria mas atractivos que el del jeneral don Francisco Narvaez que asi se llama el señor conde. Sin embargo, no hai nada que autorice a los golosos a dejarse llevar de sus ilusiones en este punto.»

El Senado se habia declarado incompetente para juzgar en la causa entablada contra uno de sus miembros, el señor Santaella, por malversacion o sustraccion de fuertes sumas pertenecientes a las bulas de cruzada. La decision del Senado español no deja de tener sus ribetes de peregrina: desde luego queda reconocido no hai en España tribunal que pueda juzgar al señor Santaella.

Nuestro enviado cerca del gobierno español estaba en Madrid i habia presentado ya sus credenciales.

América.

La situacion americana es casi la misma que en la quincena anterior.

La mala intelijencia entre el gabinete de Washington i el gobierno de Nicaragua iba en aumento i con propensiones a tomar un mal sesgo. El gabinete de Washington quiere la ratificacion pura i simple del tratado Cass-Irisarri, mientras Nicaragua quiere hacer en él sustanciales reformas. Se cree difícil un arreglo, i aun se hablaba de la próxima salida de una escuadra para las costas nicaragüenses. Esto prueba que el yankee es siempre yankee, i no puede ser otra cosa.

Fuera de las repúblicas centro-americanas que gozan de perfecta tranquilidad i dan cada dia un nuevo empuje a sus progresos materiales, de California que camina de adelanto en adelanto i siempre llevando por la popa el viento de la fortuna, del Perú i Bolivia, que realizan el milagro de estar en paz, el resto de las repúblicas americanas son presa en estos momentos de la guerra civil.

Méjico, que se creia en via de salir pronto de su anárquica situacion, vé enmarañada ésta de nuevo por la derrota de Degollado i la ocupacion de la ciudad de Méjico por Miramon.

Venezuela, siempre en persecucion de la rebelion sin ultimarla, tiene que contemplar agotados o por lo ménos retardados los frutos de su revolucion.

La Nueva Granada alcanza una situacion mui parecida. Sin embargo, todo lleva a augurar saldrá de ella triunfante i dará un nuevo argumento práctico de lo que puede la libertad.

El Ecuador sigue víctima de sus dos plagas: anarquía interior i guerra esterior.

¡Si las sociedades hispano-americanas llegan a amar alguna vez el progreso, como aman en el dia los trastornos qué espléndido porvenir se les espera!

Justo Arteaga Alemparte.

Ecos de la semana.

Santiago, junio 10 de 1859.

Sumario.—Escollos de las definiciones.—Poesía de la materia i prosa del espíritu.—Modernos Pelasgos.—Defuncion.

Si hai algo difícil i embarazoso, es una definicion, obligado, como está, el que trata de formularla a practicar dos operaciones delicadas i opuestas: abstraer i concretar. En este esférico planeta que habitamos, no hai nadie ni nada que viva por sí mismo,—dificultad de consiguiente para la abstraccion; ni hai tampoco ser animado o

inanimado que exista bajo una sola forma i sin mutaciones de tiempo i lugar,—dificultad por tanto para la concretacion. Cuando nos empeñamos en la amenísima tarea de abstraer, el universo nos echa de cabeza en el abismo de sus inextricables relaciones, como en un canasto colosal, tejido de sútiles e innumerables mimbres. Cuando, por el contrario, nos afanamos en el trabajo inverso, en la concretacion, una mano invisible, armada de un panecito de goma elástica, borra los perfiles, pasa el esfumino sobre los contornos, que se envuelven así en una incertidumbre crepuscular, i desleidos i mezclados todos los colores sin plan ni armonía, no queda a la vista mas que una inmensa naranja bañada en un mar de líquida pintura. Todo lo cual no significa que precisamente sea el mundo un canasto o una naranja, sino solo que tiene en ocasiones mucha semejanza con aquel artefacto i con esta fruta, como la tiene con el Laberinto de Creta, sin ser por ello mitolójico ni pagano. Por fortuna, es hoi la tierra, salvo las excepciones chinescas, índicas, mogolas, tártaras, etc., histórica i cristiana; lo que no impide sin embargo que se produzcan a la luz del siglo i fecundados por su calor, reyes como Minos i toros como el hijo de Pasífae. Son éstos en el dia mas abundantes i afortunados que las Ariadnes i los Teseos; las unas han dejado de hilar, los otros vagan desorientados por el Dédalo de la vida sin llevar en la mano la bienhechora madeja.—Entrando en un círculo mas estrecho i ménos ambicioso, las definiciones forman el Laberinto de las intelijencias, que no siempre logran la suerte de Teseo i con mas frecuencia son devoradas por el Minotauro de las sutilezas escolásticas.

Deseoso de daros, ántes de entrar en materia, benévolos lectores, una definicion de la poesía, comencé por hacer las reflexiones que habeis leido i he acabado por desistir de tal definicion. Arduas i espinosas son todas ellas, pero ésta mas que otra alguna. Es la poesía un ajente tan incorpóreo, tan poco palpable, i al mismo tiempo tan esparcido por donde quiera i tan impregnado en la existencia, que mas parece una atmósfera que una cualidad de los seres. A muchos les pasa con ella lo que al *bourgeois gentilhomme* de Molière, que habia estado hablando cuarenta años sin saber que hablaba en prosa. Monsieur Jourdain (era este su apellido) tuvo la suerte de que su maestro de idioma lo sacase de ignorancia; pero no todos tienen maestro de idioma, ahora sobre todo que el idioma se aprende sin maestro, cuando se aprende, o se toma maestro para no aprenderlo. De aquí procede que la mitad de los hombres contemple encerrada toda la poesía en los moldes de la métrica, i la otra mitad en las imajinaciones i pesadillas del ánimo, al paso que nadie lo vé palpitar i ajitarse en la vida real, bajo las apariencias mas domésticas i familiares.

Para obtener un convencimiento práctico i fijar vuestras ideas en este particular, podeis tomar informes de dos novios que se daban, el mártes último, recíprocos parabienes. Me quedan en la memoria vestijios de su conversacion, de que voi a haceros partícipes.

—Es la mujer con quien estoi soñando hace veinte años!—decia el uno, que verosímilmente no pasaba de los veintiocho, ni podia tener mas, atendido que en nuestro siglo se empieza a soñar con la mujer a los ocho años.

—No he gastado ménos tiempo en buscar la mia entre todas las chicas donosas de Santiago,—contestó el segundo interlocutor.—No he tenido como Vd., la fortuna de soñar con ella préviamente, pero la he encontrado, que era el punto de la dificultad; i desatado este nudo gordiano, estoi en vísperas, como Vd., de atar el nudo matrimonial. Si Vd. la viese, aprobaria mi eleccion.

—La apruebo i la celebro desde ahora. Acaso Vd. haria lo mismo, si conociese a Carolina. Es un ánjel!

—Ya me la figuro.... Será jóven, por supuesto?

—Está en la edad de la vida que me gusta: treinta años mas o ménos.

—Treinta años, dice Vd.?

—Sí, la edad en que el corazon deja de ser una quimera.

—Buena edad para casarse.... si ántes no ha podido hacerse. I cuando la cutis no es mui delicada, la fisonomía alcanza a mantenerse fresca.

—Es cosa de poco momento.

—Qué? la frescura de la cutis? Es cierto, dura poco corridos los treinta.

—No quiero decir tal, sino que la edad....

—Le parece a Vd. esa edad de poco momento?

—Sin duda! cualquiera....

—En verdad ... sin embargo, treinta años.... convenga Vd, en que es un momento un poco largo. Hai, no obstante hermosuras de larga vida que hacen olvidar su calendario.

—Sí, pero....

—Por eso se dice vulgarmente que nadie tiene mas edad de la que representa.—I es bonita, no lo dudo?

Un corazon celeste!

—Parecido a sus ojos? son azules?

—Nó, creo que los tiene pardos.

—Tambien los hai hechiceros de este color, i cuando ván acompañados de cabellos rubios forman un contraste lleno de gracia.—Es rubia, por casualidad?

—A punto fijo no podria decírselo a Vd., pero, si mal no recuerdo, tiene pelo castaño.

—Oh! el pelo castaño es incomparable para servir de marco a una frente de nieve.—Será blanca?

—Me parece que es morena... aunque no estoi seguro....

—Ya, ya! comprendo! Vd. es aficionado a pintura i está por los dibujantes en desprecio de los coloristas, no puede ser de otro modo. Por eso no ha dado Vd. atencion a la encarnadura, cautivado exclusivamente de los puros perfiles, de las líneas delicadas, de las curbas suaves.... Qué tipo tiene?

—No sé a ciencia cierta su tipo ni me afano por saber ..

—Pero veamos! la nariz es corba o recta?

—Es bastante corta i ancha... me parece.

—Bien! tipo griego.... aunque dice Vd. que es ancha... Es realmente mui ancha? o quizá....

—Estoi seguro. Es mui ancha.

—Entónces hai algo del tipo tártaro.... La forma de la cara es oval o redonda?

—En este punto no sé mas que Vd.

—De suerte que Vd. no ha mirado a su novia?

—Las dotes físicas no me preocupan; son los atractivos morales...

—Crée Vd. seriamente en tales atractivos?

—Qué si creo! Qué seria sin ellos la mujer.

—Hasta ahora no me habia imajinado que esas pamplinas....—De veras?

—I tanto, que no sé mas de mi consorte en proyecto, sino que es bonita.

—Pero esa belleza es fujitiva i tarde o temprano....

—Bien puede ser, i a pesar de ello, estoi contento de mi eleccion.

—I yo de la mia. No es hermosa Carolina, pero es simpática i amable, lo que es mui secundario comparado con su alma. Qué alma! amigo mio, qué alma!

—Así es que su belleza, digo la que se vé, la que salta al ojo, es un problema, i la otra, la que no se vé, o mejor, la que Vd. vé, es un axioma.

—Pues!

—La opinion de Vd. es mui filantrópica. Si llega a propagarse i entrar en moda, se casarán todas las feas.

—Con tal que no lo sean sino en la forma....

—El fondo es siempre inescrutable.

—De suerte que Vd. no crée sino en la belleza física?

—Que es la que veo.

—Qué materialismo el de Vd.!

—En cambio, es Vd. mui espiritualista, pero en prosa.

—Por qué en prosa?

—Porque le falta a Vd. el bello ideal.

—I Vd. piensa que lo tiene?

—Claro está.

—La materia en poesía!

—Que es lo contrario de la fealdad en prosa.

—La suya es solo la poesía de la forma.

—Ni mas ni ménos; como la de Vd. es la prosa del espíritu.

La facultad de hablar, precioso monopolio de los seres racionales, puesto que es fuerza creer que lo son cuantos hablan, no puede suspender su ejercicio, necesita combustible sin intermision, i cuando la leña i el carbon le faltan, echa mano del coke; como de un recurso supremo. En vano, graves varones, aleccionados por su propia esperiencia, nos predican i avisan diariamente que la ciencia de saber callar, negativa como se ofrece a la apariencia, es la mas positiva en nuestra tierra, paraiso del mutismo. Hai entre nosotros hombres eminentes que se han pasado sin hablar toda la vida, porque la han ocupado en pensar—a lo ménos, así lo aseguran sus amigos, que lo que es ellos ni aun eso dicen. A pesar de tan mudos como elocuentes ejemplos, la *turba multa* de la jeneralidad se empeña en mantener viva la libertad de la lengua, cuando mas no sea, sin dejar de reconocer la eficacia del sistema silencioso, *Video meliora proboque, deteriora sequor.*

A falta de combustible mas activo, se ha acudido esta semana al único que se presentaba. La cuestion-Indios ha sido el coke de la conversacion. La opinion sobre el asunto se ha dividido en dos brazos, como el Mar-Rojo en tiempo de Aménofis; no hai por eso peligro, de que la opinion, entre nosotros, renueve aquella portentosa i bíblica absorcion.

Para unos, los Araucanos, modernos Pelasgos que, como los de márras, han levantado gloriosos monumentos en las proezas de su tenaz resistencia a la conquista española, son acreedores a toda clase de atenciones i civilidades por su heroismo i posesion indíjena del territorio, ya que nó por su correspondencia a nuestros agasajos, significada hasta hoi con bastante ambigüedad. Ademas, la voz de la sangre debe de hablar en nosotros i advertirnos del nefando parricidio que cometeriamos haciendo armas contra los hijos de Lautaro i Caupolican, que tantas veces hemos apellidado nuestros abuelos.

Hai otros, entretanto, que renuncian a tal paternidad i desisten de buscar el tronco de su estirpe en aquellos robustos caciques. Piensan, al mismo tiempo, que no es la posesion título tan indisputable i sagrado en manos de los bárbaros i jentiles, cuando no fué parte para impedir al pueblo de Israel que entrase a sangre i fuego en la tierra de Canaan. Argumento poco ortodojo probablemente i quién sabe si impío.

He repetido lo que se dice i creo a mi vez que si la justicia es una buena cosa, tambien lo es la reciprocidad, i que sin faltar a la primera convendria poner en obra algun medio que hiciese entender a los ciudadanos de la República araucana la moral del adajio: *no obres mal que esperes bien.*

Nuestra sociedad, poco dispuesta siempre a la risa, ha llorado mui sinceramente, al principiar la semana, lamentando la pérdida de una señora honorable i distinguida, doña Ana Josefa Avaria, esposa del señor jeneral don José Santiago Aldunate.

Pocas veces ha tributado nuestra poblacion, en el pésame dado a un marido inconsolable, un homenaje mas justo i debido a la bravura del experto militar, encanecido en servicio de la República, a la enerjía i probidad del ciudadano i a la rara hidalguía del hombre privado.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Fé de errata.

En la pájina 39, *columna primera, línea* 46 *i siguientes del tercer número de la* SEMANA, *se lee*: a la gravedad española, al respeto de la etiqueta, a la plática séria i decente de nuestros salones, se ha visto desalojada, etc....

Debe leerse: la gravedad española, la respetuosa etiqueta, la plática séria i decente de nuestros salones, se han visto desalojados etc.

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Reunido un número regular de suscriptores empezarémos a formar la BIBLIOTECA DE LA SEMANA, a que se refiere nuestro prospecto, dando lugar en ella a lo mas nuevo e interesante que se escribe sobre novelas, historia, viajes, etc.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones únicamente en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Junio 18 de 1859. Núm. 5.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JUNIO 18 DE 1859.

Los reformadores.

II.

Toda reforma, todo cambio, para ser benéfico, tiene que ser obra de la sociedad.

Cuando así no sucede, esa reforma, ese cambio traen el descontento, la lucha, encuentran en todas partes resistencia, i se ven obligados a imponerse o a volver grupas, lo que siempre es mas prudente i mas útil.

Nada hai mas falso i funesto que creer se puede hacer aceptar a una sociedad de grado o por fuerza lo que se imajina su bien.

La iniciativa debe venir de abajo :

La realizacion de arriba.

La felicidad misma, por el solo hecho de ser impuesta, es una desgracia.

Esto es cierto, aun para las sociedades americanas en las que la iniciativa, la accion son casi nulas.

Pero los apóstoles de la reforma juzgan de otro modo. I aquí está, a no dudarlo, la causa primera de todos sus estravíos, de sus delirios todos. Aman a la sociedad, pero no la respetan: quieren curarla, pero sin oirla.

La organizacion presente de las sociedades, se dicen, enjendra monstruosas desigualdades, crueles padecimientos, es mala; luego es necesario destruir cuanto existe i sentar el edificio social sobre nuevas bases.

Partiendo de este supuesto se echan a caza de una fórmula social sin tener para nada en cuenta el presente ni el pasado, los deseos ni las aspiraciones del hombre. Miran el mundo por su lado sombrio, por el lado de sus debilidades, de sus miserias, de sus injusticias, sin acordarse que al lado de la debilidad está la fuerza, al lado de la miseria la grandeza, al lado de la injusticia la lei i el derecho.

Desde que consideran bajo un falso punto de vista, o por lo ménos a medias, la hombre i la sociedad, cuanto imajinen, piensen, creen, es fuerza que se resienta de esa estrechez de observacion.

Así vemos que casi todos los sistemas estirpan con un mal un bien: para cada injusticia que ultiman dan existencia a otra o muchas otras que vengan a reemplazarla.

Quieren levantar al débil, i para conseguirlo dan un puntapié al fuerte.

Quieren librar al proletario de la esplotacion del propietario, i lo que hacen es poner al propietario a mansalva del proletario.

Quieren la igualdad; pero en vez de ayudar a subir a los que están abajo, precipitan a los que están arriba.

Esta es sin duda una reforma, pero ¿qué es lo que con ella habria obtenido la sociedad?

¿Habria obtenido la libertad?—Nó.

¿Habria obtenido la igualdad?—Tampoco.

¿Habria puesto término a la explotacion del hombre por el hombre?—Mucho ménos.

Lo que la sociedad alcanzaria seria atraso, lucha, cáos.

Cosa rara, no hai uno solo de los reformadores que no crea i venere el progreso, i sin embargo, jamas ha tenido el progreso amigos mas perjudiciales, enemigos mas encarnizados sin quererlo i sin saberlo tal vez.

Uno de los primeros ajentes del progreso, la gran fuerza de impulsion, por decirlo así, de las sociedades, es esa aspi-

racion constante del hombre a mejorar de situacion, a ser tanto como su vecino si es ménos que él, a sobrepujarlo si se encuentra en idéntica posicion.

Ahora bien, organizada la sociedad como lo pretenden los reformadores, obligado cada hombre a moverse en un círculo fatal i estrecho, esa aspiracion queda de hecho sin fin hácia que tender, se adormece, muere, corriendo igual o mui parecida suerte el progreso.

Imajínese, por un momento, una asociacion en que cada uno de sus miembros sabe que tiene asegurado el dia de mañana, que ahi llega i no puede pasar de ahi su aspiracion. ¿La actividad, el movimiento, la vida harán parte de esa asociacion?—Parécenos que la pregunta no ha menester de respuesta.

Todos se dirán, i con sobrada justicia : —para qué trabajar cuando el trabajo nos traerá solo fatiga i ninguna satisfaccion. I tras esta reflexion se entregarán a un perpétuo *dolce far niente*, dejando que todo marche como Dios i la fortuna quieran.

La vida para ser fecunda no puede pasarse sin trabajo, sin lucha, sin fatiga. Estos son tres elementos indispensables para la virilidad i fuerza de una sociedad : suprimidos, traerian el enervamiento, la molicie, la decadencia, la ruina. I ahí, como se vé, tenemos que ir a parar siempre que demos por base al edificio social la igualdad de las fortunas.

Pero, se nos objetará : el hombre tendrá que trabajar, porque cada uno será recompensado segun su laboriosidad.

Entónces, ¿para qué destruir lo existente? Acaso no es esa misma lei la que preside en el dia al desenvolvimiento social?

Si ella no es, conduce por lo ménos a una organizacion que andando el tiempo vendrá a ser ni mas ni ménos la actual.

Desde luego, la igualdad en las fortunas, ese sueño dorado de los reformadores, no puede tener existencia, es imposible : volvemos, pues, a los ricos i a los pobres.

Es fácil atacar la constitucion presente de las sociedades en que el bien i el mal, lo bello i lo feo, la justicia i la iniquidad viven en perpétua lucha; pero si es fácil atacarla, si no es tampoco mui difícil destruirla, es sí imposible dar al cuerpo social una nueva esfera de accion en que los ajentes del mal no tengan entrada.

No vaya a creerse, por lo dicho, que somos partidarios de la inmovilidad, que tratamos de probar se ha andado el último paso en materia de organizacion social: mui léjos de eso, tenemos fé en el progreso i en el porvenir de la humanidad.

Lo que si combatimos es la reforma por la violencia, es a esos que se afanan en sacar la luz del caos; la justicia de las inanimadas entrañas del derecho; la libertad de en medio de la tiranía; la igualdad de en medio de la degradacion; la última palabra de la organizacion social de la desorganizacion completa de todo lo existente;—la vida del seno de la muerte.

Solo la libertad puede rejenerar al mundo.

Sin embargo, hasta ahora solo hemos echado mano de la fuerza; la fuerza ha sido el gran elemento para hombres de arriba i hombres de abajo, para pueblos i gobiernos.

I aquí está, no hai que engañarse, la causa primera i acaso la única de la vida de fluctuacion, de desasosiego, de contínuas caídas que vienen llevando las sociedades.—Vivimos ofuscados por el aparente poder de la fuerza. Pero éntrese en el fondo de las cosas i se verá cuanto de efímero, de engañoso no encierra en sí.

La fuerza, se dice, es órden; pero tambien es anarquía;

La fuerza dá consistencia a lo establecido; pero tambien lo tumba por tierra;

La fuerza es todo; pero tambien es nada.

La fuerza es en la realidad una espada de dos filos, un poder sin moralidad i sin conciencia que está al alcance de todos los hombres, de todos los partidos, de

todas las ambiciones grandes i pequeñas, nobles i ruines; que si hoi sostiene la justicia i el derecho, mañana saldrá a romper lanzas por el absolutismo i la esclavitud; que es alternativamente bien i mal, democrácia i aristocrácia, república e imperio; pero nunca jamás libertad ni progreso.

Dejémonos de andar buscando la rejeneracion social a cuchilladas, que ya bastante la hemos perseguido por ese camino, eduquemos a las sociedades para la libertad i dejémoslas que marchen.

Cualquiera otra vía es errada, no hará mas que llevarnos de caida en caida, de precipicio en precipicio.

Lo que no hace el hombre colectivo, la sociedad, mucho ménos puede hacerlo el hombre individual.

El bien vive de espontaneidad.

Cesemos de pedir proteccion i amparo a la fuerza, esperémoslo todo de la libertad.

La fuerza es inmovilidad, estagnacion, cuando no retroceso.

La libertad es movimiento, vida, vigor i progreso.

La gran fórmula social de las sociedades modernas debe reasumirse en una palabra:—Libertad!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Exposicion industrial de España i Sud-América.

La reina de España acaba de decretar la construccion de un palacio en el Buen Retiro para una exposicion industrial de los dominios españoles i las repúblicas sud-americanas. Es la misma reina que ha mandado construir un templo monumental a la Inmaculada Concepcion de la Vírjen María; la misma que coronó al poeta Quintana «en nombre de las letras como alumna, en nombre de la patria como reina»; la misma que ha puesto cruces de honor en el pecho de José Valero, de Julian Romea, de Rodriguez Rubí, de los poetas i artistas distinguidos de su pais, sostituyendo la aristocrácia del talento a la aristocrácia de la sangre; es esa reina liberal i patriota, entusiasta por todo lo que es grande i bello, i que lleva en su pecho un corazon de artista con mas orgullo que la diadema que ciñe su frente. Mas de una vez se han desencadenado en España las tempestades políticas; se han puesto en conmocion todos los elementos de la sociedad, se han proclamado en las cortes los principios mas republicanos, se han puesto en tela de juicio todos los errados principios que sirven de base a la monarquía; pero las oleadas de la revolucion han ido a morir al pié del trono de Isabel, como la roca del mar que lamen las olas despues de la tormenta. ¿Porqué esta inconsecuencia en la nacion española? ¿Porqué los mismos que han proclamado igualdad i libertad son los primeros en tomar en sus brazos a esa reina para salvarla del naufrajio? ¿Será acaso por un ciego fanatismo por la monarquía o porque todavia creen allí en el oríjen divino de los reyes? Quien quiera juzgar a la España por lo que es i no por lo que ha sido; quien vea i conozca en su historia parlamentaria los principios de Lopez, Olózaga i otros brillantes oradores (si es que se permite que la España tenga oradores); quien quiera juzgar a la España de Isabel II i no a la España de Felipe II, comprenderá que no es la monarquía la que han querido salvar, no al trono sino a la mujer que en ese trono se sienta; porque Isabel es para ellos juventud, talento, entusiasmo, amor a las artes i a las gloriosas tradiciones de su historia.

Los *esprits forts* que salen del colejio criados con la mamadera de Rousseau, no comprenderán todo lo que hai de hermoso i poético en ese culto de los españoles por una mujer; como liberales i *despreocupados* se escandalizarán talvez de oir en boca de un republicano elojios de una reina; pero la jente despreocupada nos permitirá que tengamos el valor de nuestras propias convicciones, para no dejarnos arrastrar por una preocupacion hija de la ignorancia i de un falso patriotismo. Las formas políticas i las doctrinas mas hermosas no son mas que una bella mentira cuando no hai en el corazon un afecto que les dé calor i vida. Mas libres son hoi dia la España i la Inglaterra que muchas repúblicas que se llaman democráticas, porque no siempre espresan los nombres la realidad de las cosas. El republicanismo es una idea, un principio; pero es tambien un sentimiento i los sentimientos viven de virtudes i no de palabras. Allí donde hai respeto a la lei i a la opinion, allí donde la palabra pueblo tiene su significado, aun cuando se llame rei la persona que gobierna, habrá república i democrácia.

Con todo, se está verificando entre nosotros una reaccion a favor de la España, i para la juventud ilustrada no es ya sinónimo de inquisicion i fanatismo. La jente que piensa conoce la necesidad de estrechar con ella nuestra alianza, en la que fundan, con sobrado motivo, una esperanza de salvacion para las repúblicas de Sud-América, amenazadas por los anexadores del Norte. Es preciso que no seamos injustos para con ella. Los jóvenes americanos que la han recorrido, prefiriendo visitar sus monumentos históricos a pasearse en los boulevards de Paris, vienen llenos de satisfaccion por el cariño con que se les ha trata-

do, sin mas antecedentes que el ser americanos i hablar el mismo idioma. ¿Acaso la Academia Española hizo alto en si era o no español el Sr. Bello para mandarle a Chile el título de académico? El distinguido escritor americano don José María Baralt es igualmente miembro de la Academia de Historia, i cuando las Constituyentes de 1854 estuvo a punto de ser diputado, faltándole apénas unos pocos votos para obtener mayoría, sin que nadie le echase en cara su nacionalidad. Era hombre de talento, hablaba el castellano, i esto les bastaba para darle un asiento en las cortes. Ya que no por gratitud, es preciso que por conveniencia tratemos de fomentar entre nosotros esta simpatía.

Conocidos son los tristes pronósticos que se hacen sobre las repúblicas de oríjen español, que encierran en su seno tantos elementos de desorganizacion, hasta el punto que muchos desesperan de su porvenir. Estos vicios provienen en parte de la violenta transicion por la cual pasaron estos pueblos del estado de colonias al de repúblicas libres i democráticas, poniéndose en contradiccion con todos los principios i los hábitos de la sociedad. Costumbres aristocráticas i formas republicanas, son un contrasentido, un absurdo. Verdad es que desde 1810 hasta nuestros dias hemos progresado en este sentido, pero todavía queda mucho que hacer. ¿Cómo quereis establecer la democrácia en un pueblo donde la librea degrada al hombre que vá a la trasera de un coche, i donde el *caballerito* se desdeña de estrechar la mano callosa del artesano, de miedo que el roce del poncho no descomponga los pliegues de su camisa?

Los reformadores que quieren rejenerar a los pueblos con nuevos sistemas políticos, sin hacer primero la reforma social, siguen una vía errada, porque quieren el efecto sin la causa, el edificio sin la base. En vano se escribe en la carta constitucional lo que no está grabado en el corazon del ciudadadano. Si los principios en ella consignados no tienen hondas raices en el modo de ser de la sociedad, no será sino un cuaderno de cierto número de pájinas que el primer soldado atrevido puede ensartar en la punta de su bayoneta. Es preciso que la tierra esté preparada, i que no se eche semilla sobre las rocas vivas para que produzca sus frutos. El cristianismo comenzó por rejenerar al individuo ántes de rejenerar la sociedad, i no dió al mundo una nueva doctrina sino porque le daba una nueva moral.

I en medio de los males que aquejan a todas las repúblicas hispano-americanas, del desaliento moral, del desmayo del patriotismo que producen los desengaños ¿debemos entregarnos sin aliento i sin fuerzas en brazos del destino, abdicando la voluntad i la conciencia del deber? La vida de los pueblos, como la del hombre, es condicional, i una vez conocidas las condiciones de la existencia, podemos marchar con pié seguro i ánimo tranquilo a la realizacion de nuestras esperanzas. Pero para buscar el remedio específico, es necesario conocer el mal i las causas que lo producen. No es la cuestion de gobierno, la cuestion política, la que hai que resolver para salvar a estas repúblicas, porque no es el presente sino el porvenir el que debe alarmarnos; el porvenir! en cuyos horizontes recargados de sombras i temores se destaca el águila del Norte atraida por el olor del cadáver.

La causa de nuestros males está en nuestra organizacion social, que será siempre un obstáculo para la organizacion política. No es posible la república democrática en los pueblos en que solo hai dos clases, una de caballeros i otra de plebe, una dominante i otra dominada, una que es depositaria del saber, de la riqueza i los honores, i otra ignorante i pobre, condenada a la mas completa abyeccion. Para que haya democrácia es de todo punto necesaria la tercera entidad de la clase media, que ocupe el lugar que le corresponde, que sirva de intermedio, de punto de contacto, para que se toquen la primera i la última, para que se den la mano plebeyos i caballeros i formen el gran todo que se llama pueblo. En Chile, toda persona que se cree *decente*, tiene a mengua ejercer un arte u oficio, porque el no ser abogado, agrimensor o clérigo, se considera un desdoro para los cuarteles de nobleza que cada uno pretende tener, sin acordarse que el trabajo es el principal honor, la primera de todas las noblezas. La falta de desarrollo i progreso en las artes i la industria es lo que hace que tenga tan poca importancia la clase media, que es la fuerza i la opinion de las naciones adelantadas, porque ella es la que dá soldados para los ejércitos, trabajadores para los campos, artesanos para los injenios i fábricas. Este es el elemento que falta a las repúblicas de Sud-América para ser libres en el interior, respetadas en el esterior, i poder llamarse naciones con toda la estension de la palabra. Fomento de la industria i de las artes: he aquí el primer remedio del mal, la primera solucion de la dificultad. La conclusion no es nueva, pero es verdadera; i la verdad debe decirse siempre aunque se repita hasta el cansancio.

La otra tabla de salvacion es la estrecha alianza de todas las repúblicas con la madre patria, porque ella, interesada en la conservacion de la isla de Cuba, con una fuerte escuadra i mas de veinte mil veteranos en la isla, es la que puede protejernos en el caso de un conflicto de raza a raza. Porque sin duda alguna i en tiempos no mui lejanos, la cuestion se llevará a ese terreno; que fascinados por el brillo de su fortuna, i puestos en adoracion de su propio nombre, los hijos de Norte-América creen que hai para ellos un destino providencial. No hace mucho que su gobierno ha pronunciado en pleno senado, respecto de la isla de Cuba, el *delenda est Cartago*, no por medio de las armas, pues lanzas tiene Castilla,

sino por medio del oro, como si pudiera ponerse precio a la existencia de un pueblo. Pero nuestra raza, que en los tiempos de la edad media dió la lei a los vencedores de Europa, que les impuso su relijion, sus leyes, su civilizacion en una palabra, no cambiará estas gloriosas tradiciones por un puñado de monedas de oro «Si Isabel I, ha dicho la reina de España, empeñó todas sus joyas para el descubrimiento de Cuba, yo empeñaré las mias para conservarla.»

La exposicion industrial que esa reina trata de realizar, será un estímulo para nuestra industria, i una base segura para estrechar nuestras relaciones de amistad i comercio con la Península, que debe ser el fundamento, el punto de partida de la alianza política, de mas utilidad para nosotros que las que celebramos con otras naciones de distinto oríjen, únicamente interesadas en esplotar las riquezas de nuestro suelo i nuestras disenciones políticas. Conocidas son las innumerables historias de las indemnizaciones que en todas las repúblicas de Sud-América han exijido i están prontas a exijir la Francia, la Inglaterra i los Estados-Unidos. Sus numerosas escuadras surcan contínuamente las aguas del Pacífico, cuya desguarnecida costa está espuesta a sufrir esos bloqueos, que han solido imponerse con los mas fútiles pretestos.

Tiempo es ya de que todos los pueblos de oríjen español reconozcan sus fuerzas, cuenten su número, i pongan en comun sus intereses i esperanzas, para alcanzar un porvenir mas alhagüeño que las tristes decepciones que producen las luchas fratricidas. El fértil suelo de América solo ha sido trabajado por el infortunio i regado con la sangre i las lágrimas de sus hijos. ¿Qué hemos hecho, qué frutos hemos sacado de esta naturaleza vírjen i grandiosa, en la cual es cada flor un aroma, cada ruido una armonía; en la que los bosques con sus misteriosos rumores, con sus corrientes rios, los campos con sus flores i el mar con sus huracanes, parecen tener una voz, potente como la de Dios, para decir al hombre: *engrandécete*! ¿Qué es de la jóven América, de este Eden en que los jugos de la tierra, no solo alimentan a la planta, sino que hinchan sus venas, como si hubiera en sus entrañas un exceso de vida; cuya naturaleza parece que habla, que siente i que palpita bajo nuestros piés, como el corazon de la mujer que recibe la impresion de la primera caricia? Ah! en su cándida frente i en sus mejillas sonrosadas hemos impreso las arrugas del vicio, los pliegues del dolor, i hemos convertido a la casta vírjen en la impúdica cortesana, que el soldado i el lejista se disputan, con corrosivos ardores, en las orjías del poder. Pasead vuestra vista por toda la estension del continente, i vereis en todas esas repúblicas la opinion escarnecida, abofeteado el sentimiento público, i la sociedad herida en el corazon por el sable de un tirano o el puñal de un conjurado; i en todas partes el mismo dolor, el mismo grito, caminando de un abismo a otro abismo, de la anarquía al despotismo i del despotismo a la anarquía, sin hallar la solucion de tan sangriento dilema. ¿I tan amarga ha de ser nuestra suerte, que hayamos de caminar con la frente abatida bajo el peso de la desgracia, dejando pedazos del corazon en las zarzas del camino, regado con nuestras lágrimas? Nó, las naciones caen, pero las naciones se levantan. El cóndor puede fatigarse en su vuelo, pero vuelve a remontarse con mas valor, hasta perderse en las nubes. Las naciones, como los hombres tienen una mision que llenar en el mundo moral, como la tienen en el mundo físico el sol, las estrellas, i cuanto encierra la creacion. Ya no hai profetas que nos digan los misteriosos designios de la Providencia, pero tenemos en la naturaleza la traduccion de la palabra divina. En la majestad de los Andes está escrita por la mano de Dios la majestad del pueblo.

Si tenemos fé en el porvenir, i en nuestras esperanzas, recibamos con entusiasmo toda idea que pueda servir al progreso de estos paises. La exposicion industrial nos abre nuevos caminos para precipitarnos en los brazos de la madre patria, que nos dirije una mirada de amor. Ojalá que nuestras palabras no sean recibidas con indiferencia, para que los hombres influyentes en la sociedad fomenten en Santiago i en las provincias este jeneroso pensamiento. I si falta autoridad a nuestra palabra i luces a nuestra intelijencia, que sirva nuestro empeño para que traten la materia hombres mas entendidos i plumas de mas peso. No olvidemos que es española la sangre que corre por nuestras venas, sangre que nos hace solidarios de las glorias de España, herencia de virtudes i de heroismo que vale mas que las monedas de los mercaderes. Nuestra bandera está ya enarbolada en las calles de Madrid, i es preciso que Chile esté representado en la exposicion i que se pronuncie su nombre. Si la idea viene a estrellarse con la apatía que nos caracteriza, no nos faltará por nuestra parte una flor de nuestros campos, para mandarla como una ofrenda de cariño.

CAMILO H. COBO.

En un álbum.

En un jardin ameno
La camelia a la rosa así decia:
—«Oh reina de las flores orgullosa,
Al fin se te llegó tu último dia;
Cede el puesto a rival mas venturosa.
Yo de algun albo seno
Adorno voi a ser: la linda mano
Que cultivo me dió, no miró en vano
Abrirse mi boton en los jardines,
I entre nardos, jacintos i violas,
Dar envidia a las rojas amapolas
I afrentar a los cándidos jasmines.

El cetro que usurpaste
A mi pié lo depone: harto reinaste.
El aura popular que me circunda,
Destruye tu poder i el mio funda.
Es cierto que eres bella;
Pero nadie en belleza a mí me iguala.
Tu púrpura no temo,
Ni tu frescura ni tu albor lozano:
Ni a mí me vieron lastimar la mano
Que hizo acariciarme,
Ni jamas hice gala
De esconderme entre espinas por vengarme.
I la rosa sonriendo le responde:
—«Es verdad que eres bella; en tu belleza,
Caprichoso juguete de fortuna,
Has fundado un imperio pasajero:
El solo verdadero,
Aquel que dura,
I en que el poder de mi virtud estriba,
Aquel que nadie puede, miéntras viva
La rosa pudibunda
De espinas circundada
Disputarme jamas, ese se funda,
No solo en la hermosura
Que a otras flores i a tí te ha dado enojos;
Sino en que la natura
A mí me dió el perfume
De que avara te priva,
A tí, flor inodora,
Que hablas solo a los ojos.
Yo soi la reina i la señora:
Yo llevo la corona, yo la palma;
Por que hablando a los ojos hablo al alma.»
Así como la rosa, Rosalía,
En el sereno cielo
Do moran las estrellas
El cetro te cedieron las mas bellas,
Queriendo tu fortuna
Que entre tantas estrellas fueras luna,
I en el jardin del suelo,
Tú eres aquella flor lozana i pura
Que corona su cándida hermosura
El perfume del rico sentimiento.
Ese te dá la palma,
Ese es el complemento
De toda perfeccion en la belleza,
Que a tí naturaleza
Mandar te hizo en los ojos i en el alma.

Setiembre de 1855.

HERMOJENES DE IRRISARRI.

Sin mas auto ni mas traslado.

Antes que te cases
Mira lo que haces.

I.

Ah! si todos tuvieran presente ántes de hacer la última calaverada el proverbio que nos sirve de epígrafe, cuanto ménos fecunda en desgracias, en dramas ora tristes, ora terribles seria nuestra sociedad.

El matrimonio es la base de la familia. La existencia de ésta, la felicidad o la desgracia de sus miembros depende de la solidez o instabilidad de esa base.

Los padres forman a los hijos como los jenerales a los soldados.

Quereis introducir la desolacion en una familia, separad a los esposos, haced que la mala intelijencia reine entre ellos i lo habreis conseguido.

Pero, por una de esas aberraciones tan comunes a nuestra naturaleza, nadie al escojer a su cara mitad se acuerda del porvenir, i no pocos ni aun del dia de mañana.

Este, se casa con Elena porque tiene un lindo pié.

Este otro, se casa con Julia porque tiene una cara picante.

Aquel, se casa con Lucía porque tiene una dote respetable.

Aquel otro, i como ese muchos otros, se casan por casarse, por tener mujer, por adquirir ciertas consideraciones sociales, que a las veces se tornan en condecoraciones matrimoniales.

Nadie ó casi nadie se acuerda en el momento de ponerse bajo el yugo matrimonial, que ese yugo es eterno, que impone deberes de cuyo cumplimiento va a depender la felicidad el honor i la virtud, o la infelicidad, el deshonor i el vicio de mas de un ser inocente. No se acuerdan que una linda cara o muchas pesetas no es lo que constituyen la dicha, la tranquilidad, la pureza, la santidad del hogar doméstico.

De este modo, pues, se toma el matrimonio como una partida de placer.

El hombre se casa con la misma soltura de cuerpo que va a un baile, si es amigo del placer ruidoso; que come un buen plato, si es gastrónomo; que apunta a una carta, si es jugador; que se mete una levita segun el último figurin, si es elegante; que se toma un reducto débilmente fortificado, si es militar i valiente; que bosteza o duerme, si es perezoso o dormilon; que hace un buen negocio, si es comerciante, o esquilma al prójimo, apurado por algun acreedor sin alma, si es usurero.

¿I de aquí qué resulta? Lo que no podia ménos de resultar. Que pasados los dias de la ilusion, la *luna de miel*, como se dice, se le empiezan a divisar las orejas a la realidad. Se comprende, aunque tarde, que lo que se ha hecho merecia una reflexion mas madura.

El amor o la novedad pasando, van dejando al descubierto todas las cualidades buenas i malas de nuestra cara mitad. Advertimos entonces que es amiga del lujo, de los paseos, del teatro, del baile, de las tertulias, de hombres sobre todo; que su amor por su marido, no es de los mas esclusivos; que tiene ciertas tendencias mui pronunciadas a la libre competencia; que tiene un corazon mas sensible de lo necesario i conveniente, a ciertas enfermedades del prójimo barbudo; en una palabra, el velo cae, i en vez de un ánjel encontramos una mujer tan flaca, tan antojadiza, tan voluble, tan..... como las demas.

—¡Nécio de mí! yo que creia encontrar la fe-

licidad! se dice el marido, mezándose los cabellos, o golpeándose la frente, o atuzándose el bigote, si lo tiene, o recorriendo a pasos precipitados la estancia, si no tiene bigotes que atuzarse, cabellos que mezarse i el golpearse la frente puede traer peligros para la mano.

Se trata entonces de enmendar lo hecho, de correjir las inclinaciones demasiado pronunciadas de la esposa. Se le prohibe el que pasee, baile, vaya al teatro, frecuente tales o cuales tertulias. La cara mitad se incomoda, i a poco andar se insurrecciona: habla, grita, chilla; llama a su marido tirano, monstruo; agota el diccionario de los epítetos *galantes:* si es sentimental, concluye llorando: si es vaporosa, desmayándose. Tenemos al marido cojido en el garlito.

Cree que ha hecho mal i hasta cree que su mitad es un ánjel; empieza a sentir remordimientos; procura disculparse. La mujer cede al fin. Las paces quedan hechas; i, como prenda de su duracion i de la buena fé de los contratantes, se concede entera libertad a la esposa para que arruine al marido, para que pasee, para..... para que haga su santa voluntad en una palabra.

Sin embargo, lo que distingue estos armisticios, treguas, suspensiones de armas, tratados, o como quiera llamárseles, no es la duracion.

Algunos maridos, se convencen al dia siguiente, otros al mes, otros a los dos meses, algunos al año, i otros, para su desgracia, cuando ven sus gabetas demasiado livianas, de que han procedido con sobrada debilidad, i vuelven a las andadas.

Entonces la traji-comedia matrimonial se desenlaza por una separacion, por un divorcio, o por una guerra perpetua entre marido i mujer; guerra que suele complicarse con la introduccion de la reserva, que la forman la mamá de la tiranizada consorte, las hermanas i los hermanos, las primas i los primos i las amigas i amigos de la mamá, de los hermanos i de los primos. Ai! del marido que así se vé sitiado! Mas le valiera no haber nacido! El hogar doméstico se trueca en un verdadero infierno.

La esposa llora i se lamenta;

La suegra hace el panejírico de su hija i truena, cual nuevo Demóstenes, contra el esposo;

Las hermanas lloran la lágrima viva;

Los hermanos muestran los puños al pobre marido;

El pobre marido agacha la cabeza i deja venir con una resignacion, que es patrimonio esclusivo de las jentes de su oficio, el aguacero de insultos, de gritos, de juramentos i de amenazas que cae sobre él.—De cuanto corazon no se arrepiente de su disparate. Ah! si el dia de su muerte siente por sus pecados un arrepentimiento igual, tendrá la bienaventuranza, irá camino recto i sin tropiezo al último cielo.

Pero voi viendo que me encuentro a gran distancia del objeto que me habia puesto la pluma en la mano.

Mui léjos de mí estaba, caros lectores, el bosquejaros una escena matrimonial. Mas ya que contra mi voluntad i mi intencion así ha sucedido, dejemos lo dicho por via de introduccion, i entremos en materia.

II.

Un inmenso jentío llenaba los salones de la señora de X.... cierta noche de cierto mes, cosa que nos importa bien poco.

El ruido de las conversaciones, de las risas, i el resplandor de las bujías llegaban hasta la calle, que estaba llena de curiosos, como es de precision.

—¿Qué haremos para entrar, niña? decia una tapada a otra que estaba a su lado.

—¿I para qué quiere Ud entrar Josefita? le contestó su compañera.

—La ocurrencia tuya ¿con qué para qué quiero entrar? Para ver a los novios, para observar los tocados, para gozar de la vista de los salones, que debe ser magnífica, para.....

—Para tener mañana de qué murmurar, dijo la otra entre dientes.

—¿Qué dices, niña?

—Nada, tia, nada.

—Cómo nada. Si estabas hablando ahí.

—Hablando, ni he despegado los lábios.

La tia iba a contestar quien sabe qué, cuando un pasante dándole un feroz empellon, cambió sus palabras en un:

—Ai! Jesus, María, qué bruto!

—Calle la vieja bruja, respondió el pasante, continuando su camino.

—No vé, pues, tia, lo que nos sucede por ser curiosas.

—Calla la boca, qué sabes tú mocosa: siempre queriéndome dar lecciones.

I la tia entró en una larga disertacion sobre la petulancia de la juventud, sobre los perniciosos frutos de la moderna educacion, sobre lo mal que habian hecho las madres en suprimir el eficaz correctivo de la *chancleta.* Iba a continuar; pero los primeros acordes de la música, que anunciaban el principio del baile, vinieron a interrumpirla.

—Ven, niña, ven, dijo doña Josefa, dejando su disertacion i tomando a su sobrina por el brazo.

Todos los curiosos habian hecho el mismo movimiento; asi es que en pocos segundos la puerta estaba de veras barricada por una muralla humana. Entonces empezaron los gritos, las maldiciones, los juramentos i los insultos.

—Ai! que me ahoga, decia la una.

—Ai! que me rompe el pañuelo, decia la otra.

—No me pise Ud. caballero, decia una mas prudente.

—Qué grosero! por nada me saca las narices, esclamaban por otro lado.

—Qué escándalo, Dios mio, decia una beata. Si supieran Uds. lo que ha querido hacer conmigo este hombre de mis pecados.

Mientras tanto, doña Josefa, como marino

acostumbrado a estas tempestades, logró acodazos, a pellizcones, a empellones, abrirse paso hasta la primera fila de curiosos, no sin gran detrimento, por cierto, de su basquiña i su manto.

Dos criados colocados a la puerta tenian todas las penas del mundo para poder contener las oleadas de ese torrente de curiosos. Viendo que las palabras i los empellones eran infructuosos, iban a poner en juego argumentos mas contundentes, cuando se les dió la órden de cerrar la puerta. Los curiosos al oir esta órden, quedaron un momento inmóviles i silenciosos. Pero en el mismo instante que los criados movian la puerta sobre sus quicios, para darles con ella en las narices, una ola mas fuerte que todas las anteriores cayó sobre ellos de improviso. Buena parte de los curiosos fueron a dar al patio: unos andando con la cabeza; otros con la nariz; otros con las costillas; ninguno con sus piés. Doña Josefa se rompió un codo; su sobrina se magulló las manos, i salieron de las mejor libradas.

Doña Josefa una vez en salvo, empezó a examinar el terreno i a buscar el mejor sitio desde donde poder dominar completamente el salon. Esto no le fué difícil: la forma de este, hacia que por cualquiera de sus entradas se le pudiera dominar.

Razon habia tenido la curiosa i emprendedora tia en esponerse a riesgos tantos para penetrar en la casa i observarlo todo de cerca.

El golpe de vista que presentaba el salon era magnífico, soberbio. Quinientas bujías por lo ménos, derramaban su luz en un espacio de treinta i tantas varas. Esos torrentes de luz cayendo sobre las piedras de los tocados, producian luces nuevas i de mil colores sobre el cuello, sobre las manos, sobre las cabezas de las damas, haciendo de cada una de ellas el centro de un sin fin de estrellas, de rayos, de manojos de luz ora blancos, ora rojos, ora verdes, ora amarillos, ora de un color indefinible, de un color que tenia de todos los colores. La vista se perdia, se ofuscaba de tanto ver. Parecia todo aquello la realizacion de un sueño oriental. El idioma es pobre, es impotente para dar una idea siquiera aproximada del sinnúmero de juegos de luz que se presenciaban en un segundo.

Cuando la primera impresion habia pasado, cuando la vista se acostumbraba a tanta luz, a tanto brillo, a tanto rayo loco como iba i venia, comenzaba, algo como un desengaño, a arrugar el entrecejo del espectador. Es que lo que era bello, magnífico, sorprendente mirado así de lleno, no lo era tanto en detalle. Es que esos brillantes, esos ópalos, esos rubíes, esas esmeraldas, esos topacios no siempre adornaban cabezas hermosas, senos alabastrinos, manos blancas i pequeñas, sino con mas frecuencia cabezas de cabellos de ébano con el favor de los cosméticos, rostros marchitos, gargantas arrugadas; i esas mil bujías, no siempre dejaban ver bajo tanto brillo una cara fresca i sonrosada, sino una cara toda obra de los adelantos del tocador.

Por eso, tras la admiracion venia la murmuracion.

—¿Si se abrá mirado al espejo esa mujer? decia uno, señalando a una señora tan cargada de años como de alhajas.

—De seguro que nó, decia un segundo.

—Si lo hubiera hecho, decia un tercero, se habria quitado tanto brillante i tanta perla como trae, i con los que solo logra hacer resaltar lo moreno de su color i lo arrugado de sus mejillas.

—Qué avechucho, decia un cuarto, flechándole el lente.

—Dios debe haber dejado escaparse estas momias de sus tumbas, para desilusionarnos, agregaba el primero.

—Dicen que fué mujer hermosa en sus quince, replicó el tercero de los murmuradores.

—Así será, dijo el del lente; pero lo que son sus cincuenta los tiene de un feo mui subido.

Una cuadrilla que empezaba vino a cortare mui a tiempo, para la venerable señora, la conversacion de los murmuradores.

Entónces todas las miradas se dirijieron a una mujer de veinte a veinte i dos años, vestida con una riqueza i una elegancia asombrosas. Su traje era de una finísima gaza blanca i oro. De su hermosa i rubia cabellera caia casi hasta el suelo un velo de blondas, que se sostenia en la parte inferior de su peinado con cuatro alfileres de brillantes. Unos pendientes de brillantes, tambien, i que figuraban tres grandes gotas de rocio desprendidas de la córola de una trinitaria, adornaban sus delicadas orejas. Su pura i modelada garganta estaba rodeada de tres hileras de perlas del mas bello oriente, i que luchaban en blancura con el seno sobre que caian.

Pero la mujer valia mas que todos sus adornos. Un rayo de sus verdes, rasgados i melancólicos ojos valia por todas las luces de sus brillantes. Las dos hileras de perlas que asomaban a sus lábios, un poco gruesos, pero de una gracia sin par, uno solo de esos dientes valia por todas las perlas de su cuello. Su nariz era afilada, su barba fina, el contorno de su rostro de una pureza i una firmeza de líneas admirable: el conjunto era bello i realzado por una palidez llena de encanto. En fin, Adela, porque tal era el nombre de esta mujer, era una belleza que hacia creer en la belleza ideal, que nos reconciliaba con ciertos tipos que juzgamos imposibles, obra esclusiva de la ecsuberante imajinacion de los poetas.

Adela iba de bracero con un hombre de veinte i seis a veinte i ocho años, de figura distinguida, de modales desenvueltos, i vestido con elegancia i sencillez.

La pareja se detuvo un momento en el cen-

tro del salon, para recibir las felicitaciones de varios que les salieron al paso. Despues fué a colocarse en su testera, i abrió la cuadrilla.

—Ya tenemos en campaña a los novios, dijo el del lente, flechandóselo a Adela.

—Es hermosa, dijo una jóven de sonrosadas mejillas.

—Sí, no es fea, le contestó su compañera que era mas fea de lo necesario i conveniente, con un aire que pugnaba por parecer indiferente i era despechado.

—En buena se ha metido el pobre Andres, dijo un jóven de largos cabellos castaños, de ojos penetrantes vivos, i vestido con un descuido lleno de elegancia, dirijiéndose al de lente.

—Que quieres, Alfredo, contestó éste. Demasiado le hemos predicado. Ayer mismo hice un último esfuerzo para lograr disuadirlo; pero, a las primeras palabras, me convencí que nada iba a obtener sino era perder un amigo sincero, i desistí de mi propósito.

—Bien dice el proverbio que: mujer i mortaja del cielo baja, agregó Alfredo.

—Sin embargo, Cárlos, lo que es la mujer no le ha bajado a nuestro amigo Andres del cielo.

—Ya lo creo, contestó Cárlos.

—Pobre Andres, añadió Alfredo, que cree todavía en las mujeres por su esterior; que cree que lo aman, porque le dicen: sí; que cree que son puras, porque ellas se lo aseguran; que cree que un rostro sin reproche, un seno de vírjen han de ir por precision acompañados de un alma noble i de un corazon puro.

—Siempre con tus desencantos, Alfredo. Parece que la última leccion te ha aprovechado.

—Algo mas, amigo Cárlos, me ha curado.

—¿I cómo es que te has presentado en esta casa despues de lo ocurrido, i, mas que todo, en una noche como ésta?

La palidez de Alfredo se aumentó al oir la pregunta de Cárlos.

—Sabes porque me he presentado en estos salones, que hace un mes habia jurado no volver a pisar jamas, respondió Alfredo a media voz, pero con una entonacion que tenia algo de siniestro i amargo, sabes porque me he presentado, porque queria ver por mis propios ojos hasta donde puede llevar una mujer su perversidad, su falta de corazon. Creí que mi presencia, en semejante dia, hubiera causado a Adela algun disgusto, que alguno de los mil aguijones del remordimiento hubiera ido a posarse sobre su conciencia; pero esa mujer no la tiene. Aunque no habia sido invitado a la ceremonia de su matrimonio, me presenté en ella sin embargo. Cuando debia pronunciar el *sí*, sus ojos se encontraron con los mios, creí, necio de mí, que iba a palidecer, que la vista de una de sus víctimas la contendria, la haria siquiera dudar de hacer otra nueva. Pero nada de eso: me miró con una sonrisa burlona, i pronunció con una voz llena de finjida conmocion: sí quiero! La fisonomía de Andres irradió de gozo; yo me retiré abismado en mí mismo, casi sin poder dar crédito a mis propios ojos. Oh! Cárlos, es imposible concebir una mujer igual. I yo que la juzgaba un ánjel! I yo que espuse dos veces mi vida por defender su fama, por hacer callar a la calumnia; i no sabia que era a la verdad a quien ponia mordaza. ¡Loco o iluso es el que pretende conocer el corazon de una mujer: es mas insondable que el océano!

A medida que hablaba, su palidez, su entonacion de voz, los relámpagos que lanzaban sus ojos iban dando a su fisonomía triste, pero apacible de suyo, un aire cada vez mas siniestro. Parecia el remordimiento despechado por no haber desgarrado con sus espinas el corazon del criminal.

Cárlos lo observaba con interes, i con cierto temor concentrado, por lo que leia o creia leer en su alma.

Despues de un momento de silencio, Alfredo tomándose del brazo de Cárlos, le dijo:

Aquí pueden oirnos; vamos al jardin. Esta atmósfera me ahoga; necesito aire..... Vamos al jardin.

Como se bailaba en el salon, el jardin estaba completamente desierto. Solo de cuando en cuando pasaba algun criado.

Nuestros dos jóvenes fueron a sentarse en un rústico sofá, que colocado perfectamente en su centro los ponia a salvo de oidos importunos.

Como Alfredo continuase guardando silencio, Cárlos lo interrumpió diciéndole:

—Por tus palabras, Alfredo, he creido adivinar que ha habido en tus relaciones con Adela algo mas serio i de mas trascendencia que un amorcillo pasajero. El porvenir de Andres me tiene de veras preocupado. Esa mujer lo engaña, esa mujer lo traiciona, ¿no es verdad Alfredo?

—Puede ser, respondió Alfredo con flema.

—Cómo puede ser.... Habla por Dios... la incertidumbre me mata. Creo adivinar algo mui infame en la conducta de esa mujer..... Habla, pues, Alfredo, habla: en nombre de tu amistad por Andres, de su felicidad, de su porvenir, te lo ruego, lo exijo de tí..... Mira que aun es tiempo de reparar en parte el mal.

—Aun es tiempo, digo Alfredo con voz ajitada i como maquinalmente... Ven, pues.... corramos.... Que Andres sepa, ya que aun es tiempo, que la mujer a quien va a dar su nombre, su fortuna i su honor no lo ti.... la última sílaba como que se heló en los lábios de Alfredo.

—¿Qué ibas a decir, Alfredo? preguntó Cárlos con ajitacion.

—Yo.... nada.... ni que puedo decir de la mujer de Andres. No dice él que es pura como un ánjel, que reconcilia con la virtud, que hace creer en la felicidad... Oh! Adela será una buena esposa, una madre virtuosa; An-

dres así lo cree, así me lo decia ayer... Pobre Andres... que... i Alfredo se dejó caer sobre el sofá del que acababa de levantarse.

—¡Por Dios habla! dijo Cárlos con temor e impaciencia. No hai un minuto que perder.... Mira que tu puedes ser responsable de las desgracias, de los pesares, de los desengaños, del deshonor de Andres.... mira, Alfredo que puedes ser un amigo traidor.

—Quieres que hable, contestó Alfredo como vacilando.

—Sí quiero! replicó con firmeza Cárlos.

—Pues bien, dijo Alfredo, despues de cerciorarse que nadie los escuchaba: Adela está deshonrada!!

Un rayo cayendo a los piés de Cárlos habria producido en éste ménos impresion que las palabras de Alfredo.

—Adela está deshonrada! . . . ¿Con qué está deshonrada, Alfredo? . . . ¿Te he oido bien? . . . No, no es posible . . . Pobre Andres! el tan noble, tan jeneroso, tan franco, tan leal, tan digno de ser dichoso . . . verse de la noche a la mañana, desgraciado, traicionado, vendido . . . Creyendo ir a beber la copa de la felicidad i la ventura, tener que apurar hasta las haces la copa del dolor i la deshonra . . . No, Alfredo, no . . . lo que tú dices es imposible, volvió a repetir Cárlos casi delirante.

—Ojalá que así fuese, respondió Alfredo con una calma sombría.

Un prolongado silencio, solo interrumpido por la entrecortada respiracion de Cárlos, se siguió a estas palabras.

Mil ideas cruzaban la cabeza de éste: ya el correr al salon i arrancar delante de todos a la impura desposada de Andres la careta de vírjen con que cubria su deshonra i su infamia: ya ir en busca de un veneno i arrojarlo en un helado que el mismo serviria a Adela: ya hacer saber la verdad a Andres por medio de un billete. Pero todos estos proyectos se marchaban con la misma rápidez que habian venido.

Por fin, Cárlos creyó haber encontrado la idea que buscaba. Se levantó del sofá i mirando a Alfredo con ojos escudriñadores le dijo:

—¿Estás dispuesto a hacer un sacrificio por la felicidad, por el honor de Andres?

—Sí, contestó Alfredo con resolucion.

—Pues bien: es necesario que esta noche misma dejes a Santiago i en tres dias mas a Chile.

—Era esa mi resolucion ayer; pero hoi mi partida en nada podria remediar las desgracias de Andres. No soi yo el único que tiene en sus manos la honra de Adela.

—¡Esplícate, Alfredo, esplícate!

—Tu sabes que Adela rompió sus relaciones conmigo, para aceptar los obsequios del bello Julio de C . . ., de ese lindo fatuo, que, por uno de esos caprichos del corazon femenino, se ha hecho el hombre a la moda, el amante necesario de toda mujer que quiere llamarse elegante i de mundo, aun cuando saben que ese figurin ha de contar a todos sus amigos, a todos sus conocidos i hasta al primero que se le aboque los favores que haya recibido de su amada . . . Adela tenia, pues, que enamorarse por precision de Julio . . .: le faltaba esto solo para ser mujer a la moda. Cuando tú, ahora ocho dias, presentaste a Andres en su salon, Julio era el hombre de la casa: en las tertulias, en los paseos, en el teatro siempre se veia a Julio al lado de Adela . . . Las mamáes decian: aquí hai matrimonio . . . Los murmuradores guiñaban el ojo i se sonreian . . . Tres dias despues de la presentacion de Andres, Julio se retiró . . . Todos creyeron que habia sido despedido con cajas destempladas, i yo mismo participé del engaño. Sin embargo para adquirir una completa certidumbre fúi ayer en busca de uno de los íntimos de Julio . . . A poco andar cayó la conversacion en el próximo matrimonio de Adela. Entónces dije yo:

—«Vaya: al fin nuestro irresistible Julio ha tenido su fracazo amoroso.

—«Como así, me dijo el otro.

—«Como que sí . . . o quiere Vd. hacerme creer que no amaba a Adela.

—«Con que el mundo dice que Adela lo ha despreciado. Siempre el mundo anda errando.

Las últimas palabras del amigo de Julio, me hicieron comprender que era tan lijero como él.

—«Como el mundo juzga por lo que vé, nada de estraño tiene que crea a Julio despreciado, porque esto es lo que se vé . . . Ahora: si lo que no se vé es otra cosa, bien puede . . . .

—«Puedo asegurar a Vd. que el mundo anda errado en esta ocasion, me interrumpió.

—«Vamos, amigo, vamos, confiese Vd. la partida: al mejor jeneral lo derrotan alguna vez . . . Confiese Vd. que Andres de S. . . . . ha logrado dar en tierra con los encantos de nuestro amigo Julio.

—Já, já, já, . . . Con que Vd. lo cree, i reia con una impertinencia que en otra ocasion le hubiera costado bien caro. Vaya que es Vd. niño. Nunca han estado en mejor pié las relaciones de Adela con Julio.

—«Miente Vd. le dijo con colera, i, volviendole la espalda, me marche sin saludarlo.

Me encaminé a casa, i conociendo a Julio, le escribió una carta bastante fuerte en que no escaseaba las burlas a sus pretenciones de hombre seductor e irresistible.—Pocos momentos ántes de venir al baile he recibido por contestacion este billete de Adela a Julio.

—Leelo, Alfredo, leelo, dijo Carlos con angustia.

Alfredo, se acercó entonces al farol mas cercano al sofá, de los que iluminaban el jardin, i leyó lo siguiente:

«Querido Julio:

«Tu carta me ha hecho mal. Parece que »desconfias de mi. Bien sabes que tu eres el »único hombre a quien he amado en mi vida,

»que todo cuanto hai de mas sagrado i precio»cioso para una mujer lo he sacrificado en aras »de mi amor por tí.

«¿Que quieres de mí Julio? Quieres acaso »que rompa mi matrimonio? Lo haré, sin em»bargo de que como tu bien lo sabes, este ma»trimonio es una necesidad en la situacion na»da lisonjera en que se encuentra la fortuna »de mi padre.

«Pero no: tu haz convenido en que este ma»trimonio se realice. De este modo nuestro »amor tendrá ménos obstáculos: a Andres doi »mi mano; pero mi corazon es tuyo.

«Deja, pues esas tristezas sin motivo.

«Hasta la noche, tu—Adela»

--I ha venido ese hombre, preguntó Carlos con ira.

—No, es demasiado cobarde para atreverse a tanto.

--Entonces, aun no está todo perdido.

En este mismo momento la cuadrilla se concluia i el jardin empezó a llenarse de jente.

Los dos amigos se tomaron de nuevo del brazo i volvieron a entrar en el salon, donde todo era alegria, risas, cuchicheos, miradas ora significativas, ora malignas, ora burlonas . . . Por aquí, se hablaba en voz alta; por allí un poco mas bajo; mas allá en secreto: ya era un sí o un nó mui acentuado; ya un suspiro comprimido; ya una lágrima furtiva; porque en los bailes tambien se llora; porque el dolor busca en todas partes sus víctimas i encuentra corazones que herir tanto por entre los arapos como por entre las blondas.

Despues de dar algunas vueltas por el salon Carlos i Alfredo se marcharon.

Cuando dejaban la casa de la señora de X.. daban las doce de la noche.

Un cuarto de hora despues un hombre envuelto en un ancho paltó, cuyo cuello le cubria completamente el rostro, dió tres golpes en la puerta de la casa de laseñora de X..

--¿Quién es? preguntó un criado.

--Abrid! respondió con imperio el hombre del largo paltó.

El criado abrió.

--Para el señor don Andres en propia mano i pronto, que urje, dijo el del paltó al criado entregándole una carta.

Dichas estas palabras se marchó precipitadamente.

El criado fué en busca de Andres, a quien encontró charlando alegremente en el jardin con algunos amigos.

--Señor, le dijo el criado.

--Que hai Bautista, preguntó Andres.

--Un caballero me acaba de entregar esta carta para Vd. diciéndome que urje.

--¿Quien es ese caballero? . . . No te ha dicho su nombre?

--No señor . . . traia la cara completamente cubierta con el cuello del paltó.

--Señores, un momento, dijo Andres a los amigos que le rodeaban, i se dirijió con rapidez a sus habitaciones.

Una angustia dolorosa e inesplicable se habia apoderado de Andres al recibir la carta. Cuando llegó a su habitacion el corazon le palpitaba con fuerza, un sudor frio empapaba su frente, tenia miedo, i no sabia de que. . . .

El sobre escrito de la carta decia: Al señor don Andres de S. . . . en propia mano. . . . i mas abajo: urjentísima.

Andres creyó conocer la letra del sobre; pero eso no hizo sino aumentar su inquietud.

Cuando abrió la carta i reconoció las pocas palabras que contenia, palideció.

La carta decia:

«Se os engaña infamemente. Ahí va la prueba»

—¡Imposible! ímposible! esclamó Andres con desesperacion.

Dentro de la carta que acababa de leer venia otra en papel rosado i mui perfumada.--Esta carta era la misma que pocos momentos ántes habia leido Alfredo a Carlos en el jardin.

Andres la desdobló con precipitacion febril.

A medida que la leia su palidez aumentaba, sus facciones eran contraidas por la cólera, sus dedos apretaban el papel, sus manos temblaban, sus ojos impregnados de sangre parecia iban a saltar de sus órbitas . . . Todas las amarguras, todos los dolores, todas las desilusiones, los celos son todos sus tormentos, el honor ultrajado con todas sus inspiraciones de venganza, todas las angustias de un corazon sorprendido por la desgracia en medio de la felicidad, se habian dado cita para atormentar a ese hombre.

Cuando concluyó de leer la carta de Adela, esclamó con un rechinamiento de dientes espantoso:

—Maldicion! maldicion! . . . sangre! . . . . infierno! . . . . venganza . . . . i se arrastró al asiento mas cercano.

. . . . . .

Media hora despues Andres entraba de nuevo en los salones con la risa en los labios i el infierno en el corazon.

Al poco rato toda la jente empezó a batir en retirada: los unos bostezando, los otros murmurando, estos maldiciendo entre dientes de la trasnochada . . .las jóvenes suspirando . . . las mamáes descontentas . . . . . muchas esperando para el dia siguiente la felicidad . . . i no pocas derramando una lágrima por la que talvez acababan de perder.

Nuestra conocida doña Josefa, fué de las últimas que se retiró, i no lo hizo sin echar una mirada de envidia al salon, i decir a su sobrina con cierta tristeza:

—¡Qué felices son los ricos!

Se engañaba la buena señora.

. . . . . .

A las tres de la mañana todo era silencio en esa casa poco ántes tan llena de luces, de jente, de musica, de risas, de locura i de alegria.

Cuando las primeras claridades del alba

empezaban a teñir el horizonte de ópalo i grana, dos carruajes salian de Santiago a todo escape. El uno con direccion hácia Valparaiso: el otro hácia la cordillera.

En el primero, iba un jóven de veinte i tres a veinte i cuatro años de rostro alegre, de facciones tan delicadas que tenian algo de mujeril, de cabellos rubios, de ojos azules i vivos; i que talareaba con la mayor indiferencia del mundo *la donna e movile* de Rigoletto. Este jóven era Julio, el feliz amante de Adela.

En el segundo, iba un hombre cuya edad era imposible descifrar, tal era la contraccion de sus facciones pálidas, casi lívidas. De cuando en cuando se golpeaba la frente o una sonrisa horrible se diseñaba en sus labios, que parecia como que proferian una maldicion. Este otro viajero era Andres, el marido engañado.

III.

El dia era hermoso. Ni una nube en el cielo. Todo parecia convidar a la felicidad.

En un saloncito, amueblado con mas comodidad que elegancia, se encontraban muellemente sentados, cada uno en su butaca de marroquí verde, dos jóvenes de rostro triste i preocupado.

—Con qué se marchó Andrés, preguntó el uno que jugaba negligentemente con su lente.

—Pobre Andrés! dijo el otro.

—Sin embargo, Cárlos,—porque estos dos jóvenes no eran otros que Cárlos i Alfredo, nuestros conocidos,—Andrés no hace mas que pagar su ligereza.....Un poco cruelmente es cierto; pero por felicidad antes que ya fuera demasiado tarde.

—Tienes razon, Alfredo. Por mas ciego que sea un marido,por mas apasionadamente enamorado que esté de su mitad, mas tarde o mas temprano el velo cae i la realidad aparece..... Sabes que tengo como un remordimiento?....

—¿Por qué? porque hemos librado a un amigo del deshonor i hemos castigado a una mujer criminal, arrebatándole al mismo tiempo su marido i su amante?

—Pero..... Andrés.....

—Andrés se consolará bien pronto..... En ocho dias no se hace eterno un amor. Sufrirá un mes, dos, un año si quieres; pero al fin se consolará i sabrá para en adelante que la virtud, la pureza de una mujer no la hacen solo dos lindos ojos ni una garganta de alabastro.... Andrés vé a Adela..... le gusta..... a quien no le gustan las mujeres hermosas..... Adela lo conoce, le pone buena cara, se sonrie cuando le habla, baja los ojos cuando la mira, hace que Andrés crea sorprenderla casi siempre observándolo..... I hétenos aquí a Andrés enamorado de Adela e imajinándose correspondido..... i casándose sin mas ni mas.....Vaya, vaya..... Yo creo que ha salido bien librado. A quien se le ocurre casarse así, así no mas.... como si dijéramos:

Sin mas auto ni mas traslado.

. . . . . .

I aquí termina nuestra historia, recomendando al lector, que haya tenido la amabilidad de seguirnos hasta el fin, que no olvide a Andrés i se precava mucho de caer en la tentacion de matrimoniarse:

Sin mas auto ni mas traslado.

J. Arteaga Alemparte.

A la señorita A....

No es mas pura ni galana
Flor temprana
Alzada en bello jardin,
Que lo eres tú, niña hermosa;
I tu semblante a la rosa
Averguenza i al jazmin.

I en el cielo no hai luceros
Hechiceros
Como tus ojos lo son;
Que, aunque con candor lanzadas,
Hacen arder tus miradas
Al mas frio corazon.

Ni habrá clavel purpurado
Sobre el prado
Que pudiera aventajar
A tu boca, donde ufano
Amor impera, tirano,
Seguro de cautivar.

Tu talle esbelto i gracioso
Mas airoso
Es, que la palma jentil,
Cuando vista a la distancia
Ondea con arrogancia
Su copa, al aura sutil.

Las huries celestiales
De orientales
Ensueños, bella ficcion,
I las sílfides i ondinas
De tus gracias peregrinas
Desearan la perfeccion.

I ¿quién te vé, niña bella,
La centella
De amor, sin sentir fugaz,
I en su mente delirante
Como una vírjen flotante
Constantemente no vás?....

I sobre el alma abatida
¡Cuán querida!
Derramas supremo bien,
I como ánjel trasparente
Le convidas dulcemente
Con los sueños del Edeu.

¡Ai! hermosa, es imposible
Que insensible
Pueda mirarte un mortal,
Sin que te abra el seno ansioso,

Como el jazmin oloroso
A la brisa matinal.

Yo te miré i el sosiego
Ai! al fuego
Del amor, niña, perdí;
I desde entónces penando
Vivo triste, i suspirando
Constantemente por tí.

Pues que la inefable idea
No recrea
A mi fino corazon,
De que tu seno algun dia
Por mí abrigue, cual la mia,
Una ardorosa pasion;

I que pueda tierno amante
Cada instante
Mirarte, hermosa, i gozar
De tus caricias, i el alma
Mecida en plácida calma
Tanta dicha disfrutar.

Mas si mi acento perdido
Va a tu oido
A murmurar mi cancion,
Ventura para mí fuera
Si un breve instante siquiera
La guarda tu corazon.

Junio de 1859

RAFAEL SANTOS.

Lo que vale un emperador.

Detúvose, en dias pasados, un oficial Austriaco, junto a la vidriera de un comerciante de Placencia, i al ver en ella un pequeño retrato de Cavour, entró a preguntar cual era su precio.

— Cinco francos, respondió el comerciante, nada, nada menos.

Parecióle mui caro al oficial, i preguntó si tenia algun otro mas barato i tambien de mayor dimension.

—Si deseais, dijo el comerciante, una cosa bien grande i barata, puedo satisfaceros inmediatamente; i abriendo un cajon sacó de él algunos retratos grandes i de todo lujo, del emperador de Austria, añadiendo en seguida:

—Este os lo daré por *un centavo*.

Ved lo que vale el emperador en Italia.

(Nueva-Yorck.—Del *Eco de Italia*.)

Soneto.

Imitacion de Lope de Vega.

Pues que me pides que te dé un soneto,
A principiarlo voi en el instante,
Ya ván dos en vanguardia, i adelante,
Un verso mas, ya está el primer cuarteto.
No sé si vá cumpliendo con tu objeto,
Mas llega el sesto fácil i triunfante;
I aunque el sétimo no halle consonante
De prisa pasaremos al terceto.
Allá viene el noveno correteando,
El décimo lo acosa i lo persigue,
I sin ninguna conjuncion que ligue
Al segundo terceto ván pasando,
I forman trece versos ya completos;
Ai! cuán difícil es hacer sonetos!

E. DE LA B.

Ecos de la semana.

Santiago, junio 17 de 1859.

SUMARIO.—Los hombres i los carneros.—Cuidado con las comparaciones. —Costumbres i prospectos.—Inconvenientes del deshabillé.—Cuestion de horticultura —Una soirée i una carta.

¡Qué espectáculo tan lleno de caprichosas confusiones no ofrece la humana grei, cuando le echamos la primera ojeada! Si fuese posible conocer i clasificar las numerosas variedades contenidas en todos los rebaños de los pueblos pastores, así antiguos como modernos, desde los Hicsos hasta los Ingleses, hoi los mas entendidos en ganadería, apenas se lograria por este medio tener una idea mediocre de las multiplicadas condiciones de forma que se dejan ver en los rediles de seres racionales, carneros pensantes, provistos de dos piés en vez de cuatro i apacentados por la costumbre, viejo pastor que se apoya en el cayado de las preocupaciones. Fuera de este punto de semejanza entre los hombres i las ovejas, es incapaz la comparacion de ayudarnos a apreciar, por la índole i tendencias de las segundas las complicadas evoluciones, las inclinaciones e instintos contradictorios de los primeros. Colocados en este terreno, necesitamos un guia mas avisado que los carneros para darnos cuenta de lo que nos rodea i no caer en lastimosos errores. Se engañaria mucho, por ejemplo, el que identificase la causa que precipita unos en pos de otros a aquellos mansos cuadrúpedos en la direccion del primero que se movió, con los motivos que arrastran a veces hácia un mismo punto multitudes bípedas mas o ménos considerables. Qué notoria injusticia no seria negar un móvil de accion mas elevado a las congregaciones humanas, llámense estas como se quiera, pueblos, ejércitos, congresos, etc., etc. Ademas, no siempre son dóciles los pueblos, subordinados los ejércitos, ni disciplinados los congresos, i aun allí donde la táctica ha puesto bajo sus órdenes los cuerpos colectivos, las individualidades se empeñan en mantenerse independientes de tan paternal sujecion. Dicen muchos i algunos creen que esas congregaciones se mueven constantemente i se mueven ganando terreno, lo que en verdad se hace poco creible respecto de algunos pueblos que lo van perdiendo, de muchos ejércitos que lo abandonan derrotados i de no pocos congresos que se obstinan en no ocupar el suyo; pero ha tiempo hoi, si alguien ha

dicho, nadie por lo menos ha creido que los hombres caminen siempre hácia adelante, aunque en realidad adelantan siempre en su camino. Es este un fenómeno que se reproduce todos los dias i la contradiccion que envuelve aparentemente, queda desvanecida cuando se recuerda que el mundo es esférico. De frente o a reculadas, hemos de tocar por consiguiente la meta que buscamos. De aquí viene el adajio vulgar: *por todas partes se vá a Roma.* Pero démos de mano, si os place, a esta cuestion incidente de tan obvia resolucion, para volver al tema orijinario i hacer por aclarar el turbio aspecto que ofrecen a primera vista las combinaciones humanas.

Pienso, pues, que los puntos de contacto entre el ganado menor i el rei de la creacion no son tantos ni de tanta consecuencia que se pueda esplicar la marcha del uno por la del otro. Meditan poco los que tal creen i abusan mucho de la conexion que puede haber entre los hombres i los carneros sacando de ella una comparacion tan usual como poco galante. Nada es mas necesario i difícil que precaverse del influjo que ejercen las semejanzas sobre el ánimo, dispuesto a menudo a exajerar sus proporciones i alcance. En la creacion, donde la esencia de las cosas es un misterio impenetrable i el saber humano no conoce mas que relaciones, es mui frecuente caer en la red de tal fascinacion. Aquí, todo se toca, se encadena i se parece, sin que por ello carezca cada cual de notables diferencias con los otros i funde en ellas su propia existencia. El hombre tiene el ímpetu i no la fuerza del caballo, la astucia i no la presteza de la zorra, la hipocrecía del lobo sin sus garras, las altanerías del leon sin su melena, las infatuaciones del pavo sin su graznido; como ellos a su turno tienen mucho del hombre sin alcanzar a poseer la fuerza, velocidad i ardides de su intelijencia, ni las encumbradas ambiciones de su voluntad.

Estas dos cualidades especiales de la humanidad son, en último análisis, los ajentes que producen i resuelven sus intrincadas complicaciones. Crea la intelijencia las necesidades del hombre i con los medios de satisfacerlas le presenta una larga escala de goces i deleites, por la cual trepa la voluntad encendida en codiciosos deseos, que acaban por convertirse en pasiones. Recordad ahora que cada hombre tiene una intelijencia (a lo ménos esta es la creencia mas comun) i una voluntad, con las que conoce i desea de un modo distinto de los demas hombres i se forma de esta suerte placeres i anhelos singulares; i habreis descubierto el oríjen de la infinita variedad de gustos i aficiones, que, diversificando los caractéres, marca un rumbo especial a cada uno. Navegan todos a la vez, mas no todos con viento en popa ni en la misma direccion. Los vientos de proa, las tempestades i calmas son harto frecuentes i acarrean los choques, los naufrajios i largas navegaciones. En este *mare magnum* de la tierra firme hai combates navales como los de Navarino i Trafalgar, espedicionarios como Koock que se hacen a la vela para el polo de la gloria, i modernos Argonautas que buscan el vellocino de oro de alguna Medea soltera. Pocos son los que navegan por puro placer i sin hostiles propósitos, para ser víctimas inocentes de la guerra sin tregua que reina en todas las latitudes. Porque, digase lo que se quiera, la lucha es el estado normal de la vida humana i todos nos vestimos de los despojos del enemigo. Quién desea ser hombre de buen sentido i procura no sentir nada bueno, quién pretende ser hombre público i se esconde de la publicidad, este quiere ser respetable i desprecia a los demas, aquel aspira a mecerse en el columpio de la fama i se empeña en suspender de la horca a los que tiene a mano, ambiciona el uno ser oido i no escucha, querria el otro (pero esto es mui raro) escuchar i es sordo,—i siguiendo en tan curiosa observacion podriamos llegar a peinar canas sin verla completada.

Hai, sin embargo, en el conjunto de hombres que se aglomeran dentro de una ciudad, gustos predominantes, aficiones comunes que hacen coincidir en un punto los caracteres mas opuestos. Son estas afinidades mas o ménos felices el supremo lejislador de sus costumbres. Observando éstas en un pueblo, es fácil conocer aquellas. En Santiago, para no ir mas léjos, tenemos costumbres que todos conocen, i no obstante muchos ignoran el oríjen de donde vienen. Brota este sin duda de las propensiones mas declaradas de sus habitantes, entre las que descuella esa inclinacion capital, esa vocacion decidida que tenemos a los prospectos. No es preciso afanarse mucho para leerlos, la vista los distingue en todas partes, así en los hombres como en las cosas, porque hai entre nosotros hombres-prospectos i cosas-prospectos. Los rieles de un camino de hierro, la fachada de un edificio, la fisonomía de un político, cuando la tiene, el grave porte de un personaje notable, el ceño meditabundo de algun diputado, el armonioso traje de un *fashionable*, el aire de matamoros de un subteniente, son otros tantos prospectos de una obra inédita, impresos en tipos mas o ménos gordos. Hasta la opulencia, acaso la mas positiva adquisicion que han hecho hasta hoi nuestros progresos, todavía no ha dado a luz para nosotros sino su prospecto. Es bien sabido que la verdadera opulencia se compone del lujo, que alhaga la vanidad i deslumbra la vista, i del bienestar, del *comfort*, como diria un anglomano, que penetra en las intimidades del hogar i lo siembra de pequeñas cuanto multiplicadas satisfacciones, ocupacion i encanto de la mitad de nuestras horas. Tiempo hace que nuestra gloriosa capital pasa por maestra en el arte dispendioso de la ostentacion, pero ha adelantado poco, segun se asegura, en la ciencia de la *buona vitta*. El bienes-

tar, desconocido absolutamente de las clases inferiores, conocido a medias de las otras, aun está por aclimatarse en nuestras costumbres.—De aquí la falta de hábitos constantes, la ausencia de método, la volubilidad de usos i prácticas que se dejan ver en la sociedad.

No hallo otra causa que asignar a una ocurrencia de esta semana, que seria mas deplorable si fuese ménos cómica. Pero vais a juzgar por vosotros mismos de su verdadero carácter, si os tomais el trabajo de leerla.

El lúnes, a las dos de la tarde, se detenia un coche a la puerta de una casa de vistoso aspecto. Bajó de él una señora, ya entrada en años. Era sin embargo agradable en medio de su vejez, gracioso su traje aunque serio, elegante su *toilette* a pesar de su sencillez. Se echaba de ver que habia renunciado hacia tiempo a toda pretension primaveral. Pertenecia evidentemente al corto número de matronas razonables que, dotadas de perpicaz cordura, abandonan a tiempo la milicia i se entregan a la diplomacia. No habia mucho trabajo en simpatizar con la afable sagacidad de su mirada i el primor i urbanidad de sus modales.

Era la madre de Agamenon Q... que venia a visitar a la madre de su futura nuera, la graciosa Deidamia X.

Entró en el primer patio i se detuvo un momento sin hallar a quien dirijirse, lo que al fin la decidió a anunciarse golpeando. Este procedimiento surtió efecto i atrajo al patio a un niño de la casa, pero no bien divisó éste a la señora C... cuando se puso en retirada sin oponer la menor resistencia, sin disparar un tiro, quiero decir, sin saludarla ni decir palabra.

Creyendo la señora C... que no fuese aquella sino una falsa retirada, esperó en paciencia algunos minutos, pero en vano. Apeló por segunda vez a los golpes i apareció un nuevo interlocutor. Era una criada, puesta en el mas lastimoso *deshabillé*:

—Las señoras están en casa?—preguntóla la madre de Agamenon.

—Creo que nó; pero iré a ver,—dijo la Maritornes.

—Toma entónces esta...

Una nueva desaparicion dejó a la señora C... en la mitad de su frase. Comenzaba ya a impacientarse i se preparaba a dejar el campo, cuando se abrió una puerta, la eclipsada sirvienta volvió a presentarse, siempre de trapillo, i murmuró entre dientes:

—Dice la *señorita* que pase a sentarse.... que sale al momento.

La condicion local de la señora C... mejoraba notablemente. Podia ya cambiar la posicion vertical que tenia en el patio, por otra mas cómoda, si ménos matemática. Sentóse en una poltrona i aguardó.

Los minutos corrian entretanto i la resignacion de la espectativa empezó a trocarse en el ánimo de la señora C... en cansancio al principio, luego en disgusto, al cabo en impaciencia de ver que nadie entraba. Concluyó por sospechar que se pretendia desairarla, abandonó a toda prisa la habitacion, cruzó el patio, sumióse despechada en su coche i se hizo conducir a su casa.

Entrado que hubo en ella, mandó venir a su hijo Agamenon, refirióle lo acaecido i lo determinó a escribir a la madre de Deidamia una carta en que desistia de su empeño matrimonial.

Esta vez el mensajero epistolar fué mas feliz que la quisquillosa visitadora; no tuvo mucho que hacer para entregar la carta en propia mano.

Abrióla la madre de Deidamia sin poder dominar un receloso temor i terminó su lectura dando muestras visibles de pesadumbre.

La señora C... habia errado en sus sospechas i caido en el lazo de una pérfida apariencia. La verdad del caso era ésta.

Cuando anunciaron su visita a Deidamia i su madre, estaban ámbas, como estaba la criada, en completo *deshabillé*, desechos los tocados, los vestidos en espantosa anarquía. No era posible que la linda niña se presentase en tan deplorable guisa a su futura suegra.—Es fuerza restablecer a toda costa el órden, sino la libertad, de su traje i de sus cabellos. Mas para conseguirlo necesita de la activa cooperacion de su mamá. Pone ésta manos a la obra, trabaja con ardor i rapidez, hace saltar media docena de broches del justillo, fracciona en dos partes la peineta que iba a introducir en los cabellos, rompe i echa por tierra cuatro frascos de esencias que la embarazan en sus movimientos, baña la alfombra en el cristalino raudal que contenia un jarro de porcelana i continúa en devastaciones tales hasta terminar su tarea. Vestida Deidamia por su mamá, entran una i otra en el salon; pero ya estaba vacío. El tiempo, poco observador de los hechizos femeninos, no se habia detenido un punto siquiera a contemplar los de Deidamia durante la media hora que consumió en su *toilette*.

Inútil seria deciros que Deidamia i Agamenon se han echado a buscar nuevamente, marido la una, mujer el otro.

Muchos de mis lectores habrán estado creyendo como yo, que lo que hacia falta al Teatro Municipal era solamente una compañía dramática o lírica, miéntras que habia en realidad otra cuestion prévia por resolver, la de hallar empresarios que tomasen a su cargo el primero i contratasen la segunda. La nueva empresa del Teatro está todavía por constituirse. Así lo han declarado esta semana, bajo sus iniciales, las dos personas a quienes se atribuyen los propósitos de formarla.

Ha sido hecha esta declaracion con motivo de

una discusion sobre horticultura promovida por el cronista del diario de esta capital.

Sostiene éste que la empresa del Teatro, bajo las condiciones aceptadas por la Municipalidad, es una especulacion ventajosa que podria compararse con una *breva* madura. No se la imajinan tal, sin embargo, los futuros empresarios, que temen que la *breva* no esté en sazon. Acaso no andan mui equivocados, pues en la presente estacion es difícil hacer madurar esa fruta.

Sea como quiera, es evidente que hemos adelantado mui poco hasta ahora en lo que hace a ver al fin abiertas las puertas del Teatro. Si en algo hemos ganado es en esperanzas; tenemos para en adelante dos, en vez de una que tuvimos al principio. Hai, pues, la esperanza-empresa i la esperanza-teatro.

No puedo aseguraros de un modo positivo que nuestra sociedad se haya reido esta semana, si bien tengo vehementes sospechas para creerlo asi; pero sí puedo deciros con plena certeza que una parte de ella, i no la peor, ha bailado con entusiasmo. El calendario ha dado ocasion a una *soirée*, trayendo el dia de un santo tan milagroso como conocido. Aunque no tuve el gusto de contarme entre sus concurrentes, estoi en posesion de curiosos pormenores, merced a la oficiosa cooperacion de un amigo mio, que asistió a ella i me los ha trasmitido en la carta que vais a leer:

«Te prometí noticias de la tertulia de anoche i ya que no puedo ir a dártelas verbales, te las mando por escrito.

«He pasado una noche deliciosa. Sobrado conoces tú la campechana jovialidad del dueño de casa, la injénua sencillez de su señora i la amabilidad de sus hijas; de suerte que por este lado poco habia que desear. No lo hubo tampoco por lo que respecta al personal de la concurrencia, sobre todo, al personal femenino. Lo integraban la adorable A...., la graciosa B..., la linda C.., la hechicera E..; habia enfin todo un abecedario de bellezas. Las palabras que se combinaron con letras tan preciosas fueron, como puedes imajinar, cuadrillas, polkas, redowas, etc.

«Fué en una de estas artísticas combinaciones donde tuve la fortuna, i todos los presentes conmigo, de contemplar una escena mímica que despertó todos mis recuerdos históricos i romanescos. Tocó la música una cuadrilla i cuatro parejas salieron al mismo tiempo a bailarla i fueron a colocarse por mitad las unas en frente de las otras. La dotacion femenina de estas dos fracciones formaba el contraste mas encantador. Eran dos gallardas i rosadas niñas, reproduccion sorprendente del bíblico Goliath, las que ocupaban un estremo, i se distinguian en el opuesto dos mujercitas microscópicas que realizaban las mas delicadas creaciones del capitan Gulliver. Semejaban las primeras al lado de sus caballeros esas mayusculas colosales con que principia, en algunos libros, cada capítulo, miéntras que las segundas no parecia sino que fuesen la puntuacion de sus parejas masculinas. Llegó el caso de hacer *la poule*, i entónces el cuadro adquirió nuevo interes i viveza por la agrupacion de los contrastes. Extasiéme en tan peregrino espectáculo i no tardé en sentir mi cabeza presa de las mas fantásticas reminiscencias. Los Titanes, los Esquimales, el rei profeta i los Filisteos me ocuparon simultáneamente la imajinacion.

«He dormido poco i estoi fatigado. Hasta la vista. Tu affmo»

Miércoles 15. ***

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Entusiasmo italiano.

La Italia es en estos momentos un verdadero volcan. El entusiasmo por la libertad de la oprimida patria se deja notar por entre las mismas bayonetas del austriaco. Se aprovechan las ocasiones mas insignificantes para hacer las mas ruidosas manifestaciones.

A este propósito un periódico italiano refiere el suceso siguiente que tuvo lugar en Venecia.

Presentóse en uno de los principales teatros de esa ciudad, una bailarina cuyo traje blanco estaba adornado con cintas verdes i lacres. Los concurrentes al ver los colores queridos prorrumpieron en una verdadera salva de aplausos i bravos. Un ajente austriaco sobrevino i arrancó sus adornos. Pero ésta no se dió por vencida i a la noche siguiente se presentó vestida siempre de blanco i completamente cubierta de camelias lacres. El público despues de saludarla con redoblado entusiasmo arrojó a sus piés un sinnúmero de coronas verdes que recojidas por ella formaron el querido tricolor.

A esto se siguió una tempestad de aplausos que duró mas de un cuarto de hora.

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pajinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Reunido un número regular de suscriptores empezarémos a formar la BIBLIOTECA DE LA SEMANA, a que se refiere nuestro prospecto, dando lugar en ella a lo mas nuevo e interesante que se escribe sobre novelas, historia, viajes, etc.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones únicamente en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Junio 25 de 1859. Núm. 6.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JUNIO 25 DE 1859.

La cuestion de libertad.

No hai sociedades mas inclinadas, mas apasionadas a ciertas reformas que las americanas.

Que el deseo de la reforma viva i reina en todas las intelijencias i en todos los corazones, nada mas natural.

La situacion que, por lo jeneral, alcanzan los pueblos hispano-americanos, no es para traer la felicidad i el contento, enjendros de la tranquilidad.

Mui léjos de eso: su vida, llena de contrariedades, de desasociegos, de decepciones, de desgracias, de lucha i desconfianza, los mantiene en constante alarma, siempre en la plaza pública, i, lo que es peor, con sobrada frecuencia en el campo de batalla, librando sus destinos a todas las volubilidades de la suerte.

Cuando se lleva vida semejante, el presente es ingrato, i se corre sin tregua tras el porvenir, sin escasear los sacrificios ni tampoco, por desgracia, los errores.

Esto, ni mas ni ménos, es lo que va sucediendo a las sociedades hispano-americanas.

Maltratadas por el presente solo tratan de salvar sus límites cuanto ántes. Todo lo vinculan en el cambio. Todo lo que es cambio les parece bueno, aceptable.

Desde este momento su existencia tiene que ser una constante fluctuacion.

Pero hai algo mas: quieren realizar todo lo bueno, sin tomarse el trabajo de prepararse para ello.

Este es, a no dudarlo, el primer ajente que el mal tiene en nuestra organizacion social.

Cautivados, ofuscados por la teoría nos acordamos bien poco de la práctica.

Así, todos los dias estamos haciendo i deshaciendo constituciones i leyes, predicando i reconociendo grandes verdades, llamando nuevos principios a la ya bien revuelta lisa de nuestras discusiones, ganando terreno en el campo de la especulacion científica; pero cuando es necesario pasar de las palabras a los hechos, dar una realidad a las verdades, un cuerpo a los principios, la cosa muda completamente de aspecto.

De un estremo a otro de la América española se pide libertad, república; i mientras tanto se deja a las masas en la ignorancia, se las exacerba i no se las ilustra, se las estravia i no se las dirije, se las recuerdan sus derechos i nada se las dice de sus deberes.

¿Qué resulta de aquí?—Lo que estamos viendo: desborde de las multitudes, triunfo de bastardas ambiciones, los nombres propios usurpando su puesto a las ideas, el patriotismo escarnecido u olvidado, la lei, la justicia i el derecho cediendo el paso a las bayonetas, los hombres de espada creyéndose los árbitros lejítimos i obligados de la sociedad, la sublevacion de un cuerpo de guardia precipitando en plena guerra civil a millares de hombres, república en las palabras, despotismo en los hechos.

Los que esto observan con ojo preocupado sostienen que nuestra raza no ha nacido para la libertad. ¡Error estúpido, mayúscula falta de sentido comun! La libertad es la vida normal de los pueblos, la única posible, estable i fructuosa.

I ahora ¿con qué derecho hacer responsable a la libertad de la dolorosa via porque marchan los pueblos américo-hispanos? ¿Dónde está la libertad sembrando la zizaña, desparramando espinas i abrojos en su camino? ¿O se cree que

basta escribir esa palabra en cada hoja de la carta fundamental de un pueblo, para que ese pueblo sea libre?

Muchos, por fatalidad, así lo imajinan, tanto entre los amigos como entre los enemigos de la libertad.—Sin embargo, qué distinta cosa no dicen los hechos.

Sin exajeracion puede asegurarse que la libertad no ha sido hasta ahora entre los pueblos de nuestra raza mas que letra muerta, una hermosa palabra con la que se engaña a los crédulos, se pierde a los inocentes, especulan los farsantes i toman por hincapié los ambiciosos.

Libertad es la primera espresion del credo político de los hombres de arriba i de abajo.

Libertad es el estandarte de todos los partidos; de los que defienden la plaza del poder como de los que la sitian.

Por la libertad degollaba Rosas.

Por la libertad esterminan sus discípulos.

Por la libertad se hace déspota Linares: la libertad pone el puñal en mano de sus asesinos.

Por la libertad se ha hecho dictador Castilla.

Por la libertad se obran rebeliones en la Nueva-Granada.

Por la libertad se trata de agostar la revolucion venezolana.

Por la libertad vive Méjico en la anarquía.

¿Es esta, por acaso, la verdadera libertad, la que hace grandes, prósperos i vigorosos a los pueblos, estables i fuertes a los gobiernos?—No, por cierto.

¿Es esto siquiera una sombra de libertad?—Tampoco.

¿Qué es esto entonces?

Algo que carece de un nombre con que significarlo, algo que se escapa de toda calificacion.

Nada de raro tiene que tan estraña libertad no haya echado raices en nuestras sociedades, no haya logrado constituirlas.

Sin embargo, mui léjos estamos de pretender que las sociedades hispano-americanas carezcan de hombres que trabajen con fé, valor i perseverancia en favor de su libertad, en la verdad de las instituciones republicanas. Esos hombres felizmente no faltan. Lo que falta es el método, la paciencia, el estudio detenido de los recursos con que la obra de organizacion cuenta, de los obstáculos que la estorban el paso i pueden retardarla.

Todos los dolores que sufrimos, todas las fluctuaciones, los retrocesos, las caidas, los vértigos que hemos venido alcanzando han tenido por oríjen nuestro amor a la teoría i nuestro olvido de la práctica. Hemos pretendido aclimatar, hacer crecer i fructificar las delicadas simientes de la libertad i la república en un suelo no preparado para recibirlas. Hemos creido bastaba decir a un pueblo:—Marcha: sé libre! para que ese pueblo marchase i fuera libre. Nos ha estraviado nuestra buena voluntad.

Hai una verdad que, para nuestro mal, tenemos mui echada en olvido. Esta verdad es que la felicidad, la libertad, el progreso de un pueblo no es tanto la obra de sus instituciones cuanto de la posicion, del carácter de las tendencias i costumbres de sus individuos.

¿Quién se aventuraria a sostener que las instituciones inglesas son mas liberales que las de cualquiera de nuestras repúblicas? I sin embargo, no es mas libre la Inglaterra que la Nueva-Granada misma, esa de nuestras hermanas que mas ha avanzado en el camino de la libertad?

Los Estados-Unidos, esa tierra admiracion i envidia de todos los pueblos, ¿tienen por acaso una constitucion política mas rica en libertades que la peruana, que la venezolana?

Todos los bienes asi como los males de una sociedad son por lo jeneral su obra. Cuando el conde de Maistre decia: «Los pueblos merecen su suerte», no decia una blasfemia, una iniquidad, como muchos creen, decia una verdad, solo sí con alguna aspereza.

No hai que engañarse: bien poco o nada pueden las instituciones mas adelantadas en una sociedad que no se encuentra a la altura de ellas. Mas agregaremos todavia: hasta la libertad es casi un peligro cuando impera en pueblos sin ilustracion. I esto fácilmente se concibe.

Donde la ilustracion falta, los malos instintos del ser humano son preponde-

rantes, la ignorancia tiene fuertemente atada su espesa venda sobre la mayoría de las intelijencias, que pertenecen entónces al primero que les tiende la mano, quedando de esta manera los destinos sociales a mansalva del primer ambicioso, del primer especulador afortunado.

Mui lejos estamos de negar la eficacia e importancia de las reformas. Mui al contrario; creemos las reformas el solo medio de salvar el abismo de las revoluciones.

Lo que queremos sí, es que no se reforme por reformar, que no se nos dé un verdadero granizo de libertades sin habernos preparado para recibirlo.

La felicidad, el progreso, la libertad de un pueblo no estriba en cambiar cada dos dias, cada dos horas de hombres e instituciones, sino en que ese pueblo comprenda lo que tiene entre manos:

Sepa usar de sus derechos i cumplir con sus deberes;

Respetar i hacerse respetar;

Obedecer, para ser obedecido;

Ser mandado para mandar.

Entónces la libertad deja de ser una palabra para ser un hecho, el pueblo es realmente el soberano i todo parte de él para volver a él.

¡Un pueblo que sabe ser libre es libre!

Los pueblos son invencibles.—Solo a las banderías, a los partidos se derrota.

Basta que un pueblo quiera, para que pueda.

Pero para que un pueblo tenga voluntad es necesario que tenga ilustracion.

La sociedad hispano-americana tiene, pues, una gran campaña que abrir:—la campaña de la ilustracion contra la ignorancia!

La ignorancia es siempre o esclavitud o anarquía.

Solo la ilustracion es libertad!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Mnazile i Cloe.

(Traduccion de A. Chenier.)

CLOE.

Flores, bullicioso bosque
Blandas i flexibles cañas
En donde murmura el céfiro
Al dulce compas del agua;
Hablad, mi Mnazile hermoso
Se oculta en vuestra enramada?
Siempre busca melancólico
Vuestras sombras solitarias,
Siempre su voz armoniosa
Resuena aquí enamorada
I, cual tierna mensajera,
Hasta mí la trae el aura.

MNAZILE.

Onda, madre de las flores,
Trasparente, áerea nayada
Que en este sitio de aromas
Tan vaporosa resbalas!
Conducid aquí a mi Cloe
El objeto de mis ansias.
Siempre en estas frescas márjenes
Sus huellas veo grabadas,
I con frecuencia las flores
Que su inquieto pié desgaja
Vengo a sellar con mis labios
Bajo estas sombrías ramas.

CLOE.

Si la inquietud amorosa
Que hácia este sitio me arrastra
Donde su imájen querida
Do quiera veo i me encanta
El conociera, ¡ai! acaso
Así su pecho me amara!

MNAZILE.

¡Si algun jénio bienhechor
Mi timidez disipara
Diciéndola que su nombre
Conmueve, májico, mi alma!
Mas yo invitarla debiera
Con voz armoniosa i blanda
A escucharme compasiva
I ser mi amante i mi amada.

CLOE.

¡Ah! le he visto, voi a hablarle:
¡No me abandoneis palabras!

MNAZILE.

Qué ruido? ¡es ella! ojos mios
Hablad si mi lengua calla!

CLOE.

Qué! Mnazile aquí! mis pasos
Buscando el fresco del aura
Sola, al bosque me han traido
Sin que hallarte en él pensara....

MNAZILE.

Solo tambien, a esta orilla
Que los tilos engalanan
Me impulsó el calor, i a ella
Nadie esperé que llegara....

MARTIN JOSÉ LIRA.

A un pasajero.

(Traduccion de Victor Hugo.)

Viajero que en la noche sobre el desnudo suelo
Caminas, afanoso, seguido de tu can,
A qué despues del dia marchar con loco anhelo
Dónde tan tarde llevas tu dócil alazan?

—

No temes ver acaso entre la sombra oscura

De un aleve bandido brillar en la cintura
El hierro matador?
No temes, insensato, que hambriento un lobo fiero
Traidor te asalte súbito al borde del sendero
Sus dientes en tus carnes cebando con furor?

No temes que algun duende en la avanzada hora
Presente ante tus ojos de llama engañadora
El plácido lucir,
I te haga ¡ai! fascinado mirar, cual otros dias
Tras límpidos cristales luminosas bujías
Que ante tus pasos, rápidas veraslas siempre huir?

Ai! guarda de acercarte a la infernal llanura
Adonde los demonios con algazara impura
Descienden a danzar:
Ai! guarda de llegarte al májico palacio
Cuyos vidrios se encienden en el oscuro espacio
I que las negras sombras se ven iluminar!

Viajero solitario que tan veloz te alejas
En la sombría noche, seguido de tu can,
Despues del sol ardiente por qué el reposo dejas?
Dónde tan tarde llevas tu dócil alazan?

MARTIN JOSÉ LIRA.

Las mujeres i el corazon.

La mujer es la poderosa locomotiva del hombre.

¿Qué seria la vida sin la mujer, esa bella mitad del humano linaje?—Seria insipidez, hastío, inmovilidad.

Sin la mujer no existiria ni el bien ni el mal, ni lo bello ni lo feo, ni el placer ni el dolor: cosas todas, que, por mas que en contrario se diga, dan variedad a la existencia.

En cuanto el hombre piensa, cree, imajina i obra la mujer entra por mucho. No hai un solo sentimiento, un solo deseo, una sola esperanza, una sola aspiracion, goce alguno que no brote i fructifique al calor de algun corazon femenino.

El guerrero que ariesga su vida por la patria, el tribuno que gasta sus pulmones por darla libertad, el poeta que pasa sus horas a caza de consonantes, el jugador que entrega su fortuna a una carta, el avaro que se hace el esclavo de sus talegas, el derrochador que lanza por la ventana lo propio, pero mas comunmente lo ajeno, el elegante que vive para su corbata i hasta el hombre de ciencia que dá la mitad de sus dias a la meditacion i al estudio, todos ven o creen ver algun rostro de vírjen que los alienta, alguna boca de rosados labios que les sonrie, algun aliento cargado de puros i suaves perfumes que los penetra, alguna blanca i modelada mano que peina sus cabellos i enjuga el sudor que empapa sus frentes.

Así, la mujer, o por lo ménos su imájen, acompaña al hombre de la cuna a la tumba.

I aquí es el caso de dar pasaporte a un error que el hombre en su orgullo viene aceptando i acariciando desde largo tiempo atras. —Este error es nada ménos que la falsa creencia del sexo feo que se imajina el protector obligado del sexo bello.

¿Adónde está esa proteccion, preguntamos nosotros? No vemos por lo jeneral sino todo lo contrario.

¿Quién echa al hombre en la vida?—La mujer.

¿Quién lo sostiene en sus primeros pasos? —La mujer.

¿De quién recibe el hombre las primeras caricias, los primeros consejos?—De la mujer.

I cuando ya se lanza en el torbellino del mundo i sufre i llora i padece i siente su alma sofocada por la contrariedad, su corazon herido por el dolor, exhacerbado por el desengaño ¿quién calma su sufrimiento, seca sus lágrimas, vierte el bálsamo del consuelo sobre su corazon, levanta su alma a la esperanza, a la aspiracion, a la fé?—Siempre la mujer.

Entonces ¿quién proteje a quien?

Si algo por la mujer hace el hombre es pagarle sus beneficios con ingratitudes, es abusar de su bondad para esclavizarla, de su abnegacion para dejarla en la oscuridad, de su desprendimiento, de su jenerosidad para alzarse con la direccion de la sociedad i llevarla a traspiés, de tropeson en tropeson, de caida en caida. ¡Cuánto mejor no marcharia el mundo por las mujeres gobernado!

Que ahí hemos de llegar es casi fuera de duda.

Si la fuerza ha de ser reemplazada por la intelijencia, el odio por el amor, el egoismo por la abnegacion, la lucha por la armonía, el hombre, mal que le pese, tiene que ceder el puesto a la mujer.

Ya me parece estar viendo a mas de uno de mis lectores que se atusa el bigote con impaciencia o echa a juguetear sobre sus lábios una sonrisa de lastima con sus granos de incredulidad.

Sin embargo, el asunto no es para reido sino para meditado.---Los adelantos del siglo, la marcha que todo lleva van poniendo cada dia mas en cuestion nuestra competencia para encaminar las cosas a derechas.

De otra parte: desde que la opinion pública anda en camino de ser un poder cuya existencia emana del sentir de la mayoría ¿no es mas que posible i que probable, no es casi cierto que las mujeres imperarán?—La estadística de todos los pueblos manifiesta la espantosa mayoría en que están las mujeres sobre los hombres: hai cuando ménos dos mujeres para un hombre.

¿I esto no nos asusta?—Mui al contrario, nos hace reir: prueba sin contra prueba de que el poder hace ciego, sordo i hasta necio al que lo posee.

Vámonos con tiento: no seria raro que la mañana ménos esperada nos despertásemos

destronados.—I una vez abajo ¿cómo recuperar la dominacion perdida ni cómo reconquistarla tampoco?

¿Por las armas?—¿Qué brazos esgrimirian una espada ni qué espada iria a herir un seno de nieve?

¿Por la persuacion?—¿Qué elocuencia iguala a la que a torrentes brota de dos bellos ojos, de un suspiro, de una sonrisa, de una promesa de amor?

Pero el hombre en todo piensa ménos en este peligro.

—Somos los fuertes, se dicen, i de los fuertes es el imperio del mundo.

¡Lastimosa infatuacion! Creen poder el desprecio, la altanería, el orgullo.

Se imajinan a la mujer un ser débil, voluble, antojadizo, mui sensible i bien poco razonable, con mucho corazon i bien poca cabeza, cuando en estricta verdad sucede todo lo contrario.

El débil es el hombre, i de no:

¿Quién solicita i quién concede?

¿Quién se postra i ante quién?

¿Quién dá i quién recibe?

¿Quién manda i quién obedece?

¿Quién está de pié i quién de rodillas?

Ahora: en lo de la volubilidad i los antojos no hai razon una que es una para hacer esos achaques exclusivos del sexo bello; padécelos tambien el feo i con no ménos frecuencia. Existe sí una diferencia: la volubilidad i los antojos forman la mitad de los encantos de una mujer i son la última espresion del ridículo en un hombre.

Pero ya es tiempo de que lleguemos al argumento jefe, al título mas principal que el hombre alega para probar i sostener la lejitimidad de su dominacion, la superioridad de su naturaleza i otras mil lamentables equivocaciones mas.

¿Sabeis, bellas lectoras, cuál es este título? —El que en vosotras se asegura domina el sentimiento sobre la razon, el corazon sobre la cabeza.

Esto puede ser mui exacto; pero lo que es para nosotros, que juzgamos de todo por lo que vemos i no por lo que creemos, o imajinamos o queremos ver, puede ser todo lo que se desee, ménos exacto.

Tomemos al hombre i a la mujer en uno de sus grandes momentos, cuando la pasion, el amor los domina, los avasalla.

¿Cuál es el primero que rompe a hablar?

¿Cuál es el que dice todo i mas de lo que deberia decir?

¿Cuál el que pierde la cabeza ántes de tiempo?

¿Cuál el que jamas se deja retirada ni reserva?

¿Cuál, enfin, el que quema sus naves i cuál el que siempre las conserva?

¿Dónde está aquí la razon i la cabeza, donde el sentimiento i el corazon?

¿Quién piensa i calcula i juzga? La mujer.

¿Quién siente i se deja llevar de su sentimiento?--El hombre.

Los hombres son guerreros, hombres de estado, hombres de negocios, poetas, periodistas, diputados; i las mujeres por acaso ¿no son eso i mucho mas?--Las mujeres son algo que los hombres jamas han alcanzado a ser: son coquetas.

Con esto todo queda dicho.

¿Qué son los planes estratéjicos de un guerrero, las combinaciones de un estadista, los cálculos de un negociante, las estancias de un poeta, las charlas de un periodista o de un diputado, al lado de los planes, de las combinaciones, de los cálculos, de los trozos del mas acabado patético, de los millares de fraces, de agudezas, de salidas i entradas, de idas i venidas, de vueltas i revueltas de esa mariposa de doradas alas que se llama coqueta?

¡Pobre del hombre que cae en manos de ese ser que mata sin herir, que ofende sin ofender, que destroza sin tocar, que desespera haciendo esperar; de ese verdugo que ultima a sus víctimas con una palabra, con un jesto, con una sonrisa; de esa mentira que es alternativamente encantadora como un sueño i áspera como una verdad!

¿Qué suerte corren entónces la razon, la tan preconizada cabeza del hombre? No hai duda se van a reposar.

Una de dos: o en el hombre puede mas el corazon que la cabeza, el sentimiento que la razon; o no tiene ni corazon ni cabeza, ni sentimiento ni razon, descubrimiento que, a la verdad, maldito el honor que nos haria.

Pero dando de mano a esta cuestion tan llena de cabezas i de corazones, de razones i de sentimientos, veamos lo que se deduce de cuanto dicho va.

Dedúcese primero, que el hombre es un ingrato: descubrimiento nada nuevo.

Segundo, que su poder peligra i que la mujer vale mas que él.

Tercero, que si esta tiene mucho corazon tambien tiene mucha cabeza.

Cuarto, que es la mas encantadora de las mujeres i el mas estimable de los hombres, la lectora i el lector que hayan tenido paciencia i calma para seguirme hasta este punto.

I quinto... que aquí concluyo.

J. Arteaga Alemparte.

El monje de Kremsmunster.

(Traduccion de La Semana.)

Cerca de Lintz, en la Suiza austriaca, hai un rico convento de Bernardinos, llamado *Kremsmünster*. Este convento ha sido fundado por un príncipe bávaro cuyo hijo fué víctima de un jabalí. Consagra la memoria del accidente un bajo relieve de mediocre ejecucion. Tanto lugar se ha tomado el artista para su héroe, que casi no le ha dejado ninguno al

vencedor jabalí, convertido en una especie de lechon.

El convento está circundado de un ancho foso, en que se pescan los mejores pescados del país. Muchos patos silvestres hacen allí nido i cubren el estanque con su familia. Todo el país de las inmediaciones pertenece a los Padres; país de buena caza si lo hubo.

Diez o doce años hace salia del convento, adonde habia ido para visitar a un monje, sábio horticultor que poseia una coleccion de claveles de las mas hermosas i ricas que hai en Europa; ví a poca distancia cuatro niñitas vestidas de negro, la mayor de las cuales parecia que tuviese doce años. Las acompañaba una criada; estaban junto a un sepúlcro reciente, pues, único entre todos los que allí habia, aun no estaba cubierto de yerba.

La campana de los Bernardinos tocó las oraciones, las cuatro niñitas se pusieron de rodillas i todas cuatro a un tiempo, inclinando sus cabezas rubias, pronunciaron con voz infantil la oracion para los muertos:

Grosser Gott, erbarme dich der lieben Verblichenen nimm, etc. «Gran Dios, ten piedad de nuestros queridos muertos, etc».

Descubríme la cabeza i repetí con ellas la oracion; en seguida, cuando se hubieron levantado, interrogué a su aya. Las pobres pequeñuelas habian perdido a su madre, muerta un mes ántes de una enfermedad al pecho; su padre, de viaje, aun no conocia la suerte de una mujer que idolatraba. Besé a las preciosas niñas i las dejé enternecido por la impresion de tristeza que habia quedado en sus rosados semblantes llenos de frescura. Todas cuatro eran lindas, i aunque no podia decirse que se parecian, se las habria reconocido por hermanas en medio de una muchedumbre.

Ocho años transcurrieron. El acaso me llevó de nuevo a la Suiza austriaca, i me dí prisa en ir a ver al monje i sus claveles.

Nada habia cambiado para él; apénas aparecian algunos cabellos blancos en su espesa cabellera; los acirates de su jardin acababan de enriquecerse con muchos objetos raros i preciosos. Era el mes de julio, i los claveles estaban en la plenitud de sus flores. El monje era el hombre mas feliz.

—Ved, amigo mio, me decia, esta alegre verdura i estos numerosos pétalos, de tan preciosa tela que la púrpura de los reyes a su lado casi no es mas fina que la lana de nuestro vestido; de colores mas suaves i ricos que los de las piedras preciosas. Todo eso estaba encerrado en un grano negro casi impalpable. Ciertamente, amigo mio, el que planta i el que riega trabajan inútilmente, si Dios, con su santa bendicion, no hace crecer i fructificar lo que cultivan.

Entre las nuevas conquistas del monje, dos hermosos claveles no habian recibido nombre todavía; tenian ambos el fondo blanco, el uno remataba en un hermoso amarillo anaranjado, el otro estaba sembrado de puntos de color de púrpura casi negro.

—Amigo mio, me dijo el monje, ya que os vuelvo a ver, voi a partir con vos mis placeres; yo pondré nombre a uno de estos claveles i vos al otro. No hai manera mas tierna de fijar un pensamiento o un recuerdo.

Llamaré al mio por el nombre de mi santo patron, i a causa de sus líneas doradas, *aureola de sanct' Johann.*

Qué nombre dareis al vuestro?

—Mi querido padre, le dije, esperemos todavia algun tiempo i quizá fijaré en él un hermoso recuerdo, quizá cada vez que florezca ese clavel, tendré que dirijir al cielo sinceras acciones de gracias; le daré el nombre de una fecha, i si hai algo real i estable en las esperanzas humanas, si la flor del almendro es una garantía de su fruto, le llamaré *primero de diciembre.*—Es un nombre mui frio para mi pobre clavel, dijo el monje sonriéndose.—Padre mio, respondí, el sol del verano no siempre calienta el corazon, i el dia mas nublado tiene sol para el hombre feliz.

Como saliese del convento, al caer la tarde, la campana tocó las oraciones, i oí pronunciar:

Grosser Gott, erbarme dich der lieben Verblichenen. «Gran Dios, ten piedad de nuestros queridos muertos».

Volví la cabeza i ví dos niñas vestidas de negro arrodilladas junto a un sepúlcro; una criada vieja se mantenia detras de ellas a cierta distancia.

Me acerqué, me descubrí la cabeza i dije con ellas:

«Gran Dios, ten piedad de nuestros queridos muertos».

Saludáronme con un gracioso signo de cabeza en muestra de agradecimiento, i partieron.

Cuando hubieron partido, me esforcé por leer la inscripcion colocada en la piedra; ved lo que era:

Una madre!

Un padre!

Dos hijas!....

Fuí a alcanzar a las dos niñas. Al ver el sepúlcro, habia vuelto a hallar un recuerdo.

Hacia ocho años, habia visto cuatro niñitas vestidas de negro junto a ese mismo sepúlcro.

No me engañaba.

—Caballero, me dijo la mas jóven de las dos, de las cuatro niñas dos están ya en ese sepúlcro; las otras dos, las habeis oido rezar.

I cada una de las dos hermanas echó sobre la otra una mirada furtiva; temia cada una ver en el semblante de la otra los síntomas de la enfermedad que al parecer debia segar toda aquella familia.

—Por fortuna, dijo la mas jóven, mi hermana está buena.—Por fortuna, dijo la mayor, Marthalena está rosada i fresca mas que ninguna otra niña.

Algunos dias despues, tomaba leche en casa de una vieja, cuando entró Marthalena seguida de su ayá. Al verla sin su hermana, sentí que se apoderaba de mi cuerpo un frio mortal. Dios mio! pensé, si estará ya sola?

Pero no tardé en tranquilizarme; léjos de tener que deplorar una nueva pérdida, el tiempo de su duelo habia terminado, estaba vestida de blanco. No la acompañaba su hermana, porque era esta quien se encargaba, todas las tardes, de ciertos pormenores domésticos. En cuanto a ella, hacia algun tiempo que se le habia prescrito tomar leche, i obedecia de buena gana a una prescripcion que le daba pretesto i ocasion para un paseo a la hora mas hermosa del dia, al ponerse el sol.

Veniamos ambos todos los dias a casa de la vieja; saludábame con una sonrisa amistosa i parecia que se alegraba de verme.

Sentia yo hácia ella una viva amistad, mezclada de un sentimiento de tristeza indefinible. En el espacio de un mes sus mejillas se habian hundido; a sus frescos colores habian sucedido otros mas duros i mas sombrios.

Me complacia en procurarle algun entretenimiento con mis cuentos, con todos los medios que podia imajinar. Queria yo apresurar los placeres en el corto espacio de tiempo que acaso le quedaba para vivir. Pronto me dejé dominar de una idea perfectamente necia; figuréme que seria ridículo a los ojos de todos, a los de Marthalena misma, que un hombre tan jóven como yo pasase todas las noches en el campo, solo con una niña jóven i linda, sin hacerle la corte; tanto que un dia le hice una declaracion de amor en *lugares comunes*. Se mostró asombrada, i habia tristeza en su sorpresa; bajó la vista, caviló un momento, i me dijo:

II.

—Lo siento, porque yo no os amo, no os amo como enamorada. Amaba a otro ántes de conoceros; espero a mi prometido, vendrá de aquí a dos meses.

Me puse un poco colorado i me mordí los lábios; pero ella añadió con una naturalidad encantadora i en el tono mas amistoso, sacando de su seno un medallon i enseñándomelo por uno i otro lado.

Mirad, *amigo mio,* este es su retrato i éstos cabellos suyos.

Contempló algun tiempo el retrato i volvió a meter en su seno el medallon, en seguida agregó tristemente:

—Mucho siento que me ameis; de otra suerte habia arreglado yo las cosas: habríais ido *su* amigo, *nuestro* amigo; le habríais amado.

Habia en el sonido de su voz algo tan verdadero, tan profundamente sentido, que sacrifiqué mi vanidad i arriesgué un poco la suya.

—Marthalena, le dije, os he hablado como un loco; perdonadme que os hayo tratado como ordinariamente se trata a todas las mujeres; me ha parecido que un jóven no podia estar junto a una linda niña como vos sin hacerle la corte; pero, aunque poseis cuanto puede trastornar la cabeza i cautivar el corazon, aunque me sois querida por mil motivos, os haré una confesion que a ninguna otra mujer me atrevería a hacer: no os amo como enamorado; quiero ser *su amigo*, vuestro amigo.—Oh! tanto mejor, dijo ella.

I me tendió la mano.

—I qué haceis aquí?—Espero, dije, una carta que acaso me hará mui feliz. Tambien se trata para mí de un matrimonio i, a no ser un accidente que nada parece anunciar, estaré casado el primero de diciembre.—Cuánto me alegro, repitió, de que esteis de novio; esto me permite dejar ver mi amistad hácia vos. Oh! amaréis a Wilhelm, i Wilhelm os amará! Es tan bello, tan bueno, tan valiente, tan jeneroso!

Me mostró muchas veces el retrato de su prometido: era, en efecto, una fisonomía dulce i agraciada.

Tambien le hablaba yo de la mujer que amaba; ménos feliz que ella, no tenia retrato, pero me escuchaba ella tan atenta, le hablaba yo tan largo, que la conocia i aseguraba que la reconocería si la casualidad se la hiciese ver.

Venia a veces su hermana con ella, i no me fué difícil conocer que participaba de mis inquietudes. Observaba a Marthalena en los momentos que esta no podia verla i multiplicaba para ella sus caricias i sentimientos afectuosos, evitándola, bajo los pretestos mas injeniosos, hasta la mas lijera fatiga.

En ocho dias, no vino Marthalena al huerto de la vieja; cuando de nuevo la ví, me dijo que habia estado enferma; estaba horriblemente pálida i enflaquecida, i sus ojos brillaban fantásticamente dentro de las órbitas. Me mostró una carta de Wilhelm, su regreso se aplazaba por un mes mas.

—Un mes, dijo, es mucho tiempo!

Calló algunos instantes, se puso la mano sobre el pecho, que le dolia, i dijo:

—Un mes, es mucho tiempo! . . . Qué no le volveré a ver?

I se echó a llorar.

No hallé nada al principio que decirle i sentí que algunas lágrimas se ajitaban en mis ojos; pero no tardé en volver en mí i le dije cuanto creí capaz de darla ánimos i seguridad, i de devolverla por algunos instantes las risueñas ideas que huian al parecer al mismo tiempo que la salud.

Aquella noche su hermana estaba aun mas triste que de costumbre, i cuando nos separamos, lo que nunca habia hecho, aunque Marhalena jamas dejaba de hacerlo, me estrechó la mano.

Pocos dias despues, recibí una carta. En vez de la que aguardaba, era una carta triste i amenazadora. Me prevenia un amigo que se

presentaban obstáculos insuperables; partí. Marthalna me dijo al decirle adios:

—Volved cuando hayais triunfado de los obstáculos, Vilhelm estará aquí. Ahora estoi buena; el cielo ha escuchado los ruegos de mi hermana, los vuestros i los mios; ahora puedo esperar a Wilhelm; la muerte se ha cernido un momento sobre mi cabeza, he sentido la sombra fria de sus alas negras; ha seguido adelante.

La miré; jamas la habia visto tan pálida, jamas sus ojos habian brillado con fuego tan sombrio; partí con el corazon oprimido.

Por lo que respecta a mí, no encontré sino motivos de lágrimas i desesperacion. Todo estaba perdido; crei que iba a volverme loco de rabia i dolor; caí en la postracion luego, i en un entorpecimiento mil veces mas triste que la desesperacion. Estuve enfermo algun tiempo; despues fué pretesto el cuidado de algunos asuntos para emviarme a la Suiza austriáca.

Nada me dió tanta prisa como ir a ver a mi amigo el monje en el convento de Kremsmunster, a no ser sin embargo el ver a Marthalena, contarla mis desdichas i llorar con ella. Pero la vieja del huerto ya no estaba en él, i diferí para el dia siguiente mi visita a las dos hermanas.

Me dirijí pues al convento i apuré el paso, porque temia no poder llegar antes de las oraciones. En efecto, como me acercase, a causa de los dias mas cortos, distinguia con dificultad los costados del edificio. Pero oí sonar la campana.

—Vaya, dije, será fuerza que aguarde hasta que hayan rezado las oraciones, pues los padres no tienen costumbre de admitir a los estranjeros durante el tiempo consagrado a los ejercicios relijiosos.

La tarde estaba hermosa, no quedaba en el horizonte mas que un resplandor purpurino que se disipaba; todo el resto del cielo se estrellaba magníficamente.

Contemplaba andando este imponente espectáculo, cuando oí una voz que decia:

Grosser Gott, erbarme, etc.

«Gran Dios! ten piedad de nuestros queridos muertos.»

Aquella voz me hizo palpitar.

Acerquéme, i arrodillada junto a una tumba, ví a una jóven vestida de negro.

Una vieja estaba detras de ella.

Me acerqué mas, era la hermana de Marthalena.

Me reconoció i, echándose en mis brazos llorando, me señaló el sepúlcro i me dijo:

—Wilhelm no llegará hasta mañana.

Rezamos juntos sin decirnos nada.

La luna entretanto se levantaba detras de grandes tilos; alumbró el sepúlcro i tambien el semblante de la niña. Su semblante estaba pálido i enflaquecido como el de Marthalena el dia de mi partida.

Ai! me dije, cuando la hube dejado, quién la llorará, a ella, la postrera?

Añadí en la noche a mi oracion la promesa de quedarme para rezar a lo ménos una vez sobre la tumba de la última de las cuatro hermanas, pues está ya estaba contajiada, i en alto grado, del mal hereditario que tan horribles estragos habia hecho en su familia.

Al dia siguiente fuí al convento, aun preocupado enteramente de estas impresiones i de mi propía desgracia.

Me recibió el monje con sonrisa benévola.

—I bien! dijo, qué nombre le ponemos al clavel?

—Padre mio, le dije, sus pétalos están manchados de lágrimas color de sangre; llamadlo *Felicidad del hombre.*

Sin duda muchos viajeros, al admirar la rica coleccion del monje de Kremsmunster, han visto este nombre sin sospechar qué tristes recuerdos tiene para alguien que está hoi mui lejos de allí.

ALFONSO KARR.

Toilette, estilo i gramática.

Leía en dias pasados un libro singular por su estilo i por su diccion. Rivalizaban en sus pájinas las concepciones mas exhorbitantes con las frases mas increibles. En cada período se encendia un reñido combate de ideas i espresiones, que metian un ruido atronador: fuegos de guerrilla, descargas cerradas, cañoneo, redobles i dianas, un estrépito en fin, interminable, desesperante, imposible. No hai para qué decir que la lójica i la gramática rara vez salian ilesas de tales encuentros; pero sí os diré que mi cabeza no quedó mejor parada, víctima como fué de un intenso desvanecimiento intelectual, al concluir la lectura de tan curioso libro. Dejélo sobre una mesa, tomé mi sombrero i me lancé en la calle, empeñado en apagar, mirando a los que pasaban i moviéndome con ellos, las tenaces vibraciones de aquella sinfonía literaria, que aun resonaba dentro del espíritu. En efecto, sus ecos fueron disipándose paulatinamente i pronto iban a estinguirse del todo, cuando distinguí a poca distancia el traje de una dama i en seguida a la dama que lo llevaba.

Un vestido amarillo, cortado diagonalmente por una quilla azul, i un pañolon del encarnado mas vivo i sangriento que se puede imajinar, reasumian la *toilette* que se presentó a mis ojos. Era un prendido anárquico, demágogo, socialista, si los hai. Observándolo a primera vista, pensé que la desgracia me deparaba una edicion en folio del libro en cuarto que acababa de leer. Pero no tardó en convertirse esta inquietud en grata satisfaccion, cuando llegué a contemplar el agraciado semblante que coronaba aquella *toilette* tan desgraciada. Tenia delante de mí a una mujer jóven i hermosa, despejada en sus movimientos, irreprochable en sus modales. Se me fi-

guró una excelente idea femenina espresada en un lenguaje demasiado colorido.

De esta suerte, la lectura de un libro i el encuentro de una dama dieron al pensamiento motivo para una comparacion, que le hizo enhebrar una larga série de raciocinios e inducciones de la mas perfecta exactitud. Voi a hacer por espresaros compendiosamente sus conclusiones mas capitales e importantes.

No puede negarse, desde luego, la manifiesta analojía que existe entre la *toilette* de una persona i el lenguaje de un libro; entre los modales de la primera i las concepciones del segundo. Asi es que los hombres i los libros tienen una condicion comun que es el estilo. Nace el estilo, en estos como en aquellos, del conjunto formado por la *toilette* i los modales o, si se quiere, por el lenguaje i las concepciones. La moda i los gustos influyen en la primera, la educacion i el carácter en los segundos. De aquí procede la infinita diversidad de estilos que se nota en uno i otro órden de creaciones.

Hai individuos bien vestidos i mal criados, como hai libros mal pensados i bien escritos. Este es un estilo fácil i elegante, que divierte, pero no cautiva. Es ademas, bastante comun.

Hai, por el contrario, sujetos corteses i atentos para todos, menos para su traje, que tendrian un estilo incomparable sin el desaliño de su espresion.

Entre estos dos estremos se coloca el mayor número de los hombres i de los libros, porque las medianías, aquí como en todas partes, forman la mayoría i, lo que es peor, deciden de la victoria.

Tarea sin término seria, de consiguiente, la de clasificar los variadísimos matices que se ostentan en los innumerables volúmenes dados a luz cotidianamente por la prensa i los matrimonios; pero es digna de observarse la marcada tendencia poliglota que descubren las producciones contemporáneas.

Trajes i literatura, entre nosotros, no son sino copias mas o menos felices de otros pueblos, qué nos presentan en su estado actual el fruto de muchos siglos de vida i esfuerzos. ¿Es un bien o un mal esta imitacion? es provechosa o estéril? debe ser censurada o convendria alentarla?—Creo sériamente que el movil de nuestro progreso i hasta el principio de nuestra orijinalidad debe buscarse en la copia intelijente de los acabados modelos que nos ofrecen los que han nacido ántes que nosotros e impreso en sus adquisiciones el sello de la esperiencia. Tengamos sí bastante cordura para no imitar sino lo bello i lo útil, para no perder lo que poseíamos ni alterar lo que es invariable. Pensemos i calculemos con la razon positiva i matemática del Ingles, concibamos e imajinemos con el injenio i donaire franceses, pero no echemos en olvido lo que nos es propio i muchos tendrian motivo de envidiarnos: una lengua rica i harmóniosa, para nuestros libros, algunos preciosos vestijios de la urbanidad española, para nuestra vida social.

Variable, como es el estilo, sin fin ni medida, tiene sin embargo un elemento constante e inalterable, representado por la gramática, en los libros, por la educacion, en los modales. I si no hai en estos mas que una educacion que sea buena, tampoco hai en aquellos mas que una gramática que sea aceptable, la del idioma en que se escribe.

Por eso es que los hombres sin educacion i los libros sin gramática se parecen tánto. Los unos son mal criados i los otros mal escritos.

Domingo Arteaga Alemparte.

A las Estrellas.

Ocultas lenguas del destino, oh estrellas,
No os llamaré, ni de la raza humana
Vijías, ni de reinos i tiranos
Sangrientos, luces hórridas; si es cierto
Que ignorando la suerte de los hombres,
Sobre nuestra desgracia, eternamente
Con simpática fuerza entrelazadas,
Tranquilas discurris en vuestras órbitas.
Pero quiero que este himno, engalanándose
Con vuestra luminosa alma sonrisa,
Un rayo robe a la eternal belleza.
Que en vuestra cabellera titilante
La mano reflejó del Poderoso
Que el ser os dió. ¡Yo os contaré los bellos
Fantásticos misterios que del hombre
Infiltrais en el pecho, yo que aun niño
I léjos de mi suelo, una por una
Tanto os preguntaba, i mis pupilas
En vuestro aparecer i en vuestro tardo
Ocultaros, süave apacentaba!

Ya en las ondas turquíes de los mares,
Sobre la vírjen tierra enguirnaldada
De plantas i de yerbas i de flores
Que las auras de Dios nacer hicieron,
Se estendian los cielos azulados;
I vosotras aun no componiais
Su enjoyada corona, hijas inquietas,
I espléndidas del éter. Pero al mundo
No eternas las tinieblas lo cubrian,
Que cuanto fué criado fulguraba
En vivaces colores, salpicados
Al derramar la luz su onda primera;
La luz que a vuestro inopinado vuelo
Se conmueve asustada, i los torrentes
Cediéndoos de sus fúljidos raudales
El bello rostro os adornó de lampos.
¡Tan puras i galanas, circüidas
De vuestros rayos con plateadas plantas,
I en armónica danza discuriendo,
Tomasteis posesion de las alturas!
I desde el vasto campo de zafiros,
Con célica inefable melodía,
Saludasteis al mundo en su alborada.
¡I toda a vuestra aparicion modesta
Se alegró la natura, i vuestro influjo
Sintió por primer vez! Mas bello entónces,
De las flores el pueblo enamorado

Se ofreció a vuestra vista: en gozo el agua
Conmovida, sus linfas deteniendo,
Mas clara fulguraba al retrataros:
Un perfume, una vida, una armonía,
Se difunde incesante, i de animales
La varia e inmensa grei sale a admiraros:
I con ella tambien los peregrinos
Habitantes del aire que, sus alas
A vosotras tendiendo, en su plumaje
Vuestro esplendor primero reflejaron.

Mas la pupila que en brillante lampo
Debiera aventajaros, no lucia,
Que la pupila de Eva aun no existiera.
¡Bendito i santo rayo que el Eterno
De su esencia enviaba a la natura!
¡Oh cuán dulce en larguísima velada
I vuelta a las estrellas, amorosas
Cambiasteis ya miradas, ya sonrisas!
Tú entre el quieto silencio de la tarde,
En la tersa i tranquila onda del lago
Las buscaste, i hallaste a las estrellas
Que allí dentro la sien te coronaban.
A la ígnea exhalacion que por la noche
A la tierra cayendo el cielo sulca
En pos llevando de su luz la cauda,
Tambien estrella la creistes, oh Eva
Inocente i sencilla, i al collado
Donde el astro engañoso se estinguiera,
Solícito corrias i anhelante
De añadir a tu frente esa guirnalda.

A menudo el lucero vespertino,
En rubicunda luz que mas enciende
El vermejo occidente i en purpúreas
Nubes brilla, el cabello te enjoyaba:
A menudo a tu vista que del velo
Mortal no tanto te cubrió, los ánjeles
En los astros colgando sus diademas
Luminosas, i al Padre arrebatando
El flamíjero vuelo, de esos astros
Por los rayos veloces descendian,
I el himno enamorado de sus harpas
Te enviaban, como a flor que en su perfume
No bañaba los célicos pensiles.
I aunque, oh estrellas, en larga série de años
Circulasteis despues al universo,
Ni una chispa de luz habeis perdido.
I si la culpa del primer criado
Condensó a vuestros ojos las tinieblas,
Si fuera del terrestre paraiso,
Oscurecieron nubes a las auras,
No ménos bellas esplendisteis, i hora,
Al finar de la luz, el triste manto
Arjentais de la noche i compasivas,
Desde lo alto al dolor lloveis consuelos.

Oh estrellas. ¿Quién no os mira inspiradoras
De recóndito afecto en los jentiles
Pechos que de propicias fantasias
Se alimentan? Mas bello hasta vosotras
El pensamiento vuela con las alas
Atrevidas del estro i confundidas
Sus melodías yacen con las vuestras:
Las almas que el amor profundo sienten,
Sus deseos i goces i esperanzas,
A vosotras calladas encomiendan.
La novia pudibunda que su lecho
Sospechosa veló la última noche
De su virjinidad, ántes del alba
A su balcon se asoma, al mismo tiempo
Que del marino baño al levantarse
El lucero de Venus, su mas vivo
Rayo a la frente de la hermosa vibra.
Largo tiempo os espía el navegante
Que parece surcar el infinito
En ignoradas mares, i al camino
Os llama a todas. Unas tras las otras
El rostro descubris, i, semiocultas
Entre nieblas lejanas de las aguas,
Os reis con la risa del amigo:
Del cielo en la campaña ilimitada,
Del mar entre el altísimo silencio,
En la calma del mundo, en las esferas,
Sublimando su mente os dice: ¡Salve!
I si cuando al cantaros desde popa
El regreso deseado, en las sonantes
Ondas el noto brama i las incita,
I en tempestad horrible las levanta,
Os invoca, i naceis de entre las sombras
I la rabia del mar, íris de alianza.
¡I cuán triste brillais sobre las tumbas
Que en solitario campo de difuntos
El infelice riega! Hasta vosotras
Con sus ojos alzando sus suspiros,
En vuestra pura esencia confundida,
Pretende hallar el alma que lamenta.
¡I todo en vano! vuestra luz callada
Tan solo le acompaña, descendiendo
Desde el cóncavo cielo hasta la tierra,
I la chispa vital rememorando
Que se estinguiera en la urna cineraria.

Tambien, oh estrellas, morireis vosotras,
I un dia ha de llegar que en vuestro jiro
Perturbadas, vagueis en desconcierto;
I un dia ha de llegar en que el Altísimo,
De vosotras sus ojos apartando,
De luz i de existencia os prive a un tiempo.

H. de Irisarri.

Mosaico.

Poder de las imájenes—La casualidad entra por mucho en todas nuestras acciones. A este propósito oid lo que se cuenta de un jóven perteneciente a una familia distinguida.

Se encontraba en el campo, en el castillo de su padre. Arrastrado por el mas pérfido de los consejeros, los celos, acababa de escribir una de esas cartas cargadas a metralla, que deben causar infaliblemente horribles catástrofes, una de esas cartas anónimas tanto mas peligrosas cuanto que están *rubricadas*; para remitirla era necesario hacer partir un hombre acaballo; el jóven furioso llama con violencia, la campanilla se rompe; grita, no se le oye; toma entónces la luz que le habia servido para sellar su odioso billete, i se dispone a

bajar al patio para dar la órden fatal; pero tiene que atravesar para hacerlo una larga galería adornada con los retratos de sus abuelos; era en otoño, a las cinco, la noche cerraba; la bujía que le alumbraba arrojaba una luz indecisa en la sombra de la galeria; pasó sin divisar ninguno de los retratos que cubrian sus murallas, i que la luz apénas alumbraba; pero, al ir a salvar la puerta se detuvo; uno de sus abuelos estaba enfrente de él; lo miraba; parecia decirle—«¿Dónde vas?» I, coincidencia estraña, ese de sus abuelos era precisamente uno de esos nobles corazones para siempre célebres en la historia de los amores, por el desinteres mas puro i la mas sublime abnegacion. Espantado el jóven, despertó de su pesadilla de infamia, comprendió la negrura de sus proyectos, i tomando sin vacilar la carta maldita, la quemó delante del retrato de su abuelo.

El caballo de palo.—Una mujer, célebre por su valor, acababa de recibir una noticia espantosa, esperimentaba una de esas desesperaciones sin límites que hacen divisar solo un porvenir sin refujio; en el vértigo de su dolor, resolvió morir; porque la muerte era para ella la fuga; cerrar eternamente los ojos, era no ver mas el amenazador horizonte.

—Estaba loca, decia; todo lo habia olvidado, no era capaz de reflexion, pensaba con placer en que habitaba en el segundo piso, sobre un departamento mui elevado, i que arrojándome por la ventana mi caida seria mortal.

Corre hácia la ventana... Pero para abrirla, era preciso separar un caballo de palo, que se habia colocado delante de ella: era el juguete de su hijo. Al verlo se detiene súbitamente; un punzante remordimiento le oprime el corazon. No tuvo valor de separar el caballo i abrir la ventana; cayó de rodillas i se desmayó. Cuando se la levantó de los piés del caballo, la crin estaba bañada con sus lágrimas.

Conjugacion de un verbo.—Un ingles se quejaba amargamente de la irregularidad de los verbos franceses que aprendia; el verbo *ir*, decia, es imposible. Tenia todos los trabajos del mundo para retener el primer tiempo; i lo peor del caso es que queria que todos se lo oyeran conjugar. Un jóven frances que se daba por maestro de lenguas se lo habia enseñado así:

Yo voi
Tu vienes
El va
Nosotros partimos
Vosotros entrais
Ellos duermen.

—¡Que espantosa irregularidad! esclamaba el ingles. I volvia a empezar su trabajosa conjugacion sin que nadie tratara de desengañarlo.

Un hombre bien criado.—Un lord ingles habia ofrecido a un duque frances una espléndida comida, una de esas fiestas casi reales que los grandes señores ingleses tienen a orgullo dar a los soberanos, i un placer en ofrecer a los desterrados. En los postres, se trajo una botella de un maravilloso vino de Constanza, sin igual, sin edad, sin precio. Era óro líquido, en un cristal sagrado; un tesoro derretido que se os admitia a gustar; un rayo de sol que se hacia descender a nuestro vaso; era el nectar supremo, la última palabra de Baco. El lord quiso servir el mismo a su huesped este licor de los dioses. El duque tomó el vaso, gustó el pretendido vino i lo declaró excelente. El lord, para apoyarlo, quiso beber a su vez; pero apénas sus lábios han tocado el vaso, cuando esclama con horrible disgusto:—Ah! qué es esto?« Se examina la botella, se interroga el perfume: era aceite de castor! El duque habia bebido esta detestable droga sin pestañar Esto era llevar la política hasta el heroismo.

Todos duermen ménos un sordo.—Se leía en casa de una marisabidilla un drama mui fastidioso en cinco actos. A poco andar todos, todos dormian... escepto una sola persona: era un sordo a quien sus esfuerzos para aparentar que oia, sus sonrisas forzadas, sus miradas chispeantes habian tenido despierto. Al dia siguiente todos esclamaban: Aquello era abrumador, el solo esclamaba: Aquello era mui interesante; i cuando hablando de este sordo se decia a uno de los dormilones:—Pero el señor ta no ha dormido en la lectura de ese drama, el maligno dormilon respondia:—Ya lo creo, no lo oia!

La poesia i la filosofía.—El príncipe de Craon preguntaba una vez al señor Martinez de la Rosa, embajador de España en Francia:

—¿Cuántos años ha estado Vd., señor embajador, en presidio?

—Seis años, príncipe mio, respondió el embajador.

—¿I en que parte?

—En los presidios de Ceuta: he permanecido en ellos desde los veinte i cinco años hasta los treinta i uno.

—Los años mas bellos de la vida.... ¿I quién o hizo encerrar.

—Como es que hablais de ella tan sin rencor?

—Soi filósofo.

—El rei Fernando VII.

—I quién os dió libertad.

—El mismo rei.

—¿I por qué os habia hecho encerrar?

—Jamás lo he sabido.

—¿I por qué os ha hecho salir.

—Lo ignoro todavia.

—¿Pero cómo habeis podido soportar esa espantosa cautividad?

—Era poeta.

Crónica de la quincena.

EUROPA.

La guerra es ya un hecho consumado.—Los esfuerzos de la diplomácia, las tendencias pacíficas de la Inglaterra, las protestas de Napoleon, los pasos conciliatorios de la Rusia nada han podido contra la inflexible lójica de los sucesos.

La suerte está echada i los destinos de la Europa quedan encomendados una vez mas a todos los caprichos, a todas las volubilidades, a todas las continjencias de las armas.

El Austria es la que ha dado la señal pasando el Tesino. La Europa entera se ha puesto en movimiento.

La Francia ha hecho marchar inmediatamente sobre su frontera riniana una division fuerte de 80,000 hombres a las órdenes del mariscal Pelissier. Al mismo tiempo otra division de 30,000 hombres cruzaba las aguas del Mediterráneo e iba a desembarcar en Jénova. La posicion asumida por la Francia es decidida.

No sucede lo mismo con la Inglaterra, que hasta este momento se mantiene a la espectativa.

La Rusia parece ha tomado un temperamento semejante. Los rumores, tan circulados, de una alianza franco-rusa no se confirmaban.

Sin embargo, es de esperar, a lo ménos de parte de la Rusia, que cuando el olor de la pólvora i el estrépito del cañon llegue hasta ella se sienta tentada, sea dominada por sus instintos bélicos i deje las marchas i contramarchas en la estratéjia diplomática, que se nos despide con las dos últimas notas cruzadas entre el conde Buol i el conde Cavour.—Hé aquí esas notas:

«*Viena*, 13 *de abril*.

«Señor conde:

«El gobierno imperial, V. E. lo sabe se ha apresurado a acceder a la proposicion del gabinete de San Petersburgo para la reunion de un congreso de las cinco potencias para tratar de allanar las dificultades surjidas en Italia.

«Convencidos, sin embargo, de la imposibilidad de entablar con probabilidades de éxito deliberaciones pacíficas en presencia del ruido de las armas i de los preparativos de guerra efectuados en un pais limítrofe, hemos pedido la reduccion al pié de paz del ejército sardo i la disolucion de los cuerpos francos voluntarios italianos, previamente a la reunion del congreso.

«El gobierno de S. M. Británica encontró esta condicion tan justa i conforme a las exijencias de la situacion, que no vaciló en admitirla declarándose dispuesta a insistir, en union con la Francia, en el desarme inmediato de la Cerdeña i a ofrecer en cambio contra todo ataque de nuestra parte una garantia colectiva, la que por supuesto el Austria hubiera respetado.

«Parece que el gabinete de Turin ha contestado rehusando categóricamente la invitacion de reducir su ejército al pié de paz i de aceptar la garantía colectiva que le era ofrecida.

«Esta negativa nos inspira un sentimiento tanto mas profundo cuanto que, si el gobierno sardo hubiese admitido nuestra peticion, hubiéramos considerado su adhesion como un primer síntoma de su intencion de contribuir al mejoramiento de las relaciones desgraciadamente tan dificultosas entre los dos paises desde algunos años a esta parte. En este caso, hubiéramos podido dar, por la dislocacion de las tropas imperiales estacionadas en el reino Lombardo-Veneto, una prueba mas de que no han sido reunidas allí con un objeto de adhesion contra la Cerdeña.

«Nuestra esperanza habiendo sido frustrada hasta ahora, el Emperador, mi augusto amo, se ha dignado ordenarme que intente directamente un esfuerzo supremo para hacer retroceder al gobierno de S. M. en la decision que parece haber tomado.

«Tal es, señor conde, el objeto de esta carta. Tengo el honor de rogar a V. E. que se sirva tomar en séria consideracion su contenido, i me haga saber si el gobierno real consiente, si o no, en reducir su ejército al pié de paz i en disolver los cuerpos de voluntarios italianos.

«El portador de la presente, a quien tendreis la bondad, señor conde, de remitir vuestra contestacion, tiene órden de ponerse a su disposicion durante tres dias.

«Si a la espiracion de este plazo no recibiese contestacion o esta no fuese completamente satisfactoria, la responsabilidad de las graves consecuencias que orijinara esta negativa recaeria enteramente sobre el gobierno de Su Majestad Sarda. Despues de haber agotado en vano todos los medios conciliadores para procurar a sus pueblos la garantía de paz, en la que tiene el emperador derecho de insistir, Su Masjestad se verá en la precision, con gran sentimiento, de recurrir a la fuerza de las armas para obtenerla.

«En la esperanza de que la contestacion que yo solicito de V. E. sea conforme con nuestros deseos en favor del mantenimiento de la paz, aprovecho esta ocasion, etc., etc.»

«Buol.»

«Respuesta del conde de Cavour.

Turin, 26 *de abril*.

«Señor conde:

«El baron de Kellemberg me ha entregado el 23 del corriente, a las tres i media de la tarde, la nota que V. E. me ha hecho el honor de dirijirme el 19 de este mes, pidiéndome en nombre del gobierno imperial que responda por un *sí* o por un *nó* a la invitacion que se nos hace de reducir el ejército al pié de paz i de licenciar los cuerpos formados de voluntarios italianos, agregando, que si en el término de tres dias no recibiese V. E.

respuesta, o si la respuesta que se le diese no fuese completamente satisfactoria, S. M. el emperador de Austria estaba decidido a recurir a las armas para imponernos a la fuerza las medidas que forma el objeto de su cumunicacion.

«La cuestion del desarme de la Cerdeña que constituye el fondo de la demanda que V. E. me ha dirijido, ha sido objeto de numerosas negociaciones entre las grandes potencias i el gobierno de Su Majestad. Esas negociaciones han venido a parar en una proposicion formulada por la Inglaterra, a la que han adherido la Francia, la Prusia i la Rusia.

«La Cerdeña la ha aceptado sin reserva ni ulteriores pensamientos. Como V. E. no puede ignorar ni la proposicion de Inglaterra ni la respuesta de Cerdeña, yo nada tendré que añadir para hacer conocer las intenciones del gobierno del rei al respecto de las dificultades que se oponian a la reunion del Congreso.

«La conducta de la Cerdeña en esta circunstancia ha sido apreciada por la Europa. Cualesquiera que sean las consecuencias que ella traiga, el rei, mi augusto señor, está convencido de que la responsabilidad recaerá sobre los que se armaron primero, sobre los que han rechazado las proposiciones formuladas por una gran potencia que han reconocido por justas i nacionales las otras sobre las que ahora sustituyen una intimacion amenazante.

«Aprovecho esta ocasion, etc.

«Firmado—*C. Cavour.*»

«Esta respuesta fué remitida al enviado austriaco el 26 a las cinco i media de la tarde.»

«*A. Fronhet.*»

La guerra, es, pues, la gran preocupacion de todos los centros de la vida europea. Ya no se habla, no se piensa ni llama la atencion otra cosa que los movimientos de tropas, que las conjeturas sobre próximas batallas.

Segun el *Times*, ya se han quemado los primeros cartuchos. El puente de Buffalora defendido por una division piamontesa habia sido atacado por respetables fuerzas austriacas, las que se habian hecho dueñas de él a la bayoneta despues de un reñido combate i de considerables pérdidas. Pero tal noticia no está apoyada en documento alguno oficial i bien puede no tener otro orijen que la imajinacion de algun hombre de bolsa.

Las simpatías de la Italia por la guerra han ganado hasta la pacífica Roma. Habíanse hecho en esta ciudad varias manifestaciones en ese sentido; manifestaciones que, mal miradas por la policia pontificia, habian ocasionado algunas prisiones. El jeneral Gujon intervino e hizo poner en libertad a los detenidos.

La Italia está alegre, porque espera mucho del porvenir. ¡Pero es tan falaz la esperanza sobretodo cuando viene en alas del estranjero!

América.

La situacion americana es, como siempre, pobre en sucesos i triste en espectativas.

La anarquía dueña de Méjico i de Venezuela, vuelve a llamar de nuevo a la puerta de la república peruana.

El departamento del Cuzco ha levantado el estandarte de la rebelion, no se sabe en nombre de qué principio ni de qué hombre. La revolucion del Cuzco es anónima; pero, no por eso será ménos duradera ni ménos fecunda en desgracias que las anteriores. La ajitacion que en todo el sur de la república peruana reinaba, hace presumir que el alzamiento cuzqueño tendrá eco i prosélitos en algunos otros departamentos. Puede que nuestra presuncion salga fallida i que las acertadas medidas del gobierno, i la actividad que parece está desplegando logrará contener en tiempo la anarquía. La empresa es difícil, pero es santa.

Ya no tienen, pues, nada que envidiarse ni el Perú ni el Ecuador; ámbos se ven azotados por las mismas plagas.

Cada vez que se para la atencion en la situacion que alcanzan las repúblicas hispano-americanas, el desaliento gana todos los corazones: por todas partes anarquía, por todas partes guerra, sangre, odio, rivalidades, egoismo, especulacion, desenfreno político, inmoralidad social, postracion intelectual, las buenas ideas condenadas al olvido o a la burla, la salvacion de la patria i de la sociedad entregada a la casualidad, el presente siendo un constante desengaño i el porvenir solo temores.

Sin embargo, es necesario tener fé. La América española se salvará mal que pese a sus médicos de espada, que en todas sus dolencias siempre se han ocupado la cabecera para curarla como la están curando en Méjico, como la van curando en el Perú i como han pretendido curarla en la Nueva-Granada.—Pierdan los pueblos americanos su aficion a los bordados i entónces arribarán a algo. ¡Miéntras las bayonetas eleven, las bayonetas tienen que bajar!

Justo Arteaga Alemparte.

Ecos de la semana.

Santiago, junio 24 de 1859.

Sumario.—Quiénes se aburren i quiénes se divierten. —Paseo retrospectivo. - Personal de un baile.—Las señoritas no tienen apetito.—Los poetas i la Universidad.—Eleccion académica.—Elocuencia simbólica. —Prólogo de un drama sábado.

Qué semana tan monótona la que está espirando! Rumores sin importancia, chismes de comadres, que nunca faltan, dos o tres coches volcados, cinco o seis fracturas de piernas i brazos, muchos hombres sérios i fastidiosos en las calles, muchas niñas risueñas i fastidiadas dentro de las casas, mucho lodo i mucho frio; tal es en com-

pendio la vida que ha llevado i los placeres de que ha disfrutado nuestra culta capital en la presente semana. Si ha habido ruido, no ha tenido eco, si ha habido movimiento, ha carecido de interes. En cambio, se ha bostezado en todos los tonos i mas de un elegante se ha desperezado espontáneamente en pleno salon. Asustados de tan desoladora apatía i temerosos de sus resultados, han llegado muchos a opinar que debe proscribirse el uso de las corbatas largas, que podrian dar tentaciones a un *fashionable*, enfermo de *spleen*, de convertir la suya en cuerda para ahorcarse. No creo, sin embargo mui fundado este temor de las personas piadosas. El *spleen* no es tanto una enfermedad como una moda de este invierno. No hai un hombre de buen gusto, a quien pregunteis lo que hace, que no os responda:—Aburrirme, i con esto no os ha dicho mas que a médias la verdad, pues que tambien aburre a los otros. Solo un amigo mio de provincia ha hallado el medio de divertirse sin ayuda de nadie: ha comprado una cajita de música, que no cesa de hacer sonar. Es delicioso ver la candorosa beatitud que respira la cara de mi provinciano, arrullado por tan mediocres armonías. Los vecinos de la capital, estragados con las golosinas de frívolos placeres, son incapaces de apreciar estas distracciones inocentes i sencillas, que resucitan los buenos tiempos de la edad primitiva i patriarcal, cuando las zagalas apacentaban los ganados, i los zagales a las zagalas. Pastores i pastoras han muerto i las ovejas han descendido de la poesía a la prosa. Si la bucólica fuese de vuestro gusto, cuántas escenas de color campestre no podria pintaros ayudado de mi provinciano. Pero dudo mucho de vuestra aficion a este jénero i desisto de mi propósito pastoril, para rogaros que volvais sobre vuestros pasos i retrogradeis conmigo hasta la pasada semana. Voi a solicitar de ella la extradicion de dos acontecimientos refujiados en su territorio: un baile i una eleccion académica.

Hai quien pretende que os he hablado ya del primero, pero bien sé yo lo que hablo i lo que digo, i tan bien como yo sabeis vosotros, perspicaces lectores, que la *soirée* del 14, pasada en autoridad de cosa juzgada, no es el baile del 16 de que voi a hablaros.

Ilumináronse en esa noche los solones del señor S... para recibir una brillante asamblea de convidados, brillante sin hipérbole, pues hubo en ella piedras preciosas con profusion i algo mas precioso todavía, lindas solteras i lindas casadas.

Se trataba de celebrar bailando (cuestion que quedó resuelta) un matrimonio que habia tenido lugar en la mañana. La señorita S.... cansada del monólogo, ha comenzado el diálogo de la vida otorgando su blanca mano al señor L....

Me es fuerza deciros, aunque lo sepais, que la desposada no desmintió esa noche la fama de su hermosura, de su donaire i esquisita elegancia. Su hermana, la señora de V..., llevaba tambien con gracia un vestido de fantasía felizmente elejido, i la parte femenina de la concurrencia satisfizo, en jeneral, con sus *toilettes* las exijencias del buen gusto mas acendrado. Las solteras habian ido casi todas a pedir a los Andes el color de su manto de invierno; estaban vestidas uniformemente de blanco, matizado tan solo por el color mas o ménos enérjico de los adornos. Entre estas constelaciones brillaban dos hermosos planetas; el uno mui conocido en nuestro cielo i mas admirado que conocido, la señorita A.... L.... i el otro que empieza apénas a aparecer i ya tiene en ejercicio muchos telescopios i deslumbrados a muchos astrónomos, la señorita M. del C. M...

En cuanto a la composicion masculina de la reunion, qué podré deciros sino que se ostentaban en sus fraques los cortes mas graciosos i artísticos de Chana i Pujos i en sus cabelleras las mas armoniosas evoluciones de la peineta de Dumirail. Las corbatas blancas, las mas adecuadas sin duda, estaban en mayoría, i algunos concurrentes sostuvieron bajo el brazo toda la noche sus sombreros, que a la verdad no son mui útiles en tal sitio ni de estricta necesidad bajo de techo.—Entre los *fashionables* mas abonados, se hacia notar el simpático ....o....o, lleno de esa cortesía de buena lei, de esa amabilidad sin esfuerzo que tanto lo distinguen.—No faltaba tampoco, con sus pretensiones de Ganimedes, el cándido X... X... que apénas puede servir para tirar del carro de Juno, en clase de pavo real. Dejábanse, por fin, ver esa noche las mas notables ilustraciones masculinas de la moda i la *toilette*.

Es en este baile tambien en el que ha hecho su estreno la tierna Dorila P... festiva e injénua criatura. Su natural sencillez, que hechizó a todos, estuvo, sinembargo, a punto de desesperar a su mamá.—Llegó la hora del *buffet*, hora siempre avanzada i esperada con impaciencia de los gastrónomos. Dorila i su mamá ocuparon, pues, sendos asientos junto a una mesa bien provista, i la candorosa niña se entregó sin reserva a las pérfidas inspiraciones de su apetito. Comia con una sinceridad tan admirable que llegó a alarmar a su mamá. Inclinósele ésta al oido i la dijo:

—Las señoritas no tienen apetito.

—Sí, mamá,—replicóla Dorila un poco contrariada.

A este tiempo, el caballero que la servia presentó a la niña un cuarto plato de jamon diciéndola:

—Señorita, está Vd. servida.

—Gracias, caballero,—respondióle Dorila;—no comeré mas.

—Pensé que deseaba Vd....

—Sí; pero mi mamá me ha dicho que no tengo apetito.

Os decía al principio que en la semana pasada tuvo lugar una eleccion universitaria. Era preciso, en verdad, llenar el vacío que la muerte de don Joaquin Vallejo, el eminente articulista Jotabeche, habia dejado en la Facultad de Filosofía i Humanidades. Reunióse ésta integrada por un distinguido sacerdote de la Musa chilena, dos críticos severos e historiadores brillantes, hermanos por la sangre, el talento i la erudicion, un gramático notable, i el autor de: *Ya no voi a California*. Presidía la docta sesion el señor Rector de la Universidad, que aglomera en su vasta intelijencia la poesía, la crítica, la historia, la gramática i mucho mas todavia.

A pesar de los poderosos elementos poéticos que, como veis, entran en su composicion, la Universidad se ha mostrado hasta hoi poco propicia a los poetas i, no falta quien lo diga, injusta con ellos. La sesion de que os hablo ha confirmado paro muchos la realidad de esta tendencia repulsiva, que tampoco habian ántes desmentido los biógrafos de los *Poetas Americanos*, aplicando sin piedad el marco de su crítica al inmortal Heredia i no tratando con mas clemencia a algun otro bardo americano o nacional.—Don Guillermo Matta, nuevamente propuesto, en aquella sesion, para miembro de la Facultad, ha sido rechazado nuevamente. La Universidad se obstina en cerrar sus puertas al popular poeta, al inspirado autor de los *Cuentos en verso*, al cantor vehemente i apasionado de la *América*, la *Patria* i el *Arte*. Es orijinal el contraste que forma este proceder académico con la admiracion i aplauso unánimes que despiertan en todas partes las estrofas del ilustre poeta. I si no fuera mas que poeta! pero es algo mas, mucho mas: es un patriota enérjico, que cree en la justicia i confia en lo que ha de venir. Léjos hoi de nosotros, arrojado por la tormenta en una playa remota, piensa acaso en este momento en su querida tierra, con el corazon palpitante, i seca al calor de tales recuerdos las húmedas reliquias salvadas del naufrajio. O esclama quizá como en mejores dias:

> Poeta, canta! Tu canto
> Vaya a secar todo llanto,
> A abatir toda maldad.
> Si un pueblo a tu canto falta,
> Crea un pueblo! En voz bien alta
> Cantando a la libertad!

La Universidad, negando a Matta la entrada en su santuario, se espone a reñir con la Fama, que tiempo hace abrió las puertas de su templo para nuestro querido poeta.

Fué tambien propuesto, i no aceptado, otro nombre conocido i simpático a cuantos tenemos la manía de creer que valen algo los esfuerzos de la intelijencia i son dignos de aprecio los nobles entusiasmos. Ya comprendeis que os hablo de don Benjamin Vicuña Mackenna, escritor fecundo i ardiente corazon.

La eleccion de la Universidad ha sido no obstante tan feliz que nos ha consolado, cuanto es dable, de la injusticia cometida con la poesía. Es don Manuel Carrasco Albano quien debe ocupar en breve el asiento que dejó vacante Jotabeche. Conocidos i estimados son los trabajos que ha dado a luz este hábil escritor, que comentó en años pasados la Constitucion vijente en una obra notable, bien concebida i bien ejecutada. Pero la ciencia política i la jurisprudencia, que constituye su estudio profesional, no son las únicas esferas en que se mueve i trabaja la intelijencia de Carrasco Albano. Acaso mas que publicista i jurisconsulto, es literato; i literato en el mejor sentido que tiene esta palabra. En una variada i estensa lectura, proseguida con tenacidad por muchos años i fecundada por su talento, ha logrado hacer esa preciosa adquisicion que se llama buen gusto, clave májica e imprescindible para descifrar los misteriosos caracteres del arte i la belleza. Es esta clave la que nos revela sus infinitas maravillas i nos dá ocasion de sorprender el secreto de la creacion artística. Cuántas veces los profanos leerán con indiferencia cien pijinas de un libro, en las que habria hallado un literato mil motivos de grata i elevada satisfaccion. Carrasco Albano pertenece al reducido número de los iniciados i saborea un hexámetro de Virjilio, una estrofa sáfica de Horacio, una estancia de Hugo o una octava de Byron con la misma delicia que un catador de vinos paladéa una copa de topacio líquido, dormido veinte años en la cuba de un hacendado de Jerez.—Mi excelente amigo me permitirá que, despues de haber hablado un poco de las dotes de su persona (de su persona intelectual bien entendido), sea bastante indiscreto para denunciar sus achaques. Carrasco Albano, como muchos de nuestros escritores, está acometido de una enfermedad pérfida como una Circe: la pereza. Ha desterrado las plumas de su biblioteca i solo ha guardado unas pocas para su estudio de abogado. Debe, sinembargo, a la Universidad i a sus apasionados un discurso de introduccion, que ojalá no sirva sino de tal a sus nuevas tareas de escritor i literato. Confío en que el adajio frances no miente: *C'est le premier pas qui coûte.*

El primer dia de esta semena se reunió por segunda vez la nueva junta directiva de la Sociedad de Instruccion Primaria. Uno de sus miembros, el

señor Beza, no pronunció un discurso brillante, no propuso una indicacion de mas o ménos importancia, no leyó un proyecto mas o ménos útil i realizable, no hizo nada de todo esto, i se mostró no obstante elocuente i empeñoso en el cumplimiento de su cargo. Presentó a la Junta una acta suscrita por ciento i mas personas, que significaban otros tantos suscritores a la Sociedad. Habian sido reclutados en el espacio de una semana.

Cuando se hacen tan laudables como provechosos esfuerzos, no hai razon para desesperar de que viva la Sociedad de Instruccion Primaria.

— —

Imajínaos por un momento, benévolos lectores, que aun estais en el dia de ayer, que son las once de la noche i caminais por una de las muchas calles de Santiago. En tal dia, a tal hora i por tal sitio caminaba yo realmente, cuando sentí venir primero i luego llegué a distinguir la marcial figura de un sereno, caballero en un rocin que espoleaba desapiadado, lanzándolo en la carrera mas exajerada que pensó poder dar alguna vez el infortunado animal. Seguíanlos a poca distancia un segundo caballo i un segundo sereno, i por último una tercera concordancia de la misma especie desfiló rápidamente por mi derecha. Donde hai humo hai fuego, donde hai juncos hai agua, me dije i comencé a sospechar que habia novedades en el barrio. Mi sospecha no podia ser mas verosímil; asi es que no tardó en hallarse corroborada. A pocos pasos ví precipitarse por la puerta de una casa un hombre a medio vestir, que ofrecia las señales del pánico mas cerval; una figura blanca, que no era sino una vieja en camisa, perseguia sus pisadas, i sin intermision se desprendieron del mismo punto un tercero, un cuarto, un quinto ser racional. Miéntras en la calle se movia todo esto, podian oirse, o con mas exactitud, no podian dejar de oirse, las repetidas i agudas notas que, en el patio de la casa en cuestion, daba una voz de soprano mui poco ejercitada en la escala. Era esto prueba inequívoca de que la niña de la casa habia quedado desamparada.

Entretanto, cinco o seis corrillos numerosos estacionaban en la calle; i como no me diesen mucha luz en el particular mis ojos ni mis oidos, me acerqué, para tomar lenguas, al que creí mas *leido* juzgándolo por la ropa (que no es siempre la mas segura prenda de erudicion).

—Son ladrones—decia uno.

—Es un asesinato—agregaba otro.

—Nó; si es un incendio—replicaba un tercero.

Comenzaban a salir las conjeturas de este terreno banal, cuando aparecieron de regreso los once personajes de este prólogo dramático, a saber, los tres caballos con sus respectivos serenos, i los cinco habitantes de la casa lugar de la accion.

Pesquizas, preguntas i aclaraciones hechas, resultó que la causa de aquella asonada habia sido un gato de mal humor, que penetrando bruscamente en el dormitorio de la niña de la casa la hizo dar un grito, su madre (la de la niña) que no estaba léjos, despidió tres, i los cuatro hombres que habia en casa, al oir estos cuatro gritos, tuvieron cuatro ideas idénticas i lanzaron tambien cuatro idénticos gritos: Sereno! Los tres que habia en la calle tuvieron a su vez tres pensamientos mui semejantes i tomaron tambien tres resoluciones mui semejantes. Huyeron, como habeis visto, del teatro del combate.

Crei yo anoche i vosotros acaso principiábais a creer ahora en la realidad de una historia interesanto ocurrida esta semana. Mas, para vosotros como para mí, se ha disipado esta esperanza resuelta en el *spleen* de un gato. La enfermedad de moda se ha estendido hasta la raza felina.

Uf! qué fastidio!

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Fé de errata.

En la pájina 70 del núm. 5, de *La Semana*, columna primera, verso 31, dice:—*Yo soi la reina i la señora*: i debe leerse:—*Yo sola soi la reina i la señora:*

I ántes en la misma pájina i columna, verso 10 se lee.—*Que hizo acariciarme*, debiendo leerse: —*Que quiso acariciarme.*

Lecciones de canto.

En el *Ferrocarril* he visto hace poco una invitacion que se me hace para dar lecciones de canto. Profundamente reconocida a la manifestacion de tal deseo, me es demasiado satisfactorio ofrecer mis servicios artísticos a las señoritas de Santiago, que pueden descansar en la confianza de que no omitiré esfuerzo alguno para complacerlas de la mejor manera posible.—*Clorinda C. de Pantanelli.*

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Reunido un número regular de suscriptores empezarémos a formar la BIBLIOTECA DE LA SEMANA, a que se refiere nuestro prospecto, dando lugar en ella a lo mas nuevo e interesante que se escribe sobre novelas, historia, viajes, etc.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones únicamente en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Bulnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Julio 2 de 1859. Núm. 7.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JULIO 2 DE 1859.

Presente i porvenir.

La época que la sociedad hispano-americana alcanza es completamente de transicion. Del desconocimiento de este hecho trae su oríjen buena parte de los males que la aquejan.

Los que trabajan por que se detenga, como los que luchan por que marche masaprisa de lo que puede, van contra sus verdaderos intereses.

Los primeros, traban sus movimientos:

Los segundos, la fatigan sin fruto.

El desenvolvimiento de los pueblos, como el de los individuos, está subordinado a ciertas leyes fatales, que no es posible violar impunemente. Siempre que se quiere pasar por encima de ellas, el dolor, la enfermedad tocan a nuestra puerta.

De todas partes vemos la fé vacilando en los corazones, menguando las esperanzas, ganadas las almas por el desaliento; i esto es mui natural: todos vienen encontrando el desengaño a la vuelta de la esperanza, desde que viven de ilusiones i no de realidades, desde que quieren el fin sin los medios, la consecuencia sin las premisas.

Cuando la sociedad hispano-americana arrojó léjos de sí la mantilla de hierro de la colonia i rompió a marchar i a hablar, encerraba en su seno elementos para todo bien, para toda grandeza, se sentia dominada por poderosas e inmensas aspiraciones; pero su corazon recalentado por el fuego del entusiasmo, hinchado por el orgullo de la victoria, dominaba sobre su cabeza abombada por el estrépito de las armas, ofuscada, perdida por el humo de los combates. Se dejó a un lado el porvenir para gozar solo del presente. Se destruyó a medias i se construyó como de paso. Se demolieron algunos lienzos de muralla de la cima del edificio del pasado, colocando en su lugar bastidores de tela o de carton. En una palabra, el rótulo de república vino a reemplazar al de colonia.

Hasta aquí llegó, ni un punto mas allá, la primera evolucion de la sociedad américo-hispana.

Dióse entónces principio a la obra de afianzamiento, si nos es posible espresarnos así.—Esta es la segunda evolucion: ya bien larga por el lado del tiempo i bien escasa en resultados.

Porque ¿qué es lo que hasta el dia hemos afianzado ni que tampoco lo que podiamos afianzar?

Todo estaba desquiciado, es cierto. Los elementos sociales sin una esfera propia en que moverse se hallaban entregados a la casualidad, a continuos choques. Era necesario volverlo todo a su estado normal. Pero, para conseguirlo, debióse ante todas cosas preparar el terreno, limpiarlo de las ruinas i escombros del pasado; i solo entónces emprender la grande obra de reconstruccion i reorganizacion. No lo hicimos, i sin tomar en cuenta el pasado, ni las necesidades de la nueva forma que ibamos a imprimir a la sociedad, nos echamos a meter órden i armonía donde solo cabia desórden i antagonismo.—Resultó lo que no podia ménos de suceder:

Que tratando de afianzarlo todo nada afianzamos;

Que buscando el órden caimos en la tiranía;

Que buscando la libertad caimos en la anarquía;

Que buscando la república caimos en la dictadura;

¡Sembramos viento, debiamos cosechar tempestades!

He aquí reasumido el presente de nuestras sociedades, presente lójico si los hai.

¿Cómo hacer libres por solo la obra de unas cuantas batallas a pueblos amamentados por trescientos años con la enervadora leche de la esclavitud?

¿En dónde podian echarse los cimientos de la república en sociedades sin vida propia, sin vigor, sin espontaneidad, envueltas en la ignorancia i forradas en la preocupacion?

No pudiendo crear nada estable, dar vida sino a concepciones raquíticas con signos infalibles de descomposicion i muerte, los cobardes han dudado del presente, temblado por el porvenir i tratado, en su pánico, de volver atras, de echarse en pleno pasado.—La exajeracion llama a la exajeracion: al lado de los cobardes han aparecido los temerarios.

La sociedad, sin una luz que la encamine, ha caido en la fluctuacion, i de la fluctuacion al desquiciamiento no hai mas que un paso.—Sin personalidad, sin fé, sin creencias, sin ideas, sin un fin cierto hácia que tender se ha aliado con todos i con nadie, ha dado oidos a todos los partidos, a todas las ambiciones, los ha protejido i abandonado, les ha cedido el puesto de soberana i señora de sus destinos i cuando ha visto o presentido el precipicio ha cerrado los ojos, se ha lamentado; pero jamas ha encontrado la voluntad de separarse de él por su propio esfuerzo:—ha sido indiferente i cobarde.

I de no ¿qué es lo que en casi toda la América española estamos presenciando? Los partidos, las banderías, los hombres, los de espada sobre todo, poniendo el pié en el cuello de la sociedad, esclavizándola, despreciándola, burlando su buena fé, especulando con su ignorancia, sin que ella diga palabra, sin que una protesta varonil venga a poner a raya a tanto farsante, a tanto saltimbanque, a tanto cubiletero político como andan a las vueltas del poder invocando su salud; pero tramando en la realidad su pérdida.

¿A dónde vamos? se preguntan todos pálidos el rostro, medroso el corazon.

¡A la ruina! responden no pocos.

¡A la libertad! decimos nosotros.

Pero a la libertad buscada por su verdadero camino, a la libertad adquirida pero no conquistada, a la libertad obra de la sociedad i no de decretos, de leyes i mucho ménos de batallas.

«Creer que la libertad puede triunfar »por la fuerza, dice Girardin, es una »ilusion que nunca ha tenido dia siguien»te. La fuerza ántes de vencer, se ha »disfrazado mas una de vez: pero victo»riosa, jamas se ha desmentido. Nunca »ha venido a ser libertad: siempre ha »quedado siendo la fuerza.»

A pesar de todas sus caidas, de sus retrocesos, de su desconcierto, de sus veleidades, lo que la sociedad hispano-americana quiere, desea i espera es libertad. Fáltanos, sí, hacer de ese deseo, de esa esperanza una costumbre.

La obra es larga; los jérmenes del mal presente i de la esclavitud pasada fuertemente asidos al corazon de nuestra sociedad la han procurado una enfermedad ya casi crónica cuyos principales ajentes son:

La indiferencia i el desaliento por una parte:

La ignorancia i la preocupacion por otra.

Es necesario combatir, estirpar esa funesta dolencia; pero no con remedios violentos, que solo surten efectos en los males súbitos, sino con remedios, si lentos, eficaces, que han menester de tiempo, paciencia, calma i fé.

Opongamos, pues, a la indiferencia i el desaliento, la creencia i la constancia:

A la ignorancia la educacion:

A la preocupacion, la verdad.

De esta suerte el presente dejará de ser un desengaño, será una esperanza i el porvenir una hermosa realidad.

Entónces veremos a la libertad asegurando el órden, ultimando la anarquía i cimentando la república.

Entónces veremos alzarse nuestro crédito de su postracion, de su nulidad presentes.

Entónces vendrán en nuestra busca los capitales.

Entónces el comercio tomará un empuje que nos es desconocido.

Entónces las grandes empresas acometiendo la esplotacion de nuestros inmensos veneros de riqueza, harán a la sociedad floreciente, a las masas morales i felices por el trabajo, a la asociacion un poder, la verdadera fuerza de impulsion i progreso de estas sociedades.

Entónces inmensas redes de caminos de hierro, cortando en todas direcciones el suelo americano, irán a espantar con el bramido de sus máquinas las fieras de los bosques, a despertar de su adormecimiento a los pueblos mediteráneos, a llamarlos a la vida de la intelijencia i de la civilizacion de que hoi se encuentran proscritos.

Entónces veremos la inmigracion espontánea llover en deshecho aguacero sobre nuestras costas.

Entónces tendremos lo que nos falta:
Libertad política;
Moralidad social;
En el órden material,-riqueza:
En el órden intelectual,-ilustracion.

Entónces todos los grandes pensamientos, todas las nobles ideas, todos los elevados sentimientos no nacerán solo para morir, o para permanecer en la oscuridad, la indiferencia, el desprecio o la burla.

Entónces, quizá, los pueblos americanos todos no harán mas que un solo pueblo, una sola república, libre en el interior, respetada en el esterior, i nos echaremos al mar, no en carabelas como Colon, sino en vapores como el Leviatan a pagar nuestra deuda al viejo mundo llevándole:—*La libertad!*

Que esto lo hemos de conseguir es indudable! fé! constancia! i esperanza!

La sociedad américo-hispana ha de atravesar el océano de sangre que en este momento la separa de su porvenir, mal que pese a sus pilotos traidores i cobardes.

¡Dios i la fortuna van con ella!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Un homicida (1).

Acababa de espirar el año de 840. Pasada la media noche i marcando el reloj la hora primera del año nuevo, un hombre, montado en un brioso caballo i cubierto hasta los piés por un largo *calamaco*, marchaba silenciosamente i paso a paso por el callejon de las Lajuelas hácia el norte de Chillan. Sujeta la rienda del animal con poderosa mano, el impaciente bruto a pesar suyo modera su brio; pero eso no le impide de trecho en trecho asustarse al sentir el movimiento de un largo bulto atravesado por delante del jinete i sobre el arzon de la silla.

Llegado a la márjen del rio que lleva el nombre de aquella ciudad el hombre se desmontó i bajó su carga al suelo, tomó una robusta piedra, atóla con su lazo i la estrechó fuertemente a uno de los estremos del bulto que llevaba, i así que hubo terminado esta operacion, desde lo mas alto del barranco arrojó el bulto con todas sus fuerzas en medio del agua. Este bulto era el cadáver de José Manuel Barraza, sujeto a quien su íntimo amigo Santiago Palacios acababa de asesinar.

El cielo poco ántes plácido i sereno cubrióse repentinamente de negros nubarrones. El *puelche* comenzó a soplar con fuerza i en breve ya no pudo descubrirse ni una estrella, ni un corto espacio de la transparente i azulada esfera. Las nubes cubrieron la atmósfera en cortos instantes i nuestro hombre, como el que escapa de un gravísimo peligro merced a la oscuridad, presuroso trepó su caballo i tornó a recorrer con paso algo mas rápido el corto camino que acababa de andar. Llegado a la casa de donde habia salido penetró sin que nadie lo sintiese hasta uno de los cuartos interiores. Una mujer yacia alli media exánime sobre su lecho, desgreñada i anegada en llanto. El recien venido se acercó a ella, contemplóla en silencio por algunos instantes, exhaló un suspiro, imprimió un beso sobre sus lábios llenos de lágrimas, i sin proferir una sola palabra salió precipitadamente para volver a tomar su caballo i caminar sin destino.

II.

Eran las siete de la tarde del 18 de enero de 1841. El sol que en los climas templados se precipita al occidente dejando apénas tras de sí un fugaz crepúsculo, prolongaba amoroso sus últimos i vacilantes rayos sobre la romanezca Concepcion. Su disco, rodeado de vapores encendidos, parecia jirar como un carro de llamas sobre los sombrios bosques de San Pedro i de Lirquen, i sus rayos reflejados por las aguas cristalinas que circundan la ciudad presentaban a primera vista el espectáculo de un magnífico incendio.

Poco a poco la bella claridad del crepúsculo solar fué perdiéndose, i cuando los arreboles del cielo color púrpura hubieron completamente desaparecido, el astro de la noche en toda su plenitud

(1) El asunto de este artículo es histórico: el autor no ha hecho mas que variar el apellido de los personajes que describe porque así lo exijia el respeto debido a la desgracia de uno de ellos, que aun existe. En cuanto a la forma, ha preferido a las interesantes i animadas creaciones del romance fantástico, la narracion sencilla i fiel de un diálogo verídico, i no lo siente: lo que siente es que su memoria haya retenido tan pocos fragmentos del diálogo orijinal i que su pluma no sea capaz de reproducir con todo su brillante colorido el estilo de su héroe.

se vió alzarse, cual un mundo de fuego, de entre las montañas oscuras del oriente. Su luz diáfana i suave, traspasando una atmósfera pura como el cristal i derramándose súbita por la llanura que ocupa la poblacion, semejaba la superficie de la tierra sembrada de perlas, mientras que sobre las azules i remansas ondas del Biobio rielaba cual sobre una ancha franja de plata que en curso tortuoso i desigual se prolonga desde los Andes al Océano.

El silencio natural de esta hora en que empieza el descanso de los trabajos del dia, el aire sur que traia a la ciudad el fresco ambiente del agua con el olor embalsamado de los árboles i las flores silvestres, el transparente azul del cielo mas hermoso i mas puro del mundo i las mil bellezas que engalanan a Concepcion en el estío: cada una de estas cosas i todas ellas juntas ensanchaban el alma, arrastraban los ojos i el pensamiento a contemplar las preciosidades de una naturaleza tan favorecida del cielo, i traian sin quererlo a la memoria los heróicos recuerdos que con su primitiva belleza i poesía conserva intactos hasta ahora aquel pueblo encantador.

Extasiados estábamos dos amigos en la contemplacion de tan brillante espectáculo, cuando un hombre llegó a preguntar por el que escribe estas líneas i puso en sus manos una carta cuyo rótulo decia: «Al señor M. G. con toda prisa.» Para mí era; abrila al instante i al claro de la luna lei lo que sigue:

«Señor: No conozco a V., pero sé que su alma es honrada i que su corazon es compasivo i humano.

«Residiendo V. desde algunos dias en esta ciudad, supongo que no deben serle estraños mi nombre i mis desgracias.

«Creo que no estará en manos de V. el remediar estas últimas, pero creo que sabrá siquiera enseñarme a soportarlas o que podrá por lo ménos ponerme a cubierto del baldon i la infamia que me amenazan.

«Con este fin, i sin otro título para implorar la compasion de V. que la ventajosa idea que tengo de su carácter i de sus bondades, me atrevo a pedirle que venga a verme un instante i le ruego que cuente por tamaño favor con mi eterna gratitud.»

«*Santiago Palacios.*»

El recibo de esta carta i su lectura no pudieron ménos que sorprenderme por el momento. El nombre de quien la escribia i su crímen (que él llamaba con estudio su desgracia) acababan por la primera vez de llegar a mis oidos. El nombre de Santiago Palacios era en aquellos dias el nombre de un asesino, pero de un asesino famoso, célebre, extraordinario. Su crímen, envuelto todavia en el misterio i la oscuridad, pero adornado por el vulgo con porcion de accidentes fabulosos i raros, ante los ojos del pueblo fascinado i crédulo aparecia como un hecho atroz i rodeado de mil circunstancias agravantes i sobrenaturales.

Tres dias hacian que Palacios se hallaba en la cárcel i otros tantos que la curiosa muchedumbre obstruia a todas horas la entrada de ese lugar de miseria. Como buitres sobre un cadáver se apiñaban allí niños i ancianos, hombres i mujeres, unos para examinar al reo cual a bestia feroz, otros acaso con la esperanza de leer en su fisonomía la verdad de las voces que a su respecto circulaban. Pronto veremos el hecho de que se acusaba al preso tal cual acaeció: por ahora baste saber que *Santiago Palacios* eran dos palabras que, en aquellos dias, todos los lábios de Concepcion pronunciaban con una especie de terror pánico.

Desde luego creí conocer el objeto con que el encarcelado me llamaba: sin duda queria encomendarme su defensa. Pero ni yo tenia confianza en mis conocimientos jurídicos, ni queria tampoco echar sobre mí inexperiencia de abogado un cargo de tamaña responsabilidad.

Cualquiera que fuese el crímen cometido por Palacios i ya fuesen falsos o ciertos los accidentes que se le atribuian, la causa que debia seguirse para su averiguacion era sin duda una causa difícil; era la resolucion de una cuestion ardua, delicada i cuya importancia solo es dado calcular al que, en medio de la vida, se siente arrastrar a la muerte por una fuerza superior e irresistible. En el éxito de esta cuestion nada ménos se jugaba que la existencia de un hombre, la vida terrenal i quizá la salvacion eterna de un ser que siente i que ama, de un ser que con su muerte presentada al pueblo en espectáculo realizará talvez el estravagante dogma de la *venganza social* o dará un desmentido, despues de tantos otros, a la ineficaz i ridícula teoría de *el ejemplo*, pero que viviendo podria purgar su delito, mejorar su condicion i pagar con usura a la sociedad el daño que le causara en un rapto fatal de enajenacion o de estravio.

¿Qué hacer en tal caso?—Un instante de meditacion bastó a resolverme... . el deber i la compasion me llamaban! Guardé, pues, la carta, hice seña al portador i salimos.

III.

Cuando ocurrió el hecho que queremos referir, la cárcel de Concepcion estaba situada en un costado del convento de San Juan de Dios. Despues de cuatro minutos de camino llegamos a ella i al entrar al patio tocaban las ocho las campanas del contiguo i arruinado templo: su lúgubre tañido pareció embotarse en las murallas desplomadas del claustro i quedar allí vibrando por largo tiempo. Esta sensacion, unida a la que producia el aspecto de aquellos mustios i solitarios corredores, infundieron en mi alma uno de esos sentimientos tristes i melancólicos, que al pincel mas que a la pluma es dado pintar con sus verdaderos colores.

Detuvímonos en la puerta del cuerpo de guardia i anunciónme el conductor al Alcaide, un ser de alta estatura i cuyo aspecto semejaba la cárcel encarnada, la prision hecha hombre.—«Puede V. ver al reo,» me dijo.—I tomando un manojo de llaves, caminó con lento paso hasta la puerta de un calabozo, vijilado por dos centinelas. Abrió, entré i se retiró, dejándome solo con el preso, despues de hablar en secreto dos palabras con uno de los soldados.

Hallábase Santiago Palacios recostado sobre su cama i mirando torvamente hacia la puerta. Al abrirse ésta se incorporó i luego que me vió quiso ponerse en pié, mas no le dejó hacerlo el peso i la incomodidad embarazosa de sus grillos: quedóse sentado, acerquémele yo i sin decirme palabra estiró su nerviosa mano i la estrechó fuertemente con la mia.

El cuarto en que nos hallábamos estaba alumbrado por una negra vela de sebo, i tendria hasta seis varas de largo sobre cinco de ancho, una maciza puerta que daba al corredor i en el centro de esta una ventanilla con dos fierros atravesados en forma de X. En uno de los rincones fronterizos a

la puerta estaba, por todo menaje, la cama de Palacios compuesta de un colchon, una cobija i una almohada.

El preso permanecia sentado. Su talla, mas que alta, parecia proporcionada a sus robustos miembros. Sus ojos de fuego i su poblada i negra barba daban a su fisonomía un aspecto imponente. Conocíase que el sol i la intempérie habian quemado su rostro, pero su frente espaciosa conservaba su blancura, que era mas resaltante al ver sobre ella unos cuantos cadejos de pelo caidos en desórden.

Individualmente consideradas las facciones de Palacios nada tenian de notable, pero en su conjunto se advertia a primera vista cierta cosa que escapa a la penetracion de la multitud, algo que exita la sorpresa i la admiracion, porque revela un corazon vehementísimo, una voluntad incontrastable i decidida. Estamos ciertos que en la cabeza de este hombre un discípulo de Gall habria descubierto, a la primera mirada, el órgano de la magnanidad desarrollado en todos sus sentimientos, en todas sus afecciones, en todas las situaciones de su vida moral e intelectual; porque llevaba en su frente i en sus cejas, en sus arqueados lábios i en sus ojos de fuego, ese sello que marca del modo mas pronunciado la capacidad para todo lo grande, para los grandes sacrificios i las grandes pasiones, para las grandes virtudes i los grandes crímenes.

Tal era Palacios.—Desde mi llegada habia permanecido meditabundo i en silencio; pero repentinamente alzó la cabeza i con voz entrecortada i débil prorrumpió:

—¡Ah señor G!.... Yo he importunado a Vd., le he hecho talvez abandonar sus ocupaciones i le llamo para pedirle un nuevo favor, para exijirle un nuevo sacrificio! Pero Vd. me escusará; el desgraciado tiene en sus infortunios un título para implorar la compasion ajena, ¿no es verdad?

Sí, amigo mio, le respondí, así lo han creido siempre los hombres sensibles a cuyo número me honro de pertenecer. Pero veamos, ¿qué me quiere Vd? ¿qué desea que yo haga para mejorar su situacion? Si he acudido a su llamado inmediatamente, ha sido resuelto a hacer en favor de Vd. todo cuanto me sea posible.

Gracias, señor, replicó, gracias! Ningun mérito hai perdido para el cielo..... allí se premiarán las bondades de Vd., ya que aquí en la tierra yo no puedo remunerarlas sino con un pobre i estéril reconocimiento.....Ya que Vd. se digna ofrecerme sus jenerosos servicios, continuó, espero i solicito, señor, que Vd. se encargue de mi defensa. Sabrá Vd. que me están procesando por la muerte de Barraza. Acabo de prestar mi confesion, el sumario está terminado, ha pasado en vista al Fiscal, i el juez de letras quiere que en 24 horas haga mi defensa para concluir con el proceso en ocho dias. El término no puede ser mas angustiado, pero se me dice que así lo exije la naturaleza de la causa. Siendo así, ya ve Vd. que sin relaciones, sin recursos i cargado por el crímen de que me culpan con toda pública odiosidad, yo voi a ser precisamente condenado a muerte; sí, a muerte! ¡I es tan triste morir, señor, cuando uno es jóven, cuando en el alma rebosa la vida, cuando a cada instante una idea nueva alegra la imajinacion i despierta en nuestra fantasía alhagüeñas i dulces esperanzas!!

—Amigo mio, le interrumpí, no se aflija V. ántes de tiempo: todavia no puede saberse cuál será el resultado del proceso de V. Pero, dígame V., ¿es cierto el hecho que se le imputa? son efectivos los rumores que sobre la naturaleza i circunstancias de este hecho circulan en el pueblo?

—Incomunicado como estoi, ignoro, señor, qué rumores sean esos, contestó; pero el hecho que los produce es cierto i yo jamas he pensado negarlo. ¿Me acusan de asesino? Es verdad, soi asesino.... sí, maté a un hombre poseido por todas las furias del infierno; a un frenético que aparecia ante mis ojos, armado de una daga, con las fuerzas de un leon i la cólera de un canibal; a un hombre medio loco i medio ébrio, que no habiendo podido apagar su sed con el vino, queria saciarla con sangre; a un hombre, señor, que no admitia por su estado convencimientos ni reflexiones i cuyo furor era imposible que se calmase sin una víctima.

En tales circunstancias i durante el primer momento, créamelo V., una especie de vértigo se apoderó de mi cuerpo i de mi espíritu: me acometió ese tumulto de sensaciones, esa confusion de ideas en que se agota la fuerza, en que se pierde la voluntad i en que parece que el hombre está ligado a la vida por un solo punto. Pero haciéndome superior a mí mismo i sacando fuerzas de mi accidental debilidad, tuve valor bastante para formar una séria resolucion i para cumplir un deber que me parecia impuesto por Dios. La casualidad me presentaba tambien una justa venganza i la acepté. Aceptándola, creí cumplir con una obligacion sagrada i perfecta; creí satisfacer una accion noble por el sentimiento que me la inspiraba; creí que arriesgando mi vida salvaba la vida de una criatura inocente i ponia un término a su desgracia i sus pesares.....

—Pero aun cuando esa venganza fuese justa a sus ojos, repuse yo, debia V. saber que no podia serlo a los ojos de la lei. ¿No comprende V. todos los males que pesarian diariamente sobre la sociedad si el hombre estuviese facultado para administrarse la justicia por sí mismo? Antes pues, que hacerse V. responsable de un asesinato, i de un asesinato perpetrado a media noche, sin testigos, i al parecer traidoramente, debió V. desarmar a Barraza, debió V. colocarle en la imposibilidad de dañar i de ofender, pero no matarle, porque basta que estuviese ébrio i a solas con V. para que las leyes no le den a V. crédito i para que la justicia califique la muerte de Barraza como un homicidio inexcusable, como un asesinato traidor i alevoso.

—Traidor! alevoso! ¿porqué? Acaso se ha podido negar nunca a un hombre el derecho de su propia defensa? Traicion! alevosía! hé aquí las palabras obligadas del juez de mi causa! Desde mi primera declaracion hasta la última que he dado esta tarde, en todos los cargos que me hace, me culpa de asesino traidor i alevoso. Pero si el hombre vé en todo homicidio un crímen, la lei, que simboliza en la tierra la justicia del cielo, ha sabido, me parece, distinguir entre el homicidio criminal i el homicidio necesario. ¿No seria culpable el que, pudiendo matarlo, dejase con vida i en aptitud de ofender a un can rabioso? ¿I porqué hacer diferencia entre un perro atacado del mal de rabia i un hombre poseido, un furioso atacado por la mas horrible de las enfermedades, la hidrofovia?

No crea V. que falto a la verdad porque tenga interés en aparecer inculpable a los ojos de V.: no señor, le hablo a V. con toda la sinceridad de mi alma..... Eran las doce de la noche cuando llegamos juntos yo i Barraza a la casa que este ocupaba con su mujer. En su estado ordinario

Barraza era un hombre provocador i pendenciero: la riña era su elemento natural asi como la crápula i la disipacion eran su vida. Por una inconsecuencia inexplicable para todo el que conociese su carácter i sus inclinaciones, siempre exajeradas, siempre viciosas, este hombre no acostumbraba beber licor; pero en dos ocasiones que lo hizo a mi presencia sus propensiones camorristas i sus feroces instintos se desarrollaron en una progresion verdaderamente espantosa. Esa noche habia jugado i perdido, habia pasado toda la tarde en casa de N., donde mantenia, a pesar de todas las súplicas de su adorable mujer, una relacion escandalosa i adúltera. Allí bebió contra su costumbre, i recojíase a su casa beodo cuando yo, que tambien me recojia a la mia, le encontré. Toméle del brazo i marchamos. En medio del cariño que siempre me manifestaba, nunca dejaba de celar a su mujer conmigo. Ella me lo dijo muchas veces, i para evitarla disgustos yo escusaba cuanto me era posible mis visitas.

Exaltado esa noche por los vapores del vino, aburrido de su constante mala suerte, i exasperado por los zelos i el desenfreno de sus pasiones, Barraza quiso creer que yo salia en aquel momento de su casa i que venia de verme con su mujer miéntras él estaba ausente. Tratè de desengañarlo, pero en vano, porque los celos embargaban su razon i cerraban sus ojos. Llegamos, pregunta por Rosario i sabe que está en cama, no obstante haberle ordenado que le aguardase siempre en pié. Entónces se desespera i furioso se lanza al dormitorio de su mujer. Llega, la toma por los cabellos, la tira fuera de su lecho, la amenaza, la insulta, i, como indignado de su debilidad, trata de arrastrarla por el suelo i pisotearla en castigo de su resignacion. Entónces me abalanzo sobre él, le arrebato su presa i le saco a empellones para fuera del dormitorio, cerrando la puerta tras de sus pasos.

Largo rato lucha conmigo i no pudiendo vencerme, se desespera i prorrumpe en improperios i blasfemias. Su cabellera estaba tiesa sobre su frente, no podré olvidarlo; su barba parecia herizarse por la misma horripilacion; sus ojos, rodando en sus órbitas, brillaban con un resplandor vidrioso; la espuma de la ebriedad i de la cólera inundaba sus lábios; el sonido producido por su gruesa respiracion semejaba una especie de grito sordo i gutural; al mismo tiempo blasfemaba, gruñia, pateaba i queria saltar sobre mí para llegar hasta su víctima.

G.

(*Continuará*).

Algunos matrimonios.

ESTUDIO DE COSTUMBRES.

Se nos figura que la mujer que está a punto de pasar el Rubicon de la soltería, debe hallarse en un estado moral mui semejante al de los niños en la víspera del dia domingo; es decir: presintiendo los goces inefables de una completa felicidad i olvidadas enteramente del pasado, lo que no es, por cierto, la mas despreciable de las humanas satisfacciones.—El matrimonio es entónces para ellas una especie de Letéo, en cuyas aguas se baña el corazon, dejando llevarse a la corriente su siempre pesado fardo de enojosos recuerdos.

—¡Quién no lleva escondido
—Un rayo de dolor dentro del pecho!

dijo un malogrado poeta español; i si bien dejamos aparte los recuerdos tristes que pueden aquejar a los hijos varones de Adan para ocuparnos de los que una jóven hija de Eva puede haber cosechado en su breve carrera, no dejaremos de conocer que alguna recuerda siempre con pena un vestido que nunca pudo procurarse, otra las veces que la enviaron a dormir habiendo mozos en el salon, ésta de un pérfido que la engañó regalando a otra el tierno cadejo que ella le obsequiara en un fatal momento de abnegada pasion, i aquella en fin, de alguna infausta noche de baile en que tuvo que resignarse al rol pasivo de espectadora.—Todos llevamos, pues, escondidos un rayo de dolor dentro del pecho, i así no es pobre dicha la de lograr algun dia olvidarlo i entregarnos a aspirar el perfume enervador de ese encantado jardin que llamamos el porvenir. De aquí nuestra creencia, por consiguiente, de que para una niña, que se casa por su voluntad, bien entendido, el estado de novia debe ser una fuente de gratas esperanzas i deliciosos presentimientos.

Divisar entre las brumas rosadas del porvenir la colosal i fantástica figura de ese ser redentor que se llama marido; contemplar en la nube que le sirve de auréola las encantadoras promesas del matrimonio: los lujosos vestidos, los encajes fascinadores, las deliciosas alhajas, i acaso tambien coqueton i elegante, deslumbrador i magnífico, un lindo coche con sus briosos caballos; porque en nuestros dias de lujo i materialismo, de ostentacion i de orgullo, ese vehículo i esos animales son famosa palanca en materia de amorosas conquistas, segun aseveran esperimentados i prácticos observadores, ¿no será todo esto, preguntamos, una ventura incomparable?

Ademos el marido representa la libertad, la iniciacion en una nueva vida de ese ser delicado i fuerte, debil i poderoso, siempre sujeto a superior jurisdiccion que llamamos niña soltera.

Casi inútil parece advertir aquí que hablamos de las tres cuartas partes de los matrimonios que se efectuan en nuestras sociedades i que escluimos la cuarta parte restante para los matrimonios de amor. ¡No faltará escéptico que nos califique de pródigos al hacer tal escepcion!

Esos dias de bienandanza para una jóven que va a casarse i que nosotros llamaríamos gustosos *«el veranito de san Juan de las mujeres»* empiezan a revestirse de su verdadero prestijio a medida que van llegando los regalos de boda con que la liberalidad de los parientes i amigos manifiestan su cariño a la que va a salir del gremio de las devotas de San Antonio. El brillo de los presentes aleja, por

supuesto, la imájen del futuro marido, así como despues de una victoria todos se olvidan de las víctimas para gozar de las riquezas del botin i de los placeres del triunfo.—I en verdad que el matrimonio es una notable victoria alcanzada por la mujer en la guerra de la vida. Rendir a discrecion a un ricacho con el fuego de unas cuantas ojeadas i conquistadoras sonrisas; hacerlo despreciar su libertad, el mas precioso de los bienes que de tejas abajo le es dado disfrutar a un viviente; obligarlo a desatar los cordones del bolsillo, infundiéndole un desprecio arrogante por el vil metal tan desdeñado en las teorías de los filósofos i tan acatado en la práctica de todos; darle bastante arrojo, en fin, para abandonar la plácida ribera del celibato i arrojarse intrépido en el mar proceloso de himenéo, ¿no es alcanzar una gloriosa victoria?—Cesar debió tanto talvez a su esperiencia guerrera el acierto de los principios que estampó en sus Comentarios, como a su constante práctica en la lid amorosa, i acaso Cleopatra le dió con su amor sus mas acertadas máximas.

Los regalos de boda, como deciamos, son el sueño realizado de mas de una niña, el primer paso en la carrera de la satisfaccion i del contento mundanos. Una novia sin regalos es algo de mui incompleto como un amor sin juramentos i como un baile sin música. Ellos dan pábulo a las sabrosas pláticas de las visitas de confianza que vienen a ver a la novia, la que los muestra con todo el pudor que tales casos requieren, i haciéndose siempre rogar para exhibirlos a la curiosa observacion de las visitas. Estas llegan atraidas por la natural curiosidad de ver los regalos i la conversacion es traida a este terreno tanto por ellas cuanto por la dueña de casa.

—Mira hija, dice la madre, muéstrale a la Ciprianita ese cuello con Valenciennes que te mandó tu tia Críspula.

—¿Cuál, pues, mamá? contesta la niña haciéndose la ignorante.

—Ese de medallones, niña, replica la señora. Mira, trae tambien el de encaje de Inglaterra.

Un instante despues la novia aparece cargada no solo con los dos cuellos pedidos, sino que con un alto de cajas de formas variadas i dimensiones diversas.

Los cuellos son examinados con prolijidad i alabados con amable complacencia.

—¿I esto qué es? pregunta una de las visitas mostrando alguna de las cajas que la niña acaba de traer.

—No, si es un vestido, dice está, abriendo distraidamente la caja.

I se examina aquel vestido i luego otro i luego una manteleta i despues se hacen nuevos viajes adentro en busca de las alhajas, que con igual escrupulosidad por todas i cada una de las visitas son observadas, orijinándose de ello prolijas disertaciones sobre lo que en tal o cual tienda se ha visto. Al fin las visitas se despiden cuando ya creen haberlo visto todo, dejando a las de la casa en la tarea de guardar i doblar cuanto han mostrado.

Al salir, doña Ciprianita dice a su hija o a la persona con quien ha venido:

—Tanta bulla que hacen con los regalos i no sirven para nada.

—La manteleta negra no me ha gustado nadita, dice la otra, debajo del portal hai mucho mejores que esa por tres onzas.

—I ellas quieren hacer creer que ha importado cinco, replica la caritativa doña Ciprianita.

—¿Qué te pareció el terno? es mui sin gusto, nó?

—I los brillantitos tan amarillos.

I la conversacion continua animándose por grados hasta que se ocurre otra mejor.

Entre tanto el novio ha llegado a la casa de su futura i tras él preséntanse nuevas visitas atraidas, como las primeras, por la curiosidad de los regalos. No pudiendo mostrarlos en presencia del novio, la niña i las visitas suelen escurrirse a las piezas del interior, donde se repite igual o parecida escena a la que dejamos descrita, miéntras la mamá bosteza al futuro yerno, el que cansado de esperar se contajia con los bostezos de la suegra.

Las que habian entrado vuelven al cabo de una hora o mas tiempo i se despiden de la casa con gran aplauso del novio, que a cada cinco minutos de vana espectativa, las ha estado enviando a los mas remotos lugares que se le han ocurrido incluso el infierno.

—Mira, dice apenas han pasado la puerta de calle una de las visitas a la otra ¿es ese el novío?

—Sí, pues, ¿que no lo conocias? responde la otra.

—Pero ahora que lo conozco no le alabo el gusto a la Panchita, ese hombre debe ser bebedor.

—Con ese color tan zollamado que tiene; no sé como pueden gustarles los hombres colorados.

—Este parece que está siempre con vergüenza.

—Pero ya sabes que tiene cien mil pesos.

—Ay hijita, bien lo decia yo, si las mujeres por casarse son capaces de.....

I esta conversacion continua animándose tambien como la primera, miéntras que el infeliz novio siente que es el mas dichoso de los mortales.

Pasa por fin el veranito de San Juan i llega tras largas horas, la noche designada para las nupciales bendiciones. En la casa todo es movimiento i aprestos, todo ajitaciones i estrépito. Los criados están en ese dia de una torpeza desesperante, los niños, porque ¿en qué casa no hai niños? introducen por todas partes la confusion i el desórden, las lámparas se taiman i no quieren prenderse, la caja de fósforos se pierde a cada momento: todos los contratiempos parecen haberse acumulado so-

bre la afanosa familia i, para colmo de incomodidades, la modista no ha llegado aun con el vestido de la novia.

—Mamá, i la modista que no llega, dice la niña con lastimero acento.

—A qué te metiste a mandar componer el vestido cuando estaba tan bien! ¡Niño, deja ese florero, esclama interrumpiéndose la mamá para contener los desmanes de uno de sus vástagos, que todo quiere tocarlo.

En ese instante llega el papá que se ha puesto ya su frac, una verdadera curiosidad, que manifiesta lo caprichoso de la moda.

—No hai porque apurarse, dice impuesto de las ansiedades de la familia; todavía es temprano.

En fin, la modista llega, las lámparas se encienden, los niños son enviados al interior, entre gritos descomunales, i el órden se restablece calmando los cuidados de la señora. Esta con una hermana i sus hijas, ayudadas por alguna amiga antigua, que ya se considera como pariente, pasan a la árdua tarea de vestir a la novia, a la que de antemano el peluquero ha prodigado los primores de su arte.

—El vestido te sienta perfectamente, dice la tia acomodando los pliegues de la falda.

—Está lindísimo, dice la amiga casi pariente ¿dónde está el velo?

A estas palabras la mamá siente un hielo mortal discurrirle por todas las venas: no se ha acordado del velo!

—El velo poco importa, dice la tia; solo se necesita para casarse en la iglesia.

—No hijita, replica con porfia la antigua amiga; el velo es indispensable, cuando yo me casé me acuerdo que.....

—Pues yo me casé sin velo, replica la tia.

—I yo tambien, añade la mamá.

Esta discusion es interrumpida por el dueño de casa que, asomando discretamente la cabeza: ¿No les parece mejor, dice, que les pongan de una vez las bendiciones, ántes que llegue mas jente?

A estas palabras la novia se pone a temblar como una gelatina i los parientes a tranquilizarla con numerosos ejemplos tomados de la crónica social, que en esto de aconsejar sucede lo mismo que cuando a un infeliz le ataca un dolor de muelas: a todos los que lo rodean les han dolido tambien, pero se la han sacado sin sentir.

—No te se dé nada Panchita, la dicen: no creas que es una cosa tan terrible: todas hemos pasado por eso.

—Cuando yo me casé me dió un desmayo, dice otra, que me caí sentada i arrugué todo el vestido; pero despues se me pasó el susto.

El novio, por supuesto, es en aquellos momentos una especie de vampiro, objeto de horror de las que rodean a la temblorosa Panchita.

Otras citan nuevos ejemplos, todos alentadores como los primeros, porque al fin i al cabo todas concluyen por asegurar que les ha pasado el susto; pero sin acordarse que tambien se les han pasado las ilusiones i que una jóven, por enérjica que sea su voluntad, no abandona sin temblar las risueñas creencias de su estado, para entrar en otro velado de misterios e incertidumbres.

Abrese entretanto la puerta i la cara del padre asoma con ceño inquieto i resuelto a la vez.

—Acabarán esta noche, dice, el padre está aquí cuanto há i quiere irse luego. Vamos Panchita, déjate de sonseras.

El cortejo se pone al cabo en marcha i la novia, conducida por la mamá, aparece con el rostro bajo i el clásico pudor en la frente, pasando por entre los grupos de convidados que se agolpan con curiosidad a verla.

—Vamos, vamos, acabemos de una vez, dice el dueño de casa, con la misma prisa con que trataria un comerciante de deshacerse de un artículo calificado de *hueso*.

Colócanse los novios, luego los padrinos, i el sacerdote con mui breves palabras consagra una union que ha de durar todo la vida, al paso que los espectadores ponen atento el oido para escuchar el *sí* de la novia.

Este es el instante solemnísimo de la familia. La novia dice sí i suelta el llanto, la mamá lo suelta tambien sin decir nada, arrójanse los unos en brazos de los otros, agolpándose todos sobre este grupo, i comienzan los comentarios, las bromas, las felicitaciones i las risas.

La orquesta preludia entonces unas cuadrillas i el novio se adelanta hácia su mujer, las parejas se ponen en movimiento i los mozos batallan por hacerse oir por sus compañeras, las que tienen sus ojos fijos en la recien casada.

—Vaya que V. dijo *sí* despacio, dice el nuevo marido a su esposa, tratando de entrar en conversacion para desentenderse de tantas miradas.

—Ai! si estaba tan asustada, responde la niña.

—¿I como yo no tuve susto?

—¡Qué gracia, los hombres son tan distintos.

En los corrillos que pueblan el salon, las conversaciones se han animado tambien a favor del ruido de la música.

—¡Jesus! dice una señora a la que tiene al lado, la novia parece que está enfundada con ese vestido tan mal hecho.

—I el descote, hijita, yo no sé como hai madres que se permitan vestir así a una niña.

—Parece que la hubiera peinado su mayor enemigo, dicen en otra estremidad del salon.

—I lo pronta que estuvo para llorar. ¡Quién le irá a creer esos llantos!

Las personas que rodean a la mamá apuran por el contrario, todos los elojios imajinables, hablándola de la hija.

—Está en su noche la Panchita, la dicen unas.

—I divinamente vestida, añaden otras. ¿Por qué no le pusiste velo, hijita?

Las cuadrillas entretanto se han terminado con jeneral animacion i los amigos del novio lo rodean presurosos, dirijiéndole cada cual sus cumplimientos o sus bromas en las que de ordinario no reina el gusto mas esquisito.

---Vaya amigo, le dicen, ya está pasado el mal trago.

---Pero hombre, ya te estoi encontrando cara de marido. No hai que ponerse a bostezar ahora.

Uno que se precia de hombre de mundo lo saca por fin del corrillo i comienza a darle sus consejos, que para esto nunca falta un Mentor.

---Vaya hombre, le dice, ya estás casado, es preciso que desde el principio te acostumbres a dominar a la mujer.

---El hombre feliz, le dice otro que se acerca golpeándole el hombro ¡quién tuviera su suerte!

I así, unos en pos de otros, tanto i tantas cosas le dicen que el infeliz teme perder el juicio.

Dadas las once de la noche todos principian a despedirse, dando las mujeres un fuerte abrazo a la novia i los hombres un apreton de manos al marido, acompañándolo casi siempre de una sonrisa, que creen mui adecuada a las circunstancias, llevados de ese deseo que ajita al hombre de aparentar una malicia que lo haga a lo ménos pasar por hombre agudo.

NADIE.

Amor.

¡Oh qué bello es amar! bella i tranquila
Entre placeres corre la existencia,
I el dolor en el alma se aniquila
Al respirar de la pasion la esencia;
I el corazon amante no vacila
Reflejando la luz de la conciencia
En la duda feliz de la esperanza
Que siempre a un bello porvenir avanza.

Oh, qué bello es amar! nunca la vida
Mas alegre se ostenta i mas risueña,
Ni encanta mas al alma adormecida
Que en otras dichas ilusorias sueña,
Que cuando en el amor está embebida
Con una idea plácida, halagüeña,
I con tiernos e incógnitos cantares
Del corazon se alivian los pesares.

Amar i ser amado! qué ventura
Sentir la vida resbalar dichosa
Sin que el golpe fatal de la amargura
Venga a cortar la calma deliciosa
De dos almas henchidas de ternura
Que con pasion constante i ardorosa
Gozando juntas sin dolor se aman
I por do quier se buscan i se llaman.

Amar i ser amado! mil delicias
El amor en sus fuentes atesora
Dichas regala que no son ficticias,
Por que él hace la vida seductora
Dando encanto a las tímidas caricias
Que presta un alma a otra a quien adora;
Por que el amor es fuente de consuelo
Emanacion purísima del cielo.

Amar i ser amado! cuánto goza
El alma que embriagada se extasía,
Cuánto placer el corazon reboza,
Cómo feliz se inunda de alegría,
Por que ya no lo hiela ni destroza
La indiferencia que sufriera un dia!
Ahora todo es goce, todo encanto,
I hasta en los ojos se ha secado el llanto!

¿Quién ha escuchado el delicioso acento
De una mujer hermosa apasionada,
I respirando con su mismo aliento,
La ha sentido cantar entusiasmada
Con dulce voz el grato arrobamiento
En que se aduerme una alma enamorada,
Sin sentirse de amor estremecido
I al mundo todo echarlo en el olvido?

¿Quién ha visto brillar en unos ojos
Algun rayo de amor resplandeciente,
I con él ha apagado los enojos
Que ántes sufria tímida la mente,
I ha divisado nítidos sonrojos
En una pura i candorosa frente,
Sin conocer que el corazon se ajita
I en un placer sin fin se precipita?

¿Quién ha sentido el inefable fuego
De una mirada lánguida de amor,
Que llega al alma cual fecundo riego
Llenándola de luz i de calor,
Sin extasiarse en májico sociego,
I con la fuerza de amoroso ardor
Estremecerse al ver una sonrisa
Cual debil hoja al soplo de la brisa?

Oh, es mui bello amar, vivir amando!
Sin amor es mui triste la existencia,
De los placeres al halago blando
Puede vivir el alma, i la creencia
No se vería con dolor dudando
Entre las tristes sombras de la ciencia;
Ni sería el misterio tan profundo,
Que el amor es la luz, la vida, el mundo!

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Deseo.

Yo fuera uno de tus labios rojos
Para beber del otro la ambrosía,
Pero si este deseo te da enojos
Quisiera ser la niña de tus ojos
Para vivir en ellos noche i dia.

Enero de 1859.

(EL MISMO.)

Los Recuerdos.

Mas de una vez hemos oido hablar con gran veneracion de los recuerdos i hasta llamarlos una relijion.

A punto fijo no sabriamos decir la importancia i mucho ménos las delicias, los buenos ratos que esa relijion procura al hombre.

Hai en este ser una enfermedad crónica: su disgusto por el presente. Todo lo que vé, todo lo que toca, todo lo que posee parécele malo, no satisface su ideal. Siempre encuentra mejor lo que pasó o lo que ha de venir.

Quizá muchos creerán esta la causa de la importancia que al recuerdo dá. Para nosotros no es esta; i mui descaminados andamos cuando vamos a buscar en el recuerdo un olvido, un consuelo a la ingrata realidad.--Un recuerdo es casi siempre un pesar, un desengaño i bien pocas veces una satisfaccion.

¿Quién no ha dejado en las zarzas del camino algun pedazo de su corazon? Quién no ha visto disiparse mas de una bella esperanza? Quién no ha sido despertado por la realidad en lo mejor de un hermoso sueño? Quién no ha sido niño i ha sentido, ha creido i ha amado?

¿Dónde está el consuelo en todos esos recuerdos?

Necesario se va haciendo convenir en que el peor enemigo del hombre es el hombre mismo. Nada lo prueba mejor que su pasion por los recuerdos.

¿Cuándo recuerda el hombre un placer pasado?---Cuando un dolor presente lo hiere i lo destroza.

¿Cuándo recuerda la juventud perdida?---Cuando la vejez con sus debilidades, sus miserias, sus achaques i sus tristezas se ha abrazado con él.

¿Cuándo hace memoria del primer amor? Cuando sufre el primer desengaño.

¿Cuándo echa de ménos la vida, su esplendor, su fuerza, su ruido?---Cuando el helado viento de la muerte empieza a azotar su rostro, a entumecer sus miembros, a nevar sus cabellos.

De este modo el dolor se hace mas punzante, la vejez mas triste, el desengaño mas amargo, la muerte mas dura. I sin embargo, todos quieren volver atras, envian un suspiro o una lágrima a lo que fué, i trabajan i ansian i luchan por abandonar el puerto del presente. El corazon humano es un misterio o por lo ménos un embrollo en que la razon vacila, la cabeza se pierde i la oscuridad nos gana apénas emprendido el viaje.

¡Qué de veces no hemos visto a dos labios de carmin perder súbitamente su tinte i su sonrisa i palidecer un rostro en lo mejor de su irradacion! Qué de veces no se ha marchitado todavia en boton mas de una bella flor! Cuántas existencias no se han sentido agotadas cuando el sol de la juventud, la esperanza i el amor las vivificaba con sus mas espléndidos rayos!--Un amargo recuerdo apareció en los confines del horizonte e hizo huir la alegria, la juventud, la vida.

Todo bien pesado, el recuerdo es el *Convidados de Piedra* de cada hombre, el acibar que siempre encuentra en el fondo de todo vaso, la espina que le punza entre los halagos de la flor.

La mitad de sus desventuras son la obra del recuerdo. Sin él la vida correria casi libre de tropiezos, porque no tendria pasado. Nadie recordaria hoi lo que se hizo ayer ni en memoria tendria mañana lo que hacemos hoi. Así, nada habria perdurable ni el pesar, ni el desengaño, ni el dolor. Todo el que sufre, padece i llora no es por culpa del presente es por obra del pasado, es el recuerdo lo que causa su afliccion i sus congojas.

Pero si el recuerdo pierde, es preciso que convengamos tambien que de vez en cuando salva.

¡A cuántos el pensar lo que atras dejaban no los ha contenido al borde del precipicio! Cuántas veces el recuerdo de una esposa, de un hijo, de un amigo no ha hecho caer de la mano la pistola con que se iba a poner fin a una vida que era odiosa, o el puñal con que se iba a ultimar a una víctima indefensa, o los dados con que se iba a arruinar o a ser arruinado!--Pero el patético nos gana.

Bajemos a otras situaciones de la vida ménos solemnes. Encontraremos en ellas al recuerdo ejerciendo a veces una buena mision, dando acertados consejos.

¿Qué seria de un deudor que olvidase las persecuciones de su acreedor?--Gozaria, no hai duda, de mas calma, comeria, dormiria, pasearia i estafaria con mas tranquilidad i holgura; pero en cambio seria atrapado en el instante ménos esperado. Miéntras que oyendo llamar a todas horas a su puerta el recuerdo de su deuda, viendo delante de su vista la sañuda figura de su acreedor, está siempre alerta contra los malos encuentros, no vuelve una esquina, no se aventura en una calle sin haberse cerciorado antes que la sombra de ese nuevo Banquo no ha de venir a dejarlo paralizado a medio camino.

¿Qué seria de un cómico que olvidara su papel? de un orador que olvidara su improvisacion? de un tonto que perdiera su gravedad? de una mujer que olvidara que habia olvidado el año de su bautismo? de un escritor que recordara que sus lectores no tienen mucha paciencia?--El cómico seria silvado, el orador reido, el tonto cojido por la oreja, la mujer.... quien sabe que seria de ella. I del escritor, ¿qué seria? preguntará algun curioso.---No escribiria.

Por poco que se haya corrido nuestros salones, no se habrá dejado de notar en ellos ciertos individuos que sin haber llegado a resolver el problema de la humanidad racional, son sin embargo atendidos, festejados i hasta respetados.---Nada hai en ellos que no sea ri-

dículo. No saben reir ni hablar, ni aun siquiera llorar. Cada una de sus palabras es una necedad, un despropósito que hace venir los colores al rostro de la niña, la risa a los labios de la mujer, la compasion al corazon del hombre sensato.

—¿Quién es este hombre, decimos al primero que encontramos a mano.

—Es hijo de D. Fulano o nieto de D. Sutano.

—Nada más?

—I lo que Vd. vé.

—¿Es un hombre-recuerdo, entónces?

—Ha acertado Vd.

Oh poder de los recuerdos! Por ser hijo o nieto de un hombre importante se le tolera que desgarre el vestido de la una, que diga a la otra una grosería, que vuelva la espalda a la de mas allá, que se lleve a los hombres por delante, que rocie al hablar el rostro de los que le escuchan, que tenga criados que le sirvan i coche que le lleve.

I no es esto todo: el poder de los recuerdos llega a hacer hábil a mas de uno para los puestos mas encumbrados. Los hombres-recuerdos sirven de verdadera compuerta al resto de los humanos. A menudo un hombre que vale por sí mismo se halla a lo mejor con un hombre-recuerdo que le estorba el paso cuando no le toma la delantera.

Para el hombre hijo de sus obras todo es dificultades, cada paso una fatiga, cada subida un precipicio.

Para el hombre-recuerdo todo es facilidades, no anda sino que lo llevan, no sube sino que lo suspenden, no cae sino que lo bajan.

Miéntras el primero lucha i sufre.

El segundo come, duerme i ronca.

Miéntras el primero solo tiene quien lo envidie, quien lo combata i quien lo intrigue;

El segundo tiene quien lo ayude, lo proteja i lo defienda.

Miéntras al primero se le pregunta—quién eres?

Al segundo se le abre paso.

¡Bienaventurada relijion de los recuerdos! ¿qué vienes tú a ser en resumidas cuentas sino un pedestal para los necios?

Hace creido jeneralmente que solo los gobiernos tenian el estraño talento de dar ocupacion a las incapacidades; pero ahora vemos que si los gobiernos saben ocupar a los incapaces, los hombres saben erijirlos en dioses i circundarlos de una aureola de divinidad.

¡Cuidado con tocar a los necios! acordémonos que son los unjidos de la sociedad.

¿Qué son en buena plata los recuerdos?

He aquí una cuestion nada fácil de resolver.

Ya los vemos apagando una sonrisa, haciendo huir una esperanza, cerrando con doble vuelta la ferrada puerta de la felicidad; o ya trayendo al hombre al deber, sacándolo del atolladero, siendo un viento propicio para la pesada nave de los bienaventurados.

¿Qué son, pues, los recuerdos?—Recuerdos!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

A mi suerte.

Por mas que viertas de tu negra copa
Sobre mi pecho la fatal cicuta,
Que yo doblegue la abatida frente
No esperes nunca.

En vano, en vano contra mí preparas
El dardo cruel de la calumnia impía,
Si al alma libre de nefando crímen
Nada la humilla.

No de la envidia solapada, temo
La lengua vil que se desate aleve;
Con el desprecio probaré a la torpe
Que no me ofende.

Ni qué me importa, temeraria suerte,
Ver del amigo la traicion infame,
Cuando lealtad i corazon sincero
Puedo brindarle?

Si falsedad i fementido halago
Veo en la hermosa a quien adoro fino,
Bien sé que tú eres la deidad que inspira
Su cruel desvio.

Pero no creas que maldiga i llore,
Porque esto es propio de los hombres débiles,
No para aquel que dentro el pecho lleva
Una alma fuerte.

Cesa, tenaz, en perseguirme airada,
Que el cuello altivo no me harás que incline,
I siempre en vano asestarás tus golpes
Al pecho firme.

I en tanto, en tanto pediré a los cielos
Que te aniquile en tu rigor insano,
I el universo quizá vea un dia
Que te he postrado!

Junio de 1859.

RAFAEL SANTOS.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

MARGARITA.

Cuando se les oprimia. Siempre pertenezco al partido de los que lloran. (*Con calor i amistosamente*). Veamos..... confiadme vuestros pesares.... yo os contaré los mios; porque tengo muchos!...

LEONOR.

No tantos como yo. Diez años tenia apénas cuando el emperador Cárlos V, mi hermano, me casó.

MARGARITA.

A los diez años?...

LEONOR.

Para perfeccionar un tratado de comercio con un príncipe valetudinario a quien yo nunca ví... I bien, lo que hoi me pasa aun es mas terrible todavía! Para saldar sus cuentas con el condestable de Borbon, que ha contribuido poderosamente a hacernos ganar la batalla de Pavía.... le ha prometido mi mano.

MARGARITA.

A un traidor a la Francia, a su patria!

LEONOR.

¡A Francisco I, su soberano!

MARGARITA.

I obedeceriais?...

LEONOR.

¡Nunca! jamas será mi mano el premio de una traicion.—Me dijo mi hermano «os casareis con él o entrareis a un convento.» I yo le respondí: Entraré al convento.

MARGARITA.

Oh! noble i jenerosa jóven!

LEONOR.

I como me viese anegada en llanto, díjome: «Acabemos; estoi de prisa. Os concedo hasta mañana para reflecionar i decidiros. I fuése espantosamente encolerizado a oir misa!... Qué bien le habrá aprovechado!... Pero no tenia necesidad de esperar... lo mismo será mañana que hoi...

MARGARITA.

¿Entrareis al convento?

LEONOR.

Con alegría; porque espero no estar en él mucho tiempo; i que Dios me llamará luego hácia él.

MARGARITA.

Un abatimiento tan profundo... en la primavera de la vida... en momentos en que todo es gozo i esperanza!... Leonor, todo puede decírseme a mí. Yo soi francesa, i como tal, creedlo, tan buena católica como vos. (*Mirándola atentamente i despues de un instante de silencio*). ¿Estais bien segura de que hallándoos en el convento, no pensareis allí mas que en Dios?

LEONOR.

Yo!...

MARGARITA.

Recapacitad bien... No habria quizas en el fondo de vuestro odio hácia el condestable.... algunos sentimientos mas tiernos... para con algun otro?..

LEONOR, *prontamente.*

¡Oh, nó!

MARGARITA.

Tened cuidado... si lo negais con tanta vivacidad... voi a creer que he dado en el blanco.

LEONOR.

¿I qué? ¿podriais suponer?...

MARGARITA, *suspirando.*

Yo siempre supongo con las viudas jóvenes como yo... i aunque no hubiera otra causa.

LEONOR, *precipitadamente.*

Qué! vos amais tambien?...

MARGARITA, *sonriendo.*

¡Tambien!...

LEONOR, *confusa i aparte.*

¡Oh cielo!

MARGARITA, *vivamente.*

No os asusteis, yo no diré nada.... somos dos aliadas naturales, dos oprimidas que debemos hacer causa comun... Veamos... (*con sonrisa interrogatoria*). ¿Es buen mozo?... (*Leonor hace señal de asentimiento*). ¿Valiente? (*La misma demostracion*). ¿Digno de vos por su clase?

LEONOR.

¡Oh, sí!

MARGARITA.

¡No ireis al convento... os casareis con él!....

LEONOR, *asustada.*

¡Callaos, callaos!... Que ni las paredes os oigan!... obstáculos eternos, invencibles!... i en los cuales ni aun debe un momento pensarse...

MARGARITA.

Pues por eso mismo debe pensarse en ello.... No estoi mui segura de que no exista por ahí algun jóven caballero que todo lo separa de Margarita... ¡Pero quién se atreverá a decir que una cosa es imposible... con fé, con esperanza.... i con un poco de caridad para con aquellos que... amamos!...

LEONOR.

¡I yo que estaba creyendo, que solo amabais en el mundo a vuestro hermano!

MARGARITA, *alegremente.*

Para todo hai tiempo (*con seriedad*). Pero decis bien: A él primero! su libertad i su gloria... ántes que mi felicidad i mi vida... i tiemblo en este momento de verme obligada a dejar a Madrid!

LEONOR.

¿Qué me decis?... eso no es posible... es preciso quedaros, cueste lo que costase.... ¡Pues qué! no sabeis que hace dos meses que el rei de Francia, separado de todos sus servidores, está encerrado en una torrecilla estrecha i oscura... pertenencia del palacio.,.. una celda de un antiguo convento... diré mejor, un calabozo?...

MARGARITA.

¿Quién os lo ha dicho?

LEONOR, *con calor.*

¿Qué os importa?... si yo lo sé!... presa de todas las torturas, entregado a la desesperacion.... no creyendo ya volver a ver a la Francia, ni a su hermana a quien llama...

MARGARITA.

¿Quién os lo ha dicho?...

LEONOR.

Una fiebre ardiente lo devora en este momento; sus dias están en peligro, i ni el emperador, ni el consejo de Castilla saben lo que pasa; sus carceleros solo conocen la verdad i a todos la ocultan.

MARGARITA.

¿I cómo lo sabeis vos?

LEONOR.

¿I qué os importa? si de ello estoi cierta,—i si vengo, bajo la relijion del secreto... ¡i por la salvacion de mi alma!... a deciros a vos, Margarita, que no digais que por mí lo sabeis, que no me hagais traicion... ¡pero que salveis a vuestro hermano que se muere!... ¿Me creeis ahora?

MARGARITA, *besándola.*

¡Gracias, gracias, hermana mia!...

LEONOR, *turbada.*

¡Hermana mia!... Ah! semejante nombre!...

MARGARITA.

¡Si yo conociera otro mas dulce... os lo daria, a vos que pareceis participar de mi pena!... pero no hai tiempo que perder.... es preciso que yo vea al emperador.

LEONOR.

El momento no es a propósito... no obtendreis nada de él; porque ayer a la tarde estaba furioso con vos!

MARGARITA.

¿Estais segura de ello?

LEONOR, *con impaciencia.*

Ah sí!... (*con tono de reconvencion*) Pues!.. cuando parecia desear tan vivamente esa escarcela bordada por vuestras manos....; ¡que mal hicisteis en no ofrecérsela!...

MARGARITA, *como dudando.*

¿Lo creeis?

LEONOR.

Por eso estuvo tan disgustado despues que os fuisteis.... se quedó callado i se mordió los labios, sonriéndose, lo que en él es señal de grande encolerizamiento.

MARGARITA, *con alegria.*

¿De veras?

LEONOR.

I cuando los enviados de los Paises-Bajos vinieron a anunciarle la revolucion de la ciudad de Gante... ni siquiera los escuchó... i se contentó con murmurar entre dientes vuestro nombre.... esclamando: «¡que nunca espere nada de mí!»

MARGARITA, *sonriendo con esperanza.*

Ah! ahora creo que puedo pedir... que el momento es excelente... llevadme a su presencia!...

LEONOR.

A estas horas es imposible.... El rei ha entrado hace mucho tiempo a la sala del consejo...

MARGARITA.

Mejor que mejor: es en el consejo donde quiero hablarle!

LEONOR.

Vos!

MARGARITA.

¡Como enviada de mi madre, Luisa de Savoya, rejente de Francia!...

LEONOR.

¡Nadie puede entrar allí, i ménos una mujer!

MARGARITA, *asustada.*

¿Qué es lo que me decis?

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES. BABIEZA, *saliendo de la puerta de la izquierda lleva en el brazo un porta-pliegos, i en la mano un pañuelo, guantes i una limosnera.*

BABIEZA, *acercándose prontamente a Margarita.*

Señora, señora, vos que sois mi ánjel bueno ¿no podria yo obtener de vos que me concedieseis un momento de audiencia?...

MARGARITA, *con despecho.*

¡Pedirme una audiencia a mí que no las puedo obtener!... (*A Babieza*) Luego, Babieza, soi contigo. (*Leonor.*) ¿I qué, si el consejo se prolonga hasta la noche, nadie podrá entrar en la sala de la sesion?

LEONOR.

Solo los grandes de España.

BABIEZA, *adelantándose.*

¡I yo!...

MARGARITA, *mirándole con aire lisonjero.*

¡Ah! ¡el buen Babieza!

BABIEZA, *enseñándole las cosas que lleva.*

Para llevar al emperador su cartera, sus guantes, su pañuelo i su escarcela.

MARGARITA, *poniéndose prontamente a la mesa i escribiendo.*

Voi al momento. (*Escribiendo.*) «Señor: confesándoos ayer tarde que bordaba una limosnera para el mas leal de los caballeros, era deciros que estaba destinada a vuestra majestad! Es así que un leal caballero, no rehusa nada a las damas.» (*Volviéndose a Babieza*). I bien! habla, ya te escucho.....

BABIEZA, *inclinándose a Margarita que escribe i hablándole a media voz.*

No hace mucho que al entrar en mi casa miré como hacen otros... por el ojo de la cerradura....

MARGARITA, *siempre escribiendo.*

Mui mala costumbre.... que trae fatales consecuencias.

BABIEZA.

Es lo que sucedió... porque el cerrojo estaba corrido i Sanchica escribia.

MARGARITA, *con viveza.*

Yo sé a quién!

BABIEZA, *del mismo modo.*

De veras?

MARGARITA, *levantándose.*

¡Os lo diré mas tarde.... el emperador aguarda!... Pero tú le llevas ahí una escarcela.

BABIEZA.

Que le gusta mucho.... porque hace largo tiempo que le sirve.

MARGARITA.

I que no es digna de un monarca tan poderoso como él.... Le darás en cambio ésta (*tomando la que lleva*), i le dirás (*poniendo en la escarcela la carta que acaba de escribir*) que es un regalo de una dama.

BABIEZA.

I añadiré: de una noble i linda dama.

MARGARITA.

Como quieras..... Anda pronto.

BABIEZA.

Si señora, pero V. A. me dirá....

MARGARITA, *siguiéndolo con la vista.*

Sin duda (*Babieza sale*). Llévete el cielo i apresura tu vuelta!

ESCENA X.

MARGARITA, LEONOR.

MARGARITA.

Si mi escarcela llega a manos del emperador, si él la rejistra... ¡raro seria que no lo hiciese! el emperador es tan curioso como una mujer.... si solo en eso se pareciesen ciertos grandes hombres a las mujeres....

LEONOR.

¿Cómo? señora.

MARGARITA.

Digo que no solo en eso se parecen. Tambien se nos parecen en la vanidad. Soi franca. ¿Por qué no confesarlo? Son ellos acaso ménos pagados de sí mismos que nosotras. No será el emperador quien pueda desmentirme, ni Gattinara tampoco. A propósito ¿ved si soi curiosa? Gattinara debe estar redactando el salvo conducto con que me amenazó. Parece que me profesa un desafecto bastante regular.

LEONOR.

Alguien viene.... él es!

MARGARITA, *aparte.*

¡Mucho tarda Babieza!

ESCENA XI.

LOS PRECEDENTES, GATINARA.

GATTINARA.

Traigo a V. A. el salvo conducto que le he prometido.

LEONOR.

¡O cielo!

GATTINARA.

Lo he despachado con tal prisa, que creo que nada se opondrá a su partida.

MARGARITA.

Puede que sí!...

GATTINARA, *asombrado.*

¿I qué pues?

ESCENA XII.

LOS PRECEDENTES, BABIEZA *entrando por la puerta de la derecha.*

BABIEZA.

El emperador aguarda a la señora princesa Margarita.

GATTINARA. *atónito.*

¡El emperador!... ¿i dónde?...

LEONOR.

En la audiencia de Castilla.

GATTINARA.

Para qué?...

MARGARITA.

¡Para defender en pleno consejo i contra vos, Gattinara, la causa de mi hermano! *Lánzase con Babieza por la puerta de la derecha. Leonor sale por el fondo i Gattinara queda inmóvil, de pié, i como aterrado. Cae el telon.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

H. DE IRISARRI.

(*Continuará.*)

La Pastorcilla.

Cancion.

Dulce zagala mia,
Desciende a la pradera
I alegre i placentera
Escucha mi cancion;
Aqui en la verde selva
Coronada de flores,
Cantando sus primores
Endulza mi afliccion.

Aqui apartados, solos,
Pastando los ganados,
Sin pena ni cuidados,
Mi dicha encontraré;
Alegres i serenos
Irémos por el prado,
I yo siempre a tu lado
Mil flores te daré.

Tranquilos i gozosos
Irémos a la fuente
I su fresca corriente
Nuestra sed calmará;
El ave vocinglera
En suaves, bellos sones,
Cien trinos i canciones
Al vernos cantará;

En claros arroyuelos
Verás la blanca luna,
Que hermosa cual ninguna
Su luz va a reflejar;
Girás entre los árboles
Jugar el manso viento,
Del rio el ronco acento
Lejano resonar.

Ah! ven, mi dulce amiga,
Mi tierna compañera,
Ven adonde te espera
Ansioso el corazon;
En este umbroso asilo
El engaño del mundo
Con su soplo iracundo
No agosta la pasion.

Junio 25.—1858.

MANUEL A. HURTADO.

Ecos de la semana.

Santiago, julio 2 de 1859.

SUMARIO. —Síntesis de la semana.—Apuntes de viaje de un Norte-Americano.—Dias de sol i dias nublados.—Historia de una constipacion.—Incendio de Chiloé.—Reaccion pastoril.

Si los vecinos de Santiago no gozamos, como los de Paris, del fúnebre placer de pasearnos por una ciudad de vivos que sirve de techo a otra ciudad de muertos, tenemos sin embargo bastante semejanza con los Parisienses, a lo ménos con los Parisienses difuntos, i nuestra capital se parece hasta dar miedo a sus famosas Catacumbas, pobladas de esqueletos. Para hacer de Santiago una nueva Necrópolis, no habria sino colocarla debajo de tierra, tan profundo es, por lo demas, el silencio, tan perfecta la inmovilidad de sus habitantes, aparentemente próximos a convertirse en momias. Jamas se mostró la ciudad de Pedro Valdivia con un aire mas sepulcral i solemne que en estos momentos, en que apura con la resignacion heróica del filósofo griego, no la copa de cicuta, pero sí una fuerte dósis de aire frio i constipante, sin exhalar una queja, sin hacer el mas lijero movimiento.

Inmovilidad i silencio son, pues, la síntesis de esta semana;—silencio excepcional, inaudito e inesplicable que ha logrado realizar dos verdaderos prodijios:—La señora X..., segun se asegura, no ha hablado en todo un dia sino tres horas en vez de doce, que habia sido hasta entónces el término medio de su locuacidad cotidiana; i se ha observado que muchos súbditos del emperador Napoleon III han permanecido sin despegar los labios por espacio de treinta minutos.

No son mas creibles los progresos que hace la inmovilidad. Al lado de la secta de los *silenciosos* comienza a organizarse una nueva escuela, la de los *inmóviles*, que buscan la celebridad en el quietismo, como aquellos en el mutismo radical. No es dado en adelante ser hombres de importancia sino a los que renuncien por entero al uso de la palabra i juntamente se emancipen de todo mo-

vimiento. El camino de la gloria se hace cada dia mas negativo i difícil.—Un norte-americano, recien llegado a Santiago, preguntaba en dias pasados a su huésped:

—¿Quiénes son aquí los hombres mas notables?

—Los que no hacen nada,—le contestó.

Esta contestacion, verdadera en el fondo, no era sin embargo tan precisa en su forma que no recordase las respuestas del oráculo pagano. Así es que el hijo del Niágara se echó a andar por nuestras calles, visitó nuestros monumentos i edificios públicos, el futuro palacio del Congreso desierto todavía i la presente Cárcel Penitenciaria ya tan poblada, la Moneda i los Hospitales, el cuartel de Artillería i los establecimientos de beneficencia, el Instituto i la casa de Orates, la Catedral i la Escuela de sordo-mudos, la casa de Pedro Valdivia i el ferro-carril del Sur, el Cementerio, donde viven los muertos, i el Teatro, donde mueren los vivos, i descubriendo en todas partes pocos que hiciesen algo i muchos que nada hacian, consignó en su cartera del modo siguiente el resultado de sus observaciones, terminado que hubo su veloz escursion:

«Santiago, capital de la república de Chile, poblada por cien mil i mas habitantes que no hablan en ingles, i formada por la reunion de muchas casas, levantadas sobre cimientos.—En Chile se viaja en carreta i se pasea en ferro-carril.—Los mas notables son en su mayor parte los que no hacen nada, i los que no hacen nada forman la mayor parte.»

Secuestradas la voz i la accion, aun ha quedado en pié esta semana el ejercicio de la vista, que procura tan fáciles e inofensivas distracciones. Nada se ha dicho, nada se ha hecho, pero se ha mirado. Como es natural, lo que se ha mirado con mas frecuencia ha sido el cielo, su sol que no calienta i sus nubes que no llueven. Sin llegar nunca a emitir su opinion, ha pensado cada cual de distinto modo respecto de los dias de sol i los dias nublados. Los demócratas puros dan la preferencia en sus adentros a estos últimos, que si a todos dejan a oscuras, simbolizan no obstante el principio de la igualdad en toda su estension. Entretanto, los partidarios de la oligarquía simpatizan ostensiblemente con los primeros, que en sus matices de sombra i luz representan el pueblo i la aristocracia. Desgraciadamente, el sol, como acabo de notar, alumbra i no calienta en esta estacion; de suerte que la aristocracia formada por sus rayos, seria de color, pero estaria falta de calor vital. Por fin, los hombres independientes esperan, ántes de decidirse, que el sol caliente o lluevan las nubes.

La temperatura, como veis, atentos lectores, es en este instante el árbitro universal de los hombres i de las cosas. Ha dicho Leon Gozlan, no recuerdo en qué parte ni con qué motivo, que *el sol es la sombra de Dios*; las criaturas tienen así mismo su sombra, que es el miedo, mas o ménos oportuno i razonable, pero siempre motivado. Ya debeis sospechar que en esta semana el miedo a las constipaciones ha de haber sido el mas comun i tambien el mas fundado. Apreciad si nó en la historia que voi a contaros las perniciosas consecuencias de un resfriado.

Estamos en el lúnes de la presente semana. La tarde principia a declinar. Unos cuantos celajes de color macilento, de aspecto taciturno, languidecen en los confines del horizonte. No tardarán en sentirse disipados por la helada brisa de la noche. El crepúsculo de invierno es tan breve que si no nos damos prisa, curiosos lectores, vamos a quedar en tinieblas a poco andar i nada verémos.

Tomad por la derecha i apretad el paso. Deteneos ahora i mirad hácia arriba. Estais delante de un balcon ocupado por dos figuras humanas. Acercaos algo mas i haced por distinguir sus semblantes a favor de la espirante claridad del dia. Son dos personas de distinto sexo, pero jóvenes entrambas i entrambas dignas de ser miradas. Tambien ellos se miran en este momento i prosiguen a media voz una conversacion que va animándose por grados.

—Dios mio! qué pregunta!—esclama la donosa niña.

—Te disgusta?

—Acaso.

—Dí que te embaraza i serás mas sincera.

—Embarazarme!..... i por qué?

—Porque tú no me amas como yo te amo, porque no vives, como yo, alimentada por un solo pensamiento i una sola aspiracion: tu amor! I cuando pienso que este inmenso tesoro, que hoi poseo, pudiera perderlo mañana, que esta dicha inefable con que palpito pudiera tener fin, que este vivo i delicioso fuego que anima mi alma pudiera estinguirse, que las mil voces de felicidad que escucho en este instante pudieran apagarse como las vibraciones de una armonía querida, llego a temer que esté soñando, dudo de tan májica realidad, me acongojo, me angustio, me desespero! Mi vida i mi pasion no forman sino una sola existencia; ya no vivo para amarte, te amo para vivir! ... Díme, ah! díme que me amarás siempre.

—Cuánta poesía! querido Temístocles. Seamos cuerdos si queremos ser felices. Demos gracias a Dios de la ventura presente que nos depara; vivamos con la certeza de hoi i no con las dudas de mañana.

—Las dudas de mañana!.... No las habria si tu me amases.

—Qué hago pues sino es amarte?

—I me amarás siempre?

—Siempre.

—Aunque un golpe de fortuna inesperado viniese a cambiar mi posicion?

—Te perdono este temor, si lo tienes... Qué ideas tan caprichosas te han asaltado esta tarde!

—I si las intrigas de un enemigo o la alevosía de una calumnia lograsen cambiar las disposiciones de tu familia, poner obstáculos a nuestra union, me amarías todavía?

—Todavía.

—Me amarías a pesar de las contrariedades de la ausencia?

—Por prolongada que fuese.

—Eres un ánjel!.... Perdóname, Gabriela, mis locas exijencias, mis delirios—dice Temístocles besándola apasionadamente la mano.

—Estás perdonado por esta vez.... Pero ya es de noche.... hace frio; entremos.

La puerta del salon se ha cerrado tras la enamorada pareja.

No podemos ver ni oir mas. Es fuerza, lectores, que os conteneis con mi narracion para conocer el estraño desenlace de esta historia.

.....

Vuelto Temístocles a su casa embriagado de amor i esperanza, comenzó a sentir los síntomas del constipado. Dióse prisa a meterse en cama, pero durmió mal. Cuando se despertó a la mañana siguiente vió que su persona habia sufrido durante el sueño un aumento notable, visible e irregular: tenia inflamada una mejilla. Tampoco tardó en pronunciarse un dolor de muelas agudo i tenaz.

Este lastimoso contratiempo lo tuvo encerrado en casa todo aquel dia. Al siguiente, empero, no pudo sobrellevar su reclusion; envolvióse el cuerpo en una capa, la mitad de la cara en un pañuelo, i se dirijió a casa de su novia, consumando de esta suerte el mayor sacrificio de amor propio que puede hacerse a los veinticinco años.

Poco satisfactoria fué la sorpresa que al verlo en tan deplorable guisa esperimentó Gabriela.

Sofocó no obstante la maligna sonrisa con que iban a traicionarla sus lábios i recibió a Temístocles con graciosa amabilidad.

El dolor físico i el ridículo se dan la mano i se asemejan. Uno i otro son ciegos e irresistibles.

Terminada su visita, se retiró Termístocles a su casa, a donde no tardó en llegar la siguiente esquela:

«Mi buen Temístocles: Tenia V. razon cuando temia anteayer por el porvenir; mas en su prevision de las contingencias futuras, olvidó V. la eventualidad que hoi lo aqueja. Por mi parte, me sentia capaz de amarlo a V. pobre, calumniado o ausente, pero no enfermo de las muelas.»

Gabriela.

—

Los anales de esta semana no rejistran sino desgracias íntimas, como la que acabo de contaros, o calamidades públicas, como el incendio de Ancud, en que ciento cincuenta casas han sido devoradas por las llamas i sus dos mil pobladores reducidos a alojar a la intemperie. Es un inmenso cuadro de consternacion i tristeza.

Tamaña desgracia ha despertado naturalmente los sentimientos filantrópicos de la parte mas escojida de nuestra sociedad. Ha comenzado a formarse una lista de suscriciones en favor de los incendiados que ya asciende a una suma de importancia, aunque no están inscritos en ella sino unos cuantos nombres, de los mas distinguidos. Es de esperarse que tan espléndida filantropía tendrá muchos imitadores. La opulencia que da la mano al infortunio es tan simpática e interesante como este.

—

De dia en dia la existencia azarosa i el estrépito de las ciudades se hacen menos atractivos. Han principiado algunos a recordar los tiempos pasados, la edad de oro sobre todo, i a echar de menos la simplicidad i quietud de la vida pastoril. La poesía bucólica a que hoi damos cabida en nuestras columnas abunda en tan sencillas ideas.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Lecciones de canto.

En el *Ferrocarril* he visto hace poco una invitacion que se me hace para dar lecciones de canto. Profundamente reconocida a la manifestacion de tal deseo, me es demasiado satisfactorio ofrecer mis servicios artísticos a las señoritas de Santiago, que pueden descansar en la confianza de que no omitiré esfuerzo alguno para complacerlas de la mejor manera posible.

Clorinda C. de Pantanelli.

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pajinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Reunido un número regular de suscriptores empezarémos a formar la BIBLIOTECA DE LA SEMANA, a que se refiere nuestro prospecto, dando lugar en ella a lo mas nuevo e interesante que se escribe sobre novelas, historia, viajes, etc.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones únicamente en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Julio 9 de 1859. Núm. 8.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JULIO 9 DE 1859.

Enervamiento social.

Hai en nuestras sociedades un espantoso fondo de inmovilidad i resistencia. Miramos de reojo todo lo nuevo por el solo hecho de serlo, i pocas veces o nunca nos tomamos el trabajo de meditar sobre los bienes que puede entrañar.

Sale a luz una idea, un pensamiento fecundo i transcendental: se charla, se lee de prisa lo que en su apoyo se escribe, se rie de sus inventores i sostenedores, se enumeran los obstáculos que encontrará su realizacion, la palabra *imposible*! asoma a todos los lábios, i el pensamiento o la idea quedan condenados a la oscuridad, al silencio, a la muerte.

A esto se reduce nuestra accion social, accion perniciosa si las hai.

Esto no obsta, sin embargo, para que se clame por adelantos, para que cada uno de su parte se queje i duela de la inmovilidad, del enervamiento en que vivimos. Pero, no haya miedo de que nadie vaya a llamar a la puerta del vecino, para buscar en union con él un remedio a los males que lamenta. No: cada uno espera que otro sea el primero; i esperando la iniciativa se corren los dias, los meses, los años i se correrán, no hai que dudarlo, los siglos.

De esta suerte nuestra vida es un perpétuo sueño solo de cuando en cuando interrumpido por las farsas electorales con sus tumultos, sus inmoralidades, su compra i venta de votos, sus correteadas i hachazos al pobre pueblo soberano; cuando no por la fatídica trompeta de la guerra civil.

Entónces nos despertamos, abrimos nuestra ventana, cerramos con doble vuelta nuestra puerta, i si el peligro no está cercano solemos aventurarnos en la calle para ir a tomar lenguas, i saber lo que sucede. Casi nadie se acuerda que la patria está en peligro i que pide i exije de sus hijos proteccion i ayuda.

De aquí nace que con un poco de audacia i unos cuantos soldados se puede cambiar de la noche a la mañana el gobierno de un pueblo, cimentar toda injusticia i toda tiranía, conculcar toda lei i todo derecho, hacer del poder un cebo constante para las revueltas, i a los conspiradores mas avisados sus lejítimos dueños.

Cuando esto sucede la sociedad ha abdicado su personalidad, la opinion pública, ese moderador i consejero de pueblos i gobiernos, es tan solo un fantasma con que se espanta a los tímidos, una bella palabra con que se cautiva a los ilusos, una potencia que todos invocan, pero que nadie teme.

I de nó, ¿quién no llama en nuestras sociedades i cree tener en su apoyo la opinion pública? quién no dice: respeto a la opinion pública, obediencia a sus fallos?—Todos ¿no es verdad? Pero nadie la respeta ni obedece porque no existe.

Para que esa potencia tenga vida es necesario que la sociedad viva tambien, que se mueva, que hable, que obre, que conozca i tenga fé en su fuerza i la haga valer.—Nada de esto hacen las sociedades hispano-americanas casi sin escepcion. Son sociedades amilanadas, que parecen resignadas a vivir siempre en tutela, que no se mueven aguardando que las muevan, que no caminan aguardando que las lleven, que carecen, en una palabra, de iniciativa, de espontáneidad, de vida propia.

Hai un mal que remediar, un bien

que obrar, un conflicto que superar: todos fijan sus ojos en el gobierno i si él no se mueve nadie lo hace tampoco; i, lo que es peor, ni por las mientes de la sociedad se pasa que ella podria i deberia meter manos a la obra.

Así vemos a los gobiernos siéndolo todo i a la sociedad completamente anulada, no siendo nada. Funesta situacion de que es necesario salir a todo trance, si se quiere entrar en el camino de un progreso verdadero, real i constante.

Los gobiernos por su naturaleza tienden constantemente a la inmovilidad i la concentracion. Los gobiernos de iniciativa son un milagro, una rareza en la historia. El principio egoista los domina. Lo primero en que piensan i trabajan es en su afianzamiento. Todo lo subordinan a ese fin. Jamas, por lo jeneral, acometen nada que pueda hacer peligrar su estabilidad. Si se lanzan en la reforma es a medias, sin valor, sin intrepidez i con esa perniciosa prudencia que vive de transacciones con los elementos, con los jérmenes todos, buenos i malos, de la sociedad. Para que un gobierno realice o acometa siquiera algo bueno, entre en el camino de las innovaciones, es necesario compelerlo a ello i para conseguirlo es necesario que la sociedad en masa lo inste, lo aconseje, le imponga su voluntad.

La iniciativa cuando viene de arriba es infecunda i tímida.

Solo la iniciativa que viene de abajo es fecunda i valiente.

La sociedad debe dar la órden:

Los gobiernos deben ejecutarla.

Pero en nuestras sociedades los papeles están completamente trocados:

Los gobiernos mandan!

La sociedad obedece!

¿Qué resulta de esto?—Que los gobiernos mandan mal i la sociedad obedece peor.

Pero se dice: la accion de la sociedad no tiene en que ejercerse desde que la accion gubernamental todo lo absorbe, todo lo concentra, no permite ni sufre que nada parta de otra fuente, tenga otro oríjen que el suyo.

Esto es, por desgracia, tan cierto cuanto natural, i lo será miéntras haya gobiernos que imperen sobre sociedades sin vigor, sin amor i orgullo por su personalidad.

Esperar de un gobierno que de su propio motivo abandone sus conquistas, ceda en el camino de las usurpaciones, es la mas triste de las ilusiones i el mas falaz de los sueños!

Sin embargo, no es otra cosa lo que pretendemos. Nada lo prueba mejor que la completa absorcion que en todas épocas i circunstancias ejerce la cuestion política, la constante tendencia a llevarlo todo a su resbaladizo terreno, a envolverlo todo en su manto de antipatías, preocupaciones i odios.—No hai cuestion que surja, pensamiento que aparezca, que no se le haga ir de grado o por fuerza a dar la mano, a confraternizar con la política. Si se habla de caminos, de ferro-carriles, de telégrafos, de comercio, de industria, de instruccion, de relijion, de moralidad, de sociabilidad, ahí está la política mesclándose para dividir los pareceres, para traer las rivalidades, para desvirtuar, para entumecer la accion social.

Si la sociedad no lo esperara todo del gobierno, si no lo hiciera a él responsable de cuanto sucede, si comprendiera sus deberes i derechos i se penetrara de su fuerza, la cuestion política no seria la cuestion esclusiva, la gran cuestion a la que dedica todos sus instantes, todos sus pensamientos i trabajos.

Mas no son estos los únicos males del enervamiento en que las sociedades américo-hispanas viven, con mas propiedad, vejetan al presente.

La América española quiere la república democrática, es decir, el gobierno de todos por la via de la discusion.

Desde que la sociedad no tiene personalidad, vida propia, esa forma gubernativa es imposible, será cuando mas una hermosa mentira, un edificio de naipes que el primer soplo tumba por tierra.

No es otra cosa la que estamos presenciando.

Todos los estados hispano-américanos se titulan pomposamente repúblicanos. Sus cartas constitucionales no hai liber-

tad que no reconozcan. A pesar de esto ¿qué es lo que vemos arraigado en casi todos esos estados?—El despotismo o la anarquía llevados a su última espresion.

La razon de esta anomalia salta al ojo.

Tenemos libertades, es cierto; pero tambien lo es que no sabemos ni usar de ellas, ni conservarlas, ni cimentarlas.

De aquí resulta que esas mismas libertades que estan llamadas a afianzar i hacer triunfar la justicia i la verdad, son con frecuencia la guillotina en que se las decapita.

¿Qué es la libertad electoral, por ejemplo, esa libertad llave de bóveda del edificio republicano? Es alguna vez el pueblo quien elije, su voluntad la que impera con el favor de esa libertad?—Mui engañados andariamos al creer tal cosa. El resultado de una urna electoral, jamas es la espresion del querer de la mayoría, sino de los abusos de la fuerza, del poder de las influencias i las monedas.

I lo que con esta libertad sucede, sucede poco mas o ménos con todas las demas.

De valde nos venimos, pues, afanando en buscar la última palabra de la república i la libertad sin prepararnos ántes para vivir en su atmósfera. Convenzámonos, una vez por todas, que nada puede conseguir una sociedad por ajena mano.

Pongámonos a la obra por nuestra cuenta i riesgo: pensemos, discutamos i realicemos la verdad i el bien por nosotros mismos i veremos entónces lo que sale, i si no es el bien i la felicidad, desesperemos de encontrarlos en parte alguna.

¡Sean las sociedades lo que deben ser i los gobiernos serán lo que ellas quieran que sean!

No es en la cuestion política en la que están vinculados los destinos de los pueblos, es en la cuestion social que las abraza i las reasume todas.

Fundemos escuelas para instruir las masas;

Fundemos periódicos para propagar i sostener la verdad;

Fundemos asociaciones para centralizar i uniformar la accion social;

Créemos la iniciativa social: i veremos entónces si hai gobierno que usurpe a la sociedad sus fueros i si hai algo que sobreponerse pueda a su voluntad.

Este es el solo medio, sino rápido, seguro de salir con bien del enervamiento presente i entrar en la fecunda, activa i creadora existencia de una verdadera sociedad.

Si los obstáculos salen al paso, si la fatiga i el desaliento nos ganan, acordémonos que la tarea es santa i la inmovilidad es la muerte.

«El cielo está delante, el infierno detras,» como dice el Corán.

¡Adelante, pues, adelante!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

La colonia i la república.

Queremos decir cuatro palabras sobre política o sociabilidad, i cuyo sentido talvez se encontrará erróneo, porque se ha escrito mucho que prueba lo contrario de lo que ahora nos atrevemos a sostener.

No pretendemos ser orijinales, i mucho ménos echar por tierra creencias mui arraigadas, ni hacer ver que es blanco lo que hasta el dia de hoi se ha mirado como negro. Tareas son esas, dignas de don Miguel Cervantes Saavedra, quien tuvo la feliz ocurrencia de echar a volar un tomo titulado el Quijote, que dió al traste con mil otros volúmenes que hasta entónces habian gozado de la estimacion del público.

Siempre es mui difícil el primer paso que se avanza en una senda poco trillada, i mucho mas cuando la corriente de la rutina nos empuja en un sentido contrario al que pretendemos llevar.

Con todo, el espíritu tiene una aficion invencible a la novedad; i los peligros i espesuras de un bosque poco transitado nos sirven de aliciente i de estímulo para seguir adelante i penetrar en el fondo. En el órden moral i metafísico esta tendencia es mas pronunciada; i por nuestra parte confesarémos a Vds., señores redactores, que es tal nuestra predileccion por lo desconocido, que asi como Voltaire se esforzó en probar que la virtud era inferior al crímen, nosotros desearíamos demostraros matemáticamente, i con lápiz i papel, que tres i tres eran siete--i a la verdad que si lo consiguiéramos, nos daríamos por mui satisfechos de haberos hecho pasar esa píldora, i segura-

mente que Vdes. nos mirarian con sumo respeto i admiracion.

La verdad misma necesita llevar un ropaje nuevo para ser aplaudida--pues cuando se nos presenta con los atavíos de costumbre, le dejamos el paso franco, pero, ni le movemos el sombrero.

Sépanse Vds. que la mayor parte de nuestres hombres cultos de hoi dia son mas filósofos que Platon i que Sócrates--mejores matemáticos que Arquímedes, e historiadores mas noticiosos i universales que Jenefonte i que Tácito.--El que estas líneas escribe sabe mas jeografía que Cristóbal Colon--i si Vds. quieren una prueba de ello, recuerden que el célebre navegante apénas logró saludar las costas del continente americano. Sin embargo, entre nosotros nadie conseguiria, desplegando sus lábios, llamar la atencion ni obtener uno solo de los mil aplausos que resonaron al oido de esos personajes.

I por qué? porque ellos dieron a luz la verdad nueva, la verdad ántes oculta, i nosotros no haríamos otra cosa que repetir una vejez insípida, una sentencia arrugada i con canas.

La mas apetecida joya para los escritores es la novedad. La verdad, no hai duda que es la base ; pero si no es nueva, nada se ha conseguido.—Asi vemos que los novelistas, los periodistas, los filósofos mismos i hasta los teólogos i los historiadores andan desvelados a caza de principios nuevos, de sensaciones no esperimentadas, de hechos ocultos i desapercibidos, de relaciones no observadas, de lugares distantes, de costumbres estrañas e inauditas.

Esta no es solo la manía del siglo, es la manía de los siglos.

Mu ho podria deciros sobre el papel que este razgo de la especie humana ha desempeñado en el progreso de la sociedad, ya por el lado material, ya por el aspecto moral: pero una disertacion de esta especie no seria nueva. Abran Vds. cualesquier tratado sobre filosofia, i verán lo que es el sentimiento de lo nuevo. Alli se convencerán que tratar de la novedad en ese sentido es cosa vieja—i repetimos ; tenemos horror a las vejeces.—Puede ser que incurramos en ellas; pero no será voluntariamente-- por este lado conocemos mui bien el corazon humano i sabemos que solo es buena la fruta que no ha sido tocada.

Pero, qué prueba mas palpable quieren Vds. que la que nos dió ahora seis mil i tantos años nuestra madre Eva. No sé cuanto tiempo haria a que estaba alojada en el Paraiso terrenal, que segun me cuenta Moises, acababa de salir de las manos de Dios. La naturaleza se ostentaba flamante; todo era nuevo, novísimo, hasta el punto de no haber nada viejo, si se esceptúa al padre eterno,--i sin embargo, Eva estaba hastiada i no pudo resistir a la novedad: lo desconocido le importó mas que la felicidad prometida,--comió el fruto ; i Vds. saben lo demas.

Lo nuevo es alarmante, agradable i poético como la infancia, como la salida del sol, como una rosa que recien se abre, como el primer sentimiento de amor, como el despertar de un profundo sueño, como la llegada de un viajero al seno de su familia despues de una larga separacion, como el prólogo de un matrimonio, como el momento en que se alza el telon en un drama que no se conoce. Ya veis que tiene muchas ventajas. Un escritor puede decir lindezas, i mas verdades que las que profirió el verídico i sentencioso Sancho Panza; pero Dios nos libre de que dé márjen a que le digan «esas son vejeces», porque el escritor caerá por tierra, i no se levantará hasta que su mollera no produzca algo desconocido, algo de inaudito, aunque sea una patraña.

Un saltimbanqui hizo fortuna en Paris mostrando al público una cosa fea i repelente, que no tenia por de contado ni el mérito de la belleza ni el de la utilidad positiva; pero era una cosa nunca vista, era una mujer con barbas mas largas i mas pobladas que las de Mustafá, i con unos bigotes tan marciales como los de Victor Emanuel.

Otro quiso burlar la curiosidad del público, i con grande aparato presentó un hombre con nariz, boca, frente, cabeza i con todos los demas enseres de un varon; inmediatamente volaron las piedras sobre su cabeza: pero no faltó quienes lo aplaudieran, porque la ocurrencia les pareció orijinal.

Pero ahora recordamos SS. RR. que prometimos a ustedes cuatro palabras sobre política i sociabilidad i cuyo sentido talvez se encontraria erróneo por cuanto se habia escrito mucho para probar lo contrario. El tema que nos proponíamos desarrollar sobre nuestros antecedentes sociales lo creimos al principio, nuevo i desusado. Sin embargo, cuando dejábamos correr la pluma en esta digresion sobre lo nuevo, recapacitábamos al mismo tiempo que el tal tema político no podria menos de ser una de esas mil repeticiones viejísimas con que nos abruman los diarios opositores i ministeriales, i asi creemos mejor no tratar la materia, i guardar la pluma para cuando encontremos otro menos trillado i mas orijinal.

Estraño modo de concluir, dirán ustedes, Por nuestra parte celebramos que la ocasion nos haya ofrecido casualmente un modo de de salir por la ventana.

Ignacio Zenteno.

Un drama en el campo.

I.

En el interior de una casa de la calle Ahumada, un jóven se hallaba en una pieza pequeña, sentado delante de un escritorio. Despues de arrojar el resto de un cigarro que humeaba entre sus dedos, tomó la pluma i se puso a escribir lo siguiente:

Querido Pablo:

Al fin vamos a vernos, despues de tan larga separacion. Con esta idea vienen en tropel a mi memoria los alegres juegos de nuestra niñez i los amores fugaces de colejio: vuelvo a estar contigo, en una palabra, i recorro una a una las horas felices de nuestra fraternal amistad.

A todo esto se me olvidaba decirte el objeto de mi viaje, que te comunicaré en dos palabras: voi, encargado por mi padre, a entregar la hacienda al nuevo arrendatario i como no me acomodaria vivir sólo en ese viejo caseron donde he pasado mi niñez, voi a pedirles a Vds. hospitalidad por algunos dias.

Dá un abrazo en mi nombre a la buena tia, otro al selvático Antonio i tú mi querido Pablo recibe uno mui cordial de tu amante primo

Emilio.

Esta carta llevaba la fecha del 23 de octubre de 1834.

El jóven que acababa de escribirla salió al patio despues de cerrarla i la entregó a un hombre que esperaba al lado de un caballo ensillado con el *habio* clásico de los campos.

II.

Tres dias despues, el hombre que habia recibido la carta se bajaba delante de una casa de campo de pobre apariencia, situada en la provincia de Colchagua.

Despues de acomodar las riendas de su cabalgadura con ese cuidado por sus arreos de viaje que distingue a nuestros *huasos*, el viajero penetró en una pieza en la que se veian tres personas: una mujer, que parecia rayar en los cincuenta años i dos jóvenes entre los cuáles habria sido mui difícil conocer una diferencia en la edad; pues ambos aparentaban tener de veinticinco a veintiseis años cuando mas.

En la figura de la mujer no resaltaba nada de notable. Cierta melancolía de la mirada, cierto tinte de tristeza que reinaba en su persona, eran indicios que solo a un observador mui avisado i perspicaz, habrian servido para adivinar los pesares que amargaban aquella vida oscura, dejando apenas un rastro en el semblante, como tan amenudo acontece.—El dolor es un huésped sombrío que las mas veces gusta de aposentarse en el alma, sin revelar al exterior su devastadora existencia.

Entre los dos jóvenes sentados junto a la señora se sentian notables i mui marcadas diferencias.

El uno, bien que vestido con el desaliño natural a la vida del campo, revelaba en su porte, en la gracia i finura de sus movimientos, al hombre que en medio de las sociedades i por una educacion esmerada, ha recibido la gracia que sabe conquistarse irresistiblemente las simpatías de todos. Veíase ademas en sus cabellos negros desarreglados con gracia, en sus ojos embellecidos por una espresion indefinible de dulzura, en las formas de su cuerpo delgado i vigoroso a la vez, cierta elegancia natural, que decian bien claro que aquel jóven no habia vivido siempre entregado a las duras fatígas de las tareas campestres.

El otro formaba en toda su persona un singular contraste con aquel. Sus miradas revelaban esa indomable fuerza de voluntad que jamas retrocede; los labios abultados, la espesa barba desgreñada i áspera, las pobladas cejas, habitualmente contraidas, quitábanle la gracia natural de la juventud, imprimiéndole el sello que las pasiones fuertes hacen, de ordinario, contraer a los músculos del rostro.

Cualquiera que hubiese tenido que dirijirse por casualidad a uno de estos dos jóvenes, habria elejido casi maquinalmente al primero.

A la entrada del viajero, las tres personas volvieron la vista hácia la puerta. El *huaso* avanzó en las puntas de los piés, haciendo que el ruido de sus espuelas se apagara por medio de esa precaucion, i tomando su sombrero con una mano, pasó con la otra la carta a la señora, mientras que con la que sostenia el sombrero, llevaba hácia atras un indómito cadejo de pelo, que cayó sobre su frente apénas le faltó el apoyo que lo sostenia.

—Señor don Pablo Reina, leyó la señora en el sobre, pasando la carta al primero de los jóvenes que describimos.

Este tomó la carta i abriéndola echó la vista sobre la firma.

—Ai! mamá, esclamó lleno de alegria, es de Emilio.

—¿A ver qué dice? esclamó la madre, en cuyo semblante brilló tambien un rayo de contento.

—Mañana estará aquí, viene a entregar la hacienda, esclamó Pablo levantándose radiante de felicidad: le manda un abrazo, mamá, añadió, i otro a tí, Antonio.

—¡Cuanto me alegro! dijo la señora.

Antonio pareció hacer un esfuerzo para dibujar en sus labios una sonrisa, encendió un cigarro i salió sin decir una palabra.

III.

Los dos jóvenes, Antonio i Pablo Reina componian con la señora a quien este último dió el nombre de madre, la pequeña familia que habitaba la casa de campo, a la que hemos introducido al lector.

El padre de estos jóvenes, muerto cuando el mayor de ellos contaba apenas diez i nueve años, habia legado por toda fortuna a su familia una hijuela de trescientas cuadras en el departamento de San Fernando. En aquellos tiempos, esa estension de terreno estaba mui léjos de tener el valor que en el dia han alcanzado los fundos rústicos, con el progresivo aumento de la riqueza del pais. Asi es que la familia de don Pedro Reina, el padre de los jóvenes, quedó a su muerte reducida a un estado de pobreza, vecino de la indijencia.

Hasta entonces doña Manuela Esteros, la madre de los jóvenes i Antonio el mayor de ellos, habian acompañado a don Pedro en sus trabajos de agricultura, mientras que Pablo estudiaba en calidad de esterno en el Instituto de Santiago i vivia en casa de los padres de Emilio Reina, su primo hermano. De manera que Pablo, el hijo mimado, participaba de la ventajosa posicion de su tio, mientras que Antonio se vió desde la niñez reducido a los duros trabajos de una vida espuesta a las inclemencias del tiempo. Esta desigualdad establecida por los padres en la condicion material i moral de los dos hermanos, desigualdad mui comun en la existencia de las familias, habia arrojado desde temprano entre los dos jóvenes el jérmen de un odio sombrío, que andando el tiempo, habria de producir fatales e irremediables resultados.

Los rencores desarrollados a la sombra del hogar doméstico, son la base de mil dramas íntimos ignorados por el mundo, pero que refluyen sin duda contra el bienestar de la sociedad en jeneral.

Antonio veía llegar a su hermano todos los años en la época de las vacaciones, vestido con la elegancia del jóven santiaguino que ya pasea en la Alameda i gusta pasar en los dias festivos por las puertas de calle, donde las niñas que aspiran a ser *grandes* establecen con los que pasan un fuego de ojeadas, que no pocas veces acaba por rendir a ambos combatientes. Ademas, Pablo era festejado por los padres con aquella ternura que resuena dolorosamente en el corazon de los hijos abandonados i mientras él los estasiaba con el franco i afable cariño del hijo preferido, Antonio sentia aumentarse en su pecho la honda i constante melancolía que infunde la conciencia i acaso la prevision de un porvenir sin amor ni alegria.

A la muerte de don Pedro, Antonio sintió que la naturaleza, privándole del cariño de sus padres, lo habia revestido de la suprema autoridad en la familia. Su voluntad, hasta entonces reprimida por el respeto a su padre, se revistió con la dureza que le era propia i resolvió hacer triunfar sus deseos, ya que su cariño habia sido injustamente desdeñado.

Un dia, cuando el dolor habia calmado en su madre la fuerza de sus primeros ataques, Antonio entró en su cuarto i comenzó a pasearse, con el aire concentrado de un hombre a quien preocupa una idea única, haciéndolo indiferente a todo lo que pasa en derredor suyo.

Doña Manuela notó al instante la preocupacion de su hijo i pareció adivinar la idea que se ajitaba en su mente.

—Me he ocupado ayer todo el dia, dijo el jóven continuando sus paseos, de arreglar las cuentas de mi padre i vengo a decirla que, lejos de poseer algo, nos hallamos debiendo seis mil pesos.

Doña Manuela bajó la vista sin contestar una palabra, i Antonio, despues de esperar una respuesta, continuó:

—Creo que ha llegado ya el momento de reducir nuestros gastos en cuanto sea posible, para cubrir esa deuda.

—Me parece, se aventuró a decir la señora, que no se puede vivir mas económicamente que lo que hasta ahora lo hemos hecho.

—Bien lo sé, replicó Antonio; pero no basta la economía de la casa, es preciso suprimir todos los gastos superfluos i que mi padre, contando con mas larga vida, creía hallarse en posicion de hacer.

—¿Qué gastos? preguntó doña Manuela.

—Los que orijina la educacion de Pablo, dijo resueltamente el jóven atacando de lleno la cuestion. Me parece que Vd. encontrará mui justo que él venga tambien a contribuir con su trabajo, en vez de estar gastando lo que no tenemos. Piénselo Vd. bien, añadió sin esperar una respuesta, mañana voi a enviar un mozo con caballos a Santiago para que pueda venirse i creo que Vd. debe escribirle tambien, como yo lo hago, manifestándole la necesidad de esta medida.

Tras estas palabras, Antonio salió del cuarto de su madre, dejándola entregada a su dolor i a sus lágrimas.

Doña Manuela pasó toda la noche de aquel dia entregada al mas intenso sentimiento. Cortar la educacion de Pablo, sobre quien se hallaban cifradas sus únicas esperanzas, era para ella una resolucion casi superior a sus fuerzas; pero al propio tiempo conocía la indomable voluntad de su hijo mayor i, bien que un tanto cegada con su preferencia por el otro, sentía en el fondo de su conciencia la amarga justicia de las pocas observaciones que acababa de hacerla.

Al dia siguiente, como Antonio lo habia anunciado, un inquilino de la hacienda salió para Santiago llevando cartas para Pablo i caballos para hacer el viaje.

Ocho dias despues la madre se encontraba con sus dos hijos en su pequeña hijuela i Pablo, abandonando los hábitos de la vida estudiosa i sedentaria que hasta entónces habia llevado, se entregaba, con el ardor de la juventud, a los trabajos que representaban su único porvenir.

IV.

Desde entónces se estableció entre los dos hermanos una serie continua de parciales desavenencias, que debia convertir en abismo profundo la distancia que desde la niñez los separaba. Esas dos opuestas naturalezas, entregadas al choque incesante de la vida de familia, fueron encontrándose poco a poco por todos los puntos salientes de su carácter haciendo estallar el rencor por una parte i la impaciencia por otra; diverjiendo por los gustos i por las antipatías i depositando en el alma de cada uno cierta hiel, que desarrollada en la estrecha esfera de una vida monótona cobra al fin proporciones increibles.

Doña Manuela siguió la marcha del odio que animaba a los dos hermanos, con el sentimiento i prevision profundos de la madre, sin poder jamas desprenderse de su preferencia por el menor: de aquí la imperceptible melancolía de su rostro, en el que los tintes sombríos de su intenso pesar, se hallaban templados por la tranquilidad de una existencia oscura i entregada a la práctica constante de la virtud.

Esta vida, con sus rencores i melancolías continuas, duraba ya cerca de ocho años. Los cabellos de la madre habian encanecido en ese tiempo i los dos niños se hallaban trasformados en los hombres cuya descripcion lijera dejamos hecha.

Tal era el estado de la pequeña familia olvidada en un rincon de una lejana hacienda, cuando llegó a la casa Emilio Reina, el jóven que dirijió a Pablo la cartá con que dimos principios a nuestra narracion.

V.

Corría, como dijimos, uno de los últimos meses del año de 1834.

Emilio fué recibido con la cordialidad digna de aquellos tiempos de hospitalaria memoria, tiempos en que la civilizacion no habia establecido aun esa política reserva que aun entre miembros de la misma familia se va haciendo comun en nuestros dias de progreso.

Pero la acojida de cada uno de los hermanos se resintió naturalmente del carácter i sentimientos de cada uno: Pablo se arrojó en los brazos de su primo con el placer del que estrecha en un abrazo al hermano largo tiempo ausente i Antonio se limitó a pasarle su mano, pero con una sonrisa que revelaba que en su alma la amistad era todavía una creencia.

Tras esto siguiéronse las sabrosas conversaciones de los recuerdos, campo en que el alma del hombre se esplaya siempre con placer, como si conociendo la avaricia de la suerte, quisiese contar siempre los goces pasados para ponerlos en lugar de los que pudiera desvanecer el porvenir.

Dadas las once de la noche, hora avanzadísima en los campos i en aquellos tiempos sobre todo, Pablo condujo a Emilio a su propio cuarto, en donde le habia hecho preparar una cama.

—Sabes, dijo Emilio, que me dá pena verte así en el campo, abandonando tus antiguas esperanzas.

Pablo dió un suspiro.

—Cierto que al principio he sufrido mucho, contestó, pero te aseguro que si ahora no soi enteramente feliz, no me encuentro a lo ménos desgraciado.

—No importa, la conformidad es una virtud, pero no constituye la dicha: tú has nacido para otra vida mas intelectual que ésta, vente conmigo a Santiago.

—Imposible.

—Imposible ¿i por qué? No me obligues a decirte que no tendrias que pensar en gastos.

—Gracias, pero es imposible, a lo ménos por ahora.

—No te comprendo ¿quién te lo impide?

Te haré francamente una confesion: estoi enamorado.

—¡Aquí! ¿de quién? de alguna *huasa*?

—¿Tú no recuerdas la familia de la hacienda vecina?

—Ah, tienes razon, no me habia acordado de Paulina Mendibel, pero te diré una cosa ya que tan franco te muestras.

—¿Cuál?

—Que te compadezco: el padre es de una avaricia proverbial.

—I yo soi pobre, ¿no es verdad?

—Precisamente, lo que quiere decir que no serás admitido como candidato.

—Pero eso no quita que pueda ser amado.

—Es cierto. A ver, cuéntame esos amores, ya que por mi parte ninguna confidencia tengo que hacerte.

—Conocí a Paulina el año pasado, dijo Pablo, cuando el padre compró la hacienda i vino a establecerse aquí con la familia. Antonio i yo hicimos nuestra primera visita a título de vecinos i las continuamos despues en calidad de vecinos i de amigos. Tú conoces el carácter de Antonio. En esas visitas poco hablaba, de manera que yo tenia que hacer todo el gasto de la conversacion; mas poco a poco la intimidad fué estableciéndose a tal punto que la noche que no íbamos, yo me sentia triste i aun inquieto. Desde entónces abandoné mi idea favorita de volver a Santiago, i Paulina, en diversas conversaciones, me manifestó igual gusto por la vida del campo, que en los primeros meses parecia desesperarla. Esta simpatía de gustos, como bien adivinarás, hizo mas frecuentes i mas íntimas nuestras conversaciones, hasta que llegamos a esas confidencias del corazon con que los amantes principian por decirse indirectamente lo que sienten. Te ahorraré la pintura de mi alegría, cuando Paulina, llena de timidez, me hizo comprender que correspondia a mi amor. Durante algunos meses fuimos completamente felices, pues vivíamos sobre nuestros juramentos, como si guardásemos el secreto de una dicha perfecta e inalterable: ¡tú sabes que los horizontes del amor platónico son inmensos!

Nada de mas espansivo, ademas, ni tan dispuesto a tiernos sentimientos como un enamorado feliz. Así me sentia yo despues de la confesion de Paulina, de modo que quise borrar con una prueba de cariño, la distancia que el carácter de Antonio ha puesto entre nosotros. Lleno de confianza i olvidando nuestros repetidos disgustos, quise anudar el lazo de nuestro cariño, roto tantas veces, i establecer con él esa intimidad de hermano, que el mismo amor no puede reemplazar en ciertas ocasiones.

Un dia que nos hallábamos solos, despues de comer, quise realizar mi propósito.

—Sabes, le dije con el acento mas cariñoso que pude encontrar en mi voz, que tengo una confidencia que hacerte.

Al oir mis palabras se levantó del sofá sobre el que se habia recostado a fumar i me miró con una espresion de cariño, que nunca habia visto pintarse en su rostro. Habiérase creido que su alma despertaba de repente de un sueño fatigoso i sonreia ante una halagüeña realidad.

—¿A mí? esclamó.

—¿Por qué no a tí que eres mi hermano? le dije ¿puedo tener mejor amigo que tú?

—Bueno, bueno, contestó confuso, como si hubiese tomado mis palabras como un reproche dirijido a su constante terquedad; confiándome algo, me darás una prueba de cariño, ya te escucho.

—¿Te has fijado en mis conversaciones con Paulina? le pregunté.

Su semblante se puso lívido i toda su sangre pareció agolparse a sus ojos.

—¿Por qué me haces esa pregunta? me dijo con voz apagada.

—Porque quiero decirte que la amo.

—¿I piensas que tú solo tiene derecho de amarla? esclamó levantándose.

—A lo ménos, le contesté picado del tono de su esclamacion, creo que tengo mas derecho que tú.

Sus manos se crisparon de cólera i sus ojos, inyectados de sangre, brillaron con un fulgor sombrío i aterrante.

—Sí, tienes mas derecho que yo, me dijo principiando a pasearse, tambien siempre haz tenido derecho de ser feliz a costa mia. En verdad, no sé por qué nacimos hermanos, cuando la suerte nos destinaba para enemigos. Tú amas a Paulina, me dices; pues bien, yo seré tan franco como tú: yo tambien la amo i he resuelto que será mia ¿entiendes? lo he resuelto.

I diciendo esto me dejó solo, sin esperar mi respuesta.

ALBERTO BLEST GANA.

(*Continuará.*)

Adela.

(Traduccion de Victor Hugo.)

Mis doce primaveras yo contaba
Cuando ella diez i seis mui bien tenía,
I para hablarla cuando el sol caía
Que su madre saliese yo aguardaba.
Yo perdido de amor la sonreia
I mi loco placer la divertía.

¡Qué de tumbas cerradas! ¡ Qué de flores
Que el tiempo para siempre ha marchitado!
¡Quién se acuerda ya mas de esos amores
Ni de las rosas que la muerte ha hollado!
Me amaba i yo la amaba;— dos palomas
Tan puras cual la luz i los aromas!

Como niño que era me gustaba
En el trompo mostrarle mi destreza,
I lo hacía bailar i se lo daba
Recostando en sus hombros mi cabeza;
I su brazo talvez se estremecía
I el trompo de la mano se caía.

Yo estudiaba latin i pretensioso
Con mi infantil saber me envanecía,
I ufano le mostraba i orgulloso
Los libros de latin que traducía:
Mis ojos con sus ojos se encontraban,
Sus manos con mis manos se tocaban.

En la iglesia tambien junto a su lado
Mis ojos la miraban sin cesar,
I ella al verme allí cerca arrodillado
Se ponía el latin a deletrear;
Entónces me acercaba por servirla
Los salmos de David a traducirla.

Ella de mí decía «¡Si es un niño!»
Yo la llamaba «señorita Elisa»
I casi siempre al traducir de prisa
Me inclinaba a su libro mi cariño;
I tú lo sabes que tocó, Dios mio,
A su ardiente mejilla el labio mio.

CAMILO H. COBO.

Un homicida.

Continuacion.

IV.

Sin poder calmar la cólera de Barraza, yo logré sin embargo impedirle que pasára sobre mí i alcanzára hasta su víctima, al principio por medio de razonamientos i de ruegos i cuando estos fueron inútiles, valiéndome de mis fuerzas, superiores a las suyas. Pero ciego de furor i sin ceder a ninguna especie de convencimientos ni de súplicas sino por el contrario dando rienda a su cólera, sacó una daga que llevaba siempre consigo i pasando sobre mis hombros su crispado brazo, trató de echarme a tierra para lograr asi su intento de abrir la puerta i llegar hasta su esposa. Temiendo por la vida de esta infeliz mujer i haciendo un esfuerzo extraordinario para dominar el ciego furor que ya se iba apoderando de mi espíritu, vuelvo a interponerme i a estorbarle el paso: entónces me amenaza i queriendo descargar sobre mí su primer golpe, dame un fuerte empellon i logra abrir con la caida de mi cuerpo la puerta del aposento donde la víctima arrodillada se disponia al sacrificio.

Semejantes escenas no eran raras en la vida de ese matrimonio; pero aquella pasaba de punto en esta vez por la ebriedad del brutal i celoso marido. Fuera de mí por un momento a consecuencia del golpe recibido, logró levantarme ántes que mi contendor hubiese alcanzado h sta su mujer, pienso en mi situacion i en la de esta desgraciada, mido las consecuencias de un homicidio que el cielo me hacia aparecer como providencial i formo la resolucion de matar a Barraza para estorbar de ese modo mi muerte probable i la muerte segura de su interesante i desdichada esposa.

En mí, señor, toda determinacion es rápida como el pensamiento que me la sujiere. Redoblando mis esfuerzos i haciéndome superior a mí mismo, trabamos entónces una lucha cuerpo a cuerpo i en un ímpetu vigoroso logro echar al suelo a mi feroz adversario. Asido del suyo mi brazo derecho para impedirle que me hiriese con su daga, le oprimo el cuello con mi brazo izquierdo, forcejo i a un impulso desesperado caigo sobre él con todo mi cuerpo, póngole la rodilla sobre el suyo, suelta entónces el arma con que intentaba traspasar dos corazones, tómola yo i dóile con ella un golpe en el cuello que le mata en el acto.

¿Hai, señor, en esto traicion ni alevosía?—Ya lo vé V., soi asesino; pero he muerto a una fiera a quien no bastaba arrancar el puñal parricida, a un hombre que me habria infaliblemente muerto a mí si yo no me le hubiera anticipado, i que habria ido despues a consumar su obra en su propia mujer, la mujer mas amante i mas desgraciada que Vd. puede imajinarse.

V.

Preciso es que Vd. lo sepa todo, señor. Yo amaba i amo inmensamente a esa mujer i sentia i siento por ella una atraccion inexplicable; yo habria dado mi sangre por librar la suya del peligro que la amenazaba; mi vida habria dado, señor, por cambiar su triste suerte i hacerla feliz. Pero no hubo arbitrio: la fiera de su esposo queria acabar conmigo para despues concluir con ella i cerrar asi una amistad i un matrimonio que no han sido otra cosa que una fuente perenne de sufrimiento i de dolores. I esa mujer es tan simpática como apasionada, tan interesante como hermosa! Sí, sépalo V. todo....., esa mujer me amaba a mí tambien. Martirizada desapiadadamente por su bárbaro marido mirábame a mí como a su solo amigo, como su protector mas decidido, como el único amparo de su triste i atormentada existencia. El destino con fuerza irresistible me imponia, pues, el deber de velar por su vida, de protejerla, de ampararla i de salvarla; porque, haciéndolo así, salvaba con ella lo que hai para mí de mas caro en el mundo, el único objeto terrenal que me liga a la vida i por el que en verdad siento la muerte.

Sí: yo te amo, Rosario mia, i yo no te olvidaré ni aun en la tumba.—¡Ah! ¿i sabe Vd. señor, lo que es amar verdaderamente a una mujer?—No: Vd. es mui jóven todavia i en su corazon aun no ha prendido ese fuego que a la vez consume i alimenta, esa pasion divina i fatal que a un tiempo torna la vida del hombre en cielo i en infierno.—¡Oh, Dios mio! Vos que sabeis el secreto de todos los corazones sabeis tambien que yo no he vivido ni vivo sino por esa mujer i que no la podré dejar de amar miéntras exista! A ella se lo juré i a su madre moribunda i que la dejaba huérfana, maltratada por su indigno esposo i sumida en la desgracia, le prometí tambien velar por su honor i aliviar su infortunio. I no obstante su virtud i sus sufrimientos i apesar de su resignacion i de las dotes bellísimas de su alma, su celoso marido iba talvez a ultimarla cuando la infeliz entregada al sueño daba una corta tregua a su prolongado i acerbo infortunio!!

Pues bien: yo he creido cumplir, señor, con un deber sagrado librando a esta mujer desgraciada de la furia del bárbaro que pretendia inmolarla: he satisfecho un voto de mi corazon, he cumplido una obligacion providencial, i sean cuales fueren sus resultados, nada me importan. Yo amo..... yo adoro a esa mujer..... Estas palabras, profanadas continuamente por las almas vulgares, dichas por mí probarán que, tratándose de su felicidad, no ha podido imajinarse un solo sacrificio que me arredre. Oh! Mejor que esas palabras, señor, la enerjia de mi alma para soportarlo todo demostrará al mundo el ardor de mi ternura.

Mi mano conserva todavia una mancha de sangre que jamás se borrará; pero en medio de mi arrepentimiento por un hecho fatal que las leyes califican de delito, quédame la satisfaccion de que esa sangre es la de un despota cruel i que ha sido derramada por salvar a la que amo harto mas que mi vida. No importa que yo cargue con la tacha de asesino: no importa que el crímen de Cain se haya grabado sobre mi frente con caracteres indelebles: seguro está que nunca habrá sabido amar ni ser amado aquel que se apresure a condenarme.—Esa mujer me amaba i yo debia ser su vengador!—Ella me pertenecia por el corazon, —única cosa que la tiranía no ha podido someter —i llegado a tiempo de salvarla, yo dí por ella todo lo que pude dar:—dí la muerte a su feroz verdugo!

Sé mui bien que la justicia humana no reconoce una escepcion semejante i que el juez de mi causa no puede darse cuenta de la muerte de mi adversario sino mirándola al travez de un crimen horrendo i considerándola ¡el insensible! no como la consecuencia natural de un sentimiento jeneroso i noble sino como el resultado bastardo de una venganza premeditada i atroz. Oh, el asesino!.. sí, el asesino.....! Pero ¿qué me importan a mí las calificaciones ridículas del vulgo? ¿el cumplimiento de un deber de amor, no es harto mas precioso que la vida?

Sí, soi asesino!—Yo veo todavia hervir en mi mano i ante mis ojos la sangre de ese hombre: yo le veo en su agonia salvaje provocar contra mí la cólera del cielo: véole con su voz ronca por la beodez i la furia del hidrófobo pedir venganza: pero el cielo no se abre ante su voz impia por que la iniquidad ni la venganza no encuentran eco allí como en el mundo. Sin embargo, si la eterna justicia no venga su fin trájico pero merecido, los hombres le vengarán: la justicia divina me absolverá, pero la justicia terrenal sancionará mi muerte con su lei horrible del talion. Bien lo conozco, yo morire, por que mi muerte está escrita en cuanto me rodea: esa sentencia atroz la leo hasta en los semblantes del carcelero que me guarda i del hombre que me juzga!

Pero morir.....! ¡Ah, no, yo no debo..... yo no puedo morir! Si he cometido un crímen contra la sociedad, es a ella a quien corresponde castigarme..... el destierro, la cárcel, los carros...! Pero no!!! morir mas bien que vivir privado de todo lo que amo..... venga la muerte ántes de tener que atravesar una vida de sufrimiento i de dolores, sin una ilusion, sin un sentimiento, sin una sola de las alegrias risueñas del mundo. ¿A qué vivir cuando la memoria no ha de ser para mí sino la tumba de una felicidad perdida? Sí.... venga la muerte mil veces ántes que verme alejado de lo único que amo i condenado a pasar el resto de mis dias entre los muros de un calabozo, confundido con la hez de los criminales, enjaulado como bestia feroz i condenado a sufrir el punzante aguijon del remordimiento o el martirio continuo de una dolorosa i acerva meditacion.

VI.

Despues de un momento de silencio, durante el cual Palacios quedó como rendido i fatigado por el esfuerzo de su ardorosa palabra, incorporóse de repente i sacudió su cabeza diciendo sentir en sus oidos una especie de ruido incómodo i estravagante. Pero el tal ruido no existia: era sin duda una preocupacion de su espíritu o talvez, materializando un poco la idea, era el ruido de sus pensamientos que parecian estar hirviendo en su cerebro. Pedíle que se calmara, díjele dos palabras para tranquilizarle i pasada una breve pausa continuó:

—Varias veces, en estos tres dias que llevo de reclusion, he tratado de reconcentrarme en mis recuerdos, pero ellos pasan rápidos sobre todo lo que no es mi situacion actual. Mi fantasía vuela un momento sobre lo pasado para venir un instante despues a posarse en el presente. ¿I qué puedo encontrar yo en el presente si no es la ruina de mis esperanzas, la ausencia de la luz i de la vida, la pérdida de mi libertad i, lo que es peor que todo, la terrible i matadora idea del deshonori del crímen?

Del crímen he dicho i es la verdad; por que, sea cual fuese la intencion que yo tuve al matar a Barraza, ese homicidio voluntario a los ojos de la sociedad es un crímen que yo miro i miraré siempre con horror. Hablo en verdad, señor: me arrepiento de lo que he hecho i querria con mi sangre redimir la de mi víctima, si esto fuese posible.

Pero ¿de qué sirve mi arrepentimiento? ¿No me dice cuanto me rodea que todas mis protestas i mis juramentos quedarán esteriles? Afortunadamente para mí, ese arrepentimiento apénas durará lo que tarde mi condenacion: entonces no tendré ya lugar para pensar en otra cosa que en Rosario i en la muerte! Sin embargo, yo querría sentir siempre un profundo pesar de haber cortado por mi mano el hilo de la vida de aquel hombre, basta que se hubiese llamado mi amigo, basta que fuese mi semejante, aun cuando sus actos i sobretodo los últimos hayan sido brutales i bárbaros!

Cuando yo pienso en el pasado i recuerdo que un hecho solo, un rapto de furor impremeditado, un solo momento de vértigo i de estravío ha bastado para echar por tierra la honradez de largos años i el aprecio de toda mi vida: cuando pienso que mi existencia, feliz por tanto tiempo, ha de terminar con las borrascas de un proceso criminal i la afrenta del patíbulo, i que mi cuerpo robusto i sano ha de caer bajo el peso del verdugo o al golpe de la bala del soldado, confieso que tiemblo i que todo cuanto está pasando por mi me parece un sueño atroz, una quimera estravagante i horripiladora.

¡I vive Dios que esto no es por lo que en el mundo llaman miedo! No! es porque ni mis instintos, ni mi educacion, ni el jénero de vida que he llevado me han permitido imajinarme siquiera que yo pudiese venir a terminar mi existencia en un patíbulo.

Ah! Cuán tranquilas i dichosas no fueron, señor G., mi infancia i mi juventud!—Mis pasiones han jerminado bien tarde i por eso es sin duda que ellas han sido mas impetuosas i ardientes. Mi existencia ha corrido dulce i apacible, i el tejido de mis dias ha sido para mí como una tela de bellísimos colores, como un rico estambre dorado pero cuya estremidad es sangrienta. Entre mi pasado i mi presente ha interpuesto la fatalidad un charco de sangre i esa sangre es la de un hombre a quien llamé mi amigo; pero pronto me veré yo ahogado en ella i el charco se aumentará, para ejemplo de la sociedad i escarmiento de los asesinos, con la sangre que ahora corre por mis venas.

Cuando medito en lo que me sucede maldigo de todo corazon la inconsecuencia de mi destino. Si alguno sabe mi historia, si un dia se cuenta que despues de tantos años de honor i felicidad he venido a tener la cárcel por última morada i el patíbulo por lecho mortuorio, nadie querrá creer en este año execrable por que acabo de pasar; en este año que empezó por una pasion irresistible para venir a terminar por la muerte de un desgraciado i el suplicio de dos seres que tenian delante de sí una larga vida i que sobretodo se idolatraban. Desventurado de mí! Yo no nací para ser malvado i sin embargo ¡miserables leyes i miserables hombres! vais a sacrificarme estérilmente, vais a inmolarme a vuestra venganza inexorable tan solo a título de criminal i de asesino!!!

MARCIAL GONZÁLEZ.

(*Continuará.*)

Remordimiento.

—Pobre jóven tú sufres, en tus ojos
Una brillante lágrima vacila,
Te huyen del rostro los matices rojos,
Vaga incierta tu lánguida pupila.

Qué tienes infeliz? triste es tu suerte!
No te alegra el lucir de la mañana!
¡Solo el dolor tu espíritu divierte,
Solo en él piensas con locura insana!

Ven! el sol entre nubes purpurinas
Desciende presuroso al occidente:
Ven! sus últimas luces peregrinas
Empujarán tu lágrima doliente.

Sobre el opuesto monte esplendorosa
La luna melancólica se enciende,
Mece la brisa a la fragante rosa
I grato aroma por el valle estiende.

Ven a gozar! al pecho desgarrado
Naturaleza, brinda su consuelo—
—En la mísera vida del culpado
Es duro contemplar la luz del cielo.

Pobre de mí! sus bellos resplandores
Cual rayos del infierno hieren mi alma
I encienden el volcan de mis dolores
En vez de darme lisonjera calma—

—El arroyo resbala mansamente,
Ven, i ahoga en sus aguas tus pesares—
—Dejad para las flores su corriente,
Yo tengo de mis lágrimas los mares—

—El viento entre los árboles murmura,

Ven i tus quejas llevarán sus jiros—
—Pobre de mí! sus ecos de dulzura
Destemplaria yo con mis suspiros—

—El ave entona su amoroso canto,
Ven a gozar su dulce melodía—
—Ai! solo anhelo en mi mortal quebranto
Gozar de mis sollozos la armonía—

—La noche coronada de diamantes
Sobre el mundo se estiende silenciosa,
Disfruta de su calma los instantes
Abismado en su sombra misteriosa—

—Triste de mí! los astros brilladores
Que esmaltan su corona reluciente
Eclipsaran sus diáfanos fulgores
Al reflejar la mancha de mi frente!

No hai placer para mí! la blanca aurora,
La luna, el ave i del arroyo el son
Ai! por mi mal en maldecida hora
Me lanzaron su justa maldicion.

Donde quiera me arrastre el pensamiento,
Do quiera fije mis llorosos ojos
La sombra del tenaz remordimiento
Me cubre airada el porvenir de enojos!

Un tiempo—ya pasó! sus rayos de oro
El sol sobre mi frente reflejaba,
Yo inocente decíale, te adoro,
I ante el poder de Dios me prosternaba.

Mi vista recorria el firmamento
I al descubrir una radiante estrella,
Cual si pudiese oir mi triste acento,
Lleno de fé i amor, hablaba a ella.

Me extasiaba del ave el suave arrullo;
Mi aliento sofocaba la alegria
Cuando a merced de un bienhechor murmullo
En su nido de amor la sorprendia.

Cuando en la tarde embravecido el viento
Las ramas de los árboles tronchaba,
Tras una hoja con ímpetu violento
Corria hasta que, ufano, la alcanzaba.

Despues, por el cansancio fatigado
Al maternal regazo me acojia
I lleno de inocencia i descuidado
Al son de un dulce canto me dormia.

Si una sombra en mi espíritu inocente
De mis ensueños desataba el hilo,
A Dios rogaba en oracion ferviente
I me volvia a adormecer tranquilo.

Todo era bello entonces, la mañana
Lucia con brillante resplandor,
I su luz me mostraba, soberana,
Do quiera escrita la palabra ¡amor!

Mas esa edad pasó, tambien con ella
El dulce bien de mi árida existencia.—
—Se alza de la esperanza la flor bella.—
—Ah! nunca hai esperanza de inocencia!

Por siempre la perdí! recuerdo un dia...!
El cielo estaba como nunca, bello,
El sol en el zenit resplandecia
Ni una nube empañaba su destello.

Alzábanse en el prado hermosas flores
Que la brisa sutil embalzamaban
I mil tornasolados picaflores
La esencia de sus cálices libaban.

El rio resbalaba mansamente
Como nunca brillante i cristalino;
El ave preludiaba alegremente
Sobre la verde rama dulces trinos.

Yo admiraba extasiado la grandeza
De este sublime cántico de amor
Que elevaba sin fin naturaleza
Bendiciendo al Supremo Creador.

I ante ese hermoso cuadro de armonia
Me ví pequeño, i acalló mi voz
I en la impotencia i la miseria mia
Me revolqué infeliz, i ofendí a Dios!

Como el niño mimado i presuntuoso
Que se contempla en el luciente espejo
I no hallando su rostro tan hermoso
Se maltrata i maldice el fiel reflejo.

Por eso para mí la blanca aurora,
I el ave que en las ramas se asegura
I el murmullo del agua bullidora
Recuerdos son de triste desventura!

Por eso para mí tan solo abrojos
Presenta por do quier naturaleza:
A travez de las lágrimas, los ojos
Ai solo alcanzan cuadros de tristeza!

I por eso tambien en mis pupilas
Dos gotas de dolor brillan constantes,
Ellas hacen mis horas mas tranquilas,
Recuerdan de mi infancia los instantes.

Son el único bien que no he perdido
De aquellas horas por mí mal pasadas,
Consuelo de mi espíritu aflijido,
Reliquias de inocencia idolatradas.

Siempre os vea lucir! I plegue al cielo
Que el sol la inmensa bóveda al cruzar
De mi vida infeliz no aumente el duelo
Viniéndoos en mis ojos a secar!

MARTIN JOSÉ LIRA.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

ACTO II.

(El teatro representa el interior de una torre circular. A la izquierda sobre el segundo plan un balcon en el ángulo. Al lado del balcon en el muro, un nicho donde se vé una vírjen de bulto. En el primer plan, la puerta del cuarto del rei. A la derecha, sobre el segundo plan i haciendo frente al balcon, en uno de los ángulos se halla colocado un retrato de cuerpo entero de San Pacomio. En el primer plan dando frente al cuarto del rei, la puerta de los guardias de la torre. A la derecha del espectador, una mesa sobre la que se vé un azafate de flores i recado de escribir.

ESCENA I.

GATTINARA.

Margarita, mi mortal enemiga, reconciliada con el emperador! ¡Margarita a quien acabo de conducir al lado de su hermano! Ah! por mas elevado que uno esté, siempre es preciso preveer i temer los caprichos del amo!

ESCENA II.

CARLOS V, GATTINARA.

Durante estas últimas palabras, el cuadro de cuerpo entero de San Pacomio, que está colocado sobre el ángulo a la derecha, entra por la tapicería. Cárlos V pasa por él caminando lentamente i se detiene detras de Gattinara a quien escucha.

GATTINARA.

¡Ah! ¿por qué se ha de tener un amo?

CARLOS V, *poniéndole la mano en el hombro.*

Porque todo el mundo lo tiene, Gattinara, hasta los reyes, que no siempre hacen lo que quieren.

GATTINARA, *volviéndose asustado.*

Vos, señor!... cómo es que V. M. viene así?....

CARLOS V.

De mi oratorio!...

GATTINARA.

¿I cuándo fué que el rei hizo abrir esa puerta secreta?....

CARLOS V.

No fuí yo.... fué el hermoso, el elegante Felipe de Austria, que se encerraba allá todos los dias en su oratorio...

GATTINARA.

El tan poco devoto.

CARLOS V.

Para sustraerse a los celos, o mejor diré al amor de mi pobre madre, doña Juana de Castilla, que siempre queria tenerlo en el palacio; i por esta torre i esta escalera....

GATTINARA.

Entiendo....

CARLOS V, *poniéndose el dedo en los labios.*

Secreto de familia.

GATTINARA.

Que os ha hecho aceptar este lugar para prision.

CARLOS V.

Cuando me lo propusiste.

MARGARITA.

Creo tambien que V. M. me lo recordó.

CARLOS V.

Puede ser!

GATTINARA.

I ¿cómo es, señor, que apesar de la resolucion que habiais tomado, permitis que la princesa Margarita penetre en esta torre? Porque yo no la he conducido sino por órden vuestra, i hace mas de dos horas que se encuentra en ella.

CARLOS V,

Es culpa tuya!

GATTINARA.

¡Culpa mia!

CARLOS V.

O indiscrecion de algunos guardianes....

GATTINARA.

Mas prisioneros están que su cautivo, i no salen de aquí; yo solo me comunico con ellos.

CARLOS V.

Pues bien! entónces tú eres quien ha dado cuenta a Margarita del tratamiento que se le daba a su hermano.

GATTINARA.

¡Ah, señor! ..

CARLOS V.

Tratamiento que yo mismo ignoraba i contra el cual he debido protestar.... correspondia a mi deber, a mi honor, acojer las quejas con que ella hubiera asordado a todas las cortes de Europa, quejas que valia mas escuchar.... entre nosotros... en el consejo....

GATTINARA.

¿Luego ella habló en el consejo?

CARLOS V.

¡I con una habilidad, un calor, una elocuencia que tú jamas te la hubieras esperado.... ni yo tampoco. ¡Por Santiago! ha defendido la libertad de su hermano i la paz con la Francia, de modo que nos probó que era la España quien ganaba con ella.... Si hubieras visto con qué arte, con qué lisonja, con qué astucia rebatia todos mis argumentos, evitando herirme i no tratando sino solo de desarmarme!... a cada momento.... yo me sentia perder terreno!.. yo no tanto!.. eso era nada... porque yo me defendia: pero todos mis viejos consejeros, bajo el poder de su palabra i el fuego de su mirada, ni hacian caso de las señales de mi cabeza ni de mis jestos de descontento; solo a ella veian; i cuando esclamó: «Mi hermano está en peligro, i si aquí sucumbe.... en el palacio de vuestros reyes, la posteridad acusará a Cárlos V., a ese monarca tan jeneroso i tan magnánimo, de haberse deshecho por el acero o el veneno de un enemigo temible; ella dirá, pues, que Francisco I aun cautivo, ha asustado a la España; i vosotros, señores, todos sabeis que la España no teme a nadie ... i lo probareis! Sí, sí, esclamaron todos levantándose:... i casi he visto el instante en que ellos, por orgullo español, votan la libertad del

rei de Francia.... sin rescate!... Me apresuré, participando de aquel jeneroso entusiasmo, a prometer una deliberacion decisiva para la próxima sesion del consejo, que yo me guardaré bien de reunir.

GATTINARA.

¡Eso sí!

CARLOS V.

Pero despues de eso no habia medio de rehusar a Margarita el permiso de ver a su hermano.... cuando todo el consejo lo pide.... i que uno mismo se siente inclinado.... Sin embargo, la jenerosidad tiene sus límites, sobre todo la jenerosidad política, i no me gusta que esa conversacion se prolongue.... tanto mas cuanto que poco creo en el peligro del rei.

GATTINARA.

El peligro es efectivo.

CARLOS V.

Tu eres víctima de un ardid!

GATTINARA.

V. M. se engaña!.... Cuando la princesa llegó aquí conmigo, lanzóse al cuarto de su hermano.... estaba pálido i sin conocimiento..... no respondia ni a sus gritos ni a sus lágrimas ni a sus caricias; entró ella entonces en una desesperacion que hubiera conmovido a su mas cruel enemigo.....

CARLOS V.

¿Con que es cierto?

GATTINARA.

El gobernador de la torre os dirá que el rei no puede estar peor.

CARLOS V.

¿Pues qué tiene?

GATTINARA.

No se sabe.

CARLOS V.

Era preciso enviar por mi médico!

GATTINARA.

El rei no ha querido verle.

CARLOS V.

Prodigarle cuidados!....

GATTINARA.

Los ha rechazado.

CARLOS V.

¡Era preciso hacerle vivir por fuerza!

GATTINARA.

¿Porque el rei lo manda?

CARLOS V.

Pues por eso.

GATTINARA.

¿I si él dá en morirse?

CARLOS V, *golpeándose la frente.*

I es mui capaz!.... para robarme mi prisionero..... privarme de su rescate. Es un plan diabólico..... concebido i combinado con el objeto de echar por tierra todos mis proyectos i de no dejarme mas que la vergüenza de haberlos concebido.

GATTINARA.

¿Lo creis así?

CARLOS V.

Estoi seguro.. . Esos guerreros solo saben morir. ¡lindo mérito.... que si así fuera ¿quién podria desbaratar ese complot?

GATTINARA.

Una sola persona, i esa por desgracia es Margarita.

CARLOS V.

Que se quede pues.... que se quede a su lado hasta que haya hecho ese servicio.

GATTINARA.

Porque ella me lo pidió, escribí al provincial de los dominicanos para que me enviase un fraile de su órden.

CARLOS V.

I dos si se necesitan... nada omitas.

GATTINARA

I yo discretamente me retiré.

CARLOS V.

Hiciste bien.... Tambien permití al conde d'Albret, no lo que él me pedia que era participar de la cautividad de su señor, sino pasar hoi algunas horas a su lado....! suben la escalera.... es inútil que me vean! Si el peligro se aumenta, avísese-me.... o mejor será.... pronto volveré a saber por mí mismo.... Adios, adios! (*Sale por el cuadro de San Pacomio que se cierra tras él.*)

GATTINARA, *solo i mirando al cuadro que se cierra.*

Oh bienaventurado San Pacomio!... puede suceder que yo tambien te invoque!...

H. DE IRISARRI.

(*Continuará*).

Luz i calor.

Empieza el alba a despuntar medrosa
Tiñendo de arreboles el oriente,
La oscuridad se aparta silenciosa,
La atmósfera se vuelve transparente,
Color i forma imprime en toda cosa
La luz que se propaga en el ambiente,
I desgarrando de una nube el velo
El sol irradia en el confin del cielo.

Fiel imájen del hombre i de su vida
Son esa aurora tímida i rosada,
De las sombras nocturnas desprendida,
En los rayos del dia disipada,
I ese sol que a la tierra entumecida
Lanza fecunda, cálida mirada:
Albores de la infancia son aquellos,
Estos de ardiente juventud destellos.

Las perlas de rocio se disuelven,
Se evapora la diáfana neblina,
Luz i calor el universo envuelven,
Todo despierta, ajítase i camina.
No de otra suerte en fuego se resuelven,
En almo fuego i lumbre peregrina,
De la niñez los cándidos vapores,
Sus celajes de májicos primores.

Sol radioso ilumina la existencia;
La humana juventud brilla naciente,
Inunda en clara luz la intelijencia,
En grato ardor el corazon latiente,
Luz i calor derrama en la conciencia,
Fuego de aspiracion dentro la mente,
I baña en sus ardientes resplandores
La virtud, la verdad i los amores.

Mil voces pueblan las etéreas salas,
Visiones mil divagan por el cielo
Leves batiendo sus doradas alas,
Flotan al viento en incesante vuelo
Pendones mil i deslumbrantes galas,
De juventud el poderoso anhelo
Voz a la vida presta i armonía,
Luz i calor a nuestro humano dia.

El aliento de férvido heroismo,
De la virtud austera los rigores,
La enerjía del santo patriotismo,
Del amor las promesas i las flores,
De la ambicion el ciego fanatismo,
Los cebos del deleite seductores
De la niñez sacuden la indolencia
Luz i calor vertiendo en la conciencia.

¡Pero esa luz se apagará a la tarde,
Ese calor se estinguirá, Dios mio,
I en cenizas el fuego que ahora arde
Será mi ser crepúsculo sombrio!
¡Haz que ese instante desgraciado tarde
I mi espíritu pueda, en su alto brio,
Alumbrar con tu luz el pensamiento,
Bañar en tu calor el sentimiento!

Domingo Arteaga Alemparte.

Ecos de la semana.

Santiago, julio 8 de 1859.

Sumario.—Distinciones i semejanzas.—La especie humana i los ripios.—La plaga de esta semana.—Historia de un hurto oratorio.—Cabellos negros i cabellos rubios.—Efectos de una mocion desechada.—Perspectivas teatrales.—Cómo se pasa el tiempo en Santiago.

La multiplicada variedad de profesiones mas o ménos honestas en que se fracciona la especie humana, mas es nominal que positiva. Se ha convenido en llamar por nombres distintos a personas que ejercen oficios mui semejantes, i esto es todo. Así es que jeneralmente se cree, a pesar de los engaños de la nomenclatura, que los soldados i los médicos desempeñan una comision análoga cerca de la humanidad doliente: los hijos de Galeno alivian de sus achaques al hombre individual i los ejércitos al hombre colectivo llamado nacion. No es ménos comun la opinion que identifica a los poetas con los devotos: éstos con el salterio, aquellos con la lira, salmodian obstinadamente en honor de la Musa o de algun santo milagroso i viven del frugal alimento que proporciona a los unos la inspiracion de la fé i a los otros la fé de la inspiracion.—Verdad es que tampoco faltan poetas i devotos avezados a una glotoneria, si mas dijestiva, ménos espiritual.—Hai muchos que notan un parecido sorprendente entre los fiscales i los traidores de comedia, i por cierto que en ocasiones se parecen como dos carneros de la casta Galloway, que, como sabeis, no tienen cuernos. No se asemejan mas dos pesadillas que un escribano i un escritor ascético, que ámbos a porfia dán fé.... i sueño; aunque se asemejan aun mas a una pesadilla un notario con gafas i un místico que escribe en latin. Los alumnos de Terpsícore i los discípulos de Maquiavelo son tan parecidos que se ven confundidos vulgarmente en la denominacion comun de danzantes. Por último, suprimida la diversidad de nombres, apénas se distinguen los ladrones de los galanes, sino por lijeras diferencias. Estriba sin duda la principal en que los primeros sustraen valores en cambio, como diria un economista, i los segundos solo valores en uso, como corazones, etc.; bien que aun éstos llegan a ser algunas veces valores permutables. Por lo demas, unos i otros a la par hacen abundante consumo de estratéjia i diplomácia en el ejercicio de su filantrópica profesion i piden a la victoria el fallo de su varia fortuna. Galanes hai mas arteros i maravillosos que el enamorado Padre Jove, trasmutado sucesivamente en sátiro i en lluvia de oro, en toro i en cisne para realizar sus intentos eróticos; i ladrones hai tambien que no les van en zaga a los grandes capitanes de la historia, mui hombres de bien sin duda.

En rigor, benévolos lectores, cuanto queda dicho no es sino un ripio exorbitante tratando simplemente de hablaros (tal era a lo menos mi primera intencion) de una plaga de esta semana. No pienso por eso haber incurrido en un vicio mui censurable, si se considera que los ripios son el patrimonio del jénero humano i no son los mas capitales aquellos que se cometen hablando. En nuestra especie, los ripios son tan frecuentes como los tontos, frases sin sentido que solo sirven para llenar la medida en las estrofas de la poesía racional. Los ripios se ostentan en todas partes i acompañan al hombre desde la cuna hasta la huesa. Las orejas de un sordo, la lengua de un mudo, la conciencia de los hombres de estado, la biblioteca de ciertos eruditos, la cabeza de algunos jenerales, la libertad de muchos pueblos, constituyen otros tantos ripios del gusto mas detestable. Hai quien pretende que las crinolinas tampoco son mas que un ripio. Error lastimoso! Los ampulosos miriñaques son el símbolo de nuestro orgullo nacional: henchido de aire, se arrastra por el suelo esperando el gaz bienhechor que tarde o temprano ha de elevarlo a las rejiones de la luz. ¡I habrá todavia necios que maldigan de las crinolinas!

Pero, comenzaba a deciros que esta semana habia sido víctima del azote de una plaga, lo que en verdad no es estrictamente exacto, atendido que

entre nosotros hai siempre vijentes mas de un azote i mas de una plaga. Sin embargo, ha habido una que, sin ser esclusiva, ha descollado de un modo alarmante en los últimos siete dias.

Los ladrones han dado alimento a la conversacion de todos, al miedo de muchos, a los ayes i lamentos de las víctimas de tan brusco despojo, i a las pesquisas de nuestra meritoria policía, que nunca deja de imponerse este inútil trabajo. Ha habido toda especie de robos i de ladrones: robos de dia i robos de noche, robos cómicos i robos trájicos, ladrones economistas i ladrones eróticos, adoradores de Mercurio i de Vénus. Nada de esto, empero, puede sorprender cuando se sabe que hasta las personas de bien han cometido esta semana el crímen de hurto. Se cuenta a este respecto una ocurrencia que ha estado a punto de ser desastrosa:

El jóven orador Z.... se preparaba para ilustrar con un brillante discurso el proyecto de bancos que hoi se discute en la Cámara de Diputados. Habia estudiado la cuestion concienzudamente i se proponia demostrar a la honorable Asamblea las ventajas que reportaria nuestro crédito si se sostituyese por el lienzo el papel de los billetes de emision. Como era natural, su elocuencia debia ser tanto mas irresistible, cuanto que préviamente habia consignado su ardorosa improvisacion en dos grandes pliegos de papel, manuscritos en caracteres liliputienses. Su triunfo parlamentario, soñado de antemano, iba a ser pues espléndido.—Llega por fin el dia deseado, el mártes de esta semana. Acude a su escritorio, tira de una de las gavetas, en que solia guardar los tesoros de su elocuencia, i ¡oh rabia! sus ojos despavoridos la encuentran vacia. Habia sido robado execrablemente. Llama, grita, patea i jura del modo mas enérjico i espontáneo; hace por fin tal estrépito que su señora, jóven i graciosa beldad, se presenta consternada a saber lo que ocurre.

—He sido robado, Mercedes!—esclama al verla el infortunado Demóstenes.

—Cómo?

—Me han sustraido de esta gaveta unos papeles de la mayor importancia!

—Dios mio!..—murmura a media voz la culpable consorte, presa de una turbacion i angustia repentinas.

Porque en efecto era culpable la hermosa dama, i autora de aquel hurto.—El dia anterior una amiga suya habia mandado a pedirla el molde de las mangas adoptadas últimamente. No hallando a mano papel en que cortarlo, fué en busca de él a las habitaciones de su marido i, como ya sospechais, inmoló la elocuencia a las tijeras.

Poco tardó Z... en adivinar la culpabilidad de su mujer, traicionada por su visible embarazo i la emocion de su voz. Siguióse, como era consiguiente, a este descubrimiento una discusion acalorada, que a poco hacer se vió comprometida en el peligroso campo de las recriminaciones mútuas. La palabra divorcio llegó a pronunciarse por el airado consorte i ya no era difícil preveer el desenlace de aquella escena. Sin embargo, la inminencia del peligro aconsejó bien a la aflijida esposa i la sujirió un argumento irrefutable, claro como un axioma, certero como una flecha. Vosotras solas conoceis ese argumento, adorables lectoras, i sabeis por esperiencia sus maravillosos efectos.—El fuego se apagó.

Han quedado tan solo las cenizas de aquel incendio:—una oracion parlamentaria mutilada i transformada en el patron de unas mangas femeninas.

Se bailaba hace dos noches en casa de la señora Q.... Era una *soirée* de confianza, casi de familia, en que reinaba esa cordialidad íntima que solo se consigue en reuniones poco numerosas i no ofrece peligros entre personas bien criadas.

Sin abdicar sus fueros, la urbanidad habia cambiado su casaca de parada por un traje mas desahogado, que procuraba a sus movimientos una amplia e inofensiva libertad. Se charlaba sin afectacion, se reia con sinceridad, se bailaba sin pretensiones. La milicia licenciada del bello sexo, las mamás se ocupaban en hacer u oir la interesante narracion de algun episodio doméstico, que interrumpian de vez en cuando para escuchar algun rasgo de sabrosa murmuracion; miéntras que el cuerpo de operaciones femenino peleaba bizarramente en la batalla a que se veia provocado por la galantería de sus adoradores. Preciso era estar de humor mui recalcitrante para no aprovecharse de las insinuaciones de aquella fácil alegria.

Tal parecia sin embargo que fuese el estado en que se hallaba aquella noche el ánimo de la señorita Jertrudis T..., que entre melancólica i mohina dejaba ver la blancura de su frente lijeramente convexa dentro del marco de sus negros cabellos. Su aire casi borrascoso, contrastado por la severidad de su belleza, imprimia en esta un caprichoso atractivo. Contemplaba, sin mirarlo, a su novio semi-oficial, Alcibíades P..., empeñado en una viva conversacion con la rubia mas hechicera que jamás holló con su pié infantil la alfombra de un salon. Acababa de bailar por tercera vez con tan linda pareja. Sobrevino entre tanto una nueva cuadrilla que la apartó de su lado, i recordó entónces que no habia saludado todavia a Jertrudis. Acercóse a ella, quien a poco rato observó con intencion:

—Cuánto me gustan los cabellos rubios!... I qué bien sabe Adela llevar los suyos!.... No es Vd. de mi opinion, Alcibíades?

—Si Vd. los tuviese adoraría en ellos; pero.....

—Pero como no los tengo.....

—Adoro en los cabellos negros.

—Por Dios! qué mal gusto el de Vd.!

—No piensan así los que saben.....

—Que ya no se casa Vd. conmigo.

—Como!.....

No permitió decir mas a Alcibíades un jóven caballero que, ofreciendo a este tiempo su brazo a Jertrudis, se lanzó con ella en los rítmicos jiros de una mazurka.

. . . . . .

A la mañana siguiente, Jertrudis escribia a una amiga pidiéndole el romance de Saint-Pierre: *Pablo i Virjinia;* i Alcibíades iba a tomar un baño tibio a casa de Bouquet.

Ya lo veis: un nuevo robo i un nuevo criminal femenino. Adela habia hurtado un matrimonio.

La denegacion de la Cámara de Diputados a la mocion-Gandarillas ha influido perniciosamente en el ánimo de las personas piadosas i las hace caer en frecuentes distracciones.

Una de ellas entró el miércoles en una tienda para comprar algunas varas de paño.

—Cuántas necesita Vd.?,—le preguntó el mercader.

—Diez mil,—contestóle sin vacilar el comprador devoto, preocupado con la idea de la reciente decepcion.

Los diarios de Santiago i Valparaiso han anunciado esta semana la compra del teatro de dicho puerto por los presuntos empresarios del Teatro Municipal, lo que hace esperar que este será abierto en algunos dias mas por una compañia lírico-dramática. Si en efecto es así, el personal de la nueva empresa da desde luego una sólida garantía al buen resultado de sus trabajos.

Han aparecido esta semana otros dos pensamientos teatrales, que han estado a punto de interrumpir el silencio majestuoso, como toda nulidad, en que yace el templo de las Musas.

Por una parte, la filantropía de nuestra juventud inspiró a algunos de sus miembros la feliz idea de dar en aquel vasto recinto un baile en beneficio de los incendiados de Ancud. Para realizar este propósito dirijieron una solicitud a la Municipalidad, que no ha podido acceder a ella inmediatamente a causa de un reclamo que va a entablar contra los antiguos empresarios del Teatro.

Por este motivo ha quedado tambien en suspenso la solicitud que, por otra parte, ha elevado la pareja Thierry-Bernardelli para dar dos funciones de baile i canto.

Estos dos amagos de distracciones quedan pues, sino disipados, aplazados indefinidamente.

Falta nuestra sociedad de espectáculos i paseos públicos, se hace de dia en dia menos accesible a la observacion. Puede no obstante asegurarse que en sus varios círculos todos se ocupan de algo i encuentran el medio de pasar el tiempo con mas o menos amenidad.

Las niñas sueñan sonriéndose.

Los jóvenes fuman soñando.

Los hombres maduros hablan pensando.

Los viejos recuerdan hablando.

Las viudas lloran riéndose.

Los casados i las casadas..... menester seria, para saberlo, conocer la fecha del contrato matrimonial.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

A nuestros suscriptores.

Como nuestro principal anhelo al emprender la publicacion de *La Semana* ha sido darle toda la variedad, amenidad e interes posibles, nada hemos ahorrado hasta hoi ni nada tampoco ahorraremos en adelante para conseguirlo.

Con este fin, estamos trabajando para vencer las dificultades que hasta ahora se nos han opuesto para la ilustracion de nuestro periódico.—Una vez vencidas éstas i contando con la decidida proteccion i ayuda del público, empezarémos nuestras ilustraciones. Consistirán éstas en retratos de hombres notables, tanto nacionales como estranjeros, i en caricaturas de costumbres; pero desterrando de ellas toda alusion personal o política.

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pajinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Reunido un número regular de suscriptores empezarémos a formar la BIBLIOTECA DE LA SEMANA, a que se refiere nuestro prospecto, dando lugar en ella a lo mas nuevo e interesante que se escribe sobre novelas, historia, viajes, etc.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones en Santiago, en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes; en Valparaiso, IMPRENTA I LIBRERIA DEL MERCURIO.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Bulnes, num. 14.

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores:—Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Julio 16 de 1859. Núm. 9.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JULIO 16 DE 1859.

Plaza al progreso.

> Los *hombres sérios* son los que no conciben el porvenir sino a la imájen del presente. A sus ojos toda innovacion es una quimera, toda reforma una perturbacion. Suprimir un abuso les parece tan culpable por lo ménos como matar a un hombre. Es un asesinato.
>
> EMILIO DE JIRARDIN (Les 52, t. 5.)

Dos grandes enemigos tienen las sociedades:—la cobardía i la incredulidad.

La cobardía que teme todo movimiento;

La incredulidad que lo niega.

Por cualquier lado que se estudie la vida de los pueblos, siempre se encuentra en primer término a esos dos ajentes de la inmovilidad, a esos dos caballeros del pasado gritando a la sociedad:—detente! atravesando mil obstáculos en su camino.

Cada traspié que dá una sociedad es la obra casi esclusiva de los cobardes i los incrédulos.

Las sociedades han nacido para marchar sin tregua ni descanso. El movimiento es la primera necesidad de su constitucion, indispensable elemento de su existencia. Todo el que trate de detenerlas solo conseguirá exacerbarlas, desesperarlas, arrojarlas en los caminos estremos, donde su salud o su pérdida son el fruto de la casualidad. Esto es lo que no se sabe, o no se puede, o no se quiere comprender.

De aquí el que constantemente estemos presenciando que, en vez de ayudar a la sociedad a marchar, de infundirle esperanza i fé en lo que ha de venir, se le liguen los piés, se le predique el desaliento i el miedo. Así cada jornada que hace es una batalla que libra, cada paso un esfuerzo, cada conquista que alcanza en la tierra del porvenir un bien empapado en abundantes lágrimas i no poca sangre.—Por manera que lo que realizar se pudo con un poco de valor i buena voluntad, viene a costar a la sociedad inmensos sacrificios; lo que pudo asegurar sus destinos los viene a poner en tela de juicio, i no teniendo que jugar nada o casi nada en la partida, se vé empujada a jugarlo todo.

Siempre que una situacion difícil surje, que nos hallamos comprometidos en una senda tortuosa, se clama contra el espíritu de innovacion, se le hace cargar, de grado o por fuerza, con toda la responsabilidad.

Si una turba desenfrenada pone en peligro la seguridad pública,—Los innovadores tienen la culpa.

Si un soldado subleva un cuerpo de guardia i se lanza a derrocar lo establecido,—Los innovadores son los únicos culpables.

Si un gobierno tiene que echar mano para mantenerse, como de su solo sosten, de la fuerza bruta,—Culpa es de los innovadores.

Error i calumnia!

Esas turbas que se entregan al pillaje, carecen de moralidad.

Esos soldados que se insubordinan, se atreven a ello porque su poder i su fuerza se ha exajerado.

Esos gobiernos que buscan su sosten en las bayonetas, desconocen, i se han enajenado la opinion pública.

¿Dónde están los verdaderos i lejítimos representantes de la innovacion predicando a los pueblos inmoralidad, a los ejércitos indisciplina, a los gobiernos impopularidad? Señáleseles!

Nosotros vemos todo lo contrario.

¿Qué piden los innovadores?

Instruccion i bienestar para el pueblo;

Gobiernos que vivan por la sociedad i para la sociedad;

La opinion pública en el pleno ejercicio de todos sus fueros i privilejios;

Fuerza en el derecho i no derecho a la fuerza.

Ahora ¿qué pretenden los que mantener intentan a las sociedades en la inmovilidad, las ideas compuertas?

Esclavitud para las masas;

Gobiernos sin responsabilidad;

Opinion pública sin vida;

Fuerza, fuerza i siempre fuerza!

¿Cuál de estos dos sistemas está llamado a obrar el bien i la felicidad?—El que coarta las leyes sociales o el que se somete a esas leyes? El que vive contrariando los deseos, tendencias i esperanzas de la sociedad o el que en vez de contrariarlos los ayuda a realizarse?—Respondan los hechos por nosotros.

Cuando se atribuye al ánsia de movimiento, de actividad, de progreso de una sociedad los dolores que la aquejan, las vacilaciones, las caidas por que pasa, se peca por ceguedad o preocupacion.—No hai una sola fluctuacion social que no traiga su oríjen del desconocimiento de las leyes del desenvolvimiento humano, de la negacion del progreso. El siglo XIX es una prueba palpitante de lo que asentamos. Todas las revoluciones por que va pasando i le quedan aun por soportar, tienen su razon de ser, son los lejítimos enjendros de esa negacion.

Si Cárlos X retira sus ordenanzas sobre la prensa, si Luis Felipe nombra un ministerio en conformidad con los deseos de la opinion pública, si esos dos reyes comprenden i respetan el movimiento social, i en lugar de convertirse en el escollo en que vienen a estrellarse las olas del torrente popular, tienen valor i fé bastante para levantar las esclusas, esos reyes quedan en su trono, el órden no se turba, no se quema un cartucho, no se sacrifica un hombre, no se derrama una gota de sangre, i sin embargo el progreso se obra; i sin embargo se realiza una inmensa revolucion!

Lo que decimos de la Francia puede decirse tambien de nuestra América.

Para mantener una vida en constante pugna con las leyes sociales ha sido necesario emplear la coaccion, echar mano de la fuerza. Se ha hecho de la fuerza un poder cuando no debia ser i no es mas que un ajente. Todo pecado trae su penitencia: la América española está purgando su culpa.

Si se quiere romper con la era de las revoluciones armadas, no hai mas medio que bajar a la fuerza de su usurpado solio, arrebatarle el arbitraje que, en un momento de desaliento o estravío, se le ha dado en los destinos sociales. La lójica de los hechos humanos es mas inflexible de lo que se cree. Lo que ha de nacer nace, lo que ha de crecer crece, lo que ha de morir muere, lo que ha de suceder sucede, sin que sea parte para estorbarlo la compresion con todos sus recursos.

Es necesario abrir los ojos a la evidencia i convencerse que en vez de poner diques a la corriente del rio social se le debe cavar nuevos cauces i dejarla que corra.

Toda la obra de los gobiernos debe limitarse a encaminar, jamás a detener ni ménos a compeler. Es no solo conveniente sino tambien preciso dejar a las sociedades su espontaneidad. Tan funestos resultados enjendra detener el progreso social como compelerlo a realizarse. Por ambas vías se va a rematar a la violacion del derecho, se va a inferir un ultraje a las leyes del desenvolvimiento humano.

No es otra cosa lo que con sobrada frecuencia sucede en las sociedades hispano-americanas.

Unos tratan de detenerlo, de inmovilizarlo todo:

Otros tratan de que todo marche a rienda tendida.

De aqui nace la creencia de que solo los gobiernos brutalmente fuertes pueden lograr existencia en nuestras sociedades. Falsa creencia!

Hemos tenido gobiernos que se han apellidado liberales; pero que mas que todo fueron descabellados. Su táctica lo dice bien claro: no fué otra que la de Alejandro, cortar el nudo en lugar de desenredarlo.—Sin estudiar la sociedad sobre que venian a producir el bien, rompieron desde el primer dia lanzas con ella. En vez de enseñarla a marchar i de decirle:—caminemos, le ordenaban caminar. Si la sociedad decia:—no puedo mas! aquí me detengo! se la obligaba a ir adelante: se la tiranizaba; para obrar el bien es verdad, pero se la tiranizaba!

Por eso, si nos queremos ver libres de toda tiranía, tanto en bien como en mal, huyamos de la cobardía, la incredulidad i la exajeracion, demos plaza al progreso.

Miéntras la autonomía social no sea reconocida, cimentada i respetada, es decir, miéntras las sociedades no se rijan por sus propias leyes, los descarrilamientos sociales estarán a la órden del dia, viviremos siempre fluctuando entre el despotismo i la anarquía.

Trabajar por que concluya la menor edad de las sociedades, es el mas grande i el mas fecundo de los deberes. El medio de conseguirlo es dejar al progreso camino franco para que penetre, encamine i gobierne todas las esferas de la vida i de la actividad social.

¡Plaza al progreso!

¡Plaza al progreso!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Un drama en el campo.

Conclusion.

VI.

Al día siguiente de esta conversacion nos hallamos, como de costumbre, en casa de Paulina. En todo el dia Antonio i yo no nos habiamos visto. Cada vez que conversaba con ella i alzaba por casualidad la vista, encontraba la mirada de mi hermano fija sobre nosotros, brillando con ese fulgor sombrío, que me mostró al querer hacerle la confidencia de mi amor.

Varias semanas pasaron de este modo. Paulina había notado tambien la estraña espresion de Antonio, que casi nunca la dirijia la palabra: esa espresion, me decía a veces, la causaba un indecible terror.

Por otra parte, en nuestro amor, tras los juramentos vinieron los proyectos: entre estos se deslizó la palabra matrimonio, que nunca me había atrevido a pronunciar, i que Paulina acojió con un placer franco i sincero que me probó la realidad de su amor. Venciendo la timidez que me inspiraba mi pobreza i la gran fortuna del padre de Paulina, me dirijí resueltamente a él i le impuse de nuestro amor i mis proyectos, solicitando la mano de su hija. La respuesta que obtuve, fué tambien de una franqueza desesperante:

—Amigo, me dijo este hombre, haciéndome bajar la vista con la insolencia de su mirada, mi hija aunque será rica no lo es todavía, por consiguiente necesita un marido de fortuna para no descender de la posicion que por mi trabajo la he dado. La hijuela que Vds. cultivan, apenas daría para comer a uno solo i mucho ménos a su madre de Vd., a su hermano, i a la familia que V. tendría. Siga un buen consejo, que le doi por amistad: no piense en casarse hasta que no sea rico.

Ante la fría lójica de aquella redonda negativa, basada en un cálculo aritmético, mi voluntad i mi espíritu se sintieron sin enerjía como sin argumentos. Los idilios de mis ensueños amorosos vinieron por tierra, como las flores de un jardin que los muchachos se divierten en destrozar con el primer palo que encuentran a la mano. Sin sentirme humillado, ví que era preciso ceder a la omnipotente majestad del dinero i me retiré culpando solo al destino que me negaba mi primera i mas ardiente ambicion.

En la noche no quise presentarme en casa de Paulina i al dia siguiente me preparaba a imponerla, por medio de una carta, de las razones que me desterraban de su lado, cuando recibí una de ella en la que a la mas tierna inquietud, venian unidas las solemnes protestas de una eterna constancia. Mi contestacion fué contándola mi entrevista con su padre i la redonda negativa que había recibido.

Desde entónces quedó establecida nuestra correspondencia que dura hasta ahora. Desde entónces tambien solo dos veces he podido hablar con ella, cuando la he encontrado paseando a inmediaciones de la casa, acompañada por una mujer vieja, sirviente antigua de su familia.

Paulina, en sus cartas me da cuenta una por una del empleo que hace de las horas del día, teniéndome al corriente de todo lo que acontece en su casa i que puede interesar a nuestro amor. Hace pocos dias noté en su correspondencia una tristeza que rayaba en reserva, i conjurándola, en nombre de sus juramentos, a que me hiciese saber la causa de aquel cambio, me confesó que Antonio la había declarado su amor i habládola de mí con menosprecio i desden. Luego despues, me anunció que mi hermano se había retirado de su casa, cuando ella le había dicho que me amaba, jurando que nunca me pertenecería. Este juramento, me decía Paulina, fue hecho con una espresion de rabia, que a todas horas se presentaba a su memoria como el recuerdo de una pasadilla horrorosa.

Desde aquel día nuestros disgustos i rencillas con Antonio han sido cada vez mas ágrias i frecuentes, hasta el punto de no vernos nunca, sino a la hora de almorzar i comer en presencia de mi madre.

Pero hace tres días, este jénero de vida cercado de contrariedades i pesares domésticos, sin mas placer que las cartas de Paulina i la esperanza de verla, ha cambiado repentinamente. Paulina me anunció que su padre, sintiéndose enfermo, acababa de arrendar la hacienda i que había ordenado hacer los aprestos para marcharse a Santiago. Bien pensarás que ese golpe inesperado fué para mí terrible: la idea de perder a Paulina, hizo cruzar por mi cerebro mil siniestros proyectos, en los que imperaba el mas profundo desprecio de la vida. Parecíame que en Paulina todos mis afectos se habían concentrado i sentía que perderla, era el principio de una agonía atroz que en breve cortaría mi vida.

Mi respuesta a la carta de Paulina fué naturalmente en ese sentido: en ella apuré los colores mas sombríos de mi desesperacion, sin ocultarla mis fatales presentimientos, ni las probabilidades de que pudieran realizarse. Paulina me escribió entregada a la mas desesperante inquietud. Cada frase de su carta respiraba esa abnegacion del amor verdadero, encendido i aumentado por los obstáculos, que desconoce los sacrificios para arrostrarlos con la sonrisa en los labios, como la fé relijiosa hacía a los martires sufrir los tormentos i la muerte. Para ella, como para mí, nuestro amor era la vida: sin él preferíamos morir.

A la lectura de esta carta me resolví a emplear el único espediente que nuestra angustiada situacion me sujeria, i la propuse la fuga, diciéndola que iriamos a casarnos a San Fernando a casa de un amigo, de cuya fidelidad no puedo dudar. Mi propuesta ha sido aceptada, no solo con resignacion sino con placer, i como pasado mañana es el día fijado por su padre para emprender el viaje a Santiago, nuestra fuga está convenida para mañana en la noche.

—¿I has pensado bien, dijo Emilio, en el paso que van a dar?

—¿I qué hacer? replicó Pablo, yo puedo resolverme a todo, ménos a dejarla partir.

—Pero tienes que abandonar a tu madre.

—Será por poco tiempo; cuando me haya casado volveré con Paulina.

—¿I su padre?

—¡Qué me importa! El arreglará sus cálculos como pueda i sufrirá las consecuencias de su ambicion.

VII.

A la noche siguiente de esta conversacion los dos hermanos, la madre i Emilio se hallaban en la pieza que servía de comedor. Doña Manuela, tomaba mate sentada en un rincon del cuarto, mientras que Pablo i Emilio conversaban a su lado. Antonio se paseaba fumando, sin tomar parte en la conversacion. En aquellos momentos había algo de solemne i sombrio en el cuadro que formaban estas cuatro personas. La escasa luz que alumbraba la estancia, dejaba caer sus pálidos rayos sobre el rostro melancólico de la señora i parecía eclipsarse ante el fuego de las miradas que, al dar vuelta en sus paseos, lanzaba Antonio sobre su hermano i su primo. La conversacion, ademas, era fría i trabajosa, como la de personas que hablan preocupadas de ideas distintas a las que van emitiendo con distraccion.

Así llegaron hasta las diez de la noche, hora en que Doña Manuela se retiró a su cuarto i Emilio hizo señas a Pablo de retirarse tambien. Este salió dejando a su primo solo con Antonio, que había tomado un asiento a distancia.

—Primo, dijo Emilio rompiendo el silencio, desde ayer tengo deseos de hablar a solas con Vd.

—¿Sí? i sobre qué? contestó Antonio, como sacudiendo alguna idea que parecía dominarlo.

—Sobre varias cosas, replicó Emilio, que pueden reasumirse en una sola: desearía ver en sus relaciones con Pablo ese amor de hermano que echo de ménos.

—Ese amor de hermano, esclamó Antonio, ha muerto en mi cada yez que ha querido renacer. ¿Quién tiene la culpa? Dios solo lo sabe. Hai sin duda, primo, naturalezas desgraciadas, que la providencia o quien sabe quien, destina fatalmente a una lucha perpetua: la mía es una de esas. ¿Cree Vd. que mi corazon no ha sentido jamas la necesidad de un afecto? Una sola confesion de mi parte le dará la respuesta: yo he devorado los libros de Pablo i hecho gala de mis conocimientos, para que nuestros padres viesen que yo tambien quería conquistar su cariño, aun cuando ellos pareciesen querer negármelo. Sin embargo de todo esto nada he logrado, cuando sentia en mí irresistibles impulsos hacía esa vida de tiernos sentimientos, que solo podían endulzar la soledad a que me he visto condenado desde mi infancia. Ahora ya es tarde. He querido buscar en una mujer toda esa dicha que me huia con los otros, i esa mujer ha preferido tambien a Pablo; ya vé Vd. que entre nosotros toda reconciliacion es imposible, porque yo tambien amo a Paulina i he jurado que si no llega a ser mía no será de nadie. ¡Alguna vez siquiera me he de dar el placer de realizar mi deseo!

Antonio, que habia principiado a hablar con un tono de reconcentrada tristeza, se animó por grados hasta temblar de emocion al decir su amor por Paulina.

—Vea Usted dijo despues de una lijera pausa, como Pablo ha sido desde nuestros primeros años el ser con quien siempre me han comparado deprimiéndome, yo he buscado el modo de hacerme superior a él en cuanto he podido i en muchas cosas lo he logrado. El no me aventaja en ningun ejercicio del cuerpo i nunca se atreverá a arrostrar mi cólera, porque lo quebraria como a un niño. Es verdad que él me ha vencido hasta ahora en el amor, pero yo sabré vencer al destino; voluntad i enerjía me sobran.

I al decir estas palabras empezó a reirse de un modo estraño i forzado que heló la sangre de su primo.

—Todo lo que Vd. me ha dicho, dijo Emilio, prueba solo que Vds. no se han entendido hasta ahora, pero que pueden amarse . . . .

—Vea, replicó Antonio interrumpiéndole, dejemos esta cuestion, porque ella me afecta demasiado. Si Pablo renunciase a Paulina, desde ahora mismo ¿me entiende Vd.? en el acto, talvez nuestro porvenir seria mas feliz. De otro modo tendremos que conformarnos con nuestro destino. Buenas noches primo.

Los dos jóvenes se separaron i Emilio se dirijió al cuarto de Pablo.

—Es intratable, dijo al entrar, creo que nunca se alcanzará nada de él.

—Lo siento, murmuró Pablo, al dar el paso a que me preparo hubiera querido reconciliarme con él.

Emilio se guardó bien de decir la condicion que Antonio imponia para olvidar su rencor.

—Creo que la hora ha llegado, dijo Pablo tomando su sombrero i un par de pistolas que habia dejado sobre una silla.

—Yo te acompaño, le dijo Emilio.

—Para qué, sólo estoi bien.

—En lugar de llevar un hombre cualquiera, irás conmigo.

—Vaya, si tú te empeñas: gracias.

Emilio tomó su sombrero i ambos salieron dirijiéndose detras de la casa, en donde habia tres caballos ensillados, que un hombre sujetaba por las riendas.

—Bien está, déjanos los caballos, dijo Pablo a este hombre.

Los dos jóvenes montaron i tomando Pablo la brida del tercer caballo, se pusieron a galopar con direccion a la casa que habitaba Paulina.

VIII.

Eran ya las dos de la mañana.

La noche, sin ser de luna, tenia bastante claridad para distinguir los objetos a una distancia considerable.

El silencio de los campos era profundo i solo interrumpido de cuando en cuando, por el lejano mujido de los toros, que los ecos de los montes repetian.

Por lo demas, todos los ruidos nocturnos que se oyen en los campos en las primeras horas de la noche habían cesado ya, dando lugar a ese silencio solemne que predispone el ánimo a la supersticion i a los temores.

Los dos jóvenes galoparon durante un cuarto de hora sin dirijirse la palabra: ambos iban engolfados en sus propias meditaciones, que la calma de aquella hora favorecía. Al cabo de este tiempo, Pablo pasó del galope al trote i de este al paso poco despues. Emilio disminuyó tambien la velocidad de su marcha, en la misma proporcion que su primo.

—Ya vamos a llegar, dijo Pablo rompiendo el silencio, i es preciso caminar mas despacio para que el ruido no llame la atencion de los inquilinos que viven en los alrededores de las casas con sus pandillas de perros, los que esparcirían la alarma a mas de una legua a la redonda.

Ambos se detuvieron despues de estas palabras. Hallábanse delante de una de esas tapias bajas de adobones, tan pintorescas en los campos por las hendiduras que a guisa de troneras se dejan al construirlas i por las cuales pasan sus ramas caprichosas, el quilo i otras silvestres enredaderas.

Allí los dos jóvenes echaron pié a tierra i Pablo se alzó apoyando un pié en una de las hendiduras de la pared. Delante de su vista había un potrerillo de cortas dimensiones, terminado al frente por las altas murallas de adobe que circunvalaban la casa. En un rincon se divisaba apenas un punto oscuro, que era la puerta que comunicaba el potrerillo con el interior.

—Espérame aquí, dijo Pablo a su primo, pasándole las riendas de su caballo i las del que había traido tirando: sobre todo ten paciencia, pues será preciso esperar algun tiempo.

Diciendo esto, el jóven saltó al otro lado de la tapia i se dirijió al rincon, donde hemos dicho se hallaba la puerta que daba entrada a la casa por la parte de atras. Emilio siguió a su primo con la vista, sentándose sobre la tapia, lo vió detenerse algunos instantes i perderse despues tras de la puerta, que se abrió i cerró sin hacer el menor ruido.

En esa espectativa trascurrieron diez minutos, durante los cuales Emilio sintío palpitar su corazon i llenársele el espíritu de mil funestos presentimientos. A cada instante creía oir ruido de voces en el interior de la casa i el lejano mujido de las vacas resonaba en sus oidos como el lamento de una voz ahogada por el dolor.

—Si lo sorprenden, se decía temblando, tendría talvez que habérselas con los criados de la casa, que lo tomarán por un ladron.

Entretanto sus ojos se fijaban obstinadamente sobre la puerta, mientras esta reflexion tomaba cada vez mas alarmantes proporciones.

Su vista, acostumbrada ya a la oscuridad, divisó por fin abrirse la puerta i aparecer un bulto que, proyectándose sobre ella, podía apenas distinguirse. Pero el bulto continuó avanzando hacia él i empezó a dibujarse mejor, a medida que se aproximaba. En la mitad de la distancía, Emilio percibió distintamente dos personas: un hombre i una mujer.

Entónces sintió desvanecerse, como por encanto, sus temores i dilatársele el pecho con la vuelta de la tranquilidad. Pero no bien esperimentaba esta consoladora sensacion, cuando resonó en el aire el estampido de un tiro i sus ojos, que seguian el movimiento de las dos personas que avanzaban, vieron caer a una de ellas i oyó un jemido que fué a confundirse en los cerros con los ecos de la detonacion.

IX.

Emilio se lanzó del puesto que ocupaba i corrió cuan lijero le fué posible, hasta el punto en que uno de las dos personas acababa de caer: Pablo se hallaba sin sentido en el suelo i una mujer jóven i bella hacía esfuerzos para sostenerlo.

Emilio, sin decir una palabra, se puso a reconocer el cuerpo de su primo: la bala habia pasado a algunas líneas sobre la sien izquierda, abriendo una herida que la sangre hacia parecer mas grave.—Señorita, dijo a la niña que fijaba en él sus ojos llenos de inquietud, yo he venido con Pablo i me hallaba espe-

rándolo cuando he sentido el tiro i lo he visto cáer: soi su primo.

—El me lo venia diciendo, contestó ella; pero que haremos por Dios! ¿cree Vd. que la herida sea de gravedad?

—Imposible me será decirlo ahora; pero es preciso que Vd. vuelva a su casa ántes que noten su ausencia: de otro modo Vd. i él se pierden para siempre.

—No, dijo la niña con resolucion, yo no puedo abandonarlo así.

—En nombre de él i de su amor; vuélvase Vd. yo voi a conducirlo a su casa i la tendré a Vd. al corriente de su salud: si Vd. se queda, todo se descubre i están perdidos.

—No importa, dijo ella, ya he resuelto salir de mi casa, i si pensaba seguirlo estando bueno, con mas razon lo haré ahora que su vida se halla en peligro.

Emilio inclinó la cabeza ante aquella enérjica resolucion i pasando sus brazos bajo el cuerpo de Pablo, se enderezó con él i anduvo hasta la tapia, en donde momentos ántes lo esperaba.

Allí el herido alzó la cabeza i fijó la vista sobre Paulina i su primo.

—¿Vd. no está herida?, dijo tomando las manos de la niña.

—No, respondió esta, cuyo rostro se hallaba bañado en lágrimas ¿qué siente V?

—Creo que la bala solo me ha rozado la cabeza, dijo Pablo llevando una de sus manos a la herida; esto no será nada.

—Pero me parece que lo mas prudente es dirijirnos a casa de tu madre, dijo Emilio, i que esta señorita vuelva a la suya ántes que hayan notado su ausencia.

—Tienes razon, dijo Pablo, a ménos que ella quiera ponerse bajo la proteccion de mi madre.

—Mi resolucion está tomada dijo Paulina, yo iré a donde Vd. vaya.

Pablo estrechó con amor las manos de su querida por toda respuesta.

—Entónces, dijo Emilio, vamos pasando la tapia i a caballo, el tiempo urje, pues ese maldito tiro ha despertado todos los perros de esta hacienda i creo notar en la casa un movimiento de luces, que manifiesta que se han puesto en movimiento los que la habitan.

Hasta entónces aquellas tres personas parecian querer evitar la conversacion sobre el oríjen del tiro.

Pablo, entre tanto, recobraba todas sus fuerzas, porque despues de pasar la tapia insistió en ayudar a Paulina a subir a su caballo. Hecho esto, montó lijeramente en el suyo i se pusieron en marcha, tomando Emilio la delantera para dejar conversar libremente a los dos amantes.

Al cabo de una hora llegaban a la casa de doña Manuela, en la que reinaba el mas profundo silencio. Al bajar del caballo Pablo sintió que las fuerzas le faltaban: una violenta fiebre, que el frio de la noche i el movimiento del caballo habian aumentado, lo privaba casi de todo movimiento.

Emilio i Paulina ayudaron al jóven i lo condujeron a su cuarto. Luego Emilio se dirijió a la habitacion de Antonio, despues de despertar a doña Manuela i de ponerla al corriente de lo que sucedía.

La madre de los jóvenes llegó al cuarto de Pablo un instante despues i encontró a Paulina que sostenia entre sus brazos la cabeza de su hijo. Despues de darla las gracias con lágrimas en los ojos, se pusieron ambas a lavar i vendar cuidadosamente la herida. Hecho esto se arrojaron en brazos la una de la otra i confundieron sus lágrimas i sus ahogados suspiros, como si se hubiesen amado desde largo tiempo.

Doña Manuela, viendo que Pablo parecia haberse dormido, se puso a contemplar con curiosidad i cariño a aquella niña por la que su hijo se hallaba al borde de la tumba.

Paulina era una hermosa jóven de diez i ocho años, de regular estatura i facciones de una irreprochable delicadeza. En toda su persona brillaba ese aire de perfecta salud que añade brillo i frescura a los ojos i al semblante de la mujer, i su cuerpo, sin perder nada de su aristocrática elegancia con una moderada gordura, hacia resaltar la gracia i perfeccion de sus artísticas ondulaciones. Su rostro, tenia la dulce palidez del sentimiento i sus ojos pardos, animados por los resplandores de un amor vivamente sentido, la prestaban un encanto indecible. Por un gracioso movimiento, maquinal en ella, alzaba sus sedosos cabellos cuando cubrian la parte superior de su frente, dejándola así despejada i majestuosa con su franca pureza.

Doña Manuela hizo todas estas observaciones de un solo golpe de vista i sintió una especie de maternal orgullo al contemplar la belleza de la niña, que arrostraba por su hijo querido los fallos severos de la sociedad i acaso la cólera i maldicion de sus padres.

—¿I a qué han atribuido Vds. esta desgracia? dijo dirijiéndose a Paulina, que seguia con inquieta solicitud la febril respiracion del herido.

—Pablo ha dicho que deben ser algunos -la drones de los que no faltan en estos campos i que tiraron creyendo sin duda que estabamos solos i han huido cuando han visto a su primo. Pero la herida no es grave, añadió con los ojos llenos de lágrimas.

—¿I Vd. no teme que su padre pueda venir? preguntó doña Manuela.

—Al contrario, pienso escribirle diciéndole lo que he hecho.

Doña Manuela la abrazó cariñosamente i ambas se sentaron a la cabecera de Pablo.

X.

Como dijimos, Emilio se dirijió a la habitacion de Antonio, despues de despertar a doña Manuela. Al entrar vió a su primo en su

cama i al parecer, profundamente dormido.

—Antonio, le dijo despues de despertarlo, Pablo acaba de ser herido i es preciso ir a buscar un médico a San Fernando.

—¡Herido! esclamó Antonio levantándose ¿quién lo ha herido?

—No sabemos, contestó Emilio, sintiendo casi desvanecerse la idea con que habia entrado al cuarto.

En un instante Antonio se halló vestido.

—Vamos a verlo, dijo.

—Mejor será ir a buscar inmediatamente al médico, le replicó su primo, Pablo está durmiendo i conviene aprovechar el tiempo: si yo supiese el camino, me habría puesto en marcha ya.

—Como quieras, dijo Antonio.

I saliendo del cuarto, montó en uno de los caballos que habia ensillados en el patio, i partió a galope, camino de San Fernando.

Tres horas despues, Antonio volvió a la casa acompañado por un facultativo de aquel pueblo. Ambos entraron al cuarto del enfermo, despues que doña Manuela i Paulina salieron, dejando a Emilio en la habitacion.

Antonio se acercó con el médico i éste despues de reconocer la herida, escribió una receta i pidió un cuarto para retirarse.

—¿Qué piensa Vd. del enfermo? le preguntó Emilio.

—La herida no es de mucha gravedad, pero la fiebre puede hacerla mui seria, contestó el médico.

Cuando Emilio i Antonio quedaron solos, se arrojó a los pies del lecho de Pablo i prorrumpió en sollozos desesperados.

—¡Mi hermano! mi pobre hermano! esclamó retorciéndose dolorosamente.

—Cálmate, le dijo Emilio, arrepintiéndose ante aquel violento dolor, de haber juzgado temerariamente de Antonio; cálmate, este no será nada.

El jóven no respondió porque el llanto ahogaba su voz. Parecia que aquella naturaleza de fierro esperimentaba por primera vez el alivio de las lágrimas, pues rendido a su imperiosa fuerza, Antonio ocultaba su rostro entre las manos i lloraba como lloran los niños. Trascurrida una hora de este modo, alzó su rostro i púsose de pié, fijando sus ojos escaldados sobre su primo, que permanecia silencioso en un rincon de la estancia. Nunca mas intenso dolor se habia manifestado tan visible i dejado tan profunda traza en unas cuantas horas. Los ojos encendidos, cóncavas las mejillas por una mortal palidez, abatida la frente i los lábios sin color; se habría creido que tan estraña trasformacion no podía ser la obra de un instante. Antonio, dió dos paseos por la pieza, i al querer de nuevo dirijir a Emilio la palabra, sus lábios balbucearon inarticulados sonidos, como las voces que un mudo se esfuerza por hacer salir de su garganta i, dando algunos pasos hácia la puerta, cayó de rodillas al lado de su hermano, dejando correr de sus ojos el llanto que habia querido en vano reprimir.

Emilio se acercó a él i trató de mitigar su desesperacion, haciendo favorables pronósticos sobre la salud de Pablo.

A la mañana siguiente Paulina, como lo habia dicho, escribió a su padre imponiéndolo de su conducta i anunciándole su firme resolucion de no abandonar a Pablo. Despues de escribir esta carta, dirijióse con doña Manuela al cuarto del enfermo, en donde se hallaba ya el médico con Emilio.

Antonio se habia retirado al amanecer, encargando que le anunciasen cualquiera ocurrencia nueva, en la salud de su hermano.

—Señora, dijo el médico dirijiéndose a doña Manuela; el jóven parece enteramente fuera de peligro: la fiebre ha pasado casi del todo i creo que mui luego podrá levantarse.

Antonio entró al cuarto cuando el médico hablaba aun i despues de oirlo, se acercó a la cama de su hermano i volvió a salir al cabo de algunos instantes de muda contemplacion, despues de echar sobre Paulina i su madre una mirada de indefinible tristeza.

Media hora despues, el encargado de llevar la carta al padre de Paulina, volvió trayéndola la siguiente lacónica contestacion.

«El paso que has dado te perjudica a tí únicamente, pues desde ahora quedas privada de toda herencia.»

Palabras que retratan perfectamente el caracter del hombre que ha refundido todos los sentimientos humanos en uno solo: la avaricia.

Paulina pasó la carta sonriéndose a Da Manuela i estrechó con amor las manos de Pablo, que principiaba a despertar.

En estos mismos momentos Emilio, llamado fuera de aquella pieza por un sirviente de la casa, le entregaba una carta:

—El señor don Antonio, dijo el criado, me ha mandado traerle esta carta.

Emilio la abrió i leyó lo que sigue.

«Primo: Anoche, si hubiera creido en peligro la vida de Pablo, me habria muerto a sus pies: ahora veo que sanará i he resuelto ausentarme para siempre. En Vd. he conocido un corazon jeneroso, i por esto le ruego que trabaje para que mi madre i mi hermano no maldigan mi memoria i compadezcan algun dia mi desgracia. Adios.

Su primo. Antonio.»

Emilio sintió en sus ojos una lágrima de profunda compasion por aquel ser al que la naturaleza i las debilidades humanas habian condenado a perpetuo sufrimiento, ahogando los instintos jenerosos que jerminaban en su pecho, para desarrollar únicamente las funestas pasiones con que se hallaban confundidos. Despues de esto, puso la carta en su bolsillo i entró de nuevo al cuarto de que acababa de salir i encontró al instante la mirada de su primo i de Paulina que parecian decirle, en ese mudo lenguaje, su felicidad i su alegria.

Alberto Blest Gana.

Los placeres de Santiago.

ESTUDIO DE COSTUMBRE.

Diójenes, buscando a su hombre con su famosa linterna, habria ciertamente fracasado en su intento si se hubiese echado a buscar, no un hombre, sino un solo placer, algo que se parezca a un pasatiempo, siquiera, en nuestra soñolienta cuanto apática capital. En Santiago, el clima que tan benigno se muestra con sus buenos habitantes, es de mortífera influencia para todo lo que semeje a una diversion. Aquí la ópera, los bailes, los paseos i cuanto contribuye a formar las delicias de la vida civilizada, son plantas exóticas que ningun esfuerzo consigue aclimatar o como esas máquinas que la moderna agricultura, con tan buen éxito emplea en Europa i que, introducidas en nuestro bendito suelo, se deterioran e inutilizan al cabo de mui corto servicio. Lo que dura por acá son los bostezos, por que nadie los da cortos; los frios i los calores son tambien de larga duracion; duran las antipatias i los odios, las esperanzas, porque rara vez se cumplen i los pleitos, en fin, que gozan de una proverbial lonjevidad. Cualquiera diria que la proximidad de los Andes nos aplasta, apagando el hielo de sus nieves perennes, ese calor vital que en otros pueblos hace a las jentes mas espansivas i joviales.

El santiaguino, sin tener nada de oriental, enciende su cigarrillo, se engolfa mirando el humo, no dice nada i piensa ménos.

La santiaguina, andaluza por su donaire i su sal, se envuelve en su manton, va a las tiendas, vuelve a su casa i bosteza.

He ahí, con escasas escepciones, la vida de la parte culta de nuestra poblacion. Nada diremos de la inculta, por que esa vive como tal, i sus peculiaridades asustan mas que interesan, al que se pica de observador.

Principia el año en verano i entonces hace demasiado calor para divertirse; llega la cuaresma i es necesario rezar i ajustar las cuentas atrasadas; viene el invierno i el frio hace cerrar las puertas de las casas, i así da vuelta el año i dan vuelta los proyectos lejislativos i municipales, quedando muchos de ellos pendientes, como esperanza de minero, i dan vuelta las modas, las golondrinas i todo lo que periódicamente vuelve i encuentran siempre a la sociedad santiaguina, séria como si meditase un golpe de estado; indiferente cual el mozo que ántes de haber vivido quiere darse los humos de hombre fastidiado; apática asaz, hasta no interesarse por nada que salve los límites del círculo de la familia. Francamente nosotros, tenemos algo de ingleses en lo lunáticos, de franceses en lo nimios i en lo taimados de españoles, mientras que esas distintas civilizaciones, que componen la nuestra, al reunirse en Chile, han perdido muchas de sus peculiares ventajas, como dos luces de distinta naturaleza pierden cada cual el propio fulgor, al mezclar sus rayos con los vecinos resplandores de la que el espacio le disputa.

En esa mezcla de etereojéneas nacionalidades que han venido formando el carácter santiaguino, han ido escollando uno a uno los intentos de los que han querido, con laudable entusiasmo, dar mas vida i espansion a este cuerpo *sui jeneris* llamado sociedad de Santiago: el tal cuerpo se ha sacudido un instante i ha vuelto a caer en el letargo sin fin de su acostumbrada indiferencia.

De aquí, por consiguiente, las causas que hacen que nuestra sociabilidad se encuentre reducida, en último término, a los estrechos límites de las visitas i de éstas, la mayor parte de cumplo i miento, como decia el castellano viejo de Fígaro.

Una familia manda poner el coche (en Santiago todas tienen coche, porque todo otro andar es andar a gatas, segun el parecer de Sancho). La familia se dirije a casa de la Fulana i llega despues de atravesar nuestras calles, calculadas admirablemente para el lucro de los carroceros i la mortificacion de todos lós demas. En el medio del patio, se encuentra con un criado de cualquier sexo, al que se dirije la pregunta siguiente:—¿Está la Fulanita?

El doméstico, mira, titubea i acaba por responder:

—No sé, señorita, iré a ver,

I penetrando al interior, introduce la confusion en las dueñas de casa, diciendo:

—Señorita, unas visitas.

—¡Visitas! dice la señora, díles que no estoi. Aguarda ¿quiénes son?

Luego asomándose por un postigo:

—Ah, si es la Sutana i sus hijas, esclama, es preciso recibirlas.

I esto diciendo, desbándanse las niñas que la acompañan, porque aun no se han peinado, corre la criada a abrir la puerta i doña Fulana sale arreglándose su desaliñado traje.

—Ai hijita, dice a las recien llegadas, me han pillado sin vestirme, las niñas tienen la culpa, que se les puso sacar unos moldes i me han tenido hasta ahora.

—¿Qué moldes? Como está don Fulano i tus niños.

—Todos buenos, hijita. Son unos moldes de una chaqueta de la Clarita Q.

—Ah, ya sé, una que le ví en casa de mi hermana el otro dia.

—¿Cierto es que la Clarita se casa?

—En la familia lo niegan, pero todos dicen que está hecho el casamiento.

Aquí, durante una pausa, todos parecen reconcentrarse i siguen despues la conversacion por algunos instantes.

—¿Vamos niñas? dice despues la señora de visita.

—Por qué te vas tan luego.

—Si no puedo llegar tarde a casa, por que de otro modo la cocinera nos deja sin comer, si no la están apurando.

—Lo mismo pasa aquí: los criados son iguales en todas partes.

—Ai, yo ya no hallo que hacerme con mi cochero.

—Mi criado de la mano es tan torpe que no me deja tasa con oreja.

—Figúrate, dice doña Fulana, que hoi no he podido conseguir de mi cochero que deshaga el *taco*.

El taco es una enfermedad endémica de la que padecen todas las casas de Santiago.

—Lo mismo nos pasa en casa i allí que nunca se echa una sola basura.

—I aquí, pues hijita, todo se lleva al carreton.

Axioma: En ninguna casa de Santiago se arrojan basuras a la acequia i todas padecen de inundaciones.

—El único modo de evitar esto es de que manden poner rejas, añade una de las señoras, repitiendo como descubrimiento de su cosecha, lo que nos han dicho ya las pasadas jeneraciones.

De paso advertiremos aquí que esta conversacion tenia lugar antes de la reciente aprobacion de la ordenanza municipal, que tiende a atajar los tacos i con ellos los males que acarrean.

Despues de este aforismo sobre las rejas las visitas se despiden por fin, para continuar de este modo tan locas diversiones i las de la casa vuelven a sus moldes i demas faenas domésticas.

Los hombres por su parte emplean el dia de mui diversas maneras. El empleado va a su oficina con la puntualidad del buei a su bebedero; el comerciante a su tienda o almacen; el médico a sus visitas, i los que tienen la dicha de ser ricos salen a aplanar las calles hasta la hora de comer, i a divertir el ojo, como suele decirse, cuando se trata de mirar a las buenas mozas: de estos últimos es el reino de este mundo.

Llega la noche i se iluminan las tiendas. A esta hora emprenden los mozos de la capital la tarea de recorrer el Pasaje i el Portal, i despues el Portal i el Pasaje i luego viceversa como si trataran de inventariar las losas del pavimento. En esta diversion de Santiago, en la que solo los enamorados pueden hallar un verdadero placer, se emplea, como en todos los paseos, la seriedad característica del chileno. Haciendo un dia esta observacion a un amigo:

—¿I cómo quieres que anden? me contestó, quieres quevayan riéndose como tontos?

Nada hallé en verdad que replicarle, por que recordé que en nuestra tierra hai un horror instintivo a la tontera, parecido al que todo hombre pobre tiene por el aumento de la familia.

Bien nos fijamos al decir que en los paseos por el Portal los enamorados solo pueden hallar algo de recreativo, i al hablar aquí de enamorados, especie talvez la mas variada del reino animal, nos referimos principalmente, a los niños precoces que se permiten esta regalía ántes que las leyes sociales los habiliten para *visitar*. La mamá, en efecto, sale en la noche a las tiendas i mientras ella i el vendedor debaten el precio, con mas escrúpulo que si se tratase de una cuestion de límites entre dos naciones vecinas, las niñas, lánguidamente apoyadas al mostrador, envian sus tiernas miradas a los Narcisos encargados de recibirlas i de retornarlas otras no ménos acarameladas.

—Las cosas de Vd., dice la mamá al comerciante, nunca he pagado este jénero mas de doce reales.

—Señorita, contesta éste, es el precio de factura.

La factura es para el comercio lo que era Lazarillo en la comedia española: nunca deja a su amo en un aprieto.

—No importa, replica obstinada la señora, es mui caro; mira, Dominguita, añade dirijiéndose a una de las hijas ¿a cómo se lo dieron a la Pepita en la otra tienda?

Pero Dominguita no atina con la respuesta, por que se ha lanzado a vogar en el rio Tierno de amorosa memoria.

I como son tan pocas las madres que recuerdan la viveza que los ojos i las pasiones tienen a la edad de Dominguita, la señora vuelve a su discusion diciendo:

—¡La memoria de esta chiquilla! nunca se acuerda de nada!

Sin pensar que la memoria i el corazon viven en perpetua desavenencia: cuando este se ajita o desea, aquella se paraliza, i cuando el segundo reposa, la memoria recobra su lucidez.

Pasada la hora de la tiendas cada cual se retira donde mas le cuadra, para quejarse de la insipidez i monotonia de nuestra bienaventurada capital.

Así lo hize yo, en dias pasados, aunque sin haberme paseado por el Portal, que huyeron ya de mi los años en que la diversion que he apuntado podia llevarme allí con tan juvenil objeto. Llegué a la casa en que suelo visitar, cuando la tertulia estaba en todo su esplendor. Las niñas i los jóvenes conversaban alegremente de importantes nimiedades; en otro grupo dos caballeros de esos que luchan a brazo partido con la edad para conservar el título de jóvenes, sostenian con la mamá de las niñas una reñida cuestion, sobre que en este año ha hecho mas frio que en el anterior, olvidándose de que el último invierno es el mas frio, por que los doce meses que llevamos de mas acuestas que en el otro, nos comunican un nuevo hielo que el termómetro no marca; i, por fin, en un salon contiguo jugaban malilla los padres de familia i los que han dado ya valerosamente su dimision de Lovelaces. El aspecto de la tertulia era en jeneral animado i me hacia pensar que son de esta clase los únicos pasatiempos que nos quedan en Santiago; porque, si bien la señora mani-

festaba con cierto sospechoso saludo que la cuestion de temperatura no alcanzaba a desvelarla completamente, a lo ménos, como dicen, mataba la noche, i no mata el tiempo quien quiere sino quien puede, lo que bien pensado no es poco, ya que el tiempo a tantos mata la alegria. Por otra parte las niñas amenizaban con sus risas, los intérvalos en que la conversacion se cortaba, i en todo reinaba ese aire de felicidad que ciertos pintores flamencos dan a sus cuadros de interior.

De súbito se alza en la vecina pieza un ruido atronador de voces, que en escala ascendente, iba alcanzando a los mas estrepitosos sonidos que al gaznate humano le es dado producir. Lo distintos tonos que se mezclaban a la vez formando aquel concierto descomunal, paralizaron las conversaciones de nuestro salon i llevaron hácia el de la malilla todas las miradas.

—Válgame Dios, dijo la señora, ya están disputando de política.

—I sobre qué lei disputan, pregunté a uno que parecia salir, huyendo de tan poco parlamentaria discusion.

—¡Eh, señor! me dijo! qué lei, ni qué niño muerto, estamos hablando de la revolucion.

—Si se toma la cosa como armonía imitativa, pensé para mis adentros, sin duda que la disputa remeda perfectamente el ruido de la batalla; pero mucho me temo que tratada de ese modo la cuestion política, acabe con la poca sociabilidad que nos queda, como refujio único de tan insípido pueblo.

I ví en efecto, al cabo de un cuarto de hora, que las visitas salian huyendo de aquel pacífico salon convertido en campo de Agramante.

Vuelto a mi casa escribí lo que precede, echando a rodar el siguiente certificado que nadie se negará a suscribir: Conste por el presente que en julio de 1859, Santiago es la ciudad mas estúpida del globo.

Julio de 1859.

NADIE.

Un homicida.

Continuacion.

VII.

Al terminar estas palabras con la uncion i elocuencia que le eran naturales, Palacios pareció quedar profundamente conmovido. Los movimientos acompasados de su bella cabeza i los rayos que lanzaban sus ojos, decian bien claro i sin que él lo asegurase, cuánto impresionaba su espíritu el rudo contraste que formaban su pasado i su presente. Hablando de todo con entusiasmo i con una facilidad de elocucion verdaderamente asombrosa, su estilo cobraba mas brio i sus pensamientos mayor fuerza al tratar de lo que tanto le interesaba, al hablar de Rosario, al recordar las peripecias de su destino i al discurrir principalmente sobre una cuestion como la de su proceso en que se jugaban su vida o su muerte.

Pero, por vaga que fuese en algunos momentos su mirada i por mas que su palabra pareciese de vez en cuando indiferente, el hecho es que, al ver o escuchar a este hombre, cualquiera se habria sentido vivamente impresionado, porque en su jesto i sus ideas, en sus movimientos i su estilo se reconocia al instante ese poder misterioso de las almas superiores, ese encanto que nos hace interesarnos por todo cuanto les concierne, ese ascendiente que no puede esplicarse, pero que se siente i que subyuga a los seres de corazon.

Así como los pájaros jimen aterrorizados i sin embargo no pueden huir de la serpiente que los atrae con su aliento, o bien como el gavilan que perturba i envuelve en sus círculos májicos a las palomas débiles, así debió ser para sus relaciones queridas la mirada de este hombre, porque habia en ella algo de irresistible para toda persona a quien él quisiese interesarle.

Rara vez la sonrisa asomaba a sus lábios i aun entónces su sonrisa no parecia sino una chanza contra la grandeza o el infortunio, la malevolencia o la injusticia de los hombres. Sus grandes ojos negros movíanse rápidos como su pensamiento, para quedar inmediatamente inmóviles, como si el desden o la duda le privasen de cambiar su adusto ceño. Investigando en sus facciones los instintos de su alma, distinguíase fácilmente un aire de nobleza en su siniestra fisonomía, porque el vicio i el crímen debian ser ocasionales en su existencia i no habrian degradado aun su espíritu altanero. El vulgo no percibe sino las exterioridades de un culpable perseguido por la desgracia o el remordimiento, pero un observador sagaz, estamos seguros, habria reconocido a la primera vista en el hombre de que hablamos una alma de ilustre oríjen.

No obstante, ¿de qué le servian esos dones preciosos, una bella figura i un carácter noble, estilo i maneras insinuantes, talento e ilustracion poco comunes aun en los espíritus cultivados, cuando el crímen i la disipacion los habian manchado todos llegando hasta el estremo de hacerlos inconocibles? Sin duda que no era una vil criatura aquella a quien el cielo los habia otorgado, i no obstante, ella no inspiraba en su situacion sino terror al mayor número e interes i compasion a unos pocos. Así es como el viajero desdeña las ruinas de un pobre rancho que encuentra en su camino, miéntras que los restos de un antiguo i sólido edificio, una piedra, una columna, un chapitel derruido imponen respeto a todo el que los mira en nombre de su primitiva belleza i esplendor.

VIII.

Despues de varias entrevistas con el reo i pasadas las pruebas, careos i confrontaciones de estilo, fué preciso consagrarse a escribir su defensa. Su causa, aunque grave, era clara para todo el que quisiera juzgarla alta i desapasionadamente; pero las declaraciones de Palacios le habian comprometido i su crímen, confesado desde el principio paladinamente, aparecía injustificable a los ojos de la lei i rodeado además de una muchedumbre de circunstancias agravantes i estrañas. En el rejistro que se hizo de su persona al momento de su aprehension, el mismo entregó la daga que, con el hallazgo del cadáver i su reconocimiento pericial, vino a constituir el cuerpo de su delito; i luego, en una inquisicion ulterior, se le encontró sobre el corazon i bajo la pechera de su camisa un medallon con el retrato de Rosario, un cadejo de su pelo i un curioso i lacónico documento en que, despues de jurarse un amor eterno pero impio, ámbos se obligaban, ante Dios, a contraer matrimonio el dia en que uno i otro pudierán ser libres.»

Aparte de esta especie de amuleto, cuya sola posesion le bastaba para creerse feliz e invencible, Palacios traía tambien consigo i pegados a su cuerpo dos cuadernos, uno de los cuales contenía en copia todas las cartas que él i Rosario se habian escrito durante el año feliz de sus amores, así como letrillas i décimas, trovas, idilios i poesías eróticas inspiradas por ella, siendo muchas de estas últimas escritas con lápiz mientras el procesado, huyendo de las persecuciones de la autoridad, peregrinaba por los bosques de Aranco i Concepcion. Figuraban en el otro cuaderno, con todos sus detalles, hasta los mas pequeños incidentes de la vida privada de entrámbos, sus dulces i clandestinos coloquios, sus secretas entrevistas, los celos del furibundo marido i su mala conducta, las quejas de la mujer, las protestas del amante i, en suma, todos los incidentes i peripecias de ese drama que se abrió por un matrimonio sin inclinacion, continuó por las visitas de amistad, se desarrolló mediante la licencia i el desenfreno de una mala vida conyugal i vino a terminar por la muerte de ese infeliz, a quien la justicia trataba de vengar despachando a su asesino al otro mundo como si con ello pensase resucitar al occiso.

Todas estas cosas i muchas otras que el vulgo repetia i adornaba con porcion de accidentes fabulosos i raros, traian predispuesto el ánimo del juez de la causa i hacíanle creer que el asesinato de Barraza, lejos de ser obra de un sentimiento noble i jeneroso, era por el contrario el resultado de una venganza calculada i atroz, i que en vez de haberse ejecutado como una medida de propia defensa i por salvar a la esposa inocente del furor de su bárbaro marido, era, al reves, un crímen premeditado desde largo tiempo i perpetrado de una manera traidora i brutal. El juez i la sociedad parecian, pues, interesados en la pronta conclusion del proceso i en que se impusiese al reo cuanto ántes un castigo tremendo i *ejemplar*.

IX.

Aunque el término fué angustiado, la defensa no pecó por fria ni diminuta. Las pruebas indirectas, únicas posibles en semejante causa, se rindieron en gran número. Todo cuanto permitieron las circunstancias, otro tanto se hizo por salvar la existencia del procesado, o al menos por librar su nombre del vilipendio i de la infamia. I al hacerlo así no servímos a la simpatía que nos inspiraba un hombre interesante i desgraciado: servímos mas bien a los dictados de la razon i de la conveniencia pública: servímos a la causa del sentido comun que, entonces como ahora, nos hacia desear que se suprimiese de nuestro código criminal la palabra *castigo*, por que revela una idea inmoral de parte de la sociedad, i que en cambio se sostituyese por la palabra *correccion*, que sería mas filosófica i humana. Las pasiones se dominan mas bien por la dulzura i el amor que por el rigor i la crueldad: por eso la diabólica doctrina del Talion nunca ha hecho tantas conquistas para la moral como las suaves i caritativas máximas del Evanjelio.

En efecto, no solo la filosofía sino que hasta el simple buen sentido basta para no suponer la existencia de un crímen allí donde el hombre que lo ejecuta no haya sido bajo todos aspectos intelijente i libre. Cuando no hai intelijencia ni libertad moral, ya sea por carencia absoluta o por enfermedad transitoria de las facultades mentales, el crímen se reduce a una desgracia mayor o menor, cuya repeticion debe la sociedad evitar a toda costa pero que en rigor no puede justamente castigarse. Ni el perro que muerde ni el niño que mata son delincuentes: ámbos cometen un mal, pero no cometen un crímen: la conciencia los absuelve, aunque la razon i el interes social deban coartarles la facultad de causar en adelante iguales daños.

Donde la voluntad no impera, no hai verdadera responsabilidad. Por consiguiente, todo castigo es injusto para el demente o el idiota, i aun lo es para el hombre de razon pero cuya intelijencia se encuentre cegada por pasiones absolutas e irresistibles. En este como en aquellos la voluntad, en la mayor parte de los actos criminosos, no tiene fuerza bastante para sobreponerse a los deseos; i parécenos que hai gran diferencia, i debe haberla sobretodo para el filósofo, el lejislador i el juez, entre el desear de los instintos i el querer de la voluntad!

Un hombre dotado de pasiones ardentísimas pero cuyo espíritu no haya sido debidamente cultivado, rigorosamente hablando no es un criminal: mas bien es un demente, i castigarlo por homicida cuando solo obra impelido por la pasion, importa tanto como castigar el puñal

de que se sirviera para ejecutar su crímen. Así como cae la piedra por que es pesada, así peca este hombre por que es violento. La razon no impera en él, porque, estando dominado por una pasion indomable, no raciocina, no piensa ni discurre: obra solo segun el impulso de su corazon: la pasion mueve su brazo, no la voluntad, i en el acto de cometer su delito cede como al poder de un fatalismo orgánico del que nadie puede ser responsable sino Dios.

X.

Pero entre la ceguedad de una pasion i la demencia, entre el idiota i el que se deja arrebatar por sus instintos, está el sentido comun del jénero humano, están la razon de la sociedad i el criterio del juez que analizan i comparan, reflexionan i resuelven. La razon social es la que debe restablecer el necesario equilibrio entre la intelijencia i las pasiones del hombre. Es a ella a quien corresponde educarlo para que se perfeccione, correjirlo para que se enmiende, enseñarlo para que aprenda a domeñar sus malos instintos; porque, de lo contrario, el hombre será siempre arrebatado i demente i entónces sucumbirá no por quererlo, sino porque no puede dejar de querer lo que le aconsejen su naturaleza inculta o su espíritu depravado i pervertido, ya que no perverso.

La primera de las prescripciones de la moral es que se haga siempre i en todas partes el bien. Sin embargo, no siempre hai crímen cuando se causa un mal, i asi es que no solo no debe caer la pena sobre el que no sabe o no puede hacer el bien, sino que tampoco debe imponerse al que hace un mal pero sin desear hacerlo. Los seres dotados de intelijencia tenemos completo poder sobre muchos de nuestros actos; pero algunos hai que, apesar nuestro, se hallan solo sujetos a la lei de un organismo desgraciado; i de ahí procede que, muchas veces, el crímen no es mas que la accion de algun afecto a quien la razon no pudo reprimir, ya por debilidad, ya por ignorancia, ya por que los instintos de la materia fueron superiores a los deseos de la voluntad i a los preceptos de la razon.

Nada hai mas vario que la acepcion de la palabra *crímen*. Por eso es que el juez nunca debe olvidarse de que no siempre existe un crímen cuando se quebranta una lei, porque hai leyes cuya observancia no pende muchas veces de la voluntad del hombre, como hai otras tan inobservables que su sola existencia, en tiempos de ilustracion i cultura, importa una especie de criminalidad social. Miéntras tanto, es un hecho incuestionable que el verdadero crímen solo existe cuando se hace voluntariamente un mal; porque, dígase lo que se quiera, solo la obra de la razon i la aquiescencia de la voluntad pueden revelar la verdadera existencia del crímen. Donde ellas no se encuentran, solo se advierte el mal i la necesidad de reprimirlo, pero la criminalidad verdadera i la justicia de la sancion penal no existen.

Aparte de los castigos humanos, al lado de cada transgresion de la justicia la Providencia ha impuesto una pena i ella basta para refrenar a la mayor parte de los hombres educados: los perversos a quienes esta pena no les arredra, no se detienen tampoco ante la consideracion de la pena convencional. La esperiencia prueba que se cometen mas numerosos i graves delitos allí donde mas se castigan; i Chile sabe mui bien que los crímenes mas célebres que rejistran los fastos de su judicatura son precisamente los que se han cometido inmediatamente despues de nuestras mas famosas ejecuciones públicas.

Sobre todo, para los hombres capaces de arriesgar la vida contra una pasion que los domine, para aquellos a quienes no detendrian los peligros de ninguna empresa que los condujese al fin que anhelan, la muerte dada o recibida por un motivo análogo a su pasion predilecta es como un timbre de honor, es como una nueva causa que sobre-excita sus instintos. Asi como centenares de chilenos han muerto con gloria en los campos de batalla reclinando su frente de héroes sobre el seno de su patria agradecida, así un hombre como Palacios u otro de los muchos de su linaje, dará su vida gustoso por haber salvado al ídolo de su amor de los peligros i sufrimientos que amargaban su existencia. I su muerte decretada por la justicia o la lei humana no servirá ni siquiera de escarmiento para los que se sintiesen tentados a imitarle, porque los críme nes, en vez de atenuar, parece como que inflaman los instintos de destruccion inherentes a la naturaleza del hombre no educado.

XI.

El ejercicio, no hai una duda, refina i vigoriza las pasiones i asi es que no pudiendo servir de ejemplo, las ejecuciones capitales quedan reducidas, para la filosofía i el buen sentido, a una simple venganza legal. Por eso la lei que castiga al asesino, (sea cual fuese, no siendo involuntario) la lei cruel que lo castiga con la pena de muerte es tan irracional, como la que autorizase la devastacion de un pueblo por la sola razon de que este pueblo hubiese caido en la debilidad de destruir a otro pueblo.

Con el cristianismo concluyó la idolatría i acabaron los Dioses; la república concluyó con los Reyes; la civilizacion a su vez, no dudamos, tambien acabará con el Verdugo. «I el orden, ha dicho un poeta, no por eso desaparecerá con el verdugo. El crímen se mirará como una enfermedad i ella tendrá sus médicos que reemplazarán a la horca i al banquillo de los ajusticiados. La libertad i la caridad se asociarán para verter el bálsamo i el aceite allí donde ántes se aplicaban el hierro i el fuego. Asi un gran mal se habrá remediado solo con curar por medio de la caridad lo que ántes se curaba por la cólera.»

En efecto, para aquellos a quienes la educacion haya sido ineficaz, opónganse a sus acciones fuerzas impeditivas i despues de prever el crímen, trátese tan solo de evitarlo. No mas ejecuciones capitales i mucho ménos por causas políticas, aun cuando ellas se ejerciten contra los reos a pretesto de homicidio u de incendio voluntario. A los violentos hai que reprimirlos, a los ignorantes que ilustrarlos, a los enfermos que curarlos. Pero lo que importa, sobre todo, es difundir i jeneralizar la educacion, porque ella es la fuente principal de la moderacion i de la virtud, de la riqueza i del honor. Oiga estos votos el cielo i haga que Chile los realice cuanto antes! Los que amamos de corazon el progreso social i los que tenemos fé en el adelantamiento providencial de los pueblos, confiamos i esperamos!

G.

(*Continuará.*)

Un cuento de flores.

En el album de .....

Deciánme de niño
Que en el jardin las olorosas flores
De la luna a los plácidos albores
O al nítido fulgor de las estrellas,
Bellísimas se alzaban
I sus tiernas querellas
I sus finos amores se contaban.

Crédulo en una noche salgo afuera
I bajo un pabellon de enredadera
Que en el jardin habia,
Me oculto silencioso;
Cuando un jazmin que leve se mecia
Al soplo del ambiente cariñoso,
A una madre-selva que igualmente
Se mecia al ambiente,
I su aroma purísimo esparcía
Díjola con ternura:

—«No creyera en verdad que tan ingrata
Fueras tú, madre-selva, cuando el hombre
De vínculos de amor te ha dado el nombre.
¿A qué amante tiernísimo se trata
Como me tratas tú, tan desdeñosa?
¿No ves aquella tan galana rosa
Que tierna se doblega,
I del tosco clavel que está a su lado
A las caricias i al amor se entrega?

I sabes que le ha dado
Espinas punzadoras
El cielo i por lo mismo se ha llamado
Símbolo de impiedad, i representa
Altiva ser a la pasion violenta.
Estrechémonos pues finos amantes,
I la vida enojosa
Que nos brinde de amor gratos instantes
En vez de indiferencia fatigosa.»

—«Ah, jazmin! tu lo has dicho,
La madre selva esclama:
El hombre obedeciendo a su capricho
Por injusto baldon talvez me llama
Inspiradora de pasion impura;
I juzga solamente
Por aquello que mira esteriormente
I jamás de lo interno se asegura.

Vió se alzaba una rosa
I hallándola de espinas circundada,
La llamó pudorosa:
Hácia mí tendió luego su mirada
I no viendo asperezas en mí el hombre,
Me dió distinto nombre:
La virtud, la pureza siempre es suave,
I el mortal si lo sabe
No la dá ni el respeto que merece
I acata lo contrario i la escarnece.»

I por sus hojas con precioso encanto
De su oculto rocio
Rodó una gota como leve llanto,
I el sedoso atavio
Plegó la madre-selva sollozante
Alejándose al punto de su amante.

Cuando veo una hermosa
Jóven que candorosa
Un necio alarde no hace de pureza
Levantando soberbia la cabeza
Como lo hace la rosa,
Ver imajino en ella
La madre-selva perfumada i bella.
I tú eres niña así; pero esta historia
Conserva para siempre en la memoria.

Julio de 1859.

Rafael Santos.

A tí.

(Soneto.)

¡Feliz quien puede contemplar tus ojos
I a par contigo respirar la brisa!
¡Feliz quien goza de tu dulce risa,
I oye el acento de tus lábios rojos!

¡Feliz, quien ha probado tus enojos
I luego paz en tu mirar divisa!
¡Feliz mil veces quien tu senda pisa
Poniendo flores i quitando abrojos.

¡Feliz, quien bebe en el arroyo terso
De tu pureza deliciosa calma,
I hace de tí su gloria i su universo!

¡Feliz, quien logre de tu amor la palma
I en próspera fortuna o lance adverso
Pueda en tus brazos estasiar el alma.....!

Fidel Palacios.

—

EUROPA.

La lucha está ya empeñada entre el Austria i los ejércitos aliados.

A las escaramuzas de mas o ménos consideracion de que nos trajo noticia el vapor de la quincena, ha sucedido una batalla campal en la aldea de Monte-Bello, en que los austriacos a pesar de su superioridad numérica han sido completamente derrotados por una division del ejército franco-sardo, dejando mas de dos mil hombres en el campo.

A este encuentro se han sucedido otros de no tanta consideracion; pero en los que siempre se han visto rechazados, i con grandes pérdidas, los soldados del Austria.

Garibaldi a la cabeza de seis mil voluntarios italianos habia pasado el Tesino. Despues de hostilizar en todos sentidos al enemigo i de hacerle buen número de prisioneros, se fué a encerrar en Varesa.

El conde Buol habia dejado la cartera de relaciones esteriores.—El rei de Nápoles habia muerto.

Todos los puertos de la confederacion Jermánica quedaban bloqueados por la escuadra francesa, que habia capturado veinte i seis buques austriacos.

La Francia estaba tranquila.

En Inglaterra habian tenido lugar algunos meetings pidiendo la estricta neutralidad de esa nacion en la guerra actual. Kossuth habia sido el grande orador de todos ellos.—El gabinete Derby veía aumentar sus peligros de pronta muerte con el mal resultado de las últimas elecciones.

Toda la atencion continúa fija en la guerra Italiana, cuyas peripecias toman cada dia mayor interes. Se aguarda ver a la Italia independiente. —Así sea!

Ecos de la semana.

Santiago, julio 15 de 1859.

SUMARIO.—Temperatura i conversacion.—Las redes de un *cache-nez*.—De Santiago a los Linderos.—Cosecha de esta semana.

En dos condiciones diversas puede hallarse todo ser animado, incluso el racional llamado hombre, que vosotros i yo, benévolos lectores, tenemos el honor de representar con nuestras respectivas personalidades. Toda criatura que siente i se mueve se halla sometida a una disyuntiva fatal: no puede estar sino buena o mala. Pero es digno de observarse que, si posee el hombre muchos modos de estar malo, no tiene mas que una manera de estar bueno: no estar enfermo. Este carácter de unidad esclusiva, que se manifiesta en la salud, es comun a todos los beneficios de que goza la creacion animada i en particular nuestra especie. La verdad, en último análisis, no es mas que la unidad realizada, en la intelijencia, que escluye toda duda, todo error i todo escepticismo; la virtud no es tampoco sino la unidad realizada en la abnegacion, que escluye todo egoismo i toda iniquidad; i la belleza no es otra cosa que la unidad realizada en la armonía, que escluye todo desórden, toda discordancia i toda deformidad: unidades finitas todas tres, que emanan de la unidad infinita realizada en el tiempo, el movimiento i el espacio, de la existencia absoluta, de Dios, en una palabra. De esta suerte se esplican satisfactoriamente la pluralidad i abundancia del mal, contrastado por la monótona uniformidad del bien. Gracias a aquel, estamos en aptitud de conjugar en todas sus personas el verbo de la existencia, que a no ser así quedaría reducido a la pobre condicion de verbo unipersonal. Si no temiese abusar de los tropos, diria que el mal es politeista i el bien monoteista.

Pero mal de mi grado me veo comprometido en una peligrosa ascencion a las altas rejiones de la filosofía moral; el aire principia a ser rarefacto i yo tambien principio a temer por vuestra paciencia i mis pulmones. La cordura me aconseja descender.

Os decia que el ser animado no puede estar sino bueno o malo.—La tendencia de la creacion a reproducirse en sus diversas manifestaciones, hace que esta lei de los animales impere asimismo sobre el tiempo, que tampoco puede estar o, mejor dicho, correr sino malo o bueno;—malo cuando hai nubes en el cielo, cuando hace frio, cuando llueve, cuando graniza, cuando hiela o cuando nieva,—i bueno, cuando no está malo. Con tantas facilidades por una parte como inconvenientes por la otra, no es estraño que el abuelo Saturno sea, en la presente estacion, bueno casi nunca i malo casi siempre.—Estas reflexiones i otras tales ocurrían espontáneamente al espíritu al principiar la semana, inaugurada por un dia hermosísimo. Era un verdadero dia de primavera con su sol cariñoso, su ambiente puro i liviano, sus brisas avaras i su tibio calor; un tiempo increiblemente delicioso que provocaba la charla, el movimiento i la alegría. Como nada es mas fecundo en ingratos que la felicidad, no había uno que no mirase con el mas compasivo desprecio las reminiscencias de invierno que tenia a la vista: el paraguas protector, los zapatos impermeables, la discreta capa, el *menchicoff* tártaro, el *scotchman* septentrional, i el execrable *cache-nez*, bozal poco gracioso adoptado por ambos sexos. Empero, esta usurpacion primaveral no ha durado mas que cualquiera otra dicha, i mucho ménos que cualquiera usurpacion. El frio i las nubes se han dado prisa a restablecer el órden de la estacion, lo que no se ha conseguido sin grave daño de la libertad individual, entorpecida de nuevo en sus movimientos.

No hai duda que el matrimonio órden-libertad es el peor avenido entre nosotros, que contamos tantos matrimonios tan mal avenidos.

Así pues, el carbon ha vuelto a arder en el bracero, la leña en las chimeneas, i nuestros mejores círculos, describiendo en torno de éstas la mitad de uno, se han puesto a conversar. La conversacion hoi en dia, absorve todos los ocios de nuestra sociedad i constituye su pasatiempo esclusivo. Poco o nada se hace, pero todo se conversa: política, relijion, costumbres, moralidad, progreso, ciencias, artes, revoluciones, conspiraciones, lealtad, buena fé, justicia, todo *eso se conversa* en Santiago. Hai ademas unos cuantos corrillos, devorados de un mezquino despecho, en que se prodigan alabanzas en voz alta i en falsete, i difamaciones a media voz. En ellos, como es natural, han ido a hacer su nido los necios i los cobardes; no es estraño de consiguiente que se afanen en quitar a los otros lo que ellos no poseen: honradez i dignidad.

Por lo demas, los temas que con mayor frecuencia ha ejecutado la conversacion de esta semana son:

—La libertad de la Italia;—en menoscabo del adajio que dice: *la caridad bien ordenada, etc.*

—La cortés amonestacion que será posible nos haga nuestra hermana mayor, la del Norte, por ciertos pecadillos recientes.

—Un futuro concierto en el Teatro Municipal, en que la filantropía femenina cantará con entusiasmo en obsequio de los incendiados de Ancud.

—Un baile tambien futuro en el citado Teatro, en que la filantropía de ambos sexos bailará a mas i mejor, tambien en obsequio de dichos incendiados.

—La apertura del antedicho Teatro, que tendrá lugar el 28 del presente mes, en obsequio a las personas fastidiadas i en perjuicio de las fastidiosas, que no quieren resignarse a la condicion pasiva de espectadores.

—El desafío artístico entre Cicarelli i Charton, que no tendrá lugar, i la espulsion, que ha tenido lugar, de los alumnos de la Escuela de Pintura empeñados en que se diese a oposicion la direccion de esta enseñanza, como si en el dia estuviese en vigor otra oposicion que la que hace la luna.

Algo mas se ha conversado todavía, pero en una escala mas estrecha i en la sabrosa intimidad de amigas i amigos de confianza.—Se ha reido sin economía de la injeniosa trampa en que acaba de caer un Ganimédes imberbe. Es una ocurrencia histórica que no debo pasar en silencio.

Dario Z.... cuenta en el número de los cazadores furtivos que inundan nuestros salones. Mal adiestrado aún en el peligroso ejercicio de Diana, sus tiros son poco certeros, i la voluble fortuna ha hecho hasta ahora una lastimosa excepcion en favor suyo: le ha sido constantemente adversa. No por eso desespera. Ha renunciado, es verdad, a entender los *Tristes* de Ovidio en latin, pero nó a practicar las máximas de otro libro de este clásico, que ha leido vertidas al romance. Se halla en la edad mas ambigua del hombre,—los diez i siete años, en que el bozo apunta, la voz cambia, la fisonomía se transforma, las pretensiones se hiperbolizan, la vanidad preludia a la ambicion, i la cordura aguarda los contrastes para nacer. Casi no es niño i es casi jóven. Pasa lista, como es de rigor, en el colejio i en la guardia nacional i a veces lleva mas de un par de guantes, no todos comprados en la *Villa de Paris*.

En una *soirée* de la semana pasada tuvo el prematuro galan motivo de ver a la señora **, casada no ha mucho, i celebrada hace tiempo por su belleza i discrecion. Verla i quedar prendido en la red de sus hechizos solo fué cuestion de algunos segundos. No tardó en hallar medio de bailar con ella i decirla que era adorable.

Dos dias despues tuvo otra oportunidad para decirla que habia soñado con ella.

En una tercera ocasion se mostró mas esplícito e insinuante i, por último, creyendo llegado el momento propicio de decidir el combate, formuló sus pretensiones i pidió una cita.

La señora **, que hasta entónces no habia creido en la seria intencion de tan tierna galantería, pudo asi desengañarse i quiso pagar en malignidad la pasion de Dario. Otorg ó la cita sin mucho trabajo.

El miércoles de esta semana, el perfumado sátiro era introducido en una habitacion de la casa de la señora **.

Era de noche i una lámpara ardia sobre la mesa. Preocupado de la inefable dicha que iba a alcanzar, no sintió que la llave de la puerta habia jirado en la cerradura despues de su entrada, ni distinguió sobre la mesa una carta i un paquete que dormian en su cubierta. En aquel momento, sus oidos eran incapaces de percibir otro ruido que el de un traje femenino, ni su vista otra especie que la de una figura femenina. Tan profunda abstraccion femenina lo dominó durante dos horas, consagradas a una expectacion llena de palpitante ansiedad. Al cabo de este tiempo, rompió su inmovilidad i se acercó a la mesa para encender un cigarrillo. Sus ojos se detuvieron entónces en el sobre-escrito de la carta: *S. D. Dario Z.....*

Abrióla rápidamente i leyó su contenido que decia:

«Caballero: Con esta esquela hallará Vd. un paquete que encierra cuatro onzas de lana de tejer. Le quedaré a Vd. mui agradecida si logra con ella hacerme un *cache-nez*. Para decidirlo a Vd. a cumplir mi deseo, le prevengo que está Vd. incomunicado en esta habitacion i sometido a la dieta mas

estricta todo el tiempo que gaste en concluir su tarea. Su atenta servidora.»

**

. . . . . .

Entretanto, la ausencia de Dario, prolongada hasta la mañana siguiente, comenzó a despertar las inquietudes maternales i movió las pesquisas mas dilijentes.

Sospechóse a poco andar su captura; i la Sra.** tuvo que entregar al prisionero, sin que llegase a dar cima a su obra. En tan larga velada no habia atinado a formar sino cuatro carreras, que no hacian, en verdad, mucho honor a sus disposiciones fabriles.

Pero ya es tiempo de que os hable de la novedad mas positiva de esta semana: el progreso reciente del Ferrocarril del Sur, que ha alcanzado ayer con sus trenes hasta los Linderos.

Embarcarse en él no es una cuestion que pueda resolverse *a priori*. Antes de conseguirlo, es fuerza ingresar en un carro del ferrocarril de sangre, llegar por este medio a la estacion con toda felicidad, acercarse a la boletería, i provisto de un billete encaminarse a la fila de coches que en un momento mas van a ser arrastrados por la poderosa locomotiva.

Satisfechas estas formalidades indeclinables, voi a buscar un asiento entre la numerosa concurrencia que invade el tren de las dos i media, al mismo tiempo que una pareja *turista* abunda en iguales propósitos.—Componíase la espresada pareja, o mejor descomponíase en una señora ya entrada en años i en un señor que la servía de punto de apoyo. Debia de ser su sobrino, a juzgar por las respectivas apariencias cronolójicas de la una i el otro. Llevaba este último unas botas de campana que anulaban la parte inferior del pantalon, un par de espuelas abrazadas de los tacos, un latiguillo de montar en la mano derecha i sobre la cabeza una gorra modelada por la mitad de un pilon de azúcar; la elípsis de una casaca completaba su traje hípico.—Al embarcarse en el tren, la señora parece que vacila i volviéndose a su caballero, con aire manifiesto de recelosa inquietud, le dice:

—Si sabrán estos *gringos* el camino?... No fueran a perdernos?

—Pierda Vd. cuidado. Son mui prácticos,—le contesta el presunto sobrino.

I suben mas tranquilos al coche, miéntras que yo sigo su ejemplo buscando colocacion en otro cercano.—Ya era tiempo. El silbato despide una nota aguda, estridente i prolongada, se hace sentir un breve sacudimiento i el tren empieza a moverse. La tierra desfila a uno i otro lado de los rieles con velocidad creciente, i el paisaje se escapa de las miradas, como un pensamiento que no alcanza a formularse. Casas, praderas, ganados, álamos desnudos, matorrales secos, todo pasa i desaparece galopando con uniforme rapidez, miéntras que el convoi ronca con obstinacion desesperante, como el gato a la orilla del fuego.

Et le matou qui fait ron ron.

Pero este es un *ron ron* desmedido que los miembros todos de la raza felina, reunidos en *comité* filarmónico, no alcanzarian a igualar.

Para el que viaja en ferrocarril, los ojos son inútiles i las orejas molestosas.

Ya podeis calcular que llegamos a los Linderos sin gastar mucho tiempo, pero acaso no sospechais que el regreso no se efectuó así como quiera. La locomotiva, mal avenida con los rieles, tuvo una veleidad de dos horas, en que se negaba a abrazarse con ellos. La desabrida monotonía del paseo se halló de esta suerte interrumpida por un episodio, que no es una novedad, pero sí la repeticion de una novedad.

Restablecida la armonía, nos fué dado volver a Santiago a ver i oir llover.

A la ida como a la vuelta, toda una escuela de niñas, encumbrada en un tabladillo, nos regaló con su canto. Daba pena ver a las pobrecillas, vestidas de blanco i penetradas de frio, gritar con una sinceridad lastimosa:

Libre al fin i triunfante se vé.

Bien considerado todo, la semana que termina nos va a dejar abundante cosecha de esperanzas. Se espera:

Que la lluvia cese,
Que los norte-americanos nos bloqueen,
Que la Italia se independice,
Que la filantropía cante i baile,
Que el teatro se abra,
Que haya un duelo a brochazos
I que el Ferrocarril del Sur, llegue al Sur alguna vez.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pajinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones en Santiago, en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes; en Valparaiso, IMPRENTA I LIBRERIA DEL MERCURIO.

SERENA.—D. José Domingo Cortez.
COPIAPÓ.—Libreria del «Mercurio.»
CALDERA.—Editores del «Tren.»
CONCEPCION—Libreria del «Mercurio.»

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Julio 23 de 1859. Núm. 10.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JULIO 23 DE 1859.

La fuerza i el derecho.

«Los tribunales políticos, las dictaduras, jamas han salvado a los poderes condenados. Los que quieren la dictadura no solo son *malos ciudadanos*, son injenuamente *imbéciles*.»

(*Nacional* del 30 de setiembre de 1841.)

«.... En los tiempos modernos no hai mas que un verdadero lejislador, la esperiencia.»

(THIERS, *Histoire du Consulat et de l'Empire*, t. I, páj. 7.)

Para gobernar a los pueblos se necesita una memoria a toda prueba i un inagotable buen sentido.

Memoria para no olvidar el pasado;

Buen sentido para no perderse en las encrucijadas del presente.

Cuando estas dos cualidades faltan solo se puede caminar a tientas: se hace el mal casi siempre i el bien por casualidad.

Desgraciadamente, esas cualidades nunca o mui pocas veces llegan a insinuarse en las altas rejiones del poder. Parece que el aire que en ellas se respira fuese demasiado rarefacto para sus pulmones.

Esta proposicion está mui léjos de ser aventurada.—No hai un solo hecho del comun de los gobiernos que no acuse una lamentable carencia de memoria i buen sentido.

Tómese al acaso cualquier gobierno américo-hispano, con mui limitadas excepciones, i se dará con una prueba de la realidad de lo que decimos.

El gran fin que persiguen es sostenerse, cueste lo que cueste. Todo lo demas es para ellos secundario, lo colocan en segundo término.—Por eso no es nada raro ver pospuestos los mas trascendentales intereses de la sociedad a pobres cuestiones de tranquila i holgada existencia.—La historia de casi todos los gobiernos es una série no interrumpida de sacrificios sociales en aras de las conveniencias gubernamentales.

De este modo los gobiernos en vez de encaminar estravian;—en vez de ser centinelas avanzadas del progreso i la felícidad de los asociados se tornan en el enemigo siempre en acecho;—en vez de traer la tranquilidad siembran la desconfianza;—en vez de ser una garantía son un peligro.

Nada es mas natural.

¿Cuáles son los apoyos que por lo jeneral se buscan los gobiernos? En que hacen estribar su fuerza, su consistencia i estabilidad?

Triste es confesarlo, pero es cierto: en vez de procurarse el apoyo de la sociedad, esa un partido, a una bandería a la que atraen, sostienen i de la que se rodean.—Desde este momento cuanto paso dan, cuanta medida toman, cuanta inspiracion reciben se resienten de la estrechez i mezquindad de las miras de partido. Así, cada acto gubernativo, cuando no va a herir a una parte de la sociedad, la desatiende, la olvida.—El descontento aparece, i tras él las recriminaciones, las rivalidades, los odios.

Entónces la nacion se convierte en un verdadero campo de batalla.

El gobierno olvidando su mision de custodio de la sociedad i ejecutor de sus voluntades lejítimamente espresadas, viste la armadura, entra en liza i rompe lanzas a nombre i por el engrandecimiento de una fraccion mas o ménos reducida de la sociedad.—Una vez abandonado su sólio, su prestijio vacila, su responsabilidad es puesta en duda.—Una vez descendido al rango de combatiente tiene que someterse a todos los albures de la lucha, tiene que ser vencido o vencedor. Su vida se hace precaria. Convirtiéndose en luchador deja de ser administrador: solo piensa, trabaja i obra por su sostenimiento.

Incalculables son los males que de aquí resultan :

El descontento social se hace permanente ;

La estabilidad del gobierno peligra;

La administracion i direccion de la cosa pública se desatiende;

Falto el poder del apoyo moral de la opinion, tiene que entregarse al brutal de la bayoneta.

I tenemos la fuerza entronizada i a las sociedades dando vueltas en un círculo sin salida, salvando un precipicio para caer en otro no ménos profundo, agotando sus fuerzas en un estéril desperdicio, durmiendo hoi el sueño del despotismo para despertar mañana en la embriaguez de la anarquía.

¿Qué gana el gobierno, qué gana la sociedad con esta situacion?—No ganan para sustos.

Pero si en lugar de hacerse el gobierno el representante i el caballero de una fraccion de la sociedad, deja la bandera del esclusivismo para tomar la de la verdad, el bien i la justicia, i la sostiene i planta en el centro del edificio del poder; si en lugar de pedir ayuda i consejos a un partido, escucha lo que todos dicen i aprovecha sin distincion de sus concepciones felices i de sus hombres hábiles; si en lugar de concebir i ejecutar se reduce a ejecutar i deja a la sociedad que conciba ¿cuál será entónces su situacion?

No cabe duda que bien distinta.

Ya no tendrá enemigos sino consejeros;

Ya no habrá una faccion que trabaje i trame su pérdida, sino una sociedad que lo sostenga;

Dejará de ser escollo para convertirse en brújula.

¿Qué será entónces la fuerza?—¡Nada!

¿Qué será entónces el derecho?—¡Todo!

Sin embargo, hasta lo presente jamas los gobiernos hispano-americanos han ,ni siquiera tratado de ensayar ese camino.—El primer trabajo de todo gobierno es buscarse un partido, un círculo de su devocion al que festeja, halaga i eleva. Es decir, se estrena restrinjiendo su esfera de accion, debilitando sus puntos de apoyo, bastardeando su mision.—De manera que se crea un vigor ficticio, una vida de contínuos desasosiegos, en que la calma huye, los temores sobran; en que los horizontes siempre están cargados de nubes mensajeras de tempestad; en que gobernar es luchar, es vivir al borde de un abismo; en que los hombres se fatigan, se estenúan, se gastan sin arribar jamas a nada estable ni fructuoso.

Por eso es que cada paso que dá una sociedad en la via del progreso apareja por precision un desquiciamiento social.—Para que una idea surja es necesario que un gobierno caiga.

¡Funesta necesidad!

Pero lo que es de veras triste es que pudiendo librarnos de ella, no lo hagamos, i todo por obra i gracia del mas lamentable i grosero de los errores.

Un poder para ser respetado necesita ser fuerte. Esta es una verdad. Lo que falta es decidir en donde reside i en que consiste la fuerza real i efectiva de un poder.—Hé aquí lo que la jeneralidad de nuestros gobiernos no comprende.

Engañados por la apariencia van a buscar esa fuerza en la inmovilidad, en la compresion, en vez de ir a buscarla en el movimiento i la libertad.

Todos los males sociales arrancan de esta ilusion: siempre las ilusiones se pagan demasiado caro!

Cuando se entra a estudiar la marcha de un gobierno de represion, los diarios escollos que encuentra en su camino, lo pernicioso de su existencia para la felicidad i el progreso social, la admiracion, el asombro ganan al pensador.—Un gobierno de represion es la violacion de todas las leyes del desenvolvimiento humano, es una navegacion contra la corriente, es pretender que la sociedad respire sin tener aire, se eleve estando atada, se desarrolle metida en una corta i angosta caja de fierro; es la negacion, el desconocimiento mas lastimoso de la inflexible lójica de los sucesos humanos, es la ruina de un pueblo o la revolucion en permanencia.

Quien esto vé, siente, toca i palpa en cada manifestacion de una sociedad a ese absurdo yugo sometida, se pregunta ¿por qué abrazan los gobiernos este camino? ¿por qué se aferran al mal cuando el bien les está tendiendo la mano? ¿por qué toman el rumbo de la tempestad, cuando el de la bonanza se les ofrece ancho i espléndido?—Todo no es obra sino del error que cree, no tiene un poder mas medio de cimentarse que la inmovilidad i la

Es preciso que este error reciba su carta de retiro del pais de la ciencia política, que no debe tener otros consejeros que el buen sentido i la buena fé.

Es preciso que los gobiernos se convenzan una vez por todas que es indispensable, imprescindible respetar las leyes sociales, que no es comprimiendo como se encamina i que la inmovilidad no es fuerza, sino la última manifestacion de la impotencia.

Para concluir con tanto absurdo político no hai mas que una justicia que obrar:

Destronar la fuerza!

Entronizar el derecho!

Entónces los gobiernos serán fuertes sin ser represivos.

Entónces las sociedades obtendrán el bien sin empaparlo en lágrimas ni en sangre.

Tendremos libertad sin tumultos!

Tendremos progreso sin revoluciones!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

D. Bernardo Vera i Pintado.

El personaje a quien se refiere la corta noticia biográfica que va a leerse fué uno de los que mas activamente prepararon e impulsaron el movimiento revolucionario que principió en 1810, i que trajo por resultado la independencia de Chile.

En esa época, tan famosa en la historia hispano-americana, Vera cumplió treinta años de edad, esto es, llegaba al período de la vida humana en que el hombre alcanza de ordinario la plenitud de sus facultades. La casualidad hacía que el héroe de esta biografía pudiera entrar armado de todas sus fuerzas en la lucha memorable que debia convertir en naciones soberanas i llenas de esperanzas a las pobres colonias que crecian raquíticas i macilentas a la sombra de la bandera de Castilla desde el golfo de Méjico hasta el cabo de Hornos.

Al tiempo de que hablo, solo hacía once años, que don Bernardo Vera i Pintado residia en Chile. Nacido allende los Andes, a las márjenes del Paraná, en la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, habia pasado a nuestro país en 1799, cuando vino de gobernador i capitan jeneral don Joaquin del Pino, que estaba casado con una hermana de su padre. La proteccion de tan encumbrado patrono le habia durado poco. Al cabo de unos tres años, Pino habia sido promovido a virrei de Buenos-Aires, adonde Vera rehusó seguirle, prefiriendo quedarse en Santiago. Pero aquel jóven, estranjero i sin relaciones de familia, como era, habia sabido adquirir una grande i merecida influencia. Voi a esplicar como.

Así como don Bernardo Vera se distinguia de sus contemporáneos en lo físico por un color albino, que llamaba la atencion de cuantos le miraban en una comarca donde tal color era desconocido, así se distinguia tambien de ellos en lo moral por la escelencia i cultivo de su entendimiento, que eran singulares.

Habia principiado su educacion en la universidad de Córdoba, esa Salamanca de la América española durante el coloniaje, donde habia merecido ser llamado en estilo escolástico el *Fenix del ergotismo cordobes*, i habia venido a concluirla en la de San Felipe con no menor brillo hasta graduarse de doctor en teolojía i en leyes. Los individuos de aquellos tiempos apartados que aún viven, cuando quieren manifestar, por no confesarse inferiores en nada a sus nietos, que la cultura intelectual de la época del señor presidente don Luis Muñoz Guzman no era tan despreciable como ahora se pretende, recuerdan todavía con complacencia que habiéndose mandado proveer por real cédula todas las cátedras de la universidad de San Felipe, hubo una persona, que fué el doctor Vera, capaz de hacer oposicion a todas ellas, teolojía, leyes, cánones i artes, i lo que es mas, de arrancar unánimes aplausos en los diversos actos que tuvo que desempeñar con dicho objeto.

Pero lo que conviene saber es que don Bernardo Vera, junto con ser un consumado doctor *in utroque*, tan sabio como los mas sabios de sus colégas, era ademas un literato que habia leído, releído i aprendido de memoria los clásicos latinos, i ademas todavía un poeta que componia versos de amor a las damas, e improvisaba en los convites brindis sobre toda especie de materias, talento especialísimo i mui raro entónces que daba una fisonomía particular a aquel docto miembro de la grave universidad de San Felipe.

Esta diversidad de aptitudes habia granjeado a Vera una gran nombradía, haciéndole respetado por su ciencia i amado por su gracia i agudeza.

Vera estaba mas o ménos íntimamente relacionado con todos los magnates de Santiago, cuyas tertulias alegraba con lo ameno i variado de su conversacion, i el donaire de sus chistes, a los cuales mezclaba, segun suelen hacerlo los buenos conversadores, algunos granos de sátira o de mordacidad, que le hacian temible a las personas a quienes no estimaba.

Para completar el retrato del doctor Vera debo advertir que su popularidad e influencia en Santiago resultaban, no solo de las sobresalientes dotes de su espíritu, sino tambien de las prendas de su carácter jeneroso, franco i servicial. No contaba para sostenerse mas que con los productos de la profesion de abogado que ejercia; pero sin embargo era sumamente desinteresado con sus clientes. «No solo servia gratuitamente a cuantos le ocupaban en su oficio, si le decian que no tenian con

pagarle, dice don Joaquin Campino en una necrolojia que publicó a los pocos dias de haber muerto Vera, sino que se hacia el ajente, procurador i patrono de todos estos miserables, que imploraban su proteccion, haciendo los costos procesales de su propia bolsa.»

La opinion de un hombre de tales condiciones debia por necesidad ser mui atendida entre sus contemporáneos, que le eran naturalmente adictos por admiracion a su talento, o por gratitud a sus servicios.

Don Bernardo Vera era uno de los que creian ya en aquella época que el sistema colonial de España pecaba por absurdo i perjudicial a todas luces para los criollos. Mui ligado con los patriotas de Buenos Aires, entre los cuales se contaba su primo político, el despues tan célebre don Bernardino Rivadavia, mantenia con ellos una correspondencia sostenida i les servia de intermediario con los patriotas chilenos. Al mismo tiempo, aunque por lo bajo, atizaba el descontento, i procuraba sacar provecho en favor de su causa de las circunstancias difíciles en que la invasion francesa colocaba a la metrópoli. Dando rienda a sus inclinaciones satíricas, no desperdiciaba oportunidad de ridiculizar al arrogante virrei del Perú don Fernando Abascal i al menguado presidente de Chile don Francisco García Carrasco, propagando así entre burlas i chistes contra los mandatarios españoles las ideas revolucionarias que tan serias consecuencias debian producir.

El gobierno no tardó en notar el papel de ajitador que habia tomado Vera, yendo de casa en casa, a manera de gaceta viva, para esparcir noticias i promover discusiones desfavorables a las autoridades reales; i naturalmente le colocó uno de los primeros en la lista de los díscolos a quienes era menester vijilar.

Es sabido que en mayo de 1810, el presidente Carrasco se lisonjeó de poner fin a la ajitacion pública con la prision de los vecinos a quienes consideraba como los principales fautores de ella. Como podia esperarse, don Bernardo Vera fué contado en ese número, i trasladado junto con otros dos sujetos respetables a uno de los castillos de Valparaíso.

Cuando Vera se vió encerrado en un calabozo, guardado de vista por un centinela i acusado de traidor al soberano, tuvo miedo, se estremeció. Su imajinacion de poeta, turbada por las visiones pavorosas que habitan en la oscuridad de las cárceles, desplegó ante sus ojos el mas triste i sombrío porvenir.

Para concebir la tribulacion de Vera en la prision, es preciso trasportarse a aquella época, i recordar que entónces la simple sospecha de ser alguno inclinado a novedades políticas era mil veces mas peligrosa que hoi dia la de ser luterano o panteista.

Vera veia trocarse su hogar doméstico donde esperimentaba las dulzuras de esposo i de padre, i todas las delicias del estudio por los horrores de un calabozo; su posicion ventajosa de abogado con crédito i clientes por la suerte nada envidiable de un reo de estado de aquellos tiempos; la consideracion social de que gozaba por la reprobacion que debia ligarse a un traidor. La contemplacion de semejante cambio le abrumó.

Bajo el imperio de tales impresiones escribió con fecha 13 de junio a un alto potentado una carta para disculparse e interesarle en su favor. Despues de haber dado esplicaciones sobre los hechos que en su concepto debian haberle ocasionado la persecucion que sufria, termina su esposicion con los siguientes trozos oratorios que descubren la ajitacion de su ánimo.

«¡Oh Dios inmortal que me oyes, i ves mi corazon poseido de los sentimientos mas dignos del mas fiel vasallo! ¡Oh rei mio a quien amo, e imito en la prision no merecida! ausiliadme i confortad mi espíritu para que no desespere o pierda la razon!

«Me contentaré con una providencia que salve mi honor, i la nota a mi hija de serlo de un *reo de estado* ¡Oh Dios! *¡reo de estado!* Haced, señor, que conozcan mi inocencia, i que no me consuma la contemplacion de ser sin culpa el objeto de los juicios arbitrarios del vulgo, i de la posteridad que me confundirá con los delincuentes.

«Señor, yo no sé lo que escribo; mi cabeza se desvanece; son ya las tres de la mañana; acuérdese Vd. de quien es, de quien soi; i despues de tener la gloria de salvar a un inocente tendrá en él un esclavo de su agradecimiento, o un amigo sin la infamia que hoi le cubre i horroriza.»

Qué leccion tan provechosa contienen los pasajes que acaban de leerse!

Lo que Vera encerrado en uno de los calabozos del castillo de Valparaíso juzgaba una infamia ha llegado a ser su gloria.

El no haber sido fiel vasallo, i sí buen ciudadano es lo que le ha valido que su memoria sea venerada, i que su nombre sea inscrito en los trofeos de las fiestas nacionales.

Su hija, en vez de tener a mengua el deber la existencia a tal *reo de estado*, esto es, a uno de los fundadores de la república chilena, no querria cambiar ese bello título por el de hija de un cortesano, aunque fuera conde o marques.

El mismo don Bernardo Vera ha contradicho los falsos conceptos en que se calumniaba así mismo de su carta de 13 de junio de 1810 por estos ciertamente mas verdaderos del himno que compuso en 1812 para la primera celebracion del 18 de setiembre.

Las jeneraciones
Nos bendecirán,
Cuando a nuestro esfuerzo
Libres se verán.
De padre a hijos
La voz pasará,
I esta noble historia,
¡Qué honor nos hará!

El mismo cuya mano no temblaba al escribir el nombre del rei Fernando VII inmediatamente despues del de Dios era quien algunos años mas tarde debia componer nuestra cancion nacional donde se leen estos dos versos.

Arrancad el puñal al tirano,
Quebrantad ese cuello feroz.

Los partidarios de la libertad i del progreso no deben perder jamas la fé. Los triunfos de sus enemigos son momentáneos, miéntras que el porvenir es siempre de aquellos. La victoria de los que combaten la injusticia i los abusos es solo asunto de tiempo.

Ese momento de debilidad que acabo de revelar en Vera nos está manifestando cuanto debemos a los que nos dieron independencia. Cuando las grandes revoluciones sociales han llegado a ser hechos consumados, no nos figuramos bien todo lo que ha costado llevarlas a cabo. Nos parece por ejemplo que era mui natural ser patriota, i mui absurdo ser realista. La tribulacion de don Bernardo Vera en el castillo de Valparaíso está ahí para contradecir una idea tan equivocada. La realizacion de la independencia ha costado tanto, como nos cuesta en la actualidad la consecucion de las reformas que los buenos ciudadanos trabajan por plantear en Chile. El presente sirve tambien para esplicarnos el pasado, asi como el pasado ilustra el presente.

A pesar de las disculpas i protestas de fidelidad de la carta de 13 de junio, Vera continuó preso, pues Carrasco i sus allegados comprendian perfectamente lo que ellas importaban, i la clase de vasallo que era el doctor poeta.

No es este el caso de referir los motivos que repentinamente influyeron en el ánimo del gobernador para ordenar que sin tardanza los tres sujetos a quienes mantenia arrestados en el castillo de Valparaíso fuesen enviados al Perú a disposicion del virrei.

Vera en particular tembló de verse entregado al resentimiento de Abascal de quien era mui mal querido, pues este magnate no ignoraba que nuestro héroe le tomaba con frecuencia por blanco de sus chistosas burlas. En trance tan apurado, recurrió al arbitrio de finjirse enfermo siquiera para ganar tiempo, logrando así que la órden de Carrasco se suspendiera solo por lo que a él tocaba. Sus dos compañeros de prision fueron conducidos a Lima, miéntras Vera consiguió quedarse en Valparaíso.

Una serie de sucesos inesperados vino a concluir lo que la astucia habia comenzado. Es sabido que el vecindario de Santiago, violentamente ajitado, llamó a cuentas a Carrasco al tener noticia de su resolucion respecto de los presos políticos de Valparaíso, i que al fin de cinco dias de conmociones forzó a este mandatario a que renunciara el gobierno del reino.

Vera volvió entónces a la capital donde fué recibido en triunfo.

La revolucion siguió su marcha sin que nada pudiera contenerla. El 18 de setiembre de 1810 un gobierno nacional sucedia al establecido por la Metrópoli. Vera, con un desprendimiento i un patriotismo ejemplares, puso al servicio del nuevo órden de cosas sus bienes de fortuna, su talento, cuanto valia.

Conocido en las provincias del Plata, donde residia su familia, i respetado en Chile, donde él se habia formado, nuestro héroe habia tomado desde el principio de aquel gran trastorno social el papel de intermediario entre los hombres que dirijian el movimiento en Buenos-Aires, i los que lo impulsaban en Santiago. Desempeñó desde luego ese importante cargo privadamente, i haciendo valer sus relaciones personales; pero desde agosto de 1811 comenzó a ejercerlo con un carácter público i oficial habiendo sido nombrado diputado, como se decia en el lenguaje de la época, ajente diplomático, como se dice ahora, del gobierno arjentino para entenderse con las autoridades chilenas.

El tino i la actividad con que desempeñó este empleo hicieron concebir a los gobernantes bonarenses una idea tan elevada de Vera, que le instaron para que se trasladára a Buenos Aires; pero él rehusó por los motivos que espone en la siguiente carta escrita con fecha 24 de julio de 1812 a su primo político don Bernardino Rivadavia, en aquella sazon secretario de la junta gubernativa del Plata.

«Cuando Vd. se empeña en convidarme con esa capital, me hace mas honor del que merezco, porque no me conoce. Permítame que le hable con toda la franqueza que me caracteriza. Yo no soi apropósito para comision alguna militar; abomino esta carrera. Tampoco tengo aquellas luces de alta política que en las circunstancias exije la grande estension del gobierno superior de un estado naciente. Mis talentos no pasan la raya de comunes: tal cual espedicion en la pluma i el deseo de formarme por principios de pura reflexion i estudio sobre el hombre, acaso los hagan aparecer mas de lo que son. Carezco de erudicion, porque ni he sido mui aplicado a la historia, ni me ha sobrado tiempo para dedicarme; ahora empiezo. Casado cinco años hace en Chile con una jóven idolatrada i con dos hijos, el foro ha hecho toda mi subsistencia. Lo desamparé desde que acepté la diputacion de Buenos-Aires. Su corta renta es la que sufraga a las urjencias diarias, porque nada he guardado, ni he podido guardar de los honorarios de la abogacía que siempre han seguido la naturaleza de mi jenio desprendido de intereses. Así ninguno poseo que me detenga en Chile, siempre que en esas provincias pueda contar con un empleo seguro para la mantencion de mi familia que debe ir en aumento, pues a no contar con un destino

fijo, si he de verme obligado a volver al bufete, sería imprudencia dejar el país donde soi conocido i buscado como abogado; a ménos que pudiese en tal caso retirarme a Santa Fe en donde me ha tocado un pedazo de tierra por muerte de mis padres, que hoi se hallará *pro derelicto*. Hé aquí la relacion sincéra que V. desea. Diré mas: soi honrado, amo la justicia, i mi corazon solo deja de ser benigno, cuando ve que se le ataca. Los derechos de los pueblos i la libertad bien reglada son mi manía.»

Este proyecto de pasar a las provincias del Plata quedó sin efecto. Vera continuó desempeñando el cargo de diputado del gobierno de Buenos Aires, escribiendo prosa i versos para los periódicos de la época i prestando a la causa de la independencia cuantos servicios pudo, hasta que la pérdida de la batalla de Rancagua en octubre de 1814 le obligó como a tantos otros de los patriotas chilenos mas comprometidos a poner los Andes entre él i las encarnizadas persecuciones de los realistas.

Don Bernardo Vera volvió a Chile de secretario i auditor jeneral de guerra en el ejército de don José de San Martin, habiendo conservado este empleo hasta despues de la batalla de Maipo.

Desde esta época, Vera se dedicó esclusivamente a la enseñanza, al foro i a la prensa. Aunque fué diputado al congreso de 1824, i su presidente, tomó siempre una parte poco activa en las contiendas civiles que siguieron a la lucha contra España. Semejante en esto a su amigo i coléga en la prensa el padre de la buena muerte Camilo Henriquez, el único partido por el cual se acaloró i comprometió cuanto valia fué el de la independencia; miró todos los demas con frialdad. «La calidad mas notable del carácter del doctor Vera, dice el señor Campino, era un espíritu conciliador i de complacencia, i esto, en tiempo de revolucion en que las facciones i partidos se hallan tan exaltados, lo esponia a ser tenido por débil o tejedor (como se dice en el idioma del tiempo), i a que ninguno de los partidos o facciones le tuviese por un decidido o acérrimo suyo. Pero esta circunstancia tambien le ha libertado de tener enemigos encarnizados.»

Vera es el autor de la cancion nacional chilena antigua.

Este eminente patriota murió el 27 de agosto de 1827 tan falto de recursos que con frecuencia tuvo que recurrir en sus últimos dias a la jenerosidad de sus amigos. Su muerte dió lugar a un duelo jeneral i produjo manifestaciones de dolor público que hasta entónces nadie habia obtenido.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

Las baraturas.

Mui difícil parece que los pueblos que personificaron en el alado Mercurio la importancia del comercio, alcanzasen a imajinarse siquiera, no obstante su culto por esta benéfica divinidad, que con el trascurso de los siglos habría de inspirar a los mortales tan injeniosos medios de sacar honradamente el dinero del bolsillo del prójimo. Las celébres ferias de los antiguos pueblos de Europa a las que acudian mercaderes de todos los puntos de esa parte del mundo; las modernas esposiciones donde los magníficos inventos del humano injenio se acumulan; las espléndidas i espaciosas tiendas que reciben un suspiro de cada mujer que pasa sin poder entrar a ellas; los suntuosos *bazares* que ostentan reunidos tantos objetos de una superfluidad necesaria; todo esto, i mucho mas aun, son miserables pamplinas, comparadas con el moderno i espantable descubrimiento de nuestra era de progreso: ¡la baratura! la imponderable baratura! Diríase que no contento nuestro glorioso siglo con el vapor, los telégrafos, el daguerreotipo i las carabinas Minié, quiso rematar su obra dejando la *baratura* para asombro i embeleso de las venideras jeneraciones. Hecho esto puede ya, sin duda, reposarse el tiempo que le queda de vida: su mision, que es el progreso de la prole quejumbrosa de Adan, parece tocar los límites de su resplandeciente carrera, i sin duda que Galileo tuvo un confuso presentimiento de las baraturas cuando pronunció su famoso «*é pur si muove.*»

La baratura es, a no dudarlo, la última i mas refinada espresion de los adelantos de un pueblo, i bien que esa manía de innovacion que perpetuamente nos trabaja, haya querido inventar despues otros nombres para significar la misma cosa, los grandes rótulos de «Verdadera realizacion», «Verdadera ganga» i otros que en estupendas banderas vemos flamear por las calles delante de las tiendas, palidecen todos i pasan desapercibidos, ante el primitivo i fascinante letrero de ¡baratura! que hiere como un golpe eléctrico a los habitantes de Santiago de un confin a otro de la estensa poblacion.

La baratura alhaga uno de los mas pronunciados instintos del hombre: la economía, este ideal de los viejos, i acaricia cariñosamente los ensueños de la mujer a quien sus medios no la dan lo bastante para satisfacer sus dispendiosos i adorables caprichos. A todos ataca la fiebre-baratura, como ántes la de la lotería pública, en la que las viejas jemian sobre sus malogrados cuaternos, despues de llevarse calentándolos durante un mes. La madre de familia divisa en los grandes carteles con que la baratura se anuncia una infinidad de vestidos para sus niños, de artículos para ella i toda la casa, hasta corbatas para el marido, i el elegante pobre que lucha con las exijencias de la moda, encuentra a veces en ellas, a mas bajo precio, los guantes con que ha de conquistar al objeto de su *fogosa* o llamar la atencion en el paseo. Grandes i chicos, niños i viejos, pobres i millonarios, todos en-

cuentran, pues, en la baratura una esperanza o a lo ménos un engaño, que equivale a un deseo realizado.

Un mi amigo que llama la vida «un perpetuo antagonismo» i que, aficionado a cuestiones económicas, define el comercio con una verdad de Pero Grullo, diciendo que es la guerra a los bolsillos, trataba un dia de probarme la verdad de su definicion, citándome las baraturas como irrecusable argumento de su aserto. Nuestra conversacion fué interrumpida por la llegada de uno de mis parientes, habitante de una provincia i provinciano neto si jamas lo hubo, que se hallaba hospedado en mi casa en el último viaje que hizo a esta capital, en vísperas del inmortal 18. Mi pariente me dijo que el objeto de su viaje era *surtirse* i al efecto, sacó de su bolsillo un papel, que desplegó al sentarse.

—Pariente, me dijo, ¿sabe que ya no se puede comprar nada en Santiago?

—Eso es segun i conforme, le contesté.

—Quiero decirle que todo está tan caro que es imposible comprar una hilacha. He andado por todas las tiendas ¡jesus! cada comerciante es un judio.

Mi amigo me miró con el aire triunfal de un hombre que encuentra un nuevo ejemplo en apoyo de su sistema.

—Ya ves, me dijo, antagonismo perpetuo entre el comprador i el vendedor ¡guerra a los bolsillos!

—Vd. tiene razon, esclamó mi pariente, «guerra a los bolsillos.» En estos tiempos un pobre padre de familia, para dar abasto a las necesidades de la casa, necesitaria transformarse en la máquina de acuñar de la moneda.

—Bien acuñados estamos así, pariente, le dije i es preciso considerar que el progreso del pais.....

—A mí poco me importa que el pais progrese, replicó él, lo que yo quiero es tener con qué vestir a mi familia.

—Pero con el incremento de la riqueza pública.....

—No señor, qué incremento, ni incremento, lo que hai de cierto es que ya no se puede entrar a las tiendas.

—I ese gran papel que tiene ahí, le dije para cortar la discusion.

—Ah, este es un cartel de baratura, que me dieron por la calle.

—No se fie Vd. en las baraturas, le dijo mi amigo con sentencioso tono.

—Sí, ya entiendo, replicó mi pariente con aire ladino: son baraturas para ganar.

—Hasta ahora no he conocido a nadie que venda para perder, le dije yo.

—Hombre, esto si que es barato, dijo mi pariente leyendo en el cartel: ¡Botines de niños a veinte centavos!

—¿Qué cosa? los niños o los botines? le preguntó mi amigo.

El pariente lo miró con aire de intelijencia.

—Fuera de broma, dijo, aquí hai cosas mui baratas, vean Vds.: medias para señora a un peso la docena. Este si que les compraré, porque mi mujer esta sin medias.

Tras esto continuó la lectura del cartel, haciendo al mismo tiempo el inventario de lo que a su familia faltaba i hallándolo todo a precios fabulosamente baratos. Mi pariente se restregaba las manos lleno de júbilo i me declaró que comprando los encargos en la dichosa baratura, le resultaba una economía de dos onzas a lo ménos. La noche lo sorprendió en tan alegres i paternales proyectos i se fué a la cama esperando con impaciencia el dia siguiente en que la baratura debia abrirse al público.

Al dia siguiente lanzóse mi provinciano a la calle despues de almorzar, no sin haberme mostrado ántes una larga lista de objetos que se proponia comprar para la familia. Al verlo tan alegre i henchido de esperanzas no pude ménos que compararlo con el hombre, cuando salido recien de la adolescencia, se lanza al mundo a caza de ilusorias ficciones, pues un secreto presentimiento me decia que mi pariente realizaría hasta el fin la verdad de la semejanza, volviendo, cual el hijo pródigo, al hógar doméstico, con sus quiméricos ensueños desvanecidos; vaya que solo un provinciano de buena lei puede despertar tan filosóficas ideas!

Una vez en la calle, mi pariente se encaminó a la parte de la poblacion que todos conocen con el nombre de «el comercio». La baratura tenia lugar en la calle Ahumada i una enorme bandera que ostentaba en gordas letras la palabra irresistible, atrajo al buen pariente como el iman al acero. Al llegar a la puerta hallóse que una masa compacta de individuos de ambos sexos, le obstruía completamente el paso.

—Parece que muchos han tenido la misma idea que yo, pensó él, tratando al mismo tiempo de divisar por encima de las cabezas.

Mas como no lograse su intento, formó en un instante la resolucion de abrirse paso i empezó a avanzar, consecuente con su idea, tratando de hendir la muchedumbre con el ausilio de los codos i de los hombros alternados. Empero mui pocos pasos alcanzó a dar hácia el interior de la tienda, cuando un coro de voces de variados tonos le manifestó que la tarea presentaba sus graves dificultades.

—Eh, señor, no peche pues, le gritaba una mujer.

—Miren el futre tambien, añadió un hombre, le parece que porque tiene leva, puede rempujar a los pobres.

—Quítese, no sea cargoso, le decia una beata, que sintiéndose atacada por la espalda creyó talvez que mi pariente se entregaba a una intentona ofensiva para su recato.

—¡Jesus! que hombre tan bruto, murmuraba una voz.

—Atajen ese burro, esclamaba otro.

—A dónde va amigo, le decia un tuno, tirándole de la levita.

—Que llamen al vijilante, vociferaban las mujeres.

I entretanto, mi empeñoso provinciano, sin atender a tantas voces, no contento ya con los codos i los hombros empleaba, a la par, las rodillas i los piés, introduciendo una terrible confusion en aquella apiñada muchedumbre, que a su vez lo apretaba i repelía, haciéndolo sudar arroyos i lanzar ahogados suspiros de impaciencia i sofocacion. En tan ajustado trance, consolábale solo la idea de haber ganado ya algun terreno i de hallarse próximo a la puerta, aunque no le bastó esta esperanza para quitarle por un momento el deseo de retroceder; pero parecióle al mismo tiempo que las dificultades eran casi iguales para la contramarcha, pues el camino se habia cerrado tras él, de modo que apelando de nuevo a su enerjía, empezó por segunda vez su ataque a viva fuerza, levantando mas atronadora grita que al principio. Las voces de «atajen ese burro» i demas lindezas que su arrojo impertérrito le valian, no parecieron ya suficientes a los vecinos de la puerta para contrarrestar el ardor de tan denodado agresor i principió sobre el infeliz una lluvia de mojicones i golpes, de pellizcos i *bollazos* que devueltos por él con sin igual intrepidez, producian la mas feroz batalla que en puerta de tienda se haya dado i el mas alegre golpe de vista para los que desde léjos presenciaban esta escena.

Por fin, el pariente consiguió tocar los umbrales de la puerta i ya iba a entónar en su mente un himno de alabanzas i gracias al Eterno para entrar a saco en la plaza cuyo asedio tantos sudores le costaba, cuando uno de los empleados de la tienda le dió con la puerta en los hocicos, haciéndolo casi caer de espaldas sobre sus vencidos contendores.

—Nadie entra hasta que no salgan algunos, dijo el que cerraba la puerta.

I mi pariente, cambiando por aquel contraste su himno de gracias en furiosas imprecaciones, juró que no lo vencerian a porfiado i que dormiria allí, ántes que abandonar el puesto que su valor le conquistára.

Al cabo de media hora, sintió mi pariente que la puerta se movia i poniéndose en guardia para entrar él primero, la vió entreabrirse poco a poco i salir con gran dificultad a una mujer que invocaba en su ayuda a todos los santos del calendario; lijero, mi pariente como un gamo trató entónces de introducirse, pasando casi sobre la que salia; pero el guardian de la puerta la cerró con tal presteza que un brazo de mi pariente quedó tomado entre las dos manos de la puerta.

—Tire señor, le decian riéndose los truanes.

—Ahora le van a romper la manga, añadian otros.

—Quítese la leva i se manda cambiar, gritaban por otro lado.

—Córtese la manga i vuelva despues por ella, decian muchos.

Miéntras él, con el rostro encendido, hacia esfuerzos inauditos para sacar el brazo de aquella nueva tortura i daba terribles voces para intimidar a los de adentro.

Por fin, el de la puerta pareció apiadarse de su situacion i abriéndola con gran cautela lo introdujo en el recinto de la baratura.

Las tres de la tarde sonaban en el reloj de la plaza cuando mi pariente se halló en el interior de la tienda. Su primer cuidado allí fué de tomar aliento en un rincon i sacar del bolsillo la lista que en casa habia formado. Delante de él una cuádruple hilera de hombres i mujeres, la mayor parte del pueblo, le impedian el acceso al mostrador. Sin embargo, aquel obstáculo era insignificante para quien habia vencido el primero, así es que mi pariente emprendió su nuevo ataque con la intrepidez desesperada que le conocemos i aquel mar de cuerpos humanos comenzó sus oleadas, arrojando por tierra a los mas débiles i haciendo estrellarse a muchos contra las paredes de la tienda. Los gritos i las imprecaciones no fueron menores allí que en la parte de afuera, pero al fin la victoria fué completa, pues mi pariente tocó con las manos al deseado mostrador.

—Una docena de botines para niño, dijo al primer dependiente que se paró junto a él.

Pero el dependiente parecia sordo i solo se ocupaba de mostrar unos pañuelos a otro comprador. Mi pariente repitió su pregunta dos i tres veces, hasta que por fin consiguió llamar la atencion.

—¿Botines para niño? dijo, el dependiente; *son concluidos.*

—Medias para señora entónces, replicó mi pariente.

Trajéronle las medias i no bien tomaba una para examinarla, cuando todos los que estaban a su lado hicieron otro tanto, sin dejarle tiempo para pagarlas.

—Páseme otra docena, dijo mi pariente con un peso en la mano.

Mas el dependiente se hallaba ya distante i recibia el dinero de otra persona que habia tomado la primera docena.

No desmayó sin embargo mi pariente con semejante contratiempo i apelando a su lista se preparaba a pedir otros artículos, cuando una nueva oleada de jente invadió la tienda, rechazándolo, mal de su grado, fuera de su ventajosa posicion. El quiso asirse del mostrador en un esfuerzo supremo, sin escuchar la voz de la prudencia, i en vez de encontrar el punto de apoyo que buscaba, sus manos se aferraron del manton de una mujer que por delante se hallaba, al mismo tiempo que la muchedumbre lo repelia hacia atras con irresistible violencia. Cedió a la fuerza mi infeliz pariente, arancando el manton de la cabeza de la mujer, despues de hacer saltar los alfileres que lo sujetaban.

—Agarren a ese pícaro que me está robando el manton, gritaba ella.

—Aquí lo tengo señora, gritaba un hombre tomando por la cintura a mi pariente.

I éste, sacado ya de los últimos límites de su paciencia, dió un feroz bofeton al que queria estrecharlo entre sus brazos i el apresador de ladrones fué a rodar a los piés de la muchedumbre, lanzando la mas enérjica de las imprecaciones, la que se confundió con el chillido de un muchacho a quien en su caida habia aplastado i que por librarse de aquel peso enterraba sus uñas en las piernas de una mujer, que atronaba a su vez la tienda con espantosos alaridos. Mi pariente no pensó ya mas que en huir de aquel infierno abreviado, i aprovechándose de la jeneral confusion, se escurrió como pudo hasta la puerta que no le fué difícil abrir i lanzóse a la calle, en donde tuvo que emplear el último resto de sus fuerzas para abrirse paso por entre la apiñada turba.

A las siete de la noche llegaba a casa, cuando nos habiamos sentado a la mesa cansados de esperarlo. Su levita, pantalones i sombrero se hallaban en el mas lamentable estado. Quiso sacar el pañuelo para secar el sudor de su frente i una ahogada esclamacion nos anunció que su bolsillo estaba vacío. Sentóse entónces haciendo un ademan de resignacion i despues de referirnos sus percances, atacó la comida con devorador apetito, jurando que jamás volveria a encontrarse en baraturas.

Julio de 1859.

NADIE.

Un homicida.

Continuacion.

XII.

Presentada al juzgado la defensa de Palacios dióse al fiscal la vista de estilo i una vez evacuada ésta el proceso quedó concluido para sentencia. Desde ese momento no se hizo mas que disponer el ánimo del reo i aguardar el fallo, que, *improvisado* durante una semana, no tardó sino el tiempo necesario para que el amanuense lo copiára en limpio. Miéntras esto se hacia el juez mandó llamar al reo a su presencia, i cuando le hubo oido que no deseaba alterar ni suprimir un ápice de sus declaraciones, le dirijió algunas estériles palabras de consuelo i le devolvió en seguida al calabozo donde habíamos quedado aguardándole.

La curiosidad que despertaba la vista de Palacios entre sus compañeros de prision i las jentes del pueblo, el peso de sus enormes grillos que apenas le permitian moverse, pero mas que todo, la presencia i el palabreo de dos centinelas que marchaban a su lado cual si temieran que se les escapase por el aire, hicieron volver al preso a su celda con un disgusto visible.

—El juez me ha dicho, prorrumpió a su llegada, «que no será él sino la lei quien me condene; que mi muerte talvez será inmerecida i que él la sentirá profundamente, pero que no estará en su poder el evitarla.» Con esto lo he sabido todo: ¿qué esperanza alimentar entónces? ¿No valdria lo mismo que me hubiese anunciado llanamente mi condenacion? ¿i no habria sido este un proceder mas humano i mas lójico, pero sobre todo mas franco i mas digno del majistrado i del hombre? A esa protesta imbécil, al parecer nacida del miedo mas que de un verdadero interes por mi causa, solo le he contestado: «que lavarse las manos como Pilatos no será malo, pero que impedir que corra la sangre sin necesidad seria sin duda mucho mejor.»

Este juez, por otra parte, ha sido desde que nos conocemos un objeto curioso para mí: es un hombre que parece que solo puede ganar su vida mandando a los otros al cadalso. Por todo lo demás, él es un caballero bien hablado, que sabe de memoria el testo de la Partida 7.ª asi como el formulario de las sentencias criminales, que cita sin equivocarse i relata por órden cronolójico los decretos supremos sobre heridas i riñas, así como la lei de don Alfonso que condena el homicidio voluntario, i que interesa finalmente su amor propio de juzgador i de abogado en todo aquello que de cualquiera manera compromete la vida de los otros.

Ciertamente que yo no puedo quejarme del modo como me trata, porque, aparte de las crueldades obligadas de su oficio, confieso que se ha conducido conmigo caballerosamente i me ha guardado i hecho guardar toda la consideracion compatible con mi causa. Pero así él como el fiscal parecen estar siempre del lado del patíbulo i con sus palabras almibaradas i su lenguaje culto, ámbos a dos creo que solo cifran su empeño en sacrificar al procesado so pretesto de la dureza de la lei. Yo me los imajino, al uno poniendo en prensa su cerebro a fin de idear cargos i reconvenciones para sacarme, como dicen vulgarmente, de mentira verdad, o bien elaborando tranquilamente en su bufete la sentencia que ha de cortar con una lei mal hecha mi cabeza, i al otro sudando sangre i agua para convencer a su compañero, convencido ya mucho ántes que él, de la incuestionable justicia con que debe mandar que caigan sobre mi cuello las disposiciones bárbaras de un código vetusto e inexorable. Mui probable me parece que miéntras uno i otro escriben o piensan sobre mi causa, ámbos tengan ante su vista la imájen del verdugo que se alegra con ellos de ver acercársele su presa.

XIII.

Al decir estas palabras, una sonrisa sarcástica reveló en las facciones del reo su despe-

cho i su cólera. Despues de calmarse en un corto momento de silencio, prosiguió:

Por lo que a mi toca, confieso que jamas habia pensado en la curiosa mision que la sociedad tiene conferida a estos hombres, ni nunca me habia ocurrido tampoco la idea de reflexionar sobre las ventajas o inconvenientes i la justicia o injusticia de la pena capital. Sea como fuere, yo me sorprendo de que haya individuos que acepten voluntariamente el oficio de verdugos, porque en verdad no son otra cosa el fiscal, el juez i el ejecutor de las sentencias criminales, así como creo que es exorbitante el derecho que la sociedad se arroga al imponer una pena que es la ménos reparable entre todas las penas irreparables. Al obrar así, paréceme que la sociedad no solo traspasa sus facultades sino que quita lo que ella no ha dado ni puede dar. Fusilando a un individuo cualquiera, o se castiga una imperfeccion de la naturaleza i del destino si el criminal es un hombre inculto, desvalido i huérfano,-o se decapita a toda una familia si él tiene madre, esposa o hijos;-i en uno u otro caso no hai duda que es torpe i ciega la penalidad que, de cualquier lado que se vuelva, por castigar al culpable solo hiere al inocente.

Diráse talvez que estas son reflexiones de puro sentimiento, nacidas no de un criterio desapasionado sino de mi situacion; pero tengo en mi apoyo la lójica i el interes social, fuera de que yo he preferido siempre las reflexiones del sentimiento a las razones de la razon. La pena de muerte, aplicada conforme al testo de las leyes vijentes, me parece no solo antisocial i absurda sino tambien inicua i bárbara. Yo creo que ántes del fallo definitivo, en toda causa de pena capital debe previamente declarar el juez, por un auto en debida forma, si el acusado al ejecutar su crímen ha procedido por interes o por pasion.

En este último caso entiendo que no puede ni debe haber condenacion a muerte, porque la mision de la sociedad no es otra que la de impedir la repeticion de los delitos i oponerse a que el que la ha dañado pueda volver a dañarla. El castigo es superior a ella, pero la venganza es tambien indigna de su omnipotencia. Ella no debe castigar para vengarse, sino que debe pura i simplemente correjir para mejorar. Transformada de esta suerte la teoría de nuestra lejislacion criminal todo el mundo comprenderia su justicia, los pueblos ganarian con la reforma, i la moral i la filosofía dejarian de ser holladas i escarnecidas en nombre de disposiciones vetustas i bárbaras.

Pero, *el ejemplo!* dicen, porque es necesario que los criminales escarmienten i que se arredren por la dureza de la pena todos aquellos que pudieran sentirse tentados a imitarlos. Vana quimera! pretesto ridículo de venganzas cobardes i ruines! ¿Qué ejecucion, por mas cruel i salvaje que sea, puede poner espanto en el pecho de un verdadero criminal?

No i mil veces no! El espectáculo de los suplicios no corrije ni mejora sino que por el contrario desmoraliza i pervierte. Léjos de morijerar a los pueblos, las ejecuciones capitales no hacen mas que depravar su naturaleza i malear sus instintos, destruyendo su sensibilidad que es el jérmen de toda virtud. En lugar del patíbulo toda lejislacion deberia establecer la prision mas o ménos larga, talvez perpetua para los reincidentes, i entónces el escándalo de las ejecuciones dejaria de ser como hasta ahora una especie de llaga social.

Pero la prision ¡ah! la prision es tambien una especie de ser horrendo, completo, indivisible, mitad casa i mitad hombre. Yo soi ahora su presa ¡él me cubre con sus muros, me encadena con sus hierros i vijila hasta el menor de mis movimientos con su alcaide i sus centinelas. ¡Miserable de mí! ¿por qué he dejado yo prenderme? La muerte, sí, la muerte por mi propia mano debí darme cien veces ántes que entregar voluntariamente mi cabeza al verdugo o que venir a pasar los pocos dias que me restan de vida en este infierno, sin una esperanza, sin una ilusion i alejado para siempre de todo lo que amo, de Rosario que a estas horas piensa sin duda en mí i sufre por mi causa cuando yo solo quisiera verla feliz a costa de mi sangre!

G.

(Continuará.)

Debemos a la pluma de una señorita de Valparaiso el interesante artículo que va a leerse. Postergado a pesar nuestro algunos dias, nos apresuramos a dar respetuosamente a su autor nuestras escusas por la demora i nuestros agradecimientos por su amable colaboracion.

—

A las niñas.

Si tomo la pluma en nombre de vosotras, es por que creo conoceros i comprenderos; si os dirijo estos renglones, es por que sé que sois capaces de grandes cosas, i que si pasais vuestra vida en la inaccion no es culpa vuestra. Sé que si permaneceis indiferentes a todo lo que os rodea tanto a la ruina como al engrandecimiento de vuestra patria, como a todos los acontecimientos de la vida, no teneis vosotras la culpa.

Si perdeis el tiempo mas precioso de vuestra vida, en pensar en el vestido, en arreglar el peinado i ser las reinas de la moda, no teneis vosotras la culpa; que si os enfadais de vosotras mismas i buscais el remedio contra el fastidio en el baile, en el paseo, en el bullicio de la sociedad, sin encontrar jamas la suave i verdadera satisfaccion, tampoco es vuestra la culpa.

Decidme ¿no os sentis algunas veces con el corazon oprimido por efecto de un sentimiento

desconocido que en nada se parece a todo lo que ántes habeis esperimentado, por que este os lleva a pesar vuestro i se os revela hasta en las cosas mas comunes?

Decid ¿cuando levantais la vista i contemplais detenidamente el firmamento, no os sentis a veces conmovidas sin saber por qué? ¿si mirais a la tierra i veis la naturaleza en todo su esplendor, no suspirais pareciéndoos que el pecho es estrecho para que lo habite el corazon?

I al leer una composicion de Lamartine o al escuchar una aria de Donizeti o de Bellini, ¿no os sentis a veces palidecer i encenderse súbita i sucesivamente vuestro semblante, a impulso de un sentimiento siempre nuevo i creciente? ¿I cuando os encontrais dominadas por esas impresiones que revelan toda la riqueza de la organizacion, no inclinais la cabeza sobre el pecho i se desprende una lágrima de vuestros ojos?

Si todo esto sentis, si gozais i sufris de este modo, creedme; sois capaces de grandes cosas, i no teneis vosotras la culpa de veros condenadas al martirio de un sordo-mudo que, con sentimientos elevados, i conociendo todo lo que hai de infinito en el alma, de grande i bello en la intelijencia del hombre, nada puede espresar, nadie lo comprenderá jamás, i morirá como ha vivido, para nada, i para nadie.

Como os tengo dicho, no es la culpa de vosotras; es del tiempo que hasta hoi ha sido insuficiente para elevar nuestra civilizacion hasta el alcance de la mujer.

Chile es un pais mui jóven todavia, i hasta hoi, como es natural, el hombre ha sido el solo que se ha ocupado en construir el gran monumento, adonde debiéramos ocurrir todos a depositar la parte que nos corresponde en la civilizacion i las luces.

Pero ya para la mujer se aproxima, i nosotros debiéramos abreviar, el tiempo en que debe acudir tambien a poner su piedra en esa grande obra.

Pero si algo os detiene, si permaneceis amarradas por las preocupaciones, por el hábito o por la timidez talvez, pensad que vosotras sois la base del gran monumento social, que sin vosotras nada habrá completo. El hombre trabajará con esterilidad, se afanará en vano i sus esfuerzos serán perdidos, si la mujer no se encuentra a una altura superior para poder comprenderle e influenciarle con sus instintos beneficiosos i nobles.

Abreviemos el tiempo para que la mujer deje de ser un ser curioso i divertido. Es preciso que las niñas comprendan que para ser interesantes no basta que tengan un esterior hermoso i agradable, que pasen los años en parecer bien físicamente, pues que la mujer bella sin el desarrollo de la intelijencia, i el cultivo de todas las facultades del alma, es como la flor que aparece en la mañana fresca i linda, i que al esparcir el sol desde el cenit sus rayos vivificantes, se marchita i desaparece.

La mujer jóven, es decir la soltera, deberia ocupar su tiempo en trabajos mas sérios sin que por eso dejasen de ser agradables.

¿Qué es lo que impide a las niñas ocuparse de estudios sólidos i elevados? Estos formarian su corazon, desarrollarian su intelijencia, ornarian su frente de una aureola mas brillante que su endeble belleza, i las prepararian para atravesar con pié seguro el penoso camino de la vida.

Las ventajas de este cambio de hábitos i ocupaciones son incalculables, i serian de un inmediato provecho para ellas. Así se verian libres del fastidio, el enemigo mas terrible de la mujer, serian justamente apreciadas, i talvez casi siempre felices, porque las desgracias que pesan sobre una mujer, de cualquier jénero que sean, traen su orijen principalmente del ocio i de la ignorancia.

Fácil es comprender los cambios de trascendencia que se operarian en la sociedad i hasta en los altos destinos del pais, si a las mujeres se les educase, no para adornar su esterior i su fantasía, sino para que fuesen útiles haciéndose tan intelijentes i necesarias, como los hombres, para todo lo que es importante i sério.

Porque si el hombre es superior a la mujer por la naturaleza, en fuerza i enerjía, no lo es en todos los demas dotes morales que forman el complemento de su ser.

La mujer mirada como madre de familia, sin duda que merece el mas alto aprecio. Si, ¡qué cuadro mas digno de admiracion i respeto puede haber que el que presenta una jóven madre rodeada de sus hijos, i contraida a las ocupaciones domésticas!--Pero, cuánto mas laudable, cuánto no cambiaria la sociedad, si en vez de limitarse al cuidado de las cosas materiales de la vida, i ser puramente el ama de su casa, la mujer se elevase mas alto por su educacion i fuese la base del porvenir de sus hijos, i el sosten moral de su marido?

Una madre que con tanto esmero cuida de rizar el cabello de su hijo i hacerle lindos vestidos, ¿con cuánto mas esmero no deberia cuidar de hacer un caudal rico de saber i virtud, para que, a medida que su querido niño va creciendo, vaya ella adornándole su corazon i desarrollando su intelijencia?

Hai muchas cosas que los niños deberian aprender desde chicos i que una madre amante i contraida deberia estudiar, para inocular conocimientos preliminares en sus tiernas almas por medio de anécdotas, lecciones o preceptos, debiendo ellos ser un ejemplo vivo de cultura i modales donde los niños modelasen su gracia física i su ser moral. Por ejemplo el jiro de los planetas, el movimiento de la tierra, el cultivo de las plantas, la Historia natural, la Santa i la de Chile, son estudios agradables e importantes que, una vez que la madre los hubiese fijado por medio de conversaciones familiares en la mente de los niños, éstos no los olvidarán jamás.

De esto resultaria que la mujer, tomando la costumbre de ocupar una parte de su tiempo

en algo que no sea la moda i la adoracion de sí misma, iria insensiblemente desarrollandose cada dia i enriqueciéndose con un caudal de facultades tales que, sin notarlo ella misma, la elevarán sobre la multitud, haciéndola superior a las mezquinas rivalidades i pasiones pequeñas que contribuyen a su desgracia propia, i muchas veces hasta a la ruina de su familia.

Así pues, si sois amantes a vuestro pais, pensad que la prosperidad i engrandecimiento de este se conoce por la cultura de sus mujeres. Si mucho amais a vuestros hijos, dadles el ejemplo mas laudable familiarizando sus juveniles almas, con todo lo que hai de sublime, de bello o infinito, en un corazon cuidadosamente dirijido i cultivado.

Os recomiendo sobre todo, la bella literatura. No os asuste esta palabra; precisamente este es un arte que parece formado para la mujer. Yo no pretendo que os hagais literatas en el sentido lato de esta palabra, nó; pero sé que desde el pié de la cuna de vuestros hijos podriais producir pensamientos útiles i elevados, sé que cada una de vosotras cooperaria con mui felices resultados, si sus producciones, por humildes que fuesen, tuvieran por objeto mejorar la suerte de esa porcion débil i desgraciada de la sociedad.

Tendedles vuestra mano; pero no solo para darles el pan que los ha de alimentar, i el vestido que cubrirá su desnudez, algo mas reclaman de vosotras las infelices, puesto que no solo de pan se alimenta el hombre sino tambien de espíritu i verdad.

¿Por qué no aprovechais vuestras facultades en favor de la desgracia, procurándole el pan benéfico que dá vida i salud al alma, el alimento que los ponga a cubierto desde la cuna del infortunio i la miseria?

Por ejemplo ¿por qué no os interesais por el progreso de la instruccion primaria? vosotras podriais prestar numerosos e importantes servicios a esta institucion, ya frecuentando las escuelas, ya alentando a los alumnos con vuestra presencia i estímulos, ya haciendo traducciones de libros útiles para lecturas populares, o para facilitar el aprendizaje de aquellos, ya interesando, por medio de vuestra influencia, a vuestros parientes i amigos en favor de una institucion que contiene en jermen el progreso moral de este jóven pais.

Así pues, creedme, sois capaces de grandes i mui importantes acciones. ¡Sacudid ya vuestra soñolienta indiferencia, i dad mas valor al tiempo que pasa sin provecho; distribuid vuestras horas quitando una parte de ellas a todo lo que es vano i superficial, para utilizarlas de una manera mas digna de vosotras!

Adquirid el gusto por el estudio de la lectura, que si esta es bien dirijida, no tardará en llegar el dia en que vuestras delicadas manos dén un fuerte i saludable impulso a nuestra naciente civilizacion.—Valparaiso julio 12 de 1859. UNA MADRE.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

ESCENA III.

HENRIQUE, GATTINARA.

HENRIQUE, *entrando por la puerta del fondo.*

Gracias, camarada, gracias!... ahora si que veo.... Esa escalera de caracol es tan oscura como el zaguan del infierno.

GATTINARA.

¿Qué quiere Vd. señor? ¿Quién es Vd.?

ENRIQUE.

El conde Henrique d'Albret, súbdito i oficial del rei de Francia, detenido como prisionero en esta torre a la cual difícilmente se la tomaria por una réjia morada.... Por otra parte, tengo un permiso del emperador (*se lo presenta*) para ser admitido cerca de mi soberano.

GATTINARA, *mirando el papel.*

Por pocas horas solamente.

HENRIQUE.

Espero que todos los dias se me permitirá desempeñar para con él, los deberes de un buen servidor, los que tenia el honor de llenar a su lado en el Louvre i en Fontainebleau.

GATTINARA.

Cuando era rei!

HENRIQUE.

¡Siempre lo es, señor!.. i mas aun.... es desgraciado. Os ruego que me introduzcais a él.

GATTINARA.

Está hácia ese lado.... (*señalando a la derecha.*)

HENRIQUE.

¿I la princesa Margarita?

GATTINARA.

Héla aquí (*dirijiéndose a Margarita*). El emperador me manda deciros, señora, que V. A. puede permanecer con su hermano todo el tiempo que juzgue necesario i conveniente.

HENRIQUE.

Qué felicidad!... (*Gattinara saluda a la princesa i sale por la puerta del foro*)

ESCENA IV.

MARGARITA, HENRIQUE.

HENRIQUE, *esperando que Gattinara haya salido.*

Héme aquí, señora... si he tardado ha sido para cumplir mejor vuestras órdenes, i ya habreis podido saber por el reverendo padre domínicano que todo caminaba a medida de nuestros deseos.

MARGARITA.

No se trata ya de nuestros proyectos; no pensemos mas en ellos, Henrique; ántes de que mi hermano recobre la libertad, es preciso volverle a la vida.

HENRIQUE.

¿Qué decis? Gran Dios!...

MARGARITA.

Que lo he encontrado en un estado de abatimiento que nadie puede esplicárselo. Está sin fiebre, nada le duele, i sus fuerzas le abandonan! i mi vista que lo hacia derramar lágrimas de ale-

gría, no podia sin embargo distraerlo.... de un pensamiento tenaz que lo preocupa.... (*con desesperacion*) en el alma tiene un designio secreto que quiere ocultar a los ojos de todos.

HENRIQUE.

¿Tambien a los vuestros?...

MARGARITA.

¡Lo espera en vano!... Tiemblo de haberlo adivinado!... Poniendo de acuerdo la situacion en que le veo con la relacion de sus guardas, quienes pretenden que desde algunos dias, no ha tomado ningun alimento.... me ha asaltado un horrible pensamiento....

HENRIQUE, *asustado.*

¿Cuál?

MARGARITA.

El rei Francisco I a quien se le ha privado de todo medio de atentar contra su vida, quiere matarse de hambre!

HENRIQUE.

¿Morir de hambre?

MARGARITA.

Sí... Mira su cautividad como la carga, como la ruina de la Francia.... quiere evitársela con su muerte.

HENRIQUE.

¡Nosotros no lo consentiremos!

MARGARITA.

Nó, nó!... Pero no debemos decírselo.... porque si a él ya se le ha puesto.... no desechará la idea.

HENRIQUE.

¡Escuchad.. es su voz...

MARGARITA.

Me llama (*adelantándose*). Aquí estoi, aquí estoi, hermano mio!...

HENRIQUE.

¡Oh mi rei! ¡oh vencedor de Mariñan. (*Francisco I aparece sobre el umbral de la puerta de la izquierda conducido por Margarita.*)

ESCENA V.

HENRIQUE, FRANCISCO I, MARGARITA.

FRANCISCO I, *a Margarita.*

¿Me habiais dejado?.... este cuarto es tan sombrío i tan triste.... como la España! miéntras que tú, tu eres la Francia!... Ah d'Albret.

HENRIQUE.

Señor!...

FRANCISCO I.

¿I tus heridas?

HENRIQUE.

¡Gracias a Dios, todavía este brazo puede servir a V. M. (*sostiene al rei i lo conduce hasta el sillon.*)

FRANCISCO I.

¡D'Albret... hermana mia!... a vuestro lado amigos mios, no hai destierro!...

MARGARITA.

¡Destierro!... se suavizará al ménos. Pues el señor d'Albret.... ha obtenido permiso....

HENRIQUE.

Para ver algunas horas a V. M.

MARGARITA.

I yo para quedarme con vos, señor, todo el tiempo que guste.... Ya hai mejores noticias... así vamos a pasar los tres una buena noche.... como otro tiempo en Chambord.

HENRIQUE.

O en Fontainebleau.

FRANCISCO I, *mirando con sentimiento las paredes de su cárcel.*

Sí, mis hermosos i sombríos bosques de Fontainebleau, i aquel palacio que por mis cuidados embellecieron las maravillas del arte. (*Vuelve el rostro i se enjuga una lágrima.*)

MARGARITA, *alegremente.*

La verdad es, señor, que allá nos recibiais mejor que aquí.... Lo primero allí nos dabais de cenar!... i yo tengo una hambre que....

FRANCISCO I.

¿De veras, pichona?

MARGARITA.

No he tomado nada desde esta mañana.

FRANCISCO I.

D'Albret.... dí a mis guardas que me traigan esa colacion.... esa que habian dejado en mi cuarto ayer, segun creo, o ántes de ayer. (*D'Albret sale*).

ESCENA VI.

FRANCISCO I, MARGARITA.

MARGARITA, *con viveza.*

¡Antes de ayer!... ¿V. M no la habia probado!...

FRANCISCÓ I.

¡Pues es claro!... un enfermo no tiene hambre... un cautivo, mucho ménos.... Para eso es preciso el aire libre... el cielo de la libertad.... miéntras que tú, pichona, tan jóven i tan fresca... i libre... Mira, mira, hé ahí que te traen tu cena (*a los carceleros*) ¡bien, bien!... ahora, dejadnos. (*Despues de la salida de los carceleros a quienes hace señal de que se alejen.*) ¡Aquí, cerca de mí, que yo te mire.... que yo no te quite los ojos!

MARGARITA, *sentándose a la mesa.*

Ah.... Mas me hubiera gustado.... partir esta colacion con V. M.... (*prontamente*). Yo no quiero instaros, señor... no lo quiera Dios!... Pero cuando pienso en nuestras comidas de familia!... Mirad, nuestra madre que desde vuestra ausencia en todo pone los ojos.... que ha levantado tropas.... guarnecido nuestras plazas fuertes....

FRANCISCO I.

Con que en verdad... ¿no ha desmayado... no se ha asustado?

MARGARITA.

Ni un solo instante. Miéntras que mi hijo viva me decia, no temo a nada. Su nombre solo vale un ejército.... todo mal deseo es sofocado en el reino por el temor continuo de su vuelta.

FRANCISCO I.

¿Eso ha dicho mi madre?

MARGARITA.

I volverá... continuaba. ¡Dios me lo dice, estoi segura de ello... porque yo no quiero morirme sin verlo i sin abrazarlo!

FRANCISCO I.

¡Oh, madre mia!... mi buena madre!

MARGARITA.

¡Que Dios nos la conserve! (*sirviendo en el vaso que está delante del rei*). A su salud, hermano, (*Francisco titubea*). ¿No quereis beber por ella conmigo?

FRANCISCO I.

¡Sí, sí, dame.... dame.... algunas gotas (*levantando su vaso*). Madre mia! (*bebe*). Ah! este vino me ha reanimado!...

MARGARITA.

I vuestro hijo el Delfin, aunque tan niño, ¿si vierais como se acuerda de vos?... «Tia Margarita,» me gritaba al momento de partir, «dile a mi padre que lo estoi esperando.

FRANCISCO I.

¿De veras?

MARGARITA.

«Para que me enseñe a manejar la espada i a montar a caballo!»

FRANCISCO I.

Mi hijo.... ¡mi hijo!... me está esperando!

MARGARITA.

¡Eh, sí, señor, que os espera! (*sirve vino a Francisco*). I él no es el único.... muchos otros tambien.... lindas damas!

FRANCISCO I.

¡Eh! ¿qué dices?

MARGARITA.

Que para vos me encargaron tan tiernas memorias.

FRANCISCO I.

Cierto que.... (*lleva la mano a su vaso*).

MARGARITA.

La hermosa duquesa de Chateaubrian (*echando un bizcocho en el vaso del rei*) que creo que se moriria sino volviese a veros!

FRANCISCO I.

¡La duquesa.. . piensa todavía en mí! (*se come el bizcocho*).

MARGARITA.

¡Ella! decid mejor, todas las mujeres de la corte!

FRANCISCO I, *con alegria*.

Todas las mujeres!... (*bebe*).

MARGARITA.

¡Si supierais como las habeis vuelto devotas i asistentes a la iglesia! (*sirve conservas de frutas al rei*), cómo van allí a rogar por el rei!... i cuando supieron que yo venia a veros ¡qué de encargos! (*pone una cuchara en el plato del rei*) i, rosas de cintas!... ¡cabellos!... ¡bandas!...

FRANCISCO I.

¿De veras?

MARGARITA.

¡I tambien billeticos mui tiernos!

FRANCISCO I, *tomando por sí mismo un bizcocho*.

¡Billetes!... i de quién?

MARGARITA.

Ya os los daré... los leereis.... Ah comprendo vuestra desesperacion de encontraros en Madrid... aquí no hai ni bonitas mujeres... ni aventuras tan picantes....

FRANCISCO I, *vivamente i dejando su vaso*.

Pues bien, Margarita, estás mui engañada!

MARGARITA.

¿Qué me decis?

FRANCISCO I.

Que aquí en mi cautiverio.... hai un misterio inaudito... un secreto de que yo no podia hablar.... porque aquella a quien todo se lo cuento, mi hermana, estaba léjos de mí.

MARGARITA, *con calor*.

Pues ya está de vuelta.... así que nuestras pláticas nocturnas.... nuestras cenas a duo.

FRANCISCO I, *encarándose vivamente a Margarita*.

Como en Chenonsó! ¿te acuerdas, pichona?...

MARGARITA.

Vais a fatigaros.

FRANCISCO I.

Nó, no tengas cuidado!

MARGARITA.

Pues si no cobrais fuerzas para vuestra relacion.

FRANCISCO I.

Es inútil.

MARGARITA.

¡Nó, nó.... comereis primero.... o si nó, no os escucharé nada!...

FRANCISCO I.

¿Tú eres déspota siempre, Margarita?

MARGARITA.

¡Mas que nunca!

FRANCISCO I.

¡Entónces!... (*come*). Imajínate, pichona, que una noche durante mi sueño, me parecia ver una mujer jóven i bella inclinándose hácia mí!

MARGARITA.

Siempre mi hermano Francisco ha tenido esa clase de sueños!

FRANCISCO I.

Era una realidad!... porque al despertar encontré cerca de mí un guante de mujer.... ¡i la mano mas linda.... la mas preciosa!...

MARGARITA.

En cuanto a guantes, la imajinacion lo hace todo (*golpea en el plato del rei para que coma*).

FRANCISCO I.

Espera, (*Margarita sigue golpeando i el rei come*). Desde aquel momento ni una semana se ha pasado sin que me haya llegado algun recuerdo misterioso de la bella desconocida.

MARGARITA.

¿Entónces ella se entiende con los carceleros?...

FRANCISCO I.

¡Qué sé yo!... ya es una carta en que me prodiga consuelos, ya cantos franceses que oigo al pié de la torre o al otro lado del Manzanares... ya flores! (*mostrando el azafate de la derecha*) míralas!... estoi seguro que ella me las envia para embellecer mi prision!...

MARGARITA.

¡Lindo asunto para un cuento!... Pero en fin ella... la desconocida?...

FRANCISCO I.

Siempre invisible!... solamente una noche.... hace un mes.... yo batallaba contra la fiebre i el delirio i de repente, sacando mi brazo fuera de la cama, siento sobre mi mano una lágrima. ¡Quiero gritar!... i «¡Silencio, me dijo a media voz,...—Soi yo.—Vos?... mi bienhechora?—Sí, para cuidaros.—Pero ¿quién sois?—No puedo decíroslo, ni a vos ni a nadie, sin perderme. Yo soi, yo soi la mujer que os ama! Silencio, i dormid!»—Era tambien déspota como tú. Puso su mano sobre mi frente i, ya fuese influencia de aquella mano, ya fuese debilidad, yo me dormí; i al despertar todo habia desaparecido!....

MARGARITA.

¡Es raro! ¿I ella era jóven i hermosa?

FRANCISCO I.

¡Si era hermosa! Tenia una gracia i un ademan,.... i a pesar de llevar medio velado el semblante, ojos i dientes admirables!

MARGARITA.

¡I bien, aunque mujer (*levantando su vaso*) bebo por la bella desconocida, i por todos sus encantos!

FRANCISCO I.

¡Cáspita! ¡Pues ya tendriamos harto por qué beber!

H. DE IRISARRI.

(*Continuará*).

Ecos de la semana.

Santiago, julio 22 de 1859.

SUMARIO.—Un buen rato de buena lectura.—Dos novedades bibliográficas.—Antes de levantarse el telon.—Un domador de fieras presunto.—Moneda corriente.

En la noche del sábado pasado, tomé en la mano uno de dos volúmenes que habia recibido

en la mañana, abrí sus hojas con calma i comencé a leerlo perezosamente. Sus primeros capítulos fueron recorridos sin trabajo, los siguientes con marcada satisfaccion, i me hallé a la mitad del libro dominado por el mas vivo interes i encarnizado en su lectura, que a cada paso burlaba mis propósitos de suspenderla hasta el dia siguiente. —El libro en cuestion era una novela, que pasaba de esta suerte por la prueba mas difícil a que deben someterse las obras de imajinacion: habia despertado el interes del lector, lo habia mantenido i acrecentado a medida que las pájinas se sucedian unas en pos de otras. I sin embargo, no habia en el curso de la narracion ni estraños lances, ni peripecias inesperadas, ni acontecimientos extraordinarios; sino la vida real, la vida cotidiana, avara de poesía, de risas i flores, abundante en prosa, en lágrimas i espinas, eterna para el que espera, breve para el que goza, querida de todos, ora les pague su amor en desdenes o los obligue con sus codiciados favores. Tampoco eran los personajes de la fábula mas escepcionales i raros que su accion; simples mortales como vosotros i yo, benévolos lectores, sin una pulgada mas de estatura que la ordinaria, ni mas sentidos corporales que los cinco enumerados en el *Caton del Padre Astete*; no eran, en una palabra, taumaturgos o energúmenos, Titanes o habitantes de Liliput, sino modestos vecinos de Santiago de mediana talla, como son jeneralmente, salvo algunos pleonasmos o elípsis poco comunes.—De dónde nacia entónces el interes de aquella lectura?—del fecundo manantial de las creaciones artísticas: la tenaz observacion del corazon humano, el estudio perseverante de sus pasiones de tan complicados jiros, de marcha tan desigual, impetuosas i progresivas en éste, tenaces i estacionarias en aquel, caprichosas, mutables, incomprensibles a veces. La pasion observada en sus manifestaciones diversas, seguida paso a paso en el curso de sus evoluciones, en sus combates a menudo sangrientos i en su fin trájico de ordinario, la pasion comprendida, apreciada i sentida en la plenitud de su fuerza, en el vigor de su omnipotencia, tal es la varilla májica con que despierta en el espíritu, no la curiosidad de la fantasía, sino el verdadero interes, el interes de las emociones, la lectura del libro de que os hablo:—*El Primer Amor*, por Alberto Blest Gana, pues estos son el título de la novela i el nombre del novelista.

La «Imprenta del Mercurio» acaba de publicar dos volúmenes que contienen cuatro romances de este autor: *La Fascinacion*, *Engaños i Desengaños*, *Juan de Aria* i el que ántes he mencionado.

Todos cuatro pertenecen evidentemente al jénero de la novela social, si hemos de ajustarnos a las dos divisiones, tan estensas como poco precisas, en que muchos clasifican hoi en dia estas producciones literarias, denominándolas novela social i novela histórica. Pero no es ahora que solo trato de reproducir las impresiones de mi lectura, el momento oportuno para una discusion sobre uno i otro jénero, que abundan a porfía en grandes creaciones. A los Walter Scott i los Dumas de la novela histórica, puede oponer la social sus Jorje Sand i sus de Balzac. Es este último, sin duda, el modelo que mas ha estudiado el autor de *El Primer Amor*, i en algunos de sus cuadros hai pinceladas dignas de tan sábio maestro, de tan admirable observador de la vida real. Porque es ella con sus grandezas i miserias, vestida de gala rara vez, cubierta de harapos casi siempre, poblada por unos cuantos jigantes i unos cuantos millones de pigmeos, la que Balzac ha copiado en *La Comedia Humana*, despues de haberla depurado en el crisol de la idealizacion artística. El mismo teatro con los mismos actores ha servido a Blest Gana para la ejecucion de *El primer Amor*; i en esta difícil empresa, sembrada de escollos i peligros, los ha salvado todos con tan buena fortuna, con tan envidiable destreza, que nos ha sorprendido agradablemente aún a los que conocíamos su talento i sospechábamos a medias el alcance de sus fuerzas.

Despues que uno ha doblado la última hoja de este libro, se siente en verdad conmovido i desalentado; pero, por qué?—porque su lectura le ha hecho conocer que la indulgencia de una madre puede ser excesiva, la severidad de un padre exajerada, i entrámbas funestas; que la venganza de un amor despechado es a menudo atroz, i no siempre leales i buenas las inspiraciones de la primera juventud, encendida en voraz ambicion; i que la virtud de una mujer jóven es una planta delicada que no puede abandonarse impunemente en medio del campo sin que el huracan la tronche o se marchite bajo un sol demasiado ardiente. La reflexion sucede poco a poco a la emocion i al desaliento, i pensamos entónces que es preciso combatir en tiempo con la lójica inflexible de la razon la exijente tiranía de las pasiones, que es fuerza sentir i pensar a la vez, ya que Dios ha dado al calor que fecunda la luz que guía.—Esta moral que se desprende de aquellas pájinas no subyuga sin embargo las intenciones del autor, no tuerce el curso de los sucesos, ni falsea la verdad de la observacion; sino que brota espontáneamente del cuadro, como el efecto de la causa. La conclusion moral no preside a la accion, ántes bien emana de ella.

La Fascinacion i *Engaños i Desengaños* son dos novelas interesantes, mas perfecta la primera que la segunda, dignas una i otra de su distinguido autor, pero tambien una i otra inferiores a *El Primer Amor*. Por lo que hace a *Juan de Aria*, confieso que la miro como una ráfaga de concepcion poco feliz.

Si ejerciese en este momento el oficio de crítico, tendría por cierto algunas faltillas que echarle en cara al simpático novelista. No dejaría, por ejemplo, de acusarlo de inconsecuencia en la conducta de Márcos, el filósofo sibarita, carácter realizado por otra parte con gracia i maestría; i de arbitrariedad en la profusion inconsiderada de adjetivos i en ciertas reminiscencias del idion a frances, que dañan a la franqueza i movimiento de su hermoso estilo, tan fácil i pintorezco. Pecados veniales, como veis.

Los que hasta ahora han dudado de que la novela, i sobre todo la novela social, pudiese aclimatarse i cultivarse con fruto en el campo de nuestra literatura, alcanzarán un feliz desengaño leyendo *El Primer Amor*, de Alberto Blest Gana, que de seguro los tentará a leer todas sus obras i atribuirle la gloria que le es debida.

No paran aquí las novedades bibliográficas.—La «Imprenta del Correo» ha dado a luz la primera entrega de las *Poesías de D. Manuel Blanco Cuartin*, ya ventajosamente conocido por las numerosas composiciones en verso que lleva publicadas. He tenido ocasion de hojear la entrega que va a aparecer i leer algunas de sus armoniosas estrofas,

que citaria de buena gana si no estuviese obligado por hoi a economizar espacio.

La nueva edicion de las *Poesías de Guillermo Matta* se ha puesto por fin a venta, i el público, como era natural, no ha andado remiso en hacer tan preciosa adquisicion. Los admiradores del eminente poeta, que no son pocos, se apresuran a leer de nuevo sus cantos, que halagan cariñosamente la memoria.

Ya que no ahora, en una oportunidad próxima me prometo hablaros con mas reposo de esta nueva edicion, que no será la última, de las poderosas armonías de Matta.

Os diré algo, si no lo teneis a mal, de la novedad mas palpitante i para muchos mas atractiva de esta semana, que no es otra, como es fácil sospechar, que la apertura del Teatro irrevocablemente fijada para el 28 del presente mes.

Entre las muchas dotes, mas o ménos estimables, que forman el patrimonio de la humanidad, figuran en primera línea las manías, en parte peculiares del estado o profesion de cada individuo, en parte comunes a casi toda nuestra especie. Maridos hai que se estasían mirando los crecientes de la luna i abogados que adoran en el busto de Témis. Aunque no sean maridos, ni abogados, ni cosa equivalente, los hombres por lo jeneral anhelan por todo jénero de ficciones, sin hacer memoria de que su vida entera no está tejida con hebras mas consistentes. Bostezan a menudo en la comedia real, de que son actores cotidianos, i corren a divertirse en la comedia oficial, desempeñada por cómicos de oficio. Merced a esta singular manía, no es difícil esplicarse el oríjen de la aficion al Teatro i de los maniáticos teatrales. Existen estos aqui como en todas partes i ya han empezado a preludiar a la inauguracion de la nueva compañía lírico-dramática con sinfonías tan prematuras como poco benévolas. No eran de esperarse, en verdad, acordes mas cristianos en vista de los progresos que hace entre nosotros el *pesimismo* asolador.

Recuerdan los tales *pesimistas* que hai en algunas capitales europeas ciertos traficantes dedicados al comercio de pergaminos antiguos, autógrafos de hombres célebres i otras reliquias históricas cuya autenticidad mas positiva es el precio enorme que por ellas paga la pródiga vanidad inglesa. Mediante una série de silojismos i comparaciones, de que os hago gracia, han llegado a concluir que se les quiere tratar como a ingleses, vocablo que para el vulgo es sinónimo de herejes.

En la opinion de muchos, tales recriminaciones son intempestivas, e injustas al sentir de algunos que saben los crecidos gastos que ha exijido a la nueva empresa la organizacion de una compañía compuesta de cuarenta personas, contratadas por sueldos subidos. Asi es que el mayor número piensa que debe fiarse mas en los intelijentes empresarios encargados del Teatro, quienes no olvidarán que la propia conveniencia debe conciliarse con la del público. En este caso, esperar es cordura.

Antes he tenido el gusto de hablaros de los osos norte-americanos domesticados, a los que ahora han venido a agregarse las culebras norte-americanas domesticadas. Estas dos conquistas de la domesticacion han inducido a algunos a creer que los ciudadanos norte-americanos acaso pueden tambien domesticarse.

Se ha dicho esta semana que el gobierno, halagado de tan buena esperanza, piensa enviar a nuestros hermanos del Norte un ministro extraordinario en calidad de domador.

Un paseante.—Conoces a ese matrimonio que acaba de pasar?

Otro paseante.—Sí.

El primero.—Qué te parece?

El segundo.—Moneda corriente.

El primero.—Cómo?

El segundo.—Novecientos milésimos de fino representados por la mujer, los cien milésimos restantes por gastos de acuñacion etc.....

El primero.—De suerte que el marido.....

No logré oir mas.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

POESIAS

DE

M. BLANCO CUARTIN.

LA PRIMERA ENTREGA

de esta obra acaba de darse a luz por esta Imprenta, i se encuentra a la dispocicion del público en la misma Imprenta, único punto donde se venderá.

POESIAS

DE

D. GUILLERMO MATTA.

DOS TOMOS EN CUARTO.

Se venden en la librería de R. Morel, calle de los Huérfanos, casa de la Sra. Contador.

Condiciones de la suscripcion.

LA SEMANA aparecerá todos los sábados i constará por ahora de diez i seis pajinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones en Santiago, en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes; en Valparaiso, IMPRENTA I LIBRERIA DEL MERCURIO.

SERENA.—D. José Domingo Cortez.
COPIAPÓ.—Libreria del «Mercurio.»
CALDERA.—Editores del «Tren.»
CONCEPCION—Libreria del «Mercurio.»
TALCA.—Sres. E. í S. Rondanelli.
CHILLAN.—Abrahan Siredey.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores:—Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Julio 30 de 1859. Núm. 11.

LA SEMANA.

SANTIAGO, JULIO 30 DE 1859.

Las reformas.

«El medio de hacer las revoluciones ménos frecuentes sería hacer las reformas mas faciles.»

(DUQUE D'ORLEANS, *Carta al obispo de Lansdoff.*)

Las sociedades están sujetas a ciertas evoluciones que podemos llamar necesarias.

Esta necesidad de movimiento, de cambio, es tan imprescindible i fatal, que no hai fuerza humana que ante ella no se doblegue. —Todo obstáculo que a su cumplimiento se opone, trae un desquiciamiento, esa sancion de las leyes del desenvolvimiento social.

Una vez esa necesidad reconocida, es preciso buscarle un camino por donde pueda realizarse sin contrariedades, sin peligros, sin luchas.

Este camino es=la reforma!

Inmenso es el poder de las reformas para la tranquilidad i próspera vida de una sociedad.—Las reformas bien entendidas, bien concebidas, i a tiempo ejecutadas, son a la máquina gubernativa lo que la válvula de salvamento es a la máquina de vapor.

Sin embargo, por una lamentable aberracion, nadie siente por las reformas miedo mas cerval que los gobiernos.—Para la jeneralidad de ellos reforma i trastorno son sinónimos.

Incalculables males arrancan de aquí.

Cuantas fluctuaciones vienen alcanzando las sociedades américo-hispanas tienen su oríjen, son los enjendros lejítimos del miedo a las reformas.

Pero los gobiernos no quieren dar fé a esta verdad.

Cada vez que sienten su poder flaquear, amenguarse su popularidad, crecer el público descontento, en vez de dar razon al espíritu de innovacion se ensañan en su contra, le declaran guerra sin cuartel. Desde este momento, se convierten en el escollo adonde tienen que venir a estrellarse los deseos, las esperanzas i aspiraciones de la sociedad.— De hecho adquieren i alimentan los pueblos la conviccion de que es indispensable derrocar gobiernos para conquistar reformas.— Entónces empiezan:

Por parte de los pueblos, las conspiraciones, los tumultos;

Por parte de los gobiernos, las medidas de represion, el olvido de la lei.

Cuando se dice i cree que está en manos de los gobiernos el hacer imposibles las revoluciones armadas, no se anda fuera de camino.—Lo que los gobiernos no pueden ni podrán jamas contener es las reformas, esto es, el movimiento, la vida de una sociedad; pero las revoluciones armadas, las guerras civiles, siempre!

El medio es espedito:—satisfacer los deseos lejítimos i razonables de la sociedad. Porque, es necesario convenir, no hai asalto posible de los pueblos a lo constituido sin una causa que lo legalice i santifique. Estorbar la aparicion de esa causa debiera ser el primordial trabajo de todo gobierno.

Pero al indicar a los poderes públicos como verdadera fuente de estabilidad, de órden i felicidad social, la reforma, estamos mui léjos de sustentar las innovaciones a diestro i siniestro, las innovaciones por innovar.—La inmovilidad como la movilidad exajeradas rematan en la anarquía.—Tanto se tiraniza a una sociedad obligándola a no moverse como obligándola a moverse sin quererlo i sin poderlo.—I aquí está el único peligro de las reformas.

Ninguna sociedad talvez ha recibido mas severas lecciones que la hispano-americana por su tendencia constante a la exajeracion. Parece que no comprende el progreso gradual.—Si un poder represivo viene a tierra

casi siempre se le vé reemplazado por su contrario.—La impaciencia nos posee i nos pierde. Dominados por ella perseguimos el fin sin curarnos de los medios.—Esto esplica nuestros adelantos en teoría i fraseolojia política i nuestro lamentable atraso en todo lo que es práctica.—La mas absurda de las constituciones américo-hispanas encierra un abundante caudal de libertades capaces de hacer la felicidad i la grandeza de mas de un pueblo; i, sin embargo, el despotismo en toda su irresponsabilidad o la anarquía en todo su desenfreno reinan i gobiernan.

Nada es mas natural.—Miéntras reconocemos i proclamamos todas las libertades que forman el edificio republicano, nos cuidamos nada o bien poco del terreno donde vamos a construirlo. ¡Triste carencia de lójica i buen sentido!—Es necesario romper con ella. Esta es la primera de las reformas que las sociedades americanas tienen que emprender i realizar.— Esto de querer la república i la libertad por obra i gracia de decretos, de leyes i constituciones es una ilusion como cualquiera otra, es de los engaños el mas pernicioso:—«lo que está escrito no es nada,» dice de Maistre. Es preciso que nos dejemos de reformar por solo reformar.

Antes de ponerse en camino es cordura avituallarse de todo lo que ha menester una larga travesía: saber de donde se parte i a donde se va.—No obrando así hai mil probabilidades de quedarse a media jornada contra una de llegar al término del viaje.

Tiempo ha que nos venimos afanando por tener cartas fundamentales que sean la última espresion de la república i la libertad. Mas de una de nuestras sociedades ha logrado dar una realidad a esa esperanza. I qué ha cambiado en su situacion?—Nada! Ayer como hoi, ántes como despues de la carta ha sido patrimonio de los hombres de espada, juguete de la anarquía.

Lo que decimos del Perú, puede decirse con no ménos razon de todas las repúblicas de la América española.

Cuando Saint-Just sostenia desde lo alto de la tribuna francesa que la libertad no debe estar en un libro sino en el pueblo i reducida a práctica, proclamaba una verdad que la Francia primero i nuestras sociedades en seguida se han encargado de comprobar.

Así, la primera reforma es prepararse a la reforma.—Una vez conseguido esto, lo demas es la obra de un dia, de una hora.

El gran sistema de pueblos i gobiernos debe ser:

Huir de las reformas prematuras;

Aceptar franca i lealmente las necesarias i benéficas.

Toda otra senda que se adopte ya sabemos sobrado que nos lleva,

A la anarquía!

O al despotismo!

Pongámonos a la obra con fé en lo que ha de venir.—Busquemos el bien por el camino de la realidad, no por el de las quimeras.—Pensemos, no soñemos.

Pidamos en vez de nuevas constituciones, leyes saludables sobre instruccion pública;

Hagamos en vez de decretos i leyes que a nada arriban, cartillas i catones;

Enseñemos a los pueblos a pensar, en vez de enseñarlos a gritar;

Llevemos al artesano a la escuela, en vez de llevarlo al club;

Hagámoslo ciudadano digno, buen padre, hombre laborioso i económico, en vez de esclavo o energúmeno.

Que el arado rompa la tierra ántes de arrojar en ella la semilla.

Si desde que entramos en la vida de naciones independientes hubiéramos marchado de esta suerte, cuán diverso no seria nuestro presente i con cuanta tranquilidad i confianza no pondriamos la proa de la nave de nuestros destinos hácia el puerto del porvenir.

Tendriamos libertad i no anarquía;

Tendriamos gobiernos i no despotismos;

Tendriamos pueblos i no rebaños;

Tendriamos república i no farsa.

¡Pero nunca es tarde para hacer el bien!

Con un poco de ménos egoismo de parte de los gobiernos i de mas calma de parte de las sociedades, no es solo posible, es fácil andar el camino que nos separa de la república verdadera en las palabras i en los hechos.

La situacion presente de las sociedades hispano-americanas es mas solemne de lo que muchos creen.—En el fondo de todos sus disturbios, de todas sus versatilidades, de todas sus caidas, de todas sus miserias políticas, hai para ellas una cuestion de vida o muerte. Ni el despotismo ni la anarquía

son estados normales para una nacion:—tiene que salir de ellos o perecer.

Salgamos, pues, del pantano de sangre, lágrimas, corrupcion i miseria en que nos vemos encenagados en este momento; pero salgamos pronto, mañana puede ser demasiado tarde.

Para conseguirlo solo dos cosas habemos menester:

De valor en los gobiernos;
De calma en las sociedades.
¿Las obtendrémos?

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Los padres i los padrinos.

ESTUDIO DE COSTUMBRES.

Talvez en pocas naciones como en la chilena se practique con mas buen éxito la doctrina de Goldsmith que reputaba como mucho mas benéfico para su pais al hombre que tenia i educaba una larga familia que el que solo se contentaba con hablar constantemente de poblacion i estadística. Entre nosotros, en efecto, el celibatario es una planta exótica, un *paria* que lucha por salir de su aislada posicion i alistarse en el numeroso bando de los hombres casados. El muchacho que recibe su diploma de Bachiller en Humanidades i el hijo imberbe de Marte que alcanza su título de Subteniente, cediendo al espíritu que nos distingue i domina, principian a formar proyectos matrimoniales, con un ahinco parecido al del minero que *catea* una veta por entre riscos i cerros. No faltan hasta seminaristas que, arrojando la sotana a las ortigas, se hayan lanzado con igual ardor a cumplir la nacional aficion al matrimonio, lo que nos hace ver que todos los estados sociales contribuyen con su contingente de precoces aspirantes al sétimo de los sacramentos i que el chileno tan poco animado del espíritu de asociacion, en materias comerciales, parece dotado de una tendencia innata a asociarse en matrimonio, por lo cual es mirado como notable excepcion el que pasa de los cuarenta sin haberse sometido, siquiera una vez, a la dorada coyunda de himeneo. Bajo este punto de vista pocos hombres se consideran tan incompletos como los chilenos, bien que no es la humildad por lo que brillan, pues desde niños andan a caza de la *cara mitad* que ha de ser su complemento. I si muchos se alzaran para decirnos que nuestra regla ha fallado un tanto en estos últimos años, podemos contestarles con el victorioso argumento de que tambien los trigos se apolvillan, sin que deje Chile por esto de ser un pais esencialmente productor de ese grano. Al decir esto parécenos ver las cabezas de todos los hacendados de nuestra patria inclinarse en señal de asentimiento, para declarar por nuestra la razon.

Sin averiguar las causas de tan marcada tendencia en los habitantes de nuestro suelo, nosotros solo apuntamos el hecho con la mira de estudiar algunas de sus variadas consecuencias.

—Hombre ¿i cuándo te casas? es una pregunta que a menudo se dirijen los varones chilenos; sustituyéndole esta variante cuando el que se interroga se halla ya en su elemento, es decir casado:

—¿I. . . . ¿ya tenemos familia?

Pregunta que se dirije a un hombre a quema ropa con una naturalidad inimitable, aunque solo cuente diez meses de marido. I con no poca frecuencia i sin que el que pregunta se asuste, responde su interlocutor con una modestia digna de encomio:

—Sí, he tenido mellizos.

—¡Bravo, amigo! reciba Vd. mis felicitaciones, dice el otro, despidiéndose del autor de los jemelos.

Tiénese un dia en una familia la noticia de que la Fulanita ha salido con bien, que en esto de salir no es poco librarse así, ya que con tanta frecuencia se sale mal. Al instante todos los que tan fausta noticia reciben, no dejan de preguntar:

—¿I qué ha tenido? hombre o mujer?

Como si una criatura humana pudiese dar a luz alguna nueva variacion de la especie.

—Mujer, señorita, responde la criada que ha traido el recado.

—Pobre Fulanita ¡qué hará con siete mujeres!

—I apénas tiene cuatro hombrecitos.

—Pues a mi me gustan las hijas mujeres, dice una.

—Yo tambien soi de tu gusto, añade otra; las mujeres sirven para acompañar a la madre.

—Miéntras que los hombres, apénas crecen, se lo llevan en la calle.

—Pero, hijita, las niñas tienen necesidad de casarse i los buenos partidos se van haciendo dia a dia mas escasos.

La que asi habla se refiere a los hombres que quieren casarse i de ninguna manera a los partidos políticos, en cuyo caso caeria en un error, sobre todo quitándose el adjetivo que ha empleado.

—I los hombres necesitan educarse, lo que tambien cuesta caro, replica otra.

Esta conversacion es interrumpida por una turba de niños de ambos sexos, que invaden la pieza en que tiene lugar, i prueba por el crecido número que la forma, que los que así discuten tienen razon sobrada para ocuparse de la materia.

En la tarde todos los parientes de doña Fulanita se reunen en casa de la paciente. El padre de la nueva criatura los recibe con la afabilidad i paciencia digna de su estado i todos van colocándose en derredor del bracero o chimenea si es invierno, o al lado de

las ventanas abiertas si es verano. Despues de examinarse respetuosamente sus trajes las señoras con una rápida i certera ojeada i de haberse ofrecido un cigarrillo los hombres, la conversacion principia por grados a animarse.

—I a que horas nació la niñita, pregunta una voz.

—A las ocho, no he visto parto mas lijero.

—¡Vea qué suerte!

—I Vd. estará mui contento con la nueva hija, preguntan al padre, que en los diez que tiene ya ha podido curarse de tales emociones.

—Como nó, contesta sonriéndose.

—¿I hasta cuándo piensa tener niños?

—Que quiere Vd., Dios los manda.

—I a todo esto pregunta una voz ¿han pensado ya en el nombre que han de poner a la niña?

—Yo les dejo ese cuidado a los padrinos, dice el padre restregándose las manos, como diciendo, «yo ya hice lo que me tocaba.»

Las miradas se dirijen entónces hácia uno de los parientes que debe ser el padrino de la recien nacida.

---Yo creia, dice éste, que el nombre estaba ya decidido.

—A ver, busquemos un nombre, dicen todos.

—Lo mejor es que se llame como su madre.

—Eso no quiere ella, busquen otro.

—¿Qué les parecería Deidamia? dice uno.

—No, mejor es Crispina.

—I el santo del dia pues, ¿cómo no se acuerdan de él? dice una que ha venido con manton.

—El nombre del santo se pone despues del otro, contestan algunos.

—María es mui lindo nombre.

—Sí, pero luego le dicen Mariquita.

—Yo le pondria Amanda.

—Nó, nó, ese es nombre de novela.

—I Edelmira?

—Es bueno para una niña, pero de vieja ya no pega.

—Yo a mis hijas, les he puesto cualquier nombre, dice una.

---Pues eso es lo que buscamos, la contestan.

---Mi primer marido, dice una señora recargada de años i de anillos, elejia siempre nombres romanos, al segundo le gustaban mas los nombres franceses, pero éste prefiere los españoles i. . .

---Catalina, seria lindo nombre, esclama una voz interrumpiendo aquella cronolójia matrimonial.

¡Jesus! dice otra: Ca-ta-li-na. Es mui largo, a mí me gustan los nombres cortos: como Luisa.

---Pónganle entónces Catalina-Luisa, dice uno que se precia de conciliador.

---A mi me parece que deben ponerle Anjela.

---A mí Crispula.

---A mí Estefanía.

---A mí Rosa, no hai como los nombres de flores, dice una de esas que aplican el romanticismo a la botánica.

I siguen de este modo apurando el calendario i todos hablando a la vez, hasta que por fin suspenden la conversacion sin haberse podido avenir en la eleccion que discuten.

Algunos parientes o amigos mas van llegando entre tanto i se acercan al dueño de casa, que oye aquella revista de nombres con la sangre fria del hombre aguerrido en ese jénero de campañas.

---¿Con que ya tenemos nueva familia? le dice uno de los que llegan.

—Asi parece, contesta con frialdad el feliz multiplicador de la especie humana.

---¿I qué ha sido?

---Una mujercita.

---¡¡Hombre, otra mujer mas!

---Aprenda de mí, amigo, esclama uno de esos padres fatuos que abundan en todas las sociedades, yo tengo ya siete i todos hombres; vamos, ne hai duda que en Vds. la raza va dejenerando.

Esta es la primera de una série de bromas que llueven sobre el dueño de casa, las que si bien no se señalan por su finura ni gracia, procuran a lo ménos a los que hablan la ocasion de vanagloriarse de sus personales proezas, que ellos juzgan otros tantos títulos que se han conquistado para empeñar la consideracion i el agradecimiento del pais.

Como consecuencia natural de esta conversacion se habla de las mas numerosas familias i concluyen por un ataque en forma de chiste, en contra de algunas de las casadas presentes, que no ha tenido hijos.

---¿Cómo le pondria a su primer niño? la dicen.

---¿Por qué no hace un viajecito a los baños de Colina? añaden otros, sazonando lo dicho con indirectas picantes al marido, que sostiene heróicamente el ataque.

En ese instante se para una de las parientes mas cercanas, estirándose las faldas del vestido.

—¿A dónde vas? le pregunta una.

—Voi a ver a la enferma, dice ella.

—Mejor será que no vayas, quien sabe si está durmiendo.

—Nó, si sé que está despierta.

—Deja tu pañuelo, entónces, porque tiene olor a agua de Colonia.

—Ai! i la capa tambien está *pasada* al mismo olor.

—No vaya a darle dolor de cabeza.

—A mí nunca me ha sucedido nada, dice la viuda de dos maridos i casada en terceras nupcias.

—Pues a mí cualquier olor me vuelve loca, dice otra.

El dueño de casa entre tanto no se atreve a impedir que vayan al cuarto de su mujer i tras la que ha dejado la capa i el pañuelo entran otras que no dejan nada.

Sigue la charla en el salon durante la ausencia de las señoras. Háblase allí de trigos i de política, de la crónica social i de las últimas quiebras, sin que ninguna de estas materias alcance a distraer el ánimo del dueño de casa, hasta borrar de su semblante la preocupacion que lo domina, miéntras que en sus adentros maldice a las visitas que se han obstinado a entrar al cuarto de su mujer. En medio de su inquietud cree oir el ruido de risas sofocadas hácia el lado por donde las señoras han desaparecido i abandona su asiento como movido por un resorte. Asómase a la puerta del cuarto nupcial, donde se debate de nuevo la cuestion del nombre i se esplica la forma de unas nuevas gorritas de niño llegadas a la modista en voga. El infeliz marido palidece i desespera, mira a los del salon con aire aterrado, vuelve a la puerta, se rasca, entra al cuarto de la mujer i hace por fin tantos ademanes, que consigue ahuyentar a las visitas, las que se despiden de la paciente, encargándola sobre todo que hable mui poco i no consienta bulla en el cuarto, hecho lo cual salen del aposento, formando con el roce de sus trajes de seda un ruido que produce nerviosas crispaciones al atribulado dueño de casa.

El dia siguiente es el señalado para el bautizo de la niña, con gran alegría de las criadas de la casa que han estado inquietas por que la criatura está *mora* i esperan por otra parte tocar algo de las larguezas del padrino. Esta ceremonia sacramental varia segun la fortuna i carácter de los padres i va perdiendo de dia en dia la pompa i solemnidad que nuestros abuelos la daban, como van perdiendo tambien tantas de nuestras costumbres el sello nacional que las amenizaba i distinguía. Mas lo que hasta ahora no ha caido en desuso son los percances que casi siempre aguardan al padrino en el desempeño de sus funciones, pues si bien las leyes sociales no le imponen forzosamente la obligacion de regalar algo a los parientes, amen de las naranjitas *compuestas*, arbolitos i pájaros de mostacilla, i las lozitas de las monjas, con su escudo de oro o plata colgado de una cinta, que antes era de rigorosa observancia repartir en tales casos, el pueblo i los *chiquillos de la calle* sobre todo, no se dan aun por notificados de las nuevas costumbres i reclaman a grandes voces el cumplimiento del pacto, que un uso inveterado ajustara entre ellos i los padrinos del oleo.

La hora de las oraciones es muchas veces la señalada para llevar al niño a la pila bautismal i hacerlo entrar en el gremio de los cristianos. El padrino i la madrina sacan a la criatura envuelta en su larga capa i suben a un coche que en la puerta los espera, acompañados por alguno de los de la casa. Desde ese instante el padrino observa con inquietud el movimiento de la calle, creyendo que todos sospechan el objeto de su vespertina escursion. Al llegar a la parroquia cálmase un tanto su zozobra, pues de una ojeada se asegura que el local está desierto i se felicita de la hora que ha elejido para librarse de las asechanzas de los pilluelos del barrio.

Entra la comitiva a la iglesia, se avisa al cura de su llegada, enciéndense las luces i el sacristan se insinua a los padrinos por medio de atenciones i amabilidades, para que no se olviden de su propina. El padrino siente con esto renovarse sus temores i al lado del bautisterio viene a asaltarlo la idea que las ojeadas del sacristan han despertado en su espíritu. Termínase en esto la ceremonia i la comitiva vuelve a desfilar en sentido inverso al que ha traido. El sacristan los precede i en la puerta de la salida se recomienda a la jenerosidad del padrino. Allí principia para éste la realizacion de sus temores, porque apenas salva los umbrales de la puerta se halla rodeado por una turba de muchachos que con su acostumbrada perspicacia han adivinado lo que el coche parado delante de la puerta significa.

---Viva el padrino, grita con agudo tiple uno de ellos i repiten esta voz los demas en diferentes i prolongados tonos.

El héroe victoreado siente que se encuentra en el trance difícil i apela a toda su enerjía para llegar hasta el coche, mas la madrina i el ama del niño no tienen igual ajilidad i para abrirlas el paso lanza al aire algunas monedas, que los del soberano pueblo recojen con extraordinaria velocidad i vuelven a rodearlo ántes que haya podido subir al carruaje. Nuevos vivas vibran entónces por los aires i algunos de los mas osados se cuelgan de los faldones de su levita, amenazando convertirla en chaqueta. El padrino se debate i defiende como puede, hasta que consigue subir al coche, el que parte con velocidad al ruido de la puerta cerrada con la fuerza de la desesperacion.

Con esto terminan los azares del padrino; pero no los de los padres del nuevo cristiano, que desde ese dia comienzan una eterna i fatigosa lucha con la nodriza del hijo. Hablad con uno que se encuentre en este caso i lo oireis formular mas quejas sobre ese asunto que un padre que ha errado el capítulo o un poeta que ensaya sus primeras rimas contra las veleidosas hijas de Eva. No bien ha encendido su cigarro en el vuestro, a la vuelta de una esquina, cuando os dirá que tener hijos es una desgracia por las inquietudes i cuidados que las amas acarrean; que mas vale criar a los niños con leche de cabra, porque tener en su casa una ama es entronizar una nueva i despótica potencia en el hogar doméstico. Os hablará de la tos del chiquillo i de sus dientes i concluirá diciéndoos como ántes que casi es mejor no tener familia.---El *casi* es de una injenuidad envidiable, porque no alcanza a disfrazar completamente la tendencia del chileno hácia la reproduccion infinita de su individuo. Acerca de esta tendencia se hallan

contestes las opiniones de nuestros estadistas, pues todas ellas dicen que partiendo de la capital hácia el sur la tendencia crece en proporcion al cuadrado de las distancias i decrece al norte en una insensible progresion. I sobre este dato científico se apoyan muchos de los que pretenden que en ningun pais como en el nuestro han tenido tanto eco las palabras del divino Redentor : *Creced i multiplicaos.*

Julio de 1859.

NADIE.

Un homicida.

Continuacion.

XIV.

Discurriendo como lo hemos visto, Palacios habia llegado a tocar la cuerda simpática de su alma, i el nombre solo de Rosario, aunque pronunciado por él mismo, basto para alterar su fisonomía i venir a dar un nuevo rumbo a los sentimientos de su espíritu. Los corazones tiernos se rinden fácilmente al amor, pero demasiado tímidos para sufrir sus dolores o arrostrar la desesperacion, jamas entregan al ser amado su vida toda entera. Mas los corazones bien templados son otra cosa; en ellos las heridas del amor frecuentemente son eternas. El metal que produce la mina no se pule sin fundirse, pero el fuego que lo funde lo derrite sin cambiarlo. Así es como las seducciones de una mujer pueden ablandar un corazon de bronce: la operacion podrá ser larga i difícil; pero una vez que el corazon haya recibido su forma ya no mudará: ántes se hará pedazos que volver a tomar otra forma diferente.

Tal debió sucederle a Palacios con su criminal i desgraciada pasion. Combatida por las dificultades, ella habia crecido i desarrollándose hasta venir a identificarse con su existencia. No era su fantasía sino su corazon lo que hablaba cuando el hombre decia: «*este amor es mi vida.*» Efectivamente, su vida i su amor habian llegado a ser para Palacios una sola cosa. El no vivia para amar a Rosario sino que parecia amarla para vivir, porque ella era la ocupacion de todos sus instantes, era ella el único objeto que le interesaba en el mundo. Alejado ahora de su lado i sin tener noticia alguna de su situacion, privado no solo de su vista sino hasta de la luz i del aire i sometido a un proceso cuyo término fatal no podia ser otro que su muerte, este hombre que veia sucederse a su desgracia la soledad i para quien el fin de su existencia no podia ménos de ser una especie de consuelo; este hombre, decimos, cuyo corazon habia pasado súbitamente del amor a la nada, de la vida a la muerte, habria bendecido al que le hubiese asegurado que él no era solo en sus padecimientos, que Rosario le amaba siempre i que sus desgracias eran comunes i la[s] lloraban ámbos a la vez.

No era estraño, pues, que no sabiendo nada de Rosario i creyéndola talvez envuelta en un proceso criminal como el suyo, el hombre que habia ofrecido su vida en holocausto por la felicidad de su amada se sintiese poseido por la desesperacion i la cólera al imajinarse que su sacrificio había sido totalmente estéril. Las angustias del dolor serían placeres en comparacion de este vacio espantoso, de esta árida soledad de un corazon cuyos sentimientos todos se han desvanecido. No solo en la oscuridad i los rigores de una cárcel, aun en medio de la sociedad i del mundo, ¿de qué serviría la vida no teniendo un objeto a quien amar? ¿quién querría verse condenado, como el Judio errante, a vivir eternamente, pero a contemplar siempre un horizonte sin luz i sin aire, sin sol i sin nubes? Para el náufrajo que se siente morir en una isla desierta, la idea de no poder arrostrar los peligros del océano es mucho mas terrible que el bramido de las olas, por que vale mucho mas ser anonadado por la tempestad que estarse acabando a pausas en medio de una roca triste i árida.

XV.

Pero, ¿cómo se habia formado i desarrollado una pasion semejante?—Vamos a verlo trascribiendo un breve capítulo del cuaderno de correspondencia de que ya hemos hablado. Pero ante todo, digamos al lector que Rosario, a la fecha de esta historia, era una mujer que tendria de 25 a 30 años. Palacios que la habia conocido i amado desde su infancia, pero que dejó de verla durante un viaje que hizo al Perú, a su vuelta la encontró casada con Barraza, i desde que la vió sus antiguos afectos renacieron i se propuso interesarle, seguro (decia él) de que la voluntad humana es una fuerza material semejante al vapor, un poder al que nada se resiste cuando el hombre se acostumbra a concentrarlo i aprende a dirijir sobre los corazones la proyeccion de esta masa de fluido magnético.

El cuerpo de Rosario era esbelto i su talle jentil; pero las facciones de su cara, mas que perfectas, eran graciosas i simpáticas. Hablaba poco pero bien, el sonido de su voz era dulce i armonioso, su palabra clara i su lenguaje correcto i lacónico. Decia lo que queria pero siempre con brevedad i en términos propios, i sus frescos labios al moverse rápidos dejaban ver unos dientes grandes i blancos como perlas. Su cabello castaño i ondeado daba realze al negro de sus ojos i al color anaranjado de sus párpados, cruzados de pequeñas venas, que hacian un contraste de claro oscuro i marcaban en su mirada otros tantos puntos luminosos como los del ópalo. Quien no la conociese de cerca habria encontrado un cierto aire de dureza en su semblantei en sus pobladas cejas, que casi se juntaban sobre el ángulo de su arrogante i flexible nariz. Su cuello revelaba todo jénero de encantos i el amor pa-

recia escrito en su ceño i sus facciones, en su pecho i en sus ojos, pero principalmente en su labio superior, un poco grueso i lijeramente sombreado como el de las mujeres del norte de Chile.

Para Palacios, que la había querido con el amor inocente de un niño i que despues de ser hombre parecia como organizado para inspirar i sentir las pasiones ardientes, Rosario debió ser mucho mas que una mujer,—debió ser todo un romance—; i el conjunto armonioso de sus líneas i el encanto que su rica estructura prometia a su pasion, debieron ser tanto mas poderosos cuanto que ella sabia como velarlos por una constante reserva i por una modestia rara, que contrastaban con la espresion de toda su persona. Como complemento de estas dotes corporales ella poseia, ademas, las dotes inapreciables de la intelijencia i del espíritu, unidas a una alma bellísima, cuyas emanaciones comunicaban a su fisonomía ese encanto que fascina i subyuga, ese ascendiente moral tanto mas interesante cuanto que se armoniza tan bien con las simpatías del deseo.

—Ah! maldicion sobre mí! esclamaba el preso en medio de su desesperacion i desu cólera. Cuando pienso en lo que me sucede, ¿cómo podré resignarme con mi suerte? ¿cómo dejaré de protestar mil i mil veces contra la inconsecuencia i crueldad de mi destino? Feliz V. señor, continuaba: sí, bendiga Vd. al cielo por haber apartado hasta ahora de su vida la tempestad de las pasiones. Por mi parte, yo he vivido poco, pero he apurado la copa del placer i muchas veces tambien la del sufrimiento i del dolor. El ardor de mi sangre me ha hecho buscar en todo los estremos. He sufrido i he gozado a la vez i, gracias a esos momentos de satisfaccion i de peligros, he procedido conforme a mi naturaleza i me he librado asi del fastidio de una vida monótona. Mas hoi que no me resta ya nada que amar ni aborrecer, hoi que nada despierta mis esperanzas ni mi orgullo, quiero morir, quiero ser un vil insecto como los que se arrastran por este calabozo antes que tener que vivir solo, torturado por el remordimiento i condenado a una incesante i mortal meditacion. Desde que veo la proximidad de mi fin, fuera de Rosario, no hai mas en mi corazon que un deseo secreto de reposo, pero de un reposo que yo solo comprendo; i el cielo que tan cruel ha sido conmigo en este último tiempo escuchará siquiera ese deseo, inocente, el último de los deseos del hombre, haciéndome dormir un sueño eterno en que me olvide de lo que soi i lo que fuí.

XVI.

Veamos ahora los párrafos del cuaderno de que hablábamos.

«Si cuando niño tuve inclinacion por tí, (decíale Palacios a Rosario en una de sus cartas, fechada en diciembre de 838), despues que he vuelto de mis viajes i te he visto mujer me he sentido doblemente seducido i encantado, Desde entónces no solo renació mi antiguo amor sino que tus atractivos por una parte i por otra el espectáculo de tus desgracias domésticas, han hecho estallar en mí, como por el sacudimiento de un golpe eléctrico, todos los instintos buenos i malos, viciosos i nobles, materiales i elevados que alberga mi corazon. Pero sí animado de una voluntad firme logré tener en los principios un cierto ascendiente sobre mí, pronto la pasion ofuscó mi espíritu, despues ya no he sido dueño de mí mismo, he abdicado en las aras de tu amor mi libertad i mi albedrío i me siento ¡te lo juro! totalmente subyugado por el poder de tus encantos.»

En otra carta datada a principios de Enero de 39 le decia: «Yo no sé bien lo que el vulgo llama amor; pero el sentimiento que tu me has inspirado jamás lo he visto pintado ni espresado en parte alguna. Nada en el lenguaje humano, ninguna traduccion del pensamiento hecha por las palabras o el sonido, por los colores i el mármol, nada bastaría a espresar la espontaneidad i la grandeza de este sentimiento de mi alma. Por transformaciones infinitas ha debido pasar este amor ántes de mezclarse para siempre con mi vida i teñirla con el color de su llama inextinguible. El amor, lo he leido no sé donde, es una fuente que cambia a menudo de naturaleza i de aspecto, para venir a arrojarse al fin en el océano de la realidad eterna, donde los espíritus incompletos solo ven la monotonía, pero donde las almas grandes se abisman en perpetuas contemplaciones.»

Pocos dias despues decíale en otra carta: —«Anoche, en la tertulia de M., estuviste bellísima, admirable, encantadora! Al fin pude verte, hablarte i estar a tu lado sin temor; pude estasiarme contemplándote i es inútil decirte cuánto gozé en los breves instantes que pasamos juntos. ¿Cómo describirte tampoco esas mil faces transitorias del sentimiento, esas pequeñeces que tienen para mí tanto precio, esas palabras tuyas cuyo acento agota los tesoros del lenguaje i esas miradas mas fecundas que los mas bellos i elocuentes poemas? Créemelo, vida mia, en cada una de las escenas que despliega ante mis ojos tu cariño, yo descubro un abismo capaz de tragarse todas las poesías humanas juntas. ¿I cómo podia entónces con palabras reproducirte aquí las vivas ajitaciones de mi alma cuando la palabra es insuficiente aun para pintar los simples misterios de la naturaleza visible?

Despues de un paseo al campo, escribíale otra vez:—«¡Qué de fascinaciones! ¡Cuántas horas no he quedado ayer sumido en éxtasis inefables, ocupado nada mas que en mirarte i oirte! Mi felicidad ha sido completa: ¿por qué? ¿a causa de qué? Yo lo ignoro. Pero si en los momentos que ayer pasamos juntos, tu pecho se ajitaba por cualquiera emocion, operábase en tí yo no sé qué fenómeno qué te hacia a mis ojos diáfana i resplandeciente. El vello imperceptible que doraba tu cútis a los rayos del

sol medio velado por la sombra de los avellanos, dibujaba tus contornos ante la luz que te acariciaba uniéndose a tí, o que se escapaba haciendo de todo tu ser una figura mas radiosa para mí que la luz misma. Cuando a la vuelta de la caminata que hicimos por el cerro i despues de mi acalorada disputa con B., noté que un secreto recelo se pintó sobre tu frente de mármol, tus ojos parecieron enrojecerse, vaciló tu párpado, tus mejillas se movieron ajitadas por el miedo, el coral de tus lábios se apagó i yo no sé qué reflejo de tu alma vino a arrojar tintes oscuros sobre tus frescas mejillas. Pero, aunque asustado yo mismo por verte tan demudada, el hecho es que mas te amaba entónces, porque cada faz de tu belleza te daba nuevo encanto a mis ojos i revelábame en tí gracias desconocidas ántes a mi corazon. Yo leia un temor i una esperanza en cada cambio de tu fisonomía; talvez tu leíaslos tambien en la mia; i estos discursos mudos nos estasiaban a ámbos prodigándonos esas alegrías i dolores pasajeros pero que en almas como las nuestras dejan sin embargo recuerdos profundos.

«Tu voz, le decia en otra carta, me causa siempre un delirio que no puedo dominar. Tu vives fija en mi pensamiento i tu memoria sola puede librarme del fastidio que me causa el no estar a tu lado. Yo puedo decirte en verdad:

Por do quiera que mire,
Donde quiera que voi,
Siempre tu imájen veo,
Siempre contigo estoi.

Porque, realmente, tu preciosa imájen está como grabada en mi mente i en mis ojos; yo la veo en todos los objetos, pero mas que en parte alguna en mis sentidos i en mi corazon. Estando cerca de tí el mundo es para mí como si no existiera i a la manera de los antiguos estáticos, o de ciertos individuos poseidos por un magnetismo superior a sus fuerzas, paréceme que en presencia tuya podria yo tener en mi mano un carbon encendido sin quemarme. I cuando no te veo con mis ojos, véote sin embargo en el mundo de las apariciones, te saludo como la mas bella de mis esperanzas, pídote que me hagas oir tu voz arjentina i despues de soñar contigo por medio del espíritu, despierto a la vida real triste o alegre, riendo o llorando segun el viento que sopla i el aspecto que presenta nuestro amor.

XVII.

«¿Porqué desconfias de mi lealtad? decíale en otra vez. ¿Por qué dudas de mí cuando solo en tí pienso, cuando por tí solo aliento, cuando tu amor es para mí mas precioso que la vida?---Bien sabes cuánto no he hecho por combatir este amor, cuántas dificultades, cuántos obstáculos no he atropellado por vencerlo, yo que por mi naturaleza i mi carácter tan raras veces he logrado dominarme. Pero ¡imposible! Una fuerza poderosa me arrebata i me arrastra involuntariamente hácia tí.... alejarme de tí sería mi muerte»....¡Oh! ántes de regresar a Chile yo he visto otras mujeres, he conocido a las célebres hijas del sol formadas solo para querer i ser queridas; pero ninguna ha podido inspirarme este amor que por tí siento, este tormento de todas las horas, esta ajitacion, esta inquietud de todos los instantes.

«Cuando estoi cerca de tí, bien lo sabes, sufro, suspiro i te llamo incesantemente en voz baja. Si en el paseo de las tardes salgo en tu busca i no te encuentro, maldigo mi mala estrella i sin embargo te adoro. Estando a tu lado pero en presencia de otros, espío tus menores movimientos, sigo sobre tu frente hasta la sombra de tus meditaciones i creyendo alguna vez qué se contraen a un objeto estraño a nosotros dos, tiemblo, temo, quiero huirte i no obstante me siento como enclavado delante de tí por un poder irresistible, superior a mi voluntad.

«Lejos de tí ¡oh! tu no sabes todavía cuanto sufro!---Durante las horas que nos separan ando errante i como abrumado bajo el peso de una existencia que no puedo soportar. Entónces la sociedad me fastidia pero la soledad i el silencio me abruman. Esos indiferentes que me observan i que sin embargo no conocen lo que pasa por mí, que me miran con una curiosidad sin interes, con envidia talvez pero sin lástima, esos hombres que se atreven a hablarme de otra cosa que de tí causan a mi alma un fastidio insoportable i un dolor mortal. Huyo de ellos, pero inútilmente busco un aire que ensanche mi pecho oprimido. Arrójome al suelo i coloco mi cabeza sobre las piedras frias que debieran calmar la fiebre que me devora. Vana esperanza! Mis ardientes deseos no se calman i mis esfuerzos por alcanzar la felicidad única a que aspiro son cada dia mas dolorosos i estériles.

«Privado de verte i perseguido en esos momentos por el *spleen*, recorro las calles i subo muchas veces a la torre de la parroquia, desde cuyas ventanas diviso tu casa por entre los árboles de la vecindad, i quédome allí largos ratos pensando en tí, clavados los ojos en la puerta de tu habitacion por ver si sales, o imajinándome cuán felices seríamos si el destino cruel nos hubiera reunido en vez de separarnos al uno del otro. Ah! maldicion! Dios no es ni puede ser el autor de estas desgracias; es la fatalidad qué me persigue!

«Cuando esas horas de delirio han pasado i cuando llega el momento feliz en que puedo verte, tomo temblando el camino que me conduce a tu morada i hágolo temiendo que todos los que me encuentran me adivinen i nos comprometan i calumnien. Ya marcho rápidamente o ya me detengo i retardo a pesar mio el momento de mi felicidad, felicidad que me creo siempre en peligro de perder, felicidad imperfecta i turbada i contra la cual conspiran a la vez los acontecimientos

adversos, la envidia, las miradas celosas de B. i sus brutales caprichos, pero mas que todo tu propia debilidad, bien lo sabes.

«Llego al dintel de tu puerta i al abrirla un nuevo temor me sobrecoje. Adelántome a saludar como un culpable i pido gracia a todos cuantos se presentan, como si todos fuesen mis enemigos, como si todos pudiesen arrebatarme la hora de suprema felicidad que voi a pasar a tu lado. Cerca de tí temo todavía que algun obstáculo no venga a interponerse entre nosotros. Al fin te veo, te hablo, te contemplo, respiro tu aliento embalsamado i ántes de tomar tu mano me detengo como el fujitivo cuando llega a pisar el suelo protector que debe salvarle de la muerte.

«Pero aun entónces, cuando todo mi ser se transporta al tuyo i cuando empiezan a calmarse mis angustias, todavía necesito reprimirme con violencia; porque a tu lado mas que en parte alguna debo yo vivir una vida de esfuerzos i de contrariedades sin término. Ni un solo instante de pura satisfaccion, nada! ni un solo momento de gozo i de abandono. Tus miradas me contienen, las estrañas nos observan i las mias bastarían por sí solas para demostrar mi impaciencia i turbacion. El tiempo vuela i sin embargo ni tu ni yo podemos retardar el instante que debe separarnos. Ya no puedo ni mirarte siquiera con libertad i huyo de tí como para ocultarme a las sospechas que me rodean. Déjote entónces, pero te dejo cada vez mas ajitado, mas adolorido i contrariado el corazon, mas obcecada i perturbada la mente.... aléjome para volver a mi triste soledad, torno a mis angustias i cavilaciones i no encuentro un solo ser amigo que llene léjos de tí el vacio insondable de mi corazon.....,.....

Si quisiéramos continuar la reproduccion de las cartas de Palacios acabaríamos por hacer esta historieta interminable. Baste saber que todas ellas no eran otra cosa que variaciones sobre un mismo tema. Pero todas probaban hasta la evidencia que aquel era un hombre dominado por una pasion absoluta, vehemente, irresistible: que la naturaleza de una parte i de otra la educacion habian sin duda maleado sus inclinaciones i sus costumbres, pero que su corazon estaba léjos de ser el corazon de un hombre depravado; que su alma era pervertida mas no perversa i que su crímen no fué tanto la obra de la voluntad cuanto de las circunstancias: su crímen fué el resultado lójico de un afecto inmoral pero dominante i espontáneo: fué talvez, en resúmen, la consecuencia forzosa de ese organismo desventurado que determina el destino de los individuos i del que en rigor solo puede hacerse responsable al Cielo.

G.

(*Concluirá.*)

La inspirada poesía inserta a continuacion es un nuevo presente que hace a *La Semana*, nuestra amable colaboradora de Valparaiso, de quien publicamos en el número pasado un artículo titulado: *Á las niñas*. Sentimos mui de veras que su autor no haya suscrito tan hermosos versos.

A mi pluma.

Bello es lanzar con la flexible pluma
Sobre un papel blanquísimo i pulido
Del corazon el fuego que me abruma
I en cifras dar un lánguido jemido.

Bello es pintar las galas de natura,
Del amor las delicias i pesares,
De María la espléndida hermosura
I el triunfo de la gloria i sus azares.

Es bello derramar con mano leve
Las ideas que brotan de la mente,
Bello es sentir que otra alma se conmueve
A la presion de un sentimiento ardiente.
Grato es dejar que nuestra pluma eleve
Ya canto alegre o yarabí doliente,
I que latan los duros corazones
Al descifrar mis tiernas emociones.

Bello es cantar como cantaba Homero,
Sentir brotar del alma la armonía,
I al mundo sorprender cual Cancionero
Que nuevas notas del laud envia.

Pluma querida, estrénate harmoniosa,
Sé como un rayo arrebatado al cielo,
Toca con tu influëncia misteriosa
I rasga de mi mente el denso velo,
Sé de mi vida antorcha luminosa
I da a mi jénio el inspirado vuelo,
Sé tú mi estrella en la tormenta oscura
I dame asi la paz i la ventura.

Valparaiso, julio 20 de 1859.

Fisiolojía del cronista.

El célebre M. de Buffon ha clasificado en su historia natural las diferentes especies de animales que, mediante el *inapreciable* favor del Criador de todas las cosas, habitan nuestro globo terrestre. Balzac, el fecundo e inmortal autor de la *Comedia Humana*, ha trazado con su inspirado i escéptico pincel los verídicos retratos de muchas variedades de bípedos masculinos i femeninos; otros escritores no ménos célebres han seguido sus huellas i diseñado tambien infinitas fisiolojías; pero ninguno de éstos se ha dignado escribir la de un cronista entre nosotros, tal vez por que nunca ha pisado las hospitalarias playas de Chile, o tal vez por que el sujeto no les ha parecido digno de su atencion.

Se comprenderá fácilmente que no pretendemos codearnos con los distinguidos jénios que acabamos de citar; mas como no tenemos los mismos motivos que ellos para guardar silencio i disponemos

de un rato de ócio, procuraremos, en pocas líneas, dar a conocer a los lectores lo que es realmente ese ser considerado por muchos como asaz insignificante, pero que no obstante tiene su importancia i no pequeña en la máquina periodística. Dicho esto a manera de prefacio, empezamos.

A pesar de no ser la seccion de crónica, o hechos locales, de un diario, su parte mas importante, las columnas que llevan este título gozan del innegable i dulce privilejio de ser leidas en primer lugar, o por lo ménos recorridas por todos los suscriptores i aun por los que, bien sea por costumbre, bien sea por economía, jamás se suscriben a publicacion alguna.

El diario se distribuye habitualmente, en Santiago, desde las ocho hasta las diez de la mañana.

Dícese jeneralmente que el cuarto de hora que precede a la comida es mal escojido por los pretendientes. Este axioma no es aplicable al diario que, sin embargo de no carecer de pretensiones, a veces exajeradas, es siempre bien recibido.

Es natural que se reserve la lectura de los editoriales, artículos de fondo, si bien escritos, poco divertidos para la muchedumbre, lo mismo que la de las revistas estranjeras i folletin (cuando salen a luz), para otro momento mas oportuno del dia, en que la cabeza de los interesados se halle mas dispuesta a recibir la nutricion intelectual que se les proporciona por un precio tan módico; i que la crónica tenga el eminente honor de interesar a todos, desde el jefe de la familia hasta el último doméstico, desde que todos ansian por saber si ha ocurrido la víspera algun hecho importante, a fin de tener el gusto de difundir su conocimiento entre los vecinos i amigos.—Por este motivo, tan presto como se recibe la deseada hoja, las niñas la desdoblan con impaciencia, i sus lindos ojos (cuando los tienen lindos) recorren con avidez los distintos epígrafes de la seccion susodicha. Entónces, la tasa de té en una mano i el diario en la otra, en presencia de su auditorio, compuesto de la familia que asiste al almuerzo, leen en alta voz los pasajes que merecen su amable atencion. ¡Feliz el cronista cuando las circunstancias le han permitido escribir en gruesos caractéres estos títulos alhagüeños: *Robo escandaloso.— Venganza de un marido celoso.—Gran funcion teatral.—Horrible asesinato.—Concierto.—Ejecucion capital.—Nuevas crinolinas.—Terrible incendio, etc.!* Feliz él decimos, porque entónces puede estar persuadido que su prosa i sus flores retóricas serán leidas con sumo placer desde la primera hasta la última línea, i le harán el honor de los comentarios. Efectivamente, cuán grande no es el gusto de saborear a un mismo tiempo unos manjares delicados (cuando lo son), i la lectura de un robo perpetrado en la casa del vecino; de los excesos del marido de una *chinchosa* a quien se aborrece; de una nueva funcion teatral a la que asistirán Arturo, Alfredo, Carlos i muchos otros de quienes se podrá admirar la encrespada cabellera, los guantes pajizos i el corte de la levita; de un asesinato bien acondicionado en el que nada se ha omitido ni los ayes desgarradores de la víctima, ni la ferocidad del homicida; del invento de una nueva crinolina jigantesca que puede transformar instantáneamente la mas bella mitad del jénero humano (estilo consagrado), en un enorme globo areostático; de una ejecucion capital pintada con sombrios colores, sin olvidar las últimas palabras del reo i el número de sus convulsiones desde la salida de la capilla hasta el banco fatal; de un concierto en que lucirán sus hermosos tocados, i de un desastroso incendio que ha devorado la fortuna de un centenar de familias.

Nada hai que se pueda comparar a ese grato entretenimiento que ayuda tan maravillosamente a la dijestion.....

Pero desgraciado del pobre cronista si su cosecha de noticias se limita al cuadro de la mortalidad, a un coche volcado, a un *taco* de acequia o a la imposicion de multas municipales, porque entónces las lindas manos que, con tanta complacencia han tomado el diario lo arrugarán con despecho; i en tan triste estado lo pasarán al papá quien lo leerá a su turno para saber si no le ha cabido en suerte algun nombramiento de subdelegado o inspector (ambicion mui lejítima por cierto), i el que al ver defraudada su esperanza se unirá con sus amadas hijas i su cara mitad, para esclamar en coro:—qué tonto es el tal cronista! El criado llevará ese calificativo a la cocina, de ella pasará a la calle: i héteme aquí, juzgada sin apelacion, la capacidad del cronista en todo el barrio. Así se escribe la historia i se establecen las reputaciones!

Creemos en verdad que, para cierta clase de jentes, seria preciso que el cronista cometiese algun crímen espantoso el dia en que no tuviera nada de interesante que publicar, a fin de cebar la curiosidad de los lectores, nunca satisfecha.

Uno de nuestros amigos, que desempeñó largo tiempo ese cargo en uno de los diarios de Valparaiso, estampó en letras de molde que el cronista era un.....*semi-Dios!* Cuán distante estamos de su parecer. El cronista es mui al contrario el *Ahasverus* cristiano al cual la voz de su deber grita sin cesar:—Anda! anda!..... El cronista modelo tiene que saltar de la cama al amanecer i asegurarse por sus ojos que la pila de la plaza está siempre en su puesto, que las carretas de legumbres han llegado sin estorbo a la recoba i que los vecinos de tal o cual punto no tienen motivos de queja por esto o por aquello. Aunque suele agregársele un corredor de noticias, no debe fiarse de las que éste le suministra, porque se espone a que salgan falsas o erróneas, i de consiguiente a los desmentidos que algun cólega de otro diario no dejará, a título de amigo, de echarle en cara al dia siguiente, cuando no a repetir dos o mas veces la relacion de un suceso. Hemos visto, en estos últimos tiempos, aparecer cinco veces en el mismo diario la noticia de haberse encontrado un herido en cierto lugar i habérsele llevado al hospital cinco veces tambien; i dos, la del asesinato de la misma mujer. Por lo jeneral, los corredores son unos bárbaros.

Despues de su matutino paseo, hace una visita a las tiendas mas concurridas, porque allí tiene facilidad de hacer una ámplia mies de chismes i cuentos mas o ménos verosímiles, que servirá a sus lectores a manera de apetitoso guisado. En seguida vá en busca de los datos oficiales, para lo cual penetra en todas las oficinas públicas, en los ministerios, la intendencia, el cuartel de policía, en todas partes en fin, sin que esto le impida pescar al vuelo una que otra noticia sin la menor probabilidad de verdad; pero que aparecerá al dia siguiente encabezada por estas palabras: *Se asegura que.....*; pues tiene miedo que el cólega lo anuncie ántes que él. La noble emulacion i la rivalidad le hacen esponerse a los comunicados irónicos, a las rectificaciones i a mil cosas poco agradables.

Cuando cree haber agotado todos sus recursos

intelectuales i físicos para descubrir algunas novedades, pone rumbo hacia la imprenta. A su llegada, el director del diario i los demas redactores que, sin contradiccion, tienen derecho a los primores noticiosos que ha recojido, le dirijen la misma e inevitable pregunta:—Qué trae Ud. de nuevo? Si el dia ha sido favorable, el cronista toma asiento con gravedad, i cigarro en mano i cartera sobre la mesa, comunica sus apuntes con majestuoso despacio. Pero, apenas ha empezado a referir tal o cual caso, se le contesta un—Yá lo sabiamos, o bien:—Eso no sirve, i algunas otras cosas que consternan al pobre cronista, a quien le ha costado sudores conseguir lo que suponia ignorado o capaz de interesar a los lectores.

Si su paseo ha sido poco productivo oh! entonces es mui distinto: hace su entrada en el gabinete de la redaccion con el sombrero encasquetado hasta las cejas, tiene un aire lúgubre que asusta a los preguntones, i contesta con tono sepulcral:—No he sabido mas que de una riña de perros i la captura de un borracho! El descontento es jeneral por que se ha reservado una columna entera para la crónica del dia siguiente i difícil es llenarla con tan importantes hechos.

Llega por fin para el cronista la hora suprema de consignar en el papel los productos de su caza. Le es indispensable, cuando hai ausencia casi total de materias, forjar alguno que otro *canard* (mentira descomunalmente gorda) con que llenar este vacío. No desmaya, pone manos a la obra, i consigue despues de haberse torturado el cerebro, inventar un artículo mas o ménos parecido al que hemos leido en uno de los diarios parisienses, i que hasta ahora ha quedado como modelo del jénero. El citado artículo comenzaba así: «*Anoche, i a orillas del Sena, a la « altura del Puente real se encontró en un saco de « lienzo el cuerpo de un hombre cortado en pe- « dazos.....*» el autor del *canard* llenaba en seguida media columna con muchas reflexiones humanitarias i relijiosas, i concluia con estas palabras: « todo nos hace *suponer que esta muerte no es el « resultado de un suicidio*» (sic) que tal? Vive Dios! eso nos parece de una fuerza superior a la gran serpiente de mar del *Constitucional* frances, de que se ha hablado tanto allende los mares.

Embebido en su tarea, el cronista es interrumpido por los cajistas que le piden a gritos orijinales, porque estos caballeros quieren desocuparse temprano i no queda mas por componer que la seccion de hechos locales. Este se apresura de tal modo que casi siempre su estilo se resiente de esa lijereza, a la que se agrega el descuido de los correctores que se complacen en hacer aparecer monstruosidades tales como: *Parto* en lugar de Rapto, *deudas* en lugar de deudos i otras mil por el estilo, que cambian estraordinariamente el sentido del texto, i hacen ridículas las cosas mas sérias. Esas faltas se achacan al cronista por los que ignoran los detalles íntimos de una imprenta, i el apodo de tonto le es prodigado a tontas i a locas.

Le es permitido, despues de semejante trabajo, esclamar con el emperador romano:—Mi dia ha sido bien empleado! e irse a comer. Emprende su marcha renegando del mal estado de los empedrados, i de seguro que al dia siguiente la policía urbana recibirá su picoton. Como se ha demorado mas que de costumbre, encuentra la sopa fria en su casa, lo que tambien producirá en el número próximo una fulminante acusacion contra el servicio doméstico.

Aun todo no está terminado: en las noches de funcion, el cronista va al teatro para confeccionar su artículo crítico sobre los actores que representan en él. Elojia a los que, a su juicio, lo merecen, habla poco o nada de los insignificantes i critica a los que son acreedores a este bocado. Pero, cuántos disturbios no causa entre bastidores! cuántos odios i desprecios no se acarrea! Los descontentos lo acusan de ignorancia,—el corista estraña que no haya distinguido su horrible voz, que tiene la pretension de creer justa i afinada, entre las de sus compañeros i no haga de él una mencion honrosa;—los artistas a quienes prodiga el incienso de los elojios no le agradecen sus lisonjas por que tienen la conviccion de merecérselo todo;—i la primera dama a quien un amigo pregunta si ha leido el artículo en que se la compara con la diosa del canto, del baile o de la comedia contesta con tono protector i algo desdeñoso:—Sí,.....no es del todo malo, pero es demasiado largo. Porqué?... porque no ha comprendido quizá lo que en él se ha dicho, o su autor ha cometido la *torpeza* de no escribir el nombre de esa deidad en cada renglon.

El cronista debe, para reunir todas las cualidades del empleo, poseer una memoria a toda prueba, ojos de lince, olfato sutil, estómago fuerte, manos lijeras, lengua dorada, piés de gamo i muchos pares de botas; a mas de todo esto una salud de hierro, capaz de resistir a la intemperie de las estaciones. Regla jeneral:—en invierno no debe salir a la calle sin un ancho paraguas que lo proteja contra la lluvia que se deleita en rociarlo a su gusto, vengándose de algun artículo en que se queja nuestro hombre del calor, de la sequedad, etc:—en verano debe armarse con un grueso baston para hacer frente a los ataques de los perros que lo conocen a larga distancia, i lo juzgan, no sin motivos, como un encarnizado enemigo de su raza; bien sea porque alguna ama caritativa les lea los furibundos párrafos en que el cronista pide a la policía su destruccion, o bien porque el instinto de esos animales les sea suficiente para adivinar a su perseguidor.—No hemos hablado del físico por ser esta cuestion de poca importancia siéndole permitido al cronista ser feo o buen mozo, i hasta tener cabellos rojos.

—I cuáles son los gajes i compensacion de que goza el cronista?—Ya los conoceis lectores. A decir verdad son poco brillantes, pero él tiene el alma grande, i lleva su cruz a cuestas con una paciencia anjelical digna de. . . . . una mejor suerte. Amen! . . . . . .

Hemos encontrado el fragmento que precede sobre la mesa de un ex-cronista, nuestro mas íntimo amigo; lo publicamos sin haber tenido la malévola intencion de molestar a los suscritores de la *Semana*. Si nos hemos equivocado, lo sentimos mui de veras pero. . . . . a mal que no tiene remedio, etc.

EUGENIO MONTIGNY.

A la vejez viruelas.

Doña Manunga
La sesentona,
Miren que mona
I que galana,
A su ventana

Se asoma ya
I hecha una almibar
Suspira amores,
Cuando dolores,
I desengaños
Sus muchos años
Solo le dan.

La fea mómia
Fuego de infierno,
Mas que de invierno
La nieve fria,
¡Cómo querria
Poder lucir!
Un solo instante
No se está quieta,
Sube, i coqueta,
Baja, entra i sale,
Dale que dale,
Sin darle fin.

I en mil revueltas,
I en mil meneos,
I sarandeos,
¡Hui! qué manola,
Cómo cabriola,
Luciendo el pié!
Luce el zapato,
Luce el vestido,
Luce el prendido,
Luce pintura,
I en la cintura
Luce el corsé.

¿I qué pretende
Doña Manunga,
Con su sandunga,
Con sus monadas,
I sus bobadas
Que risa dan?
¿Quiére estar siempre
En devaneos
I galanteos?
¡Tiempo perdido!
¿Quiere marido?
¡No falta mas!

¡Zape! demonio,
No hallaras leso
Que con el peso
De viejo armario
Sin numerario
Quiera cargar.
¡Zape! a esconderte
En vieja hermita,
Mujer maldita;
O allá al imperio
Del cementerio
Vete a reinar»

EDUARDO DE LA BARRA.

La cuestion Italiana.

Creemos que será leído con iuteres el siguiente capítulo de carta, en que uno de nuestros escritores mas espirituales, que hoi viaja por Europa, hace algunas apreciaciones curiosas sobre el estado presente del Viejo Mundo i la sangrienta cuestion que hoi discute a cañonazos.

«Por los diarios europeos supongo a Vd. al corriente de la guerra en Europa, pero no lo supongo tanto como para creer que esta sea una guerra continental, i lo es sin la menor duda. Bajo las apariencias de neutralidad armada, todo está arreglado, i nadie duda que tendremos una guerra de 12 años, una guerra de titanes, segun los elementos que se preparan: tendrá Vd. de un lado al Piamonte, la Francia, la Rusia, la España tambien i las nacionalidades, la Suiza i la Béljica; i del otro, el Austria, toda la Alemania, comprendida la Prusia, la Sicilia i, sin duda, la Turquía.

La prensa de los respectivos paises descubre ya sus tendencias i no ménos las demostraciones de los gobiernos.

Se calculan actualmente en Europa cuatro millones de soldados con sus reservas. D. Luis, nuestro emperador, que pasaba revista a 500,000 hombres solamente, tenia en realidad 800,000 i así respectivamente los demas.

En estos dias hice un viajecito a los Alpes i hemos caminado 15 leguas desde Chambery hasta San Juan Maurienne, dejando todo ese espacio cubierto de soldados, sin haber lugar ni para bajarse de la dilijencia; i todo esto despues de haber metido en el Piamonte 150,000 hombres en 4 cuerpos.

Un amigo mio que ha venido de Milan en estos dias me ha contado la misma historia de los austriacos. De manera que tiene Vd. en el pequeño estado del Piamonte, que será como el llano de Maipú hasta la Angostura de Paine, no mas absolutamente, un millon de soldados dispuestos a estrujarse de un momento a otro. Yo he tentado acercarme a ver la fiesta, pero es imposible. Los hoteles en todas estas ciudades cuestan para los curiosos 50 francos por dia, un caballo cuesta 3000 francos, i su mantencion 16.

Aquí estamos como en el campo de batalla, por el telégrafo, aunque a 150 leguas. Las noticias llegan por minutos: *principian los tiros, se adelantan, se retiran, murió el jeneral Beuret*, oye Vd. en la Bolsa a todas horas.

Hace media hora se movian los austriacos hácia adelante i la impaciencia es grande. Cien mil personas abordan constantemente la Bolsa, de los amigos i deudos de los combatientes.

En la última batalla que se dió en Montebello, veia Vd. las caras largas en la multitud espectante i oia Vd. esclamaciones que tocaban el corazon: *¡Mon Dieu! ¡Mon fils! ¡Mon père!* de los hijos, padres i madres del ejército frances.

La batalla de Montebello no ha sido ganada por los franceses, es una historia: unos i otros han conservado sus puestos. Unos i otros

han disminuido sus pérdidas, que no bajan de 5,000 hombres de cada lado. De parte de los franceses ha tenido Vd. en el campo la *élite* de sus tropas; los zuavos, cazadores de Vincennes i parte de la guardia. De los austriacos han entrado los Croatas (antiguos Hunos) i los cazadores del Tirol que matan un picaflor al vuelo. Se han despedazado dos divisiones de 15,000 hombres cada una en cinco horas de carnicería. Es preciso, amigo, ver lo que son estas tropas i el estado a que ha llegado su disciplina i la calidad del armamento. Los fusiles que se llaman *de precision*, tiran a 500 toesas i la puntería es casi fija.

El emperador Napoleon acaba de quitar las divisas a sus oficiales en el campo de batalla.

He visto uno i otro ejército i puedo asegurar a Vd. que los franceses son superiores en todo a los austriacos, el individuo i el soldado. Hai cierta cosa en la *tenue* de los austriacos, que les hace parecer máquinas. El manejo del arma i las evoluciones parece que las hicieran por mecánica. El soldado no piensa i se fatiga estraordinariamente.

¿Ahora pues, el objeto de esta guerra es la libertad de la Italia? Nadie lo cree. El *Times* de Lóndres de ayer contaba esta historia. «Estando Napoleon emigrado en esta ciudad, habitaba el quinto piso de la casa tal, calle de tal. Mr. tal, un amigo suyo, ingles, vivia con él. Una noche tomaban el café juntos con un tercer amigo comun, Mr. tal. Napoleon tomando su tasa de café, se retiró a la chimenea i dejó a sus dos amigos, embebido, segun parecia, en grandes meditationes. Mr. tal se le acercó mui despacito por la espalda i dándole una palmada en el hombro, le dijo:—Soñais en el imperio?—Sí, le respondió Napoleon, son tres mis sueños; el primero es el imperio; el segundo, *los Tratados de* 1815; el tercero, *la conquista de Inglaterra*.—Estais loco? le repuso Mr. tal.—Nó, contestó Napoleon, lo primero es un poco difícil, lo demas viene por sí solo.»

El *Times* cita las dos personas que viven aun en Lóndres i se corresponden con Napoleon.

Lo que puedo decir a Vd. es que la Europa será dividida aun otra vez al placer del vencedor. ¿Quién será éste? Hé ahí los cálculos.—Napoleon I decia en Santa-Helena, que si hubiese dado a los rusos la Turquía Europea, no se encontraria en aquel peñon. Ahora se dice que todo está acordado, que los rusos tomarán a Constantinopla i las provincias del Danubio.—Que los franceses pondrán los antiguos límites en el Rin, ocupando las provincias Rinanas de la Prusia.—Que la Sicilia volverá a la dinastía Napoleónica i en lugar de un Murat, irá el señor Jerome.—Que la Lombardía pasará a manos de Victor Emmanuel i los Estados Romanos nadie sabe a quien.

Esta es la historia, mi amigo, del primer imperio, daguerreotipada por Napoleon III. Su testamento ha sido la pauta por donde se ha rejido hasta aquí el Sr. D. Luis, a que no han dejado de contribuir las bombas de Orsini i su famosa carta al emperador, en que le decia que no habia otro modo de alejar las bombas que dar la libertad a la Itália. Hé ahí una sangre fecunda, si es verdad, como algunos creen, que esa carta lo ha hecho todo.

Tenemos en América una idea mui exajerada del poder de la marina inglesa. Aquí se asegura que ántes de lanzarse Napoleon a la presente guerra ha reconocido bien que podia por sí solo tener cabeza a la marina inglesa por el número i la calidad de sus navíos. La Francia, admírese Vd., tiene embarcados 150,000 marineros. La Inglaterra llamando batallones de voluntarios apénas cuenta 60,000; con la diferencia que los franceses por la nueva táctica son marineros i soldados, i los ingleses o marineros o soldados, lo que disminuye un poco su fuerza.

Ahora, pues, agregue Vd. el peso de la Rusia, que despues de Sebastopol ha levantado todos sus navíos i a mas 60 grandes fragatas a vapor. Lo que mas que todo convence de la inferioridad de la Inglaterra, es su moderacion actual, las medidas defensivas en sus costas i sobre todo, la prensa misma, que como se sabe, lo habla todo.—En dias pasados, decia el *Times* que era necesario buscar la alianza de los Estados-Unidos, si la Rusia, como nadie lo duda, se ligaba a la Francia, i aun asi cree la prensa inglesa, que no harian mucho para contrabalancear el poder unido de las dos grandes potencias. Ayer mismo se queja amargamente el *Morning-Post* de no haber notificado la Francia al gobierno ingles el bloqueo del Adriático i de haber hecho ya 50 presas austriacas i aun rejistrado un correo de Malta con la bandera inglesa.»

Al Mar.

Yo te saludo, majestuoso oceáno,
Aunque distante de tu hermosa orilla,
I me gozo en llamarte maravilla
I obra grandiosa de la excelsa mano.

Por tu cerúleo i estendido llano
Do la luz de los cielos siempre brilla,
Yo quisiera llevar la navecilla
De mi vida que ajita hado tirano.

Fuérame grato el escuchar tu acento
De noche i dia al par de mi quebranto,
Cual ronca nota de áspero instrumento.

I alguna vez, bajo el celeste manto
Del estrellado i limpio firmamento,
Entre tus olas exhalar un canto.

FIDEL PALACIOS.

Mosaico.

El peligro de los elojios.—Un epígrama no incomoda sino al que con él se siente herido, divierte a los amigos de la víctima que conocen mejor que nadie sus defectos i ridículos, i regocija a todos sus enemigos. Un elojio por el contrario, tiene suerte ménos feliz: a veces disgusta al que se quiere lisonjear, hiere a los amigos envidiosos e irrita a los enemigos. Un elojio bien hecho i merecido no se perdona. Por eso no deben olvidarse estas palabras de un viejo cortesano:

—Tengo setenta i ocho años, decia, i he llegado a esta edad sin haber tenido jamas un solo enemigo.

—¿Jamas habrá Vd. triunfado? se le preguntó.

—He obtenido grandes triunfos.

—¿Entónces nunca ha sido Vd. amado?

—Al contrario he sido mui amado.

—I bien! cuál es la receta de Vd.?

—Jamas he hecho el elojio de nadie.

—

Navegacion entretenida.—Un hombre de talento preguntaba a otro cierto dia:

—¿Cómo pasa Vd. su tiempo? Se divierte Vd. en este pícaro mundo?

—Yo, sí, me he formado una existencia aparte; vogo en un esquife tripulado con jente de talento por un océano de imbéciles.

—Cuidado, le replicó el que preguntaba, las tempestades de imbéciles son mui peligrosas.

—

Lo que vale el juicio público.—Acababa de representarse un drama de gran mérito, pero obra de un escritor poco simpático a los diarios. Hablábase en un corrillo bastante numeroso de él i se decia:

—Es abominable!

—Es detestable!

—Es execrable!

—Es deplorable!

—Es miserable!

—Es digno de lástima!

—Es nauseabundo!

Uno se aventuró a preguntar a los críticos:

—¿Lo han visto Vdes.?

—Nó.

—¿I Vd., señora? agregó dirijiéndose a una dama cuya crítica rayaba en frenesí.

—Nó, no he podido conseguir palco.

—¿Cómo, pues, ha sabido Vd. que era tan espantoso?

—Lo he leido en mi diario....

Ecos de la semana.

Santiago, julio 29 de 1859.

Sumario.—El primer dia de la semana.—Tres temas de conversacion.—Elementos variables.—*Poesías de G. Matta.*—Entrada del 7.° de línea.—Apertura del Teatro diferida.—Los *Amenes* de un *Asi sea.*

Si como La Fontaine, el de los apólogos, teneis la variedad por divisa, benévolos lectores, i buscais en ella distracciones para el ánimo i pasatiempos para el ocio, convendreis sin dificultad en que los seis dias de esta semana que el tiempo lleva devorados, han sido abundantes en diversiones i pasatiempos de incontestable variedad.

Haced sinó memoria del primer dia de la semana, el domingo, en que habeis asistido simultáneamente al *Corpus* de la Merced i a la resurreccion de la Guardia Nacional, o a lo ménos a la resurreccion de su batallon 5,°, que salió a campaña aquel dia de invierno despues de largos meses de reclusion en cuarteles de verano.

Poseidos de la esperanza de ver ántes de mucho el renacimiento completo de nuestra milicia cívica, os habeis dirijido en seguida, por el ramal de sangre, a la estacion del Ferrocarril del Sur i encontrado ahí pábulo para la vista, estrépito para el oido, aguijones para la curiosidad i motivos para la admiracion. Porque era en tal punto donde se habian dado cita el domingo las dos variedades de nuestra especie, los dos fluídos de la electricidad humana, los dos rieles por los que se desliza nuestra vida, los corpiños i las levitas, las descendientes de la incauta Eva i los ascendientes del futuro Antecristo. La prole de Adan ostentaba allí toda la riqueza de sus matices i la pródiga multiplicidad de sus formas en una numerosa concurrencia, ávida de vapor i locomocion. Las rosadas tintas de una cara infantil, los graciosos perfiles de una mujer jóven, el aspecto anticuado i descolorido de la vejez, cabellos rubios i ojos azules, negros ojos i negros cabellos, cabezas canas i frentes arrugadas, rísas bulliciosas, sonrisas musicales, conversaciones tranquilas, chicos alegres, criaturas adorables, graves personajes,—políticos algunos e impolíticos no pocos,—ardientes secuaces de la moda i la elegancia, hijos de Marte de todas las jerarquías, desde el subteniente imberbe hasta el achacoso jeneral;—nuestra sociedad habia enviado a la Estacion una o muchas muestras de los innumerables tipos, que contrastadas i agrupadas de mil maneras formaban un cuadro lleno de movimiento, de capricho i novedad. El interes del curioso i el del observador se despertaban sin esfuerzo a la vista de aquel estenso panorama, poblado de sonidos, de colores i formas animadas, palpitante de vida i expresion.

Entretanto, han sonado las dos i media, el silbato del conductor dá la nota preventiva i el tren va a partir.—Ya es tiempo de tomar un partido de los dos que se os ofrecen. Desde luego podeis, si os place, formar parte del convoi i lanzaros en busca, no de *una posicion social* ni de *la mejor de las repúblicas* como Paturot, pero sí de los Linderos, que tanto vale. O si mas os acomoda i no gustais de las escursiones a lo Paturot, podeis tomar el camino que os trajo, abandonar sus coches al llegar a la estatua de Neptuno e ingresar en la multitud de paseantes que miden la estension de la Alameda. No tendreis por que arrepen-

tiros de tal determinacion, envueltos como vais en una concurrencia de jente bien vestida i mejor parecida, la flor i nata de la belleza i buen gusto femeninos, de la *fashion* i juventud varoniles. Un cielo despejado os sirve de techo, el sol os prodiga luz i calor con sus rayos i quizá habeis creido un momento respirar en un dia de primavera. Pero esta ilusion os ha durado poco; ahí estaban para desvanecerla los Andes, al frente, cubiertos de su blanco ropaje, los álamos sin hojas a uno i otro lado del paseo, i los caballos de algunas festivas cabalgatas que dejaban notar la felpa de su piel empañada i crecida.

Consumido de esta suerte el dia, acaso no fué la noche mas avara de atractivos pasatiempos i os dió ocasion de medir bailando los compases de una mazurka, o de jugar una partida de malilla, o a lo menos de charlar en buena compañía i al amor de la lumbre sobre el futuro paseo a los Linderos, que amaga a este apacible lugar con una irrupcion de *fashionables* de ambos sexos, alumnos todos de Terpsícore.—De seguro que al meteros en cama aquella noche, el primer dia de la semana habia dejado de existir.

No por eso quedada cegado el manantial de las distracciones para los dias siguientes, en cuyas noches han tenido lugar muchas *soirées* mas o ménos íntimas, debidas a motivos mas o ménos plausibles. La conversacion, por su parte, ha continuado encendida merced a tres cuestiones capitales que la sirven de tópico:

La cuestion italiana que, como toda cuestion, aún está por resolverse,

La cuestion norte-américana, que estrictamente hablando no es una cuestion, sino mejor un mandamiento de prision i embargo,

I por último, la cuestion teatral, que tampoco es una cuestion, atendido que el público tiene por un axioma que los precios de entrada son exorbitantes i los empresarios tienen por otro axioma que tales precios son los que mas les convienen.

El tiempo ha contribuido tambien a la amena variedad de estos seis dias rociándonos con un chaparron, que ha desleido lastimosamente el fango de nuestras calles i desesperado a los hombres activos i a los oficinistas. La lluvia ha sido pasajera, pero las nubes se han mostrado mas tenaces i continúan escondiendo el cielo i amenazándonos con una nueva rociada.

Así es que muchos, recelosos de estas intenciones, se han confinado en el hogar doméstico i abreviado sus largas veladas con la lectura de las poesías de Matta. I al nombrar a nuestro poeta, no creais que he olvidado mi promesa de hablaros detenidamente sobre la última edicion de sus cantos. Solo que no seré yo quien llenará esta difícil tarea, sino uno de nuestros colaboradores. El cambio es tan ventajoso que no podréis ménos que felicitaros de él como yo me felicito. Me habria sido penoso ademas renunciar un momento a admirar al poeta para constituirme en su crítico.

El fango de las calles i los amagos de las nubes os impidieron probablemente ser espectadores de una ocurrencia de anteayer: la entrada del 7.° de línea. Agolpábanse a su paso numerosos grupos de hombres, mujeres i niños del pueblo, que devoraban con sus miradas las filas del batallon buscando entre ellas un rostro querido i hondamente impreso en la memoria. La esperanza de los unos se convertia bien pronto en una dichosa realidad; la esperanza de los otros espiraba anegada en un torrente de lágrimas. Era aquel un cuadro de emocion profunda i desgarradora tristeza.

Mientras tanto, la novedad que prometía ser la mas interesante de esta semana, la apertura del Teatro, ha sido postergada, aunque solo hasta mañana, segun se asegura.—Ya que os hablo de apertura de Teatro, os hablaré tambien de un artículo de Teatro que casi tiene relacion con él.

——

Quiero gastar algunos minutos en responder a un *Comunicado*, *Teatro Municipal*, inserto en el *Ferrocarril* de ayer i suscrito por *Asi sea*, que tanto habria valido no suscribirlo o suscribirlo por *Un quidam*.

Ahora bien, el señor *Así sea* pretende que es de su deber entenderse con «*La Semana*» i empieza por confesar que no ha entendido claramente lo que decia yo relativo a Teatro en los *Ecos* de número anterior. Por mi parte, no convengo con este señor en el deber, que cree suyo, de entenderse con «*La Semana*» ni jamas se me habria ocurrido tan estraña idea, a no haber venido al sorprenderme con su brusco e inmotivado ataque. En lo que sí estamos conformes, es en lo de no entender mis *Ecos*, pues yo he tropezado con la misma dificultad leyendo su *Comunicado*. Trabajillo he tenido para comprender a medias, no el todo, sino una parte de sus numerosos párrafos, envueltos en la anarquía gramatical mas deplorable. A fuerza de leerlos i releerlos, he venido a descubrir unas cuantas verdades de Pero Grullo, unas cuantas inexactitudes i unos cuantos chistes, que se asientan en el fondo de su *Comunicado*, como otros tantos guijarros en el fondo de una laguna:

En lo que hace a las verdades de Pero Grullo, las mas capitales son estas:

Que *considerado el Teatro como una escuela de costumbres, es necesario e indispensable* (lo indispensable incluye lo necesario) *que la empresa nos dé piezas en este sentido.*

Que no nos dé *comedias en un acto en las que aparecen feas i ridículas figuras*,

Que *un actor bueno no se vale de tales recursos* (como *enormes narices, anteojos, tiznes, pelo alazan i piernas delgadas*) *para sacar partido, por*

el contrario, los desprecia, porque con esas ridiculeces i MUESCAS (sic), *solo consigue divertir a la jente alta de galería, etc., etc.*

Por lo que respecta a las inexactitudes, escojo entre algunas las siguientes:

La Semana (dice) *cree que porque pedimos rebaja en los precios exhorbitantes anunciamos con anticipacion el mal éxito de la empresa.*—La *Semana* no cree tal cosa puesto que no la ha dicho; ántes bien cree como Vd., i así lo decia en los *Ecos* del número anterior, que *la cuestion de precios será resuelta por el público.*

Ni encontramos (agrega mas abajo) *razones tampoco que puedan alarmar a la* Semana» *etc.*—*La Semana* no se alarma de razones; por el contrario, es tan difícil de alarmarse que ni el *Comunicado* de Vd. ha logrado esparcir la alarma en sus columnas.

Pero vengamos a los chistes, que tienen la virtud de ser breves i poder contarse:

El primer chiste, con que principia el *Comunicado*, es *Amen*, chiste ascético a todas luces.

El segundo chiste, es llamar *cuaderno* a *La Semana.*—Este chiste está tomado del Diccionario.

El tercer chiste es la repeticion del primero.

El cuarto chiste es la repeticion del tercero.

El quinto chiste sobre las lunetas i poltronas renuncio a citarlo. Como chiste, tiene mui poco alcance, i como frase, es de mala crianza.

El sesto chiste es la repeticion del cuarto.

El sétimo chiste es la repeticion del sesto.

I por último el octavo chiste es la traduccion española del chiste hebreo primero, tercero, cuarto, sesto i sétimo: *Así sea.*

El señor *Así sea* nos amenaza con hacer *un análisis de cada una de las obras que noche a noche se exhiban.* Esta promesa que, sea dicho sin ofender su modestia, tiene un si es no es de pretenciosa, despierta naturalmente algunas inquietudes. —¿Será buen crítico el que se ha acordado del moderno teatro español para citar *La rueda de la Fortuna*, creacion de las mas defectuosas, i ha olvidado sus obras maestras? Será una crítica *fundada, útil i provechosa para el actor* la del que ha escrito *el chiste quinto* (que no he mencionado) i mostrádose así ignorante de la pulcritud i decoro del lenguaje?—Ademas, el señor *Así sea* confiesa con una injenuidad mui laudable, que *el mismo se ha puesto una venda en la vista que es necesario ya arrojar.* ¿I si no la arroja, o si despues de arrojada, la vuelve a tomar?

Veamos, para concluir, lo que Vd., señor *Así sea*, exije de *La Semana.*

Quiere Vd. en primer lugar comprenderla, lo que hasta ahora no ha conseguido.—Bien desearia yo hacer algo en obsequio de su comprensibilidad, si no temiese hacerme ininteligible a mis lectores por favorecerlo a Vd. i no principiase a sospechar que Vd. i yo no hemos nacido para entendernos.

En segundo lugar, le pide Vd. razones a *La Semana.*—Razones sobre qué? sobre los precios de entrada al Teatro? Pero esta cuestion no es suceptible de razonamientos; está formulada i resuelta en cuatro palabras:—El Teatro es caro? se bajan los precios.—No quieren bajar los Empresarios? no se va al Teatro. Bajan los empresarios al verse solos? se vuelve a ir al Teatro.—¿O quiere Vd. que entremos a juzgar de una compañía que no conocemos i de un repertorio lírico i dramático que tampoco conocemos?

Por último, desea Vd. que *La Semana* no sea personal, i *La Semana* quiere a su vez que se le digan las personalidades que ha herido. No será por cierto la de Vd., a quien no tengo el gusto de conocer i que se mantiene púdicamente envuelto en el discreto velo del anónimo, lo que nos coloca en una situacion mui equívoca.—Ya lo vé Vd., vale mas que desistamos de entendernos.

Por lo demas, le confieso a Vd. con franqueza que su artículo me ha gustado. Verdad es que cada uno de sus chistes aisladamente no me ha hecho reir gran cosa, pero en cambio el conjunto del *Comunicado* me ha producido una hilaridad tan poco frecuente, que a duras penas he podido hablar con Vd. de un modo sério.

Réstame solo pedir a Vd. una exencion, temeroso como estoi de que no tardará Vd. en reincidir en sus debilidades de escritor i seguro de que no ha de curarse tan pronto de su manía de articulista crítico:—Renuncie Vd. a entenderse con *La Semana* i déjela dueña de su santa independencia. El redactor de los *Ecos* (pierda Vd. cuidado!) *no doblará su voluntad para decir a todo—Amen.* Está habituado a tomar consejo solo de la opinion pública i decir su pensamiento todo entero, sin mas sujeciones que su propia dignidad, el respeto a los otros i la buena crianza.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Condiciones de la suscripcion.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantados.

Se reciben suscripciones en Santiago, en la IMPRENTA DEL CORREO, pasaje Búlnes; en Valparaiso, IMPRENTA I LIBRERIA DEL MERCURIO.

SERENA.—D. José Domingo Cortez.
COPIAPÓ.—Libreria del «Mercurio.»
CALDERA.—Editores del «Tren.»
CONCEPCION—Libreria del «Mercurio.»
TALCA.—Sres. E. í S. Rondanelli.
CHILLAN.—Sr. D. Abrahan Siredey.
LIMA.—Establecimiento del Sr. Ricordi, calle de las Mantas
AREQUIPA.—Sr. D. Manuel G. de Castresana.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Agosto 6 de 1859. Núm. 12.

Poesías de D. Guillermo Matta.

A mediados del año de 853 la «Imprenta Chilena» dió a luz un libro que con el modesto título de *Cuentos en verso*, se lanzaba en la arena de la publicidad para formar un acontecimiento, una revolucion casi, que nuestra historia literaria habrá de consignar como uno de los hechos mas notables de sus fastos. El libro aquel era tan orijinal en la concepcion, tan raro en la espresion, tan poco chileno en todo, en pugna declarada con el carácter nacional, que debia provocar la atencion pública; pero en tan diverso sentido, en tan vario concepto, mereciendo tan distintos juicios i despertando tan diferentes sentimientos cuanta era la diversidad de opiniones, de ideas i de educacion de los lectores. La juventud entusiasta siempre por lo nuevo e independiente, que no pocas veces anda divorciado de lo bueno i prudente, leyó el libro con el ansia que excita un manjar estimulante, i encontrando en él revelados con vivo colorido los mas simpáticos afectos del corazon, rasgado con osada franqueza el velo que cubre los mas ardorosos sentimientos, atacadas las creencias relijiosas de que muchos prescinden por egoismo, por comodidad, i no pocos por ignorante imitacion, proclamó a su autor como el primero de los poetas nacionales, admiró sus bellas estrofas que aprendia de memoria como el traslado de sus propias ideas i emociones, confiriéndole el laurel de una popularidad que hasta entónces no habia alcanzado ninguno de nuestros vates. Sanfuentes el mas culto, el mas clásico de nuestros poetas, que ha tenido sin embargo la desgracia de desleir su inspiracion en larguísimos poemas, de versificar demasiado para no oscurecer las bellezas que es necesario rebuscar en un océano de estrofas, logró con su justamente famoso «Campanario» elevarse a una altura desconocida en la poesía chilena; pero el carácter de su estro calmado, de cierto jiro antiguo, falto del fuego que vivifica el sentimiento, regular i tranquilo en su curso, granjeándole el concepto de algunos intelijentes, le alejaba de la multitud, del aura de jeneral aplauso que no los jénios mas sólidos sino los mas orijinales o simpáticos suelen conseguir. Eusebio Lillo cuyas amorosas trovas eran el encanto de las mujeres, cuya fácil versificacion, delicados conceptos, i brillante fantasía, parecian asegurarle una gloriosa carrera que comenzó con rara felicidad, habia dejado caer su lira en el letargo de una pereza tanto ménos disculpable cuanto que el público retribuia sus versos con abundante aprecio. Como los pájaros de las rejiones equinociales que cantan solo en la mañana para dormirse durante los ardores del sol, Lillo festejado por los amigos, mirado por el bello sexo con cierta simpatía que no alcanzan los mas afortunados galanes, animado por la gloria apénas se lanzo en su escabrosa senda, se cansó en los primeros pasos recostándose en sus palmas como el guerrero cuyos fáciles triunfos no fueron bastante a estimularle para mas árduas empresas. Otros poetas habian probado sus fuerzas en diversos jéneros de composicion con mas o ménos acierto, pero ninguno con la voga universal, con el éxito inmenso, fenomenal entre nosotros que obtuvo Matta. Deprimidos o ensalzados, los *Cuentos en verso* consiguieron lo que pocas obras consiguen; ser leidos, i leidos con la atencion del admirador que paladea cada belleza, con el microscopio de la rivalidad, de la envidia o de contrarias opiniones, que de cada pequeña mancha hace un feo lunar i de cada defecto una deformidad; i cosa inaudita en Chile, la edicion de la obra se agotó en breve; bien que no faltase quien lo atribuyera no tanto al entusiasmo de los amigos, cuanto a la piadosa solicitud de otras jentes, que, daban pábulo a sus braseros con esas pájinas que en su concepto encerraban un veneno de fatal contajio. Miéntras la juventud aplaudia con frenesí, la parte timorata i relijiosa de la sociedad, miraba los *Cuentos en verso* como un brulote incendiario arrojado al campo de la moral i de las creencias, i alzando una voz de reprobacion, fulminó contra el poeta el anatema de hereje i panteista, cuyas doctrinas eran una nueva agresion nova fora que justificaba los rigores con que se quiso poner atajo a esa perniciosa tendencia, cuando en años anteriores la opinion i el jurado impusieron severo castigo a Francisco Bilbao por su voceada *Sociabilidad Chilena*. Los *Cuentos en verso*, como ántes dijimos, fueron un verdadero acontecimiento, el tema de acalorada discusion, i el autor enaltecido por los unos, era por los otros considerado como un ser dañoso a la tranquilidad social. Los años transcurridos desde la aparicion del libro de Matta, han debido colocarnos en la situacion de apreciar ese trabajo con una crítica concienzuda

que no era de esperarse en la escitacion de los primeros tiempos, en los arrebatos estremosos que siempre nacen de toda controversia i que con frecuencia saltan la valla del buen sentido i del sano criterio. La reciente publicacion de una nueva edicion de los *Cuentos en verso* i de otras obras del mismo autor, nos ha parecido una oportuna ocasion para consagrar unos cuantos rasgos al estudio del jénio de nuestro poeta cuyas composiciones pasamos a probar en el crisol de la crítica, sin que la amistad sea parte a inclinarnos a la indulgencia, ni la diversidad de opiniones nos haga esquivar la franca espresion de la justicia.

Guillermo Matta sin duda está dotado de una organizacion moral e intelectual poco comun i no solo orijinal por lo que mira al tipo dominante en el carácter nacional, sino mas rara todavía por la ninguna influencia que sobre ella han ejercido su nacimiento i educacion. Nuestro poeta cuenta apenas treinta años, i es hijo de una estimable familia que con la pureza de las antiguas costumbres, conserva en todo su primitivo vigor el profundo sentimiento relijioso que las modernas jeneraciones hacen gala de despreciar. Destinado a la carrera del foro en el Instituto Nacional, no fué mui aventajado en las clases, sea que su natural independiente no supiera avenirse a las obligatorias trabas del estudio escolar, o que no despertase todavía su poderosa intelijencia que como la de Lillo i otros de nuestros escritores, se veía oscurecida i torpe delante de la mui mediana de otros estudiantes que, siendo el portento del colejio, desaparecieron mas tarde entre el ignorado vulgo. No fué Matta mui aficionado a Ciceron o Salustio, ni llamaba la atencion de sus profesores o condiscípulos, sino era por su simpática i hasta hermosa figura, llena de frezca robustez, por la bondad que revelaba su risueño semblante, por la sincera amabilidad de su carácter, en el que habría sido imposible rastrear el jérmen de la nerviosa inspiracion, de la osada valentía, del metafísico atrevimiento que distinguen su númen. Concluido el curso de humanidades en que nuestro poeta no habia dado mucha ocupacion a la fama escolar, pasó a continuar sus estudios bajo la direccion de don Andres Bello con el cual estudió filosofía, literatura i creemos que tambien los primeros rudimentos del derecho, i sin duda entónces debió ser cuando principió a desarrollarse en él su gusto por las bellas letras que se ha convertido despues en la entusiasta pasion del artista. Pero cualquiera que lea las obras de Matta, tratará en vano de vislumbrar la mas ténue reminiscencia de su maestro, que si logró estimularle al cultivo de la literatura, no pudo en nada modificar la naturaleza de un jénio peculiar que, abandonado a sí propio, dando suelta al espontáneo arranque, ha conservado el mérito de su orijinalidad, con los resabios naturales de toda tendencia independiente. Entre Bello i Matta corre la distancia que media entre la sabia poesía de cuidadosa ejecucion, de estudiada forma, de templada inspiracion, i el eco desgobernado de una alma henchida de poético sentimiento que, sin miramiento a la forma, derrama el torrentoso raudal de la fantasía, rompiendo el dique de las reglas, en busca de nuevos campos que fecundar con su impetuosa corriente. No que Matta pertenezca a la escuela romántica exajerada cuya voga era una traicion al buen sentido, ni que el clásico gusto de Bello le haya hecho despreciar las bellezas de la literatura moderna; pero entre ellos (sin pretender compararlos, como que mal se colocaría en línea de parangon al sacerdote conocedor de los misterios, con el neófito que comienza a descifrarlos,) no se divisa la mas pequeña relacion que pudiera indicar el vínculo de maestro i discípulo. Matta, colocado en una situacion que solo él ocupa en la literatura sud-americana, sin antecesor en su camino, no ha debido el carácter de su poesía ni a su educacion moral, ni a la instruccion que recibió en las aulas; débelo a su organizacion en que no es dado adivinar los elementos chilenos i a los estudios que despues emprendió de propia cuenta, sin otro guia que la natural inclinacion; i así como en sus obras desaparece el recuerdo de los principios relijiosos i sociales que dirijieron su primera edad, así tambien se pierde la influencia de la instruccion literaria que recibió de tan esclarecido maestro.

No era de esperarse que nuestro poeta cobrase a Justiniano el afecto que no supieron inspirarle los clásicos latinos. Apénas saludó de léjos la instituta, cuando volviéndole espaldas con descortesía propia de los sectarios de las musas, desistió de seguir la profesion i se dedicó a otras ocupaciones. Es de creer que en ellas no manifestase mejores aptitudes que lo jeneral de los poetas; pero a lo ménos pudo de esta manera entregarse con profunda consagracion al estudio de la literatura, leyendo centenares de volúmenes, escudriñando los autores de las lenguas estranjeras, aprovechando una feliz memoria que le ha permitido reunir una inmensa copia de conocimientos literarios, en grado tal que podemos asegurar que ninguno de nuestros literatos sino es Diego Barros Arana puede comparársele en lo universal i variado de su instruccion. Pero por la peculiaridad de su índole dada a lo nuevo i desusado, miéntras Matta leía cuanto encontraba digno de leer, se dedicaba con particular esmero al estudio de la poesía i de la filosofía alemanas, las ménos adaptables sin duda al jénio chileno, las ménos conformes al fondo i forma de la literatura española, i las que en sus adeptos requieren mas sólido criterio, para no caer en los devaneos del espiritualismo, no ménos ridículos que las sentimentales hipérboles del mal romanticismo. Nuestro poeta sabia tambien admirar a Dante i comprender a Byron con el aprecio no mui jeneral en los pueblos que hablan

el idioma de Castilla, i es de los pocos que entre nosotros conocen la literatura inglesa en la que, por la peculiaridad que acabamos de notar, Matta parece preferir a Shelley, el poeta del escepticismo i de las fantásticas creaciones. Esa orijinal i nada chilena tendencia de su instruccion individual, ha ejercido un influjo decisivo, harto notable en el desarrollo del jénio del poeta, dándole un tinte pronunciado i característico, que en mucha parte no creemos digno del aplauso que se le ha tributado. La poesía i la literatura alemanas, i aun la poesía de Byron i Shelley que no confundiremos con aquellas, son en nuestro concepto las fuentes ménos fecundas de imitacion, los modelos ménos suceptibles de dar provechosas lecciones; porque aunque admirables como esfuerzos del espíritu humano, la misma orijinalidad que las caracteriza muestra que, apartándose de la vía ordinaria del desenvolvimiento intelectual, de lo que naturalmente debe esperarse del corazon i del raciocinio, no es lícito seguirla sin poseer ciertas cualidades especiales, sobre las que no es posible formar una escuela desde que ellas constituyen raras escepciones. Sobre todo, si quereis la poesía filosófica, dadle una filosofía clara i comprensible, i dejaos de aquellos conceptos que a fuerza de remontarse se pierden de vista; porque la poesía no es una loza ejipciaca llena de jeroglíficos, ni una fracmasonería cuyos signos saben solo los iniciados. Si pretendeis cantar lo que únicamente vos comprendeis, habreis logrado escitar la admiracion de los necios, para quienes tanto es mejor una produccion cuanto ménos la entienden; pero el buen gusto os compadecerá como una víctima del espíritu de novedad i la posteridad os reservará una condenacion, de que no podrán rescataros los irreflexivos aplausos de la preocupacion a que sacrificasteis vuestro jénio.

Las primeras composiciones de Matta que llamaron la atencion fueron publicadas en la *Revista de Santiago* de los años de 49 a 51, cuando su malogrado hermano don Francisco de Paula tomó la direccion de aquel periódico que don Victorino Lastarria fundó en 848, promoviendo la asociacion de varios de sus discípulos, que por mucho tiempo fueron los únicos campeones de la literatura nacional deudora a Lastarria no solo de sus habiles esfuerzos personales, sino del estímulo que supo infundir a casi todos los que hoi cultivan las letras. Desorganizada la primera redaccion de la «Revista» con la crísis política que principió a ajitarse en 849, los Matta continuaron la publicacion, i desde luego los lectores acojieron con simpatía los primeros ensayos de nuestro poeta, que comenzó a ejercitarse con felices imitaciones del italiano i del frances i unas cuantas composiciones orijinales entre las cuales *Los últimos cantos de Safo* revelaba dotes poéticas nada comunes. Si entónces no habria sido posible presentir el alto vuelo que mui en breve iba a tomar el poeta, era sin embargo de notarse el acertado tino con que huía la viciosa tendencia de la jeneracion precedente, que si esceptuamos a Sanfuentes, Irisarri i no siempre a Lillo, se envileció en el vasallaje del mas servil proselitismo de la escuela romántica francesa; i no del romanticismo de Victor Hugo, sino del de mui baja lei que nos habian importado las malas traducciones. Por otra parte, Matta parecia desear enaltecer la mision de la poesía, que la postiza inspiracion de la mayor parte de nuestros vates habia circunscrito a llorar las cuitas del amor quejumbroso, martillando siempre en el mismo yunque, entonando siempre idéntica cantinela, que sobre no dar una idea mui favorable de la fecundidad de la musa nacional, era por demas vulgar i de falso sentimiento.

Pero por mui lisonjeros que hubieran sido los pronósticos que se fundaron sobre las primeras composiciones de Matta, nadie se habria aventurado a designarle el papel que con sus *Cuentos en verso* entró a desempeñar de lleno en nuestra literatura. Como un viajero que llegando de ignotas tierras, maravilla a las jentes con estrañas narraciones, el poeta arrojó su libro a la sociedad pasmada con la revelacion de un mundo ignorado, en que se confundian lo bello i lo grotezco, la amarga sátira i el delicado sentimiento, el dolor i la alegria, la creencia i el escepticismo, las mas elevadas creaciones, i las mas bajas realidades: esfuerzo desesperado de la imajinacion, que rompiendo toda rienda, vagaba como una bacante embriagada saltando por diversas rejiones, o como la pitoniza griega poseida del fuego sobrenatural que admiraba a los oyentes con la estrañeza de sus conceptos.

Ante todo, preguntábanse los lectores ¿a qué escuela pertenece el autor de los *Cuentos en verso*? porque entre nosotros se concibe dificilmente que pueda crearse algo de bueno en el terreno orijinal; i no era mui hacedero comprender que Matta se hubiera avanzado con tal atrevimiento en tan resbaladiza senda sin seguir la huella trazada por mas espertos caminantes. El poeta tuvo cuidado de decirnos que pretendia no seguir modelo alguno.

> «Yo escribo lo que quiero; i a mis anchas
> Me burlo de la crítica envidiosa.»
> .....
> «Copiad, nécios, copiad, ya que no alcanza
> A crear vuestra corta intelijencia.»

i así en otros varios lugares en que hace ostentacion de su selvática independencia. Pero a nuestro juicio (con perdon del poeta i de los que creen en su absoluta orijinalidad) si en el fondo de su obra, en el carácter de su concepcion es de notarse mas de una reminiscencia de la filosofía panteista de la escuela alemana, la forma de la narracion, trae a la memoria el Child-Harold i el don Juan de Byron, con la accion desnuda de incidentes, sembrada de digresiones que dan ocasion al poeta para soltar la rienda a la fantasía. Ya había

Lillo notado esta circunstancia, cuando a la aparicion de los *Cuentos en verso* pagó a su compañero de armas el justo tributo de sus proezas; i a esa observacion añadiremos que el sistema narrativo adoptado por Matta, ni es mui de aplaudirse en los introductores ni ménos de celebrarse en los imitadores. Byron que en Child Harold empleó con jénio singular las digresiones, abusó de ellas en don Juan, i Matta usando del mismo resorte, al mismo tiempo que ha manifestado el poder de su talento, ha caido en las tentaciones consiguientes a ese sistema. Nos habla por ejemplo en bellísimos versos del amor, i a renglon seguido lanza una tremenda sátira contra la sociedad, contra la pretendida sabiduría i otros vicios, mezclando en estraña incoherencia, mil diversos asuntos en que no es posible encontrar otra relacion que el antojo del poeta. El jenio puede reclamar la mas amplia libertad; pero ella tiene los límites del buen gusto que en una composicion poética, como en toda obra de arte, prescribe ciertas proporciones, cierto vínculo entre los detalles, sin el cual la mas feliz creacion sería un cuerpo informe. Preciso sin embargo se hace a la crítica reconocer que si es Matta reo de ese pecado, debe calificársele de venial, en consideracion a las numerosas bellezas de su obra, bastantes para resarcir con usura no ya la falta que indicamos sino mayores, si el poeta las hubiera cometido? Qué importa tampoco averiguar si ha seguido tal o cual modelo, si ha sabido desenterrar riquezas desconocidas, si en vírjen o en trillado campo ha logrado acopiar tan abundante cosecha?

No busquemos en los *Cuentos en verso* un argumento, ni pidamos al poeta las emociones que nacen de un acontecimiento dramático desarrollado en sus peripecias. Matta dejando caminar tardadamente su narracion, olvidándose de ella muchas veces, busca las impresiones en los diversos cuadros, que sin curarse del principal, va bosquejando con admirable profusion. *El cuento endemoniado* es una leyenda fantástica sin trama i sin sucesos: Fantasio, héroe del poema, es el amante de una mujer estraordinaria llamada Clarimunda que no es otra cosa que el mismo Satanás que embriagando a Fantasio con diabólico amor le lleva al infierno en cuyo dintel despierta nuestro héroe aterrorizado, pretendiendo huir de la infernal mansion en que le detienen los brazos de Clarimunda. El infeliz Fantasio se siente desfallecer en los lazos del poder infernal, i se encuentra ya próximo a ceder, cuando repentinamente se acuerda de su madre e invocando su nombre se salva del suplicio. He aquí todo el argumento, que no sorprende por lo nuevo ni ha dado mucho que trabajar a la imajinacion que lo forjó; pero Matta necesitaba un argumento cualquiera, como un pintor un lienzo, i la única condicion que le exijia era que le diese espacio i oportunidad para lanzar por él su fecundo numen que iba a llenar con prodigalidad aquel vacío. I aun en la escasez de acontecimientos de que adolece la historia, el poeta ha pintado los pocos que componen su narracion, con un colorido que solo el jénio inspirado puede prestar a las creaciones artísticas. Léase la última escena del *Cuento endemoniado* i no podrá ménos que admirarse la realidad del fantástico cuadro: la terrible actitud de Clarimunda, el terror de Fantasio, las espantosas caricias de su querida que

«Cada vez lo estrecha mas, lo enlaza
I en sus brazos coléricos lo abraza.»

la lucha que entre ambos se traba al borde del abismo, todo forma una escena en estremo dramática apesar de la inverosimilitud. Compárese a esta la cena de los amantes, cuadro lleno de sensual molicie, de inefables deleites, i se verá con sorpresa que el poeta cuya imajinacion parece gustar con predileccion de terribles impresiones, derrama los tintes mas suaves, la mas delicada voluptuosidad, la mas esquisita ternura en escenas hasta diversas de la que ántes citamos. La poesía de Matta sin sujetarse a un círculo esclusivo, canta mil impresiones diversas, se adopta a mui diferentes tonos, i siempre vigorosa, siempre fecunda en una inspiracion que brota a raudales. Ceguera o envidia sería no confesar que el poeta tiene lo que pocas veces se encuentra; jénio, jénio como nunca habiamos visto desplegarse en la poesía chilena, aun en la sud-americana; pero jénio que ha sufrido tambien sus errores, que por mas pronunciada simpatía que le profesemos no debemos silenciar

JOAQUIN BLEST GANA.

(*Concluirá.*)

Los banquetes patrióticos.

ESTUDIO DE COSTUMBRES.

Los chilenos tenemos una época precisa del año para manifestar nuestro entusiasmo patriótico, asi como los árboles tienen una para florecer: la época de nuestra florescencia es en setiembre. No que entónces hayamos arrojado las hojas viejas de nuestras preocupaciones i echado nuevos retoños de mas verdes ideas, sino que simplemente llegamos a ese dichoso mes con el ánimo acostumbrado de antemano a divertirnos en él necesariamente, así como bostezamos sin tregua durante los otros once meses restantes. Recordar el mes de setiembre es llamar a los lábios de los viejos la sonrisa de los recuerdos felices, en los jóvenes hacer brillar un rayo de alegría i tocar al oido de los niños las melodías de la esperanza, a cuyo suave compaz palpitan con tanta felicidad sus corazones. Para las mujeres el mes de setiembre, es como para las mariposas la estacion de gala, en que ostentan a la luz del sol

de primavera la gracia i novedad de sus vestiduras i tocados.

Sin entrar nosotros en la descripcion de las costumbres a que la celebracion de nuestro glorioso aniversario dá lugar, i que merecen un estudio especial, queremos limitarnos aqui a describir una de sus peculiares espresiones.

Sin duda por ser la mesa «el único punto en donde nadie se fastidia durante los primeros momentos» como lo asegura Brillat-Savarin, el mas clásico de los gastrónomos, es tan jeneral en el mundo entero la costumbre de celebrar en comidas las festividades tanto nacionales como domésticas.—La gloria de ganar una batalla i la desgracia de tener un año mas se solemnizan igualmente en un banquete.—Por el mismo medio se da la despedida a los parientes o amigos que van a emprender un viaje, como a los que llegan despues de una larga ausencia i empléase idéntico modo para solemnizar la época en que nuestros padres sacudieron el pesado yugo de la Metrópoli, como para celebrar los efímeros triunfos de la política en que lo primero que se sacude en todos los paises es la buena fé i el patriotismo. En todo esto los beneficiados son los fondistas, que esplotan por ese lado la inagotable mina de la vanidad humana, que jamas ha estado en broceo i de la cual todos formamos alguna parte de *barra*, por modestos que hayamos nacido.

El banquete a que queremos convidar al lector es uno de aquellos en que se bebe a las glorias de setiembre i en que uno paga con diez pesos el derecho de saludar desde acá, con copa en mano, al año de 1810, que bien debe reirse de nuestro fosfórico entusiasmo al volvernos el saludo.

Los ciudadanos vuelven en grupos *intelijentes* de la Alameda, despues de haber paseado su patriotismo con levita nueva i guantes de Préville. La mesa los espera en un *hotel* a donde llegan los patriotas con un apetito digno de la solemnidad que celebran. La sopa es atacada con decision i osadia: luego el pezcado, el *filet*, el *vol-au-vent* i demas guisos franceses son aprisionados en los estómagos con prontitud. En esos momentos, por supuesto, nadie se acuerda todavía de Carrera, de O'Higgins ni San-Martin i solo alguno de aquellos que esperan hacerse oir mas tarde, suelen dejar en suspenso un bocado por recordar el brindis que traen improvisado desde la casa. Satisfecho el estómago, ya se puede ir pensando en los padres de la patria, junto con los postres. A esa hora los vapores del vino principian tambien a encender los cerebros donde reside casi todo el amor patrio de nuestra jeneracion i las lenguas vuélvense poco a poco mas locuaces que de costumbre.

—Don Graco tiene la palabra, dice uno de esos que se encargan por sí solos de ofrecerla, como si fuese agua bendita.

—No señores, dice éste, que hable D. Pirro.

Don Pirro es de los que han improvisado ya su brindis i toma la copa dándose aires de recapacitar profundamente.

—Señores, dice con tono inspirado, los que nos dieron libertad nos dieron patria; para darnos patria i libertad tuvieron necesidad de grande abnegacion: brindo pues por la patria, la libertad i la abnegacion, piedras angulares de la felicidad de los pueblos: he dicho.

I el orador se sienta, saludado por un coro frenético de *bravos* i de *hurras*, que hacen temblar las vidrieras del aposento. Sucédense despues algunos brindis, vaciados en aquel molde, en honor de los cuales el creciente entusiasmo de los patriotas rompe muchas copas, porque es sabido que nada hai de mas rompedor que el entusiasmo.

—Don Tito tiene la palabra, grita una voz avinada, que sale del gaznate de un ciudadano que no solo ha olvidado a los padres de la patria, sino que hasta el nombre que le pusieron en la pila.

—Señores, dice don Tito; a Carrera, O'Higgins i San Martin, esos grandes.....,,,

—Esos tres nombres no deben ir juntos, esclama un partidario de Carrera; los dos segundos fueron unos tiranos.

—Carrera fué un ambicioso i un malvado, grita un O'Higginista, ahí está Rancagua para probarlo.

—San Martin fué un cuyano ladron, vocifera otro frenético, subiéndose sobre su silla.

—I O'Higgins un guacho tirano, añade otro carrerista, con los ojos inflamados.

I siguen de esta manera arrojando lodo i sangre a la reputacion de los héroes que se han reunido a celebrar, despertándose los odios i viejos rencores que desde el año de 1810 traen dividida a la sociedad chilena, la que parece guardarlos con mas perseverancia que la que empleaban los romanos para la conservacion del fuego sagrado. En este punto todos los chilenos se declaran *vestales*, para echar pábulo a la llama que consume la reputacion del guerrero contrario al de sus simpatías.

Al fin las voces i el ruido de los vasos que se chocan confúndense de tal modo, que los carreristas i o'higginistas pierden el hilo de su discusion patriótica i acaban por olvidar lo que querian decir. En esos momentos la animacion de los concurrentes va llegando a un grado superlativo. Cada patriota principia, gracias al májico poder del vino, a sentir en su pecho el fuego de los héroes, la abnegacion sublime de los mártires, o la inspirada arrogancia del reformador político i social. Bajo este punto de vista es una lástima que el chileno no ande siempre con sus vaporcitos de licor en el cerebro, para que estos lo arranquen de su habitual materialismo. ¡Unas cuantas copas vierten tan nobles inspiraciones en los seres mas indiferentes i apáticos! Nuestro banquete es una prueba de esta conocida verdad: uno que trata a los inquilinos de su hacienda con el látigo en la mano, habla de la fraternidad de los hombres con un calor digno

de ejemplo; otro que paga los peones de su fundo en valores que solo son admitidos en el bodegon del mayordomo a quien él mismo ha habilitado, perora en favor de la libertad del comercio i de la abolicion del estanco, con una elocuencia que le envidiaria cualquier ministro de hacienda; éste que mira a los estranjeros como malditos herejes, aboga desatentado por la libertad de cultos, i aquel que guarda empaquetadas las calificaciones de todos sus inquilinos, para hacerlos votar en su favor, alza el grito hasta el techo ensalzando la libertad del sufrajio. Todos luchan en jenerosidad i grandeza de alma, todos se sienten inspirados por un civismo repentino, que puede considerarse, por su intensidad, como la espresion del que les ha faltado durante sus vidas. En ese momento sienten que la república es la mas bella forma de gobierno; porque la república, dicen, es la fraternidad, i los hombres con botella i copa alzadas son los mas tiernos hermanos: algunos llegan a exajerar sus fraternales ímpetus hasta brindar por un cosmopolitismo que jamas habian soñado.

En ninguna de estas reuniones faltan individuos de aquellos a quienes incesantemente preocupa alguna idea política i que creen que los gobiernos pueden derrocarse a *banqueta-zos*. Estos conocen que el momento es oportuno para esplotar el entusiasmo patriótico de los convidados en favor de sus ideas i uno de ellos alza la copa con el ojo encendido, la nariz osadamente hácia el cielo, el cabello desgreñado i temblorosa la mano, mientras que los demas con el jesto i la voz reclaman silencio i atencion.

—Señores, dice el Robespierre de sobremesa, hasta aquí hemos brindado por los padres de la patria, por su valor i virtudes; yo brindo ahora porque nosotros cumplamos el sagrado testamento de esos héroes i trabajemos de consuno, con abnegacion i fé por realizar la *verdadera república*.

Esto de la *verdadera república*, a que se apela al fin de todo banquete patriótico, es algo como el Huemul de nuestro escudo de armas, que casi nadie ha visto i cuya existencia ponen en duda la mayor parte. No obstante, a esa voz, todos se sienten electrizados, porque cuando se bebe no hai necesidad de saber porqué se grita, i muchos toman la palabra a la vez.

—La verdadera república, señores, dice uno que ha conseguido hacerse oir, es la reunion unísona de las fraternidades de los pueblos, enlazados por los inmarcesibles vínculos del Evanjelio i yo.....

—¡Bravo, bravo! gritan todos frenéticos.

—¡Qué lindo el brindis! dice uno alborozado.

—¡Eso si que es bueno! grita otro llorando de júbilo.

—Señores, esclama otro, no puede realizarse el *verbo* que encierra la felicidad de los buenos patriotas, sin arrojar a los tiranos del puesto que usurpan contra el voto sagrado de la soberanía nacional.

—Es cierto, ¡abajo los tiranos!

—¡Mueran los enemigos del pueblo.

—¡Viva Chile!

I estas voces se repiten en variedad de tonos, breves o prolongados, segun las fuerzas que quedan a cada patriota, formándose así un himno capaz de hacer taparse los oidos a un elefante. Los convidados entre tanto se abrazan i felicitan, con los semblantes iluminados por el amor al pais cuya felicidad juran hacer a costa de todo. Uno estrecha entre sus brazos al criado que viene a pasarle su plato i otro apaga su cigarro encendido en el rostro del vecino que le abre los brazos: todo es fraternidad i contento, votos por la muerte de los tiranos i aspiraciones al amor del bello sexo, que no hai borrachera sin amor, como sermon sin San Agustin.

Pero llega la hora del teatro i los convidados principian a retirarse, quedando solo los que no han podido formular su brindis *patriótero* i que se obstinan en pronunciarlo, aunque sea delante de los mozos del café que les rien a las narices.

En el teatro los patriotas van a seguir dando las manifestaciones de su entusiasmo con perjuicio del público i de los actores, que no aciertan a esplicarse ciertas voces ahogadas que salen del fondo de la platea, en donde varios banquetistas se han reunido.

Al dia siguiente algunos de los que juntos han brindado la noche anterior por la constancia i valor republicanos, por el bienestar i felicidad de los pueblos, se encuentran en la calle o en el paseo. El entusiasmo se ha evaporado con los humos del licor: encienden su cigarrillo, se rien de los brindis que oyeron i pronunciaron, critican a los que pasan i se burlan de los oficiales cívicos que vuelven del campo de marte, despues de batir simuladamente a los godos.

Las flores del patriotismo principian a marchitarse; pero como el entusiasmo es una planta que no fructifica en nuestro suelo, esas flores caen sin dejar fruto ninguno i solo queda el árbol para engalanarse al año siguiente con la pompa estéril de un amor patrio de circunstancias.

Hai tambien otra clase de banquetes patrioticos cuyos insidentes varian algo de los que hemos querido describir, por la categoría de los convidados que lo componen. En ellos la animacion es parecida, ménos los brindis contra la tiranía, que se cambian en felicitaciones por la prosperidad del pais; pero los resultados son análogos a los del primero, lo que prueba, en último término, que todos somos buenos chilenos.

Agosto de 1859.

NADIE.

La poesía de un nombre.

I.

El don mas fatal que pudo darle al hombre la naturaleza, fué la imajinacion. Sin ella nos contentaríamos con esa felicidad que está al alcance de todos i que a cada paso encontramos sin darnos mas trabajo que el de vivir. Pero el hombre marchando siempre en sentido contrario al que le señalan sus naturales instintos, se deja gustoso arrastrar por el poder de la imajinacion i levanta altares a los poetas, jente, sin duda alguna, nacida con un cerebro enfermo.

Sirva esto de prefacio.

Un dia un amigo mio, llamado Marcelo, recibió una carta concebída en los términos siguientes:

«Mi amigo querido:

«Hoi solo he llegado de K. . . ; sabrás que vengo casado con una buena moza. Espero que pronto pasarás a darme los parabienes, adelantándome yo por ahora a escribirte esta carta para mostrarte que de tí no se olvida tu amigo José.»

---Hai hombres verdaderamente afortunados, pensó Marcelo tirando la carta sobre su escritorio; mi amigo José despues de haber recibido unas calabazas de aquellas que hacen tiritar al mas valiente, encuentra, como quien dijera a vuelta de correo, mujer hermosa i con plata. ¿Por qué despierta en el vulgo ideas un si es no es ridículas la palabra casamiento? Para mí es un poema, pero un poema en el que el alma se anega en deliciosos i plácidos deleites; es el principio de una nueva vida, pero de una vida de eterna primavera. . . . . .

I Marcelo fué cayendo poco a poco en una especie de somnolencia que le era habitual, resultado de la concentracion del pensamiento i que hace abstraccion completa del mundo esterior.

Algunos dias despues se vistió para ir a ver a José; puso un cuidado especial en peinar sus cabellos i acomodar el nudo de su corbata: sin duda tendria que encontrarse con la mujer de su amigo, i era preciso en ese caso producir efecto. Producir efecto es la regla del hombre de mundo.

Numerosa concurrencia encontró en casa del amigo José, lo que no dejó de admirarle, pues siendo soltero habia sido un poco tunante i la jente formal i de peso raras veces pasaba el umbral de su habitacion. Pero ahora estaba casado, i lo que es mas, era rico. Con esto un hombre puede estar seguro de tener por amigo al mundo entero. Marcelo se encontró como un gallo en corral ajeno, como una letra torcida en medio de una palabra impresa; se sentó en un rincon todo avergonzado i se ocupó en jugar con la cadena de su relój. Felizmente en el salon no se encontraba la dueña de casa.

Luego que estuvo con José, le preguntó:---¿Eres feliz?

---Si soi feliz! esclamó José entusiasmado; soi dichosísimo. Rodeado de consideraciones, mujer buena moza i plata, ¿qué mas puede desear un hombre? Con esto se come i se duerme bien. I tú?

---Yo. . . . . contestó solo Marcelo.

---¡Qué vida tan venturosa la del hombre casado! . . . . A propósito, tú no conoces mi mujer?

---Nó.

---Mírala.

Marcelo se acercó a la ventana.---Es esa niña que atraviesa el patio?

---La misma.

---Es mui hermosa.

---Es preciso casarse, amigo Marcelo. En K. . . . . muchas veces me acordé de tí. Hai allá una niña que te convendria mucho; es buena moza i tiene una regular fortuna.

---Tú estás loco.

---Quisiera que como yo la hubieses conocido. Qué hermosura! qué inocencia! qué alma tan sencilla i tierna! Es una flor oculta, es un diamante de inapreciable valor. Ciertamente, si no hubiera estado enamorado de mi mujer, me habria casado con ella.

---Apostaría, dijo Marcelo sonriéndose, a que no es tan rica como dices?

--- No lo es tanto como mi mujer, es verdad, pero para un hombre como tú, su fortuna es mas que suficiente.

Marcelo fué convidado a quedarse a comer. Ademas de ser mui hermosa la mujer de José era amable i espiritual. Ella tambien se empeñó en ponderar la hermosura de la niña de que hablaba su marido i en instar a nuestro héroe para que hiciera un viaje a K. . . . Con tanto entusiasmo i con tan vivos colores le hicieron el retrato de la bella i para él desconocida niña, que pronto en su imajinacion tomó una forma anjelical.

Despues de la comida varió el asunto de la conversacion, considerando todo lo que se habia dicho ántes como una de las muchas futilezas que sirven para llenar el tiempo i dar ocupacion a la lengua. Marcelo se retiró a las ocho.---Esta noche me han dado ustedes novia i no me han dicho siquiera su nombre, dijo en tono de broma al despedirse.

---Se llama Margarita.

De casa de José, Marcelo se dirijió al teatro. Durante el camino se decia para sí:---Dichoso es mi amigo José de tener por mujer tan bella i amable niña. Cuándo se realizará tambien mi sueño dorado! Cada vez que pienso en esta esperanza, hasta aquí falaz, mi imajinacion reviste con formas tan celestes a la mujer de cuyo corazon sea yo absoluto dueño, que al mirarme i al ver que soi un ser como los demas que ruedan en este bajo mundo, que he de hacer consistir toda mi felicidad en una palabra cariñosa, en una mirada..... Pero bah! Mi amigo José que es sin duda uno

de los mas pesados i terrestres personajes que conozco, no se contenta, estoi seguro, con una mirada i no mas de su mujer, que es ciertamente una belleza como puede desearla un hombre.

Hai momentos en que el alma está mas predipuesta al amor, como hai dias mas hermosos en que las aves trinan con mas contento. Esa noche daban *Julieta i Romeo*. Nunca Marcelo habia sido impresionado por la música de una manera tan dulce como esta vez. Cada nota respondia a una palpitacion de su corazon i su alma se bañaba con deleite en la suave melodía con que el jénio del maestro inmortalizó su obra.

Todavía bajo tan agradable impresion i mucho tiempo despues de haberse retirado del teatro, se encontraba en su cuarto con la cabeza caida sobre el pecho i los brazos cruzados, entregado al dulce encanto de la *reverie*. Al fin fué interrumpido por una voz que gritó en la calle:—Margarita! . . . . . Marcelo se estremeció sin saber porqué; luego sacó su relój i se dijo:—Las dos! vamos a dormir.

II.

La mañana estaba magnífica. El pecho se ensanchaba al respirar una brisa fresca i apacible. Marcelo empezó a vestirse. Miéntras tanto su pensamiento iba i venia, forjando mil quimeras, proyectos ilusorios i hermosos cuadros de futura felicidad que solo podian existir en una cabeza algo estravagante como la suya. Se sentia alegre i su ánimo estaba dispuesto a recibir aquellas dulces impresiones que ablandan el corazon como un pedazo de cera a los rayos del sol.

Luego que concluyó de vestirse abrió el almanaque para ver la fecha; era el trece de abril.—El trece de abril esclamó; hoi cumplo veinticinco años. Dia trece! fecha de mal agüero para nacimiento. Despues salió a la puerta de calle. Allí estuvo un largo rato parado sin saber que direccion tomar. De repente pasaron por delante de él dos mujeres en traje de iglesia, una de ellas como de cuarenta años, i la otra jóven, fresca i hermosísima.

Un instante solamente demoraron en pasar por delante de él, i en ese instante Marcelo tuvo tiempo suficiente para admirar la mas hermosa criatura que hasta entónces hubiera visto. Trabajo inútil seria describir las perfecciones de un rostro hechicero cuyo blanco color resaltaba mas en el cuadro oscuro del manto que descendia desde la cabeza. Sus ojos que sombreaban largas pestañas negras se fijaron un momento en el jóven que estaba parado en la puerta, i en esa mirada llena de suavidad i a la que se mezclaba cierto tinte de vaga tristeza o melancolía, Marcelo creyó ver revelarse toda el alma de la niña. El traje que llevaban indicaba que iban a misa; como nada tenia que hacer las siguió a la iglesia.

La gracia fascinadora con que las mujeres llevan el manto i la basquiña, realza la elegante postura que toman cuando de rodillas en la iglesia adoran o parecen adorar a Dios. El tierno enamorado que contempla a su querida i que adora en ella al mismo Dios por considerarla como una de sus mas bellas creaciones, es imposible que deje a veces de mirarla como un ánjel que ruega por el que es dueño de su corazon. Marcelo no era su amante ni estaba enamorado; pero tanta hermosura le pareció imposible en un rostro humano, i a no ser por la realidad de las cosas que echa por tierra los encantos que le presta la fantasía, habria dicho tambien que era un ánjel desprendido del coro celeste que rodea el trono de la vírjen, o a lo ménos que un espíritu distinto del que anima a los demas seres habitaba tan preciosa morada.

Hermosa era sin duda la jóven devota. Sus abundantes cabellos que dejó ver en un momento en que desprendido el manto de su cabeza cayó sobre sus hombros, eran negros i lucientes, i tanta suavidad habia en ellos, que el coredar solo los dedos en sus sedosas guedejas, debia ser un deleite sin igual. Sus ojos negros sombreados por largas pestañas, a la par que espresaban dulzura, eran vivos i animados; revelaban una alma que sentia fuertemente i capaz de resoluciones estremas, i en el vago tinte de sombría tristeza que habia en su mirada, se descubria que algun pesar oculto atormentaba su alma. Su boca un poco grande i de lábios un poco abultados, húmeda i fresca como una rosa de primavera que guarda aun en su cáliz el rocio de la noche, era tan voluptuosa i atractiva que solo allí parecia encontrarse el placer; por ella pasaba su fresco i puro aliento que embriagaba de amor al que cerca de ella se encontraba, como la brisa de la tarde que nos llega preñada de perfumes despues que ha pasado por entre las flores de un jardin. Sin duda era un ánjel de hermosura, i en sus brazos los terrenos goces debian cambiarse en celestiales deleites.

Pero Marcelo que todo esto adivinaba, o mas bien que creaba en su viva fantasía, ni por un momento paró mientes en que podian ser falsas todas sus suposiciones. Bastaba el hecho mui natural de que fuera casada para que el ánjel se convirtiera ay! en mujer con vestidos de seda i corsé. Toda flor pierde su pureza desde el momento que otra mano que la nuestra la ha ajado ya. La belleza de una mujer es un accidente de la naturaleza, i él no sabia si esa hermosa forma encerraba un espíritu pesado, o si estaba en armonía con el rayo de divina luz que la animaba.

Terminada la misa, que no fué larga, Marcelo las siguió siempre para conocer la casa que habitaban; pero al llegar a la Plaza tomaron un coche i se alejaron con toda la rapidez de que son susceptibles los cuadrúpedos de alquiler. Allí quedó plantado como el amante que desde la orilla del mar vé alejarse la vela que lleva la mitad de su alma. Una ma-

no cayendo sobre su hombro lo despertó de su letargo.

—¿Qué haces aquí? le dijo una voz.

—Ah! mi amigo José!. . . . . Miraba ese coche que se aleja.

—Bribon! siempre detras de las mujeres.

—¿Conoces a la niña que va adentro?

—Cómo nó! es la hija de Marialva.

—De Marialva el jugador?

—Sí.

—¿No es soltero? no está para casarse?

—Es viudo.

Marcelo hubiera pagado porque la hermosa hija de Marialva hubiese sido hija de un padre mas honrado. Talvez la amaba ya.

Amar! . . . . los que entienden en esta materia dicen que sin el amor no hai felicidad posible.

Marcelo era un mozo de regular figura, gozaba de una salud perfecta, llevaba una vida independiente i tranquila, pues tenia sus reales, pero no era feliz.

José Antonio Donoso.

(*Concluirá.*)

Un homicida.

Conclusion.

XVIII.

Cuando en la tarde de aquel dia volvimos a ver al reo, encontrámosle harto mas preocupado i adusto que de ordinario. Al momento conocimos que algo nuevo ocurría en su situacion: en efecto, su causa estaba afinada i él acababa de esperimentar esa sensacion horrible que produce la notificacion de una sentencia de pena capital en cualquier hombre, pero principalmente en aquellos que, como Palacios, creyéndose felices i encontrándose robustos, sanos i en la mitad de su existencia, se sienten sinembargo arrastrar a la muerte por una fuerza superior e irresistible.

Despues de algunos momentos de muda concentracion el reo prorumpió:

—El escribano acaba de venir a notificarme mi sentencia i el bárbaro ha empezado por preguntarme si estoi preparado,.....¡como si fuese cosa tan fácil esto de prepararse a morir cuando en el cuerpo i el alma reboza la vida! Dominando mi justa indignacion, le he respondido SI, pero mi vista se ha turbado: un sudor frio ha corrido por mi cuerpo i he sentido como helárseme la sangre: mis sienes se hincharon i mis oidos resonaron largo rato con un ruido mortificante e indescifrable.

Ese hombre, a quien llaman ministro de fé sin duda por ironía, con acento entre meticuloso i compasivo se ha puesto entónces a leerme el difusísimo fallo de mi *benigno* juez, que asienta los hechos i los desnaturaliza i los falsea a su antojo, que encuentra un crímen donde no hubo mas que un procedimiento justificable a los ojos de la sana razon, que anatematiza un acto involuntario o por lo ménos nacido no del interes sino de la pasion, i que, calificándome de asesino traidor i aleve, acaba por condenarme a la pena de muerte como lo pidió el Señor Fiscal. ¡Miserables hombres i miserables leyes!!

Esto no me ha sorprendido, porque ya me lo esperaba. Lo único que he replicado al viejo notario es que mi sentencia debe dar mucho gusto a esos señores, i a algun otro de los de su gremio que ha correspondido mis servicios con la mas negra ingratitud, porque mal podría yo figurarme que esos caballeros solicitasen mi muerte con tanto empeño si ella hubiera de serles totalmente indiferente. Pero, lo que si me indigna ¡vive Dios! es la fórmula con que termina esa sentencia imbécil. Tan solo de pensarlo me horrorizo...! Manda mi *benévolo* juez que salga yo de la prision caballero sobre un asno i que desde la puerta de la cárcel se me arrastre en un cuero hasta el lugar del patíbulo...!! Hé aquí lo que no he podido soportar con calma: nó! Podrán quitarme la vida cien veces, pero no me ultrajarán impunemente: nadie echará sobre mí un oprobio eterno. Ah, ¿por qué agregar a la crueldad el vilipendio? ¿porqué unir a la atrocidad la infamia?

Al decir estas palabras, una especie de convulsion nerviosa se apoderó de Palacios, fijáronse sus ojos, sus lábios se apartaron, sus artérias pareció como que hubieran cesado de latir. Despues de algunos momentos de muda concentracion, logró calmarse un tanto i prosiguió:

—Me ha preguntado el escribano si apelo i en el acto le he respondido con cólera que *sí*; porque ¿cómo someterme a una resolucion tan temeraria? ¿cómo consentir en que se haga sobre mí un asesinato jurídico, i, lo que es todavia mas horrible, en semejante forma? Nada sin embargo se obtendrá en la apelacion: todos los jueces son iguales para mí: sucederá en la segunda instancia lo propio que en la primera, no lo dudo! Ah! ¿cómo pudiera yo fugarme? Pero ¡oh rabia! Necesitaria meses para cohechar a mis guardianes o limar mis grillos..... i el tiempo apura, no me han dejado una lima, ni un clavo, ni tengo siquiera un solo real dentro de mi faltriquera. Maldicion!!

XIX.

Una carta entregada al reo en estas circunstancias desarrugó su ceño i pareció por un momento sacar su espíritu de la ajitacion en que le había dejado el acto porque acababa de pasar. Asi que la abrió rodáronse sus lágrimas i tomó su rostro un aire de mansedumbre i de dulzura. Despues que la leyó cerró los ojos, quedó algunos instantes sumido en una meditacion profunda, luego tornó a leerla i exclamó:

—Al fin, despues de tantos dias de amargura, tengo siquiera un instante de felicidad.... Rosario me ha escrito....ella vive i piensa en mí, hoi como siempre. Su causa no es como la

mia: el juez la absuelve creyéndola inculpable i así lo es en efecto ¡yo lo juro! Despues de esto bajaré al sepulcro resignado i tranquilo, ya que no conforme, i podré alguna vez al ménos olvidarme del presente para pensar siquiera un corto momento en el pasado.....

Despues de una breve pausa continuó:

---Vea Vd., señor, lo que es el destino, lo que es una pasion predestinada i podré decir tambien *providencial*. No recuerdo si se lo he dicho a Vd. ántes de ahora; pero yo conocí a la mujer que adoro siendo niño, i hoi, al pensar en ella i al saber que siempre me ama, vuelvo a creerme tal i a imajinarme, como entónces, risueño i jugueton, alegre i vivo, triscando i retozando con mis condiscípulos de escuela i de colejio en las calles i en el campo, en el rio i en el cerro, en las arboledas i en la casa donde pasé mis primeros años, mecido por los sueños dorados de la juventud i alentado por la esperanza i por el sol vivificante de la patria. La pequeña Rosario con su piel tostada por los calores, sus ojos negros i sus rosados lábios, era mi vecina i muchas veces tambien la compañera de mis juegos infantiles. Nuestras madres se querían i nosotros jugábamos en su presencia, paseábamos i corríamos juntos, contábamos cuentos, nos ocupábamos en mil entretensiones i hablábamos de todo, como niños de la misma edad pero no del mismo sexo. Despues, ya no corríamos sino que luchábamos uno con otro. Yo disputaba a Rosario el triunfo en la carrera, la fuerza para levantar bultos de peso, la destreza en los movimientos, la ajilidad para saltar o para nadar en el rio en las tardes de verano. Cuando ella se veia vencida, enfadábase a veces, i yo me enfadaba tambien i la replicaba: «mejor! tanto mejor!» i luego íbamos a dar la queja a nuestras madres, que nos reprendian en alta voz para darnos inmediatamente la razon en voz baja a cada cual de nosotros. Mas tarde, en nuestros paseos, ella se apoyaba sobre mi brazo i yo me sentia orgulloso de llevarla i como enmudecido por su contacto. Marchábamos entónces lentamente i hablábamos despacio i sin que nos oyesen. Una tarde—¡la recuerdo como si fuese ayer!—en el huerto de su casa apostamos una carrera: era un momento en que nuestras manos temblaban al tocarse. Ella echó a correr delante de mí i yo la alcanzé a cierta distancia: vuelve a tomarme la delantera, pero yo torno a alcanzarla: entónces corremos juntos i al llegar al término me le adelanto i con aires de vencedor la tomo por la cintura i la obligo a sentarse conmigo bajo un manzano. Pero una vez sentados, i miéntras mirábamos la marca bordada con su pelo en el pañuelo con que enjugaba su frente, nuestras mejillas se tocaron, confundióse nuestro aliento i un casto beso vino a ser el premio de mi victoria i el principio de un amor tan desventurado como eterno!

Ah! en aquella tarde yo tuve el paraiso en mi corazon, pero despues los contratiempos han hecho de mi existencia un aborto del infierno. He gozado, es verdad; pero mis sufrimientos han excedido con mucho mi lote de ventura en esta vida miserable. Así al ménos he logrado soportar su insipidez i resignarme a mi destino. Felizmente ya es por poco: desde hoi no tengo ya que pensar sino en Rosario i en la muerte! .....

XX.

Palacios decia la verdad: pocos, bien pocos eran los dias que le quedaban de vida. Su sentencia fué confirmada por la Corte Suprema de Santiago, i devueltos los autos despues de negado el indulto que se pidió al Consejo de Estado, el juez de Concepcion estampó en ellos el *cúmplase* de estilo, fallo breve pero irrevocable como los de Dios, i el reo fué puesto en capilla inmediatamente.

Es inútil hablar aquí del sufrimiento moral de las ideas horribles que durante sus tres dias de agonía, a toda hora, en todo instante asediaron a este hombre, sin abandonarle un solo momento i cada vez mas espantosas i mas crueles a medida que su término se acercaba. ¿Para que referir tampoco las violentas i estrañas emociones que tuvo que esperimentar en tan terrible situacion, encerrado en un sombrio calabozo, rodeado de guardias, abrumado por consuelos que él creía estériles i asediado constantemente por una sola idea, la idea del crímen i del castigo, del asesinato i del cadalso? Baste decir que en su corazon, como en el de todos los condenados de su especie, hubo en esos aciagos dias una verdadera tempestad, una lucha incesante entre la vida i la muerte, una trajedia que empezó con la conclusion de su proceso i vino a terminar con el patíbulo.

Cierto es que la historia de sus sufrimientos hora por hora, minuto por minuto, suplicio por suplicio, envolveria talvez una grave i profunda enseñanza. Su lectura habria talvez hecho ménos lijera la mano de los que arrojaron con su conciencia, en la balanza de la justicia, la cabeza de ese ser intelijente que pensaba i amaba, la cabeza de ese hombre de corazon que deseaba la vida i que nunca pudo sentirse dispuesto a la muerte. Mas ahora esa historia de nada serviría i escribirla sería trabajo inútil, porque la justicia, a quien los antiguos figuraban ciega, no puede aun abrir sus ojos a la luz de los tiempos modernos; porque las leyes no establecen diferencia entre los criminales, ni distinguen al que delinque por interes de aquel que obra solo arrastrado por una pasion espontánea i ardiente o movido como por una fuerza orgánica irresistible; i finalmente, porque ni nosotros ni nadie logrará jamas convencer a los pesimistas de que el crímen solo impera allí donde se causa voluntariamente un daño, pues que solo la obra de la razon i el consentimiento de la voluntad pueden revelar su verdadera existencia. Donde ellas no imperan solo se advierte el mal i la necesidad de evitarlo en adelante,

mas la criminalidad verdadera i la justicia de la sancion penal no existen a los ojos de la filosofía i del interes social bien entendido.

Pero, *el ejemplo*, se nos dirá todavía.... i luego, ¿el condenado a pena capital por cualquier crímen es necesariamente un pecador arrepentido, que muere con todos los auxilios i a quien la relijion le abre el mundo del espíritu cuando la sociedad le cierra el de la materia; i como todos tienen mas o ménos en su pecho la conciencia de Dios que adquirieron en su infancia o que el sacerdote les infunde, de ahí procede que la horca o el banco de los ajusticiados no son para ellos otra cosa que la escala del cielo.»

Vanas, pero mas que vanas, ridículas quimeras! ¿Dónde están los cristianos de estos tiempos que querrian cambiar su mísera existencia terrenal por ese suavísimo escalon celeste? Si en la cuasi totalidad de los casos está probado que el ejemplo de las ejecuciones capitales es ineficaz para retraer al verdadero criminal, está probado tambien que en la mayor parte de esos casos los consuelos relijiosos son estériles para individuos que, por una lei de su propia naturaleza, no pueden prepararse a morir en medio de la vida i alumbrados aun por la luz de la esperanza. I luego ¿por qué razon castigar la muerte con la muerte? ¿acaso se resucita al occiso ultimando a su asesino? ¿i con qué derecho acortar voluntariamente la vida cuando la mortalidad natural, por sí sola, es entre nosotros tan espantosa de suyo? ¿Por qué suprimir los brazos trabajadores en pueblos cuya primera necesidad es la inmigracion i donde se gastan caudales para traer individuos que cultiven nuestros desiertos campos o que vengan a fomentar en nuestras ciudades la industria i las artes? ¿por qué eliminar al hombre en un pais donde la civilizacion i la riqueza, la educacion, la produccion i todo se encuentra estacionado i restrinjido por *falta de hombres*? I en fin, ¿por qué desesperar del arrepentimiento? ¿no demuestra nuestra propia esperiencia que el trabajo i la prision solitaria bastan para dulcificar el espíritu i para correjir hasta los carácteres mas depravados i perversos?

Parécenos por todo esto que la aplicacion de la pena de muerte en casos como el de que venimos hablando,—pero mucho mas todavía en causas políticas aun cuando sean por incendio u homicidio voluntarios,—es un absurdo social que solo revela una verdad dolorosísima, un hecho que desacredita nuestra naturaleza i pugna con la humanidad; a saber: que el hombre convertido en majistrado parece como que se complace en el sentimiento detestable de la venganza i del odio, cuando por el contrario debiera considerar como divino el pensamiento del lejislador o del tribunal de justicia que solo viese *enfermos* allí donde la sociedad no vé mas que *criminales*. Tiempo hace que la ciencia médico-legal ha demostrado, que todo el que se arroja a cometer un crímen digno de castigarse con la muerte es un demente o por lo ménos un maniático; i es indudable que, conociendo su enfermedad, ningun filósofo, lejislador, ni juez, ningun hombre que se creyese racional mandaria jamás al patíbulo a los *maniáticos* ni a los *dementes!*

XXI.

Pero concluyamos.—Despues de tres dias de preparacion i de martirios la sentencia de muerte de Palacios recibió su ejecucion. Al principio todos los oficiales de la guarnicion se pretestaron enfermos i ninguno quiso salir al mando del piquete que debia fusilarlo: el horror primitivo del pueblo por su crímen vino así a convertirse en una compasion inusitada i en un interes vivísimo por la salvacion del condenado. Dijose a éste, i aun se denunció a la intendencia, que el dia de la ejecucion habría un movimiento popular para escaparlo. En efecto, porcion de individuos, amigos suyos o que simpatizaban con su causa, no se apartaron en todos aquellos dias del pórtico de la cárcel.—Pero nada: la autoridad tomó sus medidas, i un sarjento comandó la tropa encargada del fusilamiento, que se hizo en la madrugada del cuarto dia i sin mas que un corto número de espectadores.

El reo salió de la capilla por sus pies i así llegó hasta el patíbulo, alta la vista, entero el semblante, sin manifestar ~~la~~ menor emocion en sus palabras ni en sus acciones desde que se hubo convencido de que su muerte era inevitable. Llegado al lugar fatal elevó al cielo una mirada de inspiracion, la vista de la escena que se presentaba a sus ojos inflamó su cerebro, el torrente contenido de la pasion pareció como que devoraba su alma; pero un momento de reflexion provocada por las palabras del sacerdote que le acompañaba vino a calmarle; pidió a los que le rodeaban que rogasen por su alma, dijo un adios mudo pero elocuente al ídolo de su amor i luego se arrodilló i una descarga le tendió en el acto por tierra hecho cadáver!.... La sociedad estaba vengada.... la justicia humana quedaba satisfecha....; pero, aparte de los inocentes hijos huérfanos, dos víctimas propiciatorias de la *incorrupta* Témis quedaban tambien sacrificadas en aras de una venganza inhumana i estéril!

. . . . . .

Cumplida así su sangrienta mision los soldados se retiran, i satisfecha la curiosidad de la muchedumbre i el interes de los amigos del ajusticiado, estos se alejan tambien como huyendo presurosos del espectáculo patibulario. La triste comitiva no marca ya mas que una línea ondulante en la vasta ribera del Biobio.... a poco no es ya sino un punto i este punto tambien desaparece en el espacio.

. . . . . .

El cadalso está desierto, pero una mujer desgreñada i anegada en llanto aparece i corre entónces a abrazarse del cadáver. Sus miradas

estraviadas buscan pero nada encuentran. Fija los ojos en sí misma i al instante los cierra como para escapar del vacío espantoso que la circunda. Lo único que oye son sus propios suspiros i es tan profundo su dolor que lo que la resta de existencia no parece pertenecer sino a la muerte. Sola i mísera, sin afectos ni vínculos que la liguen al mundo, ella se siente morir sin que la esperanza venga a posarse un momento sobre su lecho mortuorio..... i su cadáver, devorado por la humedad del suelo, despues de servir de pasto a los reptiles, no dejará en aquel lugar sino huesos que vengan a poner espanto en el ánimo de los lancheros que atraviesan el rio.

Sin embargo, uno de estos hombres que se había llevado consigo el cadáver del reo i le tenía dentro de su embarcacion por encargo de los deudos, apercibe a la desesperada mujer, la socorre como puede, sácala de su letargo i la vuelve a la vida.

Desde entónces todos los dias, a la misma hora en que las campanas de San Francisco anunciaron en aquel la muerte de Palacios, esa mujer, reclusa hasta hoi en el monasterio de Trinitarias de Concepcion, cubierto siempre el rostro i anegada en lágrimas, ruega constantemente arrodillada al pie de la cruz de uno de los claustros, para volver despues a encerrarse en su celda solitaria, sin otra compañía que sus pensamientos ni otro consuelo en sus desgracias que la misericordia de Dios i el recuerdo de su infausto amor.

Marcial González.

Las dichas de este mundo.

¿Existe, sí o nó, la felicidad, el placer en este bajo mundo?—Hé aquí una pregunta a la que jamás le hemos hallado satisfactoria contestacion.

Unos dicen:—la vida es el dolor.

Otros:—la vida es una miscelánea de dolores i placeres.

Los de mas allá:—la vida es algo que no se puede definir.

Pero nadie se ha aventurado todavía, a lo que sepamos, a asegurar que la vida es la felicidad.—Sin embargo ¿cómo comprender el amor que se la profesa, las congojas i temores que al hombre asaltan cuando ve llegar su desenlace?

Para amar la vida es necesario que algo a ella nos amarre. Nadie, es posible creer, ame i entregue todos sus instantes a defender i alimentar el sufrimiento.—Entonces ¿la felicidad, el placer existen? Parécenos que nó: lo que existe es la esperanza de encontrarlos.

Por eso lo que a la vida nos ata, lo que nos hace llevarla en paciencia i abandonarla con pena es la esperanza i nada mas que la esperanza. No se diga que no es así. El que lo dude ponga la mano sobre su corazon i procure comprender lo que espresan sus latidos.

La esperanza es el principio de vida de toda alma, es su aire, su luz i su calor. Cuando ella nos deja, todo nos deja tambien. De la esperanza parte i a la esperanza viene todo en este mundo. La vida es una constante espectativa.

Si el hombre desea, cree i ama,—es por que espera.

Si el hombre piensa, trabaja, sufre i lucha,—es por que espera.

Si el hombre tiene bastante vigor para soportar los abrojos i espinas del camino, si no cae rendido en la mitad de su jornada, si desafía dolores i malas fortunas,—es porque espera.

¡La esperanza es la primera flor que brota en nuestra alma i nuestro corazon, los perfuma, alienta i sostiene, i es tambien la última que se marchita i muere!

Pero la esperanza tiene sus ingratos i sus incrédulos.—Hai quien la acusa de ser nada menos que la fuerza irresistible que nos empuja, que nos empellonea tras las huellas de todo engaño, que nos mantiene en perpetua riña con el presente i en acecho de ese finjido mas allá que venimos buscando en todo el curso de la existencia, hasta que fatigados, jadeantes, aniquilados, damos el alma a Dios i el cuerpo a una sepultura.—Sin ella, sin los sueños en que nos mece, sin las ilusiones de que nos rodea, sin los castillos en el aire que nos fabrica, nos detendriamos en el primer puerto medio abrigado que encontráramos en esta tormentosa navegacion que llamamos vida. Pero nó: es necesario seguir adelante! adelante! i siempre adelante! El viento arrecia; el mar, cual corcel salvaje, sacude sus nevadas crines; las velas se rasgan; los mástiles crujen, parece que se quejan, se bambolean, caen; el casco de la nave tiembla, se sacude, como para espantar su miedo; no importa: ahí vendrá la bonanza: i la bonanza no viene, i el buque se sumerje,—i todo concluye.—¡Pobres cobardes!

¿Adónde está ese puerto en que poder echar anclas i del que la esperanza nos arranca? Mostrádnoslo pues, que para nosotros es completamente desconocido!

¿Será por ventura, eso que llamamos dicha? Desgraciado del que en ella cree. La dicha es algo de tan vaporoso como una ilusion i de tan mentido como un sueño. La dicha no es mas qué un engaño de la apariencia.

Siempre oimos resonar a nuestro lado la palabra dicha i el adjetivo dichoso. Nos volvemos—¿i que es lo que encontramos? Algun hombre a quien todos sonrien i saludan o alguna mujer a quien asedian necios en monton, a cuyos pies se postran mil corazones de estopa, i que está obligada a escuchar con la risa en los labios i el tedio, el asco en el corazon, las lamentaciones del uno, los suspiros

del otro, los chistes impertinentes de este, las mentiras groseras de aquel.

—¡Qué mujer tan dichosa! se esclama por todas partes.

I algunos, arreglado el nudo de la corbata, estirado el chaleco, compuestos los cabellos, tratan de abrirse paso hasta ella para aumentar el número de sus atormentadores.

Mientras los hombres la asedian, la abruman, la exasperan, la confunden, la ahogan a lisonjas, las mujeres, teniendo por vanguardia los pretendientes que han hecho *fiasco*, emprenden en su contra una campaña en regla.

—¡Vaya, vaya! dice una fea,—que son las que siempre inician esta clase de batallas,—i la crédula, pobrecita! segura estoi que se imajina es verdad cuanto le mienten.

—¿I que de veras se creerá hermosa? pregunta la que a la fea le sigue.

—Seria chistoso! agrega la de mas allá!

A poco andar se rompe el fuego en toda la línea, quedando encomendados a las mamás, los buenos i decisivos oficios de la artillería.

Por aquí se dice:—Es una pérfida!

Por allí:—Es una coqueta!

Por el centro:—Es una descocada!

Por la izquierda:—Es una perdida!

Por la derecha:—Se necesita mucha desverguenza!

Hasta que por fin truena la artillería—Esto es una inmoralidad!!

¡Cuánta dicha, caro lector, cuánta dicha!

Pero corramos este velo, avancemos un poco mas. Por aquí tambien anda de boca en boca la palabra—dichoso. Pongamos el oido a lo que se charla.

—Es un hombre que sabe gozar.

—Qué trenes tan soberbios tiene!

—Qué hermosa es su mujer!

—¿De veras?

—Sí.

—Pues él es bien feo, bien viejo i bien repugnante.

—Tiene dinero.

—Calle Vd.: con eso todo queda dicho i esplicado.

—Qué ciega i voluble es la fortuna!

—Hombre dichoso!

—¿Lo envidia Vd?

—Nó: pero quisiera poseer lo que él posee.

—Ménos sus desgracias ¿no es así?

—Cómo ¿ese hombre es desgraciado?

—Sí: porque ama a su mujer i ella no lo ama; porque quisiera ser jóven i es viejo; porque quisiera ser hermoso i es feo; porque busca la soledad i el ruido lo persigue; porque tiene celos i se vé obligado a devorarlos en silencio; porque si su lecho es de plumas, para él es de espinas, desde que los celos han espantado el sueño de sus párpados i la tranquilidad de su corazon.

—Pero eso que Vd. dice es imposible.

—Sin embargo, es la realidad.

—Triste realidad, por cierto.

—Como todas las realidades.

I estos son los seres que el mundo llama dichosos! Se vé la risa que pliega los lábios; pero no se vé la arruga que surca la frente ni ménos la espina que hiere el corazon.

Por todas partes se oye:

—¡Qué hombre tan dichoso!

—¡Qué mujer tan dichosa!

I todos, nuevos Colones, nos echamos a cruzar el océano de la vida en busca de esa anhelada tierra.

Este se dice:—No hai dicha mas completa que el matrimonio!—Se casa.—Al cabo de un mes, de dos, cuando no al dia siguiente, se encuentra con que dicha i matrimonio no son sinónimos.

El otro se dice:—Todo se compra en este mundo: tengamos oro i tendremos dicha.—Se pone en busca de una fortuna, anda, trabaja, suda, esquilma al uno, apura al otro, estafa al de mas alla: ya tiene oro. Pero cada moneda le recuerda algun triste drama reasumido en un suspiro, en una lágrima, en un ai! partido de lo mas íntimo de un corazon desesperado. Quiso comprar la dicha i compró el remordimiento.

En todas partes creemos encontrar la dicha: vamos a asirla ¿i qué nos queda—Nada!

El hombre que ama es dichoso: amamos; i en vez de la dicha damos con los celos que nos envenenan o con el hastío que nos mata.

La gloria es la dicha: vamos tras esa sombra tan hermosa como falaz; i en su lugar hallamos la envidia que nos araña o la calumnia que nos escupe al rostro sus nauseabundas salivas.

Los placeres son la dicha: nos lanzamos en ellos ¿i qué encontramos?—Acíbar en el fondo de todo vaso, una ilusion de ménos i un desengaño de mas en cada noche de orjía; i, por remate, la degradacion del cuerpo, la muerte del sentimiento, la duda sofocándonos el alma.

¿A dónde está entónces la dicha? se nos preguntará.—En la esperanza!

¿Qué es entónces la vida?—Una perenne lucha entre el dolor i la esperanza!

¡Suframos i esperemos!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Consejo.

(Soneto)

Si quieres algun dia con tu acento
Revelarme el amor que mi alma anhela,
Ese amor infinito que desvela
Al pecho rebosante de ardimiento;

No me digas con falso sentimiento
Que me amas porque tu alma no recela
Falsía en mí, ni por que ves que vuela
Siempre del bien en pos mi pensamiento..

Díme que me amas, sí, como se aman
Las nubes con el viento que las riza,
Las gotas de rocío con las flores,

Tan solo por amarme! Nunca inflaman
Amores que se explican, son ceniza.
¡Los que solo se sienten son amores!

MARTIN JOSÉ LIRA.

Ecos de la semana.

Santiago, agosto 5 de 1859.

SUMARIO.—La madre i los hijos.—La España en la semana.—Un pintor español.—Preocupacion española —Una adquisicion de la moda.—Bibliografía.—Incredulidad.—Semana teatral.

Lo que es hasta ahora, a decir verdad, no hemos manifestado grande aficion a las cosas de España ni conservado mui relijiosamente sus maternales tradiciones, salvo una que otra reminiscencia del piadoso reinado de Felipe II. Así que dejamos las andaderas, antes de tiempo segun se asegura, perdímos los hábitos i costumbres i hasta la memoria de la dominacion española, época primitiva por su honesto reposo i oscuridad, época clásica por la unidad de su monotonía i época romántica por sus duendes, brujas i aparecidos, que eran la cuestion italiana de entónces, es decir, un tema de conversacion inagotable, ya que no, como ahora, el manantial mas fecundo para las columnas de los diarios i revistas. De parte de un todo, que éramos, pasamos a ser un todo con sus partes, transicion mui fácil de concebirse por medio del cálculo infinitesimal, e incurrimos en la ingratitud filial mas lastimosa. Olvidados de nuestra antigua madre, hemos buscado dondequiera que no fuese la Península modelos que imitar, elementos de cultura, nuevos órganos para nuestra vida. ¿Es ésta culpa de la España, que no ha podido procurarnos lo que pediamos, o de nosotros, que no la hemos pedido lo que podia procurarnos? No es dado resolver *a priori* esta cuestion, que me contento con enunciar, pero es innegable que nuestras inclinaciones i carácter son tan poco españoles como poco orijinales. La actividad inglesa se ha apoderado de nuestra industria, el injenio frances de nuestros gustos, la música italiana de nuestros oidos, el *realismo* norte-americano de nuestras jerarquías sociales, i la España se ha quedado sin lote en la rifa. Bien es cierto que no falta quien crea que la vieja metrópoli nos domina todavía con su política. ¿Con cuál de las dos? porque hai sin duda dos políticas: la política de la jente española i la política de los gabinetes españoles, como hai cometas celestes i cometas de papel.—Bien mirado todo, no poseémos mas títulos a la herencia española que el idioma castellano, en que creémos hablar, derecho mui disputable i mui disputado, i el donaire de nuestras mujeres, derecho claro i perfecto.

Sin embargo, la semana que transcurre ha permitido observar síntomas mui graves de una reaccion española, que iniciada en el teatro ha principiado tambien a dejarse sentir en el empedrado de las calles. Hemos oido primeramente una zarzuela española, ejecutada por cantantes españoles, un drama español, desempeñado por actores españoles, i una petipieza bajo idénticas condiciones, sin contar una cancion española, cantada con una gracia del todo española, i un baile español, en que la Thierry i Bernardelli hubieron de disfrazarse de majos españoles i Corby tuvo tentaciones de disfrazarse de zapatero español. Partiendo del templo de las Musas, la voga española ha dado la vuelta a nuestra capital i arrastrado en su curso hasta las piedras de nuestras vías públicas, que la autoridad local se afana, hace algunos años, por dejar transitables, a ejemplo de la España i otras naciones que trabajan, no hace ménos tiempo, con igual propósito en los caminos de su política. Nuestra autoridad local, poseida de una perseverancia enteramente española, ha vuelto a la obra con nuevo ardor i cerrado entretanto la entrada de muchas calles a cuantos no tienen la fortuna de andar en dos piés. Si el fin justifica los medios, como creen algunos hombres de estado, es de esperarse que estos medios tan poco liberales quedarán tarde o temprano justificados con su fin. No hai razon para desconfiar de que, andando los tiempos, tenga la España buenos gobiernos i nosotros buenos empedrados.

Por último, la patria del Cid ha querido tambien recordarnos que no ha perdido la memoria de sus Velasquez i Murillos. Las bellas artes españolas acaban de enviarnos a uno de sus adeptos, el señor Martinez, distinguido pintor i grabador español, de quien tendré mas tarde ocasion de hablaros.

Ya podeis sospechar que merced a esta irrupcion española se ha dejado en paz a la guerra europea con sus Franceses, Sardos i Austriacos i a los Norte-americanos con sus cuatr o vapores, que ya se hacen esperar demasiado. Ni ha logrado distraer mas la atencion pública de su preocupacion española, la formal declaracion que ha hecho de nuestra neutralidad en la cuestion italiana el ministro de Relaciones Exteriores, contestando a una nota del E. de N. del imperio frances. Finalmente, para que la semana no fuese sino española, el enemigo mas encarnizado del vino i de las fiestas, el agua, se cernió el domingo sobre Santiago i dejó desierta la Estacion del Ferrocarril. Apenas si tal cual *soirée*, mas o menos concurrida, pudo realizarse en la noche de aquel dia, aniversario del padre de los hijos de Loyola, que no es otro, como sabeis, que el fundador San Ignacio; i esto en atencion a que el santo era español.

Una nueva conquista de la moda femenina, que en otras ocasiones habria esparcido el pánico en la numerosa falanje de los maridos i papás, ha pasado esta semana sin despertar mas que raras quejas i lamentos, sofocados sin trabajo. Quiero hablar de la reciente innovacion introducida en los vestidos del bello sexo, que ha sostituido el antiguo corte diagonal por el corte al sesgo o al traves, alteracion mui oportuna i en estremo propicia al consumo. De treinta a treinta i cinco métros se calcula que sea la cantidad media de tela exijida por un vestido de la nueva forma, dado caso que no lleve mas que una falda, que siempre vale mas llevar a precaucion una segunda, i sin tomar en cuenta la quilla, adorno marítimo que ya descubre tendencias a humanarse convirtiéndose en devantal.—Esta amplificacion de trajes ha promovido una cuestion importante, que es su consecuencia. ¿Seguirá vijente la crinolina o debe caducar?

Teatralmente española como es esta semana, la conversacion no obstante ha dado un momento de ruano al teatro i a la España para ocuparse de un libro notable que ha visto la luz pública: *El Porvenir del hombre*, por D. Pedro Félix Vicuña. Hai hermosas pajinas en este libro, dictado por el amor a la democracia i a nuestro pais, en que abunda su honorable autor.

Fuera de éstas, vano seria pedir a nuestros círculos otras novedades, a no ser la ruptura de un contrato matrimonial, que estaba a punto de perfeccionarse. Acaso os interese su relacion, que debo a la amabilidad noticiosa de un amigo.

Es el caso que el Sr. H. . . . , padre de la hermosísima Lesbia, fué en dias pasados a hacer una visita a su futuro consuegro el Sr. Z. . . . , padre tambien de un gallardo mozo bautizado con el nombre de Aristomeno.—Preguntó a un criado que habia en el zaguan por el dueño de casa, i el mastuerzo, despues de haber ido a tomar lenguas en el interior, volvió a responderle con una injenuidad desesperante:

—Dice mi patron que no está en casa.

Fácil es comprender que el Sr. H. . . . se retiró mui poco satisfecho.

Seis dias despues, hubo de ir el Sr. Z. . . . a pagarle su visita al Sr. H. . . . Apresuróse éste a salirle al encuentro i detenerlo con estas palabras, dichas en tono seco.

—No estoi en casa.

—Cómo!—esclama desconcertado el Sr. Z. . . .

—Pardiez!—le replica con ira el Sr. H. . . .—yo he tenido no ha mucho la dignacion de creerle a su criado ¿i Vd. no tiene la cortesía de creerme a mi?

Reñidas asi las partes contratantes, que no son las mas veces los contrayentes del matrimonio, Lesbia i Aristomeno continuan solteros.

Para entrar en el dominio de las verdaderas novedades es fuerza trasladarnos al Teatro Municipal, que ha alcanzado esta semana el aura popular de las conversaciones.

—Qué le ha parecido a Vd., la zarzuela?

—Me ha gustado mucho la Mur.

—Qué le ha parecido a Vd. el drama?

—La Mur me ha gustado mucho.

—Qué le ha parecido a Vd., *Maruja*?

—Mucho me ha gustado la Mur.

—Qué le ha parecido a Vd., la cancion andaluza?

—La Mur me ha gustado muchísimo.

Tal ha sido en efecto el feliz estreno que ha hecho en nuestra escena la señorita Mur. Notable como cantante por su voz simpática i estensa, es sobresaliente como actriz, ya caracterice la pasion dramática o el ridículo cómico. El desembarazo i naturalidad de su accion, su jesticulacion siempre dócil a las emociones, i la pureza de su pronunciacion fácil, armoniosa i clara, que emite las palabras sin tropiezos ni vacilaciones, satisfacen ampliamente las exijencias de la declamacion i serian bastantes a hacer de ella una actriz distinguida, si no añadiese a estas dotes los atractivos de la hermosura i de un donaire encantador, i no fuese de esta suerte una artista eminente como acaso no habíamos tenido ocasion de aplaudir de mucho tiempo a esta parte. ¡Cuánta pasion i sentimiento en la *Matilde* de *Es un Anjel*, i en la *Maria* de *Amor de Madre!* qué gracia tan insinuante en la condesa *Maruja* i en la buena muchacha *Juana!* qué jentil desenfado para hacer palpitar las notas vulgares de una cancion andaluza!

Cerca de la Mur está Clapera, el airoso capitan Alegria de *El Valle de Andorra*, que hasta hoi continua en su grado de capitan. Solo una vez ha dejado oir su voz de barítono poderosa i agradable. Clapera es un hábil zarzuelista i no faltan motivos para sospechar que tambien puede ser un buen actor dramático. ¿Porqué, entónces, no desempeña los papeles de galan?

A juzgar por la primera impresion, los demas cantantes de la zarzuela se hallan colocados en el modesto rango de *amateurs*, i en defecto de otro cualquiera, podemos incluir en este mismo a los coristas, nuestros amigos de marras, que si no reconocisteis a la simple vista, tampoco tardarian mucho vuestros oidos en recordaros eficazmente. No deja de haber cierta satisfaccion en reanudar antiguas relaciones, aunque hayan de traernos algunos malos ratos.

Sin correr igual peligro habeis tenido oportunidad de celebrar la reaparicion de otros antiguos conocidos; de Gaitan, por ejemplo, actor cómico de merecida nombradía, de la señora Lopez de Gaitan, la aplaudida característica, de Corby, el popular bailarin, i sobretodo de la pareja Thierry-Bernardelli. Vosotras, adorables lectoras, habreis recordado los diáfanos círculos en que se eleva el

zahumerio quemado en vuestros dormitorios, i vosotros, benévolos lectores, las azuladas espirales en que se resuelve el humo de vuestros cigarros, i prestando a aquellos círculos o a estas espirales la májia del ritmo i la armonía, habreis procurado esplicaros por este medio los jiros prodijiosamente artísticos de la Sra. Thierry.

Preciso es convenir en que el Teatro es en este momento un almacen de novedades i variedades.

—Entre las novedades, la mas flamante es sin disputa la zarzuela, de que aun no pueden darse cuenta nuestros oidos, monopolizados largo tiempo por la música italiana.—En lo que hace a variedades, hai por lo ménos en campaña cinco de las Nueve Hermanas. Así es que, sin contar la música i el baile, hemos asistido, en tres representaciones, a una caricatura exorbitante: *Maruja*, a una preciosa comedia en un acto de Scribe: *La pena del Talion*, i a dos dramas de la escuela moderna: *Es un ánjel* i *Amor de madre*, el primero de Gonzalez Bravo i el segundo tomado del teatro frances.

El drama de González Bravo es, a no dudarlo, una concepcion hermosísima. La pasion de una madre jóven i la de su hija despertadas por un mismo amor, concentradas en el mismo individuo, que ama a aquella i finje amar a esta, la estéril abnegacion de la una, que sofoca la voz de su corazon enamorado i quiere ser madre ántes que mujer, i la engañada credulidad de la hija que paga al fin a su madre la deuda de su doloroso sacrificio, acarrean sin esfuerzo situaciones animadas, escenas dramáticas, la lucha de la pasion i la conmocion de los sentimientos. Sin embargo, el movimiento del drama es lánguido i su interes se adormece de cuando en cuando. Formado el enredo en las primeras escenas, la accion decae i no vuelve a reanimarse sino en el último acto. El carácter de la hija, que acaba por ser un ánjel, no es hasta entónces mas que el de una niña poco reservada i bastante curiosa, que revela a su madre el nombre de su ídolo, a su ídolo la pasion de su madre i sustrae por fin a ésta un retrato que ella no vé, pero que permite que otro vea.—La excelente versificacion del drama seria mas viva si fuese ménos lírica.

El primer acto de *Amor de madre*, mediocre i descolorido, solo sirve a la esposicion de este drama, encerrado todo entero en el segundo. María es una madre desventurada, si las hai, que está sometida a una cruel disyuntiva: renunciar a su hijo o defraudarlo de un brillante porvenir. Quien tal disyuntiva le ofrece no es otro que un lord ingles, que la engañó hace algunos años, por motivos mas o ménos plausibles, i vive creido de no sé qué patrañas aristocráticas, en que tambien creen muchos otros que no son ingleses ni lores. El cuadro, como veis, está impregnado de interes i emocion. El espectador pasa facilmente del uno a la otra, i cuando cae el telon se siente ajitado i enternecido.—Un niño, un niño de doce años apenas, desempeñaba anoche el papel de Arturo, i colocado entre dos verdaderos artistas, la Mur i Gaitan, obtuvo un merecido triunfo. Es una organizacion precozmente desenvuelta, que sorprende i deja esperar mucho de su talento.

Un viajero ingles, a quien me habian presentado en el dia, ocupaba la noche del sábado un asiento de platea vecino del mio.—El pobre mozo de *Colas* pronunció en mala hora el nombre de la ciudad del Profeta, i mi vecino, viendo el entusiasmo i regocijo de los espectadores, me preguntó sobresaltado:

—Por qué se rien?

—Es un recuerdo.....

—Bien! bien! un recuerdo histórico.....

—Precisamente no es un recuerdo histórico sino ....

—Ah!

—Sino que les ha venido a la memoria un delicioso poemita catalan: *los perfumes de Barcelona*.

—No lo conozco.

—No es estraño.

I mi *turista* británico quedó, si no mui enterado, perfectamente satisfecho de mi esplicacion.

Domingo Arteaga Alemparte.

Condiciones de la suscripcion.

La «Semana» aparece todos los sábados i consta por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantado.

Se reciben suscripciones en

Santiago.—Imprenta del Correo, pasaje Búlnes.
Valparaiso.—Imprenta i librería del Mercurio.
Serena.—D. José Domingo Cortez.
Copiapó.—Libreria del Mercurio.
Caldera.—Editores del Tren.
Concepcion—Libreria del Mercurio.
Talca.—Sres. E. i S. Rondanelli.
Chillan.—Sr. D. Abrahan Siredey.
Lima.—Establecimiento del Sr. Ricordi, calle de las Mantas
Arequipa.—Sr. D. Manuel G. de Castresana.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Agosto 13 de 1859. Núm. 13.

LA SEMANA.

SANTIAGO, AGOSTO 13 DE 1859.

Los que sueñan.

«La idea ha vencido siempre al sable.»
(NAPOLEON *en Santa Helena.*)

A la verdad es época estraña la que alcanzamos.

Casi en todos los pueblos de la raza latina vemos a la fuerza avasallando al derecho, a la compresion siendo la última palabra táctica de la política de los gobiernos; i sin embargo la libertad gana terreno i no hai quien no la invoque, quien no gaste sus colores i se declare su caballero.—Ni el poder mas omnímodo, mas irresponsable, mas brutalmente fuerte se atreve ya por estos dias a romper lanzas con ella en campo abierto.

Si un pueblo se insurrecciona es por—la libertad.

Si un gobierno despotiza es por—la libertad.

Todo se hace en su nombre i para su mayor honra i gloria.

Esto manifiesta que la libertad no es una de tantas ilusiones como el hombre persigue, sino la gran necesidad, el constante deseo, la perenne esperanza de las sociedades.

Verdad es esta que encuentra sus pruebas en cada manifestacion de la vida de un pueblo.—Lo que el hombre busca individual como colectivamente es – libertad!

El ignorante que pide instruccion,—pide libertad.

El pobre que pide bien estar,—pide libertad.

El trabajador que pide obra,—pide libertad.

I así cada uno.—La libertad es el norte del hombre.

Por eso toda lucha para cerrarla el paso es temeraria, infecunda i siempre funesta.

—Pero esto es lo que no ven ni comprenden hasta donde debieran los que se echan sobre sí el pesado i difícil encargo de dar rumbo a la nave de una sociedad.– Si acatan a la libertad no es por amor, porque tengan en ella confianza, es por necesidad, por temor.—Desde este momento la mala fé es el plenipotenciario de los gobiernos en sus negociaciones con la libertad.

Este es el gran mal de todas las organizaciones gubernamentales del presente. Hai en ellas miedo a la libertad.—Jamas se la acepta sin reserva, se la abre de par en par la puerta de la direccion de la sociedad. Siempre se la pide sacrificios que la desnaturalizan, se la obliga a transar, a firmar alianzas monstruosas, imposibles.—En último resultado se la convierte por lo jeneral en un rodaje incómodo, que en vez de alejar los peligros de una perturbacion, de un estallido, los hace hasta cierto punto fatales.—I todo por falta de fé en su poder.

Cuando se pasan en revista las desgracias que han venido aparejando a las sociedades los incrédulos de la libertad, uno se pregunta ¿qué es lo que enjendra la duda?

Un error:—Se cree responsable a la libertad de todo malestar social.

Error es este que nada justifica.—Por donde quiera que un desquiciamento se obra la libertad ha desaparecido o está ahorrojada. Este hecho tiene su comprobante en cada estrepitosa manifestacion de la vida de un pueblo.—Así vemos: siempre que la ola popular empieza a ajitarse, se la pone esclusas en lugar de abrirla cauce, se la comprime, no se la dirije.

De aquí nace que lo que debió ser un suceso natural se trueca en un fenómeno, lo que debió ser un movimiento saludable se trueca en una perturbacion que pone en peligro los mas caros i sagrados intereses de la sociedad.

Pero la libertad triunfará, no hai que dudarlo. La tendencia de todos los pueblos es

a la estabilidad en el progreso, al órden sin compresion; i estos bienes no pueden alcanzarse sino en el terreno de la libertad.

La fuerza ha hecho su tiempo.—Desde que un pueblo conoce sus derechos, comprende sus necesidades i es capaz de buscar por sí mismo los medios de satisfacerlas, solo la razon puede gobernarlo, es decir, la discusion i la libertad.—Todo lo demas es soñar.

Para penetrarse de la verdad de nuestro aserto, basta parangonar la respectiva situacion de las naciones en que la fuerza es el principal ajente con aquellas en que lo es la libertad.

¿Qué vemos en las primeras?—Intranquilidad constante,—recelos, antipatías entre pueblos i gobiernos,—órden intermitente,—temores siempre permanentes,—a los gobiernos sospechando en cada ciudadano un conspirador,—a los ciudadanos mirando en sus gobiernos enemigos obligados de la felicidad i progreso social.

En las segundas ¿qué es lo que vemos?—Todo lo contrario.—El órden no es un milagro sino un hecho,—la libertad no es una hermosa palabra sino una realidad,—los ciudadanos no conspiran porque mandan,—los gobiernos no temen porque obedecen la voluntad social legalmente espresada.

Así,—lo que en las primeras provoca una revolucion,—en las segundas es un progreso;

Lo que en las primeras necesita años para obrarse,—en las segundas solo ha menester de horas, de dias;

Lo que en las primeras pone en tela de juicio los mas trascentales intereses de la sociedad,—en las segundas los afirma, les procura nuevos caminos en que esplayarse, nuevos elementos de vida;

Lo que en las primeras jermina de entre la sangre,—en las segundas es enjendro de la felicidad;

Lo que en las primeras es armonía,—en las segundas es antagonismo.

I no puede ser de otra manera.

En el sistema de la fuerza hai obstáculos materiales que vencer.

En el sistema de la libertad solo hai voluntades que uniformar.

Sin embargo, apesar de la historia, apesar de lo que dia por dia estamos presenciando hai todavia quienes creen la fuerza el solo medio de llevar en órden una sociedad.

¡Ceguedad o ignorancia!

Adonde ha cimentado la fuerza ese órden tan decantado? Señalésenos un solo pueblo de nuestra raza en que tal cosa haya sucedido!

¿Será en la Francia que vive sobre un volcan?

¿Será en la España que vive con la mano en la cartuchera?

¿Será en Méjico que vive en permanente anarquía?

¿Será en el Perú que hace una revolucion por dia?

¿Será en Bolivia?

¿Será en el Uruguay?

¿Será en la República Arjentina?

En todas estas naciones no vemos sino el despotismo o la anarquía disputándose el gobierno de la sociedad,—la intelijencia comprimida,—la accion progresiva de los pueblos anulada,—el ciudadano convertido en siervo,—la dignidad humana puesta en la picota.

He aquí los ópimos frutos de la fuerza!

Triste i desconsolador es su presente; pero aun mas lo es su porvenir, si lo tiene.

Porque ¿cuál es el porvenir que se la espera una vez que la ilustracion i el bien estar se desarrollen i formen mayorías pensadoras e independientes?—Desprestijio, destronamiento.

«Todos los errores, como dice Vauvenargues, perecen por sí mismos una vez aclarados.»

La fuerza es la negacion de la intelijencia social. Desde que esta intelijencia adquiere consistencia i poder i es capaz de revindicar su propia personalidad, no es posible gobernar comprimiendo, solo se puede gobernar dirijiendo.—Creer lo contrario es alimentar ilusiones tan vanas como funestas.—Bueno seria que nos penetraramos de esta verdad.

Convenzámonos: si la fuerza es un mal en el presente, es un imposible en el porvenir.

La tendencia natural del hombre como de la sociedad es a sacudir toda carga, a romper toda traba, a entrar en el pleno goce de la mayor suma posible de derechos. Ir en pugna con esta tendencia es luchar contra las leyes del desenvolvimiento humano, leyes fatales sí las hubo.

¡Paso a la sociedades!—Todo lo demas es soñar.

Siglos hace que la fuerza manda i oprime al mundo. La sangre ha corrido a torrentes. No se ha quedado arbitrio por inventar para afianzar su dominacion, desde los verdugos hasta los ejércitos permanentes; i sin embargo no ha tenido un dia tranquilo, siempre ha vivido temiendo i desconfiando, sobresaltada por el mas leve ruido, viendo enemigos por todas partes, cuando no en guerra, en paz armada con la sociedad.

Es preciso ceder a la evidencia.—No hai edificio gubernamental alguno estable si la sociedad no pone su hombro para sostenerlo.—Todo debe partir de la sociedad i venir a ella.

El pasado ha sido de la fuerza; pero el porvenir es de la libertad.

El pasado ha sido lucha.

El presente es desconfianza.

El porvenir será armonía.

Ciego de quien no lo crea.

Los incrédulos de la libertad son los verdaderos soñadores del siglo diez i nueve.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Poesías de D. Guillermo Matta.

(Conclusion.)

No es mas injenioso el argumento de *La mujer misteriosa* que el del *Cuento endemoniado*, aunque tiene el último siquiera la máquina sobrenatural que reanima la narracion entrecortada con frecuentes digresiones. *La mujer misteriosa* es la historia de todos los dias, sin incidente alguno de la inventiva del poeta, sin una sola circunstancia que despierte el interes en sucesos cuya marcha i catástrofe adivina el lector desde que comienzan a relatarse; i si en el *Cuento endemoniado* estamos dispuestos en obsequio de lo fantástico del asunto, a olvidar su inverosimilitud, no debe el poeta esperar igual indulgencia en su segundo poema, destinado a cantar una accion humana, que como tal no puede tolerar la licencia de la Musa que con el pasaporte de Apolo, se cree dispensada de respetar no ya solo las reglas del arte, sino tambien las que la naturalidad prescribe en todo acontecimiento que se supone acaecido en nuestro mundo. Magdalena, la heroina del poema que nos ocupa, se encuentra en la solitaria morada de un bosque que la ha regalado el poeta, sin que sepamos quien es ni como vino a aquella romántica mansion, en que vive completamente sola, apartada del mundo que no conoce; bien que tan estraña existencia no la liberta de la tentacion, que bajo la apariencia de un apuesto mancebo, Lovelace de oficio, se apodera de su inesperto corazon entregándola indefensa en brazos del libertino. Natural es naciera entre ambos jóvenes una pasion cuyos resultados puede sin esforzarse preveer el lector; pero lo que talvez no adivina es que el galan, verdadero tipo de desalmado sibarita, con notable mal gusto, abandona a la nueva Ariadna por bellezas de baja estraccion i licenciosas costumbres, con las que consume las noches en impúdicas orjías. La pobre Magdalena cansada de esperar al infiel durante seis dias, se dirije encaminada por secreto instinto a la ciudad, (cuya existencia jeográfica tambien ignoramos) i vagando por las calles llega por fin atraida por el ruido de báquica francachela al lugar en que se encuentra su Arturo compartiendo sus románticos pesares con unas cuantas mujeres perdidas. Artnro con poca edificacion de los lectores ni mucha pro del poeta, pronuncia un brindis, que de paso diremos es una pieza bien pobre, en que despues de algunas estrofas en que repite lo que muchos han dicho sobre los placeres i el vino, concluye con estos versos:

«Goza tú miéntras vivas
Del vino i las mujeres
I si mañana mueres
Te reirás de Dios.»
.....

No tanto nos estraña que Matta escribiera tan estravagante concepto, cuanto que le concediera los honores de la reproduccion en la segunda edicion de sus poesías: parece que la estrofa fuera la burla de un mal enemigo del poeta! La infeliz Magdalena que esto escucha comprende que el suicidio es el único remedio posible de su desgracia, i como toda heroina romántica apura un tósigo despues de escribir a su amante una carta perdonándole sus desvíos i perfidía. Viejo asunto, trama vulgar, desenlace preciso i que sobre no ser nada moral, recuerda involuntariamente las pinceladas con que otros maestros han sabido dar vida á la vetustez de estas escenas. Sin detenernos a comparar la carta de Magdalena con la de Elvira, de Espronceda, ¿cómo encontrar en el héroe, en la heroina o en los sucesos, el interes que le han quitado los novelistas, dramaturgos i poetas que tantas veces nos han referido idénticos acontecimientos? Confesemos que la imajinaciou del poeta tan pródiga en tropos, no anda mui fecunda en inventar argumentos para sus poemas; i lo que es peor, esclavizado por la decantada eleccion de su asunto esteriliza sus brillantes dotes, descendiendo de la altura de su talento a confundirse en la esfera comun de los vates adocenados, como oprimido con el peso de su error, removiendo las cuerdas de su lira, que lanzan entónces los vulgares sonidos que otros ántes que él i mucho despues habian producido i producirán con poca gloria de las

Musas. No que *La mujer misteriosa* sea una composicion despreciable, sino que a un poeta que ha mostrado feliz injenio en otras obras, se le deben reprochar esas composiciones, hijas de la neglijencia o del prurito de llenar volúmenes que son los títulos de la reputacion de las intelijencias mediocres. Nuestro poeta tambien ha logrado amenizar con mas de una belleza la leyenda que analizamos; i la introduccion, la descripcion del bosque, los lamentos de Magdalena, son pasajes dignos de su númen.

Despues de la publicacion de los *Cuentos en verso*, Matta ha dado a luz en los periódicos varias composiciones i últimamente ha reunido sus obras en dos tomos impresos en Madrid. Desde los *Cuentos en verso* ha sido el mas popular, el mas aplaudido de nuestros poetas, gozando siempre de creciente favor. Permítasenos sobre este hecho una observacion que no envuelve crítica. ¿Por qué preguntaremos ha logrado Matta esa voga jeneral, cuando el carácter de su poesía es el mas contrario a nuestras costumbres i creencias, cuando el vuelo metafísico de su musa es el ménos comprensible a lo jeneral de los lectores, cuando para saborear las bellezas de sus versos, se requiere un grado de cultura intelectual no mui comun de hallarse en todos los que admiran sus obras? Inconsecuencia es esta que solo el prestijio de lo que se cree orijinal puede esplicarnos, ya que este sería tambien el único que pudiera esplicar la estraña anomalía que presentaba nuestro público aplaudiendo en el teatro el *Himno de la democracia*, que era un cántico filosófico a la *idea* así tan popular como una doctrina de Espinosa.

La crítica no puede adoptar siempre la opinion del público irracional i preocupada muchas veces como el barómetro de sus juicios; porque si hubiéramos de encadenarla al irreflexivo entusiasmo que provoca una peligrosa orijinalidad, tendriamos que sacrificar la conciencia del buen gusto, las leyes eternas de la sociedad a la pasajera voga de toda innovacion. Lejos de nosotros el pensamiento de sujetar la intelijencia en el círculo tradicional de añejas ideas; pero si la poesía asume como lo creen sus servidores una mision social civilizadora, necesario es que la cumpla en bien de sí propia i de la civilizacion en cuyas filas combate sin socabar el mismo edificio que debiera con sus esfuerzos robustecer. ¿Cómo aplaudir la tendencia disolvente, el espíritu desorganizador que se divisa en la poesía de Matta, que muchos han celebrado como la victoria de la intelijencia que rompe los grillos remachados al libre pensamiento por la preocupacion de la ignorancia? ¿Qué pretende el poeta darnos en lugar de ese cristianismo que satiriza i quiere traer a tierra, qué nos darian los campeones de la novelería cuyo faláz estímulo arrastra el cerebro infatuado con funesto entusiasmo, desde el involuntario desvío del regular camino, hasta la negacion sistemática de las mas necesarias, de las mas consoladoras verdades? El incomprensible, el absurdo panteismo, miserable subterfujio del espíritu que, comprendiendo las nociones de la relijion, se niega rebelde a respetarlas, como el presuntuoso navegante que abandona su segura barca por echarse a nadar en un océano sin playas, en que se ahoga invocando en vano el ausilio que despreció en su orgullo. ¿No comprendeis por otra parte que ese panteismo, parodia poco injeniosa de la mitolojía pagana, no puede jamás servir de base a ninguna sociedad, ni ménos ofrecer a la intelijencia i a la imajinacion la fuente inmensa de inagotable inspiracion que el cristianismo i el catolisismo, sobre todo, abrió a las artes, a la arquitectura, a la poesía, a la pintura? Arrancad al alma sus creencias, i habreis cegado el manantial de la verdadera poesía i el canto del poeta será el graznido del cisne llevado de su laguna a la aridéz del desierto. Para nosotros, la tendencia escéptica o panteista de la poesía debe combatirse como un contajio dañoso a la sociedad i perjudicial para el mismo desarrollo del arte; porque de otra manera tendriamos que aceptar la lei de Platon que, admitiendo a los poetas en el recinto de su República, les paseaba por ella sin permitir el contacto con los demás ciudadanos i los conducía despues a las puertas de la ciudad.

Confesemos que no anduvo errada la porcion de nuestra sociedad que condenó como perniciosas algunas doctrinas del poeta, i tanto ménos cuanto que ellas contenian en materias sociales principios de una influencia mas directa, presentándose bajo una apariencia mas engañadora que los que acabamos de notar. Matta, célibe como jeneralmente gustan de serlo los independientes hijos de Apolo, siguiendo la equívoca teoría de Jorje Sand sobre la mision social de la mujer, i que todo el talento de la amazona de la literatura moderna, no ha podido conciliar con las leyes inalterables de la moral, parece querer rehabilitar aquella hermosa parte del linaje humano, de la humillacion en que erróneamente la divisan sus paladines. De aquí ciertas declamaciones sobre la esclavitud de la mujer, sobre su postracion intelectual, sobre su libertad que no se cuida el poeta de decirnos a que leyes se sujetaría, i de aquí en fin una doctrina no mui nueva tampoco i hasta funesta, lo dirémos sin rebozo, a cuyo término se tropieza con el desconocimiento del matrimonio, que si nuestra relijion consagra con un bello sacramento, la sociedad acata como la piedra angular del edificio social. Ya que los novadores olvidan el divino oríjen del matrimonio ¿con qué institucion humana podrian remplazarle? Dígase lo que se quiera; los instintos morales del corazon se rebelan contra una teoría cuyas consecuencias se dilatarían hasta la prostitucion, hasta las últimas relajaciones del vicio, i que envuelve la destruccion del santuario de la fa-

milia, la ruptura de los mas tiernos vínculos, el trastorno de las relaciones que constituyen la felicidad terrenal. Ciegos soñadores que ven la esclava en la compañera, la repugnante obligacion en el recíproco afecto, i un contrato leonino en esa santa union de dos existencias enlazadas para la dicha comun!

Por desgracia no son los errores que acabamos de apuntar los únicos en que ha incurrido el poeta. Sin embargo de su aficion al espiritualismo, se complace con frecuencia en la pintura de escenas sensuales; pero de un sensualismo inconciliable con la índole de la poesía, i que con razon le quita el privilejio de poder ser leido en todas las edades i condiciones de la vida. El recargado colorido, la detallada insistencia que emplea en algunos cuadros amorosos, la tendencia a manifestar los sentimientos en su espresion material, no nos parecen mui conformes a ninguna composicion poética, tanto porque el autor debe presumir que será su obra leida por mui diversas clases de lectores, cuanto porque dando a la poesía ese jiro materialista se la aleja de su verdadero terreno. ¡Estraña inconsecuencia del poeta, fanático por lo bello i que busca su ideal en la impura fuente del sensualismo! Rara tendencia la de aquella poesía que agotando por una parte con el escepticismo el manantial de las mas hermosas creencias, procura hallar en el materialismo la inspiracion cuya verdadera fuente se ha empeñado ella misma en esterilizar.

Anteriormente observamos que el autor de los *Cuentos en verso*, siguiendo la escuela de Byron, se habia dejado arrastrar lejos del asunto por continuas digresiones, i ahora añadiremos que ese falso jiro dado a su musa con ilimitada licencia, le ha hecho resbalar en mas de una pendiente. De aquí la desigualdad en la forma i pensamiento, la brusca transicion de una idea a otra mui diversa, la asimilacion de conceptos de contradictorio carácter i de mui distinta esfera, que se hacinan i confunden en un mismo pasaje, talvez en una misma estrofa, sin que pueda el lector allegarlos en una union comprensible, sin que pueda formarse una impresion profunda i duradera destruida la primera emocion con otras mil que le suceden, hasta que el espíritu se fatiga en aquel incesante revolver. Con ese método que hace imposible el interés dramático en la narracion, que convierte la poesía en la espresion egoista de los sentimientos individuales del poeta, se vicia tambien la inspiracion arrastrándola de la cúspide del idealismo, a los sarcasmos del panfleto, arrancando la deidad de su empíreo, para hundirla en las bajas rejiones de una sátira que no es la de Horacio o Beaumarchais. Por cierto que no queremos condenar la poesía a la inmutable gravedad que le imponía el rigoroso clacicismo; pero creemos que si la civilizacion moderna ha roto muchas trabas que la agobiaban en la antigua severidad, no ha sido para entregarla a su caprichoso albedrío, hasta permitirle que olvide su propia naturaleza descendiendo indignamente del alto puesto que a las artes corresponde. Sin preciarse de clásico ¿qué pensará el lector de la siguiente estrofa, que no es la única en su especie en los *Cuentos en verso*?

«La mujer es un fuelle que se hincha
A voluntad del hombre, esclava en todo;
I el honor es a veces una cincha
Para apretarla bien i de otro modo.
Cuando el deseo en su nariz relincha
El hombre entónces el siniestro apodo
Abdica de tirano i como reo
Ante su esclava póstrale el deseo.»
.....

i el poeta que así escribe es sin embargo el campeon de la pureza del arte, que procura rehabilitar los sentimientos del prosaismo i corrupcion de un siglo materialista. En la primera edicion de los *Cuentos en verso* el público podia haber perdonado este i otros deslices; pero repetidos en la segunda, no es admirable que se formule sentencia contra el reo contumáz i reincidente.

Por otra parte, en la absoluta libertad que ha querido conquistar el poeta falseando el carácter peculiar de la poesía, i muchas veces violando los mas usuales preceptos del buen gusto, si por lo que hace al fondo i pensamiento ha llegado a arrastrarse hasta humildes, cuando no chocantes objetos, no ha dañado ménos la espresion, el lenguaje poético, empleando locuciones que si el purismo condena, tampoco ha consagrado el uso en el vocabulario de las musas. Parece que Matta no se diera gran trabajo para arreglar sus estrofas, ni que se empeñara en pulir la espresion de sus ideas, para las cuales acepta las primeras voces que halla, con tal que sean significativas, aunque no brillen por lo pulcro o castizo, i ese descuido que no es quizá mas que un abuso de la amplia libertad con que desea manifestar su concepcion, introduce en sus obras una apariencia de desaliño i neglijencia que el poeta podria fácilmente evitar, pues en mas de un pasaje se nota que conoce como el que mas la índole del idioma i el encanto de una fluida versificacion. La historia de Clarimunda i algunos trozos de *La Mujer endemoniada* contienen muchas estrofas cadenciosas de bella armonía; bien que creemos que el autor de los *Cuentos en verso* nunca podrá distinguirse como versificador de nota; porque el mismo jénero de su talento, le aleja de ese mérito que cuando no se funda en un don de la naturaleza, solo un estudio paciente i una minuciosa prolijidad suele suplir.

Pero para la verdadera crítica, al juzgar las producciones de Guillermo Matta hai otras consideraciones con mucho preferentes a los detalles que acaban de ocuparnos; porque si concedemos a la poesía una mision i una influencia social; si ese bello desarrollo del espíritu humano, importa algo mas que el frívolo pro-

pósito de halagar el oido con la estructura musical del lenguaje, preciso será convenir en que con la sociedad contrae la obligacion de servirla en sus verdaderos intereses, de contribuir a su bienestar con la pequeña o grande parte que le quepa en el jeneral trabajo. De aquí es que todo poeta que pretenda un papel mas importante que el de las jentes que hacen versos porque no se les ocurre otra cosa mejor que hacer, asume una responsabilidad que le priva de la facultad de convertir la poesía en instrumento de sus pasiones, de sus sentimientos o deseos particulares i mucho ménos de sus creencias i opiniones si estas no andan acordes con la felicidad social; i de aquí el deber de rechazar, de combatir como el primer enemigo, el espíritu escéptico i destructor que ha querido dominar en la poesía moderna. Matta i los demas poetas que se han dejado contajiar por ese espíritu, han creido talvéz labrarse un camino orijinal cuando no han hecho mas que obedecer al impulso de una escuela antisocial, en que ni cabe ya buscar la gloria de iniciador i que alza contra la civilizacion a la misma poesía que se hace desertar de las filas de la buena causa. ¿Por qué los poetas prefieren la fama de Byron que destruye la morada que la relijion i la moral ha construido para el refujio de la humanidad que ellos dejan a la interperie del desierto, a la reputacion de Chateaubriand que reconstruye el templo arruinado por la filosofía del siglo precedente? Sin embargo, hagamos a nuestro poeta la justicia de reconocer que en algunas de sus últimas composiciones parece querer modificar el desvío de su musa, dedicándola a cantar la gloria i el porvenir de la patria, con una fé i una esperanza que seria de desear encontrase tambien en otras materias que mas que aquellas las necesitan.

Los límites de este artículo no nos han permitido analizar las composiciones sueltas que contiene el segundo tomo de las obras de Matta. Recomendaríamos a los aficionados *Los últimos cantos de Safo* i varias producciones dedicadas a la memoria de su hermano Francisco de Paula, en que se ostenta el delicado gusto, el esquisito sentimiento del verdadero poeta, título que juzgamos nadie se atreverá a negar a Don Guillermo Matta.

JOAQUIN BLEST GANA.

La poesía de un nombre.

Conclusion.

III.

Una de las mas bellas creaciones que han salido de la pluma de un poeta es la Margarita de Gœthe. ¿Pudo pintarse con mas verdad el candor i la inocencia de una niña de quince años? Quién es el que no lee una i mil veces la deliciosísima escena del jardin? Solo al diablo i no a otro pudo ocurrírsele perder tan anjelical criatura.

Ah! el amor de una mujer como Margarita, cuando mas no sea por una hora, es suficiente para perfumar el resto de una vida de tedio i sinsabores.

Estas i otras muchas reflecciones análogas hacia Marcelo recorriendo las calles de Santiago despues de comer. I hacia estas reflecciones porque acababa de leer el *Fausto*. Como jeneralmente sucede, la lectura de un libro nos impresiona tanto, que llegamos a tomar por realidades lo que no es mas que sueños de poetas; pero en Marcelo fué tan profunda esta impresion, que le pareció haber conocido ya a la humilde víctima de Mefistófeles.

Al entrar a una calle atravesada, Marcelo vió una niña parada en la puerta de una casa de modesta apariencia. Al momento conoció a la hermosa devota de la mañana. Ella lo miró i se sonrojó. Entónces apresuró el paso temeroso de que se entrara ántes de llegar enfrente de ella, i en efecto, apénas fue si tuvo tiempo de saludarla con una audacia que nada disculpaba, cuando una voz gritó desde adentro :—Margarita!

—Margarita! se dijo Marcelo; este es el nombre de la niña de que tanto me habló José. Margarita! el nombre de la víctima de Fausto!. . . . ¿Qué májica influencia tiene para mí este nombre?—Mas despacio, corazon, añadió repitiendo las palabras de un poeta chileno.

IV.

Entónces estaban de moda las tertulias de doña G. A. i sus salones eran el punto de reunion de la juventud elegante. Aunque Marcelo no tenia la pretension de contarse como parte de esa respetable falanje, tambien asistia de cuando en cuando, i esta noche lo llevaba no tanto la costumbre de pasar un par de horas agradablemente, cuanto el deseo de conocer al jugador Marialva que segun se decia, debia casarse con una de las hijas de la señora.

En vez de tomar parte en la conversacion, Marcelo se puso a recorrer el salon con la vista. Su mirada se detuvo en la novia de Marialva; era una niña verdaderamente hermosa. Su corazon se oprimió dolorosamente. Estaba destinada a ser la presa de un viejo cínico i corrompido, i la veía allí radiante de placer i de alegría.

¿Qué venturoso porvenir puede divisar esta desgraciada niña? pensó Marcelo al verla tan feliz.

Ai! bien se vé que nuestro héroe no era mui conocedor del corazon humano i en particular del femenino.

Algunos solo ven al traves del prisma de sus ilusiones, i otros solo ven la realidad desconociendo la poesía de las cosas. De aquí nacen las diferentes apreciaciones que hacemos de este mundo.

Marcelo vivia solo de ilusiones, i su corazon herido al tocar a menudo el desengaño, se concentró en sí mismo como esas flores que

solo abren su capullo en el silencio i oscuridad de la noche i cierran sus hojas a los rayos del sol. Por esto es que pasaba entre muchos por un ser sin intelijencia, por una de esas criaturas que viven de la vida de los pólipos, es decir sin alma, sin sensaciones. ¡Hai tantos individuos que no comprenden la delicadeza del sentimiento! Cuántos hai que a todo el mundo hacen confidentes de sus amores, por ejemplo, i están inquietos cuando no encuentran a quien mostrar una prenda o una carta de sus queridas! I cuántos que revelan los mas misteriosos encantos del amor! Estos hombres se asemejan a una mujer que a todo el mundo dijera:—Ved mi seno, qué hermoso es.... Nuestros deseos, nuestros pensamientos i nuestros gustos tambien tienen su pudor, tambien se ruborizan de ver la luz del dia.

Una de las niñas de la tertulia se sentó en el piano. A los primeros preludios, todos guardaron silencio. Marcelo puso una pierna sobre otra, apoyó el codo sobre la rodilla i su cabeza sobre la palma de la mano para escuchar mejor.

—¿Cómo se llama este romance frances que va a cantar Adela? preguntó una voz.

—*Marguerite*, respondieron.

Al momento, Marcelo cerro los ojos i evocó la imájen de Margarita. No la veía ahora en el traje de iglesia, ni con el modesto vestido con que en la tarde estaba en la puerta de su casa. Lujosamente adornada, eclipsaba a todas las mujeres por su belleza i la elegancia de sus maneras.

Mientras tanto la niña cantaba:

«Cuando reclinada esta noche en tu lecho virjinal los sueños alados ajiten tu corazon, si ves en la sombra un espíritu que vela cerca de tí, O Margarita, no te asustes.

«Si cuando el sueño cierra tu bellos ojos, como el ruido que hace la brisa al despertar, un tierno i blando suspiro viene a ajitar tu corazon, O Margarita, no te asustes.

«Porque el espíritu que ves en la oscuridad, es mi alma que vela cerca de tí, i ese suspiro es la voz de mi corazon que te dice: yo te amo! i de mi amor, O Margarita, no te asustes.»

La voz de la niña era bastante suave aunque no de las de mayor alcance; pero la espresion i el sentimiento con que cantaba, suplian la falta de su voz. Marcelo hubiera gustado del recojimiento para no ser interrumpido en las meditaciones que la música i el canto despertaron en él. Pero en un salon de tertulia despues de oir un trozo de música o de canto, vuelve como antes la bulla i la algazara, como si todos hubieran estado dormidos cuando resonaban melodiosamente las teclas del piano. La primera que levantó la voz fué la dueña de casa.

—¿Dónde está Marialva? preguntó.

—En la pieza de tertulia de los hombres, le contestó una de sus hijas.

—Gana como tres mil pesos, le dijo otra persona al oido.

Durante todo el tiempo que estuvo en la tertulia, Marcelo hablo mui poco o nada; en su defecto los demas hablaron por ciento. Estaba triste i ansiaba la soledad. Un estraño sentimiento ajitaba su alma. Temprano se retiró. Distraidamente tomó su sombrero i al salir de la cuadra, despues de haberse despedido con una fria i seca inclinacion de cabeza, caminó sobre los piés de una persona que a ese tiempo entraba. Volvió precipitadamente la cara i se encontró frente a frente de Margarita, sus rostros tocándose casi. Ni una palabra de escusas profirió, ni un movimiento hizo para dejar libre la entrada. Hubiérase dicho que estaba clavado en el dintel de la puerta. Ella turbada, con el rostro encendido, no dió mas muestras del dolor que le causara el peso del tosco pié del jóven, que una sonrisa anjelical que vagaba por entre sus rosados labios.

—¡Es un ánjel! se dijo Marcelo haciéndose a un lado.

El amor casi siempre se revela en un solo instante, i ese instante es en una época determinada de la vida.

—¡Es un ánjel! se decia recojiéndose a su casa.

Creo que no habrá quien no convenga conmigo que solo el amor puede procurar goces capaces de hacer concebir la dicha del paraiso. Natural es entonces que, si en brazos de la mujer encontramos celestiales deleites, creamos que participa en algo su naturaleza de la naturaleza del ánjel.

Marcelo creyó que Margarita era un ánjel, i la adoró.

La adoró con todas las fuerzas de su alma, como la cercana esperanza de un bien inmenso, como el símbolo de una felicidad céleste, como.... se adora, en una palabra, a una mujer hermosa, i como tú, lector, habrás adorado alguna vez.

Marcelo era una de esas cabezas estravagantes que admiten sin reflexion cuanta quimera nace en su cerebro. Se sintió dichosísimo; le pareció que todas sus potencias habian desplegado nuevas fuerzas para sentir, i que sus sentidos aumentando de vigor, le habian dado a su alma mas enerjía para gozar con mas ansia de la vida. Margarita con su rostro macilento, con sus grandes ojos negros i su abundante cabellera, era no solo una hermosa criatura; sino la mujer dichosa en cuyos brazos podia gozar de todos los encantos i placeres de la existencia.

—¡Qué dulce cosa es la vida! se dijo, i sintiendo una estraña necesidad de movimiento, en lugar de recojerse a su casa, se echó a andar sin direccion las calles de Santiago.

Mientras tanto se hacia las siguientes reflexiones:

Aunque tengo padres i hermanos, bien puedo considerarme sin familia i solo en el mundo, pues nunca ha habido entre nosotros ese cariño que liga de tal modo los miembros de una misma familia que son solidarios unos de otros de sus acciones.

Tengo una fortuna independiente, gracias a la herencia de mi madre i a mi trabajo.

Creo pues que estoi enteramente libre para hacer de mi persona i de todo lo que tiene relacion con ella, lo que mas me plazca sin tener que guardarle consideraciones a nadie.

Segun todas las probabilidades, tarde o temprano tendré que casarme, i teniendo una regular fortuna, he de buscar una mujer a mi gusto a quien yo ame sin tener en consideracion si es rica o pobre.

Hasta ahora ninguna mujer he amado. Margarita es la primera que me inspira tan dulce sentimiento.

Que la union perfecta de dos almas que se aman es la suprema felicidad, no hai duda alguna.

Que esta union solo se consigue santificándola por el matrimonio, es innegable.

Luego....

Pero al llegar aquí dió vuelta una esquina sin fijarse i se dió un encuentro con un frances que venia cantando :

Marguerite
Qui m'invite
A te conter mes amours
Dis-moi vite
Ma petite
Si je dois l'aimer toujours.

—Ay! que me ha roto Vd. las narices, dijo el frances.

—Dispense Vd., caballero; el mal ha sido para los dos, contestó Marcelo.

El autor hace aquí una observacion. Los enamorados que no piensan en casarse, se afanan mucho en saber de sus queridas si son correspondidos. Los aficionados al matrimonio es lo último en que piensan.

V.

A la mañana siguiente Marcelo se levantó con un gran proyecto en la cabeza. Inmediatamente se dirijió a casa de su amigo José.—Tengo que hablarte, le dijo.

—Ya escucho, le contestó José.

Despues de un momento de silencio.

—¿Qué piensas, tú, del matrimonio? le preguntó.

—Grave cuestion es. El matrimonio fué instituido por el mismo Dios en el paraiso. Compañera te doi i no sierva, le dijo al primer hombre. San Pablo en su epístola a los Galatas....

—Yo no quiero la opinion de San Pablo ni la del padre eterno, sino la tuya.

—Mi opinion es que si Pluto no preside el matrimonio, hai peligro inminente de naufrajio en el mar proceloso de Himeneo.

—Quiero todavia una respuesta mas precisa.

—El matrimonio es una triste necesidad de aquellas que tienen cara de hereje.

Marcelo guardó otra vez silencio. Despues, como quien tiene que hacer una confesion penosa, le dijo.

—Amigo José, estoi enamorado.

—Enamorado! No es estraño. ¿Quien no lo está alos veinticinco años?

—Si, enamorado, amigo mio, pero de una mujer tan bella i de carácter tan anjelical, que desde la primera vez que la ví la amé con la misma fuerza de sentimiento, con la misma vehemencia con que se ama cuando una pasion ha llegado a su completo desarrollo.

—Ya se sabe. La mujer querida es siempre la mas hermosa i el amor brota de repente como los hongos despues de un aguacero.

—Sin embargo hasta ahora no le he dirijido aun la palabra; la he mirado solamente, pero he leido en sus ojos los sentimientos de su alma i creo conocerla como si tuviera su corazon en mi mano.

—¿Cuanto tiempo hace entónces que la conoces?

—Solo veinticuatro horas.

—¡O prodijios del amor¡ ¿I en tan corto espacio de tiempo has perdido el juicio?

—¡Que quieres! asi estamos hechos. I es natural; no pudo ser la voluntad de la providencia al echarnos a rodar sobre esta bola todos mezclados, que cada cual encontrara a la mano la compañera que habia de hacerlo feliz. No todas las mujeres son igualmente hermosas i no todas tampoco inspiran amor. Hai necesariamente una cuyos encantos formó la naturaleza para mis sentidos, cuya alma puede unirse solo a la mia. Cuando encontramos esta mujer, el amor nace espontáneamente i oimos como una voz interior que nos dice: esa es!

---Pobre visionario! I como se llama esta nueva Dulcinea?

---Se llama Margarita, como la niña encantadora de que me hablaron ustedes antes de ayer. Ah! ese dulce nombre que entónces, te lo confieso, me impresionó sin saber porqué, no lo pronuncia ahora mi lábio sin que al instante se presenten a mi alma conmovida los mas frescos i puros cuadros de una dicha plácida i tranquila, dicha que antes soñé como imposible i que ahora me parece ver cerca de realizarse. Ah! si supieras.....

---Pero antes de continuar debo de advertirte que hai muchas Margaritas; i sin ir mas léjos, mi cocinera.....

---Es una niña a quien tú conoces, la que ayer miraba en la plaza alejarse en un coche, la hija del jugador Marialva, en fin.

---Alabo tu gusto. Es en efecto una donosa muchacha, i mas de un elegante suspira por ella.

---Ay! quien no la amará? Si yo llego a obtener el amor de Margarita, si consigo hacerme dueño del mas puro i tierno corazon que se encierra en pecho de mujer, estoi seguro, mi amor, mi fortuna, mi nombre, todo lo pondré a sus pies con orgullo.

—No entiendo bien.

—Quiero casarme con Margarita.

José volvió la vista admirado; facil era leer

en sus ojos lo que en su interior pensaba. ¿Si se habrá vuelto loco mi amigo Marcelo?

—Casarte, dices?

—Sí.

—¿I con Margarita?

—Con Margarita.

—Amigo mio, mucho lo celebraría; pero hai un pequeño inconveniente.

Marcelo se asustó.

—¿I cuál es?

—Que Margarita es casada.

Marcelo se quedó helado. Habia levantado un altar en su corazon para adorarla, i al oir las palabras de José sintió que quizá habia quemado incienso ante un ídolo de barro, talvez impuro e indigno de adoracion i amor. Dobló la cabeza sobre el pecho como bajo el peso de un profundo dolor i guardó silencio. José soltó una carcajada de risa.

—Es tu amor, por ventura, amor platónico?

—Mi amor era amor, i nada mas.

—¡O caballero andante! O nuevo Don Quijote! ¿Estamos o no en el siglo XIX? esclamó José.

—*La vita senza amore e un sogno amaro*, dijo máquinalmente Marcelo.

—Es una verdad a cierta edad del hombre, mentira diez años despues.

—I quién es el dichoso mortal que posée a Margarita?

—Hélo aquí.

A este tiempo entró a la pieza en que conversaban los dos amigos, un caballero gordo i retaco, como de cuarenta i cinco años de edad, con un ojo de menos, una nariz aplastada, una boca que tomaba de oreja a oreja, la cabeza como un escobillon, i como suplemento un lunar peludo en un carrillo.

—Este es el marido? preguntó Marcelo despacio.

—El mismo, te presento al Señor Don Jovino Jovellamos, dijo en voz alta a Marcelo.

El aspecto de este estraño personaje levantó el blanco i cándido velo al traves del cual veia Marcelo a Margarita, i le mostró en vez de un ánjel, una criatura terrena, indigna e incapaz de levantarse a la altura de los sentimientos que le habia inspirado.

—¿I como pudo hombre tan feo llegar hasta el corazon de Margarita? le preguntó en voz baja Marcelo a José.

—Ay! se convirtió, como Jupiter, en lluvia de oro.

—¿I como está la señora, Don José? preguntó Don Jovino.

—Está buena, a la disposicion de Vd., contestó José.

—A mi diposicion, eh? dijo Don Jovino soltando una carcajada de risa en la que mostró cuatro dientes amarillos que le quedaban, i la mitad de otros cuatro negros ya por la podredumbre.

El amigo José se acercó al oido de Marcelo i le dijo con una sonrisa mefistofélica:—Los lábios purpurinos de Margarita han besado sin embargo esa boca cavernosa.

—¡Qué horror! esclamo Marcelo, i tomando precipitadamente su sombrero, huyó como si lo persiguiera una espantosa vision. En la puerta de calle lo sujetó José.

—¿A donde vas? le dijo.

—¡Qué se yo! le contestó Marcelo.

—Escúchame, amigo mio:

Se puede decir que los hombres aman de dos distintas maneras, con la cabeza o con el corazon.

Cuando Byron decía que le era desagradable ver comer a una hermosa mujer, era por que no podia amar sino con la cabeza. Este amor no resiste a la miseria ni a las flaquezas de nuestra pobre humanidad.

Heloisa i Abelardo se amaron con el corazon i ni el tiempo ni la desgracia fué bastante para entibiar su amor.

El que ama con la cabeza ama a una mujer imajinaria; el que ama con el corazon ama a la mujer tal como la naturaleza la formó.

De estas dos clases de amores, el primero dura solo un instante.

El segundo dura toda la vida.

José Antonio Donoso.

Las Elecciones.

ESTUDIO SOLO DE COSTUMBRES.

Entre las portentosas conquistas de la civilizacion, mui pocas, segun creemos, habrán causado tan inmensos males como el vapor i las elecciones. Los hombres de ciencia nos mirarán con ceñudo aspecto, i los republicanos acalorados se escandalizarán tal vez con la lectura de nuestra paradójica proposicion; pero nosotros, humildes observadores, sostendremos nuestro aserto sin desmayar. Muchas son, es cierto, las miserías que la invencion de alguna máquina nueva, ha arrojado a veces en poblaciones laboriosas que con el nuevo invento veían morir sus industrias i huir con ellas el pan cuotidiano; es verdad, tambien que los telégrafos, anunciando siniestras o prósperas noticias, han arruinado a mas de un intrépido especulador; pero todo eso puede mirarse como males pequeños en la gran familia humana, como desgracias parciales que solo afectan a reducidos puntos del mundo civilizado, comparándolos sobre todo con los inmensos estragos habidos en el mundo entero por causa i desde el descubrimiento del vapor i con los mayores i mas imponderables que las elecciones han orijinado en los pueblos.

—¿I los bienes? nos gritarán de todas partes los partidarios del progreso a los que tenemos tambien la honra de pertenecer.

—Los bienes son inmensos i reconocidos, les contestaremos i por eso nosotros vamos a hablar de sus males.

I dejando a un lado el vapor, o mas bien

dejándonos él a nosotros por ser ménos denso, nos ocuparemos solo del azote de las presentes i venideras jeneraciones, aplicando nuestro estudio, a lo que pasa en nuestra buena tierra republicana.

Si la soberanía se midiese por la ignorancia, ningun pueblo mas soberano que el nuestro: cada proletario debia ser una *testa coronada*, en vez de ser, como lo son en el dia, una testa mui cerrada. Aquí apelamos a las reminiscencias del lector sobre todo lo que se ha escrito i escribe en materia de instruccion popular, le damos un segundo de tiempo para el cálculo del efecto que tales esfuerzos han producido i seguimos adelante, si mal no le place, saltando, junto con él lo escabroso de la materia, para entrar al terreno llano de las observaciones jenerales.

Apunta el almanaque el dia que nuestras leyes han señalado para que el voto popular envie a las cámaras a los representantes de su soberanía. Esta es la única circunstancia, entre paréntesis, en que los *ricos* consienten i desean ser mandados por los *pobres*: cada aspirante a la diputacion es entónces una especie de Mario con baston i levita, que aspira al aura popular, invocando las mas exajeradas doctrinas republicanas en favor de sus hermanos del pueblo, salvo a mirarlos despues de pasada la pasajera influencia de estos con el desprecio característico de todo buen *caballero*.

Ya de antemano los periódicos han publicado a son de trompa los nombres de los que deben improvisarse *lejisladores*, porque es recibido entre nosotros que para lejislar no es menester mas que ser elejido: en cuanto a conocimientos especiales, estudio de las materias administrativas, convicciones asentadas sobre principios económicos o sociales, nadie se inquieta por ello. Esas cosas son meros accesorios, que así tienen que ver con la diputacion como saber bien el latin para decir misa. Lo principal es ganar las elecciones, que para eso de lejislar no faltará algun *desocupado* que formule proyectos. Luego para dar en ellos el voto no hai mas que estarse un poco despierto ¿quién no sabe decir si una cosa es buena o mala? únicamente los tontos, i nadie se cree con derecho de reputarse tal, por miedo de ofender a su modesto amor propio.

Conviniendo pues en que ninguno tenemos *impedimentos dirimentes* para ser diputados, reúnense los partidos, fórmanse las listas i publícanse como dijimos en los periódicos. Los que mas se ocupan de esto son ordinariamente diarios creados *ad hoc*, especies de andamios donde cada partido trepa para lanzar con mas holgura denuestos e improperios al contrario. El público se aficiona entónces repentinamente a la lectura, porque sazonada con tales condimentos, pocos dejan de encontrarla un sabor que despierta el mas vivo instinto del hombre, que Larochefoucault ha formulado con esta terrible máxima «las desgracias del mejor amigo nunca dejan de causarnos un secreto placer;» máxima que aplicada a un caso particular, podía enunciarse diciendo que: la maledicencia es la clave de la armonía social.

Para tales contiendas, los campeones de la prensa política inventan un vocabulario especial, en el que cada palabra es una zaeta destinada a rasgar la reputacion del adversario en cuantos jirones sea posible, mientras que se acuerdan tanto de los principios i convicciones de los candidatos, como el hombre de decir requiebros a su consorte despues de la *luna de miel*.

---Don Fulano no puede ser buen diputado porque su abuelo tuvo un bodegon i su bisabuelo vendia pellones en la plaza.

—Don Sutano, es igualmente inapto para el cargo, porque es calvo i se ha puesto peluca para engañar a los pueblos.

—Don Mengano debe ser un hombre despreciado por la nacion entera, porque anda con un levita mui largo con el fin de alucinar a las pobres provincias, que seguirán inocentes la moda i tendrán que consumir muchísimo paño del que él ha hecho un considerable abarrote en su tienda.

Los candidatos se consideran como mui felices cuando los periódicos políticos se encierran en tan razonada i prudente discusion, i se restregan las manos de contento, recordando que a don Pedro, a don Diego i a don Juan, los atacaron en su vida privada en las anteriores elecciones, poniéndolos no solo a ellos en la picota, sino que tambien a sus mujeres, a sus madres i hasta a sus abuelas, los que en tales casos no gozan jamas del uso perfecto de sus dos ojos.

Con tan activa propagando las *masas* se ilustran en poco tiempo i quedan en un par de meses ventiladas las mas arduas cuestiones políticas i administrativas: cado partido cuenta el triunfo de su parte i los comisionados salen bien provistos de numerario a la compra de votos, mientras que los periódicos lanzan furibundos anatemas contra los que tengan la infamia de vender el mas sacrosanto de los derechos. El pueblo, entre tanto, sube la cotizacion de ese derecho a medida que el dia supremo se aproxima, i los políticos de cada bando vaticinan el resultado de las elecciones segun los datos privados que tienen de las sumas gastadas en azuzar el patriotismo de los ciudadanos.

—Yo creo que los opositores se la llevan dicen en un círculo de hombres de pro.

—No lo crea, amigo, le contesta un pesimista, los ministeriales principiaron a comprar calificaciones mucho tiempo ántes.

—Pero yo sé que los opositores llevan gastada mucha plata.

—No lo crea, si son contados los que dan algo en estos casos ¡I no será mucho que quieran ser diputados sin gastar nada! bonitos políticos!

En estas conversaciones se habla tanto del estado de la opinion como de lo que pasa en la luna; pero todos, sin embargo, se creen en el desempeño de sus altas funciones de ciudadanos i tacharán de nula, mas tarde, la victoria del opuesto bando.

Llega por fin el dia en que el soberano pueblo debe, segun la espresion consagrada, depositar en las urnas el mandato de su soberanía, cuando ya muchos de los que lo componen han reducido a licor su sagrado derecho i depositádolo en la urna de sus estómagos. Desde las primeras horas de la mañana los lugares inmediatos al recinto de las mesas receptoras se hallan ocupados por grupos de ciudadanos de poncho i chaqueta que esperan a los comisionados de cada partido, para ver el que ofrece mas por la calificacion. Allí se habla de los puntos donde las están pagando mejor, se dan las señas de los encargados de la compra i se muestran las listas que las *comisiones directivas* han hecho repartir anticipadamente.

A la hora fijada establécense las mesas i da principio el combate electoral. Una turba de individuos las rodea, levantándose en ese instante una grita capaz de hacer llorar a un sordo.

—Presidente, yo protesto, esclama una voz atronadora.

—Ese no se llama así.

—Sí me llamo.

—No señor, es un paco disfrazado.

—Ese ya votó, es una infamia dejar votar dos veces.

—La eleccion es nula, yo reprotesto.

—Mejor será que declaren haber ganado, si no han de dejar votar a todos.

—Ese ha estado en la penitenciaria: yo lo conozco.

—Señores vocales, Uds. son responsables de estas tropelias.

I al compas de este concierto de voces la muchedumbre se apiña en derredor dela mesa, se empuja, codea, grita, suda, brinca, se pisa, da golpes, jadea, apostrofa al presidente i a los vocales, recula para volver con mas fuerza, se precipita sobre la urna en oleadas amenazantes i forma en fin la mas confusa i descomunal batahola que sea posible imajinar. Durante este tiempo, los comisionados de cada partido van i vuelven conduciendo a los del *soberano* que acaban de vender su voto o de recibir una calificacion cualquiera con la que van a influir en los destinos de su pais, mientras que en ellos viene ya influyendo el jeneroso vapor del *anizado* o de la *baya*. Muchos de estos, bien entendido, llevan a tal punto su decision por la prosperidad de la patria que no trepidan en presentarse a votar por un partido cuando acaban de servir al otro.

Estas escenas, i las que orijina la fuerza armada a que los señores de la mesa apelan al cabo de poco rato, en las que los culatazos i golpes se distribuyen con arrogante profusion, se repiten idénticas en todas las mesas electorales, con mui pocas variaciones. Los comisionados, que son los héroes de la jornada, conducen al pueblo de un punto a otro, lo animan i entusiasman con dinero i discursos, inflamándose el sagrado amor a la patria de los ciudadanos con mucha mayor enerjía i prontitud por medio del primer espediente que por el segundo.

Así pasan las horas del dia en medio de la ajitacion i el tumulto, leyéndose proclamas i comentándose los incidentes que tienen lugar en cada mesa, hasta que llega la hora del escrutinio. Al dia siguiente repítense las mismas escenas i resultan por fin nombrados los lejisladores del pais, llamados por el voto del pueblo a dirijir sus destinos.

Evitamos mayores detalles de tan delicado asunto, porque no queremos herir las suceptibilidades de nadie i creemos que sin mas comentarios dejamos probado lo que al principio dijimos, para todo el que quiera sacar las consecuencias de la pintura que con fidelidad hemos tratado de hacer.

Agosto de 1859.

NADIE.

A la naturaleza del oriente de Bolivia.

(Inédita.)

Al rasgar con furor la mar su seno
He visto aparecer el negro abismo
Debajo de mi planta:
Encrespada la ola turbulenta,
La he visto levantar en la alba espuma
El soberbio bajel, cual leve pluma.
He visto el Illimani i el Sorata,
En nocturna tormenta,
Al rápido fulgor del rayo ardiente,
Cual inmensos fanales que colgára
De Dios la mano en el celeste dombo,
Mas nada iguala al cuadro que contemplo
En éstasis divino embebecido.
Coronado de selvas tan antiguas
Que de la creacion los años cuentan,
Inmensurable el llano
A lo léjos remeda al océano.
En su torcido curso
Como serpiente que los polos toca,
El caudoloso rio se presenta,
Lento arrastrando su onda amarillenta.
Hermosa poesía,
No es la del hombre, sin colores, fria,
Sucesiva, sin luz, sin movimiento,
Sino viva, brillante, simultánea,
Divina poesía,
Creacion do se muestra
Del Poeta inmortal la fantasía.

Aquí, colinas, llanos i florestas
En donde reina eterna primavera:
Allí, hondos valles dó en menuda lluvía
El agua cristalina se desliza
De la escarpada altura,
Por la verde i florida colgadura
Que la roca entapiza,

Aquí la muda soledad impera:
El aura no susurra
En la selva callada i solitaria:
La canora avecilla
En las franjadas flores no se posa
De fresca pasionaria:
Del volador insecto no se escucha
El sordo i melancólico zumbido,
Ni el arrullar de la torcaz sentido.
Aquí es todo silencio i todo sombras:
Del astro rutilante
No se mira la luz pura i brillante:
Aquí el cuadro retrata
Esos dias sombrios en que jime
El corazon en soledad ingrata.

Allí se muestra al ojo deslumbrado
Un cuadro diferente,
Magnífico, encantado panorama
Do su inflamada lumbre el sol derrama.
Entre juncos, adelfas i jazmines,
Murmurando desata
El limpio arroyo su raudal de plata,
El colibrí, el matíco,
El ruiseñor, el tordo i el jilguero,
En notas melodiosas,
Al aura dan su no aprendido canto.
Las pintadas i bellas mariposas,
Cual voladoras flores,
En jiro irregular el aire hienden,
Sus primorosas galas
En el matiz mostrando de sus alas.

Aquí la palma, el ceibo, el cocotero,
El guapurú, el ambaibo,
El nogal, el naranjo, el limonero,
Su copa aérea hasta las nubes yerguen:
Enlazados de plantas trepadoras,
I ostentando su fresca lozanía,
A las aves ofrecen
Habitacion en la enramada umbría.

Allí la selva secular ornada
De festones de varia enredadera
Que se esmalta de flores
De bellos i suavísimos colores,
I la alegre pradera
De perfumadas flores alfombrada,
Forman el templo augusto que consagra
La creacion a Dios, a quien ofrece
Deliciosos perfumes por incienso,
I por ofrenda el fruto delicado
Que el estival calor ha sazonado.

Como ardiente pasion, ciego, impetuoso
Aquí el torrente, de elevada roca,
Se lanza en el abismo, do fenece
Domado su furor, como perece
La ilusion que ha tocado
Del desengaño el término funesto.
Mas léjos corre manso el claro rio
Entre flores cruzando la espesura,
Como corre la vida sosegada,
Cuando con mano pródiga el destino
La copa ofrece del placer colmada.

Es bello contemplar bajo este cielo
A la naturaleza en la mañana
Teñida de oro i grana.
En el oriente, ved, engrandecido
Del sol el disco ardiente
Cual si en estas rejiones no bastára
La luz con que colora
Otros mezquinos climas, do aparece
Pálido, triste, frio, oscurecido.
Aquí, centro de luz radiante i clara;
Domina en el espacio
De rubí engalanado i de topacio.
Cuando brillante en el zenit se muestra,
Contra su rayo intenso el pajarillo
Busca la sombra grata:
Solo el cóndor i el águila su vuelo
Levantan hasta el cielo.
En la serena i deliciosa tarde
Lento lleva su carro
Al lejano confin del occidente,
Donde oculta su frente.

El solitario véspero su rayo
Sustituye a la llama
De la antorcha del dia, en cuya ausencia
El orbe desfallece en el desmayo.
Dulce melancolía
Se apodera del alma: el universo
De una dicha falaz que ya no existe
Con muda voz nos habla:
Con lo pasado enlaza lo presente,
I aun en el negro porvenir se lanza,
I nos habla de májica esperanza:
Su palabra postrera i elocuente
Encaminada al hombre
Es del Eterno Ser el santo nombre.

Teñida de cármin muestra la luna
Su refuljente esfera;
Su hermosa claridad que se retrata
En el terso cristal de la laguna
Baña la sierra, el bosque, la pradera.
Las estrellas del austro resplandecen:
El mar azul del cielo
De Argos la nave cruza luminosa.
Mas de improviso electrizadas nubes
El éter oscurecen.
Descuélgase la lluvia estrepitosa:
Del trueno el estampido,
El rujir del jaguar, el estallido
Del árbol que desgaja
El huracan en su funesto vuelo,
La voz de la tormenta, en un concierto
Infernal i sublime se combinan,
Solo el brillar fosfórico del tucu
I la luz del relámpago interrumpen
Del cielo i de la tierra la tiniebla.
En medio de esta escena aterradora
Aun el hombre mas fuerte
Tiembla al ver el aspecto de la muerte.

¡El hombre..! ¿Qué es el hombre aquí delante
De este grandioso cuadro?
En el espacio un punto imperceptible,
I en el tiempo un instante;
Mas la razon, presente de Jehová,
Engrandece al mortal: ¡Naturaleza!
Ella admira tu pompa i tu belleza:
Admira, mas no adora; porque solo
Delante de tu autor se postra muda
I en santo acatamiento le saluda.

MANUEL JOSÉ CORTÉS.

—

Crónica de la quincena.

EUROPA.

La cuestion italiana continúa siendo la gran preocupacion de la Europa.

Como no era de esperarlo, la cruzada franco-sardo va realizando sus propósitos con maravillosa rapidez i no poca felicidad.—Desde que los austriacos iniciaron la lucha pasando el Tesino no han hecho mas que perder terreno. De esta suerte la campaña italiana va siendo para los aliados un glorioso paseo i para los austriacos una série no interrumpida de tristes i hasta vergonzosas retiradas.

Despues de la batalla de Montebello, en la que, apesar de todos los partes i boletines del Austria, el campo quedó por los franceses, han obtenido los aliados dos nuevas victorias aun mas incontestables i de mas inmensos resultados: las de Magenta i Melegnano.—La primera ha dado por resultado la evacuacion de Milan por los austriacos, i la segunda la de Pavia i Lodi i el repaso del Adda.

Cada triunfo de los aliados dá nuevo aliento al entusiasmo de los pueblos de la Italia i provoca espléndidas manifestaciones en toda la estension de su territorio.—La popularidad de Victor Emmanuel crece a la par con la fé en la independencia. Por todas partes se le proclama dictador en el presente i rei de Italia para despues de la guerra.

Todo parece hacer aguardar que la nacionalidad italiana, por mas que lo contrario sostengan los pesimistas i dudemos todos, se ha de ver reconstruida tras esta guerra. En la proclama que Napoleon III ha dirijido desde Milan al pueblo italiano se encuentran a este respecto las notables palabras siguientes:—"Si hai hombres que no pue» den comprender la época en que viven, yo no » pertenezco a ese número. A los ojos de la opi» nion pública los hombres llegan hoi dia a ser » mas grandes por la influencia moral que ejercen » que por medio de estériles conquistas. Trato sin » orgullo de alcanzar esa influencia moral contri» buyendo a libertar el mas hermoso pais de la Eu» ropa.»

Mucho se hablaba de bases para un arreglo entre el Austria i los aliados, presentadas por la Rusia, i que el emperador Napoleon no estaba distante de aceptar. Sin embargo, tales bases no pasaban de un rumor, obra de las presunciones de la diplomácia. Si Napoleon III, entrará en arreglos en este momento perdería la mas bella ocasion de consolidar su poder, de dar a su dinastía el prestijio de la justicia i del bien. Luis Napoleon necesita hacer olvidar el dos de diciembre, i que mejor medio que dar la libertad i la independencia a un pueblo tan simpático i grande como desgraciado.

Sea lo que quiera de estos ruidos, lo que hai de cierto es que el Austria concentra sus fuerzas en el Mincio, para esperar en tan fuerte posicion a los ejércitos aliados, que no se harán aguardar.

Apesar de la no interrumpida sucesion de batallas libradas la guerra va aun larga.—Se asegura que Napoleon ha pedido a Francia nuevos refuerzos.—Esto desmiente hasta cierto punto los ruidos de su próximo regreso a Paris. ¿Cómo abandonar la Italia cuando el éxito de la campaña aun no es indudable?—De otra parte no hai nada a lo que se traspira que pueda hacer indispensable su presencia en Francia. Esta, apasionada por el estrépito de las armas i celosa de su honor está mas dispuesta que nunca a sostener a su emperador. Que tras la guerra surjan complicaciones, es posible; pero que mientras sus ejércitos se baten piense en otra cosa que en seguir anhelante todos sus movimientos, es no conocerla.

Por otra parte, si la Prusia, como se asegura i parecen manifestarlo las medidas militares que toma, se compromete en la guerra italiana, esta se complicará aun mas i hará todavia mas necesaria la presencia de Napoleon en medio de sus ejércitos.

Fuera de la caida del ministerio Derby i de la vuelta al poder de lord Palmerston la vida interior de los diversos estados europeos ofrece poco o nada de notable.

Mucho se conjetura sobre la táctica que adoptará el ministerio Palmerston en las complicaciones actuales.—La situacion de la Inglaterra es triste i bien secundaria en estos momentos. Ella que hasta hace poco se consideraba i era tenida por árbitra en los destinos de la Europa i el mundo, se encuentra ahora casi olvidada i teniendo que asumir el rol bien secundario de potencia neutral, cuando los destinos de la Europa están jugándose dia por dia en los campos de batalla. ¿La sacará lord Palmerston de esta situacion?—Hé aquí lo que nadie se atreveria a asegurar.—La estrella de la fortuna palidece o se eclipsa en el momento menos esperado. El mundo por mas que en contrario se diga va llegando a una época en que la espansion, la jenerosidad i la abnegacion son solo capaces de gobernarlo i dominarlo. El egoismo va en fuga.

AMÉRICA.

Poco de notable ofrece la vida de los estados americanos en la pasada quincena.

Los Estados-Unidos compran i venden, i sueñan con protectorados i anexaciones.

Méjico sigue buscando una salida a su situacion anárquica.

California prospera.

Las repúblicas de la América central van camino del progreso.

Venezuela cobra cada dia mas fé en la democrácia i la libertad.

La Nueva-Granada vive alerta contra los cons-

piradores del poder, que no cesan de tramar el menoscabo de sus libertades.

El Ecuador se prepara a la guerra.

El Perú continua sofocando pronunciamientos i mostrando el puño cerrado al Ecuador.

Bolivia espera de Linares, lo que Linares no sueña darle:—un congreso.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

A. C. J.

Cancion.

¿Es verdad, es verdad que en tu pecho
El amor ha encendido su llama,
I la intensa pasion que me inflama
Sabrás tierna i constante pagar?
¿O tus lábios, acaso, me dicen
Lo que tu alma jamás ha sentido,
I te gozas en verme rendido
Sin que premio a mi amor pienses dar?

Pero no: creer no puedo que intentes
Engañarme con dulces promesas,
Que no pueden finjirse ternezas
Que inspirar solo sabe el amor,
Bien pudieran mentirme tus lábios
I engañarme pudieran tus ojos,
Pero no los preciosos sonrojos
Que en tu rostro dibuja el candor.

¿Mas por qué temerosa vacilas
I no dejas te estreche en mis brazos,
I nos unan al fin esos lazos
De feliz i perpétua pasion?
Si probaras tan solo una gota
De la hiel que en la duda yo apuro,
No sabrias decir, te aseguro,
Si vivir puede así el corazon.

¡Dáme, dmáe a gozar el encanto
Que el amor en mis sueños retrata;
La existencia, en ventura mas grata,
Imposible es que pueda gozar!
Son, entónces, la pena i la angustia,
Falsas sombras de un triste delirio;
I es el mundo la copa de un lirio
Que se entreabre, la aurora al brillar.

¿I no has visto en la flor perfumada
Como terso se posa el rocío,
I prendido en el suave atavío
La regala existencia mejor;
I al nacer la hechicera mañana
Ese rayo fugaz que la envia,
De su cáliz, en dulce ambrosía,
Convirtiendo el oscuro licor?

Pues así sobre el alma, i mas grato,
El placer delicioso se anida,
Siempre al alma llevando mecida
Como en alas de bella ilusion;
I ese rayo de amor que la abrasa
Como puro aromático aliento,
Es de todo el divino alimento
Que esa vida le dá al corazon.

Estrechémonos, pues, tiernamente
I dejemos la triste existencia;
Do el amor no derrama su esencia
Nunca asoma siquiera algun bien,
Paguen otros allá con su llanto
Al sufrir abundantes primicias,
I los dos, entre finas caricias,
Transformemos el mundo en Eden.

Agosto 9 de 1859.

RAFAEL SANTOS.

Ecos de la semana.

Santiago, agosto 12 de 1859.

SUMARIO.—*Pérfidas como las olas.*—El despotismo del tiempo.—La guardia cívica agostada.—*Recuerdos de Californiia.*—La estratejía europea i la diplomácia nacional. —Los maestros de Proudhon. —Semana teatral.

Shakespeare, que llamó a las mujeres *pérfidas como las olas*, pudo llamarles con igual razon pérfidas como las nubes, sin que por eso tuviese razon para llamarlas pérfidas. Nada es tan profundo, en verdad, como la perfidia del océano, espejo de los cielos i sepúlcro de los mortales, i la perfidia de la atmósfera, que ya matiza la túnica céleste con la púrpura i topacio de sus celajes, o batiendo la tierra con violento chaparron disuelve i amasa el fango, i como el miércoles de ceniza, recuerda a la especie humana su comun oríjen; pero la perfidia del bello sexo es otra cosa. Los hombres, que se han apropiado el derecho de hacerlo todo hasta el diccionario de la lengua, han hallado en la perfidia femenina una palabra salvadora i fecunda que encubre sus miserias, disculpa sus flaquezas i los consuela de sus reveses. Esta cómoda palabra es la clave universal de que se sirven para traducir los misterios de la pasion i justificar las traiciones de su amor propio. La vanidad masculina se cree o, a lo ménos, se dice siempre engañada, pero jamas se confesará vencida. El pretensioso galan que hace su provision de ternezas en la retórica i vé contrariado la ineficacia de los tropos; el importuno amador que cree candorosamente en la infalibilidad del adajio: *quien persevera alcanza*; i el seductor avieso cojido en la red de sus propios ardides, son otras tantas víctimas, no del gusto aca-

démico, o de la tenacidad impertinente, o de la astucia burlada, como habria motivo de sospecharlo, sino de la perfidia de otras tantas mujeres. Para los enamorados la perfidia es como la falta de municiones para los jenerales en jefe, que con este argumento esplican satisfactoriamente cuanto hicieron a medias i cuanto dejaron de hacer. Los gobiernos tambien poséen otras dos frases parecidas, aunque un tanto desprestijiadas: la salud del estado i el bien del pais. Imparcialmente analizada, la perfidia del bello sexo no es mas que una ilusion que se crea la vanidad del hombre para satisfacer su despecho, i si la perfidia del tiempo no fuese mas verdadera, seguro está que hubiésemos tenido en la semana dias nublados, noches oscuras, sol de menos i agua de mas, con todas sus lastimosas consecuencias. Pero la perfidia atmosférica es mui positiva i mui real, principalmente en invierno, en que mantiene suspendidos sobre nuestras cabezas sus plomizos nubarrones, como otra espada de Damócles. Nuestra republicana independencia, que tan mal avenida se halla con las dictaduras, acepta de buen grado sin embargo el despotismo del tiempo, que en este tiempo es el mas crudo despotismo. Nada hai que no esté sometido a la caprichosa lei de los aguaceros i las nubes, inclusos los tres poderes vijentes del estado. A ellos (a los aguaceros, no a los tres poderes) obedecen sin murmurar gobernantes i gobernados, i si las ranas no se conformaron con tener por rei una viga, nosotros con mas cordura vivimos contentos de tener la lluvia por dictador. En esta época, los vecinos de Santiago lo pasamos con los ojos levantados al cielo, a quien pedimos ya no solo nuestra eterna salvacion sino tambien nuestra libertad civil. Si deséais ir al teatro o a los Linderos, pasear en la Alameda, hacer una visita o bailar en una *soirée*, pedis al cielo que no llueva; si sois diputados, i diputados asistentes, pedis al cielo que no llueva; si teneis una solicitud pendiente que quereis ver despachada, pedis al cielo que no llueva; si llevais entre manos un negocio por concluir, pedis al cielo que no llueva; si aguardais la llegada de una persona querida, pedis al cielo que no llueva: el cielo es hoi en dia el regulador universal de nuestros movimientos, el árbitro supremo de la situacion.

Ni la Guardia nacional ha podido libertarse de esta húmeda influencia. Su glorioso renacimiento, que debió tener lugar el primer dia de la semana, ha quedado diferido Dios sabe hasta cuando. La llovizna del domingo revocó la órden de la Inspeccion jeneral i defraudó las esperanzas de cuantos se preparaban a ser testigos de tan fausto acontecimiento. El hermoso plantel de nuestra milicia cívica, ménos feliz i mas delicado que los duraznos, es de temer que no florezca en este frio mes de agosto.

Así el mal tiempo, coartando la facultad de locomocion, ha condenado esta semana a nuestra capital a la monotonía de los pasatiempos sedentarios. A la cabeza de éstos han figurado la conversacion, como es de costumbre, i la lectura, que no es la mas jeneral de nuestras costumbres.

Pero la lectura ha encontrado un aguijon eficaz en los *Recuerdos de California*, por *Pedro Isidoro Combet*, que bajo este título acaba de publicar la primera entrega de un libro interesante, cuya edicion está ya agotada. Difícil seria darse cuenta de la circulacion fenomenal de esta publicacion, si no se recordase que su autor la ha repartido graciosamente. M. Combet ha querido que su libro fuese ameno a la par que económico, i supérfluo es decir que ha realizado su propósito. Los *Recuerdos de California* se adquieren sin gravámen i se léen con agrado. Escritos con gracia i viveza de injénio, son una relacion animada de las aventuras i padecimientos de M. Combet en su peregrinacion a California, adonde fué a buscar oro i dedonde volvió con un tesoro de esperiencia. En aquella escuela del infortunio aprendió a conocer las funestas consecuencias del hambre i la sed, i restituido a nuestra capital, se consagró desde entónces al servicio de la humanidad hambrienta i sedienta. El almacen de M. Combet es, como sabeis, uno de los órganos mas acreditados del arte de Brillat-Savarin.

En cuanto a la conversacion, no hai que darse mucho trabajo para adivinar las materias combustibles que ha hecho arder. Los recientes lances del drama italiano han sido, como era de rigor, el tema mas favorecido por la locuacidad de nuestros círculos. Las batallas de Magenta i Marignan, la intrepidez de los zuavos i de Victor Manuel, las proezas de Garibaldi, los azares corridos por el emperador frances, en una palabra, los eventos i episodios todos de la presente cuestion europea, leidos primero i despues comentados hasta el fastidio, continuan proporcionándonos un curso práctico de estratejia militar, que dia por dia desarrolla nuestras inclinaciones belicosas de un modo mas alarmante.

Concentrándose en un círculo mas local i estrecho, la conversacion se ha ocupado en seguida de propalar el rumor que anuncia un cambio próximo en la política del gabinete. Se asegura que el primer paso que ha de darse en el nuevo camino, es el envio de una legacion cerca del rei de los Belgas. Si así fuese, podriamos decir que se ha puesto una pica en Flandes, sabido, como es, que la Béljica no es otra que la antigua Flandes.

Miéntras que una parte de nuestra poblacion se entrega de esta suerte a los fáciles goces de la conversacion i la lectura, otra, i no pequeña, se vé presa de las mas punzantes tribulaciones. El barrio de Yungay contempla, de algun tiempo

a esta parte, sobrecojido de espanto las crecientes devastaciones de las abejas, que entrando a saco huertas i jardines, no dejan flor a vida, e inmolan a su insaciable codicia plantas i árboles frutales. Parece que estos laboriosos insectos, propuestos tantas veces por modelo a las naciones, desconocen una de las bases fundamentales de la sociedad civil:—el derecho de propiedad. Verosímilmente es deudora la humanidad a las abejas de algunos modernos sistemas de organizacion social. Ellas inspiraron sin duda a Fourrier los falansterios, que tantas analojías tienen con las colmenas, i a Proudhon su famosa máxima: *La propiedad es el robo.* Esto no debe sorprender, si se recuerda que una manzana enseñó ántes a Newton la lei de la fuerza centrífuga. Así es como la naturaleza se complace en abatir nuestro orgullo dándonos por maestros, ora los insectos, ora las frutas. Empero, algunos vecinos de Yungai, que no se hallan dispuestos a recibir tales lecciones ni profesan a las abejas la admiracion que nosotros, han elevado sus quejas a la autoridad, pidiendo la reforma de la constitucion de tan industriosos insectos.

De aquí en fuera, preciso es buscar nuevamente el interes de las novedades en la semana teatral, que tambien ha sufrido la contajiosa influencia de la temperatura.

La importancia de las funciones, su ejecucion i su concurrencia han corrido parejas, siguiendo las variaciones del barómetro. El domingo, un público numeroso llenaba el teatro para oir una lindísima zarzuela: *El Postillon de la Rioja*, que a los encantos de su música viva, graciosa e insinuante, añadía el interes de una feliz combinacion dramática, sembrada de escenas cómicas i oportunos lances. Bien ejecutada, fué aplaudida estrepitosamente. Ni el desempeño fué tan cabal ni tantos los aplausos i la concurrencia mucho menor en la zarzuela del mártes:—*El Duende*, inferior a la primera, si no en la música, a lo ménos en el argumento, falto de movimiento i naturalidad.—Finalmente anoche, en presencia de unos pocos espectadores mojados i mohinos, se ha representado un drama en cuatro actos:—*La gracia de Dios*, que maldita la gracia que le hizo al público. Tampoco su autor cuando lo compuso debia de estar en gracia de Dios.—*Trapisondas por bondad* es una pieza que hace reir desabridamente i acaba por fatigar de risa al espectador.—Es natural que *La Ponchada* hiciese tambien reir mucho a los Españoles veinte años atras.

Merced a las tres zarzuelas cantadas hasta hoi, nuestros oidos empiezan a gustar de la música española, creacion naciente, sin carácter propio algunas veces, pero siempre animada, lijera i simpática.

La Mur i Clapera, a quienes debemos los mejores ratos que nos procura la zarzuela, siguen justificando ventajosamente su reputacion de excelentes cantantes. Tampoco ha desmentido aquella la primera impresion que como actriz produjo en el público, de quien es ya la favorita. Acaso Clapera alcanzaría igual fortuna si se prestase a hacer los papeles de galán i aliviase así a Millan de una carga demasiada pesada para sus débiles hombros.

A las tres funciones de esta semana el baile ha dado su contingente de armoniosos jiros i vaporosas vueltas. La Thierry no se cansa de bailar ni el público de aplaudirla. El domingo en *La Madrileña*, el mártes en *La Araña*, ayer en la *Noche de Boda*, la ha acojido siempre con entusiasmo perseverante.

Tomados en cuenta el gusto de nuestro público i el personal de la compañía que hoi funciona, es de desear que la empresa prefiera en sus exhibiciones la comedia al drama. Poco gustado, como es este último, cuando no pertenece a lo obras maestras del Teatro moderno, la comedia ofrece ademas menos escollos en su ejecucion a los actores con que contamos.—El abundante repertorio cómico de Bréton de los Herreros, alternado con los Dramas de Dumas (padre e hijo) i algunos otros del Teatro frances i del español, satisfarían bien nuestras predilecciones dramáticas.—La empresa, tan dispuesta como está a complacer al público, no pasará por alto esta opinion, bastante esparcida entre los aficionados al Teatro.

Los arreboles presajian hoi la vuelta del buen tiempo. Quiera Dios que vuelva en efecto a reanimar la actividad de nuestra poblacion, devolviendo a las calles la facultad de transitarse, a los paseos la concurrencia, al teatro sus numerosos espectadores i sobre todo sus adorables espectadoras, i las novedades a los periodistas, que no podemos, como el comandante de un cuerpo de guardia, redactar nuestros partes diciendo: *sin novedad.*

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Puntos de suscripcion.

SANTIAGO.—Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes.
VALPARAISO.—Imprenta i librería del MERCURIO.
SERENA.—D. José Domingo Cortez.
COPIAPÓ.—Libreria del MERCURIO.
CALDERA.—Editores del TREN.
CONCEPCION—Libreria del MERCURIO.
TALCA.—Sres. E. i S. Rondanelli.
CHILLAN.—Sr. D. Abrahan Siredey.
LIMA.—Establecimiento del Sr. Ricordi, calle de las Mantas
AREQUIPA.—Sr. D. Manuel G. de Castresana.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Agosto 20 de 1859. Núm. 11.

LA SEMANA.

SANTIAGO, AGOSTO 20 DE 1859.

Cuatro novelas de Alberto Blest Gana.

Pocas sociedades mas faltas que la nuestra de orgullo nacional bien entendido. Lo que es orgullo importuno i añejo, eso sí que no nos falta, nos sobra.

Esto es parte para que muchos errores corran el campo de la opinion, mas libres, holgados i atendidos que la verdad misma. Lo es, tambien, para que el progreso, la vida de casi todas las esferas de nuestra actividad sea lento, intermitente, difícil i en no pocas ocasiones imposible,

En la literatura es donde mas de lleno se han venido dejando notar estos estravíos sociales.

Es jeneral creencia que nada bueno podemos producir. Basta que una concepcion haya nacido en nuestro suelo para que pierda todo prestijio, para que sea mirada de reojo i condenada sin apelacion. Preocupacion! A ella debemos —la esterilidad en el pasado,—el desaliento en el presente,—las dudas en el porvenir.

Asistidos de fé ciega en nuestra impotencia literaria nos echamos a despreciar cuanta creacion no viene garantida por un nombre estranjero.

Pero entre todos los jéneros literarios a ninguno ha cabido suerte peor que a la novela. Epoca ha habido en que se la consideraba parto de imajinaciones enfermas, i en que el vulgo de las jentes no tenia empacho para reir a las narices del que de tan lastimosa manera perdia su tiempo.

I miéntras tanto ¿qué hacíamos i qué hacemos?—Leer las mal traducidas i muchas veces insípidas novelas que, por conducto del *Correo de Ultramar*, nos envian los *traditores* españoles.—Esas novelas vienen firmadas Dumas, Sue, Jorje Sand, Feval, Emmanuel Gonzalez, i esto nos basta. Sobretodo su accion pasa en Paris, en Londres o en Marruecos, i no en Chile. Porque hai otra creencia—i es que nuestra sociedad es la mas prosáica del mundo, como si todas las sociedades no lo fueran: prosa es la vida en Chile como en Paris, como en Londres i Pekin.

Pero si en todas partes la vida es prosa, en todas partes, tambien, encierra el corazon tesoros de poesía que nada basta a agotar.

Para negar a la novela la entrada en una sociedad, es necesario empezar por negar el sentimiento, la pasion. Donde existen, la novela i el drama son posibles porque coexisten con ellos.—¿Por ventura no se siente, no se llora, se rie, se ama, se odia, se padece i goza en América como en Europa, en Santiago como en Paris?—Bajo todas las latitudes el hombre es siempre la misma mezcla de bien i mal, de grandeza i pequeñez; es leal o traidor, derrochador o avaro, jeneroso o miserable, compasivo o cruel, ánjel o demonio.

Rompamos alguna vez con errores que nada justifican, que no tienen otro apoyo, otra razon de ser que el desprecio de unos, la indiferencia de otros, la ignorancia de no pocos i la punible apatía del mayor número.

En medio de la tristeza, de la monotonia, de lo conventual de la vida de Santiago, es casi cierto que no corre dia sin que mas de un drama ignorado se realice. Es verdad que no habrá en él ni condes, ni marqueses, ni lores, ni banqueros, ni millonarios, ni escribanos a lo Ferrand, ni hipócritas ambiciosos a lo Rodin, ni malvados como el Maestro de Escuela, ni monstruos como la Lechuza, ni niños deformes de alma i cuerpo como el Rengo, ni caballeros de industria como San-Remy; pero eso no quita que entren en campaña grandes pasiones, que haya cruda lucha de encontrados afectos, que haya drama, en una palabra.—Lo que puede ser que nos falte son las esterioridades de la novela, el fondo nó; ese no falta en parte alguna.

Pero ya esta cuestion ha pasado en autoridad de cosa juzgada desde la aparicion de las cuatro novelas de Alberto Blest Gana. Ellas son la mejor i mas espléndida defensa que hacerse puede de la novela nacional.—¿Qué dirán ahora los pesimistas de la literatura si se toman el trabajo de hojear esos dos volúmenes que nosotros hemos devorado?

Las novelas de Blest Gana parecen escritas de propósito para vindicar a nuestra sociedad de su tan gritada i compadecida esterilidad.—Todas las figuras que dibuja en sus cuadros no tienen un pié, ni una pulgada mas que cualquiera de los vecinos de nuestra buena capital: cuanto les rodea es prosa. El mundo en

que viven, los círculos que frecuentan son los mismos que frecuentas, tú lector, i yo: mundo insípido, círculos donde la vulgaridad está a la órden del dia, donde se bosteza mucho, se juega malilla i cada uno se ocupa en martirizar a los demas. En una palabra, cada uno de esos cuadros es un daguerreótipo de nuestra sociedad, solo si iluminado con los colores de un rico estilo.—I sin embargo, ¿quién se atreveria a negar que todo eso es interesante sin hacer un agravio al arte?

Esto se comprende. Blest Gana no va a buscar los efectos de sus cuadros en las circunstancias esteriores, los va a buscar en la espresion, en la fisonomía que dá a sus personajes. De aquí el que la materia tenga poca o ninguna influencia en el éxito de sus creaciones. —Presenta siempre ante los ojos del lector al hombre moral : son sus sentimientos, sus ideas, sus pensamientos, sus pasiones en lucha, sus impresiones mas fujitivas las que hacen todo el gasto. I qué delicadeza de observacion, qué maravillosa facultad de adivinacion en algunas escenas, qué pinceladas tan maestras i felices para comunicar cuerpo, vida i movimiento al personaje que retrata!—Cuando se termina la lectura de una novela de Blest Gana, uno cree haber conocido a sus personajes, haber vivido en su intimidad.—La ilusion es completa.

Sin embargo, preciso es confesar que la escrupulosidad de nuestro novelista para delinearnos sus figuras, para seguir paso a paso las alternativas, el constante ir i venir de la pasion ; para no dejar nada al lector por adivinar, ni la arruga que surca la frente, ni el jesto de impaciencia o de despecho, ni la sonrisa, ni la lágrima furtiva, ni el ai! a media voz, ni el estremecimiento mas rápido, ni el tono con que cada palabra es pronunciada, ni el menor incidente de su vida presente i pasada, suele dañar de vez en cuando a la desembarazada marcha de la accion i perjudicar de algun modo al interes.

Blest, como Balzac, su maestro, parece se cura poco de las horas, se toma todo el tiempo que cree necesario, sin acordarse para nada del lector. «Quiere escribir la psicolojía de la sociedad; penetra hasta el último pliegue de la conciencia (1).»

Con todo, pecado es ese de que pronto se le absuelve, porque donde falta la accion sobra la observacion, donde la imajinacion reposa se presenta la razon ataviada con todos los esplendores del estilo.

De las cuatro novelas de Alberto Blest Gana, la mas superior por la concepcion es, sin disputa,—*Juan de Aria*; por el desarrollo,—*El Primer Amor*; por la belleza i pureza de los rostros, por la suavidad de las tintas,—*Engaños i desengaños*. *La Fascinacion* es un estudio feliz del poder, de la inmensa i fecunda influencia del amor sobre las grandes creaciones del arte ; es una prueba de que el sentimiento es la mitad del jénio.

En desacuerdo andan las opiniones de los hombres de gusto i de crítica en lo que al mérito de *Juan de Aria* respecta. Quien la juzga, como nosotros, la creacion mas orijinal de nuestro novelista, quien sostiene un parecer del todo encontrado.

Cuando se sentencia sobre *Juan de Aria* por la impresion de una primera lectura, es con verdad difícil informar favorablemente. Esto nace de que si la concepcion es feliz el desarrollo es desgraciado. Los personajes del cuadro son hermosos; pero están vestidos con un traje impropio i pobre, lo que casi echa por tierra toda belleza en el conjunto.

Blest es ante todo observador, hombre de razon, que busca sus efectos no en el mundo de los sueños sino en el mundo de la realidad con toda su prosa, con toda su miseria, con toda su pequeñez i toda su vulgaridad.—Esto, que es sin duda una de las grandes cualidades de su talento, es lo que mas daño ha hecho a su *Juan de Aria*. En novelas de ese jénero es necesario que la imajinacion tome la delantera a la razon, lo imposible a lo posible, la mentira a la verdad, el corazon a la cabeza. Se necesita no del estilo reposado del anatomista del corazon, sino de ese estilo fogoso, rápido, cortado, lleno de fuegos si fatuos brillantes, de constantes luces i sombras que vienen i van, cruzan, corren, vuelan, de ese estilo que es enjendro lejítimo de la imajinacion.

Pero entrando en el fondo de esa novela, todo cambia. *Juan de Aria* es la vida: empezamos riendo i concluimos llorando.—Juan i el Mayor, los dos protagonistas de la novela, son dos personajes que visten, andan, comen, rien como buenos habitantes de este bajo mundo, i que sin embargo tienen algo de misterioso en su voz, en su andar, en su sonrisa.

Juan de Aria es la juventud, la ilusion, el Mayor es la edad viril, la realidad persiguiendo a aquella, agostando sus mas bellos brotes.

Juan de Aria ama,—ahí está el Mayor para nublar el cielo de su amor.

Juan de Aria rie,—ahí está el Mayor para helar la risa en sus lábios.

Juan de Aria corre tras la felicidad,—ahí está el Mayor interponiéndose en su camino.

Juan de Aria cree haberla alcanzado por fin,—ahí llega el Mayor para arrebatársela.

Este perenne contraste, esta lucha entre la realidad i la ilusion, entre la sombra i la luz, entre la duda i la crèencia, entre el bien i el mal que forman el tejido de la asendereada existencia humana, es a nuestro entender difícil personificarlo mejor que lo que Blest lo ha hecho en su *Juan de Aria*.

Donde Blest está en su verdadero centro, donde domina, avasalla, esclaviza i desbarata todas las dificultades, es en su *Primer Amor*. Si el argumento de esa novela no es tan nuevo como el de *Juan de Aria*, si no hai en ella

(1) Eugene Pelletan, *Heures de travail*, t. 1, p. 104.

figuras tan simpáticas como en *Engaños i desengaños*, hai en cambio una admirable firmeza de líneas en el trazo de las figuras, un empleo siempre feliz i a veces maravilloso de la luz i la sombra.---No hai una escena en *El Primer Amor* que no sea la realidad; pero la realidad evocada, llamada al movimiento, a la vida por la májica varilla del estilo.---¡Qué abundancia de profundas reflexiones, qué naturalidad en las situaciones, qué lójica en la marcha i desarrollo de la accion! Todo sucede como no podia ménos de suceder.

Pero Blest no ha dicho aun su última palabra. Sus obras manifiestan que no se duerme sobre sus laureles i cree en el estudio i en la vigorizacion de la intelijencia por su medio.

De *Engaños i Desengaños* de pobre, amanerado i difícil desarrollo al *Primer Amor* hai de por medio todo un mundo de observacion perseverante, de labor intelectual, paciente i concienzuda.

Constancia en el presente i fé en el porvenir es lo que pedimos a nuestro novelistá.

Quien ha creado *El Primer Amor* no es ya un neófito del arte, es uno de sus caballeros que puede romper lanzas en su pró en campo abierto i sin temor de verse desarzonado.

Ya es tiempo de que rompamos las ataduras de la preocupacion, que no dudemos de la amplitud a que puede i debe llegar nuestro horizonte literario i tengamos buena voluntad para acojer, protejer i animar a los talentos que se alcen.

¡Qué la intelijencia sea una felicidad i no una desgracia!---Qué de hoi mas solo quede encomendado a los imbéciles el armarse contra ella!

Lo que nos falta para conseguirlo, es fé en el talento.

Busquémosla!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Poesía i familia.

ARTICULO DOMESTICO.

No es en Chile un beneficio la literatura i apenas si alcanza a constituir un placer; siendo las mas veces el cultivo de planta tan estéril, la satisfaccion de una manía, como tantas de las que trabajan el ajitado cerebro del hombre. Empero mui pocos de los que con tal inclinacion han nacido, se cuidan de arredrarse al saber que aun no florecen en esta tierra los laureles con que la gloria corona a sus venturosos hijos, ni paran mientes en que los trabajos de imajinacion nunca pueden reducirse a numerario. Modestos aspirantes al cultivo intelectual, todos se contentan con las pasajeras satisfacciones de alguna alabanza recojida de paso, con el aprecio de mui pocos amigos i con una aspiracion vaga i acaso sin forma, de pasar algun dia a la posteridad: esto último, nos hace recordar aquello de un individuo a quien un periódico tuvo la descortesía de llamarle *ñato:*

—Nada se me dá que lo digan aquí, esclamó él, al ver el brusco ataque del diario hostil a sus narices; pero ¿qué dirán en Europa?

Se nos figura que la posteridad se ocupará tanto de nosotros, como el viejo mundo de la desgraciada faccion de aquel individuo.

Sea como fuere, nosotros nos contentamos con algunas lijeras señales de aprobacion, talvez porque ignoramos lo mucho que jeneralmente se nos critica por *perder* el tiempo, i seguimos con nuestra pluma a cuestas, figurándonos modestamente que vamos camino de la gloria en derechura.

A esta clase de vivientes pertenece un mi amigo de quien puede decirse que es líterato de nacimiento, así como tantos nacen sordomudos. Pedro, cultiva el comercio de las musas con una decision digna de mejor suerte i de mas productivo suelo que el que el sol de estas rejiones alumbra i en muchas ocasiones la llama vacilante de una vela, que ha consumido ya la última gota de *estearina,* le avisa que la noche está a punto de terminarse, sin que él se haya acordado una sola vez, que es preciso dormir para ganar el pan del dia siguiente.—Porque Pedro es pobre, como la mayor parte de nuestra jente de pluma, que los favorecidos de la suerte tienen hartas cosas de mas provecho en que pensar.

Hallábame en dias pasados bajo la melancólica impresion que las tardes de invierno arrojan en el espíritu, si este no es, sobre todo como el mio, mui propenso a risueñas ideas, cuando veo de golpe abrirse con estruendo la puerta de mi cuarto i penetrar a Pedro como una flecha, cerrándola tras él con una precipitacion febril, que desmentia sus hábitos pacíficos i moderado carácter.

—¿Qué hai? díjele al instante con cierta inquietud ¿qué te sucede?

—Vengo huyendo de la algazara de mi casa, me dijo arrojándose sobre una silla; allí no se puede estar despues de comer, cada niño grita mas que un actor en la escena del puñal de un drama romántico i quieren tambien que los acompañe a jugar.

Pedro es casado i es padre de cinco niños, a los que tiene la debilidad de criar regalones.

—Pero hombre, le dije; cálmate, la desgracia no es irreparable, porque con salir de tu casa a esta hora.....

—Pero yo no puedo andar todos los dias como el Judío errante, i es preciso que a alguna hora tenga reposo.

—Convengo en que esas *delicias del hogar doméstico* tienen sus inconvenientes; mas ¿qué quieres? ¡al fin eres padre!

—I ojalá no lo fuese tanto, que mas tranquilidad tendria. Ah! tú te imajinas que esta es talvez una desgracia mui llevadera! Oyeme, *Nadie*, voi a hacerte juez: tu verás si no he menester para estar tan tranquilo, como estoi, de la paciencia de tres santos i acaso mas.

—A ver.

—Con hacerte la relacion de lo ocurrido el dia de hoi me hallarás razon i acaso me compadecerás.

—Ya te escucho.

—Esta mañana dejé la cama alegre i animado, pues en la noche conclui de arreglar el plan del tercer acto de un drama que me puse a escribir en dias pasados. Es domingo, me dije, i tengo el dia libre para escribir a mi antojo. Animado de esta idea almorzé con envidiable apetito, oí misa lleno de devocion i volví a mi casa prometiéndome concluir el acto de mi dráma.

—¿Qué vas a hacer? me dijo mi mujer, a tiempo que iba a tomar la pluma i a releer lo que tenia escrito.

—Voi a concluir el drama.

—Acuérdate que acabas de almorzar i que puede hacerte mal el escribir tan pronto.

—Pero hija, se me pasará el dia.

—¡Qué idea! apenas son las doce. Mira, ven a ver los vestiditos que compré anoche para los niños.

Resignéme i asistí a la exibicion que ella fué haciendo de cada pieza, mientras que en mi imajinacion volvía i revolvía la interrumpida escena de mi drama, mirando maquinalmente lo que mi mujer me mostraba.

Tras los vestiditos de los niños vinieron unos encajes i despues unos vuelos bordados, i unas manguillas, i una cinta, i dos pañuelos, i que se yo cuantas cosas mas, mostradas con tal habilidad que yo no tenía tiempo para interrumpirla. Mis nervios entretanto se crispaban de impaciencia i sentía que las inspiraciones de la noche me abandonaban. En esta ocupacion sonó la una i yo me retiré a mi cuarto, despues que mi mujer salió a hacer algunas visitas.

Sentéme, pues, delante de mi escritorio; tomé la pluma i comenzé a leer. Es preciso que te advierta que estoi en una escena en que un amante desdeñado hace su última declaracion a su querida, porque ha resuelto matarse.

—¡Matarse por desdenes de amor! esclamé interrumpiéndole, hombre, vas a falsear las costumbres.

—¡Ya no sucede ¿no es así? pero ¿qué quieres? no me quedaba otro recurso. Hacerle casarse con otra, por despecho, habría sido mui prosaico; irse al campo a cultivar su fundo, me parece mui comun; que se entre a un convento mui inverosímil: no me quedaba mas que el suicidio i me decidí por él. La detonacion de una arma de fuego es siempre dramática i hace estremecerse a las mujeres.

Arturo, que es el amante.....

—Ah, si se llama Arturo, tiene derecho de matarse; porque en literatura casi todos los que llevan ese nombre son sentimentales e inclinados al suicidio.

—Bueno; Arturo está solo con Clorinda. Te leeré un pedazo.

I diciendo esto sacó un manuscrito del bolsillo i se acercó a la luz que yo acababa de encender.

—Dice así:

«Arturo.
Mi vida ha sido un sueño i un martirio.
Clorinda (*a parte.*)
¡Pobre Arturo. su rostro está mui flaco!
Arturo.
Yo te amaba, Clorinda, como un loco,
Soñando para tí, gloria i palacios.
No es el amor que pintan los poetas
El qué te quieren murmurar mis labios,
Ni la dulce ilusion de un niño tierno
Que a quince años se siente enamorado.
Es un amor que quema la existencia,
Vitriolo agostador, fuego volcánico,
Que hierve en lo interior del pecho mio
Como.....»

—Aquí llegaba, me dijo lanzando el cuaderno sobre la mesa, cuando un ruido atronador de voces de niños me anunció que la familia llegaba de misa con las criadas, i ántes que yo hubiese tenido tiempo de pararme a cerrar la puerta, invaden los cinco chiquillos el cuarto, apoderándose de mis plumas, rompiendo el papel, sacando los cigarros de la cigarrera i luchando todos por subirse sobre mis rodillas, para lo cual los mas fuertes lanzaban a los otros a rodar por la alfombra entre llantos i desesperados chillidos.

—María, Juana, Peta, grité desesperado llamando a las amas, vengan a llevarse estos niños.

Pero todas habian desaparecido, dejándome el cuidado de calmar aquella tormenta infantil que amenazaba dejarme sordo. Necesario me fué abandonar la mesa, jugar con unos, contentar a los otros, quitar a éste mi cuaderno, cerrar el cajon en que otro revolvia los papeles i perder así mas de media hora, hasta que por fin tuve que darles plata para dulces i conseguí dejarlos jugando en el cuarto vecino custodiados por las criadas. Hecho esto, volví de nuevo a mi drama i me puse a leer lo que estaba escribiendo, pero no bien llegaba al último verso, cuando un espantoso grito de la vecina pieza me hace saltar de mi silla i correr a indagar lo que sucedia. Uno de los niños se habia caido de una mesa donde se acababa de trepar i tenia ya un cardenal en la frente. Mojé un papel i lo apliqué encima diciendo a la criada.

—¿Cómo se ha caido este niño?

—No sé, señor, si yo no lo ví.

Jamas una criada vé cuando se cae un niño, ni lo que rompe, ni nada de lo que está pagada para ver. Moderé mi indignacion, viendo que el niño se callaba i volví a mi escritorio donde me esperaba la inconclusa estrofa.

«Es un amor que quema la existencia,
«Vitriolo agostador, fuego volcánico
«Que hierve en lo interior del pecho mio
«Como.....»

La incomodidad me arrebataba el último verso que tenia casi formulado a la caida del chiquillo. No me desalenté, sin embargo, i releí mi estrofa con un teson desesperado, buscando el asonante que se me escapaba:

«Como hierve en la grasa algun pescado.»

me pareció una comparacion vulgar aunque osada i verdadera. No obstante, en vano buscaba: nada se me ocurria sino la misma comparacion que retumbaba cadenciosa en mi cerebro. Ibame a decidir por ella para pasar a otra estrofa, cuando otro de los niños abre la puerta i se me presenta con una manzana en la mano. ¡Una manzana, para un niño que lleva un mes de empacho! Figúrate la desesperacion que se apoderaria de mí! pues no dejó de ocurrírseme que por una manzana estamos todos penando en este lacrimoso valle. Al instante dejé la pluma, olvidé mi verso i salí colérico a buscar a la criada, a la que prodigué las mas amargas e irritadas reconvenciones, decidido ya a dejar mi drama i a quedarme con los niños el resto del dia. Pero el pilluelo a quien acababa de quitar la malhadada fruta dejó de gritar, los otros estaban jugando contentísimos i mi estrofa se puso a bailarme en la memoria, hasta que maquinalmente volví a encontrarme delante de mi escritorio. Releíla por la cuadrajésima vez i al cabo de algunos minutos empleados en volver a posesionarme de la inspiracion pude terminarla así:

«Es un amor que quema la existencia,
«Vitriolo agostador, fuego volcánico
«Que hierve en lo interior del pecho mio
«Como lava que un cráter ha arrojado,»

Pero no creas que tuve tiempo de estampar en el papel mi feliz idea, porque al entintar la pluma se me presentó una de las criadas.

—¿Qué hai? la pregunté, fuera de mí.

—Allí está la lavandera, señor, contestó ella.

—Bueno, recibe la ropa i que se vaya.

—Es que quiere llevar la *puerca*.

—Que se la lleve i me deje en paz.

—Pero hai que apuntarla i la señorita no ha llegado.

Me paré apelando a toda mi paciencia, presencié la cuenta de la ropa con una resignacion estoica de la que me creía incapaz, apuntando cada pieza escrupulosamente. Esta operacion se terminó por fin i volví a mi cuarto felicitándome de haber terminado la estrofa. Mas yo creia haber escrito el último verso i al leer ví que ni lo había escrito, ni lo recordaba tampoco. Nueva lectura i nuevo afan para recordar el verso que vino a sorprenderme en una de las molduras del techo, cuando alzaba los ojos en busca de la inspiracion. Mas no te figures que pude escribirlo, porque apenas concluia la palabra *lava* cuando la criada se presentó de nuevo.

—¿Qué hai todavía? grité saliendo de quicio i sintiendo agotada la paciencia.

—El *material* para la lavandera, señor, dijo ella, con una sangre fria que acabó de desesperarme.

—Yo no entiendo de eso, esclamé exasperado, que espere a la señora i se entienda con ella.

En ese instante llegó mi mujer, arregló el asunto i volvió a mi cuarto cuando yo terminaba la cuarteta. Pero ya era hora de comer i en vano quise continuar.

Tuve que ir a la mesa i doblar mi cuaderno, con el desconsuelo de haber empleado un dia para una sola cuarteta.»

Consolé a Pedro como pude i se despidió de mí, prometiéndose concluir el acto en esa misma noche i dejándome maravillado de su perseverancia literaria.

Agosto de 1859.

NADIE.

¡ Gloria !

Al eco de la gloria despierta el alma mia
I se arde en ígnea llama de noble inspiracion:
Yo quiero gloria inmensa! i acaso vendrá un dia
En que se embriague en ella mi ardiente corazon.

¿Qué importa si entre sombras mi vida se dezliza,
Si ignota se marchita mi triste juventud?
¿Qué importa, si a mi muerte, fecunda mi ceniza
Hace brotar la palma del fúnebre atahud?

Honores i riquezas que el vulgo nécio anhela
De mi alma no despiertan la mísera ambicion.
Su estrépito brillante arrulla, no desvela
El sueño funerario del lúgubre panteon!

Honores i riquezas son ¡ai! pesada carga
Que en el mar del olvido nos hace naufragar:
Jamas, ni con su espuma que juzgo tan amarga
Salpiquen mi memoria las olas de ese mar!

Jamas! pero oh locura, delirio presuntuoso!
Qué he hecho en mi existencia o qué de grande haré?
Acaso sé, siquiera, del tiempo presuroso
Los dias, los instantes que el aire alentaré!

El tiempo, siempre el tiempo rijiendo los destinos!
I nunca al tiempo, el hombre, haráse superior?
¿Jamas podrá a su marcha cerrarle los caminos
Dictándole, imperioso, sus leyes de señor?

El tiempo! siempre el tiempo! océano infinito!
El hombre te consulta! obedece a su voz,
Responde! aunque retiemblen los mundos a tu grito:
¿Eres acaso el hombre? Eres acaso Dios?

En vano! el eco solo repite mis acentos
Burlando desdeñoso, mi loca vanidad:

Lo verdadero existe? o son los elementos
I el mundo i aun el hombre ruinas de la verdad?

Oh! si es así, del jénio dadme la luz radiante,
Con ella los espacios veloz recorreré,
I nuevo Prometeo, del cielo rutilante
El velo misterioso quizá desgarraré!

Sino, ¿de qué me vale la mísera existencia
Ni a qué admirar mi mente la vasta creacion;
Si no he de hallar un dia su animadora esencia,
Si no ha de comprenderla mezquina mi razon?

Si esta sed de grandeza, si esta ansiedad de gloria
Nunca, ¡terrible idea! satisfecha he de ver,
Apáguese en buen hora la luz de mi memoria
Que ¡imbécil! solo sabe que nada he de saber!

¿En dónde de la gloria se ocultan los misterios?
I cómo de los grandes se llega a la mansion?
Dejadme ir recorriendo en tristes cementerios
Sepúlcros de jigantes que alumbren mi razon!

Aquí una gloria se alza! la funeraria loza
Ostenta en líneas trémulas su nombre: ¡Napoléon!
Parece que el artífice con mano temblorosa
De miedo horrible víctima, grabara la inscripcion!

Oh! cómo hasta la tierra su gloria fertiliza!
Mirad! ya al Cielo alcanzan las hojas del laurel!
No le toqueis! el mundo sus ramas diviniza!
I sangre, sangre humana! a arroyos vierte de él!

Mas ¿dónde las verdades están que al mundo diera?
Oidlas! Esterminio! Muerte! Desolacion!
I el mundo, ¡mundo imbécil! su azote en él venera
I besa a su verdugo con cínica abyeccion!

Oh! no, no es esta gloria la que desea mi alma
Ni este el laurel sagrado que en sueños concibió:
Al tacto de la sangre marchítase la palma!
La gloria es del que crea, del que destruye, no!

Los reyes del Ejipto pirámides alzaron
Para dormir en ellas el sueño sepulcral:
Con sangre de mil víctimas sus piedras afianzaron;
Nególes el Ejipto su lápida inmortal!

I el mundo, el mundo esclavo venera la memoria
Del que a su orgullo insano los pueblos inmoló!
Ciérrense estrepitosas las puertas de la gloria
A aquel que sobre cráneos su templo levantó!

De César i Alejandro los nombres allí miró
Tambien en sangre tintos sus laureles están:
Tambien fué de los pueblos uno i otro, vámpiro,
Los pueblos ¡ai! sus nombres tambien adorarán!

I en medio a tantas sombras ninguna luz siquiera?
Tú no eres mas que lodo justicia terrenal!
Ah! gracias! una losa detiene mi carrera:
Sus letras ígneas dicen: ¡El hombre es inmortal!

Es Sócrates magnánimo, el jénio de la gloria,
El rayo de los cielos que al mundo iluminó:
Aquel que al hombre dijo: Eterna es mi memoria!
Para que la veneres, eterno te hago yo!

Es Socrates! su nombre el alma refrijera;
Hai algo de divino en esta excelsa voz!
Si el Dios que concebiste, mentira, sueño fuera
Tú, Sócrates, del hombre debias ser el Dios!

Postrado ante tu losa, tu sombra veneranda
Revéleme el misterio que anhelo descubrir!
¿Cómo de las tinieblas la oscuridad infanda
Se razga, i cómo llega la mente a concebir?

I tú que en paz reposas, teniendo tu cabeza
Por almohada el mundo que un dia sustentó;
Del astro que en la senda te guió de la grandeza,
Colon! tu muerte acaso, los rayos apagó?

Espíritu sublime! Oríjen de la idea!
Con la llama del jénio ilumina mi ser!
I al asombrado mundo en cada estrella lea
Verdades que hasta ahora no supo comprender!

Si es ídolo la gloria que exije sacrificios
Bien! cúmplase en buen hora en mí su adusta lei,
Desgarren mi existencia los bárbaros suplicios;
¿Qué importa vivir mártir si se ha de morir rei?

Gloria! sin fin mi nombre repita el llano estenso,
Repítanlo los montes, repítalo la mar!
I ondeando en los espacios cual estandarte inmenso
La noche de los siglos le vea fulgurar!

MARTIN JOSÉ LIRA.

Plácemes i pésames.

Siempre me han parecido bastante raras, caprichosas i hasta ridículas las prácticas sociales que guardan relacion con el título de este artículo.

Presumo que los lectores, benévolos o malévolos, han de participar tambien de la misma opinion. Si ellos pertenecen a la raza humana,—lo que Dios me libre de poner en duda,—habrán tenido que rozarse mas de una vez con esa interminable cadena de penas i de goces que marca el sendero de la vida; i ora adquiriendo esperiencia en cabeza propia, ora adquiriéndola en cabeza ajena, pocas serán las faces del dolor o del placer que no les sean conocidas.

Desde que esto sucede, su discrecion responde de lo demas. Estoi seguro que opinando

con las manos sobre el corazon o con las manos en los bolsillos, que para el caso da lo mismo, todos a una han de confesarme que en órden a plácemes i pésames el mundo es una traji-comedia, alternativa de llanto i risa i de risa i llanto, en la que actores i espectadores concurren con igual empeño al exito de la farsa.

Figuremonos sino algunos de los muchos casos que ocurren en el mundo i ellos harán resaltar esta verdad.

Don Roque, hombre de juicio, no solo a todas luces, que así pocos hai que no lo sean, sinó tambien a oscuras, completa las setenta primaveras, sufriendo los rigores de una segunda viudedad. Cuando ménos se lo imajina, un par de ojos traviesos le pican el deseo de prender nuevamente esa maldita antorcha del himeneo, a cuya luz importuna tienen tantas veces de que sonreirse los profanos; i enamorado nuestro viudo en grado heróico i eminente, cásase al fin en forma con la Dulcinea o con la Agreda que su suerte le tenia deparada.

El caso es de parabienes. Los parientes i amigos de Don Roque estan en el deber de celebrar este suceso i de significarle la grata complacencia que produce en ellos su feliz reincorporacion al gremio de los cónyujes.

Durante cinco i seis semanas, el enlace da tema a todas las conversaciones. La notable desproporcion entre la edad de los novios, el jenio díscolo i movedizo de la niña i el inconmovible aplomo del esposo acaban por imprimir en él todos los signos de la *predestinacion*. Las aves de rapiña celebran el augurio i las beatas divisan místicamente tras del matrimonio ciertas conveniencias sociales que lo han acelerado.

Apesar de todo, los amigos i parientes estan, como antes dijimos, en la obligacion de celebrar tan fausto acontecimiento. Para proceder a regocijarse i a cumplimentar a la víctima no falta sino que ella misma les dé parte de su nuevo estado, porque regocijarse antes de este trámite sería invertir el órden de las cosas i faltar a las reglas que la sociedad ha prescrito. Decentemente, ellos no pueden hacer nada mas que posponer el regocijo a la tarjeta o a la visita, i esperar a que llegue una de ambas para alegrarse entónces como se alegra el sacerdote que resa el *aleluya* cuando el maestro de ceremonias se lo apunta.

La etiqueta es inflexible a este respecto: yo sé, vosotros sabeis, todos saben que el museo de novios ha agregado un nuevo bípedo a su coleccion; pero todos, vosotros i yo hemos jurado por la pierna de Mahoma no tener noticia alguna del suceso mientras no venga Don Roque mui peripuesto a referírnoslo. I para llenar esta exijencia social, forzoso le ha de ser salir con sus setenta navidades a cuestas, pregonando su locura i evocando la tormenta de parabienes que está de Dios que caiga sobre su casa para no dejarlo gozar tranquilo de los encantos de la luna de miel.

Subiendo al orijen de las cosas, no seria talvez desatinado creer que nosotros, republicanos como somos, hemos ido a rastrear las prácticas de los príncipes para calcar sobre ellas nuestros usos de simples ciudadanos o, sea si se quiere, de ciudadanos simples. Sabido es que para que se case una princesa, no basta que el cura o el obispo le eche las bendiciones, ni que haga vida conyugal con su esposo, ni que tenga mas hijos que Artajerjes, pues si la cosa se limita a esto i no corren notas en opuestas direcciones, avisando el enlace, soltera se ha de quedar su alteza en el concepto de todos los monarcas i ministros de relaciones esteriores de ambos mundos. Dado el aviso con la oportunidad debida, ¡ay de los que no se alegren ni manifiesten complacencia! que mui luego han de venir cañones a despertar su adormecida sensibilidad; pero si la nota se perdió en el viaje, si hubo por ventura un traspapelamiento o un olvido, todo deber de complacencia cesa i el primer diplomático del mundo podrá salir a la palestra con su archivo, probando i extraprobando que la tal princesa es tan vírjen como las once mil del calendario.

Estas prácticas de las altas rejiones venidas hasta nosotros (*profanum vulgus*) por la via de la imitacion o por la via de Panamá, que da lo mismo, deben haber sido seguramente, como arriba dijimos, las que han quitado a nuestras costumbres esa sencilla simplicidad que tanto echan de ménos los patriotas del año X.

Verdad es sin embargo que llevando la observacion a otros casos de parabienes, no siempre se ha de hallar testas coronadas o usos internacionales a quienes culpar de las formalidades importunas en que estamos envueltos.

El mismo Don Roque, cuyo matrimonio acaba de servirme de *verbi-gracia*, tiene ya un año mas que legar a sus biógrafos. Mui apesar suyo, el almanak anuncia el dia de su santo, que es tambien el aniversario de su bautismo.

Quien quiera que sepa lo que esto significa en el último tercio de la vida, comprenderá hasta qué punto debe estar nuestro amigo satisfecho de su cumple años. Añádase a sus poco alegres reflecciones una jaqueca impertinente que lo molesta i se tendrá en resúmen la idea de su situacion en la mañana del dia de San Roque.

Los amigos i parientes, de quienes he tenido ya el honor de hacer mencion, salen nuevamente a nuestro paso, respirando regocijo por todos los poros de su propiedad. Con la mayor impertinencia del mundo, se han encaprichado en creer que el anciano está de parabienes, i miéntras uno se introduce de rondon en su gabinete disparando una salva de felicitaciones, dos resuelven sin apelacion acompañarlo a comer para beber una copa a su salud, tres mas contratan una banda de

música para ir a tocarle una serenata, cuatro se quedan agraviados porque los sirvientes les dijeron que el señor no estaba en casa, i todos en fin los que por sí o apoderado no han podido solemnizar el acto con su presencia se apresuran a remitir tarjetas para hacer entender a don Roque que están mui al cabo de que pesa un año mas sobre sus hombros.

La tortura es horrible. Cualquier hombre de buena crianza que encuentra una mujer o una cabeza blanca en su camino evita, como importuna, toda conversacion que por nefas o por fas tenga relacion con la edad de sus oyentes. Sabido es que en órden a fechas, la del temblor grande es el máximun a que la urbanidad nos permite estendernos cada vez que queremos interrogar a una crónica viviente.

Sin embargo, i a despecho de estas prudentes consideraciones, no hai hijo de vecino que, llevándose la cuestion al terreno del almanak, como diría un diputado, no se considere perfectamente autorizado para abocarse al mismo Matusalen en persona i darle cordiales parabienes por su cumple-años.

I es todavia lo mas orijinal que ese mismo individuo a quien habrian sobrado razones para calificar de indiscreta toda alusion a la fecha de su bautismo, se siente i se amostaza si alguna de las personas que conoce falta al precepto social de echársela bruscamente en cara el dia de su santo ¿Cuántas amistades no se han cortado—cuántas antipatías no han nacido, por el estravío casual de una tarjeta?

Libreos Dios, lectores i lectoras, de que alguno de vuestros sirvientes, mecido por los vapores de amorosa *baya*, vacie vuestras tarjas un dia de San Juan o de San Pedro en el primer buzon que encuentre a mano! Los Pedros i los Juanes, las Juanas i las Petas que hasta entónces os hubieren mirado como amigos, se creerán lejítima i completamente desligados de la obligacion de celebrar el dia en que nacisteis. I de omision en omision i de desconfianza en desconfianza, tiempo llegará en que aquella funesta incontinencia del doméstico os deje sin Pedros i sin Juanes con quienes cultivar relaciones de amistad!!!!

Ved pues porque he dicho anteriormente que en este valle de lágrimas que atravesamos, todos concurrimos, cual mas, cual ménos, a la representacion de una farsa. La agradable espontaneidad que alguna vez debió presidir a la manifestacion de los afectos ha sido sostituida por trabas importunas que han de acabar con ellos. Determinados están los casos en que es forzoso alegrarse o sufrir, i así como se anuncian con fijeza los eclipses del sol o de la luna, así tambien cada uno conoce al empezar el año los dias en que debe felicitar a los demas i aquellos en que el mismo debe recibir felicitaciones. Por mas que circunstancias adversas, dolencias o contratiempos hagan del parabien una mentira para el que lo da o para el que lo recibe, su necesidad será siempre igualmente imperiosa i nadie podria eximirse de desempeñar al natural el papel que le toque en esa comedia de sonrisas.

Los espectáculos de llanto están tambien sujetos a reglas inflexibles, de cuya observancia ninguno puede prescindir impunemente.

Supóngase que muere doña Brijida, a la temprana edad de noventa años, despues de haber pasado cinco o seis en completo entredicho con sus facultades intelectuales. Solo a un olvido de la muerte puede atribuirse que la honrada matrona no hubiese ido tiempo ha a rendir la cuenta de su juiciosa vida.

Llegado al fin el trance duro, pásalo ella como si fuera blando, que no está su sensibilidad para otra cosa, i deja a sus parientes en tercero o cuarto grado una envidiable longaniza de haciendas, de casas i de minas.

Figúrense ustedes cual deberá ser la pena de esos buenos afines i consanguíneos que vestidos de *punta en negro* se instalan a media luz en los salones de sus respectivas casas i reciben con admirable seriedad el pésame de sus amigos i vecinos. Uno de ellos, pobre hasta entónces de solemnidad, si es que puede haber solemnidad en la pobreza, lamenta con tales muestras de ternura el fallecimiento de la anciana, que cualquiera creería que hablaba la verdad. Otro, usurero de primera fuerza, cara de tres por ciento que acaba de inventariar hasta las sábanas del lecho mortuorio, contesta con ahogados suspiros a las no ménos falsas manifestaciones de pesar que le prodigan todos los hipotecarios, escriturarios i valistas de su dependencia. Cada uno en fin de los miembros de la honrada parentela compone como Dios le ayuda su cara i sus palabras i se cala el disfraz de doliente, sin el cual sería mal mirado aun por aquellos mismos que envidian su cambio de situacion i que, a trueque de esperimentarlo en cabeza propia, serían capaces de desear la desencion a la huesa de todas las señoras mayores de ambos mundos.

Así pues, para cumplir con los preceptos sociales i no dar lugar a que se moteje su conducta, los alegres herederos, o sea los afijidos parientes, necesitan hacer la de Jeremias i hasta darse, mui en ello, por sentidos si algun *bonus vir*, de esos injenuos que abundan en el mundo, les dá campechanamente el parabien en la primera ocasion que los encuentra.

Sin embargo de todo esto, i de lo demas que pudiera decirse contra la poca sinceridad de ciertos duelos, preciso es convenir en que no siempre las apariencias del dolor son engañosas. Casos hai i por desgracia demasiado frecuentes, en que la muerte del padre, del hermano, o del amigo esparce sobre el alma negras sombras i lleva amargo desconsuelo al corazon.

En su impertinente prurito de encadenarlo todo a fórmulas i ceremonias, la sociedad no

ha respetado tampoco esas circunstancias solemnes de la vida.

Quiera que no quiera, el doliente se ha de ver importunado por una turba de compunjidos, tan sinceros en sus manifestaciones de pesar como aquellas plañideras de la antigua Roma a quienes se pagaba para que llorasen en los cortejos fúnebres.

Ni es en buena justicia exijible que semejantes manifestaciones sean ménos falsas. ¿Qué hemos de hacer todos los prójimos sino mentir groseramente ya que se nos pone en la obligacion de protestar sentimiento cada vez que tiene difunto en casa la señora tal o el caballero cual con quien nos ligan someras relaciones?.... Que el muerto haya sido un sujeto apreciable, o bien un *quidam* bueno para el Limbo i nada mas; que deje en el corazon de su viuda el vacio del caso, o que el verdadero vacío fuera él para ella, todo da lo mismo. Tras de la jeremiada del cronista que acompaña a la familia en *su justo dolor*, preciso es que se lance la turba de profanos i que cada uno haga presente a la citada viuda i al hijo i al hermano que están sufriendo una equivocacion, pues es cosa averiguada que la muerte es mucho mejor que la vida; que así lo aseguran los santos padres i otros varios escritores de nota, i que como el finado era tan bueno i tan.... i lo demas, Dios lo ha de tener en su santa gloria, por lo cual deben consolarse algo de la pérdida que ellos mismos les acompañan a lamentar; todo sin perjuicio de reservarse *in pectore* para no acordarse mas de los parientes ni del muerto una vez que el duelo se despida en el zaguan.

Los parientes por su parte, tristes i aflijidos como están, tienen tambien reglas fijas a que amoldar su dolor. Entre otras cosas, exíjeseles como indispensable el rigoroso traje negro con su correspondiente acompañamiento de crespones, aderezos sin los cuales todo sentimiento es imposible. ¡Infeliz de aquel que en lo mas rigoroso del estío deplora la muerte de su padre bajo una bluza color cáscara, o metidas las piernas en blancos pantalones! Sin hacer justicia a la sofocacion que lo acosa, todos hallarán argumentos en los mismos pantalones i en la bluza contra su reprochable insensibilidad. Quémese o no se queme, preciso le ha de ser al acalorado ciudadano llevar sobre su cuerpo las insignias del dolor, exibiéndolas por mas o ménos tiempo, segun la proximidad del parentesco que lo ligaba al difunto. La muerte del padre deberá sentirse por seis meses, la del hermano por tres i la de la mujer o del marido hasta nuevas bendiciones. Durante estos plazos fijados al pesar, o por lo ménos a su manifestacion, los bailes i los paseos no serán fruta vedada para el doliente con tal que la costurera o el sastre llenen con la debida exactitud sus negros deberes.

I es lo peor del caso que al materializar los afectos del alma, no se ha tenido ni siquiera el tino de elejir partes nobles en donde estampar la muestra de la pena. Un lazo negro sobre el corazon pudiera talvez tener algun significado para los análogo-maniáticos; pero, poner mostacilla oscura en el pescuezo del sacerdote, crespon en la sangradura del militar i, lo que es todavía mayor abuso, crespon tambien en el sombrero del ciudadano, es lo mas ridículo i detestable que lleva sobre sí, eso es ya a no dudarlo, el último de los caprichos o el primero de los desatinos. Para que un individuo represente la triste figura, basta por si solo el sombrero, sin que sea necesario profanar el dolor, simbolizándolo solemnemente en tan risible i feo cucurucho.

Pero está escrito que todo ha de marchar fuera de camino tratándose de dolores o de gozos. Los acompañamientos al panteon, con los cuales pondremos término a nuestra revista de plácemes i pésames, vienen a dar la última confirmacion a esa verdad.

Ved una turba de carruajes que en pos unos de otros se dirijen al cementerio, a fin de que los enlutados que van dentro hagan allí la última farsa en obsequio de Doña Nieves i de su *inconsolable* esposo.

Tras un momento de muda contemplacion, uno de los dolientes, reclinado en la testera de su coche, pone en tabla la siguiente cuestion:

—¡Que pícaro tan feliz!—Viudo i rico, despues de ocho meses de matrimonio!!

—Dice Vd. bien; ha sido un hombre-cuervo, a quien nunca pillará la muerte de sorpresa porque alcanza a olerla desde léjos.

—Pero que, como comerciante, arriesga el todo por el todo. En virtud de la mutua institucion de heredero que arregló con su mujer, la buena señora habria asegurado su porvenir si él se hubiese despachado primero.

—A lo ménos habiendo muerto de enfermedad algo larga, no habrian faltado frascos que inventariar.

—I qué dicen ustedes de la funcion de anoche? esclama en otro carruaje un doliente ménos mordaz. Parece que el barítono estaba con catarro.

—I el bajo con gota: no he visto un pararse mas desairado.—Mañana veremos como se sacude en el Ernani, que si no anda bien de Silva, la silba andará bien.

—Harto me temo no poder ir, si como es probable, la maldita madrugada de hoi me deja constipado, con notable perjuicio mio i ningun provecho del difunto.

En medio de estas i otras conversaciones por el estilo, nuestro cortejo llega al cementerio con el pesar en el traje i la indiferencia en el corazon. Unos cuantos bostezos mas, algunas protestas de no volver en lo sucesivo a acompañar ningun muerto, i el deber social quedará exactamente cumplido. En obsequio de la brevedad, prescindamos de los discursos fúnebres, que son en ciertos casos el complemento de la farsa i que, talvez en el nuestro,

no estarian distantes de pronunciar aquellos mismos dolientes a quienes debe el viudo tan favorables conceptos sobre su actual felicidad.

Véase pues como la mano sacrílega de la mentira ha entrado a profanar hasta el asilo de los muertos, despues de ejercitar sobre los vivos su accion desoladora. Cuán diversa no seria nuestra condicion si la verdad hubiese conservado su imperio!

Sabido es que entre los hechos que revelan el instinto de sociabilidad con que la naturaleza ha dotado al hombre, pocos hai tan significativos i elocuentes como ese anhelo de comunicacion que siente el alma, cada vez que la oprimen los pesares o que el placer le ofrece sus encantos.

Anhelo es este tan pronunciado i cierto que por mas que los desengaños hayan minado nuestra fé, por mas que la misantropía haya echado raices en nosotros, siempre hallaremos un suave lenitivo a nuestras penas en la voz consoladora del amigo, i un aliciente poderoso a nuestros goces en la participacion sincera que le quepa en ellos.

Sucede empero segun se deja ver por las prácticas sociales, materia de este artículo, que miéntras mas interesados estamos en conservar la sencilla injenuidad de aquellas manifestaciones simpáticas, mas hacemos por corromperlas, mas nos empeñamos en desvirtuarlas.

Parece que los hombres se hubiesen dicho unos a otros: «puesto que nuestros pesares se atenúan i que nuestros placeres se aumentan siempre que encontramos una alma que goza i siente con nuestras propias emociones, preciso es que ideemos el medio de que esa lei benévola de la naturaleza quede completamente sin efecto. La voz síncera del amigo deberá perderse, de hoi mas, entre las finjidas protestas de una turba indiferente, i será en vano que pretendamos distinguir la verdad de la mentira, la realidad de la farsa, el corazon de la lengua. Haremos de los plácemes i de los pésames un riguroso precepto de etiqueta i, poniendo lágrimas en todos los ojos, risas en todos los lábios, conseguiremos al fin quedarnos solos en medio de nuestras penas i de nuestros goces.»

Si se ha conseguido o no este resultado, diganlo los lectores, a cuya franca confesion me remito nuevamente.

VICENTE REYES.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

Continuacion.

ESCENA VII.

FRANCISCO *i* MARGARITA *a la mesa*, HENRIQUE *entrando por la puerta de la derecha i seguido de dos carceleros.*

HENRIQUE.

¿Qué veo?

MARGARITA.

La cena del rei.... que está concluida! (*El rei hace señal a los carceleros que quiten la mesa. Los dos carceleros se llevan la mesa por la puerta del foro i desaparecen.*)

MARGARITA, *bajo a Henrique.*

Ni una palabra a mi hermano sobre sus designios. Se avergonzaria quizas a nuestra vista, miéntras que ya los ha renunciado. (*Mirando a su alrededor i viendo que los carceleros se han ido.*) En fin, señor, estamos solos.... ¡ha sonado la hora de la libertad!...

FRANCSICO I.

¿Qué quieres decir?

MARGARITA.

Que hai un proyecto concebido por nosotros del que no nos atreviamos a hablar a V. M., ántes de estar seguros de que podria secundarnos.... ¿Os sentis con bastante valor.... no.... quiero decir, con bastante fuerza, para caminar una o dos leguas a caballo?...

FRANCISCO I.

I aun mas!... aunque me costara la vida... Morir libre!... (*con sentimiento*). ¡Pero os lisonjeais con una vana esperanza!... ¿Ignorais que dia i noche hai soldados que velan al pié de esta torre?

HENRIQUE.

¡I hoi a las órdenes del conde de Villareal!

MARGARITA.

La duquesa de Medina responde de él.... Nada oirá... nada verá... está convenido!...

HENRIQUE.

Dos caballos nos esperan en la ribera del Manzanares, i mas léjos un carruaje i caballos apostados.

FRANCISCO I.

¿Por quién?

MARGARITA.

¡Por el marques de Santa-Fé, el gran escudero!

FRANCISCO I.

Un enemigo mio!... a quien habrás suplicado.

MARGARITA, *atrevidamente.*

Un esclavo a quien he dado órdenes.

FRANCISCO I.

Comprendo... pero una vez en carruaje... ¿para atravesar le España?...

HENRIQUE.

Ya se nos ha dado, bajo nombre supuesto, un pasaporte hasta la frontera!

FRANCISCO I.

¿Por quién?

MARGARITA.

Por el almirante de Castille.

FRANCISCO I.

¿I con qué pretesto?....

MARGARITA, *riendo.*

Con el pretesto de que me adora i de que le he hecho perder la cabeza! Qué quereis? quince dias hace que me ocupa; a mí no me gusta perder tiempo, i miéntras que yo no podia veros....

FRANCISCO I.

¡Oh sublime i virtuosa coqueta!... Pero, para bajar esa escalera i saltar estas murallas?... esto es mas difícil.

MARGARITA.

No hallando recursos en la tierra me hubiera dirijido al cielo. He hecho venir un fraile.... un dominicano.... ahí está!...

FRANCISCO I.

¡I qué tiene que hacer el fraile con....

MARGARITA.

Es un fraile que nos pertenece. Saldrei, señor cubierto con su capilla.

FRANCISCO I.

¡¡Yo!!... Francisco I ¡encapillarme! ¡vestir el hábito de un fraile!!!

MARGARITA, *riendo.*

¿I qué importa?.... por un cuarto de hora.

FRANCISCO I.

¿I si esa jugarreta se descubriese, si se me arrestase? ¡Esponerme yo a las burlas de estos orgullosos españoles, con semejante uniforme!... encogullado!... Mas valdria que me raparan, me tonsuraran i me pusieran de patitas en un convento.... Nó, un rei de Francia puede ser vencido i hecho prisionero, pero ridículo... nunca!

HENRIQUE, *con viveza.*

S. M. tiene razon.

FRANCISCO I.

¿No es así? ¡Tú sí que me comprendes!

MARGARITA.

¡Vamos! Hé aquí que se nos atraviesa el puntillo caballeresco. Oh maldito orgullo masculino. ¡Por tan frívolo, por tan absurdo motivo, hacer fracasar un proyecto tan soberbio! ¡una evasion tan bien combinada! (*acercándose al azafate de la derecha i cojiendo muchas flores.*) ¡Buscad vosotros i hallad otro medio mejor. (*Arrojándose en un sillon.*) Yo ya no pienso mas en ello!

HENRIQUE.

¿Cómo hariamos, señor, cómo hariamos?

FRANCISCO I.

Dios nos abrirá camino! Dios, o mi ánjel bueno.

MARGARITA, *componiendo las flores para hacer un ramo.*

O cielo en medio de estas flores he creido notar... un papelito doblado.

FRANCISCO I, *dando un grito.*

No lo decia yo.... será de mi desconocida...

MARGARITA, *presentándole el papel que acaba de encontrar.*

Es para vos, señor.

FRANCISCO I.

«Tras de la estatua de la Virjen encontrareis un regalo, un recuerdo que he trabajado en secreto durante tres meses ¡ojalá pueda seros útil....» ¡Su retrato!...

MARGARITA, *con desprecio.*

Vaya un hallazgo!

HENRIQUE, *que ha metido la mano tras de la estátua.*

Nó, es una escala de seda!

MARGARITA.

Ya eso es algo!

HENRIQUE.

I una llave con un rótulo: (*leyendo*). «Llave de la reja del balcon »

FRANCISCO I, *subiendo al balcon a la izquierda.*

La ventana enrejada de este balcon.... dá sobre una plataforma al otro lado del Manzanares.

HENRIQUE.

Hé aquí lo que necesitábamos, señor!

FRANCISCO I.

Un partido aceptable.

MARGARITA.

Que puede a uno matarlo... me opongo! las centinelas colocadas sobre el bastion de la derecha os verán bajar!

FRANCISCO I.

¡Si está oscuro!

MARGARITA.

Os oirán,... tirarán sobre vos!

FRANCISCO I.

I me errarán los tiros, a mas de que arcabuzazos.... me gustan.... eso me conviene, son mi diversion.... vamos pronto... (*A Henrique que acaba de lanzarse al balcon.*) Mira si esa llave abre la reja?... (*A Margarita.*) No tengas cuidado, querida hermana, dentro de algunos instantes estaré al pié de esta torre.... i gracias a tus trabajos, al carruaje, a los caballos apostados, al salvo-conducto, (*a Henrique*). ¿I bien?

HENRIQUE, *saliendo del balcon.*

La reja está abierta!

FRANCISCO I, *abrazando a su hermana i dirijiéndose al balcon.*

¡Adios, adios, pichona mia,... mi querida Margarita!

MARGARITA, *siguiéndolo.*

Tened mucho cuidado, señor!...

FRANCISCO I, *ya en el balcon i dirijiéndose a d'Albret.*

Desenvuelve la escala para que yo pueda amarrarla.

MARGARITA.

¡Bien fuerte!

FRANCISCO I.

¡No tengas cuidado!

MARGARITA.

¡Nó, no tengo miedo.... pero, apresuraos.... apresuraos..., Oh cielo!... oigo pasos.... suben... vienen.... la puerta se abre.... entrad! (*cierra con prontitud las dos hojas de ventana. Henrique arroja por tierra en un rincon la escala que comenzaba a desenvolver. Se abre la puerta del foro.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA, *cerca del balcon a la izquierda,* HENRIQUE *que desciende al teatro en el mismo lado,* CARLOS V, *entrando por la puerta del foro, precedido de algunos señores i seguido de muchos oficiales. Se adelanta al medio del teatro.*

MARGARITA, *aparte.*

El emperador!... (*acercándose a él*) ¡Qué, señor, os habeis dignado venir....

CARLOS V.

A informarme personalmente de una salud que me es tan cara como preciosa. ¿Cómo se siente mi hermano el rei de Francia?

MARGARITA.

Mucho mejor, señor.

CARLOS V.

¿Vos me respondeis de su vida?

MARGARITA.

Sí, señor.

CARLOS V.

Alabado sea Dios!... porque no quiero ocultároslo he tenido un momento de inquietud terrible!

MARGARITA.

Por desgracia.... está todavía mui débil para tener el honor de recibir vuestra visita.

CARLOS V.

Lo siento: hubiera celebrado tener al cabo con él, sin etiqueta, sin ceremonias i como buen hermano esa entrevista por tanto tiempo deseada.... Preciso será, contra nuestra voluntad dejarla para otra ocasion.

MARGARITA, *con emocion.*

Sí.... señor.... Vámonos.... porque el aire que aquí se respira.... me oprime!...

CARLOS V, *a los oficiales.*

Tambien daremos órdenes para que el rei de Francia sea trasportado, luego que lo permita su salud, a otro departamento mas conveniente! ..

MARGARITA.

Doi las gracias a V. M.. . pero vámonos....

CARLOS V, *ofreciendo la mano a Margarita i dando algunos pasos con ella para salir.*

Una persona contra la que teneis grandes prevenciones.... me preguntaba hace poco con mucho interes por la salud del rei.

MARGARITA.

¿Quién, señor?

CARLOS V.

Un frances... el condestable de Borbon!

MARGARITA, *viendo que la ventana del balcon se ajita lijeramente i hablando a media voz con Cárlos V.*

En el nombre del cielo, señor, no pronuncieis aquí semejante nombre!

CARLOS V.

¿I por qué?

MARGARITA.

Si lo oyera mi hermano!...

CARLOS V, *bajando la voz.*

Es verdad... callo! pero convendreis vos misma en que la corte de Francia ha cometido faltas para con él.

MARGARITA, *asustada al ver que la ventana del balcon se entreabre.*

¡Faltas!...

CARLOS V.

I aun hai ingratitud ... porque en fin, en la batalla de Pavia, me dijo que él le habia salvado la vida al rei.

FRANCISCO I, *empujando con fuerza la ventana i apareciendo sobre el umbral del balcon.*

Pues ha mentido! (*Movimiento jeneral.*)

CARLOS V.

¡Cielos! ¡el rei de Francia!

FRANCISCO I.

¡El mismo! i aunque sea en medio de nuestros enemigos nos gusta presentarnos!

CARLOS V, *con cólera.*

Esa reja abierta.... ¡una evasion!... (*Mirando a Margarita*) cuando yo me confiaba en vuestra lealtad!.... (*mirando a Francisco I*) en vuestro honor!

FRANCISCO I.

¿Estaba yo preso bajo mi palabra.... os la he dado alguna vez? ¡Nó! ¡que he conservado todos los derechos del oprimido contra el opresor, i del cautivo contra su carcelero!

CARLOS V.

Sea! i puesto que lo habeis querido, conservemos nuestros papeles (*dando un paso para salir*). Adios!...

MARGARITA, *colocándose delante de Cárlos V.*

Nó, señor, nó, V. M. no representará jamas un papel indigno de ella! Ese proyecto de evasion que os mortifica, yo sola soi quien acababa de imajinarlo; el rei que lo rechazaba, no ha cedido sino solo vencido por mis instancias, i el cielo que a menudo nos proteje a pesar nuestro, no ha querido que semejante designio se ejecutase por causa mia, para reservaros a vos, señor, mas digno i mas noble empleo.

CARLOS V.

¿Qué decis?

MARGARITA.

Que Dios que os ha juntado de esta manera parece haber conducido por su mano esta entrevista, esta conferencia que parecia imposible. ¿Que necesidad teneis de intermediarios?... Así como deciais, señor, sin etiqueta, sin ceremonias, i como buenos hermanos, arreglad vuestras diferencias.

FRANCISCO I.

Pronto estoi para escuchar todas vuestras proposiciones, señor.

MARGARITA, *a Cárlos V.*

¿I Vuestra Majestad?

CARLOS V, *despues de un instante de silencio.*

Sea!

MARGARITA, *bajo a Francisco I.*

¡Prudencia!... i sobre todo moderacion!.. (*acercándose a Cárlos V a quien hace profunda reverencia*). Señor,... padece todavia.... no lo apureis!...

CARLOS V, *gravemente.*

Yo os prometo que no me incomodaré i que no seré yo quien eche a perder las cosas.... al contrario. (*Un oficial acerca un sillon a Cárlos V. Henrique pasa otro a Francisco I.*) Dejadnos! (*Margarita sale por la puerta de la izquierda. Henrique la sigue, los oficiales salen por el foro.*)

ESCENA IX.

FRANCISCO I, CARLOS V, *ámbos de pié.*

CARLOS V, *invitándolo a sentarse.*

Señor!...

FRANCISCO I, *del mismo modo.*

Vuestra Majestad!

CARLOS V.

Estoi en mi casa... en mi palacio!...

FRANCISCO I, *mirando las paredes de su cárcel i sonriendo.*

En vuestro palacio!... sea! (*Siéntase i Cárlos V despues de él. Momento de silencio.*) Primero, hermano, i para no tratar otra vez del asunto, quiero daros una queja: ¿cómo habeis tardado tanto en concederme esta entrevista? ¿Cómo habeis podido añadir al horror de mi cautiverio, la esperanza tantas veces fallida de veros.... de quejarme a vos mismo, de las privaciones que me imponian, sin que vos lo supieseis, vuestros criados? Dispensad, no tengo intencion de incomodar a V. M....

CARLOS V, *con franqueza.*

¿Incomodarme? al contrario! todo lo que me decis, señor, a menudo yo mismo me lo he echado en cara, mas amargamente aun que vos pudierais hacerlo.... pero la culpa no es mia.

FRANCISCO I.

¿I de quién, pues?...

CARLOS V.

Entónces ignorais cuán celoso de sus derechos i privilejios es el consejo de Castilla? Siendo emperador de Alemania no se me ha permitido ser rei en Madrid, sino dividiendo el trono con doña Juana, mi madre... i a pesar de su estado de demencia, todos los actos del poder están siempre refrendados con su aprobacion, o diré mejor con la del consejo que la representa; i vos no conoceis lo que es el yugo de estos viejos preceptores de los reyes, sobre todo cuando es a ellos a quienes se les debe la corona, i con quienes, bajo la pena de ingratitud, no se atreve uno a romper abiertamente.

FRANCISCO I.

¿De veras?

CARLOS V.

Yo habia querido que se os diese por cárcel un palacio, con una legua de bosque para la caza i el paseo.... pero mis viejos consejeros pretendian

que V. M. trataria de escaparse (*movimiento de Francisco I....*) i su prudencia exajerada....

FRANCISCO I.

Mal debia acordarse con vuestra franqueza.... No hablemos de eso. Vuestras condiciones, señor?...

CARLOS V.

¿Mis condiciones?.... ninguna! Pero me veo obligado a traeros las del consejo. La larga i terrible guerra que acabamos de sostener contra V. M., de tal manera ha empeñado nuestras rentas, que se exije para reparar nuestras pérdidas, que un rescate de un millon i doscientos mil escudos de oro sea pagado por la Francia.

FRANCISCO I, *con frialdad.*

Por la Francia?.... Nó; pero sí por mí. Venderé mis tierras, mis pertenencias, mis diamantes. Convenido!

CARLOS V.

Es natural que con tan temible enemigo se tomen garantías! Se exije que abandoneis toda pretension sobre la Italia i los Paises-Bajos.

FRANCISCO I, *con dolor.*

Perder así, con un razgo de pluma, esas conquistas compradas con tanto oro i tanta sangre!

CARLOS V, *vivamente.*

I pudierais añadir; con tantas inmortales hazañas! Pero, injusta o no, la suerte de las batallas os las ha hecho perder!

FRANCISCO I, *con calor.*

I si Dios me ayuda, aun puedo recobrarlas.

CARLOS V.

De ello, señor, sois mui capaz; i eso precisamente es lo que se trata de impedir.

FRANCISCO I, *con mal humor i levantándose.*

¡Sea!... convenido!

CARLOS V.

A mas....

FRANCISCO I, *sentándose.*

A mas!

CARLOS V.

Este es un acto de reconocimiento i de buena fé, un compromiso solemne contraido por la España, para con el condestable de Borbon....

FRANCISCO I.

¿El condestable? ¡ese infame!... ese traidor!....

CARLOS V.

Que sin embargo nos ha servido lealmente!... i el consejo pide, que en premio de sus servicios, V. M. lo indemnice, con usura por todos sus bienes confiscados en Francia.

FRANCISCO I, *con cólera.*

¡Pagarlo, por haberme vendido! (*conteniéndose*). Tened cuidado, señor.... no deis por vuestro interes un ejemplo semejante!... que puede haber peligro en pagar a los traidores.

CARLOS V, *con frialdad.*

Tambien puede haberlo en no pagarlos....

FRANCISCO I, *mirando a Cárlos V con desprecio.*

¡Temerlos es mas vergonzoso todavia que servirse de ellos; I V. M. carga con una mui pesada obligacion a sus arcas agotadas, porque si en tan alta estima tiene a la traicion, ignoro con que precio podrá pagar la lealtad de sus súbditos fieles!... Eso os concierne, señor. Convenido!

CARLOS V, *con alegria.*

Ah!...

FRANCISCO I.

Démonos, pues, la mano i firmemos nuestro tratado.

CARLOS V.

Aun no puedo por desgracia, sin la última condicion.

FRANCISCO I, *con impaciencia.*

Todavía otra?...

CARLOS V.

I esta es la justicia misma!... vuestra lealtad no podria rehusarla!

FRANCISCO I.

¿Cuál es? veamos.

CARLOS V.

El rei Luis XI, que fué un gran político i que conquistaba mas provincias con su pluma que otros con su espada, usurpó a nuestros padres, i anexó a la Francia el ducado de Borgoña....

FRANCISCO I, *no pudiendo contenerse.*

El ducado de Borgoña.... I habeis podido imajinaros que yo consentiria en abandonarlo!... en cedéroslo!

CARLOS V.

Es decir, en devolverlo!...

FRANCISCO I.

¡Ah! esto es demasiado probar mi paciencia!...

CARLOS V.

¡Calmaos, señor; que vuestra moderacion iguale a la mia!

FRANCISCO I, *violentamente.*

Basta de burlas, señor, o por Dios que no responderé de mí!

CARLOS V, *con altivez.*

Cómo se entiende?

FRANCISCO I.

Habreis creido engañarme con vuestra finjida moderacion; con vuestra falsa injenuidad i vuestras pretensiones de jóven en tutela? Me he contenido, sin embargo, i por crueles que fuesen los sacrificios que se exijian, cuando despues de todo, solo a mí me concernian, cuando solo se dirijian contra mi bolsillo, contra mis propios bienes, contra mis conquistas o mi orgullo, todo lo he concedido; pero hacer presa de la Francia; pedirme que la destroze i que la deshonre!... entónces se alza el soberano i os dice: Miéntras yo viva no la tocareis!

CARLOS V.

¡Mui bien! si estuvierais en Francia, i en vuestro reino; pero ¿olvidais que os encontrais en Madrid?

FRANCISCO I.

I vos tambien lo olvidais, puesto que insultais a un enemigo desarmado! Pero el rei prisionero tiene un pueblo que no necesita de jefe para combatir i rechazar al estranjero; el rei cautivo tiene aliados que están indignados de vuestra ambicion, i el de Inglaterra, Henrique VIII....

CARLOS V.

Puede levantar ejércitos i equipar armadas para socorreros; encontrará a Cárlos V en todas partes....

FRANCISCO I.

Ménos en los campos de batalla?...

CARLOS V, *con altivez.*

¿I por qué?

FRANCISCO I.

Porque nunca habeis empuñado una espada!

CARLOS V.

Yo! (*Henrique sale por la puerta de la derecha.*)

HENRIQUE.

¿Qué es lo que hai?

FRANCISCO I, *con amargura.*

Estupendos combates han tenido lugar desde que alcanzasteis la edad de hombre; i no habeis

visto ninguno. Vuestro reino se ha enriquecido con numerosas conquistas.... Pero vos no habeis hecho ninguna. ¿Quién mandaba a los españoles vencedores en Navarra: Villalba! ¿quién en el Milanesado? Colona! ¿I en Castilla: el conde de Haro! pero Cárlos V, léjos... siempre léjos.

CARLOS V, *fuera de sí.*

¡Señor!!!

HENRIQUE *avanzándose al lado de Francisco I.*

Señor, en nombre de Dios!

FRANCISCO I.

¿Eres tú, Henrique?... el cielo te envia.... Habrá un testigo de mi venganza (*a Cárlos V.*) En fin, los españoles han vencido a los franceses en Pavia.... ¿I quién los mandaba? el marques de Pescara, i un frances.... un frances felon los aviliaba. Sí que para vencer a la Francia, os ha sido necesario comprar la ayuda de la Francia, comprarla por la traicion, por la corrupcion.... que ese es vuestro valor.

CARLOS V.

¡Ah! no puedo soportar semejante ultraje!

FRANCISCO I.

¡Probadlo pues, cargais una espada, d'Albret me prestará la suya, i con las armas en la mano, terminaremos aquí nuestra querella, como caballeros, con Dios por juez, (*enseñando a d'Albret...*) i un jentil-hombre por testigo.

CARLOS V, *con frialdad.*

Concibo en efecto que semejante partido os acomodaria; pero aunque se me asegurase la victoria, yo le pediria a V. M. permiso para no privarlo de una existencia que me es tan cara como útil; que en cuanto a la mia yo la tendré en preciosa i digna guarda, para probaros que, sin igualaros en pretendido heroismo, se os puede sobrepujar en nombradía. Mientras permanezcais inmóvil i encadenado.... avanzaré siempre.... siempre, i no me detendré en mi camino hasta que la Europa entera me pertenezca, comenzando por la Francia. Adios. (*Sale.*)

HENRIQUE, *con indignacion.*

¡La Francia suya.... ¡nunca!

FRANCISCO I, *del mismo modo.*

¡Dices bien!

ESCENA X.

LOS PRECEDENTES, MARGARITA *acudiendo al ruido.*

MARGARITA.

Señor, señor! qué sucede.

FRANCISCO I, *con exasperacion.*

Si ha creido que por tenerme prisionero, tenia a la Francia encadenada, si espera imponerle sacrificios para que me rescate, se engaña, nada sacará. Se le escapará su prisionero!

MARGARITA.

¡Cómo!

FRANCISCO I.

Espera! espera! (*Pónese a la mesa de la derecha.*)

MARGARITA.

Señor, ¿qué quereis hacer?

HENRIQUE.

¿Qué designio es el vuestro? (*Escuchando cerca del cuadro de San Pacomio*) Es estraño.... tras de ese cuadro he creido oir... Nó, nó!

FRANCISCO I, *despues de haber escrito con ajitacion se levanta i dice, colocándose entre los dos.*

Henrique!.. hermana mia!... vijilad mucho sobre este papel, ocultadlo a todas las miradas. Defendedlo aun a costa de vuestra sangre; porque es preciso que llegue a manos de mi madre, Luisa de Saboya, rejente de Francia!...

MARGARITA.

Yo os lo juro.... ¿pero qué es?

FRANCISCO I.

Toma, toma.... yo te lo confio.

MARGARITA, *mirando i dando un grito.*

¡Ah vuestra acta de abdicacion!

FRANCISCO I.

En favor de mi hijo el Delfin. Ahora hará Carlos V, lo que quiera, el rei no está en Madrid, está en Francia.

HENRIQUE.

¡Señor.... señor!

FRANCISCO I.

Nó.... Francisco I ya no es mas que un simple jentil-hombre, a quien quizás podrán atormentar; pero cuya mano ya no puede firmar tratado alguno; Francisco I puede todavía exclamar desde el fondo de su prision: ¡Qué Dios salve a la Francia! (*El rei está de pié, Henrique i Margarita de rodillas.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

H. DE IRISARRI.

(*Continuará*).

Ecos de la semana.

Santiago, agosto 20 de 1859.

SUMARIO.—La guardia nacional constipada.—Placeres del domingo.—*Annibal ad portas.*—El cielo i la policía.—El tio de Temístocles.—Plan de campaña del príncipe de Tounens.—Desenlace de un enlace.—Semana teatral.

Alejandro cometió una imprudencia bañándose en las aguas del Cidno; Federico Barbaroja cometió otra no ménos grave i mas funesta zabullendose en el Selef, i por último la guardia nacional ha cometido el domingo una tercera aventurándose temerariamente en el campo de Marte, cuando el sol no se había dado tiempo a enjugar el llanto reciente de las nubes. La humedad de la madre tierra ha sido fatal a nuestros bizarros milicianos, i no parece sino que Cibeles hubiera querido, como su esposo Saturno, matar a sus propios hijos. Los romadizos i constipaciones, consecuencias lastimosas de tamaña lijereza, han venido a recordar a nuestra milicia cívica que el agua del cielo ofrece a sus vidas un peligro mas real e inminente que el fuego del enemigo. De un resfriado a una pulmonía i de ésta a la muerte, no hai mas distancia que del Capitolio a la Roca Tarpeya: — un brinco. — Por lo demas, nuestra poblacion *fashionable* es deudora a esa imprudencia de mil agradecimientos. Merced a ella, cruzaban el domingo, a pié la Alameda, a caballo o en coche el campo de Marte, centenares de mujeres adorables i hombres adoradores, sin contar otros grupos mas modestos i ménos fervientes. Porque es este primer dia de la semana en el que se despierta nuestra facultad de locomocion, embargada en los seis restantes. Entre nosotros, el domingo está consagrado esclusivamente a andar i oir misa. En el de esta semana, sobre todo, si los vecinos de Santiago no han oido mas misas, han tenido mas movimiento que en otro cualquiera. La reaparicion de la guardia nacional los aguijoneaba eficazmente a moverse, i presajiando las

volubilidades del tiempo se movieron aquel dia cuanto han dejado de moverse los siguientes.

A la verdad habria sido poca cordura salir de casa esta semana despues que el grito de ladrones! habia dado la señal de alarma, corrido todos los cerrojos, dado vuelta a todas las llaves, atrancado todas las puertas i difundido la tribulacion i el espanto en nuestro honrado vecindario. El grito de *Annibal ad portas!* no fué mas formidable para los Romanos que este grito de ladrones! para los Santiaguinos, si bien no habia para éstos iguales motivos de susto i congoja que para aquellos. De seguro que los nietos de Eneas no se habrian consternado de tal suerte, a haber tenido para defender su libertad i sus muros una Brigada de Policía como la nuestra. A ella, despues del cielo, debemos la seguridad i aseo de nuestra poblacion; i digo despues del cielo, porque la Providencia ha tomado a su cargo de algun tiempo a esta parte ciertas funciones peculiares de la policía. Con sus aguaceros se ocupa de lavar las calles, que vijila en las noches serenas con sus estrellas innumerables. Acaso no tardará tampoco en llover piedras sobre nosotros i aliviará asi a la policía de la ímproba tarea de los empedrados, suplicio mui semejante al tonel de las Danaides. Esta mancomunidad del cielo con la policía aparece de manifiesto en la organizacion de la segunda, que sin embargo aún no ha logrado realizar por entero el sistema planetario. Los serenos, por ejemplo, no son hasta hoi sino estrellas fijas en cada esquina, i seria de desear que se convirtiesen en planetas i pudiesen jirar rápidamente en torno de su órbita. Dia vendrá, no lo dudemos, en que nacerán para nuestra policía los Copérnicos i los Newtones que han de someter a nuevas leyes las evoluciones de su esfera.

Pero los progresos no pueden llegar a término sino paulatinamente i el tiempo les marca siempre las jornadas de su viaje. En la marcha de las cosas es él quien traza el itinerario, que en vano pretenderiamos alterar locamente. No por eso faltan personas que tal intenten. Sin ir mas allá de esta semana puedo contaros una ocurrencia que justifica mi aseveracion.

Un rico propietario de nuestra capital, el S. X, que tiene mas aficion a la luz del gas que a otra cualquiera, inclusa la luz de la intelijencia, envió el martes mui de mañana a llamar a su sobrino con urjencia suma.

—Temístocles,—le dijo luego que hubo llegado, —te he hecho venir para comunicarte una idea que me ha ocurrido anoche.

—Una idea!—le replicó el sobrino un poco alarmado de ver a su tio convertido en ideólogo de la noche a la mañana.

—Sí; i una idea que quiero realizar hoi mismo.

—I es.....

—La de ponerle gas a mi coche.

—Pero, tio, eso es imposible!

—Cómo imposible!

—Le aseguro a Vd. que no hai medio.....

—Qué sabes tú! Ven conmigo a la oficina del gas i verás si no hai medio.

I de grado o por fuerza arrastró a Temístocles a ser testigo de su decepcion; porque, como ya suponeis, la obtuvo mui manifiesta en aquella oficina.—Empero el Sr. X, que es hombre de firmeza si los hai, ha escrito a su corresponsal de Europa pidiéndole la remision de un coche alumbrado por gas. Espera confundir con él a su sobrino i a los empresarios del alumbrado.

Escrito estaba en el almanaque del destino que esta semana habia de ser fecunda para las armas i los descubrimientos. A la resurreccion de la guardia nacional, a las proezas de la policía, es decir, de los ladrones vijilados por ella, i a la aplicacion del gas a los coches, es menester añadir la comunicacion que ha dirijido el príncipe de Tounens al diario de esta capital. Con ella queda resuelta en cuatro palabras la cuestion-indios, que ha sido orijen de tan largas discusiones para la prensa. Asegura dicho príncipe que podrá darse feliz cima a la conquista de Arauco mediante el empleo de cuatro mil hombres i algunas máquinas de guerra adecuadas a la ignorancia i sencillez de aquellos bárbaros. Si el gobierno acepta, como podria suceder, el plan de campaña del mencionado príncipe, los aficionados a la pezca i a la caza podrán proporcionarse mui buenos ratos con solo hacer un viajecito al teatro de la guerra. Curioso ha de ser el espectáculo de aquellos candorosos indíjenas que picarán en el anzuelo como pescados, o se pegarán en la liga como jilgueros, o caerán en la trampa como ratones. Las trampas de ratones especialmente son las que han de dar mejores resultados contra los golosos habitantes de Arauco. ¡No sospechan ellos la que se les espera!

Tampoco sospechaba Tersites H.... el trájico desenlace del enlace que iba a contraer con Creusa B.... Es una triste ocurrencia que lo ha colocado entre el ridículo i el suicidio; i de dos partidos tan lisonjeros ha optado por el último. Pero no debo anticiparme a mi narracion, que vais a leer, si os acomoda.

Tersites H.... tiene veinticinco años, honrados sentimientos, intelijencia despejada, figura i fortuna modestas, i una timidez cerval. Sin este último achaque, habria podido gozar de los beneficios que otorga el mundo al comun de los hombres;—el sosiego de la vida i la benevolencia de sus semejantes. No era tan superior a ellos que pudiese ser envidiado, ni tan inferior que pudiese servir de inerme víctima al engaño i la doblez; de suerte que estaba a salvo de dos plagas ruines: los envidiosos i los malvados. Pero dotado de un espíritu encojido i pusilánime, ha figurado hasta hoi entre los mas desventurados hijos de Adam. Jamas ha entrado en un salon sin que le hayan venido las colores a la cara, i la turbacion al ánimo; i rara vez ha dejado, en tan lastimosa situacion, de trastornar un mueble, desgarrar un traje, o verter en el suelo el contenido de la taza de té o de la copa de helados. Nunca ha salvado, de consiguiente, los límites de una primera visita. Si concurria a un baile, su pareja olvidaba el compromiso contraido con él, que por su parte no se atrevia a recordárselo; si asistia al teatro, su asiento de platea estaba ocupado anticipadamente por algun intruso, de quien no osaba reclamarlo; si paseaba en la Alameda, las cintas mal anudadas de sus calzoncillos se hacian visibles entregándole a las mas crueles confusiones, que no acertaba a disimular; i estos pequeños contratiempos i otros tales, que su mala estrella le procuraba i su timidez acrecia, difundieron a poco andar en su alma una amarga e invencible tristeza. Con ésta empezó a dominarle esa rencorosa antipatía que el débil profesa al fuerte: se sintió humillado e impotente delante de la so-

ciedad, renunció a ella i se confinó despechado en el aislamiento. En él ha vivido hasta hace dos meses.

Fué por ese tiempo cuando hubo de reconciliarse con el mundo mediante la intervencion de una alegre i atolondrada niña, Creusa B.... Es ésta una criatura indefinible que rie dos horas bulliciosamente para caer por otras tantas en las imajinaciones de la melancolía. Una casualidad se la hizo conocer a Tersites, que no tardó en quedar aprisionado en la red de su gracia i atractivos.

Parecia que la suerte se habia condolido de su víctima. Las pequeñas contrariedades habian cesado para Tersites, su amor era correspondido, i el himeneo debia en breve colmar sus votos i hacerle amable la vida.

Empero, en la semana pasada comenzó a notar cierta fria reserva en la familia de su prometida, que lo habia acojido hasta entónces con afable cordialidad. Tersites veía repetirse cotidianamente estos indicios desfavorables sin poder esplicárselos ni ahogar su inquietud. Por fin, el segundo dia de esta semana, se le dió a entender de un modo esplícito que debia renunciar a la mano de Creusa, despues de hablar largo tiempo de las tristes consecuencias de la embriaguez.

Cualquiera otro que no hubiese sido Tersites habria pedido alguna esplicacion i tratado de saber la causa de tan súbita mudanza. Mas el desdichado apénas tuvo fuerzas para dejar aquella casa i llegar a la suya, desgarrada el alma por los mil puñales de la desesperacion.

Su razon flaquea, su corazon lacerado se exacerba; amartilla una pistola, fíjase el cañon en la frente i hace caer el pié de gato sobre el piston, que estalla sin que salga el tiro.

El estallido del fulminante alarma a las personas de la casa, que acuden presurosas a la habitacion de Tersites. Este, mortalmente despechado, acaba de desconcertarse viendo entrar a su tio, que le pregunta los motivos de su intento tan poco cristiano, i a quien concluye por revelárselos.

Impuesto de ellos, no tarda mucho en descubrir el oríjen de la estraña resolucion de los padres de Creusa. Habian sido engañados por las apariencias.

El criado de Tersites, recien entrado a su servicio, empleaba para quitar las manchas de los vestidos el aguardiente anisado.

Pero ya es tiempo de dar de mano al estrépito de las armas, a las maravillas de los descubrimientos i a las tristes historias, para pedir al teatro cuenta de sus novedades.

Las tres funciones de esta semana, felices por el desempeño de sus actores i amenas por su variedad, no pueden preciarse de igual fortuna en la eleccion dramática.—Nada hai que decir de la preciosa zarzuela:—*El Valle de Andorra*, mal apreciada la primera vez i justificada plenamente en su repeticion a los oidos del público; pero una comedia de Rodriguez Rubí seguida de un drama de Gil i Zárate, son dos punibles traiciones a Melpómene i Talía.

Mejor es creer, título de aquella comedia, es un aforismo que, sí se tomase en un sentido absoluto, nos sometería al yugo de la mas despótica credulidad. Pienso que hai cosas en que es mejor creer i otras en que es mejor no creer. Así, por ejemplo, mejor es creer en las dotes líricas de D. Tomas Rodriguez Rubí i mejor es no creer en sus disposiciones dramáticas. Nada lo prueba mas que la comedia de que os hablo.

Si estuvisteis el lúnes en el teatro, benévolos lectores, no dejaréis de recordar los personajes de esta creacion.--Jenaro, consorcio de Manfredo i Lovelace, loco i escéptico segun el poeta, es el hombre mas cuerdo, mas razonable i fácil de convencer. Cuando viene a notarse su locura es despues que el autor le devuelve el juicio. Entónces sí que procede como un loco casándose inopinadamente con una mujer a quien no ama i solo conoce hace dos dias.—Sofía, en vísperas de tomar el velo, no pierde la ocasion de procurarse un marido, i así que se hace con él, manda al olvido su vocacion i piadosos proyectos.—Matilde es una esposa estimable i un hábil dialéctico, que silojiza como un discípulo de Port-Royal, enhebra conceptos como el mejor conceptista italiano i se encarga de la conversion i enmienda de Jenaro no bien le ha sido presentado: filantropía tan laudable como inverosímil.—Por último Félix, el dichoso marido de tan sábia mujer, es un personaje sin fisonomía a fuerza de ser vulgar.

Si los caractéres son falsos el diálogo es impropio. Es siempre Rubí quien habla en bonitos versos, i nunca sus personajes.

La pasion para nada interviene en esta comedia, huérfana de escenas dramáticas, floja en su enredo, lánguida en su movimiento.

Entónces ¿por qué fué aplaudida, se me preguntará?

—Por tres motivos mui naturales. En primer lugar, porque la Mur tuvo bastante talento para salvar los escollos de las falsas situaciones i fué bien secundada por los demas actores; en segundo lugar, porque la pieza está sembrada de moralidades mas o ménos oportunas, que un público sensato acoje siempre con favor; i finalmente, porque no podemos desmentir nuestra procedencia española i nos dejaremos siempre cautivar por los encantos de la poesía i la rima.

En los tres fatigosos actos de *Cecilia la Ciegueeita* ha tenido su autor oportunidad de hacernos gustar su fácil i armoniosa versificacion.

Gracias a Dios que está puesta la mesa, juguete lírico dramático, i *No hai humo sin fuego*, pieza en un acto, en que Gaytan hizo su papel a las mil maravillas, han contribuido a diversificar agradablemente los espectáculos, junto con *El Ingles en España*, *Una noche de Boda* i *La Reina de las flores*, bailes todos tres en que la Thierry ha logrado hacerse aplaudir estrepitosamente de sus admiradores.

La Mur no ha cesado de corresponder un momento a su nombre de pila. La ventura le permanece fiel en sus numerosas metamórfosis. La mujer de buen tono, la candorosa niña o la muchacha alegre i maliciosa no desmienten jamás su carácter personificadas por nuestra simpática artista. Sabe inspirarse maravillosamente en cada situacion, siente de veras i jamás falsea la naturalidad, triunfo supremo del arte sobre el arte.

Clapera, que a la par de la Mur es el alma de la zarzuela, solo una vez se ha dejado oir esta semana. Canta bien i representa mejor. Su voz entera se insinúa agradablemente al oido i su declamacion es irreprochable.

La aparicion de Alonzo hizo creer un instante en la desaparicion de Millan; pero no fué sino un eclipse parcial. *Don Enrique* se tomó el juéves el trabajo de desengañarnos.

Gaitan.... Millan.... decididamente, la compañía dramática está apurando el consonante de galan.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Imprenta del CORREO, Pasaje Búlnes.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Agosto 27 de 1859. Núm. 15.

LA SEMANA.

SANTIAGO, AGOSTO 27 DE 1859.

Estabilidad.

«La política no es el arte de
»domar el curso de las cosas,
»sino de adivinarlo i compren
»derlo.»

(PHILARETE CHASLES. *Cárlos I*, Introduccion, páj. xv.)

Triste es la suerte de la ciencia política. En ninguna como en ella tienen entrada, amparo i aclimatacion mas errores. En ninguna tampoco entraña el error mas perniciosas consecuencias.

La política es la mitad de la vida i la felicidad de una nacion. Toda perturbacion en su esfera no deja sin dañar un solo interes social.—I sin embargo en nada se juega mas a la gruesa ventura.

Hombres de abajo i hombres de arriba, pueblos i gobiernos abandonan por lo jeneral en su campo—a la pasion el dominio de la razon;—a la ilusion el de la realidad. De esta suerte cuanto paso dan lleva el sello de su orijen : —es impremeditado como la pasion—o falso como la ilusion.

Esto esplica la debilidad, la inconsistencia de todos los edificios políticos del presente. Su solidez es siempre un engaño. Por eso el menor choque conturba a sus arquítectos i hace peligrar su equilibrio.—Así, la gran preocupacion de todo gobierno es la estabilidad: nace, vive i muere asegurándola.

¿Qué enjendra esa preocupacion?—La carencia de observacion i de respeto a las leyes del desenvolvimiento social. Años hace que venimos trabajando por descarrilar a las sociedades en lugar de ponerlas en camino. No es otra cosa esto de querer organizar i cimentar de un modo ficticio lo que tiene su organizacion i cimiento natural.

La mayor parte de los sistemas gubernamentales del presente empiezan por negar a la sociedad su personalidad, por arrebatarle toda vida propia, por desconocer i aun combatir su iniciativa. De esta manera sus enemigos mas directos sino mas declarados son los mismos que tienen mision de defender i vigorizar sus derechos.—Esto esplica el constante antagonismo entre gobernantes i gobernados, entre el poder i la sociedad. Por eso gobernar es luchar.

Procurar encontrar la estabilidad en semejante situacion es un sueño. Sin equilibrio no hai estabilidad posible.

Pero lo peor es que los gobiernos al obrar así se imajinan fomentar sus intereses, asegurar su existencia. Creen que su poder i su fuerza aumentan a medida que el poder i la fuerza social disminuyen, que miéntras mas anulada i oprimida esté la voluntad de la sociedad, mas consistente i libre es la suya. —La opresion es la vida, se dicen,—i se echan en la coaccion i la violencia.

Lo engañoso de tal creencia salta a la vista. Si la razon para probarlo faltara, sobrarian siempre los hechos.—No hai una sola perturbacion en la marcha de una sociedad, un solo desquiciamiento en su máquina que no arranque de aquí. En tanto esa creencia sirva de norma a la táctica política de un gobierno, la estabilidad es imposible.—Cuanto gobierno pretende o todo o nada, casi constantemente se queda sin nada.

Muchos siglos hace que se viene trabajando por cimentar i engrandecer los derechos gubernamentales sobre el aniquilamiento i hasta la ruina de los derechos sociales. ¿Qué se ha conseguido?—Sangrientas revoluciones de mas, espléndidos progresos de ménos.

Nada mas natural : —La tendencia del individuo como de las sociedades no es a la compresion sino a la espansion, no es a la disminucion de esfuerzos i personalidades

sino a su aumento, es a la rápidez i constancia de la marcha por la armónica profusion de los rodajes. Si la época de la lucha no ha pasado, ha pasado sí la de la destruccion. Nada de lo que existe es inútil, todo tiene su empleo, su fecunda esfera de accion en que moverse. El reconocimiento de esta verdad es el mas grandioso paso que puede darse en la via del progreso. En tanto no sea reconocida estarémos fuera de la lójica. Ya sabemos lo que eso importa.

La vida, la accion, el movimiento, una personalidad propia en la sociedad, no son contrarias, por mas que se trate de sostener, a la vida, a la accion, al movimiento, a una efectiva personalidad gubernamental. Léjos de eso, la segunda recibe buena parte de su poder de la primera.

Minorar, limitar la primera, no es fortalecer, es debilitar la segunda.

Toda traba puesta a la primera, es una dificultad para la segunda.

La primera es a la segunda lo que el vapor a la locomotora.

La prueba está en cada paso de una sociedad.

¿Cuáles son los frutos del despotismo, que es la negacion de toda accion, de toda iniciativa social?—Enervamiento, degradacion, amilanamiento, atraso!

¿Cuáles son los de la libertad, que es confirmacion i respeto de esa accion, de esa iniciativa?—Actividad, vigor, dignidad, progreso!

¿A dónde lleva el despotismo? — A la muerte!

¿A dónde lleva la libertad?—A la vida!

Penetrando en la existencia íntima del despotismo se comprende mejor cuanto de ilusorio tiene su preconizada solidez. ¿Qué solidez es esa de la que es necesario vivir en perpetua desconfianza, que el menor embate hace peligrar cuando no destruye?—Si no fuera por la fuerza bruta no habria vida para el despotismo. Verdad es esta que nadie puede poner en duda. ¿I hai apoyo mas precario que ese?—La estabilidad es imposible bajo su imperio; donde no hai tranquilidad, confianza en el presente i esperanzas para el porvenir la estabilidad es un engaño, no existe.

Si la última espresion del sistema de usurpacion sobre los derechos de la sociedad a nada arriba ¿a qué arribarán otros sistemas que si buscan un idéntico fin lo hacen con ménos franqueza i valor?

Hacer responsable a la fuerza de todos los desquiciamientos sociales no es mas que creer en la historia. Ni una sola de las revoluciones que han venido marcando con sangre cada paso de las sociedades hácia el progreso ha dejado de ser su obra.

Nada es mas cierto que esto.—Todos los males sociales arrancan de la fuerza.—Jamas hai estallido sin compresion.

Pero no: apesar de la evidencia de los hechos, de los clamores constantes de la historia, casi todos los gobiernos cierran los ojos i se lanzan en los caminos de la violencia: dudan de la estabilidad que no tiene por apoyos un ejército permanente i un verdugo.

¿Qué vienen obteniendo de esta perseverancia en el error?—Verse constantemente combatidos, hacer de la sociedad un campo de Agramante en que todo es lucha tras lucha, batalla tras batalla, ruina sobre ruina; desvirtuar todo esfuerzo, bastardear todo bien, amordazar toda verdad, atormentar i ser atormentados.

Los gobiernos de la fuerza son una conspiracion en permanencia contra la propia i la pública felicidad.—Contra la propia, porque solo saben i pueden lastimar intereses i concitarse antipatías, odios profundos.—Contra la pública, porque son los decapitadores de cuanto noble pensamiento, de cuanta feliz idea propenda al engrandecimiento social.—Ya es tiempo de que nos penetremos de esta verdad.

Si la fuerza es la causa primera de cuantos dolores vienen aquejando a las sociedades, es necesario eliminarla de la direccion de sus destinos, despedirla pronto i para siempre del puesto que usurpa.

Esto es lo mas lójico.—Si queremos estinguir toda intranquilidad i perturbacion, debemos empezar por destruir los elementos que la producen. Si donde la fuerza entra a obrar aparece a su lado la subversion, estingamos a aquella i esta quedará de su propio motivo estinguida.

Pero, para alcanzar este resultado abandonemos el absurdo sistema de combatir el mal con el mal; combatamos el mal con el bien, la mentira con la verdad, la fuerza con la libertad.—Miéntras asi no procedamos, estaremos haciendo dar vueltas a las

sociedades en un círculo sin salida, en que los sacrificios quedarán estériles i el movimiento no vigorizará sino que debilitará.

El primer precepto de toda atinada ciencia política, es ahorrar cuanto mas se pueda los trances difíciles.—Para conseguirlo es necesario,

Que la pasion ceda el paso a la razon;
Que la fuerza lo ceda a la discusion.

En tanto ahí no lleguemos el progreso no se logrará sino tras violentas luchas entre el porvenir i el pasado i el presente en su contra coaligados.

Oponer la fuerza a la fuerza es no tener fé ni esperanza en el triunfo del derecho. Ai! de los que dudan o se desalientan!

Oponer la fuerza a la fuerza es buscar el órden en el desórden, la vida en el seno de la muerte.

Oponer la fuerza a la fuerza es no sacudir nunca su yugo.

Creamos en el poder de la discusion.—Los que discuten están en camino de entenderse.—Los que luchan solo saben odiarse i esterminarse.

Todos, pueblos i gobiernos, aspiran a la estabilidad, los unos para prosperar, los otros para vivir. Entónces armonicemos, equilibremos la accion social i la accion gubernamental que es el solo medio de conseguirla.— Siempre que una de esas dos acciones está contrariada no hai estabilidad posible.

La estabilidad es el respeto al derecho. Establescámoslo!

Justo Arteaga Alemparte.

Contrastes.

LO DE ANTES I LO DE AHORA.

Por poco que uno se detenga a pensar en el estado actual de la sociedad chilena, no tarda en convencerse de que hemos llegado precisamente a esas épocas de equilibrio entre los pueblos, durante las cuales las viejas i las nuevas ideas, las preocupaciones i el progreso, el elemento antiguo i el moderno, libran su última batalla, en la que las leyes de la naturaleza tienen de antemano asignada la victoria al empuje irresistible de la civilizacion. En Chile, con efecto, comienzan a desaparecer las costumbres de nuestros abuelos, abriendo plaza a las que por *importacion directa* recibimos del viejo mundo i esas costumbres se llevan en su corriente las creencias de los que en esta escena mundanal nos han precedido, dejándonos las que los pensadores de Europa nos envian confeccionadas i elaboradas, sin que nosotros tengamos mas trabajo que el de dijerirlas en nuestro cerebro, con lo cual diz que mas de una conjestion se ocasiona por estos mundos de Dios. Esta evolucion social, por la que han pasado todas las naciones que ahora llamamos cultas, tiene, como todo en la vida, su lado bueno i malo, su anverso i su reverso, puesto que a las veces hace desaparecer alguna buena costumbre de las que formaban nuestros mas recomendables timbres de pueblo feliz i patriarcal, bien que en cambio nos regala con la adquisicion de algun uso civilizado, que nos hace crecer algunos codos en nuestra propia estimacion. I siendo *progresar* la lei del siglo, es fuerza conformarse al fin de cuentas, que lo demas seria mostrarse asaz retrógrado i recalcitrante con exceso. Si con lijeras observaciones consignamos algunos de los rasgos sociales que las anteriores reflexiones nos han sujerido, al propio tiempo que nos darán el placer de los recuerdos, que tanto los poetas encarecen, no dejarán de servir de punto de comparacion a los venideros observadores, para advertirles la marcha gradual de nuestras sociedades i ver lo que hemos avanzado sobre nuestros padres en esto que llaman sociabilidad de los pueblos.

Antes, por ejemplo, siendo mas reducida la sociedad, mas estrechas tambien eran sus mutuas relaciones i mas cordial el trato de las jentes entre sí. Preparábase en una casa una comida o un sarao i al punto se destacaba a las vecinas una de las criadas mas espertas para dar recados, de las cuales cada familia poseía por lo ménos un ejemplar de la conocida raza de las *mulatas*. Esta llegaba golpeando con cautela la puerta i despues de responder «yo soi» a las de adentro, con lo cual quedan siempre los que preguntan tan enterados como ántes, la mulata avanzaba dos o tres pasos en la estancia i empezaba la siguiente invariable relacion.

—Manda decir mi señorita que cómo está, que se alegrará mucho de que su merced lo pase bien, que cómo está el caballero i los niñitos, que está con muchas ganas de verla i que todavía le está gustando el ratito que pasó con su merced el otro dia i que espera que esté sin novedad.

Aquí la mulata hacía una pausa para respirar, habiendo dicho su recado de un resuello. Durante esta pausa la dueña de casa podia tomar la palabra.

—I por allá, ¿cómo están? preguntaba.

—Todos buenos, señorita, para que su merced los mande, continuaba la del recado; mandaba decir mi señorita que es su hijita, i que le haga el favor de prestarle los moldes para hacer budin, i la pailita para hacer dulce, i los candeleros de plata, i el servicio para la mesa, i los platillos para helados, i el cubo grande, si su merced no lo tiene ocupado.

La dueña de casa, con la mejor voluntad del mundo enviaba todos los artículos pedidos, agregando sus finos recuerdos i mil amicales congratulaciones a la amiga.

No erán únicamente las solemnidades de una casa las que daban lugar a esta clase de características escenas, que muestran el grado de cordialidad que por entónces reinaba entre amigos, pues una necesidad imprevista, como una enfermedad, verbi gracia, era motivo suficiente para que la mulata o el *chino*, que era un muchacho sacado de los Huérfanos o *dado* a la señora por alguna madre desprendida; fuesen a la casa vecina i pidiesen yerbas medicinales i aun varios instrumentos de uso doméstico que no es del caso nombrar. En estas ocasiones solía entablarse el siguiente diálogo, que no deja de dar alguna luz sobre el estado intelectual de aquella época.

—¿Qué es lo que tiene tu patron? preguntaba la señora.

—Si creo señorita que está con cólico, decia la mulata.

—¿I lo vió el médico?

—Ha ido dos veces i ha dicho que le....

—Bueno, bueno: díle a la fulanita que no les haga caso a los médicos, que yo le iré a hacer a don fulano un remedio que lo ha de aliviar.

I la señora, abandonaba su casa por la de la amiga, en donde ponía en práctica los conocimientos de la terapéutica casera.

Inoficioso creemos, por supuesto, presentar a los ojos del lector un cuadro análogo de nuestras actuales costumbres, en las que la civilizacion ha destruido la amistosa confianza de aquellos tiempos, reemplazándola por una etiqueta llevada casi hasta los límites en que cesan la cordialidad i la franqueza. De los años aquellos quedan mui pocos vestijios así en personas como en costumbres, las que han ido a refujiarse en algunas familias, que mal de su grado tambien, sienten introducirse en su recinto las nuevas usanzas con mui corto miramiento de las antiguas. La sencilla fraternidad que aquellas lijeras escenas acusan, se encuentra al presente limitada a mandar pedir a casa de las amigas los moldes de algun nuevo vestido, la última pieza musical en voga, o algunas flores para adornar las mesas en un dia de dias.

Tratábase en otros tiempos de una fiesta de familia o queríase improvisar una reunion de confianza i para ello no había menester mas que dar en el mismo dia el aviso a los amigos i amigas, con lo cual todos acudian a la cita para divertirse con una alegría parca i natural. Ahora las reuniones improvisadas se han hecho imposibles, porque los exijencias del lujo no permiten a una señora presentarse con un vestido *cualquiera* i es preciso que el convite se calcule para dejar a cada cual el tiempo necesario para preparar el traje i los adornos, razon que va estinguiendo poco a poco todo espíritu de sociabilidad en nuestros pueblos i haciendo cada dia mas difíciles las relaciones que únicamente pueden amenizar la monotonía de nuestra vida civilizada.

Pasando ahora a la vida individual i tomando al hombre por sí solo ¡cuántas variaciones en un corto número de años! ¡Qué de tipos nuevos i desconocidos de nuestros padres han surjido del mas estrecho trato de nuestro pais con las naciones del viejo mundo. Si uno de nuestros antepasados abandonase el sepúlcro adonde no ha muchos años ha bajado a dormir el sueño eterno, se creería sin duda trasportado a otras rejiones desconocidas si viese desfilar ante sus ojos el escuadron de *seres nuevos* que la civilizacion ha creado entre nosotros. Vería con asombro pasar al literato, ser que marcha con la cabeza erguida porque se figura que va hollando bajo su planta los abrojos de la ignorancia i cree que ha nacido en una época incapaz de comprenderlo; mas no tardaría en reconocer su tierra al ver las miradas de desprecio que casi todos arrojan sobre él i al oir las conversaciones de los corrillos en que compadecen al infeliz. Luego divisaría al Lovelace, al irresistible, flamante de pies a cabeza, arreglado al último figurin de Paris, que va mirando a cada mujer que pasa como el sultan a la odalisca, con aire triunfador i coqueton, mirada amorosa i garbo seductor; pero su memoria lo orientaría al instante, viendo cruzar la calle, con un legajo de papeles bajo el brazo, a ciertos ministriles de laboriosa i ajitada existencia, que conservan i perpetúan el tipo invariable de los de su clase i que tanto se cuidan de seguir la moda como aquellos de no perderle la pista. Vería en seguida al comerciante moderno: rápido en el andar, afanoso, lijero, intrépido para la transaccion, leyendo siempre alguna carta de negocios i luego caería en que se hallaba en Chile, viendo que hai muchos que conservan los antiguos métodos de comercio, guardándose de emplear en sus personas i en sus tratos otros usos que los conocidos ya de larga fecha i pasados en autoridad de cosa juzgada. Su vista hallaría un recreativo momento al ver bajar de algun coche a una de las elegantes del dia, calzada con un botin delicioso de los que jamas soñara, llenando media calle con su gracioso traje, perfumada i bella como el ensueño de un poeta i al volver la vista reconocería que no se hallaba espatriado, mirando a alguna de las que han hecho del *manton* una parte integrante de su persona i encuentran a toda hora algo que rezar en la Iglesia.

Cualquiera que sea, en suma, el lado por donde se considere nuestra vida, siempre nacerá en la mente del observador la idea que al principiar estas líneas emitimos. Su vista encontrará lo moderno desterrando a lo antiguo, que lucha aun por conservar su dominio. Verá al lado de las magníficas obras de la nueva arquitectura las ya ruinosas aunque refaccionadas del tiempo del coloniaje; al salir

de una casa donde lo han recibido entre brocatos i muebles de Boule, tropezará con un ejército de pordioseros, unos con placa de permiso i otros sin ella; pero todos con andrajos, que lo harán dudar de la riqueza del pais; al pasar por una puerta oirá salir del interior alguna de las mas hermosas melodías de los modernos maestros i dos pasos mas allá el son de la vihuela i la voz nazal de alguna *prima donna* de baja esfera, que entona la zamacueca entre las avinadas voces de los que rinden a Baco su tributo cuotidiano. Por todas partes hallará contrastes, propios del suelo americano, curiosos sino instructivos, i el que bien observa, si encuentra en lo nuevo mucho que por la felicidad comun debería modificarse, no podrá dejar de convenir que buscando en algunos de ellos el sentido moral que representan, hai algo que no causa desconsuelo i hace formar lisonjeros pronósticos para los que vendrán despues de nosotros.

Hasta aquí solo nos hemos contentado con hablar de ciertos contrastes que resultan de la comparacion de las viejas con las nuevas costumbres, sin entrar al dominio de las ideas en donde naturalmente no son menos abundantes ni variados. Allí tambien impera la lucha de esos contrarios elementos, trayéndonos la constante ajitacion en que vivimos. Pero, merece observarse un hecho en este caso, que abiertamente pugna con nuestras primeras observaciones i es que si en la vida social i material de nuestros pueblos lo moderno a lo antiguo va ganando la palma, en el terreno de las ideas ambos elementos permanecen en perfecto equilibrio, sin que el uno ni el otro parezcan aventajarse. Prueba es esta, por lo menos, del gran orgullo del hombre, que siempre se resiste a creer que haya quien pueda pensar con mas acierto que él i de lo poco que en realidad avanzamos a pesar de lo mucho que nos figuramos haber andado. Así cuando vemos que tantos sostienen todavía que el mejor modo de enmendar a los criminales es el de enviarlos al otro mundo, como si alguno hubiese vuelto de allá a mostrarnos la eficacia del sistema; cuando sabemos que no pocos individuos pretenden que la educacion para la mujer es un mal, porque sabiendo escribir se inclina al momento a ejercitarse en el estilo amatorio epistolar; cuando éste dice que la dicha de los hijos de Adan no puede existir sin libertad i aquel que el hombre es un animal a quien es necesario tener amarrado para preservarlo de las desgracias a que su mala índole lo arrastraría si fuese dueño de sus acciones; cuando advertimos, en fin, que no hai entre nosotros idea nueva a la que deje de salirle al encuentro alguna añeja preocupacion, como en el juego de la *barra* de los muchachos, no podemos ménos que convencernos de que atravesamos una época de fluctuacion e incertidumbre i que nuestras sociedades se encuentran ni mas ni ménos como se hallaba Quevedo en el espacio: sin subir, ni bajar, ni estarse quedas.

Felizmente no ha desaparecido de entre los hombres la raza de los Marco Curcio i no faltarán quienes hagan completa abnegacion de su persona por inclinar la balanza de nuestro destino hácia el lado del progreso.

Agosto de 1859.

NADIE.

Algo sobre libertad.

Toda persona de buen sentido habrá observado que el hombre es una contradiccion viviente. Tiembla por ejemplo delante de una fiebre, i marcha cantando a una batalla.

Entre las infinitas aberraciones del espíritu humano, hai una observada desde muchos siglos atras i que a la fecha anda trayendo el mundo mas revuelto que nunca; esta es la de que no podamos entendernos sobre nuestros verdaderos intereses.

En el presente siglo todas nuestras desgracias nos vienen de la política, i la política está reducida a la sola cuestion de la libertad. Cuestion de palabra, i no mas.

Es cosa bien orijinal que no se dispare un solo tiro de fusil que no sea en nombre de la libertad. Pueblos i gobiernos, súbditos i monarcas, todos se destrozan en nombre de esta palabra falaz. ¡Hasta Luis Napoleon está guerreando en nombre de la libertad!!

La mayoría de un pueblo, segun la *opinion* de esta misma mayoría, se compone de tontos e ignorantes. Entre estos no cuento a los que, sin saber leer ni escribir, son ciudadanos por la Constitucion.

Todos a una voz claman por la libertad, i todos a una voz despues de la palabra libertad ponen un *pero*..... Lo que quiere decir que cada uno la entiende a su modo.

God and liberty! dijo Franklin a propósito de no sé qué como las cosas mas bellas que afianzaban la felicidad del hombre. Lo cierto es que si ni una ni otra cosa se hubieran conocido en el mundo, talvez se habria ahorrado mucha sangre humana.

Yo quisiera que alguien me definiese de una manera precisa lo que es la libertad. Veo en esto tantas contradicciones que no hallo a que atenerme.

No he visto todavia ni un solo hombre, i creo que no exista, que entusiasta de corazon por la libertad, no sea al mismo tiempo entusiasta de corazon por la esclavitud. Porque ¿es acaso libertad solo la libertad civil o política?

Libertad es la facultad que tiene todo hombre de hacer lo que se le antoje.

Eso no puede ser, dice un hombre chiquito

i débil, cualquiera puede entónces tirarme de las orejas.

Eso no puede ser, dice un hombre pobre, los ricos nos estrujarian.

Eso no puede ser, dice un hombre feo, cualquiera seduciria nuestras mujeres.

Eso no puede ser, dice un ciudadano que lee los periódicos, cualquier escritor tendria derecho para ponernos en ridículo.

Eso no puede ser, eso no puede ser, gritamos todos en fin porque no queremos esa libertad para los demas, aunque mucho nos cuadraria para nosotros.

¿Qué hacer entónces?

Mui facil es. Nos reunimos todos en congreso i acordamos lo que mas convenga para la tranquilidad i bienestar comun. Así se hizo.

I el pacto que se firmó se llamó lei.

I hubo entónces un filósofo que dijo: El mejor de los gobiernos es aquel en que la lei es el *tirano*.

Triste cosa es que para llegar al afianzamiento de la libertad, tengamos que recurrir a alguna tiranía. I es asi en efecto. Yo tengo para mí que la verdadera libertad no puede existir sino está protejida por una buena policía. ¿De qué servirian las leyes mas liberales del mundo si no tuviésemos jendarmes?

Los hombres han creido dar un gran paso al decir que la libertad de cada cual concluye allí donde empieza la libertad de otro. I ¿quién determina los límites de esta libertad? La verdad es que la intelijencia humana es mui limitada, que no hai dos hombres que piensen del mismo modo, i de aquí por consiguiente que jamas podremos entendernos.

La libertad, dice uno, es la República.

La libertad, dice otro, es la Monarquía.

La libertad, dice la mayor parte, es que yo viva tranquilo.

No hai gobierno que no asegure la libertad de comer, de dormir i de trabajar para tener que comer con abundancia i en que dormir con comodidad.

—Eso no me basta, dice un ciudadano que ha leido el compendio de la historia romana.

—¿Qué quiere Vd. entónces?

—Quiero la libertad de pensar.

—¿I quien le prohibe a Vd. pensar lo que quiera?

—Quiero la libertad de escribir.

—Para qué quiere Vd. esa libertad si no sabe ni escribir una carta?

—Quiero la libertad de elejir un diputado que represente los intereses de mi pueblo.

—Es decir los suyos, porque en cuanto a los de su pueblo no me parece que le importen mucho, pues que dá un suspiro cada vez que le cobran la contribucion de alumbrado i sereno.

—Quiero la libertad relijiosa.

—Para qué? no es Vd. católico?

—Quiero la libertad de comercio.

—¿Qué lei hai que le prohiba comprar bueyes i vender cesina?

Así como este ciudadano son la mayor parte de los que claman por libertad; no tienen necesidad de ella. A no ser así, nunca podria entronizarse el despotismo. En Francia millones de individuos viven contentos i felices bajo el poder del déspota que tiene oprimida a su patria. En una palabra, no hai conciencia de lo que es libertad.

Los poetas al invocar la libertad, la llaman hija del cielo; creo que con mas propiedad se la podia llamar hija del infierno. La mitad de los males que han aflijido a la humanidad, han nacido en su nombre. ¿Abriré la historia del mundo para probar una verdad como esta? Cualquiera lo puede hacer i convencerse por sí mismo.

¿Quiere decir todo esto que debemos desesperar de ver reinar algun dia la paz i la libertad sobre la tierra?

Entendámosnos.

Creo firmemente que los pueblos mas libres son los pueblos salvajes.

Del mismo modo, i en el estremo opuesto, habrá tanta mas libertad cuanto mayor sea la ilustracion, es decir cuanto mayor sea el número de los hombres ilustrados.

Tiendo la vista por todas las naciones del globo i no diviso ninguna que reuna todas las condiciones necesarias para ser enteramente libre. En cambio veo en todas ellas hacer empeño por llegar a ese fin.

Mientras tanto nada se consigue si no se destierra de la República:

A la fuerza, que es el apoyo de la anarquia i el despotismo;

Al fanatismo, que por principio i por sistema se opone a toda libertad;

I sobre todo i ante todo, mientras no se borre del carácter américano esa comezon innata por la revuelta, ese deseo desenfrenado por el poder. Nadie se conforma siquiera con que el vecino sea cabildante, i nadie quiere abandonar un destino, aunque sea el de subdelegado.

El nombre de la patria es el que primero se invoca. El patriotismo es una grosera mentira en los tiempos modernos; cuando mas es una reminiscencia de las edades primitivas.

Nul ne veut le bien public que quand il s'accorde avec le sien, dice Rousseau. Esta verdad es entre nosotros una injuria. No es permitido amar a la patria sino a la manera que aman los enamorados a sus queridas, i esto platónicamente.

Dos ciudadanos, un proletario i un propietario, se encuentran en la plaza pública.

—Señor, dice el proletario, no le ducle a Vd. ver a su patria oprimida?

—¿Cuál es su patria? pregunta el propietario.

—Mi patria es Chile!

—Pues la mia, contesta el propietario, es mi bolsillo i mi familia, i donde yo pueda ganar plata i vivir tranquilo i contento con mi mujer i mis hijos, está mi patria.

—¡Hombre egoista! esclama el proletario, i se aleja murmurando el verso de Horacio: *qué dulce cosa es morir por la patria!*

Cuando yo miro a mi alrededor i veo los hombres de que se compone nuestra sociedad, no puedo por ménos que admirarme al ver la facilidad que hai en un gobierno para hacerse tirano; de donde deduzco que los pueblos deben de agradecer cualquiera libertad que les venga de sus mandatarios.

I por esto tambien fué sin duda que dijo un escritor: los pueblos merecen su suerte.

De paso quiero hacer una observacion, i es que hasta ahora no ha habido un solo gobierno revolucionario. I esto se esplica mui bien. Tres, cuatro o mas hombres de que se compone un gobierno, no pueden hacer una revolucion, por mas avanzada, liberal o progresista que sea, sin caer en la tiranía. I lo que digo de un gobierno se aplica lo mismo a los hombres de un partido. Por consiguiente:

Los pueblos solos hacen las revoluciones sin gritos ni algazara, sin disparar un solo tiro de fusil ni derramar una gota de sangre, i sin que ellos se aperciban siquiera. «Toda guerra civil, dice Chateaubriand, que no produce alteraciones notables en una sociedad, cualquier movimiento parcial de una nacion momentáneamente insurreccionada, no son para mi revoluciones. En efecto, si no cambia el espíritu de los pueblos, qué importa que se hayan ajitado algunos instantes por miserables intereses, i que su nombre o el de sus mandatarios haya cambiado?»

¡Hombres ciegos! ¿Vale por ventura la causa de nuestras revoluciones el sacrificio de una vida? Nada pesan las lágrimas de nna viuda o de un huérfano?....Apenas dura un instante nuestra vida, i no contentos con los males que nos aflijen, andamos buscando medios de destrozarnos mutuamente! ¿La historia de Cain i Abel ha de durar hasta la consumacion de los siglos?

Hai una lucha constante entre gobiernos i pueblos, i aunque aquellos emanen de éstos, no por eso la lucha deja de existir. Estos clamando por libertad i aquellos respondiéndoles que son libres. ¿Cuando llegará el dia en que nos entendamos?

Lo que en América se ha llamado hasta aqui revoluciones, no han sido sino insurrecciones. Esta clase de movimientos traen siempre la tiranía.

Solo la paz dá la libertad.

JOSE ANTONIO DONOSO.

—

A mi madre.

Ah! qué dolor iguala al que sentimos
Cuando vemos cadáver macilento
El cuerpo de la madre que quisimos,
Arido el seno que nos dió alimento,
Adónde tantas veces nos dormimos
Al blando arrullo de su suave acento,
Muda la boca, inmóviles los brazos
Pródigos en cariños i en abrazos?

GUILLERMO MATTA.

En la primera orilla de la vida
Me abandonaste, madre, cuando apénas
Aparecian para mí serenas
Las horas de la cándida niñez;
Cuando empezaba en mi inocente pecho
A nacer para vos mi amor de niño,
Puro, sublime, celestial cariño
Que no alcanzaba a comprender talvez.

¡Qué tiempo tan feliz, cuando bebia
El néctar puro de tu puro seno,
I me daba tu lábio de amor lleno
Un inocente beso maternal!
¡Cuándo tal vez sentado en tus rodillas
Te llenaba de encanto mi sonrisa,
Tierna como el aliento de la brisa,
Lijera como el aura matinal!

Ah! yo vivia plácido a tu lado
Respirando mi alma la fragancia
De la edad perfumada de la infancia,
Que como el viento rápida pasó.
I tú sentias revivir en tu alma
El amor maternal, luz de consuelo,
Nítida i pura emanacion del cielo,
Que la muerte crüel me arrebató.

Yo niño entónces ¡ai! no comprendia
Que es una madre el dulce complemento
De la vida de su hijo, i ni un tormento
Al perderte sintió mi corazon.
Pero ¿cómo sentir? aun en mi mente
La luz de la razon no penetraba
I en mi pecho de niño no alcanzaba
A esparcirse la hiel de la afliccion!

No sé si alguna lágrima de duelo
Por tu muerte mis ojos derramaron
O si mis voces tristes te llamaron. . . . . .
Porque entónces no sé lo que sentí.
Ni sé si tuve algun dolor al verme
De las caricias de tu amor privado;
Pero hoi en cambio, madre, he derramado
A torrentes las lágrimas por tí!

Hoi que ya empiezo a conocer el mundo
Que nunca da felicidad ni calma,
Hoi he sentido renacer en mi alma
La memoria querida de tu amor;
I un dolor i un recuerdo solo guardo
Mientra en el mundo sin saber me pierdo;
La mente llena está de ese recuerdo
I lleno el corazon de ese dolor.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

Nunca he sabido, madre idolatrada,
Como fué tu existencia con la mia;
Ni si te dí pesares o alegría
El corto tiempo que tu amor me vió.
No tengo ni un recuerdo de mi infancia
Miéntras viviste tú, madre querida;
Solo he sabido que al concluir tu vida
Otra mui triste para mí empezó.

I ahora lloro por tí, porque conozco
Que todo sin tu amor es amargura,
Que una madre es purísima ternura,
Infinito raudal de adoracion.
I siempre, siempre te amo; aquí en mi pecho
Te he formado un recóndito santuario
Do guardo tu memoria, relicario
Que idolatra con fé mi corazon.

Si, yo te adoro, madre, i miéntras marcho
De puras dichas en mi loco anhelo,
Elevo siempre el pensamiento al cielo
Do tal vez ruegas al Señor por mí.
I siempre te he adorado, desde el dia
En que se abrió a la luz mi pensamiento
I teniendo del hijo el sentimiento
Cuanto vale una madre conocí.

Ah! si hubieras vivido hasta el presente
Para poder dormirme en tu regazo
I haber gozado el maternal abrazo
I el tierno beso del materno amor!
¡Cómo hubieras amado a tu hijo tierno,
I hubieras conducido su existencia
Por la senda feliz de la inocencia,
Consolándolo siempre en su dolor!

Pero lo quiso el cielo; me dejaste
Abandonado sin sosten ni guia;
I talvez no has sabido, madre mia
Las mil desgracias que he sufrido yo;
Que he marchado infeliz por un camino
Sembrado de miserias i pesares,
Espuesto mui temprano a los azares
Del destino fatal que me tocó.

Mucho he sufrido i todavia sufro
Sin poder saber nada de tu vida;
Si fué triste o feliz; madre querida,
Que eres un ánjel solamente sé.
Mas siempre, miéntras viva en este mundo
Ya sea en la miseria o en la gloria,
Conservará mi mente tu memoria,
I el corazon conservará su fé.

Agosto de 1858.

Luis Rodriguez Velasco.

Influencia social de las ideas sobre lo bello.

Justamente célebres son las sencillas i profundas palabras de Boileau en donde enseña que la verdad es la base de la belleza: i tan cierto es esto, que la mentira misma cuando quiere parecer bella se acerca lo mas que puede a la verosimilitud. El espíritu humano trata, en casi todas sus operaciones, de producir la belleza; pero jamas llegará a su verdadero objeto, si no consigue comprender la naturaleza de las cosas. Un hecho físico no es mas que la traduccion de una idea, la cual es casi siempre representada por un objeto de arte, objeto tanto mas bello cuanto mas *verdadero* es, es decir, cuanto mas justas i naturales sean las relaciones que lo ligan con la idea que representa. Quien llegue al conocimiento de esa íntima relacion, i obre en tal virtud, llegará a lo perfecto en materia artística, porque habrá imitado a la naturaleza, la cual jamás hace cosas supérfluas i sin relacion. Ella es la verdadera maestra en materia de belleza: nunca se contradice, i eslabonando estrecha i sencillamente los medios de que se vale para conseguir sus fines es como muestra el camino que debe seguir todo aquel que quiera imitarla. Separarse de ella es separarse de la verdad, i buscar en vano la belleza en donde no puede existir. Toda cosa contraria a la naturaleza, a la obra de Dios, no puede ménos de ser un contrasentido chocante a la razon ¿cómo podria ser bella? ¿Cómo será posible que el hombre produzca la belleza, variando el camino que el mismo Autor de lo creado nos indica en la obra de sus manos? Desgraciadamente se encuentra esto mui fácil, i la prueba está en que para producir un efecto tal se han escojitado medios mui diversos de los empleados por la naturaleza: pero esto es no comprender los seres creados ni las relaciones que los ligan entre sí.

El hombre busca la belleza por instinto; tiene allá en el fondo de su alma cierta idea, cierto tipo de belleza mas o ménos perfecto: asi es que se le ve dar a los objetos diversas formas que casi nunca le contentan. Su espíritu no queda satisfecho porque no halla en dichos objetos aquella armonía sencilla que debe existir para que agraden. Mi veces se separa del camino del buen gusto para volver otra vez a él, creyendo jeneralmente que el buen gusto consiste en el capricho i desordenada variedad de las formas. Pero entónces es cuando se le ve fuera de su centro; i como embriagado por la misma variedad de ideas, trata aun de introducir otras nuevas, semejante al infeliz que sediento de felicidad, busca con ahinco aquellos objetos que labran su propia desgracia. No parece sino que teniendo la conviccion de su propia impotencia para alcanzar la verdadera belleza, se hubiese ya contentado con su imperfectibilidad; i solamente tratase de buscar el contento, no en traducir el bello ideal, sino en buscar esa diversidad de objetos que trastorna su espíritu. Parece que la vista de uno de estos enjendrara en él un nuevo capricho, un nuevo deseo por verlo de otro modo; i lo cambia, i lo torna a cambiar de mil modos diversos. Su espíritu, corrompido ya, llega a apete-

cer, no lo bello sino lo que es nuevo solamente. En la única cosa que no le gusta cambiar es en la manía de cambiarlo todo, i verlo todo de otro modo. ¿Cuándo le cansará esta manía? ¿Verémosle siempre pasar de lo bueno a lo malo con el mismo ahinco con que pasa de lo malo a lo bueno? Ansía cambiar la forma de su vestido, no porque este no cumpla su objeto sino porque ya *es cosa vieja*; i pasa cada dia por nuevas molestias por solo la locura de querer siempre vestir, comer, dormir i respirar a la moderna. Tiene horror a todo lo antiguo, no importa que mil cosas antiguas sean buenas..... ¡Si veremos algun dia a estos hombres enemigos de todo lo antiguo, hastiados del calor del sol, de la frescura de los bosques, del canto de los pájaros, del ruido encantador de las cascadas i torrentes..... i en fin de todos los encantos de la naturaleza por solo ser demasiado viejos!

Hai costumbres i modas traidas de otros paises i aclimatadas en el nuestro, por ejemplo, modas que seguimos solo porque nos vienen de paises a quienes tenemos costumbre de imitar. Aun mas: creemos mui de buena fé que amoldar nuestros gustos a los de otro i seguir sus costumbres brillantes (aun cuando para ello no haya fundamento alguno) creemos, digo, que esto es estar a una gran altura en civilizacion. Porque hai hasta quien juzga de la civilizacion de un pais por el modo como se calzan las botas sus habitantes. ¿Es allá racional una moda i aquí no? No importa i nuestro deber es seguirla, si queremos parecer hombres civilizados. ¿Hai algun hombre cuerdo que nos echa en cara nuestra necedad en andar de esta o de aquella manera ridícula? Es un tonto les contestamos nosotros, los copiadores de otras costumbres; es un tonto que no comprende la verdadera civilizacion.—Asi hablamos nosotros, los de la civilizacion de las modas, los poseedores i estrictamente observadores de las costumbres de imitacion.

Esta falta de dignidad en los pueblos es causa del atraso en que suelen yacer; porque no miran la mejor manera de satisfacer sus necesidades, sino que tratan de inventar otras nuevas para tener el placer de satisfacerlas al modo i manera de otros pueblos. La costumbre de imitarlo todo del estranjero (haya o nó razon para ello), se suele hacer un hábito tan pernicioso que es causa de la pobreza real i efectiva de muchas naciones. Algunas de éstas podrian vivir bien i adquirirse comodidades, atendidas sus necesidades i los elementos que poseen para satisfacerlas; pero haciendo a un lado estas necesidades, se crean otras nuevas i desprecian dichos elementos como innecesarios i a veces como perjudiciales. ¿I qué resulta de aquí? que tienen por precision que comprar a ese pueblo cuyas necesidades plajian, caro i mui caro los medios de satisfacerlas. I no hai duda que en tal negocio se empobrecerá el pais que es víctima, enriqueciéndose el otro que lo esplota. No hai para que citar ejemplos de esto.

Cada pais para su enriquecimiento i para el desarrollo de su progreso social, ha menester el fomento interior de alguna industria que le pertenezca especialmente. Casi todos cuentan con alguna que los ha enriquecido. Por otra parte, dicha industria, para que sea estable, tiene que ser *una* verdadera necesidad en el pais que la cultiva: tiene que ser una verdadera necesidad repito, tomando en consideracion los elementos con que puede contar i las diversas circunstancias en que puede hallarse. Mas si por un efecto de nuestro descamino, i solamente por querer vivir de una manera diferente a como debemos vivir, despreciamos dichos elementos, ¿no obramos en contra de nuestro propio progreso? Cada territorio tiene sus necesidades especiales, i la naturaleza los ha dotado sábiamente con los medios para cumplir con ellas. Pues bien, ¿no es una verdadera locura despreciar estos medios? El Africa tiene sus desiertos de arena; Laponia los tiene de nieve, i en los paises templados se ven praderías cubiertas de vejetacion; por esto es qué allá vive el camello, acá el reno i aqui el caballo; i que diríamos de un lapon que por vivir *a la africana* se le antojase cabalgar en un camello? Diríamos lo mismo que de un español que despreciase sus caballos *por ser cosa del pais*, i tuviese el raro capricho de recorrer sus bellos campos en un hermoso trienio, solo porque ya era moda andar en tan incómodas locomotivas. ¿De dónde tal contrasentido? De hacer uso de un objeto que no cumple con el fin para que se le destina, es decir de *encontrar bello* a este objeto: porque si no se le hallase tal, se encontraria necio su uso i se despreciaria. En aberraciones parecidas cae el hombre cuando no se acostumbra a reflexionar sobre el verdadero fin de los objetos, es decir, sobre las relaciones que deben ligar a estos con los fines a que se les destina.—He aquí el oríjen de las modas necias i sin sentido, modas que nada significan i que solo demuestran nuestra flaqueza de espíritu i poca reflexion.

Al decir modas digo maneras, modas de ser o costumbres del pais. Toda nacion digna tiene sus modas especiales, que son como la base de las costumbres fijas o inalterables. Ellas le dan el carácter propio, i es donde debe estudiársela. Porque hablar de un pais por las costumbres de importacion es hablar de la nacion a quien se imita i estudiar la influencia social sobre sus imitadoras. Quien emplea su razon en reflexionar sobre la manera de vivir de otro para vivir él mismo del mejor modo posible, emplea su razon mui dignamente: tomar lo bueno que se vea en los demas para imitarlo, i despreciar lo malo, he aquí el verdadero camino del que trata de progresar.

Pero tomarlo todo sin discernimiento alguno, i ansiar por saber de que modo se vivirá mañana para cambiarlo por la manera de vivir de hoi, es no estar jamas contentos con nuestra costumbre actual; es contradecirnos todos los dias i ser miserables imitadores en todo i por todo de quienes especulan con nosotros. De este modo un pueblo pierde su carácter propio i su fisonomía especial, llegando a veces a no tener ninguna, porque no siempre un pueblo es buen copista de otro. Cayendo sus habitantes de aberracion en aberracion, corromperáse su criterio; se enjendrará la molicie i el lujo con la pasion por las cosas superfluas; i no buscando ya la verdad en los objetos, que es lo que constituye su belleza, se llegarán a usar cosas contradictorias i opuestas a su verdadero fin. En este estado nada le falta al buen gusto para corromperse enteramente; cada dia se hará este mas complejo, separándose de aquella sencillez con la cual debe siempre conformarse. Cuando la variedad i multiplicidad de los objetos tienen embriagados los sentidos, estos ya no buscan la verdad en el objeto mismo (que es, como se ha dicho, lo que constituye el fondo del buen gusto), sino que reducidos por el follaje, solo miran a la superabundancia en los adornos inútiles i sin sentido. Esta influencia se deja sentir tanto respecto de los objetos materiales como de las cosas intelectuales. La belleza de los discursos solo consiste en la bambollosa palabrería antes que en la profundidad, sencillez i elegancia que el verdadero gusto demanda. Así mismo, una casa, un vestido, una obra de arte cualquiera no son ya objetos bellos, sino están recargados de adornos inútiles i sin relacion alguna con el fin para que son aquellos destinados.—He aquí el estremo adonde pueden llegar esos pueblos que se acostumbran poco a poco a mirarlo todo sin discernimiento alguno, esos pueblos que solo tratan de recrear sus ojos ya corrompidos por los malos ejemplos, sin querer agradar al buen sentido i a la razon; como si la belleza fuera una cosa contraria al buen sentido i a la razon de los hombres!

De aqui resulta tambien otro mal para la práctica misma de la vida. Ya se ha indicado que acostumbrándose el hombre a buscar la belleza en donde no existe, mira estasiado objetos físicos que nada tienen de bello; i despreciando la sencillez en la forma tipo de los objetos, solo busca con los ojos el recargo en los adornos. Esta especie de aparente belleza no despertará en su alma ninguna idea: su pensamiento duerme por que solo admiran sus sentidos; para nada se acuerda de su razon, si no es para admirar la destreza de la mano en la ejecucion i no de la intelijencia en la concepcion de las obras artísticas. El verdadero objeto pasará desapercibido para él, pues si lo vé sin adornos no lo mirará siquiera, ni reflexionará sobre su forma actual o sobre la que mas le habria convenido dar-le, atendido el fin con que iba a cumplir. Estas reflexiones solamente puede hacerlas quien comprende la verdadera belleza, es decir la relacion que un ser creado o inventado tiene con su destino, —Lo diremos de una vez: un pueblo que no mira esencialmente esta relacion no progresará jamas en artes ni en industria; su gusto se refinará sin educarse convenientemente para la verdadera civilizacion, i solo marchará a la retaguardia de aquellos otros que mira como a sus maestros.

Cuando el hombre posea verdaderas ideas sobre la belleza física estará en disposicion de tenerlas tambien sobre la belleza moral, i sobre lo bueno i lo útil para la sociedad: porque nada hai útil sin ser bueno al mismo tiempo. Jamas será útil lo malo, considerada la utilidad tal como debe ocasionalmente considerarse, esto es, en su relacion con el mayor número de societarios. La hermanacion de estas ideas no puede ménos que hacer nacer acciones rectas i loables, pues la rectitud en el creer enjendra la rectitud en el obrar. Entónces, digo, mirará el hombre lo principal como principal, i lo accesorio como accesorio, i fijándose solo en las verdades bases, despojará los hechos de todo aquel follaje brillante con que suele quedar reducida la razon del individuo. Los hechos mismos serán estudiados en sus cimientos, i se juzgará con tanto mas acierto, cuanto mayor sea el conocimiento que se tenga sobre dichos fundamentos. He aquí el pensamiento, cuya jerminacion es necesaria para que la humanidad alcance la verdadera civilizacion. Pero en apartándonos de este camino, ya nuestros sentidos dominarán a nuestra razon; seremos mas difíciles de contentar, i no se sabrá como hacerlo, desde que, siendo nuestro capricho la base de nuestros razonamientos, no se tendran reglas seguras i positivas para ello.—Las leyes mismas tendrán su principal escollo en el pueblo que las va a cumplir, i un tirano hábil podrá hacer seguir otras, con tal que sean buenas en la apariencia. Una mala accion será loada, si es brillante, i mui pocos alabaran el fondo ántes que la forma de los hechos hermosos. Será entónces mui fácil seducir a la multitud, pues bastará para ello tener un poco de atrevimiento para presentarla dorado el embustero sofisma: i la multitud creerá a quien sepa engañarla; i la lijera inconstancia i volubilidad que al fin obtendrán por este medio serán las principales causas de sus verdaderas desgracias. Una imajinacion brillante es capaz de adornar el absurdo de los mas bellos colores; i seducida nuestra intelijencia, ella doblará la cabeza ante la mentira: porque no estando el hombre acostumbrado a buscar la belleza en las formas jenerales de los objetos, i fijándose solo en los detalles que los adornan i que los hacen desaparecer para el ojo que no escudriña hasta el fondo, tampoco tratará de sondar las ideas, estudiando el fondo o base de las cuestiones, i se dejará

seducir por los brillantes accesorios que los acompañan. Seducido el espíritu por esta brillantez, bebe la mentira, i a veces no llega a conocer su error, sino por los malos efectos de su propio descamino, i cuando le es mas difícil el volver atras. De aquí las aberraciones sociales en relijion i en política, que tantas desgracias han causado i tendrán que causar a la humanidad, mientras no sepa reflexionar.

DANIEL BARROS GREZ.

El Recuerdo.

«Un recuerdo es casi siempre un pesar, un desengaño i bien pocas veces una satisfaccion.»
(JUSTO A. ALEMPARTE, Los recuerdos.)

El recuerdo! el recuerdo! cruel memoria,
Nunca le traigas a la mente mia,
Que él me presenta la pasada historia
Como fantasma que amenaza impia:
Si es una bella pájina de gloria,
Tristísimo es leerla en la agonia;
I si es sombria i de amargura llena,
En medio del placer nos envenena.

No quiero recordar que ayer dichoso
De dulce realidad feliz gozaba,
Cuando hoi me dice un desengaño odioso
Mentira ser lo que verdad juzgaba.
No quiero ver el cuadro delicioso
De cuando una beldad me acariciaba,
Cuando otra a quien adoro mas constante
Se muestra desdeñosa al pecho amante.

No quiero recordar, nó, de la infancia
Los cándidos ensueños de ventura,
Hoi cuando de los años la distancia
A la vejez sombria me asegura;
Que cual de lindas flores la fragancia
Es doloroso ver que edad tan pura,
Se haya ido, i el aura que la envuelve
Murmure en lontananza que no vuelve....

Un recuerdo—si es grato i trasparente
Como el rayo primero de la aurora,
I nos halaga cuando el pecho siente
Un terrible pesar que lo devora,
Es como ver al lejos una fuente
Deslizando su linfa bullidora,
Que la sed, el cansancio i la fatiga,
Se goza en aumentar i no mitiga.

Un recuerdo—si es triste i se levanta
En medio del contento que gozamos,
Es meteoro fatal que nos espanta
Cuando el cenit purísimo miramos;
I la bella ilusion que al alma encanta
Enturbiarse a su aspecto contemplamos,
Cual la nube que se alza cenicienta
Fatídica anunciando la tormenta.

Solo quiero vivir en el presente,
Ya sumido me vea en desventura,
O resbale mi vida dulcemente
En brazos de una dicha siempre pura;
Que el recuerdo al surjir allá en la mente
Un cáliz me presenta de amargura,
Que el acíbar, aumenta, que reboza,
O entristece la dicha que se goza.

El recuerdo! el recuerdo! que en su mano
Para siempre el olvido lo sepulte;
Cuando contemple mi fatal quebranto
No quiero que sarcástico me insulte.
Ni que en mis horas de placer i encanto
Negro i cruel en mi memoria abulte,
Una pájina oscura de la vida
Que al alma deje en el pesar sumida!
.....

Agosto 17 de 1859.

RAFAEL SANTOS.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

ACTO TERCERO.

Una sala del palacio; dos puertas a la izquierda; dos puertas a la derecha; una en el foro. A la izquierda, en el primer plan, una mesa, centelleros, i recado de escribir. Un juego de Ajedrez. A la derecha, un velador sobre el que hai obras de costura i una escribanía de mujer.

ESCENA I.

LEONOR *trabajando.* ISABEL *na hace nada, ámbas sentadas una al lado de la otra i calladas.*

LEONOR, *despues de algunos instantes de silencio.*
¿Hoi ha estado bonita la revista?

ISABEL.
¡Soberbia!

LEONOR.
¿Ibais al lado del emperador?...

ISABEL.
Mui a su lado!

LEONOR.
Dicen que hoi ha tenido una entrevista con el rei de Francia.

ISABEL.
¡Ah!. . no lo sé!

LEONOR.
Ha debido decíroslo.

ISABEL.
Puede ser!... como yo no escuchaba! yo no atendia mas que a ver si la compostura de las damas era mejor que la mia....

LEONOR.
Pero os esponiais a disgustar al emperador!

ISABEL.
¡Jesus Maria!... ¿i por qué?

LEONOR.
El quiere que se piense en la política.

ISABEL.

¡Es tan fastidiosa!...

LEONOR.

¡Lo concibo! ¡pero contal que una aparente ocupa...!...

ISABEL.

Pues... i ¿cómo hará una?...

LEONOR.

¿Cómo?...

UN PAJE, *anunciando.*

Su excelencia el conde Gattinara.

LEONOR, *a media voz i con prontitud a Isabel.*

Cuando se está con un ministro, se indaga, se le pregunta lo que sucede, se hace una dar cuenta.... en fin, es preciso que la reina desee saber! (*Leonor vuelve a ponerse a trabajar*).

ESCENA II.

LEONOR, ISABEL, GATTINARA.

GATTINARA, *hablando a los de afuera a la puerta de la derecha.*

Sí, ya os he dicho que tengo que hablar a S. A. (*Deja su sombrero sobre el veladar a la derecha, se adelanta, i viendo a Leonor*). Cielos! la princesa Leonor.

ISABEL.

¿Qué hai?

GATTINARA, *alto a Isabel.*

Me he apresurado a traer a V. A. cartas de Francia, cumplidos, felicitaciones de la rejente Luisa de Saboya a propósito de vuestro casamiento.

ISABEL, *tomando la carta.*

Una carta de Paris!... es singular, cuando a penas acabo de dirijir allá... un mensaje mui urjente para que se me envien guantes i cintas!

GATTINARA.

¡Ai! Dios mio! ¡mucho lo siento! Pero no podrá caminar la carta de V. A. Acabo de dar órden para que todos los correos que vayan a Francia sean detenidos, excepto los del emperador, i para abrir todas las cartas.

ISABEL, *con indiferencia.*

¡Ah bah!

LEONOR, *en voz baja.*

¿Preguntadle por qué?

ISABEL, *del mismo modo.*

¡Preciso! no me acordaba (*alto*) Por cuales motivos, señor Gattinara?

GATTINARA, *inclinándose.*

Motivos.... políticos!

LEONOR, *bajo a Isabel.*

Por lo mismo!

ISABEL.

Por lo mismo... yo la reina debo saber....

GATTINARA, *asombrado i aparte.*

Será posible! (*alto*). Se trata de un asunto de Estado, de un grave complot que se ha descubierto.

ISABEL.

¿De veras?

GATTINARA, *aparte.*

¡Gracias a San Pacomio! (*alto*). Complot del que me empeño en cojer las pruebas... Por eso he prohibido que salga de Madrid ningun frances ni que se les dé pasaporte.

ISABEL, *con aire de indiferencia.*

Miren eso!

LEONOR, *en voz baja.*

Preguntadle que complot es ese.

ISABEL.

¿Qué complot es ese?

GATTINARA.

Intriga puramente diplomática i mui embrollada! ¿Desea V. A. precisamente conocerla?

ISABEL.

Nó, nada! era solo por saber (*encontrando una mirada de Leonor*). Pero sin embargo!

GATTINARA.

El asunto es largo!

ISABEL, *haciéndole señal con la mano.*

Basta, basta!

GATTINARA.

Entónces no diré mas sobre el asunto!

LEONOR, *aparte.*

¡No mas! (*alto i levantándose*). Temo que mi presencia incomode a V. A. i yo que nada comprendo de los negocios de estado i que jamas me mezclo en ellos, os pediria, señora, permiso para retirarme. (*Hace una cortesía i sale*).

ESCENA III.

ISABEL, GATTINARA.

GATTINARA, *aparte.*

En fin, se vá (*alto*). Cuando hace poco entré al salon donde encontré a V. A., sola conversando con el emperador, no pude con la turbacion i el sentimiento que tenia.... saber si os habiais dignado hablar a S. M. de la necesidad de conferirme su órden del Toison de oro.

ISABEL.

¡Sí, de veras! El emperador ha contestado: «No corre prisa, esperaremos que nuestro nuevo ministro se haya probado i que nos haga algun señalado servicio.»

GATTINARA.

¡Eso dijo!... (*aparte*). Bien está, señor, ya nos acomodaremos para hacernos necesarios. (*Alto*) ¿Ha insistido V. A.?

ISABEL.

Oh señor mio, nó!... No pensaba yo mas que en todo aquel pueblo, en todos aquellos oficiales que gritaban «¡Viva la reina!...» i luego dentro de los salones, toda aquella corte atenta i prosternada, todos aquellos jóvenes caballeros, tan elegantes i de tan buen porte, que parecian espiar cada una de mis miradas.... ¡Ah! ¡qué bello es ser reina de España!

GATTINARA, *con celos.*

¿Os parece?

ISABEL.

Recien comienzo!... porque hasta aquí confieso que me fastidiaba. I luego, a un ademan del rei, todos se han retirado. Nos hemos quedado en el saloncito.... solos!...

GATTINARA, *aparte.*

¡Ai! Dios mio!

ISABEL.

Tenia la cara mas amable, mas graciosa que de costumbre.

GATTINARA.

¡Cómo es dia de gala!

ISABEL.

¡Probablemente! eso me ha alentado.... he hablado mucho!!

GATTINARA, *aparte.*

Malo! ...

ISABEL.

El rei no me escuchaba.

GATTINARA, *aparte.*

Mejor!...

ISABEL.

Pero me miraba.

GATTINARA, *aparte.*

Ai! tanto peor?...

ISABEL.

I me decia.... «qué elocuentes.... qué alma hai en esos ojos»...., en los mios! .. Luego, haciéndome con la mano señal de que callase, esclamó: Ah! dejadlos, dejadlos que hablen, i cojiendo mi mano la dió un beso... En ese instante entrasteis vos.

GATTINARA.

¡Ah! si supiera V. A. cuanto he padecido!

ISABEL.

Si lo hubiera sabido... habria retirado al momento mi mano.

GATTINARA.

O cielo.... Cuidado con que lo hagais.... Desde que yo me sacrifico, desde que yo me inmolo.... no mireis mas que a vuestra felicidad... a vuestra gloria... olvidad a un desgraciado.... es decir, nó, no me olvideis... al contrario! Pero sed reina!.... reina todo poderosa para vos.... i para vuestros amigos.

ISABEL.

Eso fué lo que me dije!

GATTINARA, *aparte.*

¡Sanchica, mi único amor, Sanchica al ménos me quedara!

ISABEL.

I para probaros mi confianza....

GATTINARA.

Hablad pronto.

ISABEL.

Sabreis que esa jóven camarera, tan bonita, tan viva, tan alegre.... que habeis colocado a mi servicio....

GATTINARA.

La niña Sanchica.... la señora de Babieca!

ISABEL.

Os prevengo que tiene su inclinacion....

GATTINARA, *aparte i turbado.*

¡O cielo! ¿Quién ha podido decirle....(*alto i cortado*). ¿Lo creis?

ISABEL.

Estoi segura de ello.... Ahora no mas, sentada allí cerca de la puerta de mi cuarto (*mostrando la primera puerta de la izquierda*), he oido sin querer.... toda una conversacion....

GATTINARA, *asustado.*

¿Cómo así?

ISABEL.

Una voz mui fresca i mui agradable decia; «Sanchica.... Sanchica es preciso que me obtengais un pasaporte para Francia.»

GATTINARA.

¡Un pasaporte para Francia! ¿I quién decia eso?

ISABEL.

No veia, oia solamente.... i Sanchica respondia: «nunca; porque os marchareis i yo no volveria a veros.» «Harto sé,» continuaba llorando, «que vos no me amais!»

GATTINARA, *aparte.*

¡Vaya en gracia!

ISABEL.

«Pero yo os amo, i digalo sino un gran señor de la corte que en otro tiempo me agradaba i que ahora no puedo soportar.»

GATTINARA, *enfurecido.*

¡Ah con qué asi!

ISABEL, *inocentemente.*

Si señor, así mismo!

GATTINARA, *mostrando la izquierda.*

¿I decis que estaban allí, en esa pieza?

ISABEL.

I quizás todavía estén en ella.

GATTINARA.

Ah ya he cojido la pista; (*dando algunos pasos para salir*). Yo sabré.... ¡Cielos! El emperador!....

H. DE IRISARRI.

(*Continuará*).

Crónica de la quincena.

EUROPA.

Una nueva i mas espléndida victoria de los aliados sobre el Austria es el gran suceso de la quincena. La espulsion de los dominadores estranjeros de la Italia empieza ya a ser un hecho.

La batalla de Solferino será de inmensas consecuencias para el desenlace final de la presente guerra. El Austria ha hecho en ella supremos esfuerzos de valor i de táctica que de nada han servido ante la intrepidez de los aliados. De hoi mas es necesario reconocer en los franceses los primeros soldados del mundo i en sus ejércitos i sus jenerales los hijos mimados de la fortuna.

La rápida marcha que llevan los acontecimientos es maravillosa i se escapa a toda conjetura. Cuando se esperaba una larga guerra para arrojar los últimos soldados del Austria de Italia han bastado unas cuantas batallas para conseguirlo.—Magenta pone en manos de los aliados a Milan;—Melegnano hace encerrarse a los austriacos en su célebre cuadrilátero del Mincio;—viene Solferino i les rompe ese cuadrilátero i pone a sus enemigos a solo al gunas jornadas de Viena.

Este triunfo por el lado estratéjico es la obra del emperador Napoleon i por el de la ejecucion del jeneral Niel, que ha sido nombrado mariscal de Francia. Sin el vigoroso ataque ordenado por el emperador a la division Niel sobre el centro austriaco, la batalla hubiera sido quizás adversa a las armas aliadas. El ala izquierda, formada por los piamonteses a las órdenes de su rei, arrollada por la superioridad del número tuvo que ceder el campo despues de inauditos esfuerzos de constancia i bravura. Lo propio sucedia a la derecha compuesta en su totalidad de franceses. Pero la línea de batalla del ejército austriaco demasiado estensa, pues ocupaba un espacio de cinco leguas, tenia por precision que ser débil en el centro. Napoleon lo comprendió o, mejor dicho, lo adivinó. La division Niel hizo lo demas.

A las últimas fechas el ejército frances continuaba pasando el Mincio, Napoleon tenia su cuartel jeneral en Volta, los piamonteses sitiaban a Peschiera i los austriacos se preparaban a dar una nueva batalla sobre el Adige.

Las pérdidas del Austria se avaluan en 20,000 hombres entre muertos, heridos, dispersos i prisioneros, treinta cañones en poder de los france-

ses i tres banderas. Entre los muertos hai 360 oficiales de todas graduaciones.

El desaliento que ante una tan completa derrota se ha apoderado de los soldados del Austria es inconcebible. Las deserciones son numerosas, sobre todo en los cuerpos italianos, en los que los síntomas de insurreccion son mui marcados.

Miéntras tanto el entusiasmo de todos los pueblos de Italia aumenta en espantosa progresion. Roma misma no está en paz sino a favor de las tropas francesas. Ciudades, villas, aldeas sacuden el yugo i proclaman a Victor Emmanuel por dictador. Todas las provincias desde Bolonia, que dió la señal, hasta los Apeninos están pronunciadas contra sus dominadores.

La política romana corre, por desgracia, cada dia mas en desacuerdo con los dictados de la razon, la justicia i la humanidad. Las tropas enviadas por el pontífice para sofocar los levantamientos habidos en sus legaciones, han cometido toda clase de depredaciones i actos de crueldad. Entradas en Peruza, una de las ciudades rebeladas, por la traicion de unos frailes, cometieron en ella toda suerte de estorciones i lo propio se disponian a hacer en Rimini, Forli, Cesena. Esas tropas parece no van a volver pueblos a la obediencia sino a esterminarlos.

Tanta ha sido la indignacion que ha despertado la barbara conducta de las tropas pontificias, que la confederacion Helvética ha declarado que los dos mil suizos que formaban parte de esa division no eran tales suizos sino austriacos i alemanes.

¡Pero la hora de la justicia ha sonado ya para le Italia!

Mucho se habla de la parte activa que se cree tomará la Prusia en pró del Austria. Si esto llegase a suceder, lo que los círculos diplomáticos ponen en duda, despues de las terminantes indicaciones hechas por la Inglaterra al gabinete de Berlin, la Rusia cojeria tambien cartas en la partida, i los intereses del Austria quedarian tan complicados como al presente i quien sabe si mas. La Hungria daria entónces el grito de libertad i las simpatías de los aliados por su causa se convertirian en hechos i la Rusia a nada se opondría. El teatro de la guerra se haria mas estenso, nuevos ejércitos entrarian en campaña, las batallas serian mas frecuentes, mas numerosas i mas sangrientas, mas intereses, acaso los de la Europa entera, se verian comprometidos; pero el Austria no por eso habia de reconquistar un palmo del terreno que las bayonetas aliadas le han hecho abandonar mal de su agrado.

El Austria ha perdido sus posesiones en Italia i ya nada será parte para hacérselas recuperar.

AMÉRICA.

La América continua siempre en la misma situacion que en la anterior quincena.

En los Estados-Unidos el filibusterismo volviendo a levantar cabeza con Walker i amenazando la tranquilidad de los pueblos débiles e indefensos:—el gabinete de Washington tomando medidas contra Nicaragua i Méjico i los Mormones apareciendo de nuevo.

En Méjico la anarquía reinando i gobernando.

En Venezuela la guerra de partidarios tomando mayores proporciones i manteniendo en constante alarma al gobierno i la sociedad.

En la Nueva-Granada dando malos frutos la federacion.

En el Ecuador preparándose a rechazar la invasion peruana.

En el Perú disponiendo esta invasion haciendo a Castilla cada dia mas omnipotente, gracias a los desaciertos de los especuladores i los calaveras políticos.—¡Qué situacion!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Ecos de la semana.

Santiago, agosto 26 de 1859.

SUMARIO.—La parroquia i las opiniones.—Huéspedes del otro mundo.—El campo de Marte.—Círculo literario. — Conversaciones extraordinarias. — Semana teatral.—*Jugar con fuego.*

Pasado, presente i porvenir son tres palabras mui socorridas, que se prestan a millares de combinaciones mas o ménos injeniosas. Esta trinidad de vocablos es para el escritor una verdadera almáciga de bonitas fraces i felices conceptos. Un historiador escudriña el pasado para esplicar el presente i adivinar el porvenir; un poeta ilumina con las claridades del porvenir las brumas del presente i las tinieblas del pasado; un reformador, arquitecto del presente, levanta el edificio del porvenir sobre las ruinas del pasado; un moralista echa de ménos la perdida fé del pasado, deplora la impiedad del presente i presajia las expiaciones del porvenir;—i así todos los demas. Pocos escritores hai que resistan a la tentacion de agrupar donosamente esas tres palabras. I aunque no gozasen de esta aura popular, es fuerza convenir en que siempre serian tres voces mui estimables, que nos permiten clasificar la especie humana de un modo exacto i completo.—Los viejos, que viven de memorias, pertenecen al pasado; los hombres a medio camino, que viven de realidades, pertenecen al presente, i los jóvenes, que viven de esperanzas, pertenecen al porvenir. Las mujeres no tienen edad (a lo ménos así lo creen algunos amigos mios), pero pueden tomar estado; i en atencion a esto se dividen tambien en tres porciones.—Las memorias son viudas, las realidades son casadas, las esperanzas son solteras. Merced a tal clasificacion es fácil darse cuenta de los cismas de opinion que aflijen a una sociedad. La fé de

bautismo o la fé de matrimonio bastan las mas veces a esplicar el perpetuo antagonismo de los pareceres i hacen de la parroquia un regulador soberano de nuestras ideas i creencias. Sin acojer una temeridad podria asegurarse que, si la mitad femenina de nuestra especie fuese toda casada, reinaría en sus juicios la mas laudable ortodojía, en vez de la herética desavenencia que hoi desordena sus filas. Tampoco es mas gramatical la concordancia en las opiniones de la otra mitad, sometida a las influencias de la cronolojía. En este acelerado tránsito de la cuna al sepulcro, que forma la vida humana, el hombre empieza su viaje riendo i lo termina llorando. En las primeras jornadas mira siempre hácia adelante animoso i contento; en las últimas echa la vista hácia atras agobiado de fatiga i amargas decepciones. El mundo le ha revelado sus misterios, ya no tiene la existencia secretos para él. Pero en los abrojos del camino han quedado prendidas las galas de su espíritu: el entusiasmo i la imajinacion. Desnudo i triste se siente desfallecer, cree que el universo participa de su propia decadencia i esclama entónces como Horatio:

Ætas parentum, pejor avis, tulit, etc.

lo que traducido en mal romance significa poco mas o ménos:

Peores los padres
Que los abuelos,
Hijos aun peores
Al mundo dieron,
Que darán hijos
Aun peores que ellos.

Oid sino los encontrados pareceres de nuestra sociedad respecto al aniversario de la patria, que se nos acerca con el mes de setiembre.

—La celebracion del 18, dice un viejo, se parece mucho a la muestra de un café que ya no existe. Su dueño, al abandonarlo, se olvidó de suprimir el rótulo. De la misma manera, hemos desocupado nosotros el pais de patriotísmo i virtudes cívicas i conservamos no obstante las festividades nacionales.

Al oir tales cosas, los muchachos se sonrien compasivamente, montan a caballo i se lanzan al campo de Marte esclamando como Pelletan: El mundo marcha!

Entretanto, los que han dejado de ser jóvenes i aún no son viejos piensan que el mundo es hoi tan bueno como lo era ayer i lo será mañana, i el 18 de setiembre de este año ni peor ni mejor que los diez i ochos pasados o futuros. Cren que todas las cosas, si no todas las personas, están en su lugar, i nada les parece estraordinario, ni las mismas facultades estraordinarias, que van dejenerando en sistema ordinario de buen gobierno.

Mas no debo adelantarme hasta el porvenir cuando tengo que retrogradar a los últimos dias de la semana pasada para hablaros del motin sofocado en el cuartel de Artillería. Un sarjento que quiso por este medio saldar cuentas con la caja de su cuerpo se vió reducido a saldarlas con este pícaro mundo en compañia de unos cuantos de sus camaradas.

Morir es dormir.... i tal vez soñar, decia Hamlet; i si así fuese, deberíamos creer que los ajusticiados del sábado no hacen ahora otra cosa que los perezosos i los enamorados: duermen i sueñan. Pero aquellos infelices no habian leido a Shakespeare i se dijeron simplemente: morir es ser fusilado.—I qué hombre, pregunto yo, pudo tener derecho para decretar la muerte de otro hombre?—El juez, se me dirá, apoyado en la lei.—I la lei en qué se apoyaba?—En el pacto social, de que es espresion.—Mas ese pacto social no tiene facultad de quitar a los asociados lo que no puede darles: la existencia. Si no hai un derecho que no corresponda a una obligacion, la sociedad que es impotente para crear debe serlo tambien para destruir el ser humano. No pudiendo satisfacer aquella obligacion, tampoco ha podido arrogarse este derecho, de que Dios es único dueño. Ah! señores lejisladores que habeis estatuido en vuestros códigos la pena de muerte, os desafio a que infiltreis en las arterias de un cadáver una sola gota de esa sangre que derramais sin economía en los patíbulos. Incapaces de conseguirlo, sois reos de impiedad exijiendo de los hombres un homenaje que solo es debido a Dios, a la patria i al honor:—el homenaje de la vida.

Para borrar la penosa impresion de este suceso, nuestra sociedad corria el domingo al campo de Marte a tener un *encuentro pacífico* con la guardia nacional. De parte de ésta no habia que temer un nuevo fusilamiento, vacías como estaban sus cartucheras. Los hijos de Belona mostraban aquel dia un carácter inofensivo, que disipaba todo temor i permitia mirarlos de cerca. Sus evoluciones se confundian con las de los coches i alegres cabalgatas que cruzaban el estenso llano en todas direcciones i dejaban admirar al paso el esbelto talle o la donosa cara de alguna notabilidad femenina. La señorita A..... C...., transformada en jentil amazona, arrastraba en pos de sí un grupo numeroso de caballeros, tributarios de su perfecta belleza.

Fue tambien el domingo cuando tuvo lugar la inauguracion de un círculo literario, que dá esta noche principio a sus tareas. Proporcionar a los hombres estudiosos i amigos de las letras un centro de union que apoye i fecundize su esfuerzos con el comercio de las ideas i la identidad de los propósitos, tal es el modesto fin a que propende por ahora esta naciente asociacion. Es a Lastarria, nuestro famoso orador parlamentario i eminente

publicista, a quien se debe este pensamiento i su realizacion, que no han titubeado en secundar las reputaciones mas capitales i merecidas de nuestra literatura. De hoi mas queda abierta al talento i al saber una franca liza en que sus probados adalides vendrán a recibir aplausos i coronas, i alentar con su ejemplo i advertencias a los injenios nacientes, que tampoco se hallan escluidos de estas justas de la intelijencia.

La conversacion ha realizado esta semana pingües utilidades merced a la extraordinaria oferta que ha tenido de novedades extraordinarias. Sin poner en cuenta el motin extraordinario de la Artilleria, de que os hablaba hace poco, ni el frio extraordinario de la estacion, de que os hablan en toda visita, ni la apatia extraordinaria de la capital, de que os hablan vuestros conocidos de provincia, nuestros círculos han hablado a mas i mejor de un combate extraordinario empeñado el mártes entre Jendarmes i Buines, en que la policía observó la mas estricta neutralidad; de las victorias extraordinarias obtenidas por los aliados sobre los Austriacos; de un baile extraordinario que tendrá lugar en el Teatro; de una gratificacion extraordinaria de 600 pesos al año con que premia la República los servicios de un jeneral de division; i por último, de las facultades extraordinarias del gobierno;—no de las que tiene, sino de las que pide.—Esta cuestion, como era de estilo, no tan solo ha provocado las conversaciones, sino tambien las discusiones parlamentarias. La Cámara de Diputados le ha consagrado una parte de sus dos últimas sesiones i ha hecho de la cuestion un punto incuestionable. Para orientarnos mas en este asunto podemos, si os place, benévolos lectores, penetrar en el recinto de la lejislatura.

Pero no..... Estoi mirando el semblante compunjido de mi editor responsable, que me exhorta a desistir de mi empeño parlamentario, extraordinariamente peligroso.—Renunciemos, pues, a este teatro i busquemos otro cualquiera; el teatro municipal, por ejemplo.

La historia del teatro seria esta semana, para quien se tomase el trabajo de escribirla, tan breve como fácil de contarse.

Bastaria, en primer lugar, decir muchos bienes de la Mur, sin peligro de decirla todos los que merece, decir otros tantos de Clapera, i dar fé de los esfuerzos que los demas zarzuelistas i coros hacen para cantar, sin que siempre lo consigan;

En segundo lugar, reconocer que *el Postillon de la Rioja* es una linda zarzuela; que *Jugar con fuego* es otra que la aventaja i fué puesta en escena con raro tino i habilidad; que *La escuela de las coquetas* es una feliz creacion del afamado Scribe; que en la pieza en un acto: *Lobo i Cordero* se olvidó Caitan de que *lo bueno es enemigo de lo mejor*, i que otra pieza en un acto; *Una base constitucional* fué poco gustada;

En tercer lugar i con ocasion de la comedia de Scribe, volver a hablar de la Mur, que es inimitable en el papel de *duquesa del Puerto*, como no lo es menos cantando por *la duquesa de Medina* o por *la baronesa del Olmo*, a tal punto que estas ilustres damas quedarian mui satisfechas si se viesen reproducidas tan ventajosamente;

I finalmente, recordar que la Thierry, sola o acompañada de Corby, ha recibido con exactitud su dividendo de aplausos, que el público distribuye a prorata entre sus artistas favoritos.

La noche del domingo próximo nos ofrece ocasion de volver a oir la hermosísima zarzuela:—*Jugar con fuego*. A parte de que es una preciosa creacion lírica i una combinacion dramática mui acertada, encierra una provechosa leccion para las tiernas solteras i los solteros tiernos.

Frescos pimpollos que jugais a un tiempo al amor i a las muñecas, id a ver *Jugar con fuego*.

Imberbes galanes, tan precoces en el mundo i tan tardíos en las aulas, id a ver *Jugar con fuego*.

Domingo Arteaga Alemparte.

Condiciones de la suscripcion.

La «Semana» aparece todos los sábados i consta por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantado.

Se reciben suscripciones en

Puntos de suscripcion.

Santiago.—Imprenta del Correo, pasaje Búlnes.
Valparaiso.—Imprenta i librería del Mercurio.
Serena.—D. José Domingo Cortez.
Copiapó.—Libreria del Mercurio.
Caldera.—Editores del Tren.
Concepcion—Libreria del Mercurio.
Talca.—Sres. E. i S. Rondanelli.
Chillan.—Sr. D. Abrahan Siredey.
Lima.—Establecimiento del Sr. Ricordi, calle de las Mantas
Arequipa.—Sr. D. Manuel G. de Castresana.

Imprenta del Correo, Pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL "JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Setiembre 3 de 1859. Núm. 16.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
José Toribio Medina

LA SEMANA.

SANTIAGO, SETIEMBRE 3 DE 1859.

Sociabilidad i progreso.

La sociabilidad es un poderoso ajente de progreso. Donde ella no existe el progreso lleva una marcha dificultosa, intermitente, casi nula.

Para penetrarse de esta verdad, no hai mas que pasar en revista la respectiva situacion de los pueblos de la gran familia humana. Cada uno de ellos es mas o menos adelantado, segun es mas o ménos efectiva su sociabilidad.

Esto se comprende bien. La sociabilidad acercando a los miembros de una sociedad, haciendo que no haya idea, pensamiento ni verdad alguna que no sea patrimonio de todos, alimenta i sostiene el progreso, que no es otra cosa que la luz de la verdad alumbrando el mayor número posible de intelijencias.—Por eso todo lo que tiende a la prepotencia del individuo sobre la sociedad ataca el progreso.

Tanta es la union que reina entre la sociabilidad i el progreso que casi se confunden:

Donde no hai sociabilidad no hai progreso.

Donde no hai progreso no hai sociabilidad.

Pero, por una de esas aberraciones tan frecuentes a la humana razon, no falta quien crea que en el poder de las individualidades está el engrandecimiento de una sociedad.—Esto vale tanto como sostener que el mas perfecto de los gobiernos es la anarquia, la mejor máquina aquella cuyos rodajes se mueven cada uno por su propia cuenta i riezgo.

En parte alguna es mas real el individualismo que en el seno de las tribus salvajes.—¿Cuál es su situacion?—La fuerza imperando como absoluto soberano i dispensador de todo goce, beneficio i prerogativa; el capricho siendo lei, la esclavitud siendo justicia, la debilidad delito, el crímen poder.

Mas no es necesario ir a rastrear hechos que comprueben la participacion de la sociabilidad en el progreso en las épocas primitivas ni en el corazon de la barbarie. Basta investigar lo que retarda o acelera la vida de cualquier pueblo civilizado del presente para encontrar espléndidas muestras de la fecundante i vivificadora influencia de la sociabilidad.

¿Qué naciones llevan en este momento la palabra, cuales son los nautas que muestran a la humanidad los derroteros que conducen al porvenir?—No dudamos en afirmarlo,—los Estados-Unidos i la Inglaterra.

Nada hai en las vias del adelanto que esos dos países no emprendan i no realicen.—Se quiere que el vapor acorte las distancias entre continente i continente, que el mar con sus olas i el viento con sus veleidades no opongan obstáculos a la actividad del hombre:—ahí están los Estados-Unidos aplicando los primeros esa maravillosa fuerza de impulsion, que ha hecho al océano el esclavo del hombre, que ahorrando los brazos los ha centuplicado, que ha dado animacion i casi una vida propia a la materia inerte.—Se quiere unir los continentes, hacerlos que se den la mano, que estén costantemente sintiendo sus latidos, participándose sus inspiraciones de cada hora, de cada momento:—ahí están los Estados-Unidos enlazando la Europa a la América por medio del telégrafo sub-marino, i ahí está la Inglaterra para secundarlos.

Donde quiera que un nuevo invento aparece, que una fuerza se crea o descubre:—ahi están los Estados-Unidos i la Inglaterra aprovechando de ella, desenvolviéndola,

perfeccionándola i aplicándola de cuantas maneras es susceptible.—Todo por obra i gracia de la asociacion.

Nada hai mas contrariado i débil que el hombre individualmente considerado. Cuanto existe es para él un escollo cuando no un peligro. Hasta la materia inerte puede mas que él, lo vence perpetuamente. Pero ni el hombre aislado es la encarnacion de la impotencia, los hombres cogaliados, prestándose mútuo apoyo no hai dificultad que no venzán, barrera que no salven, elemento que no aprovechen.

Por donde quiera que el individualismo impera, vemos alentado el egoismo, reinando el miedo, las vacilaciones, la incredulidad siendo los consejeros obligados de la sociedad.

Mui léjos estamos de sostener que en la muerte de la personalidad individual esté el triunfo de la colectiva, su incremento i vigorizacion. Pretender tal cosa sería nada ménos que tratar de levantar un edificio sólido i duradero destruyendo sus materiales de construccion o desmejorando su calidad. —Lo que combatimos como fuente de desgracia para una sociedad son las personalidades sin espansion, es esa tendencia que posee en alto grado a las sociedades hispano-americanas para no revindicar jamas, para dejar entregada a un perpétuo sueño toda accion, toda iniciativa, toda manifestacion colectiva.

Ni en el pasado ni en el presente de nuestras sociedades hai un solo hecho en órden alguno que acuse vida, poder social. De esta manera el respeto a la sociedad no existe. Sus derechos se ven constantemente hollados, sus intereses sirven de biombo para el fomento de los intereses de la ambicion o de la especulacion política. Todos se dan por sus representantes, i ella a todos los acepta, siempre que vengan premunidos por un salvo-conducto de la buena fortuna.

¿De qué otra manera esplicar ni ménos comprender, esa série no interrumpida de cambios que casi dia a dia están obrándose en los paises hispano-americanos?

Hoi trepa las gradas del poder un partido que busca la libertad hasta en la anarquía: Mañana se vé reemplazado por otro que busca el órden hasta en el despotismo.

La sociedad acepta a ambos, i vive lo mismo con los liberales que con los despotizadores. Nada cambia en su modo de ser: sí ignorante era ántes de la revolucion, ignorante sigue siendo despues de ella.

De esta suerte las crísis sociales que alcanzamos dejan tras sí las huellas de la bala i de la bayoneta; pero nunca por nunca la vivificadora de una idea o de un principio. Así, no son las ideas las que triunfan o son vencidas, son los hombres; no son evoluciones sociales las que se operan, son cuando mas evoluciones gubernamentales.—I para ello ¡cuántos males no se nos han venido encima! cuántos jérmenes de ruina no hemos sembrado!

Si en lugar de la débil, de la casi nula sociabilidad que poseemos hubieramos tenido una sociabilidad efectiva, es fuera de duda que ni una sola de las contrariedades que nos cercan habria encontrado los medios de realizarse. El sin fin de revoluciones en que nuestras sociedades se ven envueltas, o habrian rematado en el progreso o no habrian tenido efecto.

Pero pudiendo el primer titiritero político afortunado declararse el representante i sostenedor de los derechos i libertador de la sociedad, i turbarla, i despedazarla i anegarla en la sangre de sus miembros, sin que ella oponga resistencia, nada de raro tiene el que la revuelta reine i nos gobierne como absoluto dueño i señor de nuestros destinos.

Cuando los tímidos se espantan de los males que nos rodean hacen mal: deberian maravillarse de que esos males no sean mayores aun.—Porqué, en buena lójica, ¿qué pueden aguardar sociedades que caminan a la ventura, que no tienen un fin cierto hácia que tender, que cada dia varian de rumbo i tan pronto se hacen a la vela camino del porvenir como vuelven proa i navegan viento en popa a los bancos del pasado?

Para que una sociedad prospere, esté libre de constantes descarrilamientos, es necesario que sepa de donde viene i a donde vá, cuales son los vicios que desea estirpar i los bienes que quiere realizar ¿i cómo conseguirlo sin una sociabilidad real i efectiva, constante i poderosa?

Lo que en la esfera política acontece, acontece con mas o ménos fuerza en todas las otras esferas de la vida i de la actividad de una sociedad. En todas ellas es preciso reunir, concentrar, armonizar la accion. Cuanto la divide la debilita.

Sí queremos, pues, romper con el atraso i entrar con un abundante bagaje de esperanzas de éxito en el campo del progreso, procuremos ante todas cosas hacer efectiva i poderosa nuestra sociabilidad, desenvolverla en todos sentidos, vigorizarla lo mas posible.

Miéntras así no obremos siempre nos quedaremos a medio camino o iremos a traspiés la senda de la vida.—Para que una sociedad marche de veras, es indispensable que toda ella se ponga al mismo tiempo en movimiento. Todo adelanto que no es jeneral, si o no es fatal, es poco provechoso.

La gran necesidad que trabaja a los pueblos es la necesidad de libertad. Esta no puede echar raices, dar frutos ni ser una verdad, donde el equilibrio, es decir, la igualdad falta. La sociabilidad, desarrollada en todas sus faces, está llamada a conseguirlo.

¡No hai progreso sin sociabilidad!

¡Union es progreso!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

La vida.

Estudio primero : *El hombre.*

Tres cualidades acompañan constantemente al hombre en la vida desde que alcanza el principio de su desarollo físico i moral : el amor, la esperanza i la vanidad. Los demas atributos de su racionalidad lo van abandonando a medida que marcha en su carrera hacia un mundo que supone mejor, cediendo a un esfuerzo de esa esperanza que se empeña en mostrarle mirajes mas allá del sepúlcro, así como en la tierra se los ha mostrado para llevarlo al término de su peregrinaje. La inocencia se despide de su alma al divisar el bozo que apunta sobre sus labios i a los que la conservan mas allá se les convierte mui pronto en pobreza de espíritu, o como vulgarmente se dice : en boberia; lo ataca despues la ambicion, la codicia, la jenerosidad, el patriotismo, la envidia, el desprendimiento, la misantropía i la filantropía, la emulacion noble i tambien la mezquina, el entusiasmo i el desaliento, todo, en fin, lo que del hombre hace un ente multiforme, grande i pequeño, sublime i ridículo, noble i mezquino; pero en cualquier período de su vida, cualquiera que sea la influencia de la pasion a que se halle sometido, siempre tendrá necesidad de amor, nunca podrá faltarle la esperanza i jamás dejará de considerarse como un ser escepcional a consecuencia de su infatigable vanidad.—A la edad de las ilusiones, a la de los desengaños i a la del catarro, siempre hai amor, esperanza i vanidad.—Diriase que la providencia quiso que el hombre tuviese estos tres atributos para alumbrarle en su camino; mas como el que lleva una luz en un paraje oscuro es el que tal vez se aprovecha ménos de la claridad que ella arroja, esta es la causa de que el orgulloso rei de la creacion dé tan feroces traspiés alumbrado por la llama que forman aquellas tres cualidades morales de su ser.

Abandona el muchacho los bancos del colejio (que en cuanto a los libros los tiene de antemano abandonados) i se lanza al torbellino del mundo, rico de esperanzas si pobre de juicio i de esperiencia. Su primera aspiracion es amar. En esa aspiracion se confunden todas las ambiciones que mas tarde se irán desarrollando en su pecho. Entre tanto, lo mas apremiante i necesario es buscar un amorcillo que corresponda al suyo. El camino que casi todos toman en semejantes casos es el de la casa de las primas. La prima es la piedra de toque en la que el hombre ensaya sus primeras facultades amatorias, cuando sus cortos años lo alejan todavia de los salones i tertulias de la sociedad. Por poco que el chico se sienta picado de la vena poética, al instante convierte a la primita en el *ánjel de sus ensueños*, que primero habria dia sin luz que poeta sin ensueños. Gracias a las facultades líricas del principiante, la infeliz Laura del imberbe Petrarca sufre mas metamórfosis que de colores cambia el camaleon: ora es la maga de un nuevo Eden, por que si Dios nos privó del suyo, acá nosotros nos fabricamos cada cual uno no ménos florido i que posee la ventaja de no tener ni árboles del bien i del mal, ni manzanas que lo hagan indijesto como el primero. Segun sopla el viento en el *Eden*, la niña es maga, ánjel, sílfide, nube, flor, mariposa i cuanto hai de vaporoso, dulce o tierno, cambiándose con no poca frecuencia en demonio, vámpiro, ola del mar, verdugo, fierro candente, tortura i todo lo que pueda servir a espresar o ser causa de un sufrimiento amoroso. Si al enamorado no le dá por la rima, no deja por esto de darle por la prima i es con frecuencia el terror de las tias que aborrecen los enlaces entre parientes, a menos que el sobrino tenga un argumento de cincuenta o sesenta mil pesos para convencerla de su error. En este caso los niños han nacido el uno para el otro, porque un mozo a quien sus padres tienen el buen sentido de dejar aquella suma de patrimonio, encuentra con facilicidad niñas que hayan nacido para él, así como para los pobres no nacen mas que percances i tribulaciones.

Sea la falta de primas, lo que es raro en nuestra tierra, sea aficion a la variedad i mudanza, lo que en todas partes es comun, otros se dedican al bello sexo en jeneral, dirijiendo sus ataques por do quiera que existan crinolinas. Cada uno de sus paseos por calles, tiendas o alameda, es un fuego graneado de ojeadas lánguidas i amorosas, de declaraciones confiadas a la elocuencia de los ojos i la espresiva movilidad de las facciones. El enamo-

rado novel conoce a las niñas que recien se han bajado el vestido i hecho moño, está patente que dan las madres a sus hijas para indicar que ya puede enamorárselas; él sabe la hora en que las mamaes se descuidan i en que las niñas salen a la puerta de calle; conoce desde lejos los caballos i el coche de la familia i lleva su arrojo a las veces hasta emplear el cohecho con los criados, los mas cohechables de los seres racionales, para hacer llegar a manos de su *prenda* alguna epístola en la que por las cuatro caras palpitan sus juveniles ardores.

Mas como en este mundo todo es fugaz i efímero, la edad de esos amores pasa con la huida de los años alegres, o mas bien con la llegada de los mas serios que tras ellos se presentan. El niño, convertido en hombre, se lanza a la sociedad, es decir para él, a los lugares en donde hallará mujeres; porque aun está léjos de haber perdido en sus primeras campañas su aficion a los lances de amor, ni su incansable necesidad de ser amado. Allí visita por amar, baila por amar, habla por lo mismo, muestra los dientes por igual motivo, se acicala i perfuma con esa intencion, se hace festivo con ese fin, sentimental por ese objeto i pone a contribucion todas las gracias con que el cielo lo ha dotado por hallar una alma de mujer que responda a la suya, pues es cosa averiguada que la del hombre está siempre llamando i no es su culpa si a todas horas no le contestan en esa alegre música que llaman correspondencia. Esto hace pensar que el hombre es como esos órganos de *Barbarie* que tocan en todas las calles hasta que alguien los llame, se entretenga un rato con su música, i los despida a continuar la misma tarea ¡Ah, las mujeres que envidian la suerte de los del sexo feo, no se figuran el chasco que se llevarian si la naturaleza escuchase sus votos, trasformándolas en seres de pantalon i levita! Bajo ese engañoso aspecto de fuerza i majestad alienta un ente mas débil que ellas, mas inquieto, mas descontentadizo mas esclavo que la mujer mas mujer de ambos hemisferios. Su fuerza consiste en la debilidad con que cede a sus pasiones i caprichos; por esto es que el hombre es un *débil* de *primera fuerza*; su majestad no es mas que la del pavo real que está pelechando: nosotros nacemos un si es no es brillantes i vístosos, sobre todo en la parte moral; pero mientras vivimos estamos pelechando de nuestras buenas cualidades, sin que estas tornen a nacer i somos calvos de corazon así como encalvecemos de la cabeza.

El hombre, como dijimos, llega al segundo período de su vida con tanta o mayor necesidad de amar que en el primero. Solamente hai una diferencia en el segundo i es que ha perdido ya la cándida pureza de sus sentimientos i sensaciones, así como en su rostro la barba i el uso de la navaja han hecho desaparecer lo aterciopelado de su mejilla. No obstante, en sus primeros amores hai todavia la suficiente injenuidad i frescura para que su corazon palpite al oir un dulce juramento, para que guarde con ardiente veneracion una flor, un cadejo de pelo o un guante roto de su querida i hasta para llorar sinceramente por un engaño, esta especie de letra de cambio que las mujeres firman a la *vista* i al *portador*, con tanta frecuencia, i que en realidad puede llamarse así, pues segun un modisno chileno esto es *mandarnos cambiar*, tomando, no las de Villadiego de veloz remembranza, sino las de Villatriste o de cualquiera otro que se retire a llorar les desdenes de la *pérfida* que se la ha *jugado*.

En este período de su vida, el hombre siente despertarse las demas pasiones dormidas hasta entónces en el fondo de su pecho i se sirve de muchas de ellas como un recurso contra las borrascas amorosas: uno bebe para ahogar sus pesares, bien que muchos beban por amor a Baco, lo que al fin i al cabo es tambien un amor; otro se hace jugador o gallero; otro se toma a brazo partido con la política; esotro practica la usura, este se dedica a sabio i aquel a escritor; fulano se hace escéptico i mengano beato; muchos buscan el olvido empleando el principio de los semejantes, es decir buscando otro amor, i no pocos ¡quién lo creyera! terminan la comedia casándose por igual motivo. Durante cada una de estas crísis, el amor, o la necesidad de amar, ha ido modificándose en el paciente a medida que los años lo van empujando hacia el que llega: pero siempre esa necesidad subsiste en él, perenne, tenaz i exijente como cara de acreedor, para quien no puede pagar. Esa idea lo persigue cuando reposa su cabeza sobre la almohada; entre los renglones del libro que lee; se intercala entre las cifras de la cuenta corriente del comerciante; acompaña en sus jiros la tijera del sastre i la del que no lo es, porque no es indispensable ser sastre para ser cortador: baila sobre la visual del agrimensor; zapatea sobre las cartas de una mesa de juego; aparece como fuego fatuo al hombre que siempre es fatuo sin ser fuego, en el paseo, en el teatro, en la iglesia, en el campo i en la ciudad, por todas partes, en fin, donde sus necesidades o su destino lo arrastren, donde quiera que pasee su fatidio, su alegría o su constante tristeza.—En esta lucha, ha llegado a la vejez.

Dejemos a los que tienen nietos, bisnietos o reumatismos i ocupémonos del hombre que ha llegado al invierno de sus años en estado de soltería o de viudez ¿Se ha apagado el fuego? Una inmensidad de voces nos responde con la negativa. Nó, el hombre se halla siempre espoleado por esa necesidad de amar: es la cruz que ha de llevar a cuestas en su tránsito sobre la tierra, amen de muchas otras en que los achaques físicos no forman la menor parte; pero aquella es la gran cruz, la cruz alta que todos cargan i de la que solo se ven

libres algunos hombres escepcionales, que nada influyen en contra de nuestras observaciones.

Sabeis que don Críspulo acaba de enviudar despues de cuarenta años de vida matrimonial, i bueno i compasivo como eres, lector amigo, esclamas compadeciéndolo:

—¡Pobre don Críspulo! enviudar a los sesenta i cinco, qué desgracia!

I recordais con los amigos o amigas que el buen caballero pasaba una vida tan feliz con su esposa, pues salia despues de almuerzo para llegar a la hora de comer i volvía a salir hasta las once de la noche, hora en que su mujer se hallaba en el segundo sueño.—Con este método de vida, don Críspulo i la consorte se veian cerca de tres horas diarias. ¡Qué mas, para cuarenta años de matrimonio!

Algunos meses despues, vais una noche al teatro i recorriendo los palcos con vuestro anteojo, veis al lado de una jóven de diez i seis años a un anciano rejuvenecido, con guantes i ropa a la moda.

—¿Quién es ese? preguntais.

—Don Críspulo, se os responde.

—¡Don Críspulo! ¿el viudo? esclamais entónces.

—El mismo, os contestan los amigos.

—Pero hombre, se ha rejuvenecido.

—Tanto que va a casarse mui pronto.

—¡A casarse! esclamais otra vez estupefacto ¿i con quién!

—Con esa niña que está a su lado.

—¡Jesus! Jesus! decis en el colmo del horror i de la admiracion, como no se les cae a los dos la cara de vergüenza!

—Eh, a nadie se le cae la cara por tan poco, os dice vuestro amigo. Si vas a averiguar la clase de amor que don Críspulo puede tener a esa niña, talvez no hallarás que es el amor casto i puro de los veinte años, ni el imperioso i venerador de los treinta; pero es tambien un amor i don Críspulo, a la vez que ama, tiene la esperanza de ser correspondido i quiere satisfacer su vanidad teniendo familia. No lo dudes: el amor, la esperanza i la vanidad acompañan al hombre toda la vida!

Agosto de 1859.

NADIE.

Las desgracias de D. Cesar.

I.

Cuando puestos al balcon en una ciudad populosa, echamos la vista sobre las personas que cruzan sus calles en diversos sentidos, i que nos son desconocidas en su mayor parte ¿no sentimos a veces tentaciones de tomar al acaso una de ellas, seguirla i averiguar su vida, con la probabilidad de encontrar un drama mas o ménos interesante? ¡A cuántas cavilaciones no da lugar el aspecto de los transeuntes, que con sus figuras, todas aparentemente iguales, ocultan el fondo del alma a cualquiera que no sea un profundo observador! Si fuese dado, al pasar por delante de nosotros, abrazarlos a todos con una mirada i leer en sus corazones como en un libro, se conocería el secreto de los goces i miserias de un pueblo grande.

I cuando dejamos nuestro puesto de observadores para confundirnos con la muchedumbre ¿no es curiosísimo prestar oidos a las conversaciones de los que encontramos? Entónces, una sola frase retrata al que la pronuncia; una sola palabra revela el secreto de una miseria o de un sufrimiento. ¡Cuántas necedades no se escuchan! cuántas maldades no se adivinan!

No sé porqué me llamó una vez la atencion cierto personaje que a pasos lentos i con mirar distraido cruzó por delante de la ventana de una habitacion en que me encontraba. Un amigo mio, a quién le pregunté si lo conocia, me dijo:--Ese caballero es D. César.... ex-intendente de la provincia de.....lo que los Españoles llaman un cesante.

En verdad que su rostro no revelaba un hombre caido; ántes bien habia en él la beatitud del hombre rico que vive de su renta i no se preocupa del dia de mañana. Informándome acerca de su vida pasada, vine a ser conocedor de un suceso que hoi pienso referir al lector, i espero que le será de algun provecho por la esperiencia que con su lectura puede adquirir.

La relacion sencilla i desnuda de un hecho es a veces mas elocuente que esa misma relacion comentada i analizada, así como en ocasiones la vista de un cuadro produce mas efecto que la lectura del mas bello poema. De consiguiente, evitaré en cuanto sea posible todo comentario e inútiles digresiones.

La escena pasa, o mejor pasó, en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme ahora, i por los años de mil ochocientos i tantos, dejando al lector cincuenta i nueve probabilidades para que adivine la fecha precisa de este acontecimiento.

Séame permitido dar a conocer a mis personajes ántes de ponerlos en escena, i los antecedentes de esta historia para su mejor intelijencia

Nombraron intendente de una provincia a D. César.....,hombre pacífico por carácter, suave en sus maneras i conciliador en su trato. Creia, como el doctor Panglors, que todo está bien en este mundo perfecto, i nunca encontró malo nada de lo que estaba organizado, mirando a los innovadores como seres maléficos que quieren destruir la armonía universal. Hai muchos hombres de esta naturaleza. La duda para sus entendimientos limitados es no solo desconocida, sino tambien inconcebible, como que jamas se toman el trabajo de pensar sobre nada; de donde resulta naturalmente que todo lo reciben hecho de manos ajenas, i sus acciones todas son

dirijidas por una voluntad que no es la suya.

Las criaturas de esta condicion son escelentes padres de familias; tienen mui desarrollado el órgano de la filojenitura. Así es que D. César, adquirido que hubo una decente fortuna, buscó mujer i se casó, sin que el amor entrase para nada en su eleccion. Era un hombre organizado como un relój, i su matrimonio no formó época en su historia ni siquiera logró alterar los hábitos de su vida. Siguió durmiéndose i despertándose a las mismas horas i no faltó a su oficina (era entónces empleado) ni el dia que sucedió a la noche nupcial. De él podia decirse que era el *hombre-planta* por excelecia.

En Chile, los intendentes de provincia son como los vizires que el sultan envia a los paises conquistados. No se esplica de otro modo el odio de los provincianos, que se creen esplotados por la capital i esperan la hora de la redencion con la misma impaciencia que los pueblos sometidos a estranjero yugo. Invadidos universalmente los empleos por hombres de afuera, cuando no por santiaguinos, el amor propio i el orgullo provincianos se sienten heridos, i burladas las muchas esperanzas que esos mismos empleos hicieron nacer. Agrégase a esto el desprecio innato del santiaguino al provinciano; desprecio tanto mas punzante cuanto que a menudo viene del primer mendrugo a quién cupo en suerte ser enjendrado en la capital i que llega a la provincia vomitando humos de gran señor. Mas para dicha del pueblo en que pasó esta historia, les llegó con D. César un intendente incapaz de cometer tropelías i arbitrariedades.....fuera del caso en que los intereses de su partido lo exijian.

Entre las notabilidades de aquel pueblo se contaba un caballero llamado don Cornelio Conejero. Dueño de una fortuna mas que modesta i de una manía mas que comun de hacer oposicion a toda clase de gobiernos, servía de cabeza a un partido i era el primero a quien cada nuevo mandatario de la provincia trataba de atraer i reducir. De esta suerte, no tardó en formarse de sí propio una alta idea, atribuyendo a sus principios liberales el no haber ocupado hasta entónces un puesto distinguido en la administracion; ilusion confirmada por la prensa, que lo pintó muchas veces como un furioso demagogo. Pero tan léjos estaba de serlo el tímido i pacato D. Cornelio, que acaso jamás pensó siquiera en los principios que le suponian. Su carácter medroso i sus achaques nobiliarios lo eximian de derecho de las ideas democráticas que toda oposicion proclama hoi en dia. No por eso dejaba de estar, como jefe de partido, en todas las intrigas i movimientos del pueblo i desplegar en ocasiones un ardor i constancia sin iguales; salvo los casos de revolucion armada, porque para hacerse matar, pensaba él, ahí estaba la *canalla*. En medio de los vaivenes que sufren las ideas políticas de los hombres, se sentia mui ufano de haber sido toda su vida consecuente con las suyas. En efecto, nunca habia dejado de ser opositor; lo que en él era tanto una especie de tema, como incapacidad de comprender la bondad o malicia de las medidas de un gobierno. Ademas, el que es opositor, con solo serlo se coloca a los ojos de los nécios a una altura mui conspicua, que alhaga su vanidad.

El nombramiento de D. César era un suceso de mucha consideracion para los habitantes de la provincia. Amigo i pariente por su mujer con D. Cornelio i otros vecinos notables del pueblo, venia precisamente a ser el apoyo de un partido, o mas bien el centro de un círculo que se titulaba progresista i del que era jefe, o cosa parecida, el mismo D. Cornelio. Asi es que las habladurias i los chismes estuvieron a la órden del dia. En aquellos que con el nuevo mandatario no tenian relacion de ninguna especie, i en otros que se avenian mal con D. Cornelio, este acontecimiento despertó el odio i la envidia, que se lanzaron a desahogar su furor, no solo empleando la calumnia, sinó valiéndose de la prensa, resumidero de anónimos denuestos i malas pasiones en épocas de ajitacion política. Pero sucedió que el nuevo intendente en vez de plegarse al círculo de D. Cornelio, se inclinó al lado opuesto, dejando fallidas todas las esperanzas de los *cornelistas*, como los llamaban, de donde resultó una declaracion de guerra cuyos resultados debian de serle fatales a D. César.

Al salir de Santiago para su nuevo destino, D. César trajo de secretario, por recomendacion del ministro, a un jóven empleado en el mismo ministerio i cuyo nombre era Martin A.... La vida de este jóven ha sido bastante trajediosa; habria con ella materia para un volúmen. En el dia es uno de los que figuran en la política i es probable que con el tiempo sea todo un personaje. Entónces era solamente un jóven como de veinte i seis años, lleno de ambicion i de esperanzas. Habiendo empezado a vivir mui temprano, adquirió pronto una triste esperiencia de las cosas del mundo, i su alma, a la que no eran estraños los nobles sentimientos, se corrompió con el roce de las jentes de mala vida con quienes su escasa fortuna lo obligó a mezclarse. Su figura no era la de un bonito mozo, pero sus ojos, que revelaban mucha viveza, daban animacion a su rostro escuálido i macilento en el que ya se podia leer una vejez prematura. Su cuerpo flaco i pequeño estaba dotado de una ajilidad estrema; habríase dicho que era un mono al verlo a veces subir a los árboles o hacer cualquiera otro ejercicio. Sin embargo era tímido i pusilánime como una mujer, i talvez por esto mismo se encontraba a menudo mezclado en asuntos de peligro, de los que no siempre salia airoso. Si hubiese nacido hombre de fortuna, habria sido jeneroso i pródigo; pobre i sin mas recurso que su intelijencia, se

agarró de la vida como pudo sin atender a otra cosa que a pasarla lo mejor posible.

He aquí pues los personajes que intervienen en este episodio de la vida de un hombre público.

Pasaron dos años, desde que D. César tomó el mando de la provincia, sin que nada sucediera. Empero durante este tiempo estuvieron preparándose las cosas de modo que vinieran a tener un resultado seguro. Los enemigos del intendente a cuya cabeza estaba D. Cornelio, tanto mas encarnizado cuanto que habia sido desconocida su influencia por la autoridad, i herido en lo mas vivo su amor propio, trabajaban con ardor en echar por tierra al inocente D. César. Tenian altos personajes en Santiago que los ayudaban en su tarea, i esperaban conseguir su objeto mediante ciertas intrigas en las que era preciso tuviera parte el secretario.

II.

Un dia que Martin estaba solo en el despacho de la intendencia, sentado en el escritorio i ojeando un cuaderno, entró don Cornelio, con quien tenia alguna amistad. Despues de las vulgaridades con que principia siempre una conversacion, habiéndose tocado la política, le preguntó Martin:—¿Qué se dice en el público del nuevo bando?

—El nuevo bando? Si he de decirle la verdad, contestó D. Cornelio, a la mayor parte de la jente honrada le ha parecido mui mal. Piensan, i con razon, que ese bando coarta la libertad del pueblo.

—Libertad del pueblo!..... Con esas palabras se llenan la boca todos los partidos i han sido siempre i serán solamente el disfraz de la ambicion i del interes. En el dia se ha hecho moda en muchos hablar de *principios*, de *ideas* i qué sé yo de qué otras cosas. Sin embargo la mayor parte de los que así hablan no ven mas allá de la punta de sus narices. Repiten mui ufanos las frases huecas que han aprendido en los periódicos, encargados de pensar por ellos, i se creen con esto grandes políticos. Aquel que talvez no sabe ni gobernar su casa, desde su asiento i con un cigarro en la boca cree que es mui fácil gobernar un estado. Pero examine Vd. a esos libe ales compañeros suyos, i verá que son piezas vacias en que hace eco la voz del que grita. I hablando claro, D. Cornelio, la patria es un objeto que tiene solamente valor nominal i la amamos miéntras ella nos dá algo i no nos pide nada. El patriotismo fué palabra que inventó la ambicion para deslumbrar a los necios. El bien del pueblo! ¿De qué pueblo? de ese que se arrastra por las calles sucio i hediendo, con una manta hecha jirones i un sombrero todo raido? A ese lo desprecia Vd. i le dá de punta piés cuando no le cede la acera a la que tiene igual derecho. Vamos! Vd. que es uno de los principales caudillos de esa oposicion, seguro estoi que no es el bienestar del pais lo que lo lleva a ser tan enemigo del gobierno. No hai duda que algun interes oculto es el móvil principal de su patriotismo. Yo por mi parte le confieso con toda franqueza que si soi conservador es solo por conservar mi empleo de secretario.

—Pues, si es así, amigo mio, debe Vd. ser liberal.

—La consecuencia no es del todo exacta.

—Qué! no sabe Vd. que ya vacila el poder del intendente D. Cesar?

—Así dicen, pero yo he creido siempre que es solo un ruido esparcido por sus enemigos. Ademas el intendente no dá ningun motivo de queja.

—Eso es lo que desespera al partido liberal. Sin embargo hai muchos aqui en el pueblo que nos preciamos de ser profundos políticos, i nos hemos dicho : puesto que el intendente no dá ningun motivo de queja, será necesario hacer nacer circunstancias que lo hagan conducirse mal.

—Sin duda esa propuesta fué de algun Maquiavelo de provincia?

—Pero, nos dijimos : ¿quién mejor para esto que el secretario?.... Viviendo tan cerca de su persona, ninguno mejor que él puede descubrir alguna de aquellas faltitas que a todos se nos escapan i que con destreza se saben abultar de manera que parecen una gran cosa. Ya las elecciones se acercan, D. Martin, i si nosotros pudiésemos estar al cabo de las medidas ocultas que se toman por la intendencia, si tuviésemos por nuestra parte al secretario.... digo, si convencido de la justicia de nuestra causa....

—I Vd. se atreve a hablarme de esa manera, D. Cornelio?.... dijo Martin, levantándose de su asiento.

—No se inmute Vd.; los dos hemos nacido para entendernos. Lo único que yo quiero es su propio bien, la felicidad de Vd....

Martin se sentó. En este momento entró D. César. Tan luego como vió a D. Cornelio se dirijió a él con la sonrisa en los labios a estrecharle la mano como a una potencia enemiga de quien se quiere conquistar la voluntad. D. Cornelio lo miró como un ciudadano romano habria mirado a un decemviro i respondió friamente a su saludo. Pronto se retiró para preservarse del contajio de los tiranos, i haciendo alarde de su valentia, se fué a dar cuenta a los suyos de la conversacion tenida con el secretario i de la leccion que acababa de darle al intendente.

José Antonio Donoso.

—

El ideal de Schiller.

TRADUCCION TESTUAL DEL PRISIONERO DE HAM, HOI EMPERADOR DE LOS FRANCESES (1).

Imitacion en castellano.

A *....**

Dov é mia giuventú? dove i beati
Anni d'amor?
SILVIO PELLICO.

(Inédita.)

¿Huyes de mí con vuelo presuroso,
Único feliz tiempo de mi vida?
¡Me abandonas cruel! ¡Ah! con tu huida
Te llevas, sin piedad, tus ricos dones,
Tus gustos seductores,
Tus penas, tus dolores,
I tus dulces sublimes ilusiones...,
¿Nada en el mundo en tu fugaz carrera
Detenerte podrá? Arrebatadas
Por fuerza inevitable
Tus fujitivas ondas ajitadas,
A sepultarse van en la insondable
Eternidad ¡oh Dios! precipitadas?

Los astros que fuljentes alumbraron
La aurora de mi vida
Su esplendor han perdido i se apagaron.
El ideal delicioso
Que el corazon henchia de esperanza
Se disipó tambien; i nada alcanza
A devolverme aquella mi perdida
Dulcísima creencia
En los májicos seres
A que mi mente sola dió existencia,
Mis ensueños hermosos,
Tan llenos de placeres,
De triste realidad la presa han sido,
I todos ¡ai Dios! desparecido.

Como Pigmalion perdido, ciego,
Delirando de amor, estrechó un dia
Sobre su corazon la piedra inerte,
Hasta que el sentimiento
El mármol animó, i con su fuego
Dió a sus fibras heladas movimiento;
Así yo a la natura
Con juvenil ardor ¡ai! he tenido,
En éstasis de amor i de ventura,
En mis brazos sujeta,
Hasta que, ya animada, se ha movido
Con el dulce calor que le prestára
Mi corazon de poeta.

Grata correspondiendo a mis jemidos
Ella por mí sentia
Tambien igual ardor, i se animaba
Al eco de mi voz, i los latidos
Del corazon amante comprendia....
La humilde yerbecilla que del suelo
A penas se levanta, la flor pura,
El árbol secular,—todo, hermosura,
Amor i vida para mí tenia.
El melodioso ruido
Con que blando murmura el arroyuelo,
Era para mí oido
Deliciosa armonía;
I hasta en lo inanimado
Que vive sin sentir en yerta calma
Un eco me parece hallaba el alma....

Mi volcánico pecho, dilatado
De esfuerzo omnipotente,
Un círculo abrazaba inmensurable:
De fuerza insuperable
Sintiéndose impulsado,
Entrar queria en la vida, ardiente
En dulces ilusiones,
En deseos de ruido i de pasiones.
¡Cuán grande, oh Dios, cuán grande
Era ese mundo, en tanto
Que duraba el encanto,
I para mí se hallaba todavia
Como un boton de rosa que en sus rojas
I purísimas hojas
Se oculta ruboroso al claro dia!
Mas ¡ai de mí! era NADA
Abierta al sol la flor tan esperada....

En alas del valor arrebatado
El mancebo feliz ¡cuál se ajitaba!
Del porvenir ansiado
¡Con cuánta audacia la rejion cruzaba!
Su alma aun no abatida
Por el duro martirio,
Feliz en sus afectos,
Ajena de congojas,
Dichosa en el delirio
De sus sueños de amor i de ventura,
Lanzábase en la vida;
El vuelo altivo, audaz, de sus proyectos
Le alzaba al alto espacio;
Nada habia lejano, ni en altura
Que en su feliz delirio no tocase,
I nada a que su vuelo no alcanzase....

¡Con qué felicidad inconcebible
Colmaba de sus gustos la medida!
Para él ¿qué era imposible?
Iba fácil el carro de su vida
Rodando la pendiente sobre flores,
I su marcha triunfal era seguida
De aereos amigos, jénios seductores;
Con su áurea diadema la fortuna
Sus pasos presidió desde la cuna;
Hechicero el amor le sonreia
Con sus dulces favores;
La gloria desprendia
Sobre él las luces bellas
De su frente radiosa
Coronada de espléndidas estrellas;
I la verdad hermosa
Tambien sobre su senda derramaba
Esa su luz de sol esplendorosa.

(1) Encuéntrase el texto francés en un precioso folleto escrito por Mr. F. Brifault. El orijinal aleman en la segunda edicion de las obras de Schiller.

Mas ¡ai! cuando se hallaba
Apenas en mitad de su carrera,
Le abandonan crüeles
Sus amigos mas fieles,
Los dulces compañeros que adoraba;
Ya con planta lijera
La dicha habia fugaz desparecido;
De la ciencia la sed mui mas ardiente
Le devoraba aun, i las oscuras
Nieblas horribles de la negra duda,
De la augusta verdad las luces puras
Con sus sombras cubrian,
I su imájen radiente oscurecian.

He visto la sagrada
Corona de gloria marchitada
Sobre frentes vulgares. ¡Cuán fugace
Ha sido la hechicera,
La dulce primavera
Del tiempo del amor! I mas horrenda,
Mas solitaria se hace
Cada dia mi senda,
Crece la oscuridad: crece con ella
El silencio i pavor. I ni una estrella
Hai en el firmamento
Que ahuyente las tinieblas un momento. . . .
¿Dó llegaré infeliz? Plegue al destino,
Que con su luz dudosa,
En mi marcha penosa
Alumbre aun la esperanza mi camino.

Sucre, mayo de 1854.

MARIANO RAMALLO.

Un error judicial (1).

I.

El 13 de Agosto de 185., una muchedumbre, compuesta en su mayor parte de jente del pueblo, se hallaba reunida a inmediaciones de una hermosa quinta situada en el barrio de Yungai. Ese barrio tan desierto i apacible de ordinario, se encontraba poseido en el momento que empieza nuestra historia, de una animacion tan súbita como poco frecuente. La curiosidad se reflejaba en todos los semblantes, i apenas si la presencia de varios ajentes de policía bastaba para impedir que una espantosa irrupcion de curiosos cayera sobre la casa, cuya puerta principal estaba guardada por jendarmes. Dos coches, cuyos conductores eran asediados por varios grupos, estacionaban frente a la fachada de esa casa blanco i pasto de curiosos.

—Díme, Pedro, preguntó un hombre del pueblo a uno de los cocheros, ¿será cierto que ha venido el Señor Intendente?

—No lo conozco, contestó el interpelado. He traido en mi coche al señor Juez del crímen i dos caballeros mas. En el del compañero venian el comandante de policía i otros oficiales del cuerpo.

—¡Pobre doña Gabriela! dijo con timidez una mujer que llevaba un niñito en sus brazos. Qué golpe tan terrible para ella!

—Calla! replicó otra mujer de sollamado rostro i poco tersa cutiz, lo que indicaba a las claras su intemperancia, ella tiene la culpa. ¿Porqué ha asesinada a su marido?

— Oh! eso no se sabe todavía, esclamó la primera.

—La prueba de que el hecho es cierto es que la van a poner presa, i tambien a otros bribones que son sus cómplices, dijo la de la rubicunda cara.

—Pues yo no lo puedo creer, agregó la primera; conozco a doña Gabriela, todo el mundo la considera como una santa, i queria demasiado a don Jervasio para que se la pueda sospechar.....

—Allá lo veremos: la justicia sabrá desenredarlo todo.

Esta conversacion i muchas otras se habian entablado entre los curiosos. Como sucede siempre en casos análogos, se habia formado un gran círculo en rededor de los que daban pretendidos pormenores del suceso: i esos detalles llevados i aumentados de boca en boca tomaron al cabo de pocos minutos jigantescas proporciones. Ya no se decia sino que se aseguraba, que jamás se habia oido hablar de atrocidades iguales a las que los asesinos habian ejercido con la víctima. Las mil versiones contradictorias que se susurraban sobre el crímen i sus autores, contribuian en alto grado a aumentar el desórden causado por la noticia de un suceso que, media hora ántes, nadie hubiera sospechado; pero del cual hablan todos en aquel momento como si lo hubiesen adivinado o previsto de antemano, en virtud del privilejio que adquieren los hechos consumados.

La turba, aumentada considerablemente desde la llegada de los coches i de los soldados, hizo mas de una intentona para penetrar en el interior de la casa; pero fué rechazada por los ajentes de policía que hicieron despejar en un dos por tres las avenidas de la quinta e impusieron silencio a los mas gritones. Todos se resignaron a referir en voz baja i a respetuosa distancia lo que habian oido o sabian, ménos la verdad que ignoraban como es de regla.

Efectivamente, de los coches de que hemos hablado, habian bajado uno de los jueces del crímen de Santiago, el comandante de policía, un escribano con su amanuense i dos ajentes subalternos.

La comitiva judicial entró en el patio, causando no poco estupor en el ánimo de varias señoras i caballeros que se encontraban en él, atraidos por el bullicio esterior. Acto continuo penetró en el salon principal. En él se la esperaba un espectáculo imponente.

(1) Los hechos principales que forman el fondo de nuestra narracion son escrupulosamente históricos, como se verá mas adelante. Hemos cambiado tan solamente el lugar de la escena i el nombre de los actores que figuran en este real i verídico drama.

En una pieza contigua al salon se veia un féretro alumbrado por cuatro cirios colocados en sus ángulos. Cerca del féretro, oraba un sacerdote de venerable aspecto.

Un rico paño cubria el cajon mortuorio, espléndido i obligado atavio de la muerte; pero que en aquella circunstancia contrastaba dolorosamente con la absoluta desnudez de la habitacion. Parecia que todo lo mundano habia huido de ella espantado por la última i talvez la única realidad de este mundo, la muerte.

Movidos por un invencible sentimiento de respeto, el juez i su comitiva se descubrieron. Pasada esta primera impresion el representante de la humana justicia entró en el pleno ejercicio de sus deberes. Hizo poner en estricta incomunicacion a toda la servidumbre i no esceptuó de ella a la señora, a quién la ordenó de la manera mas cortes que le fue posible.—Las visitas fueron despedidas.

El salon quedó solo ocupado por los ministros de la justicia.

II.

En la tarde de ese mismo dia, la primera autoridad administrativa de la provincia habia recibido por escrito el denuncio de un crímen espantoso (1). Segun lo aseveraba la comunicacion anónima que habia llegado a manos del Intendente, una mujer habia envenenado a su esposo, teniendo por cómplice en la perpetracion del atentado a un jóven que se aseguraba ser su amante. La víctima habia fallecido la víspera. Se revelaba el nombre de los culpables, i ciertas particularidades que tendian a afianzar la verosímilitud del denuncio. No obstante esos datos casi positivos la autoridad no podia obrar sino con la mayor prudencia i cautela; las personas que se designaban como autores del crímen eran respetables por sus antecedentes i ocupaban un distinguido lugar en la sociedad. Por este motivo, se procedió con sumo tiento en las primeras averiguaciones. De ellas resultó que, un caballero mui conocido i jeneralmente apreciado, habia muerto, la víspera, repentinamente, sin poderse atribuir esta desgracia a ninguna causa conocida, i sin que la mas leve señal de enfermedad hubiese precedido a su fallecimiento. Existia, de consiguiente, un presunto cuerpo de delito; era menester descubrir la verdad.

La Intendencia ofició al Juez del Crímen, dándole cuenta del denuncio, i encomendando a este funcionario diese los pasos necesarios para obrar cual convenia al asunto. Esas diligencias fueron las que causaron tanta conmocion en el solitario barrio de Yungai a las cinco de la tarde del dia en que empieza nuestra narraccion;—conmocion justificada, debemos decirlo en honor de la ciudad de Santiago, por la rareza de los crímenes que en ella se cometen.

(1) Recordarán nuestros lectores, que de esta manera, se descubrieron los asesinatos cometidos por la Eloisa Quevedo i su cómplice Joaquin Collarte en el año de 1855.

Despues que se hubo estendido por el escribano el auto cabeza del proceso, el majistrado encargado de la pesquiza recibió las declaraciones de los sirvientes, miéntras que los oficiales de policía ejecutaban un minucioso rejistro en los muebles de las piezas de habitacion.

En el momento en que se encendieron luces, se anunció la llegada de los tres médicos que de oficio, el juez habia mandado llamar. Díjoles en breves palabras el servicio que la justicia esperaba de ellos. Los facultativos entraron en el aposento fúnebre i procedieron a la autopsía del cadáver. Miéntras tanto el juez examinaba los papeles pertenecientes tanto a la víctima como a su viuda.

Durante media hora, todo fué en esa casa silencio i misterio. El mas leve ruido se percibia claro i distinto. Los médicos fueron los primeros en interrumpirlo viniendo a dar cuenta al juez del resultado de la autopsía. Con tono solemne i dolorido a la vez, informaron unánimamente que—el *sujeto* habia sucumbido víctima de una fuerte dósis de veneno, tomada, segun cálculo aproximativo, veinte horas ántes. Los estragos del cloroformo, cuyos vestijios estaban palpables, no les dejaban la menor duda a este respecto.

Firmado el correspondiente certificado, se retiraron.

La ciencia habia cumplido su augusta mision; correspondia a la justicia terminar ahora la suya.

El majistrado habia quedado absorto i pensativo. En esto un oficial de policia vino a depositar en la mesa que servia de escritorio un frasquito conteniendo algunas gotas de líquido, i un pequeño bulto formado por algunas cartas atadas con un lazo de cintas celestes. El juez desató maquinalmente el nudo que sujetaba las cartas, i en cumplimiento del triste deber que le ordenaba penetrar en los secretos mas íntimos i sagrados, los del hogar doméstico, empezó su lectura. Sin duda, debió parecerle insignificante la primera que recorrió pues que la dejó caer con indiferencia sobre la mesa. Abrió otra.....; pero apénas habia leido algunos renglones, una súbita palidez cubrió su rostro. Esta alteracion de su semblante desapareció casi repentinamente para dejar lugar a esa máscara impasible de austeridad que se nota en los altos empleados judiciales; empero, un observador hubiera podido conocer que un violento combate se trababa en su corazon Con efecto, dos elementos bien distintos se habian deslizado en él,—la consoladora duda i la inexorable conviccion!

Sin dar crédito a sus ojos, volvió a leer aquella carta que debia arrojar una siniestra evidencia sobre el misterioso drama en que desempeñaba un rol de tan alta importancia. Se levantó de su asiento i empezó a recorrer el salon con pasos inseguros. Una viva emocion lo poseia. De sus trémulos lá-

bios se escapaban confusas estas palabras:—Desgraciada! desgraciada!.....

Pagado ese lejítimo tributo a la naturaleza, se aterrorizó de su debilidad. El inflexible deber se alzó ante su imajinacion para recordarle que ántes de ser hombre era el mandatario de la lei i de la sociedad; que ámbas tenian derecho de pedirle cuenta de sus acciones en un caso tan grave. Ese combate moral fué de poca duracion, pronto desapareció el hombre; solo quedó el majistrado. Preguntó entónces al oficial:

—¿Dónde se ha encontrado este frasquito?

—Bajo del catre del difunto, señor, contestó éste.

—I las cartas?

—En un costurero del dormitorio de la señora doña Gabriela.

Despues de haber vacilado aún algunos minutos el juez ordenó que se hiciera comparecer a su presencia a la dueña de la casa.

.....

Entró doña Gabriela. Vestia de rigoroso luto. Parecia tener a lo sumo veinte i cinco años de edad. Era alta i delgada. Por entre los pliegues del ancho manton que le cubria los hombros se alcanzaban a adivinar los suaves contornos de su espléndido talle. Su ovalado i fresco rostro; sus rasgados ojos de un color azul mui oscuro, ora vivos i alegres, ora tristes i melancólicos; su encantadora boca i sus encarnados lábios que dejaban escapar el armonioso sonido de una voz deliciosa; su cabellera castaña naturalmente partida sobre una frente pura i despejada i su lindo cuello delineado con gracia i perfeccion, formaban un adorable conjunto que, si bien no era la personificacion de la ideal beldad, que solo existe en la vaporosa imajinacion de los poetas, al ménos era el tipo de una de esas hermosuras graciosas i simpáticas en presencia de las cuales tenemos que pedir al corazon que lata mas despacio. Las lágrimas que se desprendian en ese instante de sus ojos, eran un testimonio irrecusable de su acerbo pesar.

—¿Me ha llamado Vd., señor? preguntó al entrar dirijiéndose al juez.

—¿Digame Vd., por Dios, lo que aquí pasa, lo que significa este rumor, este aparato judicial?.....

—Siéntese Vd., señora, la dijo el juez con bondad; luego lo sabrá Vd. todo.

Gabriela obedeció.

—El cargo que desempeño me ha obligado a trasladarme a casa de Vd., señora, para hacer las pesquizas conducentes a la averiguacion de un horrendo crímen que en ella se ha perpetrado.

—Mi esposo!..... esclamó Gabriela.

—Ha muerto envenenado por una mano homicida, continuó el juez con frialdad.

—Envenenado!.....

—El certificado de los facultativos que acaban de practicar la autopsía no permite la mas leve duda.....

—Han osado profanar el cadáver de mi esposo, interrumpió la desgraciada levantándose de su asiento, i con un jesto soberbio.

—Calmese Vd., señora. La justicia no debe rendir cuenta de sus actos sino a Dios.

Gabriela volvió a caer en su sillon, intimidada por el tono severo del juez.

—Del denuncio que este juzgado ha recibido, de las declaraciones indagatorias que se han tomado i de las pesquisas que se han hecho, resulta que dos personas son culpables del crímen.

—¿Cuáles son, señor? dijo Gabriela con exaltacion. ¿Cuáles son? para aborrecer sus detestables nombres, para llamar sobre su cabeza los rayos de la justicia divina i humana!.....

—Se acusa a Vd., señora, i tambien a don Federico Varnela, dijo el juez con voz casi imperceptible.

Un grito espantoso i desgarrador se escapó de la garganta de Gabriela.—Federico!.... yo.... culpables!!....

El esfuerzo sobrehumano que hizo para pronunciar estas palabras, determinaron en ella una crísis nerviosa seguida de un largo desmayo. Una mujer de su servidumbre, llamada al instante, logró volverla en sí haciéndola respirar un frasco de sales.

—Se siente Vd. indispuesta, señora? preguntó el majistrado. En ese caso, pudiera postergarse su interrogatorio.

—Indispuesta! señor, dijo Gabriela con vehemencia, despues de un corto silencio.... Indispuesta! cuando se trata del asesinato de mi esposo, del honor de Federico ultrajado, del mio..... No, agregó con una convulsiva sonrisa, me siento con bastante fuerza para confundir a mis acusadores.

Su acento desmentia la verdad de sus palabras; empero, como ellas eran claras i positivas, el juez prosiguió.

—La sumaria ha revelado que existen entre Vd. i el señor Varnela, ilícitas relaciones de amistad.

—Es falso, contestó indignada la infeliz mujer.

—Niega Vd. tambien haber recibido, hace tres dias, esa carta firmada por él...; i el juez ordenó al escribano que leyera dicha carta en alta voz.

Durante la lectura, aterrada Gabriela apénas podia contener sus sollozos. Cuando terminó se puso de pié con nobleza i resolucion.....

—Confieso, dijo, que me condenan las apariencias, pero, lo juro en presencia del cadáver del que fué mi esposo, i estendió el brazo hacia la habitacion mortuoria; lo juro sobre la sagrada memoria de mi madre, Federico i yo somos inocentes del crímen que se nos imputa! No sé cuales son las consecuencias que puede deducir Vd. de esa carta i de las demas, señor juez, pero lo repito, somos inocentes!...

Este último esfuerzo cas sobrenatural ago-

tó sus fuerzas físicas i Gabriela rodó sin conocimiento por la alfombra.

A un llamado del juez, volvió la misma criada a prodigar a la desdichada los socorros que reclamaba su estado.

El oficial superior de policía que habia salido anteriormente por órden del majistrado volvió a entrar en el salon.

—Las órdenes de Usia se han cumplido, contestó a la interrogadora mirada del juez: don Federico Varnela está arrestado.

El interrogatorio sufrido por Gabriela habia sido transcrito por el escribano. La tarea de la justicia estaba concluida por ese dia. Despues de haber impartido algunas órdenes a sus subalternos, el juez del crímen i el ajente superior de policía subieron en el carruaje que los habia traido a la casa teatro del crímen, i se dirijieron a Santiago.

Mas de cuatro horas habian durado las escenas que hemos procurado describir. Eran las nueve de la noche, i no obstante una lluvia fria i penetrante que habia empezado a caer, la muchedumbre ansiosa, que esperaba en la calle el desenlace del primer acto del drama no habia disminuido; mui al contrario, son tan raras las *diversiones* gratuitas que se proporcionan al pueblo, que éste se deleitaba gozoso con el espectáculo que la casualidad le habia deparado.

Poco despues de la partida de los funcionarios públicos, dos carruajes salian de la casa, el uno era el carro fúnebre que conducia al cementerio el cadáver de la víctima; el otro, escoltado por una respetable fuerza, llevaba a Gabriela, i se dirijia hacia la cárcel pública.

EUGENIO MONTIGNY.

(*Continuará.*)

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

ESCENA IV.

ISABEL, CARLOS V, *entrando por el foro.* GATTINARA.

CARLOS V.

Tú aquí, Gattinara?...

GATTINARA *turbado.*

Sí, señor.... Vuestra augusta novia me daba noticias.... es decir las traia yo a S. A.... cartas de felicitaciones de la rejente de Francia.

CARLOS V, *con humor.*

Llegan a tiempo ... (*A Isabel*). Es preciso contestarlas luego... Hoi envio un correo, un espreso al conde de Haro, nuestro embajador en Paris; i si quisierais aprovecharos....

GATTINARA, *dando un paso para salir.*

Pues yo voi a saber....

CARLOS V.

Quédate, Gattinara, tengo que hablarte (*Isabel hace una cortesia al rei i sale por el fondo*).

GATTINARA, *aparte.*

¡Gran Dios! i miéntras tanto....

CARLOS V, *colocando su sombrero a la izquierda i mirando salir a Isabel.*

Ni una idea siquiera en tan hermosa cabeza, ni una sola! I hé allí la que debe compartir mi trono i ayudarme a gobernar el mundo! (*Severamente a Gattinara que está cerca de la puerta de la izquierda*). Ya te he dicho Gattinara, que tenia que hablarte.

GATTINARA, *inclinándose i acercándose.*

¡Señor, tanto honor! (*aparte*). I ese complot, ese rival, que van a escaparseme.

CARLOS V.

Me ha hablado la infanta de una idea que segun veo te preocupa.

GATTINARA.

¡A mí, señor!

CARLOS V.

La órden del Toison de oro.

GATTINARA.

I bien, sí, señor..... quiero merecerla por mis servicios, i tan luego como haya cojido todos los hilos de una trama que nos amenaza....

CARLOS V.

¿De veras?

GATTINARA.

Pero temo que por desgracia, sea ya demasiado tarde, i pido a V. A. permiso para....

CARLOS V.

Dejarme.... Anda... anda pronto.

GATTINARA, *retrocediendo hasta la puerta de la izquierda.*

Gracias sean dadas a V. M.... Ah! que los mismos que pensaban burlarse de mí, han de servir a mis proyectos (*encontrándose cerca de la mesa de la izquierda i tomando el sombrero que se encuentra en ella*). Pronto, señor, volveré i V. M. sabrá lo que he hecho. (*Sale por la puerta de la derecha llevándose el sombrero*).

ESCENA V.

CARLOS V.

CARLOS V, *solo, mirando salir a Gattinara.*

Ese se encumbrará, si es que la ambicion i el deseo de subir no le hacen perder la cabeza.... (*mirando a la mesa de la izquierda*). I bien.... i bien.... ¿qué es lo que ha hecho? Se ha equivocado!.... (*riéndose*). Robarle a un rei su corona, pase!... pero robarle el sombrero! (*notando a Margarita que entra*). ¡Ah! la princesa Margarita! Qué animacion en sus facciones: nunca me ha parecido mas seductora!...

ESCENA VI.

CARLOS V, MARGARITA.

MARGARITA, *aparte.*

Veamos, cueste lo que cueste.... ahora es preciso partir para Francia! (*alto*). Venia, señor, a despedirme de la reina i de V. M.

CARLOS V, *aparte.*

O cielo! (*alto*). Vos, princesa...,

MARGARITA.

Cuando toda esperanza de avenimiento se ha desvanecido para siempre....

CARLOS V.

¿Por qué tal?

MARGARITA.

Vengo, señor, a pediros permiso para dejar a Madrid.

CARLOS V.

¿Por qué, decidme, tanto apresuraros?.. quien os ha dicho que el rei, vuestro hermano no reflexionará, sobre todo si vos permaneceis con él, si calmais con vuestra presencia i vuestras palabras, un primer movimiento de irritacion i de cólera.

MARGARITA.

El rei de Francia no cederá.

CARLOS V.

¿Acaso lo sabe él mismo?

MARGARITA.

Lo ha jurado! i si me quedara no haria otra cosa que recordarle su juramento; ruego a V. M. que me haga dar un pasaporte.

CARLOS V.

Asi.... ¡sois vos la que quereis que vuestro hermano quede prisionero!

MARGARITA.

Sí, señor!...

CARLOS V.

Ese hermano a quien tanto amais....

MARGARITA.

Sí, señor!...

CARLOS V.

I si yo me obstinara del mismo modo?

MARGARITA, *con firmeza.*

¡Serio eterno su cautiverio!

CARLOS V, *asustado.*

¡Eterno!

MARGARITA.

En nombre de la Europa i en el de todos los príncipes de la cristiandad! ¡mi salvo conducto, señor!

CARLOS V.

Un instante...

MARGARITA.

No me quedaré un instante mas en Madrid!

CARLOS V.

Pero permitid....

MARGARITA.

Quiero partir!

CARLOS V, *con impaciencia.*

¿I si yo no quiero?

MARGARITA, *aparte.*

¡Oh cielo!... trataria ahora de detenerme?

CARLOS V, *con emocion.*

Cuando concedierais algunos dias.... no a mí; pero si a aquel hermano, que reclama vuestra ternura i vuestros cuidados... no se os deberia compadecer por....

MARGARITA.

No a mí, señor... Vos si que seriais digno de compasion!

CARLOS V.

Yo!...

MARGARITA.

Vos, que contra el derecho de jentes, quereis detener prisionera a una mujer.

CARLOS V.

Yo!...

MARGARITA.

¡Prisionera en vuestra corte!...

CARLOS V.

¡Perfectamente! No espero que sea V. A. quien me arrastre ante el tribunal de la Europa i me acuse de barbarie o despotismo... cuando hace una hora que sola con Cárlos V, ni os dignais siquiera escucharlo i concederle audiencia!...

MARGARITA.

Ya os escucho, señor,... ya os escucho!....

CARLOS V.

Acababa de hablar de princesas.... que no tienen ni enerjía, ni capacidad política.... V. A. no es de esas. Ella hubiera sido un ministro plenipotenciario precioso.

MARGARITA.

¿Por el talento?

CARLOS V.

Primero, i luego por la obstinacion. En nada cedeis.

MARGARITA.

Sí, pero ni vos tampoco, señor.

CARLOS V.

Quizás!... meditaba hace poco una combinacion política difícil... pero no imposible.... estraordinaria.... rara tal vez... i que no me disgusta! nuevo ultimátum que queria someter, no al rei Francisco I, porque nos hemos indispuesto, sino a la rejente de Francia, vuestra madre.

MARGARITA.

¿Será alguna cesion equivalente a la Borgoña?

CARLOS V.

¡Puede ser!: lo que deseo es que ámbos hablemos de esta negociacion, i que vos me digais vuestro parecer. Por esto os ruego, princesa, que consintais en quedaros aun ocho o diez dias en la corte de Madrid. La infanta Isabel asegura que mañana debeis leer en su tertulia, un cuento precioso; quise decir, un cuento vuestro..., así se lo habeis prometido, i, a nuestra vez, reclamamos la fé de los juramentos (*haciendo una cortesía*). Pido a V. A. permiso para despachar la correspondencia que debe esperar Babieza (*saluda respetuosamente a Margarita i sale*).

ESCENA VII.

MARGARITA, *luego* HENRIQUE.

MARGARITA, *asombrada i reflexionando.*

¿Qué significa esto?..., quizas alguno de esos cambios súbitos que en él son tan frecuentes.... Si habrá de repente modificado sus ideas?... o con esa graciosa sonrisa, ocultará alguna traicion?.... (*viendo a Henrique*). Sois vos Henrique? qué noticias?

HENRIQUE.

Mui alarmantes.... Por órden del ministro Gattinara, ningun frances puede salir de Madrid.

MARGARITA.

¿De veras?

HENRIQUE.

Prohibicion bajo las penas mas severas de darles ningun permiso o salvo conducto.

MARGARITA.

¡Pero eso no es posible! ¿Por quién lo habeis sabido?

HENRIQUE.

Por la princesa Leonor, que pasando rápidamente a mi lado, me dijo que os lo comunicase.

MARGARITA.

¿La princesa Leonor?..... Entónces debe ser cierto!

HENRIQUE.

I ha añadido que todos los correos, excepto los del emperador, son detenidos, i abierta i rejistrada la correspondencia.

MARGARITA.

¿Algo sospechara ese Gattinara?

HENRIQUE.

Lo temo así!

MARGARITA.

¿Si se imajinará la importancia del acta que tenemos en nuestras manos.

HENRIQUE.

¿Pero cómo?... ¿ni qué instinto hubiera podido encaminarlo?

MARGARITA.

I luego.... ¿no sabeis Henrique? hasta el emperador no quiere que me vaya, pretende detenerme en Madrid!

HENRIQUE.

¿Es posible?

MARGARITA.

Por lo ménos.... ocho dias.... lo ha exijido!

HENRIQUE, *asustado.*

O cielo!... se ha enojado....

MARGARITA.

Nó... he sido yo!...

HENRIQUE.

I él ha ordenado?...

MARGARITA, *reflexionando.*

Nó... fuí yo.... él al contrario, me rogó.... con tal instancia.... tal ardor.... que es preciso que se le haya metido alguna idea en la cabeza!

HENRIQUE, *con viveza.*

Ah! esas no son ideas políticas....

MARGARITA.

¿Qué decis?

HENRIQUE.

Otras... que es bien facil.... adivinar.... no quizá por vos... pero si por mí.

MARGARITA, *dando un grito de alegría.*

Ah! si fuera cierto!...

HENRIQUE, *resentido.*

O cielo!

MARGARITA, *con alegría.*

¡Eh! ¿por qué no?... sí... sí... todo es posible!.. Gracias, Henrique!... porque si no fuera por vos, jamas me lo hubiera imajinado.

HENRIQUE.

Ah! es indigno....

MARGARITA.

Callaos! ¡callaos! mucho es permitido para salvar a su rei i a su hermano.... Pero semejante pensamiento es tan absurdo... tan inverosímil....

HENRIQUE.

¿No es así?

MARGARITA.

Sin embargo es preciso no despreciarlo (*con seriedad*). Pero sería una insensatez pensarlo o fundar en él la menor esperanza de salvacion. (*Resueltamente*). Es preciso ver a Sanchica.

HENRIQUE, *con disgusto.*

La he visto.

MARGARITA, *mirándolo i sonriendo.*

¡De veras!.... ¡i no lo deciais.... caballero recosido!

HENRIQUE.

Alcancela a divisar en la antecámara de la reina... i le hablé de ese salvo conducto que le rogué que me obtuviese.... imposible.... no quiso...

H. DE IRISARRI.

(*Continuará*).

Ecos de la semana.

Santiago, setiembre 2 de 1859.

SUMARIO.—El mensajero de la primavera.—Prisiones i malos partos.—Cosas de agosto i fiestas de setiembre.—Arquitectura política.—Sociedad literaria.—Un ex conspirador.—Dos nuevos descubrimientos.—Semana teatral.

Con la buena estacion nuestra capital ha recobrado un amigo fiel i un convidado inevitable de sus paseos i fiestas a cielo raso. Mas antiguo que el hombre, de quien es padre, i tan antiguo como el mundo, en que es omnipresente, ofusca como la gloria i ciega como la pasion. A ningun vecino de Santiago es dado desde hoi hasta el invierno caminar exento de su asídua compañía, que ha venido a hacer juego con la del ánjel de nuestra guarda. Como la mancha de sangre de la blanca manecita de Lady Macbeth, es inseparable de nuestro lado i seria empeño vano que tratásemos de ahuyentarle: no habria perseverancia ni cepillos bastantes a realizar tamaño propósito.—Ya comprendeis, benévolos lectores, que se trata de la reciente aparicion del polvo, sucesor del fango i nuncio de la primavera. Las flores están todavía en boton, aún no han madurado las espigas, pero el polvo, mas prematuro que las espigas i las flores, se ostenta ya triunfante en paseos, calles i plazas. Caprichoso i festivo, ora nos envuelve en una nube como al piadoso hijo de Anquises, ora circunda nuestras cabezas con el nimbo de las divinidades antiguas, haciendo de cada Santiaguino un héroe de epopeya o un dios de la mitolojía. Si la respiracion empieza a ser mas difícil, en cambio la animacion i movimiento se aspiran de dia en dia con mayor facilidad. Como la traspiracion para el cuerpo humano, el polvo para una ciudad representa una condicion necesaria de vida i desarrollo. I en Santiago i en dia domingo es ademas la mas preciosa divisa de la *fashion* i del buen tono. Una linda cabeza o una levita empolvadas significan claramente que la dueña de tal cabeza o el dueño de tal levita han corrido, en coche o a caballo, el campo de Marte disputando a la guardia nacional la gloria del polvo olímpico, *pulverem olympicum*, de que habla Horacio. Mui poco advertido ha de ser el hombre de gusto que pasée por la Alameda con sus vestidos limpios i se resigne a solo andar en dos piés. ¡Ai de su fama i buen nombre si no solicita la cooperacion de los cuadrúpedos!—Dominada por esta conviccion, nuestra sociedad anduvo poco el domingo, galopó mucho i rodó con entusiasmo.

Aún no se habian disipado las nubes de polvo, levantadas por los coches i cabalgatas, i ya otras nubes mas densas se esparcian por nuestra atmósfera i turbaban su claridad. A poco andar nos vimos envueltos en las tinieblas de la duda i las conjeturas; mas la oscuridad no fué tanta que impidiese a la policía distinguir i aprehender a dos personas de esta poblacion, sospechadas de complicidad en el motin frustrado de la Artillería. Don Antonio Carmona i don Bartolomé Vergara fueron reducidos a prision el mártes de esta semana, miéntras que en Valparaiso eran objeto de iguales precauciones varios individuos a quienes se atribuían análogos propósitos. A vista de tales síntomas habría motivo para creer en el aborto de

una conspiracion, si la esperiencia no recordase mas de un *quid pro quo* de nuestros comadrones, tan recelosos en achaque de partos.

En medio de la semana se ha despedido de nosotros el mes de agosto, despues de haber hecho de las suyas. Habreis oido a todo el mundo quejarse de mala salud, hablar de matrimonios deshechos i contrastes domésticos, lamentar la desgraciada realizacion de un proyecto, deplorar los contratiempos de un paseo o la suspension de un baile, o llorar alguna otra desventura mas o ménos real, i habreis dicho como yo:—Cosas de agosto!

Por fortuna empezamos a *septembrizarnos*, si me es permitido tan execrable galicismo. Los franceses se degollaron i nosotros nos emancipamos en este glorioso mes de setiembre, mes de comilonas i ropa nueva, de salvas i blanqueos. En efecto, ¿quién no pronuncia un *speach*, quién no estrena un vestido, quién no quema un cartucho si es guardia nacional, o repinta la fachada de su casa si es propietario, en justo homenaje de gratitud i admiracion a los prohombres del año 10? ¡Benditos sean ellos que, a costa de cruentos sacrificios, abrieron un nuevo campo a la elocuencia, dieron fecundo tema a las tijeras de los sastres, fomentaron el consumo de la pólvora i convirtieron a los albañiles en reguladores del patriotismo!

Pero los bípedos de Platon no son los únicos a quienes aprovecha el mes de setiembre. Ved ahora que los cuadrúpedos se presentan reclamando su parte de esfuerzos i laureles en la gran festividad nacional. Los caballos se preparan a disputar a sus semejantes el premio de la carrera, miéntras que los toros ensayan sus mejores cornadas para obtener la prez del triunfo en la próxima lucha que deben sostener contra los osos. Este inusitado combate encierra una elocuente alegoría i de seguro va a dividir las opiniones i los votos en dos opuestas facciones. Los maridos se contarán en la una, i en la otra los solteros que hacen el oso a las casadas. Sí la Edad-Media tuvo el *juicio de Dios*, nosotros vamos a tener el *juicio del toro*.

Apenas si preocupados de tamañas novedades nuestros círculos han dado importancia a los rumores inciertos de un cambio en el personal del gabinete. Estas cuàtro paredes del ejecutivo encuentran siempre arquitectos que las derriben i vuelvan a levantar en su fecunda imajinacion. Es este un agradable pasatiempo de la fantasía, que fatigada de soñar en brujas sueña en ministros. A no ser así, habría motivo para alarmarse de las increíbles combinaciones ministeriales que se propalan de algun tiempo a esta parte. Cada una de ellas es un verdadero traje de Polichinela i los nombres que entran en su composicion maullan de solo verse reunidos. De suerte que si los dueños de tales nombres parasen en efecto por congregarse en un gabinete, no hai duda alguna que habrian de arañarse.

En tanto que los poetas de la política ejercitan su númen en las cuartetas ministeriales, los amigos de las letras acuden a la sociedad literaria, que ha inaugurado sus tareas como os lo anunciaba en mi revista anterior. Pocos son los hombres estudiosos que no han simpatizado con este pensamiento i entrado a formar parte de la naciente asociacion. Ella no ha promovido en verdad ese caloroso entusiasmo hijo de la novedad que, tan fácil de arder como de apagarse, emprende animoso la primera jornada, llega jadeante al término de la segunda i va a caer rendido poco mas allá; pero el convencimiento de su utilidad principia a infundir en los afiliados del nuevo círculo ese espíritu de tranquila perseverancia que camina paso a paso midiendo sus fuerzas i evitando los escollos, progresivo sin impaciencia, cauteloso sin miedo i firme en sus propósitos. Estos ya los conoceis: fecundar los esfuerzos intelectuales entablando un comercio recíproco de ideas, i para lograr este fin, reunir en un centro comun a nuestros literatos, así a los que han conquistado como a los que ambicionan este nombre; de modo que los caudillos de la intelijencia tengan soldados i los soldados caudillos.

Las dos reuniones que hasta hoi ha celebrado la sociedad literaria ofrecen bastante interes. La primera tuvo lugar el viérnes de la pasada semana i la segunda esta noche.—En aquella se propusieron dos temas, en verso el uno i el otro en prosa, que darán ocasion a un certámen fijado para el 30 del presente mes. Como se encargase a la suerte de nombrar los jueces que han de presidir este torneo, hizo una de las suyas designando para secretario del jurado a un distinguido i honorable injenio i para presidente a vuestro interlocutor semanal. Merced a la oficiosa cuanto galante indicacion de no sé cuál de mis amigos presentes, que fue en mi ausencia un *alter ego*, quedó indicado sin dilacion aquel agravio de la ciega [illegible]ana. En trances tales es donde se prueban los a[illegible]gos. Debo a mi Pílades de aquella noche los mas sinceros agradecimientos.

Terminada la eleccion, uno de nuestros escritores mas disertos hizo la lectura de un trabajo crítico, que podreis en breve juzgar por vosotros mismos. Es este un análisis del curso de Economía Política de M. Courcelle Seneuil, escrito por don Marcial González, que aparecerá en el próximo número de *La Semana*.

Esta lectura, promoviendo una discusion relativa a la utilidad, dió motivo a una disertacion sobre este punto que el señor Miquel ha leido esta noche. No habiendo oido ni esta disertacion ni

aquel análisis, me veo obligado a callar su mérito i deplorar mi mala fortuna.

No ha sido esta sin embargo tan completa que no haya alcanzado a gozar de los lindísimos versos en que nos ha cantado don E. de la Barra *Los Delirios de Safo*. Aunque no tendreis mucho que esperar para leerlos por entero, voi a anticiparos una parte de esta satisfaccion trascribiendo dos estrofas tan diáfanas i delicadas como un enciaje de Bruselas. Safo dá el último adios a la vida, i estas estrofas cierran la composicion:

Dice, i las aguas en murmurio leve
Dánle benignas en su seno asilo;
Neyadás bellas su doliente lira
Llevan en triunfo.

Crespas ondinas conmovidas tiemblan
Trémulos círcos delineando en torno,
I el manso viento su postrer suspiro
Blando remeda.

D. Joaquin Blest Gana i el Sr. Vockmann se han encargado de hablarnos, para la próxima reunion, el primero sobre la naturaleza equinoccial i la cordillera ecuatorial, i el segundo sobre los documentos mas antiguos de la humanidad.

Disuelta ya la reunion de esta noche i retirados muchos de sus concurrentes, charlábamos tan solo unos cuantos remisos en abandonar el campo, cuando se presentó a nuestros ojos sorprendidos el corresponsal del *Mercurio*. Habia sido puesto en libertad esta tarde i dejaba ver en su semblante descolorido i preocupado las huellas de sus recientes padecimientos. A primera vista creí contemplar la sombra de Silvio Pellico, i el aire frio i mortífero de los Plomos de Venecia heló un momento mi frente. Por fortuna no tardé en abandonar tan lóbrega ilusion; mas por desgracia tampoco tardé en acojer una mala idea, inspirada por un sentimiento puramente literario. Si Carmona, pensé, se hubiese quedado por algunos meses en el cuarte de policía, habriamos tenido, como los italianos, un libro interesante: *Mis prisiones*.

De la historia verbal que nos hizo de sus infortunios i falta que el orjen de su aprehension no fué sinó el haberse vendado la cara. Parece que esta medida, estimada por la mas prudente contra el dolor de muelas, no lo es tanto para conspirar.

Dos cosas he ignorado hasta esta semana: que el corresponsal del *Mercurio* fuese conspirador i que hubiese vecinos de Santiago despiertos a las dos de la mañana. Pero no podian dejar de estarlo los que anoche fueron testigos de un fenómeno celeste tan raro en nuestro hemisferio como frecuente en las rejiones hiperbóreas. La rojiza claridad que invadió nuestro cielo a aquella hora fué sin duda una aurora boreal, espectáculo luminoso de que los Lapones disfrutan mui a menudo. Este acontecimiento astronómico, tan estraordinario como es, no ha logrado sorprendernos. Las facultades estraordinarias le habian tomado la delantera i alcanzaron a ponernos sobre aviso.

Solo dos funciones ha contado el teatro esta semana.—En la del domingo, la zarzuela:—*Jugar con fuego* fué tan feliz i aplaudida como la vez primera. Claro está que la Mur i Clapera obtuvieron con justicia la mejor parte de las ovaciones.

Es cierto que la funcion de anoche fué mas variada, pero no tanto que fuese mas interesante que la anterior ni tan afortunada como ella.—*El poeta i la beneficiada*, comedia de circunstancias, en que la oportunidad realza el injénio, no figura entre las obras capitales de Breton i en nuestra escena es de mediocre efecto. Este fué anoche casi nulo mediante la impetuosa recitacion de Gaitan, que absorvió en su carrera todas las maravillas del diálogo.—En desquite, la Thierry no se hizo, como el domingo, sostituir por la Matilde, i la zarzuela: *Buenas noches, señor don Simon* fué gustada i aplaudida a mas i mejor.

Domingo Arteaga Alemparte.

A nuestros suscritores.

Vencidas las dificultades que hasta ahora hemos encontrado para la ilustracion de nuestra publicacion, empezaremos desde el siguiente número a dar a nuestros suscriptores una *revista cómica mensual* en caricaturas.

Condiciones de la suscripcion.

La «Semana» aparece todos los sábados i consta por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantado.

Se reciben suscripciones en

Puntos de suscripcion.

Santiago.—Imprenta del Correo, pasaje Búlnes.
Valparaiso.—Imprenta i librería del Mercurio.
Serena.—D. José Domingo Cortez.
Copiapó.—Libreria del Mercurio.
Caldera.—Editores del Tren.
Concepcion—Libreria del Mercurio.
Talca.—Sres. E. i S. Rondanelli.
Chillan.—Sr. D. Abrahan Siredey.
Lima.—Establecimiento del Sr. Ricordi, calle de las Mantas
Arequipa.—Sr. D. Manuel G. de Castresana.

Imprenta del Correo, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO.

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Setiembre 10 de 1859. Núm. 17.

Un nuevo testo de Economía Política.

Análisis crítico leido en el

Círculo de amigos de las letras

POR

D. Marcial González.

—

ARTICULO PRIMERO.

La prensa francesa ha dado a luz recientemente una obra escrita en Chile i por un catedrático de nuestro Instituto Nacional:—es el *Tratado teórico i práctico de economía política* que, en su curso de los dos últimos años, dictó en aquel establecimiento el profesor J. G. Courcelle Seneuil(1).

Desde las primeras pájinas de esta obra conócese que el autor, al escribirla, ha querido como dar razon a los que creen que la economía política es una ciencia de buen sentido. El no se ha dejado arrastrar por la manía de las innovaciones, tan comun en los economistas europeos que buscan ante todo la orijinalidad, ni ha pensado tampoco hacer un tratado completo de la ciencia económica, que abraza desde sus altos puntos de vista la sociedad entera, pero principalmente la moral i la lejislacion cuyas aplicaciones tienen por objeto la actividad voluntaria del hombre. Limitándose a un cuadro mas estrecho, él solo ha querido considerar esa actividad en la industria i en la formacion i distribucion de la riqueza, «*proponiéndose únicamente*, segun lo dice en su prospecto, *formular una esposicion de los principios de la economía política, mas sencilla pero a la vez mas comprensiva que todas las publicadas hasta ahora.*»

I ciertamente que tan modesto i útil objeto lo ha conseguido con usura! Su libro es sabio a toda luz i aparte de las dotes de un estilo elegante i caloroso, tan poco hermanable de ordinario con los trabajos didácticos, yo creo que por la lucidez de sus principios, por la rectitud de sus doctrinas i por la claridad de sus esposiciones analíticas, no solo será estimado como el mejor de los testos para la enseñanza de la economía política, sino que habrá de ser consultado con fruto por todos los que tengan amor a este estudio i quieran darse cuenta de las leyes que forman la ciencia de la riqueza pública o bien del arte de administrar con ventaja la fortuna social.

Como sabeis, la economía política, hace poco mas de medio siglo, no era otra cosa que el arte de administrar los bienes de una sociedad con cierto fin; era, en vez de una ciencia, una especie de piedra filosofal administrativa i política; era el alquimismo de los siglos XVII i XVIII aplicado al manejo de los caudales públicos. Pero el estudio de los fisiocratas sobre la riqueza i los valores fué conduciéndolos al exámen de una multitud de cuestiones de alto interes social cuya solucion ha abierto el campo a la ciencia de hoi dia. Quesnay i sus discípulos quisieron esponer las leyes que rijen en todos los ramos de la actividad humana; pero lo vasto de esta empresa les impidió realizarla i hasta en la observacion de los simples fenómenos relativos a la riqueza cometieron graves errores. Sin embargo, una vez dado el impulso, espíritus superiores no titubearon en seguir la via que acababa de abrirse a las especulaciones de la ciencia.—Turgot analizó los fenómenos del cambio i la teoría del interes:—Adam Smith rectificó las ideas que dicen relacion con los capitales i describió de una manera superior la division del trabajo i su poder:—Say trató de separar el estudio de la riqueza del de los otros ramos de la ciencia e hizo una esposicion metódica de los principios de la economía política, demostrando esta verdad tan sencilla como fecunda de que «*todos estamos interesados en la riqueza de todos*»:—Malthus ha establecido las relaciones entre la poblacion i la suma de las riquezas sociales, estudiando el pauperismo i sus efectos así como el de los procedimientos empleados para remediarlo:—Ricardo ha reducido a un pequeño número de fórmulas la teoría de la distribucion de las riquezas;—i Storch ha demostrado la parte que tienen siempre en la produccion la intelijencia i la moralidad.—En suma, porcion de pensadores eminentes rectifican i comprueban, desde entónces acá, el análisis de sus antepasados, comparan los hechos a las fórmulas, ensanchan los conocimientos adquiridos i se esfuerzan por constituir sobre bases sólidas la ciencia que llamamos *economía política*.

En el número de estos distinguidos escritores (i ciertamente que no entre los últimos) se ha colocado nuestro profesor el señor Courcelle Seneuil, ántes de ahora por su famoso

(1) Paris, chez Guillaumin i Cie., libraires-éditeurs, rue Richelieu núm. 14.—1858.—2 vol.

Manual de las empresas industriales, comerciales i agrícolas i despues por su excelente *Tratado teórico i práctico de las operaciones de Banco*, pero mas hoi por la publicacion del estimable libro de que damos cuenta. Al escribirlo, a mas de hacer fructífera la enseñanza del ramo que le encomendó el Gobierno de Chile, ha tratado sobre todo de comprobar en el criterio de la ciencia los principios admitidos por sus antecesores bajo el aspecto de su aplicacion práctica. Este es para nosotros uno de sus mas relevantes méritos.

Casi todos los economistas, i principalmente los ingleses, han abusado de la jeneralizacion i, con la esperanza de simplificarlo todo, no han tomado estricta cuenta de los elementos que concurren a la formacion de los hechos económicos, ni acordádose tampoco de que existen causas cuya actividad no ha sido hasta ahora debidamente reconocida i averiguada. Por eso el señor Courcelle, ántes de redactar la parte teórica de su obra que él denomina *Plutolojia*, ha cuidado principalmente de someter todos los fenómenos de la ciencia a un exámen prolijísimo, a fin de apoderarse de todas sus partes constitutivas i arribar así con sus consecuencias a la verdad completa cuyo signo es la posibilidad práctica.

En esta seccion de su trabajo, que sin duda es de las mas importantes, háse conducido con una notable habilidad. Las teorías en que funda sus observaciones sobre los principios del valor, la renta, los salarios, los sistemas de distribucion i los cambios, son verdaderos modelos de análisis lójico i de profunda observacion; i aun en aquellos puntos en que sus opiniones aparecen contestables, aun en ellos derrama luces i descubre nuevos horizontes que la ciencia desde luego habrá de utilizar. Esas teorías son en su mayor parte las mismas de Say, Adam Smith, Ricardo i Stuard Mill; pero ellas han sido esta vez simplificadas por una lójica severa i aclaradas por un estudio detenido i circunspecto. Al emitirlas, es cierto que el autor no ha venido a decirnos la última palabra de la ciencia; pero ellas habrán de ser tanto mas útiles cuanto que están purificadas de los errores i preocupaciones que las oscurecian en muchos de los economistas anteriores.

La propiedad de las definiciones i el justo empleo de los términos es, en mi opinion, otro de los méritos que recomiendan altamente el libro de que me ocupo. Todas las ciencias necesitan determinar el verdadero sentido de las palabras de que se sirven: el acuerdo sobre el valor real de los términos es indispensable a su progreso; pero esta condicion es tanto mas difícil de obtener cuanto que las ciencias se forman con lentitud i tardan en perfeccionarse. Los primeros economistas tomaron sin duda del lenguaje vulgar espresiones cuya acepcion no tenia nada de preciso, palabras en las cuales se ocultaban aun ideas diferentes; i de ahí nacieron, por necesidad absurdos i equivocaciones, que largo tiempo han embarazado su marcha i dejado la incertidumbre en sus conceptos. Este mal ha querido remediarlo el señor Courcelle poniendo un particular cuidado en las definiciones i en el uso de los términos económico-políticos. El ha hecho este trabajo examinando el sentido en que los han empleado los economistas mas distinguidos, i, comparando despues las definiciones con la cosa definida i las palabras con los fenómenos económicos que representan, hace aparecer con brillo en todo el cuerpo de su escrito las dotes de un espíritu sagaz i justisimo.

El volúmen 1°. contiene dos libros, que tratan, el uno de la produccion i consumo de las riquezas, el otro de su distribucion. En aquel, a la acepcion jenérica de las palabras necesidad, trabajo, valor, servicio, utilidad, produccion, consumo, capital etc., sigue el estudio del movimiento económico i el de las formas principales de la industria, la descripcion analítica del poder productivo i de las diversas clases de consumos, del movimiento de la poblacion i de las leyes de la renta. Como se vé, esta parte solo es relativa a la produccion i consumo de las riquezas. En cuanto a su distribucion, el autor examina detenida i sabiamente los dos sistemas elementales en que ella se opera; analiza el valor i los cambios; estudia el crédito en sus relaciones con el comercio i la industria; determina los elementos constitutivos del valor i sus oscilaciones; describe el fenómeno de las crísis comerciales; compara los dos sistemas de distribucion, esponiendo la parte que corresponde a cada uno de ellos en el movimiento industrial; i, despues de tratar del efecto de las limitaciones naturales i artificiales de la libertad, concluye por un estudio de los inconvenientes de la concurrencia i por un exámen del impuesto en cuanto a sus efectos sobre la produccion i distribucion de las riquezas.

Por este breve resúmen fácil es venir en conocimiento de que la obra de que tratamos es lo que se llama una obra de conjunto. Hai pensadores que se encierran en un asunto limitado i que le estudian a fondo i en todos sus detalles llevando el análisis hasta su último término; pero hai otros que acercan, compulsan i reunen las verdades comprobadas por los primeros para venir a deducir de ellas verdades nuevas i mas fecundas. Así es como, por la cooperacion sucesiva de los unos i los otros, se realiza el progreso de las ciencias; i ciertamente que un progreso positivo i verdadero importa, para su especialidad, la publicacion del Tratado económico de Courcelle. El autor ha hecho lo que otros recorriendo un campo ya esplorado; pero sus miras han sido mas altas i su trabajo ha tenido mayor alcance; porque, dejando frecuentemente las cuestiones de nomenclatura, ha hecho escursiones atrevidas en el dominio de la economía social i ha estudiado i revelado con claridad

los problemas científicos, combinando para su solucion los principios de la filosofía con la enseñanza elocuente de los hechos económicos.

Al tratar de la parte teórica de la ciencia, es cierto que el profesor solo ha entrado en consideraciones jenerales sobre la organizacion social, reservándose para hacerlo mas estensamente en el segundo volúmen de su obra; pero desde luego nos ha esplicado sabiamente los elementos constitutivos de la riqueza i del capital, de la propiedad en oposicion al comunismo i sobre todo de la competencia bajo los dos sistemas, únicos reconocidos, *de autoridad* i *de libertad*. De modo que puede decirse que la ciencia entera está comprendida en ese breve catálogo, cuyas partes las ha encadenado de tal suerte que cada una de ellas es una consecuencia natural de la que la precede i como que prepara las doctrinas de la que la sigue. Nosotros damos, sin embargo, mayor importancia a la parte que se refiere a la organizacion social, a la constitucion del crédito i a la solucion de los problemas económicos que hoi preocupan a la Europa i al mundo, por cuanto ella contiene trabajos de aplicacion i bellísimos estudios sobre la situacion económica de los Estados Sud-Americanos.

Nadie desconoce al presente la gravedad de estas cuestiones, apesar de que la resolucion de algunas de ellas no tiene ni tendrá en mucho tiempo para nosotros el interes que para los pueblos del viejo mundo. En efecto, ¿han de considerarse como violaciones de las leyes de la naturaleza i como contradiccion de las miras de la Providencia la desigualdad de las fortunas i jerarquías, los derechos del propietario, la privacion de estos derechos en el que no lo es, i todos los demás resortes constitutivos de este vasto mecanismo que llamamos *sociedad*?—Yo creo desde luego que nó, porque, dígase lo que se quiera, este mecanismo encierra un fenómeno admirable en que no se ha fijado bastante la atencion, i es que cada hombre consume en un solo dia harto mas de lo que podria producir talvez en muchos años. Yo tengo para mi que semejante ventaja, mayor en sí misma que todos los inconvenientes insinuados, sería imposible en cualquier otro órden social distinto del presente, esto es, en una organizacion en que no hubiera pobres i ricos, capitalistas i jornaleros, productores i consumidores, gobernantes i gobernados.

Por mi parte, yo pienso que los reformadores, jeneralmente hablando, exajeran los males así como las injusticias que emanan de este órden de cosas. Si la especie humana no adelanta, ¿cómo se combina este aserto con la perfectibilidad indefinida que proclaman ellos mismos? ¿No es el interes personal el móvil único que los impulsa a cambiar lo que existe por lo que a ellos les parece mejor? Pues este móvil no puede obrar sino de una de las dos maneras reconocidas por la ciencia i apreciadas bellisimamente en el libro de Courcelle: o libremente o por coaccion. Si lo dejamos libre, los resultados serán forzosamente idénticos a los que hoi estamos viendo; pero si empleamos la coaccion, no haremos otra cosa que destruir el principio mismo que se trata de sostener. En efecto, ¿quién podrá negar que el interes personal, desarrollándose libremente, es el mejor juez i el indicador mas seguro de lo que a todos nos conviene?

Pero el mayor de los inconvenientes de estos sistemas i la mas grave objecion que puede hacerse contra ellos, es la falta de preparacion de la especie humana en jeneral i de las clases pobres en particular, i su estrema incapacidad, al ménos hasta lo presente, para fundar i desarrollar un órden de cosas que exijiría en los pueblos una suma considerable de intelijencia i de virtud. Los amantes del verdadero progreso, segun opinion de Stuard Mill, deben propender únicamente a que la especie humana vay a acomodándose a un estado social en que se combine la mayor libertad individual con la mas justa distribucion de los productos del trabajo i en que los capitales i el salario guarden la debida proporcion. Cuando este estado de cultura moral i material se haya alcanzado, la propiedad individual, bajo cualquiera forma, o bien la comunidad de derechos en cuanto a los instrumentos de produccion i a la igual reparticion de los productos, crearán las condiciones mas favorables para hacer llegar la naturaleza humana a su mayor perfeccion.

Pero esta es una cuestion cuya solucion corresponde solo al porvenir: ni a nosotros nos afecta gravemente, ni nuestros contemporáneos europeos son tampoco competentes para fallarla. Un hecho solo conquistado por la esperiencia de estos últimos tiempos, i el único realmente importante en materia de organizacion social, es el excelente resultado de las asociaciones obreras i los prodijios que en la economía de los pueblos está llamado a producir el principio de asociacion. Mr. Courcelle, atribuyendo a este principio toda la importancia que merece, ha indicado justamente en su *Plutolojia* las tendencías i resultados de la transformacion social que él ha de traer tarde o temprano; pero al mismo tiempo ha separado la causa del trabajo comun de las declamaciones exajeradas i erróneas contra la concurrencia a que sus defensores se han entregado con tan poca reserva como justicia.

Nadie ignora que los cambios que la industria i los progresos de la civilizacion operan constantemente en la existencia de los individuos, han provocado i provocan cada dia tristes censuras i protestas elocuentes en favor de las clases menesterosas i perjudicadas. «Mas todo lo que prueban estas quejas, dice mui cuerdamente el sabio profesor, es que en nuestro estado actual, como en todos los que le han precedido, hai abusos que necesitan reformarse, i que en el desenvolvimiento em-

pírico i espontáneo de la civilizacion i en sus progresos todo no se ha acomodado de la manera mas racional i satisfactoria. Pero cualesquiera que sean las condiciones a que haya sometido al individuo el movimiento de la industria, la esperiencia nos dice bien alto que si queremos mejorar mal podremos hacerlo tentando un retroceso imposible hácia el pasado, porque una sociedad no puede retroceder ni quedar estacionaria sin desaparecer pronto bajo los piés de las que marchan adelante.»

Sin embargo de que la *Plutolojia* del señor Courcelle no sea sino un trabajo didáctico i aunque algunos de sus teorías, aun las mas completas i sintéticas, no han arrancado hasta ahora el asentimiento universal de los hombres estudiosos, ella importa no obstante un paso mas avanzado en el terreno verdadero de la ciencia, por cuanto ha fijado principios basados sobre la observacion i el análisis que ya no serán parte a derrocar ni la sofistería de los escritores venales ni el sórdido interes de los monopolistas. Despues de leerla con ánimo desapasionado me parece que todo el mundo comprenderá que ya no es lícito, en lo económico, entronizar el interes privado sobre el público, ni en lo político sacrificar los intereses de la mayoría a los de un pequeño círculo de individuos: se entenderá que si la sociedad tiene derechos sagrados, tambien tiene deberes imprescriptibles: que los intereses privados están identificados con los del cuerpo social i los de cada nacion con los del jénero humano: se comprenderá que el aislamiento de los pueblos debe amatematizarse como el egoismo de los individuos i abrirse al comercio todos los puertos con iguales condiciones para todas las banderas: comprenderáse, por fin, que los fenómenos de la produccion i del consumo estan sujetos a leyes fijas como las de la mecánica o la astronomía, i que el poder público ha de someterse en la direccion de la riqueza no ya a las eventualidades, nacidas de la imprudencia o la prodigalidad, sino a los oráculos infalibles del saber i a los resultados demostrables del cálculo i la observacion. Ejemplo de la veracidad i utilidad de estos principios, que dilucida perfectamente el profesor, son los pueblos vivificados por una circulacion activa i por las maravillas del crédito público afianzado por la moralidad i defendido por una recta administracion de justicia; i el reverso de la medalla es la perspectiva de las naciones sordas al lenguaje de la sabiduría, insensibles a las lecciones de la esperiencia i entorpecidas en la carrera del progreso providencial por motivos dignos mas bien de compasion que de respeto.

No hai una duda. Por mas que algunos nieguen que la ecocomía política sea una ciencia, la verdad es que la ciencia está hecha; i si no hubiera una porcion de escritos sabios que lo prueban, acaso el solo libro que analizamos bastaria para demostrarlo. Sí, la ciencia está formada, pero el egoismo la falsea i el monopolio en todas partes la combate i la teme! Por eso es que para Chile, como para casi todos los pueblos, está léjos aun el tiempo en que las instituciones realizen, no solo en la esfera económica sino tambien en las esferas social i política, esta fórmula de los economistas tan cristiana i democrática a la vez: *hacer el mayor bien del mayor número.*

Al asentar sus prolegómenos, el autor del *Tratado* que nos ocupa considera la economía política a la vez como ciencia i como arte, distincion metafísica i nueva en la forma, pero verdadera i justa en el fondo, sin embargo de que en muchísimos casos el hábil profesor se vería embarazado talvez para decirnos, dónde concluye la ciencia i principia la accion del arte o al contrario: para establecer los límites del uno i de la otra o para determinar cuándo un hecho económico es científico u artístico. Pero es indudable que, como ciencia, ella busca las causas jenerales por las que la humanidad o un grupo de hombres se encuentran mas o ménos ricos, es decir, que han sabido apropiar mas o ménos materia a la satisfaccion de sus necesidades; miéntras que, considerada como arte, la economía política tiene tambien una mision especial, que consiste en aumentar el estado de riqueza i escojitar los medios de alcanzar mas fácilmente este fin. Para ello estudia en todas sus faces la actividad industrial del hombre i por eso es que se relaciona con todas las ciencias i con todas las artes i las instituciones sociales.

En efecto, miéntras el hombre no sea un puro espíritu i en tanto que no esté separado de su cuerpo como de una envoltura incómoda, es indudable que todos los hechos humanos estarán forzosamente subordinados a ciertas leyes materiales i físicas. Así, si el rejímen industrial no crea la libertad por sí solo, no por eso deja de ser cierto que él es indispensable al establecimiento de esta libertad, sobretodo desde que se trate de la clase social mas numerosa, del gañan i del proletario, del artesano i del *roto*; porque solo apoyándose en la industria es como la jeneralidad de los hombres dá un empleo útil a sus facultades i puede aspirar al grado de fuerza i dignidad a que debe llegar la especie humana tomada en su conjunto. Por eso es que si la industria, desarrollada por la ciencia, llama hoi la atencion de todos los estadistas i si sus progresos ensanchan los corazones animados de simpatías populares, no es tanto porque ella sea poderosa i benéfica: es porque el arte, que la estimula i la mejora i perfecciona, tiene el poder de subministrar a la clase social mas numerosa le sustancia de la libertad i los elementos naturales de todo progreso así en lo moral como en lo físico: es, en suma, porque todos los amigos de la democracia vemos en la una i el otro los ajentes indispensables de la buena política, que nos obliga a mirar a los hombres como nuestros semejantes, i de la

relijion que nos recomienda el amarlos como hermanos.

Pero, mírese como ciencia, o como arte, paréceme que nadie puede negar el inmenso valor de la economía plutolójica o teórica, puesto que la ciencia i el arte dan los principios i las leyes de casi todas nuestras relaciones sociales. Sin embargo, fuerza es confesar que el mayor galardon i el mas bello triunfo de la economía estriba en sus aplicaciones a la práctica. Entónces i solo entónces es cuando puede decirse que se aprende para la vida i no para el colejio. Si de las teorías que allí se estudian no pasamos a la apreciacion i luego a la reforma de las instituciones existentes, todos los esfuerzos del espíritu i toda la erudicion gastada en la metafísica del arte o de la ciencia no serán otra cosa que una especie de prodigalidad intelectual. Por el contrario, esas ideas especulativas, aplicadas a las condiciones presentes de la vida privada o pública, producen frutos inmediatos i mucho mas ricos i mas útiles que los que podría dar cualquier otro trabajo teórico. Así es como en el gobierno de una nacion reconocemos fácilmente la muestra de una intelijencia ilustrada i recta cuando vemos en él una tendencia franca hácia la aplicacion inmediata de las buenas doctrinas económicas. Por desgracia no todos los paises se prestan en igual grado a esos planes i aplicaciones, ni todos los Gobiernos las toleran, ni muchos de ellos tan siquiera las admiten. Por eso es que muchas veces los proyectos mas racionales quedan sin aplicacion i por eso es tambien que los buenos espíritus se desalientan en ocasiones i se alejan de la cosa pública que se sienten incapaces de servir con buen éxito.

Aunque jóven todavia, la economía política, ha dicho Courcelle, «presenta una série de trabajos cuyo objeto, fin i método son idénticos i que forman un cuerpo i establecen una tradicion i creencias comunes: es una ciencia en que las concepciones, aunque imperfectas, sirven de base a teorías mas perfeccionadas. Conforme a sus principios, pueden calcularse las consecuencias de tal o cual acto, i en esta facultad de prever los hechos futuros es donde ella encuentra, como la física, la contra prueba de sus teorías i el signo de su certidumbre.»

Así es como el hábil profesor reasume en estas breves palabras el objeto i fundamento de la ciencia, i luego combate la válida quimera de que la economía política debe tener siempre un carácter nacional, «como si las ciencias (dice) pudieran tener otra patria que la verdad! como si las leyes que varían segun los lugares i los tiempos pudieran tener jamás un carácter científico! Nó: el que considere los hechos industriales de su época i de su pais como permanentes i universales, sin pensar que la forma en que se manifiestan no siempre ha existido ni existirá siempre; nunca podrá elevarse a la concepcion de las leyes jenerales que rijen los fenómenos de la industria de todas las edades i de todos los pueblos.»

(Continuará).

Delirios de Safo.

Poesía leida en el

Círculo de amigos de las Letras

POR

D. Eduardo de la Barra.

Ultima cuerda de mi lira amada,
Cuerda gastada de la acerba angustia,
Harto cantaste mi martirio; ahora
Muere conmigo!

Guillermo Matta.

I.

Safo en la cumbre del peñon sagrado,
Suelta i ondeante la melena al viento,
La crespas olas del profundo ponto
Triste contempla.

Ornan laureles su inspirada frente,
Lágrimas tristes sus mejillas ornan
Como el rocio que en su seno ostenta
Tímida rosa.

Mudas están las armoniosas cuerdas
De la sonora celebrada lira,
Do en otros tiempos se cantaron tantos
Tiernos amores.

.....

II.

«Vedle, allí está, escucha mi lamento,
Tierno, amoroso, i de placer radiante;
Aguárdame, Faon,... mas delirante,
Siento mi frente arder, morir me siento.
¿En donde estás?.... acércate un momento...
Junta tu pecho al mio palpitante,
I ébrios de amor, de amor enloquecidos,
¡Queden los lábios para siempre unidos!»

Safo oprimiendo el pecho enamorado,
Así prorrumpe en doloroso acento;
Delirios son de un corazon llagado,
Delirios son que acrecen su tormento.
Cree ver a su Faon idolatrado,
Pulsa la lira i débil, sin aliento,
Hasta el funesto abismo se adelanta
I allí inspirada sus amores canta:

III(*).

Ardientes besos, que el deseo finje,
Queman mis lábios i mi rostro encienden.
Rápido fuego por mis venas corre
Siempre creciendo.

(*) Las tres primeras estrofas de la tercera parte, son imitacion de la Oda de Safo a su amante.

Trémulo el pecho, respirando apenas,
Túrbios los ojos i la lengua inmóvil,
Dulce desmayo, languidez lasciva
Túrbame el alma!

Cuanta es mi dicha cuando al pecho amante
¡Creo estrecharte i respirar tu aliento!
¡Hasta los dioses de la excelsa cumbre
Tiénenme envidia!

Hijo querido de la diva Venus,
Unico dueño de sus gracias todas,
Otras resistan tus encantos, otras.
¡Yo no lo puedo!

IV.

Dice, i la nube que su vista empaña
Densa al principio se disipa al punto;
Tristes verdades, ilusiones rotas
Solo contempla.

Pasa el delirio que su mente abruma,
I hondo suspiro de su pecho exhala;
Lágrimas tristes, de sus negros ojos
Trémulas ruedan.

Rompe las cuerdas de la Eolia lira,
Ultimo lazo que la liga al mundo,
Grato recuerdo de sus verdes años
Llenos de dicha.

Callan los vientos i las auras callan;
Mansas las olas levemente ondean;
I ella entre tanto la cabeza alzando
Súbito esclama:

V.

«Déjame en paz, mentida inútil gloria,
Que el mismo que me inspira te desprecia;
Déjame en paz morir, sombra ilusoria,
Del hombre indigno a quien adoro necia.
Termine aquí mi dolorosa historia....
Voi a morir, perdóneme la Grecia....
Vivir sin él, vivir así no quiero,
¡Muero de amor i de despecho muero!»

VI.

Dice, i las aguas en murmurio leve
Dánle benignas en su seno asilo;
Náyades bellas, su doliente lira
Llevan en triunfo.

Crespas Ondinas, conmovidas tiemblan
Trémulos circos delineando en torno,
I el manso viento su postrer suspiro
Blando remeda.

Los novios.

Segundo estudio de ALGUNOS MATRIMONIOS.

En materia de lunas, yo estoi por la de *miel*, bien que a veces no he dejado de envidiar la de algunos locos, que los hace vivir en un mundo imajinario, mui distinto del nuestro, donde respiran libres de las miserias que acibaran nuestra vida de hombres cuerdos. Mas para llegar a la *luna de miel* es indispensable pasar ántes por la bendicion nupcial, ni mas ni ménos que para ser Presidente de una República es preciso jurar la Constitucion del estado, que allá se va un estado con otro.—No está sembrado de rosas el camino de la vida i para alcanzar las pocas que en él florecen es fuerza resignarse a ser clavado por algunas espinas. No que por esto queramos dar a entender que es *clavarse* aquello de pasar por la bendicion nupcial, sino que atendiendo al espíritu independiente del hombre, lo consideramos como una dura condicion de su felicidad en esta tierra. Ni con ello pretendemos atacar el matrimonio, institucion tan domesticadora, puesto que al fin i al cabo concluye por domar a los mas selváticos, sometiéndolos resignados a la única coyunda contra la cual nadie se atreve a rebelarse a lo ménos en voz alta. Estudiando ademas la época mas florida del estado conyugal, mui poco sentaria buscarla defectos cuando es la fuente de muchas felicidades parciales que casi alcanzan a componer una dicha perfecta.

En esas circunstancias de la vida, los novios semejan mas a los locos que a los cuerdos; porque todos los dias amanecen con la luna, i por ser esta de miel, como dijimos, ella les descubre las dulzuras de la existencia, dejando allá en la penumbra el acibar con que siempre van mezcladas. Gracias a sus májicos fulgores los novios penetran en un mundo hasta entónces ignorado, con las manos suavemente entrelazadas i creyendo a pié juntillas todo lo que se dicen en el camino. El jóven que ayer se reia del amor, entra entónces a ese mundo con el fervor de un convertido a una nueva creencia i el que nunca ha dudado de tan sublime atributo de la especie humana, avanza con planta firme i con la ciega fé del carbonero: de ellos es el reino del amor, en el que todos nacen de sangre real, puesto que todos pueden ser soberanos si alguna vez les toca ser amados, aunque en rigor bastaria ser casados.—Esta sola reflexion debe convencer a los poetas de que la vida no es tan mala como pretenden hacérnoslo creer en variedad de metros, porque no es poca cosa esto de creer en el amor eterno, en el desprendimiento del verdadero amor i en todas las modificaciones amorosas imajinables, a lo ménos una vez en la vida, cuando uno es novio, o está en peligro de serlo.

Siguiendo, empero, la dura lei a que la providencia sujetó todas las cosas humanas, la *luna de miel* pasa por cada una de las modificaciones que sufre la casta Diana, su homónima.

Hai en el matrimonio luna nueva, luna llena i luna menguante como en el sistema planetario. Nuestras observaciones se dirijen solo

a la época del *plenilunio* que dura mas o ménos en cada matrimonio segun la índole de los contrayentes i las condiciones de la existencia en que cada uno de ellos ha entrado a la nueva vida. A este respecto, ningun observador ha podido hasta ahora sentar reglas fijas para determinar tal duracion, pues no es muchas veces el mas acendrado amor lo que mas prolonga el plenilunio, ni los que mas juramentos se hacen ántes de casarse, los que se empeñan mas en cumplirlos despues.—De modo que puede, en vista de esto, decirse que la duracion de la luna de miel, en el órden social, está sujeta a leyes tan desconocidas i variables como el fenómeno físico del flujo i reflujo de los mares. Los que hablan contra la versatilidad femenina, dirán que la causa de esto es mediar en dicha duracion la veleidad de la mujer; mas la mayoría de las jentes vive convencida de que el hombre no es tampoco lo que podria tomarse por modelo de la constancia en amor, pues en lo único que la tiene, i mui reconocida, es para atesorar dinero, así como la bella mitad del jénero humano se distingue por su gusto para gastarlo, lo que se halla en perfecta armonía con el carácter de cada uno.

Sentado ya que los primeros dias del matrimonio forman una de las épocas mas felices de la vida, podemos examinarlos en su relacion social, puesto que los novios van a pasar sus dias sometidos a las exijencias de la sociedad en que viven.

Los padres de la novia han avisado ya de antemano a los parientes i conocidos que su hija va a contraer matrimonio con Fulano *«a quien se servirá Vd. contar en el número de sus amigos;»* el enlace se ha efectuado como en nuestro artículo sobre *Algunos matrimonios* lo describimos, i los novios se hallan visibles para el público, que durante estos dias ha conversado poco mas o ménos lo siguiente:

—Anoche se casó la Fulanita.

—¿I cómo estuvo el casamiento?

—Dicen que mui alegre.

—¿Qué no lloró la novia?

—Sí, todos lloraron, pero despues estuvo mui animado.

—La fortuna que tiene Da. Fulana para ir estableciendo todas sus hijas.

—¡Qué gracia! así quién no las puede establecer!

—¿Por qué?

—Nada, yo sé lo que me digo.

—Lo cierto es que há sido una suerte loca, porque la niña se iba pasando.

Entre tanto los que han recibido *parte* se apresuran a visitar a la novia, la que segun el código de la etiqueta debe permanecer un mes cabal esperando las visitas. Estas regresan a sus hogares hablando de lo que han visto.

—¿Cómo estaba la novia?

—¡Ai, hijita, si vieras lo fea que se ha puesto!

—¿I cuándo ha sido bonita?

—I el novio ¿estaba allí tambien?

—Llegó cuando nosotros saliamos, tenia cara de espantado.

—¿Cómo estaba vestida ella?

—Mui elegante: estaba con aquel vestido que habia en aquella tienda del pasaje i esos aros de brillantes que vimos la otra noche en aquella joyería i un adorno en la cabeza como ese que la Mengana tenia el año pasado en el teatro.

—¿I la madre?

—Tenia ese vestido verde que se puso ahora dos años para la filarmónica, con el canesú que tenia la modista de la calle de...., igual al de la sutana, etc., etc.

Miéntras los parientes i amigos de los novios se ocupan así de lo poco que hai de que ocuparse en sociedad, para la novia han llegado talvez los mas hermosos dias del matrimonio, puesto que en ellos puede concurrir a los paseos, bailes i teatro si los hai, lo que no siempre sucede en la populosa capital de Chile i ménos en las provincias. La mujer, entónces, ha completado su vida, porque ha tomado estado, lo que no es poco tomar, porque ya es libre, aspiracion mui lejítima en todo ser racional i porque puede ya usar en su traje i adornos muchas prendas que las leyes sociales destierran de los atavios de la niña soltera: sin contar, ademas, que no es poca satisfaccion la de mostrarse a las amigas que viven en la *espectativa*, gozando ya de sus nuevos privilejios i pudiendo salir *sola* adonde mejor le plazca.

En el paseo, la novia baja del coche dando el brazo a su marido i ostenta sus galas a los ojos de los observadores de ámbos sexos, paseándose a la largo de nuestra Alameda i atrayendo sobre ella todas las miradas,

—Mira a la novia, dice uno ¡qué bien está!

—Parece que estaba ansiosa de que la viesen, porque sale despues de cinco dias de casada, dice una de esas personas que a todo encuentran algo que criticar.

—¡Qué lindo el vestido! esclama una niña.

—Sí, pero mui corto i enfundado, dice una elegante.

—La manteleta es preciosa.

—Pero los encajes son de imitacion.

—I el novio que no halla donde poner las manos.

—¡Si es tan huaso!

—¡Qué hombre tan feliz!

—Pobre mozo, aunque ella lo jure es imposible que lo quiera.

—Se ha casado como todas: por tener marido.

I así van suscitando a su paso las alabanzas i las críticas, contando las mas veces con las primeras i sin siquiera suponer las últimas, porque se figuran que no habiendo hecho mal a nadie, nadie tampoco puede tener placer en criticarlos: son jóvenes i enamorados, dos cualidades que equivalen cada una a una venda sobre los ojos!

En el paseo, como hemos visto, la condicion de ambos novios es poco mas o ménos igual; pero en un baile la escena cambia completamente, perdiendo el marido en razon directa de lo que gana su mujer, pues ésta entra entónces en la época brillante de su vida, miéntras que su marido acaba de salir de la suya.

La novia es naturalmente una de las mas elegantes del baile i sobre ella se dirijen la mayor parte de las miradas: todos los galanes solicitan su turno para bailar con ella i mas de una jóven soltera se ve relegada al rol de espectadora por falta de un compañero, miéntras que a la recien casada la falta la memoria para recordar el turno asignado para la danza a cada uno de sus admiradores. Miéntras la novia baila, el novio tiene que recurrir a fumar un *cigarrito* con los de su *gremio* o con aquellos que se han retirado a cuarteles de invierno i asisten a los bailes porque no tienen nada mejor que hacer. En tales casos, el infeliz no debe acercarse a su mujer, ni pararse junto a ella, ni mirar a los que la rodean, porque no ha de faltar quien lo apellide celoso i está convenido que el novio no tiene derecho de manifestar su cariño en los bailes, ni mostrarse enamorado de su mujer, sino que debe ostentar un indiferentismo i una filosofía inalterable.--¡Desgraciado de él, si intenta infrinjir estas leyes, promulgadas i sancionadas por la voluntad de los demas: ménos ridículo sería que se pintase monos en la cara!

Si el novio es de alegre carácter i cree que aun tiene derecho de divertirse en los bailes, suele pagar bien caro su inesperiencia e injenuidad. Oye que la orquesta preludia unas cuadrillas i se dirije a una de sus antiguas conocidas, la que solo acepta su invitacion cuando ha perdido la esperanza de bailar con algun soltero, porque en casos tales éste es al novio lo que un guante nuevo i limpio es a un guante mareado: solo se usa este último en caso de absoluta necesidad.

No pocas veces sucede al novio que, comprometida ya la compañera, la encuentra que da el brazo a otro cuando se acerca a sacarla para la danza,

—Señorita, Vd. estaba en baile conmigo.

—Como no, responde la niña, para las otras cuadrillas.

—Vd. me dijo para las segundas i las segundas son éstas.

—Vd. no me entendió bien o yo me esplipliqué mal, pues quise decirle para las terceras.

El novio abandona el campo a su feliz rival i se va a fumar el vijésimo cigarrito, sin sospechar quizá que es víctima de lo que en términos de baile se llama una *trampa*.

Si la niña a quien ha convidado a bailar no le hace *trampa*, el novio se coloca en unas cuadrillas i se dispone a bailar. Algunos amigos pasan en este instante a su lado, miéntras que él trabaja por entablar conversacion con su compañera.

—¡Hombre, le dice uno, tú bailando!

—I porque nó.

—¡Un hombre casado! eso está bueno para los solteros: a Vds. ya no les *pegan* estas cosas.

—Déjale el puesto a los mozos i anda a jugar malilla.

—¿No le parece señorita que los casados no deben bailar?

—¿Pero, por qué nó? dice la niña que no quiere desconsolar a su compañero.

Principia en esto el baile i el novio se ve libre de los importunos por algunos momentos. Mas apénas ha terminado la primera figura i cuando el novio ha conseguido entablar conversacion, llegan otros amigos i renuévanse los cumplidos que los otros le han dirijido, hasta que no pocas veces convencen al inesperto de que los casados deben renunciar a bailes i pasatiempos. Con tal conviccion el novio se dice que es mejor retirarse a su casa i se pone en busca de su mujer; pero ésta anda paseándose por el salon i tiene que dar mil vueltas i rodeos ántes de encontrarla.

—¿Vamos hijita? la dice cuando llega junto a ella.

—Despues de esta polka, estoi comprometida.

—I yo estoi ya cansado i con sueño.

—Mira, siéntate miéntras en mi lugar para que no lo tomen i despues nos iremos.

—¿Qué le está diciendo su marido señorita? dice un amigo que llega en ese momento.

—Quiere que nos vayamos.

—¡Jesus! estos maridos son insufribles: no le haga caso. Como él se ha cansado ya de divertirse. . . . .

—Sí, mucho me he divertido, dice el novio bostezando i se va a ocupar la silla donde su mujer ha dejado la capa, el abanico, el ramo de flores i el pañuelo de narices, de todo lo cual tiene que hacerse cargo hasta que ella vuelva.

Otra noche de las de la luna de miel, los novios se dirijen al teatro. Llegan al palco i los anteojos apuntan a los recien llegados: la novia ocupa el primer asiento i el novio se coloca a su lado. Como han pasado juntos el dia, cada uno se entretiene en mirar la concurrencia i en lo que ménos piensa es en hablar; pero el público no lo entiende así i principia al instante a formar sus comentarios.

—Mira, que callados están los novios, dicen unos.

—En toda la noche no han hablado una palabra, añade otro.

—Parece que estuvieran *peleados*.

—Para estar así, mejor era que se hubiesen quedado en su casa.

—I ella ¡qué pálida está!

—I él ¡qué colorado!

—Cualquiera diria que se han arrepentido.

—¡Pobrecita! si los hombres cuando se casan se ponen tan tercos.

—Solo son amables ántes de casarse.

—I las mujeres que nunca escarmientan. De esta i otras maneras formula cada cual su opinion sobre los novios, que no sospechan que para parecer felices es necesario conversar mucho en presencia del público.—La sociedad, que siempre se erije en juez, quiere que cada cual viva esclavo de sus estrañas exijencias.---Felizmente los novios se hallan un tanto libres de la jurisdiccion social a medida que van pasando los dias i cuando vienen otros a ocupar el puesto, para que los analicen i desmenucen como a ellos.

Setiembre 6 de 1859.

NADIE.

Las desgracias de D. Cesar.

(Conclusion.)

Hasta ahora es un secreto que solo conocen talvez Martin i D. Cornelio, las cosas que entónces sucedieron en el pueblo. Se les vió muchas veces en conferencias secretas, i es de sospechar que estaban de acuerdo en las maniobras que emplearon los enemigos del intendente para desacreditarlo, no solo a los ojos del pueblo sino tambien a los del mismo gobierno, de quien era quizá el mas fiel servidor. El hecho es que desde entónces D. César empezó a cometer desaciertos los mas garrafales sin que pudiera él mismo esplicarse el mal resultado de sus medidas ni las causas que motivaban ciertas notas del jefe Supremo del Estado, en que se desaprobaba su conducta. Hombre de pocos alcances intelectuales, tenía una ciega confianza en su secretario, en quien reconocia una superioridad manifiesta, i ha bia hecho de él no solo su confidente, sino tambien su consejero privado. Pero el pobre D. César estaba destinado a beber hasta las heces el cáliz de la amargura.

Por esta época, Julia, su mujer, era una niña de veintisiete a treinta años. Su matrimonio habia sido estéril, circunstancia que conservaba en su belleza una intacta frescura i en su semblante la apariencia de los veinte años. Un tanto desengañada de las ilusiones que se habia formado de su marido, fastidiada de la vida de provincia que no satisfacia sus deseos de mujer i su ambicion a figurar, con una alma i un corazon vírjenes i ávidos de emociones, aislada i estraña a los consuelos que procuran los cuidados de la maternidad, buscó en los libros un paliativo a estas dolencias. El primero que le cayó en las manos fué *Valentina* de Jorje Sand. Sea efecto de la casualidad, o bien un acto premeditado por Martin, que era quien le procuraba los libros, fué sucesivamente devorando todas aquellas novelas mas a propósito para perder el corazon de una mujer en las circunstancias de Julia. El mundo desde entónces se le presentó bajo un aspecto enteramente diverso. Los goces del alma, las ilusiones del amor, los caprichos i los arranques impetuosos de las pasiones, cosas por ella desconocidas o cuando mas presentidas, se le ofrecieron a la imajinacion, enardecida por la lectura, con brillantes colores i la despertaron a una nueva vida. Creyó que hasta aquel momento habia sido desgraciada, porque sospechó otra felicidad distinta de la que en realidad habia gozado, i toda su ambicion, todos sus deseos se cifraron en la esperanza de beber en esta copa encantada que su fantasía le presentaba colmada de deleites.

Julia creyó ver en Martin al jóven de sus sueños, al héroe de las novelas que habia leido, i se empapó en la idea de que era el dichoso mortal que hacia vibrar las fibras amorosas de su corazon. I era natural. En la sociedad en que vivia podia asegurarse que el secretario era entre la juventud el mozo mas cumplido, tanto por sus modales como por su talento e instruccion. Hasta por su modo de vestir sobresalia de los demas, i aunque su figura no era de las mas hermosas, una levita bien hecha, una corbata puesta con elegancia, lo hacian a los ojos de las mujeres mas interesante que cualquier Apolo de provincia. Así pues no era estraño que Julia lo distinguiera sobre todos los otros, mucho mas estando en continuo contacto con él i pudiendo por consiguiente apreciar mejor que nadie las gracias seductoras del secretario.

Martin era avezado en el arte de seducir. Es verdad que sus conquistas nunca habian pasado del círculo medio que separa los dos hemisferios formados por los estremos de nuestra sociedad; pero un hombre de su perspicacia i de su habilidad, debia de salir con honor cuando acometiera la empresa de conquistar el amor de una *señora*. Era ademas este uno de aquellos deseos que la vanidad oculta en el fondo del alma, que la imajinacion acaricia con indecible deleite, i que en Martin habia tomado las proporciones de un capricho de niño regalon. Para realizarlo no perdonó ninguna de aquellas maniobras que en tales circunstancias emplean los enamorados: miradas penetrantes, aire sentimental i melancólico, suspiros ardientes, turbacion i timidez al hablar..... Julia mordió en el anzuelo sin que lo sintiera, i las cosas empezaron a caminar de tal modo que ya era fácil divisar una nubecilla parda en el horizonte matrimonial del desdichado D. César.

Miéntras tanto en el pueblo los enemigos del intendente mostraban la sonrisa en los lábios i en la cara la víspera de una novedad. D. César, apesar de sus seguridades, acaba de perder las elecciones i no acertaba a darse cuenta de la defeccion de sus parciales. No renunciaba sin embargo a su cargo ni venia de Santiago un reemplazante. Para precipitar este desenlace sus enemigos formaron un club en que se alistaron las personas mas influyentes del pueblo. El intendente, mal aconsejado por Martin, se dió prisa a cerrarlo

i provocó una poblada que aturdió sus oidos con los gritos de: *abajo el tirano! muera D. César!*.....El pobre D. César no comprendia semejante fermentacion i se contentaba con decir, al ver a algune de los suyos entre los facciosos:—*I tú tambien*.....

III.

Por fin amaneció el dia destinado a formar época en la vida de D. César.—Todo estaba tranquilo, i el mismo intendente renacia a la confianza contemplando el pacífico aspecto de la jente que cruzaba las calles.

Martin estaba solo en el despacho, una casualidad fatal hizo que Julia, como digna descendiente de Eva, tuviese que informarse del secretario de ciertos chismes matrimoniales que circulaban en el pueblo. De aquí a hablar de amor no habia mas que un paso, i de este menos que un paso al objeto que se proponia Martin. La conversacion no tardó en procurarle ocasion propicia.

—Está Vd. enamorado? le preguntó Julia.

—Enamorado?....sí, lo estoi. Lo estoi de una mujer.... nó, de un ánjel en quien adoro. Imajínese Vd. los mas hermosos ojos que haya visto, los de Vd. por ejemplo....

—Qué comparacion!

—Es tambien la única con que podria pintar sus cabellos tan negros como sus ojos, contrastados por el alabastro de su cuello; sus mejillas teñidas con el rosado trasparente de la mañana; su voz dulce i melancólica como una música que se apaga; en fin, sus infinitas perfecciones, sus innumerables hechizos.....

—Vaya! no lo sabia a Vd. tan poeta!

—I lo soi tan poco que mi pintura está aún mui lejos de la realidad.

—¿I podria saberse, sin indiscrecion, quién es tan rara beldad....o, a lo ménos, si corresponde a tanta pasion?

—Ai! no lo sé..... No sé si mis suspiros le habrán dicho alguna vez lo que siente mi corazon.

—Qué! no la ha declarado Vd. su amor?

—Ah! temo, temo mucho no hallar mas que desprecio.... Me contento con adorarla en silencio. Además es casada....

—Casada? santo cielo!.... i de qué sirve una mujer casada?

—De qué!....dijo Martin con cierto aire de finjida ternura i con una mirada que hizo bajar los ojos a Julia.

—Como el fin del amor es casarse, dijo esta, no comprendo que se pueda querer a una mujer casada.

—El fin del amor es casarse?.... nunca lo he creido así. Casarse es enajenar la independencia del corazon: amar es un imperioso anhelo de felicidad que la naturaleza puso en el fondo de nuestra alma, i no hai valla ni vínculo tan sagrados que puedan detenerlo.

—Jesus! qué ideas tan estrañas las de Vd!

—Pero, mas que estrañas, verdaderas. Figúrese Vd. que dos almas hermanas, alejadas por la ciega casualidad, perdidas en el océano del mundo, se vuelven a encontrar i se ven separadas por un abismo. El impulso del amor es tan fuerte que ese abismo queda salvado. Entónces ambicionamos la posesion de un mundo para ponerlo a los piés de nuestra amada i decirla:—Julia, yo te amo!

—Caballero! no sé..... dijo Julia ruborizada i bajando los ojos.

—Oh! este secreto de mi amor era un volcan que necesitaba espansion, dijo Martin, acercándose a Julia, con acento apasionado, Sí, Julia, yo la amo a Vd. como jamás en la tierra mujer ninguna fué amada. Este amor es un delirio que me roba el sueño, que hace el tormento de mi vida i que me matará, sí, estoi seguro, si las palpitaciones de su corazon no responden a las del mio.

—Olvida Vd. que ese amor es criminal?

—Criminal? cuándo la dicha fué un crímen? Todos en esta vida corren tras ella, i cuando yo la encuentro, por una vana preocupacion la habia de abandonar? Nó; obtenga yo el amor de Julia i el mundo diga lo que quiera que a mi ya nada me importa.

—Qué triste cosa es ser mujer! esclauró Julia. Con cuanta facilidad adivina el hombre el camino de nuestro corazon! Pero, ai! lo que él ni calcula siquiera, es la horrible lucha que tiene que sufrir nuestro pecho entre el deber i las aspiraciones de nuestra alma.....

—Oh! Julia me ama! . . . Que mas puedo desear en esta vida? dijo Martin arrojándose sobre la mano de Julia i estampando en ella un beso apasionado.

—Qué hace Vd! . . . . dijo Julia retirando vivamente su mano.

En este momento se oyeron pasos en el patio de la casa.

—Retírese Vd., alguien viene.

—Fatalidad!

—Dios mio! qué he hecho! me voi. . . .

—No podré hablar con Vd. a solas, Julia? tengo tantas cosas que decirla!

—Que es lo que exije de mí! una cita! . . .

—Esta noche. . . . .

Pero Martin no tuvo tiempo de continuar porque Julia se levantó vivamente i se retiró al sentir que la persona que venia, iba ya a entrar a la habitacion; sin embargo el secretario volvió a tomarla de nuevo la mano i sus lábios imprimieron en ella otro beso mas ardiente que el primero. A este tiempo entró D. Cesar.

Las conmociones eléctricas que recibe el alma de ciertos individuos en determinadas circunstancias, son tan súbitas i dolorosas como el efecto que produce la noticia de la muerte de una persona querida en medio de la alegria de un festin. D. Cesar al entrar oyó el sonido de un beso i sus ojos vieron el vestido de su mujer que en ese instante salia; el secretario, sereno, estaba de pié junto al escritorio. El ruido de un beso es en realidad una cosa mui insignificante; pero para algunos puede ser una música celeste i para

otros una puñalada que llega al corazon; tal fué para D. Cesar.

¿Eran celos los que sintió? Sí, i de la peor clase. En realidad nada vió, pero sus oidos no lo engañaron; habia pues lugar a la duda, i esta duda es la mas horrible en casos semejantes. La infidelidad de una mujer para ciertos maridos sencillotes es una cosa inaudita, como que no tienen la menor idea de lo que es el alma i el corazon femeninos, i viven siglos enteros siendo la risa de la sociedad i de sus consortes; pero que un accidente no les haga descubrir que son engañados, porque entónces se convierten, no en leones furiosos, sino en pobres carneros heridos cruelmente que el dolor hace sucumbir. Asi el pobre D. Cesar sintió, no los furores de Otelo, sino los sufrimientos del desengaño i de la pérdida de un bien inestimable.

Hai ciertos dolores morales que desgarran el corazon i para el alivio de los cuales el único bálsamo favorable es el tiempo, i esto no siempre. Uno de estos dolores era el que atormentaba ahora a D. Cesar. El demonio de los celos se cebaba en su alma, i creyó perdidos para siempre su buen humor i su tranquilidad. Le preguntó a Martin si era su mujer la que salia, i no se atrevió a indagar siquiera el objeto de su presencia en el despacho temeroso de descubrir la horrible verdad. Se fué a casa de un amigo i allí permaneció hasta la hora de comer. Despues se encaminó a la alameda buscando siempre distraccion; pero el sonido del beso lo perseguia por todas partes como el zumbido enojoso de un insecto. A las oraciones cuando ya no quedaba nadie en el paseo, se echó a andar sin direccion fija i recorrió la poblacion de un estremo al otro. A donde quiera que iba, le acompañaba el ruido seco de un beso i le producia el efecto de un fierro candente sobre el corazon. Por fin a las ocho, hora en que comunmente salia a su tertulia, se fué a su casa para tomar un nuevo abrigo.

IV.

A esta misma hora, Julia i Martin se hallaban reunidos en una pequeña habitacion, que tenia entrada por una sola puerta i recibia luz de una sola ventana, abierta a la calle. Era una alcoba alhajada de modestos muebles, entre los que figuraba un reló de colgar embutido en una enorme caja de madera, semejante a los que aun suelen verse en las oficinas i comedores.---La ventana i la puerta estaban cerradas para resguardar la habitacion del aire frio de la noche.

El secretario, aunque buen fisonomista, no leyó en el rostro de D. Cesar la sospecha que concibió al entrar al despacho. Se retiró temprano i se encerró en su cuarto a acariciar en la soledad las mas dulces esperanzas. Aunque Julia nada prometió, no le era difícil a Martin adivinar que podia presentarse audazmente a la cita que habia pedido sin incurrir en su desagrado, i así lo hizo.

La conversacion, al principio, rodó sobre cosas indiferentes. Como los dos tenian un pensamiento fijo, era interrumpida a cada instante por largos silencios. En uno de estos le dijo Martin:—usted estará talvez enojada conmigo?

—Porque? le contestó Julia.

—Por mi atrevimiento de esta mañana.

—Puede ser, le dijo Julia poniéndose colorada i con cierta sonrisa que decia todo lo contrario.

—Ah! crea Vd. que nunca mis lábios han espresado con mas verdad los sentimientos de mi corazon. Si la felicidad que hoi he alcanzado, etc., etc..... Martin en este terreno, al que queria llegar, se encontraba como un militar en el campo de batalla; podia con toda seguridad abrirse paso hasta llegar al objeto que se proponia conseguir.

Como era natural, la conversacion fué animándose por grados. Julia bajo el encanto de la seductora palabra de Martin, no se apercibió del terreno que perdia ni de la audacia de ciertas espresiones. ¡Oia por la primera vez el lenguaje del amor! i como no le faltaba voluntad para corresponder a una pasion que con tan vivos colores se le pintaba, hubo de abandonar una de sus manos que el dichoso Martin cubrió con ardientes i respetuosos besos. Por fin, poniéndose de rodillas delante de ella, le dijo:---Julia, Julia, me ama Vd?

Julia iba a responder. Tenia ya sus lábios entreabiertos para contestar cuando golpearon a la puerta i la voz de D. Cesar se hizo oir a fuera.

---Julia, dijo éste, está mi paltó sobre la cama? ábreme la puerta.

Es mas que probable que si Julia hubiese estado conversando sobre cosas indiferentes con Martin, no habria tenido embarazo ninguno en abrirle la puerta a su marido; pero culpable, su primera idea fué ocultar a Martin. Desgraciadamente la pieza era pequeña i no tenia salida ninguna. El catre era de madera i tan bajo que el cuerpo de un hombre no cabia bajo de él. En tal apuro Martin no divisó mas salvacion que meterse dentro de la caja del reló. Asi lo hizo.

Julia abrió temblando la puerta. D. Cesar entró impasible sin que su semblante revelara la menor sospecha. Tomó su paltó sin decir una palabra i se puso tranquilamente a limpiarlo. Ocupado en esta operacion atinó a mirar al reló.

—Es cosa rara, dijo entónces; el reló está parado.

—Parado? nó, si está andando, dijo Julia con aire aparente de serenidad.

—Me he puesto sordo por ventura? esclamó D. Cesar dirijiéndose al reló.

—¿No hai cabildo esta noche? dijo Julia mas muerta que viva para llamar la atencion de D. Cesar a otra parte.

Pero ya D. Cesar tenia la mano puesta sobre la llave de la caja. Decir lo que en este momento pasó en el interior de los dos culpa-

bles, seria imposible. Martin, que era tímido como una mujer, sintió que una nube pasaba por delante de sus ojos i toda la sangre de sus venas se agolpó al corazon.

D. Cesar abrió la puerta.

—Un hombre! esclamó retrocediendo espantado.

Mas luego que pasó la primera impresion i hubo reconocido a Martin, dijo:—Mi secretario!..... ¿que hace Vd. ahí?

No hai hombre, por mas valiente que sea, que no tiemble delante de un marido ultrajado.

Martin guardó silencio.

—Que hace Vd. ahí, caballero? volvió a repetir D. César.

—Yo?....nada....me paseo.

Esta respuesta sublime del miedo, que en cualquiera otra circunstancia habria hecho reir a D. César, no hizo otra cosa que exasperarlo mas. Tomó de un brazo a Martin i lo puso en medio de la pieza.

El ruido del beso que oyó en el despacho i que siempre le andaba trotando en la cabeza, le esplicó todo. Echó sobre su mujer una mirada capaz de conmover a un corazon de mármol, i se contentó solo con decirla: - Ingrata!....Ella bajó ruborizada los ojos i las lágrimas del arrepentimiento rodaron por sus mejillas.

—Miserable!....de rodillas! le dijo con tono imperioso a Martin al mismo tiempo que levantaba su baston.

El secretario creyó que habia llegado su última hora. Las rodillas se le doblaron i con voz balbuciente esclamó:—Perdon!

Julia, al ver la humillacion de aquel hombre, le lanzó una mirada del mas profundo desprecio. D. César en ese momento estaba a los ojos de su mujer, un cuerpo mas alto que el secretario.

Durante esta escena se habia sentido a lo lejos un ruido, que poco a poco habia ido aumentándose i aproximádose. Eran pasos i voces de muchos hombres, como en dias de festividades o de revolucion, en los que sobresalen los gritos de: viva la libertad! Una criada vino corriendo a la puerta a anunciar que muchos caballeros preguntaban por el señor intendente.

—Levántese Vd.! le dijo D. César a Martin, i cargue con el remordimiento de su villanía. Engañar a un hombre honrado es una proeza digna solo de un miserable. Serénese Vd., añadió; no castigaré su traicion por no dar que hablar en el público. No quiero que se sospeche siquiera de mi mujer.

En esto D. César, coincidia sin saberlo, con su ilustre homónimo.

Abrió la puerta i se encontró en la antesala con varios sujetos notables del pueblo encabezados por D. Cornelio. Una persona desconocida para él salió de entre ellos i le entregó un pliego cerrado. Despues de haberlo leido, le dijo con calma i serenidad:—El Gobierno ha tenido a bien admitirme la renuncia que he hecho del cargo de intendente de esta provincia i nombrar en mi lugar a una persona cuyos meritos la hacen mas acreedora que yo al puesto que hasta ahora he ocupado. Depongo el mando en las manos de V. S. ¡Ojalá que, con la misma intencion, sea mas feliz que yo! Señor D. Martin, continuó dirijiéndose al secretario, aqui tiene Vd. a su nuevo jefe a cuyo servicio pasa desde este momento.

Martin se inclinó i por debajo echó una mirada a D. Cornelio en la que decia:—*triunfamos!*

Julia miéntras tanto reflexionaba profundamente sobre lo que acaba de suceder. En ménos de una hora habia adquirido una esperiencia de mas de diez años.....

.....

.....

D. César abandonó la carrera de los empleos i se vino a vivir a Santiago donde pasa el dia leyendo los periódicos i recorriendo las calles, i la noche jugando malilla.

Julia se ha hecho beata. El resultado de sus reflexiones fué aquel adajio español: no ganamos para sustos.

Martin, sigue subiendo como la espuma.

La moral de esta historia es propiedad del lector.

José Antonio Donoso.

Un error judicial.

Continuacion.

III.

Las malas nuevas se esparcen con la velocidad del rayo, i no se estrañará que el tema obligado de todas las conversaciones fuese, al dia siguiente, el suceso que acabamos de narrar. Empero, i obedeciendo a ese eterno impulso de movimiento perpétuo que arrastra consigo el torbellino de la vida, la pública curiosidad se satisfizo al cabo de pocos dias. El teatro, los bailes, las tertulias, todos los placeres de este bajo mundo recibieron en su seno el mismo número de aficionados e hicieron casi olvidar el crímen que poco ántes causara tanto pavor. Así vá el mundo; la curiosidad febril que se apodera de la sociedad con motivo de tal o cual suceso reciente, desaparece pronto para dejar lugar a otro de distinta naturaleza. El tiempo que todo lo envuelve en sus alas i borra con ellas hasta las mas imperceptibles huellas de los recuerdos dulces o terribles desempeñó su obra de destruccion. Gabriela i Federico permanecian presos.—Para los dichosos el tiempo vuela; solo para los desgraciados permanece estacionario.

El celo desplegado por la justicia en esa ocasion, hizo que fueran pronto conocidos los antecedentes que motivaron la acusacion del crímen atroz que se imputaba a los reos. Los referiremos desnudos de todo comentario,

i dejando a un lado las acres i apasionadas reflexiones, que algunos no temieron hacer en los primeros momentos de efervescencia. La majestad de la desgracia hace de la imparcialidad un deber, por lo que jamás se debe prejuzgar; sobre todo, cuando se ignoran las circunstancias ocultas que impulsan al estravío de sus deberes a la débil humanidad.

Gabriela X.... pertenecia a una familia distinguida, a la que malas especulaciones habian reducido a un estado próximo de la miseria. El carácter de su padre, ántes rico comerciante, se habia modificado de tal suerte despues de su ruina que, involuntariamente, su desaliento i misantropía hacian sufrir un martirio contínuo a su esposa i a su hija única. Privada de las dulzuras del amor fraternal, le faltaba a Gabriela un corazon que correspondiese a la ternura del suyo, i en el cual pudiera depositar las amargas lágrimas arrancadas por su triste existencia. Sobrellevó con valor este estado de cosas hasta la muerte de su madre, que acaeció cuando Gabriela apénas cumplia veinte años. Un año despues, quiso la casualidad, que entre su padre i un acaudalado minero se volviesen a anudar relaciones que habian sido interrumpidas solo por la diferencia de posiciones.

D. Jervasio A.... era dueño de una inmensa fortuna i no obstante sus canas,—contaba sesenta otoños,—la dulzura i beldad simpática de Gabriela hicieron en él una profunda impresion. La amó, i creyendo como muchos otros que el amor se compra con dinero, pidió la mano de Gabriela. Ella se negó al principio a cumplir tamaño sacrificio; pero cuando conoció que éste era el único medio de devolver a su padre la quietud, proporcionándole un camino de restaurar su fortuna, no opuso ya resistencia alguna a la voluntad paterna. Hizo abnegacion entera de su porvenir i se sacrificó.

Pocos dias despues Gabriela era la esposa de D. Jervasio.

Los primeros meses de esta union nada ofrecieron de notable. La conducta observada por D. Jervasio para con su esposa era caballerosa i apasionada. Cuantas esterioridades pueden constituir, segun el vulgo de las jentes, la felicidad de una mujer, eran prodigadas sin medida por D. Jervasio a Gabriela; trajes espléndidos, magníficos aderezos venian a amontonarse en el guarda ropa i en el cofre de la novia. Las fiestas se sucedian sin interrupcion. Mas nada, ni el ruido aturdidor de los placeres, ni la ajitacion febril que enjendran, ni el brillo deslumbrador de los tocados, eran parte para disminuir la tristeza que se habia apoderado del alma de Gabriela desde el dia de su matrimonio. Al contrario de las demas mujeres, los testimonios de afecto que le prodigaba su marido le causaban un punzante dolor—por qué?—tiene tantos misterios el corazon!—Todos sus esfuerzos para borrar de su semblante ya que no de su alma el triste sentimiento que la tiranizaba eran vanos. Comprendió que, si bien profesaba a su marido una gran estimacion i un agradecimiento, que imajinaba tan ilimitado como perdurable, no se sentia hácia él atraida por ese no sé que que une a las almas, en las que ha brotado esa chispa celeste que se llama amor.

En los salones, que merced a su nueva posicion, frecuentaba, distinguió Gabriela entre los jóvenes que la cercaban a uno al cual las mundanas conversaciones atribuian muchas aventuras galantes, que hacian de él una especie de *Lovelace*. Su nombre era Federico Varnela.—Sin embargo, las sombras que la calumnia azuzada por la envidia i por el odio trataba de echar sobre la reputacion de Federico no tenian nada que las justificara. Era al contrario un hombre notable bajo muchos respectos i digno de ser amado.

Gabriela, con esa facultad de adivinacion que presta la pasion al corazon de la mujer, vió en Federico no un seductor avieso, no un calavera sin corazon i sin cabeza, sino lo que realmente era, un jóven azotado por las desgracias desde demasiado temprano i cuya alma desgarrada por el dolor habia caido en las oscuridades de la duda.—Federico era pobre habiendo nacido rico, vivia desconocido i olvidado, cuando oia una voz interior que murmuraba a su oido quejas contra la fortuna.

Gabriela supo o adivinó todo esto: amó i fué amada.— Nada mas natural Gabriela i Federico eran desgraciados: el dolor hace hermanos a los corazones.

Despues de esas manifestaciones si mudas elocuentes, con que siempre principia todo amor, se aventuró Federico a escribir a Gabriela una primera carta, que quedó sin contestacion. Resolvió entónces combatir su pasion, tan criminal como poderosa, con la ausencia. Un año se corrió. Dicen que el tiempo es eficaz calmante de pasiones; sin embargo no fué parte para curar a Federico. Cuando ménos lo esperaba su amor por Gabriela volvió mas fuerte que nunca a hacer irrupcion en su corazon.

Escribió una segunda carta que era una revelacion de las torturas morales que sufria. Despues de largos i numerosos combates interiores, Gabriela resolvió contestarle, i lo hizo en efecto. Su respuesta fué tan digna como sencilla.

Desde entónces las cartas se siguieron a las cartas.—Compadezcamos a la mujer que cae!

La larga correspondencia de los amantes cayó, como lo saben nuestros lectores, en poder de la justicia.

La primera carta de Gabriela dá a conocer los combates sin fin que se empeñaban en su interior entre el amor i el deber. En ella encontramos los párrafos siguientes:

«Amigo mio:» « Su carta me ha impresionado sobre manera. Mil encontrados senti-

mientos se disputan mi alma i mi corazon. No sé, no puedo i hasta en ocasiones temo comprender lo que por mí pasa; pero puedo asegurarle a Vd. que es algo tan desalentador como el imposible.

«Cuán feliz hubiera sido yo, Federico, si hubiese podido responder libremente al amor de Vd. que aunque sea para mí fuente de tormentos sin medida, refrezca mi espíritu i mi ulcerado corazon..... He comprendido talvez demasiado tarde que debia renunciar a esa dicha, que es una falta i puede ser un crimen, i renuncio a ella. Mucho me cuesta; pero nada hai imposible para quien va a buscar fuerzas para su voluntad en las fuentes del deber. Ahí he ido a buscar mi resolucion i la he encontrado. Haga Vd. otro tanto Federico.

«Seamos hermanos i que nuestro amor se transforme en una franca i sincera amistad, que nada sea parte a alterar. Confio en la nobleza de sus sentimientos, i estoi segura que Vd. comprenderá i apreciará mi proceder. Espero que tendrá bastante jenerosidad para perdonar a la que tanto sufre con los pesares que a Vd. tiene que ocasionar.

«Creamos en el deber i respetémoslo.»

G....»

El alma de Federico no fué sorda al llamado que le hacia la desventurada Gabriela: comprendió que era necesario olvidar, trabajó por conseguirlo; pero ya era demasiado tarde.

Prometió a Gabriela poner freno a su pasion i darle toda la paz, quietud i pureza de los fraternales sentimientos. Gabriela lo creyó, i ambos se imajinaron haber salvado los escollos de la situacion cuando no hacian sino correr al precipicio.—Desgraciados!

Dos años se pasaron.—Durante ellos Federico frecuentó con gran asiduidad la casa de Gabriela.

D. Jervasio tenia cerca de sí a un tal Félix, hombre que jamas habia sentido latir su corazon al impulso de ningun noble sentimiento.—Con esa fatal penetracion que dá la infamia, comprendió luego que no era amistad sino amor el sentimiento que predominaba en las relaciones de Gabriela i Federico.

Despreciado en otro tiempo por Gabriela, creyó llegado el momento de vengarse. Haciendo de sus conjeturas una realidad, clavó en el pecho de D. Jervasio los mil puñales del desengaño i los celos.—El anciano le ordenó guardar el mas completo silencio, resuelto como estaba a no proferir ni un jemido ni una una queja por sus muertas esperanzas, por sus disipadas ilusiones, por su desvanecida felicidad.

Tal estado de cosas no podia durar largo tiempo, una catástrofe era inminente, inevitable.....—Gabriela habia exijido de Federico menos asiduidad, motivo que esplica la correspondencia seguida que existia entre ámbos. De léjos o de cerca los amantes quieren siempre estar juntos i cuando no pueden sus labios ser intérpretes de su corazon apelan a la pluma, i le confian los ecos de su alma.

D. Jervasio sufria horriblemente, pero su jenerosidad le hacia disimular sus padecimientos. En vez de reprochar a Gabriela sus tormentos se acusaba de haber hecho su desgracia.

Nada cambió en su manera de vivir. A excepcion del malvado que le habia revelado su desventura, nadie hubiera sospechado sus torturas morales.

Félix, siempre en acecho, logró por fin interceptar la última carta que los amantes se escribieron i que tanta turbacion causó en el ánimo del juez.—Despues de leerla la entregó a D. Jervasio, quien, instruido de su contenido, la hizo llegar secretamente a manos de su esposa.

Para la intelijencia de las escenas que van a seguir, forzoso es que la reproduzcamos aquí. La carta decia:

«Gabriela mia:

«He interrogado mi corazon. Ya no puedo vivir sin el amor de Vd. Apénas si la confusion de mis ideas me permite trazar estas líneas..... El obstáculo que impide nuestra felicidad es el esposo de Vd.; busquemos la libertad en la fuga. Sí, huyamos; pues de lo contrario ese hombre o yo debemos morir.....»

Las lágrimas habian borrado los dos renglones siguientes:—¿Quién las habia vertido, el marido, la mujer o el amante?.....

«.... el suicidio será mi último recurso, si salgo victorioso, pero ántes habré satisfecho mi venganza! Huyamos Gabriela! aun es tiempo, no sea Vd. la cómplice voluntaria de un espantoso crímen..... Esperaré tres dias la respuesta de Vd. Vencido este término, pondré en ejecucion mi irrevocable proyecto. Caiga entónces sobre Vd., todo su horror!!!..... Oh! perdon, amor mio, perdon.... Estoi loco!.... tenga Vd. piedad de mí..... Visiones sangrientas abruman mi imajinacion.... Mi amor me disculpará..... Gabriela! te amo!,... te amo!..

F...»

Esa estravagante cuanto apasionada carta escrita en el paroxismo de un desenfrenado amor fué la señal precursora de la muerte de D. Jervasio.....

Tres dias despues habia dejado de existir....

EUGENIO MORTIGNY.

(*Continuará.*)

Al amor.

Para qué, tirano, abrasas
Mi pecho en tu llama activa,
Si a que selle cruel mis labios
A la desconfianza obligas?
Si te gozas en que arrastre
Tus cadenas noche i dia,
Aleja de mí temores
Que tanto me martirizan,

I pueda a la que idolatro
Mi tierna pasion decirla.

No me presentes en sueños
La imájen de mis delicias
Altiva, porque mis labios
Mi ardiente afecto la pintan;
Pues cuando a su lado estoi,
Presente en mi fantasía
Está aquel sueño terrible
I calla mi lengua tímida,
I por temor de perderla
Nada me atrevo a decirla.

Dime un instante siquiera
Que en su corazon aviva
Tu llama, i que por mi siente
Pasion cual la que me inspira.
Dime que *ella* tambien me ama
Aunque como yo vacila
Con idénticos temores
Que su pecho martirizan,
I entónces podré mi afecto
Arrebatado decirla.

Haz que cuando esté a su lado
Sus bellos ojos me digan,
Lo que su boca me calla
I disfraza su sonrisa.
Haz que en su rostro aparezcan
Aquellas preciosas tintas,
Que el fuego del corazon
Suelen retratar purísimas;
I entónces poder mi afecto
Enajenado decirla.

Pero ai! amor, tú te gozas
En aumentar mi desdicha,
I ni á la esperanza dejas
Que un momento me sonria.
Pero si eres tan tirano,
Ya no mas mi lengua tímida
Enmudezca ante la hermosa
Por quien el alma delira,
I cuando me halle a su lado
Mi intensa pasion la diga.

Quiero mas que un desengaño
Venga a aniquilar mi vida
Que adorar, i a la que adoro
Nunca mi pasion decirla....
Pero nó: quiero callar
Que así al menos mientras viva
Podré admirar a su lado
Su belleza peregrina,
I cuando mas mis miradas
Mi intensa pasion la digan.

Setiembre 6 *de* 1859.

Rafael Santos.

—

Ecos de la semana.

Santiago, setiembre 9 de 1859.

SUMARIO.—El patriotismo de fuerza de dos mil caballos.—*Las Mercedes*.—Cúpidos dormidos.—Contradanzas históricas.—El frio i la paz de Villafranca.—*Círculo de amigos de las letras*.—Semana teatral.—Caretas pleonásticas.—Defuncion.

La cifra nacional se cierne ya sobre nuestras cabezas i principia a descomponer sus dieziocho unidades en otras tantas decenas de alegres fiestas i bulliciosos paseos.—Los coches han rodado esta semana mas numerosos que de costumbre; los caballos han escandido en tropel el famoso verso de la Eneida; en el teatro i el campo de Marte se ha *jugado con fuego*; i en la Alameda i las *soirées* no han faltado tampoco galanas niñas i niños galanes entregados incautamente a tan peligroso pasatiempo.—El patriotismo entusiasta de nuestra capital se despierta visiblemente, i nada es mas fácil que medir su poder como el del vapor. Ayer, por ejemplo, no dejaría de tener la fuerza de dos mil caballos, que no era menor el número de los que cruzaban nuestras calles.

Las Mercedes, por su parte, han traido a la semana un gran continjente de animacion i movimiento. Las unas, i no las ménos adorables, convertidas en graciosas amazonas recibían a su paso plácemes por su cumpleaños, plácemes i por su jentileza, miéntras que las otras llamaban a sus salones numerosas parejas animadas del mejor espíritu de baile. Mas de veinte *soirées* han tenido lugar en la noche de ayer, provocadas todas por el calendario. Dos de entre ellas han dado pábulo especialmente a los comentarios de la conversacion.

La de la Sra X...ofrecia en el conjunto de su personal masculino la tierna lozanía de la infancia. Los caballeros que representaban nuestro sexo en aquella reunion eran todos susceptibles del diminutivo, es decir, imberbes caballeritos, rosados niños de catorce a diez i seis años, que muchas damas no habrian recelado de tomar en las faldas si no hubiesen llevado el espantajo del frac. A las once de la noche todos ellos dormian envidiablemente en sus asientos, i desde aquel momento quedó interrumpido el baile. Las niñas no podian bailar solas, i era forzoso ademas ocuparse de transportar cuidadosamente a la cama aquel enjambre de Cupidos, traicionados por Morfeo.

La tertulia de la Señora H... no ha sido mas propicia a las alumnas de Terpsícore. La variedad masculina de su concurrencia, si no estaba compuesta en su totalidad de patriotas del año 10, no era por falta de edad competente. Las convidadas de la señora H... tuvieron que resignarse a bailar únicamente contradanzas.

Dos contratiempos hai que lamentar esta semana: el frio i la paz de Villafranca. Si nadie se ha libertado del primero, nadie tampoco se ha libertado con la segunda, que acaba de servir de inesperado desenlace a las sangrientas peripecias de la cuestion italiana. La Italia organizada en una confederacion de estados que tendrá al papa por presidente honorario, la Lombardía hasta el Mincio adjudicada al rei del Piamonte, i Venecia retenida por el emperador de Austria i no obstante incluida en la federacion; tales son las bases de aquella paz, poco fecunda en resultados i mal recibida de los italianos, que creian a pié juntillas en las aptitudes de Luis Napoleon para hacer el papel de libertador. Empiezan a comprender que pensaron con lijereza. I a fe que tienen razon. No fué el cuervo, sino la paloma quien llevó a Noé encerrado en el Arca la oliva de paz.

El *círculo de amigos de las letras* ha celebrado esta noche su tercera reunion. En ella hemos hecho, guiados por M. Volckmann, una rápida escursion por los espacios celestes en compañía de los Caldeos, los Ejipcios, los Indios i los Chinos, i recojido de paso algunas fechas importantes relativas a los tiempos ante-históricos de la especie humana,

Atraidos luego por el hermoso estilo de D. Joaquin Blest Gana no tardamos en bajar a la tierra i trasladarnos al Ecuador para admirar los prodijios de su lujosa vejetacion, el tesoro inagotable de sus variadas producciones i los caprichos pintorezcos de su suelo, cortado de mil maneras por los Andes i vijilado eternamente por el Illimani. ¡Espléndidos cuadros que Blest Gana contempló estasiado en otro tiempo i nos ha descrito ahora con el colorido i animacion que tan fieles se muestran a su pluma!

El teatro ha ofrecido esta semana mas variedad e interes que la anterior i alcanzado mejor éxito en las repeticiones que en las novedades.

Amor de madre, puesto en escena por segunda vez el domingo, fué acojido favorablemente i aplaudido con calor. La Mur, Gaitan i su hijo interpretaron con notable acierto esta gran creacion de Scribe.—Los prodijios coreográficos de la Thierry i la festiva música de la zarzuela:—*Buenas noches, señor don Simon* completaron la buena fortuna de la funcion del domingo.

El marques de Caravaca, zarzuela en dos actos estrenada el mártes, fué oida sin entusiasmo a pesar de la Mur, a pesar de Clapera i a pesar de algunas melodías felices de su composicion. La indiferencia con que el público ha recibido esta zarzuela prueba la ineficacia de las vindicaciones. que no se leen escritas ni se escuchan cantadas.—Mejor suerte le cupo al injenioso juguete cómico en un acto:—*E. H.*, gustado jeneralmente.

La compañía ha vuelto anoche a *Jugar con fuego*. Esta lindísima zarzuela ha pasado sin quemarse por la prueba de una tercera exibicion, en que la Mur i Clapera han dejado ver nuevamente que eran incombustibles.—No hai motivo para abrigar igual certeza respecto de los otros cantantes, que acaso habrán atrapado algunas chamuscaduras precursoras de las del purgatorio.—El público convino anoche en tomar los animados jiros de la Thierry por las *flores animadas* de que hablaba el cartel.

Aun no ha espirado la semana teatral, i está destinada a sobrevivir a la semana del almanaque, mediante el baile de máscaras que debe tenner lugar la noche de mañana. Este espectáculo goza entre nosotros de un atractivo que no alcanza en otros pueblos. Nos sucede constantemente que conocemos el disfraz, pero no al disfrazado si llega a descubrirse. La careta es un verdadero pleonasmo en nuestros máscaras.

Una familia honorable llora desde ayer la pérdida de una jóven e interesante esposa, la Sra. Da. Micaela Armstrong de Huneus, víctima de una violenta enfermedad. El duelo i consternacion de sus deudos han sido contajiosos i participados por una porcion considerable de nuestra sociedad. ¡Es tan triste ver cómo se marchitan las flores i se estingue, con la vida, la juventud i la belleza! La memoria entónces ayuda a hablar al corazon:

¡Pobre rosa! no has vivido
Mas que viven tus hermanas;
Naciste con el rocío
I has muerto con la mañana.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

ILUSTRACIONES DE *LA SEMANA*.

Un atraso independiente de nuestra voluntad; casi inevitable en casos tales hace que el presente número no aparezca ilustrado; pero el próximo lo será indefectiblemente.

La Semana tendrá por ahora dos ilustraciones mensuales: una *revista cómica del mes* en caricaturas i una pájina del *Album de Celebridades nacionales*, en que figurarán todos los hombres notables de nuestro pais, vivos o muertos. Cada pájina contendrá el retrato fiel i esmeradamente grabado del personaje, seguido de su biografía.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:—Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Setiembre 17 de 1859. Núm. 18.

Un nuevo testo de Economía Política.

Análisis crítico leido en el

Círculo de amigos de las letras

POR

D. Marcial González.

ARTICULO SEGUNDO.

El trabajo es como la piedra angular de la economía política. Para satisfacer sus necesidades el hombre necesita de un esfuerzo moral o físico i esto es lo que se llama trabajar. El trabajo industrial lo dividen regularmente en dos especies: ya consiste en la transformacion de un objeto material o bien en un esfuerzo de la intelijencia. Pero, cualquiera que sea su forma, el trabajo demanda siempre una pena, por mas que algunos digan que es atractivo i que hasta se haya fundado sobre esta afirmacion todo un sistema de organizacion social, pues el razonamiento, la observacion de los hechos i testimonios unánimes de toda especie protestan contra semejante doctrina. El señor Courcelle Seneuil, dando a este poderoso ajente del poder productivo toda la importancia que merece, ha introducido a su respecto en la ciencia económica una verdadera novedad. El crée que el trabajo no solo se opera *transformando* o *transportando* los objetos sino tambien *conservándolos*; i de ahí ha sacado un nuevo jénero de trabajo,—el *del ahorro*,—fórmula orijinal que la ciencia guardará i tendrá que agradecerle tanto mas cuanto que ella es justísima i fecunda.

Antes que ningun otro economista, el sabio profesor ha tenido la feliz idea de considerar como un trabajo la accion de conservar lo adquirido. I en verdad, el ahorro es en sí mismo un esfuerzo i una pena, i de aquí ha deducido el señor Courcelle Seneuil hasta la lejitimidad del contrato denominado de *usura* o bien del interes de los capitales acumulados.—I como para acabar de demostrar con un símil todo la importancia de este ajente productor, despues de probar que toda sociedad se civiliza desde que considera el trabajo como una necesidad i como un deber, nos recuerda que existe una antigua relijion cuyos sectarios dicen: Vale mas estar sentado que de pié, acostado que sentado, muerto que vivo. «Pero ¿qué progresos (dice) ha hecho en el mundo esa raza infeniosa i sabia que profesa tal creencia i que yace, despues de tantos siglos, a las orillas del Indostan i del Gánjes, sumida en la servidumbre i la abyeccion? ¿Qué es de las poblaciones salvajes i dejeneradas que han hecho consistir el bienestar en el ocio? Una pequeña porcion de la especie humana ha creido, por el contrario, que el hombre ha sido formado para el trabajo i hoi, apesar de sus errores i de sus miserias, ella domina el mundo i es superior en ciencia i en fuerza como en moralidad i en virtudes al resto de la humanidad.»

A propósito del *trabajo* i de los *ajentes naturales* o *fuerzas productivas* ha habido en la escuela económica largas controversias, así como sobre la parte que corresponde al uno o a los otros en la formacion jeneral de la riqueza. Sobre este último, yo creo con Stuard Mill que es tan difícil determinarlo i por demás la empresa es tan vana, como la de averiguar cuál de las hojas de un par de tijeras opera mas sobre la tela que cortan. En cuanto a lo primero, algunos economistas lo reducen todo al trabajo; pero el señor Courcelle Seneuil reconoce dos fuerzas: *la tierra* considerada como foco natural de elaboracion, i *el trabajo humano* aplicado a la transformacion, traslacion o conservacion de los productos.

Un escritor mui competente, analizando el Tratado de que doi cuenta, impugna esta division i se admira de que el autor no haya introducido en ella una tercera fuerza productiva, —*el arte industrial*—,resultado de los esfuerzos intelectuales que sobreviven al hombre i que constituyen en el seno de cada grupo humano un fondo comun de esperiencia i un ideal de ejecucion. Pero, leyendo el libro de que tratamos, yo no sé cómo puede dudarse ni por un momento que en la division del autor esté visiblemente comprendida esa fuerza productiva. El que ha sabido hacer notar con tanta claridad como injenio las marcadas diferencias que existen entre la ciencia i el arte, i el que ha clasificado el trabajo en intelectual i físico, ya por que consiste en la transformacion de un objeto material o ya en un esfuerzo de las intelijencia, ¿cómo imajinar que no haya comprendido en esta nomenclatura, i aun considerado en primer término, como elemento productor de la riqueza, a ese arte industrial, poder colectivo e impersonal, pero al mismo tiempo fuerza productiva eficaz e importantísima? Es verdad que poco despues el mismo crítico, tratando de la clasificacion de las riquezas,

(punto en que tambien han disertado largamente los economistas sin llegar a ponerse de acuerdo), ha reconocido testualmente, que con la nomenclatura de las fuerzas productivas propuesta por el señor Courcelle Seneuil, no habrá ya que discutir a propósito de riquezas materiales o inmateriales, lo cual prueba que el crítico mismo se encuentra satisfecho i convencido de la justicia de aquella division.

Otro punto importante en la Plutolojia económica es el que trata de la *utilidad de las cosas*, que el señor Courcelle define: «la propiedad de servir, manifestada por un deseo i medida por él, sin otro juicio que el de la persona que esperimenta la necesidad.» «La utilidad, segun el ilustrado profesor, es una relacion entre la cosa dotada de esta propiedad i el hombre; i como esa relacion (dice) puede ser modificada no solo por los cambios que se manifiestan en la cosa o el *objeto* sino tambien por los que sobrevienen al hombre o sea al *sujeto*, dedúcese de aquí que hai utilidades objetivas i subjetivas, de las cuales estas últimas, por mas importantes que sean, *escapan a todo cálculo.*»

Es indudable, en efecto, que la relacion de utilidad está constituida por dos términos: el hombre que es el *sujeto* i la cosa que es el *objeto*; i tambien es cierto que la utilidad puede aumentar o disminuir sea por un cambio en el estado del hombre, en cuyo caso el aumento o la disminucion sería *subjetiva*, sea por un cambio en el estado de la cosa i entónces podría calificarse de *objetiva*. Pero, con todo el respeto que me merecen las opiniones del distinguido profesor, yo creo sin embargo que el carácter subjetivo de la utilidad, por lo mismo que es *inmensurable* e *incapaz de calcularse*, constituye, rigorosamente hablando, una distincion vana, metafísica i ajena a la ciencia económica; porque la utilidad, sea cual fuere, es una propiedad absoluta de la riqueza i del valor, ni mas ni ménos como la estension es una propiedad de la materia. Yo creo con Garnier que la utilidad es «la cualidad que hace a los objetos propios para satisfacer nuestras necesidades o nuestros gustos, pero no manifestada solo por un deseo i medida por él, sino por su importancia verdadera o su valor en cambio.» La utilidad *subjetiva* no existe, pues, sino con referencia al valor, o si existe en algun caso escepcional, que no puede comprobarse por el análisis, ni medirse, ni calcularse, ni aprovecharse por la ciencia, no podrá nunca ser absoluta, sino meramente relativa a la persona que siente la necesidad. Así la riqueza, en jeneral, no es otra cosa que el conjunto de utilidades consideradas indistintamente, al paso que la riqueza social o particular solo se constituye por las utilidades provistas de valor cambiable.

Yo creia que el sabio profesor habia significado esto mismo cuando asienta, en el Lib. 1.° cap. 1.° de su obra, que «mas o ménos *riquezas*, equivale a decir mas o ménos *utilidades*.» Para que una cosa util tenga valor, esto es, para que constituya una riqueza, es necesario que ella pueda poseerse por uno o por varios individuos; i es evidente que lo que la naturaleza subministra a todos los hombres en cantidad ilimitada, como el aire respirable por ejemplo, no podría nunca, apesar de su reconocida utilidad, formar una propiedad ni constituir un valor objetiva ni subjetivamente. Hai no obstante cosas útiles cuya cantidad es limitada i que sin embargo no tienen valor en cambio, tal es v. g., el calor del sol. J. B. Say funda tambien la utilidad sobre el valor cambiable i los costos de produccion. El entiende por utilidad «aquello que hace a un objeto propio para satisfacer nuestras necesidades o que motiva su demanda.» Comprendida así la utilidad, yo preguntaría al sabio señor Courcelle Seneuil, ¿si el valor en cambio puede o no existir, de una manera absoluta, en un objeto provisto de utilidad meramente *subjetiva*? O bien querría me dijera si el valor en cambio podria o no existir en un objeto útil, pero cuya produccion no exijiese ningun gasto, ni presentase ninguna dificultad, sino que se obtuviese inmediatamente, a discrecion i por la sola obra del deseo o de la voluntad? Si a estas cuestiones no puede responderse sino negativamente, yo creo que por el mismo hecho se reconocerá que la utilidad subjetiva, o si se quiere *las creces* o *diminuciones subjetivas de la utilidad*, no pueden existir absolutamente sino cuando ésta se halle representada por los gastos de produccion o por el valor cambiable, pues que la ausencia de una u otra de estas circunstancias hace desaparecer toda utilidad absoluta, en el sentido recto dado por la ciencia a esta palabra.

Para concluir con esta cuestion de mera nomenclatura, yo avanzaré todavia que las variaciones subjetivas de la utilidad, aun cuando implican la existencia de un hecho incontestable, como ellas no pueden medirse, calcularse ni apreciarse, ni admiten una fórmula completa, ni estan sujetas a reglas ni a soluciones positivas, no deben por consiguiente tener entrada en el cuadro de la ciencia económica. Vulgarizando los términos, talvez podria decirse que esas variaciones subjetivas de la utilidad constituyen solo *utilidades afectivas* o lo que llamamos *valores de afeccion*, al revez de las objetivas, sujetas a la lei económica de la oferta i la demanda i que podrian apellidarse *utilidades reales* o *valores positivos i cambiables*. «Las ciencias, ha dicho el mismo señor Courcelle-Seneuil, deben definirse siempre por los hechos que ellas estudian para sacar sus deducciones.» ¿I qué consecuencias lójicas i seguras podrán sacarse de hechos que escapan a toda probabilidad i a todo cálculo? ¿No lo ha creido así el sabio profesor cuando compara las variaciones subjetivas de la utilidad con la *variable independiente* de los matemáticos? «La utilidad, dice el autor de un apreciable Tratado de economía social (1),

(1) M. A. Ott. But de la Production. Cap. 1.° § 20.

nunca depende del capricho individual, sino que se funda en la naturaleza de las cosas i puede siempre determinarse científicamente.» «Lo útil, dice en otra parte, es todo lo que tiende al fin que la sociedad se propone, todo lo que contribuye a la conservacion social o individual, todo lo que constituye una mejora real i un progreso efectivo.» Pero esta es, lo repito, una cuestion de mera nomenclatura a la que yo no doi la menor importancia; i el mismo señor Courcelle parece haberla considerado de igual suerte cuando dice: «que las variaciones subjetivas de la utilidad son estrañas al cuadro verdadero de la ciencia, i que las señala solo como causas de perturbacion i de error, por la sencilla razon de que el conocimiento de los límites e imperfecciones de la ciencia hace parte de la ciencia misma.»

Parte i mui principal de la obra del eminente economista es aquella en que espone cómo las cosas producidas i aplicadas a las necesidades del hombre llegan hasta los consumidores. Esta seccion es la mas nueva i orijinal, pero al propio tiempo la mas característica i talvez la mas fecunda del libro que examinamos. El fenómeno de la produccion de las riquezas está dominado por las leyes esenciales e invariables espuestas en la *Plutolojia*, mas no sucede otro tanto con su distribucion, por que este segundo fenómeno varía incesantemente en virtud de causas fortuitas i de los reglamentos arbitrarios o sistemáticos de cada pueblo.—Pero ¿dedúcese de aquí que los accidentes de la distribucion sean casuales i estraños a toda coordinacion científica?—No por cierto: sometidos esos fenómenos al análisis lójico del autor, éste ha hecho sobre ellos un estudio de profunda observacion, i despues de apoderarse de todas sus partes constitutivas ha llegado con sus consecuencias a la verdad completa cuyo signo es la aplicacion práctica: ha establecido la síntesis que demuestra que todos esos fenómenos pueden reducirse a los dos síntemas elementales de que ántes se ha hablado, el sistema de *distribucion por la autoridad* i el sistema de *distribucion por la libertad*. Los luminosos principios que nacen de la simple comparacion de estos dos sistemas saltan a la vista desde las primeras pájinas del capítulo, i despues de leerlo ya no puede ponerse en duda el rol simultáneo de la libertad i la autoridad en la distribucion de los productos del trabajo. De hoi mas es forzoso, pues, clasificar este hecho entre esos axiomas científicos tan sencillos i tan evidentes que admira ver a un escritor distinguido tomarse la pena de demostrarlos.

Centenares de libros se han escrito sobre economía política, porcion de hacendistas han proyectado la luz de su intelijencia sobre las múltiples cuestiones ligadas con este importante ramo del saber humano; pero hasta hoi no se conoce un solo tratado anterior al del señor Courcelle donde estos sistemas elementales de distribucion se hayan establecido i definido de una manera evidente i satisfactoria; porque solo los pensadores profundos como el autor del libro que analizamos, saben cuánto poder filosófico se ha menester para formular i vulgarizar esas verdades primordiales i fecundas, que existen latentes aunque indefinidas en todos los espíritus. Es innegable, entre tanto, que cuando la distribucion de las riquezas sociales se efectua por la autoridad o es influida por ella poderosamente, aparte de los mil inconvenientes anexos a este sistema, la observacion i el estudio no pueden ni aun siquiera establecer deducciones científicas sobre los hechos nacidos del fenómeno económico; al paso que en el sistema contrario, es decir, en la hipótesis de una distribucion donde nada obste a la libertad de los contratantes, todo se hace normal i racionalmente, las aptitudes i los esfuerzos se encadenan i armonizan como por encanto, la lucha entre los que cambian se hace ménos funesta en sus efectos, está ménos influenciada por instintos egoistas i se acerca mas i mas cada dia a la justicia i a la igualdad que son como la meta de la ciencia social.

En economía, como en política, el principio de autoridad encuentra sin duda la razon de su existencia en las diversas faces que presenta la actividad humana en su desarrollo histórico; pero es innegable que, sacado de sus justos límites, él atrasa la industria i dificulta los cambios, i es entónces cuando la necesidad de libertad se hace sentir para reavivar las fuerzas sociales que la arbitrariedad ha paralizado. Asi es como se esplica esa mezcla de autoridad i de libertad, que se puede discernir siempre en la situacion económica de los pueblos, especialmente en nuestras modernas sociedades hispano-americanas, pero con mayor particularidad en Chile donde se administra demasiado, i donde el *self govornement* político i económico no es otra cosa, jeneralmente hablando, que una vana quimera o cuando mas una teoría gubernativa que en mucho tiempo no tendrá su debida aplicacion. Es un hecho, sin embargo, que este trabajo lleno de dolores i de misterios que se opera en el seno de los pueblos i que se llama vagamente *el progreso*, tiene por objeto restablecer al hombre social en la plenitud de su actividad asi como de su responsabilidad personal; porque si la libertad crea la riqueza, ésta, a su turno, como medio de educacion pública, se convierte en una garantia de moralidad, en un baluarte sólido del órden; i asi se encuentra siempre, en definitiva, que el grado de libertad económica o política indica exactamente el lugar que ocupa cada Estado en la escala de la civilizacion.

Lo que tenemos dicho sobre las teorías económicas i sobre las cuestiones que ha despertado su aplicacion en los paises europeos i aun entre nosotros, prueba que los trabajos hechos hasta aquí en esta ciencia han carecido de conjunto i aun de autoridad. En efecto, sus

intérpretes mas famosos no habian logrado hasta ahora establecer su lejitimidad, ni reasumir sus principios de una manera clara i comprensible para todas las intelijencias; pero esa obra de compilacion i de análisis filosófico, esa obra de *dificultosa facilidad* i para la cual hubiera debido reunirse un Congreso de economistas, es la que ha ejecutado por sí solo i con un éxito admirable el señor Courcelle Seneuil. A falta de un trabajo semejante, muchos que no han querido darse cuenta de lo que ven, habian creido mas sencillo empezar por negar la ciencia i decir que la actividad humana no está sometida a leyes de ninguna especie en su desenvolvimiento i desarrollo. Pero, despues de la publicacion de este libro, negar la efectividad de la ciencia económica es como negar la existencia de la luz que nos alumbra, i desconocer los importantes servicios que los economistas han hecho a la sociedad con sus escritos, sería como cerrar los oidos a la voz elocuente de la historia de todos los pueblos cultos. En poco mas de medio siglo esa escuela, tomada en su conjunto, ha disipado infinitas preocupaciones, ha remediado males inmensos, ha mejorado bajo todos aspectos la condicion del individuo, ha curado el estado social de las injusticias que lo aquejaban i ha lanzado en sus discursos i sus obras i hasta en artículos de periódicos todo un tesoro de ideas útiles i fecundas.

Sin mezclarse en esta polémica de opiniones i sin dirijir la mas lijera crítica a ninguno de sus predecesores en la ciencia, el sabio profesor, con una gravedad i una reserva jamás desmentidas i sin inquietarse nunca por las preocupaciones populares, no ha pensado sino en coordinar los elementos científicos que ha encontrado ya formados; i aplicando el método recomendado por los filósofos para la investigacion de las verdades naturales o abstractas, reasumiendo los trabajos de sus antecesores, comprobándolos en el criterio de su propia observacion i juntándolos a los datos primordiales de la filosofía i de la historia, ha logrado constituir realmente una verdadera síntesis de la ciencia. Las dos partes de su obra relativas a la teoría i a la práctica valen mucho separadamente, pero juntas componen un libro precioso que todas las jentes instruidas consultarán con fruto, i cuyas luminosas doctrinas habrán de ser útiles no solo a los hombres de Estado sino a los negociantes i mercaderes, a los padres de familia todos i aun a las intelijencias que juzgan de las cosas solo por las luces del simple sentido comun. La solida ligazon de sus argumentos, la exactitud de sus observaciones, ajustadas todas al método racional, la novedad de muchas de sus demostraciones prácticas i la lucidez i rectitud de sus principios científicos, harán de este libro el resúmen de la economía política contemporánea, i el mejor de los testos que pueden adoptarse no solo para la enseñanza de la ciencia, sino para el estudio de los hechos económicos i para la aplicacion de sus doctrinas, sea en el manejo de los negocios privados, sea en el gobierno de la fortuna social.

(*Concluirá*).

La utilidad en su carácter subjetivo.

Contestacion al juicio crítico de D. Marcial González *sobre el* Tratado de Economía Política *de* M. Courcelle Seneuil.

LEIDA EN EL

Círculo de amigos de las Letras.

En la reunion anterior la Sociedad tuvo la satisfaccion de apreciar en todo su mérito el estenso i erudito juicio crítico que D. Marcial González ha hecho de la primera parte del *Tratado de Economía Política* de M. Courcelle Seneuil, recien publicado en Francia. Por mi parte, me complazco en manifestar que la escuché con un placer que iba en aumento a medida que su autor avanzaba en la lectura. Porque, en verdad señores, convencido como estoi profundamente de la importancia de la Economía política, era para mí mas que satisfactorio oir al Sr. González espresarse en su juicio crítico con la fé i el entusiasmo que le inspiraban las verdades i principios de esta ciencia que tan pocos adeptos cuenta en Chile, i que desconocida en su verdadera naturaleza i objeto es mirada por algunos con una indiferencia que raya en el menosprecio. No creais que este aserto es exajerado; jóvenes hai de los que se precian de mas ilustrados, que niegan toda importancia a la Economía política, otros solo la creen de estudio esclusivo para los que aspiran a ser ministros de hacienda, i no falta entre ellos quien en su ilustrada ignorancia haya llegado a decir que se ha pretentido hacer una ciencia de los principios económicos, como se ha pretendido hacer otra de los principios que deben seguirse en las lidias de toros.

Mas mi objeto por ahora no es probar la importancia de la Economía política que por otra parte bien de manifiesto se presentó en el juicio crítico del Sr. González. Discípulo de M. Courcelle Seneuil, penetrado con toda la fuerza de una conviccion arraigada de los principios económicos que con brillante claridad i sútil i severa lójica sentó, desarolló i consolidó el habil profesor en las luminosas lecciones del curso que ha publicado, vengo a sostener una de sus definiciones controvertida por el Sr. González en uno de sus términos, i creo que en esto no hago mas que cumplir con el deber que tengo de mantener en pié cualquiera de esas verdades que nos inculcó con la fuerza del raciocinio.

Basta de preludios i entremos a la cuestion.

M. Courcelle Seneuil tratando de definir económicamente la utilidad ha dicho:

«De los dos términos que constituyen la relacion de utilidad, uno, el hombre, es el *sujeto*, el otro, la cosa, es el *objeto*. La utilidad puede aumentar o disminuir, ya por un cambio en el estado del hombre, en este caso, el aumento o la dismiuucion es *subjetiva*, o ya por un cambio en el estado de la cosa i entónces el aumento o la disminucion es *objetiva*.»

Desde luego el Sr. González no ha podido ménos que reconocer esta verdad tan sencilla i clara i acepta la existencia de los dos términos i las diversas clases de aumento o disminucion que pueden imprimir a la utilidad. Pero a pesar de esta aceptacion, i lo que es algo estraño, el Sr. González opina «que el carácter *subjetivo* de la utilidad, rigorosamente hablando, no es mas que una distincion metafísica i vana, e inútil por tanto para la ciencia económica; porque la utilidad, sea cual fuese, es una propiedad absoluta de la riqueza i del valor ni mas ni ménos como la estension es una propiedad de la materia.» ¿Pero acaso, pregunto yo, la circunstancia de ser la utilidad una propiedad absoluta de la riqueza i del valor impide en algo que ella pueda constar de dos términos, que ella pueda tener una relacion subjetiva u objetiva? de ningun modo, i por el contrario, la riqueza i el valor mismo teniendo por base la utilidad tienen que sufrir las alteraciones de los dos términos que obran en ella.

Para hacer mas clara esta verdad como para dar mas amenidad a la disertacion recurriremos a ejemplos que hagan innegable la utilidad subjetiva.

Suponed que a alguien se le ocurriera venir a vendernos dos fraques, uno de magnífico paño, pero cortado a la uzansa del año 1810 i otro de paño mas inferior pero hecho segun el último figurin. No necesitamos decir que arrojariais léjos el frac que cargaron nuestros abuelos a pesar de ser un objeto de mejor calidad i tener mas paño en las colas, i prefeririais, encontrariais únicamente útil el frac moderno. ¿I por qué? Acaso por que este era mejor en la *calidad material* que el anterior? Nada de eso; la razon no seria otra que el hombre, el *sujeto*, daba mas utilidad a uno que a otro, por que el hombre, el sujeto, considera en 1859 inútil lo que pudo ser mui útil en el año de 1810. I lo que decimos del frac decimos de todas las modas i caprichos del lujo cuya relacion de utilidad es pura i casi del todo subjetiva.

Os citaré un ejemplo que yo mismo presencié de la utilidad en su relacion subjetiva perfectamente carecterizada. Se remataba el ajuar de un Jeneral de la República; sobre una mesa estaba su sable de campaña. Tocóle su turno, i el martillero lo levantó ante una multitud apiñada para que alguien hiciera oferta. Todos permanecieron callados i nadie ofreció ni siquiera un centavo por esa espada que brilló con gloria en las campañas de la Independencia: el martillero iba a dejarla en su lugar cuando un militar que recien llega se impone del hecho i deseoso de conservar esa arma como un recuerdo ofrece i la toma por cinco pesos. ¿El valor en que fué vendido ese sable, en virtud de qué utilidad tuvo lugar? ¿Acaso por la que presentaba la naturaleza misma del *objeto*? no, por que nadie ofreció un centavo por él: fué únicamente por una relacion de utilidad puramente *subejtiva*.

I éste es el caso de preguntar ¿en virtud de qué utilidad se venden por cantidades enormes, ya sea un boton de la casaca del vencedor de Marengo i Austerlitz, la pluma de Voltaire, un libro de la Rachel i otros tantos objetos pertenecientes a personajes célebres? nada mas que en virtud de su relacion de utilidad subjetiva, nada mas que por las necesidades de aprecio i afeccion que nacen en el *sujeto* i que la hacen dar utilidad a los objetos aun independientemente de las cualidades físicas que éste tiene, porque a la verdad, ¿qué utilidad objetiva podrian tener el boton, la pluma i el libro para los que daban por ellos miles de francos? i hé aquí como respondemos a la pregunta que el señor Gonzalez ha hecho a Mr. Courcelle Seneuil sobre si el valor cambiable podia existir en un objeto provisto de utilidad meramente *subjetiva*; i creemos tambien que queda demostrado como los gastos de produccion no tienen que ver en nada con la utilidad en su carácter subjetivo; i sino, fijémonos que en el ejemplo de los dos fraques, el del año 10 talvez tuvo mayor costo de produccion que el del 59, i sin embargo, su utilidad subjetiva era del todo nula; i en los ejemplos mismos del boton, de la pluma i el libro ¿qué relacion podria establecerse entre sus costos de produccion i su relacion de utilidad puramente subjetiva? de que modo estaba ésta representada para aquellos segun opina el señor Gonzalez?

I no se nos diga que la relacion de utilidad subjetiva nace solo en las necesidades creadas por la afeccion, el aprecio, la admiracion i el refinamiento de la civilizacion: la encontramos ademas en las necesidades que deben satisfacerse con las cualidades físicas de los objetos, i lo probaremos con un ejemplo.

Un comerciante creyó que siendo útiles los patines i las pieles en Rusia debian serlo tambien en Rio-Janeiro; mirando pues, solo la relacion de utilidad *objetiva* de estos artículos, cargó un buque de ellos i arribó a ese puerto. A poco tiempo de estar en él, observó que no se vendia ni un solo patin, ni una sola piel apesar de sus *costos de produccion* i de haber tenido en Rusia *un valor mui cambiable*: buscando la causa de este fenómeno no tardó mucho en encontrarla, i se persuadió que teniendo el Brasil un clima cálido, incompatible con las nevazones i una temperatura fria, los hombres no sentian allí la necesidad ni el placer de patinar sobre el agua a su estado na-

tural ni de abrigarse cuando se asaban vivos bajo el sol abrazador de los trópicos. De esto resultó que el comerciante por no fijarse en la relacion de utilidad *subjetiva* que cambia segun los diferentes climas, tiempos, lugares i estado de civilizacion en que viven los individuos o sujetos, perdió algunos miles de pesos. I ya podrán estimar los señores que me escuchan, si esa relacion de utilidad cuyo olvido puede hacerse sentir tan pesadamente en el bolsillo, será una distincion metafísica, vana e inútil, o mera cuestion de nomenclatura como ha dicho el señor Gonzalez.

Podria citaros millones de ejemplos como los que acabo de esponer, pero no quiero cansar por mas tiempo vuestra atencion.

Finalmente basta considerar que la cualidad esencial de la utilidad es la de satisfacer nuestras necesidades, que éstas residen en el hombre, en el *sujeto*, que ellas cambian por mil diversas causas independientes de los objetos que han de satisfacerlas, que han cambiado infinitamente desde nuestro padre Adan que usaba por todo traje unas hojas de parra hasta sus numerosos descendientes que se visten de los pies a la cabeza de finísimo paño, se cubren con un sombrero de forma cilíndrica i llevan un traje con dos colas llamado frac; basta considerar todo esto, decimos, despues de lo espuesto anteriormente, para convenir en que M. Courcelle Seneuil ha tenido razon mas que de sobra para sentar en su tratado de Economía Política que «la utilidad dura tanto *como la opinion que la ha hecho nacer*, de tal suerte que, no solo puede cambiar subjetivamente sino que es ante todo i sobre todo *subjetiva*.»

Manuel Miquel.

A Rosa.

Bendígate el cielo, Rosa;
Bendiga Dios de ese talle
La oscilacion majestuosa
Con que andando por la losa
Obstruyes toda la calle.

En romántica cancion
Quien te dirá: ánjel de luz;
I te traerá a colacion
Herética maldicion
Una tumba i una cruz.

Yo no, chica, pues confieso,
(Aunque inocentada tal
Puede costarme un proceso)
Que nunca con buen suceso
He sido sentimental.

Yo no te diré iracundo
Con rostro grave i mohino:
«Me aqueja pesar profundo;
«Conozco que es mi destino
«Padecer en este mundo.»

Ni te diré: «Si no escucha
«Tu corazon mi suspiro,
«Por término de la lucha
«O me planto la capucha
«O me descerrajo un tiro.»

No, Rosa, no, mis pasiones
He aprendido a reprimir;
Entrarémos en razones;
Yo comenzaré a exijir,
Tú dirás *sies* o *nones*.

Que si bien me despepito
Por tí, no me lo reproches:
(Cada cual sigue su rito)
Yo conservo el apetito
I duermo todas las noches.

Ancho es el mundo; no temas
Si calabazas me dieres
Que te fulmine anatemas,
Ni maldiga las mujeres
Ni me entretenga en pamemas.

No me oirás reconvencion
Sobre la cruel estocada
Que me parta el corazon;
Yo tocaré retirada
En completa formacion.

No me esponga a un *quid pro quo*
Sonrisa, dengues o seña;
Lo que solicito yo
Es redondo un sí o un no
Como Cristo nos enseña.

José Pardo.

Mentira i verdad.

Dicen que el mas triste lote del hombre es la inconsecuencia.—Por nuestra parte no pensamos lo mismo. Mui al contrario, creemos que la inconsecuencia es la mas fecunda i feliz de las cualidades del ser racional, o si se quiere de sus defectos.

El mundo no habria dado un solo paso sin la inconsecuencia. ¿Cómo se hubiera hecho sin ella de bárbaro civilizado, de idólatra cristiano, de santificador de los groseros instintos del bruto purificador de los nobles afectos, de adorador de Júpiter i Vénus adorador de Cristo i María?—Luego, ni una sola de las grandes revoluciones que han cambiado la faz de las naciones ha podido obrarse si no es por su medio.—El progreso, bien considerado, no es sino la inconsecuencia legalizada, respetada, venerada i alentada.

Condenar la inconsecuencia es condenar el progreso. Quien pretende que el hombre i la sociedad no quemen hoi lo que adoraban ayer pretende inmovilizarlos.

Pero la inconsecuencia no es solo movimiento, actividad, progreso para el hombre i la sociedad, es tambien felicidad. ¿Qué es la

resignacion, su núcleo, sino inconsecuencia?—Donde no hai resignacion no hai felicidad.

¿Se quiere una prueba?—Tómese al acaso cualquiera desventura del desventurado ser racional.

Ama, i lo que es mas frecuente, no lo aman; —no ame i lo amarán.

Lo engañan;—engañe od jaràn de engañar.

Busca la gloria, los honores i no los encuentra;—desprécielos, ódielos i lo vendrán a importunar.

Gusta de la sinceridad i sufre con la hipocresía;—desprecie la primera i revístase de la segunda.

En cuanto emprende, fracaza;—no emprenda nada i en nada fracazará.

Todos se le rien a las barbas;—riase a las barbas de todos i nadie se reirá a las suyas.

Todos especulan con él;—especule con todos i nadie con él especulará.

I así para cada uno de los percances de este bajo mundo.

Pero el hombre que, por una fatalidad inesplicable, se empeña perennemente en labrar su propia infelicidad, persigue con sin igual encarnizamiento la inconsecuencia.

—¿Para qué sirve la inconsecuencia? dice uno.

—La inconsecuencia degrada, dice otro.

—La inconsecuencia es odiosa, agrega el de mas allá.

—Inconsecuencia i traicion se dan la mano, esclama mas de un político bilioso.

—La inconsecuencia hace la desventura de las naciones, prorrumpe algun lacrimoso patriota.

—¡Guerra a la inconsecuencia! grita i con mas frecuencia chilla el airado i severo tribuno.

¿No es esta, a la verdad, una ceguedad imperdonable?—I sosténgase ahora que el hombre sabe los piés que lo cargan!

Vituperar, condenar, anatematizar la inconsecuencia es hacer imposible la vida humana i mas que todo la sociabilidad.—Si el hombre fuese consecuente i en consecuencia dijera cuanto siente, cuanto piensa, cuanto cree, ¿sería hacedero mantener por un segundo siquiera la armonia entre vecino i vecino, entre marido i mujer, entre amigo i amigo i hasta entre padre e hijo? Contesten por nosotros los que han tenido el candor de decir alguna vez la verdad. Por nuestra parte estamos resueltos i decididos a no decirla nunca: sobrado esperimentados tenemos sus riezgos.

Cada verdad que se aventura trae por precision un amigo de ménos i un enemigo de mas.—Lo peor del caso es que no puede ser de otro modo. Todo en esta tierra está basado en la mentira.—El amor, fuente de los mas puros goces, principio de vida i movimiento para todo lo creado; el amor por cuya virtud brotan mundos de la nada, nace el hombre, crece la planta, perfuma la flor, alumbra la estrella, trina el ave, corre el arroyo, canta el poeta, viene a la vida la esperanza, se concibe i comprende la belleza; el amor que puebla los horizontes de la existencia de encantados panoramas, que rodea, que empapa, que sume, que ahoga el alma i el corazon en un océano de armonías, no es sino la mas soberbia de todas las mentiras.

Donde la ilusion desaparece el amor está en fuga. El uno no puede existir sin la otra. ¿I qué es la ilusion sino la mentira envuelta en espléndidos ropajes, la mentira pintada, dorada, empenachada, circundada con todos los relumbrones, con todos los oropeles, con todas las atractivas formas, con todas las suaves luces i colores sin fin que en perpétuo aguacero caen de las nubes de la imajinacion sobre los espacios del alma?

La primera promesa, el primer juramento de los enamorados es la eternidad de la pasion. Gran mentira! nada hai eterno en este mundo, i mucho ménos en el campo de la pasion. Por eso en amor siempre se empieza riendo i se concluye llorando: se empieza mintiendo i se concluye diciendo la verdad.—A nadie, sin embargo, espanta mas la mentira que a un enamorado. La cree su mal jénio, cuando es al contrario la fragua en que se forjan las mejores armas para esos combates cuerpo a cuerpo que se llaman declaraciones. Como no hai plaza posible de tomar sin la astucia, no hai corazon que se rinda sin la mentira.

Tan cierto es esto que si decimos a un enamorado:—Vd. está mintiendo, se sonrie. Pero si le decimos:—Se le miente, se turba, palidece, siente su corazon desgarrado por la acerada uña de los celos. La igualdad en el enemigo le hace dudar del triunfo.

Lo que en amor sucede, sucede ni mas ni ménos en cuanto con las relaciones del hombre con el hombre se toca.

¿Qué es la educacion?—El aprendizaje de la mentira. Mientras mejor i mas miente un hombre es mas esmerado su educacion. ¿Hai un importuno igual, hai mala crianza semejante a la del que siempre anda con la verdad en la punta de la lengua?

¿Qué es la amabilidad?—El talento de decir mentira pronto, fácil i desembarazadamente.

¿Qué es la sociedad?—Una congregacion de hombres i mujeres, de viejos i jóvenes, de neciosi jentes de talento en que se ha jurado solemnemente no decir la verdad. ¡Desgraciado del perjuro ú olvidadizo!

¿Quién es el mejor político, el mejor diplomático, el mejor comerciante, el mejor cortesano, el mejor amigo, el mas amable de los consejeros, la mas adorable de las mujeres, el mas estimable i estimado de los hombres?—El que nunca dice la verdad.

Porqué ¿qué es la política?—La ciencia de engañar al mayor número posible de personas.

La diplomacia ¿qué es?—El arte de engañar haciéndose el engañado.

¿El comercio?—La facultad de hacer creer

a todo el mundo que especula con uno cuando se especula con todos.

¿La cortesania?—Tener bastante abnegacion para parecer necio i hacer imajinar a los demas que tal achaque no padecen.

¿La amistad?. . . . . .

Pero para definiciones sobra.—Lo que hai de cierto es que sin mentira no hai amor, no hai educacion, no hai amabilidad, no hai sociedad, ni política, ni diplomacia, ni comercio, ni cortes, ni cortesanos, ni amistad, ni consejos dulces,—que son los únicos aceptables,—ni mujeres adorables ni adoradas, ni hombres soportables,—que lo que es insoportables abundan.

Sin la mentira caeriamos de nuevo en plena barbarie. Quien así no lo crea jamas ha meditado sobre las realidades de la vida.

Supongamos por un momento un pueblo en que todos dijeran la verdad. ¿Sería dable en él la armonía un minuto siquiera?—Calles, plazas, paseos, salones, cafées i teatros serian un verdadero campo de batalla,—o cada habitante tendria que vivir sin ver ni oir a su vecino.

El mundo está de tal suerte organizado que la verdad es tomada como un reto, como una injuria, como una calumnia.

Si Vd. dice a un necio que lo es, —se incomoda.

Si Vd. dice a una fea que no es hermosa,—lo araña.

Si Vd. dice....dice lo que quiera, en siendo verdad, le trae por precision un percance.

¿Quién no huye de un hombre franco como de la peste i de una mujer sincera como de un desengaño?

¡Pobre humanidad! siempre de contradiccion en contradiccion, de caida en caida, de mentira en mentira, i, para colmo de males, elevando altares a la consecuencia i la verdad!

El mundo es una mascarada i el hombre un máscara forzado que maldice perpetuamente de su antifaz. ¡Ai! del que la abandona!—Encontrará por todas partes labios para maldecirlo, miradas para aterrarlo, rostros para espantarlo, sonrisas para despreciarlo, antipatías sin fin, odios, odios i mas odios. La sociedad en masa lo declarará su mas dañoso enemigo i hará alianza contra él. Las mas aceradas puntas del sarcasmo vendrán a herirlo medio a medio del corazon; la calumnia echará a todos los vientos su reputacion en jirones; su vida será un martirio sin tregua ni descanso, e ira su camino apurando los amarguras del desengaño, viviendo i sufriendo con las deformidades de la sociedad.

Solo la mentira sabe cubrir con flores las asperezas de la humana via, velar los contrastes entre lo que se sueña i lo que se toca; por su medio la impura cortesana habla el lenguaje de la vírjen, el malvado predica la virtud, valor el cobarde, lealtad el desleal; por su medio todo se alcanza desde la consideracion en el presente hasta la gloria en el porvenir.

Los que querais ser dichosos, amados, respetados, correr todos las caminos, trepar todas las escalas, pedid a la mentira un borde de su inmenso manto i envolveos en él.—Mentid! Mentid!

¡Desventurado del que dice la verdad!

JUSTO ARTEAGA ALEMPÁRTE.

En la muerte de una niña de quince años.

¡Cuando apenas las flores
De la decimaquinta primavera
Lucieron sus primores
En su frente hechicera,
Abandonó del mundo los dulzores!

Del cáliz de la vida
No probaron sus lábios la amargura:
La dicha apetecida,
La plácida dulzura
Do quier hermosa, le brindó natura.

Jamas deseo ardiente
Ni loco anhelo conturbó su alma:
Cual límpida corriente
Que se desliza en calma
Resbaló de la vida en la pendiente.

Ella amó la existencia,
Mas como se ama todo a los quince años;
Con paz, con inocencia
Sin conocer engaños
Ni de fuertes pasiones la vehemencia.

Su corazon humano
Amó con frenesí las flores bellas,
Quizá porque temprano
Creyó morir como ellas:
¡Tanto al ser se ama en la desgracia hermano!

En la postrer mañana
Que abrió sus ojos a la luz del dia
Vió en su jardin, lozana
I llena de ambrosia
Una azucena en su belleza ufana.

La acarició un momento
I cual si ansiara dilatar su vida,
En los pliegues del viento,
Con alma enternecida,
Envió a la flor su postrimer aliento.

¡Jamas fué su desvelo
La muerte de los hombres tan temida
Ni la asustó su velo;
Porqué, como la vida,
La juzgó en su pureza, bien del Cielo!

No turbó su agonía
Esa sed de vivir devoradora
¡Ai! qué desgarra impía
En su postrera hora
Al que obstinado, en el Señor no fia!

Cual la brisa armoniosa
De las flores se aduerme en el regazo,
De su madre amorosa
Buscó para dormirse el dulce abrazo
I en él se entregó al sueño en que hoi reposa.

Murió! feliz su suerte!
¡Es tan dulce el morir de la inocencia!
La vida duradera ¡dolor fuerte!
Del temor de morir nos da la ciencia:
Para quien no la teme ¿qué es la muerte?

MARTIN JOSÉ LIRA.

Un error judicial.

Continuacion.

IV.

El contenido de la carta que hemos reproducido en el capítulo anterior formaba,—sola, —la base de la tremenda acusacion que pesaba sobre los reos, pues las declaraciones de los testigos oidos en la prosecucion del proceso nada agregaban a las circunstancias conocidas por el lector. La vindicta pública se hallaba gravemente ofendida, era menester una pronta i estrepitosa reparacion. Este motivo hizo que los trámites legales marcharan con rapidez inusitada.

Llamados varias veces Gabriela i Federico ante el juez de su causa, negaron ámbos su participacion en el crímen; pero confesaron los vínculos de amor puro que los unian. A los ojos de todos, i aún a los del majistrado, esa confesion era un fuerte cargo contra los acusados. Sin embargo, en realidad eso no alumbraba en un ápice la misteriosa oscuridad que cubria el terrible drama.

La prision preventiva con todo su cortejo de morales i físicos sufrimientos obraron en Federico una reaccion saludable. Su exaltacion se calmó; pero su corazon se vió desgarrado por las mil aceradas puntas del remordimiento: se creia el solo culpable de las desgracias que rodeaban a su amada. Aseguró, bajo su palabra de honor, que Gabriela no habia contestado a la irreflexiva carta que servia de cabeza de proceso. Pero, ¿de qué sirve la palabra de honor de un reo?...—se la considera como una irrision amarga, como una insultante burla a la justicia. Un reo siempre miente para la justicia cuando dice algo que pueda atenuar su crímen: a un reo no se le cree.

Asi el juez oyó con la duda en el alma i la incredulidad en el semblante las siguientes palabras de una declaracion de Federico, en que trataba de justificar, de probar la inocencia de Gabriela, Federico decia:

—En el acto de escribir esa fatal misiva, una fiebre violenta habia embargado las facultades de mi espíritu. Rechazo pues el cargo de intencionalidad que se me imputa. Si bien es verdad que la pasion frenética que me poseia habia dado lugar a que el odio contra el hombre que consideraba como un obstáculo a mi dicha, jerminase en mi corazon, jamás abrigué la detestable idea de un cobarde asesinato. No, señor; los términos mismos en que está concebida mi carta demuestran evidentemente que solo esperaba obtener el consentimiento de Gabriela para emprender con ella la fuga. Si su respuesta no hubiera sido cuál la anhelaba, confieso que mi intencion era provocar en duelo a don Jervasio; lo habria muerto tal vez, si asi lo queria la suerte; pero lo habria muerto lealmente i cual cumple a hombres de honor. La hora de mi victoria hubiera sido tambien la de mi muerte. El suicidio era mi único refujio: comprendia que el honor me impediria por siempre salvar la sangrienta barrera que de Gabriela me separaba.

Aun cuando aseguró ademas que desde el dia en que habia escrito la carta fatal hasta el de su aprehension, no habia vuelto a casa de don Jervasio, ni visto a Gabriela en ningun otro lugar, Federico no pudo convencer al representante de la lei de la inocencia de la pobre mujer.

Tuvieron lugar los careos entre los acusados que, fieles a su sistema de denegacion, guardaron maravillosa impasibilidad al contestar las preguntas capciosas que se les dirijian, con el fin de arrancarles una confesion que cortase el hilo de su vida i echase un borron sobre su honor.—El candor i simplicidad con que se espresaban hacia, a veces, vacilar la conciencia del juez; pero las gravísimas presunciones que existian influenciaban demasiado su ánimo para destruir las huellas profundas de la primera impresion. Los mismos defensores de los reos, no obstante las relaciones amistosas que en otro tiempo mas dichoso les ligaban con Federico i Gabriela, participaban de la opinion jeneral i se inclinaban a creerlos culpables.—Solo Dios podia rasgar el velo que ocultaba la verdad. Mas la hora designada para el cumplimiento de la voluntad Suprema no habia sonado! Forzoso era someterse a los secretos designios de la Providencia i juzgar humanamente hechos que ella sola podia apreciar.

Un incidente trascendental vino, como a poner un término a la incertidumbre i oscuridad que reinaba en los ánimos. Durante las largas noches de insomnio, que aumentaban los dolores físicos i morales de Gabriela, veía ésta pasar un lúgubre cortejo ante su dolorida imajinacion, su existencia toda con sus diarias desventuras, con sus perdidas esperanzas, con sus disipadas ilusiones, su porvenir, en fin, tronchado en la primavera de su vida. Ella que tambien ambicionara refrescar su corazon en la copa nunca alcanzada de la dicha, habia solo apurado hasta las heces el cáliz de las amarguras. Su esperanza muriendo

había apagado toda luz en los horizontes del consuelo. Habia llegado para ella el momento supremo en que la criatura empieza a dudar de la divina clemencia. La duda sino perdonable a lo ménos disculpable a nuestra fragilidad, empezaba á aposentarse en su llagado corazon.

—Soi inocente! pensaba la infeliz, pero jamás persuadiré a mi juez ni a la opinion. Federico sufre i sufre por mi causa. Qué me espera yá en este mundo?— Nada.—Oh! la muerte es mil veces preferible a tantos dolores..... Mi pobre espíritu se confunde... mi cabeza es un caos... la frente me arde.... Oh! yo estoi loca! Dios mio!—esclamaba de repente—si Federico fuera culpable?... Oh! nó,.. nó, eso seria demasiado horrible;.... pero, las apariencias..... He defendido bastante mi honor; mi enerjía se agota. No puedo sostener esta lucha desigual por mas tiempo; venga la muerte, ella es el olvido. Seré deshonrada en este mundo, pero no pesará sobre Federico el oprobio de un crímen. El vivirá i derramará acaso algunas lágrimas sobre mi tumba. Sí, moriré pero le salvaré!

Una heróica resolucion acababa de nacer en su pecho.—Al dia siguiente solicitó, una audiencia del juez i le declaró que ella sola era culpable, que no pudiendo soportar por mas tiempo la sujecion en que la obligaran a permanecer las consideraciones sociales se habia decidido a quitar la vida a su esposo, i que para ello se habia servido de un frasquillo de cloroformo por éste comprado hácia algun tiempo para usos medicinales. El majistrado quedó estupefacto al oir tan estraña declaracion. Hizo a Gabriela varias preguntas a las que respondió con sangre fria é impasibilidad admirables.

Esta nueva faz del proceso produjo en el público una dolorosa impresion. Pero Gabriela no desmayaba en su propósito. Interrogado a su turno, Federico dijo:—Esa mujer está loca, señor, quiere salvarme a costo de su vida: soi indigno de tal sacrificio. Yo, yo, oígalo Vd. bien, señor juez, soi el único culpable. —I suministró a su vez algunos detalles casi idénticos sobre la perpetracion del envenenamiento.—Hasta ahora mi cobardía me habia impedido asumir la responsabilidad del crímen porque esperaba engañar a la justicia; pero conozco que ha llegado para mí la hora de la expiacion i no quiero sacrificar dos víctimas. Tomad mi vida, señor, la ofrezco como holocausto a los manes del desgraciado que he inmolado; pero que Gabriela se salve: es inocente!

Esas confesiones contradictorias aumentaban la confusion del juez i estorbaban la accion de la lei. Puestos en presencia ámbos reos, sostuvieron con enerjía ese nuevo sistema afirmativo. Mas en una segunda audiencia, estrechados por los lójicos raciocinios del majistrado, titubearon un instante, sus ojos se encontraron, algo estraordinario pasó por sus almas.

Esas almas hermanas se habian comprendido. ¿Qué les importaba la vida?..... quisieron morir, morir juntos i quedar unidos para siempre en la eternidad ya que no podian esperar esta felicidad en la tierra. De comun acuerdo variaron nuevamente sus dichos, i confesaron que ámbos eran cómplices i habian preparado de consuno la ejecucion del crímen.....

Tras esto pidieron, como único favor, que se librase la sentencia sin mas trámites, i se negaron a contestar a toda nueva interrogacion.

Como era indudable suponerlo, el Ministerio Público reclamó la pena capital. Esta se decretó contra los reos.

Como nuestros lectores lo habrán adivinado, el denunciante Felix era tambien el autor de la comunicacion anónima que orijinó la prision de Gabriela i Federico. Citado ante el tribunal forjó con inaudito talento un tejido de pormenores agravantes contra los acusados. Juró que habia visto a Federico penetrar clandestinamente en casa de don Jervasio la víspera de su muerte i que los reos habian tenido una larga conversacion. Los dos amantes no quisieron contestar a esta falsa acriminacion. Ya no era solo el amor propio herido lo que empujaba a Felix en la diabólica senda en que se habia comprometido, era la avaricia, era la pasion del oro que dominaba, que tiranizaba, que corroía su miserable corazon. Nombrado albacea de los cuantiosos bienes del difunto don Jervasio quería deshacerse de cuanto pudiera embarazar sus proyectos de entrarlos a saco.

La Corte Suprema de Justicia confirmó la sentencia de primera instancia no obstante los laudables esfuerzos de los abogados encargados de la defensa de los reos. Solo faltaba para rematar la trajedia la decision del Consejo de Estado, llamado a desempeñar la mas noble i envidiable de las misiones.—la del perdon. Los condenados rehusaron su firma al recurso de súplica que no obstante su negativa presentaron sus abogados. La resolucion del consejo no se hizo esperar. Mantuvo la sentencia impuesta a Federico i conmutó la de Gabriela en quince años de reclusion en celda solitaria.

El dolor no mata instantáneamente. Gabriela resistió el nuevo i último golpe que la decision del consejo le procuraba. Federico iba a morir; i ella, que tenia valor suficiente para permitir que la sociedad la afrentara, no lo tenia para buscar un término a sus males i no sobrevivir a su amante.

Esa idea la desgarraba.—De que le servia entónces su sacrificio? Pedia la muerte, i esa sociedad que ya la habia rechazado de su seno por un refinamiento de crueldad, se la negaba. Segun ella no podia tener tal derecho. Lo que la sociedad apellidaba en ese caso clemencia la parecia una burla a ese santo sen-

timiento. No queria vivir, i en consecuencia se dirijió al Consejo pidiendo el triste favor de morir (1).....

Solo faltaban tres dias para que se cumpliese el fallo de la humana justicia. La impasibilidad de Federico no se desmintió un solo instante. Mui al contrario, un inmenso gozo rebozaba en su alma. Se sacrificaba por lo que mas amaba en el mundo, i ese consuelo endulzaba sus últimos momentos. El término fatal se acercaba i lo veia aproximarse con deleite.

(1) Por mas inverosímil que parezca este hecho, él es histórico. Ya hemos hablado en una nota anterior de la causa seguida contra la Eloisa Quevedo i Joaquin Collarte su cómplice, en el año 55. Han llegado a conocimiento de todos los detalles de ese ruidoso proceso criminal; pero lo que es conocido por un número mui reducida de personas es que, cuando se le notificó a la Quevedo su conmutacion de pena, ella prorumpió en jemidos e hizo llamar a su abogado para suplicarle redactara en su nombre una solicitud al Supremo Gobierno, en la que renunciaba el beneficio de su conmutacion. El licenciado don Pastor Roman, su defensor, se negó como era de presumir a esa exijencia de su defendida, mas fueron tantas i tan repetidas las instancias de esta última, que al fin vencido i deseoso de saber hasta donde llegaria el estraordinario temple de alma de esa mujer, dictó esa solicitud que la infeliz firmó de su puño i letra con sin igual serenidad i entereza. Conservamos en nuestro poder ese auténtico documento i lo copiamos a continuacion por no creerlo destituido de interés. Dice así:

«Exmo. señor.

Eloisa Quevedo prosternada a los piés de V. E. con el mas profundo respéto, digo: que se me ha hecho saber la resolucion de Vuestro Consejo de Estado por la cual, ejerciendo el acto mas augusto de Vuestra Soberanía, me ha conmutado la pena de muerte en la de quince años de encierro en la casa de correccion, debiendo sufrir siete i medio de ellos en celda solitaria, i a mas presenciar la ejecucion de un desgraciado.

«El indulto que se me ha concedido es mas gravoso que la muerte misma, porque la vida de nada me servirá si he de arrastrar una infamia tan tremenda. Sin embargo, soi reconocida a la jenerosidad que se ha obrado conmigo; pero, seame permitido renunciar a ella i conformarme mas bien con la sentencia que me condena al último suplicio. En él, encuentro el término a todas mis desgracias, porque él borrará para siempre un nombre que es altamente odioso a la sociedad por la calificacion que inmerecidamente se le atribuye.—De este modo evitaré que mi hijo cargue con un baldon ignominioso i maldiga talvez a la autora de su existencia (*) como así mismo que mi nombre sea el blanco de las calumnias e imputaciones, pues la muerte todo lo estingue.

Confiada, pues, en los altos conceptos de V. E. que sabrá pesar el mérito de estas consideraciones con su estensa sabiduria,

Dígnese S. E. concederme la gracia que imploro.

Exmo. Señor.

Eloysa Quevedo.»

(*) Estaba encinta.

Llegó por fin. El sol estaba resplandeciente i la naturaleza parecia haberse engalanado para asistir a la destruccion de uno de sus hijos. Desde mui temprano una multitud ansiosa de sangre i espectáculos ocupaba la plaza de armas i esperaba impaciente la salida del condenado.....

Eugenio Montigny.

(Concluirá.)

Al Sol del Diez i ocho de Setiembre.

(Soneto.)

Alzate ¡oh sol! en el sereno oriente
I en almo fuego nuestro pecho inflama:
Un pueblo libre con amor te aclama,
I orlar quisiera tu radiosa frente.

Bendita la memoria eternamente
Sea del dia en que lució tu llama,
I do quier llegue tu gloriosa fama
La libertad te acate reverente.

I ya que nuestra fé prohibe altares
Alzarte en nuestros templos a porfía
I titularte Dios en los cantares;

Al ménos pueda el entusiasmo hoi dia
A par de bendiciones a millares
Consagrarte en la lira una armonía.

Fidel Palacios.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

MARGARITA.

¡Ella! rehusaros!... No insististeis!...

HENRIQUE.

Nó, señora.

MARGARITA, *vivamente.*

I bien! habeis hecho mal! Nos rodea una multitud de tramas i de intrigas secretas, que no podemos conocer, sino por Sanchica. Primero, una dama misteriosa, una gran señora que se introduce por la noche a la prision del rei.... Lo sé, él me lo ha dicho, pero ¿quién es ella?... Ha sido por indiscrecion suya (porque yo respondo de vos i de mí) que esa acta, confiada a nuestro honor, esa acta de abdicacion, ha venido a divulgarse, a conocerse o a sospecharse por Gattinara? ¿I ese Gattinara mismo, en qué términos, en qué relaciones, en qué cambios de secretos se encuentra con Sanchica o con cualquiera otra?.... Eso si que será importante saber.... i eso no lo confesará Sanchica, sino a quien.... tenga bastante habilidad para ganar su confianza.... Ya veis, señor,... que en el interes del rei de Francia... eso os concierne.

HENRIQUE, *colérico.*

Yo... presentarme en su casa!... nunca!...

MARGARITA, *con finura.*

Ella os lo ha prohibido?

HENRIQUE, *con mal humor.*

Oh nó ... al contrario... cuando su marido esté ausente.... Felizmente nunca la desampara.

MARGARITA, *vivamente.*

Vá a partir!

HENRIQUE.

No es posible!

MARGARITA.

Ahora mismo.... llevando correspondencia del emperador... no puede ser mas a tiempo! ¡i qué felicidad!

HENRIQUE, *con cólera.*

¿Qué felicidad... decis?

MARGARITA.

¡Ai! por Dios, Henrique, mucho os incomodais sin haber por qué!

HENRIQUE.

¿Por qué? Ah! es porque es horrible i cruel que vos, señora, seais quien con esa tranquilidad.... esa sangre fría....

MARGARITA.

Os propone salvar a su hermano... i a vuestro rei!

HENRIQUE.

Pedidme mi vida i mi sangre.... todo me será posible... excepto... excepto amar a otra que vos!

MARGARITA.

¡Henrique!... Henrique!.... ¿por qué me decis eso?

HENRIQUE.

Porque me estoi muriendo de amor!

MARGARITA.

¡Ai! infeliz i pensais que no lo sé?

HENRIQUE, *dando un grito.*

¡Ah!

MARGARITA.

¡Cuántas veces ha sido necesario que cierre yo los ojos para no ver imprudencias que deberian perderos.... ¡Cuántas ocasiones no me habeis dado motivo para retiraros mi privanza.... i despediros.... ¿Me he aprovechado de ellas?... I sin embargo ¿qué os pedia?... que callaseis, nada mas!

HENRIQUE.

¡Callaré...! callaré!

MARGARITA.

¡A buen tiempo! i ¿en qué situacion me colocais? ¡Obligarme a despediros.... cuando me erais tan necesario... privarme de vos... cuando no os puedo dejar!... ¿Eso es bien hecho?... es delicado?.... Pero si fueseis sumiso, si supieseis obedecer!.... ¡Dios mio! ni son tan grandes las exijencias que se tienen, como vos pensais; tampoco se os obliga a una adhesion sin límites; no se pretende que seais un adorador.... Basta con que agradeis.... nada mas. Otra cosa.... seria malo... i el mérito, señor, consiste en ejecutar las órdenes que se dan, sin ir mas allá.

HENRIQUE.

Yo no sé donde estoi... yo no sé nada.... sino que vuestra voluntad será la mia.

MARGARITA, *escuchando.*

¡Silencio!... hablan en el gabinete del emperador.... Idos... (*llamándolo*) ¡Ah nó! un instante! I puesto que no hai manera de salir de Madrid....

HENRIQUE.

Ninguna.

MARGARITA.

Ni como enviar a Francia este escrito.... dadmelo. Es inútil que con vos esté probando fortuna.

HENRIQUE, *con aire de reconvencion.*

¡Ah, señora!

MARGARITA, *instando.*

¿Ese papel?...

HENRIQUE, *sacándolo de su bolsillo.*

Helo aquí.... nó.... me equivocaba. Como está doblado del mismo modo (*abriendo el papel*). Es ese cuento tan lindo que acabais de concluir, i que me permitisteis leer. *Lo qué agrada a las damas...* os ruego que me le dejeis!

MARGARITA.

¿I para qué?

HENRIQUE.

Para estudiarlo!...

MARGARITA, *impaciente.*

Soltad (*tomándole el papel*) que vos no teneis necesidad de aprenderlo. Ahora, el otro, el papel de Estado.

HENRIQUE.

Aquí está, señora.... (*Margarita toma ámbos papeles i los guarda cuidadosamente en su escarcela*). Pero ántes de dejaros prometedme al ménos....

MARGARITA.

Yo nada prometo. Harto es ya que no me incomode. Felizmente para vos.... los negocios de estado nos absorven de tal modo, que una no tiene tiempo para nada... ni siquiera para enojarse....

HENRIQUE, *volviendo.*

I si el emperador.... como un secreto instinto me lo dice.... tuviera ciertas ideas.... de conquista....

MARGARITA, *fastidiada.*

¿Cárlos V?

HENRIQUE.

¿I por qué nó?

MARGARITA, *del mismo modo.*

¿El emperador Cárlos V?

HENRIQUE.

¿Pero en fin, si sucediera?

MARGARITA, *riendo.*

Andad, Henrique,... andad pronto....

HENRIQUE.

Pero sin embargo, señora!...

MARGARITA, *del mismo modo.*

No os digo que os vayais?... ya salen de ese gabinete!...

HENRIQUE.

Pues bien, sí. Tan luego como Babieza se haya ido, iré a su casa, a la de Sanchica; os obedeceré.

MARGARITA.

Eso es lo que quiero!

HENRIQUE.

I me haré querer, i mas todavía; tambien trataré de amarla.... (*volviendo*) Sí, la amaré.

MARGARITA, *sonriendo.*

No mucho!... (*Henrique le besa la mano i sale por el foro*).

ESCENA VIII.

BABIEZA, *calzado con botas i espuelas, saliendo del gabinete de la derecha.* MARGARITA *que se ha acercado al gabinete del primer plan de la izquierda.*

BABIEZA, *al paño.*

Me es ofensiva una conducta semejante.

MARGARITA.

Oh! Dios mio! ¡Babieza! ¿con quién estais tan enojado?

BABIEZA.

Es decir que uno ya no puede confiarse en la palabra de un rei.

MARGARITA.

I tú tambien, tú hablando de política?

BABIEZA.

El rei me habia prometido esta mañana que ya no me emplearia como correo de gabinete.... i en este instante me manda decir que esté pronto a salir dentro de un cuarto de hora para Francia.

MARGARITA.

¿Estás seguro de ello?... ¿para Francia?

BABIEZA.

¿I qué importa el lugar? Lo terrible.... es tener que marcharse en momento como éste... Imajinaos, señora, que ahora... en casa.

MARGARITA, *aparte sin escucharlo.*

a Francia!

BABIEZA.

Golpeo, nadie responde... sigo golpeando... no abren... voi a echar abajo la puerta.... i solo entónces llega mi mujer.... restregándose los ojos... i quejándose que la habia despertado de repente.

MARGARITA.

¡Es posible!

BABIEZA.

¡Tánto dormir i con un estrépito semejante!.... (*colérico*) i habia un olor a ámbar i a almizcle!.... Era sin duda algun gran señor... que no tuvo tiempo mas que para escapar por la ventana.... no hai otra salida!

MARGARITA.

Qué vision!

BABIEZA.

Una vision.... ¡Precisamente!... eso es lo que me ha sostenido Sanchica.... i a falta de poder probarle lo contrario, (cosa que nunca he podido conseguir i es lo que mas me desespera), me habia quedado solo i a toda carrera me vestia de piés a cabeza para acudir al llamado del rei. Puestas tenia mis botas, mis espuelas, i ya tomaba mi sombrero para salir.... I digo!..., i espero que ésta no será una vision! ¡que en lugar de mi fieltro acostumbrado, con su sencillo alamar rojo i amarillo, me hallo en la mano (*sacando un sombrero de debajo de la capa*) con éste que no es el mio! ¿Es esto claro? ¿es evidente?

MARGARITA.

¡Puede ser!

BABIEZA.

¡I partir en semejante momento, sin poder matar a alguno!

MARGARITA.

¡Eh! ¿I a quién quereis matar?

EZBIEZA, *fuera de sí.*

¡Qué sé yo! .. si yo no lo conozco!

MARGARITA, *con viveza i a media voz.*

Pues bien, yo todo lo sabré, le hablaré de ello al emperador, en secreto si fuese preciso.... con una condicion... que partirás al momento sin decir nada!... porque el ruido i el escándalo alarmarian e impedirian saber....

BABIEZA.

Es justo!... ¡Cuánto os agradezco!...

MARGARITA.

En recompensa te pediré a mi vez.... un servicio.... un gran servicio. ¿Tu vas a Francia?

BABIEZA.

¡Ai!

MARGARITA, *sacando de su escarcela un papel.*

Pues bien! prométeme entregar tú mismo... fielmente, i sin decirlo a nadie.... a madama Luisa de Saboya, rejente de Francia...

ESCENA IX.

LOS MISMOS, CARLOS V, *saliendo del gabinete de la izquierda. Ha oido las últimas palabras de Margarita.*

CARLOS V, *adelantándose a la orilla del teatro.*

Qué cosa, señora? (*A la voz del rei Margarita ha vuelto a colocar en su escarcela el papel que habia sacado de ella i Babieza se ha retirado aparte en el fondo del teatro*). Con qué comision honrabais a nuestro correo Babieza, i con tan vivas recomendciones?

MARGARITA.

Con ménos que nada, señor, con un cuento compuesto aquí por mí i que remitia a mi madre, a la señora rejente de Francia, para distraerla.

CARLOS V.

¿Un nuevo cuento compuesto por vos en Madrid, i cuyo asunto quizás está sacado de la misma corte española?...

MARGARITA.

No digo que nó!...

CARLOS V.

Soi mui curioso.... lo confieso....

MARGARITA.

Es el cuento que debo leeros mañana, señor, i seria privar a V. M. del placer de la sorpresa!.. ..

CARLOS V.

Pero me daríais el de ser el primero que admirara.... (*Margarita saca el papel de su escarcela i lo presenta al rei que lo abre i lee.*) *Lo que agrada a las damas.* Hé aquí un lindo título.... *Lo qué agrada a las damas*, mucho trabajo me costaria decirlo!

MARGARITA.

¿A vos, señor?... pero a nosotras!

CARLOS V.

¡I bien, por favor, que es lo....

MARGARITA.

Es mandar, señor, i ser dueña en su casa.... ya sea esa casa una cabaña o un palacio!

CARLOS V.

Por Dios, que es cierto!... I en efecto.... (*recorriendo el cuento*). Está desarrollado de una manera injeniosa i picante (*siempre leyendo*). Precioso... Precioso.... Yo tal vez hubiera preferido que la heroina no conviniese en su inclinacion a dominar... i que consiguiera su objeto sin confesarlo....

MARGARITA.

V. M. tiene muchísima razon.... seria mas delicado i sobre todo mas verdadero.

CARLOS V.

¿No es así? (*conteniéndose*) ¿en el jénero masculino al ménos?

MARGARITA.

I tambien en el femenino!... dígalo la reina que está aquí!

ESCENA X.

LOS MISMOS, ISABEL, *entrando por la puerta del foro, con una carta en la mano.*

CARLOS V, *moviendo la cabeza.*

¡Oh la reina.... en materia de opiniones!

ISABEL.

Nunca tendrá otra que la de V. M.

CARLOS V.

Pues! ¡lo decia yo!.... que hubiera podido adivinar vuestra contestacion.... (*tomando el papel que Isabel le presenta, i haciendo una cortesía*). He

aquí vuestra carta para madama Luisa de Saboya....

ISABEL.

Si, señor.

CARLOS V.

¡Mui bien! (*Siéntase el rei cerca de la mesa a la izquierda, un ujier de la sala trae dos centelleros encendidos. El rei hace un solo cierro i dentro de él pone las cartas que ha escrito i la que acaba de entregarle Isabel que se ha sentado al otro lado de la mesa. Luego dirijiéndose a Margarita que a la derecha del teatro observa sus movimientos*). Quiere V. A. (*mostrando el escrito que siempre tiene en la mano*) que yo mismo me encargue de su remision a la señora rejente, vuestra madre.... estos despachos irán con los mios i el de la Infanta....

MARGARITA, *vacilando.*

A Francia!... acepto, señor, i os lo agradezco (*acercándose al rei*) pero ántes me permitireis que haga una sola correccion a mi obra.... la que V. M. acaba de indicarme con tanto tino como gusto!

CARLOS V, *rebosando alegría, i dando el papel a la reina quien lo pasa a Margarita.*

Por Dios, señora!... que hacía mucho tiempo que no se me lisonjeaba de una manera tan esquisita.

MARGARITA, *llevando el papel i dirijiéndose hácia la mesita de la derecha.*

Tened cuidado, señor, que la lisonja es la que pierde a los reyes.... pero esta vez al ménos.... no es mas que la verdad....

CARLOS V.

Tú, Babieza, acércate aquí.... vas a andar lijero.....

BABIEZA, *acercándose.*

V. M. me prometió esta mañana....

CARLOS V.

¡Cállate!... me eres demasiado necesario.... tu calidad de hombre casado es una garantía....

BABIEZA.

No para mí, señor! ..

CARLOS V.

Para el servicio del rei i del Estado.

BABIEZA.

Yo no sé lo que el estado ganará con ello,.... pero por lo que hace a mí yo sé qué... (*llevándose la mano a la frente*).

CARLOS V.

Está bien..... habrá indemnizaciones proporcionadas....

BABIEZA, *moviendo la cabeza.*

Proporcionadas!... las minas de América no bastarian!

CARLOS V.

Digo que está bien!...

MARGARITA, *aparte.*

Oh hermano mio! (*Durante el diálogo precedente entre Cárlos V i Babieza, Margarita se ha acercado a la mesita de la derecha, volviendo la espalda al rei que está sentado al frente de la mesa de la izquierda. Guarda en su escarcela el papel en donde está escrito el cuento, i saca de ella el acta de abdicacion de Francisco I, i lo cierra en una cubierta que toma de encima de la mesita de la derecha. Pone el sobre a esta cubierta, luego camina hácia Cárlos V que siempre está sentado delante de la mesa de la izquierda hablando con Babieza. Busca lacre que Cárlos V. le pasa galantemente: sella el sobre a vista suya, en la misma bujía i le presenta graciosamente el despacho. Cárlos V lo toma i lo junta a sus otras cartas, todo lo que cierra bajo una sola cubierta*).

CARLOS V.

Doi las gracias a V. A.... (*al tiempo que pone el último sello a la última cubierta*). ¿Tú Babieza estarás de vuelta dentro de diez dias.... ¿no es así?

BABIEZA.

I aun ántes, si puedo, señor.

CARLOS V.

¡Bien contestado! I si estás de vuelta ántes de ese término, haremos que se te cuenten dos mil doblones. Vete, pues.... i al momento.

BABIEZA.

Sí, señor.... (*Babieza saca de debajo de la capa el sombrero que tenia oculto hasta entónces, i se lo pone para disponerse a salir*).

ISABEL, *mirándolo.*

¡Ah que lindo sombrero!..., para un correo.

CARLOS V.

¡Soberbio, en efecto!.... Eh! ¡por Santiago, si es el mio!

MARGARITA, *alegremente.*

El vuestro!...

BABIEZA, *próximo a salir, deteniéndose cerca de la puerta.*

¡Oh cielo!

MARGARITA, *bajo al rei.*

Silencio..., señor...

CARLOS V, *del mismo modo.*

¿Pues por qué?...

MARGARITA

¡Yo os lo diré!

BABIEZA, *aterrado.*

¡El rei!...

MARGARITA, *bajo a Babieza.*

¡Márchate!

BABIEZA, *retrocediendo asustado i repitiendo diversas veces.*

¡El rei!... ¡el rei!...

MARGARITA.

¡Márchate!

BABIEZA.

¡El rei!

MARGARITA.

¡Márchate.... ¡que te va la cabeza!

BABIEZA.

¡Harto lo veo!... si el mismo rei....

MARGARITA, *viéndolo salir.*

¡Anda con Dios! ya se vá, i mi despacho con él!

H. DE IRISARRI.

(*Continuará.*)

LA SEMANA.

SANTIAGO, SETIEMBRE 17 DE 1859.

El Diez i ocho de Setiembre.

Hace cincuenta años, el diez i ocho de setiembre no tenia para nosotros mas importancia que cualquiera otra fecha de otro mes cualquiera. Un año mas tarde, marcaba el nacimiento de nuestro primer Gobierno nacional i el punto de partida de un nuevo estado independiente en el camino de la civilizacion. Mas esta transformacion gloriosa no se realizó en un dia ni en el seno de la paz. Iniciada cautelosamente i sin ruido,

fué menester completarla a costa de sangrientos combates, de inmensurables sacrificios, de fatigas i esfuerzos no siempre coronados por la victoria, de heróica constancia i constante heroismo. Los apóstoles, con su ardiente e inspirada palabra, i los mártires, con su abnegacion i audacia, trabajaron de consuno en esta obra de justicia i verdad. La intelijencia, animada por la fé de la conviccion, i el corazon, dominado por la fé del deber, predicaron con irresistible elocuencia i santificaron con sangre jenerosa la relijion de la patria. ¡Sublime consorcio de la virtud i el talento!

¿Quién no conoce uno por uno los maravillosos lances, las grandiosas peripecias, los interesantes episodios, los vaivenes i zozobras de aquella lucha jigantezca? Quién no lleva en la memoria los nombres i las proezas de cada uno de aquellos adalides? Es una ilustre i atractiva historia que cautiva la curiosidad del niño, enciende el entusiasmo del jóven i lisonjea la vanidad del hombre. Los padres la cuentan a sus hijos en las veladas de invierno, al amor de la lumbre, los maestros la enseñan con placer a sus discípulos, los historiadores se encargan de conservarla fielmente i trasmitirla a nuestros nietos, los poetas la cantan i glorifican, i los campos de nuestro suelo la recuerdan al caminante mostrándole aun frescas las huellas impresas por la planta de tantos héroes. ¡Cuántos de entre éstos apénas alcanzaron a saludar, como Moises, desde las lejanas alturas la tierra prometida! Otros mejor afortunados entraron en ella i la consagraron con sus cenizas, i unos pocos viven todavía entre nosotros circundados de reverente prestijio. A todos ellos debe en este dia la nacion que es su obra, un homenaje de admiracion a sus altos hechos i de gratitud a sus beneficios. ¡Rindamos el merecido culto a los santos del patriotismo!

I para hacerlo dignamente, reconozcamos i acatemos la lei providencial de que ellos fueron gloriosos instrumentos, el elevado impulso a que obedecieron sus esfuerzos, la inestinguible antorcha que los guió constantemente en su larga i escabrosa peregrinacion. Ella alumbra a los individuos como a los pueblos i enciende en los unos i los otros esa eterna aspiracion al progreso que constituye la perfectibilidad humana, forma una cadena infinita de consoladoras esperanzas, i enlaza el dia de hoi con el de mañana, la vida del hombre con la del hombre, los destinos de las naciones entre sí, i la creacion con su Creador. Merced a esa lei, nuestra especie camina sin descanso ni desaliento mejorando su condicion i llamando cada dia nuevos fieles a la comunion de lo bello, lo verdadero i lo bueno. Por su medio, la violencia se sostituye por la libertad, la libertad se corrije por la armonía, i la armonía, que hoi se produce por la justicia de la lei, acaso brotará mañana espontáneamente de la fraternidad del amor, principio fecundo de todo bien, alma del universo i primera emanacion de Dios.

Esta luz amiga, fiel compañera de la humanidad, fué la que brilló en el camino de los hombres del año 10, i su almo fuego el precioso amuleto que preservó el espíritu de nuestros padres de las inquietudes de la duda i de las supersticiones del miedo. Bañada la intelijencia en sus rayos i el corazon en su calor, se lanzaron al combate fuertes con la verdad i el entusiasmo i avasallaron la victoria despues de una lucha tenaz i sangrienta. Desde entónces quedó asegurada la independencia de nuestro suelo, emancipada la industria i el comercio, libres nuestros puertos de un monopolio ruinoso, desencadenado el pensamiento i proclamada la soberanía popular.

Tal fué la herencia que aquellos hombres esforzados legaron al espirar a sus descendientes. Dueños éstos de tan rico patrimonio, un porvenir espléndido les estaba deparado. La civilizacion i el progreso les mostraban espeditas sus anchas vias i les hacian las promesas mas seductoras.—¿Han alcanzado ya a verlas cumplidas i acrecentado con ellas el legado paterno?—Aventurado seria afirmarlo cuando los elementos de nuestra vida social se hallan aun mezclados en lastimosa confusion i estraños a la influencia de todo equilibrio. Porque si es verdad que algunos de esos elementos se mueven libremente i aumentan su fuerza i poder, tambien es cierto que no pocos se ven detenidos o embarazados en su marcha, i que de consiguiente falta a todos el concierto que acarrea la unidad i aleja funestas perturbaciones.

Contemplad sino los rápidos adelantos de nuestra industria esterilizados por el atraso de nuestra intelijencia i por un escepticismo egoista que se niega a reconocer en el bien de todos el bien de cada uno i subordinar éste a aquel.—I miéntras que así no suceda, es fuerza confesar que nuestro progreso será lento e incompleto. No puede ser mas acelerado ni cabal todo el que no proceda de la armonía i se regule por la justicia.

Nuestros padres nos legaron la indepen-

dencia del suelo i la soberanía de la nacion. A nosotros toca ahora levantar sobre estos cimientos el edificio de la democrácia. Para realizar tan grande obra, inspirémonos en la historia de nuestra emancipacion i pidamos a sus héroes la fé que nos abandona. Creamos como ellos:

En el poder del patriotismo,
En el poder de la intelijencia,
En el poder del trabajo,
I adoremos a nuestra patria *en espíritu* i *en verdad*.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

Crónica de la semana.

El teatro ha sido en esta semana que fenece el único campo de la novedad, tanto para los que la buscan para entretener sus ocios como para los que andan a su caza para entretener al público con ella.

El domingo se nos dió *Mateo el Veterano* i el juéves la *Batelera de pasajes*.—La primera no tiene mérito que digamos: si es un veterano su protagonista es un recluta su autor. En Francia i en los boulevares puede que el tal Mateo haga efecto; pero en Chile i en el teatro municipal su *fiasco* ha sido, i con justicia, completo.

Mateo el Veterano es pieza mui enredada, no hai duda, pero sin enredo, sin interes, sin verdad en los caractéres i sin naturalidad en la marcha de la accion. El drama concluye, porque el autor cansado de fatigar al espectador se le antoja que así suceda: bien podia haber durado un par de horas i hasta un par de dias mas: para hacer entrar i salir jentes que digan necedades maldita la dificultad con que ha de tropezar no digo el autor de *Mateo el Veterano* ni el del *Asedio de Viena* de que nos habla el célebre Moratin en su chistosa comedia el *Café*.

De veras hemos sentido que la señorita Jimenes haya escojido para su estreno tan pobre composicion. Sin embargo, por el imperfecto juicio que de su talento dramático hemos podido formar, la aconsejamos que no desmaye. Tiene bastantes intenciones de artista.

Pero si *Mateo el Veterano* nos aburrió, la zarzuela *El estreno de un Artista* nos encantó. Letra i música, parte dramática i parte lírica corren parejas. Si en la letra hai chistes no pocos, en la música abundan las armonías.

La Mur fué, como siempre, fiel a su nombre. Clapera tuvo sus *lapsus* de oido, mas supo hacerlos olvidar por la felicidad con que caracterizó al astuto, intrigante i trapacero director.

Si la Thierry con sus aereos jiros nos volvió a la vida i se llevó entre sus nubes de encajes todo nuestro mal humor, *El estreno de un Artista* puso fin a su obra lanzandonos cuerpo i alma en un mundo de alegrías envuelto i cortado en todas direcciones por un mar sino profundo, grato de armonías.

La *Batelera de Pasajes* de Breton de los Herreros, lleva el sello, tiene buena parte de las gráficas cualidades que distinguen a las composiciones del fecundo dramaturgo: versificacion que corre, que vuela; diálogo animado i salpicado de chistes, situaciones naturales e interesantes.

La *Batelera de Pasajes*, no es de las mejores creaciones de Breton, pero ha sido sí una de las mas gustadas por el público. I con razon: la Mur tuvo momentos espléndidos, Clapera gustó mucho, Gaitan hizo reir no poco. Solo el capitan mascó un si es no es su papel: ¡que Dios le haya perdonado su falta de memoria!

Todo ayudó al éxito de la *Batelera de Pasajes*, los actores con su buen desempeño i los empresarios regalándonos la vista con un soberbio bosque del jóven artista español señor Martinez Hebert. La España nos ha probado ampliamente en la noche del juéves,—con la señorita Mur que sabe sentir—i con el señor Martinez que sabe pintar.

Pero no todas son felicidades en este mundo. Para rematar la buena noche del juéves la Thierry habia empezado a maravillarnos una vez mas. De repente se detiene: un pié traidor ha faltado a su deber. Los concurrentes se asustan i hacen que caiga el telon.—Desgracia seria que el rebelde pié de nuestra bailarina se empecinara en su rebelion ¡Que Terpsicore proteja los piés de la Thierry!

El Círculo de Amigos de las letras se reunió, como de costumbre, anoche. Las lecturas que en él se hicieron interesantes al igual de siempre, fueron numerosas como nunca.

Empezadas por la introduccion a una obra del señor Cruchaga sobre el estado de la hacienda pública de Chile durante el coloniaje, seguidas de unos sáficos a la *Brisa* del señor Barra, fueron coronadas por una robusta oda al *Sol de Setiembre* de don Hermójenes de Irisarri.

La introduccion del señor Cruchaga prueba en su autor, mui jóven aun, vasta erudicion, perseverancia i método en el estudio, una claridad de intelijencia i una abundancia de ideas bien poco comunes. El estilo en jeneral tiene colorido i está vivificado por el caliente sol de los veinte años.

La composicion a la *Brisa* del señor Barra está llena de estancias suaves, atractivas i simpáticas.

Lo que es espléndido, lo decimos como lo sentimos, es la oda al Sol de Setiembre del señor de Irisarri. El que no tenga fé en la independencia léala i la tendrá. El que quiera sentir el entusiásmo golpear recio, bien recio a la puerta de su corazon, léala i comprenderá ese sentimiento que hace los grandes hombres i los grandes pueblos. Irisarri es poeta i es patriota, siente lo que dice i dice lo que siente en versos tan varoniles como correctos.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

A nuestros suscriptores.

Hemos creido que debíamos retardar hasta la mañana del domingo la reparticion de la *La Semana* a fin de acompañar a ella la primera *Revista cómica del mes*, que ha sufrido un pequeño atraso i que junto con nuestro periódico recibirán los suscriptores.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Setiembre 21 de 1859. Núm. 19.

Un nuevo testo de Economía Política.

Análisis crítico leido en el

Círculo de amigos de las letras

POR

D. Marcial González.

—

(Conclusion.)

Despues de haber fijado en el 1.er tomo de su obra los principios constitutivos de la ciencia, el autor se contrae en el 2.° a su aplicacion tomando como punto de partida el estado actual de las sociedades cristianas; mas como todas ellas se encuentran en distintas circunstancias i como exijiría un trabajo especial el determinar los medios de mejorar la situacion de cada una, ha querido consagrarse a aplicar en jeneral las teorías científicas ántes que a resolver tales o cuales problemas económicos. Por eso es que, despues de algunas observaciones preliminares, detalla solo en el libro 1.° de este volúmen las atribuciones de los gobiernos, que divide en dos clases: atribuciones lejislativas o reglamentarias i atribuciones ejecutivas i administrativas; trata en el libro 2.° de las atribuciones de los particulares i en el 3.° de la locomocion de los hombres, de las inmigraciones i emigraciones, de la colonizacion en jeneral, de la fundacion de las colonias españolas en América, del réjimen administrativo i de los medios que deben emplearse para mejorar el estado económico de las sociedades hispano-americanas,

Esta última parte de la obra del Sr. Courcelle Seneuil es para nosotros la mas interesante i la mas útil, porque en ella se ventilan, a la luz de la práctica i en el terreno de los hechos, todas las altas cuestiones a cuya solucion está vinculado nuestro porvenir, pero mas aun, porque lo que hai de verdaderamente grande en la ciencia política son sus resultados, así como lo que hai verdaderamente útil en las ciencias de aplicacion son sus aplicaciones. Estudiar en este sentido las bases de la lejislacion económica, i comparar los dos sistemas de autoridad i de libertad confrontando en cada uno de ellos las teorías con los hechos; fijar las reglas jenerales de la propiedad i de las leyes sobre los contratos; investigar i detallar el sistema de impuestos ménos desfavorable al desenvolvimiento del poder productivo; determinar el método administrativo de la hacienda pública i de los gastos i atribuciones facultativas del gobierno, así como el empleo de la autoridad en las reformas económicas; deslindar las facultades i definir la mision de los particulares i de los gobiernos en las cuestiones de sociabilidad; dar reglas fijas para la acertada jestion de las empresas industriales, i concluir por llamarnos elocuentemente la atencion sobre nuestro estado económico para que lo estudiemos, conozcamos sus imperfecciones i pongamos en accion los medios indicados para mejorarlo: he aqui, en esquicio, la segunda parte de la excelente obra del Sr. Courcelle Seneuil. I ciertamente que esto es haber tratado i resuelto, en un solo libro, las cuestiones económicas mas vitales a que ántes se habian consagrado docenas de volúmenes; cuestiones que nunca pueden ventilarse demasiado, por que para Chile, como para todos los pueblos, son de cada dia i de cada momento. Esto ha sido como concentrar en un foco luminoso los innumerables rayos de verdad que brillan en los diversos sistemas económicos, i reunir en un centro comun todas las teorías, para estudiarlas todas i sostituir a las verdades meramente ideales los conocimientos positivos i prácticos de la ciencia de hoi dia.

Aunque solo se trate en este volúmen de puras aplicaciones, el sabio autor, despues de haber demostrado que cualesquiera que sean las condiciones en que se ejerce la actividad productiva de los pueblos distínguense siempre ciertos fénomenos que se reproducen de una manera constante, universal, i ciertos resultados que cambian incesantemente a causa de las circunstancias locales o de los reglamentos arbitrarios, ha continuado separando la lei permanente del hecho accidental; i despues de reconocer i determinar la existencia de esos fenómenos, que se manifiestan siempre en todos los paises como que provienen de los instintos de la humanidad; despues de indicar las causas que los producen o las necesidades providenciales que están llamados a satisfacer; i despues de haber investigado por medio del análisis cómo esos fenómenos esenciales se modifican por los arreglos variables de los gobiernos o las sociedades, ha concluido por establecer las combinaciones prácticas que pueden elevar a estas últimas a la riqueza i al progreso que son el objeto de las teorías económicas.

A la luz de esas teorías, tan bien comproba-

das por el análisis lójico del señor Courcelle como acreditadas por la práctica i la observacion, el hombre de Estado que quiera entre nosotros hacer un bien a su pais; que trate por ejemplo, de la *conversion de nuestra deu, da esterior*, de *extinguir la mendicidad*, de establecer el crédito público chileno fundando *un Banco Nacional*, de mejorar la condicion del *inquilinaje* o del *proletariado*, etc., tendrá forzosamente que estudiar el mal en sus causas i el remedio en sus relaciones con la necesidad que trate de satisfacer. Entónces será cuando conozca toda la importancia de esos principios jenerales i de esas fórmulas que constituyen la ciencia pura; entónces será cuando estime todo el valor de esas observaciones, así como la posibilidad de reducirlas a la práctica. Las nociones abstractas sobre las fuerzas productivas, el trabajo de ahorro, el arte industrial, los diversos sistemas de distribucion de la riqueza, los cambios, las leyes de la poblacion i las subsistencias, de la renta i los salarios, obrarán sobre su espíritu i vendrán en su ayuda, así como para un injeniero la ciencia de los números o la vista de un plano vienen a ser, sin que él se lo imajine, el instrumento de una grande obra.

He dicho que la última parte del Tratado del señor Courcelle contiene algunos estudios particularmente aplicables a nuestra situacion; i ciertamente que la reconocida competencia del autor en cuestiones de este linaje bastaba para hacerla a mis ojos doblemente interesantes. Permitidme hablaros un momento de la colonizacion i llamar vuestra atencion sobre un hecho de importancia no pequeña para nuestro pais.

Todos conocen aquí las ventajas de la colonizacion, así como la grande influencia que ella está llamada a ejercer en el desarrollo de la poblacion i la industria, en el incremento del comercio i de la produccion, pero sobre todo en la mejora de los hábitos i costumbres de nuestros inhábiles i perezosos *rotos*, porque el mas poderoso estímulo para el trabajo es el ejemplo i porque un artesano europeo honrado i laborioso es el mejor i el mas elocuente *catecismo*. Considerada bajo estos i otros aspectos, la colonizacion es, pues, para nosotros una cuestion vital, pero lo es principalmente porque el vicio orijinal de la constitucion económica de Chile es el desparramo de nuestra escasa poblacion sobre un territorio demasiado estenso. Todos los obstáculos que encuentra en nuestras sociedades el progreso de la civilizacion derivan de ese vicio o se adhieren a él inmediatamente, i así es que todos los esfuerzos que tengan por objeto operar en ellas una mejora económica, séria i durable, deben propender principalmente a que él desaparezca. Ya que no es posible aglomerar nuestras poblaciones sobre un espacio ménos vasto, i puesto que no es dable reducir los cuadros, debemos tratar a toda costa de llenarlos por la introduccion de un mayor número de pobladores. ¿Pero cómo i con quienes colonizar? ¿De qué manera i con qué clase de hombres establecer una colonizacion positiva i no quimérica, provechosa en vez de inútil, durable i no problemática ni eventual como la que tenemos?

Cuestiones son éstas que podrian resolverse fácilmente conforme a las doctrinas i observaciones prácticas del libro del señor Courcelle; pero ellas son materia de un trabajo que publicaré mas tarde i cuyas ideas no podrian contenerse en este lijero análisis. Bástame por ahora decir que el autor, reconociendo en primer término la necesidad de una autoridad vigorosa para el progreso de toda colonia, demuestra sin embargo con la historia, que los pueblos militares i autoritarios han sido en todo tiempo mediocres colonizadores, miéntras que aquellos donde las atribuciones individuales son mas estensas han colonizado mejor i con mas facilidad. Los primeros no han podido formar colonias sino con sus desterrados o presidarios, al paso que los segundos han colonizado directamente con comerciantes e industriales, de donde ha resultado que aquellas colonias han sido siempre pobres i nulas miéntras que estas últimas han rendido de ordinario excelentes frutos.

Pero ¿cuáles son entónces los mejores colonos? Antes de responder a esta pregunta el señor Courcelle ha creido necesario desvanecer un error jeneralmente admitido i es el que atribuye a la diferencia de raza esa diferencia en la prosperidad o decadencia de las colonias. Nada hai en verdad ménos racional que semejante preocupacion, nacida de la pereza, al decir del autor del Tratado, o, como dice J. Stuard Mill, «de la manera vulgar con que algunos quieren librarse del estudio de las influencias sociales i morales sobre el hombre, atribuyendo las diferencias de conducta i de carácter a diferencias orgánicas, indestructibles e inevitables.» Nada hai ménos cierto en materia de colonizacion, como en todas materias, que esta curiosa i por demas absurda teoría de las razas: la observacion de cualquier pais donde individuos de todas nacionalidades trabajen libremente, por su propia cuenta i en concurrencia, basta para probar que las cualidades requeridas en todo colono,—paciencia, enerjia, espíritu de invencion, sobriedad, economía i laboriosidad, no abundan ni escasean en los individuos de una raza mas que en los de otra. Al decir del señor Courcelle no hai entre ellos sino esta diferencia: «que los unos pueden estar acostumbrados a la disciplina de la accion colectiva i no los otros; o en otros términos, que el que sale de una sociedad libre tiene un sentimiento mas justo de la autoridad que el que viene de un pueblo donde se gobierne demasiado. El primero sabe mejor en qué consiste la autoridad i cómo nace i se consolida, en tanto que el segundo no sabe sino aprovecharse de ella cuando la vé bien constituida i obedecerla.»

Tan cierta es esta observacion del profesor, que diariamente i a todas horas la estamos viendo comprobada en nosotros mismos. Aquí donde se gobierna damasiado, o por lo ménos donde toda manifestacion de la actividad que toca al interés colectivo entra en las atribuciones del gobierno, nadie o casi nadie se siente dispuesto a obrar por sí propio i bajo su sola responsabilidad en todo lo que concierne al interes aquel. Por el contrario, los que vienen de un pueblo en que las atribuciones de la autoridad son ménos estensas i no abarcan toda la esfera de los intereses colectivos, saben poco mas o ménos cómo los particulares, combinando sus esfuerzos, pueden proveer al servicio de esos intereses, i con mayor razon nada piden ni esperan de ninguna autoridad en todo lo que toca al servicio de sus intereses privados. Fuera de esta condicion de ser educados en paises libres i sin tomar para nada en cuenta la raza a que pertenezcan, paréceme como al profesor que los mejores colonos deben ser aquellos que posean mayor instruccion industrial i social i que traigan consigo el mayor poder productivo, que posean algun capital propio o prestado i que tengan mayores analojías con los ciudadanos del pais colonizado; que, por lo tocante a su prosperidad i a la de las colonias, lo que principalmente se requiere es que cuenten con un territorio fértil, dotado de comunicaciones fáciles i accesible sobretodo al comercio de la madre patria. Por lo demas, como esta parte del libro del señor Courcelle contiene un verdadero tratado de colonizacion, basta con que remitamos a él a todos los que quieran estudiar i conocer a fondo la materia.

Otro tanto decimos de la parte relativa a la situacion económica de los paises sud-americanos. En este punto el autor emite suscintamente las ideas que le han sujerido sus estudios sobre la condicion física, intelectual i moral de estos paises, i ellas son tan adelantadas, tan oportunas i tan prácticas, que, aun en aquellas que parecen contestables, siempre se descubren nuevas i ventajosas miras que la ciencia administrativa habrá de utilizar. Recomienda con especialidad la inmigracion por la poblacion que trae consigo i por la enseñanza que introduce, indicando dos métodos igualmente seguros pero desigualmente espeditivos: «obrar sobre la opinion pública por medio de la instruccion i dejar hacer a la libertad.» Encarece los estímulos para obtenerla, considerando como uno de los principales la admision fácil i sin reserva al goce de todos los derechos civiles i políticos. Pero no estamos de acuerdo con el hábil profesor, atendidas las circunstancias de nuestro pais, en que la iniciativa en esta materia pertenezca desde luego a los particulares. Nosotros creemos, por el contrario, que la sola intervencion del gobierno en el negocio será siempre una garantía para el inmigrante, así como para los propietarios que quieran contratarlo a su llegada. Piensa tambien el señor Courcelle que convendria mas emplear a los inmigrantes en talleres que mezclarlos con la poblacion indíjena, i que importa traer la poblacion no solo a los centros principales sino a las estremidades, de manera que su enseñanza irradie sobre todo el pais. Opina, en suma, que para provocar las grandes inmigraciones no hai sino un medio, i es que los inmigrantes escriban a su patria en términos que sus parientes i amigos se estimulen a seguirlos. En efecto, así i no de otra suerte es como se mantiene la corriente inmigradora de Europa en los Estados-Unidos. Toda inmigracion atraida de esta manera aumenta naturalmente con el número de los inmigrantes, i adquiere fuerzas mayores en razon de su mismo progreso, al paso que la inmigracion que no es fomentada por ese medio es estéril i sin porvenir.

Como un arbitrio fácil para mejorar nuestra condicion económica, el autor recomienda tambien la introduccion de industrias caseras, que ocuparian al proletario todo el tiempo que malgasta en la vagancia, le librarian de la mendicidad, le darian necesidades que le faltan i fortificarian en él la vida de familia. Sobre todo, i sin desconocer la excesiva estension de la autoridad entre nosotros, pide que la accion del gobierno sobre la industria no sea sino indirecta, i clama porque los propietarios i jefes de esa industria tomen mayor parte en los arreglos sociales i guien a la administracion en la via de las reformas. Permitidme en este punto trascribiros testualmente sus mismas palabras. «Conviene al ménos (dice) que la clase ilustrada de la sociedad tome la iniciativa del progreso industrial, particularmente en la agricultura, i que sostenga i eleve a la clase inferior no por limosnas humillantes sino por la enseñanza, por buenos consejos i buenos ejemplos i sobre todo por el honor discernido al trabajo i a la economía. Importa que ella inicie los trabajos de interes colectivo, i no solicite siempre una ampliacion desmedida de las atribuciones gubernamentales, porque esto podría crear obstáculos invencibles a los progresos futuros. Importa, en fin, que la clase superior se ocupe en los negocios públicos, no por accidente i bajo el imperio de las emociones dramáticas, sino con constancia i discrecion puesto que se trata de su propio negocio; que adquiera mas derechos a la preeminencia de que goza i que dé ménos lugar a poner esta preeminencia en una cuestion cuyo resultado pudiera talvez serle funesto.» —Esto es a toda luz conveniente, racional i justísimo. Ahora resta solo que aprovechemos tan útiles indicaciones: su observancia importa para nosotros un progreso necesario, providencial i que está como en la fuerza de las cosas. La industria marcha hoi dia con la rapidez de la electricidad i parece que el ideal de los pueblos cultos no es otro que

elevar mas i mas su poder productivo. Para realizarlo en Chile sobran elementos: lo que falta es celo, interes por la cosa pública, respeto a la opinion, pero mas que todo voluntad para romper con las tradiciones de la rutina, de la inercia i del egoismo. Tengámosla!

Si yo hubiese de seguir en todos sus interesantes detalles el libro de que doi cuenta, el análisis que he bosquejado se haria interminable, i voi viendo que importa concluirlo. Pero lo que mas importa, i me complazco en consignarlo aquí, es que el Tratado de Economía política del señor Courcelle Seneuil, donde la moral i el buen sentido se asocian a la ciencia, es el mas completo de los publicados hasta ahora i es por consiguiente el mejor testo que puede recomendarse a los que tengan amor por este estudio i a cuya vista quieran abrirse los vastos horizontes que él enseña a descubrir. Su lectura es tan alhagüeña como instructiva i las sanas teorías contenidas en él, así como la claridad con que esplica los fenómenos de la ciencia i sujiere la aplicacion de sus principios, bastan para convencer a todos de que la economía política es el auxiliar mas poderoso de la filosofía i de la moral social. El hábil profesor no solo ha comprendido perfectamente esta íntima relacion de las ciencias entre sí, sino que la patentiza i la enseña i la practica en casi todos los capítulos de su preciosa obra. Al tratar de cada una de las cuestiones sociales que se ligan con la economía, él lo ha hecho siempre poniendo sus principios teóricos i su vasta ciencia práctica al servicio de la causa liberal. Como prueba de esta verdad citaré por la última vez sus doctrinas acerca de la produccion i del consumo; su justísima fórmula de la poblacion, en la que, impugnando victoriosamente la opinion de Malthus que implica la fatalidad de la miseria, liga i subordina el incremento o disminucion de los pueblos nada mas que al movimiento industrial; sus teorías sobre el cambio i los valores, el crédito i los impuestos, la concurrencia, las atribuciones de los gobiernos i de los particulares, pero mas que todo sus sistemas de distribucion de la riqueza i sus elocuentes capítulos sobre los efectos naturales i artificiales de la libertad.

Reasumamos. En el primer volúmen de su *Tratado* el sabio profesor ha vulgarizado i establecido sobre una base, de hoi mas indestructible, las grandes verdades de la economía política, sometiendo todos sus principios a la demostracion rigorosa, fria, inflexible de los teoremas de la ciencia. En el segundo ha desarrollado esos mismos principios en el terreno de la práctica, que es su verdadero campo, i acreditádolos con la utilidad que es el punto donde ha cojido sus inspiraciones. La detenida lectura que hemos hecho de ese libro nos basta para asegurar que él es una verdadera obra clásica en que su autor ha desplegado todos los recursos de una intelijencia vigorosa i penetrante, apta para las ciencias i acostumbrada a manejarlas. La prensa europea le ha hecho justicia diciendo que nunca los principios de la economía política han sido estudiados, ni espuestos, ni aplicados con mayor injénio i lucidez que lo que lo ha hecho nuestro acreditado profesor del Instituto. El mérito relevante de su obra será confesado por todos los amigos del saber modesto i sólido, siendo parte principal a constituirlo la jenerosidad de sus sentimientos, la constante elevacion de sus ideas, la simpatía de sus opiniones i su ardiente amor al arte i la libertad, que nos hacen admirar en él no solo al escritor distinguido sino tambien al amigo i al hombre.

MARCIAL GONZÁLEZ.

Al Sol de Setiembre(1).

¡Sol de setiembre! el mas hermoso dia
De los fastos de Chile en tu carrera
Para siempre alumbraste! ¡Tu luz pura,
Tu vivífica luz, allá en la sierra,
Se difunde en oleadas portentosas,
I esparciendo tu rubia caballera,
Tiñes en rosa i nácar de los Andes
Las blanquísimas moles i altas crestas;
I, al cénit avanzando, en vivo fuego
Ardes el cielo i la espaciosa tierra!

La estacion invernal huye i se esconde,
I bajan de la helada cordillera,
En musicales i espumantes saltos,
Cien riachuelos que hasta el mar serpean.
La campiña recobra su verdura,
La flor galana su perfume suelta,
I, con trinar süave, el pajarillo
Alborozado canta en la floresta.
¡Sol de setiembre! para tí ostentosas
Sus galas revistió naturaleza;
I en el dia mas grande de la Patria
Te sale a saludar la Primavera!

¿Qué viniste a alumbrar, sol de setiembre?..
¡Era un pueblo que alzaba una bandera!...
¡Era un pueblo que daba un grito santo!....
I ese grito al sonar decia ¡guerra!
I en la bandera tricolor escrita
Esta májica voz ¡¡Independencia!!

Al sonar de la voz curioso muévese
Un pueblo entero que a vivir despierta;
Se ajita i corre i sorprendido invade
El centro todo en muchedumbre inmensa.
Repite la palabra, i balbuciente
Traduciéndola vá de mil maneras;
I al conocer su prodijioso alcance,
Rompe a decir en coro ¡guerra! ¡guerra!
Ya deja la labor i sale al campo,

(1) La oda que va a leerse fué declamada en el Teatro Municipal, el dia 19 de setiembre, por la actriz chilena Sta. Sotomayor.

I la palabra vá de lengua en lengua;
I al grito que subleva a las ciudades,
La aldea i la campaña se sublevan.
Por el fusil i la cortante espada
El artesano su herramienta trueca,
I el cañon a servir se ofrece osado
Quien solo supo manejar la reja.
Cunde el ardor, se alistan las escuadras...
El mar se cubre de artilladas velas
Que señoras serán del océano.....
I, al fin, se ven en la revuelta arena
Al uno i otro ejército embestirse,
I a la fortuna detener su rueda.....
¿Quién venció? ¿quién cayó? Pudo un instante
Chile caer; pero al tocar la tierra,
Cual otro Anteo recobró la vida,
Recobró su vigor i su potencia;
I el sol le ciñe una triunfal corona
Si ántes luto vistió por las tinieblas.

¡No, padre de la luz, no fueron vanos
Ni tu rojo esplendor ni tus promesas;
Que en el banquete de los pueblos libres,
Hoi, por tí, Chile con honor se sienta!
¡Hoi puede, con orgullo, alzar ufano
Su pendon tricolor, i de esa enseña,
Recibir en la sien el puro lampo
De la preciosa i celestial estrella!

¡Esa es la misma que al combate rudo
Le ha guiado en los mares i en la tierra;
I es la misma tambien que ha de lucirle
Para orientar al pueblo en las tormentas!

Si, raza de valientes, sangre noble
Derramasteis en campos que hora muestran,
No ya de aquella lucha de jigantes
Las tristes descarnadas osamentas;
Mas sí la espiga del dorado grano,
La riquísima en frutos arboleda,
La vid enamorada que se enlaza
Para dar mas opima la cosecha.
Campos que solo ayer estaban yermos,
Hoi caseríos por do quier ostentan;
I de las minas manantial perenne
Saca a brillar metálicas riquezas.

La playa solitaria que de chozas
Harto infelices salpicada apénas,
Sustento escaso al morador desnudo
Trabajosa le daba con la pesca,
Hoi el comercio ha transformado en rica
Mansion de movimiento i de opulencia.

La nave voladora, en raudo empuje
El mar cruzando, llega a las riberas,
I en cómodos bazares deposita
De las artes e industrias estranjeras
El soberbio tributo. Enjambre activo
De intelijente juventud las puebla,
Donde el frances idioma i el britano,
I el materno español, distintos suenan;
Que el comercio así importa, ya la industria,
Ya las vastas ideas, ya las lenguas.

Hoi brotan de las artes las primicias,
Tempranos frutos ya nos dan las ciencias,
I como en armas vencedor ha sido,
Tambien lo ha de ser Chile por las letras.

¡Sí, pueblo de valientes, tanto pudo
Quien quedó vencedor en la pelea!
Hoi por la fuerza del vapor movida,
¡Nadie calcule cual será tu fuerza!
Si, cuando aun niño, tanto la ostentaste
I coronada vióse la alta empresa;
¡Recuerda que venciste en otros pueblos,
Juntando tu pendon a otras banderas!

La pluma de oro de la historia ha escrito
En su libro de pájinas eternas
Que unida ha sido vencedora i libre
Esta rejion vastísima de América;
I unida ha de vivir, si quiere siempre
Conservar su preciosa Independencia.
Entregada al furor de las pasiones
De su mismo furor ha sido presa;
I el camino mostró de sus entrañas
De la discordia al encender la tea....
¡El armiñado manto que ha cubierto
A la hija de Colon i de Isabela,
No en jirones los fuertes lo arrebaten,....
No en la lanza del barbaro se prenda!....
¡Contra ella se conjuran en secreto
Las sitibundas hordas flibusteras
Que, para horror del mundo, han abortado
Otra lei, otra raza, no la nuestra;....
I en el velado porvenir se alcanza,
Solo en la union la salvacion de la América!

Si, pueblo de valientes ¡Goza en la obra
De tus inclitos padres! ¡Brille eterna
Tu gloria sin mancilla! ¡Luzca siempre
Sobre tu frente altiva, de tu estrella
El rayo rutilante! ¡En los altares
De la patria tambien caiga la ofrenda
Que deba de inmolarse en sacrificio,
I el holocausto las pasiones sean!
¡El corazon ardiendo en fuego sacro,
Palabras sonorosas dé a la lengua,
Que entre vapores incensados, se alcen
Al trono de la Suma Omnipotencia!

¡Sol de setiembre! el coro de mil vírjenes
Que para tu alabanza se concierta
Como un órgano inmenso en armonias,
Suba a vibrar en la rejion etérea.
¡Truene el cañon! ¡sonoros estampidos
Los ámbitos recorran por do quiera;
I el fausto nombre del chileno dia
Asordadas lo escuchen las esferas!

¡Sol de setiembre! invoquen las edades!....
¡Sol de setiembre! canten los poetas!
Que para tanto, ya del harpa solas
Vibrando están las numerosas cuerdas!
Pulsadlas, pues; i en poderoso acento,
Con voz robusta i con fecunda vena,
Al cantar de los héroes las hazañas,
Enseñad a las jentes venideras,

Que Chile dió una vez un grito santo,
Que aquella vez se despertó a la guerra;
I que en su enseña tricolor ha escrito
Para siempre jamas ¡¡Independencia!!

HERMOJENES DE IRRISARRI.

Un hombre a la moda.

I.

No hai duda, el mundo marcha.

Casi dia por dia nuevas fuerzas apareciendo vienen a aumentar el poder del hombre, su bienestar, su riqueza, su felicidad,—si eso que llamamos felicidad i en cuya persecucion todos vamos de la cuna a la tumba, consiste en comer bien, en dormir abrigados, en viajar con rapidez, en vestir con elegancia, en encontrar sin grandes penalidades los medios de subsistencia, en la *bona vita*, en los goces materiales, en una palabra; que si en esto no consiste, ya la cosa muda de aspecto, i tendremos que confesar que el progreso no ha alcanzado a tanto.

Pero esta es cuestion de poco momento, como diria un hombre positivo, i vamos adelante.

No hai duda, volvemos a repetir, todo marcha i al vapor en la venturosa época en que vivimos.

La riqueza afluyendo a torrentes a las manos de los poderosos, de los privilejiados de la fortuna, derrama por todas partes el lujo con su oropel, su fausto, sus prodigalidades, disipaciones, desenfrenos dorados i ruidosos, i, lo que es peor, con carta blanca para ostentarse i ser saludados, aprobados, festejados, cortejados i alentados siempre que vayan cubiertos de tul, de terciopelo, de blondas, de encajes i de diamantes, i caminen en coche, i se aniden entre dorados, entre brocato, entre brillantes espejos i ricos tapices; porque si visten quimon i gastan zapatos ordinarios i se anidan entre cuatro paredes sucias, ruinosas i engrietadas; i tienen por campo las tabernas en lugar de retretes elegantes, es diverso: la sociedad se indigna, pone el grito en el cielo, perora en favor de las buenas costumbres, i pide a la justicia su espada vengadora.

Oro! Oro! pues, dicen todos: i todos se lanzan en su busca; sin pararse en medios, con la seguridad de que si son llevados por el rápido wagon de la fortuna, i lo alcanzan, todo les será perdonado por la sociedad, que jamas pregunta:—¿de dónde os viene esa fortuna? Le basta saber que la teneis, para que os cuente en el número de sus escojidos.

—Entónces ¿porqué detenerse? Los caminos honorables están cerrados:—qué importa! se toman los caminos infames. La sociedad nos pide oro, i no se cura de nada mas.

Hecha esta reflexion el hombre que ambiciona llegar a la cima, que estima en algo las cortesías, las falaces sonrisas de la sociedad, se echa a la espalda la conciencia i emprende la conquista de esa varilla májica.

Así, pues, se vive para la riqueza como en tiempos de mas atraso, cuando no se viajaba en ferrocarril sino en carruaje o a lomo de mula, en buque de vela i no en vapor; i se hacia testamento para ir de Chile al Perú, i nos confesabamos para ir de América a España, se vivia para la patria, para la libertad, para el honor i no sabemos para cuantas otras simplezas ya ignoradas u olvidadas.

Oh! el mundo se hace cada dia mas positivo. El honor, la patria, la libertad son palabras sonoras que hacen encojerse de hombros a los partidarios de la realidad.

El honor,—ten oro i tendras honor, dicen los hombres de *buen sentido*.

La patria,—la patria es la riqueza: el hombre rico en todas partes esta en su patria; i poco le importa que mande este o aquel, que haya tiranía o no la haya, que haya justicia o no para los demas; porque, lo que es para él, siempre la habrá, porque la justicia la hacen los talegos.

La libertad,—el hombre que tiene oro tiene libertad de sobra: puede robar no con ganzúa, no escalando paredes; pero si con las cartas o con los dados; puede asesinar, no con puñal; pero si con esas armas ocultas i no por eso ménos pérfidas que van directamente al corazon i lo hieren profunda, sorda e incurablemente. La herida no arroja sangre: entonces nada tiene que hacer la justicia social.

Cómo se atreveria ningun tribunal del mundo a perseguir, a encarcelar, a encausar a un millonario que juega, cuando juega por *tono*. La lei habla de los que juegan en garitos, sobre un tapete sucio, con cartas ajadas, con dados manchados; i no de los que juegan en un gran salon tapisado de tisú de oro, muellemente recostados sobre otomanas de terciopelo, con cartas de hilo i en un rico tapete verde. Oh! la sociedad pondria el grito en el cielo contra tal desacato: mas de un periodista la sentiria conmovida hasta en sus cimentos, i derramaria gruesas lágrimas sobre la muerta inviolabilidad del hogar doméstico.

Péro esto es atroz, dirá alguno que solo ha divisado el mundo por un prisma dorado, por el prisma de la ilusion i el engaño....Pero esta es la verdad, i verdad amarga, como buena verdad.

La deshonra, la cárcel, los códigos, con todas sus penas infamantes i crueles, se han hecho para el pobre, para el ratero que hurte un pañuelo o algunas monedas, para el bandolero que asalta al caminante i juega con él su vida;—pero no para esos rateros, para esos bandoleros de salon que cambiando el puñal o la pistola por el dado, arruinan en unos cuantos golpes a un padre inesperto, i sumen a su familia en la borfandad i la miseria. No, ese es un *bandolero de tono*, tiene patente pa-

ra arruinar al padre, para seducir a la hija, para introducir en el hogar hasta entónces honrado tras la miseria, la deshonra, la corrupcion i el vicio. . . . . .

. . . . . .

¡El mundo marcha, señores, el mundo marcha!

Pero basta de reflexiones i entremos en materia.

II.

Las doce acababan de sonar. El dia estaba hermoso, con esa hermosura de que solo se goza en los primeros dias de la primavera. Todo parecia incitar a la felicidad, al amor, a las ilusiones, esas mentiras del alma, que nos mecen en brillantes i encantadas esferas, que evocan ante nuestra vista, como por la virtud de un golpe de majía, mundos de luz, de belleza, de poesía, de goces sin fin ni medida.

¿Quién mirando el cielo sin una nube, los árboles que empiezan a ataviarse con todas sus galas, teniendo por tocador cristalinas i mansas aguas, los campos matizados de flores de mil caprichosos i variados colores, la naturaleza toda ostentando llena de orgullo i de placer su poder i su grandeza; quién, volveremos a repetir, no se siente feliz, no olvida los dolores, angustias i contrariedades, las amarguras de cada hora, para entregarse a la contemplacion de tan hermosa i galana realidad?

Parece imposible que ese sol, bajo cuyos rayos templados i dulces, todo nace a la vida; que esa brisa suave i perfumada, como el aliento de una vírjen, que azota blandamente las hojas del árbol i hace inclinarse la flor sobre su tallo; que esa brisa que es como la sonriza de alegria de la naturaleza, no disipe el pesar del alma que padece, no seque las lágrimas en los ojos que lloran. Parece imposible que ese sol i esa brisa, que traen la vida, el movimiento, la armonía al arbol, a la planta, a la flor, al ave i al arroyo, no lo lleven tambien al corazon que sufre, al alma que se evapora, al cuerpo que se aniquila.

Por eso, en estos dias, nuestra creencia en la desgracia es ménos firme.—Si somos felices creemos en la felicidad.—Si somos desgraciados vemos nacer la esperanza.

Pero, lo que hai de cierto, es que, tanto en la primavera como en cualquiera otra de las estaciones del año, el mundo sigue su carrera, i el hombre no es ni mas feliz ni mas desgraciado;—i rie en la niñez,—espera en la juventud,—duda en la edad madura—i llora i recuerda en la vejez.

En uno de esos hermosos dias de primavera i en un saloncito de trabajo, en que la elegancia, la riqueza i el *confort* luchaban con armas iguales, se encontraba, muellemente echado sobre una otomana de brocato de un rojo subido, un hombre de rostro lleno de distincion i belleza.

De cuando en cuando se enderezaba en su asiento i sus ojos negros, rasgados, hermosos, vivos i penetrantes se fijaban en un alto de papeles de diversas formas, tamaños i colores, tirados en desórden en una mesa de escribir colocada junto a él.

Esta mesa era, sin duda, el mueble mas elegante del salon. Sus patas de un tallado admirable con incrustaciones de nácar, sostenian una cubierta de forma caprichosa, i de un gusto sin igual. Estaba rodeada de cajones, que ajustaban tan bien, que a no haber estado abiertos casi todos ellos, no se hubiera sabido que los habia.

Cada uno de estos cajones lleno de fantásticos relieves en su parte esterior, era, en el interior, un verdadero dédalo de pequeños cajoncitos, que se abrian en diverso sentido. Aun forzada la cerradura principal nada se habria conseguido: quedaba por alcanzar lo mas difícil, i era abrir los cajones interiores. Por todas partes se divisaban botones de oro, que formaban las mas estrambóticas figuras, i parecian como los resortes de cada uno de esos pequeños cajones; pero desgraciada la mano que hubiera apénas oprimido cualesquiera de ellos, una corba, afilada i delgadísima cuchilla, saliendo de uno de los estremos del boton oprimido, cortaria esa mano en menos tiempo que el necesario para exhalar un:—ay!

Para abreviar: la mesa esta tenia mas secretos que una mala conciencia; pero secretos a salvo de todo riesgo. Su dueño podia dormir tranquilo.

En uno de los estremos de la habitacion i entre dos elegantes i muelles divanes, habia una mesa de arrimo adornada con dos floreros de china i tres pequeñas estatuas en bronce, representando una de ellas el gladiador herido, otra a Napoleon sobre las rocas de Santa Helena i la tercera el hermoso grupo de Diana i Endimion.

De las paredes, tapizadas de tisú rojo i oro, colgaban unos cuantos cuadros de bastante mérito, i que habian sido colocados con un esquísito conocimiento de la perspectiva i de la luz.

Los claros que dejaban los cuadros estaban cubiertos con panoplias de armas antiguas i modernas, empezando por la corta espada romana, i concluyendo por la mas perfeccionada pistola de duelo.

Todo aquello era elegante; pero de una elegancia estraña, fantástica, graciosa i severa al mismo tiempo; pues, las cortinas de la ventana, de un rojo subido como los muebles i el empapelado, daban a todos los objetos un viso sangriento.

Cualquiera al entrar en esta habitacion i llevado a juzgar del hombre por las esterioridades, habria creido vistos los cuadros i su colocacion, que su dueño era artista: otro, al ver las panoplias, lo habria creido un militar; un tercero, en presencia de la mesa cuyos cajones i cubierta estaban atestados de papeles, lo tomaria por un hombre de estado; i no habria faltado un cuarto que, al reparar en los

tintes sangrientos con que todo estaba coloreado, se hubiese imajinado aquel saloncito el gabinete de trabajo de algun poeta *bayroniano*.

Sin embargo, su dueño no era ni artista, ni militar, ni hombre de estado, ni poeta, era simplemente un amigo de la elegancia i del *confort*, i de muchas otras cosas mas que luego sabrán nuestros lectores.

Enrique de Cumba, porque tal es su nombre, era un hombre de treinta i cinco años, pero que apénas representaba veinte i cinco. Para héroe de novela no tenia precio. Sus perfecciones físicas parecian casi imposibles. Sus ojos i sus cabellos eran negros. Su cabeza, de un corte bellísimo, se encontraba realzada por una frente ancha, preñada i tersa. Su nariz, de una línea firme i delicada, era perfecta. Su boca pequeña, adornada por un sedoso bigote negro, hacia resaltar la blancura sin igual de sus dientes. El corte de su barba era tan fino como el de una mujer.

Con todo, el conjunto de esa fisonomía en que todo era pureza de líneas, perfeccion, delicadeza, tenia un no sé que de varonil, de imperioso que subyugaba, que imponia i hasta atemorizaba.

A pesar de estar envuelto con una ancha i larga bata de cachemira, se alcanzaba a distinguir por entre los duros pliegues de ese desgraciado vestido, la esbeltez de su talle i las bellas proporciones de su cuerpo. Enrique era de mediana estatura.

Despues de haber mirado con ojo distraido los papeles que yacian en desórden sobre la mesa, cayó en una meditacion profunda.

De cuando en cuando sus cejas se arrugaban, una sonrisa nerviosa contraia sus lábios i como una nube pasaba por su frente en la que se notaban dos imperceptibles arrugas.

De repente se enderezó en su asiento, como sobresaltado, i esclamó:

—¡Todo lo he perdido hasta el honor! El honor!... el honor!... el honor! repitió tres veces con voz apagada i como maquinalmente i volvió a entregarse a su meditacion.

Al cabo de un rato se pasó la mano por la frente, como quien trata de introducir algun órden en el confuso laberinto de las ideas que se atropellan a una cabeza debilitada por la meditacion i la fiebre, i dijo con ese tono brusco i breve que indica una firme resolucion:

—Es necesario... le escribiré!

Tomó una pluma i trazó con rapidez febril algunas palabras.

En seguida se levantó i fué a tirar con mal humor del cordon de la campanilla.

Se presentó un criado.

—Pronto esta carta a don José de Ayala, le dijo Enrique entregándole el pliego.

El criado salió despues de hacer una cortesia.

Enrique volvió a sentarse i empezó a abrir con rabia los cajones de la mesa, i a sacar cuanto papel contenian éstos. Unos los arrojaba sin mirarlos, otros se quedaba considerándolos un instante como indeciso, algunos leia mentalmente, i, ora se mordia el lábio inferior, ora arrugaba el entrecejo o una risa infernal asomaba a su boca.

En el fondo de uno de los cajones que acababa de desocupar, yacia un billete en papel amarillo ajado i deslustrado. De repente los ojos de Enrique se detuvieron en él. Su rostro cambió súbitamente de espresion.

Tomó el billete con supersticioso respeto. Le imprimió un beso estrepitoso i ardiente i una lágrima silenciosa rodó por sus mejillas. Lo abrió, lo leyó i releyó, i volviéndolo a doblar, fué a guardarlo en una cajita de nácar colocada en uno de los estremos de la mesa, i donde habia otros del mismo color.

—Miéntras he sido feliz, dijo con voz conmovida i mirando con ternura la cajita, miéntras llevado por el torbellino de las pasiones, esclavizado por ellas mi vida ha sido constantemente azotada por la tempestad del vicio cuando tu recuerdo me ha asaltado, ánjel de bondad i de pureza, no he tenido para tí, mi primero, mi único amor, ni un pensamiento, ni un suspiro, ni una lágrima... Perdóname.

I dos gruesas lágrimas volvieron a correr por sus mejillas.

—Pero el momento es poco a propósito para entristecerse... Ahora es necesario que hable la cabeza i que el corazon se calle, agregó con cierto despecho desesperado... Soi loco... Me dejo llevar de sentimientos tiernos, nobles i puros, cuando el odio i la ira me abrazan... Insensato de mí!... pensando en felicidades que fueron, cuando... cuando... la desgracia, la ruina, el deshonor toca a mi puerta... No.. en mi corazon no debe imperar sino el odio... Fuera, recuerdos de mejores tiempos! Pensemos en el medio de atajar mi ruina.

Enrique se dejó caer de nuevo en su asiento i se entregó a una sombria meditacion.

Pocos momentos despues se presentó, con una carta en la mano, el criado de Enrique. Al ruido que hizo al abrir la puerta volvió éste en sí.

—¿Qué hai? le preguntó con un tono que trataba de ser calmado i era angustioso.

—La contestacion, señor, respondió el criado entregándole la carta.

—Está bien... retírate.

Enrique rompió el sello con precipitacion. Miéntras leia o mejor devoraba el contenido de la carta, una respiracion dificultosa levantaba su pecho.

—Lo aguardaba.... Paso inútil... Es tan miserable, dijo apretando los dientes, i arrojando la carta léjos de sí.

La carta decia lo siguiente:

«Mi buen amigo:

«Siento infinito no poder acceder a su deseo. «Tengo compromisos de honor que nece-

sito satisfacer hoi mismo. Sin esto lo esperaria a Vd. el mes que me pide. Pero como así no puede ser, aguardo tener la suma que Vd. me adeuda a las cuatro de la tarde en punto.

«Mande Ud. a su servidor, que desea serle útil. José de Ayala.

Setiembre 25—»

—Pues bien, agregó Enrique, despues de un momento de silencio, no me das cuartel.....Quieres humillarme....quieres que mi ruina sea pública; pero no lo conseguirás.....

I fué a tirar con fuerza el cordon de la campanilla.

Se presentó el criado.

—Que enganchen el coche, dijo Enrique sin mirarlo.

El criado salió. Enrique pasó a una pieza contigua al salon.

Arrojó su bata sobre una butaca colocada enfrente de un espejo de cuerpo entero con marco de jacarandá. Arregló sus caballos, peinó con cuidado su bigote i se puso una elegante i bien cortada levita. Enrique estaba de veras hermoso. Ya no era el mismo hombre que hemos visto hace un momento presa de mil encontrados sentimientos: su sonrisa, su aire, su apostura todo parecia decir:—Ese es un hombre feliz.

Despues de haberse mirado varias veces al espejo, dijo a media voz:

—Está bien....¡Quién ha de creer ahora que soi un hombre arruinado....que tengo el infierno aquí?.....i se tocó el corazon. Nadie... ni el mismo don José.....miserable!....La vida es una comedia i es necesario que cada uno represente hasta el fin su papel.....se me cree rico i feliz.....pues que se me siga creyendo tal..... Ai de mí! si la verdad llegase a traspirarse; los elojios que el mundo me tributa se tornarian en crítica; en vez de imponer la lei me la querrian imponer.....I los que ayer me recibieron con aplausos, hoi me recibirian con silvidos; los que ayer se creian honrados con mi saludo i lo buscaban, lo mendigaban, volverian la esquina para no encontrarse conmigo.....El dado está echado....ya no es posible volver atras.....adelante!

I Enrique dejó el gabinete i volvió al salon donde lo esperaba su criado.

—Señor, el coche está puesto, le dijo el criado.

—Está bien, le contestó Enrique, i empezó a revolver los papeles amontonados sobre la mesa. Pero, parece que no encontraba lo que buscaba, porque despues de haber vuelto i revuelto con precipitacion cuanto encontró a mano, dijo:

—¿Que es esto?.....¿Tambien esta última tabla se me escapa? ¿Dónde pueden estar estas cartas? —i se pasó la mano por la frente, como quien procura detener un recuerdo que se escapa i agregó.

—Ah! ya sé..... hoi tengo perdida la cabeza.....Hasta para tener memoria es necesaria la felicidad!

Abrió entónces uno de los cajones que aun permanecia cerrado, i sacó de él un paquete de poco volúmen ligado con una cinta rosada. Despues de mirarlo un rato con atencion, dijo, con tono sentencioso:

—Vaya, vaya..... quien creyera que de estos miserables papeles depende el honor, la dicha, la tranquilidad de una mujer.....

Despues de un corto silencio agregó!

—Por esta vez estoi salvado.....tendremos llantos, reproches, ruegos, unas cuantas escenas del patético mas sublimado;.....pero todo se arreglará.—Ama tanto a su hija.....pobre mujer!

I algo como un sentimiento de compasion se retrató en las facciones de Enrique, que añadió, como arrepentido de su impresion.

—Pero no: no es este el momento de ser compasivo.....Si aun queda algun sentimiento noble i digno en este corazon es necesario que calle, que enmudezca, que muera, sí, que muera!....que muera!

Guardó los papeles en el bolsillo i salió con paso precipitado.

En la puerta le aguardaba una elegante berlina, tirada por dos briosos alazanes, que, impacientes por partir, tascaban el freno i golpeaban el suelo con sus ferrados cascos.

Enrique subió a la berlina de un brinco, i dijo al cochero:

—Tira, calle de los Huérfanos abajo: adonde sabes.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

(Continuará.)

Un error judicial.

Conclusion.

V.

Cuántas amargas reflexiones no asaltan al pensador al imajinar todas las angustias que esperimenta un hombre en esos supremos momentos que preceden al tránsito de esta vida a la eternidad; sobre todo cuando el ser que vá a perecer está lleno de juventud, de vigor, de esperanzas; cuando su corazon palpita al calor de algun noble sentimiento, cuando su alma se levanta en alas de alguna elevada aspiracion: i todo por obra de una lei absurda i hasta impía, por una invasion injustificable en los dominios del que todo lo cree i todo lo destruye. Pero el hombre en su orgullo no teme poner su mano, profanar, aniquilar la obra de Dios.

I los hombres, sienten tranquila su conciencia i se aplauden de su rectitud porque no ven de manifiesto i palpables los efectos de la cólera celeste; pero, despues cuán terribles, talvez, no serán las represalias!.....—El juez cree haber cumplido con un alto deber: ha hecho la aplicacion literal de la lei: no abriga remordimiento alguno. ¿Cómo imajinarse responsable de los vicios de que adole-

cen los códigos? Descansa en la sociedad que los ha promulgado, i a fé que ella es la verdadera culpable.

Leyes vetustas, confeccionadas en tiempos de ignorancia i barbarie, subsisten aún, para mengua de la humanidad, en sociedades completamente rejeneradas por las ciencias, las artes, la industria, es decir, por ese rayo vivificador que todo lo transforma: la Civilizacion! A quién se puede reprochar ese defecto sustancial?—Sin duda alguna, a la misma sociedad que, con apatía culpable i cobarde para hacer el bien ya que no para ejecutar el mal, no se cura de remediar tamaños i tan funestos contra-sentidos sociales. Esa indiferencia es vituperable i hasta criminal, porque importa nada ménos que un nuevo escollo puesto a la rápida marcha del progreso.

Toda la argumentacion que suministra el raciocinio empapado en los mas nobles sentimientos i envuelto con todos los esplendidos atavios de la imajinacion se han aunado para combatir la pena capital. La victoria ha quedado por los enemigos de esa absurda penalidad: la conciencia humana protesta contra ella i pide a grito herido el que sea testada de los códigos inspirados i hechos bajo el influjo de la civilizacion. Pero si las sociedades caminan sus leyes no dan un paso. El buen sentido se subleva; pero la costumbre i la preocupacion pueden mas que él en el ánimo de los lejisladores.

Sin embargo ya es tiempo de que algo se haga en favor de la completa estincion de la pena de muerte i de los irreparables errores que enjendra.

Seria bueno usar desde luego de gran moderacion i discernimiento en su aplicacion, i hacerla solo en casos en que no exista la mas leve duda respecto de la criminalidad del acusado.

Para alcanzar un fin tan moral i benéfico preciso e indispensable es reformar sin pérdida de tiempo la tramitacion del proceso criminal. Chile, esa república reinà de todas las demas de Sud-América no permanecerá sorda al grito jeneroso de la ilustracion! Chile que ha sabido libertarse del yugo estranjero sabrá tambien desembarazarse de las trabas vergonzosas que oprimen su lejislacion!

El momento es oportuno para emprender i llevar a término grandes i útiles reformas en materia criminal, desde que un nuevo código sobre ese ramo de la lejislacion se redacta en este instante.

La mas trascendental de las reformas seria para nosotros en este punto la creacion de un jurado para ventilar en primera instancia las causas criminales.

Es necesario que la sociedad en masa dé su veredicto en la violacion de la lei cometida por uno de sus miembros. Donde quiera que los jurados han sido instituidos en materia criminal, la justicia, sin perder nada de su prontitud i efectividad, ha ganado inmensamente por el lado del acierto i del prestijio que nunca es malo acompañe a todas sus decisiones. Esto de dejar al cargo de un solo hombre la vida, el honor de uno de sus semejantes, dá de sí cierto desprecio por los fueros de la humanidad mui contrario a la ilustracion i al progreso.

Hace pocos dias que nobles palabras se hicieron oir en el recinto del congreso sobre la necesidad de hacer revisar las sentencias fulminadas por los jueces letrados en lo criminal, por otro de igual categoria (1). Todos los corazones leales i jenerosos participan de esa idea eminentemente humanitaria i liberal, pero de desear seria se tuviera el valor de ir mas allá. Los males no se remedian con términos medios. Los paliativos velan la injusticia sin quitarle por eso nada de los perniciosos jérmenes que entraña. El gran remedio a todos los males que se lamentan es la institucion del jurado en materia criminal.

No es nuestro objeto entrar aquí en largas i fatigosas disertaciones jurídicas; líbrenos Dios de querer procurar tal percance a nuestros lectores, de conspirar de tan clara manera contra su paciencia. Cuanto hemos dicho i nos queda por decir es con relacion a la verídica historia que venimos bosquejando. En ella, figuran en primer término dos individuos a quienes las apariencias designan como culpables: un denuncio anónimo ha sido suficiente para que se les arrebate violentamente del seno de su familia i se les prive del bien mas grande que existe sobre la tierra: la libertad. Ese denuncio, tramado tal vez por la maledicencia i la calumnia, ha bastado para formar el primer eslabon de la cadena del proceso. Se han tomado indagaciones para inquirir la verdad. Quien ha practicado esas primeras dilijencias?—El mismo i solo juez que ha librado la sentencia condenatoria, obrando, segun lo ha creido concienzudamente en justicia, por los indicios que el denuncio i las circunstancias le han suministrado. Pero,—habrá sabido apreciar con la debida prudencia el justo valor de esos indicios?—La certeza moral que le asistia no pudiera acaso atribuirse a alguna predisposicion física prodncida por el temperamento mas o ménos bilioso, sanguíneo o nervioso de ese juez; por su imajinacion mas o ménos impresionable?—De seguro que si entónces, aunque sea indisputable que esa conviccion moral que arrastra su conciencia es errónea, desde que puede estarse moralmente cierto de un hecho destituido de todo fundamento,—cómo destruir el influjo de esa misma conviccion?—No titubeamos en decirlo; con los procedimientos actuales eso no solamente nos parece difícil, sino

(1) Discurso pronunciado por el señor don José Miguel Barriga en una de las últimas sesiones de la Cámara de Diputados, del mes próximo pasado de Agosto.

imposible; i por consiguiente el acusado tendrá forzosamente que padecer las consecuencias de esa conviccion que, aunque sea aislada, única, lo empujará tal vez al patíbulo.

La opinion del majistrado suele nacer tambien de este o el otro incidente ocurrido en las confesiones del reo. Habrá pesado el juez con toda imparcialidad las circunstancias escepcionales en que se encuentra el acusado? Habrá comprendido las angustias lejítimas de que es presa, las torturas que le procura una estricta incomunicacion, de la que no sale casi nunca sino cuando el juez ha arrancado de su boca una confesion que le condena? Se habrá hecho cargo del estado vecino a la imbecilidad en que sume al reo el verse cargado de prisiones? Habrá comprendido la confusion de sus facultades intelectuales, cuando se vé envuelto en un inestricable tejido de imputaciones falsas i calumniosas, contra las cuales no puede aducir de pronto ninguna prueba fehaciente de su inocencia? Entorpecimiento moral aumentado considerablemente por las preguntas capciosas que, en forma de cargos, le son dirijidas i son otras tantas acusaciones parciales; porque, preciso es confesarlo, en el órden presente de cosas, el majistrado encargado de la prosecucion de un proceso criminal, no es un juez tal cual lo requiere la recta imparcialidad; es mas bien un acusador que tiene siempre suspendida sobre la cabeza del reo la espada de Damocles. Busca acaso alguna prueba de inocencia? Nó, solo quiere encontrar indicios de culpabilidad, porque está persuadido que esto es el medio de dar testimonio de su profunda sagacidad i conocimientos.....

¿No puede suceder entónces que el reo, hastiado de torturas sin fin quiera concluir de una vez con su miserable existencia i se declare culpable de un crímen que no ha cometido?..... Invoca al ser Supremo, se entrega a su divina misericordia i espera!!.... Con esa confesion, consigue al menos una cierta tranquilidad de espíritu; su incomunicacion cesa; los grillos que lastimaban sus miembros caen; el carcelero es ménos adusto; vé el cielo i sus pulmones pueden respirar mas libres. Se ha obtenido de él lo que se deseaba, ha confesado su crímen ¿para qué atormentarlo mas?..... Semejante a las víctimas de la antiguedad, goza de los mismos privilejios: su corona de espinas se ha trasformado en una guirnalda de flores; pero ella se empapará en sangre el dia de su inmolacion en el altar de la vindicta social, si el Omnipotente no se digna convencer a la sociedad de su error!!!

Con la institucion del jurado esos males desaparecen, sobre todo si éste existe para la acusacion i el jnzgamiento definitivo. El rol del majistrado encargado de perseguir los delitos se reduciria entónces al de juez instructor. Este despues de haber empleado todos los medios que la lei le concede para evidenciar la verdad o la falsedad de una alegacion criminal, remitiria su informacion al jurado para que éste declarase previamente si há o no lugar a la acusacion.—Llamado a presencia del tribunal que la suerte hubiera designado para decidir de su destino, el acusado gozaria ampliamente de todas las sagradas prerrogativas de la defensa que la justicia i la humanidad prescriben. Los debates serian públicos, el reo podria oir las declaraciones de los testigos i confundirlos en caso de impostura, como así mismo desvanecer presunciones que, a los ojos sobrado penetrantes de la lei, son de un gravísimo peso, pero que a los de hombres llamados a juzgar segun su conciencia pierden el carácter espantoso que el juez de derecho les atribuye. Tambien el jurado tendria que declaran si en la perpetracion del crímen militan algunas circunstancias atenuantes en favor del acusado.

Las leyes españolas no reconocen sino una sola escepcion a este respecto, la de lejítima defensa, lo que equivale a decir ninguna, pues que en ese caso el crímen no existe. Convicto el reo se le hace la aplicacion testual de la lei; jamás se toman en consideracion los mil azáres, ajenos muchas veces de su voluntad, que lo han impulsado. I no puede ser de otro modo, la lei escrita no ha penetrado en los arcanos del corazon humano cuyos estravios no pueden ser juzgados por ella. Es necesario que el hombre juzgue al hombre, que el corazon que ha sentido el empuje de la pasion juzque al corazon que ha sido precipitado por ella en los abismos del crímen.

Las naciones mas adelantadas del viejo mundo poseen esa preciosa institucion. La Inglaterra, esa monarquía donde existe la verdadera igualdad ante la lei; la Francia, de quien un eminente jurisconsulto ha dicho, que bien se le podia perdonar su sangrienta revolucion de 93 por haber nacido de ella el jurado; muchas otras naciones europeas; i en America los Estados Unidos han reconocido la excelencia de ese tribunal. No podemos pues, creer que Chile, pais republicano por su constitucion i mas que todo por el corazon se quedará atras, se mostrará reacio a la reforma. Alejémonos para siempre de los tiempos en que los Calas, Lesurques i tantas otras víctimas de una precipitacion i error injustificables han expiado en el cadalso crímenes imajinarios. La justicia no debe ya engañarse nunca. Basta de tribunales cuyos trámites secretos los hace asemejarse a la inquisicion. El progreso no admite esas sentencias elaboradas i fulminadas a puerta cerrada; pide la luz de la publicidad que solo se podrá conseguir con la institucion del jurado.....—Se obtendrá?....confiemos, i esperemos!.....

VI.

En la mañana del dia fijado para la ejecion de Federico, Gabriela habia suplicad le trajera de su casa un cofrecillo que s poso le habia obsequiado el dia de su n

monio i que ademas de valiosas alhajas contenia bienes mas preciosos para ella—unos bucles de cabellos de su madre i el retrato de su amante. Queria acaso pedir a ese santo recuerdo el valor que necesitaba para resistir al choque de este último acto de la trajedia en que acababa de representar el rol de protagonista? Queria tal vez pedirla a la dulce imájen del que tanto amaba i que no volveria a ver sino en el cielo?—Se defirió a su deseo.

El cofre llegó; pero antes de ser entregado a su dueño tuvo que pasar por el rejistro de la justicia.—El juez ordenó forzar la chapa, porque en la confusion que se habia seguido a la muerte de don Jervasio i prision de Gabriela se habia estraviado la llave. . . . . .

. . . . . .Una multitud ansiosa de sangre i espectáculos ocupaba la plaza de armas i esperaba impaciente el condenado. . . . .

De repente, se vió salir a todo escape de la portada de la cárcel al ordenanza del juzgado del crímen que, montado en un brioso caballo se dirijia a media rienda hácia el palacio presidencial. Era portador de un oficio: su semblante radiante anunciaba que su mision tenia, en ese instante, algo de elevado i consolador. Una sola palabra pronunció, palabra que fué recojida con entusiasmo por los espectadores:—Inocentes!—habia gritado el mensajero de perdon. Todos los corazones jenerosos palpitaron al oirla. . . . . .

Hé aquí lo que habia sucedido:

Abierto el cofrecillo, i encima de las alhajas i de las perlas que descansaban muellemente sobre un lecho de razo color cereza realzado con brillantes bordados de oro, el majistrado vió un papel escrito con suma pausa i que revelaba la firme determinacion del que lo habia suscrito. Lo leyó, i corrosivas lágrimas brotaron de sus párpados. Renunciamos a pintar los diversos sentimientos que oprimieron su alma..... La omnipotencia divina se habia manifestado. Una carta habia estado a punto de perder a Gabriela i Federico, una carta venia a salvarlos. Estaba firmada por don Jervasio i contenia estas palabras:

«Gabriela,

Tú no me amas: tengo la prueba de ello. Demasiado tarde me he convencido que mi amor por rendido que fuese no podia darte la dicha que tú merecias. Te quiero feliz, feliz a toda costa, aún de mi vida.

Si he sido egoista, perdóname! Ai! estaba cegado por la felicidad que he disfrutado hasta el dia en que conocí que no era correspondido. Perdóname pues los pesados deberes que te he impuesto con una union desproporcionada, cuyos lazos rompo ahora para devolverte tu libertad.....No puedo vivir con este pesar, pongo fin a mis dias, seguro de amarte aún mas allá de la tumba!!

El que te adora.

Jervasio.»

Sacrificio inmenso de un heróico corazon para cuyo encomio son impotentes las palabras.

Una órden Suprema hizo suspender la ejecucion.

Los dos amantes fueron salvados (1)!.....,

Pocos dias despues de estos dramáticos sucesos, espantado el juez del crímen de la enorme responsabilidad que pesaba sobre él i acusándose por exceso de delicadeza de haber condenado a dos inocentes, renunciaba al mundo i se encerraba para siempre en un claustro (2).

EUGENIO MONTIGNY.

Pobreza i Riqueza.

Regla jeneral:—el hombre no sabe ni lo que piensa, ni lo que dice, ni lo que hace.

Por cierto que no es necesario imponerse mayores afanes para probar la exactitud de esa regla. Basta con tomar a la casualidad a cualquier ser racional, procurar sorprender una de sus esperanzas, una sola de sus aspiraciones, el menor de sus deseos para que plena justicia sea hecha a la verdad de nuestra observacion.

Se asegura que la mas perseverante ocupacion del hombre, lo que absorbe todos sus instantes, lo que le hace andar, apurar el paso i hasta correr, lo que hace de su vida un círculo vicioso de llanto i risa i de risa i llanto, es la manía que lo posee de dar casa a esa dorada ilusion, a ese ensueño color de rosa que se ha convenido en llamar—felicidad!

¿Quién no hace por enderezar la nave de su destino hácia ese puerto?—Todos trabajamos, sufrimos, lloramos, esperamos i desesperamos navegando en su busca. Vamos de caida en caida, de alegría en alegría, de dolor en dolor, de espina en espina, de desengaño en desengaño, haciendo de ese algo indefenible que constituye nuestra peregrinacion por este bajo mundo un verdadero vestido de polichinela, en que todos los sentimientos, todos los bienes i todos los males, todas las virtudes, i

(1) Consecuentes con la prueba que hemos ofrecido dar en nuestra primera nota, sobre la realidad de los hechos referidos, citamos el caso idéntico acaecido en Castromarino, pequeña villa situada cerca del mar, a la estremidad Sud-Este del Portugal, a fines del año pasado de 1858. Siendo del dominio público el suceso i las personas que en él figuran, damos aquí sus nombres: El señor de *Ayamonte*, distinguido militar retirado, su esposa i el conde *Aviz de Niebla*. (Correspondencia de Paris, *Ferrocarril* de 25 de enero de 1859.)

(2) No hacemos alusion personal alguna: i sin querer escudriñar los motivos que para ello tenia el hábil majistrado de igual clase que, en el año de 55 pronunció sus votos en un convento de esta capital, rejistramos este hecho por ser verídico.

todos los vicios, todas las grandezas i todas las miserias nos prestan un pedazo para confeccionarlo.

Si hoi esperamos—mañana desesperamos.

Si hoi creemos—mañana dudamos.

Si hoi amamos—mañana aborrecemos.

Si hoi el placer nos penetra—mañana el hastío nos mata.

Donde hemos creido ¡pobres ilusos! haber encontrado la dicha solo hemos estirado la mano, abierto los brazos para asir qué?—El vacío i nada mas que el vacío.

Sin embargo, i apesar de la esperiencia con sus realidades, no hai un solo mortal que no desoiga i tenga en ménos el aprovecharse de los ajenos percances, para gozar del equívoco placer de recibir por sí mismo las nuevas lecciones que en cada paso que dá, en cada senda en que se compromete, en cada deseo que alienta, en cada esperanza que concibe, en cada ilusion que se forja i en cada necedad que hace, le reserva la vida. Por eso nada es mas cierto que el rigor solo es parte para meter órden en los negocios del hombre.—Este pobre engañado solo sabe aspirar, martirizarse i morir por lo que ha de venir a aumentar el número de sus contrariedades.

¿No se nos cree?—Traslado al siglo actual.

Nadie duda que en él se ha alcanzado a ver mas claro que en los pasados, gracias a la tan cacareada lei del progreso. Lei es esta que tendrá mucho de verdadera; pero que aseguramos tiene tambien mucho de mentida, como cuanto por estas terrestres rejiones se roza i codea con el hombre, animal que posee la eminente cualidad de soñar demasiado i exajerar no poco.—Ahora bien: en este nuestro siglo se cree a pié juntillas que la riqueza es el núcleo de la dicha, es la dicha hecha moneda, la dicha sonante i contante, porque con ella todo se obtiene; como si en obtenerlo todo estuviera la felicidad. Error! La felicidad está en no desear, no poseer, ni esperar, ni lograr nada: si la dicha existe, la dicha es la pobreza!

¿Qué deseo ha visto jamas el hombre plenamente satisfecho?—Ninguno. Cada deseo por realizar es otro i otros por jerminar.

¿Qué posesion no le ha traido un cuidado?

¿Qué esperanza no lo ha hecho rabiar mas que al célebre rei de que nos hablan las historias?

Luego nada es mas funesto que la riqueza que es madre del deseo, de la posesion i de la esperanza.—¡Vosotros los desheredados de la fortuna golpead las manos, *plaudite cives!* —Cuando se os dice que sois desgraciados se os miente!—Cuando se trabaja por sacaros de vuestra vida sin placeres ni dolores, sin ilusiones ni desencantos, sin aspiraciones ni desengaños se conspira contra vuestra felicidad!—Si quereis convenceros, soplad en los falsos dorados que cubren las existencias opulentas, descorred las cortinas del suntuoso lecho cuando duerme su dueño, observad las arrugas de su frente cuando piensa, las palpitaciones de su corazon cuando siente; corred en todas direcciones su morada, encontrareis el lujo en todo su desenfreno, muebles de tisú de oro, soberbios espejos, magníficos tapices, el oro que podia hacer la ventura de una familia, evitando la deshonra de la hija, las angustias de la madre, el crímen del hijo, disipado en un capricho de fantasia o de orgullo: pisareis, ajareis, respirareis oro; pero en parte alguna, os lo aseguro, dareis con la felicidad.

Mientras el pobre corre el mundo sin temor de las críticas del vecino, de las calumnias del enemigo, de las asechanzas del especulador;—el rico de todo tiembla, por todo se preocupa, empezando por *el que dirán*—fantasma que no se aparta un momento del hombre que ha trepado a las altas esferas de la sociedad. Una palabra mal dicha, un paso en falso, una franqueza intempestiva—si hai alguna que no lo sea—basta para hacerle el blanco de las murmuraciones de los unos, del desprecio saturado de envidia de los otros, del odio de no pocos. Tiene siempre que vestir su fisonomia mas de parada! pobre de él si algun sinsabor, si alguna contrariedad deja traslucir;—todo el mundo tratará de penetrar los misterios mas santos de su existencia íntima, se hará de ellos materia de conversacion, se hará de su alma i de su corazon un campo abierto a todas las curiosidades, a todas las conjeturas, a todas las presunciones, a todas las perspicacias, a todas las malas intelijencias, i donde hasta la necedad tendrá derecho de ir a manchar con sus salivas puros, nobles i elevados sentimientos.

Miéntras el pobre sigue su camino bien que mal, sin curarse del que a su lado pasa, de lo que habrá pensado o dejado de pensar, dicho o dejado de decir;—el pobre rico tendrá que saludar al que le importuna, reir con el que le desespera, apretar la mano al que querria ahogar entre sus brazos.

I esto es solo en cuanto con las esterioridades de la vida se toca.—Cuando se penetra en el interior del alma, en el santuario de los afectos, entónces la riqueza suele ser una abominacion, la espina que nos hiere por entre la mas hermosa flor, la hiel que siempre encontramos en el fondo de todo vaso, un sarcasmo para la creencia, un poder, una fuerza que sin descanso, ni compasion, ni tregua nos empellonea hácia las oscuridades, los tropiezos, las desconfianzas i los martirios de la duda.

¿En qué puede creer el rico?

¿En el amor?—No será su oro el amado? No estrechará entre sus brazos en vez de una mujer amante una mujer vendida? Quién podria decirle que esa hermosura que le trueca el mundo en un paraiso, que hace de su existencia una cadena sin término de gratas i penetrantes armonías, que levanta su alma a las esferas de lo grande, de lo puro, de lo inmaculado; quién le diria que ese ser que al pasar su

modelada mano por su frente disipa todo enojoso pensamiento, que posando sus lábios en los suyos, que perfumando con su tibio aliento la atmósfera que respira, hace palpitar su corazon al impulso de las mas celestiales impresiones de la pasion; quién le diria que esa mujer que cree un ánjel es quizá una cortesana, que ese corazon que oprime contra el suyo no late ni ha latido jamas, que en el fondo de tantas protestas, de tantas manifestaciones de amor no se oculta toda una horrible comedia en que el ánjel no es mas que una actriz consumada?

Es rico!—es la frase con que el mundo esplica todas las prosperidades de los hijos mimados de la fortuna. Al escucharla estos ¿no han sentido a su sangre helarse, a su corazon detener sus látidos, un involuntario suspiro escaparse de su pecho, una lágrima furtiva arrancada por el despecho asomar a sus párpados?

Ahora: que vale, pues, mas ¿la pobreza o la riqueza? Si hai felicidad en este bajo mundo ¿en dónde se encuentra?—En el corazon del que vive en el palacio o en el del que se alberga en la choza? En el de aquel que nada piensa, ni espera, ni desea, o en el de aquel cuya vida es una série no interrumpida de deseos satisfechos i por satisfacer, de esperanzas nacidas solo para morir?

Despues de esto ¿cuándo el hombre busca la riqueza sabe lo que busca? Creemos que nó. —El siglo XIX que ha hecho del oro la pasion que domina, carcome, roe, degrada i mata todas las almas i todas las conciencias, reduce a mercadería desde la belleza de la mujer hasta el heroismo del guerrero, es el mas abominable de todos los siglos.

Desamparados de la suerte no vayais a dar oídos a esos que diciéndose vuestros protectores tratan de nivelar las fortunas, de hacernos a todos ricos; no les deis oidos, por Dios, que lo que pretenden es hacernos a todos desgraciados.

¡Felices los pobres!
¡Pobres de los ricos!

Justo Arteaga Alemparte.

Esperanzas integras.

(Soneto.)

Ansié renombre, i mi menguada estrella
En vez de glorias dióme negro duelo;
Pedí riquezas al avaro suelo,
I desoyó enojoso mi querella;

Entre los brazos de piadosa bella
Quise a mis males deparar consuelo;
¡Ai! triste desengaño de mi anhelo
Con sus desdenes me hizo gustar ella!

De un amigo la mano compasiva
Busqué; mas la amistad mostróse esquiva.
I héme aquí que, tras tanta malandanza,

Estoi cual comencé: pobre i sin gloria,
Sin un dulce recuerdo en la memoria.
—¡Pero me queda entera mi esperanza!

Domingo Arteaga Alemparte.

Ecos de la semana.

Santiago, setiembre 23 de 1859.

sumario.—Lo que va de ayer a hoi.—Hojas amarillas que fueron verdes.—Teatro.—*Círculo de amigos de las letras.*

La cuadrajésima novena edicion de la gran festividad nacional acaba de archivarse en los armarios del tiempo,—lo que en lenguaje racional significa que el 18 de setiembre del presente año figura ya en el pasado, i sus regocijos públicos i privados en la memoria.—El humo de las salvas i cohetes se ha disipado; las banderas han abandonado sus astas; las músicas han exhalado sus postreras vibraciones, se han apagado las luces, borrado las inscripciones i deshecho los trofeos; el entusiasmo se ha ido con el vino, i el ruido con el movimiento; los caballos han entrado en la cuadra, los carruajes en la cochera i los hombres en la vida ordinaria; el viento norte se ha llevado los últimos ecos de la algazara patriótica, i la lluvia estinguido los últimos destellos del patriótico fuego. A la impaciencia ha sucedido el hastío, a la inquietud de la expectacion la fatiga del desaliento, la inercia desmayada a la ardorosa ajitacion, el desengañado recuerdo a la esperanza engañosa. El tiempo es el puente pordonde hemos pasado de la una orilla a la otra, dejando a nuestra espalda el cadáver de una realidad. Poco satisfechos de ésta, nos hemos detenido un momento contrariados i mohinos i empezado a desesperar. Pero el deseo, enardecido por la imajinacion, no tardará en traernos una nueva esperanza que, realizada, nos dejará un recuerdo o, fallida, una decepcion. I otra vez volverémos a esperar, a asir acaso una realidad mas i a perderla apenas asida, para llorarla amargamente i enlazarla en breve con una nueva esperanza satisfecha o frustrada. Esperar i desesperar, tales son las dos tareas alternativas que ocupan el hombre sin cesar en su acelerado tránsito de la vida a la muerte, las dos fuerzas centrífuga i centrípeta que le obligan a describir invariablemente su órbita en torno de la felicidad, como a los planetas en torno del sol. Ni los planetas alcanzarán nunca a tocar el fuego del sol, ni el hombre el sol de la felicidad. Mas este centro de inestinguible atraccion, haciéndonos jirar fatalmente, sostiene el equilibrio de nuestro ser.

Así es como el engaño de ayer se convierte en el desengaño de hoi, las aspiraciones de la víspera en las decepciones del dia siguiente, la aurora de las esperanzas en el crepúsculo de los recuerdos. Así es tambien como nuestra capital, que no ha mucho esperaba anhelante, desespera ahora profundamente i mira con tristeza sus rosadas ilusiones de la semana anterior reducidas a estériles cenizas. ¡Cuántas grandes esperanzas fraccionadas por la realidad en píldoras homeopáticas i transformadas por el tiempo en desabridas memorias! I cuántas otras desvanecidas sin realizarse o avortadas por los contratiempos!

El campo de esta semana, como la tierra en otoño, está sembrado de hojas amarillas i secas que un viento glacial arrastra en todas direcciones. Recorred conmigo, jentiles lectoras i lectores cristianos, este teatro de ruina i desolacion, i no dejareis de recordar que algunas de esas hojas se ostentaban hace poco verdes i frescas en vuestros corazones.

—Verdes i frescas estaban sin duda el dia 17, cuando cruzabais las calles de Santiago envueltos en un alegre jentío. El pabellon nacional flameaba en todas partes i permitia apreciar los buenos oficios de la pimienta o del alcánfor, que en su larga reclusion habian mantenido su integridad contra los ataques de la polilla. Era grato extasiarse en la contemplacion de sus tres colores, símbolo de las tres virtudes teologales del patriotismo :—La ardiente constancia, la celeste abnegacion i las puras intenciones.

—Verdes i frescas se conservaban al espirar la tarde, en que llevados de vuestra aficion pirotécnica corriais a los fuegos de artificio. El artífice de aquellos fuegos, que de seguro no tuvo parte alguna en el pretendido descubrimiento de Schwartz, salió no obstante artificiosamente del paso con el auxilio de la historia. Quemó sus naves como Hernan Cortez, i no es imposible que andando el tiempo llegue a conquistar a Méjico; pero hai motivo para temer que jamas se conquiste el aplauso del público si persiste en cultivar la pirotecnia.

—Verdes i frescas lucian aún al dia siguiente a pesar de las esplosiones de la pólvora. De consiguiente, subisteis alborozados, despues del *Te Deum*, a un carro del ferrocarril de sangre i vuestra dilijencia os procuró en él un asiento. ¡Desgraciado, sin embargo, del hombre que no tuvo entónces ocasion de ceder el suyo a alguna donosa criatura o, a lo ménos, a alguna afable mamá! Hizo en verdad mas cómodo su camino, mas dejó de alcanzar una sonrisa de gratitud de los labios de la hija o una palabra afectuosa de boca de la madre, i no pudo, al bajar del carro, esclamar parodiando a Tito: no he perdido mi viaje.—Esto no significa que tal viaje tuviese por único objeto cosechar sonrisas agradecidas i palabras de cariño: la filantropía i el arte hacian de él un paseo lleno de interes i amenidad. El arte, en obsequio de la filantropía, habia puesto en juego mucha parte de sus recursos. Los atractivos de la gastronomía, los encantos de la música i sobre todo los delicados placeres de la pintura concitaban una concurrencia ansiosa de emociones artísticas.—Era fácil distinguir, entre los numerosos cuadros que poblaban los salones de la Estacion, un niño Jesus de Martinez Hebert, adorable como Dios i admirable como pintura, i varias excelentes obras de los maestros Cicarelli i Charton, ya tan famosos al ménos por su vocacion polémica como por su paleta.

—Verdes i frescas acaso estaban todavía cuando pusisteis por la tarde el rumbo a la Alameda i comenzásteis a navegar en el océano de cintas i encajes, tules i gazas, seda i terciopelo que inundaba sus calles. La poblacion entera, vestida de parada, se precipitaba como un torrente i cubria toda la estension del paseo con sus injentes oleadas, en que rodaban envueltas en lastimosa confusion la majestad de las damas principales, la modestia festiva de las niñas humildes i la franca alegria de las hijas del pueblo. Era una indecible anarquía de trajes, figuras i condiciones, en medio de la cual no se podia ni reconocer a las conocidas, ni conocer a las desconocidas. Las sacerdotizas del buen gusto i los sacerdotes de la moda flotaban desorientados en aquel *mare magnum* de un vulgo profano e irreverente.

—Marchitas las hojas, perdian su color el dia 19. —La supresion repentina de la revista militar que debia tener lugar en el campo de Marte no detuvo sin embargo a los coches i caballos, que invadieron innumerables el estenso llano; mas no con el impetuoso ardor de otras ocasiones, sino poseidos de indolente pereza.

—El 20 quizá fuisteis a ser testigos del singular combate entre el toro i el oso. I a la verdad que fué un combate bastante singular. Aquellos feroces animales, dominados de una súbita cordura, comprendieron que no existia entre los dos causa bastante para un duelo a muerte i, satisfecho el punto de honor con algunas lijeras demostraciones mútuas, fraternizaron cordialmente. El sangriento interes del espectáculo habria quedado del todo burlado, si el circo que sustentaba a los espectadores no se hubiese desplomado con oportunidad i arrastrado en su caida una fraccion numerosa de la concurrencia en medio del sordo estruendo de las tablas i atronadora grita de las víctimas—Tan grave sacudimiento desprendió del árbol de vuestro entusiasmo nuevas hojas descoloridas i marchitas.

—Estaba destinado a recibir las últimas el Teatro Municipal, que cuenta seis funciones en la sema

na. Las novedades se han alternado en ellas con las repeticiones.

Entre las primeras aparece la alocucion pronunciada el 18 por la Sra. Mur. Es una profesion de fé chilena escrita en hermosos versos. Por ella sabemos cómo la Sra. Mur es hija de Asturias i alumna de Apolo, cómo fué arrebatada de sus lares con profundo dolor, cómo lloraba acongajada su mísero destino semejante a la alondra que deja su nido i vá quejándose por dondequiera en lastimosa cancion, i cómo por fin llegó a esta bendita tierra, que dotada, a lo que parece, de la virtud del Leteo la ha hecho olvidar su pena, sus quejidos i hasta su patria. Con tal motivo nos saluda, etc.—Por mui lisonjera que deba ser para nosotros la nueva nacionalidad de la Sra. Mur, es justo confesar que no elijió el momento mas propicio para hablarnos de sí misma. En el dia de nuestro aniversario vale mas contarnos las glorias de la patria que la historia de privados infortunios.

El 19 tocó su turno al valiente e inspirado canto: *Al sol de setiembre* de don Hermójenes de Irisarri. La Sta. Sotomayor, encargada de declamarlo, lo hizo con propiedad, enerjía i sentimiento. Es esta una actriz jóven que principia su carrera i se muestra empeñosa en no quedarse estacionaria. Sus dotes cómicas, cultivadas con perseverancia, pueden conquistarle en nuestra escena un lugar distinguido cuando tenga de su parte, como la Sra. Mur, la esperiencia del teatro i de los años.

De las otras novedades *El héroe por fuerza* fué sin duda la mas aplaudida. El público aceptó de buen grado a Garces por el héroe de esta comedia, bien dialogada e injeniosamente urdida.

¡Qué distinta suerte cupo a Breton de los Herreros con su hermosa comedia en cuatro actos: *Muérete i verás*, cruelmente desollada por los actores encargados de su ejecucion!

El postillon de la Rioja salió triunfante de la repeticion merced al poderoso apoyo de la Mur i Clapera, que no lo negaron tampoco a *El Valle de Andorra* i *Jugar con fuego*, otras dos repeticiones felices.

La Mur vé crecer con cada nueva representacion el favor i las ovaciones del público, que aplaude sus palabras, sus ademanes, sus jestos i hasta sus miradas. Es en los papeles lijeros i festivos en los que con mayor justicia i mas estrépito promueve la admiracion. En el carácter de criada, por ejemplo, es inimitable.

La Thierry se reparte con la Mur de los mejores i mas dignos aplausos. La eminente bailarina marcha de victoria en victoria.

La reunion del *Círculo de amigos de las letras* que tuvo lugar anoche ofrece un interes poco comun, despertado desde luego por la lectura de don Marcial González con que completó su notable juicio crítico del *Tratado de Economía Política* de Courcelle Seneuil, i en seguida por otra lectura de don Adolfo Valderrama, que bajo el título de: *El Dolor i el alma* ha escrito unas cuantas pájinas sorprendentes destinadas a perseguir, con el teson del análisis, la luz de una alta filosofía i el apoyo de vastos conocimientos, el misterioso enlace del alma i del cuerpo humanos, la repercusion incesante del espíritu sobre la materia i de ésta sobre aquel.—Médico i poeta, hombre de ciencia i literato, el señor Valderrama cautiva con su estilo ardiente i fácil, maravilla con sus observaciones i subyuga con su lójica inflexible i perseverante.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

BLANCA DE LERMA

I

MACKANDAL.

EPISODIOS HISTÓRICOS

por Manuel B. Cuartin.

Se encuentra a venta en la librería del señor Morel.

Condiciones de la suscripcion.

La «Semana» aparece todos los sábados i consta por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantado.

Puntos de suscripcion.

SANTIAGO.—Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes.
VALPARAISO.—Imprenta i librería del MERCURIO.
SERENA.—D. José Domingo Cortez.
COPIAPÓ.—Libreria del MERCURIO.
CALDERA.—Editores del TREN.
CONCEPCION—Libreria del MERCURIO.
TALCA.—Sres. E. i S. Rondanelli.
CHILLAN.—Sr. D. Abrahan Siredey.
LIMA.—Establecimiento del Sr. Ricordi, calle de las Mantas
AREQUIPA.—Sr. D. Manuel G. de Castresana.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Octubre 1.° de 1859. Núm. 20.

LA SEMANA.

SANTIAGO, OCTUBRE 1.° DE 1859.

Las sociedades hispano-americanas.

I.

Dolorosa historia es la de la raza latina en América.—Nacida en las oscuridades del coloniaje, encorbada su alma por la ignorancia i su cuerpo por la cadena del esclavo, su vida ha sido, en los primeros albores de la existencia, un perpétuo sueño, una ausencia perpétua de todo noble deseo, de toda alta esperanza, de toda grande aspiracion. —Esa raza vivia porque respiraba.

Los años corrieron, las fuerzas se aumentaron, la sangre empezó a circular, las intelijencias a despertarse al calor de las ideas, los horizontes del pensamiento se estendieron, un principio santo vino a golpear a la puerta de los corazones, una palabra fué pronunciada, acojida i sustentada, i un mundo conquistado a la libertad como ya ántes lo habia sido a la ciencia.—Sublime rejeneracion de una raza obrada por el poder de una gran necesidad:—la independencia!

Satisfecha esa necesidad, probada en cien combates la virilidad de los pueblos americanos, se creyeron éstos, no sin razon por cierto, en estado i con derecho de lanzarse cuerpo i alma en las esferas de la luz i la verdad, de la justicia i el bien,—en la libertad i la República.—Paso de jigantes que basta para caracterizar a una raza, para medir el alcance de sus esperanzas, el vigor de su voluntad, el temple de su alma.

Desgraciadamente no es tan fácil obtener la libertad como la independencia.

La independencia se gana con unas cuantas batallas.

La libertad no se alcanza sino tras largos años de paz, union i constancia en el trabajo.

La independencia es rápida como la fuerza

La libertad es lenta como la costumbre.

La primera se conquista.

La segunda se adquiere.

Esto lo olvidaron o desconocieron los pueblos hispano-americanos.—Quisieron llegar a la libertad por el camino que a la independencia.—De aquí sus males pasados i presentes, sus dudas, desilusiones, fluctuaciones i caidas.

La ignorancia de esta verdad hace a muchos imajinar que al lanzarse en la república i la democracia las sociedades américo-hispanas no comprendieron su situacion, no supieron medir su vigor, i tomaron por realidades las ficciones del deseo, por hechos consumados los mirajes de la esperanza.

Juicio es este inexacto a todas luces.—Esas sociedades al constituirse como lo hicieron obedecian a las leyes de su desenvolvimiento.—Cuando un pueblo se abnega, se sacrifica, lo entrega todo a los azares de la fortuna, no es para quedarse en la mitad de su camino, es para ir al triunfo o a la muerte.

La independencia sin la república, caso de haberse alcanzado, habria cambiado bien poco en nuestra manera de ser, habríala hecho quizás ménos llevadera. Mas, desde que fué sustentada, amparada i llevada a su consumacion en brazos de los pueblos, no podia nacer de ella otra forma gubernamental ni social sino aquella que tuviera por base, trabazon i coronamiento la igualdad de todos en la libertad.

Para comprobarlo basta recordar los perseverantes esfuerzos en contrario de algunos de los prohombres de la emancipacion; esfuerzos que remataron en su desprestijio, en su impopularidad i en que mas de una negra sospecha viniera a arrojar sus tristes sombras sobre su reputacion.

La América estaba consumida por la necesidad, por el deseo, por la aspiracion a la igualdad. La desgraciada suerte de los

caudillos de la revolucion lo manifiesta sobrado:

Bolivar muere en el destierro.

A O'Higgins cabe igual destino.

San Martin tiene que abandonar tambien por la imperiosa órden de los sucesos la tierra americana.

Carrera rinde en el patíbulo la vida.

Sucre es asesinado.

Cuanto se elevaba un pié, una pulgada del nivel comun atraia sobre sí la sospecha i en la primera oportunidad era a ella inmolado. Entónces podia decirse con razon que no habia mas que un paso del Capitolio a la Roca Tarpeya.

La República estuvo léjos de ser, apesar de cuanto se diga, prematura. Mui al contrario:—lanzándonos en ella, hemos ahorrado la mitad de la labor.—Nunca el bien i la verdad llegan demasiado temprano.

Pero lo que sí arguye una lamentable ausencia de observacion i estudio de nuestras sociedades, de las peripecias porque su vida ha pasado, es el querer hacer responsable a la república i la libertad de sus males i dolores. La culpa no es suya, es nuestra.

Nada lo manifiesta mejor que la situacion presente de los diversos estados de la América Española.—Por todas partes la instabilidad, por todas la lucha, la confusion, el cáos es lo que reina. Los destinos de los pueblos están entregados a las decisiones de la casualidad.—No existe, o si existe, no tiene vida propia ni el poder social ni el poder gubernamental. No hai ni conciencia ni opinion pública. Surje i todo lo puede no el que debe sino el que lo alcanza.—La soberanía popular, base i punto de partida de la democracía i la verdadera república, es una ilusion, una mentira. Donde no es el sable el que la encadena, es el oro el que la corrompe.—La dignidad i los fueros del hombre i del ciudadano son arrastrados i pisoteados.—El capricho usurpa casi siempre el solio de la lei. La justicia es bastardeada, adulterada i manchada por la pasion i el odio. Todo tiende a la division, nada a la union.—La sociedad i sus grandes intereses se ven constantemente sacrificados a la especulacion de los unos, a las ambiciones personales de los otros, a la ceguedad del mayor número.—Jamas nos detenemos en la senda del mal,—siempre andamos la del bien con el miedo en el alma i el espanto en el corazon.—Hai una revolucion que hacer: —ahí está media sociedad del lado del trastorno.—Hai un progreso que realizar:—nadie viene en su apoyo.

¿Es esto la obra de la república i la libertad?—De cierto que nó.—Ambas están llamadas a levantar a los pueblos en vez de humillarlos, a vigorizarlos no a debilitarlos, a unir las fracciones todas de la sociedad en el bien i la verdad no a dividirlas en el odio i el error. Su obra no es oscuridad, miseria, luto i llanto,—sino luz, bienestar, fraternidad i felicidad. La nacion que esto no alcanza, que en esta atmósfera no vive está léjos, mui léjos de la república i la libertad.

Es calumniar esa última palabra de la organizacion presente de las sociedades el atribuir a ella, el hacerla causa eficiente i acaso única del martirolojio que hace la vida actual de la América española.

No es la república ni la libertad el mal jénio que hácia el mal nos empuja, no son sus inspiraciones las que nos pierden, no es por su causa que nos vemos atados al poste de la ignorancia i la preocupacion, es nuestra falta de fé, nuestro miedo para confiarnos a ellas lo que nos lleva camino del abismo.

Nada es mas fácil de comprender i certificar. ¿Dónde está la libertad realizada, la república hecha verdad abriendo las esclusas al torrente de la revuelta?

¿Será en el Perú?

¿Será en la Nueva-Granada?

¿Será en Venezuela?

¿Será en Méjico?

¿Será en las repúblicas de allende las Cordilleras?

En todos estos estados lo que vemos es la aspiracion a la libertad quemando, consumiendo el corazon de los pueblos i a los especuladores de arriba i de abajo, de todas categorías i cataduras estraviando esos impulsos jenerosos:

Los unos trabajando por apagarlos;

Los otros trabajando por exacerbarlos.

De esta manera se hace de la sociedad un cementerio o un infierno, una cárcel o un campo de batalla. Resultando de aquí que cuando la sociedad no es oprimida es engañada, que cuando no se la comprime se la hace despedazarse,—que tiene que ser autómata o furioso.

I para obrar tanto mal, para llevar a los pueblos entre dos abismos a cual mas pro-

fundo i espantoso, se invocan los santos principios de la democracía ¡Impiedad!—La democracía no ha tenido hasta hoi en la América española, casi sin una sola escepcion, sino calumniadores o traidores!

Así, nada es mas natural que la confusion en que vivimos, que el desconcierto que aqueja a las esferas todas de la actividad i el movimiento social. Ninguna ocupa su único i propio centro. Cada fraccion, cada elemento corre a la ventura, a la casualidad.—Ya se echa mano del bien para producir el mal,—ya del mal para que abra los caminos que al bien conducen.

De todas partes se grita en el paroxismo del miedo:—Nos perdemos! El atraso, envuelto en un mar de sangre, azotado por los tempestuosos vientos del odio i la pasion, amenaza sumerjirnos, i todos espantados i confusos, perdida la cabeza, paralizado el corazon lo miramos llegar, sin que nadie se atreva a lanzar sobre sus encrespadas olas el esquife de la democracía que es la única tabla de salvacion que nos queda.

La cobardia ha perdido siempre a los hombres i a los pueblos!—No lo olvidemos!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

El dolor i el alma(1).

Mens ægrota in corpori dolenti.
JUVENAL.

I.

Tomar aisladamente los hechos i las cosas es el defecto de la sociedad actual, que orgullosa con su inmenso catálogo de conocimientos quiere a toda costa que se la llame progresista i sabia. Pero cualquiera que se tome el trabajo de arrojar a un lado los libros para dejar pensar a su alma, libre de las ligaduras de la autoridades, se convence facilmente que este no es el espíritu que debiera guiar a la humanidad en el laberinto de las ciencias.

La humanidad ha adquirido muchos conocimientos para que se la pueda llamar sabia, porque la sabiduría no consiste a mi modo de ver en acumular conocimientos sino mas bien en entrar en el fondo de las cosas i ver la relacion de los fenómenos para poderse elevar a la concepcion de una idea jeneral. Este espíritu de jeneralizacion es inherente al hombre i en verdad que no sé porque la jeneracion actual lo rechaza. Todos saben que una de las grandes aspiraciones del entendimiento humano es la unidad en todo, que la pluralidad le fatiga i que si la soporta como medio de estudio trata de desprenderse de ella cuando en el silencio de su intelijencia quiere concentrar sus conocimientos i abrazar el vasto horizonte de un principio jeneral. El hombre tiene esta idea en el alma, quiere ver las relaciones de todo lo que existe i está contento cuando despues de haber trabajado por largos años, su mano trémula puede escribir en el libro de la ciencia un principio que relaciona hechos aislados hasta entónces. Dios mismo uno i trino parece que no ha creado las particularidades sino para dar al hombre la gloria de encontrar sus relaciones i probarle al fin de su carrera que hai algo de maravilloso en el fondo de su organismo. ¿Qué vienen a ser, los conocimientos humanos sin estas relaciones? Un largo catálogo de hechos inconexos sin fin, sin utilidad. ¿Qué viene a ser un nuevo animal añadido a los que hasta ahora conocemos si no se le puede colocar en alguna de las unidades colectivas mamíferos, aves, etc? En fin qué vienen a ser todos los fenómenos de la naturaleza entera sino se les puede agrupar lójicamente i elevarlos hasta la concepcion de una lei? Anaximeno, aquel célebre filósofo de la antigüedad, devorado por esta idea de jeneralizacion i de causa única trata de buscar el infinito: por un enérjico esfuerzo de su intelijencia hace abstraccion del aire en el planeta que habitamos, i al mirar el vacío de la atmósfera queda asombrado; las plantas se marchitan, los pescados suben a la superficie de las espumosas aguas i se vuelven desconsolados a morir en el fondo de los mares, las aves abaten su vuelo i mueren asfixiadas en los llanos, el hombre i los otros animales mueren tambien desesperados por la falta de elemento tan importante, i cuando el filósofo ha visto en su imajinacion la destruccion del mundo, esclama alborozado: *el infinito es el aire.* Este solo principio envuelve en sí solo todos los fenómenos orgánicos de les seres vivos, todas las profundas i misteriosas elaboraciones de la organizacion microscópica.

Ved, pues, que la antigüedad estaba sedienta de principios jenerales i aun queria encontrar un principio único del cual se desprendiesen los demas, con el cual todo pudiera esplicarse satisfactoriamente. Este espíritu de jeneralizacion nos eleva sobre las particularidades insignificantes de materialidad para colocarnos en la esfera de las relaciones esenciales de las cosas i elevarnos así a la jeralizacion i de aquí a la unidad.

Un dia oí preguntar a una persona si habia realmente la seguridad de conocer a un hombre por su estilo; yo creo que se puede hacer algo mas que responder afirmativamente a esta pregunta, yo creo que puede sacarse de un grupo de personas desconocidas al autor de un trabajo cualquiera, si se ha leido con detencion. Una persona que ha escrito un libro ha hecho su retrato, en esa obra está vaciado

(1) Este interesante artículo está tomado fielmente de la memoria que con el mismo título leyó su autor en la penúltima reunion del *Círculo de amigos de las letras.*

todo el autor, allí está su carácter, su inteligencia, su individualidad entera, i si se pudiera desarrollar la obra en una personalidad, se confundiría con su autor, pudiéndosela considerar como una abstraccion jeneral del hombre que la produjo.

II.

Es indudable que estas relaciones entre los fenómenos i las cosas existen; i ¿por qué con el conocimiento de esta verdad la medicina se empeña en no ver que hai un *hombre* que curar? por qué no se acuerda que el hombre es un todo compuesto de órganos i de intelijencia? por qué no vé las relaciones íntimas del cuerpo con el alma, de la materia con el espíritu? ¿qué es este *malestar*, síntoma de todas las enfermedades mas que el grito de una alma que en el naufrajio del organismo se siente oprimida e imposibilitada para lanzar al mundo esterior las señales claras de su manera de existir? Francamente, no comprendo estas inconsecuencias del espíritu humano.

Las enfermedades atacan al hombre como a una totalidad psicólogo-orgánica i no como a materia solamente, por consiguiente hai tambien en las enfermedades de la organizacion una irradiacion mórbida hacia el alma. Desconocer esta influencia del cuerpo sobre el espíritu es una blasfemia filosófica, es no comprender las leyes de la naturaleza. Mil ejemplos se presentan todos los dias que demuestran claramente esta hermosa relacion. Cuando el príncipe Eujenio de Saboya estaba cansando los mayores daños a la Francia, esclamaba un grande observador de la corte de Luis XIV: «Oh! si pudiera enviarle la diarrea desde luego se convertiria en el mayor cobarde de Europa! (Descuret.) «Aplicando este principio decia un jeneral ingles mui entendido en materia de valor: «Apresuremos la accion miéntras nuestros soldados tienen en sus estómagos el pedazo de vaca. (loc. cit.)»

Estos hombres estaban convencidos de una verdad que nosotros no negamos, pero que tampoco nos ocupamos de estudiar; i del convencimiento de la recíproca influencia del alma i del cuerpo brotaron esas palabras cuyo valor se comprende fácilmente. Broussais, el inmortal Broussais escribió un libro en el cual como un soberano ofendido emprende una campaña contra la filosofía, la ataca, la oprime bajo el peso de su palabra inspirada, la echa en tierra, la vence i la hace tributaria de la Medicina. Pero Broussais murió, ya no se leen sus obras i no falta ignorante que le llame loco i visionario ¿Qué nos ha quedado?..... bien poco por supuesto; nos han quedado los médicos de los ungüentos i de los cáusticos, los médicos de la anatomía patolójica i de las medidas, nada mas.

Pero no se trata ya de inflamaciones ni de cánceres; ved ese hombre, acaba de sufrir una desgracia irreparable, ha perdido su fortuna, su hijo, todo lo que amaba en la tierra; os llama i quiere que lè cureis: su cabeza árde, del fondo del estómago se levanta una mano de fierro que vá a apretarle el corazon, su voz es temblona, su fisonomía contraida, su palabra desigual i hasta desordenada, no hai lesion apreciable de ningun órgano importante. Recetad.

Pero no lo hagais, veo que vais a mandar una porcion de medicamentos que no curarán al enfermo; dejadle abandonado a su dolor, eso os evitará un sonrojo. Si no teneis en el cerebro la fuerza suficiente para inspirar la confianza i hasta la adhesion, si no podeis encontrar entre vuestros recursos uno que descargue esa alma angustiada, que determine la crísis de la angustia, no hagais nada; el tiempo hará por sí solo lo que no habeis podido hacer vosotros con vuestra ciencia venerada.

III.

Un gran observador ha visto en la cara de los niños enfermos ciertas líneas particulares que anuncian el sistema que se encuentra afectado, o mas bien la cavidad que es el sitio de la afeccion. ¿Qué son estas líneas? Sin duda alguna el resultado de la modificacion de su alma trasplantada sobre el rostro, constituyendo una fisonomía especial. Estos son datos preciosos en los niños que todavia no saben hablar, pero en el hombre no nos pueden servir estos signos; primero, porque para poderlos observar es preciso que se presenten en una fisonomía vírjen i que no haya sido herida por el soplo venenoso de las pasiones, i 2.° porque el alma no se empeña en esas manifestaciones *mímicas* teniendo para manifestar su estado el órgano maravilloso de la palabra. En el niño hemos visto un fenómeno material i de él nos hemos elevado a la concepcion de su existencia intelectual; ahora tenemos que obrar de un modo enteramente diverso; el hombre nos da su estado intelectual i tenemos que descender al fondo del organismo para buscar el símil de ese estado traducido en materialidad, en organizacion mórbida. Aquí está la grandeza de la medicina, aquí está la belleza del arte, aquí está lo maravilloso de este microcosmo, átomo misterioso lanzado al mundo como un problema de la Providencia: pero tambien es aquí donde el médico necesita de toda su fuerza de intelijencia, aquí donde el misterio suele triunfar de la intelijencia humana aun la mas clara i robusta.

En esta lucha en que el médico, para vencer, debe ser tambien filósofo, puede haber falta de datos, porque no todos los hombres dicen lo que sienten gracias a los progresos de lo que se llama civilizacion. Pero tambien aquí la intelijencia resuelve el problema, es preciso arrancar su secreto a ese hombre, i la habilidad del práctico, la fuerza de su argumentacion, la dulzura de su voz, el interes que toma por su enfermo le abrirán las puertas de la confianza i entónces es fácil llegar a la confidencia. El médico debe conocer el te-

rreno en que tiene que ajitarse, i marchar con calma en la adquisicion de los datos que necesita; obrar de otro modo es perderse, inspirar la desconfianza que es el enemigo mas grande de la medicina.

Vemos pues que querer considerar al hombre como una organizacion, es no comprenderlo; la concentracion de sus dos naturalezas en una totalidad, es absolutamente necesaria para poder llenar con exactitud las indicaciones de la medicina práctica. El cuerpo no puede sufrir solo; si el dolor es el grito silencioso de un órgano que sufre, la fisonomía i la palabra son los espejos en que el alma refleja su estado, la declaracion de su interno sufrimiento. ¿Por qué no entra el estado moral en la sintomatolojía de las enfermedades? En verdad que no lo sé,.....

Acordémonos sin embargo que este estado moral no debe ocupar únicamente nuestra atencion; si es verdad que la materia obra sobre el espíritu hasta hacerle cambiar de rumbo i modificar profundamente su modo de existir, no es ménos cierto que el espíritu obra a su vez sobre la materia determinando en el organismo lesiones mas o ménos importantes. De esta union misteriosa de la materia i del espíritu, de esta fusion grandiosa de los elementos mas eterojéneos de la creacion, resulta un todo compacto, una individualidad humana.

Ahora bien, esta individualidad es la que se confía al médico para que la trate no como una organizacion, sino como un hombre; no como materia, sino como una combinacion misteriosa de organismo e intelijencia.

Recorramos ahora rápidamente algunos de los estados en que la vida intelectual se afecta mas profundamente i estudiemos las leyes de su curacion por un tratamiento moral apropiado.

IV.

Supongamos un hombre víctima de una gran melancolía, que vive solo, que no tiene mujer, ni padres, que se queja de malas dijestiones, que acusa a su hígado de no trabajar con bastante enerjía; en una palabra, supongamos lo que se llama un hipocondríaco. ¿Cuál seria el tratamiento de este hombre en el círculo de lo que llamaremos medicacion moral?

El matrimonio contestan en coro todos los prácticos; pero es preciso entenderse sobre el particular ?Cómo vá a obrar el matrimonio en ese caso? ¿Es puramente por el hecho de vivir con una compañera por lo que el enfermo encontrará su curacion en este estado? ¿Esta evolucion tranquila del alma de un esposo será bastante para librarle de su afeccion?

Yo no lo creo; es otra la indicacion que hai que llenar. Si es cierto que la existencia material del esposo contribuirá mucho para modificar la hipocondría, no es este el elemento mas importante. Esos prolegómenos obligados del matrimonio, ese estado de ajitacion continua, esa vacilacion entre la esperanza i el desengaño, esos enérjicos latidos de un corazon ántes perezoso i lánguido, en fin, toda esa vida borrascosa del amante es la que principalmente vá a obrar sobre su cerebro i a producir un movimiento perturbador en su existencia intelectual. Pero hai tambien otros mil medios de llenar esta indicacion segun el individuo que tenga que curarse; siempre es preciso sin embargo que el elemento moral perturbador que entre como medicina de su alma, sea una pasion espansiva, una de aquellas que obran principalmente sobre los órganos contenidos en la cavidad del pecho; para fijar allí la actividad del organismo, para activar el movimiento vital i arrancarle de la inercia en que le ha arrojado una pasion deprimente. La hipocondria que yo definiria *el miedo de estar enfermo*, la hipocondria como todas las pasiones deprimentes, no produce jamas estados patolójicos agudos, sus resultados son como ella lentos i crónicos, produce aflujo de sangre sobre la cavidad del vientre; pero un aflujo casi mecánico, sin actividad, verdaderas conjestiones que no son capaces de elevarse a la categoría de estados inflamatorios. Por contraposicion, el amor, la cólera, etc., determinan mui comunmente apoplejías, inflamaciones fulminantes, ruptura de los órganos i en fin todo el cortejo de enfermedades que existen de una manera igual a la pasion que las produjo; hai en fin espansibilidad mórbida, permítaseme esta espresion, verdaderas sinerjias que envuelven en sus activas i francas manifestaciones la idea de las pasiones espansivas. Estos son, pues, los elementos que entran como medicamentos principales en la curacion de la hipocondria considerada bajo el punto de vista de su tratamiento moral.

Tomemos otra afeccion cualquiera, tomemos un ejemplo de las neurosis o afecciones de los nervios. Sea una mujer de la alta sociedad que tiene un temperamento nervioso, mui pronunciado, envenenada con la lectura de novelas i poesías románticas; no sabe decir lo que siente, pero se vé en su fisonomía que hai un desórden en su sistema nervioso, tiene de cuando en cuando dolores en la cara, palpitaciones del corazon, manías periódicas, bochornos; su palabra es viva, pero ondulosa, desigual.....Se trata de curarla i se quiere que el tratamiento sea moral. ¿Qué debe hacerse?

En vista de su estado moral caracterizado por una espansibilidad mórbida de la fuerza imajinativa; si una mujer pudiera tomar seriamente interes por el estudio de las matemáticas, yo la encerraria entre las cuatro paredes de esa lójica severa, yo la haría ajitarse en el campo helado del raciocinio i de este modo la obligaría a fijar su intelijencia i abandonar esa vaga idealidad producto de la exaltacion mórbida de su imajinacion. Pero desgraciadamente la mujer no tiene gusto por

esta clase de estudios, i emprender un trabajo de este jénero seria para ella poco menos que imposible; es preciso pues buscar en otro tratamiento la esperanza de su curacion. La lectura de libros sagrados tiene muchos inconvenientes, porque las personas que tienen una gran movilidad nerviosa pasan mui rápidamente del coquetismo a la beatitud i terminan a veces por contraer la manía relijiosa, la mas terrible de todas. Seria preferible en este caso echar mano de las obras clásicas de historia escritas en un estilo claro i sencillo, de las obras de viajes, etc., etc., etc.

En una palabra, la lei de las indicaciones morales en los estados mórbidos de la intelijencia puede formularse de la manera siguiente: *Producir el reposo de ciertos fenómenos intelectuales por la exaltacion intencional de otros fenómenos de diverso carácter.* Esto en cuanto al estado moral; pero he dicho i lo repito de nuevo que el espíritu obra sobre la materia. ¿El estado mórbido de la organizacion será tambien modificado por la medicacion moral?.....

Creo que esto es indudable i para comprenderlo mejor tomaremos un ejemplo que nos demuestre esta modificacion.

Se sabe que las pasiones deprimentes tienen una cierta influencia sobre las vísceras del vientre, influencia crónica i lenta. Si en una persona que se encuentra en este estado podemos producir una pasion espansiva como el amor, por ejemplo, habremos llenado todas las indicaciones necesarias para que la curacion se verifique. En primer lugar habremos producido el movimiento perturbador de la intelijencia que influirá sobre el estado moral, en segundo lugar la pasion espansiva que hemos producido, teniendo una influencia marcada sobre los órganos contenidos en la cavidad del pecho, llamará toda la actividad vital sobre aquellas vísceras, librando así a los órganos del vientre de su estado mórbido; este último fenómeno es lo que en medicina se llama *revulsion.*

No olvidemos, en fin, que hai una manera de obrar que es propia de cada clase de pasiones: la actividad orgánica jeneral se aumenta con las pasiones espansivas i se disminuye con las pasiones deprimentes; el amor, pues, producirá en el organismo una actividad con la cual el estado conjestivo crónico de los órganos abdominales, es incompatible. De este modo vemos desaparecer un estado mórbido del organismo bajo el influjo de una medicacion enteramente moral.

ADOLFO VALDERRAMA.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

A mi madre.

AL PARTIR.

De la calma el contento
Sobre tu faz en vano, madre mia,
Esfuerzas sin aliento;
Llegó la hora sombría
Nuncio de duelo, fin de mi alegría.

Tiembla tu lábio mudo,
Anúblanse tus ojos, palidece
Tu semblante i un nudo
Tu garganta entorpece,
Que vá a decir: a Dios! i desfallece.

¡Cuál resuena en el alma
Ese breve, tristísimo sonido!
Del oceáno en la calma
Pavoroso rujido
Con que preludia el huracan temido!

Ya en tropel proceloso
Los recuerdos se agolpan a la mente;
I a su soplo impetuoso
Desátase inclemente
Dentro mi corazon borrasca ardiente.

La lumbre de tus ojos
No volverá a brillar como solia,
Cuando en nubes de enojos
La fortuna sombría
Mi fatigada frente oscurecia.

Ni tornará en mi oido
A resonar tu acento de dulzura,
Cuando vague perdido
En la opaca espesura
De afanoso pensar, que me tortura.

Mañana al despertarme
Con sus rayos fantásticos la aurora,
Ai! no vendrá ya a darme
Tu voz encantadora
El matinal saludo, bienhechora.

Solitario i callado
Contemplaré del sol el curso ardiente,
Desde el monte nevado,
De do álzase esplendente,
Hasta caer dormido en occidente.

I en pos vendrá la noche,
De misterio i vapores mensajera,
I en su plateado coche
Recorrerá la esfera
La luna, de los tristes compañera.

I su fulgor dormido
Las cenizas aun tibias alumbrando
Del hogar bendecido,
Me encontrará callando,
De mi dicha las ruinas contemplando.

Todo parte contigo:
Las alegrías de hoi i los albores
De tánto ensueño amigo.
De recuerdos traidores
Los escombros me quedan i dolores.

¡Pero tú, madre mia,
Tú no me olvidarás! Del patrio suelo,
Que mi alma tanto ansia,
Enviaráme tu amoroso anhelo
De una memoria el celestial consuelo!

1857.

Domingo Arteaga Alemparte.

Un hombre a la moda.

Continuacion.

III.

La berlina de Enrique fué a detenerse en una casa de modesto aspecto i de un solo piso.

El lacayo abrió la portezuela, i Enrique bajó con la misma precipitacion que habia subido.

La casa estaba silenciosa: no se percibia ni el mas leve ruido. Todas sus puertas i ventanas completamente cerradas i cubiertas de tierra i de telas de araña i el patio de una alta i menuda yerba, la daban cierto aire de tristeza i abandono que oprimia el corazon: aquella casa o estaba sola o era el albergue de un dolor, de una desgracia, de una pena mui profundos.

Muchos eran los ruidos que corrian i los comentarios que en la vecindad se hacian, con respecto a esta casa. Jamas se habia visto salir de ella a alma viviente. Solo de vez en cuando habia entrado un jóven hermoso i elegante; pero sus visitas se iban haciendo cada dia ménos frecuentes.

No entraremos a relacionar a nuestros lectores todas las hablillas, conjeturas, suposiciones a que se entregaba el vecindario, compuesto en su mayoría de viejos i ociosos, para penetrar el misterio que encerraba la casa silenciosa. La empresa sería sobrado larga, i tras larga inútil, cuando nuestros amables lectores van a saber la verdad i a tener el derecho de hacer en esa casa lo que mejor les cuadre.

Cuando la berlina de Enrique se detuvo junto a la casa tormento i pábulo de curiosos, varias puertas del vecindario se entornaron, i no pocas ventanas se abrieron con cierta precaucion, asomando por aquí una nariz lonjitudinal; por allí dos ojos sin pestañas, pero no por eso ménos atisbadores; mas allá un rostro apergaminado, última espresion de los insultos del tiempo, ese eximio caricaturista; sin que faltara tras él para formar su contraste alguna cara fresca i sonrosada con lábios de coral i dientes de perlas.

—Mi amiga doña Cleta, no se esconda Vd. dijo una voz gangosa, que salia, no de una boca, sino, con mas propiedad, de una nariz espantosamente larga, colorada, abultada i cargada de nauseabundos restos de polvillo, que asomaba por entre los barrotes de una ventana del tamaño i forma de una gatera.

La persona a quien se dirijia, era a una vieja que frisaria en los sesenta i cinco abriles, arrugada de cara, en cuyo centro tenia un boton entre azul i colorado que se daba los aires de nariz, i en su parte superior dos ojos redondos i pequeños, en cuyo fondo se divisaban dos luces en continuo movimiento. Dos dedos mas arriba empezaba una cabellera de color indefinible: por unas partes era negra, por otras castaña, por otras roja como la sangre i mas allá blanca como la nieve. Una peineta de búfalo, barnizada de grasa, sostenia en la cima de la cabeza las dos tornasoladas trensas que formaban esa rara cabellera.

Cuando doña Cleta se vió así cojida en el garlito, trató de ruborizarse, dos chispas de pudor ofendido o mas bien de curiosidad turbada, brotaron de sus ojos, que fueron a clavarse en el narigon. Despues de haberlo contemplado, no a él sino a su nariz, por un momento, se dijo para sí con tono sentencioso:

—No habia de ser feo para ser impertinente i curioso. Avechucho! ¿Cuándo me veré libre de este monstruo? Ha pretendido correrme; pero no lo ha de conseguir.

I con cierta resolucion, volvió a sacar su agraciado rostro por el postigo de una de esas puertas, que ya van desapareciendo, i que son una de las últimas muestras de la carpinteria colonial.

—Eso es vecina.... así me gusta.... Fuera gasmoñerías, le dijo el narigon, al ver a doña Cleta asomarse de nuevo, i despues agregó:

—Qué coche i qué caballos tiene el elegantón. Vamos, doña Cleta ¿cuánto diera Vd. por ser la misteriosa persona a quien nuestro *fulano* viene a visitar?

—Déjese Vd. de preguntas necias, vecino.... Si alguien lo oyera.... capaz que fueran a creer... la jente es tan mala, i doña Cleta se lamia los lábios i hacia unos pucheritos capaces de hacer reir a un ingles.

—Vamos, doña Cleta, vamos, diga la verdad. Entre vecinos i a nuestra edad...

—Viejo impertinente, le interrumpió doña Cleta rabiosa, i cerró con estrépito el postigo.

El narigon, al ver la cólera de doña Cleta, se entregó a una risa tan inmoderada que todos los que pasaban se detuvieron asustados.

Pero cuando, buscando al risueño, se encontraron con su nariz todos esclamaron a una voz:

—¡Qué narices!

—Esperad, esperad, dijo un pilluelo, voi a llevarme esta nariz para el museo, i corrió a la ventana.

Pero el narigon, que todo lo habia oido, puso su nariz a buen recaudo.

Doña Cleta asomó la cabeza, no sin precaucion, por el postigo, i dijo con sonrisa triunfadora:

—Bien castigado por reparon. Vuelve a andarme con que somos de la misma edad, viejo Matusalen, i verás si no te saco a danzar la pesca de tu nariz.

Pero volvamos a la casa silenciosa.

. . . . . .

Luego que Enrique entró al patio una puerta, ménos tierrosa que las demas, se entreabrió, con cierta precaucion, i asomó por ella el risueño i cándido rostro de una niñita, encuadrado por largos bucles de cabellos castaños, i cuyos verdes i razgados ojos se fijaron en Enrique al mismo tiempo que en sus rosados lábios empezó a revolotear una sonrisa de sorpresa i alegria.

Todo esto fué tan rápido que Enrique nada notó.

Cuando iba a llamar a la puerta, que acababa de entornarse, esta se abrió con gran sorpresa suya i apareció en ella una mujer alta, pálida i vestida de riguroso luto.

Todo en esa mujer imponia respeto. Su andar lleno de nobleza i dignidad, la tranquilidad de su rostro bello a pesar de lo marchito de su tez; la tristeza de sus grandes ojos pardos, realzadas por largas i sedosas pestañas, i surcados de profundas i azuladas ojeras.

Era imposible ver a esa mujer sin adivinar que mas de una horrible tempestad habia azotado su vida, que habia apurado hasta las heces la copa del placer i la del dolor, que habia gozado i sufrido, reido i llorado. Esa mujer debia comprender mui bien cuanta verdad encierran aquellos dos versos del poeta:

> Junto a la horrible tempestad del alma
> Las tempestades de la mar, qué son!

Apénas tenia treinta i cuatro años, i su rostro empañado i su frente surcada por arrugas casi profundas, la hacian representar sesenta largos. Es que la edad no la hacen los años sino la desgracia.

Que un dolor verdadero i profundo os sorprenda empezando el camino de la vida, que ese dolor se aferre a vuestra alma, la nuble sus ilusiones, la destruya sus esperanzas, que penetre en vuestro corazon i lo hiera i lo destroce; i os vereis sorprendidos por la vejez en medio de la juventud, i viviendo como ella de recuerdos, de desengaños, de lágrimas i de impotencia, aun cuando vuestro cuerpo tal vez rebose la salud i la fuerza.

Hai vejeces como hai dolores que el mundo no comprende, i son esas que tienen su asiento en el alma i el corazon, i que sin embargo son las mas terribles i las mas reales.

El mundo llama viejo al que peina canas, tiene la tez arrugada, los ojos sin brillo i no anda sino que se arrastra. Pero quizá es esa la ménos triste de todas las vejeces: esa viene poco a poco, se la siente venir; no nos sorprende en medio de un festin, en lo mejor de un ensueño color azul de cielo, al ir a imprimir un beso lleno de pasion i fuego en la sonrosada mejilla de nuestra amada;—como esa vejez traidora que traen envuelta en sus mantos el dolor i la desgracia.

—Cármen, dijo Enrique sin poder contener su sorpresa.

Cármen lo miró con cierta persistencia, i despues agregó con tono pausado i con intencion:

—Parece que te he sorprendido Enrique. Estarias talvez mui entregado a tus pensamientos... Los hombres como el señor de Camba siempre tienen mucho de que ocuparse...

—Parece que el humor está bueno hoi, contestó Enrique con embarazo.

Cármen sin prestar en apariencia atencion a las palabras de Enrique añadió:

—Pero, qué hacemos de pié?... Vamos a sentarnos.

—Como gustes, dijo Enrique casi maquinalmente.

—Lo que yo decia: continuó Cármen, al mismo tiempo que atravesaban el salon, el señor de Camba está absorvido por grandes pensamientos.

Enrique se dejó caer neglijentemente sobre una poltrona colocada junto a un sofá forrado como la poltrona i el resto de los muebles en un damasco de un verde mui oscuro. Las cortinas que caian sobre las ventanas i el empapelado eran del mismo color.

Todo era triste, sombrío en esta habitacion. El sol que penetraba con dificultad por entre las cortinas, como que perdia algo de su brillo, como que se tornaba pálido i triste a la par de los objetos que lo rodeaban.

Nada se encontraba en esa habitacion que pudiera despertar la alegria.

En uno de sus costados habia una mesa adornada con dos floreros de porcelana de color oscuro. En medio de ellos, un reloj de sobremesa de esfera de oro, figurando una pirámide truncada.

Despues de un momento de silencio, Enrique, como volviendo de un sueño i dirijiéndose a Cármen le dijo:

—I Laura, la linda Laura, mi buena amiga, come está. Me habia olvidado el preguntarte por ella.

—Como! no la has visto; pues ella fué a anunciarme tu llegada. Creia que hubiese estado contigo.

—Nó, nó!

—Pero ¿qué tienes Enrique? qué es lo que te preocupa? Tú bien sabes que apesar de todo—Cármen pronunció estas palabras con cierta amargura,—siempre tus pesares me interesan.

—Nada, Cármen, nada.

—Nó, Enrique....tu me ocultas algo. Vaya! habla.

—Lo quieres, Cármen.....pues bien....pero no.....

—Habla Enrique, habla.....

Enrique palideció. Sus manos crispadas apretaban con fuerza los brazos de la poltrona;

sus cejas se arrugaron; su respiracion se hizo difícil. Algo luchaba en el alma de ese hombre.

Cármen, que lo observaba de hito en hito, como que tuvó miedo i echó maquinalmente la vista al cordon de la campanilla.

—¿Qué tienes, por Dios, Enrique? dijo con angustia. Tu estas malo.

Enrique nada contestó.

Siguióse un nuevo silencio.

De repente el rostro de Enrique se serenó: sus cejas se desarrugaron, i respiró con cierta contenida satisfaccion.

Despues mirando a Cármen, a quién su mal estar habia dejado pensativa, dijo para sí:

—Esta mujer aun me ama... Quizás no necesite recurir a los últimos estremos... Péro tambien ama tanto a su hija!

En seguida fijando en Cármen, que permanecia siempre metitabunda i con los ojos clavados en la alfombra, una de esas miradas que tratan de leer en el fondo del alma, agregó:

—Cármen, ¿qué es lo que tan pensativa te torna? Acaso habré venido a enturbiar uno de los raros i cortos instantes plácidos de tu existencia?.....Como lo sentiria....

—Nó, dijo Cármen fijando en Enrique sus tristes i melancólicos ojos. Tu entristecerme... tu turbar mis cortos instantes de calma...nó, Enrique, nó!....Apesar de todo....

Cármen no pudo concluir la frase, las palabras se detuvieron en su garganta i una lágrima silenciosa corrió por su pálida i marchita mejilla.

Una infernal sonrisa de triunfo asomó a los lábios de Enrique. Pero fué tan rápida que Cármen nada advirtió.

Enrique se levantó de la poltrona, fué a sentarse a su lado en el sofá i tomando una de sus manos, sin que esta tratará de retirarla, le imprimió un beso estrepitoso sino sincero. La miró de nuevo un instante, i luego esclamó, con voz al parecer enternecida:

—Eres un ánjel!

Cármen, se sonrió i dijo con amargura:

—Ojalá!

—Sí, Cármen, volvió a decir Enrique con fuego i besando de nuevo la mano que Cármen le habia abandonado, eres un ánjel que merece ser adorado de rodillas.....Ai! desgraciado de mí que.....

—Demasiado tarde lo has conocido, le interrumpió Cármen, con un jesto de incredulidad que trataba de ser gracioso i era desesperado.

—Perdon, Cármen, perdon.... He sido mui cruel para tí; pero siempre aun en medio de mis estravios, cuando por mi causa el dolor i los remordimientos i..... venian a destrozar tu noble corazon, siempre..... siempre..... te lo juro, Cármen, te he a.....

—Cállate, Enrique, cállate, no me recuerdes un pasado que trabajo por olvidar.....I que sin embargo siempre tengo delante de mí.....

Despues de un momento de pausa en que las lágrimas nublaron sus ojos continuó:

—Como sufro. Nunca, jamas lograré, Dios mio, arrancar lo que tengo aquí, i apretaba sus delicadas i enflaquecidas manos contra su corazon.

—Pero qué tienes.....siempre los mismos presentimientos, los mismos fantasmas te persiguen i atormentan..... Pero es necesario hacer un esfuerzo. ¿Dónde está tu antigua fuerza de voluntad?

—Ai! Enrique: hai sentimientos, hai dolores que una vez aposentados aquí..... i señalaba su corazon.....vencen la voluntad mas firme, nos anonadan, debilitan la imajinacion i solo nos permiten ver lúgubres imájenes.....Oh! el.....remordimiento.....

I Cármen ocultó el rostro entre sus manos.

La alegría de Enrique empezaba de nuevo a desaparecer: su frente se nublaba.

Un largo silencio se siguió, interrumpido solo por la entrecortada respiracion de Cármen.

El relój dió las tres.

Enrique al oir esas tres campanadas se enderezó en su asiento. Sacudió su cabeza como tratando de disipar algun pensamiento importuno, i dijo a Cármen con resolucion.

—Estoi perdido, i tú sola puedes salvarme.

Cármen nada oyó, parecia sumida en su arrobamiento.

Enrique apoderándose con cierta impaciencia, que trabajaba por ocultar, de una de sus manos, agregó:

—Cármen, no me oyes? estoi perdido, i tú puedes salvarme.

Cármen se estremeció; levantó sus apagados ojos hácia Enrique i le contestó maquinalmente:

—I a mí quién puede salvarme?

Enrique quedó un momento como paralizado. La inesperada respuesta de Cármen lo habia contrariado.

—Me ama, se dijo para sí con un jesto de despecho; pero pueden en ella mas sus remordimientos que su amor por mí.... Pero la hora se pasa, i miró el relój.

—Cármen, agregó con resolucion, es necesario que me oigas, que procures dominar por un momento tus tristes fantasías....

—Mis remordimientos, querras decir, le interrumpió Cármen. Ah ¡Enrique cuánto mal me has hecho.... Este era el porvenir que con palabras de fuego me pintabas? Erán estos los goces sin fin ni medida que me reservaba tu amor?.... Era este el mundo encantado, ese mundo que habia de ser la realizacion de un cuento de las *Mil i una noches*, que tu me preparabas, i en el que habia de olvidar lo que yo llamaba mi falta? Ah! Enrique. cómo me has mentido.... cómo te has burlado de mi credulidad.... Eres un.... pero nó.... nó.... perdona.... Ah! si tu supieras cuanto sufro te compadecerias, Enrique, de esta pobre mujer a quien has perdido....

—Señora.... Cármen.

—Temes que vaya a turbar tu felicidad? no es así, Enrique? Temes que mi tristeza, mis remordimientos vayan a contajiarte..... Pero nada temas, Enrique..... Los hombres felices, los que como tú viven en el torbellino del mundo, nunca tienen tiempo de oir a solas a su corazon..... I porqué te habia de ganar la tristeza a tí que corres de placer en placer..... a tí que por donde quiera encuentras bellos rostros que te sonrien, corazones que por tí palpiten, senos llenos de amor i de pasion en que reposar tu cabeza cuando un amargo pensamiento trate de turbarla. Oh! Enrique, eres mui feliz!.....

— Así lo crees, Cármen, la interrumpió Enrique.

—No solo lo creo, sino que lo sé.....Apesar de mi aislamiento, los ruidos del mundo suelen llegar hasta mi puerta. Esos ruidos me han hecho saber debes casarte con una rica heredera, con una jóven hermosa i pura, con un verdadero ánjel, capaz de volver al camino a Satanás mismo, de hacer palpitar el corazon mas gastado..... ¿La amas, Enrique, la amas?... Nada me contestas.... No creas Enrique tengo celos, i porqué los habia de....

—Dejemos, Cármen, esta conversacion.... No es este el momento de pensar en ese ánjel, como tu dices, la interrumpió Enrique.... Te decia que estoi perdido i que necesito que me salves..... Me entiendes, Cármen, que me salves!

—Cómo así, díjo Cármen con interes.

—Sí, Cármen. Hace tiempo que estoi casi arruinado. Solo el juego con sus alternativas ha podido sostenerme. En este momento hasta el juego se ha negado a suministrarme recursos. Anoche he perdido una fuerte suma que debes pagar ántes de una hora, i no tengo un cuarto.....

—I qué puedo hacer yo, Enrique?

—Como ¿qué puedes hacer? Salvarme.

—Pero dónde encontraré el dinero que necesitas? Yo nada tengo.....

—Pero tú me has hablado de una suma, último resto de la fortuna de tu esposo, i que éste, ántes de suicidarse, dejó depositada en una casa de comercio de Santiago.

—Entiendo, Enrique. Pero lo que quieres no puede ser, es imposible..... Ese dinero es el dote de Laura... Por nada en este mundo....

—Entónces te niegas. Quieres que me deshonre, que me pierda, que confiese mi ruina, que vea desbaratados mis planes todos, que cuando voi a tocar a la cima, a enderezar el edificio de mi fortuna tenga que dejarlo arruinarse... I todo por qué? por una miserable suma... Tú, que no has dudado en sacrificarme tu honor, tu tranquilidad, tu felicidad.....

—Basta Enrique, por Dios, no continues.

—Sí, sí, me oiras, es necesario que te penetres de mi situacion, Cármen; es necesario que comprendas que he llegado a uno de esos instantes en que es preciso no vacilar, en que no hai vacilacion posible; porque la vacilacion significaria ruina, miseria, indiferencia sino desprecio de parte del mundo.—I tú bien sabes lo que eso importa para los hombres como yo... Todo, todo Cármen, todo estoi dispuesto, decidido a arrostrarlo, a emprenderlo para detener, sino conjurar la tempestad que ruje sobre mi cabeza... Nada hai en este instante que no sea capaz de emprender sea bueno o malo, digno o infame, virtud o crímen, con tal de que me lleve a mi fin; detener mi ruina;... nó, ocultarla... Cármen necesito tu dinero, la dote de tu hija i lo tendré...

Cármen quedó un momento anonada. Pareciale un sueño lo que oia. Tras un corto silencio, miró a Enrique como alelada, maquinalmente, casi sin poder darse cuenta de lo que acababa de oir. Creia imposible que Enrique tratara de imponerle el mas cruel de todos los sacrificios, el que despedazara la fibra mas delicada de su corazon de mujer de madre, el esponer a su hija a la horfandad i la miseria, sacrificando el porvenir, la dicha de ese pedazo querido de sus entrañas a los vicios, a los cálculos, a los proyectos talvez infames de un hombre sin alma.

Cuantos dolores, cuantos reproches jenerosos i nobles; cuanta elocuencia, de esa elocuencia toda corazon, sentimiento i verdad; cuantas suplicas tambien habian en el silencio de esa mujer i de esa madre.

Enrique vaciló. Sus ojos se encontraron con la apagada mirada de Cármen, mirada sin brillo, sin persistencia; pero de esas que no es posible soportar, i se apartaron a un lado. Por desgracia fué del lado del relój: marcaba las tres i media.

El dolor, la desesperacion, las lágrimas de Cármen lo habian impresionado hasta hacerle olvidar su situacion; habia habido en ese corazon gastado, cerrado al sentimiento un instante de arrepentimiento, de *flaqueza virtuosa;* pero la hora todo lo disipó: el egoismo volvió a recuperar su imperio un momento perdido.

Enrique se puso de pié. Dió algunos pasos por la habitacion, i luego volviendo a sentarse al lado de Cármen le dijo con voz levemente alterada:

—Qué decides, pues, Cármen ¿me salvarás?

—Te he dicho que es imposible, le contestó Cármen con resolucion. Si quieres mi vida aquí la tienes... Todo: todo estoi dispuesto a sacrificarlo por tí... por que apesar de todo, Dios mio, amo a este hombre.... Pero el porvenir, el pan de Laura, de mi pobre hija jamas... Me has hecho esposa indigna... lo seria otra i mil veces por tí... pero mala madre jamas!...

—¿Cón que nada harás por mí? la interrumpió Enrique, con abismadora sangre fria i fijando en ella una mirada concentrado i escudriñadora.... Pues bien: tu lo has querido.....

Desabotonó con calma su levita, sacó del bolsillo del pecho el paquetito atado con una

cinta rosada que con tanta impaciencia recordaron nuestros lectores buscará en su mesa, i presentándole a Cármen agregó sin perder nada de su sangre fria:

—¿Conoces estas cartas? Pues bien; en diez minutos mas estarán en manos del tutor de Laura.

—¿Qué es lo que intentas, Enrique? Serias capaz de tanta infamia?

—De todo, de todo, dijo Enrique con fuerza.

—Eres un .....

—Señora.....

—Sí, lo entiendes un ..... Despues de habernos arruinado lanzando a mi marido en el juego e introducido la corrupcion i el vicio en un hogar honrado.... aun no te basta.... No estas satisfecho con haber causado la muerte del padre, la deshonra i la infelicidad de la madre, quieres tambien la miseria de la hija... Oh! esto es horrible... Dios mio! Dios mio! despertadme de esta atroz pesadilla... mi cabeza se pierde... Yo me vuelvo loca....

I un torrente de lágrimas empezó a bañar las pálidas i ajadas mejillas de la pobre Cármen.

—No estoi para oír insultos, arrepentimientos ni declamaciones, dijo Enrique con voz breve.... Elije pues: o me das inmediatamente una órden para que se me entreguen los veinte mil pesos de tu depósito: o estas cartas que prueban nuestras relaciones i nuestra.... pero quiero ahorrar las palabras duras.... son entregadas ántes de diez minutos al hermano de tu esposo....

—Enrique, por compasion!...

—Elije....

—No tienes corazon!

—Elije, volvió a repetir Enrique.

—Sálvese mi hija, dijo Cármen con resolucion.... Entrega esas cartas a mi cuñado.

Un momento despues agregó:

—Pero es necesario que entiendas que desde el momento que nuestras relaciones, hasta ahora cubiertas con el velo de una amistad desde la infancia, sean conocidas por el tutor de Laura... ésta será separada de tu lado,.... I el mundo todo le sabrá, i quedaras... sin... honra... i... sin,.. hija!

—Dios mio! Dios mio! esclamó la pobre madre i ocultó el rostro entre sus manos.

Siguiose un profundo silencio interrumpido solo por los sollozos de Cármen.

—Es necesario concluir, dijo Enrique a media voz, i acercándose a Cármen, añadió:

—¿Qué decides?

Cármen se levantó sin pronunciar una palabra, enjugó sus lágrimas i con paso firme i resuelto pasó a una pieza contigua. Trazó apresuradamente algunas palabras en un papel, lo dobló, i volviendo de nuevo a la habitacion donde la esperaba Enrique, le dijo, alargándole el papel.

—Tomad!

Enrique tomó el papel i salió.

Cuando Cármen oyó el ruido del carruaje de Enrique que partia, esclamó dejándose caer sobre el sofá.

—I sin embargo, amo a este hombre, Dios mio!

J. Arteaga Alemparte.

(*Continuará*).

El relojero i los relojes.

Fábula.

En otro tiempo habia un relojero
En la habla de relojes entendido:
Un dia que se hallaba entretenido,
Tenaza i lima en mano,
En el ojo la lente,
I algunas piezas de reloj en frente,
Oyó a un reloj vecino,
Cuyas piezas, con ruido platicaban,
I en su lengua metálica charlaban.
La cuerda así decía:
¿Porqué la manecilla, cual señora,
La honra se ha llevar de dar la hora.
I la hueca campana, vanidosa,
Sin hacer otra cosa
Que anunciarla, ha de estar tan encumbrada,
Mientra una ha de vivir aquí encerrada,
En esta caja obscura
Sin ver la luz del dia?
No, señor; que ya en todas las naciones
La igualdad se procura
Establecer; i nuestros graves males
Dependen de que en nuestras condiciones
Somos tan desiguales!
—Sí! gritaron las ruedas interiores:
¡Que viva la igualdad! ¡No haya señores!
El artífice sábio;
Pero cansado ya de tanta charla:
Pobres pedazos de metal, les dijo,
¿A qué conduce esa arrogancia vana?
¿Podreis hacer lo que hacen la campana
I el puntero prolijo?
—Nó! respondieron con sonoro lábio.
—Pues entónces callad: sin la aparente
Desigualdad que veis, tan necesaria,
No os podriais mover regularmente;
Que ella equilibrio da a la maquinaria.
Dejad vuestro charlar necio, importuno,
I sabed que lo justo, en vuestro estado,
Es gozar de aquel bien proporcionado
Al servicio que presta cada uno.

Daniel Barros Grez.

La mentira.

Fábula.

Al ver la fea mentira
El horror que al mundo inspira,

Dice airada:
Pues me he de vengar del hombre!
I apareciendo ataviada,
Con la vestidura misma
De la verdad, toma el nombre
De sofisma.
Desde entónces no fué estraño
Ver al cisma
Divisor; ver al engaño
Derrámarse por el mundo,
Que cubren de error profundo
Los que con facilidad
De mentira hacen verdad;
Esos mil talentos, bellos
Ergotistas;
Filósofos segun ellos;
Segun los demas, sofistas.

(El mismo.)

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

ESCENA XI.

CARLOS V, *sentado cerca de la mesa de la izquierda*, MARGARITA *de pié al otro lado de la mesa, i a la izquierda* ISABEL, *cerca de la mesa de la derecha.*

ISABEL.

¿Qué significa esto?... yo no entiendo palabra... (*va a sentarse cerca del velador de la derecha i toma una obra de costura o de bordado.*

CARLOS V, *aparte.*

¡Ella;... i mucho que se lo creo (*a Margarita*) pérque yo mismo....

MARGARITA, *a media voz i alegremente.*

Oh vos, señor.... vos sabeis mui bien....

CARLOS V, *sentándose cerca de la mesa de ajedrez.*

Absolutamente nada.

MARGARITA, *sentándose enfrente del rei i siempre a media voz.*

V. M. no ha tenido hoi una conferencia diplomática.... súbitamente interrumpida?

CARLOS V, *acomodando las piezas sobre el tablero.*

Protesto que ignoro lo que V. A. quiere decir!.. es la verdad.

MARGARITA, *acomodando tambien su juego.*

¡Verdad imperial!

CARLOS V.

Al contrario.

MARGARITA, *alegremente.*

Esa es otra cosa!... I bien entónces.... ya podemos conversar en alta voz. Hablabais en este instante, señor, de anécdotas e historietas que proporcionaba la corte de Madrid. He hecho repertorio de algunas admirables, con las cuales compondré a la vez cuentos galantes, o ridículos, o divertidos, o inesplicables, incluyendo entre ellos *el cuento del sombrero*.... cuyo desenlace no se me ocurre todavía.

CARLOS V, *avanzando un peon.*

¿Si yo pudiera ayudaros?

MARGARITA.

Con mucho gusto!.... imajinaos, señor!...

ISABEL, *levantándose i acercándose a Margarita.*

Una historia!

MARGARITA.

Que ese pobre Babieza.... (*deteniéndose*). I esto bajo el mayor sijilo al ménos....

ISABEL, *escuchando con curiosidad.*

Ciertamente.

MARGARITA.

Por otra parte, él mismo me ha autorizado para que lo diga a V. M.

CARLOS V, *continuando su partida de ajedrez.*

¿I luego?

MARGARITA, *jugando siempre.*

I bien, ese pobre Babieza.... ha encontrado, hace una hora, encerrado en su casa, a todo un noble i poderoso señor.

CARLOS V.

¡De veras!

ISABEL.

A un señor de la corte....

MARGARITA.

Sí.... i ese gran personaje, que esto ó lo célebo del cuento, se ha visto obligado con todas sus campanillas, bajar por la ventana.

CARLOS V.

Eh; cuál es su nombre?

ISABEL.

¿Cuál es?

MARGARITA.

No lo sé.... ni Babieza tampoco. ¡El no lo vió! i aun dudara de la traicion, si el galan, con la turbacion de una súbita retirada, no se hubiera llevado el sombrero del marido, dejando en cambio otro de riqueza i elegancia réjias.

CARLOS V, *aparte.*

¡Ah ya caigo!

MARGARITA.

I lo que viene a complicar la situacion de una manera admirable... en un cuento.... es que suceda..... sin que se sepa cómo, que ese sombrero....

CARLOS V, *alegremente.*

Era el del emperador, quien de esa manera se encuentra en juego sin pensarlo....

ISABEL.

¡Es posible!

CARLOS V.

I quien por una casualidad conoce solo el enredo, i todavía mas, conoce al héroe de la aventura.

MARGARITA.

Vuestros son los honores, señor.... Vuestro es el desenlace.

CARLOS V, *riendo i confidencialmente.*

Ese sombrero.... es el que por distraccion, me fué llevado de aquí hace una hora (no direis nada a nadie), por mi nuevo ministro Gattinara.

ISABEL, *arrojando un grito de indignacion i de despecho.*

¡Gattinara!

MARGARITA.

El.... con Sanchica ...

CARLOS V.

I yo que lo cumplimentaba por su frialdad i su indiferencia!

MARGARITA, *en tono de reconvencion.*

¿Cómo es eso, señor?

CARLOS V.

Quiero decir que yo no le creia con ninguna pasion.... absolutamente ninguna.... ¡I cómo nos engañamos!... con los ministros!... ¡es espantoso!...

ISABEL, *que próxima a desmayarse se apoya sobre la mesa a la derecha.*

Ah ¡es indigno!...

MARGARITA, *sonriendo.*

No tanto.... es preciso induljencia.

CARLOS V, *sonriendo, a Isabel.*

Asi es, vos lo tomais mui a pecho.... miéntras que no tenga otra inclinacion mas séria que la de Sanchica.... yo perdono!

ESCENA XII.

CARLOS V, *a la izquierda, cerca de la mesa, asi como* MARGARITA. ISABEL *a la derecha,* UN UJIER *anunciando.*

EL UJIER.

Su excelencia el señor conde de Gattinara. (*Gattinara entra, i se adelanta por el lado del rei a quien saluda profundamente*).

ISABEL, *aparte.*

Nó, yo no puedo creerlo todavía!

GATTINARA.

Desde que me separé de V. M.... no me he ocupado.... sino en probarle mi celo....

CARLOS V, *riendo.*

En verdad.... el pobre Gattinara!...

GATTINARA, *con orgullo.*

¿V. M. lo dudaria?

CARLOS V, *tratando de contener la risa.*

Nó, de veras.... pero perdóname, querido, si no puedo dejar de reirme.... ah... ah... ah...

GATTINARA.

¡Cuando vengo a hablar a V. M. de los peligros...

MARGARITA, *riendo.*

Que habeis corrido.... ah, ah, ah.

CARLOS V.

Ah, ah, ah, ah.

GATTINARA, *miéntras el rei está riéndose.*

¡Pero si esto es lo que hai de mas sério en el mundo!... ¡Escuchadme, señor, escuchadme!

CARLOS V, *ahogándose de risa i mostrando a Margarita el sombrero que tiene Gattinara.*

¡Ah!... todavía tiene.... el otro!..,

GATTINARA.

Vuestros enemigos se aprontan.... a su vez.... para reirse a vuestras espensas....

MARGARITA, *del mismo modo.*

El del.... marido.... ah!.... (*ámbos se rien*).

GATTINARA, *comenzando a desconcertarse.*

Os digo que... se aprontan!

CARLOS V i MARGARITA.

Ah, ah, ah, ah.

GATTINARA.

No veo que cosa.... pueda causar. .. semejante risa.

CARLOS V, *enseñándole con la mano i sin poder hablar.*

¡Ese sombrero!

GATTINARA.

¡Oh cielo!

MARGARITA, *siempre riendo.*

Que no es el vuestro.... i que habeis tomado....

CARLOS V, *del mismo modo.*

Al pobre Babieza.

MARGARITA.

En el aposento de Sanchica.

ISABEL, *a la derecha i a media voz.*

¿Con qué es cierto, señor?

MARGARITA.

De quien estais enamorado!...

ISABEL, *del mismo modo.*

¿Con qué es cierto?

GATTINARA, *fuera de sí.*

¡Qué impostura!.... ¡qué traicion!... ¿quién os lo ha dicho?

MARGARITA, *riendo.*

¡El emperador!

CARLOS V, *riendo.*

¡La princesa!

GATTINARA, *a Margarita*

¡Ah! ¿queriais perderme? pues yo os perderé a vos.... i vos, señor.... quizas me escuchareis cuando se os diga que Francisco I vuestro cautivo....

CARLOS V.

¿I bien?

GATTINARA.

Está próximo a escaparse.... si a estas horas ya no se halla fuera de vuestro poder.

CARLOS V, *levantándose.*

¡Eh!... ¿qué significa esto?

GATTINARA, *en alta voz.*

Que el rei de Francia ha firmado en favor de su hijo el Delfin una acta de abdicacion en debida forma.... acta que ha confiado a su hermana Margarita....

MARGARITA, *que tambien se ha puesto de pié.*

¡A mí!...

GATTINARA.

Estoi seguro.... para encaminarla a Francia.

MARGARITA, *aparte.*

¡Ah!...

CARLOS V, *bajo a Gattinara.*

Una acta de abdicacion! ¡Todo se nos escaparia! ¡todo seria perdido!

GATTINARA,

Tranquilizaos.... yo vijilaba.... todos los correos han sido detenidos....

CARLOS V.

Mui bien....

GATTINARA.

Escepto los de V. M.

CARLOS V.

¿I esa acta, donde está?

GATTINARA, *bajo.*

Margarita la lleva consigo.

MARGARITA, *mirando a Isabel a la derecha.*

Oh Dios mio!... la princesa se ha desmayado!

CARLOS V, *con impaciencia.*

En momentos como éste!....

MARGARITA, *corriendo hácia ella.*

Llamad, pues, o ántes, no.... (*mostrando su limosnera que ha dejado sobre la mesa a la izquierda*). Allí, en mi limosnera.... mi pomo.... mi sal.,. buscad pronto!... ¿Hallasteis?.... (*Margarita volviendo la espalda al rei i a Gattinara, hace aspirar el pomo a Isabel, quien poco a poco vuelve en sí. Miéntras tanto Gattinara repara en el suelo un papel que él acaba de dejar caer de la limosnera. Lo levanta i dice al rei con un grito de alegría.* Ah! si fuese!....

CARLOS V.

¿Qué cosa?

GATTINARA.

Esa acta de abdicacion! (*abriéndolo i recorriéndolo*). ¡Qué desgracia!... no es esa!

CARLOS V.

¿Qué es, pues?

GATTINARA.

Una conseja.... un cuento!.. *Lo que agrada a las damas.*

CARLOS V, *asustado i llevándose la mano a la frente.*

¡Cómo!... Ese cuento que hace un instante yo mismo dirijí a la rejente Luisa de Saboya, está allí todavía.... no ha caminado?...

MARGARITA, *aparte i mirándolos.*

Qué es lo que hai, pues?

CARLOS V,

Pero entónces.... ¿qué es lo que he cerrado i sellado con mis armas?... ¿qué es lo que yo mismo he enviado a Francia?... con Babieza.... mi correo de gabinete?

GATTINARA.

El único que haya podido salir. (*Mirando a Margarita*). Ah! reparad.... en esa rápida mirada.... esa sonrisa que acaba de escapársele apesar suyo (*con viveza*). Señor.... esa acta de abdicacion está en camino de Francia.... i es V. M .... quien acaba de remitirla....

CARLOS V.

¡Yo!... si fuera cierto! si se hubieran burlado de mí hasta ese punto!...

MARGARITA.

A la verdad que no sé lo que quiere decir Vuestra Majestad....

CARLOS V, *colérico i enseñándole el papel que tiene en la mano.*

Pero este papel.... este cuento, señora?

MARGARITA, *riendo.*

I bien, señor.... es un cuento....

CARLOS V, *del mismo modo.*

Lo entiendo!... Pero como sucede que se halle allí.... allí.... i no en otra parte?...

MARGARITA, *del mismo modo.*

Pues eso es porque.... porque quizás será una copia.

CARLOS V.

Nó... no espereis alucinarme!.. Hai apesar vuestro en vuestras facciones.... un aire burlesco que revela la victoria i el orgullo del triunfo.

MARGARITA.

Señor.... qué idea!...

CARLOS V.

Ah!... pues yo sabré la verdad!... Que corran al alcance de Babieza....

GATTINARA.

Lleva mucha ventaja i vuela como el viento.

CARLOS V.

¡No importa! ¡Mis despachos.... que me traigan mis despachos! ¡La gracia, el favor que se quiera para aquel que me traiga a mi correo!...

MARGARITA, *aparte.*

¡Felizmente está léjos!

H. DE IRISARRI.

(*Continuará.*)

Ecos de la semana.

Santiago, setiembre 30 de 1859.

SUMARIO.—La primavera en la naturaleza.—La primavera en las manufacturas.—La primavera en los sentidos.—Prodijios del *deshabillé*.—Honores fúnebres.—Al que fué.—Semana teatral.—Círculo literario.

El tiempo i el almanaque se han puesto por fin de acuerdo para colocar a nuestra poblacion bajo el imperio de la primavera. Los vecinos de Santiago han dado ya el último adios al aterido invierno i la bienvenida a la festiva estacion de las Musas i las Gracias, que cobija en su dorado manto mil seductoras promesas,—mañanas color de rosa como las ilusiones, dias ardientes como un alma enamorada, tardes lánguidas i tibias como la pereza, noches fugaces como el deleite i serenas como una buena conciencia. Todas las edades, todos los sexos i todas las condiciones conciertan sus voces para cantar en coro universal sus alabanzas al tiempo rejuvenecido. Los niños saludan la reaparicion de los *volantines* i columbran en el horizonte de su esperanza la época de vacaciones; los viejos se despiden hasta el año entrante del catarro, del constipado i el romadizo; los jóvenes, viendo reverdecer los árboles, predisponen su espíritu a los placeres del campo i se sueñan todas las noches trasportados al espeso bocaje o la discreta enramada, donde convertidos en sátiros o faunos persiguen a alguna tierna ninfa desdeñosa o esquiva, tímida o altanera; las mujeres recobran el abanico i el quitasol, i los hombres destierran la camiseta i el paraguas; los apasionados de la locomocion se complacen de saber expeditos los caminos i se aprestan dilijentes a sus correrías; los inmuebles hacendados esperan impacientes que las espigas se vuelvan rubias; los ricos apagan la lumbre de sus chimeneas, i los pobres se confortan i regocijan al amor de esa otra lumbre inmensa que el Padre comun mantiene encendida en el hogar de sus criaturas. Revive lo que estaba muerto, se reanima lo que estaba aletargado, se despierta lo que estaba dormido, se viste lo que estaba desnudo, i todo se alegra i ajita en medio de las risas del nacimiento i los prodijios de las transformaciones. El corazon de la naturaleza i el del hombre precipitan sus latidos.

Pero donde la influencia de la primavera se deja sentir con mas fuerza, es en el mundo de la moda i el buen gusto, que ha sufrido en su aspecto una metamórfosis completa. Á los majestuosos pliegues de la cachemira, a la inflexible densidad del terciopelo, a las espesas combinaciones de la seda, vénse suceder lijeras creaciones de telas vaporosas i aéreas, verdaderas sutilezas de la manufactura. El pleonasmo i la gravedad de los trajes de invierno han desaparecido: la nueva estacion busca el ideal de sus vestidos en los blancos vapores de la madrugada, en los pintados celajes de la tarde, en el aire que respiramos i en el espíritu que nos anima. Una nube tejida, un suspiro de la brisa hilado, una idea risueña convertida en muselina, un pensamiento de amor reducido a gasa de seda, tales son los modelos mas acabados, propuestos a los trajes de primavera.

Este cambio de ropas esplica perfectamente el aire de profunda observacion que se nota en los diversos círculos de nuestra sociedad. En las tertulias se conversa poco i se mira mucho; en el teatro se escucha poco i se mira mucho; en la alame-

da se anda poco i se mira mucho, i en donde quiera que hoi se congrega nuestra sociedad cuatro de los sentidos permanecen ociosos para dejar uno solo en ejercicio :—el de la vista.

Sin contar los nuevos vestidos de la estacion, han tenido los ojos abundante pábulo a sus miraradas el lúnes i mártes de la presente semana, con ocasion de los funerales del jeneral Vidaurre, muerto valerosamente, como sabeis, en la última revolucion de Valparaiso.—La traslacion de sus restos de la capilla del Salvador, donde estaban depositados desde el domingo, a la iglesia de la Compañía, atraía el lúnes un numeroso jentío i lo sembraba en toda la estension de la alameda. La hora no podia ser mas propicia al incremento de la concurrencia : a las doce del dia es lícito salir a la calle de trapillo i ocultar entre los pliegues del piadoso manto la gracia del talle i la ausencia del tocador. Ninguna razon de *toilette* podia a tal hora detener en casa a nuestra poblacion, que en consecuencia acudia sin embarazo a ver desfilar la fúnebre comitiva. Pero ésta, como era de rigor, se hizo esperar i dió tiempo a la vista para descubrir i admirar los mas delicados tipos femeninos en la condensada multitud. — ¡Cuántas bonitas mujeres de cabello rubio i cuántas mujeres adorables de cabello negro, qué de frescos pimpollos de ojos azules i qué de niñas pensativas de negros ojos, qué de puros perfiles, qué de tiernas mejillas, qué de labios de púrpura, qué de sonrisas deliciosas i miradas trascendentes, no habia que ver i codiciar en los grupos innumerables que se encadenaban desde la estacion del Ferrocarril hasta la entrada de la calle de la Bandera! De esta suerte, la larga carrera que iba a andar el convoi se hallaba cubierta de flores animadas. Tan florido prodijio era debido indudablemente a la curiosidad i al *deshabillé*.

Dos cañonazos anuncian por fin que el doliente cortejo ha dejado la capilla del Salvador i puéstose en marcha. Largo es el trecho que tiene que recorrer, i el dia, aunque no despejado, ardiente; conviene, pues, darse prisa i salvar a la mayor brevedad las contingencias de una insolacion. Las bandas de música aceleran, en esta virtud, el compas solemne de la marcha funeral hasta convertirla en paso redoblado, i desprenden de los instrumentos vivos i alegres sonidos, que desmiente el destemplado parche de los tambores i las negras corbatas de las banderas. El convoi camina con velocidad; ya se divisan los morriones i sables de la Brigada de Policía, que abre la marcha; la sigue el cuerpo de Artillería arrastrando pesados trenes de campaña; i en pos de la Guardia cívica, que ha enviado a los funerales sus compañías de preferencia, rueda pausadamente el carro enlutado que encierra el cadáver del veterano difunto. Camina tras sus huellas, de cerca i a caballo, el jefe civil i el militar de la provincia; el batallon Buin desfila a continuacion; los jefes i oficiales francos de la Guarnicion i la milicia cívica cabalgan detras del Buin; i el rejimiento de Granaderos a caballo completa i cierra el prolongado convoi. Entre tanto, habeis podido distinguir, en el interior de los coches mezclados con la comitiva de infantes i caballeros, las comisiones del cuerpo lejislativo, el cuerpo de la Municipalidad o sea la Municipalidad, en cuerpo, i los tres cuartos existentes de la unidad ministerial.

Coches i personajes, caballos i caballeros, fusiles i soldados, músicas i estruendo, han desaparecido desembocando o, con mas verdad, embocándose en la calle de la Bandera para detenerse delante de la iglesia de la Compañía. La sed insaciable de bélico aparato i fúnebres pompas no tarda en arrastrar por el mismo cauce la corriente de los espectadores, que corren a la plaza de Armas a ver dispersarse las tropas i espirar la ceremonia.—Pero la ceremonia no habia espirado sino momentáneamente, ni debia completarse hasta el siguiente dia con las suntuosas exequias, celebradas en la Catedral, i los postreros honores militares tributados al jeneral difunto al confiar sus restos al Cementerio.

Hecho esto, todo quedaba concluido para el deber oficial i la curiosidad indiferente; mas nó para la aflijida familia i los amigos del muerto, que lo recuerdan con lágrimas i lo lloran con justicia. El Jeneral Vidaurre fué un hombre honrado, un amigo sin doblez i un militar fiel a sus deberes i encanecido en el vivac i el campo de batalla. El es tambien, para mí, el jóven camarada de campamento, el viejo amigo i el adversario leal de una persona que me es querida i venerada; i séame permitido a este título enviarle un adios de sincero sentimiento.

La semana teatral, parca en funciones,—que no han pasado de dos,—parca tambien en concurrencia,—que ha sido el juéves frugalmente escasa,—ha sido en cambio pródiga de interes i variedad.

En la funcion del domingo, si *El estreno de una artista* fué una repeticion medianamente feliz, *el Carnaval de Sevilla*, bailado por la Thierry, i *un criado para dos amos*, desempeñado por Garces i secundado por Gaitan a las mil maravillas, fueron felizmente aplaudidos.

La funcion del juéves ha superado sin embargo, i con mucho, a la del domingo. Una linda comedia de Breton :—*Un novio para la niña*, dialogada como él solo sabe dialogar, es decir, en versos increibles a fuerza de ser propios, i maravillosos e inesperados a fuerza de ser naturales; i tales versos recitados por la Mur, por Gaitan i su mujer, i por Clapera, habian de producir sin tra-

bajo el resultado que dieron :—un rato delicioso para el espectador i justos aplausos para los actores.—El público siempre previsor, reservó empero una buena porcion de su estruendo entusiasta para la Thierry o la *Silfide*, Corby i la Matilde, que asistió en su compañía a la *Boda escocesa*.—Finalmente, Clapera cantó con buena fortuna *Las Ventas de Cárdenas*.

Superfluo seria recordaros que la Thierry i la Mur están siempre en candelero. Los aplausos mas briosos, las ovaciones mas ardientes, las admiraciones mas espansivas, las saludan al entrar, las acompañan en la escena i las despiden al abandonarla: de esta suerte, se ven celebradas en el porvenir, en el presente i en el pasado.

El Círculo de Amigos de las letras atraía anoche mas que de ordinario el interes de sus miembros, que acudieron en gran número. Se trataba de saber el éxito del certámen en prosa i verso, abierto hace un mes por el *Círculo* i cerrado brillantemente con cinco producciones notables, dos de las cuales han obtenido el premio i las restantes el *accesit* o una mencion honorífica.

Don José de Pardo inauguró la lectura con la de su canto premiado, en el que campean los primores de su estilo pintoresco i clásico, la entonacion elevada de su estro, i la difícil facilidad del diestro versificador, como lo es él a todas luces.

Oyendo en seguida a don Martin J. Lira leer las calientes estrofas de su canto, era difícil escapar del entusiasmo i encumbrada inspiracion que las han dictado. ¡Qué vigor en el pensamiento, qué fuego en las imájenes, qué grandes ideas, qué nobles aspiraciones! Lira, como algunos otros vates de nuestra edad, ya no se inspira tan solo en las tiernas emociones del corazon, en las galas i maravillas del mundo visible, sino que tambien se ajita i vive con la humanidad, busca sus leyes eternas i las canta, siente sus dolores i los llora, adivina su porvenir i lo anuncia; en esta escuela, el poeta i el pensador se dan la mano —Mas ¿por-qué nuestra simpático poeta desprecia el ropaje de la intelijencia i no se empeña en cobijar los tesoros de su talento en la hermosa túnica del arte?—Séale permitida, o a lo ménos perdonada esta pregunta a un amigo apasionado i a un sincero admirador de sus cantos.

Uno de los miembros del jurado leyó a continuacion, en ausencia de su autor, una oda bellísima de D. E. de la Barra, que obtuvo el *accesit*.

A su turno don Joaquin Blest Gana nos hizo la lectura de su memoria sobre el tema en prosa, que fué la que obtuvo el premio. La concepcion brillante i el no ménos brillante desempeño de este trabajo justifican nuevamente la merecida reputacion de su autor.

La otra memoria en prosa, que mereció el *accesit* i es debida a la pluma de don Bernardo Lira, quedó sin leerse, ausente como estaba su distinguido autor. Es una produccion que figura sin desventaja al lado de las que oimos leer anoche.

Mis lectores tendrán en breve oportunidad de apreciar por sí mismos estas composiciones, que empezarán a publicarse desde el próximo número en las columnas de *La Semana*.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

BLANCA DE LERMA

I

MACKANDAL.

EPISODIOS HISTORICOS

por Manuel B. Cuartin.

Se encuentra a venta en la librería del señor Morel.

Condiciones de la suscripcion.

La «Semana» aparece todos los sábados i consta por ahora de diez i seis pájinas en folio. La proteccion del público decidirá de su incremento sucesivo.

Precio de la suscripcion: 3 pesos por trimestre adelantado.

Puntos de suscripcion.

SANTIAGO.—Imprenta del CORREO, pasaje Búlnes.

VALPARAISO.—Imprenta i librería del MERCURIO.

SERENA.—D. José Domingo Cortez.

COPIAPÓ.—Libreria del MERCURIO.

CALDERA.—Editores del TREN.

CONCEPCION—Libreria del MERCURIO.

TALCA.—Sres. E. i S. Rondanelli.

CHILLAN.—Sr. D. Abrahan Siredey.

LIMA.—Establecimiento del Sr. Ricordi, calle de las Mantas

AREQUIPA.—Sr. D. Manuel G. de Castresana.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Octubre 8 de 1859. Núm. 21.

Dictámen del Jurado

EN EL CERTÁMEN ABIERTO POR EL

Círculo de amigos de las Letras.

Reunido el lúnes de la presente semana el jurado elejido a la suerte i encargado de juzgar las composiciones que concurrieren al certámen abierto por el *Círculo*, procedió a leer seis trabajos que se habian presentado. Tres de éstos cumplian con las condiciones del tema en verso, i los otros tres eran relativos al tema en prosa. Todos ellos, salvo uno que ha quedado exento de toda apreciacion, son estimables por mas de un motivo, i dan una prueba lisonjera de la actividad intelectual que se ajita i trabaja entre nosotros, a pesar de las perturbaciones nacidas de las luchas políticas i del desaliento inherente a la falta de estímulos.

El llamamiento hecho por el *Círculo* ha tenido, pues, eco en la intelijencia de los hombres estudiosos i dado por fruto tres cantos *A la independencia de América*, de mérito poco comun, i dos memorias en prosa, en que se discute i resuelve, con marcado acierto, la cuestion propuesta: *La revolucion de las colonias hispano-americanas ¿fué un hecho necesario o accidental?*—Habiéndose apartado de este tema la tercera de las composiciones en prosa, ha quedado excluida del certámen.

En el compendioso juicio que se va a formular de los cinco trabajos restantes, el *Círculo* tendrá facilidad de apreciar su importancia respectiva i el lugar que en consecuencia les ha asignado el jurado. Si es honroso para éste pronunciar su fallo sobre producciones tan notables, no por eso es ménos árdua i peligrosa su tarea. Así es que solo despues de un detenido exámen i comparacion de los trabajos, se ha decidido a colocarlos en el órden de precedencia que se espone a continuacion.

De las composiciones en prosa, la que lleva por contraseña una estrella i por epígrafe esta cita de Monteagudo: «La Revolucion del Mundo Americano ha sido el desarrollo de las ideas del siglo XVIII», es la que el jurado cree mas acreedora al premio propuesto.

El autor de esta memoria principia por establecer que la independencia de América no fué un hecho accidental, provocado por una causa momentánea, sino el resultado inevitable de la marcha de los sucesos humanos, sometidos a la lei del progreso, que es la lójica de la historia. El simultáneo levantamiento de las colonias españolas contra su metrópoli, i la tenacidad de la lucha que a él se siguió, prueban, a juicio del autor, que tal levantamiento no era sino fruto de la labor oculta que trabajaba, largos años habia, a pueblos colocados bajo idénticas condiciones de vida, i el éxito de tamaña lucha el único posible, porque no era sino el efecto preciso de una causa fatal. ¿Dónde residia esta causa? En el progreso incesante del espíritu humano, que levantó sobre las ruinas del mundo antiguo el edificio de la civilizacion moderna i ha hecho recorrer a ésta un largo camino sembrado de trastornos i vicisitudes, que produjeron sucesivamente el feudalismo de los primeros siglos, las monarquías absolutas de los siglos siguientes, la Reforma i la revolucion de Inglaterra, la filosofía i la revolucion francesas del siglo décimo octavo, la independencia de la América del Norte i finalmente la nuestra. Este progreso indefinido, consignado en la historia, que es el itinerario de la humanidad, arrastró en su curso la emancipacion de la América española; i si ésta pudo postergarse algunos años o frustrarse en la primera ocasion, habia de realizarse tarde o temprano, necesario, fatal como era su cumplimiento. El autor reconoce, pues, en la Independencia de Sud-América un hecho necesario e inevitable.

En el estenso desenvolvimiento que ha dado el autor al tema propuesto, ha podido el jurado reconocer manifiestamente la abundante copia de sus conocimientos, la sagacidad de sus investigaciones i la exactitud de sus apreciaciones i razonamientos, dotes realzadas por las de un estilo correcto, elegante i colorido. De esta suerte, el fondo i la forma de la memoria han contribuido de consuno a inclinar de su lado la balanza de nuestro juicio i atribuirle el premio.

La segunda memoria en prosa, que lleva por contraseña: *Regna fluunt; series nova rerum surget et ordo*, se recomienda asímismo por la facilidad, pureza i brillantez de su estilo, a tal punto que el jurado no ha vacilado en declararla mui merecedora del *accesit*.—En la primera parte de ella, consigna el autor que la emancipacion hispano-americana, fué consecuencia de las leyes eternas de desenvolvimiento a que las naciones, como los individuos, viven sujetas. Empero, al mismo tiempo que conviene en la necesidad de la independencia de Sud-América, no encuentra en el hecho de

nuestra emancipacion, sino el efecto de un accidente casual. Hai pues, entre estos dos juicios de la memoria una contradiccion, que por fortuna es mas aparente que positiva, i acaso procede únicamente de no haber formulado el autor con bastante precision sus convencimientos, ni definido con claridad la parte que en la revolucion americana corresponde a la causa ocasional, a la oportunidad que la hizo estallar en un tiempo dado, i la que no fué sino efecto de una causa orijinaria i real.

Cada una de las tres composiciones en verso que se han presentado, es una obra digna del tema propuesto.

Cuando el jurado tomó sobre sí la árdua tarea de calificarlas, no pensó ciertamente que hubiera de serle tan penosa i arriesgada, puesto que todas ellas tienen dotes i cualidades sobresalientes que embarazaron un momento el fallo.

En la una brilla el ardor i el entusiasmo. Esta, que se ha presentado anónima, acaso hubiera tenido otro lugar que el de la mencion honrosa que se le ha asignado, si hubiera estado escrita en otro metro mas difícil que el que escojió su autor, i a no haber sido superada por otras en el plan i en el desempeño.

La que ha merecido el *accesit* lleva por contraseña *Patria i Libertad* : es una oda en que el autor se muestra colocado a la altura del grandioso tema propuesto. La versificacion es correcta i fácil: ideas frescas i conceptos poéticos nuevos la engalanan, i quizá habria hecho trepidar el juicio del jurado, si algunos descuidos en la eleccion de las rimas no la hicieran inferior, a nuestro entender, a la que ha obtenido el premio.

Esta es la que solo tiene una señal por contraseña. Su autor ha dividido su trabajo al parecer en tres partes. La belleza de la inmensa parte del globo que se llama América, lo ha arrebatado; i ha descrito en preciosas estrofas de relevante mérito poético, el privilejiado suelo que habia de ser descubierto por el inmortal jenovés. En esta linda descripcion ha lucido el autor la gala del decir, la facilidad para versificar; i a la correccion ha unido la galanura i el desahogo que son tan difíciles de hermanarse.

No ha hecho menor justicia que al intrépido nauta, a la noble matrona, su protectora, a la insigne Isabel, modelo de soberanos i modelo de mujeres. El autor ha querido ajustarse a la historia i sin apartarse de la senda que ella le tiene trazada, llega al coloniaje i en robustos versos, describe su importancia i nombra sus defectos, salvándolos con el tino con que el inmortal Quintana los descarta de la España para hacerlos recaer sobre los tiempos.

Parecionos que el autor se habia empapado en la lectura de excelentes modelos: su entonacion nos recordaba la de los maestros de la lengua en composiciones de carácter semejante a la que tanto nos llamaba la atencion; i al oirlo decir que no seria él quien

..... arroje impuro lodo
Sobre su propio nombre: el nombre godo,

creimos oir al duque de Frias cuando dice a los hijos de esta América Española:

I ya del indio esclavos o señores,
Españoles seréis, no americanos.

Porque recuerda con orgullo nuestro poeta que desciende de aquella raza de Corteses i Pizarros i Valdivias, porque no puede ménos de ser mui española aquella tierra por quien ha dicho el vate peninsular:

Que ahora i siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la cruz del Gólgota plantada,
I escuchará la lengua de Cervantes.

¡I cuán bellos no son aquellos versos con que nuestro poeta canta la emancipacion! Dejando atras el pasado, contempla a la América que se despierta i levanta de su sueño, que se lanza a la guerra, que lucha i vence, i acompaña su triunfo con votos de eterna bienaventuranza.

No hemos querido hacer estractos de esta bellísima composicion: debe apreciarse en su conjunto : seria defraudar a los lectores del placer que esperimentarán al leerla entera.

Decimos lo mismo por las demas. En cada una de las tres composiciones en verso, hallarán los aficionados a esta clase de obras mucho que tomar en cuenta para el arte, mucho que elojiar i bien poco que criticar, a no ser que la crítica quiera ejercerse con el rigorismo i la destemplanza que no son propios tampoco de este lugar.

No concluirémos sin notar que por una rara coincidencia, en mas de una de las composiciones que hemos examinado, se ha exhalado un quejido de dolor, al contemplar el triste cuadro que ofrece a la vista del americano español el inmenso territorio que puebla su raza. ¡Por todas partes la devastacion, por todas partes la guerra civil, por todas partes la venganza i el esterminio! ¡Infelices! ¿a dónde caminamos? ¿A la muerte quizá?

Los poetas lloran, los poetas piden paz para la patria i, como el autor de que nos ocupamos, levantan las manos al cielo para implorar del Supremo Hacedor que se apiade de nuestra fortuna impia, que ahogue las pasiones

Con qué sus hijos crueles
Atizan la anarquía
En constantes, civiles disensiones,
Porque dé en su clemencia
A la América toda
Paz, union, libertad, independencia.

Santiago, setiembre 29 de 1859.

Hermójenes de Irisarri.—Manuel Carvallo.—Gabriel Izquierdo.—René Moreno.—Domingo Arteaga Alemparte.

La revolucion de las colonias hispano-americanas ¿fué un hecho necesario o accidental (1)?

«La revolucion del mundo Américano ha sido el desarrollo de las ideas del siglo XVIII.»
(MONTEAGUDO, *Ensayo sobre la necesidad de una confederacion jeneral entre los estados hispano-americanos.*)

La revolucion, que derrocando la dominacion española, produjo la independencia hispano-americana, no fué por cierto el irracional desahogo de un capricho. Cuando la mitad de un mundo abandonaba la patriarcal tranquilidad en que vivió por tres siglos, para lanzarse a los azares de dudosa pelea, cuando acallaba la imperiosa voz del hábito, i rompiendo tradiciones veneradas por las costumbres de trescientos años, robustecidas por la educacion, acatadas como dogmas nunca discutidos, se labraba una trabajosa ruta en que cada paso era un combate, preciso es que le moviera un impulso mas poderoso que el egoismo, i ménos transitorio que la veleidosa novelería. Si los pueblos obcecados a veces por errores, convertidos en verdaderos principios, por la engañosa pasion del momento, llegan a quebrantar las leyes consagradas de su existencia; i si la historia nos ofrece mas de un ejemplo en que las modificaciones políticas o sociales, no importan mas que la espresion de la voluntad de un caudillo, el resultado de casuales circunstancias, o la consecuencia de teorías utópicas elevadas a la línea de doctrinas, no es ménos cierto que para esplicar los grandes acontecimientos que trastornan la existencia de las naciones, i mayormente los de un carácter semejante a la revolucion hispano-americana, debe rastrearse su oríjen en reglas naturales coexistentes con el jénero humano. Las sociedades en ocasiones se dejan seducir por la propaganda de falaces novadores, i suelen sacrificar el bienestar presente en los movedizos altares de divinidades ideales que mui luego reniegan; pero en casi todas las revoluciones hai un fondo de justicia, una verdad mas o ménos benéfica, un principio fecundo; i sobre todo una queja, que envuelve la protesta del malestar actual i la esperanza del futuro mejoramiento. Casi todas las revoluciones tambien son el fruto de una prolongada labor, imperceptible muchas veces para la época en que se verifica, i los sucesos que provocan su estallido solo sirven de pretesto al desarrollo de la causa remota, como la chispa que inflama el combustible largo tiempo hacinado. La invasion de los Bárbaros, no hizo mas que ultimar a Roma decrépita que agonizaba en los brazos de sus eunucos i cortesanas; Cárlos I pereciendo en el cadalso mas que el holocausto exijido por el furor del Parlamento Puritano, fué la víctima espiatoria de los errores que el poder real venia cometiendo desde atras; la revolucion francesa habia sido predicada por los apóstoles de la filosofía muchos años ántes de abrir la sangrienta campaña contra los tronos, i la hispano-americana, fué el éco necesario del movimiento intelectual i político del viejo mundo i la consecuencia precisa del mismo sistema colonial español.

(1) Esta memoria fué la que obtuvo el premio en el certámen abierto por el *Círculo de amigos de las letras*, en setiembre de 1859.

Para la lójica de la historia el hecho de la emancipacion de las colonias de Hispano-américa, no puede ser un acontecimiento accidental; porque al juzgarle sometido a la antojadiza lei de la casualidad, ¿cómo esplicar lo simultáneo de la ajitacion que conmovió a los pueblos desde Méjico hasta Magallanes, la semejanza de los principios que proclamó la revolucion en tan diversas latitudes, en sociedades tan diferentes que sin embargo de la comunidad de oríjen, ocupaban tan distintos puestos en la escala de la civilizacion? Entre la opulenta corte de Méjico i la pobre Presidencia de Chile corria una inmensa diferencia; i la indómita fiereza de los *llaneros* de Venezuela no habria podido parangonarse con la tímida humildad de la pacífica raza que poblaba la *sierra* del imperio de Atahualpa. ¿Cómo esplicar tampoco por el voluble capricho del acaso, la uniformidad del desarrollo de la revolucion en las diversas secciones, situadas a tan considerables distancias, separadas las unas por el océano, las otras por fragosas montañas o dilatados desiertos, sin medios de comunicacion, sin prensa para transmitir las ideas, sin buques que con el comercio transportasen la simiente revolucionaria, viviendo cada cual en el zeloso aislamiento, que era uno de los resortes políticos de la máquina del coloniaje? Buenos-Aires inauguró el año de 809 arrancando las riendas de la administracion a las autoridades peninsulares, para entregarlas a una junta popular: poco despues, dos ciudades centrales enclavadas en las faldas de los Andes, secuestradas de toda comunicacion, La Paz i Quito, se alzaron contra sus gobiernos, organizando juntas con que afectaban imitar a la de Cádiz; i en 1810, el fuego revolucionario encendido espontáneamente, reventaba en abierta rebelion en Carácas, Bogotá, Santiago i Méjico. Aquel levantamiento, unánime como un esfuerzo combinado, aquella idéntica transicion de pueblos tan diversos que se precipitaban en la misma via, no era una conjuracion, porque sus autores al lanzarse por igual camino no se habian dado aviso de la partida; porque al apercibirse al combate, ninguno volvía los ojos para mirar si su vecino tenia prontas sus armas; porque cada pueblo ponía hombros a la empresa de propia cuenta, cifrando sus esperanzas en el valor de sus hijos, i en sus propios sacrificios.

El carácter de la porfiada lucha que sostuvieron las colonias con la Metrópoli, manifiesta claramente que en ella forcejaba por triunfar, un principio aferrado con las raices de la conviccion, que no eran bastantes para anonadar ni los descalabros de las derrotas, ni las miserias de la proscripcion, ni las hambrientas cuchillas de los patíbulos, que en ella pugnaba una idea determinada i consecuente, que solo es de hallarse en las contiendas provocadas por un estímulo anterior a los hechos casuales que las hacen estallar. La tenaz obstinacion, la no desmayada constancia con que los americanos prosiguieron una empresa de tan incierto i dificultoso resultado, mal pudieran avenirse con la suposicion de una causa transitoria o casual: los pueblos no derraman su sangre con la prodigalidad del heroismo, no dejan incendiar las ciudades, talar los campos, no sacrifican a sus mejores ciudadanos, ni sostienen un combate de catorce años, por alcanzar el devaneo de un momento. Las revoluciones nacidas de accidentes, que no se relacionan a un jérmen constante en su accion, que no remontan su oríjen a motivos arraigados en el corazon de las sociedades, están des-

tinadas a morir sin éco con los sucesos accidentales que las producen; porque solo a los trastornos políticos o sociales que se derivan de un principio encarnado de antemano, que tienen por fuente una idea justa o verdadera, corresponde el privilejio de dejar en su tránsito una huella luminosa, que enciende el entusiasmo del heroismo, la abnegacion del sacrificio, una semilla fecunda que brota bajo las plantas de los mismos que la oprimen, que jermina en el interior para romper la corteza por mil partes. El terror, el rigoroso escarmiento, el desencanto de la primera derrota, sofocan las mas veces en su cuna aquellos sacudimientos que nacen de un suceso accidental sin ligarse a una idea jeneradora; miéntras las verdaderas revoluciones, cobran nueva vida en la desgracia, conquistan nuevos prosélitos en el martirio, cavan en el silencio una honda mina, cuya erupcion es tanto mas tremenda, cuanto mas grandes han sido los esfuerzos para ahogarla. La historia de las colonias hispano-americanas nos ofrece mas de un corolario de estas lójicas verdades: la sublevacion del pueblo de Quito, a mediados del pasado siglo, se estinguió con el severo castigo inflijido a los principales perturbadores, que si excitaron la compasion, no infundieron el ejemplo, i la sangre de Tupac-Amaru apagando la revuelta que, con rapidez contajiosa, cundia por las provincias del Perú, borró hasta el recuerdo de aquel suceso, calificado de locura, cuando no olvidado como todo accidente que carece de significacion social o política. Mui de otra suerte aconteció en aquellos mismos pueblos con la revolucion de la independencia: los primeros apóstoles fueron tambien los que encabezaron el martirolojio patriótico; pero sus cenizas abonaron la tierra revolucionaria, haciéndola fecunda en nuevos mártires ansiosos de ocupar el puesto de los que caian; i cada contraste, cada fusilamiento, no hacian mas que provocar una pronta represalia encarnando mas profundamente la idea de la revolucion, hasta tornarla en una pasion, con el descarrio de la venganza, con la grandeza de los nobles afectos, con la tesonera constancia i el despego de los intereses egoistas, que siempre se hermanan con los sentimientos dominantes i esclusivos. Desde que, por un empuje superior al impulso que recibia de los acontecimientos actuales, comenzó a moverse el carro de la revolucion, pudo alguna vez detenerse en su carrera, vacilar quizá, exhaustas las fuerzas de los que lo dirijian; pero jamás intentó retrogradar, nunca estacionarse en su camino, ni ménos, intimidado con lo áspero de la jornada, dar la vuelta al punto de la salida. La revolucion se amamantó con la sangre de sus hijos mas queridos, creció alimentándose con el sacrificio del bienestar, de la riqueza, de la posicion social; i sin embargo, las familias mas esclarecidas, pueblos enteros se disputaban el honor de tributarle su holocausto; i en las épocas mas azarosas, cuando todo se aunaba para helar el entusiasmo mas ardiente, para matar la esperanza con mas predileccion acariciada, cuando todo presajiaba el completo naufrajio de la causa de la independencia, del seno del conflicto nacia nuevo aliento para sacudir la postracion, inspirando nuevo brio. Si fué la revolucion únicamente parto de la casualidad, ¿como no sucumbió en Rancagua, como tras del desastre de Cancha Rayada cobró fuerzas bastantes para descargar el golpe de Maipo; cómo pudo levantarse en el Perú despues de Torata, Moquegua i el Desaguadero, asomar como una lejana sombra en los llanos de Venezuela, sobrenadando en el mar de sangre en que habia creido ahogarla Morillo, para alzarse con robusto cuerpo en Vargas i Boyaca; i cómo el pueblo de Quito se atrevió a organizar la segunda Junta, sobre los cadáveres de los miembros de la primera, i renovó con sus opresores el duelo a muerte en que no supo cejar, hasta que disparó su última bala i pereció su último héroe?

La América Española combatía por un principio, luchaba defendiendo una conviccion, i al acometer la empresa obedecia a una lei lójica i fatal, cuyas consecuencias tenian que desarrollarse mas tarde o mas temprano. La memorable revolucion social iniciada por la filosofía del precedente siglo, que halló en Francia una forma determinada, debia encontrar en las colonias Españolas un reflejo simpático, vago i pequeño en los principios por la resistencia de la ignorancia, del hábito de tres siglos, de una civilizacion amurallada en el polo opuesto a las nuevas ideas; pero que poco a poco penetrando con el estudio entre las clases mas elevadas de la sociedad, crecia i se fortificaba hasta formar el jérmen de un trastorno radical. En vano la España, que habia pretendido salvar a la península del jeneral contajio, procuró cerrar la entrada en sus colonias a las ideas que dominaban en el antiguo continente, circunscribiendo la ilustracion científica en los rudimentos escolásticos de las ciencias profesionales, i prohibiendo la introduccion de los nuevos libros como la de una peste asoladora. Nuestros padres, con la avidez de los niños que devoran un manjar prohibido, se daban maña para obtener los peligrosos volúmenes, que leian en el silencio, saboreaban en la meditacion i comentaban en la espansion de la íntima amistad, empapándose en las atractivas doctrinas que contienen hasta formar el espíritu de proselitismo, la fé profunda que, con la conviccion de la verdad, iba estendiéndose por la sijilosa propaganda. La filosofía de la historia no ha estudiado todavía lo bastante entre nosotros, la relacion que une la revolucion hispano-americana con la ajitacion que en el continente europeo sembraron los novadores del siglo XVIII; pero desde luego, sin recurrir a prolijo escuadriñamiento, no parece mui aventurado asentar que, si las doctrinas de los filósofos sirvieron de fuente a los principios proclamados en la revolucion francesa, estos i aquellas entraron en no pequeña parte para preparar el levantamiento que trajo la independencia de las colonias españolas. La tradicion refiere que Morales i Quiroga, los principales corifeos de la revolucion quiteña, se reunian en el fondo de un profundo barranco para leer a Filangeri que por acaso habia caido en sus manos; i en todos los manifiestos con que las diversas secciones americanas mostraron los motivos de la revolucion, es mui de notarse la similitud de ideas políticas i sociales, i mas que todo, la visible reminiscencia de los principios que sobre los derechos del hombre, la soberanía popular i la igualdad, habian predicado la filosofía i la revolucion francesa. Estúdiese el carácter de los escritos de Camilo Henriquez, Vera, Irrisarri, Martinez Rosas, los preámbulos de los decretos de las Juntas, i no podrá ménos de reconocerse, que la jeneracion revolucionaria se habia impregnado de las teorías que tan grande conmocion causaron en el antiguo mundo, produciendo en América un efecto ménos directo talvez, pero no por eso ménos derivado del mismo orijen. Montcagudo, el político mas

profundo de nuestra revolucion, el injenio mas sagaz, mas filosófico entre nuestros pensadores, decia con el dogmatismo que sacaba del conocimiento de los hechos, en su notable folleto sobre la *Federacion de los pueblos americanos*: «La re- « volucion del mundo americano ha sido el desarro- « llo de las ideas del siglo XVIII, i nuestro triunfo no « es sino el eco de los rayos que han caido sobre « los tronos que, desde la Europa, dominaban el « resto de la tierra.»

Natural es que la influencia del estado social de la Europa no se hiciera sentir mas que en la clase mas ilustrada, mas instruida de las colonias, no pudiendo el pueblo, la masa jeneral, comprenderlas sino con el contajio del ejemplo, con el prestijio que sobre ella ejercian los caudillos: i por esto es que la revolucion de la independencia fué en su principio esencialmente aristocrática, reducida a la esfera mas elevada de la sociedad americana, ideada por los lejistas, por los profesores de las ciencias, i sostenida con noble desprendimiento por los Condes i Marqueses, por los miembros de los Ayuntamientos i por no escasa parte del Clero. Por esto es tambien que entre los Corifeos de la revolucion se distinguieron tantos jóvenes educados en la madre patria, o que habian tenido ocasion de observar la situacion europea: don Cárlos Montúfar i el Almirante Blanco asistieron a los cursos del colejio de nobles de Madrid: San Martin i Carrera sirvieron en el ejército español; i Bolivar, i otros muchos visitaron la Europa, recojiendo involuntariamente el espíritu revolucionario. El pueblo, miéntras tanto, no comprendia quizá la causa filosófica, el principio teórico del movimiento, dejándose llevar por la corriente, con el instinto que en las masas suple al convencimiento de las grandes verdades. Las mismas autoridades peninsulares no llevaron su ceguera hasta no comprender que el orijen de la revolucion debia rastrearse en el influjo de la civilizacion europea que, no alcanzando al pueblo, tenia invadida la primera clase; i esta circunstancia esplica la cruda hostilidad con que los mandatarios españoles perseguian a todo aquel que se daba al estudio, ejercitando la libertad del pensamiento, la guerra a muerte declarada a la casta *de los doctores* que el jeneral Morillo se envanecia de haber escarmentado con el sacrificio de mas de trescientas víctimas, escojidas entre los representantes mas ilustres que las ciencias i las letras contaban en Venezuela i la Nueva Granada.

La revolucion hispano-americana habia sido, pues, preparada de antemano por un hecho estraño a la manera de ser especial de las colonias, por el curso natural de la civilizacion, por la crísis que abarcaba a casi todo el mundo, por la situacion que atravesaba la humanidad. Verdad es que la influencia del estado de la Europa sobre las posesiones españolas no hubiera sido bastante inmediata, bastante poderosa por sí sola, para producir mediante su sola accion el movimiento unísono de las colonias; pero sí era un motivo mas que suficiente para formar la causa remota de la revolucion, para dejar depositado, en el seno de los pueblos, un principio fecundo en consecuencias mas o ménos tardías, aunque siempre precisas, como el resultado de una lei fatal en el desarrollo de la civilizacion. Un decenio, veinte años ántes o despues, no importa; en cualquiera ocasion; la insurreccion constitucional de España contra el absolutismo de Fernando VII, las contiendas entre don Cárlos i la rejencia, la libertad de la Grecia, la separacion del Brasil, un pretesto cualquiera habria dado propicia oportunidad para que acontecieran los mismos hechos, cuya ocasion se halló tan adaptable en la prision del monarca i en la invasion de la península por los ejércitos franceses. La América española, al levantarse contra sus dominadores, obedecía a la misma regla lójica que reconoció Santo Domingo, desafiando a todo el poder del consulado con sus huestes triunfantes en Italia i Ejipto, i por cierto que no hacía un descubrimiento, cuando seguía el camino que con singular acierto habia trazado la Confederacion de allende Méjico.

Podria sin embargo creerse que solo la situacion escepcional de la metrópoli proporcionó el motivo de la insurreccion de las colonias; pero si esto fuera exacto, no parece con ello conciliable la insistencia tenaz de la revolucion, cuando Fernando VII, restablecido en el trono i purgada la península de enemigos, pudo dirijir contra nosotros todas sus armas i recursos, i habia desaparecido el pretesto ostensible de la contienda. Desde que los americanos pretendieron organizar Juntas gubernativas a semejanza de las de la península, encontraron franca i sostenida resistencia, no solo en las autoridades, sino tambien en todos los españoles; porque estos no se engañaban al traslucir en aquellas manifestaciones de entusiasmo monárquico, la tendencia revolucionaria con los resultados que produjo. ¿Si la revolucion no estaba preparada, si en la sociedad no se ajitaba desde ántes un elemento de revuelta, contrario a la existencia del poder español; por qué temer los mismos medios que empleaba la madre patria para conservarse en bien de su rei; por qué no permitir el sacrificio de amor i lealtad que querian ofrecerle sus súbditos de América? I es de notar que asi como la revolucion encontró sus adeptos en los americanos mas ilustrados, del mismo modo la monarquía se apoyaba en las audiencias, en los empleados de categoría, en los españoles mas entendidos, lo que a la verdad era bien racional; porque si los primeros vislumbraban que del cautiverio del rei podia nacer la libertad de las colonias, no desconocian los segundos que las protestas de fidelidad al monarca, servian a los revolucionarios para ganarse las simpatías del pueblo i de los indecisos, engrosando sus filas con el hipócrita lema de su bandera.

No dejará tampoco de notar el observador que los sucesos de España, ni habrian podido servir de causa suficiente a la revolucion, ni ménos se habria esta declarado por aquel único influjo, derivado de acontecimientos naturalmente transitorios, susceptibles de súbita variacion, i en que a los americanos no era dado cifrar fundadas espectativas. Preciso es por otra parte confesar que los acaecimientos de Bayona, la renuncia de Cárlos, la prision de Fernando, i la invasion francesa, no eran de aquellos motivos tan directos en su efecto, tan fuertes en su manera de obrar, para encender una revolucion tan rápida en su nacimiento, tan semejante en todas las colonias i tan consecuente despues en su progresiva marcha. De los sucesos a que acabamos de aludir ni remotamente se deducia que la América debia ser independiente, ni ellos trastornaban las sociedades americanas, en términos que tuvieran que discurrir una nueva constitucion para salvar del peligro. ¿Qué importaba que *el amado* monarca jimiera en la cautividad, si ese acontecimiento no rompia los vínculos de las colonias con la metrópoli; qué la organizacion de Juntas cuando ellas no pretendian mas que formar núcleos de accion para allegar los

elementos del patriotismo fiel a la monarquía? Si en lugar de levantarse la España para rechazar la estranjera conquista, hubiera sido aquel hecho una pugna entre la nacion i el monarca, la lucha de una revolucion contra la autoridad lejítima, se concibe fácilmente que acontecimiento tal, contajiando las colonias, habria sido vigorosa palanca para mover la rebelion; pero cuando la península se alzo cabalmente vindicando la integridad de su territorio, amenazada por la invasion; cuando el encarnizado combate que sostuvo con el francés, era la protesta mas elocuente de su apego a su antigua existencia, mal puede buscarse en la situacion de la madre patria el oríjen de la revolucion americana. Fué sin duda el pretesto, la ocasion hábilmente esplotada en beneficio de las ideas de antemano alimentadas, el accidente imprevisto; pero de ninguna manera la causa, el móvil jenerador del movimiento que, a no tener radicado un principio anterior, no habria logrado desarrollarse con sucesos que con él no guardaban relacion alguna de similitud o de causa i efecto.

Prescindiendo de las circunstancias que acabamos de notar, existia tambien en las colonias una causa mas próxima i directa, que desde largo tiempo venia preparando la revolucion. No siempre acompaña al valor de los conquistadores el hábil pulso que se requiere en los colonizadores: la España tan heroica en la conquista; la España que con pasmosos hechos manifestó que no eran imposibles los prodijios de los semi-dioses de la fábula pagana; infatuada con las ideas de la época, preocupada con errores naturales en aquellos tiempos, planteó el sistema de colonizacion ménos a propósito para asegurarle la tranquila posesion de sus dominios de América. Sin embargo que la raza vencida habia casi completamente desaparecido, o perdido del todo su influencia, las colonias, mas que como tales, eran miradas como conquistas, sometidas a estricto réjimen, a severa lejislacion, a desigualdades penosas que levantaban una valla insuperable entre americanos i españoles. En su egoista codicia, la madre patria prohibió el comercio reservándose únicamente para ella los tesoros de las colonias, imponia a cada una el jénero de industria a que tenia forzosamente que dedicarse en provecho de otro esclusivamente monopolizado por la vecina, mantenia sistemáticamente la ignorancia i condenaba a los americanos, por el hecho solo de haber nacido aquende los mares, a ocupar una posicion social con mucho inferior a la de los peninsulares. Rentas, honores, títulos, empleos, influencia, riqueza i mando, todo se hallaba concentrado entre los españoles que, cuando mas permitian a los americanos el miserable privilejio de comprar una vara de rejidor, o una plaza de juez de abastos: españoles eran los Virreyes i Capitanes jenerales; españoles los que mandaban los tercios, los que ocupaban los asientos de las audiencias, los que gozaban pingues sueldos sacados de los tributos i de las minas de los americanos.—Imposible que dos razas colocadas en tan diversa situacion, pudieran jamas unirse con el afecto del nacionalismo; imposible que los americanos amparados por mas lejítimo derecho aceptasen sin murmurar la espoliacion de lo que debia pertenecerles, i mirasen sin celos el desdeñoso desvio con que los trataba la metrópoli. Por mas ignorantes i sumisas que fueran las colonias, no era dable que la egoista i mal calculada organizacion que se les impuso dejara de despertar el instinto de la justicia, ya que no la nocion del derecho; i fuerza era que a medida que en los pueblos fuesen penetrando las luces de la civilizacion, cuyo reflejo puede ofuscar la opresion, pero jamas borrar del todo, surjiera en el pecho americano, un sentimiento tan natural como el rechazo de injusta agresion, que paulatinamente llevase a las colonias al deseo de modificar su triste suerte. Esperimentado al principio como la vaga conciencia de un malestar indefinible, formulado despues en humilde queja, debia con el tiempo, con el desprecio de los opresores, convertirse en el odio de simpática banderia i formar el programa de una revolucion, en que se combatia por el derecho, por la libertad, por la existencia social de toda una raza, la mas numerosa i la que mejores títulos podia presentar en apoyo de sus pretensiones. Recórrase la prensa de la época de la revolucion, léanse las piezas en que los diferentes estados consignaron sus amargos reproches contra la España, manifestando a las demas naciones los justificativos de su conducta, i se vendrá en cuenta que la emancipacion se deriva estrechamente de los yerros i vicios del coloniaje, que hacian necesario, fatal e indispensable el hecho de la independencia.

Las colonias españolas llegaron a emanciparse siguiendo un camino harto distinto, pero no ménos lójico que el que a igual término habia conducido a la América del Norte. En esta, el desligamiento de la metrópoli, los hábitos de libertad i gobierno propio que arraigó una colonizacion independiente, aquella existencia individual que cada colonia logró labrarse, llevaban derechamente a la independencia, con el pretesto del desconocimiento de cualquier derecho consagrado por la lei i la costumbre, del mismo modo que la opresion i la injusta desigualdad que presidieron en las posesiones españolas, las arrastraba, con una fuerza constante en su impulso, a buscar en la emancipacion el remedio de sus males. Para la América del Norte, era la independencia el reclamo del pupilo que, llegado a la edad varonil, exije la administracion de los negocios que el mismo tutor le ha enseñado a dirijir; para las colonias españolas, el esfuerzo del esclavo sometido a arbitraria servidumbre, que pretende romper la opresora coyunda: para la primera como para la segunda la sancion de una lei necesaria en sus consecuencias, el desarrollo de un principio lójico como las eternas prescripciones que regulan la marcha de la humanidad.

Si no debe la historia ajustar sus fallos al ciego fatalismo, que no podria esplicar muchos de los grandes hechos que constituyen las épocas humanas, escasa andaria su filosófica averiguacion si con ella no descubriese, que la mayor parte de los acontecimientos, nacen de ciertos principios mas o ménos cercanos que tienen que producir resultados positivos. La historia se funda tambien en la lójica; i si para ella, el descubrimiento de la América no tuvo otra causa que el incomparable injénio de Colon, su emancipacion fué el resultado preciso de la influencia de la civilizacion europea fortalecida con los elementos especiales que le suministraba el estado social de las colonias.

JOAQUIN BLEST GANA.

BIBLIOTECA NACIONAL

A la Independencia de América (1).

DEDICADO AL SR. D. J. VICTORINO LASTARRÍA.

Pródiga derramó naturaleza
Sus mas preciados dones;
Engalanó de espléndida belleza
Las índicas rejiones.

Sus dilatados campos entapizan
Las flores de ambas zonas;
Sus estensas llanuras fecundizan
Mamoré i Amazonas.

Entre montes torrente se desata
Apurímac umbrío;
I superficie de bruñida plata
Presenta el Bio-bio.

Eterna nieve en la empinada cumbre
De los Andes altivos;
En sus espejos la celeste lumbre
Hiela sus rayos vivos.

I con los mismos rayos en la falda
Acaricia i abriga,
Entre valles cuajados de esmeralda,
Inagotable espiga.

Aquí la catarata despeñada
Abre profundos cauces;
I no léjos la brisa embalsamada
Susurra entre los sauces.

Brota de entre las peñas manso arroyo
I en sus cristales baña
Plátano, cocotero, chirimoyo,
I dulcísima caña.

Su indomable altivez el potro aplaca
Cuando sus aguas bebe;
Miéntras que a la vicuña i a la alpaca
Solaz presta la nieve.

En tropel espesísimo agrupados
Circundan las colinas,
Los nogales, los robles, los granados,
Los cedros, las encinas.

De tupidas montañas el ramaje
Sacuden de contino
Pájaros mil de espléndido plumaje,
I de armonioso trino.

Los árboles, las flores i los frutos
Que mas el hombre estima;
Las pintorescas aves i los brutos
Del mas contrario clima,

De América el inmenso continente
En sus espacios cierra,....
La mano del Señor Omnipotente
Posó sobre la tierra.

Red caprichosa de enredadas vetas
Revela su tesoro;
Entre los rudos cortes de sus grietas
Brilla la plata i oro.

Soberbio el mar la temeraria quilla
Despedaza i se traga;
Mas al llegar a la feraz orilla
Se sosiega i la alhaga.

Un cielo azul, diáfano, esplendente
Aureo disco abrillanta;
I cual fanal inmenso, trasparente,
Guarda riqueza tanta.

Pródiga derramó naturaleza
Sus mas preciados dones;
Engalanó de espléndida belleza
Las índicas rejiones.

—

Arcanos de la eterna Providencia
Qué lengua audaz interpretarlos osa!
Si pueblos de robusta intelijencia
Poblaban la rejion maravillosa,
En ocio vil, en torpe indiferencia
Arrastraban su vida vergonzosa;
I cada raza, i cada jerarquía
Ostentaba diversa idolatría.

De ambicion noble i de la fé guiados,
En toscas naos, frájiles bajeles,
A la mar se lanzaron arrojados
Navegantes intrépidos i fieles.
Mas que de lona i jarcía, pertrechados
De arcabuces, de espadas i broqueles.
Dios a Colon de conductor elije
El instrumento de Dios, él los dirije.

Del furor de encontrados elementos
Las pobres carabelas combatidas,
A merced de los ímpetus violentos
De las soberbias olas, sacudidas;
Las cuerdas i las velas por los vientos
En trozos i jirones desprendidas;
Azares i peligros incesantes
Corrieron los osados navegantes.

Sin brújula, sin norte, sin mas guia
Que la sagrada inspiracion que escuda
Tanta temeridad, tanta osadia;
Colon ahoga la naciente duda,
Sofoca la traicion que ya surjia
Entre la jente acobardada i ruda;
I con su fortaleza i su confianza
Vuelve a los corazones la esperanza.

Mezclados de las ondas con la espuma
Indicios son de tierra no remota,
Fruto desconocido, blanca pluma,
Yerba que solo en las orillas brota;
Hasta la densa impenetrable bruma
La apetecida realidad denota;
Un nuevo sol con ansia se apetece
I el nuevo sol el desengaño ofrece.

Mancha tenaz que el horizonte empaña
Una mañana al cabo se divisa;
Esplendoroso sol las naves baña
I mas densa la sombra se precisa.
No hai ya dudar, magnífica montaña
Quiebra del mar la superficie lisa;
Dilátase en terreno ancho i fecundo;
Era la sombra aquella.... ¡El nuevo mundo!

(1) Canto premiado por el *Círculo de amigos de las letras*, en el certámen de Setiembre de 1859.

Sublime, inmarcesible fué la gloria
De la Conquista. Si la ruin codicia
Enlodó muchas veces la victoria;
Si ambicion torpe i sórdida avaricia
Pajinas dieron a la triste historia
De luto, sangre i bárbara injusticia;
Tanto borron i repugnante hazaña
«Grímen fué de los tiempos no de España» (1).

De Isabela los timbres no amancilla
Ningun recuerdo cruel.—Noble matrona
Dechado de humildad pura, sencilla,
En su santa piedad lo que ambiciona
La católica reina de Castilla,
No es ceñir a su sien otra corona,
Sino amparar idólatras naciones
Con la fé i con la cruz de sus pendones.

Demos a eterno olvido las escenas
De oprobio, de venganzas i de horrores
Que aquella lucha envenenó; las hienas
No se encarnizan mas en sus furores.
Desecadas, América, tus venas
Dejaron, i tus campos i tus flores.
I a aquel periodo de recuerdo amargo
Siglos siguieron de mortal letargo.

—

Letargo sí, no dura servidumbre
Ni infame esclavitud; ántes mi lengua
Se anude en mi garganta
Que una sola espresion pronuncie en mengua
De la tierra lejana
Que fertiliza el Tajo i el Guadiana.

Que no merezcan popular aplauso
Mis humildes canciones
Si para merecer tan alto premio
Es preciso alhagar ruines pasiones.
Quién del vulgo pretenda
Victores i coronas,
Cubra de vilipendios i de ultraje,
Maldiga en frases huecas
El duro coloniaje,
I arroje impuro lodo
Sobre su propio nombre: el nombre godo.

De santa libertad e independencia
La aurora refuljente
No por contraste de la sombra oscura
Irradiará mas pura;
Ella abrasó con fúljidos destellos
La América española;
Ella sin tintes a su luz opuestos
Pudo sola brillar, i brilló sola.

Su soberbia cabeza el Chimborazo
Eleva entre las grandes
Moles inaccesibles de los Andes,
Sin que nada revele en sus contornos,
Tétricos i severos,
Que guarda en sus entrañas
De fuego eterno candescentes hornos.
Si a su aspecto tal vez electrizada
Ardiente fantasía
A la rejion del ideal se lanza
I a sus perfiles presta
Con formas conocidas semejanza;
Las descarnadas peñas que amontona
En su empinada cumbre
Asemejan titánica corona;
I el mismo cerro colosal figura,
Inmenso Mausoleo,
De rejia inmensurable sepultura;
O jigante dormido
De planeta mas grande desprendido;
Pero sin signo alguno que revele
Pudiera despertarse
De su sueño profundo
I al despertarse desquiciar el mundo.

I despertó! i el fuego comprimido
En su pecho abrasado,
En estertor horrísono bullendo
Rompe la eterna costra que lo encierra
Con estampido horrendo,
Que conmueve los cielos i la tierra.
Por satánicas fuerzas impelidas
De su cráter se lanzan
Columnas encendidas
Que a los astros furiosos se abalanzan.
A su fulgor siniestro
El universo todo
Parece consumiera
Grande, voraz, inestinguible hoguera.

América tampoco revelaba
De impasible indolencia
En letárjico sueño,
Que a la májica voz de independencia,
Hostigada leona,
Pudiera un dia levantarse erguida
Llena de robustez, llena de vida;
I que al alzar con el potente brazo
El estandarte noble de los libres,
Mas soberbia que el mismo Chimborazo,
Sus hijos convirtiera
En héroes denodados
Por tan heróica madre entusiasmados.

Guay! que el grito sonó! rápido parte;
Abraza el continente americano
Como eléctrica chispa; el estandarte
De independencia o muerte se levanta;
Esforzados guerreros
Con sus pechos le amparan;
Desnudan los aceros;
I en alas de la gloria
De victoria en victoria,
La patria reconquistan
I eternizan sus nombres en la historia.

Nobles campeones que en la heróica lucha
Cual bravos sucumbisteis!
Vosotros que escribisteis
Con vuestra propia sangre las hazañas
De aquella empresa; los que dura suerte
Llevó a tierras estrañas;
I los que a lenta muerte
Condenaron atroces desengaños.
Oh sombras venerandas! Si el Eterno
Permitiera que alzarais la cabeza
Desde la helada tumba!
Si vierais la belleza
De América marchita!
Sobre su frente pura
Hondo sello de bárbara amargura!
Ay! como verterias
De vuestros ojos huecos
De profundo dolor lágrimas tristes,

(1) Endecasílabo del insigne poeta español D. Manuel Quintana.

Ay! como rogariais
Al Supremo Hacedor que se apiadara
De su fortuna impia,
Ahogara las pasiones
Con que sus hijos crueles
Atizan la anarquía
En constantes, civiles disensiones;
I diera en su clemencia
A la América toda
Paz, union, libertad, independencia.

José Pardo.

Se despide para el otro mundo.

J'ai souvent ouï en proverbe vulgaire
Qu'un fol enseigne bien un sage.
Rabelais.

I.

Era una mañana. Don Braulio aun no se habia levantado. En un ancho catre de madera de jacarandá dormia a pierna suelta al lado de su cara esposa. ¡Qué cuadro tan interesante se ofrecia allí a los ojos del observador! Roncando como un bienaventurado, su boca mas que abierta destilaba un líquido transparente que cayendo sobre la almohada dibujaba cartas jeográficas de paises desconocidos. ¡Cómo la naturaleza se rie de las vanidades humanas! Su mujer jóven i hermosa, descolorido el semblante, desgreñada la cabellera, tambien por su lado roncaba *sotto voce* ¡I los poetas cantan la belleza de las mujeres dormidas!.....Bienaventurados los que duermen porque ellos no se ven sus caras.

Una mosca que andaba zumbando por la pieza, no hallando donde detenerse, escojió la nariz de don Braulio para reposarse en ella. La cosquilla causada por las patas del animal, le provocó tan feroz estornudo que a su ruido despertaron él i su mujer.

—Hija, dijo don Braulio, esto es anuncio de romadizo, o algun raton me ha metido la cola en la narices.

—¡Las nueve ya! esclamó su mujer, i don Salustio que quedó de venir a almorzar hoi con nosotros!

Don Salustio esperaba en la cuadra que los dueños de casa se levantaran. Estaba entretenido contemplando un grabado que representaba la toma de Malakoff.

Don Salustio rayaba en los treinta i cinco años. Era hombre, segun la opinion jeneral, notable bajo muchos aspectos: alma noble, intelijencia cultivada i figura distinguida. Talvez habia alguno que le negaba estas brillantes dotes, pero ¡a qué estremo no conduce la envidia! Tampoco faltaban otros que con la mejor voluntad del mundo no le encontraban tan relevantes méritos, pero estos ignoraban una cosa, i es que don Salustio era rico.

Dije que su figura era distinguida, i en efecto por lo elevado de su estatura, lo exiguo de su cuerpo i lo macilento de su rostro, se distinguia de los demas hombres. A no saberse que era rico, habriase dicho que era la encarnacion del hambre.

Don Braulio lo encontró en la cuadra embebido en la contemplacion del grabado de la toma de Malakoff.

—Cuando un hombre como don Salustio mira con tanta detencion ese dibujo, es una prueba evidente que no es una obra cualquiera, pensó juiciosamente don Braulio.

—Buenos dias, don Salustio, dijo despues de esperar un largo rato.

—Buenos dias, mi señor don Braulio. ¿Cómo está la salud de Vd?

—Siempre buena. ¿Miraba Vd. ese dibujito?

—Es verdad. Contemplaba este mamarracho, dijo don Salustio con la mayor sangre fria, i hacia nacer en mí ideas estrañas.

Una impertinencia es siempre disculpada en un rico.

—I ¿qué pensaba Vd.? preguntó don Braulio, curioso de conocer las ideas de don Salustio.

—Pensaba en estos tontos europeos que se hacen matar por una cosa que les importa tanto como a mí que el sultan turco tenga la cabellera lisa o encrespada.

Don Braulio quedó pasmado de tanta profundidad.

I a mi tambien se me ocurre lo mismo que a don Salustio. De todos los disparates que hacen los hombres en su vida, ninguno mayor que el de morirse. Pero morir en una batalla es el *non plus ultra* de la estravagancia humana.

El agnijon del hambre empezó a hacerse sentir. A poco rato pasaron pues al comedor. Don Braulio era uno de los muchos aficionados a la buena mesa; su abdómen prominente i su rostro rubicundo daban claras muestras de sus gustos gastronómicos.

—¿Qué clase de vino bebe Vd., don Salustio? le preguntó don Braulio.

—Yo solo bebo las lágrimas de mi corazon, contestó don Salustio con acento mas triste que una campana que llama a hermanos.

Don Braulio lo miró despavorido. Entónces solo se fijó en la palidez del semblante de su amigo. Sobre todo en su modo de mirar notó cierta estrañeza que nunca habia observado en él.

—Estos hombres flacos, pensó don Braulio, son los mas insulsos personajes que conozco.

I ahora se me ocurre aqui tambien lo mismo que a don Braulio. Del hombre flaco al hombre gordo hai la misma diferencia que de un vino dulce a un vino agrio. Razon tenia César en desconfiar de tales hombres. Regla jeneral, los que no son sensibles a los goces materiales de la vida, a la buena mesa, al vino, a las mujeres, etc., tienen una alma estéril. Pero me callo: en esta cuestion yo soi parte interesada.

—Muchacha, dijo don Braulio dirijiéndose a una sirviente, tráeme una botella de vino de lacre verde.

El que no sabe beber es digno de lástima;

sin duda alguna tiene un sentido de ménos. ¿Cuál es el aficionado al vino i a la mesa que no sea amable?

—Siento en el alma que no le guste a Vd. el vino, don Salustio, dijo don Braulio destapando la botella. Vea Vd. qué buen color tiene! Este es regalo de un amigo mio del sur; viene de las márjenes fortunadas del Longomilla.

—Mi alma está triste, don Braulio; todo es acíbar a mi paladar.

—Pruebe Vd. de este mosto jeneroso, don Salustio.

Don Salustio tomó una copa, la llenó, i de un solo trago la sorbió. Luego clavó los ojos en el techo, quedóse un corto rato en silencio, i despues esclamó:

—¡Qué cosa tan buena!

—El vino, dijo sentenciosamente don Braulio, no solo fortalece el cuerpo sinó que tambien refresca el alma.

El aire tétrico de don Salustio comunicó cierta frialdad al almuerzo que hasta el buen humor de don Braulio huyó despavorido. La tristeza es siempre un convidado importuno. Se cuenta de paises en que ha sido costumbre celebrar con banquetes los funerales de un muerto; para mí es evidente que los que asistian a ellos o no tenian sentimientos de piedad, o mas de uno tuvo que tomar magnesia para librarse de una indijestion. ¡Dios me libre de comer con jente triste i de mal humor!

Por estas razones el almuerzo de don Braulio fué corto. Tan pronto como concluyeron se pararon de la mesa. Entónces don Salustio llamó aparte a su amigo.

—Señor don Braulio, le dijo, siempre lo he estimado a Vd. Creo tambien que no dudará de la sinceridad de mi afecto. Por este motivo, antes de partir, he querido almorzar con Vd. por la última vez.

—Cómo! se nos va Vd?

—Si, amigo mio; parto, i para siempre. Esta es la postrera vez que nos veremos.

Don Braulio lo miró asombrado. Decididamente habia algo en la mirada de don Salustio que revelaba un estado insólito de su alma.

—¿I para donde se marcha Vd.?

—Para el otro mundo. Adios, amigo mio, añadió apretándole la mano; adios! ya no nos veremos mas!

Don Braulio se quedó estúpido.—¡Qué diablos tiene don Salustio? le preguntó a su mujer rascándose la cabeza.

II.

¡No hai placer como el de viajar! esclama mas de un apático ciudadano sentado en su poltrona, calentándose a la orilla de un ancho brasero de fuego i con un libro de viajes en la mano en el que el autor pinta las cosas que no vió i que jamas existieron en pais alguno.

¡No hai como estar en su casa! dirá tambien mas de un viajero que la necesidad obliga a andar lejos del hogar doméstico con el cuerpo hecho sopa, si es invierno, o abrasado por los rayos de un sol ardiente, si es verano, pasando malos dias i peores noches.

Esto prueba lo que ya mas de mil veces se ha dicho, que nadie está contento con su suerte, aunque todos lo estan con su individuo.

En cuanto a esto ninguno como don Salustio. Vino al mundo con todas las condiciones precisas para ser feliz, i concluyó por ser el hombre mas desgraciado. Cayóle en mala hora en las manos una Biblia impresa en Nueva-York i se empapó en la lectura del libro del Eclesiástes. El mas profundo hastío de la vida se amparó de él. Todo es vanidad, se dijo con el autor sagrado. ¡Infeliz don Salustio! lo habia leido sin notas ni comentarios!

A la mas negra melancolía se unió el proyecto estravagante de encontrar la solucion al problema de la vida. Inutil empeño! Su cerebro empezó a dar vueltas como una rueda de molino i no vió mas que estrellas. Sin embargo sacó en limpio que mas le hubiera valido no haber pensado jamas en semejantes cosas; talvez asi no habria perdido la tranquilidad de su espíritu.

Empezó, para distraerse, a escribir un tratado sobre la *Razon humana*; pero esto lo condujo a consideraciones tan ajenas de su asunto, que se quedó en las definiciones. Dedujo que la vida se componia de goces i miserias, que los primeros eran solo ilusiones i las segundas tristísimas realidades, i arrojo de sí la pluma.

Un dia tuvo una especie de iluminacion. Vió el mundo como una casa de orates en la que todos se empeñaban en enterrar a la razon obteniendo mayores aplausos aquel que con mas empeño trabajaba. Solo él, en medio de tantos insanos, conservaba su sano juicio. Desde entónces una idea fija se clavó en su cerebro, como una estrella en el firmamento. Salir de este mundo a todo trance fué para él su único pensamiento.

Un su amigo que se apercibió del jiro que iban tomando sus ideas, le aconsejó que viajara. ¿Pero adónde dirijir sus inciertos pasos? En nuestro pais no hai mas que un punto que ver, i este punto es la capital. Oh! ir a Santiago! sueño dorado de los provincianos, sobre todo de las provincianas! ¿Quién es aquel que no lo mira realizado en el horizonte luminoso del porvenir? Peregrinacion obligada, como la del musulman a la Meca, todo hijo de provincia se encuentra en la necesidad de hacerla a fuer de pasar por hombre inculto. Pero don Salustio era nacido i criado en el empedrado de Santiago.

Ir a Europa? i quien le aseguraba que no se tentara en el camino de cambiar de rumbo e ir a visitar el pais de las sirenas? Ademas, habia leido cuanta novela han escrito los franceses i conocia, sin haberlas visto, tan bien o mejor que los mismos parisienses las calles de Paris.

¿Por qué no he de hacer un viaje al otro

mundo? se dijo para sí. Dante Alighieri se ha hecho inmortal por un viaje semejante. I no se diga que fué una ficcion; sus contemporáneos, que debian saberlo mejor que nosotros, cuando pasaba por las calles decian:—ved al hombre que vuelve de los Infiernos.

Es evidente que el gusto de viajar consiste en haber viajado. ¡Qué placer, a la vuelta, desengañar a los volterianos que no creen en el infierno! dejar pasmados a los católicos contándoles que un papa ardia en las llamas eternas! Goces son éstos que solo los conciben aquellos que saben mentir.

—Pero; dijo don Salustio, deteniéndose en el curso de sus reflexiones, i mi novia?.....

Se me habia olvidado que don Salustio, teniendo la envidiable dicha de ser soltero, se le vino un dia a las mientes la singular idea de casarse. En verdad que nada de raro tiene que un hombre piense en casarse: es un fin al que casi todos llegan tarde o temprano, pero en don Salustio esta idea nació i cobró cuerpo en un solo instante.

El matrimonio es talvez el paso mas serio que dá un hombre en su vida, i todos sin embargo entran en él con una lijereza imperdonable. Probablemente tiene esto su causa en una especie de presentimiento, que hace tomar el matrimonio como una loteria en la que solo tiene suerte el que saca un buen número.

La mujer, comercialmente hablando, es un artículo siempre abundante. Pero el que busca esta especie exije tres cualidades indispensables, a saber, hermosura, juventud i fortuna, cualidades tan difíciles de encontrar reunidas en una sola persona como un ministerio que concilie a todos los partidos. No quiero decir que este sea un tesoro fantástico que no exista en nuestra sociedad; raro es, mas al fin se encuentra; pero para pretender a su posesion se necesita ser un viejo millonario o un tonto afortunado.

Don Salustio ¡cosa rara! conocia esta verdad. La primera dificultad que se le presentó fué, no la de encontrar mujer, sino la de tener que pasar por todos los amorosos trámites que para llegar a obtener la mano de una niña se requieren. Esto de tener que hacer el papel de enamorado le pareció una empresa mas ardua que la de tener que improvisar un brindis en un banquete político; no conocia la retórica amorosa, ni nunca habia podido mirar a una mujer sin ponerse colorado, pero sabia que el hombre que se presenta con pretensiones matrimoniales, si tiene una regular fortuna, es siempre mirado con ojos cariñosos por todos los padres de familia i considerado por las niñas solteras como una persona *interesante*, calificativo por demas espresivo.

Recorrió el repertorio de niñas donosas que conocia para escojer de entre ellas la que habia de tener la dicha de llegar a ser su esposa, i a satisfaccion jeneral, le arrojo el pañuelo a la señorita Mercedes Gonzalez, hija del mui conocido comerciante don Pedro Pablo Gonzalez.

Don Pedro Pablo le dijo un dia a su hija Mercedes:—don Salustio, hija mia, solicita tu mano. Es hombre rico, de una fortuna mas que regular; un ventajoso partido que todas las mujeres envidian i que te hará feliz ¿Quién mejor que él para marido?

La hija de don Pedro Pablo tenia uno de aquellos deseos cuya vehemencia hace que se pierda el sueño, i que en razon de su misma intensidad quedan ocultos en el fondo del corazon. Para ella un marido era un terno de brillantes.

—La voluntad de mis padres es tambien la mia, le contestó bajando la vista.

I el casamiento se hizo.

I don Pedro Pablo corrió de casa en casa a dar parte del próximo enlace de su hija Merdes con don Salustio.

I todos dijeron que don Pedro Pablo casaba a su hija por el vil interes del dinero.

Pero don Pedro Pablo se restregaba las manos de contento pensando en que todos los que asi se espresaban eran movidos por la mas baja de las pasiones, la negra envidia.

En efecto. La pobre naturaleza humana entre sus innumerables defectos tiene este de no perdonar que la felicidad golpée en la puerta del vecino cuando pudo golpear en la nuestra.

—I mi novia!.....se dijo don Salustio.

Don Salustio era hombre de honor. No podia emprender su viaje faltando a un compromiso sagrado. Las bodas estaban ya arregladas. Encomendóse a la casualidad i se dirijió a casa de su futuro suegro.

José Antonio Donoso.

(*Concluirá.*)

Un hombre a la moda.

Continuacion.

IV.

Algunas horas despues de los sucesos que acabamos de referir, Enrique se paseaba, con visible ajitacion, en el mismo salon en que hemos hecho con él conocimiento al principio de esta historia.

Era de noche.

Una lámpara de trabajo proyectaba una luz indecisa sobre todos los objetos.

Enrique estaba pálido, las arrugas de su frente como que se habian ahondado, su mirada era estraviada, sus lábios se apretaban maquinalmente, el conjunto de su fisonomia dejaba ver sin dificultad que algun amargo pensamiento, que algun doloroso i punzante recuerdo poseia, dominaba, el alma de ese hombre.

De cuando en cuando palabras sin hilacion, sonidos sin significado, i que parecian, ora un suspiro, ora una blasfemia, salian de su boca. Entónces se golpeaba con fuerza la frente, sacudia con rabia la cabeza i se detenia como tratando de escuchar quién sabe qué.

Ese hombre sentia en su alma i en su corazon el remordimiento con todas sus espinas. Su conciencia hasta entónces adormecida acababa de despertarse i ponia delante de su vista su pasado con todas sus faltas, sus estravios, sus vicios i sus crímenes.

Ese hombre veia, por fin, delante de sí, o compadeciéndolo, o acusándolo, o maldiciéndolo todas las víctimas sacrificadas en aras de sus pasiones i de sus vicios; veia sus lágrimas de desesperacion o de dolor; creia sentir el doloroso i profundo ai! de los corazones que habia engañado, perdido, corrompido i muerto; veia las contorsiones, los gritos de rabia, las maldiciones, las blasfemias de los incautos a quienes habia arruinado, para ser él tambien arruinado a su vez. Creia tener el infierno en el pecho, i lo que tenia era el remordimiento que hincaba sus uñas en su corazon, i lo desgarraba: que soplaba su quemante aliento en su alma, i la sofocaba!.....

Despues de haberse paseado aun por largo rato, se detuvo por fin, i fué a recostarse sobre el divan con marcadas muestras de desaliento.

—Oh! dijo de repente, echando hácia atras sus hermosos i negros cabellos..... qué fatigado estoi... Paréceme que he vivido muchos años en estas cuantas horas.... Qué encontradas situaciones por las que he pasado... Oh! este dia quedará grabado con buril de fuego en mi memoria.....

Tras un corto silencio añadió medio enderezándose en el divan:

—Pobre Cármen?.. Si habré amado a esa mujer?... Aun me parece que la veo anegada en llanto pidiéndome compasion para su hija... I tambien ¡qué horror!... tambien creo ver a la inocente Laura que clava en mi sus dulces i verdes ojos:..... Dios mio! Dios mio!.... i Enrique se cubrió los ojos con las manos...

—Oh! yo deliro... la cabeza se me pierde... me vuelvo loco... esclamó poniéndose de pié... ¿Me habré dormido por ventura?.... Pero nó... yo estaba completamente despierto... Sin embargo he creido ver a Dolores espirante... al marido de Cármen revolcándose en su sangre con las agonías de la muerte, lanzar contra mí una maldicion horrible... Si será una verdad la conciencia?.... Pero no... nó... qué conciencia... Esto no es mas que un resultado de la sobreescitacion mental en que me han sumido las escenas de la tarde.... Procuremos olvidar...

Despues de una nueva pausa, continuó:

—Vaya! vaya! seria orijinal... Yo sentirme impresionado por los lloriqueos de una mujer... yo ver fantasmas... como se reiria el mundo si lo supiera... i Enrique trató de sonreir.... Vamos, vamos: romanticismo a un lado i pensemos en lo que importa.... Es necesario que Salvador abandone cuanto ántes a Santiago.... Seguro estoi que el don José de Ayala obra por sus inspiraciones.... Necios! quieren atravesarse en mi camino... Veremos quien vence a quien!...

Enrique empezó de nuevo a pasearse, pero ya sin ajitacion, con calma i como absorvido en busca de un pensamiento.

Al fin se detuvo: una sonrisa de satisfaccion asomó a sus lábios.

—I yo que no me acordaba... dijo... Su padre está en el campo... pues que se vaya a reunir con su padre.

Se acercó a la mesa; abrió varios cajones i rejistró todos los papeles que contenian. Al fin dió con una carta del padre de Salvador.

Despues de haber observado por un buen rato la firma, dijo:

—Es fácil, mui fácil... la cosa saldrá a las mil maravillas...

Tomó un pliego de papel, escribió algunos renglones i puso al pié la firma del padre de Salvador, con una maestría i una facilidad asombrosas. No faltaba ni el rasgo mas imperceptible. Su dueño mismo no habria podido negar que era su firma.

—Magnífico, soberbio! esclamó con cierto orgullo de artista... Ahora enviémosla a su destino....

Dobló el pliego, le puso el sobre i fué a tirar del cordon de la campanilla.

Se presentó un criado.

—Inmediatamente, le dijo Enrique, que Marcial monte a caballo i vaya a dejar esta carta a casa de don Salvador Paredes.

—Está bien, señor, contestó el criado recibiendo la carta i salió.

—Ahora, dijo Enrique tomando su sombrero i envolviéndose en un ancho paltó, vamos a cortarle las alas al amigo don José... Estos diez mil pesos de Cármen que aun me quedan me traerán fortuna: estoi seguro. Pobre Cármen!...

I un involuntario suspiro se escapó del pecho de Enrique.

J. Arteaga Alemparte.

(Continuará).

La prensa francesa juzgada por el Sr. Monti.

Cuando se dice que la prensa es el termómetro que señala los grados de civilizacion de un pueblo, menester es distingnir mas de una clase particular de civilizacion. La prensa no es absolutamente un signo de civilizacion, si se entiende por esta palabra el desarrollo de algunas partes delicadas de la naturaleza humana tales como el arte, la filosofía, el arrojo espiritual del pensamiento, la elegancia de las costumbres, etc. Hoi dia, no es al lado de la prensa mas desarrollada adonde es necesario buscar los productos mas delicados del arte i del pensamiento. ¿Quién duda, por ejemplo, que la prensa inglesa ha llegado a un punto mui superior de desarrollo al de la

prensa francesa; i sin embargo, quien se atreverá a decir que la Inglaterra es mas civilizada que la Francia bajo el punto de vista del arte i del pensamiento? La prensa es positivamente el signo mas constante i fiel del progreso de un pueblo en el jénero de civilizacion relativo a la política, a la libertad. Esto es tan verdadero que la prensa reproduce exactamente las vicisitudes de la libertad política i la sigue tan invariablemente como la sombra al cuerpo que la produce.

«Si una catástrofe repentina, dice un distinguido diarista frances (1), arrasase todos los monumentos de la civilizacion moderna i no quedase de cada nacion mas que un solo diario; nos atrevemos a decir que bastaria pasar la vista por cada trozo de papel, comparar la forma, los carácteres, i descifrar algunas líneas, para tener una idea exacta del grado de civilizacion política i por consiguiente de la libertad que habian alcanzado esos pueblos en el momento de desaparecer de la faz de la tierra.»

Esta importante clasificacion ha sido olvidada por el señor Montt en su obra titulada: *Ensayo sobre el gobierno en Europa*, en la parte que dedica a la prensa francesa. En efecto, al tratar del carácter mas resaltante de esa prensa, el no ser anónima, el señor Montt se esplica de la manera siguiente: «Cómo esperar de un escritor, dice, que vive en el mundo, es padre de familia, acaso funcionario público del Estado, que se erija en censor descubierto i conocido de la sociedad.»—I poco despues.—«La prensa actual de la Francia nos muestra en el hecho la condicion del diarista que firma. Su pluma es una eterna i fastidiosa salmodia. Si sale el emperador fuera de su casa inmensas aclamaciones lo reciben; si un majistrado pronuncia una harenga vulgar i llena de lugares comunes, el diarista la encuentra sublime i compara el autor a Ciceron; si se publica un libro sin talento ni mérito el diarista sabrá hallar medio de alabar al escritor; si se representa un drama plebeyo e inmoral el diario que firma no tendrá valor de censurarlo i maldecirlo como se debe; si hubo una ceremonia pueril i ridícula dirá que fué majestuosa i solemne.»

Como se vé, el señor Montt no respeta en nada la libertad de que goza el diarista frances al tratar de las cosas relativas al arte i al pensamiento. Permítanos pues dudar de su opinion. La prensa francesa es la amalgama del desprendimiento mas digno de elojio para censurar al amigo i al hermano si es debido, de la mas ámplia libertad para criticar las faltas de la sociedad, al mismo tiempo que de la restriccion mas espantosa para los actos relativos a la política i *a la libertad*. (Al decir aquí *libertad* queremos señalar ese fruto precioso de la política, porque apénas merece tal nombre la política que no tiene en vista la libertad). Cuándo ha visto el señor Montt que Jules Janin o Théophile Gautier, esos diaristas infatigables, (1) hayan estado faltos de lágrimas para deplorar el duelo público o de elocuentes palabras de cólera e indignacion contra los escándalos del vicio i del crímen? Cuándo han dejado de oponerse con arrojo a la corrupcion i a la licencia del teatro? I el señor Montt que ha leido los *Estudios literarios* de M. de Sacy, redactor del *Diario de los Debates*, no ha puesto atencion en la admirable intolerancia con que ese crítico eminente trata a Janin su amigo de corazon, colaboradores del mismo diario? Tampoco recuerda el señor Montt cómo, el diarista Mirecourt, redactor de la *Revista contemporánea*, trata a Veulliot, Luis Blanc, Guizot i Thiers, o como Paulin Limayrac redactor de la *Patrie* tiene la mano severa para Salvandy, Montalembert i Cousin? Nó; el diarista frances, como lo hemos dicho, tocante a la crítica de la literatura i de las costumbres, a la filosofía, a las ciencias i a las artes, jamas es débil, jamas se deja arrastrar por la mas mínima ráfaga de prevencion o de miedo. Animado por el mas profundo amor de la verdad, si alguna vez se engaña, se vé en ese engaño el error de la intelijencia, no el del corazon!

El Sr. Montt no tiene en cuenta para juzgar la prensa francesa mas que su carácter jeneral de no ser anónima. De allí resulta que sus argumentos son poco variados i sus errores mui frecuentes. Vamos por nuestra parte a hacer un rápido exámen de algunas particularidades de la prensa francesa que se escapan continuamente al Sr. Montt o que las juzga desacertadamente a nuestra manera de ver.

Es necesario reconocer ante todo que entre los carácteres de la prensa francesa, i las habitudes del espíritu frances, hai una analojía de tal manera palpable, que muestra bien que la primera es hecha a imájen del segundo.

La prensa francesa está en jeneral mal informada i continuamente sus opiniones sobre la política estranjera reposan en los rumores mas vagos e indeterminados. Existe en Paris una oficina comun que traduce bien o mal, con mas o ménos discernimiento, algunos pasajes de los diarios estranjeros. Estos estractos litografiados se reparten a todos los diarios i ocupan en ellos el lugar de las correspondencias especiales i constantes que posee la prensa Inglesa.

La situacion política de los diarios franceses bastaria para esplicar este estado de cosas.

Es evidente que si cada diario tuviese un servicio regular de correspondencias, los detalles mas minuciosos serian precisamente los que esplícita o implícitamente les fuera pro-

(1) Prevost-Paradol, del *Diario de los Debates*.

(1) Estos diaristas comenzaron su carrera poco mas o ménos en la misma época. Durante 30 años ha redactado el primero los folletines del *Diario de los debates* i el segundo ha escrito sucesivamente los folletines de la *Presse*, del *Figaro*, de la *Révue de Paris* i por fin los del *Moniteur*.

hibido el publicar. Esto es una razon pasajera i secundaria; el gusto del público es la razon permanente i perentoria. El público frances ajeno a esa idea de equilibrio Europeo, a esas nociones de derecho internacional que son felizmente vulgares entre los ingleses, contempla los negocios estranjeros con una fatal simplicidad. La situacion jeográfica de la Francia, las largas guerras que ha sostenido contra la Europa, las consecuencias igualmente inauditas de sus victorias i sus derrotas han habituado al frances a considerar al estranjero como su súbdito o como su amo, mas bien que como su igual. Como si no hubiese para él otra alternativa que la de dominar la Europa o ser abrumado por ella, no vé en la política estranjera mas que una ocasion de orgullo o de desesperacion. Cuando el diario quiere tenerlos de buen humor, les dice que el estranjero les obedece; cuando por el contrario quiere irritarlos les dice que el estranjero los domina. Si el diario sale de uno u otro tema, se desconfia de él o no se le comprende. Así, no son las noticias mas seguras las que necesita ese público sino las mas agradables; no las mas frescas i mejor probadas sino las mas propias para adoctrinarlo como él quiere ser adoctrinado.

No se encuentran en los diarios franceses esas quejas, esos recitados, esos llamados al público, esas reflexiones que hacen de la prensa inglesa, tan justamente popular, el refujio comun de los oprimidos. No es porque la prensa no es anónima, como diria el señor Montt, ni porque el diario sea tímido o neglijente, por lo que tiene lugar tal fenómeno. Nó; es menester buscar como causa el gusto del público, que toma poco interes por las penurias ajenas. El frances tiene amor por la humanidad i sueña el mas bello porvenir para el mundo; pero las injurias vulgares le conmueven poco. La prensa le parece mezquina e insípida si se rebaja hasta la defensa de los individuos, ella, que está encargada exclusivamente de salvar el mundo i de hacer justicia de un solo golpe a la humanidad entera. Este sentimiento es tan natural al espíritu frances, que aquellos que han ocupado la prensa para contar sus propias desgracias, han recibido el desden o la mas fría indiferencia.

Es únicamente en sus ideas políticas i en el desarrollo continuo de esas ideas en lo que la prensa francesa funda su fuerza i su autoridad. Cada diario representa en Francia un sistema particular de gobierno. No son pequeñas diferencias las que dividen estos sistemas, son abismos tales como los que existen entre la libertad i la anarquía o la libertad i el absolutismo. El señor Montt ataca a los corifeos de estos partidos como meros esplotadores sin conciencia ni conviccion. Cuando analiza despues la prensa inglesa, llegan a parecerle estos sistemas el resultado funesto de la prensa no anónima, su tema favorito. Hé aquí lo que dice: «El diarista que firma se ocupa mui poco del fondo de la cuestion: mira la forma, la gracia esterna i si se apasiona de una idea no es porque la idea sea buena sino porque sabe esplotarla mejor que otro en beneficio de su gloria personal. Los partidos i las causas son para él meros excesos. M. Girardin ha escojido el teatro liberal, M. Veulliot el ultramontano, M. Cassagnac el imperial absolutista, así como Chateaubriand creyó hallar su tribuna en el catolicismo, Carrel en la república, Luis Blanc en el socialismo, Proudhon en la incredulidad sin límites.»

Hagamos ante todo conocer al Sr. Montt que siendo como es la prensa francesa, una prensa de partido, sus corifeos no hacen mas que seguir los instintos de una sociedad de que son el éco. Cada sistema tiene sus sectarios mas o ménos numerosos que quieren encontrar en el diario el eco de sus ideas i de sus votos, como motivos cotidianos para perseverar en sus opiniones i en sus esperanzas. De allí la consecuencia rigurosa de ideas que se encuentra en el diario frances; de allí la perseverante monotonía de sus doctrinas i de sus polémicas. La gota de agua que despedaza la piedra no es mas costante ni mas eficaz que su predicacion incesante.

El Sr. Montt conoce que la prensa francesa es una prensa de partido, pero no ve en esto la fuente de su grandeza i de su miseria. Hai grandeza en efecto en permanecer indócil a los movimientos de la fortuna i contra los ataques de la opinion. Hai grandeza al luchar por una idea, a veces con la opinion de la multitud, a veces solo, tanto a la corriente de los acontecimientos, tanto contra su corriente. Hai grandeza en fin al esperar contra la esperanza i luchar cada dia con nueva fuerza i vigor. Desgraciadamente esa es tambien la fuente de su debilidad, como ya lo hemos dicho. Es débil porque se encadena a la suerte de los partidos i divide con ellos los triunfos bien escasos i las derrotas harto frecuentes.

Si se hiciese la suposicion de existir en Francia un diario independiente de todo partido como el *Times*, estrechamente ligado con el público, seria menester reconocer que tal diario no podria sostener su libertad, ni ménos asegurar su existencia contra los poderosos moviles de que dispone el gobierno. Cuál puede ser la suerte de esos diarios intimamente apegados a sus paises i destinados como los vencidos a encorbarse bajo el derecho de la espada? En un pais como la Francia, donde el poder central ha llegado a una fuerza tan prodijiosa, no es estraño ver a la prensa tan débil cuanto fuerte fué en otra época.

La prensa francesa, como lo prueba el Sr. Montt, no goza hoi dia de la mas mínima libertad, i como hemos tratado de probarlo nosotros al principio de este artículo, esa libertad es menester dividirla en libertad política para tratar de las cosas relativas al gobierno i simplemente libertad para tratar de las cosas relativas al arte i al pensamiento.

La prensa francesa se encuentra hoi entre la manos de la autoridad central como Gulliver se encontraba entre las manos del jigante: —«Me tomó por la mitad del cuerpo con solo dos dedos i me colocó a toesa i media de sus ojos para observarme mas de cerca. Adiviné su intencion i resolví no hacer resistencia alguna miéntras me tenia en el aire a mas de 6 piés del suelo, aunque me apretaba horriblemente las costillas de miedo que no me escapará por entre sus dedos. Todo lo que me atreví a hacer, fué elevar los ojos hácia el cielo, juntar la manos a manera de un suplicante i proferir algunas palabras con un acento triste conforme al estado en que me encontraba. Temia a cada instante que quisiera despedazarme como nosotros despedazamos los animalitos que nos disgustan.»

Paris, julio 30 de 1859.

LAURO BARROS.

Fany.

Imitacion de Lord Byron.

De solitaria noche en la honda calma,
Fany avanza con planta cautelosa;
Mas no es a contemplar la luna hermosa
Suspendida del mundo en el dosel.
Si al pié se sienta de lozana palma,
No es a admirar la rosa que naciente,
Doblándose al soplar del fresco ambiente,
Exhala su perfume en el verjel.

Escucha, pero no de Filomena
La tierna i regalada melodía:
Una historia mas grata todavía
En su cruda ansiedad espera oir.
Al travez del follaje espeso suena
Lijero un paso, i Fany se estremece;
Su rostro anjelical se palidece;
Siente veloz su corazon latir.

Articula una voz dulces sonidos:
Huye el temor del pecho de la hermosa;
Su pálida mejilla se sonrosa;
Su corazon palpita de placer.
Un solo instante mas, i están unidos.
Pasa con rapidez aquese instante:
De dicha enajenado el tierno amante
De su adorada bella está a los pies.

Sucre, 1856.

MANUEL JOSÉ CORTÉS.

Ecos de la semana.

Santiago, octubre 7 de 1859.

SUMARIO.—Panacea.—Teatro.—Círculo literario.

En las estériles llanuras de la Sierra peruana, el taciturno indíjena, tendido en su pobre choza, deja correr las horas i los dias mascando hojas de coca; sumerjido en las exajeraciones de una vejetacion colosal, el habitante del Indóstan se anonada i desfallece contemplando la naturaleza; sentado sobre dóciles almohadones, el Musulman languidece i se embriaga en los aromas de su pipa; recostada en la hamaca i mecida por sus lentos vaivenes, se desmaya voluptuosamente la hija de Cuba; i los vecinos de Santiago, si hombres con un cigarrillo en la boca, i si mujeres con una obra de costura entre las manos, dormitamos charlando i charlamos hasta dormirnos. El Indio americano i el asiático, el Musulman i la Habanera, obedecen como nosotros al mismo influjo, porque todos viven sometidos a la pereza, que mastica maquinalmente con el uno, se extasía con el otro en mística contemplacion, sigue con los ojos distraidos de aquel las inciertas espirales del humo, se columpia vagamente con esta al impulso de dormido movimiento, o charla a todas horas i en todos los tonos con los habitantes de nuestra capital. Término medio entre la vida i la muerte, mitad indolencia i mitad fastidio, la pereza es el opio del espíritu i amortigua al mismo tiempo las aspiraciones de la intelijencia i los látidos del corazon. Bajo su imperio, se imajina mas que se medita, se sueña mas que se piensa, se oye i no se escucha, se charla i no se conversa. Es paciente como la resignacion, inactiva como el deshaliento, floja como la cobardía, confiada como la imprevision, cariñosa como una brisa de verano i vaga como una vibracion que espira a la distancia. En ella embotan sus filos el dolor i la alegria, i se apaga la voz de toda accion. La pereza, en una palabra, es una desgracia para los felices i una felicidad para los desgraciados.

De consiguiente, Santiago debe de ser mui desgraciado en este momento, en que se adormece en la charla, hija predilecta de la pereza. No parece sino que quisiera sepultar en ella los pesares del presente i las inquietudes por el porvenir. Nadie hace nada i todos charlan de todo: se charla en voz baja, se charla a media voz, se charla en voz alta, se charla a voz en grito, i este concierto universal de gritos i voces forma un himno inmenso con que nuestra capital ensalza i glorifica a la pereza, consuelo del despecho i asilo de la impotencia.

Vosotros, benévolos lectores, no habréis dejado de poner el oido i acaso tambien de cooperar a tamaña charla: seria, pues, peligroso echar sobre mí la civil responsabilidad de repetiros lo

que sabeis. Cediendo al jeneral contajio, mi pluma renuncia a tal empeño, i apénas si se atreve a deteneros a vosotros i correr ella un momento mas para ocuparse del Teatro i del *Círculo de Amigos de las Letras*, únicos centros en que no ha penetrado la plaga de esta semana i de que os ha alejado quizá vuestra pereza.

La semana teatral ha sido mas fecunda en risas que en lágrimas i acertado mejor a divertir que a conmover.

Borrascas del corazon, drama sentimental de D. Tomas Rodriguez Rubí, puesto en escena el domingo, no alcanzó con sus cuatro actos a producir verdadera emocion en los espectadores. I no podia ménos de ser así.—Blanca, jóven esposa de un viejo a quien por supuesto no ama, ha visto, hace un año i en una noche de baile a don Luis Fajardo, noble adalid, célebre por su hidalguía, sus proezas i triunfos. Las palabras de cortesía que la dijo éste al pasar i los encomios que de él oyó hacer mas tarde, convirtieron en una intensa pasion la simpatía despertada en Blanca por su vista. En vano trata la pobre mujer de despedir de su corazon a este huésped importuno; no son parte a conseguirlo ni la voz imperiosa del deber, ni el aislamiento i prácticas relijiosas.—En este punto empieza el drama —Conocido en las primeras escenas el temple de alma de Blanca i Fajardo, es difícil no adivinar el funesto desenlace de una pasion tan inverosímil. La situacion patética, creada por la lucha de dos sentimientos encontrados, se desvirtua prolongándose i dejenera en monotonía; al paso que la unidad de accion queda rota por los amores episódicos de la hermana de Blanca, contrariados momentáneamente i luego coronados por el matrimonio. Inútil seria buscar en estos el interes, que tampoco está sostenido por un enredo flojo i desprovisto de lances. En cuanto a la versificacion, es mas brillante que natural, mas lírica que dramática.

La sociedad de los trece, injeniosa creacion de Scribe, i *Maruja*, que ya conoceis, fueron gustadas sin restriccion en la funcion del juéves, la cual, por ser improvisada, no dejó de ser amena. —A ésta, como a la del domingo, trajo la Thierry su contijente de graciosos movimientos, de increibles jiros i pasmosas vueltas, i se llevó otro contínjente no menos abundante de ruidosas ovaciones.

La Mur, aplaudida en el drama de Rubí, afortunada en la pieza de Scribe, fué inimitable en *Maruja*.

Pero la semana teatral no ha dicho todavia su última palabra. El teatro abre esta noche sus puertas a los sacerdotes de Momo.

El *Círculo de Amigos de las letras* reunia anoche a un gran número de sus miembros para oir cuatro lecturas interesantes.

Primeramente, don Francisco Marin leyó algunas pájinas sobre *el porvenir de América* impregnadas de calorosa elocuencia.

En seguida, don Gabriel Izquierdo, que cuenta como sabeis entre nuestros mas hábiles matemáticos, leyó una memoria titulada: *Influencia de las estaciones sobre las facultades del hombre*. En este notable trabajo se esfuerza por mostrar, con el argumento contundente de las cifras, el yugo que imponen a la naturaleza física i moral del hombre la temperatura i el clima.

Ayer i hoi, preciosa composicion en verso que se leyó despues, es debida a la pluma del Sr. Campuzano, jóven poeta poco conocido acaso, pero digno de serlo.

Por fin, D. Adolfo Valderrama, de quien no ha mucho os he hablado, leyó la introduccion de un estudio de alta importancia que lleva por título: *Ensayo médico-filosófico sobre la muerte*. Su estilo es el mismo que habeis podido apreciar en nuestro número anterior: ardiente e incisivo.—No puedo resistir al deseo de trascribir aquí algunas líneas que formulan en cierto modo la aspiracion del autor en este trabajo.

«Hace mucho tiempo que veo morir, pero no siempre he podido esplicarme por qué se muere. No me satisfacia el ver un hombre demacrado i tísico para esplicarme ese desmoronamiento de la organizacion que llamamos muerte. Yo me he acercado muchas veces al lecho de los moribundos, he puesto mi oido sobre su corazon i sentido el movimiento vermicular del centro circulario, últimas oscilaciones de un péndulo que va a pararse; pero los ojos de mi intelijencia quedaban siempre asombrados delante del cadáver i no alcanzaban a ver jamas la necesidad del fenómeno. Yo escribia entónces los síntomas de la enfermedad sobre el lecho en que reposaba el cadáver caliente aun, corria a mi cuarto, me encerraba i me preguntaba a mí mismo: — por qué ha muerto ese hombre? ¡Ai! cuán pocas veces pude darme una respuesta satisfactoria!»

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

BLANCA DE LERMA
I
MACKANDAL.
EPISODIOS HISTORICOS
por Manuel B. Cuartin.
Se encuentra a venta en la librería del señor Morel.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Bulnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Octubre 15 de 1859. Núm. 22.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
JOSÉ TORIBIO MEDINA

La Independencia de la America ¿fué un hecho necesario o accidental(1)?

Regna fluunt; series nova rerum surget, et ordo.
CAMILO HENRIQUEZ.

I.

La vida de las naciones es como la vida del hombre. Como éste, ellas nacen débiles, crecen i se desarrollan para morir decrépitas o en el vigor de la juventud. En el movimiento universal que ajita a la creacion, elaborando i combinando los elementos orgánicos de nuevos seres o perfeccionando i destruyendo los que ya existen, las naciones obedecen tambien a esa lei de mejoramiento i de destruccion a que nace sujeto el hombre; i como él, tienen su infancia, su juventud, su virilidad i su vejez.

Preguntar pues si una nacion, sujeta hoi a un poder estranjero, ha de estar siempre bajo tutela, o si ha de llegar una época en que suene para ella la hora de la edad madura i de su emancipacion, es preguntar si ella morirá en la juventud o vivirá una vida mas larga.

En los tiempos antiguos, cuando la voluntad de aquel pueblo que se llamó el soberano del universo era el único derecho público que ligaba a las diferentes porciones de la humanidad; cuando los afortunados conquistadores del mundo despreciaban por BARBARO a todo el que no habia nacido romano; cuando se veia a este pueblo, temido i respetado en toda la estension de la tierra, próspero en la paz, feliz en la guerra, insigne en las artes; cuando se contemplaba con orgullo i con espanto el poder de ese brazo a que nada era capaz de resistir: entónces pudo creerse que habia en la tierra una voluntad suprema con el derecho de encadenar para siempre a su capricho la suerte de las naciones. Roma, embriagada con sus triunfos, ofuscada por el brillo de su gloria sin ejemplo, pudo creerse inmortal i lisonjearse con la esperanza de perpetuar su grandeza i la esclavitud del Universo.

Pero la luz apareció en el oriente; i el que era VERDAD i JUSTICIA trajo a la tierra una nueva doctrina, un nuevo derecho. El Dios de los cielos vino a consolar a la humanidad, enseñándola que no habia entre los pueblos de la tierra, ninguno que pudiera llamarse señor, ninguno que debiera llamarse esclavo. La unidad de su ser que él predicó i que se colocó pronto sobre las ruinas del politeismo pagano, reveló la unidad del jénero humano i la igualdad de las naciones.

Ya sabemos, pues, que hai para éstas como para los individuos leyes supremas que presiden a su desarrollo i dirijen misteriosamente su marcha. Aquel que tiene en sus manos las riendas de todos los gobiernos i que eleva i derriba, segun sus designios siempre sabios, los imperios de la tierra, puede permitir alguna vez que ese principio de igualdad se desconozca, que la violencia del mas fuerte arroje a sus plantas los derechos del débil; pero ¡cuánto se engañaria el que creyera poder perpetuar estos triunfos efímeros! La Providencia, que fijó a los planetas órbitas insuperables, no abandonó la especie humana a una ciega fatalidad; i el que para castigar la ceguedad i la obstinacion de ese pueblo ingrato que habia sido el escojido entre las naciones, le quitó su independencia i su personalidad, no habia de establecer como una regla ni de sancionar como un principio de justicia el señorio perpetuo de una nacion ni la esclavitud sin término de otra.

Si son ciertos estos principios, la independencia de la América nunca ha podido ser problemática. Ella era tan necesaria como el desenvolvimiento de nuestra propia naturaleza, como el desarrollo de nuestras propias fuerzas.

I si de aquí pasamos a analizar las crueldades de aquella avara i sangrienta conquista, la heróica e invencible resistencia de algunas tribus de este continente, los abusos de nuestros mandatarios, las violencias del sistema restrictivo i opresor del antiguo gobierno i la imposibilidad de impedir para siempre que la luz de la civilizacion penetrara en el hogar de este pueblo, dormido en la ignorancia i aletargado por los golpes de una tiranía lenta i tenaz: entónces ese sentimiento de justicia i de confianza en la Providencia, que nos consuela de nuestras desgracias presentes con la esperanza de felicidades futuras, nos dirá que esta hermosa porcion del mundo, conquistada con tantas atrocidades, despoblada, empobrecida i mantenida por tres siglos en la esclavitud i en la ignorancia, habia de alzar alguna vez su frente, i, rotas sus cadenas, adelantarse feliz a ocupar su asiento en el banquete de las naciones.

Los que llenaron de desolacion este vasto continente nos han negado el derecho de presentarnos entre los pueblos de la tierra como una nacion de hombres libres, hermanos i no esclavos de los que nos trajeron las luces de esa relijion de caridad, enemiga siempre de la esclavitud.

El historiador de la «Revolucion Hispano-Américana» nos pregunta cuál de las diferentes clases de súbditos americanos era la que podia tener derecho de declarar la guerra al *lejítimo* soberano, al *protector* de la América, cuál la que debiera reconocer por estranjero el dominio de Fernando VII. ¡Cuál! ¡Quiénes!—Todos los que habian visto en América la luz del dia; todos aquellos a quienes decia por primera vez el Consejo de Rejencia en su proclama de 14 de febrero de 1810: «Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que ántes, encorbados bajo un yugo mucho mas duro miéntras mas distantes estabais

(1) Esta memoria obtuvó el *accesit* en el certámen de setiembre de 1859, abierto por el *Círculo de amigos de las letras*,

del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia i destruidos por la ignorancia.» Sí, ya no debiamos ser los mismos que ántes. Pero nuestra emancipacion política debia ser el primer paso de nuestra rejeneracion social. En un mundo en que cuanto existe lleva en su seno un jérmen de destruccion i de muerte, en un mundo en que tenemos de Dios la libertad i la igualdad, nosotros no podiamos ser perpetuamente esclavos, nosotros debiamos de ser hombres libres.

II.

Pero si la independencia de la América era necesaria, el hecho de su emancipacion ¿lo fué tambien, u obró en ello principalmente el influjo de un accidente casual? Yo no vacilo en decidirme por el segundo estremo de esta alternativa.

Las naciones, como los individuos, necesitan, para vivir emancipadas i ser felices, la esperiencia de la vida i los medios de llenar los fines de su existencia, necesitan instruccion, industria, comercio i espíritu público. I ¿teniamos nosotros estos elementos cincuenta años há? Desgraciadamente nó. Educados en la ignorancia de nuestros derechos, degradados a nuestros propios ojos, apartados del trato de las demas naciones i sin un campo de accion en que desarrollar esa superabundancia de vida que es el principio de la perfectibilidad de nuestro ser, los pobres americanos vejetábamos sin sospechar que podiamos reclamar los mismos derechos que los demas hombres, sin atrevernos a preguntar siquiera quién era ese amo cuya voz, de allende los mares, sentiamos entera resonar en nuestras playas. Si el ejemplo reciente de la patria de Washington exaltaba a nuestros próceres políticos, si no faltaban en América corazones jenerosos que en el silencio de la servidumbre palpitaran a las emociones de la libertad, todo el entusiasmo de que se sentian animados debia de convertirse en desconsuelo i desaliento, al considerar que sus esfuerzos tenian que estrellarse contre las costumbres del pueblo, contra sus hábitos inveterados, contra sus preocupaciones, cobijadas por la ignorancia i consagradas por el fanatismo relijioso con que se calumniaba al Evanjelio para mantener el fanatismo político. Si ántes de encenderse la lucha gloriosa miraron nuestros padres la apatía política de nuestros pueblos i la dificultad casi insuperable de arrancarles sus falsas creencias para inspirarles el entusiasmo que los llevara a la conquista de sus derechos ¿quién podria dudar que ellos debieron de ver entónces marchitarse la flor de sus esperanzas al soplo de una atmósfera sin vida?

La revolucion a que debemos nuestra independencia política no fué pues un efecto necesario del estado de nuestra sociedad, en la que todo estaba preparado para mantener por siglos la dominacion de la España. Fué preciso que acontecimientos inesperados e independientes de nosotros prepararan aquella lucha i encendieran el entusiasmo de nuestros pueblos, haciéndolos instrumentos de una causa santa que desconocieron jeneralmente i por la que muchos combatieron sin sospecharlo siquiera. La prision i el cautiverio de los reyes españoles, la ajitacion de la metrópoli i la falta de un gobierno firme i jeneralmente reconocido alentaron a los que suspiraban en secreto por la independencia de la América i les brindaron una ocasion de tentar sus esfuerzos.

Es cierto que la situacion difícil de la España no fué mas que una causa ocasional de nuestra emancipacion; pero es preciso reconocer que fué la mas jeneral i la mas poderosa de todas. El deseo de independencia, que comenzaba a brotar ya en América, miró pronto en los conflictos que esa situacion creaba la aurora brillante de un dia risueño; mas como no encontró preparados los recursos necesarios para producir ese trastorno radical que cambió la suerte de este mundo, tuvo que disfrazarse bajo diversas formas para combinarse con los distintos elementos que la situacion particular de cada pueblo proporcionaba. Asi invocó en unos el temor de una invasion estranjera i la necesidad de conservar estos dominios a su desgraciado soberano; se aprovechó en otros de la crueldad de los mandatarios, con la odiosidad que ella despertaba; i se alentó en los últimos con el ejemplo feliz de sus hermanos. Esto es lo que a mi juicio esplica la diversidad de la revolucion hispano-americana. Franca i decidida talvez desde el principio en el vireinato de Buenos-Aires, sangrienta en Colombia, lenta e indefinida en Chile i en Méjico, solo lució en el Perú, centro del poder español, cuando habia paseado ya sus armas victoriosas por todo el continente americano.

Pero si la revolucion tuvo en América tan distintos caractéres, en ninguna parte apareció como una obra nacional, como el resultado necesario de la opinion pública. ¿Se quiere una prueba de este aserto?—Ahí está la indecision de sus primeros pasos, la tímida i prudente reserva de nuestros padres políticos. Los primeros gobiernos nacionales se instalaron aparentemente en nombre de Fernando VII i a imitacion de la Junta de Cádiz. La independencia de la patria, el verdadero i único objeto de su formacion, solo se reveló cuando la sangre de nuestros primeros mártires habia fecundado en cien combates memorables el suelo que se preparaba a la libertad. A diferencia de lo que sucedió en nuestra hermana del Norte, la revolucion de la independencia en la América española fué en todas partes obra de unos pocos varones ilustres, en ninguna del pueblo (1).

No queremos acusar de precipitados a nuestros padres. Reconocemos por el contrario en ese entusiasmo uno de sus primeros títulos a nuestra veneracion. Sin ese ardor jeneroso que la Providencia aceptó i coronó tan espléndidamente ¿qué seria hoi de nosotros, pobres colonos, «vejados por la codicia i destruidos por la ignorancia?» La España, la porfiada metrópoli que agotó sus recursos en la defensa de sus colonias ¿nos habria reconocido alguna vez por un acto espontáneo de justicia nuestro derecho de ser hombres libres e independientes?

(1) Esta verdad resalta a la vista cuando se comparan las fechas de los primeros pronunciamientos en América con las de las respectivas declaraciones de la independencia. Así en Méjico la lucha comenzó el 8 de julio de 1808 i la declaracion de la independencia se hizo el 20 de julio de 1820; en Colombia la guerra comenzó en 1806, la independencia vinó en julio de 1811; Buenos-Aires se dió un gobierno provisorio el 25 de mayo de 1810 i declaró su independencia en julio de 1816; i en Chile se formó la junta el 18 de setiembre de 1810 i se proclamó su independencia en 12 de febrero de 1818.

I no se crea que para dar ese último paso era necesario que los gobiernos nacionales se encontraran ya firmes i seguros. Nó, cuando nuestros padres juzgaron llegada la hora de descubrir sus proyectos, los ejércitos españoles pisaban todavía poderosos el suelo americano, i la sangre de nuestros héroes no habia concluido aun de derramarse en los campos de batalla.

Concluyamos. La independencia de la América era NECESARIA; el hecho de su emancipacion fué ACCIDENTAL.

JOSÉ BERNARDO LIRA.

ODA

a la Independencia de América (1).

¡Patria i Libertad!

¡Oh! si dado me fuera
Cantar cuál yo querria,
Mi lira la primera
En celebrarte, América, seria:
En ella cantaria
Con acento robusto i vigoroso
Al gran Colon, al hijo de la gloria,
Al hijo predilecto de la historia;
I al sol demandaria
Su diadema esplendente
Para ceñirte ¡oh Washington! la frente.

¿I tú, Vírjen del Sud, yaces postrada,
Jimiendo bajo férrea tiranía?
Mira cuál rompe la cadena impía
I libre se alza el águila del norte.
América, despierta,
Prepara tu cohorte,
Que luce para tí de gloria el dia;
Nazca en tu pecho el entusiasmo ardiente,
I del polvo do yaces sepultada,
Alza gallarda la abatida frente.
Mas ¡ai! mi voz no escuchas,
Que de virtud i de valor escasa,
Eres juguete de opresora raza.

La lira quiero del marcial Tirteo,
Que arder las venas inspirado siento.
Volcanes de mi patria,
Acompañad mi canto
Con formidable irresistible acento.
¡Guerra! los montes con fragor horrendo,
¡Guerra! repiten; los torrentes ¡guerra!
Clamando van con pavoroso estruendo.

Indignados los Andes colosales
Encienden sus fanales,
Ruje ya en sus cavernas fuego ardiente,
I amenazan lanzar impetüoso
De lavas un torrente
Sobre el pueblo impotente
Que no sabe ser libre i poderoso;
Al ruido pavoroso
La Vírjen se despierta,
Jigante se levanta,
Destroza sus cadenas, i la tierra
Tiembla bajo su planta.

Orgulloso repite el libre viento
Los golpes del acero
Con que Ella hiere el retumbante escudo,
Sus hijos convocando a la pelea.
Su voz de libertad sonó en el Plata,
I el eco repetido por los Andes,
De polo a polo al punto se dilata.

Los pueblos la contemplan extasiados;
I al escuchar de América naciente
«De morir» el sublime juramento
«O recobrar su libertad perdida,»
Aplauden entusiastas
I gritan: «adelante»
A la jóven América triunfante.

Al primer eco de la voz sagrada,
Los opresores de la vieja Europa
En sus tronos caducos retemblaron:
Las selvas de la Helvecia resonaron
Con plácidos acentos;
Los ecos discurriendo por los vientos
Jérmen llevaron de esperanza i vida;
I hasta los héroes de Polonia i Grecia,
Los viejos héroes de la edad perdida,
En sus tumbas tambien se conmovieron;
I las cadenas del frances coloso
Hechas pedazos, destrozadas fueron!

Buenos Aires es libre. Entre sus soles,
En la alta Cordillera,
Gallardo el jóven tricolor ondea;
De libres la falanje
Triunfante la rodea,
I cuál peñasco enorme, desprendida
Desde la cima irresistible rueda.
Llega, triunfa, i el mundo sorprendido,
¡Victoria i Chacabuco! ha repetido.

Cual fuerte encina de elevada copa
Que de improviso por el rayo herida
Sobre el humeante tronco se desploma,
Así la tiranía
Que con su negro manto
El sol de libertad nos encubria,
Maldita i execrada,
Fué por el fuego santo,
Por el rayo de Maipo derribada.

Desde el sublime portentoso instante
En que a la voz del Hacedor Divino
Surjiste de la nada,
Ser libre, como el cóndor
Fué, Chile, tu destino.
I si un tiempo en el polvo del pasado
Jemiste aprisionado,
Tornastes a nacer siempre triunfante,
Cómo el sol que hoi se oculta en occidente
Para lucir mañana mas brillante,
Noble i erguida la esplendosa frente:
I así como ese sol en su carrera
Las negras nubes que su carro empañan
Dispersa por la esfera,
Así, tú, si pretende
Nacion estraña profanar tu suelo,
Suene la trompa, i a su ronco acento
Desnuda al punto el formidable acero,
Tus estandartes, desplegando al viento;
Tus hijos volarán a tu defensa
I si hai uno, uno solo que no acuda
A custodiar la tricolor bandera,
¡Ese cobarde de vengüenza muera!

Amada patria mia,
Si bárbaro destino
Vuelve a eclipsar de libertad el dia,
Recuerda tu pasado
De glorias monumento,
De ser libre recuerda el juramento;

(1) Esta Oda obtuvo el *accesit* en el certámen del *Círculo de amigos de las letras*, celebrado en setiembre de 1859.

I si ¡oh mengua! quisieras olvidarlo
Así manchando el pabellon sagrado,
Indigno seras Chile de ser Chile
Por que no eres el Chile del pasado.
I entónces vengadoras
Cumplid vuestro deber, nobles montañas,
Fieras lanzando a la nacion perjura
Cataratas ardientes, destructoras,
Del fuego que encerrais en las entrañas.
¡Chile perezca!.....pero nó; mentira,
¿Qué osó cantar mi delirante lira?
Siempre noble i valiente,
¡Oh! patria de los heroes,
Bastantes pruebas de grandeza has dado;
I tu rico i espléndido pasado
Un porvenir te augura
Coronado de gloria i de ventura.
.....
.....

Tiernas, radiantes, amorosas, bellas,
Del seno de Orinoco caudaloso
Se elevan tres doncellas.
Frescos laureles sus cabellos ornan,
Brilla en sus manos el sangriento acero;
«Colombia es libre, sus cadenas rotas
Estan,» repite su clarin guerrero.
.....
.....

Coloso cual los Andes
Bolivar se levanta,
I el pabellon hispano
Altivo huella con osada planta;
I Ayacucho i Junin nueva corona
De verde lauro ciñen a Belona.

La América es ya libre,
Oh! padres venerados,
¡Dormid tranquilos que ya estais vengados!
Los déspotas cayeron
Por el Dios de Justicia reprobados,
I de ignominia i de baldon marcados
Tras de los mares a ocultarse fueron.

Sobre la cima de los altos Andes,
Llena de majestad, llena de gloria,
La Libertad se ostenta.
Nueve estandartes a su lado ondean;
I en arpas de oro, con sublime acento,
Sus cantos de victoria acompañando,
Nueve ninfas gallardas la rodean,
Verdes coronas de laurel llevando.
I Ella amorosa, el mundo contemplando
Desde su grande, portentoso trono,
Súbito crece, i con jigante mano
Amenaza al tirano,
INDEPENDENCIA i LIBERTAD grabando
En la esfera del cielo americano.

EDUARDO DE LA BARRA.

A la Independencia de América(1).

¡Mirad! en los espacios sus alas sacudiendo
El jénio de los siglos se mira aparecer:
¡Oid! su voz de trueno ¡silencio! nos demanda;
¡América, levántate! i escúchale de pié.

«Al fin están ya rotas tus férreas cadenas,
Al fin señor estraño no te impondrá su lei;
Mas oye! tu destino no es solo el de ser libre,
Mi fallo poderoso te impone, reina ser!

Tus fértiles llanuras que flores mil traspiran,
Tus montes seculares que abrigo dan al leon,
Tus rios caudalosos, tus bellas cataratas,
Tu cielo de mil mundos constante ebullicion;

Todo es en tí un lenguaje magnífico, elocuente
Que dice donde quiera, aliento! vida! accion!
Tú América lo entiendes! pues al trabajo apréstate;
Tu perezosa noche pasó, ya viene el sol!

Apréstate a la lucha! magnánima es la empresa:
Tú sola, sola debes el camino cruzar;
Al peso de los siglos se dobla el viejo mundo,
Sus pasos vacilantes tú debes ayudar!

Tú debes en sus lares, en donde ya se estingue
De la alma intelijencia la vivífica luz,
Irradiar brillantes los límpidos destellos
Que ardientes se desprenden de tu ígnea juventud.

La Europa ¡pobre Europa! no es ya la de otros dias,
Cansados del trabajo sus miembros tiemblan ya:
Sus manos no fabrican sino almohadones muelles
Para dormir su noche, que tan cercana está!

Unjida de perfumes i envuelta en blandas sedas,
En oriental molicie contémplola yacer;
I de su sol poniente, el oro i pedrería
Reflejan tibiamente el macilento arder!

Magenta! Solferino! dos pájinas de gloria,
Son de antigua grandeza el lucido estertor:
El ruido del combate atruena los espacios!....
¡Ah! siempre el moribundo revive al dar su ¡adios!

Mirad sino! los hombres rendidos desfallecen,
Con mano temblorosa firman mezquina paz:
La empresa acometida cobardes abandonan:
¡En ellos solo es farsa la voz de libertad!

Antes que la semilla al campo vírjen lance,
Maleza por maleza desrraiga el labrador:
El campo de la idea prepara así tú, América,
I arranca de él, arranca la vil preocupacion!

Ella no es oriunda de tu ferace suelo,
En donde el bien tan solo jerminara hasta aquí:
Nutrióla el viejo mundo, e inmensas sus raices
Cruzando las distancias, llegaron hasta tí.

No, nada te detenga! destruye lo ruinoso!
Presida a tus acciones del hombre el solo bien!
Tú fórmate tus leyes i en ellas vea el mundo
Que libre ser merece quien sabe darse lei!

Extirpa de tu código el sórdido egoismo,
Ahoga en él el jérmen de mísera ambicion;
En él aprenda el hombre que puede hacerse grande
Sin que a los otros tenga que hacerse superior.

Con mano firme borra aquellas viejas leyes
Que en mengua de los hombres rijieron hasta aquí,
Aquellas que una era abyecta i miserable
Dejó cual marca innoble en su frente imprimir!

(1) Este canto mereció una mencion honorífica en el certámen del *Círculo de amigos de las letras*, celebrado en setiembre de 1859.

La luz radiante brilla! divina inte'ijencia,
Abrásate en los rayos ardientes de esa luz!
América! el sol eres a cuya luz benéfica
Reanimarán los pueblos su triste senectud!

Mas antes da el ejemplo: domine en tus hogares
La sola lei eterna del hombre, la razon:
La fuerza... atras la fuerza! los tigres la reclaman,
Nó el hombre que respira el hálito de Dios!

Arranca de sus manos el látigo al verdugo,
Recuerdo de otra época de dura esclavitud:
No es tu mision esclavos formar, sino jigantes
A quienes nunca el Cielo se les presente azul!

Arranca de sus manos el látigo al verdugo
I ese afrentoso nombre deslie de su faz:
La lei que infama al hombre, es tambien lei infame!
Rechácela, orgullosa, la noble humanidad!

Las leyes que castigan como la lei que premia
Por siempre venerandas, sagradas deben ser:
Del bien aquesta marca el término anhelado,
Aquellas el camino por do se llega al bien!

Sea la lei escuela sublime de grandeza,
Su dignidad al hombre enseñe a concebir:
La lei que a la vergüenza le espone i al oprobio
Virtudes no le enseña, enséñale a ser vil!

Abajo aquellas leyes feroces, sanguinarias,
De salvaje ignorancia dignísimo padron!
La humanidad no es fiera que se harta en la matanza,
Ni es idioma la sangre que entiende la razon!

De muerte i sangre basta! los viles instrumentos
Tú debes del suplicio, América, romper:
La muerte del patíbulo es muerte de venganza,
I la venganza es crímen i el crímen no es la lei!

¿Ois? guerreras trompas al áire dan sus ecos;
Alarma! una voz suena temblante de rencor:
Los hombres se levantan! el sable i lanza empuñan,
I al campo precipítanse en loca confusion!

Oh! qué aparato es ese? gran Dios, qué estraña fies-
La seña allá a lo léjos tronando dá el cañon: ta?
Los unos a los otros intrépidos se lanzan!
Miradlos cuál se estrechan con bárbaro furor!

Erizado el cabello, los ojos chispëantes,
Los labios entreabiertos, ardiente el respirar,
Parecen del contrario querer beber la sangre
Aun antes que el acero la llegue a derramar!

¡Venganza! aquí los unos frenéticos esclaman,
I los otros ¡venganza! reponen mas allá,
¡Venganza! en los espacios repite triste el eco;
¿I quién, o Dios eterno, ¡justicia! pedirá?

El ruido cesa: el humo disípase en jirones;
La calma restablécese, pasó la tempestad;
¿Mas dónde están los hombres, nó, digo mal, los ti-
Murieron! muertos solo, los tigres tienen paz! gres?

América, levántate! la luz del pensamiento
Derrama sobre el mundo, la luz de la verdad!
La guerra a tu voz cese! no loca i delirante
Consume su suicidio la pobre humanidad!

No mas la fuerza bruta domine poderosa,
Impere la justicia donde el sable imperó:
Alza tu voz, América! el mundo ya te escucha,
I ansioso oir espera la voz de redencion!

Invoca los derechos sagrados de los pueblos,
Propon a sus discordias un santo tribunal
En donde la justicia pesando sus derechos
La palma dé del triunfo a aquel que tiene mas!

Desgarra la orgullosa librea del soldado,
Arranca de sus manos la bala i el fusil;
Fabrica con su hierro arados penetrantes
Que puedan de tu suelo la savia descubrir!

El sable que en la lucha segara mil cabezas
De fértiles cereales conviértase en la hoz;
I el brazo que en un tiempo le fulminó mortífero,
En vértigo afanoso le ajite bienhechor!

América al trabajo! Al noble pensamiento
De cerca, vigorosa, la accion debe seguir:
Cobarde i perezoso es quien el bien concibe,
I espera lo realice el tiempo por venir!

El hombre es instrumento de la infinita idea
Que solo vivir debe para morir de accion;
Pues su destino cumpla! hombre, trabaja i muere!
Ejecute el obrero lo que concibe Dios!»

El jénio dice.—Atentos su voz oian quedos
Las fieras i las aves, los vientos i la mar!
Calló su voz! i al punto, a su mandato dócil,
Natura por do quiera comienza a jerminar!

El viento entre los bosques murmura bullicioso,
En vértigo imponente colúmpiase la mar:
La creacion un punto su aliento ha contenido
I vuelve con mas fuerza la vida a respirar.

I en medio de este coro grandioso de armonía,
Vivífico respiro del jérmen creador,
Los ecos de la gloria, cual raudos mensajeros,
Del mundo a los confines dilatan esta voz:

«¡Soi libre! en las montañas feraces de mi suelo
Lozano i fértil prende el árbol de verdad:
¡Escala ese árbol sea para alcanzar al Cielo,
I antorcha de mis pasos el sol de libertad!»

MARTIN JOSÉ LIRA.

Poesias de Juan Leon Mera.

El poeta ecuatoriano D. Juan Leon Mera ha puesto al frente del volúmen de poesías que corre impreso bajo su nombre el siguiente dístico en que el poeta latino Marcial aprecia sus epigrámas:

AD AVITUM, DE SUIS EPIGRAMMATIS.

Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura
Quæ legis hic: aliter non fit, Avite, liber.

A AVITO, SOBRE ESTOS EPIGRÁMAS.

De todos los epigrámas que lees aquí, algunos son buenos, otros son mediocres, los mas son malos: un libro, Avito, no se hace de otro modo.

D. Juan Leon Mera tiene razon en el juicio que ha dado acerca de sus producciones. El fallo es tan justo como imparcial. Entre las composiciones que ha publicado se encuentran las tres categorías indicadas por Marcial. Es verdad que esto sucede en todo libro de poesías: lo bueno, lo regular, lo malo, i a veces lo pésimo, son los ingredientes que combinados en dósis mayores o menores entran a formar toda coleccion de versos que se dá a la estampa. ¡Feliz el poeta que acierta casi siempre, porque será inmortal! ¡Desgraciado de aquel que dormita con frecuencia, porque el olvido sepultará en la oscuridad sus obras apénas hayan visto la luz! Los libros son como los hombres: mezcla de perfecciones i de defectos, de virtudes i de vicios.

D. Nicolas Fernandez de Moratin ha escrito un soneto, que no es mas que la traduccion difusa del dístico compuesto por Marcial. Hélo aquí:

AL LECTOR.

O tú, cualquiera que del claro dia
Las horas blandas, mudas i lijeras,
Faltando acaso a lo que hacer debieras,
Gastas en repasar mi poesía;
Si cuanto ves alabas a porfía,
De necedad son muestras verdaderas;
I si todos los versos vituperas,
De envidioso tambien te arguïria.
Que hai muchas cosas malas, es sin duda,
I que hai algunas buenas, yo lo digo;
Otras medianamente se disponen.
Lo bueno i malo i lo mediano ayuda;
Pero te hago saber, lector amigo,
Que así todos los libros se componen.

Lo que hai terrible para los poetas es que muchos críticos fundados en la autoridad de Horacio sostienen que en poesía no hai término medio, i que lo mediocre debe considerarse como malo.

.... Certis medium et tolerabile rebus
Recte concedi: consultus juris, et actor
Causarum mediocris abest virtute diserti
Messalæ, nec scit quantum Cascellius Aulus;
Sed tamen in pretio est: mediocribus esse poetis
Non homines, non Di, non concessere columnæ.
Ut gratas inter mensas symphonia discors,
Et crassum unguentum, et sardo cum melle papaver
Offendunt, poterat duci quia cæna sine istis:
Sic animis natum inventumque poema juvandis,
Si paulum summo discessit, vergit ad imum.

Hai mil cosas en que la mediania
Suele sufrida ser i aun estimada:
Jurisconsultos viven i oradores,
Que jamas a Cascelio o a Mesala
En ciencia o en facundia igualar pueden,
I sin embargo todos los acatan;
Mas medianos poetas, ni mortales,
Ni númenes, ni aun postes los aguantan.
Mala música, esencias corrompidas,
Granos de adormideras con miel sarda
En un banquete ofenden; pues gran cena
Sin música haber puede i sin pomadas.
La poesia así, para recreo
Del ánimo nacida, si se aparta
Algo del cielo, se hunde hasta el abismo.

Traduccion de Burgos.

Las poesías de Mera no tienen un sello peculiar que las caracterice i distinga; les falta orijinalidad: la mayor parte de ellas son simples imitaciones de los poetas españoles. El autor dice en la dedicatoría de su obra que sus versos son flores que han brotado de su seno ardiente. Acepto la metáfora con tal que se reconozca que las simientes de donde esas flores han jerminado han sido importadas de tierra estranjera. Las pequeñas variaciones que puedan notarse en su color o en su perfume son esos cambios lijeros que la diferencia del clima o del suelo hace esperimentar a las plantas de la misma especie o familia. Sirva de muestra la siguiente composicion:

EL CANTO DEL LLANERO.

Con ronca voz i altanero
Por su vetusta costumbre,
A la luz de escasa lumbre,
Así cantaba un llanero:

Soi el hijo de las pampas;
En la pampa está mi hogar;
Yo nací para la guerra,
I es mi oficio batallar.

A la luz del sol ardiente
Puso mi madre mi cuna,
I al reflejo de la luna
Me mecia el aquilon;
I entre confusa
Vocinglería
Me adormecia
Su ronco son.
Soi el hijo de las pampas....

Aun no contaba dos lustros
Cuando empuñaba la brida,
I en la llanura estendida
Domaba el potro veloz;
I el toro erguido
Tambien domaba,
Cuando bufaba
Mui mas feroz.
Soi el hijo de las pampas....

El estallido del rayo,
El rujir del raudo viento,
Eran mi mayor contento,
Eran mi gloria mejor;
I cuando via
Algun cobarde
Yo hacia alarde
De mi valor.
Soi el hijo de las pampas....

Hoi me gusta el retumbante
Estridor de la batalla;
El volar de la metralla,
Del bridon el relinchar;
Del fuego vivo
Los resplandores,
De los tambores
El redoblar.
Soi el hijo de las pampas....

Cuando tendido al escape
Mi troton veloz avanza,
I en ristre pongo mi lanza,
I hago el *hurra* resonar,
De mi presencia
Huye el Ibero,
Si el golpe fiero
Quiere evitar.
Soi el hijo de las pampas....

El ver morir no me arredra,
Mucho ménos ver heridos;
Pues me placen los jemidos,
I me agrada el combatir;
I si una bala
Me dá la muerte,
«Gloria a mi suerte»
Diré al morir.
Soi el hijo de las pampas....

En cien reñidos combates
Heridas sufrí crueles;
Pero en cambio cien laureles
He arrancado al español.
I es de mi gloria
La luz tan clara,
Que no cambiara
Con la del sol.

Soi el hijo de las pampas;
En la pampa está mi hogar;
Yo nací para la guerra
I es mi oficio batallar.

Aun cuando el autor no lo diga, es evidente que el *Canto del llanero* es una imitacion manifiesta de la *Cancion del pirata* de Espronceda, que todos saben de memoria. El asunto, el modo de tratarlo i hasta la forma métrica están revelando la procedencia de esta composicion, no obstante que el argumento sea esclusivamente americano; pero tal particularidad no alcanza a variar su naturaleza, ni a darle orijinalidad, bien que haga grata su lectura.

Advertiré de paso que en castellano no se dice *imitacion a Zorrilla*, *imitacion a Frai Jerundio*, frases que usa Mera, sino *imitacion de Zorrilla*, *imitacion de Frai Jerundio*. Puede decirse, i efectivamente se dice, *he imitado*, *imitando*, *imitar a tal persona;* pero no podria tolerarse *imitacion a tal persona*, lo que es algo peor que un estranjerismo, porque es un barbarismo. No todas las palabras que proceden de un verbo gobiernan el mismo réjimen que ese verbo, sino solo las que D. Andrés Bello denomina en su *Gramática* derivados verbales, esto es, el infinitivo, el jerundio i el participio que se junta con un ausiliar.

Mera ha tratado de dar a sus producciones métricas cierto aire de novedad intercalando en ellas una multitud de palabras indianas; pero dudo mucho que semejante innovacion sea una belleza. Si los arcaismos, cuando abundan demasiado, afean una composicion, ¿por qué, ni cómo, la hermosearian las voces de una lengua bárbara? No es cosa agradable, por cierto, tener que leer un libro de poesías rejistrando a cada momento un diccionario o consultando una nota. Por mi parte confieso que no he encontrado el menor placer en tropezar con vocablos como los que siguen, cuyo significado me habria sido completamente ininteliji ble, si el autor no hubiera cuidado de darlo a conocer en un vocabulario formado al efecto:

Jora—Maiz jerminado de que se hace la chicha o vino de los indios.
Illapa—El rayo.
Ñusta—Doncella de sangre real.
Palla—Princesa.
Inti—El Sol.
Pachacamac—Dios.
Amancay—Azucena.
Haravec o *Haravico*—Poeta.
Tola—Sepulcro.
Uillac—Sacerdote.
Garua—Llovizna.
Amunta—Astrólogo.

Si Mera ha buscado la orijinalidad empleando estos u otros términos análogos, no podrá ménos de concederse que es una pobre orijinalidad la que consiste solo en las palabras. La circunstancia de que el poeta ecuatoriano se haya supuesto un poeta indiano al entonar los cantares en que aparecen esas voces exóticas no justifica su uso; porque, si ha tomado a los indíjenas de América algunas de sus espresiones, no ha sabido apropiarse con la perfeccion debida ni sus ideas, ni sus afectos, ni sus costumbres, ni sus creencias, lo único que habria podido autorizar ese lenguaje. Hablar como un salvaje cuando se piensa i siente como un hombre civilizado, es un absurdo tan grande como lo seria hablar como un pagano cuando se piensa i siente como un cristiano. No hai para qué cambiar el rótulo de una botella, si no se ha variado el líquido que contiene. La mitolojía de los griegos, que con justicia ha sido rechazada de la poesía moderna como un anacronismo sin objeto, me parece todavía mas aceptable que la mitolojía de los indios; porque al cabo aquella tiene sobre esta la ventaja de ser mas conocida i de estar consagrada por las obras maestras que nos ha dejado la antigüedad. No veo qué se ganaria con llamar al sol *Inti* en lugar de *Febo*, i a Dios *Pachacamac* en lugar de *Júpiter*; i prefiero naturalmente que se les designe con el nombre que todos les conocemos de *Dios* i *sol*, a no ser que la materia de que se trate exija imperiosamente lo contrario.

Gregorio Victor Amunátegui.

(*Concluirá.*)

BIBLIOTECA NACIONAL

Se despide para el otro mundo.

J'ai souvent ouï en proverbe vulgaire
Qu'un fol enseigne bien un sage.
RABELAIS.

(Conclusion.)

III.

En el salon principal de una casa situada en la calle de las Monjitas, tres personas conversaban tranquilamente. Don Pedro Pablo, una de ellas, le dijo a su mujer:

—Manuelita, bueno seria ya ir pensando en las personas que deben convidarse el dia de las bendiciones.

—Para qué? aun no sabemos si se casarán en la iglesia o en la casa, contestó doña Manuela.

—Me parece.....

—Cómo es eso me parece! dijo doña Manuela; lo que don Salustio diga eso se hará.

—Yo, digo Merceditas, quiero casarme aquí en casa.

Tenia un magnífico vestido de novia i era preciso lucirlo el dia de las bendiciones.

—Aquí viene don Salustio, él decidirá la cuestion.

Don Salustio entró con su aire fatídico i saludó como si pasara por delante de una tumba.

—A tiempo llega Vd., querido yerno, dijo don Pedro Pablo.

—Pase Vd. al sofá, le dijo doña Manuela.

Merceditas no dijo nada; pero le acercó el brasero con fuego.

—Almorzó Vd.? le preguntó el dueño de casa.

—Sí; acabo de almorzar con mi amigo don Braulio.

—Buen hombre es. ¿No fuma Vd. un cigarrito?

Todo era amabilidad i atenciones con el futuro yerno; se le cuidaba como a un niño regalon. ¡Placeres inocentes que se gozan en el interior de nuestras familias! ¿Cómo pintar la satisfacion de un padre i de una madre cuando encuentran un novio rico para su hija?

—Queremos conocer la voluntad de Vd., querido yerno, dijo don Pedro Pablo, sobre si piensa casarse en la iglesia o en mi casa.

Don Salustio guardó silencio.—Escúchenme Vds., les dijo despues de un corto rato. La union de las almas es el pedestal sobre que reposa la felicidad de las criaturas humanas. En uno de aquellos momentos en que nuestra razon nos abandona, yo solicité la mano de la hija de Vds. Mi fortuna i mi reputacion eran para Vds. las mejores garantías de la felicidad de su hija: aceptaron pues con placer. Pero, ai! se olvidaron de que el amor....

—Lo creia a Vd. mas sensato, interrumpió don Pedro Pablo. ¡Venir a hablar de amor tratándose de matrimonio!

—Pero, ai! el amor, continuó don Salustio, es el vínculo mas sagrado que une el hombre a la mujer; no existiendo no hai felicidad posible. ¿Qué prueba la ceremonia relijiosa? Na da mas que los hijos seran lejítimos.

—Pasmado estoi, querido don Salustio, oyéndolo espresarse de una manera tan estraña. ¿La echa Vd. de filósofo? Tambien yo soi filósofo, pero filósofo práctico. En jeneral, amigo mio, los hombres se casan por uno de los tres motivos siguientes: por amor, por interes, o por tener mujer. Fuera de estos tres casos, los demas son excepciones. La esperiencia demuestra que de cien matrimonios, hai:

Diez por el primero.

Quince por el segundo.

Setenta i cinco por el tercero.

Francamente, amigo, Vd. está mui distante de ser un lindo don Diego. No es, pues, un blanco a propósito para que Cupido dirija contra Vd. sus flechas. Su fortuna es mas que regular, i no es hombre Vd. de sacrificar al interes la tranquilidad de su vida. Si pensó, pues, en casarse, era por el solo gusto de casarse, por tener mujer en una palabra. ¿Piensa Vd. que yo no lo conozco?

—Nó, don Pablo, no me conoce; yo soi un hombre escepcional en el linaje humano. Para que Vd. pudiera comprenderme era preciso que Vd. tuviera una revelacion divina, que su intelijencia se iluminara súbitamente i pudiera leer en el fondo de mi corazon.

—Una de dos, dijo don Pedro Pablo, o Vd. divaga o se burla de nosotros.

—La verdad es la que habla por mi boca.

—En fin, amigo ¿qué es lo que Vd. pretende?

Don Salustio tomó un aire triste, se acercó a don Pedro Pablo i le apretó las manos cariñosamente:—Amigo mio, le dijo, soñé un momento con la felicidad i este sueño se ha disipado como el humo. Ya no puedo casarme.

El padre, la madre i la hija quedaron aterrados.

—¿Qué es lo que Vd. dice? le preguntó don Pedro Pablo no pudiendo creer todavía lo que oia.

—Ya no puedo casarme.

Merceditas vió el terno de brillantes i el vestido de novia criar alas de repente, volarse por la ventana i perderse de vista allá en el horizonte. Echó a llorar amargamente.

Don Pedro Pablo i doña Manuela esclamaron furiosos:—¿I porqué no puede casarse?

—Porqué me marcho para siempre.

—Se llevará Vd. a su mujer, dijo el padre irritado.

—Si ella quiere seguirme?.....

—I para dónde se va Vd?

—Para el otro mundo!

Merceditas levantó la cabeza. Don Pedro i doña Manuela recularon espantados. Como don Braulio, notaron inmediatamente en la mirada de don Salustio algo de tan estraño que, habiéndolo conocido siempre por un hombre sensato, sospecharon en él alguna grave enfermedad.

En este momento entró un criada con una carta para don Pedro Pablo. La abrió con indiferencia, echó la vista por ella, se puso pálido i esclamó:—¡cielo!....

Doña Manuela tomó entónces la carta, la leyó rápidamente, se puso verde i esclamó:—¡gran Dios!...

Merceditas la tomó a su turno, la leyó temblando; se le cayó de las manos, cayó ella sobre un asiento i esclamó despavorida:—¡Jesus!....

Don Salustio la tomó entónces i la leyó en voz alta. Decía así: – «Mui señor mio. Nuestra familia celebraba infinito el enlace de mi hermano don Salustio con la apreciable señorita hija de Vd. Una desgracia que nos tiene a todos aflijidos hace imposible este matrimonio. ¡Don Salustio se ha vuelto loco!....»

Todos se miraron para calcular la impresion producida por tan inesperada noticia. El padre, la madre i la hija esclamaron a un tiempo:—Es cierto!....Don Salustio soltó la mas franca carcajada de risa que pueda oirse.

—Yo loco! dijo afirmándose en una silla para reirse con mas comodidad. Loco!...Esto es mui curioso!

—Amigo don Salustio, dijo don Pedro Pablo, mucho siento la desgracia que lo aflije a Vd.....

—Cómo! tambien lo cree Vd. don Pedro Pablo?

—Cómo dudarlo, amigo, despues de las estravagantes ideas que acaba Vd. de manifestar?

—Pobre hombre! dijo don Salustio; sepa Vd. señor don Pedro Pablo que yo soi el hijo predilecto de la razon.

—No lo dudo.

—Que la humanidad vá por un camino estraviado.....

—Debe de ser cierto.

—I que si me voi de este mundo, es por no tener que encontrarme a cada paso con jente que carece de un sano juicio.

—Hace Vd. mui bien.

—Adios, amigo; ya no nos veremos mas!

—Lleve Vd. buen viaje.

Don Salustio tomó su sombrero i salió.

—No hai cosa peor que contrariar a los locos, dijo don Pedro Pablo. Vamos! consuélate, hija. A Dios gracias no faltan hombres en este bajo mundo.

IV.

Don Salustio iba por la calle pensando mui seriamente en qué modo emprender su viaje a las rejiones de ultratumba. Recorrió la lista de suicidios célebres desde Caton de Utica hasta nuestros dias i encontró que ninguno le cuadraba. No dejó de ocurrírsele la singular idea de cometer un crímen espantoso en provecho de la humanidad (que tambien hai crímenes que aprovechan a la humanidad) i marchar sereno al patíbulo con su conciencia tranquila dejando un nombre imperecedero a la historia; pero, aunque ya tenia el ejemplo de Erostrato, reflexionó en que era hacer demasiado caso de la opinion de los hombres, i esto era cosa que él despreciaba profundamente.

Habria deseado dejar escritas, ántes de partir, ciertas curiosas observaciones sobre la razon del hombre que creia de grande utilidad para el jénero humano; pero encontraba que además de faltarle ya el tiempo, parecia apelar a esa misma razon que él trataba de negar. Entre todas estas observaciones, una de las mas curiosas era la siguiente:

«Todas las profesiones viven de las miserias humanas. Luego, un pueblo será tanto mas infeliz, cuanto mas necesidad haya de estas profesiones.»

Al dar vuelta una esquina fue detenido de las colas del fraque por un su amigo que a tranco largo venia detras de él.—Hombre! le dijo, ¿no sabe Vd. lo que sucede?

—Nó, en verdad, contestó don Salustio.

—Su hermano de Vd. ha pedido al juez su interdiccion por causa de demencia.

—I eso qué importa?

—Importa que se quieren echar sobre su fortuna.

—Yo soi un hombre solo i la lei tiene para hacerse obedecer un batallon de jendarmes.

—La lei!.....esclamó el amigo de don Salustio con cierta sonrisa burlona; la lei!..... Nosotros los abogados sabemos bien lo que ella vale: con facilidad se le tuerce las narices i respeta siempre a los mas diestros. ¿Quiere Vd. encomendarme su causa de interdiccion? Verá Vd. qué brillante defensa! Tenemos en nuestro favor no solo el nuevo Código i las leyes de partida, sino hasta al mismo filósofo Erasmo que hizo el elojio de la locura.

—Haga Vd. lo que quiera. Divídanse mi fortuna entre parientes, abogados i ministriles como los Judios se dividieron la túnica de Cristo; ¿qué me importa a mí cuando luego voi a dejar de ser un habitante de este mundo?

Hace rato que estoi por hacer sabedor al lector de un hecho que me es enteramente particular.

Me sucede que he solido espresar ideas en abierta contradiccion con ciertos principios jeneralmente recibidos como verdades, i nadie ha creido que yo pensara de tal modo; cuando mas favor me han hecho, ha sido el de imajinarse que yo queria pasar por orijinal. Ahora bien, si en vez de callarme, como lo hago, diera rienda suelta a mi lengua i empezara a predicar las verdades de que yo creo ser conocedor, de seguro que iria a parar a la casa de orates. Por esto motivo, me atrevo a dar a todos el siguiente viejo consejo formulado de este modo en regla jeneral:—Pocos se arrepienten de haber callado, muchos de haber hablado.

¿Quién puede asegurar que no es loco?

¿Quién puede asegurar que no es tonto?

Confieso que estas dos preguntas me han

tenido varias veces perplejo. ¡Dios libre al lector de semejantes dudas!—Prosigo.

Don Salustio pasó a un café i pidió un vaso de limonada para refrescar sus ideas. Un caballero estranjero, de aspecto venerable, ancha frente despojada de cabellos, barba canosa i patriarcal, como de cincuenta años de edad, bebia, en una mesita contigua a la en que él se sentó, un vaso de grog.—Este es algun filósofo, se dijo para sí don Salustio.

—Caballero, dijo dirijiéndole la palabra, qué piensa Vd. de la vida?

El estranjero lo miró, sorbió un trago, i luego contestó mui seriamente:—La vida es nacer i morir.

—Bien decia yo que era un filósofo, pensó don Salustio; luego añadió en voz alta:—Segun eso, lo mejor es no nacer para no tener que llorar ni morir?

—Seguramente, le contestó el estranjero; pero como nadie puede evitar la fatalidad de nacer, buscamos alivios a nuestros males para no tener que llorar i alejamos por medio de estratajemas la hora de morir.

—¿I dónde encontrar esos alivios de que habla Vd.?

—Hai hombres dedicados al alivio de la humanidad doliente. Yo soi uno de ellos.

—En verdad!

—Caballero, soi pedícuro, dijo el estranjero haciendo una inclinacion de cabeza.

—Hombre! esclamó don Salustio; i yo que le creia a Vd. frances!

—No se engañaba Vd., yo soi el mismo Mr. Coropié, pedícuro de S. M. el Emperador de Haiti, miembro de la sociedad de flebotomistas de Lóndres, corresponsal de la de Berlin, etc., etc. ¿Necesita Vd. de mis servicios?

—¡Qué hombres produce la Francia! esclamó don Salustio.

—Oh! la Francia! gritó entusiamado Mr. Coropié, patria de Voltaire i tambien mia!.... Qué poder puede compararse al suyo?—Caballero, la mitad de la Francia tiene agarrada a la humanidad por la cabeza, la otra mitad por los piés. Nosotros franceses somos o peluqueros o pedícuros.

Don Salustio pagó su vaso de limonada i salió del café repitiendo allá en sus adentros: —I dicen que estoi loco!

Al salir del café se encontró con dos personas conocidas que conversaban paradas en la puerta. Una de ellas lo detuvo i le dijo:—Don Salustio, díganos Vd. francamente si es opositor o ministerial?

—Caballero, contestó don Salustio, una lei de Solon castigaba severamente al ciudadano que no tomaba un partido en las disensiones políticas de Atenas. Yo no manifestaré mi opinion miéntras no venga un gobierno que sancione una lei análoga.

I siguió sereno su camino.

—Este don Salustio, dijo uno de los dos, con su aire melancólico i profundo, me parece un mentecato perfecto.

—Hombre! no puede ser, contestó el otro; si es diputado al Congreso.

—¡Oh! entónces!

Don Salustio tenia amistad con un boticario italiano. (En esto de vender drogas es sabido que los italianos han sobresalido desde tiempo inmemorial). Le esplicó fria i claramente el asunto en dos palabras.—He mirado la vida por todos sus lados i ninguno me ha sonreido, le dijo. He pesado los goces i las miserias de este mundo i he visto que la balanza se inclina al lado desfavorable. Además, estoi íntimamente convencido de que solo la muerte puede revelarnos el secreto de la vida; de suerte que Vd. me hará un gran bien indicándome un medio de salir de este mundo sin hacer ruido i sin que el cuerpo tenga mucho que sufrir.

El boticario, con una calma que hubiera envidiado un lord ingles, le preparó en pocos instantes un tósigo que debia darle la muerte mas dulce que se conocia. Don Salustio envolvió cuidadosamente el frasquito que lo contenia i al mismo tiempo de retirarse le dijo:—Amigo, le dejo a Vd. el encargo de escribir mi necrolojía.

Luego que llegó a su casa, empezó a hacer los preparativos de su último viaje. De un cajon de su escritorio sacó un atado de tarjetas i al pié de cada una de ellas escribió: *se despide para el otro mundo.* Despues las cerró en su sobre correspondiente i las dirijió a cada uno de sus amigos i conocidos. Juntó las puertas i ventanas, echó una última mirada al sol que seguia tranquilo su carrera sin preocuparse de que hubiera un hombre de mas o de ménos sobre la tierra, se tendió sobre su poltrona i apuró el tósigo con una calma i una serenidad admirable.

Las últimas palabras de un moribundo han inspirado siempre mucho interes. Quizá los hombres creen encontrar una revelacion de la otra vida. La vanidad, que es el último sentimiento que nos abandona, hace jeneralmente que los que mueren dejen algo escrito para que todavia se ocupen de ellos despues de muertos. Nuestro héroe, que era un hombre excepcional, no se preocupó en nada de la sociedad i solo pensó en salir lo mas pronto posible de este mundo sin dejar mas rastro detras de sí que la tarjeta de despedida enviada a sus amigos.

Luego empezó a sentir una pesadez en todo el cuerpo i cierta languidez que no dejaba de tener su encanto. Ya que la muerte es una cosa necesaria, es probable que produzca una sensacion agradable como la satisfacion de toda necesidad. Sus ideas se embrollaron, su razon lo abandonó i poco a poco se fué aletargando hasta quedar en la inercia de la muerte.

V.

Omnia mors poscit; lex est, non pena, perire.

Confieso que pongo aquí este latin por

echarla de sabio; en mi vida he estudiado la lengua de Horacio i de Virjilio. Sé que trata sobre la muerte, i esto basta a mi propósito.

Buffon escribió un artículo tan bello sobre la muerte, que al leerlo dan ganas de morirse. Teoría de sabio. He visto ultimamente morir un hombre, i puedo asegurar que no hai cosa que inspire mas terror i compasion. Al contemplar los horribles sufrimientos i la desesperacion causada por la desorganizacion del cuerpo, un pensamiento, talvez temerario, cruzó por mi mente. ¿Qué razon tienen los hombres, me dije, de adorar a aquel que pudiendo haber evitado el mal hizo que por el contrario fuera herencia de la humanidad?.... A veces me han venido tentaciones de creer que los hombres obedecen solo al terror.

Dije que habia visto últimamente morir una persona. Miéntras duraba la agonía i cuando toda la familia estaba entregada a la desesperacion, el sacerdote encargado de administrar los últimos ausilios, dormía tranquilamente en un sofá al lado del lecho mortuorio. ¡I eran las doce del dia! Cuando recuerdo el contraste que hacia la figura de este buen clérigo al lado del dolor, me dan ganas de reir, pero las lágrimas se me vienen a los ojos.....

Todo muerto es importuno. Sino fuera que estamos ligados por algun lazo de parentezco o amistad con los que nos sobreviven i que tienen cuidado de nuestros pobres cuerpos, nos echarian al carro como una inmundicia que se arroja con enojo.

Al esparcirse la noticia del fallecimiento de don Salustio, solo tres personas concurrieron a su casa, el boticario, don Braulio i don Pedro Pablo. Sus demas amigos al encontrarse en la calle se saludaban diciendo:—¿Con qué murió don Salustio? no hace mucha falta. I esta fué toda su oracion fúnebre. Su hermano, que heredaba su fortuna, se apresuró en poner un gran crespon a su sombrero.

Los tres amigos entraron a la pieza i encontraron a don Salustio tendido en su poltrona con el rostro lívido i desencajado:—¡está muerto! dijo don Braulio.

El boticario se sonrió.

Don Pedro Pablo i don Braulio empezaron a murmurar entre dientes un padre nuestro i un ave maria.

El boticario sacó de su bolsillo un frasquito i vació en una cuchara algunas gotas del líquido que contenia; luego se las hizo beber al muerto. Con asombro de los otros dos amigos, los colores empezaron a volver al rostro de don Salustio i al poco rato abrió tranquilamente los ojos.

—Caballeros! esclamó don Salustio viendo tres personas en su cuarto, dispensen Vds.; me habia quedado dormido.

Don Braulio no hallaba que pensar del prodijio operado por el boticario delante de sus ojos. Don Pedro Pablo creyó que el italiano era un nuevo Cagliostro.

—¿I cómo ha ido por el otro mundo? le preguntó el boticario.

—¿Por el otro mundo? contestó don Salustio como quien no entiende bien lo que se le pregunta. Ah! ya estoi, añadió sonriéndose; escúchenme Vds., les haré una relacion de mi viaje.

Que este mundo está lejos de ser perfecto es una verdad incontestable.

Que habiendo, segun noticias que tenemos, otro mejor, tratemos de ir a él, es una consecuencia natural i precisa.

Esto fué lo que yo hice o traté de hacer.

Llegado que hube a las rejiones de la eterna beatitud, un maestro de ceremonias me colocó en un punto desde donde podia contemplar la faz del Todopoderoso, gloria reservada a todos los elejidos. Sin duda los primeros momentos fueron bien agradables, pues siempre he tenido un verdadero placer en contemplar la figura de los grandes hombres; pero ai! la monotonia, aun en el placer, trae al fin el fastidio.

Talvez llevaba todavia parte de mi naturaleza terrestre, pues la envidia empezó a picarme el corazon. Ví que la igualdad de los goces, proclamada en las leyes fundamentales del cielo, no era observada con exactitud. Aquellos que en la tierra fueron canonizados gozaban de mas prerogativas que nosotros los simples inmortales, i aun entre ellos habia algunos cuya influencia, implorada en la tierra por los beatos, hacia variar a menudo los justos designios del Padre Eterno. Como enemigo que he sido siempre de los abusos i del favoritismo, me puse a borronear una cuartilla de papel en contra del gobierno celeste, i luego que hube concluido me fuí en busca de una imprenta. Ai! era mueble desconocido en el paraiso! Interpelé entónces a los ministros de Dios, i por respuesta suscitaron en mi contra una turba de almas que en la tierra habian habitado cuerpos de beatas i fanáticos, llamándome hereje, ateo i malvado, i pidiendo que me arrojaran del paraiso, como en otro tiempo se hizo con Adan por haber probado del fruto prohibido. Para evitar una injusticia, yo mismo me condené al ostracismo i eché a correr por las esferas celestes perseguido por una multitud de almas atrabiliarias hasta que, próximo a ser alcanzado, me desperté con gran sorpresa mia, en ese mundo que para siempre creia haber abandonado.

—¿Entónces fué un sueño? dijo admirado don Braulio.

—Sueño o realidad, lo mismo es para mí. ¿Quién tiene conciencia de su existencia miéntras duerme?

—Caballeros, dijo el italiano, puedo asegurarles que a la fecha nuestro amigo es otro hombre. Veo que se ha operado en él un cambio favorable. Lo que siento solamente es que no haya alcanzado hasta los infiernos; tenia curiosidad de saber si existia todavia en la

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
JOSE TORIBIO MEDINA

jamas la inscripcion que vió el Dante cuando viajó por esas rejiones.

—Amigos mios, dijo don Salustio, ya que la suerte hizo que naciéramos en este planeta, quedemos en él hasta que naturalmente tengamos que abandonarlo. La vida, es cierto, no es cosa que alhague mucho; pero pudiendo comprenderla talvez no se haga tan odiosa. Señor don Pedro Pablo, esta noche misma me hago poner las bendiciones.....

—Crea Vd. que será uno de los dias mas felices para mí i para mi hija, contestó don Pedro Pablo.

—Amigo don Braulio, continuó don Salustio, de aquí en adelante seré un comensal mas amable; espero beber con Vd. buenos tragos de mosto.

—Mi mesa estará siempre puesta para Vd. amigo mio.

—Creo que la felicidad empieza a sonreirme, dijo don Salustio. ¡Ojalá no sea una ilusion pasajera!

¡Dichosos aquellos que no piden a la vida mas de lo que ella puede dar! Lector amigo, sufre con paciencia los males inevitables, goza cuanto i de cuanto puedas, i te aseguro que si no eres feliz andarás mui cerca de serlo.

José Antonio Donoso.

Un hombre a la moda.

Continuacion.

V.

Las diez acababa de dar, cuando el coche de Enrique de Camba se detuvo delante de una casa de aspecto elegante, i situada en uno de los barrios mas centrales de Santiago.

Todo en esa morada era riqueza, animacion i alegria.

En el mismo momento en que Enrique entraba en los salones, una jóven de cabellos rubios, de mirada de ánjel, bella i mas pura que los primeros ensueños de un poeta de quince años, se sentaba al piano i dejaba oir las primeras notas de una de las mas melancólicas, dulces, suaves i penetrantes armonías de Donizzetti.

Las conversaciones, las risas, las miradas de intelijencia habian cesado. Todos tenian fijos sus ojos en el piano. Los hombres con encanto, las mujeres:—unas con encanto tambien,—otras con cierta persistencia distraida, —varias con despechada benevolencia,—las mas por no haber cosa mejor que observar.

—Bien! bien! dijo una señora que frisaria en los cincuenta i que estaba sentada en una espaciosa butaca, en uno de los estremos del salon... a nadie he oido tocar con mas maestría i espresion que a Julia este trozo de Donizzetti... Parece como que pone algo de su corazon en él... No se puede Vd. figurar, continuó dirijiéndose a otra señora tambien respetable que estaba a su lado, lo que me impresiona este trozo cada vez que se lo oigo tocar a Julia... Talvez no me creerá Vd.; pero ha habido veces en que, a mi pesar, se me han escapado las lágrimas.

—¿I qué pieza es esta? le pregunto su compañera, que no parecia de las mas impresionables.

—Qué, no conoce Vd.? Es el *Delirio de Lucia.*

—Ah! sí, sí, eso me estaba pareciendo.....; Pero mire Vd.: ahí tenemos ya al gran admirador de Julia, a don Enrique de Camba.

La señora de la butaca echó la vista hácia el lugar que le indicaba su compañera e hizo a Enrique una amable señal de intelijencia.

Este estaba de pié a la entrada del salon i neglijentemente apoyado en una silleta.

Pocas veces habia estado Enrique mas hermoso. Su rostro, mas pálido que de ordinario, hacia resaltar el brillo de sus grandes i rasgados ojos negros. Su traje era elegante, pero de una elegancia sin pretensiones.

Vestia un fraque azul de botones dorados, un pantalon de color oscuro, bota charolada i guantes color paja, que calzaban una mano digna de una mujer.

Despues de haber vuelto su saludo a doña Mercedes, pues tal era el nombre de la señora de la butaca, sus ojos fueron a clavarse, por decirlo así, en Julia.

Contemplóla un rato en silencio i dijo a media voz.

—Qué bella es! De veras que tiene algo de ánjel... Casi creo amar a esta jóven... Pero ella... pero ella... no me ama...

I una sonrisa triste i fria entreabrió los lábios de Enrique.

Doña Mercedes miéntras tanto era todo oidos. A cada instante se volvia hácia su compañera para hacerle notar la belleza de esta o la otra armonía.

Su compañera a todo decia sí, porque, tanto valia para sus oidos una armonía de Donizzetti, de Rossini o de Bellini, como esas piececitas chillonas, diversion de chicuelos i tormento de jentes que tienen orejas algo mas que por adorno, que tocan los organillos en las calles de nuestra pacífica Santiago.

Así, pues, maldita la atencion que prestaba a lo que Julia tocaba: sin embargo la artista bien lo merecia.

Pocas veces se habia hecho dar a las teclas de un piano quejidos mas dolorosos, mas simpáticos i dulces. Parecia, como decia mui bien doña Mercedes, que Julia ponia algo de su corazon.

Bastaba cirla tocar, para comprender que esa alma era presa de sufrimientos mui reales, que el corazon de esa jóven temblaba de verse despedazado, que un amor desgraciado bullia en él.

Cuando concluyó de tocar, un murmullo de admiracion se dejó oir en todo el ámbito del salon. Julia se ruborizó.

—Admirable, señorita, la dijo Enrique que se habia acercado poco a poco al piano, ofreciéndole el brazo.

—Gracias, caballero, le contestó Julia trabajando por sonreir, pero sin lograrlo.

Enrique lo conoció, i sus cejas se arrugaron imperceptiblemente, i sus lábios se apretaron con cierto concentrado despecho.

Julia cojió su brazo con marcado disgusto, i fué a sentarse en medio de un corrillo de jóvenes bulliciosas i vivas.

—Vaya, vaya, le dijo una de ellas con petulancia, apuesto a que te ha incomodado el que el señor de Camba te ofrezca su brazo. De veras que eres mui rara, Julia... Yo lo digo como lo siento, me habria paseado mui orgullosa con él, i estoi segura que todas nuestras amigas piensan ni mas ni ménos como yo.

—Razon tiene Elena, Julia, agregó otra de cara picarezca i que habia mirado mas de lo necesario a Enrique,—que mejor puede una querer que recibir las atenciones de un hombre tan amable como el señor de Camba, de un hombre a quien todos elojian, que en todas partes es recibido con murmullos de admiracion, a quien todos se lo disputan, el rei de la elegancia i de la moda.

—Misterios del corazon son esos Carolina, interrumpió una tercera a la que hablaba.

Julia nada contestó. A las primeras palabras de sus amigas habia caido en una profunda meditacion.

Pobre niña! no amaba a Enrique, lo temia i se la obligaba a casarse con él.

Alimentaba un amor profundo i sincero por otro hombre, un amor protejido, alimentado en mejores tiempos por sus padres; i ahora esos mismos le mandaban olvidar, desarraigar de su corazon ese amor que era su vida, su esperanza, su porvenir, el aliento, la savia de su existencia.

I todo porqué?—Porque se habia presentado un hombre que se decia mui rico a pedir su mano; un hombre que talvez no la amaba, que iba en busca no de su corazon sino de su fortuna, que era inmensa.

I sus padres le habian dicho:—olvida! como si bastara con una palabra para mudar el cauce de un rio, para desbaratar todo un mundo de ilusiones, de sueños, de recuerdos, de suspiros i de promesas.

I sin embargo esos padres amaban, adoraban a su hija, estaban dispuestos a sacrificarlo todo por ella, por su ánjel; pero habian olvidado lo que es un corazon a los quince años, lo que es el amor cuando sus raices han penetrado hasta el pliegue mas íntimo de ese corazon.

En ellos solo hablaba la cabeza....

E iban a inmolar a su hija creyendo hacer su felicidad. . . . . .

. . . . . .

Razon tenia la despabilada Carolina: Enrique era el rei de la elegancia i de la moda. Cada noche era para él un triunfo.

Sus trajes eran imitados por todos esos séres anfibios, que no son ni hombre ni mujer, que aun esperan un entendido i paciente naturalista que venga a describirlos, i a hacernos conocer su organismo, sus costumbres, la materia de que son formados.

Hoi, imitaban el lazo de su corbata,

Mañana, el corte de su pantalon.

Pasado mañana, su sonrisa.

En fin, para ellos Enrique era un figurin ambulante, el prototipo de la elegancia.

Una verdadera falanje de necios iba siempre tras sus pasos, lo buscaba, lo halagaba, lo adulaba, i, como es mui natural, tambien lo hostigaba.

Sin embargo, Enrique los soportaba, por que esos necios hacian su poder i su fuerza, llevaban de salon en salon la fama de su hermosura, de su riqueza, de su jenerosidad, de su lujo, de sus prodigalidades, de sus buenas fortunas; todo ello ribeteado i coloreado segun el desenvolvimiento que el *chichon* de la maravillosidad tenia en el *cerebelo* del narrador.

. . . . . .

—Cárlos, te has fijado en Enrique de Camba, dijo uno que elevaba entablillada, por decirlo así, su garganta entre los cuellos, dirijiéndose a otro que estaba mui empeñado en contener la rosa de su corbata que a cada instante se le subia a la barba.

—Sí, sí, contestó Cárlos, está elegante como pocas veces... Pero esta corbata me tiene embromado, i bajaba su rosa con tanta persistencia como ésta tomaba en subirse.

—No hagas caso de tu corbata, Cárlos... le contestó el otro... ¿Sabes ya la noticia?

—Nó: nada sé.

—Vaya que andas atrasado... Pues no se habla de otra cosa...,

—Pero cuál es esa noticia? le interrumpio Cárlos.

—El matrimonio de Don Enrique de Camba con Julia Paredes.

—¿Con qué se casa don Enrique?... I qué dirá aquella que tu sabes?

—Qué ha de decir: se conformará; A mal que no tiene remedio...,

—Sí, sí, ponerle buena cara... Pero,.. pero dicen que la de Puente por él se ha separado de su marido i...

—Va! va! acaso ella es la única... I sobre todo no hará mas que pagar su pecado... A ella la acusan de la muerte de la pobre Dolores de Ayala... Por ella rompió Enrique su proyectado matrimonio con esa desventurada niña, ruptura que le costó la vida.

—Pobre Dolores! me aseguran que Enrique la amaba de veras.

—Así dicen... Lo que yo sé de cierto es que su hermano don José odia a Enrique con toda su alma i que ha jurado perderlo.....

—I parece que lo vá consiguiendo... Desde hace algun tiempo le viene ganando fuertes sumas.

—Sí: pero don Enrique es tan rico.

—I a propósito del de Ayala.. dicen que su amigo Salvador está apasionadamente enamorado de Julia i que esta le corresponde. ¿Cómo es que ahora se casa con don Enrique?

—Eso te admira. La inconstancia es la mas recomendable cualidad de la mujer.

—Pero Salvador ¿qué dice? qué hace?

—Vélo: ahí esta conversando con su amigo Ayala... En toda la noche no se han movido de ese rincon... Juraria que están tramando alguna contra don Enrique. Denantes los observé mirándoles: al de Ayala con una sonrisa mui mal intencionada, i al de Paredes con rabia i despecho.

—Talvez tus conjeturas no son erradas. El uno deseará como es natural vengar a su hermana, i el otro el que no le escamoten a su amada prima.

—Si! sí! estoi seguro... i he de buscar una coyuntura para advertirlo a don Enrique. Es un amigo que me interesa i cuya felicidad deseo.

—Mejor fuera, le dijo Cárlos, tratando siempre de volver al órden el rebelde nudo de su corbata, que no tomaras cartas en el asunto.

—Está bien, está bien, le contestó su amigo.

I se fué a dar vueltas en torno de una picante morena, con quien varias veces durante la conversacion, se habia hecho sus señales de intelijencia.

Pocos momentos despues, Enrique de Camba, una vez libre de los saludos de las mamás, de las miradas, de las sonrisas, de los reproches de las jóvenes; de las adulaciones, de las impertinencias de los necios, contra quienes habia sido mas pródigo, que de costumbre, en dichos sangrientos; pero tan sangrientos como corteses; se acercó a don José de Ayala i Salvador, que siempre continuaban hablando a media voz en su rincon.

Ayala era un hombre de cuarenta años, de fisonomía distinguida. La contraccion de sus facciones, lo distraido de su aire, la indiferencia con que todo lo observaba, dabau a conocer que ese hombre estaba absorvido, dominado por un solo pensamiento.

Salvador de Paredes, mucho mas jóven que él, pues apenas tenia veinte i seis años, era un hombre que podia pasar por hermoso. Sin embargo de que las líneas de su rostro eran incorrectas, habia en él algo de tan franco, simpático, dulce, i resuelto al propio tiempo, que era imposible no sentirse atraido. Salvador era uno de esos jóvenes que tienen, como se dice, el corazon en la mano.

Habiendo llevado hasta entónces una vida tranquila, no habiendo encontrado tropiezos en su camino, aun no conocia del mundo sino las esterioridades.

Creia en el amor, ¿i porqué no habia de creer cuando amaba i era correspondido?

Creia en la amistad, porque era capaz de sentirla.

Creia en la lealtad, en el honor, en la honradez, porque él era leal, honorable i honrado.

Pero habia tenido hasta aquel dia un gran defecto:—el juzgar a los hombres por lo que en sí sentia.

Creia divisar la sinceridad en todos los corazones, la honradez en todas las almas.

El mundo con tales creencias es, no hai duda, un paraiso, miéntras no se topa con la realidad, miéntras el velo de la ilusion no se rompe i deja al desnudo todas las miserias, las pequeñeces, las infamias, amarguras, desilusiones, mentiras i vicios de que está amasada esta pobre vida humana.

Para Salvador ese triste momento estaba a punto de llegar.

Un interes mal entendido pugnaba por arrebatarle la mujer que amaba con un amor verdadero, inmenso, inestinguible; que habia brotado en su corazon casi ántes de que pudiera darse cuenta de sus impresiones.

Salvador Paredes amaba a su prima Julia Paredes desde su niñez.

Este amor, que los padres de Julia habian advertido desde temprano, habia formado hasta hacia poco su alegria. Tenian confianza en Salvador, conocian la nobleza de su alma, la pureza de su corazon, i esperaban haria feliz a su querida Julia.

Pero de repente se presenta Enrique de Camba, i todo cambia.

Enrique empieza por enamorar a Julia; pero contra su costumbre nada consigue.

Todos sus atractivos, toda su hermosura, toda su elegancia, toda su riqueza, toda la pasion que la finje, la brillante aureola que lo acompaña, todo, todo palidece, se estrella ante el amor de Julia por Salvador.

El amor propio de Enrique se siente herido; i lo que en su principio habia sido para él cuando mas una buena especulacion, se trueca en un punto de honor.

Julia tiene que ser suya i lo será!

Se dirije entónces a los padres, los ofuzca, los trastorna, les llega a hacer concebir que es una fortuna loca la que a Julia aguarda enlazando su destino al suyo.

Los padres de Julia deciden hacerla que olvide a Salvador i se una a Enrique.

—Tendremos llantos, decia el padre, pero tras el llanto vendrá la alegria, cuando se calle la pasion i hable la razon... No he conocida nada mas funesto que esos matrimonios por inclinacion... Cuando se va a decidir sobre el porvenir, es necesario oir a la cabeza.

Pero detalles a un lado.

Los padres de Julia dieron a Enrique su palabra, i el matrimonio debia realizarse lo ántes posible.

Cuando Salvador lo supo, quedó abismado, se creia presa de un sueño.

Cuanto veia delante de sí le parecia cambiado por un golpe de majía.

Lo que hasta entónces habia formado el magnífico sueño de su vida, su esperanza, su alegria, era ahora su desesperacion, le arrancaba quemantes lágrimas de dolor: el cielo

se habia trocado en infierno, la verdad en mentira, la existencia en una atroz pesadilla.

Salvador estaba en uno de esos momentos que deciden del porvenir.

Se sentia débil, desalentado, jadeante, corroido por el dolor i la duda cuando ménos lo esperaba, cuando creia divisar a punto de realizarse el bello panorama de dicha, de tranquilidad i amor que habia imajinado.....

.....

J. Arteaga Alemparte.

(*Continuará*).

Ecos de la semana.

Santiago, octubre 15 de 1859.

SUMARIO.—Pavores, inquietudes, calamidades, presentimientos i *spleen*.—Fiesta de Momo.—Los cuadrúpedos i la ilusion en las máscaras.—Dos funciones teatrales.—Una sesion literaria.

Vivimos en estos momentos bajo la presion del terror. El miedo, con sus pálidas mejillas, sus miradas recelosas, su lengua balbuciente, su semblante desencajado i su andar inseguro, oprime a nuestra capital en un abrazo convulsivo i apenas la permite respirar trabajosamente. Las ideas mas supersticiosas, las inquietudes mas negras, los temores mas punzantes se ajitan en todos los pechos i sobresaltan el espíritu de todos. Nadie se mueve de miedo de caer en un abismo, nadie mira de miedo de ver algun horrendo fantasma o algun esqueleto amenazante, nadie escucha de miedo de oir las imprecaciones de la desesperacion o las blasfemias del crímen. El sueño i el apetito se alejan esquivos de nosotros. Las noches se prolongan en fatigosas veladas, i cuando alguna vez logramos conciliar el sueño, no tardan en despertarnos despavoridos las congojas i agonías de la pesadilla. Si, solicitados de la sed, tomamos por acaso un vaso de vino o una taza de té, o cediendo a las exijencias del hambre, gustamos de tarde en tarde algun manjar, nos preguntamos luego temblorosos si no habrémos apurado incautamente un tósigo infernal. Exaltada la imajinacion por el pavor, damos acojida a los presentimientos mas desgarradores i formamos los mas siniestros vaticinios. La pálida desconfianza nos aguijonea; recelamos de todo hasta de la fortuna, cuyos dones tememos como Laocoon los de los Griegos:

.....timeo Danaos et dona ferentes.

El pánico mas cerval tiraniza en este instante a Santiago, desmintiendo el adajio vulgar que dice: *cada cual es dueño de su miedo*.—Hoi en dia el miedo es dueño de cada cual.

¿I por qué tememos? se preguntará. Por la misma razon que teme el niño en una pieza a oscuras, que teme el jeneral en la víspera de una batalla, que teme el viajero solitario e inerme en el sombrío bosque que cruza a media noche. Como el niño nos hallamos envueltos en las tinieblas de la incertidumbre; como el jeneral, esperamos impacientes un éxito cercano; como el viajero, caminamos sin luz ni guia por una senda peligrosa; i como todos tres, respiramos en el presente, pero vivimos en el porvenir, preñado de misterios i amenazas, de esperanzas i promesas.

¿I qué vecino de Santiago querria vivir ahora en el presente, convertido, como está, en un inmenso teatro de muerte i desolacion?---En efecto ¿quién no ha tenido que lamentar en el discurso de la semana alguna desgracia irreparable, o algun grave contraste, o algun contratiempo lijero o pesado, o a lo ménos alguna leve desazon? Si no habeis muerto repentinamente, benévolos lectores, habreis sido atropellados por un coche; si no habeis sido atropellados por coche alguno, no habrá faltado un potro indómito que os triture el brazo; si tal potro ha faltado, habreis sido víctimas de alguna tos o de alguna fiebre de las que hoi corren por Santiago; i si habeis sido bastante agraciados de la suerte para evitar un encuentro con tantos enemigos combinados, no habreis dejado de oir hablar de ellos, de sus conquistas i desvastaciones, i participado, como todos, de las pavorosas alarmas que tamañas plagas han sembrado en el campo de esta semana.

Taciturno i desolado es el aspecto que presenta nuestra gloriosa capital. Sus habitantes han perdido toda alegría i toda tranquilidad; si duermen no reposan, si se ajitan no caminan, desean sin esperanza, i esperan desconfiados. Ha largo tiempo que ha desaparecido el bullicio de las fiestas; pero la serena gravedad de la paz no ha vuelto todavía. En la inquieta inaccion en que todos yacen, fácil es sentir las palpitaciones de un vago anhelo, de una aspiracion indefinida que cada cual lleva en el espíritu i de que nadie se da cuenta. ¿Qué queremos, qué pedimos, qué buscamos? Acaso ninguno podria decirlo a punto fijo; i sin embargo, todos conocen por instinto que hai un vacio que llenar, una necesidad que satisfacer, un bien que alcanzar, dudas que desvanecer, temores que destruir, peligros que conjurar. En la cabeza de todos zumba un pensamiento informe que aún no ha encontrado su espresion; i ese pensamiento encierra a la vez los murmullos del descontento, las quejas del malestar, las congojas de la espectativa, las impaciencias del deseo i los sinsabores del desaliento. En tan ingrata situacion, las risas se hielan ántes de dibujarse en los lábios, i las lágrimas se secan ántes de humedecer los parpados. El fastidio mas nebuloso, el *spleen* mas británico, semejante a la boa imperial, atrae i absorbe en el abismo de sus fauces, los destellos del regocijo i las emanaciones del buen humor, incautas avecillas que revolotean en torno de la colosal serpiente.

Corramos al teatro, benévolos lectores, a disipar tantos pavores e inquietudes. Mas, para dar con él, es preciso que hagamos

como cierto marido cuya cara mitad se habia echado al rio: la buscaba aguas abajo, seguro de que el capricho femenino habia sobrevivido a la muerte. Caminemos nosotros tambien contra la corriente del tiempo, hasta llegar al sábado de la semana pasada i entrar en el baile de máscaras de aquella noche.

Un curioso espectáculo despierta desde luego vuestra atencion: la metamórfosis de Corby en príncipe hípico i la de su comitiva en cuadrúpedos. Pero, tened cuidado! hacen su papel tan a lo vivo, que no seria imposible que atrapaseis alguna coz.

Satisfechos plenamente de las disposiciones ecuestres de los comparsas, recorreis ahora el vasto salon, sembrado de máscaras mas o ménos silenciosos, mas o ménos insípidos, mas o ménos grotescos. Como es natural, vuestras miradas se dirijen de preferencia a los máscaras femeninos, i tratais de adivinar, por los contornos de la figura i el aire de los movimientos, las frescas mejillas de alguna donosa muchacha o el semblante melancólico de alguna sensible beldad, mal escondidos bajo la careta. Mas, si tal pretendeis, apartaos de esa robusta encina que trae a la memoria el madero histórico de Caupolican, ¡Qué talle tan inamovible, qué formas tan exorbitantes, qué énfasis de buenas carnes i mal tono! No mireis tampoco aquellas manos, dignas de un héroe de Homero, hipérbole abusiva, pleonasmo intolerable en el cuerpo de una mujer. Ni fijeis la vista en ciertos piés que estoi divisando mas allá, los pies mas sinceramente espansivos que divisé jamas. Haced, en una palabra, por salvar los innumerables escollos en que podría encallar vuestro deseo; i si al cabo os depara la suerte un esbelto dominó, una graciosa bayadera o una encantadora pastorcilla, que con sus apariencias realizen el ideal de vuestra esperanza, no os acerqueis a él, no trateis de oir lo que habla; por el contrario, apartaos, contempladlo de léjos i despues idos a dormir tranquilos. Así, i solo así, lograréis llevar de las máscaras lo que el mayor número deja en ellas:—la ilusion.

Al dia siguiente, las Nueve Hermanas volvian a ocupar el puesto usurpado por el dios Momo.---En la funcion del domingo, una comedia en dos actos, una zarzuela en un acto i un *ballet* diversificaron el interes del espectáculo i formaron un conjunto ameno.

El tio Pablo o la educacion, creacion de Emilio Souvestre, es una pieza de argumento bien combinado i sostenido por un diálogo vivo i natural. Ejecutada con bastante acierto por Gaitan i su mujer, por la Sotomayor i Garces, fué aplaudida mucho del público.

El Grumete es una nueva zarzuela, que hemos oido por primera vez el domingo. Su música, llena de movimiento, de gracia i lijereza, es jenuinamente española. Convertida en ella la Mur en grumete, probó otra vez mas la flexibilidad de su talento artístico i el natural desembarazo con que se coloca en todas las situaciones. Como era de rigor, aplausos entusiastas le fueron tributados a ella i a Clapera, el simpático zarzuelista.---Una nueva cantante, la Alvarez, se estrenó con la nueva zarzuela i se estrenó con buen éxito.---*El grumete*, sin embargo, pudo ser mejor cantado, i es de esperar que, mejor ensayado en la segunda exhibicion, sea tambien mejor apreciado i mas aplaudido.

La funcion del juéves no dejó nada que desear al público; aunque mucho a la empresa, que veia nadar en la vasta estension de la platea unos cuantos espectadores i recordaba acaso el naufrajio de Eneas:

.....Aparent rari nantes in gurgite vasto.

Por él i por mí, comedia en tres actos de Scribe arreglada al teatro español por Ventura de la Vega, figura sin disputa entre las primeras i mas hermosas obras del fecundísimo dramaturgo. Bien se echa de ver la mano del maestro en el feliz enredo de esta pieza, salpicada de lances i escenas cómicas, en la verdad i precision de sus caractéres i en la viveza i propiedad del diálogo, en que jamas habla el autor i siempre el personaje.—La Mur interpretó dignamente al maestro, i en la ejecucion de su papel hizo un gasto excesivo de gracia i arte, de que el público la reembolsó con pródigas ovaciones. No fueron ménos meritorios ni ménos recompensados los esposos Gaitan, i los demas actores recitaron sus partes, los unos de corrido i los otros a medio correr.

El domingo i el juéves, los admiradores de la Thierry, es decir la concurrencia toda, han seguido con la misma tenacidad, con el mismo interes, con el mismo ardor i estruendo que ya les conocemos, los graciosos i artísticos movimientos de nuestra insuperable bailarina.

Pero dejemos el teatro para encaminarnos al *Círculo literario*, en que acaso estais incorporados, estudiosos lectores.

Vale la pena de oirse lo que lee en este momento don Alberto Blest Gana. Es un romance escrito como él sabe escribirlos; con intencion e interes, i en un estilo pintoresco, espontáneo, gracioso i animado.

Don José Bernardo Lira lee en seguida la memoria que presentó al certámen i de que ya os he hablado. Pero no para aquí su lectura, sino que continúa con la de un trabajo brillante, en que precisa algunas ideas de las emitidas en aquella memoria i nos dá una nueva i luminosa prueba de sus buenas dotes de escritor i pensador.

Para terminar, D. José Victorino Lastarria se propone empezar a hablarnos de la filosofia de Spinosa, i seria inoficioso advertir que lo hizo con la claridad de pensamiento i limpieza de expresion que tanto distinguen al eminente literato.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Bulnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores :— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Octubre 22 de 1859. Núm. 22.

LA SEMANA.

SANTIAGO, OCTUBRE 22 DE 1859.

Las sociedades hispano-americanas.

II.

El desengaño está llamando constantemente a la puerta de nuestro corazon i de nuestra alma, cuando se trata de seguir dia por dia, jornada por jornada la dolorosa vida de la sociedad américo-hispana.—En parte alguna se dá con un consuelo, con una esperanza. Todo es guerra i presajios de guerra.—Aquí la anarquía nos despedaza:—allí el miedo nos pierde:—acá la tempestad que vemos venir nos hace temblar:—mas allá el odio prendiendo en los ánimos, nos hace ir a buscar en el esterminio i la sangre la palabra de salud i rejeneracion.

Hácia adonde quiera que se echa la vista no se observa sino la mas espantosa confusion, el mas lastimoso desperdicio de tiempo i fuerzas. Nadie sabe de donde viene ni a donde vá. Todo se aguarda de la casualidad, ese Dios, esa Providencia del incapaz i el débil.

En esta situacion los años se suceden solo para menguar las esperanzas, aumentar la estenuacion social i hacer de pueblos jóvenes i en los primeros albores en la existencia una mezcla incomprensible de creencia i duda, de esperanza i desengaño, de vigor e impotencia, de juventud i vejez.

Cosa natural: en ese batallar sin tregua a que nuestras sociedades viven entregadas la decadencia es su desenlace preciso.—Si los pueblos han nacido para luchar contra el obstáculo, para aspirar perpétuamente a un porvenir mejor que su presente, si el combate los robustece, tambien los debilita, los anonada, los mata cuando es incesante, cuando no deja tras sí conquista alguna en el terreno del bien i la verdad, cuando se combate por combatir, como sucede en toda la América española.

Entrese en la historia de los trastornos porque viene pasando, i cada uno de ellos será un comprobante de esa verdad.—Hemos tenido motines de soldadezca, tumultos de populacho, contiendas civiles, jamas una revolucion, es decir,—la sociedad levantándose como un solo hombre empujada, apoyada por una idea o un principio.

De esta manera cada movimiento de los pueblos, cada perturbacion en lo establecido solo trae males i ningun bien, rompe o afloja todo lazo sin que nada venga a servir de contrapeso al desequilibrio que esto acarrea.

Esto nace de que la política no es para el mayor número de los que en ella tienen voz e influencia, pueden dominar i dirijir hasta donde es posible los acontecimientos, el engrandecimiento de las libertades i derechos de la sociedad.—¿Qué es lo que aguarda o busca casi todo el que en ella toma una parte mas o ménos activa i directa?

El ambicioso, la satisfaccion de su ambicion;

El especulador, hacer un buen negocio;

El que nada tiene, tener algo;

El que a nada aspira, su entretenimiento;

Las masas, espectáculos i gritos.

Son mui pocos los que se olvidan de sí propios para solo pensar en los intereses de la sociedad.—El egoismo es la cualidad característica del *politiquista* americano.

Esta es la realidad de la política.—Así, los vaivenes por que pasamos son tan funestos como lójicos.

Toma un partido la direccion de la sociedad: mil pretensiones cercan a los hombres que forman el gobierno. Todo el mundo quiere ser recompensado por imajinarios o reales servicios hechos a la causa triunfante.—A poco andar, la nueva administracion encuentra en su marcha tantos o mas obstá-

culos que la fenecida. De valde hará el bien del pais, si no hace ante todo el de los que le dieron el ser.

Pero, lo que es peor, al lado de las exajeradas pretensiones de los suyos vienen a colocarse las justas del pueblo, creando al poder la mas estraña de las situaciones. Tiene que decidir entre la nacion i el partido, entre los intereses de la patria i los intereses de círculo: trata entónces de conciliarlos i se pierde.

¿No estamos viendo todos los dias gobiernos que trepan a la ciudadela del mando en hombros i aclamados i victoriados por la mayoría, ser al cabo de poco tiempo el blanco del mas completo desprestijio, de odios encarnizados?—Entráñese en el por qué de tal cambio, i de seguro estarán obrándolo intereses personales desengañados, mezquinas ilusiones disipadas, bajas pasiones enfrenadas.

Hai un hecho que pone al descubierto mejor que cuantas observaciones pudieran hacerse las verdaderas causas de nuestras perturbaciones.—Ese hecho es la diversidad de miras i marcha de los gobiernos hispano-americanos i la casi idéntica suerte que sin embargo corren:

En unos puntos se les ataca por demasiado liberales;

En otros por demasiados retrógados;

En el de mas allá por tímidos para acometer la reforma.

Haga lo que haga, diga, piensa i acometa lo que quiera, todo gobierno tiene que ser malo.

Esto prueba que existen en el fondo de las sociedades jérmenes de perturbacion superiores a todo bien. En tanto que no se les desarraigue, es vana tarea andar procurando la estabilidad.

¿Cuáles son esos jérmenes?

El primero, ya lo apuntamos, es—el egoismo.

El segundo,—la ignorancia de las masas.

La forma democrática no puede aclimatarse, dar rendimiendo alguno provechoso si no es ayudada por la abnegacion i la ilustracion.—Donde ellas faltan no hai gran personalidad colectiva ni acertada direccion en la individual: no hai hombre ni hai sociedad o hai un hombre a medias i una sociedad sin trabazon, sin union i sin fuerza.

Miéntras no ultímemos el egoismo i la ignorancia—tendrémos pueblos burlados i gobiernos impotentes,—tendrémos una farsa llamada soberanía de la nacion i otra farsa llamada autoridad.—Siendo una mentira la libertad, una burla cruel el derecho, un verdadero juego de azar la direccion de la sociedad; esta será el patrimonio—no de la intelijencia sino de la audacia,—no del patriotismo sino de la ambicion,—no de la dignidad sino de la desvergüenza,—no de los mejores sino de los peores.

Es verdad casi olvidada en América aquella de que—los grandes pueblos hacen los grandes gobiernos. Sin embargo, pocas verdades mas útiles en su aplicacion i en sus consecuencias.

Nada es mas estúpido que el antagonismo en que siempre viven los pueblos i los gobiernos. Un constante recelo, una perniciosa desconfianza, una mala fé punible es lo que se nota en sus relaciones.

¿Cuándo terminará error, preocupacion, desconocimiento tan lastimoso de la respectiva situacion de los pueblos i los delegados de su soberanía? Hai nada mas absurdo que ir a buscar la fuerza i el poder secando los manantiales de donde parten?

Convenzámonos: no existe gobierno, sociedad, órden ni libertad posibles sin buen sentido i buena fé.

El buen sentido encamina al bien i la verdad.

La buena fé enjendra la confianza i la union.

En tanto que ambos no sean los que dirijan todos los pasos, trabajos, empresas, pensamientos, esperanzas i espectativas de las sociedades hispano-americanas, la perturbacion será su vida i la perturbacion sin objeto, sin motivo i sin fin cierto hácia que tender.—Nos levantaremos solo para caer. La paz no será sino una tregua. La guerra, pero guerra encarnizada como las pasiones, innoble como el egoismo, ciega como el odio, será su estado normal.

Mas, si ya no solo sentimos sino que conocemos, palpamos el mal que nos posee, el vicio que nos pierde ¿por qué nos detenemos, por qué trepidamos en aplicarle el remedio que lo combata i lo desarraigue?

La obra es larga, pero es santa. Qué las dificultades no nos arredren!

Acordémonos que las sociedades no pueden volver atras; que el retroceso es la muer-

te.—Si proclamamos la democrácia:—valor, i adelante!

Patriotismo para los hombres de inteligencia,—ilustracion para los esclavos de la ignorancia,—fé en la democrácia,—sensatez en la libertad,—confianza en el porvenir,—hé aquí las armas con que debemos combatir los dolores, fluctuaciones, dudas, desencantos i fatigas del presente.

Creamos en la república,
Respetemos el derecho,
Adoremos en la justicia,
I nada temamos!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Poesías de Juan Leon Mera.

(Conclusion.)

D. Juan Leon Mera ha escrito tres romances titulados *Elvinia*, el *Proscrito* i el *Luterano*, que son censurables por la insulsez de sus argumentos.

Elvinia es una jóven que se desnuda para bañarse en una fuente i que, apénas se ha deslizado en ella, oye la voz de su amante, que le canta una cancion amorosa, lo que le obliga a salir en el acto del agua donde se solazaba, i a retirarse presurosa i mal vestida. Nada mas, nada ménos. Este romance ha suministrado ocasion al poeta para hacer tres descripciones bastantes frias e insípidas de la mañana, del prado i del baño, las cuales no son notables mas que por su trivialidad.

El *Proscrito* es un desterrado político que se queja amargamente, aunque en versos mui poco enérjicos i sentidos, de los enemigos que le han separado de su cara patria, a la que habia sacrificado su tranquilidad, sus bienes, su vida; i que le han alejado de la mujer a quien amaba i por quien era correspondido. Aun cuando la pieza se prestaba a la espresion de ciertos afectos, el autor no ha acertado a pintar la tristeza profunda del proscrito que, segun las palabras de Lammenais en una página sublime consagrada al mismo asunto, marcha errante de pueblo en pueblo como las nubes que arroja la tempestad, i en todas partes se encuentra solo.

El argumento del *Luterano*, que es el mas largo de los tres romances, está tomado de un pasaje de la *Historia de Quito*, escrita en 1789 por el presbítero don Juan de Velasco, que voi a copiar al pié de la letra, no solo para dar una idea de la composicion, sino tambien porque figura en el suceso un chileno cuyo nombre suena en nuestros anales.

ALGUNOS SUCESOS NOTABLES RELATIVOS A LA VILLA DE RIOBAMBA.

«El mas memorable de todos fué el de un *luterano*, acaecido hácia el año de 1620 con poca diferencia. Se internó por Panamá i Lima al reino de Quito, i llegando a la cercanía de Riobamba, moró algun tiempo en el territorio de Guamote, a distancia de cuatro leguas de la villa. Vivió en las cuevas que hacen las peñas en la misma vía real, manteniéndose de la limosna de los pasajeros. La pedia siempre con el disyuntivo de que se la diesen por Dios o por el diablo; i como nunca faltan devotos del diablo i de Dios, recojia las limosnas con abundancia. Era de aspecto venerable, i representaba la edad como de sesenta años. Se ignoraba quién i de dónde fuese, porque nunca lo quiso decir; mas se conocia que era estranjero por lo mal que hablaba el castellano. Tampoco se sabia de qué relijion fuese; porque teniendo cercana una iglesia parroquial, nunca se le vió oir una misa ni entrar en ella. Por lo poco que algunos entendieron de él mismo, hicieron juicio que fuese de profesion luterana, i por eso lo miraban comunmente con horror los pasajeros.

«Observando un dia aquel ente peregrino que pasaban muchas jentes desde la mañana hasta la tarde, le hizo novedad i preguntó a dónde iban. Dijéronle que a Riobamba por ver las solemnes fiestas que anualmente se hacian en obsequio de su patron principal, San Pedro. Siguiendo a la misma jente, entró a la villa el primer dia de la fiesta en que no se hacia otra cosa que la misa cantada con panejírico en la iglesia principal. Confuso entre la multitud de forasteros, entró a la iglesia sin ser conocido de ninguno, i se puso mui cerca del altar mayor, donde se cantaba la misa con asistencia de gran concurso. Oyó el panejírico, i prosiguió oyendo la misa hasta el tiempo de la consagracion. Levantándose entónces ajitado de todas las infernales furias, se avalanzó de la hostia consagrada al tiempo de elevarla el sacerdote i la hizo pedazos con mas que diabólico atrevimiento.

«Apénas observaron los asistentes su sacrílego atentado i la turbacion de los sacerdotes del altar, cuando los cabildantes que tenian cercano su asiento sacaron todos sus espadas i le dieron tantas heridas que cayó muerto mui cerca del mismo altar. El prodijio grande que obró Dios en ese caso, fué el no permitir que se manchase su iglesia con la sangre de aquella infernal furia, porque no arrojó ni una sola gota con los centenares de estocadas con que estaba atravesado de parte a parte. Sacaron el cadáver de la iglesia, i al mismo punto de estar fuera, arrojó tantas plumas de negra sangre, cuantas eran las heridas. Atado i arrastrado a la cola de un caballo, fué arrojado su cuerpo en un campo distante, i autenticado todo el suceso, el cabildo de la villa dió cuenta a la corte.

«Era correjidor a la sazon don Martin de Aranda, nativo de la Imperial de Chile, quién, como cabeza del cabildo, fué el primero en herir al luterano. Labrándole a este caballero mas i mas por momentos el prodijio de no haberse manchado la iglesia, se hizo devotísimo del sacramento i se convirtió de buena a mejor vida, tan eficazmente que regresó a su patria solo por disponer de sus bienes en obras pías i pidió con instancia ser admitido en la Compañía de Jesus, cuyos estudios habia cursado con crédito i aplauso. Recibido en ella, i ordenado dentro de breve de sacerdote, fué premiado de Dios por su accion heróica i tierna devocion al sacramento, porque murió mártir ilustre a manos de los bárbaros Ilicuras.»

¿Hai en este suceso tema para una leyenda

digna de escribirse i susceptible de leerse con gusto? Quizá.

El injenio humano es capaz de sacar una ficcion interesante de los datos mas pobres i mezquinos, como Moises hacia brotar el agua de las rocas mas estériles. Se concibe fácilmente que un hombre de una imajinacion fecunda pueda dar interes i animacion a la relacion del presbítero Velasco, suponiendo otros incidentes, o agregando nuevos personajes. Los antecedentes del loco, a quien se ha bautizado con el nombre de *luterano*, quedados en la sombra, i la vida misteriosa que llevaba en Riobamba, dejaban algun campo para que la fantasía pudiera desplegar sus alas con entera libertad. Pero tambien es menester convenir en que si esa narracion puede suministrar los primeros elementos, un jérmen, un embrion para un cuento, está mui distante de ofrecer un todo completo i acabado. El hecho en sí, i tal como aparece en el pasaje copiado, con sus ribetes de conseja, es por sí solo sobrado insignificante para que merezca los honores del verso, i atraiga la atencion del lector. Esto es evidente aun para quien no sea literato consumado. D. Juan Leon Mera pudo encontrar en esa anécdotla algunos hilos para tejer la urdiembre de su cuenda; pero de ningun modo una tela preparada i en estado de cortarse. En vez de soltar la rienda a su imajinacion, el poeta ha seguido frase a frase al historiador, i eso le ha perdido; todo su trabajo se ha limitado a rimar la pájina arriba trascrita. Careciendo de inventiva, o no queriendo agregar nada a la tradicion, ha compuesto una obra insustancial en su parte intrínseca i prosáica en su forma. Era imposible, materialmente imposible, que pudiera hacerse una composicion literaria de algun mérito con tan insulso argumento, como es imposible que se fabrique una estátua espléndida con plomo o barro vil.

Las composiciones festivas de Mera tienen el gravísimo inconveniente de carecer de gracejo, i de producir por lo tanto un efecto diverso del que su autor esperaba. Así como las lágrimas i sollozos «pujados por falta de gana,» segun una espresion de Quevedo, léjos de entristecernos, nos hacen reir; así tambien los chistes forzados, léjos de alegrarnos, nos causan fastidio e incomodidad. No hai papel mas desairado en el mundo, que el de gracioso, cuando no se tiene chispa para ello.

Los siguientes son los mejores epigramas que vienen en la coleccion:

Vergara frai Vidal
Que tiene en regla su vida:
Pero, o miente el Padre fal,
O esa es regla mui torcida.

—

El cura de mi lugar
De tal manera predica,
Que apénas le oye Marica
Cuando comienza a roncar;
Mas de Dios al cura agradar
Esa escasez de atencion
De Marica, i con razon,
Pues de todo su auditorio
Solo para ella es notorio
Lo bueno de su sermon.

Mera ha vapulado en sus versos con extraordinaria tanta dureza a la sociedad ecuatoriana. La pintura que hace de ella en una sátira bastante larga que ha titulado: *Fiesta de toros en carnaval en una ciudad de la república del Ecuador* la presenta bajo un aspecto poco favorable. Si el retrato se asemeja al orijinal, es preciso confesar que éste es feísimo. El atraso material i moral de aquel pueblo seria lamentable; la degradacion a que habria llegado seria estremada. Es probable, sin embargo, que haya muchísima exajeracion en la crítica; a lo que se agrega que, como el poeta no espresa a qué ciudad se refiere, es lícito suponer a la distancia que no se trata de la capital u otra poblacion importante, sino de alguna aldea infeliz, a la cual se ha condecorado con el pomposo título de ciudad. Jente que se adeuda, arruina i trampea por asistir a una miserable corrida de toros; que juega con una avidez i codicia desenfrenadas la corta suma de unos cuantos reales; que se atreve a concurrir a un baile con la cabeza boba, los pies torpes i la lengua balbuciente por el vino; i que ejecuta todas las demas torpezas que se describen, pertenece a la mas ínfima clase. Tipos de esa especie pueden servir para una caricatura; pero no para un cuadro. Todos los vicios que en la sátira mencionada se vituperan son pequeños, rastreros, ignobles; porque hai tambien una escala en el vicio, como la hai en la virtud. La humildad del asunto ha dañado al buen desempeño de la obra, resultado que era de esperarse. La llama de la inspiracion solo alumbra lo que es grande i elevado por cualquier motivo que sea, como la llama de los volcanes solo resplandece en la cima de los altos montes.

Mera ha compuesto un gran número de fábulas que ha dividido en *políticas*, *forenses* i *diversas*. Son mui poco injeniosas; no tienen gracia ni naturalidad. Las mejor desempeñadas son las dos que copio a continuacion. Seria de desear que las demas fuesen parecidas a éstas:

EL CIERVO I LA LIEBRE.

En un bosque dilatado
Grande silencio reinaba,
I un ciervo que allí emigrado
Llegó, dijo consolado:
«¡Hallé la paz que buscaba!»
—«Este silencio no es paz.
Contestó la liebre triste,
Aquí hai un tigre voraz,
Que arredra hasta el mas audaz,
I no hai de miedo quien chiste.»

Así pueblos conocemos
Donde un tirano opresor
Silencio impone, i creemos
Que es paz lo que en ellos vemos,
Cuando es tan solo terror.

EL GATO I LOS RATONES.

Un pueblo de animales,
De esos de tercer órden,
Como zorras i gatos,
Ardillas, monos, gozques,
Un mandarin quisieron
Elejir, i juntóse
Para tan grave asunto
Un congreso en un bosque.
Despues de choques varios
I varias discusiones,
A Misifuf la suerte
De la eleccion tocóle.
Al punto un mono en lo alto
Se encaramó de un roble,
I la eleccion publica
Desde ahí en altas voces:
—«¡Viva el ilustre gato!
Gritan todos entónces;
El pueblo de los brutos
Unánime elijióle.»
Mas una gran manada
De infelices ratones,
Que estaba temerosa
Que el gato la destroce,
Saliendo un poco afuera,
—«Mentira, contestóles:
La ratonina jente,
Parte del pueblo pobre,
A Misifuf no elije,
Porque es su fiero azote.»—
Pero maulló el gatazo,
I huyeron los ratones.
Lo mismo entre nosotros,...
Pero ¡chiton! que se oye
Maullar al gato. ¡El diablo
Que hoi haga aplicaciones!

La versificacion de Mera es mui poco robusta i sonora: sus versos son frecuentemente duros i desapacibles. En cambio su lenguaje es claro, i por lo jeneral correcto. De cuando en cuando incurre, sin embargo, en faltas garrafales de gramática, de las cuales voi a notar solo una por referirse a un defecto que es mui comun tambien en Chile, tal es el empleo del adverbio *donde* por la espresion *a casa de, a la presencia de*. En la fábula *El Lobo, la Zorra i el Alcon*, el lobo i la zorra *fueron donde* el alcon. En la titulada *El Alcon litigante*, este pájaro *entra de rondon donde su enemiga*; i asi en otras ocasiones. Las frases citadas no espresan lo que el autor quiere dar a entender, sino una cosa mui diversa. En castellano, *voi donde fulano* es un modo de hablar elíptico que significa *voi a donde va fulano* i no *voi a casa de fulano*, que es lo que se pretende decir con esa locucion.

No obstante las críticas que anteceden, don Juan Leon Mera es un poeta de esperanzas. Se conoce que ha estudiado los buenos modelos de la literatura española; que ha leido a frai Luis de Leon i a Rioja, i que en algunas ocasiones se ha propuesto imitarlos. La escuela no puede ser mejor. Es casi seguro que la pieza titulada *Al sol* i dedicada a nuestro compatriota el poeta don Guillermo Blest Gana ha sido escrita despues de una lectura de *las Ruinas de Itálica*.

AL SOL.

Desde la cima del Pancillo.

Aquesta ¡ai sol! abandonada cumbre,
Del medroso silencio hoi habitada,
Que en esta hora tu espirante lumbre
Baña apénas, un tiempo consagrada
A tus misterios era
Cuando te fué la suerte lisonjera.

Sí, en este lugar vestido hoi dia
De vil rastrera yerba, i adornado
De míseros escombros, se veia
De ricas piedras i oro fabricado
Tu magnífico templo,
Ya de la nada miserable ejemplo.

Sí, do asiento mi planta temblorosa,
Ante tu imájen prosternados viste
Los *Scyris de Caran* (1) i la gloriosa
Ultima prole tuya, i recibiste
¡Oh sol! tal vez ufano,
Votos de su alma, ofrendas de su mano....

Mas ¿dónde está, me di, tanta rìqueza?
¿Dónde tu solicitud, dónde tu gloria?
¿Qué bárbaro poder tanta grandeza
Del suelo arrebató, que aun su memoria,
De este estrago a la vista,
El alma oprime, el corazon contrista?

¿Qué se hizo el sabio *amauta* a quien tu fuego
Sacro mostraba tu carrera? ¿el pio
Sacerdote do está con cuyo ruego
Tu cólera aplacabas? ¿do el cabrío
Montes i la paloma
Del sacrificio i el precioso aroma?

¿Qué es de la vírjen inocente i pura
Que en su elevada abnegacion eterna
Te ofrecia su amor i su hermosura,
I en oblacion te daba su alma tierna?
¿Dónde el muro se alzaba
Que a los ojos del mundo la ocultaba?

¡Todo, todo acabó!... En vez del grave
Acento de *Villac* lúgubre suena
De la nocturna melancólica ave
La voz que aquestas soledades llena:
¡Ai! Sola ella parece
Que aun a tus males su lamento ofrece!

Ni aun la viuda tórtola acosada
A este lugar acude; no hai divinas
Fragantes flores; solo la menguada
Chicoria es mofa aquí de estas ruinas,
I alguna parda nube
Que en vez del humo del incienso sube.

I ¡oh cruel sarcasmo de fortuna instable!
¡Oh maldad de los hombres! ¡Oh funestos
Pasos del tiempo siempre inexorables!
Estos despedazados tristes restos,
¡Ai sol! que ven mis ojos
No son de tu santuario los despojos!...

Sobre ruinas los hijos de la Hesperia
Soberbias torres levantar osaron;

(1) Reyes de Quito ántes de la conquista de Huaina-Capac.

Pero el tiempo llegó de su miseria,
I sus obras en ruinas se tornaron;
I ruinas la memoria
Fúnebres son de su pasada gloria.

Mas que los siglos la protervia humana
Sobre escombros escombros acumula,
Como el otoño la hojarasca vana
Sobre la pompa hacina seca i nula
Que a la selva florida
Robara él mismo en su anterior venida.

Pero ya tras los Andes tu abrasada
Frente despareció; la misteriosa
Lóbrega noche viene, i tu sagrada
Faz en pos de ella ha de tornar hermosa,
Así en perenne jiro
Alumbrando impasible este retiro.

I ¡oh sol! acaso un día ¡dia aciago!
Al despertar desde tu rojo oriente
Verás ruina mayor, mayor estrago....
I ¡ai Quito, Quito! un trovador doliente
Cual yo, versos funestos
Vendrá a entonar sobre tus mustios restos.

D. Juan Leon Mera es un jóven de pocos años a quien está reservado sin duda un brillante porvenir. La composicion que acabo de copiar es una garantía segura de lo que hará con el tiempo.

Gregorio Victor Amunátegui.

Al Céfiro.

Nuncio divino de la fresca aurora,
Grato consuelo del estio ardiente,
Pliega tus alas i benigno escucha
Dulces cantares:

Tú, que a la aérea blanquecina nube
Formas variadas a tu antojo imprimes,
I ella obediente tu capricho adora
Siempre sumisa:

Tú, que, amoroso, de la selva vírjen
Trémulo meces las floridas ramas,
I entre sus hojas susurrando amores
Vagas perdido:

Tú, que allí escuchas de la amante tórtola
Tiernas querellas del amor nacidas,
I te detienes balanceando el nido
Lleno de dicha:

Tú, que recorres el ameno prado
Vida en tus besos a la flor llevando;
Tú, a cuyo paso el delicado césped
Tímido tiembla:

Tú, que adormido en el virjíneo seno
De la fragante purpurina rosa,
Avido libas en su cáliz de oro
Grato perfume:

Tú, que la linfa del arroyo manso
Blando acompañas, murmurando leve
Dulce concento de amoroso encanto
Junto con ella:

Tú, que mi Filis contemplaste ansioso,
I sus suspiros hasta mí trajiste,
Mas que los besos del amor primero
Dulces i gratos:

¿Díme si acaso de bellezas tantas
Vistes alguna cuál mi ninfa bella!
¿Díme si acaso cual la mia viste
Dicha en la tierra!

Eduardo de la Barra.

Influencia de las estaciones sobre las facultades del hombre(1).

Esclusivamente consagrado a los estudios matemáticos, cuya aridez i aparente oscuridad son harto conocidas, no poco he vacilado para escojer el tema de un trabajo que pudiese leer ante vosotros. I de seguro que no me habría decidido nunca, si entre los que cruzaron por mi imajinacion no hubiese encontrado uno que, no siendo una pura série de abstracciones i cálculos matemáticos, sino que ofreciendo un punto curioso de enlace entre las ciencias naturales i las ciencias filosóficas i sociales, podrá en cierto modo llamar vuestra atencion, ya que no despertar vuestro interés.

Uno de los principios mas fecundos en las ciencias de observacion es que *los efectos son proporcionales a las causas.* Este principio tan simple presenta los resultados mas curiosos en todo lo que concierne al estudio del desarrollo de las facultades del hombre.

Hai otro principio no ménos importante, i que podría por otra parte mirarse como un corolario del precedente, i es que *las causas periódicas tienen igualmente efectos periódicos.* Un ejemplo mui notable de esto se puede sacar de la periodicidad de las estaciones, o lo que es lo mismo de las diferentes posiciones de la tierra con respecto al sol. Esta periodicidad se hace sentir no solamente en el globo por las modificaciones que esperimenta la vejetacion, la atmósfera i todos los ajentes físicos, tales como el calor, la luz, la electricidad, sino tambien en todo lo que tiene relacion con la vida de los seres animados. El hombre particularmente esperimenta del modo mas raro i eficaz la influencia de las estaciones, i cuando hayamos estudiado mejor el desarrollo de sus diferentes facultades, no dejarémos de admirarnos de haber reconocido, demasiado tarde talvez, los efectos sensibles que produce la periodicidad de las estaciones en lo concerniente a nuestra especie.

Está probado con diarias observaciones, que

(1) Memoria leida en el *Circulo de amigos de las letras.*

obran poderosamente en el jenio i costumbres de un pueblo, el clima i el aspecto jeneral de la naturaleza en que vive; i si no es posible determinar con caractéres mui fijos i precisos el modo como influyen las estaciones sobre el pensamiento i la sensibilidad del hombre, es por la naturaleza misma de esta influencia, i porque la ideolojía i la estética no han hecho aun los progresos necesarios para arribar a este punto de su estudio tan elevado i culminante. Pero no es por esto ménos fácil de percibir los efectos que esas alteraciones de la naturaleza producen en nuestra vida espiritual. La primavera, en que todo torna a la vida, en que las plantas comienzan a revestirse de su pompa i de sus galas, en que la presencia del sol, prolongándose mas tiempo sobre nuestras cabezas, entibia las brisas de la mañana i de la tarde, esas brisas que nos traen los ruidos misteriosos de las puras i estrelladas noches de octubre i noviembre; la primavera despierta i aguza nuestra imajinacion adormecida i embotada por el invierno, enciende nuestro corazon en vehementes deseos i en vagas aspiraciones, i es la mas a propósito de las estaciones para escitar en nuestra alma el sentimiento estético de lo bello o lo sublime. ¿Quién no ha sentido su ánimo abatido i marchito, quién no ha visto agolparse a su memoria los tristes recuerdos de lo pasado, en su corazon avivarse las penas i sinsabores de lo presente, e inquietarse su espíritu con dudas i temores acerca del porvenir, en esos dias frios del invierno en que el sol esconde sus vivificadores rayos entre sombrias i pesadas nubes?

Se sabe que existe una estrecha union i dependencia entre las facultades del alma. Si la intelijencia se ilustra i la sensibilidad se excita, inmediatamente la voluntad se decide i obra. Así, pues, si las estaciones ejercen su influencia sobre el pensamiento i el sentimiento, la ejercen tambien sobre la voluntad, i por consiguiente sobre las acciones del hombre, i sobre los hechos i fenómenos jenerales de la vida vejetativa i moral de la especie humana. Hé aquí el resultado de mis investigaciones a este respecto.

El número de *muertes* tanto en las ciudades como en los campos es mucho mayor en invierno que en verano; la razon es poco mas o ménos de 3 a 2.

Sucede lo mismo con el número de *nacimientos;* por cada dos niños que nacen en enero, se cuentan tres poco mas o ménos que nacen en junio o julio. Estos resultados, es verdad, no reposan sino sobre un corto número de observaciones. Para deducirlos solo he tenido a la vista los datos, que con gran trabajo, he recojido de los libros de tres de las parroquias de la ciudad de Santiago, i de los que tomé ahora dos años en un viaje a la provincia del Maule, de dos parroquias de los campos en el departamento de Itata. Sin embargo, comprenden mas de veinte años consecutivos. Mui sensible me ha sido no haber podido recojer algunos otros, pues poco de esto nos presentan los datos estadísticos hechos hasta el dia en Chile. Para hacerlos sensibles, he reducido los que yo tengo recojidos hasta la fecha en el cuadro siguiente que manifiesta la proporcion de los nacimientos i de las muertes en los diferentes meses del año.

MES.	NACIMIENTOS.		MUERTES.	
	EN LA CIUDAD.	EN LOS CAMPOS	EN LA CIUDAD	EN LOS CAMPOS
Enero.....	980	995	980	888
Febrero.....	977	1009	1008	934
Marzo.....	1005	1009	1033	935
Abril.....	1018	1022	1084	1030
Mayo.....	1067	1102	1166	1212
Junio.....	1122	1177	1096	1198
Julio.....	1083	1137	1058	1192
Agosto.....	1035	1014	1010	1120
Setiembre.....	971	927	954	978
Octubre.....	917	862	909	882
Noviembre.....	893	838	883	809
Diciembre.....	932	908	919	822

Se ve que la influencia de las estaciones es mucho mas pronunciada en los campos que en las ciudades, lo que parece mui natural, puesto que en los campos no hai tantos medios para poder preservarse de la desigualdad de la temperatura. El *máximun* de nacimientos en junio i julio supone tambien el *máximun* de las concepciones en el mes de setiembre i octubre, cuando la fuerza vital vuelve a tomar toda su actividad despues de los rigores del invierno.

El cuadro que precede no hace distincion de las edades de los individuos; esta distincion es sin embargo importante, puesto que nos enseña cuales son las épocas de la vida en que son mas temibles los grandes calores o los grandes frios. En el cuadro que sigue he hecho esta distincion con respecto a los meses de enero i julio, únicos que he considerado puesto que presentan los límites estremos.

EDADES.	MUERTES DURANTE LOS MESES DE	
	ENERO.	JULIO.
Desde 1 dia a 1 año.	1719	3321
1 año a 6 años.	600	878
6 » a 12 »	447	616
12 » a 16 »	420	409
16 » a 20 »	545	502
20 » a 25 »	796	861
25 » a 30 »	724	793
30 » a 45 »	613	818
45 » a 65 »	525	968
65 » a 81 »	332	658
81 » a 90 »	99	252

Resulta de estos números, que la influencia de las estaciones es mui pronunciada segun las diferentes edades. En jeneral las muertes

en julio i las muertes en enero se encuentran en la razon de 5 a 4; pero no sucede así cuando se considera las edades de los individuos. Así tenemos que es el momento en que el niño apenas vé la luz del dia en que se hace sentir mas vivamente la influencia de las estaciones; tenemos que por cada dos niños que mueren en julio, no se pierde mas que uno en el mes de enero. Esta mortalidad mayor en invierno, disminuye de tal modo que es casi igual a la mortalidad en el verano hácia los doce o catorce años; despues de esta época i durante la pubertad i los años que la siguen, el calor vital se desarrolla tan abundantemente, que es mas bien la accion del verano la que se debe temer para un jóven: podemos decir que en esta edad el calor vital del hombre esta en exeso. Hácia la época del matrimonio i durante el tiempo de la reproduccion, la influencia de las estaciones es casi nula. El invierno vuelve a principiar a ejercer su funesta accion despues de la edad de cuarenta años, i sus efectos son ya tan sensibles despues de los sesenta i cinco años, que el frio es casi tan temible para los ancianos como para los niños recien nacidos; sucede aun que lo es mucho mas despues de los noventa años, puesto que por cada uno de los de esta edad que mueren en enero, hai tres que mueren en julio.

Los pocos datos que tengo, no me han permitido presentar aquí un estado de los matrimonios durante las diferentes estaciones; sin embargo, de ellos he deducido la misma periodicidad tan pronunciada como la que se refiere a las concepciones i nacimientos: es decir, que hai mas matrimonios que se verifican en invierno que en verano, lo que supone que durante los meses de verano, es cuando las pasiones enardecen mas al hombre. Esta periodicidad se muestra tambien en los atentados contra el pudor, como podemos cerciorarnos hojeando la *Gaceta de los Tribunales*.

En un trabajo estadístico que estoi haciendo sobre las revoluciones en Chile desde 1830 hasta la fecha, quedará tambien de manifiesto la gran influencia que ejercen las estaciones sobre las pasiones políticas de los hombres. Quizás en tiempos ménos borrascosos que los que atravesamos pueda leerlo, i entonces manifestaré las grandes verdades científicas que, sometiendo al cálculo infalible de los números i a las consecuencias seguras del análisis matemático, se deducen de los grandes trastornos a que dá lugar el espíritu público cuando se despierta en la sociedad a causa de los abusos verdaderos o supuestos de los gobiernos.

Se puede considerar la influencia de las estaciones sobre *las pasiones i la moral* del hombre en todo lo que se refiere al crímen. En una memoria que leí en julio del presente año ante la facultad de matemáticas, sobre las causas que modifican la represion del crímen, hize ver tambien que la mayor parte de los crímenes contra las propiedades se ejecutaban en invierno i en la primavera, i los crímenes contra las personas en el verano i en el otoño; i entonces procuré esplicar las causas que podrían producir tales efectos.

Hubiera deseado tambien hacer un acopio suficiente de observaciones acerca de la influencia de las estaciones sobre las enfermedades mentales del hombre, como la locura, la monomanía, etc. Con muchísimo trabajo, he podido recojer algo a este respecto, i ello se encuentra reunido en el cuadro siguiente, que indica el número de enfermos de que he tenido noticia i los meses en que se han enfermado.

Enero, 47.—Febrero, 49.—Marzo, 35.—Abril, 52.—Mayo, 37.—Junio, 49.—Julio, 53.—Agosto, 58.—Setiembre, 44.—Octubre, 70.—Noviembre, 61.—Diciembre, 64.—Total, 619.

Lo único que puede notarse aquí es que el número de crímenes contra las personas, se encuentran poco mas o ménos en la misma razon que el número de locos; lo que confirma la observacion que muchos hacen, de que la mayor parte de los homicidios i de los grandes crímenes tienen lugar en momentos en que el criminal se encuentra demente o en los momentos próximos a una enajenacion mental.

Resulta de lo que precede, que la periodicidad de las estaciones se encuentra mui fielmente reproducida en sus efectos en todo lo concerniente a los nacimientos i muertes de individuos de la especie humana, al desarrollo de sus pasiones, a su mayor o menor inclinacion al crímen, a su disposicion a la enajenacion mental, i al enardecimiento de sus ideas políticas. Buffon habia notado ya que el acrecentamiento del cuerpo es mas rápido en el verano que en el invierno; la mayor parte de los médicos reconocen tambien la influencia de las estaciones sobre la naturaleza i duracion de las enfermedades del hombre. No dudo que investigaciones ulteriores relativas a las diferentes facultades del hombre puedan establecer i confirmar la observacion que he hecho ya en otra ocasion (1), a saber que: *todo lo concerniente a la especie humana considerada en masa está sujeto a las leyes de los hechos físicos; que mientras mayor sea el número de individuos sobre que se observa, tanto mas la libertad individual desaparece, i deja predominar la serie de hechos jenerales que dependen de las causas en virtud de las cuales la sociedad existe i se conserva.* Aquí debo hacer sin embargo una distincion que no habia considerado otras veces, i es, que si el sistema social esperimenta la influencia de las causas con la misma fidelidad que cualquier otro sistema, tambien tiene fuerzas morales capaces de modificar esta influencia, sino de un modo poderoso, por lo ménos de un modo sensible.

Estas pocas observaciones, bastan para probar de una manera segura la poderosa influencia que sobre nuestras facultades i sobre el

(1) Memoria sobre la posibilidad de medir las causas que modifican la represion del crímen.

hombre en jeneral tienen los cambios periódicos de la naturaleza. Cuando la estadística sea entre nosotros lo que debe ser, cuando se haya recojido mayor número de datos a este respecto, se aprovecharán de ellos con sobrada ventaja, no solo la fisiolojía i demas ciencias médicas, sino tambien la filosofía para esplicar entre otras cosas las relaciones del espíritu con la materia, del alma sobre el cuerpo; las ciencias políticas i sociales para calcular sabiamente la eficacia de las leyes; i la ciencia administrativa de este modo podrá sentar reglas mas precisas en el arte de gobernar a los pueblos.

Gabriel Izquierdo.

Un hombre a la moda.

Conclusion.

VI.

Tal era la situacion de Salvador cuando Enrique se acercó a ellos.

—Vamos, señor don José, dijo Enrique dirijiéndose al de Ayala, al mismo tiempo que hacia una atenta cortesía a Salvador, que éste apénas contestaba... Vamos señor don José ¿qué hace Vd. tan arrinconado?... Recibiria Vd?

—Sí, señor, sí, le contestó Ayala con frialdad.

—¿I me dará Vd. desquite, lo espero?

—Como nó: como nó: i desde luego le voi a Vd. los diez mil pesos que me ha pagado hoi a la primera carta que salga, le replicó Ayala con voz breve.

—Aceptado, dijo Enrique con calma. Vamos....

—Vamos, respondió el de Ayala.

Salvador al oir tal apuesta, como principio de la partida, palideció i quizo detener a Ayala. Este lo comprendió i le dijo:

—Nada temas!.....Dios me guia!

I se marchó con Enrique.

Se dirijieron a un saloncito que hacia ángulo con los salones principales. Todo su adorno consistia en unas cuantas poltronas de terciopelo lacre, un sofá del mismo color, una mesita de arrimo de jacarandá, sobre la que habia un tintero de alabastro de forma caprichosa, algunas plumas i varios pliegos de papel.

Cuatro candeleros de plaqué, con bujías de finísima esperma, alumbraban la habitacion.

En su centro habia otra mesa de forma ovalada, bastante espaciosa i cubierta con un tapete verde.

Como diez personas estaban sentadas en torno de la mesa central, i tan preocupadas que no notaron la llegada de Enrique i Ayala.

Un hombre como de cincuenta años, de rostro pálido, de ojos hundidos i vidriosos i casi calvo, barajaba en aquel momento un naipe.

Por toda la mesa se veian montones de oro, solo el tallador casi nada tenia.

La respiracion de ese hombre era angustiosa, un sudor frio corria por su calva frente; sus manos sudaban frio tambien i temblaban como las hojas de un árbol sacudidas por un suave viento de primavera.

Dió dos o tres barajos; estendió las cartas sobre la mesa, las revolvió, recojiólas i tras esto tornó a barajarlas de nuevo.

Los jugadores comenzaban a impacientarse.

El uno hacia un jesto de cansancio.

El otro renegaba entre dientes.

Este tosia.

El de mas allá daba golpecitos sobre el tapete.

Todos, en fin, estaban contrariados por la tardanza del tallador.

Uno, que parecia el mas ganancioso de todos, a juzgar por el oro que tenia delante, i, como era natural, el mas impaciente de aprovechar el buen viento que le soplaba, dijo, dirijiéndose al tallador:

—Iremos si Vd. quiere, señor don Manuel, a echar un sueño miéntras Vd. baraja.

—Concluyo! concluyo! contestó el de la calva con voz conmovida, i dió a alzar.

—Esta es la nuestra, dijo Ayala a Enrique que se habia quedado mirando el tintero.

—Voi, voi, le respondió Enrique acercándose a la mesa.

En ese momento el montero colocó sobre el tapete un caballo.

Ayala sin trepidar tiró sobre él una tarjeta con la cifra diez mil.

El tallador lo miró asustado.

—Yo respondo por eso, le dijo Enrique.

—Ah! bien....bien....contestó el tallador, i tiró la segunda carta.

Esta fué un rei.

—Esa es mi carta, dijo Enrique con jubilo, pondria a ella mi fortuna sin temor.

—Pues si quereis, le replicó el de Ayala, doblaremos la apuesta.

—Nó, nó, le contestó Enrique.

—La sota, el siete, el as decia el tallador.

—Rei trae as, dijo uno de los jugadares mirando a Ayala.

Este se sonrió.

—El caballo, agregó al mismo tiempo el tallador.

Todos los ojos se clavaron en Enrique, i todos quedaron admirados de no notar conmocion alguna en su fisonomía. Mui al contrario, dirijiéndose a Ayala i en tono alegre le dijo:

—De buena suerte está Vd. amigo don José.

I le pasó una cartera de billetes de banco.

Ayala la tomó sin contestar una palabra.

Pocos momentos despues vino una nueva talla i el juego volvió a hacerse jeneral.

Renunciamos a pintar todas sus alternativas, el ir i venir del oro, los encontrados sentimientos que luchaban en el alma de cada uno de los jugadores, la espresion de sus fisono-

mías, en que la pasion venciendo a la educacion, dejaba ver en toda su desnudez el fondo de esos corazones.

Junto a uno que juraba i renegaba de su suerte—habia otro que reia.

Junto a este que contaba i arreglaba con *amore* sus monedas,—habia otro que rejistraba todos sus bolsillos, i encontrándolos vacíos, se desesperaba, bramaba, juraba i blasfemaba.

En todas las fisonomías se pintaba la codicia descarada, desvergonzada, cínica. En ninguna asomaba, ni por un momento, un pálido rayo de dignidad, de nobleza.

Ahí no habia hombres sino esclavos débiles, miserables, atados a la argolla de la pasion i revolcándose en su cieno.

Pero apartemos la vista de tales cuadros. Son tan indescriptibles como nauseabundos.

Hai quien dice que en el juego se conoce a los hombres.—Mentira! En el juego lo único que se ve, se reconoce i se mide, es hasta dónde puede llegar la humana degradacion.

Con las primeras claridades del alba que despuntaba, empezaron a retirarse los jugadores.

Don Enrique de Camba i don José de Ayala fueron de los últimos.

Al ir a abandonar el salon le dijo Enrique a Ayala.

—Hoi a medio dia será Vd. pagado señor de Ayala.

—Está bien, le contestó este con frialdad, i agregó entre dientes:

—Quién sabe si así será, no siempre hai dos antiguas queridas a quienes esplotar.

—¿Qué dice Vd.? le preguntó Enrique que alcanzó a percibir algunas palabras.....

—Nada! nada! le contestó el de Ayala.

Ambos salieron.

Casi a la misma hora que Enrique i Ayala abandonaban el salon de juego, un jóven envuelto en un ancho paltó de viaje i jinete en un fogoso tordillo, salia a media rienda de Santiago.

Este jóven era Salvador Paredes.

La carta de Enrique habia surtido efecto.

A las once de la mañana de este mismo dia el mayordomo de Enrique se presentaba en casa de don José de Ayala con veinte mil pesos en billetes.

VII.

Las nueve de la noche acababa de dar.

Ocho dias iban ya corridos desde los sucesos que hemos referido.

La noche era fria. El cielo estaba cargado de nubes. Un fuerte viento del norte barria las no mui limpias calles de nuestra buena Santiago.

Las calles estaban solitarias. Solo de cuando en cuando se dejaba oir el discordante pito de algun sereno, que buscaba alguna puerta en que guarnecerse del hielo i entregarse en brazos del sueño, ese amigo sin par de todos los que en nada tienen que pensar, i cuya alma está libre de remordimientos i su corazon de dolorosos recuerdos.

De repente se dejó oir en el silencio de la noche el ruido de un llamador. Un momento despues una puerta jiró sobre sus quicios.

—¿El señor de Camba está en casa? preguntó un hombre de mediana estatura, i envuelto en una ancha i larga capa al criado que salió a abrir.

Este iba a contestar; pero viendo que el de la capa venia acompañado por cuatro mas, uno de ellos cubierto de polvo i lodo, calzadas las espuelas i el chicotillo en la mano, dudó, tartamudeó unas cuantas palabras i clavó sus asustados ojos sobre el hombre de la capa.

—Este necio tiene miedo, dijo el de la capa con impaciencia.

Tomando por el brazo al criado le tornó a preguntar:

—¿El señor de Camba está en casa? responde estúpido, i al mismo tiempo le sacudió con fuerza el brazo que le tenia asido.

—Sí señor, si está, respondió el criado con voz conmovida por el miedo.

—Pues avísale que don Salvador Paredes i don José de Ayala le buscan. Anda! i como el criado no se moviera, lo puso en marcha dándole un fuerte empujon.

—Ven Salvador, agregó dirijiéndose al de las espuelas. Vds. dijo a los otros tres, esperen aquí atentos a mi primer llamado.

Momentos despues volvió el criado i condujo a Ayala i Paredes a un salon alhajado con rara esplendidez, capricho i gusto.

Nada habia en el que no fuese elegante i rico desde la alfombra hasta los caprichosos i fantásticos arabescos del cielo ráso, de cuyo centro colgaba una araña de cristales de mil colores, que producian los mas variados i fantásticos juegos de luz.

Los muebles de jacarandá con incrustaciones de concha de perla, estaban forrados en un tisú del rosado mas tierno i amoroso.

El empapelado era del propio color.

Las mesas, del gótico mas exajerado i elegante, estaban cargados de preciosidades en mármol, en porcelana i en bronce.

En fin, aquel salon era, sin hipérbole, rejio; pero de un rejio en que la gracia jamas cedia el paso a la majestad, en que hacian buenas migas, i cada una desempeñaba su papel.

Salvador, que por primera vez entraba en casa de Enrique, se admiró a la vista de tanto lujo i sin poderse dominar esclamó.

—Qué espléndido salon! No es verdad, José?

Ayala iba a responder cuando se presentó don Enrique.

Este entró en el salon con la sonrisa en los lábios. Sin embargo, un observador atento habria notado que su fisonomia, a pesar del dominio que ese hombre tenia sobre sí mismo, era intranquila, dejaba traspirar que algun cuidado poseia su alma.

Despues de saludar a Ayala i Paredes con

cortesía, les indicó con desembarazado i gracioso ademan un divan cercano i fué a rodar una poltrona, donde se sentó en cierta postura que decia a las claras queria desocuparse cuanto ántes.

Siguióse un momento de silencio.

El de Ayala fué el primero que lo rompió. Dirijiéndose a Enrique le dijo:

---Sin duda que al señor de Camba le estrañará algo nuestra visita; pero ella era necesaria.

Enrique nada contestó de pronto. Echó la vista sobre sus dos interlocutores i dijo:

---Confesaré al señor de Ayala que no ha dejado de llamarme algo la atencion su presencia en mi casa.... a la que hacia tiempo, i se sonrió, le habia hecho la cruz, como vulgarmente se dice.

Ayala se mordió los lábios, sus ojos lanzaron un relámpago i, a pesar de su profunda palidez, sus mejillas se colorearon de un vivo encarnado.

Enrique vió que sus palabras habian tocado en lo vivo i sin dejar de sonreirse, añadió dirijiéndose a Salvador:

—Tambien confesaré que no ménos que la visita del señor de Ayala, me llama la atencion, me estraña la del señor de Paredes, a quien es la primera vez que tengo el gusto de ver en mi salon.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, miraba de un modo por demas significativo las espuelas i enlodadas botas de Salvador.

—Pero parece, continuó, que el motivo que trae a Vds. a mi casa es demasiado importante. El señor de Paredes acabará de desmontarse del caballo, i despues de haber dado un largo galope a juzgar por sus espuelas i por el lodo i el polvo que lo cubre de piés a cabeza.

La observacion i el tono en que fué hecho eran soberanamente impertinentes.

Salvador se revolvió en su asiento como un hombre que se siente desasonado, i replicó con embarazo:

—Sin duda... En otro caso.....

Sin duda, le interrumpió Ayala, sin duda que lo que aquí nos trae es mui importante para el señor de Camba i para nosotros....

---Para mí, dijo Enrique con un jesto de incredulidad... Prometo a Vds. que no puedo adivinar....

---Ya lo creo, le contestó el de Ayala...

---Pero abreviemos, si gustan Vds... i vamos al motivo de su visita, le interrumpió Enrique con una impaciencia que no pudo contener.

---Pues bien, señor de Camba, dijo Ayala con tono brusco i clavando sus ojos en Enrique con mirada escudriñadora... Yo tambien estoi con Vd. porque ahorremos las palabras inútiles.... El objeto que aquí nos trae, añadió despues de una corta pausa, es exijir de Vd. el que renuncie a la mano de Julia Paredes...

Enrique miró a Ayala de alto a bajo i una sonrisa de desprecio asomó a sus lábios.

Viendo que Ayala se detenia, le dijo con un tono azas insultante:

---Continúe Vd., señor de Agala, continúe Vd... Ansio por saber todo lo que Vd. o Vds. exijen de mí... Desde luego la primera exijencia es... la llamaremos peregrina, por no decir ridícula.

—Sí, sí, señor, continuo, le replicó Ayala con voz levemente alterada por la cólera... Pero no solo venimos a exijir de Vd. que renuncie a la mano de la señorita de Paredes, sino tambien que abandone esta noche misma, ántes de dos horas ¿lo entiende Vd., señor de Camba? ántes de dos horas a Santiago i en cuatro dias a Chile...

—¿Con qué me destierra Vd., señor de Ayala? le preguntó Enrique riendo... Sabia que Vd. era hombre orijinal; pero nunca creí que tanto... Porque, confiese Vd., que es orijinal esto de meterse en casa de un hombre con quien se ha cortado toda relacion i decirle de buenas a primeras:—Señor mio, le mando a Vd. que rompa su proyectado matrimonio i que se espatrie inmediatamente.

Ayala por toda contestacion sacó del bolsillo de su levita dos letras de cambio, las desdobló, i mostrándolas a Enrique, agregó con calma:

—¿Conoce Vd. estas letras?

Enrique, a pesar de su dominio sobre si mismo, se puso pálido, tartamudeó algunas palabras como de disculpa, i despues añadió con voz que pugnaba por ser serena i era angustiosa:

—Sí señor... ¿Pero como han llegado esas letras a poder de Vd?

—Eso por ahora importa poco? Tengo o no tengo derecho para exijir, para ordenar a Vd. cuanto quiera? le preguntó Ayala con severidad.

Despues mudando de tono i como parodiando el empleado poco ántes por Camba, continuó:

—¿Con qué siempre sigue Vd. hallándome mui orijinal, señor don Enrique?

Enrique fuera de sí i sin hacer caso de lo que Ayala le decia, se puso de pié i esclamaba paseándose de un estremo a otro del salon:

—Pero esto es imposible!... Pero esto no puede, no debe, no quiero que sea!

Don José i Salvador lo miraban pasearse sin pronunciar una palabra.

Un momento despues, vuelto Enrique de su primer aturdimiento, fué a sentarse de nuevo i dijo a Ayala:

---Pero señor lo que hace Vd. es una villanía... Pero es imposible que yo acceda a lo que Vds. pretenden.

Ayala despues de haberlo contemplado por algunos segundos le contestó con flemática calma:

—Lo que hacemos, señor de Camba, es un acto de justicia... i de nuestra parte ¡vive Dios! i levantó la voz, no hai villanía... al contrario hai sobrada nobleza. Podemos hacer prender a Vd. como falsificador, porque estas firmas son falsas, i le mostraba las letras, porque estos caballeros jamas han debido a Vd. nada, como lo prueban estas cartas, i sacó dos cartas, que alargó a Enrique.

—Léalas Vd., léalas Vd. por ellas se me pide encarecidamente que persiga a Vd. como falsificador, que lo entregue a Vd. a la justicia... sin embargo no he querido hacerlo, i no lo haré sino en el último caso... Ahora, señor de Camba, hai villanía en nuestra conducta?

Enrique nada respondió, porque nada tenia que responder.

Ayala continuó:

—I no es Vd., señor de Camba, quien puede tachar de indigno el proceder de los demas... Recorra Vd. su vida a ver si encuentra en alguna parte un destello siquiera de jenerosidad, de hidalguía. Vd. no ha hecho sino manchar, degradar, corromper, matar cuanto ha tocado.... A cuántas mujeres no ha lanzado Vd. en el vicio, para despues de haberlas perdido abandonarlas... A cuántos hombres no ha atraido Vd. al borde del abismo? una vez ahí los ha empujado traidoramente a sus profundidades... Ah! señor de Camba! cuántas existencias ha envenenado Vd!... Pero el momento de la espiacion ha llegado... i la tendrá Vd. como todos los grandes criminales!

Tras una breve pausa prosiguió:

—Juré arruinarlo a Vd. i lo he arruinado... Si Vd. creyó que impunemente podia despedazar mi corazon arrebatándome el único ser que me amarraba a la vida, que endulzaba mis pesares, que encantaba mi aislamiento, ¡a mi pobre Dolores!... I dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de Ayala... se equivocaba Vd: sobre su tumba juré vengarla i lo he conseguido ¡Desventurada hermana mia! Ah! señor de Camba, Vd. no sabe cuanto mal me ha hecho. Los hombres como Vd. son ¡incapaces de comprender los grandes sentimientos!

Enrique permanecia sin decir palabra. Cuando oyó el nombre de Dolores, se incorporó en su asiento i esclamó con voz conmovida:

Oh! la amaba, señor, la amaba!.

—No somos mujeres, le interrumpió Ayala con fria severidad.... Las fraces trájicas no nos conmueven.... Por ella no hago pesar sobre Vd. todo el marco de la lei.

Enrique se cubrió el rostro con las manos.

Ayala continuó:

—Lo mismo decia Vd. de Cármen de X; i sin embargo, ahora ocho dias no ha dudado Vd. en sumirla en la miseria, en arrancarle la dote de su hija para hacer frente a sus deudas i a sus vicios.

Enrique levantó la cabeze i miró a Ayala como maravillado.

—Se admira Vd., prosiguió Ayala. Desde hace mucho tiempo me son conocidos los mas insignificantes pasos de Vd. Sus criados i su mayordomo me pertenecen. Por ellos supe la carta que Vd. finjiendo la firma del padre de Salvador habia enviado a este, llamándole para apartarlo de Santiago i hacer correr, como ha hecho correr Vd. estraños ruidos respecto a su repentino viaje, viaje que no pude impedir porque el aviso me llegó demasiado tarde. Felizmente, poco se ha perdido; el amor de Julia por Salvador, ha sabido resistir a todos los endemoniados encantos de Vd..... Pero esta conversacion se va haciendo demasiado larga. ¿Qué decide Vd., pues, señor don Enrique?

—Me marcharé, contestó Enrique con voz apagada; pero no tan pronto como Vds. lo pretenden... Necesito arreglar mis negocios... Reunir algun dinero... Vender estos muebles i la casa....

—Vaya! vaya! le interrumpió Ayala ¿ha olvidado Vd. que estoi al corriente de todos los pasos de Vd? Esta casa con cuanto contiene muebles, objetos de lujo, coches, caballos, etc. no es de Vd. es de sus acreedores o mejor mia... Con que así puede Vd. marcharse... Aun le quedan a Vd. diez mil pesos de las letras falsificadas. Esos diez mil pesos me pertenecen; pero no los quiero, llévelos Vd.... Vamos, pues, ¿se marchará Vd. inmediatamente?

Despues de un momento de silencio contestó Enrique con despecho:

—Me marcharé!

En seguida agregó a media voz:

—¡Cuánta infamia, Dios mio!.....

—Callad! le interrumpió Ayala con voz de trueno, callad! Os he podido deshonrar i no os deshonro, os he podido matar i os perdono la vida. Vamos! albergad alguna vez un sentimiento elevado!

Enrique se mordió los lábios.

.....

A la misma hora que pasaba en casa de Camba la escena que venimos de referir, Cármen de X entregaba su alma a Dios despues de una lenta i dulce agonia.

Una niñita de ocho años i una anciana criada velaban su último sueño.

Las postreras palabras de Cármen habian sido para su hija i para Enrique.

Enrique la mataba; pero sin embargo moria amándole.

¡Pobre mujer!

Al dia siguiente, era el tema obligado de todas las conversaciones la muerte de Cármen i la repentina desaparicion de Enrique.

Las conjeturas que, sobre este último suceso, se hacian eran mil i una.--Las ahorraremos en favor de la brevedad.

Lo que habia de cierto en todas ellas era que andaban a gran distancia de la realidad.

Quince dias despues todos se habian olvidado de la muerte i del desaparecido.

Un nuevo suceso habia venido a llamar la atencion: el matrimonio de Salvador de Paredes con su prima Julia.

VIII.

DOS AÑOS DESPUES.

Era el corazon del invierno i de un invierno frio i lluvioso como pocos.

La noche se acercaba. El agua caia a torrentes. Un fuerte viento sacudia como débil caña los árboles mas corpulentos.

Los pájaros asustados atravesaban el espacio con sus alas estendidas i dando gritos entrecortados como por la angustia.

Todo era silencio i sombras en la naturaleza. No se oia otro ruido que el rebramar del viento i el azotar del agua contra la tierra.

Esos dos ruidos confundiéndose de cuando en cuando producian como lastimosos i desgarradores quejidos.

Todo presentaba un cuadro grandioso, imponente i triste.

La noche cayendo vino a sumirlo todo en las sombras. Parecia como que un negro sudario habia caido sobre la naturaleza para ocultar su angustia.

De repente, de en medio del ruido del agua i del viento, se dejó oir distintamente el rodado de un carruaje.

Este era un cómodo i seguro coche de viaje, tirado por dos caballos ya fatigados.

Se dirijia a Santiago por el camino del Sur.

Coche, caballos i cochero iban calados de agua.

A cada momento los caballos se detenian como para tomar aliento. Solo el chasquido del látigo i los gritos del cochero los hacian seguir su marcha jadeantes.

—Apura, Pablo, apura, dijo una voz desde adentro del coche dirijiéndose al conductor.

—Eso hago, señor, contestó éste; pero los caballos van mui fatigados i el camino está endiablado.

—Te lo decia, Salvador, dijo una voz suave i cariñosa, que no podia ser sino de una mujer, dirijiéndose a su compañero.

—Es cierto, querida Julia, es cierto: ha sido una temeridad ponernos en camino con este tiempo, le contestó Salvador.

Parece que no tenemos necesidad de decir a nuestros lectores que los dos viajeros del coche eran Salvador i Julia Paredes, su prima i esposa.

Apénas habia concluido de hablar Salvador, cuando una voz breve, imperiosa i fuerte gritó al cochero:

—Detente! Detente!

A este grito se siguió un vigoroso latigazo dado por el cochero a los caballos; pero el coche no se movió.

—Señor, pronunció el cochero como dirijiéndose a Salvador.

Pero ya este habia abierto la portezuela i sin temor a la lluvia ni al lodo brincado al suelo.

En esto un relámpago cruzando el cielo hizo suceder a la profunda oscuridad que todo lo envolvia una claridad rojiza.

Con el favor de esta rápida luz vió Salvador a un hombre de horrible aspecto, cubierto con un pantalon i un paltó hecho jirones i chorreando agua de los piés a la cabeza, que tenia asidos los caballos por las bridas.

El hombre que tambien distinguió las facciones de Salvador, dió un rujido que dominó los bramidos del viento i soltando las bridas se abalanzó sobre él esclamando:

—¡El infierno me lo envia: me vengaré!

Acababa de pronunciar estas palabras cuando un tiro partido del pescante, lo hizo detenerse, llevarse las manos a la cabeza, bambolearse i caer lanzando una maldicion. La bala le habia atravesado el cráneo.

Todo esto fué tan rápido, que, cuando Salvador se preparaba a ponerse en defensa, ya el hombre habia caido revolcándose en su sangre.

Salvador dió un paso hacia él.

Al mismo tiempo un nuevo relámpago rasgando las nubes vino a alumbrar el rostro del moribundo. Salvador se echó hácia atrás como asustado i esclamó:

—¡Enrique de Camba!

En este mismo instante el moribundo dió un terrible rujido, hincó sus agarrotados dedos en el lodo i espiró.

—Justicia de Dios! dijo Salvador, i corrió al coche, donde Julia yacia medio muerta de temor.

—Adelante! en marcha! gritó al conductor.

.....

Tres horas despues entraba en Santiago el coche de Salvador.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

Ayer i hoi.

A MI AMIGO A. VALDERRAMA.

No ha mucho, amigo, por florida senda
Tendióse alegre mi segura planta,
I el cielo i sus lejanos horizontes
Abarcaron ardientes mis miradas.

¡Cuánto habia de bello i majestuoso
En la ancha tierra i las inmensas aguas,
Cuánta grandeza en la celeste bóveda,
Por remotas estrellas alumbrada!

El aire ténue que feliz murmura,
Las altas nubes que veloces pasan,
Todo hacia vibrar suaves i tiernas
Notas desconocidas en mi alma.

I cuando el suelo silenciosa tarde
Con sus suaves aromas empapaba,
Yo sentia bullir aquí en mi pecho
Una ansia dulce, una delicia estraña.

¡Cuán feliz era entónces! Divagando
Como el ave jentil de rama en rama,
Mi mente, presa de rosados sueños,
En cada flor prendia una esperanza.

Era que habia en mí una fuerza oculta,
Aliento de riquísima fragancia,
Que de mi verde juventud el campo
Con prósperos colores me pintaba.

I yo, ignorante i pobre viajero,
Llegué a dormirme en deliciosa calma
Soñando dulcemente desvarios,
Amor eterno i existencia larga.

Contemplé a la divina poesía
Allá a lo léjos estender sus alas,
I yo invoqué su misterioso espíritu
Que en mar de luz resplandeciente vaga.

Soñé tambien que un átomo de fuego
Ella propicia al corazon me enviaba,
I me sentí valiente i poderoso
Para volar veloz como las auras.

.....

Hoi rota la ilusion i hecho pedazos,
El cuadro venturoso que soñara,
He tendido la vista a otras rejiones
Por sombrío horizonte limitadas.

Adios a la risueña poesía
Fa su celeste inspiracion que estásia;
Ella vive de un sueño venturoso,
I de él ayer se despertó mi alma.

Como ese espeso manto de vapores
Que los lagos encubre en la mañana
I de estraño misterio los envuelve
Hasta que el sol brillante lo anonada,

Así se han dispersado de repente
Las engañosas nieblas de mi infancia,
Así ha segado en verde primavera
Soplo veloz las juveniles plantas.

I ¡ai! que al posar la vista en el presente
El corazon exánime desmaya.
¡Cuán desierta a la luz del desengaño
La llanura se vé, cuán solitaria!

Dilatados i secos arenales
I ni una flor siquiera en lontananza,
Un sol de opaca luz que desconsuela,
I sombrío color da a la montaña.

¡Qué vale así una vida indiferente
En monótono curso arrebatada,
Seca raiz que huérfana i perdida
Llevan a perecer las tristes aguas!

La nada i la existencia se confunden,
Que la vida i la muerte son hermanas
Si vivimos sin goces, sin amores,
Si al morir no nos mece una esperanza.

David Campuzano.

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Continuacion.

ESCENA XIII.

Los precedentes, BABIEZA *entrando por la puerta del foro.*

TODOS.

¡Babieza!

BABIEZA, *hincándose a los pies del rei.*

Sí, yo soi.... yo que vengo a entregarme a vuestra cólera.... a vuestra justicia.... porque he podido un momento pensar que V. M....

CARLOS V.

¡Responde!...

BABIEZA, *recio a todos los que oyen.*

¡Estaba engañado.... estaba.... equivocado..... lo sé i lo recuerdo! El emperador no ha salido de su gabinete desde medio dia....

CARLOS V.

¡Respóndeme!

BABIEZA.

¡Pero entónces era otro.... i los celos, la rabia me han hecho volver!...

CARLOS V.

¿Donde están tus despachos?...

BABIEZA.

Aquí los tengo, señor,.... pues si V. M. supiera.....

CARLOS V, *con cólera.*

¡Tus despachos!...

BABIEZA.

Hélos aquí, señor....

MARGARITA.

¡Todo se ha perdido!

CARLOS V, *con ironía a Margarita.*

¡Aun no estais tan victoriosa, señora!... (*a media voz*). Comprendereis que es preciso que hablemos (*a Babieza*). En cuanto a tí, te perdono,... marchate, márchate....

ISABEL, *bajo a Gattinara.*

¡Es preciso que me devolvais mis cartas, señor!

GATTINARA.

¡Oh cielo!

ISABEL, *del mismo modo.*

¡Mañana mismo, yo lo quiero!...

CARLOS V.

Os ruego que nos dejeis (*Gattinara i Babieza salen por la puerta del foro, Isabel por la puerta de la derecha*).

ESCENA XIV.

CARLOS V, *sentado a la derecha*, MARGARITA *de pié.*

CARLOS V, *despues de un instante de silencia i enseñando a Margarita el papel que todavia tiene en la mano.*

I bien, señora... ¿esto contiene alguna traicion... sí o nó? Vos lo resolvereis.... ¿Qué teneis que responderme?

MARGARITA.

Nada.

CARLOS V, *arrojando el papel sobre la mesa.*

Así es que no me habeis engañado.... que eso

quizás lo dispensaria.... pero si ¡me habeis burlado.... a mí.... al emperador!...

MARGARITA.

Si Dios me hubiera dado valor i fuerzas.... no hubiera defendido de esa manera a mi hermano i a la Francia. Soi mujer! i para protejer i salvar a todo lo que amo, me sirvo de las únicas armas que el cielo me ha concedido: la astucia i la maña. ¡Que si preciso fuera, mas tarde que yo sufriese por mi causa o la de los mios, si es necesario que la enerjía, la paciencia i el dolor contínuos, os enseñen de lo que es capaz una mujer; ya podeis, señor, hacer la prueba conmigo i lo vereis!

CARLOS V, *levantándose.*

Cualquiera al oiros pensaría que trato de cargaros de cadenas... Tranquilizaos... Tranquilizaos... Yo me contentaré con frustrar vuestros intentos, e impedir esa comedia de abdicacion.

MARGARITA.

¡Una comedia!... ¡Ah, señor, si no comprendeis todo lo que hai de heróico i de sublime en ese rei que renuncia a su corona, para salvar su honor, su pueblo i su país..... compadezco a V. M., i todavía mas.... a la España!

CARLOS V.

¡Señora!

MARGARITA.

¡Sí, que nunca el rei de Francia ha sido mas digno del trono, que el dia en que de esa manera baja sus gradas..... i si yo fuera Cárlos V, no quisiera que en el fondo de su calabozo Francisco I vencido, apareciese mas grande que su vencedor!

CARLOS V, *aparte i mirándola.*

¡Vive Dios! que está hermosa así! (*alto*) I bien, señora, si como decíais, vos fuerais Cárlos V.... veamos, ¿qué haríais?

MARGARITA.

¡Yo!...

CARLOS V.

¡Vos, que teneis tanto talento i tan buen consejo.... hablad!

MARGARITA.

Cárlos V no me oiría.

CARLOS V.

¡Puede que sí, trataría de ello al ménos!

MARGARITA.

¡I bien! como señor de un inmenso imperio... que no puede dejar de perder en fuerza a medida que gane en estension, yo no trataría de acrecentarlo, sino de consolidarlo.

CARLOS V.

¡Eso quizás sería mas prudente!

MARGARITA.

Para consolidar mi poder, yo pretendiera rodearlo de alianzas fuertes i duraderas; i fuertes i duraderas lo son solo las honrosas.... Un tratado humillante, no es mas que una tregua, que se hace para tomar aliento, contar los combatientes i empuñar de nuevo las armas.

CARLOS V.

Bien, Margarita, i ¿qué mas?

MARGARITA.

Yo quisiera tener del otro lado de los Pirineos, no un enemigo en acecho.... sino un aliado en alerta, i para que lo estuviese en mi defensa, yo haría de manera que en ello encontrase su honor i su interes. Que si por acaso, esta política fuera, para Cárlos V, política demasiado sencilla, política de mujer, política casera, que es la que hace felices a los pueblos, aunque no dé brillo a los reyes.... que si vosotros, metéoros resplandecientes i terribles que os llamais grandes hombres, necesitais estrépito en vuestra carrera.... yo os diria: Allá está el Oriente, allí están los infieles que en este momento amenazan la gloria, las artes i la civilizacion de la Europa.... es el Oriente.... es Soliman quien os brinda con un digno rival vuestro..... I bien! que Cárlos V i Francisco I se unan para esta nueva cruzada como Felipe Augusto i Ricardo, i que, dándose la mano, como compañeros de armas, olviden sus injurias para salvar a la cristiandad!... Hé ahí lo que yo hiciera si fuese Cárlos V.

CARLOS V.

Consejos que me parecen mui buenos i mui bellos.

MARGARITA.

¡Pero que vos no seguireis!

CARLOS V.

Aún mas habia yo hecho todavía.... mirad! (*rompiendo el sello que arroja sobre la mesa i sacando varios papeles*) para mí esta acta de abdicacion! para vos, esa carta que dirijia yo a Luisa de Saboya, vuestra madre, rejente de Francia..... (*mientras que Margarita recorre la carta*). Ya veis que le pedia que os enviase todos sus poderes a vos.... a vos sola, para discutir desde luego las bases de un tratado....

MARGARITA, *aparte.*

¡Oh cielo! (*leyendo en voz baja*) cuya primera condicion hubiera sido una alianza entre el rei de España..... i la hermana de Francisco I.

CARLOS V.

Alianza de que se habia tratado hace algunos años.

MARGARITA, *turbada i devolviendo la carta.*

Pero que por desgracia se hacia imposible..... por vuestros compromisos con el rei Manuel i la Infanta vuestra novia.

CARLOS V.

La política tiene sus privilejios (*jesto de reproche de Margarita*) que ya veo que no hubiera aprobado mi prudente consejero! i su opinion, que quizas vale mas que la mia, me prueba de nuevo que yo tenia razon en querer asegurarme para siempre el auxilio i los consejos de una mujer de talento, de una mujer de corazon; de una verdadera reina. Escuchad, princesa; despues de lo que acaba de suceder i de decirse entre nosotros, no podemos ya ser sino enemigos implacables o amigos para siempre.... Pues bien, sin enviar esta carta a vuestra madre, sin que como tercero entre nadie en un pensamiento.... en un sueño que no saldrá quizás del recinto de este palacio, i que debe reservarse entre nosotros, todavía os digo: Margarita, ¿quereis ser reina de España?

MARGARITA, *arrojando un grito de asombro.*

Yo!... (*aparte con alegría*). Oh hermano mio!... (*deteniéndose con dolor*). ¡Oh! Henrique..... Henrique!

CARLOS V.

¿I bien?

MARGARITA, *en la mayor turbacion.*

¡Señor, señor,... tan alto honor.... honor tan inesperado!....

CARLOS V, *con alegría.*

Os causa en efecto una emocion de que necesitais algun tiempo para recobraros. Mañana a las dos me dareis vuestra respuesta. Pero pensad solamente en que es secreto de Estado, (*mostrando con el dedo la frente*) i que debe quedar....

MARGARITA, *llevando la mano al corazon.*

Aquí, os lo juro, señor. (*Cárlos V le besa la mano. Aparte*). ¡Inspírame, Dios mio!

CARLOS V, *saludando.*

Hasta mañana. (*Margarita vacilante se apoya en el sillon de la izquierda. Cárlos V. sale por la derecha*).

FIN DEL ACTO TERCERO.

H. DE IRISARRI.

(*Continuará.*)

Círculo literario.

El *Círculo de amigos de las letras* tuvo anoche su reunion ordinaria.

El señor D. Demetrio Rodriguez Peña leyó la primera parte de un estenso, erudito i atinado trabajo sobre nuestra literatura nacional, su presente i las tendencias que cree, i creemos con él, deben dominarla.

Campean en ese trabajo una abundancia de conocimientos, una superabundancia de investigaciones, una altura de miras, bien poco comunes.—El estilo es siempre lleno de colorido, de felices golpes i de ese agrado que hace interesantes las cuestiones mas abstractas.

Es una desgracia, como lo hace notar mui bien el señor Peña, que nuestra literatura haya ido a mendigar a un mundo ya caduco en que el desaliento toma la delantera a la esperanza, la duda a la creencia, en que la vejez del alma i del cuerpo, del corazon i de la intelijencia ganan en cada dia que pasa, en cada hora que suena mas i mas terreno, el fondo i el espíritu de sus cuadros, los colores que los animan i realzan.

Esto hace que nuestra literatura se pierda en estériles labores i no consiga ni ser útil ni ser popular. I esto cuando los elementos para crearse una personalidad suya propia, una vida suya, una manera de ser suya tambien le sobran.

Mucho tendriamos que decir en apoyo de las opiniones del señor Peña. Pero el tiempo i el espacio nos faltan. Pedimos sí i aconsejamos a los amigos de las letras lean con meditacion i asiento el trabajo del señor Peña. El lo merece por su fondo i por su forma, por las ideas que contiene, por las tendencias que trata de desarrollar i por las útiles i nada comunes observaciones que encierra.

Como la hora era mui avanzada, tuvimos que privarnos de oir un interesante i luminoso estudio médico filosófico del señor don Manuel Blanco Cuartin.

—

Semana teatral.

Las novedades teatrales nos han compensado hasta cierto punto de la monotonía, del *dolce far niente* en que ha corrido la vida de nuestra sociedad en la semana que espira. En su recinto siquiera ha habido novedades, no grandes novedades; pero novedades al fin.

El domingo tuvimos la representacion de la comedia *Bruno el Tejedor*, arreglada al teatro español por Ventura de la Vega.—Por cierto que un tejedor no ha de tener muchos lances en su vida casera para hacerla interesante a un público entero. Así *Bruno el Tejedor* es, como su nombre lo indica,—hasta donde pueden los nombres indicar algo,—una pobre figura cuyo fondo i cuyo marco no valen mas que ella.

Esa pieza es una buena intencion; pero de buenas intenciones están los infiernos repletos i mas que ellos las bodegas de la dramática moderna.—*Bruno el Tejedor* i su esposa, son los dos protagonistas del drama, tienen grandes intenciones de ser interesantes; pero no lo logran, como sucede con tanta frecuencia.—La accion es pesada, las situaciones cómicas o dramáticas faltan, hai varios personajes, mas no hai ningun carácter.

Gaytan, la Sotomayor i Garces hicieron cuanto estuvo de su parte para sacar con bien a la pieza i lo consiguieron hasta donde era dable i posible.

A *Bruno el Tejedor* se siguió el *Vizconde*, juguete lírico-cómico en un acto, que no desagradó al público. La Mur hizo en él un gasto tan considerable como encantador de marciales ademanes, la Alvarez de suaves notas i Clapera de robusta entonacion.

Mis dos Mujeres cantada el mártes a beneficio de la Mur, fué mui aplaudida. Esta es una zarzuela de largo aliento en que la parte lírica es mui superior a la dramática. Miéntras la primera está llena de melodías interesantes, de trozos preciosos;—la segunda es insípida por lo comun, cansada a veces i ridícula de cuando en cuando.

La Mur, apesar de no estar en su cuerda, hizo mas de lo que se le podia pedir en la caracterizacion i ejecucion de su rol: hizo un verdadero *tour de force*. La concurrencia supo recompensarla con estrépitosos aplausos i no pocos ramos i coronas.

Clapera, el simpático i popular coronel, estuvo en vena. Los que lo han oido, saben lo que esto significa.

Herrera i la esposa Gaitan contribuyeron por su parte al éxito de *Mis dos mujeres*, que salieron airosas a pesar de la batahola de gritos, chillidos, notas falsas, atragantamientos de voz que algunos padecieron.

El postillon de la Rioja, cantada el juéves, fué reida i aplaudida como siempre. La Baronesa con sus temores, el postillon con sus orijinalidades, el conde del Arco con sus manías i el criado con su filosofía supieron entretener i divertir.

Por fin, el baile la *Posadera del Ramo de Oro*, en que la Thierry fué aplaudida i admirada como se ha hecho de ordenanza., dió un remate para todos agradable a la funcion del juéves.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Bulnes, núm. 14.

La Semana,

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año 1. Santiago, Octubre 29 de 1859. Núm. 24.

LA SEMANA.

SANTIAGO, OCTUBRE 29 DE 1859.

Las sociedades hispano-americanas.

III.

LOS EJERCITOS PERMANENTES.

> Por demasiado tiempo la fuerza ha regido al mundo: a la libertad toca ahora gobernarlo.
>
> GIRARDIN, (*Les* 52, páj. 139, t. 5.)

La política verdadera i fecunda es i debe ser la ciencia de las realidades. La ilusion es su peor enemigo, la desnaturaliza, la estravía, la arrastra maniatada a los abismos. —Desgraciadamente los hombres i los pueblos i mas que ellos los gobiernos, cierran casi siempre los ojos a la realidad i se comprometen cuerpo i alma en las neblinas del engaño.

Siguiendo la marcha de una sociedad, en un período cualquiera de su vida, se dá, en cada hoja del libro de su historia, con una prueba del hecho que apuntamos.

¿En qué se ha fundado hasta hace poco la grandeza de una raza, de un pueblo i de un hombre?—En ser el espanto del vecino, en haber hecho el mayor número de esas carnicerías al por mayor que se llaman batallas, en haber hecho retemblar la tierra con las descargas de sus cañones o ahogado el ruido de la ola, turbado la sombría soledad de los mares con las andanadas de sus bajeles. En fin, la destruccion, el estrago, la ruina i la muerte derramados a manos llenas, es lo que el hombre en su locura ha apellidado poder i gloria. Aberracion estúpida!

¿I qué han sacado con esto las sociedades? —Empapar en sangre i lágrimas cada bien que obtienen; marcar cada evolucion de su vida con horrores sin cuento; temblar de cada irrupcion del progreso, de cada manifestacion de la verdad; no gozar jamas por completo del bien obtenido; ser sorprendidas por el dolor en lo mejor de la alegría, por las lágrimas en medio de la risa; oir entre los hurras de la victoria los ayes del moribundo, los desgarradores jemidos del desgraciado.

He aquí la obra de la fuerza. Sin embargo se adora en ella i hai quien la cree salud i felicidad, órden i seguridad para los pueblos.

De veras que esto maravilla; pero la admiracion sube de punto cuando nada se encuentra que pudiera justificar el respeto que se la profesa.—Tentado está uno a anatematizar, a entregar a las maldiciones de la posteridad a esos políticos del pasado que la han hecho su gran ajente, casi un medio único de encaminar los destinos de las sociedades.

Uno se pregunta—¿en qué se ha podido apoyar tal creencia?—por qué ha nacido siquiera?—I la contestacion no se encuentra; pero si se encuentra a la fuerza que devasta, a la fuerza que oprime, a la fuerza que degrada, a la fuerza que aniquila, a la fuerza que arruina i mata.

Traidores! esclaman muchos. Mas nó, no hai tal traicion; lo que hai es ilusion, es preocupacion, es superficialidad, es engaño.— Comprendiendo mal la manera de ser de los pueblos, sus tendencias, los impulsos que los dirijen, se ha tratado desde un principio de contrariar esos impulsos en vez de aprovecharlos, de apagarlos en vez de alentarlos. Se ha tenido miedo al porvenir, miedo a la autonomía social, i se la ha violado. Para cambiar el curso de un rio son necesarios los diques:—la fuerza es el dique de la corriente natural i lójica de las sociedades.

Pero, el siglo XIX que parece destinado a barrer con las ilusiones, las preocupaciones i falsas creencias, a hacer triunfar la verdad i la realidad en todo i por todas partes, se

viene encargando de probar cuan efímero i delesnable es el pretendido poder de la fuerza.—En donde quiera que ella impera destruye i no consolida; bastardea los mejores elementos de progreso sin dar por eso auje alguno a los malos que impone; da el orgullo, la altanería del mando sin dar su conciencia i su prestijio; lleva a todas partes la intranquilidad i la desconfianza sin comunicar a nada ni a nadie certidumbre ninguna en el dia de mañana.

Entre todas las manisfestaciones, entre todas las creaciones de la fuerza ninguna mas funesta que los ejércitos permanentes. —Esa institucion es tan antigua como el mundo, se dice.—Tan antiguo como el mundo es tambien la guerra, el cadalso i el mal. —Cuando los pueblos no solo respiran i se mueven, sino que andan, que crecen, que se ilustran, que progresan, que cambian en su manera de ser i de existir, la antigüedad nada lejitima ni justifica.

¿Qué son los ejércitos permanentes?—No otra cosa que un poder dentro del poder, una asociacion cuyos intereses están en pugna con los jenerales de la sociedad.—Para que el ejército prospere es necesario que la nacion peligre.—La paz es la mayor de las fortunas que pueda desear un pais. Pues bien:—la paz es la mayor de las desgracias que pueden caer sobre un ejército.

Hai lucha, hai antagonismo, encuentro cuando ménos entre la sociedad i una de sus fraccionos. Esto solo bastaria para hacer de los ejércitos permanentes una verdadera espada de Damocles pendiente siempre sobre la cabeza del cuerpo social.

La primera i quizas la única efectiva garantia de seguridad que tiene una sociedad es la armonía en las necesidades, esperanzas i aspiraciones de sus diversas clases. Donde esta armonía falta el desequilibrio o el temor al desequilibrio domina constantemente.—El choque entre los intereses es el oríjen de toda perturbacion.

Por esto los ejércitos permanentes en vez de una prenda de estabilidad son una probabilidad constante de revueltas.—Es una quimera fiar a ellos la consolidacion i la estabilidad de un poder.

Se cree que por su medio los gobiernos cuentan con una barrera segura que oponer a las invasiones del trastorno. Mentira!—Cuando un trastorno es la obra de unos cuantos cualquiera fuerza basta para apretarlo, comprimirlo i batirlo en todos sentidos i direcciones.—Cuando el trastorno es la obra de la sociedad en masa todos los ejércitos del orbe no son parte para detenerlo.

El ejército frances es el primero del mundo. El soldado frances es el mas acabado modelo de subordinacion, disciplina, valor i lealtad. ¿De qué ha valido esto a Cárlos X ni a Luis Felipe? Millares de bayonetas los rodeaban: sin embargo cayeron.

Las naciones mas libres i tranquilas de la época son los Estados-Unidos i la Inglaterra. I, cosa notable, es en esos dos estados en donde ménos poder tiene el militarismo. Los Estados-Unidos i la Inglaterra son pobres en jente armada; pero ricos en verdadero órden, en verdadera libertad i verdadero progreso.

Pero localizando la cuestion, contrayéndonos a la América-Española ¿dónde está el militarismo salvando la libertad o consolidando las grandes formas gubernamentales que hacen la felicidad de los pueblos?—No lo vemos en parte alguna.—Donde el mal existe solo sabe agravarlo.—Donde empieza a insinuarse solo es parte a desarrollarlo.

Del deshecho aguacero de revoluciones que sobre las sociedades de Hispano-américa han caido i continuan cayendo, casi no hai una sola que no haya tenido por esposicion algun motin de cuartel. Por donde quiera la piedra de escándalo es el ejército permanente.

Vivos están aun los trastornos del Ecuador i Costa-Rica. ¿Qué es lo que desbarató, como un edificio de naipes, a esos dos gobiernos?—Una sublevacion de cuerpo de guardia; es decir,—algunos hombres-máquinas dirijidos por un ambicioso cualquiera.

De esta manera la voluntad de los pueblos puede verse burlada, pisoteada, humillada, anulada por el primer farsante que gasta casaca i arrastra sable.—De esta manera un jefe de batallon es superior a la lei, a la justicia i al derecho.—De esta manera un subteniente audaz puede hacerse de su propio motivo el mandon de una nacion.—De esta manera la bayoneta es el señor absoluto de los destinos de la sociedad.

A la verdad, los que defienden los ejércitos permanentes como la salva-guardia de lo establecido, como una prenda de poder, de respetabilidad i prestijio para los gobiernos,

no saben, con toda certeza, lo que defienden.

Los ejércitos perjudican a todo el mundo, a hombres de abajo i hombres de arriba, a pueblos i gobiernos.—Exajerándose unos i otros su valor, los acarician, los alagan, los adulan, los miman,—los hacen sus favoritos.—Resulta de aquí que el militarismo invade todas las esferas de la sociedad, que se hace su clase mas influente i vá a encarnar su espíritu en todo.

Por cuánto tiempo no ha sido en nuestras sociedades una condicion indispensable para alcanzar altos puestos el cargar charreteras?—Bien reducidos son aun los estados de América que de tal procupacion se ven libres.

En donde quiera que se obra un trastorno lo primero en que se piensa es en militarizarlo.—Se hace una espantosa improvisacion de jenerales, coroneles i subalternos.—Esto llega a tanto en algunas repúblicas de Hispano-américa que, tras cada guerra civil, queda una verdadera poblacion flotante de jentes de uniforme, con peligro o daño mui real para la nacion.—Si se les licencia, con su licencia reciben el despacho de conspidores.—Si se les mantiene en servicio, se hace pesar sobre el erario, vivir a su costa una numerosa falanje de parásitos, de improductivos.

Desde largos años atras se viene observando que miéntras mas militarizada es una de nuestras sociedades, mas frecuentes i largas son sus disensiones intestinas.

Ahi está, en primera línea, Méjico.

Ahi está, tras él, el Perú.

Tras el Perú, la Confederacion arjentina.

Los sableadores son los peores enemigos que tienen la paz i el progreso de estas sociedades.—Si el cáncer de la Europa es el pauperismo; el cáncer de la América Española son—los matones!

Basta ya de ejércitos permanentes. Abajo el militarismo!

Cuanto tienda a mantener ese meléfico espíritu en el corazon de nuestras sociedades, traiciona sus intereses mas vitales, sus destinos mas manifiestos, no comprende su mision ni el siglo en que vivimos.

Desde que la prensa i el telégrafo eléctrico han dado alas al pensamiento i los ferrocarriles a los pueblos, los ejércitos permanentes nada son ni nada pueden.

Si la sociedad hispano-americana quiere llegar a donde debe i está llamada a trepar haga de sus balas tipos de imprenta, de sus lanzas arados, de sus cañones rieles, de sus carros de artillería wagones, robustezca i no debilite, cree i no destruya.

Los ejércitos permanentes son—o la degradacion de la sociedad,—o los motines en permanencia.

Los ejércitos permanentes son la gran causa perturbadora de la América española.

¡Abajo el error!

¡Paso a la verdad!

¡Abajo la fuerza!

¡Paso a la libertad!

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

De la Literatura Chilena.

SU NACIONALIDAD.—SU CARÁCTER I SU INFLUENCIA EN EL PROGRESO I FELICIDAD DEL PAIS.

O SEA

De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, i en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de su nacionalidad e influir en el progreso i felicidad del pais(1).

I.

La literatura en su acepcion mas elevada, eonsiderada en su naturaleza, en su primitivo destino, en su influencia sobre el bienestar i la dignidad de las naciones, en sus grandes resultados, ha llegado en su vasta esfera, vulgarizándose i abrazando a todas las otras ciencias, prestando a todas sus dotes divinas, a constituir la ciencia de las ciencias, indispensable a todas, como medio imprescindible para ser escuchadas, atendidas i comprendidas.

Pasaron ya los tiempos en que el pueblo era nada i no se escribia para él. Separado de las clases privilejiadas por una gran distancia i un ancho abismo, que habian de cegar un dia cadáveres humanos amasados con sangre; aislados los sabios mismos aun de estas clases, desdeñaban el lenguaje de los pueblos i escribian, hablaban i pensaban en latin.

Pasó ya el tiempo en que los literatos eran unos pocos hombres mirados con lástima por la humanidad, como una especie de locos inofensivos, pero miembros inútiles de la sociedad, condenados a arrastrar una existencia miserable, tolerados como seres curiosos en la mesa de los grandes o de los soberanos. Humillado i torcido a veces el vuelo de su injenio por la limosna misma que se les hacía, desconocidos casi siempre por sus contemporáneos, estos seres escojidos por el soplo del jenio i la inspiracion, se veian condenados a ser nada

(1) Estudio leido en el *Círculo de amigos de las letras*, por D. DEMETRIO RODRIGUEZ PEÑA, en la eurnion del viérnes 21 del presente.

miéntras eran algo, i a ser algo en el recuerdo i la gratitud de los hombres, cuando llegasen a ser nada! . . . .

Asi debia ser en épocas en que pocos espíritus se preocupaban en investigar i consignar las tradiciones de la humanidad, los recuerdos de tiempos pasados i el pensamiento i las aspiraciones de los tiempos presentes.

En el dia, ensanchado inmensamente el campo de la instruccion, entrelazadas estrechamente las ciencias, necesitando todas ellas de la literatura como espresion del pensamiento, invadidas todas ellas por el espíritu democrático que es el rasgo prominente e incontrarrestable de nuestro siglo; obligados los hombres a hacer valer i sostener sus títulos al saber i a la virtud, únicos valeables en el dia, en la plaza pública; tenemos el hermoso espectáculo del cultivo jeneral, de la vulgarizacion de la ciencia ántes misteriosa de las letras, en sus resultados al ménos, cuando no en sus procedimientos.

El cultivo de las letras, pues, en alas del espíritu democrático que todo lo renueva i vivifica, al esparcirse, al vulgarizarse, se hizo a la vez mas nacional, mas vigoroso, i vino a prestar en el concurso jeneral i armónico de sus fuerzas, un grande apoyo a las investigaciones filosóficas de la historia.

La historia no buscó ya solo en la interrogacion de la pintura, de la escultura, en los sepúlcros i en los monumentos, el oríjen i la marcha de la humanidad, sino que buscó i halló en el lenguaje, como espresion del pensamiento de los pueblos, tradicional i escrito, el oríjen i marcha de esos pueblos, i hasta la huella de sus emigraciones por los diversos puntos del globo.

Interrogue el que quiera a los astros, o a la ciencia que enseña las leyes de sus movimientos, para averiguar la historia de este planeta i la de los seres que lo pueblan: el investigador histórico filosófico, la buscará con mas acierto i preferencia, en lo que tenemos mucho mas cercano i a la mano; en la jeolojía para la historia del globo que pisamos, en la literatura para la de la humanidad que nos rodea; interrogará al globo mismo sobre los misterios de su existencia, al hombre en su palabra, para la revelacion del pensamiento del hombre.

II.

Antes de entrar en los detalles i aplicaciones que me he propuesto, permitáseme sentar, como base ancha i firme en este estudio, lo que entiendo por literatura considerada en su influencia sobre los destinos de las naciones i de la humanidad entera, i no como simple estudio de la lengua o exámen frívolo del arte.

Si logro esplicarme bien sobre este punto; si logro hacer ver el oríjen divino de la literatura, en su esencia inseparable del hombre en todas las situaciones, las aplicaciones que haga a la literatura chilena, i las investigaciones a que os invito para encontrar las verdaderas fuentes de inspiracion de esa literatura esencialmente nacional que apetecemos, seran facilmente comprendidas i aun adivinadas, por los claros talentos que me escuchan i que tan ópimos frutos prometen al cultivo de las letras entre nosotros.

La literatura segun la concibe mi espíritu i segun la considero como base de este estudio, comprende todas las artes i las ciencias lo mismo que todas las obras i producciones, que tienen por objeto la vida i el hombre mismo, pero que sin tener por fin ningun acto esterno, no obran mas que por el pensamiento i el lenguaje, i solo se manifiestan con el auxilio de la palabra hablada o escrita.

Considerada la literatura desde el punto de vista en que yo me coloco, claro es que no puede haber pueblo, esto es, reunion de hombres de la misma raza, del mismo oríjen, obedeciendo a iguales leyes o influencias sociales i climatéricas, que no tenga una literatura propia i peculiar a ese pueblo; puesto que no puede concebirse hombres reunidos sin pensamiento i sin lenguaje: dotes divinos que comunes a todo hombre, cultiva i desarrolla la civilizacion: dotes naturales que imprimen en sus variados matices a cada pueblo, un sello indeleble que lo distingue i que tanto sirve en el dia a las investigaciones de la historia.

Es tan vasto, es tan inmenso el campo que se abre a mi mente en este instante, Señores, que temo perder la cabeza i estraviarme. Solo una idea me sostiene i me guia i espero que me llevará a buen fin; i es el convencimiento profundo en que estoi, de que la literatura en su esencia divina i filosófica, como el pensamiento, como la palabra, existe en todos los pueblos para atestiguar su oríjen, su civilizacion, su historia, sus necesidades, sus aspiraciones, su pensamiento en fin.

El otro convencimiento que se deduce del anterior con la rijidez de un corolario preciso, es que Chile posee i ha poseido una literatura propia, indíjena, que debe revelarnos no solo su oríjen, su historia, su progreso, su civilizacion, sino tambien sus actuales necesidades, sus aspiraciones, su pensamiento en fin.

Si esto es así, como lo creo, el punto a que debe encaminarse nuestra literatura contemporánea para no apostatar de su verdadera nacionalidad, para ser grande, útil i popular, es a las fuentes del pensamiento chileno en sus diversas manifestaciones, en su lengua, en sus cantos, en su vida, en sus dolores, en sus aspiraciones, en su historia:

Cuadro grandioso que cierra en magnífico marco, una lujosa, variada i prodiga naturaleza, i que iluminan los reflejos del mas bello cielo del Universo.

Vamos a examinar esa primera fuente, la lengua.

III.

En la historia del mundo i de la literatura, que es la del pensamiento humano, la palabra hablado ha precedido de mucho tiempo a la

palabra escrita: esto es, la literatura ha existido sin letras, o mas bien, si se me permite la espresion aparentemente contradictoria, han existido las letras sin la escritura.

La palabra hablada fué, pues, el único i primitivo medio de comunicacion del pensamiento, i en la palabra se busca la primitiva fuente de la literatura.

Analizando la palabra, hallamos en los sonidos primordiales, en lo que los modernos llamamos las vocales, la inspiracion divina, la parte musical, el principio del alma, el elemento divino del espíritu: las combinaciones diversas de esos sonidos formando otros por movimientos de los labios, la lengua i las aspiraciones, son la parte del arte humano, son empleos diversos que hace el hombre de la base divina del lenguaje, segun sus necesidades, segun su civilizacion.

Las raices constituyen, pues, lo que hai positivamente de divino en el lenguaje humano, la fuente orijinal de la revelacion natural, confiada i espresada por palabras, como las descubrió la intelijencia del primer hombre en una luz orijinariamente pura todavia. Las formas gramaticales del lenguaje i toda su estructura artificial, son obras de la razon; las figuras i los tropos, son los elementos de la imajinacion, espresando en las ondulaciones del ritmo i en el movimiento métrico, el flujo i reflujo del deseo i de la voluntad.

En el oríjen del mundo, las sensaciones debian ocupar el primer lugar en la vida del hombre, i el pensamiento era eminentemente sintético. En tal situacion del espíritu, las palabras eran frases, se hablaba por frases mas bien que por palabras, i se suplia a la imperfeccion de aquellas, se les completaba por la actitud i el jesto. Cada espresion era un organismo completo cuyas partes se enlazaban estrechamente; i a esto es a lo que los filólogos han dado el nombre de *polysintetismo*.

Considerado así el lenguaje, aun sin el ausilio de la escritura, lleva en sí mismo la marca de su oríjen, su edad, i las huellas del progreso, desarrollo i grado de civilizacion a que han llegado los pueblos que se han servido de él para la comunicacion del pensamiento.

Hai una ciencia, ramo importante de la literatura, que en nuestros dias ha hecho tales progresos, que el público ha venido a conocer casi al mismo tiempo que su existencia, su madurez. Esta ciencia es la *Filolojía comparada*, ciencia nueva, que ha venido a colocarse de intermediaria entre la *Psicolojía* i la *Etnolojía*.

Un idioma es un organismo, sometido como todo organismo, a una lei de desenvolmiento. «Es preciso, escribe Guillermo Humboldt, no considerar una lengua como un producto muerto o acabado; es un ser viviente i siempre creador. El pensamiento se elabora con los progresos de la intelijencia, i el lenguaje es la manifestacion de este pensamiento. Un idioma no puede, pues, permanecer estacionario, marcha, se desarrolla, crece i se fortifica, envejece i se marchita.»

Segun los principios a que obedece la nueva ciencia, del mismo modo que un botánico al encontrar en las cordilleras de Atacama una planta desconocida, sabe como clasificarla, en que familia de plantas colocarla i darla a conocer de un modo intelijible, almundo entero; así la Filolojía comparada, a la vista de la Gramática Araucana que posemos, sabe como clasificar ese idioma, i determinar la familia de lenguas a que pertenece, las trasformaciones que ha sufrido, su edad i el grado de civilizacion que representa.

Desde luego, facilmente se comprende la diferencia que existe entre el estudio antiquísimo de los lenguas, en sí o comparadas con alguna lengua dada, de la Filolojía propiamente dicha, i la ciencia moderna de la Filolojía comparada, cuyo plan i objetos trataré de dar a conocer mui sucintamente i solo en cuanto juzgo indispensable a mi propósito. Una esposicion prolija de esta doctrina interesante, que tiene ya su cátedra de enseñanza en la Sorbona, daria materia mui sobrada a un estudio especial que procuraré presentar en otra ocasion.

La Filolojía comparada, cuya patria por ahora es la Alemania i que cultiva como planta aun exótica la Francia, tiene por objeto establecer, *por la comparacion* de las palabras i de los formas gramaticales, las leyes del desenvolmiento de la palabra misma: i en los diversos modos de aplicacion de esas leyes, llegar a conocer el oríjen, la edad de un idioma, i el grado de civilizacion que representa, arrivando por el conocimiento de las lenguas, al oríjen i clasificacion de las sociedades humanas.

Lo que constituye el fundamento, a la vez que el fin, de la Filolojía comparada, es la reconstruccion del trabajo mental que ha dado oríjen a las lenguas i que ha presidido a sus variaciones. Esta ciencia, cuyos verdaderos fundadores son Guillermo Humboldt, F. Bopp, i Jacques Grimm, recorre dos órdenes de estudios. El primero se reduce a retrazar la historia interior, interna de una lengua o familia de lenguas.—El segundo clasifica las lenguas conocidas, cuenta las familias, i determina a cual de ellas pertenece cada lengua, i como en la botánica o la ornitolojía examina i descubre las afinidades que ligan entre sí a esas familias. El conjunto de las primeras investigaciones pone en la via de las segundas. Los principios que permiten trazar la historia de una lengua seguida en todas sus trasformaciones i derivaciones, enseñan a fijar la edad de un idioma, el período a que pertenece la forma que nos presenta, i ya no hai el peligro de tomar por diferencias específicas meras designaldades de desenvolvimiento, i de caer en el error frecuente en la ornitolojía, de tomar por especies diversas, individuos especificamente idénticos, pero cuyo plumaje difiere en razon de la edad o del sexo.

Permítaseme intercalar aquí una anécdota curiosa que hallo consignada en uno de los espositores mas entusiastas de esta doctrina, i que doi como la encuentro. Cuentan que Alejandro Humboldt en sus últimos viajes en América, encontró en Maypure, a orillas del alto Orinoco, un loro viejísimo, que hablaba una lengua antigua que nadie comprendia. La lonjevidad del loro es conocida, i la posesion en que se hallaba aquel de un idioma ignorado, llamó la atencion de Humboldt, quien se puso a recojer del loro, miembros dispersos de aquella lengua fósil, que consignó al papel i remitió a su hermano Guillermo, para que allá en Berlin, con sus compañeros lingüistas, les buscase forma i colocacion científica.—Los de Berlin se pusieron al trabajo, cuyo resultado fué el descubrimiento de un idioma usado en aquellas comarcas, por la tribu extinta de los Astarés, que al estinguirse dejó al loro único poseedor de su lengua.—Es así, esclama el que relata el cuento, como la Providencia por el intermedio de un loro, conservó a la ciencia una de las muchas paradas o postes que le faltan, para marcar el camino recorrido por la humanidad.

Si non é vero é ben trovato.

Las lenguas Europeas, segun la Filolojía comparada, pertenecen todas a una gran familia, que se dividió mui pronto en muchas ramas, i cuya madre comun es ignorada, pero que reconocen en el sanscrito, el jefe de una de las mas antiguas líneas colaterales.

Los idiomas persa i zéndico son hermanos del sanscrito: en el griego i lenguas eslavas, trasciende notablemente el sanscrito; miéntras que las lenguas jermánicas se aproximan mas al persa i al zendico.

La Filolojía comparada forma de todos los idiomas europeos cuatro grandes clases, como otras tantas hermanas hijas de una misdre comun; pero estas hermanas no han sido llamadas a una igual participacion en la herencia de la humanidad; i cuanto mas se avanza hácia el Oriente, mas rica es la parte que ha cabido a las lenguas en esa herencia.—Es así como miéntras que los idiomas eslavos i en particular la familia lituania, han conservado casi sin alteracion el molde sanscrito, las lenguas célticas, arrojadas hácia el occidente, solo recuerdan mui lejanamente la lengua madre.

Esta distribucion de las lenguas en Europa, correlativa en su afinidad con los antiguos idiomas hablados a orillas del mar Caspio i del Ganjes, es un indicio incontestable del orijen asiático de los pueblos Europeos. Es claro que tribus salidas del Asia se han empujado unas a las otras, i que los Celtas de los primeros en ese movimiento, llegaron a ser los habitantes mas occidentales. Allí, a orillas del Océano que oponia una barrera a nuevas emigraciones, ha venido a morir la lengua celtica. Invadidas por las populaciones latinas o jermánicas, las razas célticas perdieron en su mayor parte, el lenguaje que las distinguia, sin perder del todo el sello de su individualidad.

Las cuatro grandes familias de lenguas europeas, de oríjen indo-jermánico, que clasifica la ciencia moderna, son:

La céltica.

La jermánica.

La eslava.

La pelásgica, que comprende las lenguas griega, latina i las que de ellas se derivan—la nuestra.

Se le llama pelásgica, por que habiendo sido la Grecia i la Italia orijinariamente pobladas por una raza comun, los Pelasgos, el idioma de estos forma la savia del griego i del latin. La primera de estas lenguas no es, como se ha creido por algunos, la madre de la otra: son simplemente dos hermanas, i si fuese necesario asignarles edades diferentes, el latin tendria el derecho a ser considerada la mayor. El dialecto mas antiguo del idioma helénico, el de los Eolios, se asemeja al latin en mayor grado que los dialectos mas recientes del griego. El latin presenta en sus elementos gramaticales, como en su vocabulario, analojias i relaciones con el sanscrito.—El mismo no era otra cosa que una rama de la antigua familia de las lenguas itálicas, que a su vez comprendia otras tres ramas, el japyjiano, el etrusco, el italiote; los que se subdividian en otras que constituian, la primera el latin, la segunda comprendia los dialectos de los Ombrios, los Marsos, los Volcos i los Samnitas.

Los límites de este estudio no permiten examinar separadamente los caracteres de cada una de las cuatro familias lingüisticas que dominan la Europa, ligadas por tan grandes recuerdos a la historia de la humanidad; solo me permitiré descubrir brevemente, el hilo que nos liga por la parte española, con la familia pelásgica.—Mas adelante veremos de donde proviene la individualidad lingüistica Araucana, que la ciencia conoce con el nombre de chilena.

De que la historia de las lenguas indo-europeas sea la mejor guia para reconstruir la marcha de las emigraciones que han invadido i poblado a la Europa, no se deduce que esas emigraciones hayan poblado soledades i no hayan mas bien encontrado otros pueblos que han desalojado o conquistado, recibiendo el conquistador del conquistado, al mismo tiempo que daba, influencias filolójicas.

La ciencia nos muestra desde luego tres grupos de lenguas que salian al encuentro de las conquistadoras, influenciándolas en gran manera: estos eran, la lengua vasca, o la euskaria, con dos dialectos; la lengua finesa, que comprende la laponesa, la finlandesa o Suomí, la estonia, la livona; i la lengua madgyar o húngara.

La vasca, tambien llanada *ibérica*, es la que nos interesa i la que, refujiada en el mediodia de las Galías, en una parte de la Italia Occidental i en España, salió al encuentro i se incorporó con la pelásjica, formando una indi-

vidualidad específica de esa familia.—Esta individualidad importada con el evanjelio, por los conquistadores de la América del Sud, i traida a estas comarcas por los Almagros i Valdivias, es la madre de nuestro idioma civilizado, del chileno, como yo lo comprendo en el carácter literario de este estudio.

Ahora en cuanto al otro idioma, a la lengua de los dueños primitivos i salvajes de este pais, su jenealojía aun no bien determinada, es sencilla, bien que larga de seguir i de narrar.

El araucano, en sus diversos matices o dialectos, de que se servian los habitantes de estas comarcas, desde Atacama hasta Magallanes, está incluido en la gran familia lingüística Americana, el guaraní. El guaraní, como el quichua de los Incas, como el leuca de Honduras, como el quichomaya de Yucatan, como el nahualt de los Mejicanos, como el otomí, son familias que acusan un gran desenvolvimiento gramatical, i como todas las lenguas del nuevo mundo, en alto grado, el carácter polysintético, pero que la ciencia no ha llegado aun a clasificar.

De esas familias principales se derivan una infinidad de dialectos que llevan consigo en su existencia vagamunda, tribus subdivididas al infinito i fraccionadas en su vida nómada i salvaje.

Sin embargo las lenguas de la América presentan en su conjunto puntos de semejanza, de parentezco con los idiomas polynesiano i aun africano, i una homojeneidad gramatical, un aire de familia mui pronunciado.

Los polynesianos acusan una familia de lenguas bien caracterizada; familia por otra parte estrechamente relacionada con las lenguas del Nor-Oeste de la América i de la Siberia Oriental, al grado que pueden considerarse como los restos de la poblacion de un vasto continente hoi sumerjido, i del que solo aparecen innumerables grupos de islas. Faltan los datos para resolver, aun de una manera conjetural, este problema curioso; pero por ciertos rasgos característicos puede concluirse, que los polynesianos constituyen el vínculo que une a las poblaciones indíjenas de la América con el Asia.

La familia guaraní, a que pertenece la lengua chilena indíjena, acusa segun se ha dicho, un desenvolvimiento gramatical bastante considerable, i fué hablada en una vasta estension de territorio al Sud i al Oeste de la América Meridional. Inferior al quichua, lo eran ambas al Nahualti de los mejicanos, que ha dejado monumentos literarios en signos aproximadamente jeroglíficos.—Debajo de todas en la jerarquia de los idiomas americanos, vienen las dos familias pampas, o moxa i caribe, de escesiva simplicidad gramatical.

Debo hacer notar aquí porque conviene mucho a mi propósito, que en la parte relativa a las lenguas de la América del Norte, la filolojía comparada es deudora al concurso de las luces de lingüistas i etnólogos ya eminentes de los Estados-Unidos, de esa nacion que conocemos mas por su lado brusco, grosero, material, que por las eminentes cualidades que tambien encierra; que conocemos mas por su faz maquinal, mercantil i política que por sus esfuerzos i adelantos en las ciencias físicas i sociales.

Tambien, aunque en una esfera mas modesta, aparecen contribuyendo dos nombres honorables chilenos. Las gramáticas araucana i haymaraens que sirvieron a Guillermo Humbold en sus investigaciones i clasificaciones filolójicas, pedidas por el mismo Humbold, entre otros a don Francisco Huidobro, fueron proporcionadas a éste por el jeneral Aldunate.—Me hago un placer en consignar estos nombres de dos verdaderos devotos de las ciencias i de cuanto tiende al progreso de su patria. Este hecho ademas por poco insignificante que parezca, favorece mi propósito de demostrar en que gran manera el nacionalismo en los trabajos literarios (mui diverso por cierto, del *narcisismo* nacional, obstáculo invencible a todo progreso) está llamado a propender al adelanto de los conocimientos de la humanidad.

«Las lenguas americanas, dice Alfredo de Maury, han pasado por faces de desenvolvimiento mui diversas; pero aun cuando han alcanzado, como en el quichua i el guaraní, a un grado remarcable de elaboracion, no han podido salir de las formas elementales que les sirvieron de andamio. Ellas han tenido su molde determinado, su término predestinado, del mismo modo que las lenguas africanas que recuerdan singularmente por su índole, su dulzura; pero a las que dejan mui atras en poder aglutinativo. Este fallo indica que los americanos no han llevado mucho mas alla que los negros la facultad del lenguaje.»

«Si me fuese permitido, concluye Maury, clasificar las lenguas del universo segun su grado de desenvolvimiento, i sin tomar en cuenta ciertas riquezas propias, tendriamos la siguiente tabla ascendente:

1.er Grado.—Lenguas monosilábicas o de la familia indo-china.
2.° Grado.—Lenguas malayo-polynesianas.
3.° Grado.—Lenguas americanas.
4.° Grado.—Lenguas africanas.
5.° Grado.—Dravidianas i negro japonesas.
6.° Grado.—Lenguas semíticas.
7.° G. i mas alto.—Lenguas indo-europeas.

Si por la lengua araucana, salimos un grado inferiores a los africanos, no tenemos motivos para quejarnos del lugar que ocupa nuestra bellísima lengua literaria, la lengua de Quintana i de Cervantes, con las modificaciones no desventajosas que le presta nuestra bellísima naturaleza.

Estudiada asi por las lenguas la etnolojía chilena, la marcha de su civilizacion: examinando a Chile salvaje, en el espíritu indo-americano que reflejaban sobre él las influencias

que habia recibido i continuaba recibiendo del Asia por el Occidente i por el intermedio de los Incas, esos romanos de este mundo ignorado: considerando a Chile invadido por el espíritu i el lenguaje de paz i caridad, el evanjelio, al mismo tiempo que por la guerra, la opresion i la avaricia, la conquista; por el espíritu i la lengua indo-europeos que le venian del Oriente: luego a Chile colonial i trasformándose, despues a Chile transformado e independiente *por la Razon i la Fuerza!....*

Fuentes son estas de literatura, capaces de inspirar a la nuestra salud, robustez, lozanía i una vida propia i peculiar que la distinga de toda otra.

Es a la luz de la filolojía comparada, que la ciencia moderna busca i encuentra el orijen i la historia de un mundo aun mas nuevo que el de Colon, la nueva Holanda, la Australia; i ha de ser la luz de esa ciencia, la que ha de guiar a los injenios chilenos en la árdua pero bellísima tarea, de retrazar la historia i el progreso del pensamiento de nuestro pueblo, desde la época presente, al través de la obscuridad que envuelve a esa marcha, en medio de las luchas i las alianzas, de la pugna i de la mezcla de diversas razas i matices de razas, de diversas lenguas i matices de lenguas, hasta descubrir el oríjen, la edad i la marcha seguida por nuestra sociedad, i hasta el vínculo que nos une a los pueblos primitivos de estas comarcas, i a estos con el resto de la gran familia humana.

I este estudio no es de placer, no es de eleccion; es de necesidad.—Sin él, el porvenir será precario: no puede haber construccion sólida, sin un conocimiento del terreno sobre que se construye: nada sólido puede hacerse en provecho de un pueblo, de una sociedad, que no se conoce i en medio de la cual somos estraños. Los ensayos que hasta aqui se han hecho nos lo demuestran: el pueblo ha sido un mito i los que en su nombre han obrado, ni lo oyen ni lo comprenden. El se hará oir un dia, i para ponernos en guardia, oigámosle desde ahora, estudiémosle i esta es la mision de la literatura chilena.

Una proclamacion del monarca de la Gran-Bretaña, ha declarado en estos dias, iguales sus subditos indios a sus subditos ingleses; i esa nacion en seguida, aleccionada por una guerra cruel en sus dominios del Asia, ha entrado con ardor en la tarea del estudio de las necesidades, las aspiraciones, las creencias, las costumbres, la etnolojía en fin de la India. ¿A la luz de qué ciencia? de la literatura: ha ido a buscar en las tradiciones riquísimas de la India, en la filolojía comparada, los medios de asegurar su gobierno sobre la única base sólida de los gobiernos, el bienestar, la libertad, la felicidad de los gobernados.

Hagamos nosotros para con nuestro pueblo, lo que el previsor gobierno británico hace con el de la India; principiemos la obra del retrazamiento de la historia de ese pueblo, i desde el paralelo de Atacama marchemos hácia el sud hasta Magallanes, hasta la Tierra del Fuego, interrogando a españoles, a mestizos en todos sus matices, a los indios mismos, sobre su orijen, su estado actual de civilizacion, su pensamiento, su esperanza.

¿Hablaré yo aquí de la rica herencia que nos cabe en la riquísima lengua de Castilla? ¿De esa lengua que no cede a ninguna, como instrumento literario, en grandeza, en sonoridad, en armonía i en una felicísima combinacion musical de todos los resortes del organismo humano? Hablaré de los grandes maestros de esa lengua?—Tarea inútil seria para los que conocen ya la índole, la historia i los inagotables tesoros de la literatura española. Para mi objeto me basta hacer constar, que la literatura chilena posee en su lengua, un instrumento de trabajo de primer órden.

Estudiada la lengua, paso a ocuparme de los carácteres que anhelo revista nuestra literatura, para ser verdaderamente nacional e influyente.

IV.

Estraño parecerá sin duda, que yo tan luego, que me precio de esencialmente cosmopolita; yo que repudio la conciudadanía del bandido que haya nacido en el mismo barrio o pueblo que yo, i llamo mi compatriota a todo hombre de bien i útil a la humanidad que encuentro en el mundo, que yo tan luego decia, venga a reclamar a la literatura chilena el sello claro e indeleble de su nacionalidad, a la última mitad del siglo XIX, en que el alambre eléctrico i el vapor, echan por tierra los límites mezquinos de las nacionalidades diplomáticas, i tienden cada dia mas, a unir a los pueblos en estrechos lazos de confraternidad.

Pero fácilmente se descubre que no es en nombre de un interes mezquino i egoista que yo pido de los amigos de las Letras en Chile, chilenismo en sus estudios i el sello de su nacionalidad, sino en el interes de la historia, del progreso de la humanidad, i del mejoramiento social i político del pueblo chileno.

En el interes de la humanidad está que el pensamiento de Chile se encuentre representado en su jenuina espresion, en el gran congreso de la humanidad, i que el investigador filosófico, el historiador, el político, el viajero, halle en nuestra literatura el pensamiento de este pueblo, que ha sido i es gran cosa, i que vendrá a serlo mucho mas: de ese pueblo, señores, masa-animada de hombres bien organizados, que cada dia recupera una porcion creciente de sus derechos; pueblo cuya aproximacion temen con horror algunos, miran con aversion los unos, tratan de repeler los otros; pero al que es preciso dar el puesto a que el porvenir lo llama.

¿Qué importa al mundo, a la historia, a las letras, el gasto estéril de preciosas dotes en imitaciones serviles del romance frances? ¿Qué importa al mundo i a las letras, que a orillas del Mapocho, cante un poeta chileno como canta-

ría a orillas del Sena o del Manzanares, un poeta frances o un español.—Lo que el mundo pretende con derecho, del poeta chileno, es que presente, embellecidos en cantos cadenciosos i sublimes, los recuerdos gloriosos i las tradiciones de los tiempos pasados de Chile; que presente a la imajinacion cuadros claros, animados de la vida chilena, de esa naturaleza estupenda i esencialmente poética que nos rodea.—Lo que el arte de la humanidad pide al arte chileno es, que en la invencion i en la esposicion sea, como en la inspiracion, chileno: que la poesia chilena, en su alma i en su forma, sea chilena.

¿Qué es lo que dá tan gran precio en Europa a cuadros de pintores mediocres, que representan con fidelidad, los contrastes grandiosos de la naturaleza de América, sus costumbres, su vida, sus montañas, sus prados, su ropaje peculiar i salvaje? Es el sello de nacionalidad que llevan i que se busca en ellos.

Era niño yo, i lanzado desde Chile, de las antipodas, me hallaba en un liceo de Inglaterra.—En invierno, rodeando el fuego, contabamos cuentos, i con frecuencia tenia yo que contarlos.—"Háblanos de la América, clamaban a una los muchachos, de la cordillera, del Condor, del Avestruz, del arriero, del gaucho: de San-Martin, de Bolivar: cántanos las canciones de tu patria: los cantos populares. ¿Qué buscaban aquellos niños en mí, vestido como ellos que hablaba ingles como ellos? Mi nacionalidad americana:—mi alma hispano-americana al traves del ropaje ingles que me envolvia.

I sin salir del campo de las letras: ¿A qué debe atribuirse la voga prodijiosa del romance poco notable como obra de ingenio, de Harriett Beecher Stowe, *La Cabaña del Tio-Tom*? Claro está que a su carácter esencialmente Americano.—Sin ese carácter, sin ese sello de actualidad, de nacionalidad, de verdad, i de alto interes social que le da la llaga de la esclavatura en los Estados-Unidos, ¿hábria alcanzado reputacion tan grande?

¿Qué ha hecho de Dickens, pobre proto de una imprenta, uno de los escritores mas altamente situados, mas populares, mas ricos de la Gran-Bretaña? La nacionalidad, la sociabilidad de sus trabajos.

¿Qué ha hecho de Fenimore Cooper, el Walter Scott de la América del Norte? La nacionalidad, el americanismo de sus obras; i en prueba de ello es que el autor del *Ultimo Mohicano*, siempre que ha salido de su terreno, su pais, aun cuando, como en *El Bravo*, haya ido a buscar su teatro en Venecia, i sus héroes entre pescadores i gondoleros, sus ensayos han sido comparativamente efímeros.

Pero es que la popularidad de la *Cabaña del Tio Tom*, como la de los *Misterios de Paris*, como la de las obras de Dickens, proviene de otro carácter mui marcado que tambien revisten, dependiente en lazo estrecho del de su nacionalidad, i es el de su *sociabilidad*: es que cada una de esas obras descubre al mundo una llaga, una herida, una enfermedad social nacional, i con una franqueza, un valor, que es preciso que imitemos, la sondea, la examina en todas sus faces, en toda su estension i profundidad, sirviendo de esta manera a la causa del pueblo i de la justicia, que es la de la humanidad.

Dickens hace mas de veinte años que ataca incesantemente cuanto hai de pernicioso en las instituciones sociales de la Gran-Bretaña: ataca el rejimen de las Escuelas; los vicios de las instituciones caritativas parroquiales, revelando el panperismo creciendo i propagándose impelido por esas mismas instituciones, el vicio i el crímen, naciendo, creciendo i desarrollándose con el hombre a impulso de las instituciones mal ideadas para comprimirlo; el materialismo mercantil comprimiendo i ahogando los sentimientos elevados i naturales del hombre. I así en todas sus obras ardientes, espansivas, grotescas, bufonas hasta la caricatura, dolorosas, sensibles, dominando el alma por la risa i por las lágrimas; lento a veces en el retoque fantástico de ciertos cuadros, como conviene al gusto ingles, pero siempre en defensa de algun gran principio social, de alguna causa santa—la de los sentimientos naturales, la de la justicia, la de la debilidad i la inocencia, contra instituciones viciosas.

DEMETRIO RODRIGUEZ PEÑA.

(*Continuará.*)

POESIAS.

A....

Hai un solemne instante en la existencia
En el que candorosa el alma siente
Un deseo de amar indefinible,
Vago, sin causa, dulce, tierno, ardiente.

Entónces del mortal la fantasía
Un ser tan puro i tan hermoso crea,
Como es pura, de un ánjel en la mente,
De Dios la excelsa, la divina idea.

Esa ilusion dorada i misteriosa
Se convierte despues en realidad,
I sus sueños magníficos el alma
De una mujer adora en la beldad.

Es la dicha suprema i el suplicio
Del corazon esa mujer querida:
Ella, como el destino, inevitable,
El porvenir señala de la vida.

Deja en el alma una memoria dulce,
Cual de la vida la ilusion primera,
Amarga, cual de amor el primer llanto,
Como nuestra existencia, duradera.—

Eres tú esa mujer; eres la copia
De ese ser que creó mi fantasía;

Eres el Dios a quien sumisa el alma
Eterna adoracion rendir debia.

Es tuya, solo tuya esta exístencia
Ya la cerquen placeres o dolores;
Una fatal cadena a tí la liga
Ya cubierta de espinas, ya de flores.

* * *

—

En el álbum de la Srita. D. A. C.

Cual flor que el valle en primavera cria
A orillas del arroyo transparente,
Envuelta en densa nube de ambrosia,
Nunca secada por el sol ardiente;
Así se pase un dia i otro dia
De tu preciosa vida eternamente,
Bajo las ilusiones que hoi a tu alma
Amor le dan i venturosa calma.

Santiago, abril de 1859.

Z. Rodriguez.

Escenas de aquel tiempo.

—

VELORIO DE UN ANJELITO.

Siempre me ha gustado observar con atencion las costumbres populares, porque me encanta ese candor que el pueblo demuestra en sus costumbres comunes. Aquí es donde creo que debe estudiarse al hombre: en el pueblo es donde debe observársele principalmente, con todas sus pasiones i afectos naturales, cuando aun no han sido cubiertos con el barniz de la mentida civilizacion..... que si bien hai preocupaciones en el pueblo, no es ménos verdadero que las revela con ese simpático candor del sentimiento, porque el pueblo es todo corazon....

Pasaba un dia por una de nuestras mas ricas provincias, i acababa de obtener el permiso de mis maestros para pasar las vacaciones con mi familia. Iba con todo el placer que puede experimentar un colejial de catorce años, que despues de haber rendido satisfactoriamente sus exámenes, corre a disfrutar de la holgura que se le dá.—Allá, mui allá, ¿no veis? tras de aquellos cerros azules le esperan con los brazos abiertos seres queridos que desean ardientemente estrecharle junto a su corazon. El tambien lo desea: bien se echa de ver su impaciencia en el modo como aguijonea su cabalgadura, ya cansada de tanto trepar i bajar colinas. Despues de un cerro, a donde con dificultad se sube, la vista dá con montes empinados, cuyos precipicios hacen estremecer, o con lomajes bajos, cubiertos de vejetacion. El boldo con sus granos de oro; el maqui de dulcísimo fruto; el litre, el lingue i los jigantes quillai i peumo ostentan aquí i allí sus diversas i variadas formas. Una que otra palmera que descuella sobre los demas árboles, eleva su copa esférica sobre su tronco recto i elegante; i todo el conjunto es animado aun por el canto de mil clases de pájaros.... Un esterillo se ve casi siempre culebreando por el fondo del valle, consus verdes márjenes cubiertas de maitenes, sauces i arrayanes.... Ah! para un pobre colejial que pasa todo el año encerrado entre las cuatro paredes de un colejio ¡qué belleza no se encuentra en cada una de estas cosas! Cada uno de estos pormenores es un bellísimo episodio del gran panorama, i el corazon del jóven reboza de contento, respirando libremente el puro aire de las montañas. En cada vallecito que pasa, en cada collado que sube, reconoce una senda, un árbol, una quebrada, que le indica la proximidad mayor i mayor de su querido lugar. Renuévanse mil veces las escenas del camino, principalmente cuando se viaja por el quebrado i variadísimo territorio del litoral, i no pocas veces sucede que uno se engañe creyendo encontrarse con los lugares que desea ver, tras de este o aquel cerrito, subido el cual, se ve desde su cumbre lo que no se esperaba. Entónces es cuando el caminante impaciente le pregunta a su *guaso* baqueano:

—¿A qué horas llegaremos?

—Antes de horas de mediodia, señor.

—¿Mui distantes estamos aun?

—No, señor; *está aquí lueguito.*

I despues de haber andado tres o cuatro leguas en silencio:

—Pero, hombre, ¿no me decia Ud. que ibamos cerca?

—Sí, señor; si ya vamos a llegar. Luego que pasemos esta llanáa, subimos aquel portezuelo, i cortamos despues por l'orilla el cerro, hasta llegar a un recoo el cerro, i al otro laito, ei no mas está la posáa onde heimos de hacer medio dia.

—Bueno: pero cuanto habrá de distancia?

—Habrá..... habrá como una legua i un poco.

I llega uno a la tal posada despues de andar dos leguas largas.

. . . . . .

Pero quiero tomar el hilo de lo que me propuse contar.—Hacía un calor extraordinario, i mi fatigado caballo parecia pedir descanso, segun lo de mala gana que caminaba. Yo iba muerto de sed, i deseando apagarla, torcí la rienda hacia una casita, junto a cuya puerta ví una mesa cubierta con un pequeño mantel, sobre el cual habia puestos unos cuatro panes, una sandía i un melon.

—Buenos dias, señora, le dije a una mujer que hilaba a la puerta.

—Mui buenos dias, señor, me contestó, dejando en el suelo su uso i su copo de lana, mientras que huian para dentro del rancho dos o tres chiquillos que la acompañaban.

—¿Tiene alguna sandía que venderme?

—Sí, señor; apéese Ud.

I diciendo esto, se levantó de su asiento, i corrió a acercarme un banquillo en el cual me senté a descansar. Luego me trajo una o dos

sandías, que partió i me puso delante. Invitado por el bello color de grana de la fruta, tomé hasta apagar la sed que me maltrataba; i como con refrescarme me viniese el hambre, que en toda la mañana no me habia acudido, le pregunté si tenia algo que darme de comer.

—No hai mas que unos porotitos, me dijo, bajando la cabeza i sonriendo.

—I pollos, no tiene Ud.?

—Sí, señor; pero no hai grasa; i tambien faltan las papas, i....

—I no habrá por aquí donde comprar todo eso que falta?

—No hai mas que en el bodegon de ñor Pedro: sí, señor; allí está, en aquella casita onde se ve aquel alamo grande.

I me mostraba con su mano un rancho de no mejor parecer que el suyo. Envié allí a mi mozo, quien me trajo todo lo necesario para una casuela. Hizola la buena mujer; i en menos de dos horas ya mi inquieto estómago estaba contento.--Mientras tanto entablé con la *patrona* el siguiente diálogo:

—Ud., será casada, sin duda?

—Sí señor: mi mario está trabajando en la chacra el patron. Nosotros somos de allá el otro lao e Rio Claro; pero nos heimos venio aquí, porque el rico le tiene prometio a mi mario que lo hará mayordomo e la estancia.

—Mucho tiempo ha que se vinieron?

—Nos heimos venio agora poco no mas; antes de las cosechas i si nos va bien con este rico, nos queamos viviendo aquí; pero si nó, yo le hei dicho a mi mario que los vamos pa Chile, pues.....

—En Chile estamos, pues, señora, le interrumpí con toda la irreflexion de un chiquillo.

—Ah! si señor; los vamos pa la ciudá le diré, por que me ha mandao llamar una parienta que tengo allá.

—Ha estado Ud. alguna vez en Santiago?

—El año pasao estuvimos con mi mario; i juimos siguiendo a una prima que vivia conmigo, i que se jue con unos pasajeros que alojaron en casa. La buscamos hasta que los cansamos por toas partes, i no puimos hallar ni una razon: hasta que al cabo nos dijeron que la habian pillao los jueces i que la habian echao a la casa e corrucion.

—Es a donde va a parar esa clase de jente: ¿i no la trajeron?

—No señor. ¿Cómo la habiamos de trer nosotros que somos unos pobres i no teniamos a naide que hablara por nosotros? Se queó allá; pero los dieron esperanzas de que la soltarian dentro de un año.

--Entonces Uds. deben ir a buscarla.

--Si alquirimos algun moo con que poer ir, heimos d'ir i naa mas; porque yo le hei dicho a mi mario de que no es conciencia ejar esa mujer sola en la ciudá, onde hai tantísimas tentaciones.--A mí me han echao la culpa de too el sucedio, como si yo juera una mujer de esas arrastraas; que gracias a Dios, naide tendrá que tomarme en boca; pues soi una mujer honrada i conocia en mi lugar, i nunca jamás habia sucedio en mi casa jénero e cosa; hasta que vino esta mujer a echar bolas a la raya i a dar que hablar i naa mas.

Me habria espetado la buena mujer toda la historia de su familia, sino hubiese sido interrumpida por la llegada de un hombre, que en el momento de saludarnos conocí ser el dueño de casa. Venia montado en un caballo tordillo, ensillado con una montura de pieles de carnero como las que usan nuestros guasos; i cuyos estribos eran tan excesivamente grandes, que llamaron mi atencion. Pero no me admiraron menos su sombrero de lana, tamaño como un paraguas; su gran poncho que le cubría hasta mas abajo de las rodillas, i sus no mui pequeñas espuelas de hierro, cuyo templado sonido anunciaba desde lejos los descompasados pasos del *guaso*. Salúdome cortesmente, i sentóse junto a mí. Luego nos empeñamos en una conversacion que me confirmó todo cuanto la mujer me habia dicho, con la diferencia de que en el hombre se notaba mil veces mas reserva que en la mujer.

Agradóme mucho la buena razon que manifestaba Pancho (este fué el nombre que le oi dar por su mujer). Díjome como era verdad que habia tenido *intencion* de irse a Santiago, porque en *las campañas era barbaridá lo poco que se pagaba a los trabajadores, principalmente a los gañanes.* ¿Qué podrá hacer, señor, me decía, un gañan con un real diario, sobre too cuando hai que mantener una mujer i cuatro o seis chiquillos? Por eso es que uno se halla siempre *empeñao* con los patrones; esto es cuando se da con patrones *que le avien a uno.*

--Es verdad, amigo. ¿Pero no es mas que un real el jornal del peon por dia?

--De antes, sí señor; aunque agora en la utualiá se han alargao los ricos a real i cuartillo, con comia; pero no les dan cena.

--Eso ya es algo mas. Pero cuando un gañan se porta bien, deberian elevarlo a otro destino que le diese mas, o por lo ménos aumentarle su diario, por gratificacion.

--Algunos ricos lo hacen así. De gañanes los suelen hacer pasar a mayordomos, capataces o potrerisos, que pagan un tanto anual, quedándoles las manos libres para hacer otros negocitos.

--I ¿cuánto gana un mayordomo, un vaquero.....?

--Sigun i conforme es la estancia, pues señor: algunos rieos pagan cuarenta o cincuenta pesos a un mayordomo e piones. En otras estancias pagan mejor. Los vaqueros ganan hasta cien pesos, con raciones.

--¿Qué raciones son esas?

--Raciones pues señor que los patrones dan de grasa i charqui a sus sirvientes en tiempo de la matanza. En algunas estancias, ademas de las raciones para los mayordomos, vaqueros i capataces, les dan a todos los sirvientes un *pedacito de chacra* para que siembren con aperos de la misma hacienda.

Mientras hablábamos esto, la mujer preparaba a su marido un banquillo, sobre el cual puso una cuchara de cuerno: luego trajo un plato de barro negro lleno de frejoles, i lo presentó a su marido. No ví que la mujer comiese; pero cuando entró noté que se saboreaba de cuando en cuando, lo cual me hizo sospechar que ya habia contentado su estómago en la cocina. El hombre comia con una gana tal que abriera la mia, si yo no hubiese hecho lo mismo, momentos antes; i a cada cucharada, daba un resoplido sobre ella, como talvez lo haría Sancho Panza cuando se halló en las ponderadas bodas de Camácho. Yo estaba ocupado de examinar la vivienda de mis huéspedes. Un ranchito de paja de diez a doce varas de largo, al travez de cuya mal embarrada *quincha* pasaba sin dificultad el aire i la luz, contenia en su interior varias clases de granos, pieles de ovejas, yugos, hachas, barretas, látigos i demas aperos de labranza: todo a granel, sin órden, i tan lleno de vasura aquello, que mas bien parecia un corral que la morada de un hombre. Como era un niño sin experiencia, me admiré de que pudiesen vivir aquellas jentes casi a la abierta intemperie, pero, andando el tiempo, he visto a la mayor parte de nuestro pueblo tan mal alojado, i viviendo con tan gran satisfaccion en sus pobres ranchos, que he llegado a creer que no hai animal como el hombre para acomodarse a las circunstancias de la vida. Por otra parte, siempre que les he preguntado a los inquilinos de las estancias el por qué no acomodan mejormente sus viviendas, me han contestado con esta frase:

—I pa qué, pues, señor? De aquí a mañana lo votan a uno, i le quea el rancho a otro.

—Pero, hombre, ¿por qué no les tapan siquiera los agujeros, para preservarse del aire i de la lluvia?

—No señor, si está güeno así! ¡Pa lo que hei de durar en esta estancia!

He aquí el carácter de nuestros guasos: por la pereza sufren con paciencia el frio i el hambre; i la pereza misma enjendra en ellos esa espantosa conformidad con la miseria. No me acuerdo de las reflexiones que por entonces hacia yo, viendo comer tan de buena gana a Pancho, cuando acerté a mirar hácia el camino de en frente, a tiempo que pasaba una multitud de muchachos, despedazados i desgraciados, corriendo, saltando i gritando.—Seguialos una pandilla de diez o doce personas, compuesta en su mayor parte de mujeres. Pregúntele a Pancho sobre que podia ser aquello, i me contestó que sin duda era el *acompañamiento del velorio de un anjelito que iba a haber en la casa de la ña Chepita*:

—I quien es esa ña Chepita?

—Es la meica del lugar, señor: ese niño se le murió a una mujer que vive pu allá arriba, i lo iban a velar en su casa; pero la tia Chepita se lo pidió a la madre pa hacer el velorio en la suya.

—Si es tan linee esa vieja, dijo a esta sazon la mujer: por ganar con el chiquillo lo hace i naa mas.

—¿Cómo ganar?

—Sí señor; por ganar: por que como ella tiene en su casa pan, chicha i otras cosas de comia, i con el velorio se junta harta jente, le corre la venta que da gusto. Por esto anda pidiendo niños muertos que se los presten pa velarlos ella.

—Calla la boca, mujer, la dijo moderadamente Pancho.

—Sí! calla mujer! Miren que otra aquella! Con que no conoceré yo a la tia Chepa? No te acordais vos cuando le pidió prestao a la Cipriana el chiquillo que se le murió el año pasao? I sigun la razon que corre, dicen aquí en el lugar que el niño se murió de un daño que la tia Chepa le hizo; por que la tia Chepa es brujaza; esto no me lo quita naide de la cabeza. Pa que vean no mas! Si! no sabré yo lo judia que es esta vieja bruja, ave María; Dios me perdone: pero lo que es, se ha de ecir i naa mas. Pues, señor, como se lo cuento sucedió: que se lo pasó toa la jente bebiendo i remoliendo ei en su casa, que era horror; hasta que el rico la amenazó de que la votaria si no enterraban luego al anjelito, que ya estaba hediondo.

—Yo creia, interrumpí, que estos velorios eran solo en casa de la madre.

—Si se usa tambien, me dijo Pancho, el que las madres presten a sus hijos pa que los velen en otra casa; i tambien hai veces que suelen revender al anjelito, por que el negocio es güeno.

—Vaya un negocio! esclamé horrorizado.

—Sí señor: el negocio es mui güeno, sobre too en el mes de mayo, porque como entonces es cuando la jente mata sus chanchos pa venderlos, sale mas lucia la funcion, i se vende too el chancho sin quedar ni pizca. Too eso que le ha icho mi mujer es cierto; pero yo tengo miedo de que hable así por lo que puede sucedernos, pues la tia Chepa tiene mala fama; i como dice el refran: no hai que creer en brujos: pero no fiarse de ellos, yo le tengo icho a esta mujer que no sea tan desbocaa cuando hable de la ña Chepa.

—I a mi que se me dá, (contestó la mujer) de los enojos i daños de la tia Chepa? ¡Por lo poco amigas que somos con la ña Claudia! Esa sí que sabe *arte*! Es capaz de arle *una i las guachas* a la meica.

Picome todo esto la curiosidad, i quise ver por mis ojos una cosa que solo conocia de *oidas*. Prometíomé el buen Pancho que en cuanto se desocupase de su trabajo en la tarde volveria para acompañarme al velorio. Como niño que era, no se me paso por la imajinacion la mala noche que me iba a dar, pues no habia en las cercanias ni la mas miserable posada en donde alojarse.

Despues de haber recorrido una gran parte del vallecito, i cuando ya el sol se habia escondido debajo del horizonte, llegó Pancho a

todo el galope de su caballo. Encaminámonos entonces, seguidos de mi mozo hácia el lugar de la *funcion*. Desde lejos se echaba de ver cual era la casa del regocijo mortuorio, por la sonaja i grita, tanto como por el ruido de los *voladores* que se elevaban i corrian por el aire como metéoros luminosos.

Cuando llegamos, estaban en lo mejor de la *remolienda*. En frente del corredor de la casa habia una gran viga atravezada sobre dos horcones bajos, viga que crujía a los recios empellones de varios caballos topeadores, cuyos jinetes pugnaban por ganar el mejor puesto.

Al otro lado, una mujer freia unas sopaípillas, las cuales vendia en el momento de sacar de la sarten, al mismo tiempo que varios muchachos animaban este *quirigai* trayendo a los topeadores sendos vasos de licor. Desaforados eran los gritos que se daban afuera, i de vez en cuando salian de la casa los de: ¡viva! ¡viva el anjelito! ¡Qué anjelito tan glorioso!!

Apéeme de mi caballo, i luego que comí alguna cosa de lo que allí habia, me acerqué a la reunion con el objeto de observar la escena interior; lo cual hice desde afuera por una ventana, pues no era posible entrar dentro de la pieza. La multitud obstruia la puerta de tal modo, que era de temer por los que querian salvar aquella barrera de jente ebria i hambrienta de desórdenes i trastornos. Puesto yo en mi observatorio, ví en frente de mí una especie de altar, hecho sobre una mesa con cortinas i ramos de flores. Varias velas ardian sobre la mesa alumbrando a un niño muerto, como de seis o siete meses de edad sentado bajo el docel o nicho que las cortinas formaban. Unas cuantas mujeres rodeaban la mesa, charlando, comiendo i bebiendo; i entre ellas, una *cantora*, rasqueando su guitarra, cantaba de cuando en cuando algunos versos referentes a la actualidad, i compuestos sin duda por los poetas del lugar.

Una de las coplas recuerdo que decia:

Mi señor don anjelito,
Cogollito e peral;
Que parecis garza triste
Paraa en un pieiregal.

Reíme del disparate; pero mi risa se duplicó cuando la cantora volvia a su canto:

Que glorioso el anjelito
De divina majestá:
Pues sois la quinta persona
De la sesta trinia.

I toda la concurrencia esclamó a una:

¡Que viva el anjelito!
¡Viva, viva el anjelito!

Renuncio a poner aquí los demas versos que oí; i tal vez aun cuando quisiera hacerlo, no podria, por no poder hacer memoria de ellos. Mi atencion se fijó bien pronto en una vieja a quien por mal nombre llamaban *la bruja negra*. Esta se encargó de contar la multitud de milagros i apariciones cuyo héroe era el anjelito en cuestion. Era de ver la atencion que todos ponian en la narracion de la bruja, la cual era solo interrumpida por las instancias de uno que otro hombre ebrio que venia con sus empeños de hacer beber a todas las mujeres del corro. Hallábanse allí las parientas del difunto ánjel, parientas que *por deber* no manifestaban dolor alguno, *pues sabian que su feliz primito habia ya de ocupar un asiento en el cielo*. Asi es que aunque sentian en realidad al niño, no demostraban dolor alguno; antes mas bien se unian a la alegría jeneral. Ya la madre habia recibido los *parabienes* por tener un hijo *entre los ánjeles del cielo*. Yo hice que Pancho me la mostrara. Su semblante indicaba tristeza; pero no lloraba: i en vez de oponerse a la alegria de los demas no parecia sino que les agradeciese las cordiales manifestaciones de que su hijo era objeto.

Hasta entónces no habia notado una ave colgada en frente del altar i a la altura de la cabeza del niño; era una paloma blanca. Pregúntele a Pancho ¿qué significaba aquello?—Es el alma del ánjel, me contestó, que ha volado al cielo.

Agrádome sobre manera el signo, i me complací al ver en aquella escena grotesca por demas algo que manifestase la elevacion del espíritu humano. A poco rato se levantó la madre de su asiento, i acercándose a la mesa, miró a su hijo unos pocos momentos: bésole en seguida en la frente, i abrazándole con sin igual ternura, le dijo entre sollozos, i envueltas en un agudo jemido estas palabras: *A Dios, hijo mio! ¡Ruega a la virjen por mí, por tu madre!* Al tornar a sentarse, ví que algunas lágrimas corrian a lo largo de sus mejillas. Era aquello un grito de la naturaleza que se anunciaba, a pesar de las preocupaciones i groserías humanas. Algunas amigas de la madre, llegándose sucesivamente al niño, le sacaban, ya una cinta, ya un pequeño trozo del vestido; todo lo cual guardaban con supersticiosa relijiosidad. Otros, arrancándose un mechon de sus propios cabellos, lo depositaban en las manecitas del inanimado infante, para que (segun me lo dijo Pancho) los elevase hacia el cielo.—Estas prácticas, aunque supersticiosas, me parecieron demasiado tiernas; i formaban contraste singular con los grotescos i ridículos jestos de algunos borrachos que rodeaban la escena. Muchos que ya no podian tenerse de pié, caian al suelo, cediendo a la narcótica accion del vino; i muchos otros, marchaban para allá i para acá a medio sostenerse, pugnando aun por estar derechos.

Como era demasiado tarde, traté de retirarme de allí, i mandé a mi mozo que preparase los caballos. Rógome el buen Pancho que me fuera a alojar a su casa, diciéndome: *siento mucho señor, que no haiga comodidad en mi casa; pero está a su disposicion lo que tengo.*

Acepté la oferta agradeciendo la buena voluntad con que fué hecha, aun cuando tuve que dormir en el corredor de la casa.

Cuando al dia siguiente les pregunté a mis huéspedes por el valor de su hospedaje, me contestaron:

---Naa señor: dispense usté lo malo.

---Les agradezco a ustedes su buena voluntad; mas espero que me digan cuanto les debo por su trabajo en darme de comer ayer.

---Lo que a usté le naciese de corazon, me dijo la mujer, sonriéndose i bajando la vista.

Saqué algunas monedas i se las dí, las que recibió, dándome el mas agradecido *Dios se lo pague*. Subiendo en seguida a mi caballo, proseguí mi viaje hacia donde varios amigos me esperaban.

DANIEL BARROS GREZ.

Soneto.

Bailando juntos la pisé el vestido
I quejoso de mí jimió al instante;
Yo incliné, avergonzado, mi semblante
I la dí mil escusas sin sentido.

Ella al verme confuso i aturdido
Bajó tambien su frente rozagante,
I entre excusa i perdon, con voz temblante
Murmuraron sus labios: «nada ha sido!»

Yo al ver su aturdimiento inesperado
De su mismo candor forméme escudo
I vuelto sobre mí la dije en calma:

«Nada debe estrañar que un golpe rudo
Rompa el lino sutil, quien ha logrado
Con su mirada desgarrarme el alma!»

MARTIN JOSÉ LIRA.

Ecos de la semana.

Santiago, octubre 29 de 1859.

SUMARIO.—*La vida es sueño.*—El mundo de la vijilia.—La Alameda de blanco.—Los boletos en blanco.—El teatro en blanco.—Las novedades en blanco.—El mundo de los sueños—Una soltera que sueña.—Un novio que sueña.—Un *fashionable* que sueña.—Breton i la compañia dramática.—*El vizconde.*—Un beneficiado benefactor.—La empresa del teatro.—Circulo de Amigos de las letras.

¡Ah! Calderon, Calderon! si hubieses llegado hasta nosotros, como tu fama imperecedera, i conocido a nuestra gloriosa capital, con cuánta mayor razon no habrías dicho entónces:—*la vida es sueño!* Porque ¿qué otra cosa sino sueño es esta vida que llevamos los vecinos de Santiago, o mejor, que arrastramos, tan pesada es ella? Salid a la calle, i no tardareis en quedar cegados por el polvo de las demoliciones; entrad en nuestros mejores círculos, i tampoco tardaréis en sentiros agobiados bajo el peso de una conversacion que es siempre la misma, uniforme, monótona, desesperante. Edificar i hablar, tales son nuestras dos ocupaciones favoritas. Los que son propietarios levantan casas en nuestras calles, i los que no lo son levantan castillos en el aire. Los capitales de los unos duermen a pierna suelta convertidos en ladrillos i estucos, mientras que la actividad de los otros duerme tambien sin cuidado, convertida en frívola i esteril charla. I todo duerme, los hombres i las cosas, los muebles i los inmuebles, el espíritu i la materia, la esperanza i el deseo, la intelijencia i la voluntad, la discusion i la accion. En medio de esta universal modorra en que nos tiene sumidos el hijo de la Noche, si hai algo que mirar i admirar es el aire de indolencia i beatitud de tánto dormilon, si hai algo que oir son sus ronquidos, si hai alguna novedad son sus sueños i pesadillas.

No vayais, pues, curiosos lectores, a buscar historias interesantes ni sucesos ruidosos en las horas de la vijilia, en el bullicio del dia, en el movimiento de la poblacion despierta, en el campo de la vida real. Seria inútil vuestro afan, tiempo perdido lastimosamente el que gastaseis en semejante tarea. En vano correríais en todas direcciones persiguiendo novedades, en vano penetraríais en todas partes para descubrirlas, en vano acecharíais a todo momento para cojerlas al paso; porque al fin rendidos i desesperanzados tendríais que exclamar:—*nihil novum sub sole!*

Id sino a la Alameda, i a la incierta luz del crepúsculo, haced por distinguir entre la concurrencia alguna nueva belleza, o siquiera alguna nueva fealdad. ¡Falaz esperanza!—si la abrigasteis.—Las mismas fealdades nuevas o viejas, las mismas bellezas viejas o nuevas, paseaban ayer, pasean hoi i pasearán mañana; con los mismos trajes de verano prematuro, sutiles, vaporosos, impalpables.—A no ser que se quiera contar como novedad, el predominio creciente del color blanco sobre las telas, que amaga destruir todo matiz. I en verdad que el número de los vestidos blancos aumenta de un modo alarmante. ¡Qué candor, que pureza de colores, que nevada de blancos trajes! Momentos hai en el paseo, en que uno se imajina atravesar lo mas crudo de la cordillera.

Id despues a comprar boletos de rifa, ansiosos de hallar en ellos alguna novedad. ¡Pérfida ilusion! Estaban blancos como los vestidos que acabais de ver en la Alameda; i por segunda vez sois víctimas del color blanco.

Id en seguida al teatro, pedidle novedades, i recibiréis otro amargo desengaño. Los espectadores han dejado en blanco la funcion del mártes, i la *neuraljia cefálica* de la Mur ha dejado en blanco a los espectadores de la funcion del juéves. I la Mur ha vengado a Clapera, i la concurrencia del

juéves i el beneficiado del mártes, han sido tambien víctimas del color blanco.

Id finalmente a ver el termómetro i hallaréis que sigue marcando los mismos grados sobre cero; i cansados de no encontrar novedades ni aún en la temperatura, extenuados de fatiga i languidecidos de calor, iréis cambiando insensiblemente vuestra posicion vertical por otra horizontal, juntaréis paulatinamente los párpados, comenzaréis a pensar distraidamente i acabaréis por quedaros profundamente dormidos.

¡Cambio ventajoso! feliz transicion! El mundo de la vijilia, el pretendido mundo de la realidad, árido, silencioso i abrasado como el desierto de Sahara, barrido como él por el *simoun* de las contrariedades i el desaliento, ha desaparecido: el mundo de la fantasía se hace visible a vuestros cerrados ojos con sus jenios todos alados, con sus mujeres todas bonitas, con sus cuadrúpedos que hablan, sus pescados que vuelan i sus pájaros que nadan, con sus rios de topacio, sus mares de zafiro, sus bosques de esmeralda i sus montañas de rubí, con todos sus misterios atractivos, sus prestijiosos absurdos i maravillosos caprichos. ¡Inmensurable campo! La imajinacion, dueño absoluto de vuestro ser en este momento, esparce en ese campo sus semillas, i los sueños brotan como las espigas, crecen como ellas, i como ellas se vuelven dorados. ¡Qué de visiones deslumbradoras, qué de trasformaciones portentosas, qué de lances increibles, qué de historias inverosímiles, cuánta luz, cuánto ruido, cuánta animacion no ha despertado vuestro sueño! A la inaccion de la vijilia ha sucedido la actividad del reposo; hace un instante dormiais despiertos, ahora vivis dormidos. Calderon lo ha dicho:—*la vida es sueño.*

Así ¡bienaventurados los que sueñan, porque viven! i de consiguiente, bienaventurados los vecinos de Santiago que se duermen para soñar, cansados de velar para fastidiarse!

El sueño ha sido, pues, el pasatiempo mas jeneral, la distraccion mas amena i la novedad mas variada de la semana; i con el sueño han venido los sueños, i todos i todas han soñado.

¿Conoceis a Matilde Z... la mas seductora morena de ojos negros i rasgados, la criatura mas festiva i simpática, entre todas las criaturas simpáticas i festivas?—La linda niña ha soñado, como era de rigor, i contaba su sueño en noches pasadas a algunas amigas suyas:

—Me hallaba no sé donde,—las decia,—i ví venir hácia mí una berlina de color verde, fina, lijera i elegante, tirada por dos alazanes hermosísimos; i acerté entónces a mirar al lado opuesto i ví que tambien venia hacia mí una casita preciosa, pintada de verde; i volví la vista a otro punto i ví que se adelantaba hácia mí una procesion de vestidos innumerables, todos verdes; i finalmente vi acercárseme por otra direccion un lindo cofrecillo henchido de esmeraldas, que me vibraban sus verdes i puros reflejos. I la berlina volaba aceleradamente, i la casa caminaba a toda prisa, i los vestidos corrian i el cofrecillo volaba. I todo esto no tardó en llegar, i se detuvo delante de mí; pero empezó al punto a ajitarse de un modo estraño, a descomponerse i perder su forma, hasta convertirse en un hombre. No sé si aquel hombre era jóven o viejo, feo o hermoso; solo sé que estaba bien vestido i me decia:—Esposa mia! Pero yo no lo miraba; inquieta i pasmada volvia los ojos a todas partes buscando la berlina, la casa, los vestidos i el cofre que habian desaparecido; i el cofre i los vestidos no volvian a mis ojos, i la casa i la berlina tampoco reaparecian. Llena de angustia i desesperacion, me eché a llorar, quise dar voces i.... desperté.

Oid otro sueño, que ya no lo parece, tan largo se ha hecho: comenzó hace algunos dias i aún no ha terminado.—Cierto amartelado galan, en vísperas de casarse, tuvo no ha mucho la ocurrencia lastimosa de echarse a dormir la siesta; i miéntras la dormia soñó, i soñó que se hacia conspirador, que tomaba parte en una intriga política, que era descubierta la intriga, i que la policía cobraba repentinamente el mas decidido interes por su persona. El no quiere, sin embargo, cambiar los dulces lazos del matrimonio por los tiernos abrazos de la policía, i trata de huir; pero un hombre dormido no puede huir mui de prisa; así es que la policía lo captura sin mayor trabajo, lo pone en un coche i pone el coche en camino. I ved aquí a nuestro novio despierto, transformado en prisionero dormido. Hasta ahora nada de estraordinario: mas lo que es increible i no por eso ménos cierto, es que el coche continúa rodando i el novio durmiendo hace muchos dias, i que ni aquel da esperanzas de detenerse ni éste de despertar. I lo que es mui creible i no por eso ménos falso, es que tan famoso dormilon haya conspirado, que la enamorada policía lo haya pretendido i mucho ménos que haya llegado a desposarlo. Entretanto, la Sta. X. . . . su verdadera desposada, se ha cansado de esperar que despierte, ha conocido toda la perfidia de un sueño pesado, prometido no volver a mirar a ningun somnámbulo i cantado alegremente el estribillo de la cancion con que la discreta Altisidora despedia a don Quijote:

Cruel Vireno, fujitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.

¿Quereis oir todavía otro sueño? quereis saber lo que ha soñado el gallardo Z. . . . el niño mimado de las niñas. . . . de sus ojos, el hijo predilecto de las buenas fortunas, el padre de la moda i la elegancia, el repertorio mas completo de aventuras galantes?—Soñaba en dias pasados que llovia, pero nó agua, sino billetes de banco, i nó a cántaros, sino a puñados. I las codiciadas tiras

de papel caían i caían i caían. . . . I al caer, se pegaban las unas a las otras e iban formando un cuerpo esférico, coronado luego por otro mas pequeño, que remataba en otro mas pequeño todavía, hasta dibujar sucesivamente la crinolina, el justillo i la cabeza de una mujer. I esta forma femenina se movia, respiraba, hablaba i lo miraba. El tambien la miraba de cuando en cuando, pero nó de hito en hito, porque un maldito billete rosado que habia entrado en la composicion de los ojos i la nariz, comunicaba a la cara de la vision un aire tan poco atractivo, que el gallardo Z. . . a pesar de su probado valor, tenia miedo i vacilaba. Así estuvo perplejo un largo rato, en que la vision no cesó de lanzarle ternísimas miradas, dignas de mejores ojos. Al fin, el intrépido mancebo midió sus fuerzas, cerró la vista i corrió a ella exclamando:—esposa mia! Al ir a abrazarla despertó. . . . . .

Pero ya es tiempo de que nosotros despertemos tambien, i dejando el mundo de los sueños i sus ficciones, vayámos a pedirle al teatro las suyas. Mui avaro de ellas ha sido por cierto en la presente semana. Sin el beneficio de Clapera, habriamos tenido que limitarnos a las *Cuentas atrasadas* i *El Vizconde*, que compusieron la funcion del domingo.

Es sensible que Breton de los Herreros no haya nacido para la compañía dramática que hoi funciona, o lo que tanto vale, que esta compañía dramática no haya nacido para Breton; pero es la verdad: verdad comprobada por cuarta o quinta vez con la ejecucion de las *Cuentas atrasadas*, felicísima creacion del Molière español i sin embargo mal gustada del público. Esto no quiere decir que la esposa Gaitan no fuese acertadísima i brillante en el desempeño de su papel; que su marido, aunque no estaba en su cuerda, no hiciese el suyo con habilidad, i los demas actores no llenasen en jeneral la medida de sus fuerzas; mas, por desgracia, Breton exije algo mas, mucho mas. Para apreciar sus piezas, es menester gustarlas como un vaso de vino jeneroso, sorbo a sorbo, es decir, verso por verso, palabra por palabra.

Mas afortunada que las *Cuentas atrasadas* fué la zarzuela:—*El Vizconde*; i era natural. Ahí estaba la Mur, convertida en el vizconde mas apuesto i donoso que pisó jamas estas playas, siempre admirable i siempre admirada; ahí estaba Clapera, justamente aplaudido, Herrera, insinuante i oportuno, i la Alvarez, que no ha desmentido su estreno.

Lleguemos al mártes i al beneficio de Clapera.

¡Qué punible desercion, qué inesplicable pereza la que acometió al público aquella noche! Cómo! ¿Clapera, el hábil zarzuelista, el simpático cantante, el gallardo actor, el favorito de los *dilettanti*, se vé abandonado i solo en la noche de su beneficio? Qué quereis! La zarzuela: *Mis dos mujeres* no habia gustado en su estreno; los espectadores tienen poca aficion a la bigamia, i condenaron la zarzuela, sin acordarse del beneficiado, que no fué en realidad sino *beneficiable* i al dia siguiente se convirtió en benefactor de la *Casa de María*.

La prevencion del público contra esta zarzuela es, sin embargo, injusta. Si la fábula dramática no es feliz, en cambio la música pocas veces deja de serlo, abunda en melodías graciosas, tiene brillo i movímiento i se desliza con soltura.

El personal de la compañía lírico-dramática acaba, segun se asegura, de hacer una excelente adquisicion con tres nuevos artistas: los esposos Cortes i un tenor zarzuelista, Florez.

Si así fuese, la empresa del Teatro Municipal habria contestado, de un modo contundente a mas no poder, a los violentos ataques que le ha dirijido la prensa últimamente. I si así no fuese, no por eso seria la empresa digna de tales reproches. La verdad es que si la actual compañía es incompleta, es tambien la única que pudo contratar la empresa; que si cuenta en su número cantantes bisoños i actores mediocres, cuenta tambien algunos excelentes artistas, i que si la empresa no hubiese abierto con ella el Teatro, cerrado se estaria hasta hoi.

Antes de concluir, detengámonos un momento, ilustrados lectores, para oir, en el *Círculo de Amigos de las letras*, una hermosa lectura de don Manuel Blanco Cuartin.

Ya sabeis que Blanco Cuartin es un distinguido literato, pero acaso no sabiais que es tambien un hombre de ciencia, cebado en los estudios filosóficos i médicos, avezado a las investigaciones profundas i armado de buena lójica. Despues de saber esto, no estrañaréis que en la lectura de anoche, principiada i no terminada aún, siguiese el curso histórico de la filosofía i la medicina con un tino i habilidad relevantes, con abundante copia de justas apreciaciones, con amena erudicion, i en un estilo atractivo, animado, brillante i colorido. En el número próximo, principiará este trabajo a ver la luz, i entónces comprenderéis que no os he dicho sino una pequeña parte de su mérito.

Un estudio sobre la prostitucion de Santiago, que don Adolfo Valderrama leyó en seguida, nos permitió apreciar las deplorables conquistas que este terrible enemigo hace sobre nuestra capital. Inútil es deciros que Valderrama no se desmintió en su estilo vigoroso i ardiente, figurado e incisivo.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

BIBLIOTECA NACIONAL

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
JOSÉ TORIBIO MEDINA

La Semana.

PERIODICO NOTICIOSO, LITERARIO I CIENTIFICO

Redactores:— Justo i Domingo Arteaga Alemparte.

Año I. Santiago, Noviembre 5 de 1859. Núm. 25.

LA SEMANA.

SANTIAGO, NOVIEMBRE 5 DE 1859.

Las sociedades hispano-americanas.

IV.

Cuanto en las sociedades américo-hispanas sucede es lójico.—Si algo deberia admirarnos en la combatida existencia que arrastran, no es los vicios que las roen, las pasiones que las despedazan, las preocupaciones que las ciegan; es que esos vicios, pasiones i preocupaciones, no las hayan precipitado ya en la decadencia.

Estúdiense los elementos que constituyen en este momento el cuerpo social americano, i no se encontrará nada de lo que forma la grandeza de los pueblos i la virilidad de las razas. —En cada paso que se avanza en ese penoso estudio, se deja alguna aspiracion, algun deseo, alguna creencia. Todo parece imposible no solo de realizar sino aún de acometer.

Hácia donde quiera que se echa la vista se tropieza con sociedades de raquítica juventud, presas de las miserias i dolencias combinadas del atraso i la civilizacion; con todo el orgullo de la ignorancia i toda la debilidad de la postracion; con pueblos esclavos del sable i la degradacion, i altas clases sin valor, sin patriotismo, sin dignidad, sin lealtad, sin alma, sin corazon, sin intelijencia, sin otra creencia que el oro, sin otro Dios que el oro, sin otra patria que el oro, sin otra aspiracion que el oro, sin otro amor que al oro.—Por todas partes se grita—república!—democrácia! i por todas partes esas dos verdades se ven vendidas o traicionadas, convertidas en farsa i mentira.

El desaliento en presencia de esta triste perspectiva es tan consiguiente cuanto natural. No hai fé, ni creencia, ni conviccion que resista ante la duda jeneral, ante la ausencia de cuanto es capaz de elevar la intelijencia i el corazon del hombre, i vigorizar i engrandecer a la sociedad.

¿Qué se puede hacer con bárbaros i sibaritas? Qué se puede esperar de los ignorantes i los egoistas? Cómo levantar altares a la justicia i el derecho donde falta la virtud para comprenderlos i el valor, la abnegacion para sostenerlos?

Si el cuadro que bosquejamos es sombrio, la culpa no es nuestra, es de la realidad de la situacion americana que cada dia deja al desnudo una nueva fealdad, una nueva llaga mas repugnante i gangrenosa.—Queremos decir la verdad entera por amarga que sea.— Queremos descorrer todos los velos, sondear todas las heridas, soplar en todos los oropeles esteriores, poner el oido a todos los latidos del corazon social, comprender todos los misterios de la actualidad, apuntar todas las dolencias que nos aquejan, todas las infamias que nos degradan, sin vergüenza ni miedo, sin reticencias ni palabras dulces.

Ya es tiempo de hablar claro i alto.

Medio siglo vá pronto a correrse desde que las sociedades americanas se conquistaron una vida propia i suya, i nada han hecho sino es despedazarse, caminar de guerra civil en guerra civil, de destruccion en destruccion, abriendo así anchas vias al mal, obstruyendo, haciendo intransitables las que al bien conducen. Tan lastimoso desperdicio de tiempo i fuerzas es imperdonable. Estas sociedades necesitan oir la verdad entera, ser escarnecidas, azotadas en su nombre.

Vamos a esa verdad.

Las sociedades americanas no son una sociedad, son ruinas, despojos, intenciones de sociedad.—Una sociedad es la consecuencia de un verdadero comercio, una verdadera industria, una verdadera riqueza, un verdadero gobierno.—No es preciso un trabajo mui perseverante para convencerse de que esos primordiales ajentes de toda sociabilidad poderosa i real nos faltan.—Su carencia hace que la civilizacion i el progreso, el bienestar i la

moralidad sean débiles, intercadentes; que la jeneralidad de los miembros de la asociacion se hallen colocados entre la pobreza i el crímen, entre la virtud con sus asperezas i el vicio con sus tentaciones, entre las adustas realidades del buen camino i las provocativas ilusiones del estravío.

Esta es tal vez la fuente mas principal i efectiva de la revuelta vida que la América española alcanza.

Poniendo a un lado a los que nacen desheredados de todas las ventajas de la fortuna i a los que nacen bajo su espléndida proteccion, ¿qué sendas en que perseguir la realizacion de sus deseos i esperanzas, la satisfaccion de sus necesidades se ofrece al resto de los miembros de la sociedad? El foro, la iglesia, la espada o la oficina.

De esta manera la mayoría de las clases intermedias, tiene que componerse de togados, de sacerdotes, de militares o de empleados. —Soberbias entidades para hacer avanzar a un pueblo!---Admirables profesiones para crear parásitos e improductivos!

En todas ellas son muchos los llamados i pocos los escojidos. Resulta de esto que hai constantemente una inmensa poblacion flotante sin oficio cierto, ni beneficio seguro.—Porque es necesario no olvidarlo: sin embargo de que nos apellidamos pomposamente sociedades republicanas, no hai añeja preocupacion que no nos domine. Un hombre que cree tener cuarteles de nobleza en su pretendido escudo, se dejaria matar ántes que buscar la subsistencia en una de esas ocupaciones que se imajinan herencia de las clases bajas.--Así, nuestra juventud prefiere siempre al trabajo honorable pero oscuro la ociosidad, a ganar el pan de cada dia tras un mostrador, el ganar la degradacion del alma i del cuerpo, del corazon i de la intelijencia en el verde tapete de una casa de juego.

El que no prospera por el foro, el que no consigue vestir la sotana, cargar casaca o atrapar un empleo ¿se dejará morir de hambre? irá a mendigar socorros de puerta en puerta?---La verdad que no. Sobre todo, si es jóven, si la sangre circula i quema las venas, si el corazon late aprisa, si la intelijencia dice algo, trabajará por conquistarse a viva fuerza lo que no ha obtenido de grado:---Se hará conspirador o jugador! segun las épocas.

¿Qué se orijina de aquí? Lo que estamos viendo en la jeneralidad de la América española:---la corrupcion pública i privada, el desórden del estado i del hogar correr parejas i adquirir cada vez mas intensidad i brios.

Si se fuera a hacer la estadística de las profesiones, estamos ciertos que las de conspirador i jugador tendrian la mayoría. ¿Quién no juega i conspira en América?

Es preciso convencerse: las sociedades américo-hispanas van haciendo un camino errado, falso i funesto, cuyo remate no puede ser sino un abismo en que el vicio, la degradacion i la decadencia las harán sus víctimas.---Es preciso que no miren la situacion que alcanzan con la indiferencia del idiota o del egoista, por el vidrio de las pasiones de bandería, sino a la clara luz del patriotismo.

Cuanto hasta hoi llevamos acometido o realizado solo ha sido parte a agravar los males del presente i a oscurecer los horizontes del porvenir.--Egoismo e ignorancia, estrechez de pensamientos i aspiraciones, cobardía para secundar el bien o destruir el mal, falta de accion, de vida, de espansion, de vigor en los pueblos i en los gobiernos,--tales son los rasgos mas distintivos i característicos de la situacion i política americana.

Por esto venimos viendo tras cada revolucion que se obra, tras cada gobierno que cae o se levanta a su impulso, quedar siempre a la órden del dia las propias dolencias e imperfecciones.---Toda revolucion con suceso produce un cambio de hombres, jamas un cambio de ideas.

Esto prueba que esas revoluciones no se hacen en nombre i por el engrandecimiento de la patria, no tienen por móvil el triunfo de estas o las otras ideas, de estas o las otras verdades, de estos o los otros principios, sino de intereses individuales egoistas i esclusivos.

¿Qué es lo que las sociedades de hispano-américa han menester?---Ilustracion para sus masas; patriotismo para la mayoría; seguras bases para su crédito; encarnacion en todos los corazones de las grandes i salvadoras verdades de la república i la democrácia; alientos para su comercio i su industria, para su civilizacion i su progreso. ¿Le dan algo de esto las revueltas por que pasa continuamente?---Los hechos, lo que se ve, se toca, se siente i lamenta, se encargan de contestar.

De cuanto en estas sociedades vá aconteciendo se desprende una gran verdad:---es que la América no avanzará miéntras no se deje de revoluciones armadas, de revoluciones pura i

esclusivamente políticas.—Revoluciones sociales son las que la América ha menester.

Nada sacarémos con mudar todos los dias de gobierno, de constituciones, de leyes, si primero no mudamos de manera de ser, si no creamos sociedades capaces de comprender i adorar en el derecho i la justicia, de usar de la libertad, de trabajar por el imperio de la moralidad, de levantar altares al honor, al patriotismo, a la abnegacion i al heroismo; de elevar la intelijencia a las grandes concepciones i arrastrar los brazos a las grandes acciones.

Pero mientras tengamos en vez de pueblo, populacho; en vez de hombres fuertes, pacientes, industriosos i sensatos, masas raquíticas, impacientes, ociosas i atrabiliarias; en vez de patriotas, demagogos; en vez de políticos de convicciones i principios, farsantes sin ideas i especuladores sin conciencia,—las constituciones mas perfectas, el sistema de gobierno mas acabado, no serán parte a librarnos del atolladero en que nos vamos comprometiendo mas i mas en cada hora que pasa.

Basta ya de ilusiones. Basta ya de dar oidos a las aberraciones de un necio i ciego orgullo.—Convenzámonos de que nada somos. Empecemos por ser algo.

¡Qué medio siglo de dolores, de sangre derramada sin fruto, de amargura i hiel, de martirio i desencanto, de lucha i destruccion, nos enseñe algo!

El mal que nos aqueja es orgánico: perfeccionemos nuestro defectuoso organismo, i él desaparecerá.

Paciencia, fé i buen sentido es lo que pedimos a los hombres de voluntad i patriotismo.

Paciencia para sobrellevar el presente.

Fé para creer en el porvenir.

Buen sentido para no perder el rumbo.

JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE.

D. José Fernandez Madrid.

POESIAS.

Tengo a la vista dos composiciones poéticas escritas en honor del patriota neogranadino cuyo nombre encabeza este artículo. Una fué publicada por don Santiago Perez el año de 1851 en sus *Ensayos líricos i dramáticos*, i la otra por don José María Quijano el de 1856 en el *Liceo granadino*, periódico de Bogotá.

Quien fuera a juzgar a Fernandez Madrid por los desmedidos elojios que le tributan estos dos apasionados compatriotas suyos, le tomaria por uno de los mayores injenios que han ilustrado la especie humana; encontraria pequeño para sus merecimientos el epiteto de *divino* que los españoles han aplicado a Herrera; i tendria que colocarle al lado de Homero, Dante, Gœthe, Byron, i los demas de igual jerarquía.

Con el propósito de no infrinjir la regla literaria de la graduacion, que ordena pasar de lo ménos a lo mas, me permitiré alterar el órden de las fechas para hablar de la segunda de esas composiciones ántes que de la primera.

Don José María Quijano dice que Fernandez Madrid era «una palma jigante entre palmeras mil;» «un astro de relúcientes arreboles;» «un sol que brillaba entre brillantes soles;» «un águila audaz del Ande colombiano;» «un sol que vino a alumbrar el suelo americano para gloria del mundo.» Agrega que «su pensamiento era tan inmenso como el mar;» que «el ánjel de la gloria recojió sus bélicas canciones;» que «su renombre eterno ha pasado las *tempestades* del olvido;» que «años sin fin, innúmeras edades guardarán, sin mancillar, su memoria.»

¿No pareceria que era imposible llevar mas léjos la hipérbole? Pues no es así: Don Santiago Perez ha dejado atras al señor Quijano.

Perez da desde luego a Fernandez Madrid el dictado de «grande Homero que ha contribuido a asegurar la inmortalidad a Jirardot i Bolivar;» le llama «profeta que con su lira de oro ha anunciado la redencion de la América; i cuyos cantos son entonados por los ánjeles tras el raso azul del firmamento;» califica en fin de la manera siguiente la inspiracion del vate a quien celebra:

> Es a veces tu musa la tormenta
> Que rueda desgreñada en el vacío;
> Del rayo en alas, huracan bravío,
> Que truena i se desboca en el confin!
> I a veces mansa, juguetona brisa,
> Cargada del perfume de las flores,
> Que retrata de un ánjel la sonrisa,
> O el canto celestial de los amores!

La pendiente de la exajeracion es tan resbaladiza como cualquiera otra. Despues de lo que acaba de leerse, el tono de la alabanza sube todavia, i esta fervorosa deprecacion viene como una cosa natural:

> ¡Sol que prendido en el cenit irradias,
> Quisiera ser tu sombra! Un rayo envía
> Que ilumine mi oscura fantasía,
> I el espacio mis cantos poblarán.
> Señálame tu espléndido camino;
> Haz que me inspire tu inmortal memoria,
> Si acaso es mi destino, tu destino,
> I si no es para tí, toda la gloria.

El canto del señor Perez es, segun se ve, algo mas que un panejírico exajerado; es una adoracion, una idolatría. Pero lo que he estractado hasta aquí es poco aun; es solo valiéndome de una espresion musical un *andante* que va a rematar en un *alegro* estrepitoso. No contento con ponderar la inmensa influencia de Fernandez Madrid sobre los hombres, Perez lleva la hipérbole hasta suponerle obrando sobre la voluntad misma del que tiene por alfombra el firmamento, del que ajita i calma la tempestad, del que con una palabra creó la luz, del señor del cielo i de la tierra, de Dios.

> Dicen que al escuchar tu himno profundo
> Dios para libertar tendió su brazo;
> I que libre i sin fin alzóse un mundo
> A las plantas del alto Chimborazo.

Aunque este lujo de exajeraciones estupendas, vicio bastante comun en algunos de los poetas hispano-americanos, produzca por lo jeneral en el ánimo de los lectores, un efecto enteramente contrario al que se propone el panejirista, creo sin embargo que los que no conozcan las obras de Fernandez Madrid no podrán jamás rebajar esas hipérboles estraordinarias lo suficiente para formarse una idea exacta del mérito del poeta que nos ocupa. Solo puedo esplicarme los juicios tan equivocados de los señores Perez i Quijano, presumiendo que sus cantos a Fernandez Madrid son ensayos poco meditados, escritos en edad temprana.

Los escritores citados, particularmente el primero, que es aquel de los dos que mas se ha separado de este plan, deberian haber admirado en su ilustre compatriota al hombre mas que al poeta. Fernandez Madrid es una de las figuras mas simpáticas que aparecen en el drama revolucionario de Colombia. Interesa i conmueve. Su honradez, el tierno afecto que profesaba a su esposa i a sus hijos, su amor a la libertad i al estudio, sus dolencias físicas, aun ese momento de debilidad seguido de tantos remordimientos, de que luego hablaré, le recomiendan a la estimacion de las almas jenerosas.

Don José Fernandez Madrid nació en la ciudad de Cartajena por el año de 1784. En 1810 fué vocal de la primera junta patriótica que se organizó en esta ciudad; i en 1811 defensor entusiasta de la misma plaza, cuando las fuerzas españolas intentaron apoderarse de ella.

Elejido diputado al congreso jeneral de las provincias unidas de Nueva-Granada i Venezuela, se distinguió en esa asamblea, dice Restrepo en la *Historia de la revolucion de Colombia*, por sus buenos talentos, su elocuencia i lo mucho que hablaba sobre las grandes medidas revolucionarias que era preciso tomar para salvar la patria. Bien pronto fué llamado a traducir sus discursos en acciones; pero en circunstancias tan aciagas, que estaba condenado a salir deslucido. Habiendo sido nombrado presidente de las provincias unidas en 1816 cuando el partido de la independencia se hallaba aniquilado por una serie de desastres, tuvo el sentimiento de ver al terrible Morillo enseñorearse de todo el pais. El infortunado Madrid no supo, segun él lo dice, hacer el milagro de resucitar un muerto..

Nuestro poeta anduvo entónces prófugo con su familia i algunos amigos por las ásperas i desiertas montañas de Barragan, huyendo de los españoles; pero no pudo lograrlo, i cayó prisionero. Es seguro que los realistas le habrian arrastrado a un cadalso, como lo hicieron con tantos otros preclaros varones, si no hubiera dirijido a Morillo una sumisa representacion fecha 29 de julio de 1816, en forma de *mea culpa*, en la que protestaba que no era amigo de la independencia; que se habia opuesto a la declaracion de ésta; que habia aceptado el fatal destino de presidente solo por evitar una sangrienta revolucion que se preparaba contra los amantes del soberano, i por restablecer el órden jurando al rei; i en la que seguia haciendo valer otros méritos de la misma especie.

«Por mas horrible que fuese mi posicion, dice Fernandez Madrid en uno de sus manifiestos, por natural que fuese el deseo de conservar la vida, en el que tambien tenia mucha parte la esperanza de poder servir i vengar a mi patria algun dia, confesaré, sin embargo, que nunca he podido perdonarme aquella debilidad. Sin duda hubiera sido mas glorioso no haber hecho traicion, ni por un instante, a mi conciencia, i haber ido al patíbulo proclamando mi fé política; pero no tuve la fuerza de alma necesaria para ello.»

Esa representacion, dice el doctor Restrepo, salvó a Madrid la vida; pero no el honor.

«¡Qué! contesta en su manifiesto el acusado al tremendo fallo del historiador neogranadino, ¿perderá su honor el infeliz que puesto en el tormento se calumnia a sí mismo suponiendo hechos que jamas existieron i cuya falsedad se demuestra por los documentos mas irrefragables, por la conducta de su vida entera? ¿Tan ríjida es la moral del señor Restrepo, que no perdona a la víctima el crímen de engañar a su verdugo? ¡Cuántos de los patriotas que hoi se cuentan justamente en el número de los mártires de la libertad hicieron lo mismo! ¡Cuántos documentos supuestos, cuántos falsos servicios en favor de la causa de España no alegaron los virtuosos ciudadanos sacrificados en 1816!»

El proceder de Fernandez Madrid en aquella apurada situacion no es digno de elojio; pero sí de indulgencia. Ciertamente la conducta que observó no habria sido la de aquel héroe de la fortaleza pintado por Horacio, a quien ni es capaz de aterrar ni la griteria de la plebe, ni el ceño de un tirano, ni el furor de los elementos, ni el rayo vibrado por Júpiter, ni el desquiciamiento del orbe.

Justum, et tenacem propositi virum
Non civium ardor prava jubentium,
Non vultus instantis tyranni
Mente quatit solida; neque Auster,
Dux inquieti turbidus Adriæ,
Nec fulminantis magna Jovis manus:
Si fractus illabatur orbis,
Impavidum ferient ruinæ.

—

De ciega plebe el vocear insano
No conmueve al varon constante i justo,
Ni tuerce sus propósitos adusto
El ceño del tirano;
Ni el austro, que del Adria remujente
Su rabia en la onda muestra;
Ni de Jove potente
La fulminante vengadora diestra.
Si los orbes se hundieran,
Las ruinas impertérrito le hirieran.
Traduccion de Burgos.

¡Qué hacer! El hombre es débil; i el modelo de firmeza que Horacio ha trazado con tanta maestría queda reducido demasiado frecuentemente, por desgracia, a una de esas visiones de otro mundo que los poetas contemplan en sus sueños. Esta reflexion debe inclinarnos a absolver a los que sucumben en las pruebas difíciles de la vida, i a conceder, sin tasa, nuestra admiracion a los que logran la victoria en la lucha.

Fernandez Madrid fué condenado a salir de Nueva-Granada para España; pero consiguió, a causa del mal estado de su salud, que le dejaran permanecer en la Habana, donde se dedicó a las letras i al ejercicio de la medicina, que era su profesion.

Mas tarde, cuando la causa de la independencia volvió a triunfar en Colombia, Madrid fué nombrado ministro plenipotenciario de esa república en la corte de Lóndres, cargo que desempeñó hasta su muerte acaecida el año de 1830.

La sucinta relacion que precede manifiesta que si Fernandez Madrid no fué, segun falsamente lo pretenden los señores Perez i Quijano, un poeta de primer órden, fué en cambio, lo que vale mas,

un buen ciudadano, que en una época crítica prestó servicios importantes a su patria. Por este motivo, si yo tratara de honrar su memoria, me encontraria dispuesto a hablar, no de las producciones del escritor, sino de las acciones del hombre. Colgaria su retrato en una de las oficinas públicas del país a cuya emancipacion contribuyó; pero colocaria en los estantes ménos visibles de las bibliotecas su coleccion de poesías publicada en Lóndres el año de 1828. No condeno ese libro a un perpetuo olvido, porque me parece que si no sobresale por su mérito literario, tiene al ménos un mérito histórico. Es interesante el estudio de las ideas i de los sentimientos que animaron a los padres de la independencia americana, aunque esas ideas i esos sentimientos se hallen mal desenvueltos i peor espresados. Esta razon hará que se conserve el libro de Fernandez Madrid, no como una obra literaria notable, sino como un documento de la época. Comprendo que este autor fuera un gran poeta a los ojos de los habitantes españoles del nuevo mundo en el primer tercio del presente siglo, cuando en Chile pasaban por poetas Camilo Henriquez, D. Bernardo Vera i D. Juan Egaña; mas desde entónces acá, gracias a la libertad, el gusto literario, como todo lo demas, ha progresado. El público ha llegado a ser mas exijente, i no otorga el diploma de poeta de nota al que tiene simplemente talento para versificar los conceptos mas vulgares.

Aquí los admiradores entusiastas de Fernandez Madrid, si hubieran leido el *Mercurio chileno*, periódico que redactó en Santiago el célebre literato don José Joaquin de Mora, podrian invocar en contra de lo que he sostenido la autoridad de todo un miembro de la academia española. Mora ha escrito en ese periódico que Fernandez Madrid es un verdadero poeta, i que la coleccion de sus poesías es una de esas publicaciones que servirán a las jeneraciones futuras, como de faros luminosos en medio de la oscuridad en que las circunstancias del dia (1829) envolvian el buen gusto de España.

A esa observacion, si se me hiciera, podria contestar con una palabra. La opinion de Mora es una complacencia de huésped deseoso de agradar. Se trataba de una obra americana, i el crítico era un español que residia entre americanos.

Por lo demas, la lectura de las poesías de Fernandez Madrid seria en todo caso la mejor respuesta.

He consignado con franqueza mi juicio acerca del conjunto de las obras poéticas de Fernandez Madrid; paso a examinar los rasgos característicos de su estilo.

La calidad que domina en él es cierta sencillez candorosa de ideas i sentimientos que agrada, pero que frecuentemente dejenera en el prosaismo mas pobre.

Las composiciones *A mi bañadera* i la *Hamaca* son las dos obras suyas en que mas luce esa naturalidad, i por lo mismo pueden contarse entre las mejores que ha dado a luz. La primera contiene un cuadro vivo i jentil de los juegos de sus dos hijos, que travesean i retozan, miéntras el poeta está bañándose; i la segunda se hace notar por una indolencia que cuadra bien al asunto de la pieza.

Cuando Fernandez Madrid trata materias mas elevadas, abandona el tono natural i sencillo, i toma otro altisonante i encumbrado. Sin embargo, esa naturalidad i esa elevacion hiperbólica, léjos de ser contradictorias, son efectos de un mismo sentimiento, el candor. Fernandez Madrid abulta los objetos al pintarlos, pero lo hace, no por artificio, sino sinceramente. Los representa grandes, aun cuando no lo sean tanto, porque los vé así. Su exajeracion es nacida de inesperiencia, i no de cálculo o de sistema. La hinchazon de Fernandez Madrid es mui diferente, por ejemplo, de la que aparece en las composiciones de los señores Perez i Quijano, cuyo estracto forma el principio de este artículo. Madrid pondera las cosas, porque el entusiasmo i la inesperiencia le impiden verlas como son; miéntras que Perez i Quijano les dan formas colosales, porque a toda costa quieren causar efecto. Fernandez Madrid es un visionario a quien la juventud de la intelijencia i del corazon le hace ver por un vidrio de aumento el mundo en que vive; i Perez, i Quijano son literatos jóvenes que se esfuerzan en hacer sonar alto su trompeta para conseguir que el auditorio venga a escucharlos.

Casi todos los individuos de la jeneracion a que perteneció Fernandez Madrid incurrieron en el mismo error. Educados por la España en la inaccion mas completa, i lanzados de improviso a una vida ajitada, en la cual cada dia era una peripecia, pero que la esperanza coloria con las mas bellas promesas, aunque maduros por la edad, se encontraron en la misma situacion del jóven que comienza a gustar las dulzuras del placer i las satisfacciones de la actividad. Todo era para ellos ilusiones; todo les parecia grande, admirable, portentoso; todo les parecia posible, hacedero. La América despoblada e inculta era una tierra de promision, mas que eso, un paraíso; las viejas i atrasadas ciudades fundadas en este suelo por los españoles eran cunas de imperios; nuestros jenerales improvisados eran héroes iguales, superiores a los de Grecia, a los de Roma, a los del mundo entero; nuestros pueblos ignorantes i serviles, émulos por su desprendimiento i patriotismo de los mas ilustres que recuerda la historia. Era esa la época en que un poeta americano componia la siguiente estrofa, que el pueblo arjentino cantaba orgulloso, como si fuera la simple espresion de la realidad:

> Sus virtudes calle Esparta;
> Sus proezas calle Roma;
> ¡Silencio! que al orbe asoma
> La gran capital del sur.

Fernandez Madrid, como la mayoría de sus contemporáneos, se dejaba arrastrar por ese sentimiento exaltado, que fué el móvil de tantas nobles acciones, de tantas hazañas heróicas. Asi no es estraño que apareciera en sus obras ese tono estremadamente hiperbólico que ofende ahora la delicadeza de nuestro gusto, pero que entónces parecia mui propio i conveniente. Hé aquí como hace el retrato de Bolivar:

> ¿Dónde está de Bolivar el modelo?
> ¿Acaso entre las ruinas
> De las siete colinas?
> ¿En la ciudad del mundo, bajo el cielo
> Inspirador de Italia? ¿Entre los héroes
> Se halla de Maraton i Salamina?
> ¿En los campos de Leuctres i Platea?
> ¿O en el famoso estrecho,
> En que, a mil muertes presentando el pecho,
> Solo, detuvo al Asia conjurada
> El inmortal Leonidas con su espada?
>
> —
>
> De Vénus Citerea,
> Divina madre del amor, queriendo

Apeles trasladar las perfecciones,
No lo pudo alcanzar hasta que uniendo
Todas las hermosuras de la Grecia,
Escojió, de cada una entre los dones,
La majestad, la gracia, la belleza,
Con que las distinguió naturaleza.
Así yo, si quisiera
Bosquejar de Bolivar las acciones,
De cuantos héroes celebró la fama
Los grandes hechos recordar debiera.
Asombro de la fiera tiranía,
Arde en su corazon la viva llama
Del patrio incendio que abrasaba un dia
Los nobles corazones
Del formidable Harmodio,
I de Aristójiton. Washington nuevo,
Bolívar une todas sus virtudes.
De Fabio la prudencia,
Del intrépido Anibal la osadía,
De Cesar el saber i la elocuencia;
I cuanto han producido
De mas esclarecido
Pelópidas, Temístocles, Focciones,
Camilos i Scipiones,
Todo en Bolívar se halla reunido.

Como si Fernandez Madrid hubiera creido que este hacinamiento de nombres históricos era todavía pequeño para pintar a su héroe, agrega, refiriéndose siempre al libertador de Colombia, en el *Fragmento de una oda a Iturbide en* 1823 :

Su gloria pasará de jente en jente;
I el Cincinato, el Washington moderno,
El virtuoso Tell, estos un dia
Sus renombres serán de honor eterno.

Nosotros, los individuos de la jeneracion actual, por mucho que admiremos a Bolivar, encontramos ridículas semejantes alabanzas; pero los contemporáneos debian hallarlas mui exactas i oportunas. Todos los pueblos jóvenes i medio civilizados no tienen ni una intelijencia bastante aguzada, ni la instruccion suficiente para saber apreciar la diferencia de los caráctéres i de las situaciones. El griego Temístocles, el romano Cesar, el suizo Tell, el yankee Washington eran para los americanos de la revolucion hombres parecidos entre si i comparables al gran Bolívar, segun Fernandez Madrid, «el héroe del siglo, cuya fama llenaba la inmensa estension de dos mundos, i cuyos hechos excitaban un concierto de aplausos tan prodijioso, como nadie los habia merecido jamas.»

Fernandez Madrid es tan exajerado en su odio, como en su admiracion: los soldados de España no son para él mas que tigres por la ferocidad i ciervos por la cobardía; Francisco Pizarro, «un perfido asesino, un salteador infame de caminos;» Iturbide, «un tirano abominable, un déspota ruin, un monstruo coronado,»

Que al trono descendió por el sendero
De la traicion i el crímen.

Esta hinchazon de mal gusto causaba las delicias de los lectores a quienes se dirijia, i conquistaba a su autor el título de poeta eminente.

A pesar de la sencillez candorosa de ideas i sentimientos, i aun muchas veces de espresiones, que domina en las obras de Fernandez Madrid, adopta sin embargo de cuando en cuando algunas formas poéticas que descubren artificio.

Gusta de poner en escena una numerosa comparsa de abstracciones personificadas que aparecen en casi todos sus cuadros; lo que da a estos un aspecto frio i un tinte convencional, que desde léjos huelen a retórica. Esas personificaciones son desde luego Buenos-Aires, que lleva un manto de azul resplandeciente, i que despliega al aire sus pendones; Chile, coronado a un mismo tiempo de laureles i de pámpanos por el airado Marte i la placida Pomona; i Colombia, cubierta de hondas cicatrices, i armada de la tremenda lanza

Pavor del castellano,
Señal de libertad i de venganza.

Vienen en seguida la horrenda Discordia, la negra Traicion, la santa Libertad, la Gloria, la Inocencia, el Deleite, la Supersticion, el Fanatismo, la Paz, la Victoria, la vil Tirania, i todo el mundo de las pasiones, de las virtudes, de los vicios i de los crímenes. Creo escusado detenerme a demostrar los defectos de semejante procedimiento.

Otro de los recursos poéticos que emplea a menudo Fernandez Madrid es el de colocar de trecho en trecho pensamientos sentenciosos, a lo Séneca, destinados a hacer impresion. Esos son uno de sus principales medios de efecto. Así en la *Oda a la muerte de Jirardot* pueden notarse los versos siguientes :

¡Qué! ¿no ha vivido Jirardot bastante?
Vivió para su gloria demasiado,
Vivió para su patria un solo instante.
.....
El débil niño al héroe presajiaba
.....
I siempre vencedor murió triunfante.

En la composicion *Al Libertador el dia de su cumpleaños*, este otro, que pone en boca de Bolívar :

Mientras haya que hacer, nada hemos hecho,

i los siguientes :

..... ¡Cuál se levanta
Colombia de sus ruinas, majestuosa,
Llena de heridas sí, mas victoriosa;
Pobre, pero vengada, independiente
.....
..... ¡Europa esclavizada!
Todo tus reyes, i tus pueblos nada.

En el *Ditirambo a la memoria de Porlier i Lacy*:

¿Do están Porlier i Lacy?—«Sepultados,
Estas sus tumbas son, aquí reposan,
Responde España; pero ya vengados.»
.....
Honor de la nacion, esclarecidos
Porlier i Lacy, vuestra es la victoria;
Triunfasteis aun despues de fenecidos;
Moristeis, mas en brazos de la gloria;
Moristeis, mas los déspotas vencidos
Fueron por vuestra muerte.

Estas frases de efecto, que Raynouard, el autor de los *Templarios* llamaba el *chicotazo*, son una de las cosas mejores que pueden notarse en las producciones de Fernandez Madrid. Son a la verdad tan inferiores al *Restat Medea* de la trajedia latina, al *Qu'il mourut* de los *Horacios*, i al *Les chants avaient cessé* de los *Templarios*, como Fernandez Madrid lo es a Séneca, a Corneille i a Raynouard; pero al fin, son las piedras mas brillantes que aparecen engastadas en el metal de mala calidad que el poeta ha empleado para su obra.

Añadid al uso de los *chicotazos* i al abuso de la máquina filosófica, la declamacion en las piezas serias i las puerilidades anacreónticas de un amor sin pasion en las piezas galantes que dirije a su esposa; i tendreis todos los ingredientes de la receta poética de Fernandez Madrid.

En dos palabras, hé aquí el resúmen de mi juicio sobre este autor: candoroso hasta la simplicidad en el fondo, es declamatorio a veces hasta el exceso en la forma. La reunion de esas dos cualidades opuestas, pero que no se escluyen, componen un conjunto que se halla mui distante de ser bello. La primera de ellas saca su oríjen del carácter del autor i de las circunstancias en que le tocó vivir; i la segunda del estudio i de los modelos que se propuso imitar.

Las composiciones de Fernandez Madrid son un documento importante para estudiar la naturaleza de los sentimientos que en la época de la independencia, i despues de ella, han rejido las relaciones de los españoles americanos con los españoles europeos. Se sabe que los habitantes de la península echan en rostro a los del nuevo mundo un odio ciego e inmotivado hacia ellos. Sostienen que los ciudadanos de las nuevas repúblicas aborrecen a muerte todo lo que es español, solo porque es español. Esa acusacion es un error que se halla desmentido por los hechos; es una calumnia que no merecemos. La guerra contra la metrópoli ha sido una guerra contra ciertas ideas, no contra las personas. Los americanos no hemos renegado de nuestra raza; lo que hemos hecho ha sido combatir la supersticion política i la supersticion relijiosa, la monarquía i la inquisicion. Hemos obrado en nuestra tierra, como muchos españoles han obrado en la suya, sin que por eso hayan sido tachados de anti-españoles.

Si hubiera habido un individuo llamado a alimentar ese odio ciego e inmotivado, habria sido Fernandez Madrid, caudillo de los insurjentes, poeta de la época revolucionaria mas exaltada, perseguido por los parciales de la metrópoli hasta obligarle a buscar un refujio en los montes. Sin embargo, eso no ha sucedido. Fernandez Madrid se ha espresado en sus poesias categóricamente sobre este particular, i hé aquí lo que ha escrito:

Sangre española corre por mis venas;
Mio es su hablar, su relijion la mia,
Todo, ménos su horrible tiranía.
No aborrezco a la España; solamente
Abomino a los tigres de la Iberia,
Que de sangre inocente,
De lágrimas, de luto i de miseria
Han llenado este nuevo continente.

Fiel a estos principios, el poeta deja estallar su indignacion contra los peninsulares opresores de la América; mas solo tiene palabras de simpatía i de afecto para los españoles de alta intelijencia i de noble corazon que trabajaban a fin de que en España reinase la justicia, i no el estúpido capricho de un Fernando VII. Si ha cantado a Bolívar, a Jirardot, a Sucre, a Urdaneta i a Rivas, ha cantado igualmente a Riego, a Porlier, a Lacy, a Quiroga, a Sardinó i a Estrada. Se ha manifestado enemigo implacable, no solo de los españoles, sino tambien de los americanos que se empeñaban en encadenar un mundo entero a una península de la Europa; pero se ha declarado hermano de todos los que defendian la libertad en uno i otro hemisferio, cualquiera que fuese el cielo bajo el cual hubieran nacido. Si ha tratado de estimular el ardor de la América para que combatiera sin descanso contra los ajentes del despotismo, ha procurado inflamar tambien para el mismo objeto el entusiasmo de España. En la *Oda a los pueblos de Europa en 1824*, dice:

¿Qué haces? ¡España, España!
¿En vez de unirse con estrechos lazos,
Tus propios hijos, en su horrible saña,
Al enemigo prestarán sus brazos?
¡Oh ignorancia, execrable fanatismo!
En el sangriento altar del despotismo
La patria de Lanuza i de Padilla,
Víctima voluntaria a la cuchilla,
Estiende la garganta; ¡oh mengua, oh crímen!
I ante el ídolo atroz de los tiranos
Se prosternan i jimen
Los altivos i fieros castellanos!

El mismo poeta pide en otra ocasion con el mayor encarecimiento la union de los españoles europeos i de los españoles americanos, pero libres unos i otros, i sin que los segundos fuesen esplotados por los primeros. En una oda que compuso *A la restauracion de la constitucion española en 1820*, se encuentra el siguiente pasaje:

No mas, no mas discordia, no mas guerra.
De cruentos raudales
Demasiado anegada está la tierra.
Todos somos iguales;
Nuestro idioma es el mismo, i nuestro suelo;
No huya pues el hermano del hermano;
Leal amigo del leon hispano
Bata las alas, i con raudo vuelo
Elévese el condor americano,
Elévese hasta el cielo;
I con la dignidad i la grandeza
Que convienen de un mundo a la señora,
América a la Europa se presente
Colosal virjen, de inmortal belleza;
I la Europa, en un tiempo su opresora,
Con oliva de paz ciña su frente,
Estiéndale una mano protectora,
I sea el nuevo mundo independiente.

¿Habrá un individuo de buen sentido i de corazon recto que repruebe las ideas de Fernandez Madrid acerca de los españoles, que quedan espuestas?

Pero se dirá talvez: el poeta neogranadino aborrecia tanto a la nacion cuya sangre circulaba por sus venas, cuya lengua hablaba, i cuyo Dios adoraba, que ha ido hasta identificar su causa con la de los indíjenas, primitivos poseedores del suelo americano.

Es cierto; Fernandez Madrid ha llorado el esterminio de los incas, ha maldecido la crueldad, la codicia i el fanatismo de los conquistadores. ¿Qué importa eso? ¿Sería mal frances, o enemigo de este pueblo, aquel que reprobase la San Bartolomé, o que mirase con indignacion las turpitudes de Luis XV? Hai una cosa superior a toda mancomunidad de raza, a todo espíritu de nacionalidad: la justicia. La verdad debe obtener el paso sobre el patriotismo. Cuando el pueblo a que pertenecemos ha cometido un crímen, debemos lamentarlo; pero no ocultarlo, ni mucho ménos defenderlo. Fernandez Madrid, sin ser indio, ha podido i ha debido protestar contra los abusos del pasado para que no se repitiesen en el porvenir.

La acriminacion que los españoles europeos dirijen a Fernandez Madrid i a los republicanos de la América recae sobre el ilustre Quintana, el poeta laureado de España. Leed las biografías de Las Casas i de Francisco Pizarro, escritas por este noble injenio, i su famosa oda *A la espedicion española para propagar la vacuna;* i decidme si en lo sustancial espresa otra cosa que los escritores liberales de la América. ¿Sostendreis que Quintana abriga un odio infundado a sus compatriotas, que escribe con hiel i con encono, que es un mal español?

Los republicanos del nuevo mundo defienden con entusiasmo las ideas que creen santas; pero no atacan sin motivo a las personas. Me parece no engañarme al asegurar que las opiniones i los sentimientos de todos ellos en este asunto son los mismos, que acaban de leerse en los versos citados del autor de que se trata. ¿Podria alguien criticarlos por eso con justicia?

A mas de sus poesías líricas, Fernandez Madrid ha dejado unos «Fragmentos de una traduccion de un poema de Delille titulado *Los tres reinos de la naturaleza*» i dos dramas, *Atala* i *Guatimozin*.

El nombre del primero de esos dramas está indicando que ha sido tomado de la famosa novela de Chateaubriand. Eso solo basta para juzgarlo. No era posible, como dice Mora, calzar el coturno a la vírjen de los primeros amores. *Atala* es un argumento propio para una tierna e interesante elejía cuya escena se suponga en las selvas de América, mas no para un drama que pueda representarse. Esa historia que no tiene por personajes mas que dos jóvenes indíjenas i un anciano sacerdote, i por comparsas dos tribus, una de indios salvajes i otra de indios cristianos, no ofrece la complicacion de elementos necesaria para una obra teatral. Pero prescindiendo de esto, la composicion dialogada de Fernandez Madrid (no merece otro nombre), es una copia infiel de su bello orijinal. Ciertamente se necesita mucha osadía, o mucha inocencia, para atreverse a provocar la comparacion con un gran talento. La *Atala* de Fernandez Madrid se asemeja a la de Chateaubriand como la hoja de lata se asemeja a la plata. El poeta neogranadino, a ejemplo de la criada de posada de que habla Iriarte, ha convertido en

> ..... Un azador hecho i derecho
> Lo que una espada fué de honra i provecho.

Hé aquí ahora el juicio que da el *Repertorio americano* acerca del segundo de los dramas mencionados, juicio que no acepto en aquello de que nuestro poeta no tenga muchas veces énfasis afectada:

«El *Guatimoc* es el mejor de todos los ensayos que hasta ahora se han hecho por americanos en uno de los jéneros de composicion mas difíciles, i en que despues de las tentativas de Huerta, Moratin, Cienfuegos, Quintana i otros excelentes injenios, no hai todavia una sola pieza castellana que pueda llamarse clásica. El asunto de la presente tiene el mérito de su celebridad histórica, i del grande interes que el nombre solo del héroe basta para inspirar a los americanos; pero bajo otros respectos no lo juzgamos felizmente escojido. La contienda entre los mejicanos i los españoles por la posesion de un tesoro no es bastante digna de la gravedad del coturno; i a pesar del arte con que el poeta ha sabido realzar la importancia del objeto que se disputa ligándole con la salud del imperio, un monton de oro i plata es al fin un ser inanimado que no puede hablar al corazon, como, por ejemplo, el hijo único que una madre tierna quiere sustraer a la crueldad de un tirano; como la madre delincuente, pero llena de remordimientos, que un hijo respetuoso, instrumento involuntario de la venganza celeste, inmola sobre la tumba de un padre. De aquí resulta que el sacrificio de Guatimoc no aparezca suficientemente motivado, i que los españoles se nos presentan animados de una pasion sórdida, que los hace aun mas despreciables que odiosos. Pero el respeto con que el señor Madrid ha tratado la historia, i de que le dispensaban hasta cierto punto las leyes poéticas, no le ha impedido exornar oportunamente la accion. La catástrofe de la imperial Tenochtitlan, i los afectos de padre i esposo que hermosean el carácter de Guatimoc, suavizan el tinte jeneral del cuadro; i entónces es cuando el poeta, dando suelta a su vena naturalmente dulce i tierna, hace una impresion mas profunda en el alma. La accion se ha conducido con mucho juicio; los caractéres (no obstante la opinion de un crítico respetable en la *Revista enciclopédica*) nos parecen tan conformes con la historia como naturales i bien sostenidos; i aunque el *Guatimoc* no está ni debió estar en la especie de estilo en que mas sobresale el autor, hallamos en esta, como en casi todas sus obras, una prenda sumamente recomendable, un tono de naturalidad i verdad, sin esfuerzo, sin énfasis afectadas, sin trasportes violentos, sin estudiados adornos de diccion. Verdad es que tampoco en esta deja de entregarse con demasiada confianza a la facilidad de su injenio; pero nada es mas raro que el acertar con aquel punto preciso que está a distancia igual de la desnudez i del fasto, de la neglijencia i de la presuncion; i si se ha de pecar por uno de estos dos estremos, el buen gusto será siempre mas induljente con el primero.

«El *Guatimoc* es mui superior a la *Atala*, (produccion de la misma pluma que se ha representado, segun creemos, en la Havana i en otras ciudades de América), i posee en mucho mas alto grado las cualidades necesarias para hacer efecto en el teatro.»

Diré en conclusion que el autor no estaba contento ni de *Atala*, ni de *Guatimozin* o *Guatimoc*. «Si alguna vez cediese yo de nuevo, decia al frente de la edicion de sus poesías, a la tentacion de componer una trajedia, trabajaria, por decirlo asi, mas a mis anchas, i sobre un plan mui diferente del de *Atala* i *Guatimozin*.»

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

Soneto.

Nace a la vida el inocente niño,
I al mundo viene en lágrimas deshecho:
El lácteo jugo del turjente pecho
Con llanto pide al maternal cariño.

Mas blanca i pura su alma que el armiño,
Crece al abrigo del paterno techo;
I a la burla del mundo, i al despecho
Su llanto brota en turbio desaliño.

¡Llorar para existir, esa es la cuna!....
¡I llorando vivir, esa es la suerte!....
¡I a los seres llorar que amamos tanto!,,..

Si no es dado aspirar a otra fortuna,
Esa tumba que me abra a mí la muerte,...
Vengan los mios a regarla en llanto.

HERMOJENES DE IRISARRI.

Algo sobre la palabra «Palabra.»

Pocas palabras hai de mas variado sentido que esta voz: pocas que den mas elegancia, precision i movimiento al bien decir: pocas mas acomodaticias i mas llenas de diversos significados. Ella se presta ya para espresar una idea, ya para llenar un vacio del idioma, ya para significar un objeto, un calificativo, un movimiento. . . . . En todas partes se la ve sirviendo de admirable recurso: en la sagrada cátedra, en la conversacion familiar, en el popular discurso; i hasta en el cansado libro de algun tétrico sabio se halla. . . . . ¿En dónde no está esta palabra?

La voz palabra significa accion. Dios es la palabra por excelencia; i al impulso de su fecunda palabra, salió la creacion llena de vida: la nada obedeció, i *fué algo*: la forma apareció, iluminada por la luz; contó el tiempo sus horas, i las estrellas i planetas rodaron por la inmensidad de los espacios. . . . . ¿No es esto, no es la creacion una bella i elocuente palabra con que la divinidad ha significado su poder, su sabiduría i su amor? I el culto que en cambio de tantos beneficios rinde el mortal a la Providencia ¿no es tambien una humilde palabra que espresa nuestro reconocimiento, nuestra grandeza i nuestra debilidad?

Pero bajemos i hablemos mundanamente. Una de las mas bellas significaciones de esta voz es la de *honradez*. Un hombre que *tiene palabra* es un hombre honrado: quien no respeta su palabra no se respeta.

En un hombre de honor su palabra es su firma. Estas palabras son las palabras de honor; porque tambien hai palabras que no son de honor, sin embargo de tenerlas por mui honrosas en la sociedad. El lector me entiende.

«Un hombre de palabra» suele significar tambien un hombre de talento; al ménos esta es la opinion comun, opinion que no vá al parecer mui fuera de camino, puesto que es mui natural creer que quien produce palabras tiene ideas. A veces es verdad que no se verifica así: las palabras suelen estar tan baratas que las emiten sin significar idea alguna, ni mas ni ménos como un banco de los llamados *de emision* emite billetes en blanco para llenar ciertos deficites del negocio. Así tambien las palabras en blanco son de gran utilidad en las sociedades para llenar ciertos huecos de la conversacion. Sin dichas palabras una tertulia careceria de aquella sonoridad que constituye su sal i pimienta; i no pocas veces son ellas el sainete de las comidas de tono. Hombres graves i de capacidad se ven tambien obligados a decirlas, si no quieren parecer tontos, cosa por la cual nadie quiere pasar, pues es cosa averiguada ya que cualquier hombre de juicio mas bien querria ser necio en realidad que parecerlo. Por otra parte; ¿de cuantas posiciones embarazosas en la sociedad tertuliante no te han librado, mi querido lector, esas palabras vacias i sin sentido que mas de una vez habrás tenido que decir?

Las palabras de peso son dichas por hombres tambien de peso. No quiero decir con esto que estas palabras sean pesadas. Las palabras pesadas solo son dichas por ciertos hombres francotes con quienes nos solemos encontrar en sociedad, hombres tan poco sufridos, que a la menor cosa nos espetan una andanada, que ni la boca de un cañon iguala a su boca. ¿A quién no ha acontecido quedarse chiquitito al recibir de repente una de esas rociadas de calibre i medio? I de no dígame usted, señorita, si ciertas palabras, dichas cuando ménos usted lo espera, no la han hecho arrepentirse de haber entrado en conversacion con cierta clase de jente? Se conoce mui bien que no hablo con aquellas niñas que despues de haber recibido con gusto la palabrería a veces insultante i descomedida de un mosalvete sin reflexion i vivaracho, se queda tan ancha, agradeciendo las agradables chanzas i diciéndoles al oido a sus amigas: *¡es mucho este fulano! ¡Tan malo que lo han de ver! Siempre con sus chistes i sus cosas, aun cuando una trate de enojarse con él!* Lo cierto es que si *trata de enojarse por los chistes*, no se enoja nunca: yo lo sé bien.

No es menester espresarse *verbalmente* para decir una palabra, pues el silencio o un jesto a tiempo son casi siempre las palabras mas elocuentes.

Las palabras amorosas son llamadas así por ironía, i son dichas casi siempre a media voz por los que hacen el papel de primeros galanes en las comedias de estrado. Las niñas las reciben tambien a media oreja; que no parece sino que unos i otros estuviesen jugando al jueguecito de *«a que usted no me engaña.»*— Estas palabras como dichas en una temperatura mui elevada, se evaporan, i poco despues ya no se hace caso de ellas. Solo cuando las señoritas que las reciben se enojan, es cuando producen efecto ¡pero qué efecto!

En cuanto a las palabras galantes, ya es otra cosa: jamas he visto, por ellas, enojarse ni a niña, ni a moza, ni a vieja. Por mas empalagosa que sea la conversacion de un galan de profesion, que me lo claven en la frente, si no es bien recibido por todas. ¡Qué palabras tan útiles son estas para abrirse paso por entre las espinas i zarzales enredados de este mundo!

Las palabras de amor tambien son palabras; pero

La palabra de amor dura
Lo que dura la hermosura.

Yo copio al pié de la letra el refran que corre por el mundo; i no tengo culpa alguna, si el refran no es verdadero.

Pero la palabra merengue para las niñas es la palabra de matrimonio. ¡Esta sí que es palabra! En lo antiguo una palabra de estas valía como escritura pública: ahora es de otro

modo. Otros tiempos, otras costumbres: i como nuestro código civil no las considera ya como *firmas* que se pueden hacer valer en juicio dejando obrar en todo a la conciencia del individuo que las dá, no hai duda que ellas solo tienen fuerza cuando se trata de hombres de honor, es decir de hombres de palabra.

Hai palabras medias, usadas por ciertos hombres a quienes no es posible sacarles las palabras enteras. No tienen opinion, sino media opinion sobre los negocios. Sus palabras producen tambien un medio dictámen sobre los asuntos que se les consulta, i el medio parecer que dan como a media voz los deja en disposicion de poder decir despues lo contrario de lo que ántes han dicho, sin que por esto haya temor de que aparezca contradiccion. Esta manera de decir las cosas es un bellísimo espediente para que salga de apuros un sabio cualquiera. Dando su opinion a medias, i con un significado entre lo blanco i lo negro, él se quedará tan sábio como siempre i el consultante tan ignorante como ántes de la consulta. Verdad es que para ser sabio de esta manera, por lo mismo que no se necesita mucho saber, se ha menester de mucho talento, pues de lo contrario uno puede ser pillado en algun renuncio. Solo al talento vivo i lijero le es dado poder decir un disparate que tenga todos los visos de una sentencia salomónica.

Así como hai palabras que espresan alguna cosa, hai tambien algunas cosas que espresan palabras. I de no, pongo por ejemplo al petulante: ¿quién duda de que un petulante sea alguna cosa? Pues bien, un petulante, decia, produce palabras sonoras por excelencia, que sirven para recrearnos el oido. Son estas palabras huecas como las campanas, i vienen casi siempre preñadas de necedades. En ciertas ocasiones es tal su vaciedad, que ni necedades traen siquiera.

Hai palabras hombres, o mas bien hombres palabras, palabras ambulantes, encarnadas en una especie de hombre, con figura, cara, brazos i piernas como tal. Se ven en todas partes: en los cafés, en las salas de billar, en las iglesias, teatros, paseos, tertulias,.... ¿en dónde no están? Son sacos ambulantes de palabras, que se derraman sin tasa ni medida. Todos callan en su presencia: no parece sino que ellos se hubiesen encargado de hablar por los demas. Hé aquí porque les falta el tiempo para pensar lo que dicen; pero ¿cómo tambien lo han de hacer todo ellos? ¿No basta que hablen por ciento? Eso de tener ideas i reflexionar se queda para los ménos locuaces.

Aquí no mas he venido a notar que me he salido algunas veces del camino, quiero decir del asunto que me habia propuesto. Confieso mi yerro i quien confiesa su pecado merece perdon. Bien podria borrar lo que estuviera de mas en mi pobre articulejo; pero no lo hago por dos razones: primera, porque éste me quedaria mui corto, i yo quiero llenar una columna por lo ménos de la *Semana*; i segunda porque siempre es bueno seguir la costumbre.

DANIEL BARROS GREZ.

De la Literatura Chilena.

SU NACIONALIDAD.—SU CARÁCTER I SU INFLUENCIA EN EL PROGRESO I FELICIDAD DEL PAIS.

O SEA

De la Literatura Chilena, considerada en sus fuentes, i en el carácter que debe revestir para llenar las condiciones de su nacionalidad e influir en el progreso i felicidad del pais.

Continuacion.

Es una peculiaridad del siglo de positivismo en que vivimos, el que a todas las producciones del arte o del injenio se les exija una utilidad social. Nada se produce en el dia sin que la filosofía interponga su eterno *por qué*, i la sociedad su eterno *para qué*. No basta que la obra sea buena bajo el aspecto del arte, sea bien acabada, injeniosa; es preciso que sea útil, que encierre un bien verdadero, una necesidad sentida, un dolor, una pena, una aspiracion, una esperanza social, que ella sea útil en fin.

En toda produccion del injenio es preciso que campeen dos intenciones reveladas, sostenidas i desenvueltas en la obra misma; la intencion literaria, la intencion social i política. Todo lo que sea separarse de esta doble mira, es egoista, es efímero.

El canto a mis amores, a los ojos de Elisa, a mi esperanza, a mi dolor, los retratos en verso, son flores de un dia, jimnástica de la rima i del injenio, no es la poesia en fin que debo considerar en este estudio. La poesia como yo la concibo i la deseo para los jóvenes talentos, es esa poesia en que con los colores del arte que combina el poeta en su fantasía, nos presente cuadros animados i magníficos de la vida real que nos rodea, de los dolores, de las esperanzas del pueblo; cuadros que deben ser juzgados de la altura del arte i de las ideas i necesidades democráticas, porvenir irresistible de nuestras sociedades.

Existe un mundo ideal para el arte; pero si en el vuelo a esa idealidad, perdemos de vista los intereses positivos de la sociedad en que vivimos, ¿qué estraño será que ella nos pierda de vista a nosotros, i ni nos escuche ni nos comprenda?

Todo libro, todo trabajo del espíritu, debe enseñar algo; pues en la época del ferrocarril que atravesamos, no estamos para perder tiempo. Si esto es así, toda produccion del injenio, debe enseñar en términos que puedan ser comprendidos por aquellos a quienes es destinada; esto es, toda produccion ha de ser nacional para ser popular. El escritor chileno en fin que escribe para su pais i en su provecho,

debe buscar los medios de ser bien comprendido por el pueblo chileno; no el pueblo como el que se reune en esta sala, sino el pueblo poderoso de que formamos una pequeña parte, que se nos viene encima i que es preciso que venga como amigo; pues ai! de nosotros si viniese como enemigo! . . . .

¿I como hacer para que no haya ese antagonismo tan temido?—Preguntadlo a vuestra conciencia: . . . estudiad a ese pueblo, ilustradlo, combatid, moderad al ménos, sus malas tendencias, favoreced el desarrollo de los buenos jérmenes que en él existen, sed justos para con él, i no habrá para nosotros cataclismos sangrientos como los de 89 i 93: en esa tormenta social horrible que llamamos Revolucion Francesa.—I ese estudio del pueblo chileno, combatiendo sus errores, defendiendo su justicia, descubriendo i mitigando sus dolores, es la nobilísima tarea de la literatura chilena, de la literatura nacional.

Hai en el Chile de otros tiempos, anteriores i posteriores a la revolucion, fuerzas morales i tradiciones poderosas que es necesario no desdeñar. A la miserable presidencia colonial de otros tiempos, se quiere sostituir una nacion democrática, poderosa i feliz; al hacerlo, no podemos, no debemos romper tan completamente con el pasado, que junto con la bárbarie e ignorancia en que ese pasado abunda, perdamos tambien algunas influencias bienhechoras, algunos instintos de progreso moral que en él se encuentren. Esta obra de separacion debe ser la tarea fecunda de la literatura chilena: ella, combatiendo errores i supersticiones, combatiendo a la barbarie i la ignorancia, sabrá conservar i trasmitir toda influencia benéfica: ella hará que la sociedad chilena, estudiándose a sí misma, concilie su jenio con las exijencias de la civilizacion i de la democrácia.

El movimiento reformador en nuestros paises, ha recibido i recibe dos impulsiones mui conocidas i definibles: la una gubernamental, oficial; la otra, la destinada a ser la mas poderosa, la mas eficaz i que se desarrolla mas i mas cada dia, es la que proviene del pueblo mismo, de sus recursos, de sus ideas, de su progreso moral i material. La literatura chilena debe estudiar, ayudar, ilustrar, armonizar esta doble impulsion, presentándose viva, robusta i bienhechora, como emanacion de Dios, en todas partes.

La literatura chilena fiel a su mision esencialmente revolucionaria, traera entónces por su verdadero camino, sin trastornos ni zozobras, la revolucion verdadera i benéfica que se dibuja en el porvenir de nuestra sociedad: no esas revoluciones de lucha, sangre i esterminio, remedos hechos muchas veces por minorias audaces en provecho de intereses pequeños i egoistas, sino esas revoluciones que Lerminier, con tan propia vehemencia, define «las inspiraciones de los pueblos», i como tales pacíficas, por su naturaleza misma irresistible.

Cuando invito a nuestra literatura a ser social, i siendo social a ser nacional, i siendo nacional a ser popular, la invito a obedecer a una inspiracion nacida de una necesidad comun a otros pueblos mucho mas civilizados que el nuestro, i en los que trabajan i se combaten como en el nuestro, elementos opuestos que se desea armonizar, la muchedumbre arrodillada ayer que hoi se levanta impelida por la fuerza nueva democrática inoculada en ella; la aristocrácia, las clases privilejiadas por la posicion, el talento, el dinero, que temen que el antagonismo existente pueda traducirse en lucha, fatal siempre para ella.

En la Gran-Bretaña, donde existe entre otras hondas llagas sociales, como en los Estados-Unidos, una esclavatura mucho mas terrible aunque de distinto color, la esclavatura del trabajo, la esclavatura industrial, la literatura fiel a su nacionalidad británica i a su sociabilidad, ha creado i esplota en todos los sentidos útiles imajinables, el romance que allí llaman de Costumbres Industriales: i los mismos principios, i los mismos motivos que dictaron las pájinas i dieron tanta vida i sentimiento, en un lado del Atlántico, a los cuadros de negros de la *Cabaña del Tio Tom*, han dictado, al otro lado de ese Oceáno, pájinas i cuadros distintos en el color i en la escena, pero idénticos en su tendencia social i literaria. Hé aquí el plan de uno esos romances, que es mas bien un cuento filosófico, mui injenioso i que espresa perfectamente el antagonismo que trabaja i que, merced a la índole de aquel pueblo libre i a la elasticidad de sus instituciones, se inocula i amalgama en aquella sociedad; plan que ademas esplica mui bien mi pensamiento respecto del carácter i tendencias que deben marcar i dar impulso a nuestra literatura.

Vamos al cuento o plan del romance: traduzco.

«En un pais imajinario vivia una sociedad imajinaria, sin unidad, compuesta de dos grupos de hombres netamente marcados i separados: el uno viejo, el otro nuevo.—Uno de los dos grupos se componia de hombres estremadamente cultos i corteses, con los cuales era mui agradable vivir, verdaderos caballeros en sus maneras elegantes, en su vestido, en su jénero de vida, en su lenguaje; pero de un carácter debilitado.

«El otro grupo lo formaban hombres de labor i de negocios, ásperos de carácter, groseros, desagradables; pero fuertes, sólidos i activos.—Es inútil decir que la tal sociedad, así compuesta i así dividida, marchaba mal. Los dos grupos no tenian entre sí relacion alguna, si se esceptua la perniciosa del vicio; no se frecuentaban, i abrigaban la una por la otra, odio i el mas perfecto desprecio. Aislados sin embargo, ninguno de los dos se bastaba a sí mismo, i llegó el dia en que ninguno de los dos tenia bastante ascendiente sobre el otro para elevarse al poder i dominar

a ambos. Los unos representaban, por decirlo así, formas sin representar realidades; los otros representaban realidades sin formas. Los unos son todo superficie con poco fondo; los otros son elementos brutos sin superficie regular, trozos de granito mal cuadrados i tales cuales habian salido de las profundidades de la tierra, pedazos de hulla negros i polvorosos, mineral no desembarazado todavia de sus escorias tierrosas, materias primeras no preparadas.

«Se estableció desde luego i por sentado, en esta sociedad, el mas perfecto *statu quo* de anarquía.—Era preciso sin embargo i quieras que no quieras, elejir un rei; i ninguno de los dos grupos aceptaba el rei del otro. En fin nuestros caballeros elegantes, vinieron a ser las víctimas de sus propias inclinaciones; cayendo presa de una especie de elegante o *dandy* mui astuto, mitad italiano i mitad ruso, quien demasiado sagaz para hacer de ellos subditos, i sabiendo que podria gobernarlos así, los atrae cerca de su persona, i por medio de sonrisas, de cariños i de alhagos, por medio de palabras suaves i apropósito, los reduce al estado de domesticidad.—Ellos por nada en el mundo habrian obedecido, si se les hubiese mandado en nombre de la justicia; pero he aquí que con un jesto elegante i una frase injeniosa, se agolpan a servirle, al grado que nada iguala al apresuramiento bufon con que descienden hasta relucir sus botas i arreglar los pliegues de su manto.

«El otro grupo, el de los brutos, que no se deja llevar de bellas apariencias ni de buenas maneras, no acepta semejante rei, i elije para que lo gobierne un jigante vigoroso, musculoso e infatigable, que come mucho, bebe mucho, fuma sin cesar, no duerme, trabaja siempre i exije de todos que hagan otro tanto.—Estas costumbres *Yankees* reducen a las pobres jentes a la esclavitud, los tortura i estenúa pronto a tal grado, que los deja en la piel i los huesos.—*Goahead*—adelante, les grita, i la máquina humana estirada como un resorte, se halla próxima a estallar.

«Los elegantes del grupo aristocrático no se encuentran mejor. Cada dia nuestros hombres de superficie pulida se rebajan un poco mas, i de degradacion en degradacion caen al fin en putrefaccion.

«De un lado estenuacion, debilitacion de fuerzas por exajeracion de actividad; del otro puerilidad, senectud, debilitacion por ausencia de actividad real. El pais sufre horriblemente, i podria creerse que iba a desaparecer en un término dado, si la Providencia no hubiese venido en su socorro, como vino en efecto, terminando el cuento como todo cuento de hadas.—El dandy rei de los hombres pulidos, tiene una hija encantadora que, injeniosa i sagaz como su padre, no se deja seducir por las apariencias, i toma por esposo al hijo del jigante bárbaro, hermoso mancebo, sólido i vigoroso, que no puede dejar de tener una numerosa i bien constituida projenitura. La raza proveniente de este enlace fué en efecto la llamada a gobernar esa sociedad i a terminar esa antagonismo por tanto tiempo sostenido, uniendo en el arte de gobernar, la flexibilidad i el tacto con el vigor i el conocimiento práctico de los hechos. Entónces una sociedad superior se estableció, civilizada sin molicie, activa sin exceso, ideal sin sutileza, práctica sin ser grosera.»

Hasta aquí el cuento, i en la ejecucion del plan injenioso que él encierra, se hallan reunidas todas las condiciones que yo apetezco en el romance Chileno: hai verdad i nacionalidad en los caractéres i en las apreciaciones, verdad en la situacion, i un grande objeto social, útil i moral, que se persigue, se desarrolla de mil maneras i se alcanza. Quitemos la persona de la reina que nada significa en el gobierno; pongamos los elementos sociales de la Gran-Bretaña en lucha para llevar sus hombres al Ministerio, al Parlamento, i recordemos que un Peel, hijo de un fabricante de Lancaster, un hijo del grupo de las máquinas, del carbon, del granito, ha gobernado desde el mismo puesto que han ocupado alternativamente Palmerston, Russel, Derby, miembros del grupo dandy; pero despues de haber pasado Peel, como Palmerston, como Russel, por el matrimonio de la hija del rei dandy, la aristocrácia, con el hijo vigoroso del rei bruto, la democrácia.

¿I no habrá en esta tela de manufactura inglesa, algo que merezca estudiar la manufactura chilena? La materia primera existe, la mano del artifice tambien existe, tenemos en nuestro rico idioma instrumentos de trabajo inmejorables; adoptemos entónces el procedimento i produzcamos tejidos análogos a nuestra sociedad i a los diversos elementos que la trabajan, mas o ménos oculta, mas o ménos ostensiblemente.

DEMETRIO RODRIGUEZ PEÑA.

(*Continuará.*)

Una palabra al informe del Jurado (1).

Señores:

Permitidme agregar una lijera explicacion al trabajo que acabo de leer; permitidme llenar el vacío que los señores del Jurado encontraron en él i responder a la contradiccion que descubrieron en el modo de resolver la cuestion propuesta.

Sin pretensiones de ningun jénero i desconfiando de mis opiniones propias con mas justicia que de las ajenas, yo no vengo a sostener aserciones combatidas por personas a quienes presto deferencia i estimacion por mas de un título. No vengo a combatir sus doctrinas ni ménos a impugnar un fallo en que encuentro ilustracion,

(1) Leido en el *Círculo de amigos de las letras.*

acierto i justicia. Mui lejos de eso, yo querría agregar el débil eco de mi voz a la suya para ensalzar ese trabajo excelente que supo combinar con lucimiento la gracia i elegancia de un estilo inimitable con la profundidad i grandeza del pensamiento. Pero aunque nunca ha sido mi intencion otra que la de desvanecer esa contradiccion, yo he vacilado antes de tomar la pluma, he meditado seriamente i me he preguntado muchas veces si podria explicarse ella como el desahogo pueril de una susceptibilidad ofendida, como una queja arrancada a el alma por el desvanecimiento de una esperanza mal fundada, como la espresion de una desconfianza injusta sobre la integridad i competencia de los ilustrados miembros del Jurado; yo no habria escrito, Señores, si mi conciencia hubiera apoyado de cualquier modo alguna de estas suposiciones. Pero confieso que el eco de esa voz augusta que sabe hacerse oir sobre el sordo murmullo de nuestras pasiones, me ha respondido siempre sin vacilar que no habia aquí ni queja injusta ni reproche amargo, que no habia falsedad ni hipocresía en el respeto con que acato i apruebo el fallo del Jurado, i que acaso pudiera no parecer mal el volver sobre la cuestion propuesta, manifestando en este mismo empeño el interés con que se la mira i la estimacion en que se tiene la opinion que dá orijen a este trabajo.

Voi ahora a mi objeto:

Dice el informe que podría encontrarse contradiccion en esa respuesta que reconociendo la necesidad de la independencia de las colonias americanas, cree accidental el logro de esa misma independencia.

Diré lo que juzgo de esta contradiccion.

I.

Pero ante todo ¿cuál era la cuestion propuesta?--Al preguntar si la independencia de las colonias hispano-americanas era un hecho necesario o accidental ¿de qué necesidad se habló?--¿De la necesidad metafísica, es decir, de la imposibilidad de que exista lo contrario de lo que ella indica, del absurdo que resultaría de negarla?--Yo creo que no, porque en este sentido no podria preguntarse si puede concebirse la no independiencia de la América; porque en este sentido nada es mas contingente que esa independencia, que puedo aniquilar en mi pensamiento, que puedo negar sin absurdo. ¿Se habló de la necesidad física, es decir de la imposibilidad de alterar los fenómenos de la naturaleza, del encadenamiento de las leyes del mundo físico?--Tampoco; porque la independencia de la América no era un hecho de la categoría del órden físico, no era un hecho del dominio de las leyes que rijen el mundo puramente material. Se habló, a mi juicio, de la necesidad moral, es decir, del encadenamiento de los fenómenos que llamamos morales, de esos en que el enlace de las causas con sus efectos es mas libre i ménos ciego que en los del mundo material: se preguntó si en los hechos que se habian desarrollado en América o en los hechos estraños que estendian su influencia sobre nuestro suelo habia algun jérmen fecundo i necesario de independencia, algun elemento de emancipacion para este suelo avasallado por tres siglos a un amo desconocido i lejano: se preguntó si en la lójica de la historia, en sus altas i profundas lecciones, se divisaba algun principio de ventura para esta sociedad que no era feliz i que podia desear mejorar su suerte;—porque para el que penetra en el fondo de las cosas i mira en los hechos históricos algo mas que las apariencias, la historia no es la sucesion ciega i fatal de guerras i esterminio, no es el cuadro mudo i sin significado de las desgracias del hombre; es la maestra de la sociedad, la depositaria de la esperiencia de los siglos, la indicacion del camino seguido por la humanidad en su desenvolvimiento progresivo.

I ¿nó es cierto que desde que se trataba de leyes morales era preciso considerar en ellas no solo la naturaleza de los objetos en que se desarrollaban sino tambien las modificaciones que en este desarrollo debia de ejercer la voluntad libre del hombre?—Porque el ser racional i libre tiene una parte mui efectiva en su ventura i en su desgracia, que le vienen las mas veces de sus actos voluntarios; i porque lo que es moral puede ser en abstracto i de un modo jeneral i vago moralmente necesario, pero es precisamente contingente, accidental en su manifestacion, en la época de su desarrollo.—«La virtud triunfa del vicio;» «La prosperidad del malvado no puede ser duradera,» he aquí principios morales, necesarios en abstracto, pero contingentes, accidentales en su manifestacion, en su aplicacion particular i esterna. ¿Quién podria sostener que el vicio habia de insultar perpetuamente a la virtud i hollar siempre con su planta impura su inocencia, su cándida belleza?—¿Quién podria sostener que el malvado pudiera saborear para siempre sin zozobras el fruto de sus perfidias i de sus violencias?—Pero aquí teneis a un inocente calumniado i cargado con el peso de un delito que no ha cometido; podeis asegurarlo talvez que algun dia se vindicará, i recobrará su honor i su felicidad: pero ¿le fijariais la época precisa de esa reparacion?—Allá está un malvado que cubre vicios horrendos con un manto hipócrita de virtud; le conoceis; creeis talvez que su prosperidad aparente no podrá ser mui duradera; pero ¿podriais decir hasta cuándo la tendrá?—Ah! ¡nadie podria fijar esa época! Reconocemos la verdad de los principios jenerales, confiamos en ellos; pero aguardamos que acontecimientos inesperados i en gran parte casuales vengan a realizarlos i aplicarlos a nuestra suerte. El pueblo hebreo sabia que habia de concluir su esclavitud en Ejipto; pero Moises era ya hombre i vivia desconocido. El pueblo escojido de Dios sabia que habia de tener un Redentor; pero necesitó de la voz inspirada e infalible de sus profetas para conocer la época precisa de su venida. Tal es

el carácter de los hechos morales: las leyes eternas que dirijen su desarrollo son moralmente necesarias, tarde o temprano han de tener su cumplimiento; pero ¿cuándo será? ¿cuándo vendrá su manifestacion?—nadie lo sabe, nadie lo sabrá, porque esto no puede ménos de ser contingente, accidental.

II.

Teniendo en vista estos principios i aplicándolos a la cuestion propuesta, me pregunté si en las leyes morales que dirijen el desarrollo de las naciones, como el de los individuos, habia algun principio consolador que augurara a un pueblo esclavo dias de ventura i libertad; i encontré en el movimiento jeneral del universo, en el órden invariable i eterno de la naturaleza, en los principios de igualdad i de justicia, que si para todos son nociones de verdad, para los pueblos cristianos son tambien promesas divinas i por lo mismo necesarias, la lei de su desarrollo, la certeza de su felicidad, la garantia de sus derechos apoyados en la palabra divina; i exclamé entonces: ¡La independencia de la América era necesaria!

Recorriendo i analizando despues los hechos históricos de nuestro pasado, la organizacion de nuestra sociedad colonial i las esperanzas que en ésta habian dejado las lágrimas de sus lamentables fastos, me pregunté tambien si esos principios abstractos de progreso, de igualdad i de justicia se encontraban en América apoyados por las condiciones particulares de su organizacion i de sus antecedentes; i las atrocidades de la conquista, las violencias del sistema que fundó, la tiranía de los mandatarios que trajo, la ignorancia que pretendió mantener, poniendo una valla insegura a la marcha irresistible de la civilizacion, se agolparon a mi mente para gritarme: Nuestro imperio no puede ser eterno en este pueblo jeneroso que ha sabido defender con tanto heroismo su independencia i sus derechos, en este pueblo que hemos derrotado tantas veces, que no hemos vencido siempre, en este pueblo que solo dominaremos mientras conserve el alma de un niño con su inocencia i su candor; i al oirlas, yo repetí: ¡La independencia de la América es necesaria!

III.

Pero esto solo era resolver la cuestion en abstracto; era preciso aplicar estos principios al hecho histórico de la emancipacion de la América, no solo porque así debia entenderse el espíritu de la cuestion propuesta, sino tambien porque esta aplicacion, esta materializacion, si puede decirse así, es una lei de nuestra naturaleza, una necesidad de nuestro ser, espiritual i corporal. Ni en el mundo corpóreo ni en el mundo de la inteligencia vivimos de meras abstracciones; i si es cierto que vamos continuamente a buscar la verdad en el órden especulativo, tambien lo es que bajamos al punto al mundo real para examinar en él su aplicacion práctica. Era pues preciso analizar ese hecho de la emancipacion i preguntar si la voz de ese pueblo que se alzaba en todas partes rompiendo con su pasado i hollando los dogmas venerados de las tradiciones de sus padres, no era mas que el eco de una lei suprema i eterna que era preciso reconocer, la voz del que pedia con justicia i oportunidad lo que era forzoso concederle.

Si es cierta la doctrina que acabo de esponer sobre el carácter de los fenómenos morales, si es cierto que en ellos es preciso considerar tambien la accion del ser libre que tiene en su desenvolvimiento una parte tan principal que puede acelerarlos o retardarlos; i si es verdad que la independencia de América, de una necesidad absoluta en abstracto, habia de encontrarse en la práctica objeto de una lucha encarnizada entre los interesados en obtenerla i los que tuvieran empeño en retardarla, es indudable que ni podiamos ya aplicar a esta segunda cuestion solo aquellos principios jenerales, ni era forzoso darle la misma solucion.

Pues bien, yo me puse en presencia de esa sociedad que intentaba vindicar sus derechos; penetré en su hogar para sorprender sus armas; arrebaté sus proyectos; i consideré su juicio i su esperiencia para calcular la oportunidad de sus reclamos i las probabilidades de su empresa.—Yo ví entonces (¿porqué no he de decirlo cuando esta verdad no insulta la memoria gloriosa de nuestros padres?); yo ví, señores, solo ignorancia, degradacion, inesperiencia absoluta; no hallé instruccion, no hallé comercio, no hallé sabiduría para dirijir con acierto los destinos de un pueblo que iba a nacer a la libertad en un laberinto espantoso de intereses opuestos, en el caos inevitable de pasiones violentas que iba a despertar. Ví que al iniciarse, prematuramente, esa lucha santa en su esencia, forzoza e inevitable, los ejércitos que se levantaban para sostenerla por una parte carecian de pericia i de conviccion, los ví pelear dichosamente engañados, sin saber por qué peleaban o creyendo que sostenian precisamente la causa misma que combatian. ¡Cuán pocos eran los que tenian conciencia de su empresa, los que inspiraban un ardor sentido i alentaban el entusiasmo de sus compañeros, los que dirijian sus esfuerzos i derramaban su sangre a sabiendas por la consecucion de ese bien, que alcanzaron sin duda a obtener, pero que cuán contados fueron los que pudieron gozar tranquilos en el suelo querido de la patria!—Mirando pues sus elementos, no pude creer no digo necesario, probable siquiera su triunfo; no pude creerlo el efecto preciso de su situacion; i lo llamé accidental.

Pero ese triunfo se obtuvo. I ¿porqué se obtuvo? ¿porqué la sociedad habia llegado a ese estado de madurez en que debiera sentirse capaz de gobernarse por sí sola? Seguro que nó. La América logró su independencia porque la arrebató a un poder que no tenía ya fuerzas para mantenerse por mas tiempo. Debilitada la España por sus desgracias domésticas i luchando en dos mundos, llena de conflictos,

agotada, pero siempre decidida i heróica, tuvo que dejar escapar súbditos que no tenian mas elementos que la debilidad de ella misma.

Si la América peleaba proclamando a una voz la necesidad de su independencia ¿porqué sus hijos componian casi solo los ejércitos del rei? ¿por qué éstos combatian en todas partes con mas conviccion que los que defendian su libertad?—Porque la idea de separarse de la metrópoli para lanzarse a una vida independiente no estaba todavia encarnada en la sociedad, no era comprendida siquiera por muchos de los que la servian.

Observando estos hechos i viendo que de sus relaciones pendia la emancipacion de la América, no pude creerla efecto necesario de ninguno de ellos, i no vacilé en declararla accidental.

Tales fueron mis convicciones. Si al espresarlas en aquel trabajo, no aparecieron con la claridad necesaria, culpa mia fué i no de ellas. Confiaba empero en que el resúmen con que concluia revelaria la distincion de mi pensamiento: llamé allí *necesaria* la *independencia; accidental*, la *emancipacion;* reconociendo en estas dos palabras una diferencia notable: la primera significaba para mí el *estado* de un individuo o de una nacion que no se halla sujeto a otro; la segunda, la *accion* por la cual se obtiene ese estado, el *hecho* de conseguirlo.

Acaso un sentimiento exajerado de justicia o un amor irreflexivo a la libertad me hayan hecho aceptar con lijereza la necesidad de la independencia de la América; acaso tambien una inclinacion ciega i sincéra al órden me hayan arredrado o estraviado, al considerar casual i prematuro el orijen de nuestra independencia presente. En cualquiera de estos casos, estoi dispuesto a ceder a la opinion mejor formada de personas mas competentes.

La discusion medida no solo es el camino mas filosófico para llegar al conocimiento de la verdad, sino que es tambien en este caso la mejor prueba de que apreciamos estas cuestiones i veneramos dignamente la memoria de nuestros padres políticos.

José Bernardo Lira.

Al indulto del 14 de Octubre.

(Soneto.)

Son-ó la hora fatal: la horrible muerte
Sus víctimas reclama deapiadada;
Cuéntalas con su mano descarnada
I la guadaña apresta al golpe fuerte.

Llora la compasion i muda, inerte,
Por la sorpresa i el horror turbada,
En los reos contempla desolada,
Irrevocable el fallo de la suerte.

Resuena en tanto un femenil jemido
Que los buenos oyeron con delicia,
El jeneroso pecho enternecido:

Rompe su doble venda la justicia,
I al pronunciarse el fallo de clemencia
Respiran la virtud i la inocencia.

Mercedes Marin de Solar.

Ecos de la semana.

Santiago, noviembre 5 de 1859.

SUMARIO.—*El dia de difuntos.—Santiago reza i duerme.—La Semana teatral.—El círculo literario.*

Los muertos han venido a su turno a tomar parte en los dias de la primavera. El 2 de noviembre, que acaba de pasar, es, como sabeis, el dia de difuntos. La jóven estacion, en quien todo nace o revive, resucita tambien a los que vivieron ayer en la memoria de los que viven hoi. Ella que trae calor a la luz, hojas al árbol, flores a la planta, esperanzas al deseo, deseos a la voluntad, juventud al universo, trae asimismo un dia de recuerdos a la noche de olvido en que yacen los difuntos. I éstos nos piden, en ese dia, oraciones i flores; oraciones brotadas del corazon i flores nacidas de la primavera, perfumadas ofrendas del alma i la naturaleza. Aquellas suben lijeras al trono de Dios, i estas caen en los sepulcros para servir de compañeras a los solitarios muertos. ¡Pobres flores! ellas tampoco tardarán en marchitarse i morir, i sus graciosas formas i sus mil colores, convertidos en polvo informe i descolorido, irán a mezclarse con el polvo de la humanidad.

Nuestra sociedad, ocupada de tejer guirnaldas fúnebres i rezar a los difuntos, absorta en su piedad i en sus tristes memorias, ha dejado pasar esta semana sin novedades, sin movimiento i sin ruido. Si no supiésemos la piadosa ocupacion en que ha empleado su tiempo, podriamos creer que su inaccion i silencio han sido obra de la pereza; la cual, semejante al pagano Júpiter en sus empresas amorosas, viste mil formas diversas para seducirnos i aprisionarnos en sus redes. Pero nó; nuestra poblacion ha dejado de hablar i reir para rezar, ha dejado de andar i pasear para rezar; i solo ha dejado de rezar para dormir. I Al decir *requiescant in pace* i desear a los muertos eterno reposo, no se ha olvidado de pedirlo i buscarlo para sí.

El teatro mismo, último asilo de los pasatiempos, ha mostrado esta semana un aspecto frio i desolado. En vano las funciones se han multiplicado i competido en variedad las unas con las otras; los espectadores han practicado una operacion aritmética inversa i rivalizado en la mas uniforme i lastimosa desercion.

La semana teatral, que aún no ha expirado, ya

cuenta sin embargo tres funciones, a que han llevado su continjente respectivo la zarzuela con *Mis dos mujeres*; el drama con *La Ilusion ministerial*, *El Tio Pablo* i dos piezas en un acto; i el baile con *Pepa la Valenciana*, *la Zandunga i la Silfide*.

Mis dos mujeres quedó reconciliada el domingo con el público, que la oyó con placer i la aplaudió sin trabajo. Era de rigor que así fuera, pues la zarzuela en cuestion abunda en graciosas armonías, en música viva i lijera. ¡Qué lindos coros los dos del último acto, i qué bien cantados!—La Mur fué aquella noche feliz como siempre i aplaudida como nunca deja de serlo. I despues de la Mur, se aplaudió mucho a Clapera, un poco a Herrera i otro poco a González, que bien lo merecia. Es éste un tenor que principia, que apénas conoce la música, que aun no sabe vocalizar i carece todavía de método; pero que tiene una hermosa voz, que estudia con teson, que adelanta dia por dia i sobretodo es una condicion inevitable para poder oir cualquiera zarzuela. Justo es, pues, alentarlo i fomentar así las felices dotes que empieza a descubrir.

La ilusion ministerial, comedia en tres actos de don Francisco de P. Montemar, fué ejecutada el mártes con mejor acierto i mas estudio que el que suelen emplear nuestros actores. Sin ser una obra maestra, esta comedia es bastante divertida e interesante. Un diputado que logra con sus embestidas parlamentarias hacer venir abajo el ministerio i aspira infatuado a reemplazarlo; la mujer de este diputado, entregada en cuerpo i alma a la política i a lo ménos tan ambiciosa i engañada como su marido; la hija de este diputado, tan coqueta como deseosa de casarse; un sobrino de este diputado, bastante rústico i bastante rico, que pretende la mano de la niña; un almibarado sicofanta de la prosperidad, que tiene igual pretension para el caso en que el diputado se convierta en ministro; i un hermano del dichoso diputado, hombre de buen juicio, que deplora las falaces ilusiones de la familia i acaba por servirla de paño de lágrimas: tales son los personajes de la comedia, la cual se desenlaza por dos amargas decepciones,—la del diputado i su mujer, que no llegan a ser ministros, i la de su hija, que no llega a casarse. De los dos pretendientes, el uno huye de la mujer coqueta i el otro de la mujer sin dote. Este es en compendio el argumento de la comedia, dialogada en versos fáciles, graciosos i oportunos, i provista de escenas cómicas de mui buen efecto. No por eso está exenta de lunares:—la personificacion de algunos caracteres raya en caricatura, no siempre están justificadas las salidas i entradas de los personajes, i la accion languidece de cuando en cuando.—Gaitan, que era el protagonista i estaba en su cuerda, se desempeñó a las mil maravillas, felizmente secundado por su esposa, Garces, i las otras dos damas. Los demas actores permanecieron neutrales i no traicionaron; algunos de ellos, contra su costumbre, habian aprendido su papel.

Las dos repeticiones: *el Tio Pablo* i *Un criado para dos amos* fueron mui aplaudidas merced a Gaitan i Garces, afortunados siempre en sus esfuerzos. No podia tampoco dejar de serlo la novedad: *Una romántica*, o mejor la Mur que la caracterizaba; porque lo que es la pieza o juguete o disparate, pudo ser mui oportuno en otro tiempo, pero hoi en dia es mui importuno.

No parece sino que la Thierry se ha empeñado en desmentir esta semana el calificativo poco galante de *artista de piés* que tuvo la ocurrencia de darle no sé qué diario. ¡Tán bien ha bailado i tánto ha hecho por convertir en alas sus prestijiosos piés!

En la reunion que tuvo anoche el *Círculo de Amigos de las Letras*, don Ramon Briseño, que es, como sabeis, profesor de filosofía i filósofo de profesion, leyó un interesante estudio sobre el panteismo, bien pensado i mejor escrito. En él, combate la teoría de la substancia de Spinosa i la del absoluto de Kant, doctrinas una i otra panteistas, i tratando de fijar centro i límites a la filosofía, los encuentra en el campo de la observacion i la esperiencia, única brújula segura en el océano de las especulaciones científicas. La exactitud de espresion i el estilo correcto i elegante del señor Briseño contribuyeron, por su parte, a hacer amena i a que fuese oida con interes esta notable lectura.

No lo es ménos la de don Manuel Blanco Cuartin, de que ya os he hablado, la que fué terminada anoche dejando confirmada la primera opinion que de ella se formó.

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE.

A nuestros suscriptores.

Con el presente número de *La Semana* recibirán nuestros suscritores un suplemento que contiene la conclusion de la interesante comedia:—LOS CUENTOS DE LA REINA DE NAVARRA. No hemos vacilado en hacer este obsequio a nuestros suscritores a fin de no dejar suspensa esta pieza hasta el próximo trimestre, que principia en el número siguiente. Con el número de hoi se completa un hermoso volúmen de 414 pájinas, cuyo índice i portada repartiremos a nuestros suscritores con el número próximo, para que puedan encuadernarlo.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

IMPRENTA DEL CORREO, Pasaje Búlnes, núm. 14.

SUPLEMENTO A LA SEMANA

NÚM. 25.—5 DE NOVIEMBRE DE 1859.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

LOS

Cuentos de la Reina de Navarra

O

EL DESQUITE DE PAVIA.

Comedia en cinco actos.

Conclusion.

ACTO CUARTO.

Aposentos de la reina. Puerta en el foro. Dos puertas laterales. A la derecha en el primer plan, una mesa sobre la cual hai un devocionario.

ESCENA I.

MARGARITA, *sentada a la derecha.*

¡Ah, qué noche he pasado! Eterna noche! Perdóname, hermano mio, si tu no has sido el único que ha ocupado mis pensamientos.... ¡El pobre D'Albret!

ESCENA II.

HENRIQUE, MARGARITA.

HENRIQUE.

Corro a ponerme a vuestras órdenes, princesa.

MARGARITA,

¡Digo! qué contento venis! ¿Qué os ha sucedido.

HENRIQUE.

La aventura mas singular.... la mas picante.... hará el mas bonito de vuestros cuentos!... me reia, viniendo aquí, con la sola idea de proporcionaros el asunto. I a pesar de los riesgos que he corrido.....

MARGARITA.

Hablad, hablad pronto....

HENRIQUE.

Habia yo interrogado a Sanchica sobre lo que nos importaba saber, acerca de la bella misteriosa de las visitas nocturnas a la torrecilla... La pobre muchacha me habia jurado por el Santo de su nombre, que no sabia nada de semejante acontecimiento, i que ella no tenia de eso la menor idea.... i yo, que creia indigno engañarla mas largo tiempo, me habia arrojado a sus piés, confesándole que yo no podia amarla; porque amaba a otra.—«Lo sé, lo sé, exclamaba, a una princesa».... I sobre este fundamento, hacia en seguida una multitud de suposiciones i de estravagancias.

MARGARITA.

¿Qué suposiciones, señor; veamos?

HENRIQUE.

Hasta pretender que vos, señora, vos tambien... ¡Cosas absurdas.... imposibles!.... cuando, de repente, en la escalera suenan pisadas firmes i vigorosas. «Son los pasos de mi marido, exclama Sanchica, poniéndose pálida. ¿Cómo sucede que él que en este momento galopa para Francia? .. Pero ya no era posible dudar; porque Babieza golpeaba i gritaba como ciego.... o diré mejor como tuerto que es.—«Abre, Sanchica, yo soi!.... «Vos»! responde Sanchica con una presencia de ánimo admirable ... «Vos!... ¡Jesus Maria!... ¡en el mismo instante en que soñaba con vos!» Luego me hace señal para que me coloque en el hueco de la puerta que ella intrépidamente va a abrir, i en el momento en que Babieza se presenta.... ella le pone rápidamente su mano sobre el único ojo que le queda, exclamando con la mas tierna solicitud conyugal «Respóndeme, respóndeme por favor!.. ¿Veis con el otro ojo? Porque soñaba cuando golpeasteis que acababais de recobrarlo por la intercesion de San Cornelio, el santo de vuestra devocion.»—«Eh! nó!»—dice Babieza con mal humor.... «no veo, ni con éste ni con el otro que me tienes tapado.... I en efecto no vió que yo me escurria detras de él i que bajaba la escalera. ¿Qué decis de esto, señora? ¿i no es verdad que es sublime?.... i sin embargo, ¿V. A. no se rie?...

MARGARITA.

Nó, porque pensaba en otro cuento.... de que me hablabais ayer,... aquel del pobre jentil-hombre que ama a una gran señora con toda su alma.

HENRIQUE.

¿Habrá terminado ya ese cuento? Decídmelo por favor.

MARGARITA.

No me atrevo.

HENRIQUE.

¿No os atreveis?... ¿acaba quizás de una manera bien lastimosa?

MARGARITA.

¡Sí, el pobre jóven vá a a sufrir tanto!..

HENRIQUE, *temblando.*

¡I qué importa, si es por esa gran señora! ¿I ella, ella?

MARGARITA.

¿Ella?.. ¡al mirarlo solamente sus ojos se llenan de lágrimas.... porque no sabe como decirle que es preciso separarse!

HENRIQUE..

¡Yo!... ¡dejaros!... ¡Qué! ¿no teneis necesidad de mi sangre ni de mi vida, puesto que desechais este amor que me hacia encontrar delicias en haber sido herido por vos, en ser prisionero por vos?

MARGARITA, *interrumpiéndole con seriedad.*

¡Henrique, se me ofrece la libertad de mi hermano.... de vuestro rei, i una paz honrosa para la Francia!...

HENRIQUE.

¿Cómo así?

MARGARITA.

Vos visteis mas léjos que yo. Lo que yo creí que era un juego, no era sino una realidad. Esa corona que yo habia rehusado.... hoi todavía me la ofrece el rei de España.

HENRIQUE, *ocultando su cabeza entre las manos.*

¡Ah!... ¡qué me decis!...

MAGARITA..

Decididlo vos mismo.

HENRIQUE, *despues de un momento de silencio i bajando los ojos.*

¡Vacilar seria un crímen!

MARGARITA.

¡I yo he vacilado, sin embargo!

HENRIQUE, *arrojando un grito de alegría.*

¡Ah!

MARGARITA.

¡Escuchadme, Henrique! Nacida sobre las gradas del trono, lo he visto desde mui cerca para que haya podido deslumbrarme, i nunca he tenido otro deseo que el de descender i alejarme de él. Solo la desgracia me ha detenido a su lado, la desgracia de todos los mios; pero mi ambicion i mi esperanza se cifraba en que, recobrando por mí su libertad i su reino, mi hermano Francisco I, en recompensa, me hubiera permitido vivir en el seno de la soledad, en el comercio de las artes, dejándome libre para disponer de mi corazon i de mi mano; i el que yo hubiera escojido, creedlo bien, no hubiera sido ni un emperador ni un rei; no hubiera tenido cetro ni corona, sino un corazon leal i jeneroso, que me habria amado sobre todo, con un verdadero i sincero amor; ¡tales eran los sueños que me habia forjado; i ahora comprendereis que se vacile al renunciarlos!

HENRIQUE, *con desesperacion.*

¡Ah! yo comprendo solamente que soi el mas desgraciado de los hombres!

MARGARITA, *con viveza.*

Pero haber podido libertar a su hermano i a surei, haber podido salvar a su pais, i no hacerlo, seria una vergüenza i un remordimiento, que mancharia la misma felicidad. Así es que léjos de debilitar el valor que a pesar mio ya me falta.... ¡vos lo sostendreis.... ocultándome vuestra de esperacion..... i ejecutando exactamente mis órdenes.... las últimas que os daré!

HENRIQUE.

¡Mandad, señora!...

MARGARITA.

¡Mañana mi hermano estará libre! mañana el rei se irá a su reino, a su pais. Vos lo seguireis i no lo dejareis. Lo servireis leal i fielmente en memoria de su hermana.... ¡i sobre todo me jurareis que no volvereis a España!... ¡que nunca tratareis de volverme a ver!... Voi a deciros por qué; ¡porque Margarita os amaba i siempre os amará!

HENRIQUE.

¡Ah señora!

MARGARITA.

¡Partid, partid ahora: el honor os lo impone!

HENRIQUE..

¡Pero dejaros, es morir!....

ESCENA III.

LOS MISMOS, BABIEZA *entrando por la puerta del foro.*

MARGARITA.

¡Henrique! ¡Henrique! (*a Babieza con aire risueño*). ¿Qué hai Babieza?

BABIEZA.

¿Señora?

MARGARITA.

¿No tenemos hoi por la mañana el sermon de un célebre predicador?

BABIEZA.

Del reverendo Tejada, sí, señora: toda la corte débe asistir a él.

MARGARITA.

¿I vienes a advertírmelo?...

BABIEZA.

Faltan todavía tres cuartos de hora para el sermon; pero el emperador a quien acabo de vestir, i a quien jamas he visto con semejante impaciencia. .. ni en el dia en que fué electo emperador de Alemania.... ya me ha preguntado tres veces qué hora era, i ruega a V. A. que tenga a bien honrar el sermon con su asistencia.

MARGARITA, *mirando a Henrique.*

¡Obedezco! (*Se dirije hácia el foro, Henrique la sigue vivamente; ella lo detiene con un ademan*).

ESCENA IV.

BABIEZA, *solo mirando salir a Margarita i a Henrique.*

¡Por la Vírjen del Pilar que Sanchica tenia razon! Ni yo sé de donde saca todo lo que sabe. Esta mañana no mas me decia con tono colérico. «Estais celoso de todo el mundo, tambien del señor d'Albret, i él ama a una gran señora, a la princesa Margarita... i es correspondido!.. ¡Cuentos!... cuentos decia yo encojiéndome de hombros.... i ¡despues de lo que acabo de ver.... aquí juntos los dos, repito que Sanchica tiene razon... que siempre tiene razon! (*volviéndose i reparando en Leonor que se adelanta mirando a su alrededor*). ¡Ah; nuestra jóven i real princesa!

ESCENA V.

BABIEZA, LEONOR.

LEONOR, *a Babieza que la saluda respetuosamente.*

Se me habia dicho que la princesa Margarita estaba aquí, en los aposentos de la reina... ¿La has visto?

BABIEZA.

Acaba de salir de aquí en este instante.

LEONOR.

¿Sabes si asistirá hoi al sermon?

BABIEZA.

Me parece que tal es su intencion (*mirando sobre la mesa de la derecha*). ¡I hé aquí precisamente su devocionario.... allí, sobre la mesa!

LEONOR.

Sí, ese devocionario con las armas de Francia, ese devocionario que tanto admiré.... (*despues de un momento de silencio*) ¡Déjame! (*se sienta cerca de la mesa*).

BABIEZA, *dá algunos pasos, vuelve i dice en voz baja.*

Será cierto que V. A., segun dicen, piensa entrar a un convento?

LEONOR.

¡Desde mañana todo estará acabado para mí!... ¡pero si miéntras tanto puedo serte útil en algo.... (*mirando a su alrededor con inquietud*) a tí, o a otros!....

BABIEZA, *inclinándose.*

¡Ah señora!... (*levantándose*). Puede en efecto que tenga que pedir a V. A....

LEONOR, *haciendo señal con la mano.*

¡Mas tarde!.... ¡Adios! (*Babieza se aleja por la primera puerta de la izquierda, la de los cuartos del rei*).

ESCENA VI.

LEONOR, *sola. Luego que Babieza ha salido, mira a su alrededor con precaucion, coje el devocionario, lo abre, saca de su escarcela una carta que pone dentro del libro, coloca el devocionario a la orilla de la mesa, i dá algunos pasos hácia la puerta del foro.*

LEONOR.

¡Margarita! ... i el emperador! (*desaparece por la puerta de la derecha que está sobre el segundo plan*).

ESCENA VII.

CARLOS V, *entrando por el foro, dándole el brazo a* MARGARITA.

CARLOS V, *a Margarita.*

¿Por qué, señora, esa turbacion i esa emocion?... ¿Qué teneis que temer ahora, cuando todo está acordado entre nosotros?

MARGARITA.

No sé como reconocer, señor, vuestra jenerosidad; la libertad de mi hermano.... la paz con la Francia....

CARLOS V,

Eso será la dote de Margarita.

MARGARITA.

¿Tambien me habeis prometido que vuestra hermana Leonor, no seria el precio de la traicion, i que no se casaria con el condestable?

CARLOS V.

Vos le anunciareis esa buena nueva, en esta mañana, cuando vayamos al sermon del reverendo Tejada, al que debe acompañarnos. ¿V. A. tiene todavía otra cosa que pedirme?

MARGARITA.

¡Solo una palabra, señor!.... En el tratado cuyas bases me habeis hecho el honor de comunicarme hai un punto... uno solo que queda indeciso. (*Cárlos V la invita a sentarse a la izquierda del teatro i se sienta cerca de ella*).

CARLOS V.

¡Veamos! ¡mucho me gusta hablar de política con vos!

MARGARITA.

Hai entre los dos reinos, entre la Francia i la España, un pequeño pais, la Navarra, que no podria pertenecer a la Francia.

CARLOS V.

¡Es cierto, es cierto!

MARGARITA.

¡Tampoco seria justo que perteneciese a la España·

CARLOS V.

¡Eso... no es tan cierto.... pero sin embargo es cierto!

MARGARITA.

Pienso que se haria desaparecer para en adelante todo pretesto de discordia, creando un estado independiente, protejido de ámbos lados de los Pirineos por dos grandes potencias.

CARLOS V.

¡Convenido!. . ¡pero a ese estado independiente tendriamos dificultad para darle un señor!

MARGARITA.

¡Señores!.... siempre se encuentran. ¡Hai un descendiente de los antiguos condes del Bearne i de Navarra, Henrique d'Albret, que se ha probado en Pavia.

CARLOS V.

¡En contra nuestra!

MARGARITA.

Tanta confianza tengo en vuestra jenerosidad que en eso misma estriba una de las razones que os deben decidir. ¿Me habré engañado, señor?

CARLOS V.

¡Nó, que el valor es un título que a veces ha bastado para fundar una dinastía, i si tal es vuestra opinion.....

MARGARITA, *se inclina en señal de asentimiento i dice aparte*

¡Pobre Henrique!... ya que no puedo hacerlo feliz..... lo haré rei....

CARLOS V, *buscando su pizarra.*

¿Quereis que juntos redactemos ese artículo?

MARGARITA, *tomando la pizarra.*

Vos dictareis, señor, i yo escribiré.

ESCENA VIII.

MARGARITA *i* CARLOS V *sentados el uno cerca del otro a la izquierda del teatro,* GATTINARA *entrando por el foro.*

GATTINARA, *anonadado.*

¡Cielo!. . ¡el emperador en confidencías con Margarita!

CARLOS V, *volviendo al ruido.*

¡Ah! ¿eres tú Gattinara? Entra i espera. (*Margarita i Cárlos V siempre sentados habla en voz baja como si mútuamente hicieran algunas observaciones.*

GATTINARA, *léjos de ellos, de pié, a la derecha del teatro.*

¡I no poder adivinar lo que se dicen!... es cosa de perder la cabeza.... i quizás el empleo.... porque es mi ruina la que meditan.... ¡Ayer favorito! ¡hoi en desgracia!.... I para esto solo ha bastado una palabra de una mujer!.... ¡Ah! yo encontraré manera de reconciliarme con la reina!... puesto que ella me pide sus cartas.... luego.... a la hora acostumbrada me verá.... instaré.... rogaré....lloraré si fuere preciso.

CARLOS V.

¡Ola, venga alguno! (*Babieza sale del gabinete de la izquieda*). Que vayan a buscarnos al señor conde D'Albret, i que se le ruegue que venga. (*Babieza se inclina, sale por la puerta de la derecha, i entra algunos instantes despues*).

CARLOS V, *dirijiéndose a Gattinara.*

Tú, Gattinara, acércate, i sobre todo no digas una palabra, no hagas una sola reflexion sobre las órdenes que voi a darte.... Nada se te permite, sino ejecutarlas con celo i discrecion. Al salir de aquí, harás preparar el mejor departamento del palacio para nuestro hermano i aliado el rei de Francia.

GATTINARA, *aparte.*

¡O cielo.... Vence Margarita!

CARLOS V.

Ademas, ¡en el mismo instante i a mi vista vas a escribir al rei de Portugal que las imperiosas necesidades de mi política, no me permiten, por mas que quiera, llevar a cabo la proyectada alianza entre nuestras dos casas.

GATTINARA, *vivamente.*

¿Cómo, señor, seria posible?....

CARLOS V, *con gravedad.*

Te he prohibido, Gattinara, la menor reflexion. Aquí no estamos en el Consejo; aquí no discuto, mando.

GATTINARA, *aparte.*

¡Qué miradas tan severas.... ¿Si habrá sospechado alguna cosa?.... ¿si será que Margarita?.... ¡siempre esta Margarita!.. habrá descubierto nuestros amores como el de Sanchica. (*A un jesto del rei se sienta a la mesa de la derecha i escribe*).

CARLOS V, *a Babieza que en ese momento entra por la puerta de la derecha.*

Apróntate, Babieza, para salir al momento para Lisboa.

BABIEZA, *asustado.*

¿Yo, señor?

CARLOS V.

¿Te contraria, eh?

BABIEZA.

Nó, señor.... porque ahora ya no tengo sospechas.... Sanchica me ha esplicado la cosa de una manera mui sencilla....

CARLOS V, *riendo.*

¡Ah, ah!

BABIEZA.

Era que V. M. habia decidido llevar desde ahora los colores de la nueva reina.....

CARLOS V.

¡Es verdad!

BABIEZA.

Así es que se le habia encargado que pusiese un nuevo lazo de cintas al sombrero de V. M.

CARLOS V.

¡Es la pura verdad!

BABIEZA, *con prontitud.*

¡Si estaba seguro!... I a pesar de eso me gusta que el mismo rei me lo haya dicho (*volviéndose a Gattinara*). ¡El rei, al ménos, es consolador i terminante!

CARLOS V, *haciéndole con la mano señal de que calle.*

¡Basta, está bien!... (*pónese a conversar en voz baja con Margarita, miéntras que Babieza se dirije a media voz a Gattinara.*)

BABIEZA.

¡El rei es consolador!... no es como vos, señor Gattinara, que siempre estais asustándome i diciéndome ¡Cuidado!... ¡cuidado!... I ayer no mas ese caballero Henrique d'Albret, de quien me deciais que desconfiase....

GATTINARA, *encojiéndose de hombros.*

¿I qué?

BABIEZA, *a media voz i con satisfaccion.*

¡Mucho que piensa en mi mujer!.... ama a otra el guapo jóven, a otra mucho mas bella, a la señora Margarita!....

GATTINARA.

¿Qué decis?

BABIEZA.

Sanchica está segura de ello..... i yo tambien.

GATTINARA, *con prontitnd.*

¡Sanchica!...

BABIEZA.

¡Sí!

GATTINARA, *levantándose i aparte.*

¡Cuando la desgracia es cierta todo se puede arriesgar!... (*en voz baja a Babieza con un jesto imperativo*). ¡Oigas lo que oigas, va tu cabeza i la de tu mujer, sino te callas!

CARLOS V, *asustado en voz alta.*

¿Qué hai?

GATTINARA.

Una horrible noticia, señor, que Babieza me dá; se dice que por desesperacion, el jóven conde d'Albret acaba de darse la muerte!

MARGARITA, *levantándose i sosteniéndose apénas.*

¡Ah!

ESCENA IX.

LOS MISMOS, HENRIQUE D'ALBRET.

HENRIQUE, *entrando por la puerta de la derecha.*

¡Señor!

MARGARITA, *lo vé i arroja un grito de alegría.*

¡Henrique! (*pasa delante del rei i Gattinara i se lanza hácia d'Albret*). ¡Henrique! (*Se detiene i queda inmóbil en medio del teatro. Henrique, que oyendo su grito de terror habia corrido hácia ella, se detiene igualmente. Los actores quedan en el órden siguiente. Gattinara, el rei, Henrique, Margarita, Babieza.*

CARLOS V, *acercándose a Gattinara i arrugando el entrecejo al mostrar a Henrique.*

¡Eh! hélo ahí!... ¿Qué significa esto, señor?

GATTINARA, *a media voz.*

V. M. habia prohibido a su fiel servidor que hiciese la menor objecion; i él sin hablar ha tratado de dar luces a su rei. ¡Que el rei observe i juzgue!

CARLOS V, *haciendo un jesto de sorpresa i de cólera. Luego se domina, pasa entre Margarita i Henrique a quienes observa algunos instantes en silencio, i en fin, dirijiéndose a d'Albret.*

Señor d'Albret, vos descendeis de los antiguos condes de Bearne i de Navarra. Nosotros tenemos cierta intencion de erijir esta provincia en reino i de daros la investidura.

GATTINARA, *aparte.*

¿Seria posible?

CARLOS V.

¿Qué decis de esta idea?

HENRIQUE.

Que doi a V. M. las gracias por semejante honor.... pero que no tengo tanta ambicion para desearlo, ni tanto mérito para aceptarlo.

CARLOS V.

¡Ah!.. ¡con qué vos no teneis ambicion!.... (*a Margarita*). ¡Eso hace suponer entónces que otra pasion lo absorve enteramente..... pasion profunda!...

MARGARITA, *turbada.*

Pienso como V. M.

CARLOS V, *mirándola atentamente.*

En ese caso es raro que se consagre asi toda una existencia..... a una pesquisa rara i estéril..... que no deberia ser coronada de éxito alguno..... ¿No lo creis asi, señora?.... (*Margarita quiere responder, pero, a las mirdas del rei, que la observa, se turba i calla. Cárlos V despues de dirijir una última ojeada a Margarita i a Henrique, se dirije friamente a su ministro*). Gattinara, el rei de Francia no dejará su prision, i tú no escribirás al rei de Portugal!

GATTINARA, *aparte.*

¡En fin, harto me ha costado; pero venzo!

CARLOS V, *acercándose a Margarita i a media voz.*

¡Cárlos V no se quejará! ¡En lo que otros quizás

encontrarian causas para reconvenciones, él no verá sino motivos de admiracion! ¡Os inmolais por vuestro hermano, señora, i eso es bello, es magnánimo! ¡pero yo no acepto sacrificios! de todo lo que ha pasado desde ayer, yo no conservaré rastros ni recuerdos; como si nada hubiera sucedido; fué todo un sueño!.... i cada uno de nosotros al despertar, recobra su papel i sus derechos.

ESCENA X.

LOS MISMOS, LEONOR *llevando un devocionario en la mano.*

Hermano mio, venia a anunciar a V. M. i a S. A. que ya es hora del sermon.

CARLOS V, *dándole la mano.*

¡Soi con vos! (*Leonor mostrando a Babieza el devocionario que tiene en la mano, le hace señal de que lleve a Margarita el que está sobre la mesa a la derecha. Babieza vá a tomarlo, lo presenta respetuosamente a Margarita que lo recibe sin mirarlo, i dá las gracias a Babieza con una cortesía*).

LEONOR.

¿Venis, Señora?

MARGARITA.

Sí. (*Aparte i juntando sus manos entre las que tiene el devocionario*). Tiene razon, vamos a dar gracias al cielo, porque mediante su favor, ya yo no soi reina de España. (*Baja las manos abriendo el devocionario en el lugar donde está colocada la carta*). ¡Gran Dios! (*Leonor, que ha visto el movimiento hace un jesto de alegría, presenta su mano a Cárlos V i sale con él seguido de Gattinara i Babieza*).

ESCENA XI.

MARGARITA, D'ALBRET.

MARGARITA, *sube el teatro, se asegura que el emperador se ha ido i vuelve en busca de Henrique.*

Henrique, ¿sabeis lo que acaba de ofrecerse a mi vista?... aquí.... en este devocionario..... una carta.... de mi hermano.

HENRIQUE.

¡Del rei de Francia!

MARGARITA.

Miradla!.... miradla! (*echando la vista a su alrededor para ver que no la sorprendan*). Leed!....

HENRIQUE, *leyendo.*

«Acabo de hacer un importante descubrimiento «que puede contribuir a ponerme en libertad. El «cuadro de San Pacomio que decora mi cárcel, «comunica con el oratorio del emperador. Lo di«ficil era ponerlo en tu noticia. Mi ánjel bueno, «mi bella desconocida que segun me dijo venia a «darme su última despedida, no puede adivinar, «el pensamiento que me ocupa, vé mi pena, i me «promete hacer que llegue a tus manos esta car«ta; trata, pues, de saber cueste lo que cueste «¿quién es ella...»

MARGARITA, *a media voz.*

¡Oh! si ciertamente!.... si se conociera!..

HENRIQUE, *del mismo modo.*

¡Ya no habria nada que hacer!

MARGARITA.

Se entenderia una con ella!

HENRIQUE.

Llegaria uno por ella hasta ese oratorio... i desde él a la prision del rei.

MARGARITA.

I una vez en comunicacion con él....

HENRIQUE.

¡Se tendria mil modos de hacerlo evadir!...

MARGARITA.

Lo que valdria mas que una abdicacion....

HENRIQUE.

I sobre todo mas que un casamiento con el rei de España!

MARGARITA.

Sí, Henrique.... mucho que sí.... pero el mensajero es invisible; i se dijera cosa de brujería!...

HENRIQUE, *sonriéndose.*

Si el mensajero no lo hubiera traido el devocionario.... el mismo vuestro.

MARGARITA.

Nó, que ya no es el mio; es el que regalé ayer a la Infanta Isabel, la novia del rei!

HENRIQUE, *pensativo.*

¡La infanta Isabel!... en efecto aquí nos hallamos en sus aposentos.

MARGARITA.

¡I bien!

HENRIQUE, *del mismo modo.*

¿Seria que tal vez?...

MARGARITA

¡Ea, vamos!... qué idea!... Esperad....

HENRIQUE.

¿Eh? ¿qué cosa?...

MARGARITA, *vivamente.*

Cuando ayer cayó esa acta de abdicacion en manos del emperador... ¡Sabe Dios cuál fué su emocion!... pero la de la Infanta era todavía mayor... se nos desmayó.

HENRIQUE.

De veras (*mirando al foro*). Ella es: mirad qué aire tan triste i tan preocupado!... qué palidez!

MARGARITA.

¿Cómo haria para saber?.... A fé que no lo sé; pero no puedo mas..... i salga lo que saliere..... tentaremos la aventura. (*Hace a Henrique señal de que se vaya. Henrique saluda respetaosamente a la Infanta i sale*).

ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL, DAMAS *de honor.*

MARGARITA, *acercándose a Isabel.*

V. A. R. está bien inquieta.... (*a media voz*). Un gran secreto la preocupa....

ISABEL, *turbada.*

¿A mí, señora?...

MARGARITA, *aparte con alegría.*

Se burla!... (*en voz baja a Isabel*). Sé lo que sucede.... Todo lo sé.

ISABEL, *asustada.*

¡Ah! Dios mio!...

MARGARITA, *del mismo modo.*

No os asusteis así, no temais nada; yo no quiero perderos.... al contrario..... Despachad a las damas ...

ISABEL, *volviendo a sus mujeres.*

Ya es hora de siesta.... señoras dejadnos... i que nadie entre aquí. (*Todas las damas salen por la puerta del foro que se cierra*).

ESCENA XIII.

MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA.

Estamos solas.

ISABEL.

Me dijisteis que no queriais perderme....

MARGARITA.

¿Qué idea?.... pues no soi una amiga.... vuestra hermana.... lo entendeis bien..... Todo lo que quiero es salvaros.... i a él tambien.

ISABEL.

¡Gracias, gracias, señora!

MARGARITA.

Vengo de su parte....

ISABEL.

¿De su parte?

MARGARITA.

Sí.

ISABEL.

¿I.... por qué no viene él mismo?

MARGARITA, *asustada.*

¡El mismo!

ISABEL.

Tanto mas cuanto que ayer le dije personalmente.... Quiero mañana mis cartas.

MARGARITA, *vivamente.*

¡Vuestras cartas! (*aparte*). Iba desorientada. Es algun otro (*alto*). Vuestras cartas!... (*recapacitando*) Precisamente.... vengo a deciros que todavia no ha podido traéroslas.... pero que mas tarde....

ISABEL, *vivamente.*

¡Entiendo!... a la hora acostumbrada.... a la hora de siesta.

MARGARITA.

Precisamente.

ISABEL.

No puede tardar... está bien... No hablemos mas de eso.

MARGARITA.

¡Sí, por lo mismo! (*alto*). En efecto, concibo que un caballero como él.... tan jóven.... tan elegante... tan bien....

ISABEL.

No tanto.

MARGARITA, *aparte.*

¡Eh! no adelantemos demasiado por ahí.

ISABEL.

La verdad es que él me imponia..... que me causaba miedo.... Entónces no se trataba ni de otro casamiento, ni de alianza real.... I ademas yo estaba sola, sin guía.... sin consejo..... pero vos que os hallais aquí, señora, vos no me abandonareis.

MARGARITA.

¡Sin duda que no, pobre niña!.... ¿Quién me hubiera dicho que yo habia de venir para esto?.... No importa, una moraleja de paso, nunca está de mas..... sois novia..... como quien dice casada: teneis por marido a un rei, a un emperador.... No es mui entretenido como diario..... pero a falta de algo mejor..... qué se ha de hacer..... ahora que como veis los amantes son lijeros....

ISABEL.

¡Ah!

MARGARITA.

Pérfidos....

ISABEL, *riéndose.*

¡Ah!

MARGARITA.

Volubles..... que faltan a la fé de las estipulaciones; ni mas ni ménos, como si fuesen monarcas, sin que uno solo de ellos valga el reposo, la felicidad, la reputacion que una compromete por ellos.... vos, sobre todo, que arriesgais mas todavía.... vos, reina de España.... Ya lo veis!

ISABEL.

¡Ah! señora....

MARGARITA.

No hai por qué desesperarse; todavía es tiempo de romperlo todo.... él va a venir.

ISABEL.

Eso precisamente es lo que me asusta.... ahora preferiria no verlo....

MARGARITA.

¡Mui bien!

ISABEL.

¡No verlo jamas!

MARGARITA.

Todavía mejor.

ISABEL.

¿Quisierais recibirlo en mi lugar?...

MARGARITA.

¡Yo!

ISABEL.

¿Recobrar mis cartas?....

MARGARITA.

Con mucho gusto..... (*aparte*). Lo conoceré al ménos.

ISABEL.

¡Ah qué buena sois!

MARGARITA.

¡Pero un momento!... Vos tambien debeis tener cartas suyas.... que será preciso devolverle....

ISABEL, *sacándolas de su escarcela.*

Oh ciertamente..... Hélas aquí.... pero, escuchad..... ¡Vienen!.... suben por la escalera,

MARGARITA, *aparte.*

¡Ah! ¿es por ahí por donde viene ordinariamente?

ISABEL.

Decidle bien que todo está concluido..... que renuncio a él.... que yo no quiero seguir sino vuestros consejos....

MARGARITA.

¡Andad!.... ¡prudencia!.... ¡discrecion!

ESCENA XIV.

MARGARITA, *luego* GATTINARA, *entrando por la puerta de la derecha.*

MARGARITA, *con impaciencia i curiosidad.*

¿Quién será.... quién será.... este Amadis, este bello encubierto, el rival feliz del emperador Cárlos V?

GATTINARA, *entrando con la espalda vuelta.*

Está sola.... ¡adelante!

MARGARITA.

¡Gattinara!!!...

GATTINARA.

Margarita!!! (*ámbos permanecen un instante inmóviles de asombro*).

MARGARITA.

¡Ah!...

GATTINARA, *tratando de disipar su turbacion.*

Vos.... aquí.... señora.... ¿cómo?

MARGARITA.

¡Os esperaba!

GATTINARA.

¡No comprendo!

MARGARITA.

Voi a explicarme..... ¡veniais a una cita amorosa!

GATTINARA.

¡Yo!

MARGARITA.

¡Ah! Lo siento por vos, porque se me ha encargado recibiros!

GATTINARA, *con indignacion.*

¡Con todos los santos de cielo!

MARGARITA.

¡Ya sé que habriais hecho provision de juramentos! ¡Nada de negativas, ni de subterfujios diplomáticos; no tenemos tiempo que perder en protocolos! Yo soi quien se ha encargado de los intereses de la reina, pensando que mi presencia pudiera seros mas agradable que otra. ¡Se espera que entregueis unas cartas! .. (*tendiendo la mano*) ¡las necesito!

GATTINARA.

¿Cómo?... señora.... ¿qué significa?

GATTINARA.

¡Que en cambio tengo las vuestras!.... ¡pero que no os las entregaré!

GATTINARA, *temblando.*

¡¡Señora!!

MARGARITA.

Sino cuando la firma del ministro, haya sido vista i reconocida por el emperador.

GATTINARA, *asustado.*

¡Perdon, señora, perdon!

MARGARITA, *riéndose.*

¡Ah, ah, señor Gattinara, ¡ya estais mas muerto que vivo, vos que esa mañana inmolabais a dos amantes que en nada os perjudicaban?... ¡Las cartas de la Infanta.... las quiero!

GATTINARA, *despues de haberlas entregado.*

¡Soi perdido!

MARGARITA.

¡Nó!... aun no lo estais!

GATTINARA.

¡Comprendo.... quereis a vuestro turno, deshaceros de una rival!

MARGARITA.

¡No!

GATTINARA.

¿Quereis que os ayude a subir las gradas del trono?...

MARGARITA.

¡Nó.... que yo no quiero quitar a nadie de su lugar, ni a vos.... quiero, sí, que pueda decirse que Margarita tuvo en su mano todos los secretos de la corte de España i que a ninguno hizo traicion! poco importa, pues, que os quedeis con Cárlos V..... con tal que al mismo tiempo me obedezcais.

GATTINARA.

Yo.... señora.... servir a la vez....

MARGARITA.

¿A dos poderes? ¿Eso es lo que os asusta?

GATTINARA.

Pero....

MARGARITA.

¡Sin embargo, es preciso que esteis persuadido de que teneis ahora que servir a dos amos: el uno que seria implacable!....

GATTINARA.

¡Si supiese!....

MARGARITA.

¡I el otro!....

GATTINARA.

Que todo lo sabe.

MARGARITA.

I que promete perdon i olvido ... con una condicion....

GATTINARA.

¿Cuál?

MARGARITA.

Os la diré.... ¡vuestro brazo!

GATTINARA.

¿Cómo?

MARGARITA.

¡Vuestro brazo!... i ahora excelentísimo señor, vamos andando! (*dirijese hácia la puerta de la izquierda, Gattinara la sigue haciendo cortesías*). *Cae el telon.*

FIN DEL ACTO IV.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA I.

HENRIQUE D'ALBRET, BABIEZA.

BABIEZA.

Sí, señor conde, ignoro por qué su Excelencia me habia mezclado en vuestra pretendida muerte.... a mí que no me hubiera podido conformar con despacharos al otro mundo!

HENRIQUE, *sonriendo.*

¡Ya vé Vd. que puedo asegurarle que la noticia es falsa!

BABIEZA.

¡Gracias a Dios!

HENRIQUE.

¿I dice el señor Babieza, que el emperador desea hablar conmigo?...

BABIEZA.

Os ruega que lo espereis aquí, en los aposentos de la reina....

HENRIQUE.

Yo creia que hoi habia recepcion en ellos.

BABIEZA.

Os verá ántes de la recepcion.... a la salida del consejo que ha hecho reunir extraordinariamente.... i que está presidiendo en este instante.

HENRIQUE, *saludando.*

Doi a Vd. las gracias, señor.

BABIEZA.

Feliz yo si pudiera probaros mi buena voluntad.

HENRIQUE.

I bien ¿pudiera decirme Vd., que todo lo sabe... i que vé.... cuanto sucede en palacio.... qué es de la señora princesa Margarita.... que no encuentro i que parece haber desaparecido?

BABIEZA.

Hace cerca de dos horas.... que la ví atravesar la galería ... ¡apoyada en el brazo de su excelencia el señor conde de Gattinara, el cual, apesar de eso, llevaba una cara de vinagre!...

HENRIQUE..

¡Es un excelente sujeto, el señor Babieza!...

BABIEZA.

¡Hábitos de corte... nada mas! (*saluda i sale*).

ESCENA II.

HENRIQUE, MARGARITA.

HENRIQUE.

Estaba inquieto por vos, señora.

MARGARITA, *riendo.*

¿Qué quereis?.... no puedo vacar a todo.... la corte española me dá tantas ocupaciones!...

HENRIQUE, *a media voz.*

¡I bien!... ¿la dama misteriosa?...

MARGARITA.

¡Estamos engañados!

HENRIQUE.

¡Qué!... lo que pensábamos de la Infanta... de la futura reina....

MARGARITA.

¡No era cierto!... ¡Guardaos de sospechar de ella.... Os lo prohibo ¿lo entendeis? .. pero el auxilio que por ese lado me faltaba.... lo he encontrado en otro.... ¡Ahora tengo a mi disposicion un nuevo poder esclavizado!

HENRIQUE.

¿Cómo así?

MARGARITA.

Escuchad Henrique, que voi a decíroslo todo, escepto aquello que sea un secreto ajeno, que el honor me prohiba poner en noticia de otro. Basteos saber que, poseyendo la varita, no tenia mas que mandar i que mi primer deseo fué el de que se me condujese a la presencia de mi hermano.

HENRIQUE.

¿Estais de broma?

MARGARITA.

Nada de eso. Ordené a mi criado que me hiciese entrar en el oratorio del emperador.... ¿I con qué fin? esclamó espantado....—Será sin duda paraponerme en oracion, le contesté; i vos me llevareis.... lo que ejecutó.

HENRIQUE.

¿De qué manera?

MARGARITA.

Abriendo la puerta cuya llave tenia... ¡Ahí estaba toda la majia!

HENRIQUE.

¿I el cuadro de San Pacomio?.. el resorte secreto, lo encontrasteis?

MARGARITA.

Con mucha facilidad.... cuando de antemano se sabe que existe. ¡Pero mirad un hallazgo con que yo no contaba! En el momento en que atrevidamente me internaba por el oscuro i estrecho pasillo, que conduce del oratorio a la torrecilla.... mi vestido se roza con otro vestido.... ¡era una visita que salia! (*riendo*). Hubo esa tarde recepcion en el calabozo del rei. Ménos intrépida que yo.... la bella visitadora.... la desconocida ¡porque era ella! se detiene trémula, i, como si fuerzas le faltaran, apóyase un instante contra el muro. Recuerdo mi cuento del arriero, saco de mi peto una rosa i un broche de cintas azules que prendo a su espalda; i que será el testigo misterioso, el indicio revelador que puede en la corte en un momento dármela a conocer.

HENRIQUE.

Lo dudo.

MARGARITA, *alegremente.*

¿I qué se perderá?... Solo una cinta; miéntras que por ella, puedo ganar un secreto, esperanza que he puesto en conocimiento del rei, i otra esperanza mas.... Ahora que puedo a cada instante i sin que nadie lo sepa entrar a verlo, fácil será combinar con prudencia i destreza algun nuevo medio de evasion.

HENRIQUE.

¡Qué! ¿Todavía pensais en eso?

MARGARITA.

¡Siempre!... i gracias a los nuevos aliados que vienen en mi socorro.

HENRIQUE.

¿I dónde los tomareis?

MARGARITA.

En el campo enemigo.

HENRIQUE.

Eso no es posible.

MARGARITA.

¡Silencio! ¡vienen!... es la Infanta!...

ESCENA III.

HENRIQUE *retirándose aparte*, MARGARITA. ISABEL.

ISABEL, *entrando por el foro i avanzando misteriosamente a Margarita.*

I bien.... ¿qué noticias?...

MARGARITA, *a media voz i rápidamente.*

Todo está concluido, sois libre.... Hé aquí vuestras cartas.... A vos os toca mandar, a él obedecer!

ISABEL.

¡Gracias! Lo haré así.... A mi vez vengo a deciros (*reparando en d'Albret se detiene i hace un jesto de sorpresa*). ¡Ah!...

MARGARITA.

Podeis hablar en presencia del señor d'Albret: ¡es de nuestro consejo privado!

ISABEL.

¡Vengo a deciros que tengais mucho cuidado!... porque el emperador está enojado furiosamente.

MARGARITA.

¿Con quién?

ISABEL.

Con todo el mundo; acaba de reunir allí.... en su gabinete, a los principales consejeros. El conde Gattinara ha sido llamado; no puedo deciros con que objeto.

MARGARITA.

¡Yo lo sabré!

ISABEL.

¡Ah! a mas, ántes del consejo.... el emperador ha hablado con el embajador ingles.... en mi presencia, sin empacho alguno.

MARGARITA.

Es señal de confianza.

ISABEL.

Nó.... como si yo no entendiera....

MARGARITA, *con viveza.*

¡Es particular!

ISABEL, *con malicia.*

I yo entendia.

MARGARITA, *alegremente.*

¿De veras?

ISABEL.

Entendia: que el rei de Inglaterra se quejaba de los proyectos de engrandecimiento de la España, i que, como aliado de la Francia, no consiente en que se os quite la Borgoña.

MARGARITA.

¡Mui bien!

ISABEL.

Que el emperador entónces le ha escrito con este motivo, i que hoi espera su respuesta.

MARGARITA.

¡Gracias, gracias.... Isabel! (*acercándose a Henrique miéntras Isabel va a sentarse cerca a la mesa de la derecha*).

HENRIQUE.

¡Estoi en babia.

MARGARITA, *bajo a Henrique.*

Es que nosotros nos entendemos.

HENRIQUE, *bajo.*

¡Gattinara.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, GATTINARA. *Isabel está a la derecha del teatro cerca de la mesa, Henrique ha subido cerca del foro. Margarita está sentada a la izquierda, i Gattinara, que en este momento sale del gabinete del rei, habla de pié i en voz baja a Margarita.*

GATTINARA, *bajo a Margarita i rápidamente.*

Salgo del consejo. Se ha decidido que para acabar de una vez con todas las intrigas que se urden en Madrid, i para impedir toda tentativa de evasion....

MARGARITA.

¿I bien?...

GATTINARA.

Que el rei Francisco I a las nueve de esta noche sea conducido secretamente a la ciudadela de Valladolid.

MARGARITA.

¡Oh cielo!... (*bajo a Henrique que se ha acercado a ella por el otro lado*) ¡Esta noche a las nueve sacan al rei de Madrid!

HENRIQUE.

¡Todo se ha perdido!

MARGARITA.

¡Puede ser! ¡pero si se le diera libertad a las ocho!...

HENRIQUE, *del mismo modo.*

¿I cómo? (*Gattinara durante el diálogo precedente se ha acercado a Isabel que está sentada a la derecha; la ha saludado respetuosamente i le dirije algunas palabras con aire sumiso i en voz baja*).

ISABEL, *en voz alta i haciéndose que no entiende.*

¿Qué cosa, señor Gattinara? ¿qué quereis decir?

MARGARITA.

Señor Gattinara.... una palabra....

ISABEL, *a Gattinara.*

La princesa os llama (*Gattinara dá vuelta, vé que Margarita le hace señal de que se acerque, señal que le hace notar la reina. Gattinara i Margarita están uno al lado de otro, de pié, delante de la escena*).

MARGARITA, *bajo.*

Decidme.... a mí que soi mui curiosa, decidme por favor ¿de dónde sacasteis esa llave.... ya entendeis.... la llave del oratorio.

GATTINARA, *del mismo modo.*

Del emperador.... me ha dicho que era la de Felipe de Austria, su padre....

MARGARITA.

¿Cómo así?

GATTINARA, *a media voz i riendo.*

Para sustraerse a los celos de Juana de Castilla, la cual habiendo concebido sospechas, se hizo hacer otra, segun dicen.

MARGARITA.

¿I dónde está esa otra?

GATTINARA.

El emperador no la ha encontrado.

MARGARITA.

Entónces no hai otra que esa para abrir el oratorio....

GATTINARA.

No hai otra.

MARGARITA.

¿Vais a confiármela?

GATTINARA.

¿I cómo, señora?

MARGARITA.

¡Hasta mañana!

GATTINARA, *asustado.*

¡Yo, señora! (*volviéndose*) ¡Ah! el emperador! (*Margarita dá un paso atras. Gattinara se adelanta a encontrarse con el rei i permanece a su lado*).

ESCENA V.

CARLOS V, *saliendo del gabinete de la izquierda*, GATTINARA, MARGARITA, HENRIQUE, ISABEL.

CARLOS V, *volviéndose a la puerta de su gabinete con impaciencia.*

Babieza, sube pronto al aposento de mi hermana i díle que baje aquí al momento. Es preciso acabar con estas revoluciones mujeriles. (*Vé a Margarita, Henrique, Isabel que lo saludan. Se detiene, devuelve a las mujeres su saludo, i dice mirando a Margarita*). En gracia de nuestro matrimonio con la infanta Isabel, concedemos al señor conde de Gattinara, nuestra órden del Toison de oro.

GATTINARA.

¡Ah, señor!...

CARLOS V.

En recompensa de sus buenos i leales servicios, (*Margarita, sin decir nada, mira a Gattinara que baja o dá vuelta la vista a otra parte*).

CARLOS V, *continuando.*

En gracia de esta alianza, el señor d'Albret a quien para esto he hecho venir, podrá decir al señor condestable de Montmorency, a su eminencia el cardenal Urbano, i a todos los franceses prisioneros en Madrid, que Cárlos V les concede su libertad sin rescate, i les permite (*recalcando estas palabras*) desde mañana, dejar a Madrid. Entiendo qne vos los seguireis.

HENRIQUE, *aparte.*

¡Oh! (*Alto*) V. M. me permitirá al ménos por última vez ántes de partir, ver a mi soberano, para darle mi despedida?...

CARLOS V.

Está bien.... en presencia del presidente de la audiencia de Castilla. Ruego al señor d'Albret que repita al rei, que solo en su majestad consiste que pueda partir mañana con sus fieles servidores.... ya sabe bajo cuales condiciones.... (*Vá a sentarse a la derecha*) Gattinara, la llave de mi oratorio....

MARGARITA, *aparte.*

¡Oh cielo! (*Hace señal a Gattinara para que no la entregue, i éste le hace tambien señal de que no puede rehusársela*).

CARLOS V.

¡I bien!

GATTINARA, *entregando la llave al rei.*

¡Héla aquí!

MARGARITA, *bajo a d'Albret.*

¡Ah! ya no hai esperanza!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, LEONOR *entrando por el foro.*

LEONOR.

Estoi a vuestras órdenes, hermano mio.

CARLOS V.

Soi con vos (*Leonor que habia bajado hasta la mitad del teatro i a quien Cárlos V hace señal de que se llegue a él, vuelve la espalda a Margarita, pasa delante de Gattinara, i va a colocarse cerca de Cárlos V.*

HENRIQUE, *bajo a Margarita.*

¡Esta vez todo está perdido para nosotros!

MARGARITA, *notando en la espalda de Leonor su lazo de cintas azules i dando un grito.*

¡Ah!.... todavía no.... todavía no.

HENRIQUE.

¿Qué hai?

MARGARITA, *en voz baja.*

Mirad.... a la espalda de Leonor....

HENRIQUE, *del mismo modo.*

Esa cinta azul....

MARGARITA.

Es la mia.

HENRIQUE, *lo mismo.*

¿Seria posible?.... ¿ella, la desconocida?

MARGARITA, *del mismo modo.*

Sí, sí.... ella es.... Despedios del emperador, estaré con vos al momento.

HENRIQUE, *saludando respetuosamente al rei.*

Señor, voi a ponerme a las órdenes del señor presidente de la audiencia de Castilla. (*sale por la puerta del foro, acompáñalo algunos pasos Gattinara, i luego vuelve a colocarse al estremo izquierdo del teatro*).

ESCENA VII.

GATTINARA, CARLOS V, LEONOR, MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA, *que durante el fin de la escena no ha cesado de mirar a Leonor.*

¡Pobre i jenerosa niña!... Ah! ¡que no puedo contenerme!... (*yendo hácia ella*). Leonor!... déjadme abrazaros.... déjadme abrazaros. (*Abrazando a Leonor, Margarita desprende de su espalda el lazo de cintas*).

CARLOS V.

¿I a qué, señora?

MARGARITA.

Para que sepa que cuando pesa sobre ella la desgracia.... tiene una amiga que le es fiel.... i porque quiero, señor, que no ignore lo que he deseado i lo que todavía deseo hacer por su felicidad... ¡Adios!... adios!

CARLOS V, *que entre tanto ha estado contemplando a Margarita.*

¡Princesa.... algo estais imajinando en este momento!...

MARGARITA, *alegremente.*

¡Yo!

CARLOS V.

Algo que yo no puedo adivinar... ¡Pero vos meditais alguna cosa!

MARGARITA.

Que voi a deciros, señor. Hoi la reina dá una reunion cuya hora se acerca; i voi a ocuparme de mis adornos (*haciendo una profunda reverencia*). Si V. M. me lo permite.

—

ESCENA VIII.

GATTINARA, CARLOS V, LEONOR, ISABEL.

CARLOS V, *mirándola salir i levantándose.*

Es para confundir a cualquiera.... ¡Ese aire jovial i triunfante, cuando yo la creia anonadada!.. cuando el cautiverio de ese hermano a quien adora es mas estricto que nunca.... ¿pensar en qué?.. ¡en sus adornos!... ¡Esta mujer es incomprensible!....

LEONOR, *que vé que su hermano no le habla.*

V. M. me ha hecho venir....

CARLOS V, *con impaciencia.*

Por la última vez, Leonor, ¿quereis obedecer a vuestro hermano, a vuestro rei, servir a sus designios i casaros con el condestable de Borbon?...

LEONOR, *timidamente.*

Yo habia dicho a V. M. que preferia el convento!

CARLOS V.

¿I ahora que habeis reflexionado?. .

LEONOR.

Mi vocacion es la misma.

CARLOS V.

¡Sea!

ISABEL, *intercediendo por ella.*

¡Ah! señora!

CARLOS V, *a Gattinara.*

Gattinara, avisarás a la condesa de Osuna, que tendrá que acompañar a mi hermana al convento de San Ildefonso.... Allá Babieza llevará a las señoras esta noche.

ISABEL.

¿Esta noche?

CARLOS V.

Es inútil que esta futura relijiosa asista a vuestra tertulia.... i luego..... que entre ella i Margarita hai ciertas intelijencias... ciertas intrigas mujeriles.... que sospecho ... que no puedo adivinar.... i contra las cuales estoi cansado de luchar. Es un nudo gordiano que no tengo tiempo de desatar, pero que cortaré! (*a Isabel*). Señora, direis esta tarde a la princesa Margarita que es preciso que salga mañana de Madrid.

ISABEL, *asustada.*

¡O cielo!... ella creeria que yo soi la causa de ese estrañamiento.... i bien podria no perdonármelo!...

CARLOS V.

¿Qué gran trabajo, eh?... I bien tú, Gattinara, te encargarás de intimarle ese consejo... o mejor diré, esa órden.

GATTINARA, *temblando.*

Dispénseme V. M. Nadie le haria creer que no he sido yo quien la ha indispuesto con V. M... i en su resentimiento!....

CARLOS V.

¿Qué es esto? todo el mundo en mi corte tiembla en su presencia i nadie se atreve a arrostrar su enojo. Mas reina es ella que yo soi rei en Madrid? Ya lo he dicho: (*a Isabel a media voz*). Mi hermana a San Ildefonso (*a media voz a Gattinara*). El rei de Francia a Valladolid.... i en cuanto a Margarita, yo soi quien se encarga de su partida, i ya veremos desde mañana, quien gobierna en mi corte, si es ella o si soi yo. Ven, Gattinara (*sale por la izquierda con Gattinara*).

—

ESCENA IX.

ISABEL, LEONOR, *despues* MARGARITA.

ISABEL *a Leonor.*

¡Oh! i qué colérico está! ¡Querer encerraros desde esta tarde en un convento... Cuánto os compadezco, Leonor!...

LEONOR.

¡Otras hai mas dignas que yo de compasion..... Yo dejo a mi hermano que no me ama, i esa pobre Margarita se verá quizás separada para siempre de un hermano que la ama tanto.... i que es tan desgraciado!

MARGARITA, *que se ha acercado sin que la sientan i que se ha colocado entre ámbas.*

No tanto como creeis.... puesto que se piensa en él i se le compadece....

LEONOR.

¡Ah! estais aquí princesa?

ISABEL.

Venid pronto....

LEONOR.

¡Nuevas tramas se urden contra vos!

ISABEL.

Quieren que dejeis a Madrir desde mañana.

LEONOR.

Os lo prevenimos.

MARGARITA, *tomándoles la mano.*

Bien.... bien.... amigas mias, pero yo tengo mi plan, i yo respondo de todo, si vosotras quereis ayudarme.

ISABEL.

Si lo queremos.

LEONOR.

¡Pero yo tengo que partir!

MARGARITA, *asustada.*

¿Vos partir?...

LEONOR.

Esta noche.

ISABEL.

¡Al convento... a fastidiarse!...

MARGARITA.

¿I quién la obliga?

ISABEL.

El emperador que así lo quiere.

MARGARITA.

¿I si nosotras no quisiéramos?

ISABEL i LEONOR.

¿Cómo así?

MARGARITA.

Cuando a tres mujeres se les ha puesto algo aquí (*señalando la frente*) todo lo pueden arrostrar, desafiarlo todo; nada se les resiste.... estando de acuerdo.... Por desgracia.... casi nunca lo están!...

ISABEL.

Pero ahora.... aunque lo estuviéramos... no veo cómo.

MARGARITA.

Pues estais engañadas.... mas fácil es esto que vencer (*a media voz*) los peligros de esta mañana.

ISABEL, *del mismo modo.*

¡Nuestro secreto!

MARGARITA.

Si yo pudiera decir solamente dos palabras a Leonor, sin temor de ser interrumpida o sorprendida.... por el emperador....

ISABEL.

¿No es mas que eso?... Hablad pronto... yo vijilaré por vos!

MARGARITA.

¡Bien! ¡mui bien!

ISABEL.

Despues del servicio que me habeis hecho esta mañana.... ¿qué no podriais pedirme?

MARGARITA, *alegremente i mostrando a Isabel.*

¡Ah!... las buenas obras tienen su recompensa. (*Isabel se ha acercado a la puerta de la izquierda, mira i escucha si alguien viene. Miéntras tanto, Margarita esta delante del teatro a la derecha cerca de Leonor*).

MARGARITA, *en voz baja a Leonor.*

Leonor.... protectora invisible... ánjel guardian que habeis salvado a mi hermano!...

LEONOR, *dando un grito i ocultando su rostro entre las manos.*

Ah!... yo soi perdida!

ISABEL, *vivamente desde la puerta.*

¿Qué sucede?...

MARGARITA, *a Isabel.*

Nada!... esto marcha (*dirijiéndose vivamente a Leonor*). ¡No tembleis! no os avergonceis delante de mí que soi su hermana, desgraciada como vos... delante de mí, que no sueño en otra cosa que en vuestra felicidad i en la suya.

LEONOR, *vivamente.*

¿Qué decis?

ISABEL, *desde la puerta.*

¿Qué hai?

MARGARITA, *a Isabel.*

¡Ya vá mejor! (*a Leonor*). Sí, que para vengarme de vuestro disimulo i de vuestro misterio, ese amor nacido en la oscuridad, gracias a mí ha de aparecer a la luz del dia. Si tuvierais derecho para confesarlo i para enorgulleceros de él!....

LEONOR.

¿Yo? ¡Ah! ¡Toda mi sangre por una suerte semejante!

ISABEL.

¿I bien?... ¿i bien?...

MARGARITA, *a Isabel.*

Está concluido!...

ISABEL, *descendiendo vivamente la escena.*

¿Es posible?

MARGARITA.

Está convenido! no irá al convento.

LEONOR, *con exaltacion.*

¡Antes morir!...

MARGARITA.

¡Lo ois!...

ISABEL.

¡Es admirable! I bien ahora, vuestro proyecto, vuestro plan?... para realizarlo aquí estamos las tres.

MARGARITA.

¡Al contrario! para realizarlo es preciso que Leonor desaparezca al ménos por una media hora.

ISABEL.

¡Es singular!... ¿i dónde ocultarla?

MARGARITA.

No hai mas que un lugar seguro.

ISABEL.

¿Cuál?

MARGARITA.

¡El oratorio del emperador!....

ISABEL.

¡Es verdad! como él nunca lo visita!

LEONOR, *a media voz.*

¡Ah, Margarita! ¿qué me proponeis con eso?....

MARGARITA, *del mismo modo.*

El único asilo.... el único refujio en donde estaréis bajo la proteccion de Dios.... i del honor... Pero para ello.... (*mirándola con inquietud*) seria preciso poder penetrar en el oratorio!....

LEONOR, *con viveza.*

Yo lo puedo....

MARGARITA, *del mismo modo.*

¡Teneis la llave!

LEONOR, *del mismo modo.*

¡Yo la tengo!

MARGARITA.

¿Cuál?

LEONOR.

¡La de mi madre!

MARGARITA, *dirijiéndose hácia la puerta del foro.*

¡Yo lo decia! corramos!!....

ISABEL.

¡Un momento!.... Si salis por la escala principal.... la duquesa de Osuna.... Babiesa u otros os verán salir

LEONOR.

Es verdad.

MARGARITA.

¿Cómo hacer?

ISABEL.

Por mi aposento, el de doña Juana de Castilla...

MARGARITA.

Que tambien conduce al oratorio,...

LEONOR.

¡O mi buena princesa.... mil gracias!

MARGARITA, *pasando entre ámbas i tomando un brazo de cada una.*

Ya veis que cuando se está de acuerdo, en la amistad i la.... defensa comun.... (*A Leonor haciéndola entrar por la puerta de la izquierda*). Venid, venid. Encerraos bien en el oratorio i no abrais sino a los que desde afuera os digan estas palabras. *El rei i la Francia.* ¡Idos! (*Leonor sale, a Gattinara que entra*). ¿Qué hai?

ESCENA X.

Muchas damas i señores que empiezan a entrar por el foro, GATTINARA *saliendo del gabinete del rei a la izquierda,* MARGARITA *e* ISABEL.

GATTINARA, *acercándose a Margarita le dice en voz baja.*

Acaba de llegar un correo de Inglaterra.

MARGARITA.

Al fin!

GATTINARA.

Portador de una carta autógrafa del rei Enrique VIII.

MARGARITA.

¡Qué estará furioso con la cautividad de Francisco I.

GATTINARA.

¡No!

MARGARITA, *asombrada.*

¿Toma al ménos su defensa?

GATTINARA, *siempre en voz baja.*

Toma otra cosa.

MARGARITA.

¿Qué pues?

GATTINARA, *del mismo modo.*

Toma el estado de Picardía que acepta para él i con esa condicion nos deja a nosotros tomar la Borgoña.

MARGARITA, *aparte con despecho.*

¡Oh los buenos aliados! si solo con ellos se contara!....

ESCENA XI.

LOS MISMOS, *los señores i damas de la corte. Cárlos* V, *despues* HENRIQUE D' ALBRET

HENRIQUE, *acercándose a Margarita.*

He prevenido al condestable de Montmorency, al cardenal Urbano, i a todos aquellos que habian tenido el honor de ser invitados por vos.

MARGARITA, *en voz baja.*

¡Perfectamente!

HENRIQUE.

Al dar las nueve todo estará terminado.

MARGARITA.

Un cuarto de hora necesitamos. Lo tenemos i aun mas.

CARLOS V.

I bien!.... señor d'Albret.... venis de veros con mi hermano Francisco I. ¿Cuál es su respuesta?....

HENRIQUE.

La que yo me figuraba, señor. Aunque se le diera un calabozo por Cárcel, no cederá en nada que perjudique al honor de la Francia!

CARLOS V, *bajo a Gattinara, sonriendo.*

Lo entiendo!.... se cree seguro del apoyo del rei de Inglaterra.... de allí saca su orgullo... ¡Pronto decaería, si viese con sus propios ojos esta carta de Henrique VIII.... de que no puedo deshacerme.... Pero (*despues de un momento de reflexion*) ¡Si yo fuese a enseñársela!

GATTINARA, *a media voz.*

¡Vos, señor!

CARLOS V, *del mismo modo.*

Yo mismo.... ántes de esa partida a la que yo no quisiera tener que recurrir....

GATTINARA, *del mismo modo.*

¿Acompañaré a Vuestra Majestad?

CARLOS V.

Sí..... dí a un oficial..... que tome luces. (*Durante esta conversacion, que ha pasado a media voz delante del teatro, a la derecha, los señores i damas han estado sentadas en el salon, i forman diferentes grupos Margarita e Isabel sentadas la una cerca de la otra delante del teatro a la izquierda. Don Henrique de pié cerca de Margarita. Cárlos V vá a hablar con una dama al extremo de la derecha; Gattinara atraviesa el teatro, dá a un oficial la órden de encender un candelabro i se encuentra colocado de pié a la derecha del sillon de Margarita.*

MARGARITA, *bajo a Gattinara.*

¿Qué hai?

GATTINARA, *bajo.*

El mismo vá a subir a ver el prisionero.

MARGARITA.

¡En este momento! ¡Oh cielo! ¿cómo impedirlo? ¡ahogarnos al saltar en tierra!....

HENRIQUE.

¡Cuándo solo con algunos instantes!

MARGARITA.

¡Algunos instantes Dios mio!.... como obtenerlos!.... ah! *vé al oficial que se ha acercado al emperador, llevando un candelabro. El emperador se dispone a salir. En voz alta a Isabel*). Puesto que vuestra alteza lo quiere absolutamente....

ISABEL, *a media voz.*

¡Yo no quiero nada!

MARGARITA, *del mismo modo.*

¡Decid que sí! (*en voz alta*) puesto que lo exije...

ISABEL, *en voz baja.*

¡Oh, ciertamente! ... ¡lo exijo! (*Cárlos V hace señal al oficial para que camine adelante i se pone en marcha.*)

MARGARITA.

Voi a relatarle esa leyenda.... (*Cárlos V se detiene*) ese cuento que habeis tenido la bondad de reclamarme.

CARLOS V.

¡Ah! el cuento de esta mañana. *Lo que agrada a las damas.* (*Hace señal para que camine el oficial.*)

MARGARITA.

No, señor, porque ese lo conoceis, i prefiero contar otro que quizas agradará mas a Vuestra Majestad.

CARLOS V.

¡A mí!.... (*Al oficial haciéndole señal que coloque el candelabro sobre la mesa de la derecha.*) Luego será.

ISABEL.

¿Es un cuento nuevo?

MARGARITA.

¡Nuevecito!.... porque apénas está acabado!....

CARLOS V, *siempre de pié.*

¡Ah!... no está todavia enteramente terminado....

MARGARITA.

Pero le falta casi nada, i si estas señoras, i sobre todo, si Vuestra Majestad se digna ayudarme un poco para el desenlace....

CARLOS V.

¡Ah! ¿es el desenlace lo que os embaraza ahora?....

MARGARITA.

¡Mucho señor!

CARLOS V.

¡Pero, sois tan hábil.... que vuestro talento señora!... en fin, veamos (*avanzan un sillon a Cárlos V en medio del teatro, pero no se sienta todavia.*)

MARGARITA.

Voi a contaros la historia de un guapo rei, valeroso i desgraciado.... Ese rei.... o diré mejor, ese héroe se llamaba....

CARLOS V, *haciendo señal al oficial para que tome el candelabro.*

Podria deciros su nombre....

MARGARITA.

Se llamaba Ricardo en la corte de Inglaterra; (*Cárlos V se detiene*) pero en los campos de batalla se le decia *corazon de Leon.*

CARLOS V.

¡Ah! (*al oficial,*) anunciad mi visita a su Majestad el rei de Francia. (*El oficial sale por la izquierda. Cárlos V se sienta i hace señal a Gattinara para que se siente, luego volviéndose a Margarita.*) ¡Ah! ¿con qué se trata de Ricardo corazon de Leon?

MARGARITA.

Prisionero en una fortaleza por órden del Emperador Leopoldo. I sus súbditos i sus amigos se decian. ¿Cómo libertaremos a nuestro valeroso rei Ricardo?

CARLOS V.

¡Eso era difícil!

MARGARITA.

¿Por la fuerza? ¡ni pensarlo!.... la fortaleza era inespugnable.... Solo en la astucia podia fundarse alguna esperanza.

CARLOS V.

¿I cuál emplearon? eso quisiera yo saber.

MARGARITA, *deteniéndose.*

Cuando yo decia que habia de picar la curiosidad de Vuestra Majestad!

CARLOS V, *con impaciencia.*

Pero, en fin.... ¡Veamos!

MARGARITA.

Esperad señor.... Es preciso dejar a la persona que narra, tiempo para preparar sus recursos, i graduar el interes.

ISABEL.

¡Es justo!

MARGARITA.

¡Habia en la Corte de Ricardo una persona que lo amaba tiernamente!

CARLOS V, *sonriendo con malicia.*

¡Su hermana quizas!

MARGARITA.

¡Si, señor! Ella habia ya tentado muchos medios de evasion que todos habian fracasado.

CARLOS V, *sonriendo.*

Porque tal vez el emperador Leopoldo era harto fino i mas despierto que ella.

MARGARITA, *sonriendo.*

¡Probablemente!

HENRIQUE, *bajo a Margarita.*

Ha pasado la hora.

MARGARITA, *aparte con alegria.*

¡Gran Dios!.... (*alto al Emperador*). Entónces, señor!....

CARLOS V.

Entónces.... (*levantándose con impaciencia*). I bien!. .. ¿cuál es el fin de la historia?....

MARGARITA, *que se ha levantado tambien, i que está de pié cerca del emperador, le dice en voz baja.*

En este momento toca a su término!.... (*Asombro del Emperador i Margarita prosigue rápidamente, i en voz baja*). Pero no puedo contarla mas que al Emperador!.... a él solo!.. porque él solo debe oirla. (*El Emperador hace que se alejen todos i él se acerca a Margarita*).

CARLOS V, *a Margarita.*

¿Qué significa ésto?

MARGARITA, *lentamente.*

Que en este instante el rei Francisco I....

CARLOS V, *vivamente con cólera i en voz baja.*

¿Se ha fugado?

MARGARITA.

No ¡señor.... mejor que eso!

CARLOS V.

¿I qué pues?

MARGARITA.

Se ha casado. .. en vuestro oratorio, con vuestra hermana!....

CARLOS V.

¡Casamiento nulo!

MARGARITA.

¡Celebrado por el Cardenal Urbano, en presencia del condestable de Montmorency, del conde de Cominges i de los principales señores franceses!

CARLOS V.

¡Sin mi consentimiento!

MARGARITA

Leonor era viuda, dueña de su mano!.... en lugar de pelear ante el tribunal del papa i la cristiandad porque vuestra hermana sube al trono frances, yo habria querido que una alianza que pone término a tantas dificultades i querellas, hubiera sido contratada, no a hurtadillas, no a pesar de Cárlos V, sino como resultado de su alta política. (*Hace el rei un movimiento, Margarita lo mira i continua*). Que si él desde hoi mirara esta union como obra suya, conoceria que al marido de su hermana, a aquel cuyo honor viene a formar el suyo propio, puédensele imponer en nombre de la

España condiciones rigorosas... pero no indignas... Yo me detengo.... El cuento que me atreví a imajinar hubiera sido demasiado temerario e inverosímil, si para que llegase a ser histórico, yo no hubiera tenido confianza en la jenerosidad i en el jénio de un grande hombre!

(*Cárlos V despues de un instante de silencio i de lucha interior, no mira a Margarita, pero se vuelve hacia las personas de su corte que están alejadas i les hace señal de que se acerquen.*)

CARLOS V, *con gravedad.*

He querido anunciar esta noche en mi corte que mi casamiento con su Alteza Real la Infanta de Portugal, debia celebrarse mañana; i al mismo tiempo tengo que participarle otra noticia por la que espero felicitaciones: todas nuestras diferencias con la Francia i con su rei, se han terminado felizmente, por el casamiento de mi hermana Leonor de Austria con el rei Francisco I.

HENRIQUE, GATTINARA, ISABEL.

¡Oh! cielo!

ISABEL, *a Cárlos V felicitándolo.*

¡Ah, señor..,. noticia tan feliz!

MARGARITA, *finjiendo sorprenderse.*

¡I tan inesperada!

GATTINARA.

¡Un proyecto tan hábil, tan secretamente concebido! ¡señor! vos sois el maestro de todos nosotros!....

CARLOS V, *con impaciencia.*

Está bien!

GATTINARA.

Porque yo mismo no lo sospechaba.

CARLOS V.

Os digo que está bien (*a Margarita.*) A mi hermana doi en dote la Borgoña; i en nuestro tratado con Francisco I no nos olvidaremos del reinecito de Navarra que la España i la Francia deben protejer!....

HENRIQUE, *aparte con alegría i mirando a Margarita.*

¡Rei de Navarra!

MARGARITA, *con reconocimiento,*

Ah!.... Esto será lo que la Europa llamará un acto de buena pólitica.... i yo señor un acto de grandeza de alma!

CARLOS V, *a media voz.*

I mis esperanzas i mis promesas, Margarita, ¿cómo las llamareis?

MARGARITA, *sonriendo.*

¡Los cuentos (*Mirando a Enrique*) de la reina de Navarra!

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA DE CHILE
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

FIN DE LOS CUENTOS DE LA REINA DE NAVARRA.